

Historia de la Iglesia

Emilio Moreno Cebada


LA IGLESIA
DESDE SU FUNDACION
HASTA EL
PONTIFICADO DE PIO IX
ESPASA H.s
EDITORES

SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

HISTORIA DE LA IGLESIA

DESDE SU ESTABLECIMIENTO HASTA EL PONTIFICADO DE PIO IX.

BIOGRAFÍAS DE LOS SUMOS PONTÍFICES, CONCILIOS GENERALES Y LOS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA, SANTOS PADRES Y DOCTORES, HEREJÍAS, CISMAS, GUERRAS DE RELIGION, SANTOS PRINCIPALES QUE HA PRODUCIDO CADA SIGLO Y DEMAS ACONTECIMIENTOS DIGNOS DE NOTARSE.

REDACTADA

CON PRESENCIA DE LAS ERUDITAS OBRAS
DE ARTAUD DE MONTOR, BERAULT-BERCASTEL, HENRION, NOVAES, ALZOG, M. DE MAISTRE, MIGNE, LA FUENTE (D. VICENTE), P. FLOREZ, Y OTROS AUTORES NACIONALES Y EXTRANJEROS,

POR EL PRESBÍTERO

D. EMILIO MORENO CEBADA,

Predicador de Su Majestad y del Arzobispado de Toledo, Examinador Sinodal de la Diócesis de Jaen, autor y traductor de varias obras científicas y religiosas.

CENSOR ECLESIÁSTICO NOMBRADO POR EL EXCMO. E ILMO. SR. OBISPO DE ESTA DIÓCESIS

M. I. SR. DR. D. TOMÁS SIVILLA,

canónigo doctoral de la Santa Iglesia catedral.

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS.

TOMO I.

BARCELONA.
BIBLIOTECA ILUSTRADA DE ESPASA HERMANOS, EDITORES,
CALLE DE ROBADOR, NÚMERO 39.
1867.

Imprenta de Jaime Jepús, calle de Petritxol, número 11, principal. —1866.

INTRODUCCION.

No desconocemos la magnitud de la empresa que vamos á acometer, pero si bien es árdua y de difícil desempeño, confiamos en la divina Providencia que, atendiendo á la bondad de nuestros deseos y mas aun á la importancia del asunto á que vamos á dedicar nuestras tareas, nos ilustrará para poder llevar á feliz término este nuevo trabajo.

En nuestro deseo de desagraviar á Jesucristo de los ultrajes que últimamente ha recibido por parte de la moderna incredulidad, hemos escrito la historia de su vida, de sus hechos admirables, de su predicacion y de su doctrina, refutando los sofismas de que se ha valido la impiedad en su deseo de menoscabar su gloria haciéndole aparecer á la faz del mundo como un puro hombre y no como verdadero Dios. Cúmplenos ahora fijar nuestra atencion en la historia de la Iglesia, examinar las grandes luchas sostenidas durante su penosa infancia contra el poder de los emperadores romanos, despues contra las herejías y más tarde contra el espíritu filosófico, para hacer de este modo visible su verdad y hacer conocer cuan sólidos son los fundamentos sobre los que está sostenida.

Destinada la Iglesia á vivir tanto como el mundo, su infancia fué penosa, su desarrollo lento tanto como la realizacion de las esperanzas humanas, como el producir su fruto la palmera. La Iglesia, que hasta la consumacion de los tiempos ha de resistir siempre firme, siempre gloriosa los formidables huracanes de las contradicciones y persecuciones suscitadas por el infierno y sus agentes, tuvo una infancia de tres siglos durante los cuales vivió en la opresion, pero viendo salir nuevos profesores de la doctrina del Crucificado del Gólgotha del centro mismo del paganismo. Mas de una vez los emperadores tiñeron sus manos con la sangre de los Pontífices. Diez persecuciones á

cual mas sangrientas pesaron sucesivamente sobre la Iglesia en los tiempos de Neron, Domiciano, Trajano, los Antoninos, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano. A través de estas persecuciones de los tres primeros siglos la Iglesia gozó algunas treguas de paz, y durante tan larga série de años resonaron en el circo y en los demás lugares destinados al tormento de los cristianos los nombres de Jesús de Nazareth y de María su madre que eran escuchados por aquellos en cuyos oidos habia resonado tantas veces el *Morituri te salutant* que pronunciaban los paganos, dirigiéndose á los Césares que les sacrificaban.

Al gran emperador Constantino estaba reservado el sacar la religion de las catacumbas, sentándola en su mismo trono, reconociendo la autoridad suprema del legítimo sucesor del Pescador de Galilea.

Habia terminado la infancia de la Iglesia.

Desde entonces la Cruz empieza á enseñorearse del mundo y á recibir públicos y debidos homenajes. ¿No deberia esperar ya la Iglesia otra cosa que paz y tranquilidad? ¿Terminaron sus luchas con la gran victoria que alcanzára en los dias de Constantino? No: Jesucristo habia ofrecido terminantemente á su representante en la tierra que todo el poder del infierno jamás prevaleceria contra la Iglesia. Al pronunciar estas palabras: *tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1), ofrecia y anunciaba luchas y batallas de las que habian de resultar triunfos y victorias. *Ved*, dijo á los apóstoles, *que os envío* como *ovejas en medio de lobos... los hombres os harán comparecer en sus audiencias y os azotaran en sus sinagogas... y sereis aborrecidos de todos por mi nombre* (2). Si tales son las palabras de Jesucristo ¿cómo no habian de seguir las persecuciones contra la Iglesia? ¿Cómo el papado no habia de experimentar conatos hostiles, contradicciones y guerras? Apoyado el pontificado en la palabra del Pontífice Eterno Jesucristo, permaneció siempre tranquilo en las luchas, en la certeza de que cada una de ellas habia de servirle para aumentar sus triunfos y sus admirables victorias.

Al partir Jesucristo al cielo despues que hubo consumado la grande obra de la reparacion humana, dejó en la tierra un Vicario que en él y en sus sucesores le representase hasta la consumacion de los tiempos, dándole poder, autoridad y doctrina para regir y gobernar á ovejas y pastores, constituyéndole Jefe supremo de la gran familia humana y Maestro universal de las naciones. El Papa es este personaje que no muere en el órden moral, y claro es que cuando Jesucristo le dijo en la persona de Pedro: *Sígueme* (3), le dió

(1) Mateo. cap. XVI v. 18.
(2) Id. cap. X v. 16, 17 y 22.
(3) S. Juan cap XXI v 22.

otro aviso de que habia de sufrir contradicciones como Él, de que habia de ser objeto del odio y de las persecuciones mundanales.

Fijemos nuestra vista en el Pontificado durante la dominacion de Constantino; el sistema que se propusieron seguir los emperadores y los reyes bárbaros no fué otro que esclavizar el Pontificado: justamente la mision de este era abolir la esclavitud, llevar á cabo la unidad del género humano, civilizar los bárbaros, formar de todos los pueblos uno solo guiado por el Evangelio, código el mas sublime de moral que han visto ni verán los siglos, por que la palabra que contiene es la palabra de Dios. El Papa, anunciador de la verdadera libertad, del verdadero progreso, fomentador en todo tiempo de las ciencias y de las artes tuvo su época de esclavitud; no tenia ya necesidad de esconderse en las lóbregas catacumbas para celebrar los grandes misterios de la Religion: sin embargo, los emperadores dilataban á su capricho los interregnos abrogándose al mismo tiempo la facultad de aprobar las elecciones. Alguno de ellos hace morir un Papa nombrando por si mismo el que le habia de suceder. A aquellos tres primeros siglos de luchas y persecuciones que produjeron tan gran número de mártires, sucedieron otros tres de afrenta y de humillaciones que hubiesen sido suficientes á concluir con la Iglesia si hubiese sido institucion humana.

Dios con una admirable providencia disponia todos los sucesos. El gran Carlomagno conociendo los grandes beneficios que el mundo recibia y podia recibir del Papado, se propuso, demostrando de este modo su piedad, romper las cadenas que esclavizaban al sucesor de Pedro queriendo que fuese independiente y que no estuviese sujeto á autoridad alguna, y para esto terminó la obra empezada anteriormente por Pipino.

El Pontífice fué rey.

Entonces se consolidó este poder temporal que han respetado los siglos y contra el que hoy se ha levantado la mas terrible persecucion. El Gerarca supremo de la Iglesia desde la antigua capital de los Emperadores extiende por todas partes los brillantes rayos de la civilizacion, marchando siempre al frente de los destinos del mundo. ¡Qué inescrutables son los designios de la Providencia! La ciudad que mas resistió el recibir la luz del Evangelio, la soberbia capital de los Césares, la magestuosa ciudad de las siete colinas, que erigiera altares á los mas asquerosos ídolos, y en la que se formáran leyes por las que habia de regirse la multitud de pueblos sujetos á su dominio, fué destinada por la Providencia para metrópoli de la cristianidad. Allí elevando su sagrada mano el sucesor de Pedro, con autoridad suprema, bendice *urbi et orbi* allegando á su cátedra infalible toda clase de hombres sea cualquiera su nacionalidad ó condicion.

Hablamos de la época en que el Papa reunió á su poder espiritual el temporal, siendo declarado y reconocido rey de Roma; justamente tocamos á una

cuestion en el dia palpitante y objeto de los mas encarnizados combates. Si es ó no conveniente la conservacion del poder temporal del Pontífice: tal es el asunto privilegiado de las actuales discusiones. Que la Iglesia necesita la completa independencia de su Jefe supremo, es una verdad suficientemente demostrada por los mas sabios escritores y aun por algunos de entre los mismos protestantes. No obstante que durante el curso de la presente obra tendremos mas de una vez ocasion de entrar extensamente en esta cuestion batallosa, séanos permitido dedicar al presente algunas lineas á asunto de tamaña importancia.

Ya hemos visto que clase de libertad gozaron los Papas cuando carecian del poder temporal. Si hoy llegasen á conseguir su objeto los que se han propuesto quitar á Roma su título de capital del mundo cristiano para sustituirlo por el de capital de un nuevo reino, posible seria que se renovaran las tristes y lamentables escenas que tuvieron lugar en el siglo XI. El Papa, dicen los enemigos del poder temporal de la Santa Sede, podria gobernar dignamente la Iglesia en los estados y bajo la proteccion de cualquier rey católico. A los que de tal modo hablan podemos preguntar ¿qué sucedió cuando los Papas trasladaron su silla á Avignon? Con mas ó menos fundamento el mundo les consideró bajo la influencia francesa y esto que Avignon pertenecia al Papa en pleno señorío por donacion de la Reina Juana de Nápoles, señorío que conservó la Santa Sede hasta los tratados de 1815. Bastó que el Papa fuese considerado sujeto á la influencia de un monarca para que se suscitase un cisma lamentable, de las mas funestas consecuencias. En aquella época tuvieron los soberanos Pontífices diversos rivales. Los romanos por una parte lamentaban el cisma que pesaba sobre la Iglesia y por otra habian palpado los beneficios que á la libertad debieran; clamaron por que Roma volviese á ser residencia de los Papas y dirigiéndose á los cardenales cuando se hallaban reunidos en conclave despues de la muerte de Gregorio XI les suplicaron eligiesen un Papa italiano y aun si era posible romano á fin de que restituyese á Roma la silla pontificia.

Terribles fueron entonces las luchas del Papado, pero sin embargo á nadie le ocurrió la peregrina idea de quererle privar del poder temporal. Ni en el concilio de Constanza ni antes en el de Pisa se suscitó esta cuestion, y eso que es menester tener presente que el primero de estos concilios se declaró superior al Papa. ¡Esto estaba reservado á los hombres del progreso del siglo XIX! Ya tendremos ocasion de examinar esta cuestion bajo todos sus aspectos.

Veamos ahora cual fue la suerte de la institucion divina, luego que hubo pasado su época de esclavitud de la que nos hemos ocupado. Despues de la caida del imperio Carlovingio, los papas tuvieron que experimentar nuevas penalidades. Los magyares, normandos y sarracenos hacian la guerra á Roma

que se hallaba rodeada de bandidos; ya veremos cuando de esta época nos ocupemos, morir algunos papas vilmente asesinados, alguno acabar sus dias en un calabozo, víctima de la miseria, no faltando algun otro que tuvo que huir de sus terribles enemigos.

Una gran figura que destaca magestuosa en el grupo de los soberanos Pontífices encontramos en el gran Hildebrando, que al ascender al trono pontificio en el año 1073 tomó el nombre de Gregorio VII. Sus grandes hechos fueron admirados por el mundo, y la Iglesia, atendiendo á sus grandes virtudes, le ha elevado al honor de los altares «La Iglesia, dice oportunamente M. de Maistre, se hallaba, humanamente hablando, en la agonía: no tenia ya forma ni disciplina y en breve hubiera perdido hasta su nombre sin la intervencion extraordinaria de los papas, que sustituyéndose á autoridades extraviadas ó corrompidas, gobernaron de un modo mas inmediato para restablecer el órden (1).»

Reservado estuvo por disposicion de la Providencia á S. Gregorio VII hacer completamente independiente el Pontificado, ejerciendo un poder ámplio, que por espacio de doscientos años disfrutaron sus sucesores.

Pasada que fué esta larga época, en el Pontificado de Clemente V fue trasladada la Silla á Avignon, donde permaneció por espacio de 71 años. Las tristes consecuencias y funestos resultados que esta traslacion produjera hemos tenido ocasion de indicarlo.

El regreso de la Silla á Roma fué un nuevo triunfo para el supremo Pontificado.

El gran cisma de Occidente, fruto amargo de la anterior ausencia de Roma de la Santa Sede, vino despues á afligir á la Iglesia. Cuando lleguemos en nuestra narracion á esta época, verá el lector cuantas zozobras afligieron entonces á la Iglesia. La autoridad pontificia fué disputada por tres rivales á la vez, siendo uno de ellos el español D. Pedro de Luna. Esto no obstante, la Iglesia consiguió un nuevo triunfo y Martino V, Eugenio IV, el español Calisto III y otros pontífices supieron elevar el Pontificado al mayor grado de gloria y de esplendor.

Pasemos ya al siglo XVIII. padre y maestro de este en que vivimos y en el cual la moderna filosofía levantó una terrible persecucien antisocial y anticristiana. Cuando Pio VI se hallaba preso en Valence, batió palmas la impiedad, asegurando formalmente que con él moria el Papado y por consiguiente la Iglesia. Pio VI falleció lleno de merecimientos y Federico coronado sofista, convidaba á Voltaire para que celebrase las exequias de la Iglesia. Tendreis el consuelo, le decia, de componerle el epitafio; porque ya solo puede salvarla un milagro (2).

(1) M. de Maistre. Del Papa I.

(2) Tan creido estaba Federico que era inevitable la ruina de la Iglesia que no dudó en dirigir al in-

El milagro que, segun confesion del mismo Federico, era necesario que se obrase, si la Iglesia habia de salvarse en lucha tan formidable se verificó. En tanto que la impiedad se felicitaba, creyendo consumada la obra de destruccion se verifica en Venecia bajo la proteccion del Emperador de Alemania, la eleccion de un nuevo Papa. El cardenal Chiaramonti ciñó en su frente la triple diadema: el Papado consiguió un nuevo triunfo, la impiedad un desengaño y el mundo entero una leccion!...

Tambien á Pio VII estaban reservados grandes padecimientos, durante su Pontificado la barca misteriosa, cuyo timon le habia sido confiado, fluctuó en las horrendas tempestades que agitaron la Europa barrenada en lo interior por el jansenismo, batida por fuera por la filosofía chocando con los escollos todos del sofisma, del interes, de las pasiones y del poder humano. El coloso del siglo, aquel célebre conquistador que supo reunir en su persona los rasgos que distinguieran á los mas grandes conquistadores, de quienes nos habla la Historia universal y de los legisladores de todas las edades, se propuso despojar al sucesor de Pedro de sus legitimos derechos, mas este supo permanecer firme ante las exigencias de Napoleon, sufriendo con el mayor valor y denuedo los grandes trabajos y penalidades consiguientes al destierro, siendo por su mansedumbre y constancia la admiracion de Florencia, Savona y Fontaineblau. Sin embargo, el Sol que ilumina á la Iglesia la hace brillar con nuevos resplandores: sin armas que hagan respetar su autoridad sin necesidad de manos que reedifiquen sus muros, de mediadores que concilien sus intereses, sin tratados, ni alianzas que arreglen sus relaciones, consigue un nuevo triunfo. El Coloso que realizó los planes del rey sofista, cuya gloria pereció con la desmembracion de sus estados y del miserable que se tuvo á si mismo por mas sabio y poderoso que el mismo Jesucristo (1), desapareció confundido cuando menos podia esperarlo, en el instante mismo que su diestra manejaba las riendas de la Europa y que su altiva frente miraba con desden los rayos del Vaticano.

---

mundo apóstol del cinismo y patriarca de la impidedad las palabras que acabamos de citar. Véase como se explica en el mismo documento del que las estractamos, como tambien los medios de que se sirvieron para conseguir los fines que se proponian « He aquí una nueva ventaja que acabamos de lograr en España: los Jesuitas han sido echados del Reino. Ademas las cortes de Versailles, Viena y Madrid, han pedido al Papa la supresion de un número considerable de conventos. Se dice que el Santo Padre se verá obligado a consentir aunque sea rabiando ¡Cruel revolucion! ¡Que no debe esperarse para el siglo que seguira al nuestro! la segur esta en la raiz del arbol.. Este edificio minado por sus cimientos va á hundirse y las naciones trascribirán en sus anales, que Voltaire fue el promotor de esta revolucion, que se hizo en el siglo diez y ocho en el género humano » Véase la correspondencia entre Federico II Rey de Prusia y Voltaire. Carta de 5 de Mayo de 1767.

(1) A tal grado llegó el orgullo de Voltaire que le hizo pronunciar estas sacrílegas palabras: *¿creeis que Jesucristo tuvo mas talento que yo?*

Vida de Voltaire, citada por Mr. de La Mennais, tomo I de su ensayo sobre la indiferencia en materias de religion. Pag 333.

Al tiempo que Pio VII entró triunfante en Roma en medio de las más entusiastas ovaciones, en la roca de Sta. Elena quedaron sepultadas las victorias de su perseguidor que concluyó sus dias no á vista de su denodado ejército, ni bajo la dorada techumbre de imperial alcázar, sino en la más humillante emigracion ¡Leccion elocuente, que debian estudiar los que hoy se proponen de nuevo dirigir dardos envenenados al corazon de la Iglesia.

No menos terrible que las anteriores es la persecucion que hoy experimenta la Iglesia en persona de su actual bondadoso é inmortal Pontífice Pio IX. Los mismos que en los primeros dias de su Pontificado le bendecian á voz en grito, los que cubrian de flores las calles por las que habia de transitar se convirtieron en enemigos suyos. Dos años despues de su elevacion al trono pontificio, en 1848 tuvo que abandonar la ciudad eterna y refugiarse en Gaeta, ciudad de los dominios del rey de Nápoles. Con la tranquilidad del justo y confiado en las promesas divinas que recuerda á los fieles animando la firmeza de la fe, anuncia al Universo la libertad y la victoria y en dias de tanta calamidad, cuando por todas partes se escucha el ruido imponente de la más récia tempestad se ocupa en informarse sobre el sentimiento de los pueblos cristianos acerca del misterio de la Concepcion Inmaculada de María, preparando el acontecimiento que más tarde tuviera lugar en Roma de declarar como verdad dogmática este mismo misterio. Pio IX entró de nuevo triunfante en Roma como habia sucedido á Pio VII. Nuevas y terribles persecuciones experimenta en estos dias; el absurdo derecho de la fuerza se ha proclamado en todas partes: la usurpacion ha conculcado derechos incontrovertibles y la revolucion que ha arrojado de sus tronos monarcas amados de sus pueblos, tiene su vista fija en Roma á la que quiere hacer capital de un nuevo reino. Roma es del Papa, es del Catolicismo entero: allí está la cuna de nuestras creencias y allí están fijas las miradas de los católicos esparcidos por el mundo. Aquel anciano lleno de fe está siendo un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres. ¿Deberemos temer hoy por la suerte del Pontificado? tal vez el empuje de la revolucion que nada respeta le arroje léjos del Capitolio, pero estamos seguros que será para conseguir nuevos triunfos. Tal vez al dar término al trabajo que emprendemos tendremos la dicha de consignarlo como un hecho.

Cerca de diez y nueve siglos de triunfos y victorias es suficiente experiencia para que los nuevos perseguidores de la Iglesia se convenciesen de que nada pueden contra ella todos los esfuerzos del poder humano. Triunfó del paganismo; triunfó de los esfuerzos de los emperadores y los reyes bárbaros, de la herejía, del islamismo, de la envidia de algunos poderosos conquistadores y del espíritu filosófico y triunfará hasta la consumacion y el fin de cuantas persecuciones contra ella se susciten, porque está así consignado por

el oráculo divino : LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECERAN CONTRA LA IGLESIA (1).

Estas palabras pronunciadas por Aquel cuya cabeza era el centro de la sabiduria eterna dicen mas que cuanto se pudiera expresar en miles de volúmenes ¿que podremos añadir á ellas? Nada absolutamente. Vamos á desenvolver una série inmensa de acontecimientos de grande enseñanza. Ante la vista del lector haremos pasar todos los siglos del Cristianismo con sus Pontífices, sus Padres y Doctores: fijaremos nuestra atencion en los concilios generales, en los cismas, herejías, en las cruzadas, misiones y demás hechos notables que encierra la historia de la Iglesia. La breve narracion que acabamos de hacer creemos será suficiente para preparar el ánimo del lector y hacerle entrar con gusto en la lectura del texto de la obra.

Creemos oportuno hacer aquí algunas advertencias sobre el plan y metodo que hemos adoptado para su composicion.

Muy lejos estamos de abrigar la pretension de constituirnos maestros de nuestros amadísimos compañeros los sacerdotes, cuando ocupamos el último y el más humilde lugar, pero si, creemos ayudarles en sus tareas, presentándoles con método cuantos acontecimientos dignos de notarse se han venido sucediendo desde el establecimiento del cristianismo y ofreciéndoles bajo un solo golpe de vista lo que se halla consignado en diversas y voluminosas obras, cuya adquisicion no está ciertamente al alcance de todas las fortunas. Nos debemos á todos y como esta obra será leida no solamente por sacerdotes sino tambien por fieles de todas capacidades, usamos un lenguaje claro y sencillo, procurando huir asi de la sublimidad de estilo que seria incomprensible para las capacidades poco privilegiadas y á la que por otra parte no está acomodada la nuestra, como del lenguage tan humilde que pudiese causar hastio á los hombres entendidos. Objeto de nuestra particular atencion son los jóvenes que se dedican al estudio de las ciencias eclesiásticas : dignos son del mayor elogio los que en la época presente aspiran al honor del sacerdocio : no se dirá ciertamente de ellos que buscan comodidades á la sombra del Santuario: la Iglesia de España puede confiadamente esperar mucho de esa juventud que acude á nuestros seminarios donde bajo la vigilancia de nuestros sabios prelados recibe la mas sólida instruccion eclesiástica. A esa juventud digna de aprecio dedicamos tambien nuestras tareas, abrigando la confianza de que encontrarán en esta obra una lectura amena al par que instructiva.

Siendo nuestras miras católicas, acudiremos siempre en busca de doctrina á las mas puras fuentes, á los autores mas ortodoxos, huyendo precipitadamente de toda doctrina que pueda tener algun olor herético.

---

(1) Mateo, cap. XVI 18.

Creemos oportuno terminar esta introduccion presentando para conocimiento de los lectores la cronología de los sumos Pontífices que han gobernado la Iglesia desde S. Pedro hasta nuestros dias. Trabajo es este que quisiéramos poder desempeñar con exactitud, pero debemos advertir que entre las diversas cronologías que se han formado hay algunas disidencias. Varios escritores se han ocupado con el mayor empeño en disipar las dudas que sobre el número de Papas existen, pero no han logrado ponerse de acuerdo en esto, como ni tampoco en la duracion de algun reinado. Lo cierto es que desde que Jesucristo eligió á S. Pedro por vicario suyo en la tierra han existido Papas en la Iglesia: de más ó ménos duracion los interregnos, siempre ha provisto Dios de Jefe visible á su Iglesia Santa y la série de los Pontífices Romanos forma una cadena no interrumpida que empezando en Pedro llega á Pio IX y durará hasta la consumacion de los tiempos. Fatigoso mas que útil seria el examinar aquí las cronologías de Novaes, Baronio, Bellarmino, Sandini, Tillemont y otros no menos eruditos escritores.

La cronología mas generalmente aceptada por los modernos es la de Bury, la que ha completado hasta el actual Pontificado de nuestro santísimo Padre Pio IX, Artaud de Montor. Este último escritor no solamente ha completado como acabamos de decir la cronología de Bury, sino que la ha reformado con arreglo á la que publica el diario ó almanaque de Roma. Segun la cronología de Bury sin reformar, resultarian hasta Pio IX 264 Papas en vez de 259 que cuenta el periódico oficial de Roma.

Hé aquí la

CRONOLOGÍA

DE LOS

SUMOS PONTÍFICES,

SEGUN EL DIARIO Ó ALMANAQUE DE ROMA.

	Año de su creacion.		Año de su creacion.
1 San Pedro, príncipe de los Apóstoles. . . .	42	7 San Sixto I.	119
2 San Lino..	67	8 San Telesforo.	127
3 San Anacleto.	78	9 San Iliginio ó Legino.	139
4 San Clemente I. . . .	91	10 San Pio I..	142
5 San Evaristo.	100	11 San Aniceto.	157
6 San Alejandro I. . . .	109	12 San Sotero..	168
		13 San Eleuterio.	177

	Año de su creacion.
14 San Victor I.	193
15 San Ceferino.	202
16 San Calisto I..	219
17 San Urbano I.	223
18 San Ponciano.	230
19 San Antero.	235
20 San Fabian.	236
21 San Cornelio..	251
22 San Lucio I.	252
23 San Estéban I.	253
24 San Sixto II.	257
25 San Dionisio.	259
26 San Félix I..	269
27 San Eutiquiano. . . .	273
28 San Cayo.	283
29 San Marcelino.	296
30 San Marcelo I.	308
31 San Eusebio.	310
32 San Melquiades. . . .	311
33 San Silvestre I.. . . .	314
34 San Marcos.	336
35 San Julio I.	337
36 San Liberio.	352
37 San Felix II.	359
38 San Dámaso I (español)	366
39 San Siricio.	384
40 San Anastasio I. . . .	398
41 San Inocencio I. . . .	401
42 San Zósimo.	417
43 San Bonifacio I. . . .	418
44 San Celestino I. . . .	422
45 San Sixto III..	432
46 San Leon I, *el Magno*.	440
47 San Hilario.	461
48 San Simplicio.	467
49 San Félix III..	483
50 San Gelasio I..	492
51 San Anastasio II.. . .	496
52 San Simaco.	498
53 San Hormisdas. . . .	514
54 San Juan I..	523
55 San Félix IV..	526
56 Bonifacio II.	530
57 Juan II..	532
58 San Agapito I.	535
59 San Silverio.	536
60 Vigilio..	538
61 Pelagio I.	555
62 Juan III.	560
63 Benedicto I.	574

	Año de su creacion.
64 Pelagio II..	578
65 San Gregorio I, *el Magno*..	590
66 Sabiniano.	604
67 Bonifacio III.	607
68 San Bonifacio IV.. . .	608
69 San Deusdedit ó Deodato.	615
70 Bonifacio V.	619
71 Honorio I.	625
72 Severino..	640
73 Juan IV.	640
74 Teodoro I.	642
75 San Martin I.	649
76 Eugenio I.	654
77 Vitaliano..	657
78 Adeodato II.	672
79 Dono I..	676
80 San Agaton.	678
81 San Leon II.	682
82 San Benedicto II.. . .	684
83 Juan V..	685
84 Conon.	687
85 San Sergio I.	687
86 Juan VI.	701
87 Juan VII..	705
88 Sisinio..	708
89 Constantino.	708
90 San Gregorio II. . . .	715
91 San Gregorio III. . .	731
92 San Zacarías..	741
93 Estéban II..	752
94 Estéban III.	752
95 San Paulo I.	757
96 Estéban IV.	768
97 Adriano I.	772
98 San Leon III.	795
99 Estéban V.	816
100 San Pascual I.	817
101 Eugenio II..	824
102 Valentino.	827
103 Gregorio IV.	827
104 Sergio II..	844
105 San Leon IV.	847
106 Benedicto III..	855
107 San Nicolás I.	858
108 Adriano II..	867
109 Juan VIII.	872
110 Martin II..	882
111 Adriano III.	884

	Año de su creacion.		Año de su creacion.
112 Estéban VI.	885	159 San Gregorio VII. . .	1073
113 Formoso.	891	160 Victor III.	1086
114 Bonifacio VI.	896	161 Urbano II.	1088
115 Estéban VII.	896	162 Pascual II.	1099
116 Romano.	898	163 Gelasio II.	1118
117 Teodoro II..	898	164 Calisto II.	1119
118 Juan IX.	898	165 Honorio II.	1124
119 Benedicto IV.	900	166 Inocencio II.	1130
120 Leon V..	903	167 Celestino II.	1143
121 Cristóbal.	903	168 Lucio II.	1144
122 Sergio III.	904	169 Eugenio III.	1145
123 Anastasio III..	911	170 Anastasio IV..	1153
124 Lando ó Landó. . . .	913	171 Adriano IV..	1154
125 Juan X..	914	172 Alejandro III..	1159
126 Leon VI.	928	173 Lucio III..	1181
127 Estéban VIII..	929	174 Urbano III..	1185
128 Juan XI.	931	175 Gregorio VIII.	1187
129 Leon VII..	936	176 Clemente III.	1187
130 Estéban IX.	939	177 Celestino III.	1191
131 Martin III.	943	178 Inocencio III..	1198
132 Agapito II.	946	179 Honorio III..	1216
133 Juan XII..	956	180 Gregorio IX.	1227
134 Benedicto V.	964	181 Celestino IV.	1241
135 Juan XIII.	965	182 Inocencio IV.	1243
136 Benedicto VI..	972	183 Alejandro IV..	1254
137 Dono II..	972	184 Urbano IV.	1261
138 Benedicto VII.	975	185 Clemente IV.	1265
139 Juan XIV.	984	186 B. Gregorio X.	1271
140 Juan XV..	985	187 Inocencio V.	1276
141 Juan XVI.	985	188 Adriano V.	1276
142 Gregorio V..	996	189 Juan XXI.	1276
143 Silvestre II.	999	190 Nicolás III.	1277
144 Juan XVIII (1).. . . .	1003	191 Martin IV.	1281
145 Juan XIX.	1003	192 Honorio IV..	1285
146 Sergio IV.	1009	193 Nicolás IV.	1288
147 Benedicto VIII.. . . .	1012	194 San Celestino V. . . .	1294
148 Juan XX..	1024	195 Bonifacio VIII.	1294
149 Benedicto IX.	1033	196 San Benedicto XI. . .	1303
150 Gregorio VI.	1044	197 Clemente V.	1305
151 Clemente II.	1046	198 Juan XXII.	1316
152 Dámaso II.	1048	199 Benedicto XII.	1334
153 San Leon IX..	1049	200 Clemente VI.	1342
154 Victor II..	1055	201 Inocencio VI..	1352
155 Estéban X..	1057	202 Urbano V.	1362
156 Benedicto X.	1058	203 Gregorio XI.	1370
157 Nicolás II.	1058	204 Urbano VI..	1378
158 Alejandro II.	1061	205 Bonifacio IX.	1389

(1) Estrañará el lector que el Diario oficial de Roma dé el número XVIII á este Juan Papa, sin encontrar antes ninguno con el número XVII. Cuando nos ocupemos de este reinado señalaremos la causa de esta omision.

	Año de su creacion.		Año de su creacion.
206 Inocencio VII.	1404	233 Gregorio XIV.	1590
207 Gregorio XII.	1406	234 Inocencio IX.	1591
208 Alejandro V.	1409	235 Clemente VIII.	1592
209 Juan XXIII.	1410	236 Leon XI.	1605
210 Martin V.	1417	237 Paulo V.	1605
211 Eugenio IV.	1431	238 Gregorio XV..	1621
212 Nicolás V.	1447	239 Urbano VIII.	1623
213 Calisto III (español.).	1455	240 Inocencio X.	1644
214 Pio II.	1458	241 Alejandro VII.	1655
215 Paulo II.	1464	242 Clemente IX..	1667
216 Sixto IV.	1471	243 Clemente X.	1670
217 Inocencio VIII.	1484	244 Inocencio XI..	1676
218 Alejandro VI (español.)	1492	245 Alejandro VIII.	1689
219 Pio III.	1503	246 Inocencio XII.	1691
220 Julio II.	1503	247 Clemente XI.	1700
221 Leon X..	1513	248 Inocencio XIII.	1721
222 Adriano VI.	1522	249 Benedicto XIII.. . . .	1724
223 Clemente VII.	1523	250 Clemente XII.	1730
224 Paulo III..	1534	251 Benedicto XIV.	1740
225 Julio III..	1550	252 Clemente XIII.	1758
226 Marcelo II.	1555	253 Clemente XIV.	1769
227 Paulo IV..	1555	254 Pio VI.	1775
228 Pio IV.	1559	255 Pio VII.	1800
229 San Pio V.	1566	256 Leon XII.	1823
230 Gregorio XIII.	1572	257 Pio VIII.	1829
231 Sixto V.	1585	258 Gregorio XVI.	1832
232 Urbano VII.	1590		

SUMO PONTIFICE ACTUAL,

VICARIO DE JESUCRISTO EN LA TIERRA, SUCESOR DE SAN PEDRO Y CABEZA VISIBLE DE LA SANTA IGLESIA CATÓLICA, APOSTÓLICA, ROMANA,

N. M. S. P. PIO IX (Q. D. G.),

llamado antes Juan Maria Mastai Ferreti. Nació en Sinigaglia en 13 de mayo de 1792; fué creado Cardenal por el Papa Gregorio XVI en el Consistorio de 14 de diciembre de 1840; electo Sumo Pontífice en 16 de junio de 1846.


SIGLO 1º
S. ANACLETO
Sn PEDRO
GOMEZ

SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

SIGLO PRIMERO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA IGLESIA HASTA LA PERSECUCION DE TRAJANO.

CAPITULO PRIMERO.

Eleccion de los Apóstoles hecha por Jesucristo.—San Pedro constituido Jefe visible de la Iglesia.—Preliminares.—Primer concilio Apostólico.—Venida del Espíritu Santo.—Primer sermon de San Pedro, en el que convierte tres mil judios.—Segundo sermon de San Pedro y conversion de cinco mil hombres.—Pedro y Juan ante el Sanedrin.—Disciplina de la Iglesia en su orígen.—Medios de sustentacion que ha tenido desde su establecimiento.—Castigo de Ananias y Zafira.—Pedro y Juan puestos en prision y libertados por su ángel.—Segundo concilio Apostólico.—Martirio de San Estéban.—Simon Mago.—El eunuco de Candaces.

Triste y lamentable era el estado que presentaba el mundo cuando sonó en el reloj de la eternidad la hora señalada en los consejos eternos para que apareciese en el horizonte de la Judea el astro brillante y de celestiales resplandores, que debia iluminar al mundo cadavérico y enfermo. El cuadro social de aquella época no puede pintarse sin los más negros colores. En vano hubiera sido buscar moralidad con sólidos cimientos, pudor en las costumbres, justicia en las leyes, vínculos en la familia, ni dignidad en los individuos. Roma, señora del mundo y centro al mismo tiempo de todos los errores, aprisionaba á su terrible carro el resto de la humanidad, que humillada al pié del Capitólio servia de

alfombra á los soberbios Césares y de sangrienta pira al fuego de las vestales: la sangre humana corria en horrorosas hecatombes que llenaban de placer á una sociedad reputada la mas culta, empero que, cual el enfermo que lucha con los últimos embates de la muerte, parecia tocar su próximo aniquilamiento, pues que por sus venas corria el gérmen emponzoñado de las más corruptoras doctrinas, de las más perniciosas enseñanzas.

Cuando á un estado tal de abyeccion habia llegado la familia humana; cuando el mundo de la razon y de la inteligencia se hallaba envuelto en el negro manto de los más groseros errores, apareció en el mundo el Mesías anunciado desde el Génesis de la Creacion y del que los profetas habian repetidamente vaticinado sus distintivos caracteres.

La mision divina de Jesucristo no era tan sólo redimir el mundo con el sacrificio de su vida, sino tambien regenerar la sociedad, ante la cual se presentó como Legislador y Maestro. La doctrina celestial y divina vino á echar por tierra los absurdos que eran emanacion de las escuelas de los filósofos paganos. Durante el tiempo de su predicacion verificada por los pueblos de la Judea dió una clara nocion de Dios y sus atributos que eran ántes un caos de confusion. Revestido de todas las miserias de la humanidad, excepto el pecado, manifiesta que es hombre verdadero: verificando prodigios admirables, haciéndose obedecer del mar y de los vientos, prueba que es al mismo tiempo verdadero Dios, el libertador que hacia 4000 años esperaba el mundo, el Cristo cuya voluntaria inmolacion habia de imprimir en su persona el sello de un sacerdocio y reinado eterno. Este gran sacerdote para con Dios su Padre, luego que dió principio á la carrera de su predicacion se rodeó de apóstoles á los que quiso hacer testigos de su enseñanza y milagros, constituyendo con ellos un sacerdocio que habia de perpetuarse de siglo en siglo, hasta la consumacion de los tiempos. No se dirigió para este objeto al Areópago, al Pórtico ni al Liceo; no buscó hombres de gran reputacion en la república de las letras, ni á aquellos que por sus riquezas y posicion social pudieran haber adquirido gran reputacion en las masas populares. Humildes pescadores, sin otros bienes que sus propias redes y barquillas, sin conocimiento alguno de las ciencias, fueron llamados por el Divino Salvador que plugo convertirles en pescadores de hombres (1).

(1) Al terminar nuestra última obra que escribimos en refutacion del libro-novela de Mr. Renan, llamado *Vida de Jesus*, dedicamos un capítulo á exponer lo contenido en el Sagrado libro de los *Hechos de los Apóstoles*. Si entónces hubiéramos pensado en es-

Los apóstoles elegidos por el Salvador fueron: *Simon*, al que dió el sobrenombre de PEDRO, y *Andrés*, su hermano, hijos de Joná; *Santiago* el mayor y *Juan*, su hermano, hijos del Zebedeo; *Felipe* y *Bartolomé*; *Mateo*, hijo de Alfeo; *Tomás*, por otro nombre Didimo; *Santiago* el menor, *Judas Tadeo*, *Simon* el cananeo y *Judas Iscariote* el que entregó á Jesucristo en manos de sus enemigos. Los tres evangelistas que refieren la vocacion de los Apóstoles nombran el primero á Pedro, y San Mateo nota que era el primero, es decir, la cabeza del Colegio apostólico.

San Pedro, príncipe de los apóstoles y primer Pontífice de la Iglesia Católica, fue presentado á Jesucristo por su hermano Andrés, el cual le dijo: «Hemos hallado al Mesías (que quiere decir el Cristo),» y como le condujese á la presencia de Jesús, éste le dijo: «Tú eres Simon, hijo de Joná: tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro.» Era entónces el Santo Apóstol como de 40 años de edad.

Siguiendo fielmente á Jesucristo fue testigo de los extraordinarios prodigios con los que confirmara su predicacion. Veamos de qué manera fue hecha su eleccion para jefe del Apostolado y piedra fundamental de la Iglesia. Luego que Jesucristo hubo efectuado la curacion milagrosa de un ciego en Bethsaida, se dirigió acompañado de los Apóstoles y seguido de las turbas á recorrer los pueblos de Cesarea y de Filippo. Cuando el Salvador se hubo acercado á la ciudad se retiró con los Apóstoles á un sitio solitario, y aun de ellos se apartó algun trecho para orar, lo que acostumbraba hacer siempre que se preparaba á ejercer algun acto solemne de su ministerio entre los hombres. La obra que se preparaba entónces era elegir de entre sus discípulos, el que habia de ser cabeza de todos los demás, encomendándole el cuidado de todos ellos y el gobierno supremo de la Iglesia. Luego que Jesucristo hubo concluido su oracion, volvió á reunirse con sus discípulos á los cuales dirigió la siguiente pregunta: —«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?»— Ellos respondieron:—«Unos dicen que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías; otros que alguno de los antiguos profetas que ha resucitado.»—Y Jesús les dijo:—«Y vosotros ¿quién decís que soy yo?»

---

cribir esta nueva obra, aquella materia nos hubiera servido para su primer capítulo, por versar precisamente sobre el establecimiento de la Iglesia. Ahora no nos es posible dejar pasar desapercibido lo que allí decíamos, por formar los fundamentos de cuantos acontecimientos han de ir apareciendo en el curso de los *Siglos del cristianismo*. De otro modo el que la lea, no á continuacion de la otra sinó aisladamente, encontraria un vacío.

—Respondió Simon Pedro con la mayor prontitud diciendo: — «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo.» — ¡Oh confesion gloriosa! Pedro, cuyo entendimiento fue divinamente iluminado, vió en su Maestro, no un profeta, sino el mismo Dios de los profetas. El que tuvo la gloria de ser el primero en confesar públicamente la divinidad del Salvador, recibe de este una magnífica recompensa. Apénas el Salvador escucha el testimonio que de Él da el Santo Apóstol, le habla de este modo: *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan: porque no te lo reveló carne ni sangre, sinó mi Padre que está en los cielos, y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1).

Dedúcese claramente de las palabras que acabamos de citar y que literalmente copiamos del Evangelio la elevacion de Pedro, que despues de Jesucristo es la piedra angular sobre la cual ha de descansar siempre el majestuoso edificio de la Iglesia, del que Jesucristo es primer fundamento. Por la palabra Pedro, con la cual el Salvador llama á Simon, dice San Juan Crisóstomo, le manifiesta que es real y verdaderamente una piedra, anunciándole al mismo tiempo que muchos abrazarian la misma fe que él acababa de confesar, y constituyéndole pastor de su Iglesia, le aseguró que las puertas del infierno no prevalecerian contra ella; esto es, que aunque todo el poder del infierno se reuniese, no podrian derribarla. Por estas palabras se prueba el primado de San Pedro, y de todos sus legítimos sucesores sobre la Iglesia universal.

La Iglesia ha tenido apologistas involuntarios en los mismos herejes, de cuyos labios se han escapado favorables confesiones á las creencias católicas que forman la confusion de sus autores. Con mucha oportunidad cita un historiador, tan profundo como elocuente (2), el siguiente testimonio de Lutero: «Nadie niega que Pedro es el primero entre los Apóstoles:» y este otro: «Conozco el honor y la sumision que son debidas al Soberano Pontífice y á la Silla de Roma: jamás he negado el primado de honor á San Pedro y sus sucesores; al contrario lo he confesado constantemente y lo he defendido con firmeza. Considerada la importancia de esta primacía se ve que no debemos romper la unidad de la Iglesia.» (*Contra los Anabaptistas.*) De este modo se expresaba un dia el funestamente célebre apóstata del Catolicismo que puesto al frente de la

---

(1) S. Mateo, cap. XVI, v. 13-18.
(2) M. C. F. Chevé. Dictionaire des Papes.

llamada reforma protestante se propuso á todo trance pervertir el Cristianismo. El autor citado continua exponiendo otros testimonios del mismo Lutero, de Calvino y de algun otro. Es indudable, y claramente se desprende del texto evangélico que hemos aducido, que en Pedro y en sus legítimos sucesores reside, no solamente el primado de honor, sino tambien el de jurisdiccion. Las palabras las *puertas del infierno*, es decir, cuantas persecuciones, cismas, herejías y contradicciones que puedan suscitarse contra la Iglesia *no la derrocarán*, ofrecianla perpetuidad de la misma Iglesia, y de aquí la necesidad de que la autoridad de Pedro haya pasado á sus sucesores, y que su cátedra sea siempre el centro de la unidad, de la que no puede separarse el que no quiera dejar de ser hijo de la Iglesia. En vano los protestantes presentaron argumentos para justificar su ruptura con la Silla apostólica: apóstatas del catolicismo que han roto los lazos que les unian con el jerarca supremo de la Iglesia no son ni pueden llamarse hijos ni miembros de tan amorosa madre.

Segun se ve claramente en las narraciones evangélicas, el Divino Maestro distinguió siempre á Pedro entre todos los Apóstoles por su cualidad de representante suyo sobre la tierra. Poco hacia que el Salvador habia verificado el gran prodigio de la multiplicacion de los panes y los peces, con los cuales sació á una turba de más de cinco mil personas, cuando mandó á los Apóstoles que entrasen en un barco y fuesen á Bethsaida, que estaba situada á la otra orilla del lago. En aquel corto viaje tenia que ponerse á prueba la fe de los Apóstoles, y muy particularmente la de Pedro: siendo ya casi de noche descendieron los discípulos al mar, y habiendo entrado en un barco pasaron hácia la parte de Cafarnaum: el mar se habia alborotado, y cuando hubieron remado como legua y media vieron á Jesús andando sobre las aguas y que se acercaba al barco; y como se llenasen de temor, Jesús les dijo:—*Yo soy, no temais.*—Viendo San Pedro que era el Maestro exclamó:—*Señor, si eres tú mándame ir á tí sobre las aguas.*—Entónces el Señor le dijo *ven*; y bajando del barco andaba sobre las aguas para llegar á Jesús; mas como observase lo récio del viento tuvo miedo y empezó á hundirse, por lo que exclamó:—*Valedme, Señor;* y luego extendiendo el Señor la mano para sostenerle le dijo: —*Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* y en el momento en que entraron en el barco cesó el viento, y los que estaban en la embarcacion adoraron á Jesús exclamando: *Verdaderamente este es hijo de Dios.*

Pedro fue uno de los tres apóstoles á los cuales llevó Jesús consigo á

la cumbre del Tabor para que tuviesen la dicha de presenciar su Transfiguracion. Lleno Pedro de admiracion al ver aquel trasunto de la celestial Jerusalen, pues que el rostro de su Divino Maestro apareció brillante como el sol y sus vestiduras blancas como la nieve, y á Moisés y Elías que hablaban con el Señor, no pudo ménos de exclamar:—*Señor, bueno es que permanezcamos aquí: si quieres hagamos en este lugar tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elías.* Entónces apareció una nube que los cubrió y resonó una voz en la cumbre de la montaña que dijo: *Este es mi Hijo amado en quien yo me he complacido: oidle.* La vision desapareció y Jesús encargó á los que habian tenido la dicha de presenciarla que á nadie comunicasen lo que habian visto hasta despues de su Resurreccion: Santiago y Juan fueron los otros dos apóstoles que fueron testigos de la Transfiguracion.

Luego que el Divino Redentor resucitó triunfante de la muerte, como lo habia predicho, distinguió á Pedro entre los demás apóstoles como destinado á representarle en la tierra. El ángel que Magdalena y las otras Marias encontraron vestido de blanco sobre la losa del sepulcro les habló de este modo: «No os asusteis: buscais á Jesús Nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; ved el lugar en donde le pusieron. Mas id y decid á sus discípulos y á Pedro que va delante de vosotras á Galilea: allí le vereis como os dijo.» Esta distincion y *á Pedro* es muy notable, pues que da á entender claramente que no sólo no le tenia olvidado, aunque le habia negado por tres veces, sinó que le distinguia entre todos para consolarle en la gran pena y amargura de corazon que sentia por su pecado.

La tercera vez que, segun el evangelista San Juan, se manifestó el Salvador á sus discípulos, estando reunidos despues de su Resurreccion, pidió á Pedro tres protestas de su amor para que reparase sus tres negaciones, como dice San Bernardo. Despues de la pesca milagrosa el Señor les hizo comer pan y peces, y ninguno de ellos se atrevió á preguntarle quién era, conociendo que era el Señor.

Cuando hubieron comido dijo Jesús á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?—A cuya pregunta respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Le dice el Señor: apacienta mis corderos. Segunda vez le pregunta: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Este le responde: Sí, Señor, tú sabes que te amo.—Como ántes, le dijo: apacienta mis corderos. Tercera vez le dirigió la palabra el Soberano Maestro, diciéndole: ¿Me amas? Pedro se entristeció y le dijo: Señor, tú sabes todas las cosas:

tú sabes que te amo. Y el Señor le dijo: apacienta mis ovejas. Pedro tenia muy presente la cobardía con que le habia negado; aquella flaqueza que tan amargamente lloró todo el resto de su vida era el tormento de su corazon: por esto no contesta ahora con aquellas arrogantes palabras: *aunque fuese necesario morir contigo, no te negaré.* A la primera pregunta del Salvador responde con la mayor modestia, poniendo al mismo Señor por testigo de su amor, y si se entristece á la tercera vez que el Señor le repite la pregunta de si le ama, es como expone el P. San Bernardo, temiendo con lo que ya otra vez le habia acontecido que el Señor registrase en su corazon un amor mucho más remiso de lo que á él le parecia. Entónces es cuando Jesucristo constituye á Pedro cabeza universal de toda la Iglesia y pastor de todos los fieles sin excepcion alguna, pues que en aquellas palabras *corderos* y *ovejas* se hallan comprendidos hasta los mismos pastores. Jesús anuncia á Pedro, luego que le ha elevado á la suprema dignidad de la Iglesia, que por amor suyo habia de morir crucificado como él, prometiendo estar con su Iglesia por medio de su asistencia continua hasta la consumacion de los siglos, declarándole que no debian dar principio los apóstoles á la obra de la predicacion del Evangelio para que les habia excogido hasta tanto que recibiesen con el Espíritu Santo los dones sobrenaturales que habian de disponerlos, prepararlos y fortalecerlos para el efecto. Despues de esto los bendijo y se elevó á los cielos con todo el esplendor y magnificencia de su gloria, cuarenta dias despues de su Resurreccion, retirándose los apóstoles á Jerusalen en cumplimiento del solemne mandato que habian recibido, pasando diez dias en el retiro y en la oracion. La Iglesia quedaba pues constituida, y aquí es donde verdaderamente empieza su historia.

Primer concilio apostólico para la eleccion de un apóstol que ocupase el lugar de Judas.

El primer acto de jurisdiccion pontificia de San Pedro fue convocar una reunion ó concilio en Jerusalen con el objeto de elegir un apóstol que ocupase el lugar del inicuo Judas, que se habia ahorcado despues de cometer el horrendo crímen de vender al Divino Maestro. He aquí de qué modo se halla consignada la historia de este concilio en el sagrado libro de los hechos de los Apóstoles: «En aquellos dias, levantándose Pedro en «medio de los hermanos (y eran los que estaban allí juntos como unos «120 hombres), dijo: «Varones hermanos, era necesario que se cumpliese «la escritura que predijo el Espíritu Santo por boca de David acerca de «Judas, que fue el caudillo de aquellos que prendieron á Jesús; el que

«era contado con nosotros y tenia suerte en este ministerio. Este, pues, «poseyó un campo del precio de la iniquidad, y colgándose reventó por «medio derramándose todas sus entrañas. Y se hizo notorio á todos los «moradores de Jerusalen que fue llamado aquel campo en su propia «lengua *Haceldama*, que quiere decir Campo de Sangre. Porque escrito «está en el libro de los Salmos: sea hecha desierta la habitacion de ellos «y no haya quien more en ella y tome otro su obispado. Conviene, pues, «que de estos varones que han estado en nuestra compañía todo el tiem- «po que entró y salió (1) con nosotros el Señor Jesús, desde el bautismo «de Juan hasta el dia en que fue tomado arriba de entre nosotros, que «uno sea testigo con nosotros de su resurreccion. Y señalaron á dos, á «José, que era llamado Barsabas y tenia por sobrenombre el justo, y á «Matías. Y orando dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de to- «dos, muéstranos de estos dos cuál has excogido para que tome el lugar «de este ministerio y apostolado, del cual por su prevaricacion cayó Ju- «das para ir á su lugar. Y echaron suertes y cayó la suerte sobre Matías «y fue contado con los once Apóstoles (2).» Fue esto el año 33 de Jesucristo, segun la cronología ordinaria.

Tal fue el primer acto de jurisdiccion pontificia que ejerció el Príncipe de los Apóstoles. Con la eleccion de San Matías quedaron llenas las doce sillas, en las que, segun la palabra del Salvador, debian sentarse los pastores enviados á las doce tribus de Israel, á las cuales por su incredulidad habian de suceder otras naciones mas dóciles. Es digna de notarse la interpretacion que en su discurso hizo Pedro de las palabras de David, que veia cumplidas en el horrendo crímen que llevara á cabo el traidor discípulo Judas. Aun ántes de venir sobre el colegio apostólico el Espíritu Santo, Dios ilumina al que ya es cabeza visible de su Iglesia, para que pueda hablar dignamente en presencia de aquella asamblea, donde se hallaban los que habian de difundir por el mundo las claras y refulgentes luces de la verdad evangélica.

Por espacio de diez dias permanecieron retirados y entregados al ejercicio de la oracion, al cabo de los cuales llegó el de Pentecostés ó de la oblacion de las priminencias del trigo, que era una de las tres fiestas más principales del pueblo de Dios (3).

---

(1) Es una expresion hebrea que quiere decir: vivió y conversó con nosotros. P. Scio.
(2) Hechos de los Apóstoles, cap. I. v. 15-26.
(3) Las otras dos fiestas principales de los judíos eran la de la *Pascua* en recuerdo de

En dicho dia por la mañana, en el momento en que se ofrecian en el templo los panes del trigo nuevo, se oyó en el lugar de la asamblea un gran ruido como de un viento impetuoso, y al mismo tiempo se vieron como unas lenguas de fuego que descendieron del cielo sobre la cabeza de los que allí estaban congregados (1).

La prodigiosa obra del Espíritu Santo quedó consumada: cuantos le recibieron experimentaron una transformacion extraordinaria: de hombres toscos y carnales se convirtieron en sabios dotados de los más sublimes sentimientos. Impulsados por la llama del amor divino, trataron de dar principio en el momento á predicar públicamente á Jesucristo.

No solamente los habitantes de Jerusalen, sino tambien la multitud de extranjeros que se encontraban en aquella populosa capital, los Partos y los Medos, los Elamitas, los que moraban en Mesopotamia, en Judea y en Capadocia, en el Ponto y en el Asia, en Friggia y en Panfilia, Egipto y Tierra de la Libia que está comarcana á Cyrene, y los que habian llegado de Roma, judíos tambien y prosélitos, Cretenses y Arabes, todos se llenaron de admiracion y quedaban pasmados al oir á los Apóstoles predicar las grandezas de Dios en las lenguas de todos, no faltando, sin embargo, quienes les tuvieran por embriagados.

En esta ocasion predicó San Pedro su primer sermon. A presencia de tan inmenso auditorio empezó á explicar los misterios que se habian cumplido en la persona de Jesús de Nazareth, haciendo ver que Aquel á quien los judíos habian hecho morir con la nota de infamia en el patíbulo de la Cruz, era el Mesías anunciado por los profetas. Con la mayor energía y fuerza de razon, siendo perfectamente entendido por los hombres de los diversos países allí reunidos, se explicó del modo mas admirable: *A este Jesus*, decia, *resucitó Dios, de lo cual somos testigos todos nosotros. Así que ensalzado por la diestra de Dios, que habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado sobre nosotros á este á quien vosotros veis y ois*. El fruto de este primer sermon del príncipe de los Apóstoles fue la conversion de tres mil personas, que convencidas de la verdad pidieron el bautismo y se alistaron en las banderas

---

haber sido los israelitas libres de la espada del ángel exterminador cuando este quitó la vida en una noche á los primogénitos del Egipto, y la de los *Tabernáculos*, que servia para recordar las tiendas y pabellones en que habian vivido durante los 40 años que permanecieron en el desierto. La de Pentecostes tenia por objeto celebrar la memoria de la ley dada por Dios á Moisés en el Sinaí.

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. II.

de Jesucristo. La nueva doctrina debia necesariamente ser confirmada con milagros, y el Señor los obraba contínuamente por medio de sus Apóstoles.

San Pedro en compañía del discípulo amado subió poco despues de los acontecimientos que quedan referidos al templo á la oracion á la hora de nona (1). En la puerta llamada Hermosa, que segun el historiador Josefo era de metal de Corinto, más brillante que el oro y la plata, y estaba situada en el atrio llamado de los judíos, habia un pobre, cojo de nacimiento, al que diariamente colocaban en aquel sitio para que pidiese limosna. Cuando este mendigo vió á Pedro y á Juan que iban á entrar en el templo extendió hácia ellos su mano, rogándoles socorriesen su necesidad. Dios habia determinado obrar un nuevo prodigio que habia de servir para que se aumentase considerablemente el número de los fieles seguidores del Evangelio. Fijando Pedro los ojos juntamente con Juan, le dijo: *míranos*. Así lo hizo el cojo, y Pedro le habló de esta manera: *no tengo oro ni plata; pero lo que tengo esto te doy: en el nombre de Jesucristo Nazareno levántate y anda* (2); y diciendo esto le tomó de la mano derecha, le levantó y en el momento fueron consolidados sus piés, y echando á andar lleno de gozo entró en compañía de Pedro y Juan en el templo. Grande fue ciertamente la alegría de aquel hombre al verse con el libre uso de sus piés, pudiéndose sostener sobre ellos por primera vez.

Pedro, Juan y el que habia sido cojo entraron en la Sinagoga y tras ellos una multitud que ansiosa deseaba escuchar á los apóstoles sobre lo que acababa de acontecer. Viendo San Pedro el inmenso gentío que se aglomeraba en el pórtico de Salomon, empezó á hablar de este modo: «Hijos de Israel, ¿cuál es la causa de vuestro espanto? ¿por qué os admirais de nosotros, como si por nuestro propio poder hubiésemos sanado á este hombre? No, no es obra nuestra sino de Jesucristo, Hijo unigénito del Padre, el mismo que entregásteis á Poncio Pilatos, obligando á este gobernador infiel á que le condenase: este es el Hijo de David vuestro Cristo y vuestro rey verdadero á quien ahora ha glorificado el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob: Vosotros le pospusísteis á un ladron infame y homicida, cuando solicitásteis con tanta pertinacia la libertad del

---

(1) Miéntras existió la Sinagoga los fieles circuncisos asistian á ella practicando los ejercicios de la ley mosaica. Joseph. Lib. XIV antiq. cap. VIII.

(2) Hechos de los Apóst. ver. 4 y 6.

pérfido Barrabas é hicisteis morir al autor mismo de la vida á quien Dios ha resucitado de entre los muertos; como nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos en la gloria de su resurreccion y de su triunfo. Por la fe en Jesucristo, este hombre á quien todos veis y conoceis acaba de conseguir una curacion perfecta á presencia de tantos testigos. Pero, hermanos mios, si os recuerdo lo que habeis hecho al justo por excelencia y al Mesías, no es por injuriaros, ántes conozco que obrasteis por ignorancia, como vuestros magistrados, vuestros ancianos y los príncipes de los sacerdotes; y el Señor ha dispuesto que todo sirva al cumplimiento de los designios de su misericordia y á la consumacion del sacrificio de Jesucristo anunciado por los profetas. Haced, pues, penitencia, para no ser excluidos de la bendicion prometida á nuestros padres y á toda la tierra en el linaje de Abraham. Ya hemos llegado al término decisivo que fue predicho por los santos oráculos de todas las edades y del cual habló Moisés muy especialmente cuando dijo: que el Señor levantaria un profeta del medio de vuestros hermanos, cuya doctrina confirmaria la suya, llevándola hasta la perfeccion, advirtiendo que le oyeseis con cuidado, que os sujetaseis en todo á sus leyes y que si alguno rehusase obedecerle fuese exterminado del medio de su pueblo (1).» No fue menor que del primero el fruto que sacó de este segundo sermon, toda vez que fueron cinco mil hombres sin contar las mujeres y niños los que se convirtieron, dando crédito á sus palabras, disponiéndose á entrar por medio del bautismo en el gremio de la Iglesia.

Vamos ya á ver perseguida la Iglesia cuando aun se halla, digámoslo así, envuelta en las fajas de la infancia; pero esto nos servirá para admirar los grandes triunfos que ha venido consiguiendo desde su mismo establecimiento y que forman en la série de los siglos una no interrumpida cadena de victorias.

Si bien el sermon de San Pedro dió por resultado la conversion de tanta multitud de personas, produjo un efecto diametralmente opuesto en otra parte del auditorio, compuesta de los sacrificadores y guardias del templo, como asimismo de los saduceos, entre los que habia muchos sacerdotes. Sabido es que los saduceos no creian en la resurreccion de los cuerpos, y por consiguiente se irritaron y se llenaron de indignacion al oir hablar con tanta energía al santo apóstol de la resurreccion de Jesucristo, por la prueba que envolvia de la resurreccion futura de

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. III.

los demas hombres. Apoderáronse, pues, de Pedro, Juan y el que habia sido cojo, y los pusieron en prision hasta la mañana del dia siguiente, en la que, reuniéndose el Sanedrin del que formaban parte Anás, el príncipe de los sacerdotes, Caifás y todos cuantos eran de linaje sacerdotal, hicieron comparecer á los dos apóstoles y al que por ellos habia recobrado la salud. La pregunta que dirigieron á aquellos fue la siguiente: ¿Con qué poder ó en nombre de quién habeis hecho esto?

Entónces Pedro lleno del Espíritu Santo les contestó de este modo: «Príncipes del pueblo, y vosotros ancianos, escuchad: Puesto que hoy se nos pide razon del beneficio hecho á un hombre enfermo y de qué manera ha sido este sanado, sea notorio á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel que en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificasteis y á quien Dios resucitó de entre los muertos, por su virtud está sano este hombre en vuestra presencia. Esta es la piedra que ha sido reprobada por vosotros los arquitectos, que ha sido puesta por cabeza de ángulo; y no hay salud en ningun otro: porque no hay otro nombre debajo del cielo en quien podamos ser salvos.»

La más refinada malicia no podia encontrar objeciones que presentar al razonamiento de Pedro. A la vista de todos estaba el que habia sido curado: no habia quien no le conociese por verle diariamente á las puertas del templo. Tenia más de cuarenta años de edad (1) y su enfermedad era de nacimiento, circunstancias todas que hacian más evidente el milagro, no habiendo medio posible de negarlo ni aun de ocultarlo. El consejo mandó salir á los apóstoles sin tomar determinacion alguna, y luego discutieron entre sí cómo deberian obrar. «¿Qué haremos, decian, á estos hombres? porque han hecho un milagro notorio á cuantos moran en Jerusalem: patente es y no lo podemos negar; empero para que no se divulgue más en el pueblo amenacémosles para que no hablen más á hombre alguno en este nombre.» Así lo hicieron en efecto: volvieron á hacer entrar en su presencia á los apóstoles y les intimaron con grandes amenazas á fin de que nunca más hablasen ni enseñasen en nonbre de Jesucristo. Terrible cargo el que envuelven estas palabras y estas amenazas contra aquellos hombres obcecados, que conociendo la verdad se resistian á abrazarla. Aquella intimacion, dice muy oportunamente el P. Scio, era como decirles que, no obstante estar convencidos de la virtud poderosa que habia tenido el divino nombre de Jesús para curar al

(1) Ib. cap. IV. v. 22.

cojo de nacimiento, no querian que fuese invocado para consuelo y alivio de los pueblos, ni que estos fuesen instruidos, temiendo que los tendrian por unos hombres obcecados, impostores y perversos por haber hecho crucificar al que era reconocido por el Cristo y el Salvador de Israel (1).

Llenos de valor los dos apóstoles contestaron á las amenazas y á la órden que les dieron, de no invocar el nombre de Jesús, que jamás dejarian de predicar la verdad, manifestando en todas partes cuanto habian visto y oido, porque no era justo que obedeciesen á ellos ántes que á Dios. Ciertamente los apóstoles no buscaban su propia gloria, ni esos laureles que los mundanos ansían y cuya duracion es como la flor del heno, que nace por la mañana para morir en el mismo dia: buscaban tan solamente la gloria de Dios en la extension del imperio de Jesucristo. La maledicencia, impulsada por el espíritu de las tinieblas, daba principio á la lucha que al través de XIX siglos viene hoy sosteniendo: mas la naciente Iglesia, destinada á pasar una infancia de penalidades y de luchas las más crueles, estaba sostenida por el dedo de su Fundador divino, y sus glorias pasando por encima de la pequeñez del ódio y de la envidia se trasmiten y aumentan de generacion en generacion, y tan imposible es al hombre el oscurecerlas como arrancar del firmamento el astro que nos alumbra.

Pedro y Juan fueron puestos en libertad.

Su primer cuidado fue dar cuenta á los fieles de cuanto les habia acontecido, y conociendo todos que las persecuciones habian de ir en aumento hicieron fervorosa oracion, suplicando al Omnipotente que concediese á los predicadores de la verdad espíritu de fortaleza para resistir las luchas y combates y el don de hacer milagros para testificacion de la doctrina que enseñaban.

Aquella oracion subió al cielo en olor de suavidad y el Señor quiso demostrarles cuán grata le habia sido. El lugar donde estaban congregados tembló y fueron llenos del Espíritu Santo. Este fuego divino les animó para trabajar más y más en la propagacion del cristianismo.

No creemos estará de mas digamos aquí cuatro palabras sobre la disciplina de la Iglesia en su orígen: empero dejarémos hablar á uno de los más sabios historiadores de la Iglésia: «Dedicábanse los apóstoles á cul«tivar los frutos de la gracia, especialmente en los prosélitos que aumen-

---

(1) Padre Scio. Anotacion al verso 18 cap. IV. de los Hech. de los Apóst.

«taban de dia en dia el número de los fieles. Fortalecian su fe, que no «habia de disfrutar de paz por mucho tiempo, y arreglaban con esmero «las costumbres y la disciplina. Congregaba á los hermanos para practi«car los ejercicios de la Religion en las casas de algunos de los más «virtuosos discípulos. Allí se celebraba el sacrificio adorable, recibian «los sacramentos, y se trataba en fervorosas pláticas de los misterios y «doctrina del Redentor. En breve tiempo se multiplicaron tanto sus ado«radores, que no era posible reunirse en un solo lugar y fue necesario «que se dividiesen las asambleas en distintos sitios de Jerusalen. Tenia «cada una sus ancianos que cuidaban del buen órden, y á lo ménos un «sacerdote ordenado segun la ley nueva, con algunos ministros inferio«res que le asistian. Sabemos por S. Epifanio (1) que en estos primeros «tiempos establecieron los apóstoles en unas partes obispos y diáconos «sin presbíteros, y en otras presbíteros y diáconos sin obispos. Las fun«ciones ordinarias del primer órden del sacerdocio ó episcopado eran «anunciar el Evangelio con más solemnidad, confundir á los incrédulos, «confirmar á los fieles en la fe, visitar las nuevas iglesias para evitar los «abusos, hacer nuevas conquistas para Jesucristo y perfeccionar las ya «hechas (2).»

La verdad de tal razonamiento está demostrada en las siguientes palabras de los *Hechos de los Apóstoles:* «y de la multitud de los creyentes el corazon era uno y el alma una, y ninguno de ellos decia ser suyo propio nada de lo que poseia, sino que todas las cosas eran comunes y no habia ninguno necesitado entre ellos; porque cuantos poseian campos ó casas las vendian y ponian su precio al pié de los apóstoles, los cuales repartian á cada uno lo que necesitaba (3).» De este modo resplandecia en ellos la señal ó el distintivo por el cual quiere Jesucristo que sean conocidos sus discípulos (4): la caridad, que es el sólido cimiento sobre el cual se sostiene el edificio de la verdadera y sólida piedad.

Los que sistemáticamente combaten hoy la Iglesia, los que claman por que carezca de toda clase de bienes con que poder atender á las solemnidades del culto y al socorro de los desgraciados, recordando á cada momento que nada poseia la Iglesia en sus primeros tiempos, ¿vol-

---

(1) Epiph. Tract. Haeres.
(2) Berault-Bercastel. Historia gen. de la Iglesia, libro I, núm. 20.
(3) Hechos de los Apóstoles, cap. IV, v. 32-35.
(4) S. Juan. cap. XIII. v. 35.

verian gustosos á aquellos felices dias? ¿venderian sus palacios y elegantes carrozas para poner su precio al pié de los sucesores de los apóstoles? En este caso nada necesitaria la Iglesia y desapareceria toda clase de necesidad. Los tiempos han variado, y á falta de oblaciones voluntarias, suficientes para el sostenimiento del culto, la Iglesia es indudable que necesita de bienes para sostener su culto. Esta verdad se presenta á la imaginacion ménos lince; de otro modo ¿cómo podria proveerse de ornamentos, vasos sagrados y de lo necesario para el culto y sostenimiento de sus ministros? Los primeros bienes fueron las *oblaciones* de los fieles; en los tiempos apostólicos, cuando aun la Iglesia puede decirse que estaba en su cuna y el número de los afiliados á las banderas de Jesucristo era todavía escaso, se creian todos en el deber de atender con sus propios bienes á la subsistencia de la nueva sociedad. Así acabamos de ver, citando palabras textuales de los *Hechos de los Apóstoles*, que los fieles vendian sus bienes y ponian su precio en manos de los apóstoles, y que estos cumplian con la mayor exactitud los preceptos de la caridad cristiana distribuyéndolo entre los ministros y los pobres. Expongamos aquí, siquiera sea á grandes rasgos, los medios de subsistencia que desde entónces hasta la época presente ha tenido la Iglesia. En los tiempos posteriores á los apóstoles se conocieron varias clases de oblaciones, unas que se hacian al altar, otras fuera del altar y las terceras al administrar los sacramentos y al efectuar exequias en sufragio por los difuntos: las primeras eran conocidas tambien con el nombre de oblaciones eucarísticas, pues consistian en que los fieles al tiempo del sacrificio ofrecian pan y vino ó las espigas y uvas en tiempo de nuevos frutos y tambien aceite é incienso, de lo cual se tomaba lo indispensable, distribuyéndose lo restante entre los ministros del altar y los pobres. Estas oblaciones no eran obligatorias, pero era muy mal mirado el que dejaba de ofrecerlas. Las oblaciones fuera del altar consistian en dinero, aves, frutos ó cosas semejantes. En suma, desde muy antiguo empezaron los fieles á hacer alguna oblacion en dinero ó en especies cuando recibian algun sacramento, y esto, que era un acto piadoso pero voluntario, vino á hacerse obligatorio cuando faltaron á los ministros del altar otros medios de sustentacion (1).

Estas oblaciones, que equivalen á lo que hoy llamamos *derechos de estola ó pié de altar*, en nada se oponen al mandato de Jesucristo *gratis*

(1) Conc. IV. de Letran, cap. IV de Simonia.

accepistis, gratis date, porque estos derechos no se miran como recompensa al trabajo, sino como medio de sustentacion de los ministros del altar. En cuanto á bienes raices no pudo tenerlos la Iglesia en los tres primeros siglos, porque no teniendo existencia legal en el imperio, no era reconocida, y por lo tanto no podian ser tampoco reconocidos sus derechos. Despues de la paz dada á la Iglesia por Constantino, ya pudo adquirirlos donde quiera que era reconocida. Nos dilataríamos demasiado si hubiéramos ahora de hablar extensamente de diezmos y primicias. Dirémos tan sólo que la prestacion decimal, que se llamaba así porque consistia en la décima parte de los frutos de la tierra, fue una de las leyes dadas por Dios al pueblo judío, como consta del Levítico, cap. XXXVI. En el cristianismo nada se habló de diezmos en los cuatro primeros siglos: mas luego que las oblaciones no fueron suficientes, tal vez por haberse enfriado algo la caridad de los fieles, algunos Santos Padres, entre ellos San Gerónimo y San Agustin, empezaron á recordar á los fieles la ley de Moisés sobre los diezmos, que empezó á ponerse en práctica aunque voluntariamente por parte de los fieles. Despues el pago de los diezmos se elevó á ley, y hasta llegó á imponerse pena de excomunion á los contumaces. En España fueron suprimidos los diezmos por una ley, siendo sustituidos por la contribucion llamada de culto y clero. Esta es muy exígua y ni el culto ni los ministros, principalmente si hablamos del culto parroquial, podria sostenerse si llegasen á suprimirse, como muchos desean, los que llamamos derechos parroquiales. Mucho nos alegraríamos de que llegase un dia en que, atendidas debidamente estas apremiantes necesidades, no sean necesarios esos derechos que tanto lastiman á los que se olvidan de que, segun la expresion de Jesucristo, *dignus est operarius cibo suo.*

Hemos interrumpido nuestra narracion histórica, y no será esta tan sólo la vez que tengamos que hacerlo en nuestro deseo de ilustrar á los lectores sobre puntos de importancia, y mucho más sobre aquellos de que se valen los enemigos de la Iglesia para sustentar doctrinas erróneas. Continuemos ya nuestro propósito.

El terrible castigo que recibieron Ananías y Zafira por haber pretendido engañar al príncipe de los Apóstoles, y la maravillosa conversion de Saulo en el camino de Damasco, son asuntos de los que nos hemos ocupado en nuestra última obra, en el capítulo dedicado á dar una noticia de lo contenido en el sagrado libro de los *Hechos de los Apóstoles.* Mas como quiera que no nos sea lícito el dejar de consignarlos en este

lugar, por exigirlo así el buen órden y método de la historia, ambos hechos los tratarémos, pues que principalmente el segundo es de una gran importancia.

Ananías se habia propuesto pasar por cristiano celosísimo y fervoroso, y puesto de acuerdo con su mujer Zafira (1), intentó engañar á S. Pedro. Vendió sus tierras, y reservando una parte del precio, puso el restante á los piés de los Apóstoles. Pedro penetró su corazon y le dió en rostro con su mal modo de obrar y su avaricia, pues nada le habia hecho violencia para que vendiese su campo, y él usando de la mentira y dominado por la avaricia aspiró á una honra vana de haberlo vendido todo. En el momento en que hubo acabado de hablar murió repentinamente Ananías. Tres horas despues su mujer Zafira, ignorante de lo que habia acaecido á él, se presentó á San Pedro, al cual mintió del mismo modo que aquel, experimentando la misma suerte, pues que murió en el acto.

En aquellos dias Pedro y los otros Apóstoles hacian multitud de milagros, y por esto y por su vida irreprensible eran la admiracion de todos, de suerte que se verificaban contínuas y numerosas conversiones: de tal modo se aumentaba la fe que todos tenian en San Pedro, que sacaban los enfermos á las calles y los ponian en camillas y lechos para que cuando pasara el Santo Apóstol al ménos su sombra tocase á alguno de ellos y quedaren libres de sus enfermedades. No solamente habitantes de Jerusalen experimentaban tan extraordinarios beneficios, sino que de las ciudades comarcanas traian tambien muchos enfermos para que recibiesen la salud del principe de los Apóstoles.

Tantos y tan repetidos prodigios no pudieron ménos de excitar el odio y la envidia de los saduceos, los cuales prendieron á los apóstoles encerrándolos en la cárcel pública. Dios envió un ángel, el cual abrió de noche las puertas de la cárcel, y sacándoles fuera les ordenó que fuesen al templo y predicasen la doctrina de Jesucristo. Llegada que fue la mañana del dia siguiente, se dirigieron al templo, donde predicaron las verdades eternas. Entretanto el principal de los sacerdotes y cuantos estaban con él convocaron un concilio de ancianos de los hijos de Israel y mandaron comparecer los Apóstoles en su presencia. Los ministros fueron á la cárcel, mas como no los hallasen en ella, volvieron y dijeron á los que les habian enviado: «La cárcel ciertamente hallamos muy bien cerrada y los guardas estaban frente de las puertas, mas habiéndolas abierto no

(1) Hechos de los Apóst. cap. V. v. 1 y sig.

hallamos dentro á ninguno.» Lleno de admiracion quedó el magistrado del templo, así como los príncipes de los sacerdotes, no sabiendo cómo habian podido librarse de la prision, pero no tardaron en ser avisados de que los que habian sido presos el dia anterior se hallaban en el templo enseñando. Irritados con tal noticia fueron al templo, donde en efecto encontraron á los Apóstoles y los condujeron al concilio, aunque sin ninguna clase de violencia por temor al pueblo, que los amaba y respetaba por los grandes beneficios que de ellos recibia.

Pedro dió en presencia de todos nuevos testimonios de la fe, hablando con la energía que acostumbraba de la resurreccion del Salvador. Determinaron, pues, deshacerse de aquellos hombres, consultando entre ellos cómo les darian muerte. Gamaniel, fariseo de gran reputacion y doctor de la ley, se constituyó voluntariamente protector de los Apóstoles, hablando de esta manera: «*¿Para qué, oh israelitas, os molestais acerca de estos hombres? Si su empresa es de los hombres, ella caerá por sí misma: pero si es obra de Dios, en vano os oponeis á ella, pues esto sería resistir á Dios.*» Muy acertado pareció este dictámen, y por esto desistieron de su intencion de hacer morir á los Apóstoles, pero sin embargo los azotaron ignominiosamente, poniéndolos despues en libertad, pero apercibiéndoles que no volviesen de nuevo á hablar en público de Jesucristo. Los Apóstoles léjos de entristecerse se regocijaron en gran manera por haber tenido ocasion de padecer por el nombre de Jesucristo (1), y de nuevo empezaron á predicar, siendo muchos los que se convertian detestando sus errores y entrando á aumentar el número de los fieles.

Segundo concilio apostólico. En vez de disminuir el número de los fieles á causa de esta primera persecucion, se aumentaba de un modo rápido y maravilloso, en términos que los Apóstoles no podian ya por sí mismos atender á las necesidades de todos. Si habian de distribuir el alimento á los fieles, faltábales el tiempo para la predicacion. Justamente se suscitó una discordia entre los griegos ó helenistas y los judíos de Palestina sobre si sus viudas eran ó no bien atendidas en el reparto ó distribucion de cada dia por aquellos á quienes los Apóstoles habian encomendado aquel cuidado, pero que no tenian autoridad propia para desempeñar aquel ministerio. Entónces, deseoso San Pedro de sofocar aquella disencion, que tan perjudicial era á la Iglesia, convocó la asamblea de los fieles, y como jefe de todos ellos les hizo presente que los pri-

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. V.

meros pastores no podian dedicarse á la distribucion de las limosnas sin abandonar el ministerio de la divina palabra y la oracion, proponiendo que fuesen elegidos siete individuos celosos de la gloria de Dios, de buena reputacion y adornados con los dones del Espíritu Santo. Todos los que se hallaban presentes aprobaron la determinacion de Pedro, y fueron elegidos Estéban, hombre que se distinguia por su fe, Felipe Prócoso, Nicanor, Timon, Pármenas y Nicolao, originario de Antioquia, sobre los cuales imponiendo los Apóstoles las manos les confirieron el órden del Diaconado, cuya institucion habian recibido de Jesucristo. Tuvo lugar este segundo concilio apostólico el año 34 de nuestra era.

Con la creacion de los diáconos pudieron dedicarse los Apóstoles al ejercicio de la predicacion, siendo tan copioso el fruto que recogian que muchas personas de las más notables, y entre ellas no pocos sacerdotes de la antigua ley, se hicieron discípulos en Jerusalen. Entretanto el diácono Estéban lleno de gracia y de fortaleza efectuaba grandes prodigios y milagros en el pueblo. Algunos de la Sinagoga llamada de los Libertinos se levantaron á disputar con el diácono, pero éste los confundió, dándoles en rostro con sus grandes maldades y con el crímen de haber dado muerte á Jesucristo. «Vosotros, les decia, hombres de dura cerviz y de «corazon incircunciso, siempre perseverais en resistir al Espíritu Santo «como lo hicieron vuestros padres. ¿Qué profeta hubo á quien ellos no «quitasen la vida? Pero si ellos dieron muerte á los profetas de Cristo, «vosotros sois sus sacrílegos matadores.» Ellos llenos de furia le amenazaron, y orando Estéban alzó los ojos al cielo, esperando de Dios el auxilio que le era necesario, pues previó que habian de concluir por quitarle la vida. Dios le manifestó su gloria, por lo que exclamó: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre á la diestra de su Eterno Padre (1).»

Estas palabras de Estéban fueron su sentencia de muerte. Escandalizados de tales expresiones, lo sacaron fuera de Jerusalen, donde no era lícito ejecutar sentencia de muerte, y sin forma alguna de proceso le apedrearon hasta quitarle la vida. Uno de los que tomaron parte en aquel sangriento drama fue Saulo, jóven enemigo encarnizado del nombre cristiano, el que, convertido más tarde por un prodigio de misericordia, fue elegido para vaso de eleccion, siendo un apóstol celoso propagador de la doctrina de Jesucristo, en cuya defensa derramó su sangre.

---

(1) *Hechos de los Apóstoles*, cap. VII, v. 55.

Cupo á Estéban la suerte de ser el primer mártir del cristianismo, primer eslabon de esa dilatada cadena de gloriosos mártires, que durante las persecuciones del paganismo, y despues en la série de los siglos y hasta nuestros mismos dias en las misiones evangélicas, han derramado su sangre, víctimas ilustres de su caridad y de su celo por la extension de la doctrina del Crucificado. Gamaniel enterró el cuerpo de San Estéban, asistiendo á esta ceremonia multitud de fieles que lloraban con el mayor desconsuelo.

El mismo Gamaniel trasladó despues sus reliquias á una casa de campo que poseia ocho leguas distante de Jerusalen, donde él mismo fue despues sepultado con su sobrino Nicodemus, uno de los que embalsamaron el cuerpo de Jesús (1). Hoy se conserva el cuerpo del glorioso proto-mártir en la basílica de S. Lorenzo, extramuros de Roma, al lado del ilustre español Lorenzo, martirizado en el siglo III de la Iglesia durante la persecucion de Valeriano.

Entretanto Felipe con incansable celo habia convertido á la fe cristiana mucha gente en Samaria. Entre los convertidos contábase Simon el Mago, el cuál por mucho tiempo habia tenido embaucados á los Samaritanos, á los que engañaba con sus artes mágicas; persuadido de la verdad dió oidos á la predicacion de Felipe, y despues quedaba admirado y como atónito al presenciar los grandes prodigios que por virtud de Dios obraba el Santo Apóstol. San Pedro y San Juan hicieron una corta ausencia de Jerusalen, dirigiéndose á Samaria al objeto de administrar el sacramento de la confirmacion á los nuevos fieles, por no estar en la facultad de un diácono el poderlo conferir. Admirado Simon Mago del don de lenguas que resplandecia en los Apóstoles y de los milagros que efectuaban, creyó poder alcanzar la misma gracia á fuerza de dinero y se atrevió á proponerlo á los Apóstoles. Indignado San Pedro al escuchar tal proposicion, le contestó de esta manera: «*Tu dinero sea tu perdicion; pues creiste que los dones del cielo pueden ponerse en venta* (2).» Exhortóle el príncipe de los Apóstoles á la penitencia, y él demostró por su parte estar arrepentido, aunque las pruebas posteriores demostraron lo contrario. Este hecho dió el nombre de *simonía* á todo contrato semejante á él en naturaleza.

Simon Mago fue el primer hereje, pues que, sirviéndose de lo poco

(1) Berault-Bercastel, Historia de la Iglesia, libro I, núm. 28.
(2) *Hechos de los Apóstoles*, cap. VIII, v. 9 y sig.

que habia aprendido de las Sagradas Escrituras, mezclaba con ellas fábulas mitológicas, refiriendo absurdos acerca de una mujer prostituta que llevaba consigo (1), y estableciendo por principio que no existia ninguna accion buena por su naturaleza, que para conseguir la vida eterna eran inútiles las buenas obras y que los hombres sólo podian conseguir la salvacion por medio de la gracia de la que él se decia autor. Esta herejía, que tuvo sus sectarios, duró por espacio de dos siglos, hasta que por sí misma se destruyó.

Yendo el diácono Felipe por órden del Señor por el camino que va de Jerusalen á Gaza, se encontró con un etíope que era eunuco de Candaces, reina de aquella parte de la Etiopía, y el cual era judío de orígen, y regresaba á su patria despues de haber adorado en Jerusalen al verdadero Dios. Iba en su carro leyendo en voz alta los libros proféticos. Oyó Felipe que leia al profeta Isaias, y acercándose á él le dijo: «¿Comprendes lo que vas leyendo?» El eunuco con la mayor humildad le contestó: «En verdad que no lo sé, pero subid aquí y me explicareis lo que yo no «entiendo.» El etíope leia este pasaje: «Fué conducido á la muerte como «una oveja (2).» Y el diácono le demostró con la mayor claridad que aquella profecía habia sido cumplida con exactitud en la persona de Jesucristo crucificado en el Calvario; explicóle á continuacion los principales misterios de la religion y la necesidad de recibir el bautismo para conseguir la salvacion; y como el etíope viese agua cerca del camino, exclamó: «Hé aquí lo que yo necesito para recibir la gracia del bautismo, si no hallais inconveniente.—Ninguno hay, si crees, contestó el diácono.—Creo firmemente, añadió el eunuco, que Jesucristo es hijo de Dios.

En el momento recibió el bautismo de manos de Felipe.

Lleno de alegría y regocijo el nuevo cristiano, prosiguió su viaje deseoso de anunciar á otros el reino de Dios, explicando las grandes verdades que acababa de aprender, para contribuir por su parte á la extension del reino de Jesucristo.

El diácono Felipe desapareció repentinamente de su vista, siendo arrebatado por el Espíritu Santo á la ciudad de Azoto, á orillas del mar Grande ó Mediterráneo, donde desplegó el mayor celo predicando la fe en todos los pueblos hasta Cesárea y obrando innumerables conversiones.

---

(1) Iren. cap. I, v. 20.
(2) Isaias, cap. LIII, v. 7.

No podemos ménos de admirar la rapidez con que se extendia y hacia prosélitos la doctrina salvadora del Crucificado del Gólgotha, verdadero grano de mostaza destinado á convertirse en árbol corpulento de preciosos frutos. Solo una obra esencialmente divina podia tomar tales proporciones.

CAPITULO II.

Conversion de Saulo.—Principio de su predicacion.—Es presentado por Bernabé á San Pedro.—Visita San Pedro las Iglesias de la Judea.—Milagrosa curacion de Eneas.—Resurreccion de Tabita.—Vocacion de Cornelio.—En Antioquia empiezan los fieles á llamarse cristianos.—Santiago el Mayor.—Su predicacion en España.—Gloriosa tradicion de la venida á España de la Vírgen María.—Martirio de Santiago el Mayor.—Pedro es libertado de la cárcel por un Angel.—Muerte de Heródes Agripa.—Traslacion de la cátedra Pontificia de Antioquia á Roma.—San Márcos.—Su Evangelio.

Al hablar de la muerte y del martirio de San Estéban hemos dicho que uno de los que tomaron parte en su sacrificio fue Saulo, jóven enemigo encarnizado del nombre cristiano, pero justamente estaba destinado este enemigo de la verdad para ser un apóstol celoso de aquel mismo al que tan encarnizadamente perseguia. Si bien los fieles eran objeto de grandes persecuciones en Jerusalen, los que habitaban en pueblos distantes de aquella capital gozaban paz y tranquilidad, sin ser por nadie molestados; lo que sabido por Saulo se propuso salir de Jerusalen y llevar la persecucion á todos aquellos pueblos, en su deseo de que fuese exterminado en todas partes el nombre cristiano. Era Saulo natural de Tarso, capital de Cilicia, hijo de padres judíos, de la tribu de Benjamin y de un carácter inquieto y bullicioso, por lo que es figurado en los libros santos bajo el emblema de un lobo rapaz é insaciable: era por naturaleza belicoso, estaba dotado de valor y para llevar á cabo sus propósitos no le servia jamás de obstáculo ninguna clase de peligros. No podia encontrarse por lo tanto uno más á propósito que él para perseguir la que llamaba nueva secta, exterminando á aquellos hombres que reconocian por Dios á un hombre que habia muerto con la nota de infamia en un patíbulo de afrenta. Tampoco el Evangelio podia encontrar un adalid más esforzado, y por esto dispuso Dios por un medio maravi-

lloso abrir sus ojos á la luz de la fe cristiana para que fuese en adelante un incansable y celoso predicador del cristianismo. Tenia por causa el odio que en su corazon abrigaba contra los cristianos su celo por la ley de Moisés, siendo indudable que era muy puro en sus costumbres, muy noble en sus pensamientos y muy recto en su carácter, cualidades todas que le hacian creerse en el deber de perseguir á todo trance, y aunque fuera á costa de su vida, á los que enseñaban novedades en materias de religion.

Revestido fue con ámplios poderes por el Sumo Pontífice para llevar á cabo la persecucion de los cristianos fuera de la capital, con toda clase de facultades para castigar y despues conducir á Jerusalen para ser juzgados á todos los cristianos que encontrase.

Dirigíase á Damasco, cuando en el camino se vió rodeado de una luz celestial, que hiriéndole como un rayo le hizo caer en tierra, como asimismo á los que le acompañaban, y oyó una voz que le decia en hebreo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* — *¿Quién sois vos, Señor?* exclamó Saulo.—*Yo soy*, le respondió la voz, *Jesus Nazareno, á quien haces la guerra y á cuya voz será para ti funesta la resistencia.* Aterrado Saulo y lleno de confusion exclamó:—*¿Pues qué quereis, Señor, que haga?* — *Levántate*, le dice el Señor, *entra en la ciudad y allí te mostraré lo que debes hacer. Mas ten entendido desde ahora que te he escogido para predicar las maravillas que has visto. Nada temas de parte de los judíos y mucho ménos de los gentiles, á quienes tú has de libertar del yugo de Satanás, para que por la fe viva que tendrán en mí participen de la herencia de los justos.*

Tal fue la maravillosa conversion de Saulo que trocó su corazon, haciéndole de perseguidor de Jesucristo en su más ardiente y celoso defensor. Ya no es aquel hombre altivo y soberbio de dura cerviz que busca á los discípulos del Salvador para entregarlos á los tormentos y á la muerte; es, sí, un humilde siervo que espera las órdenes de Dios, para ser en adelante un fiel é incansable ministro de la verdad evangélica.

Tan necesaria nos es la gracia del Señor miéntras somos viadores, que indudablemente sin este soberano auxilio naufragaríamos en el proceloso y borrascoso mar de los peligros que nos cercan y de nuestras propias pasiones. A su tiempo verémos que Pelagio, de cuya herejía nos ocuparémos, enseñaba el falso principio de que el hombre no necesita del auxilio de la gracia para conseguir la salvacion, doctrina errónea que fue victoriosamente combatida por el Padre San Agustin, lo que le hizo ad-

quirir el título de defensor magnífico de la gracia. El hecho de la conversion de Saulo no debe servirnos para hacernos esperar en la apatía la gracia del Señor, pues que el hombre debe poner de su parte cuanto le sea posible para alcanzar este soberano auxilio, que el Señor aumenta progresivamente en las criaturas á medida de la correspondencia á este don precioso. Dios puede, cuando es su voluntad, conceder su gracia para la conversion á pesar de no haber disposiciones de corazon, como lo hizo con Saulo, pero éste, así como la Samaritana, de cuya conversion nos ocupamos en nuestra *Vida de Jesucristo*, son hechos aislados que no deben servirnos de regla.

Continuemos nuestra narracion histórica. Los compañeros de Saulo permanecieron inmóviles y tan sólo oian el sonido de la voz celestial, pero sin entender nada.

Saulo se levantó, pero habia quedado ciego. Tuvieron que guiarle sus compañeros á Damasco, donde permaneció tres dias sin recobrar la vista y sin comer. Al cabo de ellos Ananías, que habia recibido órden del Señor para buscar á Saulo, puso las manos sobre sus ojos haciendo caer de ellos unas como escamas, recobrando instantáneamente la vista, despues de lo cual fue bautizado por el mismo Ananías (1).

Al poco tiempo Saulo, convertido ya en celoso Apóstol, se presentó en las Sinagogas predicando á Jesucristo, afirmando que era el Hijo único de Dios, el Salvador del mundo, y que con su muerte habia cometido la Sinagoga un horrendo deicidio. Los judíos quedaron confundidos al oir hablar de tal manera al que ántes era tan tenaz perseguidor del nombre cristiano. Sin embargo, ninguno se convirtió y el nuevo apóstol de la verdad se dirigió á la Arabia para instruir á otros israelitas que se hallasen mejor dispuestos para recibir la doctrina católica. Pasado algun tiempo volvió á la capital, donde predicó fervorosamente á los gentiles, invitándoles á que ocupasen en la Iglesia el lugar de los israelitas. Tal fue la persecucion que contra él se levantó por parte de los judíos, que para huir de ellos, toda vez que por parte del gobernador se habian puesto centinelas en las puertas de la ciudad para impedirle la salida, tuvieron sus discípulos que descolgarle por la muralla dentro de una cesta. No era el temor de los peligros el que le hacia huir de Damasco, pues que por el contrario estaba dispuesto á verter su sangre en defensa de la fe; así, pues, se di-

(1) *Hechos de los Apóst.* cap. IX.

rigió á Jerusalen, donde no podia ménos de encontrar mayores contradicciones y más inminentes peligros.

Tal era el terror que los fieles de Jerusalen habian concebido contra Saulo, que no podian ménos de mirarle con desconfianza, huyendo precipitadamente de él á pesar de sus protestas en favor del cristianismo, sin dejarle ni aun tiempo para explicarse. Tan solamente Pedro y Santiago entre los Apóstoles permanecian en Jerusalen, y ante ellos fue presentado Saulo por Bernabé, el cual refirió la aparicion de Jesucristo á Saulo, y todo cuanto este habia sufrido por la fe en Damasco, inmediatamente despues de su conversion. El Príncipe de los apóstoles le recibió con el mayor amor, le escuchó con benignidad y le detuvo por espacio de quince dias en su casa, donde se infiere que le confirió con la imposicion de las manos el carácter sacerdotal y la dignidad episcopal. Necesario era que Saulo reparase los grandes escándalos que con sus violencias habia dado ántes de su conversion, y así lo hizo. No solamente rendia públicos homenajes de adoracion á Jesucristo, sinó que sostenia acaloradas discusiones con los mismos que ántes habian sido sus compañeros, los cuales trataron de indisponer con él á los judíos de todas las provincias.

Por este tiempo la solicitud del Príncipe de los apóstoles, que hasta entónces no habia salido de Jerusalen, quiso visitar despues las diversas iglesias establecidas en la Palestina y encomendadas al cuidado de otros pastores, bajo la vigilancia de Pedro, cabeza de todos ellos. La primera visita fue á Lidda, ciudad de la tribu de Efraim, inmediata al mar Mediterráneo. Inmediatamente despues de su llegada reunió los fieles para instruirlos, y Dios quiso que efectuara grandes milagros para confirmacion de la doctrina que anunciaba. Habia allí un paralítico llamado Eneas, el cual estaba postrado en cama. Pedro se dirigió á él y le dijo: *Nuestro Señor Jesucristo te concede la salud, y para que todos conozcan los efectos de su divino poder, levántate, toma tu cama, y marcha con ella.* El enfermo quedó sano desde aquella hora, y divulgado que fue este prodigio, todos los habitantes de la ciudad y los que moraban en la llanura de Sarona abrazaron el cristianismo.

Otro prodigio no ménos notable que el que acabamos de referir tuvo lugar en Joppe. Acababa de espirar una mujer cristiana llamada Tabita, muy amada de todos cuantos la conocian por su misericordia para con los pobres, los cuales se hallaban muy inconsolables por su pérdida. Enviaron dos discípulos á Lidda para suplicar á San Pedro que fuése inmediatamente á Joppe sin decirle el objeto. Pedro partió al instante con los



El Príncipe de los Apóstoles resucita á Tabita.

mismos que le habian dado aviso, y apénas hubo llegado le condujeron á la sala donde estaba expuesto el cadáver de Tabita, el cual se hallaba rodeado de una multitud de pobres que lloraban inconsolables. Pedro lloró con ellos y compadecido dirigió su voz á la difunta diciendo: *levántate, Tabita;* y al punto abrió esta los ojos y se incorporó en el féretro, y el apóstol alargando su mano para que se levantase del todo la entregó con vida á los discípulos.

Dotados de dura cerviz los judíos, y negándose á aceptar el don precioso de la fe, determinó Dios comunicar su luz á los gentiles.

Es notable la vocacion de Cornelio, el cual, detestando los errores del gentilismo, no solamente abrió los ojos á la verdad, sinó que convirtió á todos los de su casa á la verdadera religion. Estando un dia en oracion se le apareció un ángel, ordenándole fuése á buscar á Pedro, que se hallaba en Joppe, en casa de Simon el curtidor, diciéndole que sus oraciones y obras piadosas habian llegado hasta el trono del Altísimo, el cual queria abrirle las puertas de la salvacion por medio del santo apóstol, el que tambien habia sido instruido en un sueño misterioso de los designios de Dios acerca de Cornelio. Apénas, pues, llegaron los enviados que este mandó á Joppe, Pedro se dispuso á marchar con ellos, lo que hizo al dia siguiente. Cornelio, que era centurion romano y por lo tanto hombre de distincion, reunió á sus amigos y deudos para recibir dignamente al vicario de Jesucristo. Con toda esta comitiva le salió al encuentro, y apénas le vió se postró humildemente en su presencia. Pedro tomó la palabra y dirigió una fervorosa exhortacion á toda aquella asamblea, y aun no habia acabado de hablar, cuando descendió visiblemente el Espíritu Santo, que comunicó á todos ellos el don de lenguas. Los judíos estaban en la falsa persuasion de que la Iglesia no podia admitir en su seno á los gentiles, ó que para admitirlos habian necesariamente de sujetarse primero al cumplimiento de la ley antigua. Pedro, sin embargo, les hizo conocer lo contrario, toda vez que se dió priesa á conferirles el bautismo, lo que disminuyó en este punto las preocupaciones de los judíos.

Los gentiles formaban la nueva mies preparada por Dios para sembrar la simiente evangélica por hallarse para este inapreciable beneficio mejor dispuestos que los judíos. A estos solamente se habia concretado hasta entónces la predicacion de los Apóstoles, pero desde que Pedro bautizó é instruyó á Cornelio y á los que con él se hallaban determinaron todos por órden del mismo apóstol trabajar con incansable celo por la conversion

de los gentiles. Chipre y Cirene empezaron á disfrutar los beneficios de la predicacion de la nueva doctrina, y Bernabé, hombre de autoridad y de gran experiencia, helenista de nacion, fue elegido para ponerse á la cabeza de esta mision. Siendo copiosísimos los frutos que se recogian, determinó Bernabé asociar á sí á Saulo, el cual estaba elegido por Dios para apóstol de los gentiles.

No deseaba otra cosa Saulo que trabajar sin tregua ni descanso por la extension del reino de Jesucristo. Así, pues, lleno de gozo empezó á predicar con incansable celo, siguiendo á Bernabé por espacio de más de tres años en calidad de cooperario suyo, y tantos fueron los triunfos que en solo un año alcanzaron en Antioquía que, como dice un historiador de la Iglesia, puede llamarse para los gentiles la verdadera cuna del Cristianismo, siendo allí con efecto donde los fieles empezaron á tomar el nombre de cristianos.

Al tiempo mismo que tan buenas disposiciones se encontraban entre los gentiles, el pueblo judío, tan extraordinariamente favorecido de Dios como ingrato y rebelde á sus beneficios; aquel pueblo que habia perseguido á los profetas y fue despues asesino del Hijo de Dios, permanecia cada vez más obstinado y se valia de todos los medios posibles á fin de exterminar á los discípulos de Aquel á quien ellos habian quitado la vida en la cresta del Gólgotha. De este modo aceleraban su ruina y su completa reprobacion. Ellos mismos habian pronunciado anticipadamente su sentencia, cuando habiéndoles propuesto un dia Jesucristo la parábola de la viña, haciéndoles ver la perfidia de los colonos que hirieron, mataron y apedrearon á los siervos del dueño de la viña, quitando despues la vida al heredero de aquella posesion, y preguntándoles Jesucristo *¿qué haria el señor de aquella viña á aquellos labradores cuando viniese?* Ellos contestaron: *á los malos destruirá malamente y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto en su debido tiempo.* A lo cual les contestó el Salvador: ¿nunca leisteis en las Escrituras: la piedra que desecharon los que edificaban esta fue puesta por cabeza de esquina? Por el Señor fue hecho esto y es cosa maravillosa en nuestros ojos: por tanto, os digo que os será quitado el reino de Dios y será dado á un pueblo que haga frutos dignos de él (1).

Las palabras de Jesucristo que acabamos de citar fueron una profecía de lo que habia de pasar al pueblo judío por sus maldades y resistencia

(1) S. Mateo, cap. XXI.

á recibir la luz de la verdad. Esta manifestaba sus esplendentes rayos alumbrando á los gentiles, miéntras tanto que los judíos, cada vez mas obstinados, permanecian en su incredulidad.

Aprovechándose los príncipes de la Sinagoga de las disposiciones del rey Heródes Agrippa, el cual por su parte se mostraba celoso defensor de la ley judaica, pudieron conseguir que quitasen la vida á Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo y hermano de San Juan, que fue decapitado el año 44 (1), siendo el primero entre los Apóstoles que tuvo la gloria de derramar su sangre en defensa de la fe.

A fuer de español no podemos ménos de detenernos para hablar de la predicacion del apóstol Santiago en nuestra patria, por ser para nosotros de tan grata memoria. No ignoramos que han sido varios los escritores, en su mayor parte extranjeros, que han combatido el hecho de su predicacion en España, así como la venida de la Virgen en carne mortal á las márgenes del Ebro. Natal Alejandro, uno de los escritores que han impugnado la predicacion del Santo Apóstol, mereció por esta causa grandes aplausos por parte de los extranjeros: empero la nacion española, como dice oportunamente uno de nuestros más sabios escritores, ha hecho cuestion de decoro nacional este asunto, esforzándole más y más segun ha crecido el empeño de combatirle. Esta tradicion, continúa, ha sido siempre en ella nacional y unánime; y si algo vale la tradicion entre los católicos, respetable debe ser la que se apoya en el sentimiento unánime de una nacion grande y siempre católica desde los primeros siglos, apoyando su tradicion en un culto religioso, inmemorial, en los testimonios irrecusables de varones extranjeros del siglo IV y siguientes, y en la opinion constante de los sabios nacionales y extranjeros, hasta que vino á ponerlo en duda un documento estúpidamente apócrifo, cuya admision hace muy poco honor al criterio de los que han fundado en él sus invectivas (2).

Bien quisiéramos detenernos en citar uno por uno todos los autores que en pro ó en contra se han ocupado de este asunto, pero no permitiéndonoslo los límites que nos hemos señalado para esta obra, tan solamente diremos que se puede tener por indudable que el apóstol Santiago fue el destinado para evangelizar nuestra patria, que recorrió muchas provincias de España, sembrando en todas ellas la doctrina evangélica y

---

(1) *Hechos de los Apóstoles*, cap. XII, v. 1 y 2.
(2) Lafuente, Historia eclesiástica de España.

recogiendo admirables frutos. En Galicia escogió nueve discípulos, para que le ayudasen en sus trabajos apostólicos. Estos se llamaban Atanasio, Teodoro, Torcuato, Tessifon, Segundo, Indalecio, Cecilio, Isiquio y Eufrasio.

Lugo tiene por constante tradicion que el Santo Apóstol nombró por su primer obispo á otro de sus discípulos, llamado *Capiton*. Orense, del mismo modo, otro llamado *Arcadio*; y Braga otro llamado *Pedro* (1). Santiago sin armas, sin favor de los monarcas, sin auxilio de los poderosos, con sólo la virtud que concede el Señor á sus siervos, hace que la España, entónces vasalla del romano, lisonjera en deidades y supersticiosa en sus cultos, mude de aspecto, y la nacion que ántes hiciera frente á los Scipiones, Césares y Octavios, dócil á la voz del famoso hijo del Zebedeo, que con el celo de un Bautista hace escuchar su voz desde las fecundas márgenes del Ebro hasta las columnas de Hércules, abandona las leyes que le halagaban, busca en las privaciones que la religion prescribe la verdadera felicidad de donde nace aquel poder, con el cual en las provincias septentrionales efectua milagros, reduce á cenizas los falsos dioses y constituye eclesiásticas potestades. La desordenada libertad de los grandes, los sofismas de los filósofos, se destruyen por la predicacion de Santiago, que entra en batalla con los célebres magos que pretendian oscurecer la verdad, venciéndoles, pero sin precipitarlos, como al otro mago San Pedro, sin entregarlos á las llamas como al corintio, Pablo: lleno de mansedumbre los persuade y exhorta haciéndoles renacer gloriosos discípulos del Crucificado.

En cuanto á la tradicion, tan gloriosa para los españoles, del aparecimiento de la Santísima Vírgen al apóstol Santiago en las márgenes del Ebro, nos limitamos á copiar el siguiente importantísimo documento que se conserva en el archivo de la Santa Iglesia Catedral de Zaragoza.

«Despues de la Pasion y Resurreccion de nuestro Salvador Jesucristo y de «su Ascension á los cielos, quedó la piadosísima Vírgen encargada al «cuidado del Apóstol y vírgen San Juan Evangelista. Con la predicacion y «milagros de los Apóstoles crecia en Judea el número de los discípu«los; y enfurecíanse los pérfidos corazones de algunos judíos, en tanto

(1) El lector que desee mayor ilustracion sobre este importante asunto puede consultar la citada *historia eclesiástica* de Lafuente, el Padre Flores, en su *España sagrada*, tomo VI, y el librito titulado: Recuerdos saludables á la España católica sobre su apóstol tutelar y patrono Santiago el Mayor, del Ilustrísimo Señor D. Fr. Manuel María de Sanlúcar, obispo auxiliar de Compostela, impreso en Santiago en 1846.

« grado, que movieron una persecucion grande contra la iglesia de Je-
« sucristo. Apedrearon á San Estéban y quitaron la vida á otros muchos;
« por lo cual les dijeron los Apóstoles: *A vosotros debia predicarse pri-
« meramente la palabra de Dios; pero por cuanto la habeis rebatido, y
« os habeis hecho indignos de la vida eterna, hé aquí que nos converti-
« mos á las gentes.* De esta manera, esparcidos por el universo, segun el
« mandamiento de Jesucristo, predicaron el Evangelio á todo hombre,
« cada Apóstol en la porcion que le habia tocado. Al tiempo de salir de
« Judea cada uno obtenia la licencia y bendicion de la bendita y gloriosí-
« sima Vírgen.

« Entretanto, por revelacion del Espíritu Santo, el bienaventurado San-
« tiago el Mayor, hermano de Juan é hijo del Zebedeo, recibió un man-
« damiento de Cristo para ir á predicar el Evangelio á las provincias de
« España. Al punto el Santo Apóstol, yendo á la Vírgen y habiéndola be-
« sado las manos, le pedia con lágrimas en los ojos que le diese su licen-
« cia y bendicion. Respondióle la Vírgen: *Ve, hijo, cumple el manda-
« miento de tu Maestro, y por él te ruego que en aquella ciudad de Espa-
« ña en que mayor número de hombres conviertas á la fe me edifiques una
« Iglesia á mi memoria, segun yo te lo manifestaré.* El bienaventurado
« Santiago, saliendo de Jerusalen, vino á España predicando; y pasando
« por Astúrias, llegó á la ciudad de Oviedo, en donde convirtió uno á la
« fe. De esta manera, entrando por Galicia, predicó en la ciudad de Pa-
« dron, de allí volviendo á Castilla, llamada España la Mayor, vino últi-
« mamente á España la Menor, que se llama Aragon, en aquella region
« que se dice Celtiberia, en donde está situada la ciudad de Zaragoza, á
« las riberas del rio Ebro.

« En esta ciudad, habiendo predicado Santiago muchos dias, convirtió
« á Jesucristo ocho varones, con los cuales trataba de dia del reino de
« Dios, y por la noche salia á la ribera del rio para tomar algun descan-
« so en las eras. En este sitio dormian un rato y despues se entregaban
« á la oracion, evitando de esta manera ser perturbados por los hombres
« y molestados por los gentiles. Pasados algunos dias, estaba Santiago
« con los dichos fieles, á eso de media noche, fatigados con la contem-
« placion y la oracion. Dormidos los ocho discípulos, el bienaventurado
« Santiago oyó á la hora de media noche unas voces de ángeles que can-
« taban: *Ave Maria, gratia plena*, como si comenzasen el oficio de mai-
« tines de la Vírgen con un dulce invitatorio, y poniéndose inmediata-
« mente de rodillas vió á la Vírgen, Madre de Cristo, entre dos coros de

«miles de ángeles, sentada sobre un pilar de mármol. El coro de la ce-«lestial milicia angélica acabó los maitines de la Vírgen con el verso: *Be-«nedicamus Domino.*

«Acabado esto, María Santisima con rostro halagüeño llamó á sí al san-«to Apóstol, y con mucha dulzura le dijo: *Hé aquí, Santiago hijo, el lu-«gar señalado y destinado para mi honor, en el cual por tu industria se ha «de construir una iglesia en mi memoria: mira bien este pilar en que estoy «sentada, el cual mi Hijo y Maestro tuyo le trajo de lo alto por manos de «los ángeles, al rededor del cual colocarás el altar de la capilla. En este lu-«gar obrará la virtud del Altísimo portentos y maravillas por mi inter-«cesion con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio, y este «pilar permanecerá en este sitio hasta el fin del mundo, y nunca faltarán «en esta ciudad verdaderos cristianos.* Entónces el Apóstol Santiago, re-«gocijado con una alegría extraordinaria, dió infinitas gracias á Jesucris-«to y á su Santísima Madre; é inmediatamente aquel ejército de miles de «ángeles, tomando á la Señora de los cielos, la tornó á la ciudad de Je-«rusalen y la colocó en su aposento; porque este es aquel ejército de mi-«les de ángeles que envió Dios á la Vírgen en la hora en que concibió á «Cristo, para su custodia, para que la acompañasen de contínuo y con-«servasen á su Hijo ileso.

«Alegre el bienaventurado Santiago con una vision y consolacion tan «maravillosas, comenzó inmediatamente á edificar una iglesia en aquel «sitio, ayudándole para ello los ocho que habia convertido.»

Por el mismo documento consta que Santiago ordenó de presbítero á uno de los sobredichos para que atendiese al cuidado de este templo, aquel que segun su parecer era el más á propósito por más idóneo, dando á este templo el título de Santa María del Pilar, siendo esta la primera iglesia del mundo dedicada en honor de la Virgen María por mano de los Após-toles. El pilar que allí se ve, sobre el cual descansa la bella imágen que es objeto de la mayor veneracion, es el mismo sobre el cual la Señora habló al Apóstol Santiago.

Tal es la venerable tradicion, que forma el mayor timbre y una de las principales glorias de la nacion española. Jamás ha faltado el culto en el templo del Pilar, ni aun cuando los sectarios del falso profeta de la Meca dominaron en España.

Luego que hubo regresado Santiago á Jerusalen, tuvo lugar su martí-rio, el año 44 de Cristo, segun ántes hemos manifestado.

En gran manera sintieron los fieles de Jerusalen la muerte del santo

Apóstol, y Heródes Agrippa resolvió quitar del mismo modo la vida á San Pedro, que habia vuelto á la capital para consolar á los cristianos. Con este objeto le hizo poner en prision para sacrificarle luego que hubiese pasado la festividad de la Pascua (1).

Habíase señalado el dia de la ejecucion. Los fieles oraban con el mayor fervor, suplicando al Señor libertase al Jefe supremo de la Iglesia. La noche ántes del dia señalado para el suplicio del Santo Apóstol dormia éste entre dos soldados que se hallaban con él encadenados y otros diez y seis que relevándose de cuatro en cuatro le custodiaban. No eran necesarias tantas precauciones para aquellos hombres que, llenos de valor y de fortaleza, no deseaban otra cosa mas que padecer persecucion por el nombre de Cristo y verter la sangre en su defensa. Nada pueden los esfuerzos de los hombres para desbaratar los designios de Dios. Era necesario que Pedro continuase aun por algun tiempo rigiendo y gobernando el rebaño de la Iglesia que le habia sido confiado, y el Señor obró un prodigio admirable para librarle por aquel entónces de las manos de sus perseguidores.

Un ángel del Señor lleno de celestiales resplandores se acercó á Pedro y le despertó, cayendo al mismo tiempo á tierra las cadenas que le aprisionaban. *Levántate y sígueme*, le dijo el ángel, cuya voz obedeció sin dilacion el Santo Apóstol, el cual lleno de espanto atravesó con el ángel por delante de la primera y segunda guardia, llegando juntos á la puerta de hierro que daba entrada á la ciudad, porque la cárcel estaba extramuros. La puerta se abrió por sí misma, entrando ambos en Jerusalen, desapareciendo el ángel al fin de una calle, dejando libre al Santo Apóstol, el cual no pudo ménos de comprender que Dios se habia valido de aquel medio para librarle del furor de Heródes.

Libre ya San Pedro, se dirigió á casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Márcos: en aquel momento se hallaban los fieles congregados allí y entregados al ejercicio de la oracion, en la cual pedian á Dios por el que era cabeza de la Iglesia, no ignorando el inminente peligro en que se hallaba de perder la vida en manos de los enemigos del cristianismo. Como hubiesen oido llamar á la puerta, salió una criada, y como conociese que era la voz de Pedro, sin detenerse á abrirle, corrió llena de gozo á comunicar á todos tan grata nueva. Léjos de ser creida, juzgaron que deliraba ó que tal vez algun ángel habia tomado

(1) *Hechos de los Apóst.* cap. XII

la forma del príncipe de los Apóstoles para comunicarles alguna nueva. Esto nos demuestra, dice oportunamente un historiador de la Iglesia, la antigüedad de la creencia cristiana acerca de los ángeles custodios. Pedro continuaba llamando y al fin le abrieron, quedando todos sorprendidos y llenos de regocijo. Refirió todo cuanto le habia acontecido, desde que el ángel le despertó en la prision hasta aquel momento, encargándoles lo hiciesen saber á todos los discípulos y muy especialmente á Santiago, hijo de Alfeo, único de los Apóstoles que habia quedado en Jerusalen por no tener tanto temor como los demas, á causa de lo bien quisto que se hallaba en el pueblo. Al amanecer del dia siguiente advirtieron los guardias la falta de Pedro en la prision, y llenos de admiracion, sin saber cómo aquello podia haber sucedido, lo comunicaron á Heródes; el cual, despues de arrestarlos y hacer toda clase de averiguaciones, les mandó quitar la vida.

Poco despues del suceso que acabamos de referir recibió Heródes el justo castigo de sus crímenes, en ocasion en que se hallaba en Cesárea, ciudad situada en la provincia de Galilea. Hallábase cubierto con su manto real y sentado en su trono cubierto de oro y piedras brillantes para recibir á los embajadores de los tirios y sidonios, cuando el pueblo entusiasmado comenzó á exclamar á grandes voces: «No es un hombre el que nos habla, sino un Dios.» Estas alabanzas embriagaban de placer á Heródes Agrippa, pero en el momento el ángel del Señor le hirió invisiblemente (1). Le acometieron repentinamente unos grandes dolores, que haciéndole conocer que se acercaba el término de su vida, le hicieron exclamar lleno de confusion y de vergüenza: «Ved aquí á vuestro Dios, que va á espirar.» Conducido que fue á su palacio, y despues de cinco dias de los más crueles padecimientos, murió comido de gusanos.

Antes de la muerte de Heródes, en el segundo año del imperio de Cláudio, trasladó el príncipe de los Apóstoles su silla pontifical á Roma (2), que por espacio de siete años la habia tenido en Antioquia, que fue la primera de los gentiles. Sin embargo, esto no le impidió el predicar el Evangelio en el Ponto, Galacia, Capadocia, Bitinia y otras muchas provincias del Asia, haciendo frecuentes viajes en su deseo de vigilar como cabeza de la Iglesia todo el rebaño de Jesucristo. Dejando en Antioquia su discípulo Evodio, el cual gobernó aquella Sede por espacio

(1) *Hechos de los Apóst.* cap. XII.
(2) Origen in gene. Euseb. Chron. An. 42. Justin. Apol. 2. Hieron. de scriptor. eccles.

de veintiseis años llevó consigo á Márcos y otros muchos discípulos.

Un dia, tal vez cuando se celebraba en la soberbia capital de los emperadores alguna de aquellas horribles hecatombes que llenaban de placer á aquella sociedad reputada por la más culta del mundo, un anciano venerable, apoyado sobre un báculo y acompañado de otros varones res petables, entraba por una de las puertas de Roma. Era Pedro, que se pro. ponia llevar á cabo una obra gigantesca. Aquella ciudad señora del mundo gemia bajo la tiranía de un vicioso y cruel emperador, y Pedro forma el proyecto de destruir en ella las supersticiones, echar por tierra los templos de los falsos dioses y hacer resonar en los soberbios alcázares de los Césares, donde se abrigaban todos los vicios, la voz de la verdad.

Muchos enemigos del catolicismo se han propuesto negar el viaje de San Pedro á Roma, su permanencia y martirio en aquella capital, siendo esta una verdad histórica que no puede combatirse con sólidos argumentos, pero los protestantes han apurado á su objeto todos los recursos imaginables. En nuestros dias ha visto la luz pública en Italia un folleto, al que llamarémos temerario libelo, sobre este asunto, el cual ha sido victoriosamente refutado por el sabio y célebre teólogo Padre Perrone de la Compañía de Jesús en un libro pequeño en volúmen, pero grande en profundidad y erudicion, en el que aduce el testimonio de una multitud de escritores de los primeros siglos de la Iglesia, los cuales todos están conformes en la verdad de la venida del Apostolado y de la muerte de San Pedro en Roma, notando muy oportunamente que entre tantos y tan variados autores que atestiguan el hecho, pocos hay que pertenezcan al Occidente, poquísimos á la ciudad de Roma, pues que la mayor parte de ellos son orientales, citando entre otros muchos que al Oriente pertenecieron, ó fueron ciertamente de orígen oriental, á Ignacio, Papias, el autor de la *Predicacion de Pedro* y de las *Constituciones apostólicas*, Dionisio de Corinto, Egecipo, San Ireneo, Clemente Alejandrino, Orígenes, San Atanasio, San Cirilo Hierosolimitano, etc., notando tambien que Tertuliano, San Cipriano, Arnovio, Lactancio, San Filastrio, San Optato, aunque occidentales no fueron romanos, sabiéndose positivamente que Tertuliano, San Cipriano, Arnovio y San Optato eran africanos. Sólo la fuerza de la verdad pudo hacer convenir en tan concordes testimonios á todos aquellos extranjeros que refirieron la ida de San Pedro á Roma y su martirio en esta capital. Otras innumerables pruebas presenta el escritor ántes citado, y á cuya obra remitimos al lector que desee mayor instruccion sobre este asunto.

Una vez Pedro en Roma, mandó á Márcos á fundar la Iglesia de Alejandría, y este es el orígen de las dos primeras iglesias patriarcales, la una gobernada por espacio de algunos años por el príncipe de los Apóstoles y la otra fundada bajo su direccion por uno de sus más estimados discípulos. Antes de partir San Márcos para Antioquía permaneció algun tiempo en Roma, sirviendo de intérprete y secretario á San Pedro. Allí, á ruego de los recien convertidos, escribió su Evangelio, segun lo que repetidas veces habia oido á su maestro San Pedro (1), el cual, viendo que lo que habia escrito este amado discípulo, al que llamaba hijo suyo (2), era en todo conforme á lo que él predicaba y habia visto por sus propios ojos, lo aprobó y mandó que se leyese en las iglesias como escritura auténtica (3). Creen los antiguos escritores que aunque San Márcos fue judío de nacion (4), y aun de la familia sacerdotal de Aaron, escribió en griego su Evangelio por ser entónces esta lengua la que se hablaba comunmente (5). Pretenden los venecianos poseer el original escrito en griego de la propia mano de San Márcos, y aunque se dice que están enteramente gastados y consumidos todos sus caractéres, se guarda con el mayor cuidado y sellado en el archivo de la principal de sus iglesias. Siendo muchas las particularidades que de aquel manuscrito cuenta el Padre Montfaucon, que le vió en Venecia (6), en este Evangelio no se habla de la confesion primera que hizo San Pedro de la divinidad de Jesucristo, porque la humildad del santo Apóstol, que fue desde su penitencia su virtud predilecta, le hacia suprimir todo lo que pudiese redundar en honra propia. Por el contrario se refieren en él muy extensamente su flaqueza y caida en negar á Jesucristo.

---

(1) S. Hieron. De Scriptor. eccles.
(2) I. Petr. cap. V, v. 13.
(3) S. Hieron. Catal. Scriptor. Ecclesias.
(4) Beda. In Marc. Tom. IV.
(5) August. De Consens. Evang. lib. I, Cap. II, núm. 4. Evang. nov. edit. tom. I.
(6) Montfauc. Diar. Ital. cap. IV, pag. 55.

CAPITULO III.

Símbolo de los Apóstoles.—Su dispersion para predicar el Evangelio.—San Evodio, obispo de Antioquía.—Silla de Alejandría fundada por San Márcos.—Glaucias.—Evangelio de San Mateo.—Empieza Saulo su carrera de predicador de los gentiles.—Castigo de Elimas.—Sergio Paulo.—Saulo toma el nombre de Pablo. —Su predicacion en Antioquía.—Idem en Iconio.—Santa Tecla, primera mujer mártir.—Pablo y Bernabé son tenidos por dioses.—San Pablo apedreado en Listra.—Nuevos viajes del apóstol.—Cefas—Corinto.—Tercer concilio Apostólico.

La dispersion de los Apóstoles para predicar el Evangelio por todo el universo se cree que tuvo lugar por el tiempo en que San Pedro fue por primera vez á Roma; ántes de separarse compusieron un símbolo ó forma comun de fe que sirviese de lazo de unidad para distinguir en todo tiempo á los verdaderos creyentes de los herejes. Este símbolo es el que conocemos comunmente con el nombre de *Credo*, siendo obligatorio para todos los católicos el saberlo de memoria. Este símbolo, que no ha tenido ni tendrá variacion, y que, como decimos, constituye el lazo de nuestra unidad católica, fue compuesto, segun se cree, pronunciando cada uno de los Apóstoles uno de sus artículos del modo siguiente:

1.° Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.

2.° Y en Jesucristo su único Hijo Nuestro Señor.

3.° Que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de Santa María Vírgen.

4.° Padeció bajo del poder de Poncio Pilatos; fue crucificado, muerto y sepultado.

5.° Descendió á los infiernos y al tercero dia resucitó de entre los muertos.

6.° Subió á los cielos y está sentado á la diestra del Dios Padre Todopoderoso.

7.º Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.
8.º Creo en el Espíritu Santo.
9.º La Santa Iglesia Católica; la Comunion de los Santos.
10. El perdon de los pecados.
11. La resurreccion de la carne.
12. La vida perdurable. Amen.

En estos doce artículos se comprende, como dice el Padre San Agustin, el compendio de la doctrina de la religion, pequeño en volúmen, pero grande en la sustancia; sencillo en el lenguaje, para acomodarse á la simplicidad de los ignorantes, corto en sus dimensiones para facilitar la memoria de su contenido; pero perfecto en todas sus partes y capaz de proporcionar una instruccion tan sólida como completa (1).

Deseosos de cumplir el solemne mandato de Jesucristo, que les habia dicho *id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura* (2), el nombre de Jesucristo Crucificado es conocido en Macedonia, por la predicacion de Mateo; Bartolomé en Lycaonia, y en Babilonia Tadeo triunfan del error, y miéntras Andrés trabaja incansable en Acaya y Santiago el Menor predica en Mesopotamia, se descubren los triunfos de Tomás en la India y los de Felipe en la Frigia, así como las rápidas conquistas de Simon en Egipto y de Matías en Judea. Jacobo habia conseguido grandes conquistas en España, Juan continuaba en el Asia, y Pedro, el príncipe de todos ellos, trabaja con el mayor celo en la capital de los emperadores. Los portugueses aseguran haber encontrado el cuerpo de Santo Tomás en la India oriental, trasladándolo á Goa. Cuando San Márcos se separó de San Pedro para ir á fundar la Iglesia de Alejandría, quedó en su lugar al lado del príncipe de los Apóstoles Glaucias, de quien el heresiarca Basílides se jactaba de ser discípulo.

San Mateo compuso su Evangelio á instancia de los fieles de Judea (3), escribiéndole en idioma hebreo, que era el que entónces se usaba en la Palestina y era una mezcla del siriaco y del caldeo. Despues se tradujo al griego, cuya traduccion se generalizó mucho más que el original.

El sagrado libro de los *Hechos de los Apóstoles*, escrito por San Lúcas, nos da suficiente conocimiento de los grandes trabajos que padecieron los doctores particulares de los gentiles, San Pablo y San Bernabé.

---

(1) San Aug. Serm. 115 de Temp.
(2) Marc. cap. XVI, v. 15.
(3) S. Hieron. de Scriptor. Eccles. S. Iren. lib. III. cap. I. S. Athan. in scinopsi.

En él se nos dice que un discípulo llamado Agabo, dotado del don de profecía, habia vaticinado en Antioquía que un hambre horrible desolaria el Oriente y despues todo el imperio romano (1), y que por esto creyeron los fieles que debian cuidar muy particularmente del alivio de sus hermanos de Judea, donde el cristianismo era perseguido más que en ninguna otra parte. Con este objeto hicieron una cuestacion, recogiendo abundantes limosmas (2) eligiendo á Bernabé y á Saulo para que fuesen los distribuidores de estas limosnas entre los fieles de Jerusalen. Allí permanecieron por espacio de algunos meses en el ejercicio de estas obras de caridad, hasta que volvieron á su mision de Antioquía.

Dios determinó hacer conocer de un modo maravilloso su voluntad acerca de los que tenia elegidos para la conversion de los gentiles. Un dia en que se hallaban reunidos los obispos con los demas ministros para celebrar los divinos misterios (3), la voz de Dios se dejó oir interiormente de los grandes hombres que allí se hallaban, diciendo: «Separad á Saulo y á Bernabé para la obra que los he destinado.» A consecuencia de esto ayunaron todos, y puestos en oracion les impusieron las manos, enviándoles á donde eran llevados por Dios. Saulo desde entónces presidió á Bernabé, de quien habia sido ántes socio, por haber sido nombrado el primero por la voz del Señor, declarándolo de este modo ministro principal para la conversion de los gentiles.

Por esta época se cree comunmente fue arrebatado San Pablo hasta el tercer cielo, donde el Señor le reveló cosas imposibles de alcanzar ni comprender á la humana inteligencia. De este hecho nos da cuenta el mismo San Pablo en su epístola segunda á los fieles de Corinto. Comprendia muy bien San Pablo la necesidad que tienen los ministros de la Religion de trabajar en su propia santificacion al tiempo mismo que en la de sus hermanos, y por esta causa al tiempo mismo que predicaba y enseñaba los caminos de la salvacion, ejercitaba las más rigorosas obras de mortificacion y penitencia.

Dispuestos Saulo y Bernabé para desempeñar el ministerio que les habia sido señalado por el Espíritu Santo, se dirigieron á Seleucia de Siria, llevando consigo á Juan Márcos, no Márcos el Evangelista, sinó el primo de Bernabé é hijo de aquella piadosa viuda en cuya casa se refugió San

---

(1) Esta plaga tuvo efecto ó lugar en tiempo del imperio de Claudio.

(2) Esta cuestacion es la primera de que se habla en la Historia de la Iglesia.

(3) Hech. de los Apóst. cap. XIII.

Pedro al salir de la prision. Llegados que fueron á Seleucia, se embarcaron para la isla de Chipre, dando principio á su mision en la populosa ciudad de Salamina. Dirigiéronse primero á la Sinagoga, pues siempre fue costumbre del Apóstol anunciar el Evangelio, primero á los hijos dispersos de la casa de Israel, y si estos se manifestaban indóciles y rebeldes, dirigirse despues á los gentiles. Incansables estos dos predicadores de la verdad, continuaron su predicacion por diferentes puntos hasta que llegaron á Pafos, donde eran conocidos aun ántes de llegar por la fama y reputacion que se habian adquirido en todos los pueblos donde habian anunciado el Evangelio.

En Pafos, que era la capital, residia el procónsul romano Sergio Paulo; este era un hombre sabio, justo, de buenas costumbres y de vasta instruccion, pero se habia dejado embaucar por un judío que tenia consigo, llamado Elimas, el cual fingia ser profeta. Presentóse Saulo ante aquel ilustre romano para anunciarle la doctrina de salvacion, y Elimas apuró todos los medios posibles, en virtud del odio que profesaba á los cristianos, para impedir la conversion de Sergio. Elimas en justo castigo quedó ciego repentinamente, y á vista de esta maravilla el procónsul abrazó la fe de Cristo.

Entónces fue cuando Saulo mudó su nombre por el de Pablo, bien en memoria de la conversion del procónsul, bien, como quieren otros, porque habiendo de trabajar principalmente en el imperio romano, quiso latinizar su nombre, para que de este modo le escuchasen sin tanta prevencion.

A poco de este suceso, Juan Márcos se apartó de los Apóstoles para volver á Jerusalen al lado de su madre: muy rápidos tenian que ser los viajes de los dos Apóstoles, y conociendo San Pablo la pusilanimidad de Márcos para poderle seguir dispuso su separacion, dirigiéndose los dos predicadores á Antioquia de Pisidia, donde residian muchos judíos y tenian Sinagoga, aunque en ella no se ofrecian sacrificios ni las otras ceremonias de la ley de Moisés, y sólo servian para orar y explicar la ley y los profetas. Grande era la reputacion que San Pablo habia adquirido por su elocuencia, causa por la que fue invitado para que predicase en aquella asamblea.

Llenóse de regocijo el santo Apóstol, pues que de este modo se le presentaba una favorable ocasion de anunciar el Evangelio; así, pues, levantándose en medio de ellos y ordenando que todos guardasen un profundo silencio les habló de esta manera: «Vosotros, oh hijos de Israel, y

todos los que temeis al Señor, de cualquiera nacion que seais, oidme con la atencion que merecen las cosas que voy á anunciaros. El Dios que libertó á nuestros padres cuando yacian cautivos en Egipto, y que privilegió á nuestra nacion con una larga série de prodigios, honró especialmente á la familia de David, ofreciendo que de ella naceria el Salvador de su pueblo. Pues bien, esta grande promesa, confirmada por tantas profecías, acaba de cumplirse en la persona de Jesús Nazareno. De él dió el más honroso y solemne testimonio Juan, cuya excelencia de virtudes hizo que fuese tomado por el Mesías, declarando que no se creia digno de desatarle la correa de su calzado. A vosotros, hermanos mios, hijos de Abraham, que heredasteis el temor del Señor, y á vosotros todos los que adorais al verdadero Dios, se anuncia hoy justamente la doctrina de la salvacion, pues los habitantes de Jerusalen, reducidos por sus doctores y cabezas, desconocieron al Redentor que os predicamos. Pero en vano le condenaron á muerte; porque el Todopoderoso, segun lo habia predicho, no toleró que la humanidad sagrada de Jesucristo experimentase la corrupcion, é hizo que resucitase lleno de gloria al tercero dia de su muerte. Vosotros no sois culpables, porque hasta ahora no os ha iluminado la luz de la verdad; pero temblad si de aquí en adelante cerrais los ojos para no verla; temed no caiga sobre vosotros la maldicion fulminada por los profetas contra cualquiera que no reconozca la grande obra del Señor, que se ha cumplido en nuestros dias (1).»

Escuchado fue con el mayor silencio el discurso de San Pablo por los que allí se hallaban congregados. El Apóstol habia expuesto con la mayor claridad las profecías y la conformidad que con ellas habia tenido la muerte y resurreccion de Jesucristo. Sin embargo, la creencia en que estaban de que el Mesías habia de restablecer la gloria temporal de su nacion les hacia obstinarse más y más para no reconocer como tal al Mesías que los príncipes de los sacerdotes habian quitado la vida en el patíbulo de la cruz: muchos de ellos se llenaron de furor al oir proclamar como á tal á un Redentor muerto tan ignominiosamente. Esto no obstante se unieron con los que estaban mejor dispuestos, rogando á San Pablo asistiese de nuevo el sábado siguiente á su reunion para volver á tratar del asunto. San Pablo consintió en ello, no siendo perdida del todo esta su primera predicacion, puesto que no faltaron así israelitas como gentiles que le siguieron desde aquel dia.

(1) Hech. de los Apost. cap. XIII.

Al sábado siguiente asistió San Pablo á la reunion para que habia sido citado. Los doctores de la sinagoga opusieron multitud de objeciones á la doctrina del santo Apóstol, y viendo que eran refutadas tan victoriosamente recurrieron á las blasfemias y á las injurias. Entónces Pablo y Bernabé les dijeron: «Convenia que vosotros fueseis los primeros á quienes se anunciase la doctrina de la salvacion; pero ya que la despreciais, nos dirigiremos á los gentiles, segun el precepto del Señor.» Los gentiles, que tan bien dispuestos se hallaban, se convirtieron en gran número, no solamente en la ciudad, sino tambien en otros lugares apartados de ella; mas como quiera que arreciase la persecucion por parte de los judíos, ellos tuvieron por conveniente abandonar aquel pais y lo hicieron, dirigiéndose á Iconio, donde les aguardaban nuevos triunfos.

El primer cuidado de los Apóstoles fue tambien, como en Antioquia, dirigirse á la Sinagoga para predicar en ella la fe de Jesucristo. Los gentiles de Iconio, que casi en su mayoría estaban desengañados de los absurdos de la idolatría y creian en un Dios verdadero, asistian á la Sinagoga, y así tuvieron ocasion de oir la predicacion de los santos Apóstoles que consiguieron de entre ellos una multitud de conversiones, por más que los judíos incrédulos levantaron una gran persecucion contra ellos; entretanto Dios obraba por ministerio de tan santos operarios y para confirmacion de la doctrina que anunciaban grandes y extraordinarios milagros.

Una de las conversiones que se efectuaron por la predicacion de San Pablo fue la de una jóven de las más ilustres familias de Iconio, llamada Tecla, la cual, conociendo el valor inestimable de la virginidad, renunció voluntariamente al enlace con uno de los jóvenes más principales de la ciudad, á quien estaba prometida. Habiendo abrazado con el mayor fervor la fe cristiana, ofreció al Señor su virginidad. Esta resolucion no pudo ménos de enfurecer al que con ella debia contraer matrimonio, siendo la causa de que fuese Tecla la primera de su sexo que consiguió la palma del martirio. Viendo Pablo y Bernabé que la ciudad se habia dividido en dos partidos, uno á favor de los judíos y otro á favor de ellos, deseando evitar que cometiesen grandes excesos y crímenes, determinaron salir de aquella ciudad y dirigirse á otras para continuar la obra de su predicacion.

Así lo hicieron: llegaron á Listra, donde San Pablo observó que entre los que le escuchaban su primer sermon habia un cojo de nacimiento y que estaba con las mejores disposiciones. Entónces el Apóstol, dirigién-

dole la palabra, le mandó que se levantase y él lo hizo, empezando á andar á presencia de todos, como si jamás hubiese sentido la cojera. A vista de un prodigio tan extraordinario, aquella multitud creia que sus divinidades se habian transformado para presentarse delante de ellos de un modo sensible, y empezaron á exclamar: «Los dioses en figura humana han descendido del cielo á conversar con los hombres.» Esta creencia se extendió con rapidez, y llenos del mayor entusiasmo empezaron á aclamar á los Apóstoles y aun condujeron por mano de un sacerdote de Júpiter unos toros coronados de flores para sacrificarlos á los Apóstoles: pero estos exclamaron: «¿Qué es lo que pretendeis hacer, hombres ciegos? Nosotros somos mortales en todo semejante á vosotros, que intentamos enseñaros con obras, de que el Dios Supremo es el único autor, la necesidad de renunciar á esos sacrificios impíos y de convertiros á este Dios infinitamente grande y bueno que ha criado el cielo y la tierra y todas las cosas». Así pudieron conseguir que no se verificase aquel sacrificio.

A poco de este suceso, cuando todavía instaban los de Listra por ofrecer los sacrificios á los Apóstoles, á los que, segun hemos dicho, reputaban como dioses, llegaron de Antioquia é Iconio, vomitando blasfemias contra Jesucristo y los que predicaban su doctrina. Apénas vieron á Pablo y á Bernabé empezaron á apedrearlos con la mayor furia, en términos de que Pablo quedó como muerto y le arrojaron fuera de la ciudad; pero habiendo curado milagrosamente se dirigió con su coapóstol á Derve, donde continuaron predicando el Evangelio.

A través de las más crueles persecuciones y del odio de la Sinagoga consiguieron grandes conquistas, no solamente en Derve sino en Listra, á donde regresaron, como igualmente en Iconio y Antioquia. En todos estos lugares formaron nuevos discípulos, ordenando sacerdotes para que atendiesen á las necesidades é instruccion. En Antioquia tuvieron un gran consuelo, pues que apénas llegaron fueron sabedores del fervor con que los gentiles abrazaban el cristianismo, y la presencia de ellos animó á todos é hizo que otros muchos se encaminasen al reino de Dios.

Los años que transcurrieron hasta que se verificó el concilio de Jerusalen, que nosotros contamos como el tercero apostólico, predicó San Pablo no solamente en toda la Judea sino tambien en Jerusalen hasta la Iliria, como consta de un modo indudable por su Epístola á los fieles de Roma en el capítulo XV. En cuanto á la predicacion de San Pablo en España, asunto de la mayor importancia, nos ocuparemos con alguna detencion en el capítulo siguiente.

Hallándose en Antioquia San Pablo y San Bernabé, se originó entre los discípulos una acalorada disputa acerca de la circuncision y de las demás ceremonias legales (1). Tuvo orígen esta cuestion ó controversia en la capital de la Judea, donde San Pablo habia llevado consigo á uno de sus discípulos llamado Tito, que era gentil de nacimiento. Muchos de los judíos convertidos, adictos á las prácticas de la ley mosaica, querian obligar á Tito á que se circuncidase, pretendiendo hacer una obligacion indispensable de una cosa que sólo era tolerada. San Pablo no quiso permitir que se circuncidase Tito, teniendo esto por una injuria que hacian á la gracia de Jesucristo aquellos hombres, que á pesar de haber abrazado el cristianismo tenian una vana confianza en las obras de la ley. Tito, que era uno de los más amados discípulos de San Pablo, al que debia su instruccion, fue por él ordenado obispo de Creta.

Habiendo llegado á Antioquia uno de los setenta y dos discípulos, llamado Céfas, no tuvo reparo alguno por el pronto en tratar con los gentiles, pero más tarde, temiendo disgustar á los hermanos que de Jerusalen habian llegado, se separó de ellos, manifestando gran repugnancia en comer en su compañía, cuyo proceder fue generalmente imitado por los judíos convertidos. Esto dió orígen á una controversia entre Pablo y Céfas (2), al que le decia el primero en presencia de todos: «Si tú, que eres judío, has tenido hasta ahora la suficiente condescendencia para vivir al modo de los gentiles, y no como los judíos, ¿cómo no adviertes que, desmintiendo ahora tu primera conducta, impones á todas las naciones la obligacion de seguir el judaismo?»

La disputa fue acalorándose más y más, y los judíos convertidos acusaban á San Pablo de parcialidad en favor de los gentiles, permaneciendo de acuerdo con el heresiarca Cerinto indóciles, no obstante la conducta del Príncipe de los Apóstoles y el gran celo de San Pablo. Era necesario concluir con esta controversia, tan perjudicial para el naciente cristianismo.

---

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. XV.

(2) Muchos escritores confunden á este Céfas con San Pedro; pero esta opinion, que ha sido victoriosamente rebatida, es altamente injuriosa para la cabeza de la Iglesia. San Clemente Alejandrino, que vivió en el siglo II, dice que este Cefas era uno de los setenta y dos discípulos, que se llamaba lo mismo que el Príncipe de los Apóstoles, Céfas. Sin detenernos á citar los diferentes razonamientos de los escritores, sólo diremos que ni por un momento podemos creer que San Pablo pudiese sostener altercado ó disputa alguna con el que reconocia como Jefe Supremo de la Iglesia.

Tercer concilio apostólico. Cuando se originó la controversia de que nos venimos ocupando era el año 50, y el Príncipe de los Apóstoles determinó celebrar un concilio para poner fin á las desavenencias que existian entre los judíos y gentiles, decidiendo las reglas y prácticas á que todos debian sujetarse en adelante. Convocó á este objeto á todos sus colegas en el apostolado que pudieron encontrarse y á los principales pastores ú obispos, con los sacerdotes y ancianos más notables en la jerarquía eclesiástica (1): estos últimos, es decir, los sacerdotes y ancianos, no porque tuviesen voto decisivo, sino tan solamente para que expusiesen en aquella asamblea cuanto habian oido sobre los asuntos que se habian de tratar. Pedro, jefe del apostolado, presidió el concilio y expuso su dictámen ántes que todos los demas, recordándoles como el Señor despues de la publicacion del Evangelio en Judea le habia mandado instruir tambien á los gentiles en la persona de Cornelio, de donde concluyó que seria atentar á Dios el imponerles una carga y obligacion que de ningun modo era necesaria para conseguir la salvacion.

Este dictámen fue apoyado por Pablo y Bernabé, los cuales refirieron los grandes prodigios que el Señor habia obrado por ellos durante el tiempo en que habian desempeñado las funciones de su ministerio con los gentiles. Uno de los asistentes al concilio era Santiago, obispo de Jerusalen, que era una Iglesia compuesta de judíos convertidos, muchos de ellos de la secta de los fariseos, que todo lo sujetaban á la ley de Moisés. Sin embargo, Santiago, como todos los demas asistentes, se conformaron con la decision del primero de los papas. Aprobada que fue la determinacion por el concilio, se eligió á Júdas; llamado tambien Bársabas, y á Scilas, agregándolos á Pablo y á Bernabé para comunicar la determinacion del concilio á la Iglesia donde habia nacido la controversia. Los términos en que estaba concebido el decreto demuestran su infalibilidad divina. Decia de este modo: «Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros no imponeros otra carga que la de que os abstengais de los manjares inmolados á los ídolos, de la sangre y de la carne de los animales ahogados, y de la fornicacion (2).»

---

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. XV.

(2) Este fue el tercero y último de los Concilios Apostólicos. Algunos autores, y entre ellos el Rdo. P. Pedro Annato en su *Apparatus ad positivam Theologiam*, etc., quieren que fuesen siete los Concilios celebrados por los Apóstoles, señalándolos de este modo: 1.° Para la eleccion de San Matías en lugar del traidor Júdas. 2.° Para la eleccion de los Diáconos. 3.° Para enviar á Pedro y á Juan á predicar en Samaria. 4.° Para determinar los lugares

Por las anteriores palabras se demuestra suficientemente la asistencia del Espíritu Santo á los Concilios generales en los que se halla congregada la Iglesia, bajo la presidencia del Sumo Pontífice, ó de persona delegada por el mismo, asi como, segun hemos dicho, la infalibilidad de su doctrina y enseñanza.

---

en que cada Apóstol habia de predicar. 5.° Para decidir las cuestiones sobre la circuncision y las demas ceremonias legales. 6.° Para exhortar á los presbíteros de Efeso á que velasen en el gobierno de la Iglesia. 7.° Para quitar las preocupaciones de los judíos contra San Pablo á causa del Gentilismo.

Nosotros, siguiendo la opinion de la mayor parte de los escritores, no señalamos como concilios Apostólicos mas que los tres de que nos hemos ocupado, pues que los cuatro restantes no tuvieron, segun lo que se desprende del sagrado texto, las condiciones necesarias para que fuesen verdaderos Concilios, y sí reuniones sin tal carácter, á las que impropiamente se les ha dado aquel nombre.

CAPITULO IV.

Estado religioso de España ántes de propagarse en ella el cristianismo.—Predicacion de San Pablo.—La Iglesia de Tarragona le reconoce por su fundador.—San Geroncio predica en la célebre Itálica, á las inmediaciones de Sevilla.—Los varones apostólicos predican en el Centro y Mediodia de España.

A su debido tiempo hemos hablado de la predicacion del Apóstol Santiago en España, y habiéndonos propuesto no perder de vista en nuestra narracion la para nosotros importantísima historia de la Iglesia española, creemos oportuno hablar aquí de la predicacion del Apóstol San Pablo en nuestra patria, y de nuestros varones apostólicos. Nuestro amado maestro D. Vicente de La Fuente, doctor y catedrático de la Universidad Central, ha llevado á cabo con el mejor acierto una obra tantos años esperada y que ha llenado cumplidamente una necesidad en nuestra patria. Hablamos de su *Historia eclesiástica de España ó adiciones á la Historia general de la Iglesia escrita por Alzog*. A este rico arsenal recurriremos siempre que tengamos que tratar asuntos referentes á la Iglesia de España.

Conviene á nuestro propósito dedicar algunas líneas á manifestar cuá era el estado religioso de España ántes de propagarse en ella la luz del Evangelio. Sin detenernos en examinar cuál fuese la religion primitiva de los españoles, sobre lo que tenemos muy escasas noticias, nos limitaremos á manifestar cual era despues de la dominacion romana.

Segun vemos consignado en la citada obra del señor La Fuente, el historiador contemporáneo D. José Sabau y Blanco, en el prefacio al tomo II de la *Historia general de España* por el P. Juan de Mariana, recapitula del modo siguiente las divinidades á que se daba culto en España, segun inscripciones que en su mayor parte han llegado hasta nosotros.

«No se puede dudar que cuando los romanos conquistaron la España, « habia en ella muchos templos, y se daba culto á varias divinidades, que « las colonias de diferentes naciones venidas á ella habian traido de su país. « Los fenicios, los rodios, los griegos y los cartagineses en las partes « donde se establecieron introdujeron el culto de sus dioses, y no tar- « daron mucho tiempo los españoles en admitirlo. Ademas de estos dio- « ses extranjeros, los españoles tenian los suyos, que les eran peculia- « res, los cuales no sabemos qué orígen tuvieran. Acaso el temor ó la « extravagancia de algun supersticioso empezaria á darles culto, y el pue- « blo grosero imitaria luego su ejemplo. Nos consta que el dios Eudo- « vélico era adorado en Villaviciosa de Portugal: que su templo era fre- « cuentado, que se le hacian votos, y que se tenia mucha confianza en « su poder: su culto se habia extendido á Poruma, cerca del monte Ge- « res, á Toledo y Huesca, como se ve por las inscripciones que se halla- « ron en estos pueblos. El dios Bandua ó Bandian, dios de las banderas, « recibia culto en Galicia como compañero de Marte. El dios Baraeco y « Rauveana eran adorados por los gallegos y los portugueses. Hermes « Esduoso en Chaves. Los dioses Lugoves, que acaso eran los protecto- « res y titulares del gremio de los zapateros, en Osma. El dios Navi, en « Alcántara; el dios Netace en el Padron; el dios Lutunio en Baeza; el « dios Togoto en Talavera de la Reina; el dios Viaco en Zamora; y otros. « Estas divinidades no son conocidas mas que por las inscripciones que « nos han quedado y parece que eran propias de los españoles; y que « aunque no se les dió entrada en la ciudad de Roma, los soldados ro- « manos que estaban en la Península no dejaban de hacerles sus votos y « ofrendas con mucha devocion. Los Cónsules, Procónsules, Pretores y « otros magistrados que en tiempo de la República gobernaban la Espa- « ña, y los que los Emperadores enviaron despues, sabiendo que el ma- « yor medio de pacificar los ánimos feroces es la religion, y que la reu- « nion en un mismo culto tiene una gran fuerza para arrancar del cora- « zon las raices de discordia, por esta razon levantaron templos en las « ciudades principales de España á las divinidades que ellos tenian en « Roma, y poco á poco se extendió el culto con la devocion de los su- « persticiosos. El Dios eterno era adorado en Valencia, los dioses en « general en Martos, las diosas en Alcalá de Henares; los dioses y las « diosas en Villa-Real de Lusitania; Acaso en Trujillo; Apolo en Caldes « de Cataluña, en Osuna é Idaña; Apolo y Esculapio en Antequera, As- « clepio en Valencia, Asclepio é Hygias en Braga, Castor y Polux en

«Murcia, la Concordia en Lisboa, Cibeles en Idaña: Hércules era ado-«rado en Martos, Lérida, Toledo, Huesca y Aroche (1), y la diosa Dia-«na en Zacynto, Alcalá de Henares y el Itaya en la Tarraconense. El «dios Evento en Braga y Ecija; el Fato ó Hado en Valencia, la Fe pú-«blica en Barcelona, el dios Fuente en Antequera y el valle de Boñal; «la Fortuna en Alcacer-do-Sal y en Sepúlveda, el Genio en Braga, Cór-«doba y Sevilla; Isis y Serapis en Antequera, Guadix, Tarragona, Bra-«ga y Sevilla. Isis y Serapis fueron dioses de los egipcios, que los ro-«manos los recibieron y levantaron un templo en Roma para darles cul-«to y procuraron extenderlo por las demas provincias. Juno en Alban-«ge, Júpiter en Puigcerdá, en Cataluña. En Portugal, Braga y en el «monte Candadeno y Galicia, Júpiter Candemio. En el monte Furado y «Galicia, Júpiter Ladico; los Lares en Viates, en Tuyas, en Freyxo de «Nomaon y en Arauxo; el *Padre Libero* ó Baco, en Arjona y en Lina-«res; la Libertad en Antequera; la Luz cerca de Trujillo; los Manes en «Portalegre; Marte en Alcalá la Vieja, Sevilla, Baeza, España y Cárta-«ma; Mercurio en Mataró, Murviedro y Málaga; Minerva en Barcelona; «Neptuno fuera de Tarragona; las Ninfas en Alcalá, Chaves y Arganda; «el dios Pan en Tortosa; Pantheus en Sevilla y en Ecija; la Piedad en «Ecija; Proserpina en Villaviciosa de Portugal, la Salud en Caldes de «Monbuy; Silvano en Tarragona; el Sol en Caparra; el Sol y la Luna «en el cabo de Roca; el Sol de los Sabores en Badalona; la diosa Ter-«mejista en Duraton; la diosa Tutela en Tarragona y Alcalá de Henares; «la diosa Vénus en Cártama; la diosa Victoria en Málaga y Espejo. De «todo hacian dioses los romanos, y siendo la nacion más supersticiosa, «el culto que se les antojaba establecer procuraban que todo el mundo «lo admitiera.»

«Por esta razon decia Ciceron que los romanos excedian á las demas «naciones en la piedad y la religion y en estar íntimamente persuadidos «que los dioses gobiernan el universo.»

España era una nacion muy importante por su comercio y por su historia. Necesariamente debieron fijarse en ella las miradas de los Apóstoles, y ya hoy se tiene por indudable que no solamente Santiago el Mayor sino tambien San Pablo se ocupó en predicar el Evangelio en España. Así lo demuestran Cayetano Cenni en sus *Antigüedades de la Iglesia de Es-*

(1) Respecto al culto de Hércules se refiere el Sr. Sabau á las inscripciones consignadas en la nota 1.ª, cap. IX, lib. I, y respecto de Diana á la 2.ª del cap. XII de dicho libro.

paña y Abrog en su *Historia General de la Iglesia*. El mismo Apóstol manifiesta por dos veces en su *Epístola á los romanos* su propósito de evangelizar en España (1). Tanto la Iglesia oriental como la occidental confirman expresamente esta predicacion.

La Iglesia de Tarragona reconoce por tradicion á San Pablo como su fundador, y para nosotros lo hace aun más indudable el Martirologio Romano, que dice: *En España la conmemoracion de las santas mujeres* Xantipa y Polixena, que fueron discípulas de los Apóstoles. La primera, que fue mujer de Probo, prefecto español, segun el Menologio griego, que se convirtió á la fe por la predicacion de San Pablo, en lo que le imitó su hermana Polixena, siendo despues mártires las dos. Ignorándose las provincias en que tuvieron lugar así su conversion como su martirio, pues que, como dice el P. Flores, son arbitrarias las designaciones que se han hecho.

Es absurdo el creer que á los Apóstoles, sino á los varones apostólicos, se deba la conversion de España. El erudito D. Vicente La Fuente, despues de las más prolijas investigaciones y las más detenidas consultas de los autores más antiguos y respetables, se inclina á creer que San Pablo y Santiago no predicaron sino en la parte septentrional de España, porque solamente en ella se encuentran tradiciones y monumentos relativos á ello, debiéndose por lo tanto distinguir los varones apostólicos de las Iglesias septentrionales de España, ordenados por San Pablo y Santiago, de los otros enviados por San Pedro y San Pablo desde Roma.

Créese generalmente, y es la tradicion más autorizada, por más que sea rebatida por Villanueva en su *Viaje literario*, que San Pablo aportó á Tarragona, predicando en el litoral del Mediterráneo y por la ribera del Ebro, acompañado de Sergio Paulo, y en la certeza de esta tradicion nos confirma más y más la que, segun hemos dicho, conserva la Iglesia de Tarragona de haber sido fundada por San Pablo.

Ya hemos consignado, hablando de la predicacion de Santiago, los nombres de los discípulos que escogió para cooperadores suyos, los que conocemos por la denominacion de varones apostólicos. Es muy probable que la predicacion de Santiago se extendió mucho más que la de San Pablo, pues que desde la ribera del Ebro llegó hasta Galicia, y se dice que anunció el Evangelio hasta la Andalucía, quedándose en Galicia para con-

(1) San Pablo á los romanos, cap. XV. v. 24 y 28.

tinuar la obra de la predicacion Atanasio y Teodoro, á los que la Iglesia de Zaragoza mira como á sus primeros obispos, opinion combatida por el P. Risco en su continuacion de la España sagrada, y defendida acaloradamente por el P. Fray Lamberto de Zaragoza en el tomo I del *Teatro histórico de la Iglesia de Aragon.*

La Iglesia de Pamplona reconoce por su fundador á San Saturnino, enviado por San Pedro á Tolosa de Francia, de donde pasó á Pamplona, donde hizo numerosos prosélitos, entre ellos á San Fermin, que fue despues obispo de aquella Iglesia.

No podemos decir otra cosa acerca del orígen y propagacion del cristianismo en la parte septentrional de España; en el Centro y Mediodia se debió á varones apostólicos enviados de Roma por San Pedro y San Pablo, hácia el año 63 del nacimiento de Cristo, ó bien fuesen elegidos en España por Santiago. Segun nuestros antiguos Breviarios y las indagaciones del P. Flores, Torcuato permaneció en Guadix, Tesufonte predicó en Verja, Segundo en Avila, Indalecio hácia Mujacar, Cecilio en Elvira ó Granada, Scisio en Cartella, y Eufrasio hácia Andújar, en cuyos puntos murieron, como se deja comprender por la palabra *quierunt* que se usa en la bula de Calisto II.

En las inmediaciones de Sevilla, en la célebre Itálica, predicaba por el mismo tiempo el Evangelio San Geroncio, contemporáneo de los Apóstoles, lo que no solamente se encuentra consignado en el *Breviario Gótico* sino á más en el *romano* en el dia 25 de Agosto.

Está completamente desautorizada la opinion de la venida de San Eugenio, enviado desde Paris por San Dionisio y fundador de la Iglesia de Toledo. El P. Flores la defiende, pero el Sr. La Fuente, que cree inverosímil que San Dionisio, de quien por otra parte está desacreditada la opinion de que predicase el Evangelio en Francia, se tomase el cuidado de enviar por sí un obispo al Centro de España, atravesando la parte septentrional, donde habia predicado San Pablo y Santiago, para venir hasta Toledo, á cuyas inmediaciones fundaba San Segundo la Iglesia de Avila, concluye con este razonamiento: «Para dudar de la venida de San Eugenio basta leer la defensa que hace de ella el P. Flores. A pesar de su «claro ingenio se embrolla, como le suele suceder cuando por temor á «los disgustos y compromisos que le podian suscitar algunas Iglesias «oculta su verdadero sentir. Por mi parte, aunque temo los que me pue«de ocasionar mi franqueza, no me creo autorizado en conciencia para «tergiversar lo que siento. Reconozco á San Eugenio por Santo, mas no

«por primer obispo de Toledo ; ni creo que necesite de este recurso «aquella Santa Iglesia para sostener su primacía, con cuyo objeto se for«jó probablemente la desatinada inscripcion, que le titulaba *Primus «atqui episcopus toletanus.*»

No es nuestro ánimo examinar ahora cuantas supercherías ó falsedades se encuentran en antiguos cronicones con respecto á la propagacion del cristianismo en España, pudiendo únicamente asegurar que á fines del primer siglo ya se hallaba extendida la religion por todos los términos de España, llevando esta ventaja á la Francia, donde solamente habia sido abrazada en algunas provincias meridionales limítrofes á España.

Nos ha parecido conveniente consignar aquí estas noticias tan gloriosas para nuestra nacion y de las que casi generalmente se desentienden los escritores extranjeros, y muy particularmente los franceses, tan amantes de sus propias glorias y tan omisos para celebrar las ajenas.

CAPITULO V.

Júdas y Sylas llevan á Antioquía los decretos del Concilio.—Pablo y Bernabé se separan. —Timoteo.—S. Lúcas Evangelista.—Si fue pintor.—Curacion de una endemoniada. —Pablo y Sylas son azotados.—Satisfaccion que dan al Apóstol los de Filippos al saber que era ciudadano romano.—Habla Pablo ante el Areópago.—Experimenta grandes trabajos en Corinto.—Aquiles y Priscila.—San Pablo en Efeso.—Gran persecucion contra el Apóstol, capitaneada por el platero Demetrio.—Su viaje á Macedonia.—Epístolas á los Corintios, á Timoteo y á Tito.—San Pablo en Cesarea se hospeda en casa del diácono Felipe.—El profeta Agapo —Pablo en Jerusalen sufre los mayores trabajos.—Apela al César.—Predice una tormenta.—No recibe daño de la picadura de una víbora.—Curacion del padre de Publio.—San Pablo en Roma.—Martírio de Santiago el Menor.—La Epístola.—Simeon obispo de Jerusalen.—Presagio de la destruccion de Jerusalen.—Realizacion del Vaticinio.

La decision del concilio de Jerusalen restableció por completo la tranquilidad en Antioquía, y los diputados del mismo concilio Júdas y Sylas, luego que hubieron desempeñado su honrosa comision, trataron de volverse á Jerusalen, lo que causó una gran tristeza á aquellos fieles por el grande amor y estimacion que entre ellos habian adquirido por las grandes virtudes de que se hallaban adornados, y que eran realzadas por su misma modestia. No sabemos el motivo por qué Júdas y Sylas se separaron, siendo lo cierto que el primero regresó solo á Jerusalen á dar cuenta de su encargo, permaneciendo Sylas con los fieles de Siria.

Siguiendo la narracion de los *Hechos de los Apóstoles*, vemos que San Pablo, abrasado por un celo fervoroso propuso á Bernabé ir á visitar las Iglesias que ambos habian edificado con el laudable objeto de ver los progresos que en ellas habia hecho la fe y si eran combatidas por algunos contrarios. Bernabé se preparó á seguirle y quiso llevar en su compañía á Juan Márcos, lo que no se verificó, habiéndose opuesto á ello San Pa-

blo, no creyendo conveniente oponer sus débiles fuerzas á nuevos trabajos y fatigas, toda vez que ántes, segun dijimos á su tiempo, se habia separado voluntariamente de los Apóstoles por no encontrarse con fuerzas suficientes para continuar en la mision evangélica. Tambien Pablo y Bernabé se separaron despues, regresando este á la isla de Chipre con Juan Márcos, y San Pablo, acompañado de Sylas, emprendió un nuevo viaje, recorriendo la Siria y la Cicilia y llegando hasta Licaonia, siempre abrasado con el ardiente deseo de extender más y más el reino de Jesucristo.

Un nuevo discípulo llamado Timoteo (1), hijo de una judía ya cristiana y de un gentil que adoraba al verdadero Dios, se agregó á San Pablo en Listra y en su compañía se dirigió el santo Apóstol á Macedonia.

En este viaje se cree comunmente que San Lúcas empezó á seguir al Apóstol San Pablo. Este santo evangelista fue gentil, como cree San Gerónimo (2), aunque otros escritores lo tienen por hebreo. Fue médico de profesion (3) y en su conversion trabajó muy principalmente el mismo Apóstol San Pablo (4). Afirma Tertuliano que San Lúcas no fue discípulo del Señor, sino que aprendió el Evangelio de San Pablo y de los otros Apóstoles, razon por la cual San Ireneo le llama hombre apostólico y *discípulo de los Apóstoles* (5) tan solamente. Lo cual se confirma con lo que él mismo afirma diciendo: que escribia la *Historia Evangélica*, no sobre lo que él habia visto como testigo ocular, sino solamente por lo que habia oido de los otros (6). Dios le destinó, como hombre lleno del espíritu apostólico, para que fuese uno de los sagrados escritores del Evangelio de su Hijo, que debia ser el fundamento de nuestra fe y la regla de nuestras costumbres. San Lúcas predicó la fe en la Dalmacia, en las Galias, en la Italia y en la Macedonia, llegando en el ejercicio de este santo ministerio hasta la avanzada edad de 84 años. No consta qué género de martirio padeciese; pero, segun el testimonio de San Gerónimo, sucedió en la Acaya, de donde fueron trasladadas sus reliquias á Constantinopla en el imperio de Constantino (7).

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. XV.
(2) Hieronim. De scriptor. Ecles.
(3) Nicephor. libro II, cap. XLIII.
(4) Ad. colos., cap. IV. v. 14—Ad Timoth., cap. IV.
(5) Iren. lib. I, cap. XX.
(6) Lúcas cap. I. v. 3.
(7) Padre Scio. Advertencia sobre el Evangelio de S. Lúcas.

Gran controversia ha existido siempre sobre si San Lúcas fue ó no pintor. Nicéforo y Metaphrastes lo aseguran, diciendo que dejó varias imágenes del Salvador y de su Santísima Madre pintadas de su mano; opinion que ha sido adoptada despues por Baronio, Scisto, Sceleuse, Toledo, Belarmino, Posevino y otros muchos escritores; pero otros no ménos ilustres combaten esta opinion y entre ellos Calmet, Tillemont, los Bolandos, Valesio, Du-pin, los cuales hacen ver que de ningun modo debe seguirse ni abrazarse esta opinion. En España son muchos los santuarios que poseen imágenes de la Santísima Vírgen con la pretension de que son debidas á la mano de San Lúcas. Sin embargo, lo que al parecer decide este punto, segun el juicioso parecer de un anotador de las Escrituras, es el furor y locura con que en el siglo VIII se declaró la guerra contra las santas imágenes. Para contener este furor la Iglesia celebró un concilio general que es el segundo Niceno, y en él todos aquellos santos Obispos é ilustres teólogos no omitieron razon alguna para probar el uso y devocion de las imágenes desde el orígen de la religion cristiana: pues ¿qué argumento más propio y convincente se hubiera podido alegar que producir las mismas imágenes del Salvador y de su Santísima Madre pintadas por San Lúcas? Pero de estas ni una sola palabra se lee en todas las actas de aquel concilio, ni hubo quien de ellas hablase, siendo así que á aquella santa asamblea asistió el patriarca Antioqueno, en cuya ciudad se hallaba, segun el testimonio de Nicéforo, la imágen de Nuestra Señora que fue trasladada despues á Constantinopla. Esta sola razon basta para que se mire con desconfianza la opinion que se ha hecho ya tan vulgar de que el evangelista San Lúcas fue pintor. Si así hubiese sido, San Pablo, que declaró que ejercia la profesion de médico, no hubiera guardado silencio sobre esta circunstancia (1).

Continuando ahora nuestra interrumpida narracion de los sucesos que encontramos consignados en el sagrado libro de los *Hechos de los Apóstoles*, vemos que San Pablo llegó á Filippos, colonia romana en la provincia de Macedonia, donde el primer dia de sábado convirtió á una mujer llamada Lídia, la cual ya adoraba al verdadero Dios y recibió el bautismo en compañía de todos los de su familia: otro dia de sábado, dirigiéndose todos al lugar donde hacian oracion, pues que allí no habia sinagoga, como los viese una jóven que se hallaba poseida del

(1) P. Scio, lugar citado.

demonio, la cual con sus adivinanzas proporcionaba una considerable ganancia á los amos á quienes servia, llena de sorpresa y admiracion, y fijando su vista en San Pablo y en Sylas, exclamó: «Estos son los ministros del Dios Supremo que nos enseñan el camino de la salvacion.» Esto mismo lo repitió por espacio de muchos dias, pero el Apóstol, que huia de toda clase de alabanzas y que conocia muy bien los ardides del demonio, le dijo: «Yo te mando en nombre de Jesucristo, á quien anuncio, que salgas en el momento del cuerpo de esta infeliz.» Y en el momento la dejó el demonio.

Los amos de aquella mujer se irritaron en gran manera contra los Apóstoles y sublevaron al pueblo y á los magistrados, los cuales hicieron azotar con varas á San Pablo y á Sylas y luego los encarcelaron (1). A cosa de la media noche sobrevino un violento terremoto, de suerte que el edificio donde estaban presos se conmovió, abriéndose todas las puertas y rompiéndose las cadenas. Despertóse sobresaltado el carcelero, el cual, creyendo que se habian fugado los presos y temiendo por la responsabilidad consiguiente, intentó suicidarse, echando para ello mano á la espada. Entónces el Apóstol, dirigiéndose á él y tratando de sosegarle, le dijo: «¿Por qué intentas quitarte la vida? Todos estamos aquí sin faltar uno.» No solamente quedó tranquilo el carcelero, sino que admirado al ver la resignacion y mansedumbre de aquellos hombres, los condujo á su habitacion, y postrándose á los piés de Pablo y de Sylas les suplicó le enseñasen lo que debia practicar para conseguir la salvacion; y ellos llenos de regocijo cumplieron este deseo, dando por resultado el que aquel hombre y toda su familia recibiesen á poco tiempo el bautismo.

Al dia siguiente de este suceso los filipenses dieron órden para que pusiesen en libertad á los presos, pero el Apóstol al recibir la noticia de su libertad exclamó con entereza: «¿De este modo se satisface á un ciudadano romano maltratado de esta suerte sin órden, ni formalidad legal?» Es indudable que el Santo Apóstol se gozaba de haber sido azotado por haber tenido aquella ocasion de padecer por el nombre de Jesucristo. Sin embargo, como era ciudadano romano y gozaba por lo tanto de los derechos de tal como todos los habitantes de Tarso, juzgó que debia pedir satisfaccion de una injuria que tanto le infamaba, exigiendo

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. XVI.

que los magistrados fuésen en persona á ponerles en libertad y á desagraviarles de algun modo. No dejaron de conocer los magistrados de Filippos el exceso que habian cometido desde el momento que se enteraron de que San Pablo era ciudadano romano, y temerosos de que llegase al Senado se presentaron á San Pablo y á los demas presos, suplicándoles aceptasen la libertad que les ofrecian y olvidasen el mal trato de que habian sido objeto, rogándoles al mismo tiempo que se ausentasen de la ciudad para evitar que el populacho se amotinase nuevamente contra ellos. Aceptaron así Pablo como sus compañeros la libertad que les ofrecian, y despues de haber visitado á los fieles, animándolos con santas exhortaciones, salieron de Filippos, dirigiéndose á Tesalónica, capital de toda la provincia de Macedonia, donde efectuaron multitud de conversiones de judíos y gentiles. Allí tambien experimentaron grandes persecuciones, como asimismo en Berea, á donde se vieron obligados á retirarse. Así pues, conociendo que el odio era personal, trató de partir para Aténas, quedándose Sylas y Timoteo en Berea con órden de ir más tarde á reunirse con el Apóstol.

Empresa gigantesca era la que se proponia llevar á cabo San Pablo al disponerse para predicar el Evangelio en Aténas. Era esta ciudad el centro donde se reunian los más celebrados filósofos, cuya ocupacion contínua no era otra que emplearse en discusiones de ciencia. Apénas el Apóstol habia empezado sus discusiones con los estóicos y epicúreos, estos admirados de la novedad de las cosas que enseñaba trataron de llevarle al Areópago, para que allí en presencia de los sabios expusiese su doctrina. No se negó á ello el Apóstol, y ántes por el contrario se presentó ante aquella asamblea, respetada como oráculo de toda la Grecia, y tomando la palabra pronunció el siguiente discurso: «Atenienses, «desde que estoy en esta ciudad he observado que os aventajais á todos «los demas pueblos por vuestra aficion á todo género de cultos. Notan«do, aunque de paso, los diferentes objetos de vuestra veneracion, he «leido en un altar una inscripcion que dice: *Ignoto Deo*, *al Dios desco«nocido*. Ahora, pues, lo que vosotros adorais sin conocerlo es lo que yo «vengo á anunciaros; esto es, al Criador del cielo y de la tierra y de to«das las cosas que uno y otra contienen, el cual siendo Señor de este «vasto universo ha dejado impresas en todas partes las señales de su «grandeza sin encerrarse en los templos hechos por la mano de los hom«bres. No exige nuestras adoraciones y respetos porque necesite de «ellos, pues ha dado la vida y el sér á todo lo que respira. Él crió el

«género humano de un solo hombre, á quien formó con sus propias ma«nos, y distribuyó las familias y naciones por toda la superficie de la tier«ra, para que por la contemplacion de sus obras llegasen á conocerle y «acercarse á él: no porque esté léjos de nosotros, pues en su mismo «seno, en su inmensidad incomprensible se encuentran todos los séres «y en él vivimos, nos movemos y existimos, segun aquellas palabras de «uno de vuestros poetas: «Somos hijos de Dios y venimos de su linaje.» «Siendo, pues, como somos, hijos de Dios, y obra de sus manos, nos «apartaríamos de los principios de la razon que él nos ha dado, y dege«neraríamos indignamente de la nobleza de nuestro orígen, si adoráse«mos á unas figuras de piedra y metal, y atribuyésemos divinidad á las «obras de los mortales. Pero el Todopoderoso, no queriendo ya sufrir «estos monstruosos errores, ni la espantosa corrupcion en que precipi«tan á los hombres, les anuncia hoy que se preparen para el dia fatal, «en que nos ha de juzgar con terrible severidad. Este término se acerca «y ha revestido de su autoridad á un personaje tanto más digno de nues«tra fe y de nuestra veneracion, cuanto que despues de haber padecido «muerte por nuestra salvacion, ha resucitado del sepulcro, como os lo «afirmamos con otros muchos testigos irrecusables.»

Aquellos hombres tan llenos de orgullo y de vanidad oyeron en silencio el discurso de San Pablo hasta el momento en que les habló de la resurreccion de la carne; pero al primer anuncio de un dogma tan sorprendente para los que profesaban la doctrina de Epicuro, el mayor número abandonó al orador, mofándose de su doctrina, pero algunos que no se atrevieron por el pronto á aprobar ni á contradecir suspendieron su juicio, diciéndole que bastaba por aquel dia y que ya volverian á oirle en otra ocasion (1). No fue del todo perdida en aquel dia la predicacion del santo Apóstol, pues que Dionisio, uno de los jueces del Areópago, se convirtió, llegando despues á ser obispo de Aténas, donde murió vertiendo su sangre en defensa de la fe, convirtiéndose tambien una mujer llamada Dámanis. Desde Aténas se dirigió San Pablo á Corinto, una de las ciudades más opulentas de la Grecia, donde permaneció por espacio de diez y ocho meses, trabajando con incansable celo en la propagacion del Evangelio. La gran multitud de conversiones que efectuaba continuamente el doctor de las gentes con su continua predicacion fue causa de

(1) Hechos de los Apóst., cap. XVII.

que los judíos más obstinados se opusiesen tenazmente á él con las más groseras injurias.

El santo Apóstol, manifestando públicamente su indignacion contra aquellos hombres obcecados que cerraban sus ojos á la clara luz de la verdad, se dirigió á ellos diciéndoles: «A vosotros solos se atribuirá la pérdida de vuestras almas; yo estoy inocente de vuestra reprobacion y de vuestra eterna desgracia, y ya que mi ministerio no sirve sino para haceros más inexcusables, desde este momento me dirigiré á los gentiles.» En efecto, dirigióse en seguida á la casa de un gentil llamado Tito (1) que ya era cristiano en su corazon, dirigiéndose ya más principalmente á los gentiles. Sin embargo, no dejó de convertir tambien algunos judíos, entre ellos á Crispot, que era uno de los principales de la Sinagoga. A este le bautizó por su propia mano; mas como él tuviese que atender á la predicacion, dejó al cargo de sus discípulos el bautizar á los demas.

Por este tiempo escribió sucesivamente sus dos Epístolas á los fieles de Tesalónica, que fueron las primeras que escribió el santo Apóstol, no obstante no ocupar el primer lugar en el Nuevo Testamento, por hallarse allí colocadas segun la dignidad de las Iglesias. Estas dos Epístolas, como todas las demas del Apóstol, están llenas de los más saludables consejos y son un rico venero de celestial doctrina. En ellas se encuentra el medio de gozar paz y tranquilidad en cualquier estado de la vida. A los tesalonicenses les consuela con la esperanza de la resurreccion futura, amonestándoles á que se aparten de toda clase de supersticiones, sin tener otra regla á que atenerse en su conducta que la Escritura y la Tradicion.

Impulsado por la caridad deseaba el Apóstol de las gentes hacerse útil á los fieles de todas las localidades, y así, pensando recorrer la Siria y la Palestina para visitar las Iglesias que habia fundado y fortalecer en la fe á los fieles, se embarcó en el puerto de Ceneres (2) llevando consigo á Priscila y á Aquila. Los cristianos de Efeso, que eran seguramente los más fervorosos, hicieron los mayores esfuerzos á fin de que San Pablo permaneciese entre ellos para participar continuamente de sus santas instrucciones; pero el Apóstol, no creyendo conveniente detener el curso de su viaje, dejó allí á los dos citados prosélitos, y continuó su

(1) Este Tito no debe confundirse con el discípulo del mismo nombre.

(2) Hechos de los Apóstoles, cap. XVIII.

viaje bajo la protesta de volver en tiempo oportuno. Miéntras tanto el Apóstol se hallaba en este viaje, llegó á Efeso un judío de Alejandría llamado Apolo (1), el cual instruido en la ley cristiana adoraba á Jesucristo, pero no conocia otro bautismo que el de Juan. Priscila y Aquila contribuyeron en gran manera á su completa instruccion, y como aquel determinase pasar á la Acaya, le dieron recomendaciones para los fieles de Corinto, donde trabajó mucho en favor de la verdadera doctrina.

Fiel el santo Apóstol á la palabra que habia dado á los de Efeso, volvió á esta ciudad, donde encontró nuevos catecúmenos en su mayor parte bautizados por Apolo. Quiso San Pablo asegurarse por sí mismo del estado de aquellas almas, y así les preguntó si habian recibido el Espíritu Santo, á lo cual ellos, que habian recibido tan solamente de Apolo el bautismo de Juan, contestaron: «Ni aun sabemos que haya Espíritu Santo.» Por estas palabras comprendió el Apóstol que no habian recibido el sacramento del bautismo, é instruyéndolos debidamente, mandó que les fuese administrado; en seguida les impuso las manos, confiriéndoles de este modo el Sacramento de la Confirmacion, cuya administracion está reservada á los obispos. En el instante, el Espíritu Santo en forma visible descendió sobre aquella pequeña asamblea, que era compuesta de unas doce personas, las cuales fueron dotadas del don de profecía y de lenguas.

Era Efeso la ciudad más populosa del Asia, donde acudian por lo famoso de su puerto y por la prosperidad de su comercio gentes de diferentes puntos, por lo cual conocia San Pablo la conveniencia de predicar allí contínuamente la fe de Cristo, por lo que permaneció por espacio de tres años, no sin tener que sufrir grandes persecuciones por parte de los israelitas más obstinados. Sin embargo, Dios que aceptaba el celo, la constancia del santo Apóstol en extender la gloria de su nombre, le favorecia extraordinariamente, efectuando por su ministerio grandes y repetidos milagros, de tal modo que muchos de ellos eran efectuados aun sin conocimiento suyo, pues que bastaba el contacto de los vestidos que usaba para curar toda clase de enfermedades. Queriendo Dios que el mismo demonio confesase la virtud del santo Apóstol, pues que en ocasion de que algunos exorcistas judíos hacian unos conjuros, valiéndose de una fórmula que se atribuia á Salomon, viendo que el demonio se re-

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. XVIII.

sistia á su exorcismo, intentaron valerse del nombre de Jesucristo á imitacion de San Pablo, pero el demonio exclamó: «conozco á Jesús por Hijo de Dios y sé quién es Pablo su Apóstol; pero vosotros sois unos impostores,» y en el momento el hombre poseido se arrojó sobre aquellos exorcistas maltratándoles é hiriéndoles, siendo este suceso de tan benéficos resultados para la religion que una multitud así de gentiles como de judíos vinieron á arrojarse á los piés de San Pablo y de los otros ministros, suplicándoles los admitiesen en el gremio de la Iglesia, y aquellos que se dedicaban al ejercicio de la magia llevaron al Apóstol los libros de que se servian y cuyo valor no bajaba de 50,000 denarios (1).

De todo esto resultó una nueva y terrible persecucion para el Apóstol y los demás ministros. Los plateros que ejercian el comercio fabricando pequeños templos con la estátua de Diana levantaron una conjuracion, á cuya cabeza se hallaba uno llamado Demetrio. Conociendo que tan gran número de conversiones al cristianismo les habia de perjudicar en sus intereses, y afectando al mismo tiempo un falso celo por el culto de los dioses, salieron exclamando á grandes voces por las calles: «¡La gran Diana de Efeso! ¡La gran Diana de Efeso!» Toda la ciudad se puso en conmocion, y como no pudiesen hallar á Pablo se apoderaron de dos de sus discípulos para que diesen razon de él.

El santo Apóstol, que se gloriaba en padecer por Jesucristo, que no huia de los peligros, ni anhelaba otra cosa que sufrir afrentas, ultrajes y aun la muerte en defensa del Soberano Maestro, intentó presentarse públicamente en aquella asamblea; su muerte hubiera sido inevitable, y Dios en sus altos juicios le tenia reservado para más glorioso martirio; así pues, cediendo á las instancias de los fieles, que tan extraordinario amor le profesaban, dejó de presentarse. A poco tiempo Dios permitió que se tranquilizaran los ánimos, pero sin embargo San Pablo no creyó oportuno dilatar por más tiempo su viaje á Macedonia, y así dejó en Efeso á su discípulo Timoteo.

Por este tiempo escribió el Apóstol sus Epístolas á los Corintios, á Timoteo y á Tito.

Difuso seria el seguir al santo Apóstol en sus dilatados y frecuentes viajes, y así nos detendremos tan sólo en los hechos más notables. Muchas eran las iglesias que habia fundado, pero tenia especial cuidado,

---

(1) Equivalente á unos 7,000 duros de nuestra moneda.

como nota San Juan Crisóstomo, de celebrar siempre las fiestas en las grandes ciudades. El año 58 celebró la Pascua en Filippos, embarcándose despues con San Lúcas y dirigiéndose á Troade, donde verificó el milagro de resucitar á un jóven que habia caido desde un tercer piso de una casa donde se hallaban reunidos, sucediendo esto, segun el sagrado libro de los *Hechos de los Apóstoles*, en la feria primera, esto es, el domingo, cuyo dia santificaban ya los cristianos (1).

De Filippos se dirigió San Pablo á Mileto, donde convocó una reunion de obispos, presbíteros y ancianos, á los cuales, anunciándoles proféticamente que aquella era la vez postrera que les habia de ver, les expuso los trabajos que habian de pasar en lo futuro, animándoles con santas exhortaciones para que permaneciesen firmes en la fe. Desde allí, pasando por varios lugares, llegó á Cesárea, hospedándose en casa del diácono Felipe.

En Jerusalen estaban reservados grandes trabajos al incansable Apóstol de Jesucristo, y muchos de los fieles del Oriente, dotados del don de profecía, tuvieron revelacion de ello y trataron de hacérselo saber por medio del profeta Agapo (2), el cual, presentándose en casa del diácono Felipe, donde Pablo se hallaba rodeado de una multitud de fieles, le quitó el ceñidor atándose con él los piés y las manos, dejando con esta accion llenos de admiracion á cuantos allí se hallaban. Entónces, levantando la voz Agapo, exclamó de este modo: «Ved aquí lo que el Señor dice: de esta suerte encadenarán los judíos en Jerusalen al dueño de este ceñidor, para entregarle en manos de los idólatras.» Estas palabras produjeron su natural efecto en aquellos fieles, que tan extraordinariamente amaban á San Pablo, al cual empezaron á suplicar que se retrajese de ir á Jerusalen, para evitar aquellos peligros que le amenazaban. «No, hermanos mios, respondió el Apóstol, no me separeis del camino que Dios me ha señalado, porque á esto sin que vosotros lo conozcais se dirigen vuestros sentimientos demasiado mundanos y vuestro amor indiscreto: no es tiempo de deliberar; el Señor lo manda y es preciso que yo le preste obediencia.» Entónces los que le escuchaban contestaron de este modo: «Cúmplase la voluntad de Dios;» y en el momento emprendió el viaje con ellos sin detencion alguna con el objeto de llegar á Jerusalen ántes de la festividad de la Pascua, que habia dispuesto ce-

(1) Hechos de los Apóst., cap. XX
(2) Hechos de los Apóst., cap. XXI.

lebrar en aquella capital, donde fue recibido con los mayores obsequios por Santiago el Menor, obispo de la ciudad santa y otros muchos fieles, los cuales le anunciaron las preocupaciones que los judíos obstinados tenian contra él, de tal modo que la relacion que le hicieron hubiera sido suficiente á atemorizar á otro espíritu ménos valeroso que el de San Pablo.

Poco tiempo tardó en realizarse el anuncio, pues que habiendo sido conocido uno de los dias en que se ocupaba en repartir limosnas por los diversos distritos de Jerusalen, se arrojaron sobre él exclamando á grandes voces: «Venid en nuestro auxilio, hijos de Israel; este hombre no cesa de blasfemar contra el pueblo de Dios.» El pueblo se amotinó, siendo general la conmocion en toda la ciudad, y sacaron arrastrando del templo al Santo Apóstol, sobre el cual dieron despues tan numerosos y crueles golpes que seguramente hubiese muerto á manos de aquella chusma amotinada, si el comandante de la cohorte romana no lo hubiese quitado de sus manos. De este modo fue San Pablo libertado de morir en aquel dia; sin embargo, el mismo comandante de la cohorte que le habia salvado le sepultó en una prision, sin tomarse el trabajo de averiguar ni aun el motivo de aquella persecucion.

Léjos de sosegarse los ánimos, cada vez se aumentaba más la conmocion del pueblo, por lo que Lisias el tribuno creyó conveniente ordenar que fuese Pablo conducido á la Ciudadela donde se alojaba la guarnicion romana, teniendo que darse priesa para conducirle á aquella fortaleza por temor al populacho; y deseoso Lisias de dar alguna satisfaccion á los judíos, mandó que el Apóstol fuese azotado y puesto en tormento. Todo se preparó al efecto, pero Pablo, dirigiéndose al oficial encargado de presidir la ejecucion, le dijo de este modo: «¿Os parece justo que se azote á un ciudadano romano sin ninguna forma de proceso, ni convencerle de delito alguno?» En el momento que el oficial oyó que Pablo era ciudadano romano puso esta circunstancia en conocimiento de Lisias, el cual, presentándose en la Ciudadela, le preguntó si efectivamente era ciudadano romano. El Apóstol con entereza contestó que sí. «Mucho dinero me ha costado á mí adquirir este título,» le dijo Lisias; á lo cual replicó el Apóstol de este modo: «Pues yo no lo debo á la suerte, sino á mi nacimiento.» Suspendióse la ejecucion, pero reunido al dia siguiente el Consejo de la nacion, fue presentado ante él el Santo Apóstol, el cual trató de defenderse; mas apénas hubo pronunciado algunas palabras, el Sumo Sacerdote Ananias mandó que diesen de bofetadas al

Santo predicador de Jesucristo. Pablo sufrió con la mayor resignacion aquella afrenta, recordando la mansedumbre con que la habia recibido ántes que él el divino Redentor; y así como este contestó al que puso su mano sacrílega sobre su santísimo rostro en casa de Anás «si mal he obrado, muestra en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?» así su Apóstol y discípulo dijo en esta ocasion al Sumo Sacerdote: «El Señor te castigará, pared blanqueada, pues que teniendo aquí el cargo de interpretar la ley, ordenas contra ella que me abofeteen ántes de ser condenado ni oido.» Ignoraba Pablo que aquel que le habia mandado dar de bofetadas y al que él dirigia las citadas palabras fuese el Sumo Sacerdote, pues que, extranjero en Jerusalen, no podia conocerle. Mas en el momento que fue advertido que era el Sumo Sacerdote aquel con quien hablaba tributó el respeto debido á la cátedra de Moisés; sin embargo no dejó de sacar partido de las diferentes opiniones de aquellos hombres, y elevando su voz exclamó: «Sabed, hermanos, que yo soy fariseo, y como vosotros decís, hijo de Fariseo, y he seguido invariablemente todos los sanos principios de esta escuela, y ahora me acusan porque defiendo la resurreccion de los muertos.» Los fariseos se pusieron de parte del Apóstol y empezaron á exclamar: «¿Qué daño ha hecho este hombre? No podemos negar que su doctrina es pura, y quién sabe si algun espíritu celestial inspira al doctor que da de ello tan magnífico testimonio.» A pesar de esto los saduceos se esforzaron, y tal vez hubieran conseguido quitarle la vida, de no haber acudido el tribuno acompañado con una guardia para conducirle nuevamente á la Ciudadela. Jesucristo se apareció á San Pablo la noche siguiente, advirtiéndole que su vida no corria peligro por entónces, pues que le tenia reservado para que diera de él igual testimonio en Roma.

Tal fue el odio que los judíos y principalmente los saduceos habian concebido contra San Pablo que resolvieron asesinarle, siendo muchos los que se obligaron con juramento hasta ver cumplido este deseo. Dirigiéndose á los mismos pontífices les dijeron: Hemos formado la resolucion de sacrificar á vuestro enemigo aun en medio de los centinelas que le rodean y para esto no teneis que hacer mas que sacarle de la Ciudadela. Como jueces de Israel é intérpretes de la ley, persuadid al tribuno que haga comparecer ante vosotros á este israelita acusado de delitos contra la religion, salvo el derecho romano de confirmar ó modificar la sentencia, y nosotros nos encargamos de todo lo demas por numerosa que sea la guardia que le custodia.» Los pontífices dieron oido á la proposi-

cion de aquellos hombres perversos y convinieron en hacer cuanto ellos querian.

Dios, como hemos dicho, tenia reservado á Pablo para que diese de él testimonio en Roma y frustró por lo tanto los proyectos de sus enemigos. Informado así el Apóstol como el tribuno de todo cuanto ocurria por un jóven hijo de una hermana de San Pablo, dispuso en el momento que fuese conducido el preso á Cesárea, que era la residencia del gobernador de toda la Palestina, el cual se llamaba Félix; ante su autoridad se presentó como acusador el mismo sacerdote Ananias, sin desdeñar este papel ante un magistrado gentil. El gobernador comprendió prontamente la trama armada contra San Pablo y dilató su determinacion, ofreciendo ocuparse detenidamente del asunto, ordenando al mismo tiempo que el preso fuese tratado con la distincion y consideraciones debidas al que era ciudadano romano. San Pablo por su parte, usando de aquel derecho, determinó apelar al Emperador, por lo que el gobernador le habló de esta manera: «¿Has apelado al César? Pues irás al César.»

De todo lo acaecido tuvieron conocimiento el rey de Galilea y su hermana Berenice, que habian llegado á Cesárea (1) con el objeto de cumplimentar al nuevo gobernador Festo, el cual les informó de cuanto deseaban saber acerca del célebre prisionero que Félix habia dejado sin sentenciar despues de tenerle mucho tiempo en prisiones. Desearon verle, y al dia siguiente Festo condujo al prisionero á presencia de ellos dos y de las personas más notables de la ciudad, disponiéndolo así el Señor, para que su celoso predicador, que tanto habia sufrido hasta entónces por él en una prision, confesase su nombre y la verdad de su doctrina á presencia de un auditorio tan ilustre. Apénas se presentó Festo con el preso, tomó la palabra Festo y habló de esta manera: «Aquí teneis el hombre célebre, cuya muerte pide toda Jerusalen; yo no he hallado en él delito alguno que le haga acreedor á tan terrible castigo. Ha apelado al César y estoy disponiendo enviarle á Roma: mas os digo que no sé qué decir para la instruccion de su causa, ni para dirigir su juicio con acierto, pues ciertamente se me figuran muy frívolos para la atencion del César los cargos que contra él se han presentado. Yo me regocijo en gran manera de que comparezca ante un príncipe ilustrado é instruido especial-

(1) Hechos de los Apóst, cap. XXV.

mente en las leyes y costumbres del pueblo judío. Os ruego, pues, que useis de vuestros conocimientos á fin de que me suministreis las luces necesarias para que yo pueda afirmar fielmente al Emperador con el respeto debido á su alta dignidad.»

Agrippa empezó el interrogatorio, mandando al Apóstol que tomase la palabra y dijese lo que tuviese por conveniente acerca de los cargos que se le hacian; y el Apóstol, que en lo que ménos pensaba era en sincerarse, pues que estaba seguro habia de salir libre de las manos de aquellos enemigos por la manifestacion que, segun hemos dicho, le habia sido hecha por Jesucristo, pronunció un discurso en el cual, atendiendo más á la gloria de su Soberano Maestro que á su propia defensa, expuso con la mayor claridad los principales misterios y verdades de la religion. Al oirle hablar el gobernador idólatra de misterios que estaba muy lejós de comprender:—«Tú deliras, le dijo, oh Pablo, con lo mucho que has estudiado.—No deliro, replicó Pablo; todo cuanto he dicho es verdad, aunque son cosas extraordinarias: puede atestiguarlo el rey Agrippa, pues no ignora alguna de estas cosas. ¿Creeis, príncipe, dijo volviéndose al rey, en lo que enseñan las profecías? porque yo sé que creeis.» Agrippa, temiendo que el Apóstol le estrechase á declarar sus creencias, se limitó á contestarle en tono irónico.—«No falta mucho para que me persuadas á hacerme cristiano.» Con esto terminó aquella entrevista, y el rey, así como la princesa su hermana y el gobernador, convinieron en que aquel hombre no habia cometido delito alguno que mereciese la muerte, ni aun el ser privado de su libertad.

Dispuso, pues, el gobernador que Pablo con otros prisioneros, acompañándoles San Lúcas con Aristarco de Tesalónica, se hiciesen á la vela. Larga, penosa fue la navegacion, y cuando hubieron llegado á la isla de Creta, San Pablo manifestó que seria muy peligroso continuar el viaje por entónces; pero sin embargo, haciendo los pilotos caso omiso de su opinion, determinaron continuar, y Dios reveló al Apóstol que experimentarian una tormenta, en la cual el buque se haria pedazos, pero que no pereceria ningun pasajero (1). En efecto, arribaron á la costa de Malta, el buque se estrelló contra una roca, no pereciendo ni una sola de las doscientas setenta y seis personas que iban en él, salvándose unas á nado, otras sobre tablas, restos del buque perdido. Compadecidos los malteses

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. XXVII.

de los náufragos, trataron de dispensarles los auxilios necesarios, empezando por encender fuego para que se calentasen. San Pablo tomó una gavilla de sarmientos para arrojarla al fuego; mas como hubiese entre ellos una víbora, le picó en una mano, quedando colgada, pero el Apóstol sacudió la mano sin asustarse y arrojó la víbora en medio del fuego.

Los malteses apénas vieron la víbora pendiente de la mano del Apóstol empezaron á exclamar: «Este hombre es un malvado, á quien persigue la venganza del cielo aun despues de su naufragio.» Creian que indudablemente se hincharia y moriria de resultas de la víbora, y cuando vieron que no le causaba efecto alguno el veneno le tuvieron por un Dios.

Un hombre principal llamado Publio quiso obsequiar á aquel hombre visiblemente favorecido por Dios, y desinteresadamente le hospedó en su casa, como igualmente á sus compañeros de naufragio, permaneciendo en ella por espacio de tres dias. No quedó sin recompensa esta hospitalidad: el padre de Publio hallábase gravemente enfermo; San Pablo hizo oracion, le impuso las manos é inmediatamente quedó curado. Divulgado que fue este prodigio, traian á él muchos enfermos, consiguiendo todos el beneficio de la curacion.

Permanecieron en Malta hasta fin del invierno (1), embarcándose despues y llegando al reino de Nápoles, desde donde se dirigieron por tierra hácia Roma. Noticiosos los fieles de esta capital de la llegada de Pablo, salieron á recibirle hasta la distancia de 30, 40 y aun 50 millas, llegando á la capital del imperio el año 61 despues que el príncipe de los Apóstoles habia trasladado á ella su silla desde Antioquía.

San Lúcas en la historia de los hechos de los Apóstoles nos refiere todos estos sucesos, así como que el Apóstol refirió á San Pedro y á los demas fieles de Roma cuanto habia tenido lugar en Jerusalen.

La primera conferencia que tuvo fue tan dilatada que en ella á presencia de una asamblea numerosa de romanos estuvo hablando todo un dia desde la mañana hasta la noche, examinando las profecias del Testamento Antiguo y haciendo conocer cómo se habian cumplido con la mayor exactitud en la persona de Jesus Nazareno. Algunos aceptaron la verdad y se convirtieron, pero otros muchos permanecieron en su obstinacion y el Apóstol les advirtió desde esta primera reunion que pensaba llevar la luz de la salvacion á aquellos que estuviesen mejor dispuestos para recibirla.

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. XXVII.

Entre tanto los judíos de Jerusalen, desesperados de no haber podido conseguir segun lo deseaban la muerte de San Pablo, convirtieron todo su odio contra Santiago el Menor, uno de los doce Apóstoles que habia sido elevado á la dignidad de obispo de Jerusalen. Era este muy amado de los fieles por sus grandes virtudes, que le hacian ser respetado hasta por los mismos judíos: su vida era austera y penitente: no se hacia cortar el cabello, no bebia vino ni licor alguno que pudiese embriagarle, y dícese que no usaba calzado alguno, ni usaba más vestiduras que una sencilla túnica y una capa de un tejido basto. Tenia costumbre de ir al templo cuando no habia nadie en él, y allí permanecia postrado muchas horas, rogando á Dios por los pecadores, y esto era con tanta asiduidad y constancia que llegó á endurecerse la piel de sus rodillas, y tal era la reputacion que habia sabido adquirirse, que era conocido así por los cristianos como por los judíos con el nombre de *Justo*. Habia muerto Festo el año 62 de Jesucristo, y ántes que llegase su sucesor Albino le presentaron ante el Sanedrin; y el gran sacerdote, fingiendo quererle consultar sobre Jesucristo y su doctrina, le habló de esta manera: «El pueblo toma á Jesús por el Mesías; á vos toca desvanecer este error, puesto que todos están prontos á creer lo que vos digais.» En seguida le condujeron á una galería donde pudiese ser oido cómodamente de todos. En cuanto apareció en este sitio empezaron á gritar diciendo: «¡Oh hombre justo, de quien debemos creerlo todo! decidnos lo que debemos creer de Jesucristo crucificado.» Entónces Santiago respondió en alta voz diciendo: «¿Por qué me preguntais lo que debe creerse de Jesucristo?— *Yo os digo que ese Jesús el Hijo del Hombre, de quien hablais, está ahora sentado á la diestra de la Majestad Soberana, como Hijo de Dios, y debe venir sobre las nubes del cielo para juzgar á todo el universo.*» A vista de este solemne testimonio tributado á la divinidad de Jesucristo, los nuevos cristianos se confirmaron en la fe que habian abrazado, y llenos de entusiasmo empezaron á exclamar: «¡Gloria al Hijo de David! ¡Honor y gloria á Jesús!» Por su parte los fariseos, que se vieron engañados en su esperanza, tambien exclamaban: «El *Justo* vive tambien en el error; precipitémosle á vista de la multitud para que el terror impida que se propague la seduccion.» En efecto, subieron á lo alto del templo y precipitaron al Santo Apóstol. Sin embargo, Santiago no quedó muerto en el acto, y teniendo valor y algunas fuerzas se puso de rodillas y orando exclamaba á imitacion de la divina víctima del Gólgotha: «*Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen.*»

Esto no obstante, y deseando concluir de una vez con su vida, arrojaron sobre él una nube de piedras. Movido de compasion un hombre de los que allí se hallaban, y que era de la raza de los recabitas, empezó á exclamar á grandes voces: «¿Qué haceis, israelitas ingratos? deteneos, ¡el justo ruega por vosotros y le haceis morir!» Mas nada era suficiente para contener el ímpetu de aquellos furiosos enemigos. Un batanero, que se hallaba allí cerca, levantó su maza y descargó un golpe tan tremendo sobre la cabeza del santo, que puso fin á su martirio. Con él murieron otros muchos cristianos en defensa de la fe de Jesucristo. El cuerpo del Santo Apóstol fue enterrado en el mismo lugar en que padeció el martirio, y donde poco tiempo despues, segun atestigua el historiador Eusebio, se levantó una columna que existió hasta mucho tiempo despues de la destruccion de Jerusalen.

Poco ántes de su muerte escribió Santiago una Epístola á la Iglesia universal, que se halla en el Nuevo Testamento, en la cual combate el error de algunos que pretendian que la fe por sí sola era suficiente para la salvacion sin necesidad de las buenas obras, error renovado más tarde en el siglo XVI por los protestantes. Tambien nos da en esta Epístola una idea exacta del Sacramento de la Extrema-uncion, razon por la cual los sacramentarios y los que defienden el error de que la fe es suficiente para la justificacion del hombre han tratado de quitar esta Epístola del tratado de los libros canónicos.

Tenia Santiago el Menor á mas de San Júdas otro tercer hermano llamado Simeon, que fue elevado á la silla episcopal de Jerusalen, el cual fue elegido por los Apóstoles y discípulos que pudieron reunirse, para suceder á su hermano Santiago en la Silla episcopal de Jerusalen. Aproximábase el tiempo en que debian cumplirse las predicciones de Jesucristo acerca de las calamidades y de la reprobacion de la nacion judaica. Aquella generacion no debia pasar, segun las palabras del Salvador, sin que todo fuese cumplido. Consignado está en el *Talmud* ó libro sagrado de los judíos, y confirmado por todos los rabinos, que cuarenta años ántes de la ruina de Jerusalen, es decir, por el tiempo en que murió Jesucristo, no cesaban de verse cosas extrañas en el templo, y cuatro años ántes de la guerra en que Jerusalen fue destruida tuvieron los judíos un presagio terrible, el cual refiere el historiador Josefo del modo siguiente:— «Un hombre llamado Jesús, hijo de Anano, habiendo venido del campo á la fiesta de los Tabernáculos, cuando la ciudad se hallaba todavía en una profunda paz, de repente se puso á gritar: *¡Ay de la ciudad!*

¡ ay del templo ! ¡ Voz del Oriente , voz del Occidente , voz de los cuatro vientos ! ¡ Ay del templo ! ¡ay de Jerusalen ! No cesó , ni de dia ni de noche, de recorrer la ciudad , repitiendo la misma amenaza. Los magistrados á fin de hacerle callar le hicieron castigar rigurosamente; pero ni una palabra dijo para justificarse ni para quejarse, sino que continuó gritando lo mismo que ántes: *¡ Ay del templo ! ¡ ay de Jerusalen !* Condujéronle entónces al gobernador romano, que le hizo despedazar á azotes, sin que el dolor le moviera á pedir perdon , ni siquiera á derramar una sola lágrima. A cada golpe que le descargaban repetia con voz más lamentable : *¡ Ay , ay de Jerusalen !* Hiciéronle salir al fin de la ciudad como un insensato , sin que jamás cambiase de lenguaje. Observóse que su voz , tan contínua y violentamente excitada , jamás se debilitó. Durante el último sitio de Jerusalen , se encerró en la ciudad , y dando vueltas infatigablemente en torno de las murallas , gritaba con todas sus fuerzas: *¡ Ay del templo ! ¡ ay de Jerusalen ! ¡ ay del pueblo !* Por último tambien añadió: *¡Ay tambien de mi mismo!* y al instante cayó muerto de una pedrada lanzada por una máquina.»

Quiso, pues, Dios, como se ve, hacer á aquel hombre no solamente el profeta y el testigo, sino tambien la víctima con su muerte, á fin de hacer más sensibles las amenazas del Señor. Este profeta se llamaba *Jesús*. Los ingratos israelitas que habian despreciado , tratado como malhechor y muerto en un patíbulo de afrenta á un Jesús que les anunciaba la gracia y la misericordia, tuvieron que oir á otro Jesús que sólo les anunciaba su ruina y desolacion.

No tardaron en verificarse los vaticinios de aquel hombre: los judíos vivian sometidos á los romanos, que les enviaban sus gobernadores, los que ellos se veian obligados á recibir aunque con disgusto. El mismo Pilatos, que no obstante reconocer inocente á Jesucristo tuvo la cobardía de negarle, habia sido degradado por el emperador Tiberio y desterrado á Viena del Delfinado, donde acabó su vida el año 40 de Jesucristo, habiéndose sucedido desde entónces muchos gobernadores. Los más sabios y prudentes entre los judíos, previendo las desgracias que iban á caer sobre Jerusalen, huyeron de la ciudad; los cristianos , siguiendo el aviso que anticipadamente les habia dado Nuestro Señor para cuando llegase este tiempo, se retiraron á la villa de Pella, situada en medio de las montañas de la Siria. El ejército romano al mando de Vespasiano sitió á Jerusalen. Dentro de la ciudad se formaron varios partidos, de modo que las luchas interiores por una parte y el verse sitiada por la otra, era

causa de los mayores desastres en aquella desgraciada ciudad, donde los judíos se destruian á sí mismos. Por este tiempo Vespasiano fue proclamado emperador, y retirándose de las cercanías de Jerusalen para tomar posesion del imperio, dejó á su hijo Tito el encargo de continuar el sitio de la ciudad. En aquellos dias con motivo de la festividad de la Pascua, que se hallaba próxima, habia acudido á Jerusalen una multitud de judíos; Tito acampó con sus tropas á una legua de la ciudad, y rodeándola cerró todas sus salidas. Con este motivo una nueva plaga no ménos terrible que la guerra vino á afligir á los judíos: el hambre con toda su deformidad. Habian consumido todos los víveres que habia en la ciudad, y esta por consiguiente presentaba el aspecto más triste y desconsolador; los más opulentos ciudadanos se veian reducidos á comer lo que encontraban, y por arrebatar un pedazo de pan se cometian muertes violentas. No por verse sumergidos en tantas aflicciones pensaron ni un momento en entregarse, ántes por el contrario cada vez estaban más obstinados en continuar una guerra que tan funestos resultados habia de tener para ellos. ¡Estaba pronunciada por el labio divino la sentencia de la ruina de la ciudad deicida, que tenia que cumplirse necesariamente! Tito avanzó, haciéndose dueño de la torre llamada *Antonia*, llegando despues hasta el templo, de cuyas galerías exteriores se apoderó. Entónces Jerusalen llegó al mayor estado de desventura; el hambre llegó á hacerse insufrible, de tal modo que se veian obligados á buscar alimento hasta en las cloacas, comiendo las inmundicias más asquerosas. Una mujer, acosada por el hambre y llena de desesperacion, tomó á su hijo, que aun amamantaba, y mirándole con ojos extraviados: «¡Infeliz! le dijo, ¿para qué te conservaré la vida? ¡para morir de hambre ó ser esclavo de los romanos!» Y en seguida le degolló, lo asó, se comió la mitad y guardó el resto. Como pasaran por la casa de aquella mujer unos facciosos y notaran el olor de la carne asada, entraron amenazándola de muerte si no les mostraba la comida que tenia oculta. Entónces ella, temiendo morir á manos de aquellos hombres, les presentó lo que le quedaba de su hijo diciéndoles: «Bien podeis comer de él, como yo he comido; este es mi hijo; yo soy quien le he matado: vosotros no sois más delicados que una mujer ni más tiernos que una madre.» Aquellos hombres volvieron las espaldas, retirándose horrorizados, sin atreverse á tocar aquella carne. Tito, que no cedia en su propósito, hizo atacar la segunda muralla del templo, pero mandando fuese respetado el cuerpo del edificio. Esto no obstante, un soldado romano, dice el historiador Josefo, guiado por

una inspiracion divina tomó un tizon, y haciéndose levantar por sus compañeros le arrojó en una de las habitaciones inmediatas al templo, prendiendo el fuego al momento y consumiéndole enteramente el voraz elemento á pesar de los grandes esfuerzos. Los romanos lleváronlo todo á sangre y fuego, pasando á cuchillo á cuantos encontraron en la ciudad, pereciendo un millon y cien mil habitantes. El mismo Tito declaró que su triunfo no era obra suya, y que únicamente él habia sido un instrumento de la venganza divina. De este modo se cumplió al pié de la letra la profecía de Jesucristo. Esta nacion desgraciada habia pronunciado su sentencia el dia en que pidió á grandes voces que la sangre de Jesucristo cayese sobre ellos y sobre sus hijos. Este ejemplo, único en la historia, fue necesario para que se cumpliese la predicacion de Jesucristo, y fue un castigo proporcionado al crímen del deicidio, el más horrendo que pudieran cometer los hombres. Otras naciones han sufrido los rigores de un sitio y la plaga del hambre; pero nunca se ha visto que sus habitantes se hayan hecho entre sí una guerra tan encarnizada, ni hayan experimentado una destruccion tan completa como horrorosa. Ese pueblo, tan extraordinariamente favorecido de Dios en otro tiempo, como ingrato y rebelde á sus beneficios, vive errante sobre la tierra sin nacionalidad, sin templo, sin sacerdotes, profetas ni sacrificios. Se hallan en todas partes, siendo en todos los pueblos objeto de odio. El israelita parece llevar grabada en su frente esta terrible inscripcion: ¡Deicida!

Dios tenia elegido ya otro pueblo, que habia de estar más dispuesto á recibir á Aquel que vino á Israel sin que Israel quisiera recibirle. Los gentiles, que habian desconocido al verdadero Dios, habian de formar el nuevo pueblo que habia de rodear la cruz salvadora del Redentor del mundo.

CAPITULO VI.

Primera persecucion de la Iglesia.—Edificacion de siete pequeñas Iglesias.—Calumnias contra los cristianos.—Segunda Epístola de San Pedro.—Simon Mago se propone volar á presencia de una numerosa concurrencia.—Su trágica muerte.—¿Domine quo vadis?—Martirio de San Pedro y San Pablo.—Persecucion en España.

Explicada ya la destruccion y ruina de Jerusalen, debemos fijar de nuevo nuestra vista en la ciudad de los emperadores, en Roma, señora de las naciones y esclava de todos los vicios, donde dejamos á San Pablo evangelizando el reino de Jesucristo.

Pimera persecucion.—Luego que el Emperador Claudio murió envenenado por su esposa Agripina con el objeto de que pasase la diadema imperial á su hijo, fue cuando el Príncipe de los Apóstoles y los demas desterrados volvieron á aquella ciudad, el año 56 de Jesucristo y 14 del Pontificado de San Pedro. Poco tiempo despues de esto fue cuando verificó su entrada en ella, segun dijimos en el capítulo anterior, aquel célebre predicador de Jesucristo, Pablo, que desafiaba los tormentos y la muerte, pues que sólo anhelaba por la gloria del martirio. Incansables en sus apostólicas tareas, así el Jefe Supremo de la Iglesia, como San Pablo, trabajaron con asiduidad predicando la fe de Jesucristo, aumentándose cada dia el número de los que, despreciando los ídolos, abrazaban el Cristianismo. Siete Iglesias se levantaron en las siete colinas de Roma, pero no podian compararse ni en su pequeñez ni en la escasez de sus adornos con los magníficos templos de las deidades del imperio. El naciente cristianismo alarmó al Senado y á una gran parte de la populosa ciudad. El culto católico era llamado la locura de los Galileos, y las más groseras calumnias se inventaron para hacer caer sobre los discípulos de Cristo el desprecio de las gentes, no hablándose de otra cosa en los sitios públicos que del descaro y atrevimiento de aquellos hombres, enemigos de-

clarados de los dioses. «Se ha levantado una secta, decian, que predica en público el desprecio de los dioses y la destruccion de los altares. Estos ateos rechazan como impía la religion de nuestros abuelos; hablan de un rey llamado Cristo, con quien deben reinar todos un dia; se niegan á rogar por la salud del César (1), á darle el título de Señor y á jurar por su genio. Es una raza dada á los maleficios, extranjera, bárbara y tenebrosa; preséntase muda en público y llena de verbosidad en los sitios oscuros. Estos impostores, estos desesperados, estos seductores, estos sofistas, estos contadores de parábolas, estos malos demonios, estos hombres culpables de todos los crímenes, sacrílegos, perdidos, enemigos de toda la naturaleza, no conocen el matrimonio, se entregan á la más infame disolucion, y lo que es más horroroso, se alimentan de carne humana. A pesar de la pena de muerte decretada contra los que celebran reuniones nocturnas, júntanse al anochecer del Dia del Sol para iniciar á sus prosélitos. Ponen delante del iniciador un niño cubierto con una pasta hecha de intento para engañar la vista de los que ignoran este horrible misterio. El prosélito hiere á ciegas y da muerte sin saberlo al niño. Entónces ¡oh qué espantoso crímen! aquellos sedientos tigres beben la sangre y se reparten sus miembros, sellando su pacto con el asesinato; y la complicidad de todos les asegura el secreto.

«Nada hay que pueda compararse á sus banquetes, de que habla todo el mundo. Reúnense secretamente el Dia del Sol, con sus hermanos, hermanas y madres, y se mezcla y confunde allí todo, sexo y edad. Cuando se enardecen los ánimos y excita sus impuros deseos la llama de la embriaguez, entónces un perro atado al candelabro, el cual excitan arrojándole pedazos de carne, se agita y con sus sacudidas apaga la luz, resultando una monstruosa oscuridad. Ve ahí porque se esfuerzan y toman tanto empeño en ocultar á los ojos de todos la divinidad que adoran: por eso no tienen templos ni altares, ni simulacros visibles, y por esto se guardan tanto de hablar en público y de reunirse á la mitad del dia.

---

(1) Como se va á ver en la continuacion de este relato, son á cuál más faltas de sentido comun todas las calumnias inventadas en descrédito de los primeros cristianos de Roma. En cuanto á esto, sabido es que nadie ha abogado con más empeño por hacer respetable el principio de autoridad que el sacerdocio católico. Los mártires defendieron heróicamente su fe á presencia de los mismos Emperadores: pero jamás les injuriaron, y ántes por el contrario oraban por ellos á fin de que abriesen sus ojos á la luz de la verdad.

«No sólo tributan culto á un ídolo absurdo, sino á un muerto, á Cristo, que tras una muerte ignominiosa se ha hecho Dios. Así la cruz es para ellos un objeto sagrado, es el altar de todos los malvados que dan incienso á lo que ellos han merecido. Añadiendo á estas quimeras las más insensatas visiones, dicen todos que han de resucitar despues de muertos, y que algunos cadáveres han recobrado la vida. Prohiben quemar los cuerpos de los difuntos, como si preservándolos de las llamas pudiesen impedir que el tiempo los disuelva en el polvo de la tierra. No quieren colocar coronas en los sepulcros; apártanse de los espectáculos y de los festines públicos, y tienen horror á los manjares consagrados y á las libaciones. Despreciadores de Júpiter, maldicen su culto, y van á orar en los sepulcros de los ajusticiados: siendo mágicos, si alguno va á confesar con ellos, aun cuando sea reo de las mayores maldades y aunque sea el hombre más perverso, derraman sobre él un poco de agua, y el criminal de repente queda absuelto. Estos cristianos, que se llaman, siendo una reunion de trabajadores en lana, de sastres, zapateros y demas viles oficios, desechos de la plebe y hombres cargados con todos los oprobios, tienen la audacia de declararse enemigos de los dioses, del César, del senado, de las leyes y del género humano (1).»

Déjase comprender á primera vista el efecto que causarian tales y tan ridículas descripciones en las masas del pueblo, fáciles siempre en dejarse llevar por el torrente de los que para hacer triunfar una opinion cualquiera ó hundir en el polvo una institucion, por benéfica que sea, saben embaucar con pomposos discursos á los que no alcanzan á ver en las cosas mas que la corteza. ¡Los pueblos siempre han sido lo mismo! ¿Y qué causa pudo mover á la aristocracia para presentar á los cristianos como hombres que se mantenian de carne humana, y que cometian tanto género de crímenes? Es muy sencillo. La humanidad en su mayor parte hallábase esclavizada al pié del Capitolio, sirviendo de alfombra á los soberbios Césares: los cristianos miraban en todos los hombres hermanos con iguales derechos á su amor y beneficencia. La sensualidad era, digámoslo así, la reina de la sociedad, y los cristianos la condenaban con la pureza de sus costumbres. Esto les confundia al paso que lo primero

(1) Arnobio, Minucio Félix, Cecilio, citados por Mary Lafon, *Roma antigua y moderna*, pág. 370 y 71: Barcelona 1857.

les hacia entrever un dia en que el pueblo, dejando caer la venda que cubria sus ojos, sacudiese la esclavitud en que estaba sumido, conociendo al mismo tiempo lo ridículo del culto que ofrecian á los dioses del paganismo. Era necesario, pues, empezar una persecucion que concluyese de una vez con el naciente cristianismo. ¡Como si todos los esfuerzos de los hombres fuesen suficientes á destruir la obra de todo un Dios!

Entre tanto se preparaban los medios para llevar á cabo el proyecto, Pedro continúa al frente del rebaño de Jesucristo, anunciando la divina palabra, y derramando el agua regeneradora sobre la cabeza de los nuevos afiliados á las banderas de Jesucristo. Pablo y los que habian sido elevados al ministerio sacerdotal coadyuvaban á los triunfos del catolicismo.

El vicario de Cristo miraba con la mayor solicitud todas las Iglesias, y así es evidente que salió de Roma diferentes ocasiones, por hacerse necesaria en muchas partes la presencia del jefe supremo de todo el rebaño del Salvador. Diferentes autores de la mayor nota aseguran que pasó á Judea para ordenar á San Simeon, obispo de Jerusalen, despues que Santiago el menor sufrió el martirio.

Neron tuvo detalladas noticias de la predicacion y triunfos conseguidos por los apóstoles de Cristo, y enfurecido contra ellos, se propuso exterminar á los que se negasen á doblar la rodilla ante los dioses del imperio y tuviesen el atrevimiento de enseñar doctrinas contrarias á la religion pagana.

Entónces Pedro, como para hacer su testamento, viendo cercano el dia en que habia de derramar su sangre en defensa de su Maestro, escribió su segunda Epistola á los cristianos que estaban dispersos en el Asia, en el Ponto, en Capadocia y en las provincias comarcanas. Con las más persuasivas expresiones recuerda á los israelitas convertidos que no olviden que ellos habian sido testigos oculares de las maravillas obradas por el Señor, y de sus triunfos admirables: que vivan con precaucion á fin de preservarse de las falsas doctrinas que ya por entónces se divulgaban y que preveia se extenderian aun con mayor rapidez despues de su muerte. Tambien elogia en esta Epístola las de San Pablo, llenas de celestial doctrina y saludables consejos, pero en las cuales hay diferentes pasajes oscuros, de los que abusaban las personas ignorantes.

Ya vimos á su tiempo la primera disputa que el príncipe de los Apóstoles sostuvo con Simon el Mago, que quiso comprar el don de hacer milagros. Este impostor desde Samaria habia pasado á Roma, con el ob-

jeto de extender su doctrina, y fue protegido por Neron, apasionado por la mayoría y dado á los vicios. Con tal proteccion adquirió prontamente Simon la estimacion del pueblo, en tal término que en su honor levantaron una estátua en la isla de Tiber, dándole los títulos de santo y de Dios, que con tanta facilidad prodigaban los romanos (1). Neron, que como acabamos de decir era apasionadísimo por la magia, tenia el capricho de descubrir el secreto de ver volar á un hombre. Varios ensayos hechos en su presencia por diversos embaucadores habian tenido un éxito desgraciado. Simon, reputado santo, ofreció que no solamente volaria sino que se elevaria hasta el cielo para tomar posesion del trono que le estaba preparado. Señalóse el dia, y una numerosísima concurrencia, compuesta de todas las clases de la sociedad, acudió á presenciar el nunca visto espectáculo.

Si el fraude de Simon el Mago hubiese tenido buen éxito se hubieran seguido consecuencias fatales para la verdadera religion: por esto los santos Apóstoles, despues de haberse preparado por el ayuno y la oracion, se dirigieron al sitio donde debia verificarse la ascension del sacrílego impostor. Los fieles todos, amonestados por los mismos Apóstoles, oraron tambien arrodillados á fin de que quedase confundido á presencia de todo el pueblo el que tenia la temeridad de querer ser rival de Jesucristo. En efecto, Simon compareció y se elevó en el aire, mas cayó luego rompiéndose las piernas (2). Con el objeto de curarle subiéronle al piso alto de una casa, desde el cual se arrojó, concluyendo con una vida que le habia de ser insoportable despues de tamaña ignominia.

El furor de Neron contra los Apóstoles se hizo más violento desde el suceso de Simon el Mago, y ordenó que fuesen presos y encadenados. Nueve meses de angustias y penalidades pasaron en la prision, pero penalidades y angustias que sufrian gustosos por Jesucristo. Ni aun durante este tiempo dejaron de ser útiles á la Iglesia, pues que redujeron á la fe á dos de sus guardas, llamados Proceso y Martiniano, con otras muchas personas de las que se hallaban en prisiones. A todos les administraron el agua regeneradora del Bautismo. Los fieles lloraban amargamente por los trabajos que venian sufriendo los Apóstoles, y co-

---

(1) Berault-Bercastel. *Hist. de la Iglesia*, lib. I, n. 185.

(2) Plinio, lib. 30, hist. ant. c. 2. Arnob. in gent. lib. 2, Suetonio, Vid. de Neron. Hablan tambien en igual sentido de este suceso el Crisóstomo, San Cirilo Jerosolimitano y San Agustin, de hæres. c. 1.

nociendo la mucha falta que hacian á la Iglesia, trataron de proporcionarles la fuga, apénas conocieron que iba á recaer sobre ellos una sentencia de muerte.

Pedro y Pablo salieron de la cárcel. El primero, viéndose rodeado de peligros, salió de Roma por la puerta llamada en el dia de Santa María *ad passus* á la via Apiana. Apénas se habia alejado se encontró con Jesucristo, al que reconoció en el momento. El Salvador venia en direccion opuesta al santo Apóstol, es decir, se dirigia á Roma. Pedro le preguntó dónde se dirigia, y Jesús le contestó: «Voy á Roma para ser de nuevo crucificado.» Pedro penetró en el instante la intencion del Señor y se dirigió de nuevo á Roma, dispuesto para ser crucificado y confiando en los auxilios de la divina gracia. En el sitio donde se verificó este aparecimiento de Jesucristo á San Pedro existe hoy una pequeña Iglesia dedicada á la memoria de este suceso y que es conocida por el nombre de *¿Domine quo vadis?* Nosotros hemos tenido la dicha de visitarla y besar la reja que cubre una piedra donde el Salvador dejó impresa la huella de sus sagrados piés.

Apénas San Pedro entró de nuevo en Roma, fue preso y sentenciado á muerte. La cruz fue el instrumento de su suplicio. El que habia sido primer representante en la tierra del que por nuestra salud murió crucificado en la cumbre del Gólgota; el que tan fielmente habia desempeñado su mision entre los hombres, debia concluir su vida en el mismo patíbulo que su Divino Maestro. En efecto, la cruz fue el instrumento de su suplicio, que padeció sin duda alguna el dia 29 de junio y verosimilmente el año 66 de Jesucristo (1). Todos sus temores se habian concluido, y fija su imaginacion únicamente en la gloria de su Divino Maestro, pidió por humildad que le crucificasen con la cabeza abajo, reputándose indigno de ser tratado como el Hijo de Dios.

El martirio de San Pablo tuvo lugar en el mismo año y dia que el de San Pedro, pero como era ciudadano romano fue degollado. Muchas fueron las conversiones que los dos Apóstoles hicieron en las cárceles, y el

(1) No están conformes todos los historiadores en el año de la muerte de los santos Apóstoles Pedro y Pablo. Nosotros seguimos la opinion de Berault, por parecernos la más conforme con la cronología que hemos insertado en la Introduccion tomada del calendario de Roma: si este señala el principio del Pontificado de San Lino en el año 67, no pudo tener lugar el martirio de San Pedro el año 69, como quieren Baronio, Tillemont y otros. Lo que es innegable que el santo Apóstol vivió 25 años despues de la traslacion desde Antioquía á Roma de la cátedra pontificia.

Doctor de las gentes convirtió últimamente á tres de los mismos soldados que le acompañaban al suplicio, el cual tuvo lugar en el sitio llamado *Aguas salvias,* que está á tres millas de Roma, y su cuerpo fue sepultado en el camino de Ostia. El martirio de San Pedro tuvo lugar en el cuartel de los judíos en el monte Janículo, pero su cuerpo fue colocado en el Vaticano. Cuidaron los fieles de hacer sacar con tiempo los retratos de los dos Apóstoles, que se conservaron por espacio de más de dos siglos y sirvieron despues de modelo á los que han pintado á San Pedro de pequeña estatura. Antes del príncipe de los Apóstoles habia sufrido el martirio su mujer, á quien el mismo Apóstol habia exhortado á dar este testimonio de amor á Jesucristo. Su hija Petronila vivió vírgen y acabó sus dias santamente en la misma ciudad de Roma.

Con la muerte de los Apóstoles San Pedro y San Pablo inauguró la persecucion el inhumano Neron, el que tuvo la complacencia de hacer asesinar á su mujer y á su madre é incendiar á Roma, para gozar, segun decia él, de un grande espectáculo. Achacando despues este crímen á los cristianos, con la mira de dar un objeto á la venganza pública, una multitud de cristianos salpicaron con su sangre los vestidos de la Esposa sin mancilla del Cordero, apurando Neron todos los medios imaginables á fin de concluir con los cristianos, alguno de los cuales, despues de hacerlos vestir con túnicas embadurnadas de pez, los hacia atar á los postes y que les prendieran fuego á fin de que sirvieran de hachon para alumbrar durante las noches. El mismo presenció en sus jardines un espectáculo de esta naturaleza, conduciendo su carroza á la claridad de tan horrorosa iluminacion.

Por este tiempo el Cristianismo se hallaba ya extendido por toda España, merced á las predicaciones que, segun hemos dicho en otro lugar, hicieron los Apóstoles y Santiago el Mayor en la parte septentrional y los varones apostólicos y discípulos en la meridional. La persecucion primera de Neron, que tuvo lugar en Roma á pretexto, segun hemos dicho, del incendio de aquella ciudad, no se concretó tan solamente á la capital del imperio. Los gobernadores de todas las provincias sujetas al dominio de los emperadores habian recibido órdenes expresas de perseguir sin tregua ni descanso á los cristianos, con facultad de apurar para ello todos los medios, hasta los tormentos y la muerte. Mil testimonios podemos presentar que atestiguan que esta primera persecucion se ensangrentó en España del modo más terrible. Morales, y, refiriéndose á él, el señor La Fuente, citan la siguiente inscripcion, que si bien algunos

arqueólogos la tienen por dudosa, no sabiéndose á punto fijo dónde fue hallada, manifiesta que la persecucion dejóse sentir en España:

NERONI CLAUDIO
CÆSARI AUG.
PON. MAX. OB.
PROVINCIAM LA-
TRONIBUS ET HIS.
QUI NOVAM GE-
NERI HUMANO
SUPERSTITIONEM
INCULCABANT
PURGATAM.

Ademas de esta inscripcion tenemos estos versos de Prudencio:

Nec furor quisquam sinè laude nostrûm
cessit, aut clari vacuus cruoris:
Martyrum semper numerus sub omni
grandine crevit.

De los varones apostólicos que tanto trabajaron en la parte meridional de España, se ignora su martirio y aun es de creer que muchos de ellos acabaron tranquilamente sus dias, permitiéndolo el Señor para la más pronta extension y promulgacion del Evangelio en España, y á creerlo así nos induce el Santoral Complutense, que los llama confesores, y el Oficio Gótico no les da tampoco el nombre de mártires.

Respecto de San Indalecio, la losa sepulcral que cubria su tumba, y que fue hallada milagrosamente en el siglo XI, tampoco le dan el título de mártir.

Sentimos sobremanera que no nos hayan quedado más noticias acerca de esta primera persecucion en nuestra España.

CAPITULO VII.

San Lino.—Destitucion y muerte de Neron.—Galba, emperador, muere asesinado.—Oton muere asesinado.—Vitelio, emperador.—Es derrotado y proclamado Vespasiano.—Nazarenos.—Herejía de Menandro.—Ebion.—Cerinto.—San Anacleto es elegido Sumo Pontífice.—Si San Anacleto y San Cleto es una misma persona.—San Clemente primero.—Su Epístola á los corintios.—Instituye en Roma siete notarías para recoger las actas de los mártires.—Segunda persecucion en tiempo de Domiciano.—Martirio de San Juan Evangelista, del que sale ileso.—Se retira á Efeso.—El Apocalipsis.—Imperio de Nerva.—Muerte del papa San Clemente.

Luego que el Príncipe de los Apóstoles hubo recibido la corona del martirio, ocupó la cátedra pontificia San Lino, que fue elegido para esta suprema dignidad el 30 de Junio del año 67. Siendo por consiguiente el inmediato sucesor de San Pedro, segun San Ireneo, Eusebio y San Agustin, por mas que Tertuliano diga en su libro *De præscript.*, capítulo XXXII, que el Príncipe de los Apóstoles eligió para reemplazarle á San Clemente. Estos pareceres se concilian, dice Artaud de Montor, suponiendo que San Clemente rehusó esta dignidad hasta despues de la muerte de San Lino, y se cree que el motivo por que ciertos autores han designado á San Clemente inmediatamente despues de San Pedro consiste en que fue su vicario y administraba todos los negocios de la Santa Sede en vida de este Apóstol y durante alguno de sus viajes (1). Fue San Lino natural de Volterra, antigua ciudad de Toscana, hijo de Herculano, de la familia de los Maulis. Enviado por sus padres á Roma para estudiar, cuando contaba 22 años de edad, conoció allí á San Pedro, el cual luego de haberle instruido suficientemente, admirado de sus bellas

(1) Feyer, IV-143.

prendas le envió á Besanzon de Francia á predicar la fe de Jesucristo. Luego que regresó á Roma, despues de haberse empleado con santo celo en el ministerio á que fuera dedicado, San Pedro le nombró su coadjutor, para que le ayudase en los cargos de la Iglesia en aquella populosa ciudad. Este Papa ordenó, por recomendacion que le habia hecho San Pablo, que no se permitiese entrar á las mujeres en la iglesia con la cabeza descubierta, y fue él quien excomulgó á los herejes menandrianos que sostenian que el mundo no era creado por Dios, sino por los ángeles, y publicaban los errores de los nicolaitas, que pretendian que todo fuese comun entre los cristianos y se entregaban á las más infames torpezas.

La persecucion de Neron continuaba con el mayor encarnizamiento contra los cristianos y se extendia fuera de Roma, como ya hemos dicho, y entónces padecieron martirio los Santos Gervasio, Protasio, Celso y Nazario en Milan y Vital en Roma. Era necesario que Neron empezase á pagar tantas crueldades, y así lo dispuso la Providencia. Durante el viaje que hizo á la Grecia se hizo general el descontento en Roma, y Galba, gobernador de la España Tarraconense, habia sido proclamado emperador por las tropas que estaban bajo su mando. Luego que Neron á su regreso á la capital fue sabedor de esta nueva, quedó confundido sin atreverse á tomar su propia defensa, de tal modo que hasta los mismos soldados que hacian la guardia en su palacio proclamaron á Galba. Vióse, pues, precisado á huir de Roma á la mitad de la noche, disfrazado para evitar toda persecucion, retirándose á la casa de uno de sus libertos, situada á legua y media de la ciudad. Como durante la fuga se sintiese acosado por la sed, vióse precisado á beber de una agua cenagosa sin otro vaso que el hueco de la mano, por lo que, gimiendo de soberbia, no pudo ménos de exclamar: *¿Son estos los licores que bebia Neron?* Entre tanto el Senado romano no solamente le proscribió, sino que le condenó á que fuese azotado hasta que espirase. Al dia siguiente de su salida de Roma supo el decreto del Senado, y al poco tiempo vió rodeada la casa donde se habia refugiado de los soldados que venian á buscarle para dar cumplimiento á la sentencia, y entónces aquel mónstruo de iniquidad, queriendo evitar el morir de un modo tan infame, se atravesó el cuello con un puñal, concluyendo de este modo su vida el más cruel de los monarcas y mónstruo de crueldad el año 68 de Jesucristo á 9 de Junio, el mismo dia en que hizo quitar la vida á su propia madre. Contó un reinado de trece años y medio y no habia cumplido treinta y uno

cuando descendió al sepulcro, dejando una detestable memoria en el mundo.

La muerte trágica de Neron y de otros sucesores suyos, de los que nos ocuparemos en el curso de esta obra, es una leccion elocuente para aquellos monarcas que, olvidándose de que deben ser con su alta dignidad padres de sus pueblos, se convierten en sus tiranos. Dios, que tiene escrito en la orla de su vestido y en su manto *Rey de reyes y Señor de los que dominan*, así como muda cuando place á su voluntad soberana los humildes vestidos del pastor en la régia púrpura de Israel, así tambien sabe abatir el orgullo de los reyes cuando en vez de cumplir con sus deberes se convierten en crueles tiranos.

Sergio Galba, que contaba 20 años de edad cuando fue proclamado Emperador, disfrutó esta dignidad tan sólo nueve meses, siendo asesinado en virtud de las intrigas de Oton, proclamado á su vez Emperador, el cual, viéndose vencido por el general Vitelio, se suicidó despues de un reinado de tres meses.

Vitelio usurpó la potestad suprema y fue derrotado al poco tiempo en medio de Roma, siendo proclamado por las legiones de Siria Emperador el general Vespasiano, que aceptó contra su voluntad el imperio. Vitelio acabó su vida asesinado por sus mismos soldados, los cuales arrojaron su cadáver al Tiber. Ya hemos visto en el capítulo V cómo Vespasiano dejó á su hijo Tito el cuidado de reducir la capital de la Judea, en cuyo tiempo se verificó la ruina de Jerusalen y la de los judíos, suceso de que ya nos hemos ocupado por convenir así á la mayor claridad y enlace de los acontecimientos.

Despues de la destruccion de Jerusalen Tito se dirigió á Italia, saliendo á recibirle á bastante distancia de Roma su padre Vespasiano, y ambos hicieron en la capital del imperio su entrada en triunfo con una pompa proporcionada y debida al gran triunfo conseguido por Tito.

El judío Josefo fue el que escribió la historia de la espantosa revolucion de Jerusalen, y es seguramente la más imparcial y verídica que ha llegado hasta nosotros, y esta misma cualidad de ser judío el autor la pone fuera de cualquier preocupacion en favor del cristianismo. Consérvanse de este escritor veinte libros de antigüedades judaicas, siete de la guerra de los judíos y dos contra Apion Alejandrino.

Ya por este tiempo, y como si no fueran suficientes las persecuciones que la Iglesia experimentaba, empezaron á aparecer herejes combatiendo las verdades de la religion. Prescindiendo de los llamados nazarenos,

que eran unos cristianos judaizantes, á los que no podia llamarse propiamente ni judíos ni cristianos por la extraña mezcla ó confusion que hacian de las dos religiones, empezaba á hacer prosélitos *Menandro,* cuya herejía, que ya hemos explicado, fue, como hemos dicho, condenada por San Lino. Al mismo tiempo los sectarios del heresiarca Ebion, á los cuales se habian unido los judaizantes, enseñaban la doctrina de que Jesús habia nacido de José y de María al modo que los demás hombres; que no era hijo de Dios por naturaleza, sino que Cristo habia descendido desde el cielo sobre él en figura de paloma y que entónces le concedió Dios el imperio del siglo futuro. Admitian y desechaban á su antojo las divinas escrituras, truncando principalmente el evangelio de San Mateo, permitiendo la pluralidad de mujeres.

Cerinto publicaba por el mismo tiempo sus errores, muy semejantes á los de Ebion, pues que afirmaba que el Cristo descendió sobre Jesús al tiempo de su bautismo, cuando el Eterno Padre hizo resonar su voz diciendo: *Este es mi hijo, el amado,* etc. A esto añadia que por esta union del Cristo en Jesús, habia este obrado tantos prodigios en el tiempo de su predicacion, pero que al empezar su pasion el Cristo habia volado al cielo, de donde habia descendido; de suerte que solo Jesús padeció, murió y resucitó. Este fue necesariamente el gérmen de la herejía de Nestorio, que como veremos en la historia del siglo V admitia en Jesucristo dos personas diferentes. Los que seguian la errónea doctrina de Cerinto fueron tambien los primeros que enseñaron y propagaron el error de los milenarios en el sentido más pernicioso, afirmando que despues de la resurreccion general habria un reino terrestre de Jesús, en el cual los hombres vivirian mil años entregados á toda clase de deleites y placeres carnales.

Por este tiempo, y siendo el año 78 de Jesucristo, murió el papa San Lino, cuya fiesta fija el martirologio romano el dia 23 de Setiembre, siendo víctima de la maldad del cónsul Saturnino, reinando Vespasiano. No sabemos la clase de martirio que padeció, pero sí que tuvo un reinado de cerca de once años.

A San Lino sucedió en la Sede Pontificia SAN ANACLETO, que tomó posesion de la Silla el año 78 de Jesucristo. Hay divergencia entre los autores sobre si San Anacleto y San Cleto son una misma persona. Novaes afirma que son dos pontífices distintos; hablando de San Cleto se expresa de este modo: «Este pontífice era hijo de Emiliano y fue creado el 24 de Setiembre del año 80. Durante la vida de San Pedro y

por su mandato dividió á Roma en 25 parroquias, nombrando igual número de presbíteros para dirigirlas, y esto ha inducido á creer que Cleto fue coadjutor de San Pedro en los arrabales de Roma. No debe darse crédito á los autores que admiten que San Cleto fue el primero que usó en sus cartas apostólicas la forma *salutem et apostolicam benedictionem*, «salud y bendicion apostólica,» porque esta fórmula no se encuentra hasta Juan V, que ocupó la Santa Sede en 685. Se dice que San Cleto instituyó las romerías urbanas á los santos templos de Roma, que posteriormente se llamaron *estaciones*, y que convirtió en iglesia su propia casa situada cerca de las Termas de Felipe en el *Rione d' Monti*. Se afirma, por fin, que padeció el martirio en la segunda persecucion de la Iglesia el 26 de Abril del 93 y que fue sepultado en el Vaticano, dejando la Silla Apostólica vacante veinte dias (1).»

El mismo Novaes dice que Anacleto fue elegido Pontífice el año 103, lo cual da márgen á una notable diferencia de fechas entre este autor y el *Diario* durante muchos pontificados. Nosotros, sin embargo, adoptamos la cronología del *Diario*, por mas que la importante obra de Novaes esté igualmente autorizada en Roma.

Segun el mismo Novaes, San Anacleto era griego, natural de Aténas é hijo de Antíoco. Era de una rara integridad, de mucha ciencia, y bajo el Pontificado de San Pedro fue diácono, presbítero y despues obispo, y ascendió á la Sede Pontificia el dia 3 de Abril.

Este Pontífice pertenecia á la órden de canónigos regulares, segun la opinion de los que hacen remontar su orígen á San Pedro, y á él se deben, segun el mismo Novaes, las decretales sospechosas para los críticos modernos. Gobernó con gran acierto, concluyendo su vida el año 91, segun el *Diario* y el *Arte de comprobar las fechas*. Trabajó con incansable celo por la extension del imperio de Jesucristo, ignorándose la clase de martirio que padeció.

San Clemente, sucesor de San Anacleto en la Silla Pontificia, era romano y discípulo de San Pedro. Fue muy amado de San Pablo, el cual habla de él con gran interés en su Epístola á los filipenses de esta manera: «y tambien te ruego á ti, fiel compañero, que asistas á aquellas (Evodia y Síntica) que trabajaron conmigo en el Evangelio.»

Durante el pontificado de San Anacleto se encendió una gran discordia

---

(1) Novaes, segun Artaud de Montor. Historia de los Romanos Pontífices.

en la Iglesia de Corinto, por cuyo motivo varios presbíteros, depuestos injustamente, recurrieron á la Iglesia romana como madre y maestra de todas las demas; y deseoso el Sumo Pontífice de apaciguar y poner término á aquella division, envió á Claudio Efebo, Valerio Viton y Fortunato con una carta en la que daba á los corintios los más saludables consejos y los más oportunos mandatos, carta que por muchos años se leyó en aquella Iglesia con la mayor veneracion. Esta Epístola, digna de ocupar un lugar distinguido despues de los libros sagrados, es notable bajo todos conceptos, y si no se advierte en ella la inspiracion divina, como en las de los apóstoles, se halla, sí, muy llena de purísimas ideas. He aquí uno de sus principales párrafos, dirigido á poner fin á aquella lamentable discordia, segun lo vemos consignado en uno de los más sabios escritores: «Vergonzoso es, amados hermanos, é indigno de los discípulos del Evangelio, que el rumor de las discusiones de vuestra Iglesia de Corinto, tan antigua y tan respetable, haya llegado no sólo hasta nosotros, sino hasta aquellos que lo celebrarán como un triunfo. El nombre del Señor es blasfemado entre los gentiles por vuestra indiscreta deferencia hácia un corto número de hombres temerarios y sediciosos. Gran detrimento ha sufrido por esto la fama de los ilustres hijos de Pablo, tan respetados y queridos de todo el mundo; porque ¿quién no apreciaba en el más alto grado vuestra fe y todas vuestras virtudes, por poco que hubiese permanecido entre vosotros? ¿Quién no bendecia vuestra hospitalidad y no publicaba la grandeza de vuestra misericordia? ¿Quién no admiraba vuestra prudencia, vuestra moderacion y el espíritu de saber y de cordura que dirigió vuestra conducta? Caminando á largos pasos por la senda trazada por los divinos mandamientos, y doblando la cerviz al pacífico gobierno de vuestros pastores, mirabais á las cosas y no á las personas. Rendiais el debido respeto á los ancianos; dabais á los jóvenes ejemplos de honestidad y de modestia; persuadiais á las mujeres á que amasen á sus esposos, á que los obedeciesen con humildad y pureza de corazon, á que vigilasen en el gobierno de su casa retiradas del mundo y á que una santa y pura intencion ennobleciese todas sus obras. Juzgabais de vosotros mismos con humildad y sin altanería: erais mas inclinados á obedecer que á mandar, á dar que á recibir. Os contentabais con lo necesario para el sustento en este mundo, porque le mirabais como un lugar de paso, y caminabais, sin extraviaros, á vuestra patria, teniendo siempre á la vista la ley del Señor, y con los oidos y el corazon prontos á recibir su divina palabra. Así disfrutabais de las bendiciones de la dul-

zura y de la paz: teniais una hambre y una sed insaciable de la justicia, y colmados de la plenitud del Espíritu Santo, se difundia por todo el mundo la superabundancia de vuestros bienes. Con la alegría de una conciencia tranquila y con la más justa y racional confianza, extendiais vuestros brazos al Todopoderoso, á quien sólo teniais que pedir perdon de los pecados cometidos por debilidad; pero le instabais dia y noche con incesantes gemidos para que no permitiera se perdiese ninguna de las almas que dió á su Hijo. Conversabais y viviais en la sinceridad y en la inocencia, sin malignidad ni resentimientos. Si alguno os ofendia, sólo llorabais su caida; creiais que los defectos del prójimo eran vuestros, y la más leve señal de division ó discordia os causaba horror.» A continuacion trata el Santo Pontífice con el mayor acierto del principal asunto que le impulsó á escribir, es decir, de los grandes males que nacen de la discordia, clamando contra las discusiones que las producen, y se expresa de este modo: «Debemos practicar con órden todo lo que el Señor nos manda. Nos ha mandado cumplir en el tiempo determinado y del modo conveniente los oficios y oblaciones, y ha prescrito por sí mismo cuándo y por quién deben ser hechas. En el culto mosáico tenia el Sumo Pontífice ciertas funciones que le eran peculiares; habia sitio señalado para los sacrificadores, los levitas estaban encargados del ministerio que les es propio y el pueblo estaba sujeto á los preceptos que le convienen. Cada uno de vosotros, hermanos, segun este ejemplo, debe mantenerse en su grado de modestia, sin traspasar los límites que se le prescriben. Dios envió á Jesucristo y Jesucristo á los Apóstoles, segun el órden y voluntad de Dios. Ellos han predicado el Evangelio á las provincias y en las ciudades, donde á los primeros de entre ellos constituyeron obispos y diáconos para los que habian de creer. Conocieron por revelacion del Señor que habria rencillas para conseguir la dignidad episcopal, y por eso despues de haber elegido los primeros pastores, ordenaron que, muertos estos, otros hombres virtuosos les sucediesen en el ministerio. No se puede, pues, sin injusticia privar de su ministerio á aquellos que fueron nombrados por los Apóstoles ó que les sucedieron con aprobacion de la Iglesia, y han gobernado santamente el rebaño de Jesucristo (1).»

Otros varios escritos se atribuyen á este Santo Pontífice, pero la ma-

(1) Beraud-Bercastel. Historia de la Iglesia, Lib. I, núm. 38.

yor parte de ellos indudablemente son apócrifos. En cuanto á una segunda carta dirigida á los corintios, se la atribuyen San Epifanio y San Gerónimo ; pero San Dionisio , obispo de Corinto, San Clemente Alejandrino y Orígenes, como otros muchos autores antiguos, tan solamente hacen mencion de la primera.

San Clemente, cuyo celo era incansable, instituyó en Roma siete notarios que tenian por objeto recoger las actas de los mártires y conservarlas en los fastos de la Iglesia, y tal es el orígen de la institucion de los proto-notarios apostólicos llamados participantes que Sixto V elevó al número de doce. Tambien á este pontífice se atribuyen algunas decretales que en el dia son reconocidas como falsas.

En dos ordenaciones creó quince obispos y ordenó diez presbíteros y once diáconos.

El Emperador Vespasiano, que, como dijimos, habia subido al trono contra su voluntad y que hacia muy poco aprecio de las supersticiones romanas, habia muerto el año 79 de Jesucristo. Cuando se hallaba próximo á morir, al ver la afliccion de los que le rodeaban, dijo como burlándose de los obsequios que se le tributarian despues de su muerte: «Paréceme que voy á convertirme en Dios.» Durante su reinado perecieron muchos cristianos por confundirse con los judíos, que eran tan aborrecidos; pero, sin embargo, este príncipe no es contado en el número de los perseguidores de la Iglesia. Sucedióle en el trono su hijo Tito, el cual por más que hubiese arruinado contra su voluntad á la nacion judaica, luego que subió al trono se ocupó tan solamente en dispensar beneficios á sus vasallos, dando pruebas continuas de los bellos y humanitarios sentimientos que le adornaban, pero ocupó el trono imperial tan solamente dos años, pasando la diadema á las sienes de su hermano Domiciano. Era este príncipe de un carácter totalmente opuesto y muy parecido en la crueldad á Neron; léjos de complacerse como su hermano en hacer bien á sus súbditos, encontraba su mayor complacencia en presenciar el suplicio de los reos. Abrigaba en su corazon un ódio implacable á los cristianos, á los que hacia morir en los más crueles tormentos, no perdonando ni á sus mismos parientes, como se ve en el hecho de haber condenado á muerte á su primo hermano Flavio Clemente por haberse convertido al cristianismo con toda su familia. Esta fue la

Segunda persecucion de la iglesia.—No fue esta ménos cruel que la primera que tuvo lugar en tiempo de Neron. Domiciano, que, como

acabamos de ver, no tuvo reparo en condenar á muerte á su primo hermano por haber abrazado el Cristianismo, hizo sufrir diversos tormentos á sus esclavos Néreo y Aquíleo, haciéndoles al fin cortar la cabeza por el mismo delito de haberse convertido á la fe de Cristo. Lo que dió más celebridad á la persecucion de Domiciano fue el martirio del discípulo amado del Salvador, único que quedaba ya con vida de los que podian dar testimonio de la vida y milagros del Dios Hombre. Fue el santo Apóstol acusado delante de Domiciano, y por órden de este fue conducido á Roma desde Efeso, que era donde de ordinario tenia su residencia.

El tirano mandó darle el más cruel de los martirios, pues que, segun refiere Tertuliano, fue sumergido cerca de la Puerta Latina en una caldera de aceite hirviendo, el cual dispuso Dios hiciese en él el efecto agradable de un baño tibio. Así quiso Jesucristo distinguir de un modo particular á su amado discípulo, depositario de sus secretos, y el que habia merecido por su virginidad ser tambien el más amado y predilecto de la bienaventurada Vírgen María, siendo el único entre los Apóstoles que no murió en el martirio, cumpliéndose, sin embargo, lo que de él habia dicho Jesucristo. Este asombroso milagro de haber salido ileso de la caldera de aceite hirviendo, que sucedió, segun hemos manifestado, en las inmediaciones de la Puerta Latina, se ha perpetuado por una iglesia que los fieles han hecho levantar en el mismo sitio en memoria de aquel acontecimiento. Luego que San Juan hubo escapado de la muerte fue desterrado por el mismo Domiciano á la isla de Patmos, en cuyo retiro le favoreció el Señor con muchas revelaciones proféticas, en virtud de las cuales escribió su admirable libro llamado el *Apocalipsis*, en el cual predijo la ruina de la idolatría y el triunfo de la Iglesia. Este libro del Apocalipsis fue desde los primeros siglos recibido y puesto en el cánon de las Sagradas Escrituras por la Iglesia, que ha reconocido al santo Apóstol por su verdadero autor, por mas que algunos escritores hayan querido atribuirlo á algun otro del mismo nombre. Con San Juan Evangelista, que murió en Efeso, donde pasó el resto de su vida, en el año I del siglo II, concluyeron los tiempos apostólicos, toda vez que ántes de él habian muerto los demas Apóstoles.

A Domiciano sucedió en el imperio Nerva, anciano venerable de espíritu conciliador, que revocó todos los decretos que ántes de él se habian dado contra los cristianos, pero sólo ocupó el trono imperial dos años, del 96 al 98.

Al terminar el siglo I concluyó su vida el Papa San Clemente, el cual ocupó la Silla Apostólica nueve años. Eusebio y San Gerónimo nada dicen acerca de las circunstancias de su muerte, pero por mas que algunos autores le nieguen el título de mártir, es indudable que lo fue, pues tal título le dan Rufino, el Papa San Zosimo y el concilio de Basilea, y aun nosotros creemos haberle visto pintado en uno de los departamentos del Vaticano con un ancla al cuello en el acto de arrojarle al Tíber.

En Roma existe una iglesia llamada de San Clemente, que pretenden que está edificada en el sitio que ocupaba su casa paterna: da entrada á ella un pórtico sostenido por cuatro columnas de granito y el atrio está adornado por otros pórticos con diez y seis columnas semejantes á las primeras, seis á cada lado y cuatro en frente de la puerta que da entrada á la iglesia, la cual está dividida en tres naves por diez y ocho columnas de diversos mármoles. Dícese que en esta iglesia descansaron por algunos años las reliquias del santo Pontífice.


SIGLO SEGUNDO
S. ALEJANDRO I
S. TELESFORO
S. SIXTO PRIMERO
S. VICTOR 1º
S. ELEUTERIO
S. HIGINIO
S. ANICETO
S. PIO 1º

SIGLO SEGUNDO.

DESDE LA PERSECUCION DE TRAJANO HASTA LA DE SEVERO.

CAPITULO PRIMERO.

San Evaristo papa.—Tercera persecucion de Trajano.—Simeon, obispo de Jerusalen.—Martirio de San Ignacio de Antioquía.—Heron, sucesor de San Ignacio.—San Alejandro I papa.—San Sixto I, sucesor de San Alejandro.—Tiberiano, gobernador de la Palestina.—Espantoso terremoto en Antioquía.—Muerte del cónsul Pedon.—Se libra Trajano saltando por una ventana.—Los milenarios.—Papías.—San Ireneo.

Sucesor de San Clemente I fue SAN EVARISTO, que nació en Belen de Palestina y fue creado pontífice el año 100 de la era cristiana. Desde su más tierna edad vivió en Roma, adonde habia partido con el objeto de dedicarse á los estudios, distinguiéndose por su piedad. Durante su pontificado tuvo lugar la tercera persecucion de Trajano, que duró ménos tiempo que la primera, pero que fue sin duda mucho más dilatada y produjo un gran número de mártires. Verdad es que Trajano, cuya sabiduría y clemencia elogia la historia, no publicó nuevos edictos contra los cristianos; pero siendo grande su celo por la religion romana y por las leyes del imperio, mandó que fueran ejecutadas las sanguinarias leyes de sus antecesores. Queda un monumento en la respuesta del mismo Trajano á Plinio el jóven, gobernador de la Bitinia. Plinio escribió á este príncipe para consultarle acerca de la conducta que debia seguir con los cristianos. Declara que no les haga culpables de ningun crímen y acerca de su modo de obrar se explica de este modo: «Todo su error, dice, consiste en que se reunen en dia señalado ántes de salir el sol y cantan á dos coros himnos en honor de Cristo, que ellos miran como á un Dios.

Por lo demas se obligan bajo juramento á no cometer crímen alguno, á no ser ladrones ni adúlteros, á no faltar nunca ni á su palabra, ni á sus promesas, á no negar jamás una deuda. Yo no he descubierto en su culto mas que una mala supersticion llevada al extremo, y por esta razon lo he suspendido todo hasta recibir vuestras órdenes. El asunto me ha parecido digno de vuestras reflexiones por la multitud de los que se hallan complicados en esta acusacion, porque los hay en gran número de todas edades, sexos y condiciones. Este mal contagioso no ha infectado solamente las ciudades, sino tambien las villas, pueblos y lugares. A mi llegada á Bitinia el templo de nuestros dioses estaba abandonado, las fiestas interrumpidas y apénas se encontró á nadie para sacrificar las víctimas.» En vista de esto le contestó Trajano que no era necesario, pero que cuando fuesen denunciados, si ellos mismos se declaraban tales cristianos y se negaban á adorar los dioses, fuesen castigados con la muerte. No puede darse una contestacion más absurda y ménos justa en un príncipe dotado de talento y de prendas estimables. O los cristianos eran culpables ó no lo eran: si lo primero, ¿por qué prohibir que se les persiga? Si lo segundo, ¿por qué castigarlos con pena de muerte?

En esta persecucion padeció el martirio San Simeon, obispo de Jerusalen, pariente cercano segun la carne de Nuestro Señor Jesucristo. Este santo obispo, que habia podido escapar de las pesquisas de Vespasiano y Domiciano, se habia retirado á Pella con los fieles de Jerusalen y fue denunciado como cristiano y como descendiente de la raza de David; doble título que hizo más encarnizado el ódio contra él. Le hicieron padecer diversos y á cual más crueles tormentos, los cuales sufrió con el mayor valor y la más admirable fortaleza, de tal modo que no podian ménos de maravillarse los que presenciaban el horrible espectáculo. En suma fue condenado á muerte de cruz, la que sufrió con la mayor alegría gloriándose de acabar su vida en igual suplicio que su divino Maestro.

En esta misma persecucion padeció tambien el martirio San Ignacio de Antioquía, que habia sucedido á Evodio, establecido en aquella silla por el príncipe de los Apóstoles. Hacia cuarenta años que gobernaba Ignacio esta Iglesia con edificacion general de los cristianos, habiendo hecho escapar con su prudencia y celo aquella cristiandad de las dos anteriores persecuciones. Era de un mérito extraordinario y desde su Iglesia influia en todo el Oriente, precaviendo con su autoridad á todas las cristiandades de aquellas provincias contra las tentativas de los que estaban infiltrados de las herejías de los judaizantes de Corinto y de Ebion. Era

tan extraordinaria la humildad del santo obispo, que no se creia digno del martirio por mas que lo desease con vehemencia y que habia animado con sus exhortaciones á sufrirlo con valor á una multitud de cristianos durante las dos persecuciones anteriores.

Cuando Trajano se dirigia á la guerra contra los persas, despues de haber vencido á los dacios y á otros bárbaros del Norte, pasó por Antioquía, y como hubiese llegado á sus oidos la fama de San Ignacio, mandó comparecer en su presencia al santo obispo, conocido allí con el nombre de Teóforo, y luego que este compareció, el príncipe con un tono impropio de su carácter le habló de esta manera: «¿Sois vos quien como un genio malo se atreve á violar mis órdenes y persuade á otros que se pierdan? —Príncipe, le respondió Ignacio, nadie sino vos ha llamado á Teóforo genio malo (hacia alusion á la palabra *teóforo,* que en griego quiere decir el cura que lleva el Viático). Sabed que los siervos de Dios, bien léjos de ser espíritus malos, á su vista tiemblan los demonios y huyen á su voz.—Y quién es ese Teóforo? le preguntó el Emperador.—Soy yo, y cualquiera que como yo lleve á Jesucristo en el corazon.—¿Crees tú, pues, que nosotros no conservamos tambien en nuestro corazon á dioses que nos defienden y combaten por nosotros?—¡Dioses!... os engañais; esos no son sino demonios. No hay mas que un solo Dios, que ha criado el cielo y la tierra, y un solo Jesucristo, Hijo único de Dios, á cuyo reino yo aspiro.—¿Hablas tú acaso de ese *Jesús* que Pilatos hizo crucificar?—Decid mas bien que este Jesús ató á la cruz el pecado y á su autor, y que dió desde entónces á todos los que le llevan en su seno la facultad de aterrar al infierno y su poder.—Luego ¿tú tienes á Cristo contigo?—¡Oh! sí, sin duda! porque está escrito: *Yo habitaré con ellos y dirigiré todos sus pasos.* «Trajano, cansado é incomodado de las vivas y penetrantes réplicas de San Ignacio, pronunció contra él la sentencia siguiente: «Mandamos que Ignacio, que se gloría de llevar consigo al Crucificado, sea encadenado y conducido en buena guarda á Roma, para ser expuesto á las fieras y servir de espectáculo al pueblo.» El Santo, al oir este decreto, exclamó con los más grandes trasportes de alegría: «Os doy gracias, Señor, de que me hayais concedido un perfecto amor por vos y de que me honreis con las mismas cadenas con que honrásteis en otro tiempo á Pablo, vuestro apóstol.» Habiéndose dejado encadenar fue conducido á Roma para ser entregado á las fieras del circo: despues de una penosa navegacion llegó á Smirna, donde vió á San Policarpo, que era obispo de esta ciudad, con el que sostuvo una conversacion enteramente espiritual,

y desde allí escribió diversas cartas llenas de uncion apostólica á las iglesias del Asia. Los fieles querian arrancarle á la muerte, porque San Ignacio iba sin guardias y bajo la palabra de no apartarse del camino. Por otra parte él no deseaba otra cosa que derramar su sangre en defensa de Jesucristo y de su doctrina, y veia toda su gloria en el martirio. Contando con que los fieles de Roma no pondrian obstáculo al deseo que tenia de padecer y morir por la justicia, les habia enviado anticipadamente una carta desde Efeso noticiándoles lo pronto que debia verlos y suplicándoles que á su llegada á Roma no se opusiesen de manera alguna á que consiguiese la palma del martirio por que tanto anhelaba.

No resistimos al deseo de dar á conocer al lector la parte principal de esta Epístola, en la que se descubre el espíritu de Dios y un lenguaje celestial que no es ciertamente el lenguaje de los hombres. Hé aquí cómo se expresa el santo Obispo: «Temo vuestra caridad; recelo que no tengais por mí una afeccion demasiado humana; tal vez os es muy fácil el impedir que yo muera; pero oponiéndoos á mi muerte os opondriais á mi felicidad. Si teneis por mí una caridad sincera, me dejaréis ir á gozar de mi Dios: jamás se me presentaria una ocasion más favorable de reunirme á él, y vosotros mismos no podriais encontrar una ocasion más bella para ejercer una buena obra: para hacerla basta que permanezcais en reposo. Si no me arrancais de las manos de los verdugos, yo iré á gozar de mi Dios; pero si atendeis á una funesta compasion, me volveis al trabajo y me haceis entrar de nuevo en la carrera de la vida. Sufrid, pues, yo os lo ruego, que sea immolado miéntras el altar permanece levantado; obtenedme, mas bien, por medio de vuestras oraciones el valor que necesito para resistir los ataques interiores y rechazar los de fuera. Es bien poca cosa parecer cristiano si uno no lo es en realidad: lo que hace al cristiano no son las buenas palabras, ni las apariencias especiosas, sino la grandeza de alma y la solidez de la virtud. Escribo á las iglesias que voy á la muerte con alegría, suponiendo que vosotros no hareis oposicion. Os conjuro una vez más á que no tengais por mí una afeccion que me seria tan desventajosa: dejadme servir de pasto á los leones y á los osos; es este un camino bien corto para llegar al cielo. Yo soy el trigo de Dios; es preciso que sea molido para que resulte un pan digno de ser ofrecido á Jesucristo. Espero que al llegar á Roma encontraré las fieras prontas á devorarme. ¡Ojalá que ellos no retarden el momento de mi sacrificio! Empezaré por acariciarlas para que me despedacen; si este medio no

produce buen resultado, las irritaré para que me quiten la vida. Perdonadme estos sentimientos; yo sé lo que me conviene: ahora empiezo á ser un verdadero discípulo de Jesucristo. Nada me conmueve, todo me es indiferente, excepto la esperanza de poseer á mi Dios. Que el fuego me reduzca á cenizas, que una cruz me haga morir lentamente, que se arrojen sobre mí tigres furiosos y leones hambrientos, que mis huesos sean quebrantados, mis miembros magullados, todo mi cuerpo pulverizado; que todos los demonios agoten su rabia sobre mí. Lo sufriré todo con alegría con tal que yo goce de Jesucristo. La posesion de todos los reinos de la tierra no podria hacerme feliz; y me es infinitamente más glorioso morir por el Salvador que reinar sobre todo el mundo. Mi corazon suspira por aquel que murió por mí; mi corazon suspira por aquel que resucitó por mí; ved aquí lo que espero recibir en cambio de mi vida. Dejadme imitar los padecimientos de mi Dios; no me impidais vivir queriendo impedirme que muera. Si alguno de vosotros lleva á Dios en su corazon, comprenderá fácilmente lo que digo; y será sensible á mi pena, si se abrasa en el mismo fuego que me consume. El deseo ardiente que tengo de morir es el que me mueve á escribiros: porque el único objeto de mi amor fue crucificado, y mi amor por él hace que yo lo sea tambien. El fuego que me anima y que me inflama no puede sufrir mezcla alguna; el que vive y habla en mí me dice continuamente en el fondo de mi corazon: *Date prisa de venir á mi Padre*... No tengo gusto á nada de lo que los hombres buscan: el pan que yo quiero es la carne adorable de mi Salvador, y el vino que deseo es su sangre preciosa, este vino celestial que enciende en el corazon el fuego vivo é inmortal de una caridad incorruptible. Nada me liga ya á la tierra, ni me considero vivo entre los hombres. Acordaos en vuestras oraciones de la iglesia de Antioquía, que, desprovista de pastor, funda sus esperanzas en Aquel que es soberano Pastor de todas las iglesias; que Jesucristo se digne conducirla durante mi ausencia; yo la confio á su providencia y á vuestra caridad.»

Se acercaba la hora en la que el santo confesor de Jesucristo debia recibir la corona del martirio, por lo que tanto habia suspirado. Atravesó la Macedonia, y habiéndose embarcado en las costas de Epiro en un navío, llegó prontamente al mar de Toscana y despues á la embocadura del Tíber. Fue recibido en Roma por una multitud de cristianos, en cuyos semblantes se hallaba pintada la angustia y la tristeza que les causaba el pensar que era conducido á la muerte. Propusiéronse ganar al

pueblo, para que conservasen la vida de este anciano venerable, pero el santo les suplicó humildemente con las más fervorosas palabras que no le privasen de la dicha del martirio, por la que tanto habia suspirado. Ellos cedieron, arrodillándose en su presencia, miéntras el santo Obispo hizo en alta voz la más ferviente oracion, suplicando á Jesucristo que hiciese terminar la persecucion, que concediese la paz á su Iglesia, y que conservase en el corazon de los fieles el espíritu de la caridad. Luego que hubo concluido su oracion fue conducido al anfiteatro, siendo el 20 de diciembre del año 107, en que se celebraba la fiesta llamada por los romanos *sigillaria*. Estaba el circo ocupado por una multitud deseosa de presenciar el espectáculo. Al entrar el santo mártir oyó el bramido de los leones, pero la vista del suplicio no disminuyó su fortaleza en lo más mínimo. No tuvo que aguardar mucho tiempo, pues que habiendo saltado dos leones le devoraron sin dejar de su santo cuerpo mas que algunos huesos que fueron recogidos con el mayor respeto por los fieles, que fueron trasladados á Antioquía y colocados en una caja y depositados en el cementerio que está junto á la puerta de la ciudad. Fueron los escritores y testigos oculares del martirio Filon, Diácono, Cilicia, y Agatopedes de Siria, que fueron los que acompañaron al santo mártir á Roma y los que llevaron despues sus reliquias á Antioquía. La narracion histórica sobre el martirio de San Ignacio termina de este modo: «Nosotros fuimos testigos de esta muerte gloriosa, que nos hizo «derramar un torrente de lágrimas, y pasamos la noche en vela y en »oracion, suplicando á nuestro Señor de rodillas que sostuviese nuestra «debilidad. El santo mártir se nos apareció como un atleta que acaba de «salir de penoso y glorioso combate; estaba en pié delante del Señor y «rodeado de una gloria inefable. Llenos de gozo con esta vision dimos «gracias al Autor de todo bien y le ensalzamos por el beneficio que ha- «bia acordado á su siervo. Os notamos el dia de su muerte á fin de que «podamos reunirnos todos los años para honrar su martirio en el dia «que lo sufrió, con la esperanza de participar de la victoria de este ge- «neroso atleta de Jesucristo, que ha puesto al demonio bajo sus piés por «el socorro de nuestro Señor Dios, por el cual y con el cual sean dados «la gloria y el poder al Padre con el Espíritu Santo por los siglos de «los siglos. Amen.»

Despues del martirio de San Ignacio ocupó la silla de Antioquía Heron, permaneciendo en ella por espacio de veinte años. Ocupaba aun al tiempo de su eleccion la cátedra de San Pedro San Evaristo sucesor de

San Clemente, el cual creó durante su pontificado varios presbíteros y dos diáconos en tres ó cuatro ordenaciones y gobernó la Iglesia durante nueve años y tres meses, padeciendo el martirio en el año 109 y siendo enterrado en el Vaticano.

Atribúyense á San Evaristo dos decretales, dirigida la una á los obispos de Africa y la otra á todos los fieles del Egipto, pero ambas son reputadas por apócrifas. A San Evaristo sucedió en la cátedra de San Pedro,

SAN ALEJANDRO I, cuya exaltacion tuvo lugar en el mismo año 109. Dícese que este pontífice habia hecho sus estudios bajo la direccion de Plinio el jóven y de Plutarco, á cuya opinion se inclina Novaes, pues dice que Plinio era amigo de San Alejandro, y en cuanto á Plutarco él mismo nos confiesa que durante sus viajes por Italia no tuvo tiempo de aprender á fondo la lengua latina, á causa de los negocios públicos de que estaba encargado y de las muchas conferencias que tenia con las personas que iban á oirle y á consultarle, de modo que, como dice Artaud de Montor, no es probable que Plutarco pudiese dar lecciones de literatura latina á San Alejandro, sino mas bien le enseñaria el arte de meditar sobre la literatura griega, cuyo estudio no podia descuidar un pontífice que seguia necesariamente correspondencia con tantas ciudades ilustres en las que se hablaba la lengua de Homero y Herodoto.

Distinguíase San Alejandro por un talento claro y despejado y una gran riqueza de erudicion, siendo aun muy jóven cuando subió á ocupar la suprema dignidad de la Iglesia, pues que unos escritores dicen que tenia veinte y cinco años y otros aseguran que treinta. Hablando de este papa dice Novaes: «Alejandro era jóven en años, pero *veterano* por sus costumbres, su saber y su virtud.» Segun el mismo Novaes, fue San Alejandro el que ordenó que los sacerdotes no pudiesen celebrar mas que una misa diaria; convirtió á la fe entre otros muchos á Ermes, prefecto de Roma, á su esposa y á una multitud de ciudadanos ilustres, y habiendo sido preso á consecuencia de tan gloriosos esfuerzos, convirtió en la cárcel al tribuno Quirino y á su hija Balbina. Durante su pontificado creó Alejandro seis obispos, seis presbíteros y dos ó tres diáconos en tres diversas ordenaciones.

Ocupó San Alejandro la santa sede diez años, cinco meses y veinte dias, y tiene el nombre de mártir en el *sacramentario* de Gregorio el grande, en el antiguo calendario publicado por el P. Fronteau (Verona 1733) y en todos los martirologios, y sus restos fueron trasladados en el siglo XVI

por Sixto V á la Iglesia de Santa Sabina. Muerto San Alejandro fue exaltado á la Sede pontificia

San Sixto I, que pertenecia á la familia Pastora, de raza senatorial, y fue creado el 29 de Mayo de 119.

Hacia dos años habia descendido al sepulcro el emperador Trajano, durante cuya persecucion fueron innumerables los mártires así en las provincias orientales como en las demas, debiendo notarse á San Crescencio discípulo de los Apóstoles y martirizado en Viena de las Galias; San Zacarías, su sucesor en la misma silla; la ilustre vírgen Domitila, á la cual sin respeto á la sangre imperial que corria por sus venas el pueblo, en odio á la fe, la quitó la vida en las cercanías de Roma, siendo verosímil que por este mismo tiempo padeció el martirio San Cesareo, célebre diácono de Tarragona, y los Santos Zosismo y Rufo, compañeros de San Ignacio, de los que hace mencion San Policarpo en su Epístola á los filipenses: en la provincia de Piscidia otro Zosismo soldado, cuyo nombre es muy célebre en los martirologios griegos y latinos, y San Pármenas, que padeció el martirio en Filippos. El mismo Plinio (1) refiere en sus cartas que martirizó muchos cristianos en Bitinia miéntras fue gobernador de aquella provincia.

Indudablemente la Siria fue la que tuvo entónces el mayor número de mártires, contándose entre ellos á San Barsimeo, obispo de Edesa, que murió con San Barbeto y Santa Barbea, á quienes habia convertido á la fe: Santa Eudoxia alcanzó la palma del martirio en Heliópolis de Fenicia, siendo innumerables los prodigios y los mártires que de aquel tiempo refieren los griegos, contando entre ellos el que un ejército entero de cristianos fue desterrado á la Armenia por haberse negado á sacrificar á los dioses del imperio.

Es tambien indudable que en España fueron muchos los varones ilustres que durante la persecucion de Trajano fueron sacrificados en odio de Cristo.

Cuando persecucion tan encarnizada empapaba en sangre cristiana todo el territorio del imperio, Tiberiano, gobernador de la Palestina, representó á Trajano que no era posible aterrar con el miedo de la muerte á los cristianos, ni sacrificar á todos los que por su propia voluntad se presentaban á sufrir los tormentos, por lo cual el emperador mandó que cesasen desde luego las persecuciones, sucediendo esto cuando estaba ya en los últimos años de su reinado.

(1) Plin. lib. X, epist. 97.

Por aquel tiempo envió Dios un terrible castigo contra los perseguidores de su Iglesia. Hallándose el emperador en Antioquía descansando con su ejército despues de sus gloriosas expediciones contra los partos, tuvo lugar un espantoso terremoto que causó las mayores ruinas en la capital de la Siria, donde habia muchos extranjeros congregados á causa de la magnificencia y esplendidez de las fiestas que allí tenian lugar por los triunfos conseguidos por el emperador. Apareció el horizonte encendido, como si fuese de fuego, resonando en las entrañas de la tierra un espantoso ruido, alborotándose de tal manera el mar que levantaba espumosas olas como montañas: los más fuertes edificios cayeron por tierra á impulsos del huracan, siendo innumerables las víctimas que quedaron sepultadas bajo sus escombros, presentando todo el más horroroso espectáculo, principalmente por los gritos lamentables de las infelices víctimas que quedaban sepultadas debajo de los edificios, siendo notable, segun dicen los historiadores, que fue tan grande el número de los muertos y heridos, que de tantos miles de personas como habia en Antioquía sólo dos escaparon salvos. El cónsul Pedon murió arrojando sangre por la boca de resultas de un gran golpe que habia recibido en el pecho, siendo tambien innumerables los que perecieron de hambre y miseria por la imposibilidad de socorrerles en las cuevas en donde habian quedado sepultados.

Concluido que fue el terremoto, empezaron los trabajos para sacar de debajo de las ruinas á los que aun pudiesen estar con vida, y entre otros cuadros interesantes se encontró un niño abrazado á su madre ya muerta, procurando alimentarse de sus pechos.

Trajano miró como un prodigio el haber salido ileso de tal peligro, pues que evitó la muerte saltando por una ventana de su palacio, pasando muchas horas en una mala tienda de campaña situada en medio del hipódromo, donde se hallaba rodeado de cadáveres y de ruinas.

Nada nos dicen los historiadores antiguos acerca de la suerte que cupo á los cristianos de Antioquía, inclinándose Berault-Bercastel, lo que nos parece muy verosímil, á que fueron instruidos proféticamente del peligro y que le evitarian con una prudente retirada, á ejemplo de lo que hicieron sus hermanos de Jerusalen, que se retiraron algun tiempo ántes á Pella. Al ménos es constante que Heron, obispo de Antioquía, sobrevivió á tantas muertes y que gobernó su iglesia muchos años despues de aquel terremoto (1).

(1) Berault-Bercastel.—Historia de la Iglesia. Lib. II, núm. 62.

Por este tiempo empezó á tomar algun crédito el error de los milenarios, del que ya nos hemos ocupado, pero que no pudo acreditarse entre los cristianos. Padias, obispo de Jerápolis en la Frigia, que, segun dice Eusebio, era de un talento más que mediano, pero de una sencillez extraordinaria, autorizó en cierto modo el error de los milenarios en su obra de la exposicion de los discursos del Señor, dividida en cinco libros, donde enseña este error mezclándolo con otras muchas cosas muy excelentes, confundiendo las parábolas y los sentidos místicos de las Escrituras. Sin embargo, Papias mostraba un gran respeto á las tradiciones apostólicas, y cuando encontraba alguno que habia conocido á alguno de los Apóstoles le preguntaba inmediatamente qué era lo que decian. Tratando de evitar de este modo todo error, manifestando tambien, como acabamos de decir, un respeto á la tradicion que juntamente con su piedad y su ancianidad le hicieron adquirir gran crédito. No por esto dejó Papias de ser contado en el número de los santos, pues si erró fue de buena fe y por un efecto de su simplicidad disculpable por el tiempo y por las circunstancias.

El ilustre doctor San Ireneo, que era su discípulo, cayó tambien en el mismo grosero error, juzgando encontrar aquella doctrina en los escritos de San Juan, pero todos estos que se sujetaban enteramente á la Iglesia la interpretaban de diverso modo que sus enemigos. Aplicando á la ciudad de Jerusalen la inscripcion alegórica que hace San Juan en el Apocalipsis de la Jerusalen celestial ó Iglesia triunfante que leian los católicos erróneamente, solamente que despues de la venida del Anticristo habria una primera resurreccion para sólo los justos que hubiesen muerto, y que todos los hombres existentes entónces buenos ó malos serian conservados, los buenos para servir á los justos resucitados como á sus príncipes y señores, y los malos para ser esclavos de los buenos. Los herejes por su parte daban una interpretacion más grosera, pues sostenian, como ya dijimos, que los santos vivirian sobre la tierra en contínuos banquetes y carnales placeres. La Iglesia no solamente desaprobó este error absurdo de los herejes, sino tambien la opinion de los verdaderos católicos sobre este punto. Poco despues de los sucesos que hemos narrado, murió el emperador Trajano, despues de veinte años de reinado, el 117 de Jesucristo, sucediéndole Adriano, su primo hermano é hijo adoptivo.

CAPITULO II.

Tregua en la persecucion.—Adriano.—Su carácter.—Disposicion de San Sixto acerca de los obispos llamados á Roma.—Letras ó cartas que se daban en los primeros siglos.—Saturnino, Basílides y Carpócrates.—Sus errores.—Valentino, hereje.—Mártires.—Apología.—San Telesforo, papa.—Muerte de Adriano.

San Sixto I, que, como hemos dicho en el capítulo anterior, subió á ocupar la cátedra de San Pedro el 29 de Mayo de 119, gobernaba la Iglesia con el mayor celo, y durante su pontificado se entibió la persecucion, pues que el espíritu de venganza, despues de las grandes catástrofes de que nos hemos ocupado, se trocó en compasion ó en desprecio. Un procónsul, más animoso aun que Plinio, imitando la conducta de este cuando se dirigió á Trajano, manifestó al emperador Adriano cuán injusto era ejercer crueldades sin forma alguna de proceso contra unos hombres, cuyo delito consistia únicamente en llevar el nombre de cristianos, pues que era indudable que respetaban las leyes del país y obedecian al emperador en todo aquello que no pertenecia al tribunal de la conciencia. Este procónsul fue Serenio Graniano. Cesarotti dice que la historia debe escribir con letras de oro el nombre de un ministro que se atrevió á exponerse al odio del emperador para proteger á dos pobres infortunados, la *verdad* y la *justicia* (1). Conmovióse Adriano, concluyendo por apaciguarse á vista de las apologías que le presentaron San Cuadrato y San Aristides. Adriano escribió una carta memorable en favor de los cristianos (2), prohibiendo severamente que fuesen delatados y ordenando que fuesen castigados los malvados convencidos de calumnias contra aquellos, demostrando de este modo que si no habia llegado al

(1) Cesarotti, p. 16.
(2) Fleury, tomo I, pág. 338.

punto de adorar á Jesús estaba dispuesto á venerarlo. Esto no obstante, este príncipe era de un carácter veleidoso, por lo que no tardó en renovarse la persecucion, en lo que demostró su inconsecuencia y que, si obraba el bien por ligereza, la natural disposicion de su carácter le llevaba á obrar el mal. Sea como quiera, durante el reinado de Adriano, y por mas que ántes de morir ordenase los más cobardes insultos contra el culto cristiano, fue ménos violenta que lo habia sido durante el imperio de Trajano.

El papa San Sixto habia mandado que ningun obispo que fuese llamado á Roma al regresar despues á su obispado fuese recibido en él sino presentaba al pueblo letras apostólicas llamadas *formate,* en que se recomendaban la unidad de la fe y el mútuo amor que debia existir entre el Jefe supremo del catolicismo y el resto de los fieles.

Acerca de las letras ó cartas que se daban en los primeros siglos, el escritor Artaud de Montor, siguiendo la opinion de Novaes, da las siguientes curiosas noticias, que creemos oportuno dar á conocer en este lugar: «Ademas de las cartas *formate*, *formadas* (1), se distribuian otras llamadas *canónicas*, que eran enviadas á los obispos que regresaban á sus diócesis, y más explícitas que las *formate*, tendian á fortalecer la fe y á hacer inalterables la unidad de la fe, la obediencia á la Santa Sede y el cariño del padre y el de los miembros de la Iglesia, es decir del pueblo. La palabra *canónicas* explica completamente el sentido de estas cartas. El primer concilio de Nicea, con objeto de impedir el fraude, las sancionó y prescribió su contenido, y en cierto modo su *clave*, porque no eran inteligibles para todos. Habia cartas llamadas *pacíficas ó comunicatorias*, que se concedian á los peregrinos y eran un testimonio de su fe y del estado exacto de comunion en que vivian con la Iglesia. Las cartas *comendaticias* servian á los peregrinos para las necesidades de su viaje; las *dimisorias* atestiguaban que un clérigo habia salido de su diócesis con permiso de su obispo; las *conmonitorias ó memoriales* eran instrucciones dadas á los legados para cumplir los encargos que se les confiaban; las *sinodales* se daban en diversos casos y se llamaban *encíclicas* y *católicas* cuando se dirigian á todas las iglesias; las *decretales* eran las que dirigian los pontífices romanos respondiendo á diferentes consultas y en las cuales prescribian tal deber ó tal abstencion, y las *confesorias*

(1) Las *formate* se llamaban así á causa del Sello ó de la fórmula particular que se empleaba para escribirlas.

las que se daban á los cristianos que en épocas de persecucion tenian el dolor de estar en las cárceles por Jesucristo, en las cuales recomendaban á los obispos los hombres débiles que por temor á los tormentos habian renegado de la fe, y servian para que más adelante fuesen admitidos á hacer penitencia estos cristianos sin valor. Las cartas *apostólicas* eran las que emanaban de los pontífices romanos en virtud de la autoridad apostólica, y de esta clase eran los *breves*, por cuyo nombre entendian los antiguos las actas en que estaban descritos los bienes eclesiásticos y llamaremos actualmente *inventarios*. El nombre de *breve* se ha generalizado y se aplica á todas las cartas misivas de los Pontífices Romanos. Habia ademas las cartas llamadas *clerice*, clericales, que eran dadas por el clero en épocas de sede vacante.»

San Agustin (1) habla de cartas llamadas *tratatorias*, por las cuales los príncipes invitaban á los obispos á asistir á los concilios, y se llamaban así aquellas por las cuales los obispos daban cuenta á los demas obispos de lo que se habia hecho en algun negocio de importancia. Las cartas que no eran notadas con un título de comunicacion ú otras señales públicas, se llamaban *privadas*. Todos estos datos se hallan en Sangallo (*Gest de Pontifice*), en Sirmond, en du Cange, en Hardouin y en otros autores.

Por este tiempo el error de Menandro tomó nuevas proporciones. Saturnino, Basílides y Carpócrates, tomando las lecciones de aquel hereje, mezclaban las santas verdades del Evangelio con algunos errores del paganismo; haciendo de la religion verdadera una religion aun más extravagante, si se quiere, que el mismo paganismo, los errores que enseñaban eran diversos. Saturnino decia que el matrimonio era una union impura y damnable; Basílides, que el cuerpo de Jesucristo era fantástico y que no habia sido verdaderamente crucificado; y Carpócrates, cuya doctrina se diferenciaba muy poco de la de Basílides, tenia á Jesucristo por un puro hombre que no se diferenciaba de los demás en otra cosa que en sus grandes virtudes. Todos estos se llamaban gnósticos ó iluminados, siendo comun entre ellos el afirmar la inutilidad de resistir á la concupiscencia, pues que al fin era preciso seguir sus impulsos, y que las obras de la carne no solamente eran permitidas, sino aun de precepto: las mujeres eran comunes entre ellos, consumiendo la mayor parte del tiempo en placeres sensuales, mirando con horror al mismo tiempo el

(1) S. Agust. Epist. 59 ad Victoris.

ayuno y toda clase de mortificaciones; en sus asambleas de religion daban suntuosos convites, y se asegura, dice Berault-Bercastel, que despues de comer y beber con exceso arrojaba uno de sus ministros un pedazo de pan á un perro atado á los candeleros que alumbraban la asamblea y apagada la luz satisfacia cada uno sus deseos impuros sin distincion alguna de objeto. A pesar de esto, dice el mismo escritor, se esforzaban por todos los medios posibles en poner obstáculos á la generacion, con cuyo objeto hacian un estudio infame de las prácticas más vergonzosas y sacrílegas, afirmando expresamente que todas las acciones eran por su naturaleza indiferentes y que la bondad y malicia la recibian de las preocupaciones de los hombres. Es indudable que todas estas primeras herejías, de las que tan detenidamente habla San Epifanio, eran una mezcla monstruosa de la filosofía pagana, que tan llena estaba de corrupcion con la religion cristiana que nunca puede avenirse con ella.

Valentino, que habia sido muy adicto á la verdadera fe y que se habia hecho admirar en todas partes por su talento, elocuencia y bellas cualidades, pretendió una silla episcopal. En aquellos tiempos, en que tan viva era la fe y tan ardiente la caridad y en que la fe venia á ser como el patrimonio de los cristianos, fue suficiente el saber el deseo de Valentino para que le fuese negado. Ignórase cuál era la silla objeto de su ambicion, creyendo algunos que era la de Roma, atribuyéndose esta opinion á un pasaje de Tertuliano, en el cual habla de la primacía de aquella silla, lo que demuestra clara y terminantemente que en aquellos primeros siglos era reconocido y venerado el primado de Roma. Sea lo que quiera de las pretensiones de Valentino, es lo cierto que encolerizado por no poder conseguir su objeto se hizo hereje, empezando á combatir desde entónces los dogmas de la Iglesia. Instruido en la filosofía griega, y principalmente en la de Platon y los demas sofistas de su tiempo, hizo una mezcla monstruosa entre los misterios imaginarios del paganismo y la generacion de los dioses de Heriondo con el Evangelio de San Juan, que era el único que admitia; formó un sistema de religion lo más absurdo que puede imaginarse, enseñando entre otras cosas el falso principio de que en virtud tan solamente de la adopcion divina podian los hombres conseguir la salvacion, aunque negasen exteriormente la fe, que nunca debia confesarse segun su opinion cuando habia peligro de la vida. Los errores de Valentino, ó mejor dicho, los de los gnósticos, propagados por él, adquirieron gran número de prosélitos; empero, como quiera que no puede haber unidad donde no existe la verdad,

se dividieron prontamente en diversas sectas, cada una de las cuales profesaba diferentes principios, como sucede hoy entre los protestantes, cuyas divisiones, tan sábiamente explicadas por Bossuet y despues por nuestro ilustre y malogrado Balmes, son una prueba la más clara y luminosa de la falsedad de esa secta, extendida en el mundo por un escandaloso apóstata del catolicismo. Los sectarios de Valentino unos se llamaban setianos, los cuales manifestaban una gran veneracion á Seth, hijo de Adan, el cual decian que era el redentor de los hombres. Otros honraban á Cain y á todos los malos condenados por la Escritura, por lo que se intitulaban cainitas; y otros, en suma, que adoraban una serpiente como á salvador de la humanidad, se daban á conocer con el nombre de ofitas, de la palabra griega que significa serpiente.

Por este tiempo padecieron el martirio, segun algunos autores, San Eustaquio con su mujer y sus hijos, aunque creen otros que este célebre martirio tuvo lugar en tiempo del Emperador Trajano, leyéndose tambien en las actas de los mártires los nombres de Santa Sofía, que padeció el martirio en Roma con sus tres hijas, San Eleuterio obispo y su madre Santa Antia, que murieron tambien en Roma; y en diversos lugares otra multitud de ellos, entre los que se cuentan San Antíope y San Críspulo, San Primo y los Santos Faustino y Jovita.

Digno es de que fijemos nuestra atencion más detenidamente en el martirio de Santa Sinforosa, inmolada con sus siete hijos. El emperador Adriano habia levantado un suntuoso palacio en Tívoli, en cuya poblacion vivia Sinforosa que era viuda del tribuno que habia dado su vida en defensa de la fe. Sabedor Adriano de que era cristiana, como igualmente sus hijos, y creyendo que los dioses no le serian propicios si ellos no le ofrecian sacrificios, mandó que fuesen conducidos á su presencia, empezó á quererla persuadir con suaves palabras á que abjurase de la religion cristiana ofreciendo sacrificios á los dioses, pero la virtuosa cristiana demostró ante el emperador que el valor y la fortaleza no son patrimonio exclusivo tan solamente del hombre, y que Dios se vale, cuando es su voluntad soberana, de las cosas flacas y al parecer ruines del mundo para confundir las fuertes. Sin temor á los peligros que la amenazaban, apénas oyó las palabras con las cuales Adriano trataba de persuadirla, contestó enérgicamente: «Sabed, oh emperador, que mi marido Gétulo y su hermano Amancio, ambos tribunos vuestros, padecieron toda clase de tormentos y despues la muerte por no volver las espaldas á Jesucristo, verdadero Dios. Su muerte fue mirada por los

hombres como un oprobio, pero fue santa á los ojos de Dios y les ha adquirido en la patria de los inmortales una gloria y una felicidad que jamás tendrá término, y yo no deseo otra cosa que participar de la suerte de ellos.» Irritado el emperador al oir una contestacion que no esperaba de aquella viuda, le dió á elegir entre sacrificar á los dioses ó morir en el martirio. Léjos de intimidarse Sinforosa, contestó con resolucion: «Lo he pensado con madurez y no aspiro á otra cosa que á unirme con mi esposo en la mansion de la felicidad eterna.» Dios le otorgó lo que tanto deseaba. Adriano mandó que la condujesen al templo de Hércules, donde despues de recibir numerosas bofetadas la colgaron de los cabellos. Este cruel tormento no sirvió para otra cosa que para avivar su fe, y como viesen los ejecutores que no podian vencer su constancia, la ataron una piedra al cuello y la arrojaron al rio.

Los siete hijos de la santa mártir fueron conducidos á la mañana siguiente en presencia de Adriano, el cual, recordándoles la cruel muerte que habia sufrido su madre el dia anterior por negarse á satisfacer sus exigencias de que sacrificase á los dioses, les exhortó á que no se expusiesen, imitando tal ejemplo, á sufrir igual suerte, y que por lo tanto se diesen ellos priesa á ofrecer sacrificios. Nada pudo conseguir: Sinforosa rogaba ya desde el cielo al Señor que les concediese fortaleza para derramar su sangre en defensa de la fe, y á Dios plugo concedérsela. Los siete hermanos contestaron con el mayor valor y denuedo que su único deseo era reunirse con su madre y disfrutar de la misma felicidad que ella habia alcanzado. Viendo entónces la inutilidad de trabajar más para vencerles, pronunció el emperador su sentencia de muerte. Los siete hermanos fueron atados en otros tantos palos que estaban fijados al rededor del templo, donde despues de dislocarles violentamente los miembros diéronles despues de puñaladas. De este modo concluyeron su vida aquellos santos mártires, cuyos cuerpos por órden de Adriano fueron arrojados en un profundo foso que despues se hizo muy célebre, y de donde fueron sacados cuando concluyó la persecucion, siendo trasladados con gran pompa al camino que conduce de Tívoli á Roma y depositados á ocho millas.

Era ya necesario á vista de tantas persecuciones que pensasen los fieles en escribir apologías con el objeto de defender su religion, justificándose ante los ojos de aquellos que reputaban como un crimen el ser cristiano. El más célebre de los apologistas de los primeros siglos fue San Justino, del que nos ocuparemos mas adelante, debiendo hacernos

aquí cargo de las que hicieron en tiempo de Adriano, San Cuadrato y Arístides, el primero de los cuales, discípulo de los Apóstoles que habian trabajado con gran celo en la predicacion del Evangelio por diferentes provincias, se hallaba en Grecia al tiempo mismo que el emperador Adriano visitaba esta ciudad. Ganoso de librar á los cristianos de las persecuciones que venian experimentando, escribió una apología que presentó por sí mismo al emperador, y en la cual se defendia vigorosamente á Jesucristo y su doctrina. Tan sólo se conserva de esta apología tan elogiada por los antiguos un pequeño fragmento, del que trasladamos estas palabras: «Los enfermos curados por Jesucristo y los muertos que resucitó nos manifiestan que estos prodigios no eran pasajeros ni aparentes, pues permanecieron en el mismo estado de vigor mucho tiempo despues de la muerte y resurreccion de su adorable Médico, y algunos de ellos han vivido hasta nuestros dias.»

De la apología de Arístides nada se conserva, pero dicen los escritores antiguos que era aun más elocuente que la de San Cuadrato, siendo indudable que Adriano varió de ideas y hasta se dice que proyectó colocar á Jesucristo entre los dioses del Imperio, no llevando á cabo su empresa porque, segun parece, los oráculos se opusieron anunciando que el nuevo culto destruiria á todos los demas y que el mundo todo seria cristiano (1).

Durante el imperio de Adriano recibieron tambien el martirio las Santas Sabina y Serapia, las cuales fueron puestas en prision y degolladas por negarse á ofrecer sacrificios á los ídolos.

Entretanto seguia gobernando la Iglesia el papa San Sixto I con el mayor celo, siendo este pontífice el que ordenó que tan sólo los ministros sagrados pudiesen tocar los vasos santos, es decir, el cáliz y la patena, y despues de haber gobernado la santa sede cerca de nueve años fue llamado á mejor vida, ignorándose la clase de martirio que padeció.

Dícese que San Sixto fue el primero que se hizo llamar obispo de los obispos, lo que no consta mas que por una carta apócrifa; Tertuliano, que florecia á principios del siglo III, adopta ya este título al hablar de los pontífices romanos (2).

A San Sixto I sucedió en la Sede apostólica

San Telesforo, que fue elevado á la suprema dignidad de la Iglesia

---

(1) Lamprid. in vit. Alexand. Sever.

(2) *De Pudicitia*, cap. I.

el año 127. Era griego de nacion, pero afirman algunos escritores que habia nacido en la Calabria. Dícese que su padre era anacoreta y que él mismo tambien lo fue ántes de ir á Roma, razon por la cual los carmelitas le reclaman como uno de sus religiosos. Se dice tambien que este santo pontífice confirmó con un decreto la institucion de la Cuaresma, que ya estaba en uso en tiempo de los Apóstoles. Novaes, que discute este punto, es de parecer que no era necesaria esta confirmacion, porque el ayuno cuaresmal estaba ya en uso en tiempo de los Apóstoles, perteneciendo á la tradicion, como opinaron San Ignacio, San Leon el Grande y Teófilo.

Dícese que San Telesforo mandó que cada sacerdote dijese tres misas la noche de Navidad, inclinándose Novaes á que esta suposicion está basada en una decretal apócrifa; pero es indudable que esta costumbre existia ya en el pontificado de San Gregorio el Grande.

En Julio del año 138 de Jesucristo murió en su palacio de Tívoli el emperador Adriano, el cual durante su última enfermedad cometió las más odiosas crueldades, mandando quitar la vida á muchas personas de la primera nobleza y aun de su propia familia, y aun más de una vez trató de suicidarse para evitar de este modo los grandes dolores que le atormentaban. Desesperado del estado en que se hallaba, entregóse á los excesos de la gula, que prontamente acabaron con su vida. Inmediatamente despues de su muerte fue proclamado emperador Antonino, su hijo adoptivo, llamado el Piadoso.

Era Antonino jóven de grandes virtudes, por lo que ya de antemano se habia captado la estimacion general, siendo su exaltacion al trono imperial objeto de los aplausos y de las más entusiastas ovaciones. Quisieron los enemigos del nombre cristiano comenzar de nuevo la persecucion, reprimida con tantos trabajos en los últimos tiempos de Adriano; pero Antonino se opuso á ello porque tenia una idea mas exacta que los sabios del paganismo sobre la pureza del culto cristiano: esto no obstante, lo único que mereció su censura era el que los cristianos sin el menor respeto humano manifestasen su constancia y único afecto á la religion que profesaban.

Dios suscitó entónces un célebre apologista del Cristianismo, que defendiese de todas las calumnias de sus enemigos la verdad religiosa, y este fue San Justino, filósofo como el emperador, pero que habia tenido la dicha de abrir sus ojos á la luz de la verdad y era ya un fervoroso cristiano. Era natural de Nápoles, en Palestina, que era una colonia roma

na, hijo de una familia distinguida, que habia recibido una brillante educacion, que se habia hecho notable por sus adelantos en las ciencias. Deseoso de inquirir la verdad, habia profesado una multitud de sectas filosóficas, no satisfaciéndole ninguno de sus sistemas: por último, entregóse á la lectura de los profetas, lo que le puso en camino de salvacion. El mismo santo nos refiere minuciosamente todas las circunstancias de su tránsito por las diversas sectas y su conversion al cristianismo en su diálogo con el judío Trifon. Hé aquí de qué modo se explica: «Púseme primeramente en manos de un estoico, pero despues de algunas lecciones, viendo que nada aprendia de este maestro acerca del Criador, porque no podia explicar lo que él mismo ignoraba y hacia poco aprecio de este estudio, le abandoné para seguir á un peripatético. Pocos dias hacia aun que frecuentaba su escuela cuando impulsado por su avaricia empezó á hablarme de regalos y recompensas; parecióme esto tan indigno de un sabio, que la dejé con desprecio. Dirigíme despues á un pitagórico muy pagado de sí mismo y que gozaba de gran reputacion, el cual me preguntó si tenia conocimientos de la música y de las matemáticas, lo que consideraba como un preludio necesario para purificar de nuestro espíritu los objetos groseros y terrenales, facilitándole la percepcion de las cosas intelectuales: yo ignoraba estas ciencias, y como para aprenderlas hubiese sido necesario emplear mucho tiempo, le abandoné tambien dirigiéndome á los platónicos. Uno de los principales de esta escuela se habia avecindado cerca de mi habitacion y yo oia con suma complacencia sus lecciones, creyendo haber conseguido ya el cumplimiento de mis deseos. Embebido en este pensamiento buscaba yo la soledad para meditar más tranquilamente sobre cuanto iba aprendiendo de él, y hé aquí que, encontrándome un dia á la orilla del mar, observé que era seguido de un anciano de agradable presencia, cuya dulzura y agradable fisonomía de su rostro me causaron una impresion extraordinaria: Detúveme con el objeto de mirarle con más atencion sin dirigirle la palabra, de lo cual se manifestó sorprendido. A poco trabamos conversacion, la que giró sobre el deseo que yo tenia de encontrar la verdad: el anciano, despues de haber prodigado algunos elogios á mi celo, me reprendió porque amaba yo mas las especulaciones que las obras, significándome que la ciencia á que aspiraba era del todo práctica. Entónces le pregunté qué era lo que me convenia hacer, á lo cual me respondió que lo que me convendria era leer con reflexion los libros de los profetas, que eran los únicos y verdaderos sabios, y que pidiese con fervor

al Ser Supremo me abriese las puertas de la luz y me mostrase los caminos de la verdad.»

Con tal sinceridad y humildad refiere San Justino las causas de haber tenido la dicha de abandonar los caminos del error para dirigirse por las sendas hermosas de la rectitud y de la justicia. Dócil al anciano que le habia aconsejado, se entregó á la lectura de los libros de los profetas, estudiando el Cristianismo y conociendo por el paralelo que hizo entre él y el paganismo dónde se hallaba la verdad, no quedándole duda de que en la persona de Jesucristo se habian cumplido las profecías todas. «Las calumnias atroces con que infamaban á los cristianos, dice el Santo, dejaron de hacer impresion en mi ánimo desde el momento que noté con grande admiracion el desprecio que hacian de los placeres y comodidades de la vida y aun de la vida misma. ¿Quién será, me decia yo, el hombre ambicioso, deshonesto ó entregado á otra pasion que no tema la muerte y que no se tuviese por dichoso si por medio de una retractacion fácil de hacer pudiese salvar una vida que debe apreciar como base y término de su felicidad?»

Desde el momento en que Justino abrazó el Cristianismo empezó á trabajar con el mayor celo por la propagacion de esta religion salvadora; y comprendiendo perfectamente su espíritu, unió á la caridad, que le hacia trabajar con incansable celo por la salvacion de las almas, una humildad profunda que le hacia no adquirir jamás propia estimacion. Despues de haber recorrido el Oriente para anunciar la doctrina evangélica, de la que estaba tan convencido y penetrado, pasó á la capital de los emperadores, donde sin temor alguno á respetos humanos abrió una escuela de religion, donde conferenciaba indistintamente con toda clase de personas, ora fuesen judíos, ora gentiles, en su deseo de que todos abriesen sus ojos al conocimiento de la verdad.

Es por demas notable el valor y la tranquilidad de alma que Dios desde el establecimiento de la Iglesia infundia á aquellos que en su altísima providencia destinaba á la propagacion y defensa del Evangelio. Cuando San Justino dirigió su apología al emperador Antonino Pio, no solamente consignó en ella su nombre sino tambien el de su padre y patria con las demas circunstancias que más fácilmente podian darle á conocer. ¿Qué podia suceder? ¿que tal vez su apología léjos de calmar los ánimos hubiese suscitado una nueva persecucion contra él y quizás el martirio? Cual otro San Pablo miraba con desprecio todas las cosas de la tierra por ganar á Jesucristo. En el martirio sufrido por tal causa hubiese encontrado su mayor dicha.

Son dignas de notarse las siguientes expresiones que se encuentran en su apología dirigiendo la palabra á Antonino y á sus sucesores presuntivos Marco Aurelio y Lucio Vero: «En todas partes os llaman piadosos y filósofos, que es lo mismo que decir amadores de la verdad y de la justicia, y vuestra conducta va á manifestar al universo el aprecio y amor que profesais á estas virtudes; porque aquí venimos á pediros justicia segun las reglas de la más exacta razon, no tanto por nuestra propia defensa como por vuestros verdaderos intereses. Aunque nos priveis de la libertad, y aun de la vida, nadie puede causaros daño; pero es indudable que oscurecereis vuestra gloria, y aunque sois señores de todo el mundo sereis condenados en el tribunal del Eterno si ejerceis vuestro poder castigando tan solamente por pasion ó por engañosas preocupaciones. Nada es más conforme á justicia que los sospechosos ó acusados de cualquier delito sean oidos y den cuenta exacta de sus acciones, y que los soberanos sentencien sus causas segun las reglas invariables de la sabiduría, pero nunca por frívolas presunciones ó por caprichos de la misma potestad. Hoy debemos nosotros exponer al público nuestra doctrina y nuestra conducta, no con el objeto de evitar la muerte, pues que ella es un bien para el verdadero cristiano, sino para que no se dé en rostro con que no hemos procurado desterrar tan culpable ignorancia.»

A continuacion expone la conducta que observan los cristianos, sus reglas de moral y prácticas religiosas, sincerándolos de la nota de ateismo que les era imputada, explicando que si lo eran con respecto á su constante negacion á no ofrecer incienso á ídolos de piedra ó barro, que eran dioses imaginarios, no lo eran respecto del Dios verdadero, Criador y Conservador de todo cuanto tiene sér. Trata en seguida de probar la existencia de la revelacion divina, habla sobre varios puntos de dogma y principalmente sobre la sagrada Eucaristía, objeto de las mayores calumnias. No queremos privar al lector de saborear el profundo razonamiento del Santo acerca de este punto tan importante, sobre el cual presentamos la misma traduccion de Berault-Bercastel: «No os dejeis engañar dando fácilmente crédito á unos cuentos absurdos. Hé aquí realmente el modo con que admitimos á los que vosotros llamais nuestros iniciados. Despues de lavar en el agua al admitido, en señal de la purificacion interior que se obra en su alma por la virtud del cielo, le conducimos al lugar donde los hermanos están agregados para hacer oracion en comun. Concluida la oracion nos saludamos con el ósculo de paz; y despues se presenta al que preside pan y una copa de vino mezclado

con agua. Esto lo ofrece al Padre celestial por el Hijo y el Espíritu Santo; y los diáconos distribuyen á cada uno de este pan y de este vino, que recibimos con respeto y veneracion, y no como el alimento ordinario; pues como sabemos que el Verbo divino se revistió de sangre y de carne, sabemos tambien que el alimento santificado por las fórmulas sagradas que nos trasmitió se convierte en la carne y en la sangre de este mismo Cristo hecho hombre por nuestro amor; porque los Apóstoles nos enseñan en sus escritos que Jesucristo les mandó hacer lo que él habia hecho, cuando despues de haber tomado en sus manos el pan y el vino diciendo: *este es mi cuerpo, esta es mi sangre,* añadió: *cuantas veces hiciereis esto, hacedlo en memoria de mí.*»

«Pero ¿qué necesidad tenemos, prosigue S. Justino, de exponer tantas razones en nuestra defensa? Ninguno da verdadero crédito á las atrocidades que nos imputan para oprimirnos. Al mismo tiempo que nosotros somos perseguidos con tanta crueldad y pertinacia se están tolerando las religiones más insensatas y corrompidas. ¿Son por ventura castigados los que dan culto á los leños, á las piedras, á los gatos, á los ratones y á los cocodrilos? ¿Quién castiga tampoco á los malos cristianos que no lo son más que en el nombre? ¿Quién persigue, por ejemplo, á los sectarios de Simon Mago, de Menandro ó de Marcion? Vosotros los dejais vivir en paz, aunque ellos destruyen la idea y el culto del verdadero Dios, y están convencidos de mil abominaciones. ¿Qué os ha hecho la santidad de nuestra doctrina? ¿Quereis vosotros ser ministros de los demonios malignos que no pueden tolerarnos? Si os parece absurda nuestra religion, dejadla, que ella se destruirá por sí misma; pero si es pura y santa, si es divina y celestial, ¡cuánto os arriesgais en atacarla! Vosotros, príncipes y señores de los pueblos, juzgadnos ahora que estais instruidos de lo que somos; pero sea cual fuere vuestra sentencia, responderemos enteramente, resignados, *cúmplase la voluntad de Dios.* Tales son los sentimientos que nos dictan el respeto y obediencia sincera que nuestra religion nos manda tributar á nuestros príncipes legítimos. Pero ántes debemos declararos en nombre del Señor, que reina en los cielos sobre todas las potestades de la tierra, que no evitareis el rigor de sus juicios, si persistís en tratarnos con una injusticia que se os hace tan manifiesta (1).»

---

(1) Berault-Bercastel, Lib. III, n. 4.

Mucho influyó en el ánimo de Antonino la apología de San Justino, mostrándose desde entónces favorable á los cristianos, y no pudiéndose negar á las justas reclamaciones que en su favor se le hacian de diferentes partes, escribió á muchas ciudades de la Grecia prohibiendo excitar tumulto alguno contra los cristianos.

Sin embargo de esta tregua, el papa San Telesforo padeció el martirio durante el imperio de Antonino y despues de haber creado en cuatro ordenaciones trece obispos, quince presbíteros y ocho diáconos, habiendo gobernado la Iglesia once años, ocho meses y diez y ocho dias. Su cadáver recogido por algunos cristianos fue sepultado cerca del Vaticano.

CAPITULO III.

San Higinio, papa.—Colegio de Cardenales.—Orígen de la palabra Cardenal.—Diferentes órdenes de Cardenales.—Su autoridad ántes y despues del siglo XII.—Distinciones honoríficas que gozan.—Congregaciones.—Curia romana.—Cerdon.—De la eleccion de los Papas.—San Pio I, papa.—Heregía de Valentin.—San Aniceto, papa.—Cuarta persecucion de la Iglesia en tiempo de Marco Aurelio.—Mártires de Esmirna.—San Policarpo.—Su Epístola.—Martirio de Santa Felicitas y sus siete hijos.—Id. de los Stos. Ptolomeo y Lucio.—Segunda apología de San Justino.—Su martirio y el de otros cristianos.—Peregrino se quema vivo en los juegos olímpicos.—Alejandro de Paflagonia.

A San Telesforo sucedió en la Silla Pontificia San Higinio, cuya exaltacion tuvo lugar en el año 139 de Jesucristo. Este papa estableció grados y una jerarquía en el clero, lo cual ha inducido á creer que fue uno de los primeros fundadores del colegio de los Cardenales. Tambien se atribuye á San Higinio la institucion de padrino y madrina en la administracion del bautismo, aunque creen otros que esta costumbre es anterior al reinado de este Pontífice. Ya que como decimos se cree por algunos que San Higinio fue el fundador del colegio de Cardenales no estará de más demos aquí algunas noticias acerca de esta dignidad, que tan importante es hoy en la Iglesia. La palabra *Cardenal* se aplicó en los primeros tiempos de la Iglesia para denotar todos los ministros que tenian un título perpétuo de ascripcion á la Iglesia, á diferencia de los que eran amovibles y se encargaban de ella por tiempo determinado. Así vemos que San Gregorio el Grande, que reinó en el siglo V, hablando á un obispo llamado Martin, trasladado de una Iglesia de Córcega á la de Aleria, en la misma isla, le dice: «*In ecclesiæ Aleriepsi Cardinalem te constituimus*,» y en el libro X, epístola 12, habla de creacion y dotacion de oratorios ó iglesias para el culto público al cuida-

do de un presbítero cardenal y de oratorios privados sin presbítero cardenal. El orígen de la palabra cardenal viene de la latina *cardo*, que significa el *quicio* de la puerta, el cual está fijo é inmóvil y sobre el que gira esta como en su centro; el pastor propio, presbítero ú obispo es como el centro ó quicio, sobre el que giran sus respectivas iglesias: y siendo la Iglesia romana el centro de todas las iglesias particulares, de aquí el haber adoptado con cierta propiedad esta palabra para designar únicamente el Senado pontificio. Si bien en los antiguos tiempos se llamaba cardenal al obispo propio ó titular, en el dia se llaman así exclusivamente los obispos, presbíteros y diáconos que forman el Senado ó consejo del Romano Pontífice y le auxilian en el régimen de la Iglesia universal. Existen en la actualidad tres órdenes de cardenales; unos que pertenecen al órden de obispos, otros al de presbíteros y otros al de diáconos. El número de cardenales hasta el tiempo de Honorio II fue el de cincuenta y tres, desde cuya época principió á disminuir y fue incierto en adelante, aumentándole y disminuyéndole los Romanos Pontífices, segun lo consideraban conveniente, hasta que Sixto V fijó para siempre el número de setenta, á imitacion de los setenta ancianos de Moisés y de los setenta discípulos del Señor.

De estos setenta cardenales seis son obispos, cincuenta presbíteros y catorce diáconos.

El mismo pontífice Sixto V fue el que organizó definitivamente las congregaciones, lo que hace cesar la extrañeza de algunos de que fuese este pontífice el que fijase de una manera tan explícita el número de cardenales y no ninguno de sus antecesores: él señaló á cada uno los negocios de que debian conocer, y entónces y no ántes es cuando pudo fijarse el número de auxiliares en proporcion al número y gravedad de los negocios.

Hasta el siglo XII el principal ministerio de los cardenales era gobernar con derecho propio sus respectivas iglesias y diaconías, y como formasen la parte principal del clero romano, el pontífice se servia de sus luces y consejos para el gobierno de la Iglesia universal. En el siglo XII empezó á darse una nueva forma á la administracion eclesiástica, y los cardenales empezaron á constituirse en corporacion independiente, uniéndose más estrechamente con el Soberano Pontífice, así como tambien empezaron á organizarse los cabildos catedrales aparte del clero de la ciudad, uniéndose al obispo para formar un senado ó consejo. La eleccion de los obispos quedó reservada exclusivamente á los cabildos y la

de los Sumos Pontífices al Colegio de Cardenales, los cuales en Roma como senadores, y en las provincias en concepto de Legados, toman una parte muy principal en el desempeño de la suprema jurisdiccion eclesiástica.

Cuando los cardenales llegaron á ser los primeros dignatarios en el órden eclesiástico, inmediatamente despues del Romano Pontífice, se les concedieron diversas distinciones y condecoraciones, á saber: 1.° el capelo encarnado, por Inocencio IV, en 1254, y el uso de la púrpura para sus vestidos: 2.° el birrete del mismo color, por Paulo II, en 1471: 3.° el tratamiento de Eminencia, por Urbano VIII, en 1644: se prohibió usar el título de cardenales á otros que á los de la Iglesia romana y se mandó en suma que aunque estos fuesen de familias ilustres, no pudiesen poner en sus armas y sellos ni coronas ni otras insignias seculares, ni usar más título que el de cardenales.

Al Romano Pontífice corresponde exclusivamente y ha correspondido siempre el nombramiento de los cardenales, como tambien la facultad de deponerlos, si bien muchos reyes tienen el derecho de presentar cierto número de candidatos de entre los obispos de su nacion, y el santo Concilio de Trento, en atencion al elevado rango de la dignidad cardenalicia y á su autoridad en el gobierno de la Iglesia universal, determinó que su edad, ciencia y demas cualidades fuesen las mismas que las que se exigen para los obispos (1).

La acumulacion de negocios á Roma y la importancia y gravedad de muchos de ellos, hizo pensar en el nombramiento de un cardenal *Protector* para promoverlos y obtener resoluciones favorables en el sentido de los intereses de las respectivas naciones, cuyo protectorado cesó naturalmente cuando se establecieron las embajadas permanentes (2).

Por Consistorio se entiende la reunion de los cardenales convocados y presidida por el Romano Pontífice. Es el consistorio *público* ó *secreto*. Es el primero aquel en que el Papa revestido de todos los ornamentos pontificales recibe á los príncipes, embajadores y otros dignatarios eclesiásticos ó seculares, en el que se trata de negocios pertenecientes á las diversas naciones ó se da cuenta de alguna comunicacion de gran importancia. Consistorio secreto es el que se celebra con ménos solemnidad y al cual asisten los cardenales para tratar de los negocios graves de la

---

(1) Concilio de Trento: Sesion 24, cap. I, *de Reform.*

(2) Golmayo, Instituciones del derecho canónico.

Iglesia, y el cual ó se celebra en tiempos determinados, y se llama entónces *ordinario*, ó cuando ocurre algun negocio de gran importancia y urgencia, y se llama *extraordinario*.

Reúnense tambien los cardenales en mayor ó menor número, formando diversas congregaciones, que tienen á su cargo el desempeño de determinados negocios, ocupándose tambien de asuntos relativos bien á la Iglesia universal, bien á la diócesis de Roma ó ya tambien á los del dominio temporal de los estados de la Iglesia. Pertenecen á los de la Iglesia universal la congregacion consistorial, la de la *Inquisicion*, la del *Indice*, la de *Interpretacion del Concilio de Trento* y la de *Rito*.

Hay ademas otras como la de *Negocios de obispos y regulares*, la de *Indulgencias*, la de *Inmunidad* y la de *Propaganda fide*.

No estará demas demos aquí una breve noticia sobre la *Curia Romana*, que no es otra cosa que el conjunto de oficinas y tribunales para el despacho de los negocios eclesiásticos, y segun que estos negocios pertenecen al órden judicial ó administrativo, así toman el nombre de *curia de gracia* ó *curia de justicia*. Consta la primera de cuatro tribunales y la segunda de tres; los cuatro de la curia de gracia son la *cancelaria*, en la cual se despachan los negocios procedentes del consistorio de alguna congregacion; *la dataría* para cierta clase de dispensas de ley, como enajenacion de bienes, colacion de beneficios, irregularidades é impedimentos del matrimonio, etc. La *penitenciaria* para todo lo perteneciente al foro de la conciencia; la *secretaria de Breves* para el despacho de las gracias llamadas *menores*, como concesion de oratorios, dispensa de edad, *extra-tempora* y otras. Los tres tribunales de la curia de justicia, la *Rota*, tribunal supremo de apelacion de todas las naciones cristianas, que segun el último arreglo hecho por Gregorio XVI en 1834 consta de diez individuos, divididos en dos salas, y de los cuales dos son españoles, uno por la corona de Castilla y otro por la de Aragon; la *signatura de gracia* y la *signatura de justicia* para ciertos pleitos de derecho.

Tal vez extrañe el lector las frecuentes digresiones que hacemos en nuestro deseo de explicar los puntos más principales é importantes del derecho canónico y de la disciplina de la Iglesia; pero hemos creido mas conveniente ir ocupándonos de ello en el cuerpo de la obra, que el hacerlo despues en notas, porque de este modo creemos hacer más variada la lectura.

Continuando ahora nuestra interrumpida narracion, diremos que el papa

S. Higinio excomulgó á Cerdon, autor de los errores de los que más adelante fueron llamados marcionitas, que afirmaban que debian reconocer dos divinidades, una buena y otra cruel, y negaban que Jesucristo hubiese vivido sobre la tierra, siendo recibido con aprobacion general el fallo de Higinio contra estos heresiarcas. Segun Novaes, este pontífice padeció el martirio; pero Eusebio y S. Cipriano dicen que Higinio padeció por la Iglesia, pero que no fue mártir. Gobernó la santa Iglesia tres años, once meses y veinte y nueve dias, y su cuerpo fue sepultado en el Vaticano. Hablando Artaud de Montor en su *Historia de los soberanos Pontífices Romanos* de la eleccion de este papa, dice: «El clero estaba «dividido en tres clases: en presbíteros, principales del clero y clérigos «inferiores. Los presbíteros eran los siete suburbicarios, más adelante «llamados cardenales, y los veinte y ocho presbíteros que fueron tam«bien llamados cardenales: los principales del clero ó primados de la «Iglesia eran el *primiciero* de los notarios ó *arcediano*, el *secondeciero;* «el *arcario*, el *sacelario*, el *protoscrinario*, el *jefe de los defensores* y el «*nomenclador,* y el resto del clero se componia de *subdiáconos, acólitos* «y *notarios*. El pueblo estaba dividido en tres clases: los *ciudadanos*, los «soldados y el resto del pueblo, no ciudadano ó soldado cuando eran «reconocidos cristianos. En el siglo XI, y reinando Nicolás II, la eleccion «se atribuyó únicamente á los principales sacerdotes y á los obispos «vicarios de Roma, generalmente llamados entónces cardenales metro«politanos, cardenales-obispos y cardenales-diáconos.»

Despues de la muerte de San Higinio subió á ocupar la Sede Pontificia en el año 142 San Pio I, que habia nacido en Aguilea, el cual condenó los errores de Cerdon, á quien ya, segun hemos dicho, habia excomulgado el papa San Higinio. Tambien tuvo que condenar San Pio I la herejía de Valentin, cuyo orígen no nos es posible citar, pero Fleury nos habla de ella en estos términos: «Valentin predicó en un principio la fe católica en Egipto, de donde dicen que era hijo, y despues en Roma, y se pervirtió en la isla de Chipre. Tenia talento y elocuencia, lo cual le habia alentado á esperar el episcopado, pero fue preferido otro y su despecho le incitó á combatir la doctrina de la Iglesia. Habia estudiado los libros de los griegos y particularmente la filosofía platónica, de modo que, mezclando la doctrina de las ideas y los misterios de los números con la teología de Hesiodo y el Evangelio de San Juan, que era el único que admitia, construyó un sistema de religion parecido al de Basilides y de los gnósticos, cuyo nombre tomaban tambien sus discípulos, porque

era el título general de los que se creian más ilustrados que la generalidad.»

«La dolencia de todos estos herejes consistia en parecerles demasiado sencilla la doctrina de la Iglesia católica, y en querer elevar á mayor altura al dios que reconocian por soberano. Confundian las ideas corporales con las espirituales, tomaban en sentido real y material los términos metafóricos, convertian todos los nombres en personas, á los cuales atribuian uno ú otro sexo, dándoles cuerpos humanos, aunque los supusiesen más espirituales que los ángeles, y finalmente pretendian tambien demostrar todas sus visiones por medio de explicaciones forzadas de las santas Escrituras.»

«Valentin excedió en refinamiento á los que le habian precedido, y dedujo una larga genealogía de varios *Eones* ó *Aiones*, porque así los llamaba, abusando de un nombre que se encuentra con frecuencia en la Escritura, y sólo significa siglos; pero él los convertia en personas. El primero y más perfecto yacia en una profundidad invisible é inexplicable, y le llamaba *Proon*, preexistente, y si bien citaba otros muchos nombres, hablaba ordinariamente de *Bythos*, es decir, profundidad; este habia permanecido, durante muchos siglos, desconocido en silencio y en reposo, teniendo únicamente con él á *Ennoia*, es decir, el pensamiento, llamado tambien por Valentin *Charis*, gracia, ó *Sige*, silencio...»

A San Pio I se atribuye un decreto mandando celebrar en domingo la fiesta de Pascua, más es indudable que esto habia sido ya dispuesto por los Apóstoles.

El mismo santo pontífice estableció que los herejes que de la *herejía de los judíos* se convirtiesen á la fe católica fuesen recibidos y bautizados (1).

Creó en cinco ordenaciones doce obispos, diez y ocho presbíteros y once, y, segun otros, veinte y un diáconos, habiendo gobernado la Iglesia por espacio de quince años, sucediéndole en la Sede Pontificia San Aniceto, que fue creado el año 157, el cual era presbítero de la Siria, hijo de Juan. Durante su pontificado tuvo lugar la

Cuarta persecucion de la Iglesia en el imperio de Marco Aurelio, que tuvo principio en el año 161, el cual se dejó sorprender por las

(1) Con estas palabras de la *herejía de los judíos*, Boerio entiende los mismos judíos, pero Baronio las aplica á la secta de Cepinto, que afectaba seguir los ritos judaicos. (Arnaud de Montor refiriéndose á Fleury.)

calumnias que se levantaban contra los cristianos, en virtud de la cual su persecucion contra ellos fue muy violenta y terrible, siendo fruto de ella una gran multitud de mártires. Esta persecucion tuvo principio en el Asia. Muchos cristianos de diversas localidades fueron conducidos á la presencia del gobernador del Asia, que residia en Esmirna, y como se negaron valerosamente á ofrecer sacrificios á los dioses, siendo inútiles las persuasiones y ofertas del gobernador, irritado este, mandó que fuesen cruelmente atormentados, y ellos llenos de consuelo y alegres por tener esta ocasion de testimoniar con la efusion de su sangre la fe de Jesucristo, entregaron generosamente su vida en los más crueles martirios que pudiera inventar la perfidia humana, haciéndose de este modo espectáculos admirables al mundo, á los ángeles y á los hombres.

Los detalles de los tormentos que sufrieron estos santos mártires se encuentran en la notable carta que los fieles de Esmirna, testigos oculares del hecho, escribieron con este motivo á las demas iglesias. He aquí de qué modo lo explican: «Estos santos mártires han sido de tal modo desgarrados á latigazos, que se les veian las venas, las arterias y aun las entrañas. En medio de este cruel tormento permanecieron firmes é inalterables; y en tanto que los espectadores se enternecian hasta el punto de derramar lágrimas de pena, estos generosos soldados de Jesucristo no dieron el menor gemido, ni aun el más leve suspiro. Veian sin palidecer correr su sangre por mil heridas; miraban con la mayor tranquilidad sus entrañas palpitantes; se presentaron al suplicio con aire placentero; sufrieron en silencio, y su boca, cerrada al lamento, sólo se abria para bendecir al Señor. Consistia esto en que no estaban ellos entónces en su cuerpo ó que estaban más bien atentos á la voz de Jesucristo, que moraba en ellos y hablaba á sus corazones. La alegría de su presencia les hacia despreciar todos los tormentos, y el fuego que entónces sufrian les parecia un enfriamiento en comparacion de los fuegos que no se apagarán jamás: es que tenian los ojos del corazon fijos sobre los bienes inefables que Dios reserva á aquellos que perseveran en la fe, bienes cuales el ojo no vió, que el oido no oyó, ni ha comprendido jamás el corazon humano, pero que Dios les descubria, porque ellos no eran ya hombres, sino ángeles. Los que habian sido condenados á servir de pasto á las fieras sufrieron las incomodidades de una larga prision, esperando el dia destinado á ceñir su corona. Los tendian desnudos y ensangrentados sobre conchas de ostras y piedras puntiagudas; se esforzaban con otros mil medios de tortura en abatir su valor y hacerles

renunciar á Jesucristo, porque nada hay que el infierno no haya inventado contra ellos; mas, por la gracia de Dios, ninguno pudo vencerlos. Un jóven llamado *Germánico* daba valor y fortaleza á los demas con su ejemplo. Antes de exponerle á las fieras, el procónsul, movido de un sentimiento de humanidad, le exhortó á que tuviese compasion de sí mismo; pero el santo mártir le respondió con entereza que preferia morir mil veces ántes que conservar la vida á precio de su inocencia. Luego, avanzando resueltamente hácia un leon que venia sobre él, y buscando la muerte en las garras y en los dientes de este terrible animal, se apresuró á dejarle los despojos ensangrentados y destrozados de su cuerpo, para salir de un mundo en el que no se respiraba mas que la impiedad y el crímen. Esta accion heróica llenó al pueblo de despecho, y se oyeron mil voces que empezaron á gritar, haciendo resonar por todo el anfiteatro estas amenazantes palabras: *¡Qué se castigue á los impíos! ¡Que se traiga al obispo Policarpo!...*

Buscaron por todas partes al santo prelado de Esmirna, mas Policarpo no fue hallado. Quiso sin embargo permanecer en la ciudad, pero cedió á los ruegos de los fieles y se retiró á una casa que estaba poco distante de ella. Algunos dias despues, como continuasen persiguiéndole, pasó á otra casa de la campiña. Acababa de salir cuando entraron en ella los que le buscaban. No habiéndole encontrado, prendieron á dos jóvenes, de los cuales el uno, cediendo á los tormentos, descubrió el nuevo retiro del santo obispo. Los archeros, armados lo mismo que si hubiesen ido á apoderarse de un ladron, llegaron allí un viérnes al anochecer. San Policarpo se hallaba entónces retirado en uno de los aposentos más altos de su morada. Hubiese podido salvarse, pero no quiso, y levantándose de la cama dijo: *Hágase la voluntad de Dios.* Bajó, pues, y fue á hablar á los archeros, quienes al ver su avanzada edad no pudiedieron dejar de decir: *¿Y era necesario apresurarse tanto para prender á este buen anciano?* Estaban visiblemente disgustados de que se les hubiese encargado una mision tan odiosa; pero más habrian sentido perder la ocasion de una fortuna que esta clase de expediciones aseguraba ordinariamente. San Policarpo les hizo dar una buena cena, y habiendo obtenido algun tiempo para hacer sus oraciones, rogó por toda la Iglesia con los ojos levantados al cielo, y lo hizo con tanto fervor que todos los asistentes, inclusos sus mismos enemigos, estaban llenos de admiracion. Llegada la hora de marchar, colocáronle sobre un asno para llegar á la ciudad. Apénas entró, le condujeron inmediatamente al anfitea-

tro, en donde el pueblo estaba reunido. Le presentaron al procónsul, quien le exhortó á que obedeciese las órdenes del Emperador, á fin de salvar su vida. «Compadece tu ancianidad, le dijo este magistrado. ¿Crees tú poder sufrir los tormentos cuya vista sola hace temblar á la juventud más esforzada y atrevida?» Pero el santo Obispo se mostró tan poco sensible á sus amenazas como á su falsa piedad. Entónces el procónsul le instó con empeño, diciéndole : *Maldice á Cristo y te dejaré en libertad*. Policarpo le respondió: «Hace ochenta y seis años que le sirvo y nunca me ha hecho mal alguno; ¿cómo podria, pues, blasfemar contra mi Rey, que me ha salvado?» El procónsul, continuando: «Jura, le dijo, por la fortuna de los Césares.—Os molestais inútilmente, le observó el santo Obispo, como si ignorarais lo que yo soy: os declaro, pues, altamente que soy cristiano. Si vos quereis saber cuál es la doctrina de los cristianos, yo os la haré conocer.» El magistrado le amenazó con exponerle á las fieras. «Me es muy ventajoso, dijo el santo Prelado, llegar por medio de los sufrimientos á la perfecta justicia.—Puesto que no temeis las fieras, añadió el procónsul, os haré quemar vivo.—Vos me amenazais con un fuego que se apaga al momento, porque no conoceis el fuego eterno que está reservado á los impíos. Pero ¿qué esperais? Haced de mí lo que más os agrade.» Hablando de este modo parecia estar lleno de confianza y de alegría; la gracia esparcida por todo su semblante admiraba y pasmaba al procónsul. Entónces el pueblo furioso empezó á gritar: «¡Que se le eche á las fieras! este es el padre de los cristianos, el enemigo de nuestros dioses.» Pero como habia terminado el tiempo de los juegos públicos, el magistrado condenó al santo Obispo á ser quemado vivo. Desde el momento que fue pronunciada la sentencia, todo el pueblo corrió en tropel á buscar leña y ramaje para levantar la hoguera. Encendida esta, el santo mártir se quitó el cíngulo, se despojó de sus hábitos, y semejante á una víctima escogida entre todo el rebaño, subió á la hoguera, como si fuese á un altar, para ser allí inmolado. Los verdugos se disponian á atarlo con cadenas de hierro, segun era costumbre, pero el Santo lo impidió diciendo: «Dejadme así: aquel que me da la fuerza que tengo para sufrir el fuego, me hará permanecer firme en la hoguera, sin necesidad de vuestras cadenas.» Se contentaron, pues, con atarle las manos á las espaldas. El santo mártir, levantando los ojos al cielo, hizo la siguiente oracion: «Dios todopoderoso, Padre de Jesucristo, vuestro Hijo muy querido, por quien hemos recibido la gracia de conoceros, os rindo las mayores alabanzas, por ha-

berme permitido llegar á este dia dichoso en el que debo entrar en la sociedad de vuestros mártires, y participar del cáliz de vuestro Hijo, con quien os sea dada la gloria á Vos y á vuestro Santo Espíritu ahora y en todos los siglos. *Amen.*» Concluido que hubo esta oracion encendieron la hoguera, y con la mayor rapidez se levantó una horrorosa llama que por un milagro palpable le rodeó en forma de bóveda, sin que tocase en lo más mínimo el cuerpo del santo mártir. Estaba en medio de la hoguera como el oro en el crisol, y exhalaba un olor tan agradable como el de los perfumes más deliciosos. Los paganos, viendo que el cuerpo del Santo no se consumia, le hicieron atravesar de una estocada, y la sangre salió con tanta abundancia que apagó el fuego.» Esta historia del martirio de San Policarpo fue escrita por testigos de vista, los que añaden que los paganos no permitieron que fuese recogido el cuerpo, sino reducido á cenizas, de miedo que los cristianos no quitasen al Crucificado, decian ellos, para adorar á este. Necio temor, á que los escritores de estas actas responden diciendo: «¿No saben ellos que nosotros jamás podremos abandonar á Jesucristo, que ha padecido por la salvacion de todos, ni honrar como él á ningun otro? Nosotros le adoramos porque él es el Hijo de Dios, y no miramos á los mártires sino como á sus discípulos é imitadores, y los reverenciamos con justicia á causa de la fidelidad que han guardado á su Rey y á su Maestro.» Por último, terminan su relacion de este modo: «Nosotros retiramos del fuego sus huesos, más preciosos que las más ricas joyas, y los colocamos en un sitio conveniente, en el que esperamos reunirnos todos los años para celebrar con alegría la fiesta del santo mártir, á fin de que aquellos que vendrán despues de nosotros puedan ser excitados á prepararse al combate (1).»

Consérvase de San Policarpo una Epístola dirigida á los cristianos de Filipos, de la cual habla San Ireneo en su libro III contra las herejías. En ella despues de otras cosas da santas instrucciones á los fieles, enseñando á cada uno á llenar los deberes de su respectivo estado y exhortándoles á que no se dejen sorprender por las doctrinas de los herejes.

Por este tiempo sufrió tambien el martirio Santa Felicitas, sacrificada con sus siete hijos, como en otro tiempo Santa Sinforosa. Era Felicitas una ilustre matrona romana que desde la muerte de su esposo se consagró á Dios, dedicándose exclusivamente á la santificacion de su alma

(1) La traduccion de esta carta la hemos trasladado de la Historia de la Iglesia del abate V. Postel, traducida por D. Manuel Solá y Forondona.

y la de sus hijos, por lo cual gozaba de gran reputacion entre los cristianos. Los sacerdotes del paganismo trataron de persuadir al Emperador de que la decadencia del culto era causa de que los dioses se hallasen ofendidos, y que para desagraviarlos era necesario obligar á los cristianos á que les ofreciesen sacrificios. Publio, prefecto de la ciudad, quiso obligar á Felicitas á que se postrase ante los dioses y sacrificase. Valióse primero de palabras dulces, de halagos y de promesas, pero viendo que todo esto era inútil se sirvió en seguida de las más terribles amenazas. La contestacion de la virtuosa cristiana fue la más digna: «El Espíritu de Dios, le contestó, me da fuerzas para no caer en vuestros engaños, y no me vencereis miéntras conserve un soplo de vida: pero si me quitais esta yo ganaré con la muerte una victoria más ventajosa.» A la mañana del dia siguiente fue conducida al tribunal del prefecto con sus siete hijos, donde nuevamente la exhortó Publio, el cual acabó por decirle que ya que no tenia compasion de sí misma la tuviese al ménos de sus hijos. Indudablemente moririan con ella si se resistia por más tiempo á cumplir lo que se le ordenaba, á todo lo cual contestó la Santa de este modo: «La compasion á que quereis persuadirme seria la crueldad más perniciosa;» y volviéndose enseguida á sus hijos para exhortarles á la fortaleza, les mostró el cielo con la mano, diciéndoles: «Mirad, allí es donde os espera Jesucristo con los Santos que nos han enseñado el camino: sed fieles á ese remunerador magnífico y pelead con el valor correspondiente al premio que se os ofrece.» Irritado el prefecto al oir estas palabras hizo abofetear á la Santa, y llamando á los hijos, trató de persuadirlos, pero todos ellos estuvieron unánimes en confesar la fe de Jesucristo, manifestando que se hallaban animados del mismo deseo del martirio, visto lo cual fueron condenados á sufrir diversos géneros de tormentos. El mayor fue azotado cruelísimamente, de suerte que espiró en fuerza de los azotes; los dos hermanos que le seguian en edad fueron apaleados; el cuarto precipitado desde una grande elevacion, y los tres últimos fueron degollados juntamente con la madre, que fue la última que sufrió el martirio despues de haber presenciado los de sus hijos, con los cuales se reunió en la morada de la felicidad eterna.

Casi por el mismo tiempo tuvo lugar el martirio de los Santos Ptolomeo y Lucio, el cual habia contribuido á la conversion de una mujer, cuyo marido vivia entregado á los mayores desórdenes, por lo cual ella en la forma acostumbrada por las leyes romanas, viendo que no le era posible conducirle por las sendas de la rectitud, pidió el divorcio. Irritado

por esta causa el marido de aquella mujer, no solamente acusó á ella como cristiana, sino tambien á Ptolomeo, el cual habiendo confesado públicamente la fe de Jesucristo, fue arrastrado á una rigorosa prision, donde padeció por mucho tiempo hasta que fue condenado á morir. Cuando era conducido al suplicio, un hombre distinguido llamado Lucio preguntó al magistrado por qué razon sentenciaban á muerte á un hombre que no estaba convencido de otro delito que de ser cristiano, siendo así que este rigor se oponia á la humanidad que habian usado otros emperadores. Estas palabras le delataron como cristiano, lo que él no negó, siendo causa de que se apoderasen de él y sin ninguna clase de proceso le hiciesen morir en compañía de Ptolomeo y de otro cristiano que parece salió tambien á la defensa y cuyo nombre se ignora.

Hallábase en Roma San Justino, el cual, viendo el abuso de autoridad que se hacia por parte de los prefectos, porque estaba prohibido denunciar á los cristianos por el solo delito de serlo, se decidió á escribir una segunda apología, la cual dirigió á los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero, al Senado y al pueblo romano. Esta apología no es ménos notable en su forma y su fondo que la primera. En ella rogaba que no fuese calificado de crímen el que los acusados pretendiesen sincerarse y probar su inocencia. «Nuestra doctrina, decia San Justino, nada contiene que merezca proscribirse, porque es muy contraria á las lecciones de Epicuro, de Sótades, de Filenis y de otros semejantes, cuyos perjudiciales escritos andan libremente en manos de todos.» No adelantó el santo apologista otra cosa con este escrito mas que prepararse el camino del martirio. Habiendo tenido una conferencia con Crescente el Cínico, este quedó humillado sin tener que contestar á los sólidos argumentos de San Justino, el cual continuó predicando la fe de Cristo y enseñando por todas partes la doctrina salvadora del Evangelio.

Era á la sazon prefecto de Roma Rústico, á cuya presencia fue conducido San Justino con otros muchos cristianos. Al verle el prefecto vestido de filósofo, le preguntó cuál era su profesion, á lo cual contestó: «Por mucho tiempo he buscado la verdad en todas las sectas filosóficas, y desengañado al fin de las preocupaciones contra los cristianos, encontré entre ellos la perla inestimable de la verdad por que tanto habia ansiado.» Admirado el prefecto de esta respuesta, exclamó: «Esto quiere decir, miserable, que tú haces profesion de esa doctrina.—No es verdadero filósofo, añadió Justino, el que no sigue la verdad do quiera que la descubre.» Quiso Rústico que le informase cuál era el lugar donde los

cristianos se reunian, á lo que no quiso satisfacerle, temiendo como era natural que abusase de este conocimiento, y se contentó con decirle que los cristianos no necesitaban reunirse en ninguna parte porque el Dios de ellos no estaba encerrado en lugar determinado, pues que en su inmensidad, aunque invisible, llenaba con su presencia el cielo y la tierra y en todas partes era adorado por los cristianos. Rústico instó de nuevo diciéndole que manifestase de una vez si él era cristiano. Entónces el santo confesor de Jesucristo hizo pública manifestacion de su fe, y á continuacion de él y en virtud de igual interrogatorio, hicieron la misma profesion Cariton, Hierax, Peon, Evelpisto, Liberiano y una mujer llamada Caritina.

Dirigiéndose Rústico á San Justino le dijo: «Tú, que eres filósofo, ¿crees verdaderamente que luego de sufrir aquí los tormentos subirás al cielo para recibir la recompensa de lo que pierdes en la tierra? Tan cierto estoy, contestó el santo confesor de Jesucristo, que no me cabe la menor duda. —Pues bien, replicó el magistrado, lo que importa es que en el momento todos los que estais aquí presentes sacrifiqueis á los dioses.—Apresuraos, contestaron todos á una voz, á cumplir vuestra amenaza; somos cristianos y de ninguna manera sacrificaremos á los ídolos; nuestro único deseo, nuestra mayor gloria consiste en padecer por Jesucristo.» Vista esta resistencia, el prefecto mandó que fuesen azotados y que despues les cortasen la cabeza, cuya sentencia fue cumplida sin dilacion.

San Justino es á quien se puede considerar como el primero ó el más antiguo de los Padres de la Iglesia despues de los Apóstoles y discípulos del Salvador, y quizá como el primer apologista, no obstante ser más antigua la apología de Cuadrato, de la que ya nos hemos ocupado, toda vez que en nuestro concepto no puede compararse con la de San Justino, pues que en su modo de exponer los dogmas y las verdades católicas arrebata el espíritu.

Vamos á ocuparnos de la historia de dos impostores que demuestran claramente la gran diferencia que existe entre el verdadero valor y fortaleza de los mártires de la religion cristiana y sus antagonistas. Es el primero un hombre llamado Peregrino, el cual era conocido por sus muchas y contínuas extravagancias. Este habia abrazado el cristianismo en la Palestina, no por convencimiento, sino con el solo objeto de valerse de este engaño, creyendo hacer fortuna por tal medio. Tan bien supo desempeñar su papel, que llegó á adquirir gran reputacion, y habiendo sido preso por los gentiles sostuvo el papel de confesor de Jesucristo

con el mayor aplauso, recibiendo de varias partes consuelos y socorros con tanta abundancia, de suerte que llegó á juntar una crecida suma. Era el gobernador de la Siria muy afecto á los filósofos, y creyendo ver uno en Peregrino por el desprecio con que miraba la muerte, le concedió la libertad, prohibiéndole sin embargo que permaneciese en el distrito de su gobierno. Emprendió entónces varios viajes, continuando en su engaño, con lo que consiguió reunir aun más dinero; pero al fin, siendo conocida su hipocresía y depravada conducta, los fieles huyeron de él horrorizados. Habiéndose retirado á Aténas, donde vivia en una choza, fuera de la ciudad, pero falto ya de recursos, pensó en el medio de inmortalizar su nombre. Un dia en que celebraban los juegos olímpicos en la asamblea más numerosa de la Grecia, declaró públicamente que en la Olimpiada siguiente y en el mismo dia se abrasaria vivo en aquel mismo lugar. Él pensaba que durante los cuatro años que habian de trascurir hasta la otra Olimpiada podia ocurrir algun suceso que le impidiese dar cumplimiento á su promesa, logrando entre tanto por aquel valor insensato y estúpido hacerse admirar de un pueblo tan amante de las supersticiones y de las cosas extraordinarias; pero el tiempo pasó y llegó el dia designado. Entre los muchos que se llamaban sus discípulos unos eran de opinion que debia prolongarse la vida de aquel hombre tan importante, aplazando el tiempo de su voluntario sacrificio, y otros por el contrario opinaban que debia cumplir su promesa porque en ella estaba interesada su honra. Sin embargo, Peregrino, valiéndose de una frívola causa, dejó pasar el dia prefijado. A poco cayó enfermo, y como manifestase temor por su vida, el médico que le asistia no pudo ménos de hacerle notar cuanto le admiraba este temor en un hombre que buscaba la muerte y que tenia ofrecido quemarse vivo. Esto hirió de tal suerte su vanidad, que declaró en el momento que en la noche siguiente daria cumplimiento á su promesa. Concurrió á este espectáculo una inmensidad de espectadores, y él mismo encendió la hoguera, y arrojando en ella algunos granos de incienso, se volvió hácia el Mediodía para pedir á los dioses le fuesen propicios en su sacrificio. Concluida su oracion, quitándose las sandalias, las alforjas y el manto, saltó con mucha ligereza en las llamas, de suerte que en un instante le consumieron.

El otro impostor fue Alejandro de Paflagonia. Este habia representado el papel de mágico, y despues se trasformó en profeta; era de gran habilidad y poseia el arte de engañar al vulgo. Un dia anunció la próxima venida del dios Esculapio, y despues manifestó una pequeña ser-

piente que sacó del cascaron de un huevo: otro dia sacó otra mucho mayor, queriendo hacer creer que era la misma, y como aquel reptil estuviese por él domesticado, le hizo ejecutar varios juegos, lo que fue suficiente para que aquel vulgo ignorante le transformase en dios y le ofreciese sacrificios; pero como su objeto era tan sólo proporcionarse lucro, procuraba sacar siempre dinero de sus adoradores. Llegó á adquirir tanta opinion que hasta el mismo prefecto del pretorio, teniéndole por profeta, llegó á consultarle sobre el éxito de una batalla. Él dijo que se ganaria, sujetándose á ciertas condiciones, pero á pesar de que estas se cumplieron fue lo cierto que la batalla se perdió. No tuvo otro recurso el impostor que decir habia sido mal interpretada su profecía, y murió á los setenta años en la mayor miseria y roido de gusanos, no obstante haber dicho que viviria cien años. Esto fue causa de que todos se convenciesen de que habia sido un miserable impostor.

CAPITULO IV.

Prodigio de la Legion fulminante.—Persecucion en las Galias.—Mártires en Lyon.—Epagato.—San Potimo, obispo de Lyon.—Santa Blandina.—El diácono Santo.—Maturo y Attalo.—Consulta hecha por el presidente romano al Emperador.—Contestacion de Marco Aurelio.—Terribles martirios que padecieron los santos confesores, juntamente con un jóven llamado Póntico.

Es verdaderamente prodigioso el hecho que vamos á consignar, y en virtud del cual Marco Aurelio hizo cesar la persecucion que pesaba sobre la Iglesia. El ejército de este emperador hacia la guerra á los germanos y sármatas, y en él habia una multitud de cristianos, de los cuales se servia el Señor como de misioneros para llevar la verdad religiosa á los más distantes paises. El ejército romano se encontró en las montañas de Bohemia rodeado por los pueblos bárbaros, siendo por lo tanto inminente el peligro que corria, tanto por ser aquellos muy superiores en número, como por la sed que les atormentaba, hallándose en el corazon del verano y careciendo de agua alguna. Los soldados cristianos, puesta su confianza en Dios, cayeron de rodillas á vista del enemigo que los observaba y que burlándose de ellos se disponian á entrar en batalla, creyendo que aquel era el momento favorable. Bien pronto mudaron de propósito, pues que repentinamente el cielo se cubrió de nubes que empezaron á dejar caer una abundante lluvia sobre el campo de los romanos, al tiempo mismo que sobre los bárbaros dejaban caer grandes pedriscos que hizo entre ellos los mayores destrozos, obligando á los que quedaron con vida á una pronta y vergonzosa fuga. Entretanto los romanos, que tan visiblemente se veian favorecidos de Dios, bebieron abundantemente y dieron de beber á sus caballos, y en virtud de este prodigio consiguieron la victoria las tropas de Marco Aurelio. No hubo quien no mirase este hecho como un prodigio de la Providencia, en memoria del

cual se levantó el magnífico monumento de la columna antoniana que aun hoy dia subsiste, en cuyo relieve se halla esculpida esta historia. Desde entónces las tropas cristianas, que habian obtenido del cielo tan singular favor, fueron conocidas con el nombre de Legion fulminante, y reconociendo el mismo Marco Aurelio que habia debido su salvacion á las oraciones de los cristianos, dispuso que en adelante no se les persiguiese ni molestase por motivos de religion.

La tregua que á causa de este acontecimiento disfrutaron los cristianos no fue de larga duracion, pues que tres años despues, bajo el nombre y autoridad del mismo Marco Aurelio, se levantaron nuevas conmociones populares en diversas provincias, especialmente en las Galias, donde por aquel tiempo habia ya iglesias muy florecientes. ¿Cuál pudo ser la causa de esta señalada muestra de ingratitud por parte de aquel emperador? Tal vez llegaron á persuadirle que aquel prodigio habia sido debido al favor que le dispensaban los dioses, ó bien conociendo el odio que las masas populares profesaban á los fieles tuvo temor por su corona. Lo cierto es que si es una verdad que el hombre está pronto para recibir el beneficio, no lo está ménos para olvidarse del bienhechor: rara vez se le ve inclinarse para besar la mano generosa que le socorriera en el dia de la desgracia. Créese con fundada razon que la fe habia sido llevada á las Galias por los discípulos de los Apostóles, y que San Trófimo, primer obispo de Arles, habia sido enviado allí para predicar el Evangelio por el Príncipe de los apóstoles. Opimos frutos habia producido en aquellas provincias la simiente evangélica, por lo cual habian concebido los idólatras gran odio contra los cristianos, á los cuales imputaban los más groseros errores. En Lyon fue en donde mayores proporciones tomó la persecucion; no perdonaron injuria ni ultraje, haciendo objeto á los cristianos de toda suerte de vejaciones, llegando á tal término el desórden, que no contentos con insultarlos, los apedreaban y daban crueles golpes do quiera que los encontraban. Ultimamente los presentaron ante los tribunales, formulando contra ellos las más groseras acusaciones. He aquí de qué modo se nos da cuenta de esta persecucion en una carta que los cristianos de Lyon escribieron á los de Asia: «Todos los que de entre nosotros fueron interrogados sobre la Religion, la defendieron y confesaron con valor, y fueron estrechamente encerrados hasta la llegada del presidente, que se esperaba. Habiendo este, algunos dias despues, llegado á Lyon, los hizo conducir á su tribunal, y este juez lleno de furor contra ellos los trató con tanto rigor, que un jóven lla-

mado Epagato, que se encontraba entre los espectadores, no pudo dejar de manifestar su indignacion. Era cristiano y se consumia en ardiente amor de Dios, y en una caridad enteramente santa hácia el prójimo. Sus costumbres eran puras y austera su vida, aun cuando se hallaba todavía en la edad de las pasiones. Marchaba por la senda que conduce al Señor, y cumplia sus preceptos dispuesto siempre á servir á Dios, á la Iglesia y al prójimo, siempre animado del celo de la gloria de Jesucristo, siempre lleno de fervor por la salvacion de sus hermanos. Pidió, pues, que le fuese permitido decir una palabra para defender la inocencia de los cristianos, ofreciéndose á demostrar que la acusacion de impiedad y de irreligion que pesaba sobre ellos era una pura calumnia; pero al instante se alzaron contra él mil voces en torno del tribunal. El juez por su parte, picado de la demanda que el jóven habia hecho de hablar en favor de los acusados, le preguntó si era cristiano. Epagato confesó en alta voz que efectivamente lo era, y en el momento fue colocado entre los otros mártires. El juez burlándose le dió el nombre glorioso de *abogado de los cristianos*, haciendo, sin pensarlo, su elogio en una sola palabra. Su ejemplo animó á los demas cristianos, que en alta voz se declararon tales, é hicieron la pública confesion de los mártires con una alegría que se revelaba en sus rostros y hasta en el sonido de su voz.— Entretanto habia dado órden de prender al bienaventurado Potino, obispo de Lyon, que en un cuerpo quebrantado y debilitado por la vejez manifestaba los sentimientos de una alma jóven y vigorosa. Una partida de soldados que le condujo lo presentó á los piés del tribunal. El pueblo le siguió llenándole de oprobios. El santo anciano dió entónces un esclarecido testimonio de la divinidad de su Maestro; porque, habiéndole preguntado el presidente quién era el Dios de los cristianos, respondió: «Vos le conoceriais si fueseis digno.» Al instante le arrancaron de allí, arrastráronle con violencia y le llenaron de golpes: los que estaban cerca del santo anciano le golpeaban con sus piés y manos, y los que se hallaban mas distantes le tiraban todo cuanto podian encontrar, sin guardar respeto á sus años. Todos hubiesen creido cometer una grande impiedad, si no hubieran insultado al enemigo de sus dioses. Le sacaron medio muerto de las manos de estos furiosos, y le encerraron en una prision, en la que murió tres dias despues.»

Víctima ilustre de esta persecucion fue Santa Blandina, jóven esclava que llenó de admiracion á los mismos verdugos encargados de atormentarla, por el valor y la fortaleza que manifestó en los tormentos, contra

lo que era de esperar, atendida su extremada delicadeza; pero ya hémos dicho en otra ocasion, sirviéndonos de palabras de la Escritura Santa, que Dios cuando es su voluntad se vale de las cosas flacas y al parecer ruines del mundo para confundir las fuertes.

Los mismos atormentadores de la intrépida cristiana llegaron á cansarse sin lograr ver en lo más mínimo disminuido el valor de que estaba poseida en medio de los tormentos. Precisábanla á que profiriese alguna palabra injuriosa á las costumbres ó prácticas de los fieles, pero ella no sabia pronunciar otras palabras que estas: *yo soy cristiana y entre nosotros no se comete ningun crímen*. El diácono llamado *Santo*, que era de la iglesia de Lyon, negóse resueltamente á declarar su nombre y patria, no queriendo satisfacer ninguna de las preguntas que le eran dirigidas, sin dar otra contestacion que la contenida en estas lacónicas palabras: *yo soy cristiano*. *Maturo*, que era un neófito ó recien bautizado, y *Attalo* manifestaron igual entereza, usándose con todos ellos los mayores rigores y las más inauditas crueldades: Blandina, que tanto habia padecido, fue colgada en un palo, exponiéndola de este modo á la voracidad de las fieras, las cuales no le hicieron el menor daño, por lo cual se determinó dejar su suplicio para otro dia. En cuanto á Attalo, al tiempo que iba á ser conducido al suplicio, como hubiese sabido el presidente sus cualidades de ciudadano romano, revocó por entónces su sentencia para consultar con el emperador sobre la resolucion que habia de tomar.

El diácono Santo fue tambien azotado con el mayor rigor, en término que los verdugos dejaron su cuerpo hecho una llaga de los piés á la cabeza, y como si esto no fuese bastante, pasados algunos dias, le dieron nuevos tormentos; mas por un milagro patente de la Providencia quedó perfectamente sano.

No se hizo esperar la contestacion á la consulta elevada por el presidente á Marco Aurelio, el cual determinó que fuesen puestos en libertad aquellos que renunciasen la fe y muriesen los que persistiesen en confesarla. En virtud de esta resolucion imperial, los santos confesores fueron interrogados nuevamente, y como manifestasen igual firmeza en confesar á Jesucristo fueron sentenciados á morir. Unos, como ciudadanos romanos, fueron sentenciados á cortarles la cabeza y los otros á ser expuestos á las fieras. Cuando sufrian este último interrogatorio hallábase presente un médico, el cual hacia señas á los santos confesores para que se mantuviesen firmes, lo que habiendo sido visto por algunos del pueblo fue causa de que lo delatasen. Entónces el presidente dirigiéndole la

palabra le preguntó cuál era su religion, á lo que él respondió que era cristiano. Bastó esto para que sin ninguna clase de procedimiento mandase el presidente que fuese arrojado á las fieras. A la mañana siguiente fue conducido al anfiteatro en compañía de Attalo, al cual, á pesar de su calidad de ciudadano romano y contraviniendo las órdenes del emperador, habia condenado á aquel suplicio. En igual tormento perecieron por último la jóven Blandina y un jóven cristiano llamado Póntico, el cual manifestó tambien una admirable fortaleza.

CAPITULO V.

San Sotero, papa.—San Eleuterio, papa.—Commodo, emperador.—Mártires de Lyon. —Epípodo y Alejandro.—San Sinforiano.—Martirio de Andrés, Tirso y Felex.—Id. de la Sta. Librada y sus hermanos.—Obras de San Irenéo.—San Victor I, papa.—Excomulgó á algunos herejes.—San Clemente de Alejandría.—San Narciso, obispo de Jerusalen.

Ocupados en hablar de la persecucion de las Galias, nada hemos dicho aun del papa San Sotero, inmediato sucesor de San Aniceto, que fue creado el año 168. Bajo el nombre de este Pontífice se publicaron algunas decretales juzgadas apócrifas por algunos críticos, por lo cual dice Novaes que todas las decretales hasta las de Siricio, trigésimo nono papa, creado en 384, deben ser examinadas con escrupuloso cuidado, si bien fueron citadas como verdaderas y como monumentos fidedignos de los primeros siglos hasta mediados del siglo XVII.

Fue extraordinario el celo de este pontífice en socorrer á grandes distancias á los cristianos necesitados extendiendo sus cuidados hasta los paises más remotos, principalmente en aquellos años en los que la Iglesia gozó alguna tranquilidad. Así como sus antecesores, combatió las herejías que en tan gran número aparecian entónces. Dice el autor de la *Historia de Los Soberanos Pontífices*, Artaud de Montor, que el celo de este papa obtuvo que no se condenase á los cristianos por el mero hecho de ser tales, siendo preciso al ménos que se les acusase de antemano de un crímen contra el Estado, sin que se reputare delito la creencia cristiana. Sin poner en duda nosotros ni por un momento el celo extraordinario de este santo pontífice, creemos, como ya hemos manifestado, que la paz y tranquilidad que por espacio de tres años disfrutaron los fieles fueron debidas al prodigio de la Legion fulminante, de la que nos hemos ocupado en el capítulo anterior.

Creó San Sotero en cinco ordenaciones once obispos, diez y ocho presbíteros y nueve diáconos, habiendo gobernado la Iglesia por espacio de nueve años y algunos meses. Fue su cuerpo enterrado en el cementerio llamado de San Calixto, siendo trasladado de él á la iglesia de los santos Silvestre y Martin por el papa Sergio II en el año 845, y más tarde á la via Appia en la iglesia de San Sixto, perteneciente á los padres dominicos. Se dice que algunas de sus reliquias se conservan en las iglesias de la misma órden en Florencia y en Toledo.

Por muerte de San Sotero fue exaltado á la Sede apostólica en el año 177 San Eleuterio, griego de nacion y natural de Nicópolis, no faltando algun escritor que afirme que era napolitano y nacido en Calabria.

A Marco Aurelio habia sucedido en el imperio romano Commodo, y por una extraña pero feliz contradiccion, dice Cesarotti, la Iglesia, perseguida en tiempo de un buen príncipe, fue dejada en paz por un mónstruo. Sin embargo, no dejaremos de hacernos cargo de otros mártires que padecieron ántes de la exaltacion de Commodo en la misma persecucion de las Galias, de la que ya nos hemos ocupado detenidamente, mereciendo una particular mencion los mártires de Lyon llamados Epipodo y Alejandro, jóvenes de distinguido nacimiento y unidos desde la más tierna edad por los vínculos de la amistad. Estos fueron delatados como cristianos, por lo que huyendo de la ciudad se refugiaron en la cabaña de una pobre viuda, donde al cabo de algunos dias y despues de escrupulosas pesquisas fueron encontrados. Inmediatamente fueron conducidos con las manos atadas á la espalda ante el tribunal del presidente romano, el cual les preguntó por sus nombres y religion, respondiendo ellos con la mayor presteza que eran cristianos. «¡Qué! ¿Aun hay quien se atreva á violar los edictos de nuestros príncipes? ¿De qué han servido, pues, los tormentos que hemos hecho sufrir á los demas?» Mandó separarlos para evitar que mútuamente se animaran, y habiendo mandado encerrar á Alejandro, que era el mayor de ellos, en una prision, aplicaron á la tortura á Epipodo, que parecia el más débil. Antes de atormentarle el juez, que se propuso ganarle con palabras dulces y halagüeñas, le habló de esta manera: «Es menester no obstinarse en perecer: nosotros adoramos á los dioses inmortales que todos los pueblos de la tierra y los emperadores adoran con nosotros; á estos dioses los honramos con regocijos, con festines y con juegos. Vosotros adorais á un hombre crucificado, á quien no se puede agradar sino renunciando á to-

dos los placeres. Abandona, pues, la austeridad, para gozar de las dulzuras de la vida, que tanto convienen y tan propias son de tu edad.» Epipodo respondió: «Tu cruel compasion ni me convence ni me seduce: Vosotros no sabeis que Jesucristo, despues de haber sido crucificado, resucitó triunfante y glorioso, y que siendo, por un misterio infalible, Dios y hombre, franquea á sus servidores la entrada en el reino celestial. Mas, para hablaros algo que comprendais mejor, ¿ignorais que el hombre es un compuesto de dos sustancias, esto es, de alma y cuerpo? Entre nosotros el alma manda y el cuerpo obedece. Los placeres voluptuosos á que os entregais en honor de vuestros dioses halagan, es verdad, los sentidos, pero dan la muerte al alma. Nosotros hacemos la guerra al cuerpo, pero es para que el alma viva y conserve su imperio. En cuanto á vosotros, despues que habeis procurado satisfacer vuestras sensaciones y placeres como las bestias, no encontrais sino una triste muerte; y nosotros, cuando nos haceis morir, hallamos, al contrario de vosotros, una vida eterna.» Estas valerosas palabras fueron su sentencia de muerte: mandó el presidente que le hiriesen la boca á puñaladas y despues colocado en el ecúleo le despedazaron los costados con uñas de hierro, mandando por último que le cortasen la cabeza. A los dos dias del martirio de San Epipodo, queriendo aun satisfacer más el deseo del pueblo, hizo comparecer en su presencia á Alejandro á su tribunal, y presentándole el ejemplo de su compañero, trató de exhortarle á no imitar su conducta, y lo hizo con estas palabras: «Aun podeis aprovecharos del ejemplo de los otros: nosotros hemos hecho la guerra á los cristianos con tanto acierto, que segun pienso, ninguno queda sino vos.» La respuesta de Alejandro fue la de un esforzado atleta de Jesucristo: «Doy gracias á Dios, le dijo, porque recordándome los triunfos de los mártires, me animais con su ejemplo: por lo demas, os engañais completamente; el nombre cristiano no puede perecer. Yo soy cristiano, y lo seré siempre.» A esta noble contestacion siguió inmediatamente el martirio. Así como Epipodo, fue colocado en el ecúleo con las piernas muy abiertas, y tres verdugos que remudaban por turno le golpeaban con la mayor furia y violencia, siendo por último condenado á morir en cruz. El santo mártir invocaba la proteccion del cielo y Dios le comunicó una admirable fortaleza.

Es imposible fijar la consideracion en estos hechos para que se disipe la duda que cualquiera pudiera abrigar sobre la verdad de la religion cristiana. El número de mártires que produjeron las persecuciones de

los tres primeros siglos no pueden reducirse á guarismos, y segun vamos viendo, los hubo de toda edad, sexo y condiciones. ¿Quién infundía en ellos un valor tan extraordinario? ¿Quién les daba ánimo para entonar las alabanzas del Señor en medio de los tormentos? ¿De donde provenia aquella serenidad tan admirable, que fue muchas veces ocasion de que se convirtiesen los mismos verdugos encargados de atormentarlos? ¡Ah! que sólo la verdad puede presentar tales testimonios. Por otra parte es indudable que Dios hizo en ellos prodigios ádmirables que no han negado los historiadores profanos, y de tal naturaleza que á vista de ellos, negar la verdad de la religion, tanto valdria como negar la luz del sol en la mitad del dia. El pueblo romano, que se complacia en asistir á los hermosos espectáculos del anfiteatro, vió más de una vez echarse las fieras hambrientas á los piés de los santos confesores de Jesucristo, sin hacerles el menor daño: sin embargo estos y otros semejantes prodigios eran reputados por ellos como encantamientos. Y esos ejemplos de valor y heroicidad viene presentándolos el cristianismo en todos los siglos. El espíritu de caridad, el deseo de la salvacion de sus hermanos conduce cada dia á nuestros misioneros á los más remotos paises, donde experimentan los mayores trabajos, perdiendo muchos de ellos la vida, ora en medio de sus penosas fatigas, ora á manos de aquellos mismos á los que llevan el inestimable beneficio de la luz del Evangelio y con ella la civilizacion. Compárese el resultado de nuestras misiones católicas con el que produce el protestantismo. Bien es verdad que no hay comparacion posible entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error.

Concluiremos la historia de la cuarta persecucion, consignando el martirio de San Sinforiano, el cual hallándose en Autun en ocasion en que se celebraba con gran pompa la fiesta de Cibéles, diosa del paganismo, manifestó públicamente el disgusto que experimentaba de aquel culto impío. Inmediatamente fue arrestado, y conducido á la presencia del gobernador, el cual se hallaba en Autun haciendo pesquisas en persecucion de los cristianos. He aquí el interesante interrogatorio que tuvo lugar entre el santo confesor y el tirano: «¿Cómo es que has podido hasta ahora huir de mis investigaciones, cuando yo creia haber limpiado esta ciudad de los que llaman cristianos? Dime, pues, por qué has rehusado adorar á la gran Cibéles.—Yo soy cristiano, respondió Sinforiano, y no adoro mas que á un solo Dios, que reina en el cielo. Por lo que hace á la imágen del demonio, representado en vuestra Cibéles, no

sólo no la adoro sino que, si me lo permitis, la reduciré á polvo en un momento.—Probablemente es vuestro nacimiento, dijo el juez, el que os inspira esa arrogancia é impía resolucion; pero ¿conoceis las órdenes del Emperador?» En seguida le leyó el edicto imperial en el cual se ordenaba dar muerte á todo el que rehusase sacrificar á los dioses, y concluida la lectura, le preguntó qué tenia que exponer, y si era lícito rebelarse contra los decretos del príncipe. «Este ídolo, respondió Sinforiano, no es otra cosa que una invencion del demonio, de la que se sirve para perder á los hombres. Un cristiano que se abandona al crímen caerá en el abismo: nuestro Dios tiene castigos para el pecado, y recompensas eternas para la virtud. Yo no llegaré á la bienaventuranza eterna sino perseverando en la confesion de su santo nombre.» Esta contestacion irritó sobremanera al juez, el cual le mandó azotar, enviándole en seguida á una prision. Pasados algunos dias, le hizo nuevamente comparecer en su presencia, y le ofreció dinero del tesoro público y un empleo de distincion si consentia en ofrecer sacrificio á Cibéles, renunciando á su religion. «Un juez, le dijo Sinforiano, no debe perder el tiempo en discursos inútiles ni tender lazos á la inocencia. No temo la muerte: nosotros debemos nuestra vida al Autor de ella; ¿por qué, pues, no habíamos de ofrecer á Jesucristo como un don lo que un dia debemos pagarle como una deuda? Vuestras promesas y favores no son mas que un veneno oculto bajo un pérfido incentivo: el tiempo se lleva vuestros bienes y riquezas como un rápido torrente y solo Dios es el que puede concedernos una felicidad constante y perpetua. La mas remota antigüedad no ha visto el principio de su gloria, ni la consumacion de los siglos verá jamás su fin.—No hablemos más, jóven, pues que ya cansais mi paciencia. Si hoy mismo no sacrificais á Cibéles, os haré sufrir los más crueles tormentos y despues os condenaré á muerte.» Y como Sinforiano no deseando otra cosa que padecer y morir por la justicia, contestase con protitud: «Yo no temo mas que á Dios Todopoderoso que me ha criado, ni sirvo á otro que á Él: mi cuerpo únicamente es el que está en poder vuestro, pero nunca lo estará mi alma,» pronunció el juez la sentencia, diciendo: *Muera degollado el sacrílego Sinforiano, para vengar á los dioses y á las leyes, á quienes ha ultrajado.*

Si fue notable la fortaleza de Sinforiano no lo fue ménos la de su madre, que saliéndole al encuentro cuando le conducian al suplicio, prevaleciendo en ella más los sentimientos cristianos que los de la carne, empezó á animarle para que fuese intrépido á verter su sangre por Je-

sucristo. «Hijo mio, le decia, gritando desde lo alto de la montaña; querido hijo Sinforiano, acuérdate de Dios vivo: muestra tu valor, pues no debes temer una muerte que te conducirá seguramente á la vida. Para que no sientas dejar la tierra, levanta tus ojos al cielo y menosprecia los tormentos que no duran más que algunos instantes: si tienes constancia, serán trocados por una felicidad eterna.»

Durante esta persecucion padecieron Andrés y Tirso en Sanlieu y un mercader llamado Félix, los cuales despues de sufrir muchos tormentos fueron muertos á palos, y Sta. Librada y sus hermanas.

Varias obras compuso San Ireneo en su deseo de desterrar los errores que se propagaban contrarios á la verdad evangélica, siendo una de las producciones de este santo doctor la titulada *Del Cisma*, dirigida á Blasco, presbítero de la Iglesia Romana, que habia sido depuesto con Florino por haber abrazado doctrinas erróneas. Contra Florino compuso tambien dos tratados, titulado el primero de la *Monarquía*, esto es, de la unidad de un principio de todas las cosas, ó de un solo Criador, para demostrar que Dios no es causa del mal. El otro tratado se titula de la *Ogdoada* ó de los ocho Eones, en que Valentino fundaba su sistema.

Si bien con el transcurso de los tiempos se han perdido otros muchos escritos de este santo doctor, se conserva una traduccion latina, de su excelente obra contra las herejías. En ella refuta con profundidad de razones y los más sólidos argumentos cuantas herejías se habian suscitado en la iglesia desde Simon Mago hasta sus dias, y se detiene muy particularmente en la refutacion de la interpretacion de las santas Escrituras, hecha por el apóstata Teodocion, el que habiendo desertado de las banderas de Cristo para abrazar el judaísmo, debilitaba las pruebas del cristianismo sacadas de los profetas, y especialmente traducia la profecía de Isaias: *Ecce virgo concipiet: he aquí que concebirá una virgen*, por estas palabras: *he aquí que una jóven concebirá;* y defendió algunos artículos de nuestra creencia católica, tales como el pecado original, el libre albedrío, y la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

Ya hemos dicho que á Marco Aurelio sucedió en la dignidad imperial su hijo Cómmodo, el cual era de perversa condicion. Creyóse que habia envenenado á su padre y este tambien lo creyó, pero supo disimularlo, y el tribuno, que venia á tomar sus órdenes, le respondió: *acudid al sol que nace*. Manifestó que era pesada la existencia, y rehusando tomar ali-

mento murió el año 180 de Jesucristo, á los cincuenta y nueve de su edad y diez y nueve de reinado.

En el año 193 de Jesucristo subió á ocupar la cátedra de San Pedro vacante por la muerte de San Eleuterio, el papa San Víctor I. Durante su pontificado se debatió la cuestion relativa á la Pascua, consistiendo todavía la dificultad en saber si se debia celebrar el dia décimo cuarto de la luna de Marzo, como pretendian los fieles de Asia ó el domingo siguiente á dicho dia, segun la costumbre de Roma y de los pueblos occidentales. Prevaleció la última opinion, si bien no fueron considerados como herejes ni cismáticos los que observasen una práctica contraria; hasta tanto que la cuestion fué definitivamente resuelta en el Concilio general de Nicea. Algunas personas animadas de un celo exagerado pretendian que el papa San Víctor excomulgase á los obispos del Asia; mas el santo pontífice, á instancia y persuasion de San Ireneo, no pronunció la sentencia. Esto prueba, dice un historiador, el poder que el papa Víctor ejercia en la Iglesia.

El mismo pontífice declaró que para la administracion del bautismo podia servir cualquier agua natural, con tal que hubiese una necesidad imperiosa.

Celebró varios concilios excomulgando á los herejes que sostenian ser Jesucristo un hombre y no un Dios (1), así como tambien á los que afirmaban que el cuerpo de Jesús era celeste, condenando ademas á Praxeas, cuyo error consistia en enseñar que el Padre, y no el Hijo, habia sufrido la pasion, al mismo tiempo que combatia el dogma de la Santísima Trinidad.

Por los tiempos de San Evaristo, á fines del siglo II y principios del III, floreció San Clemente de Alejandría llamado Tito, Flavio Clemente, al que se cree natural de Aténas. Era de superior ingenio y de profundo talento, muy versado en la filosofía y principalmente en la de Platon, como asimismo en la ciencia de las Sagradas Escrituras. El mismo nos demuestra el celo de que se hallaba animado para escribir, diciendo en una de sus hermosas producciones: «No he compuesto esta obra por ostentacion; es un tesoro de memoria que guardaba para mi vejez, un remedio sin arte para el olvido y la malicia, un ligero bosquejo de los dis-

(1) En esta misma herejía es en la que ha caido el moderno escritor Mr. Renan al pretender hacer aparecer á Jesucristo en presencia de la sociedad como un puro hombre y no como Dios y hombre verdadero.

cursos sublimes y de los hombres bienaventurados y verdaderamente dignos de recuerdo que he tenido la fortuna de oir y conocer.» En su deseo de discutir con los hombres más sabios hizo muchos viajes, yendo de la Grecia á Italia, desde esta al Oriente y aun á la Asiria. Explicando aquellas palabras de los Proverbios: *el que ama la sabiduría será la alegría de su padre,* dice que el sabio habla de un alma que busca y venera la tradicion. Antes de la muerte de San Pantano quedó encargado de la escuela de Alejandría establecida para la instruccion de los catecúmenos y para otros objetos. Fue uno de sus discípulos San Alejandro, que despues fue obispo de Jerusalen.

Algunos escritores dan á este varon esclarecido el título de santo, y otros con Henrion lo suprimen, fundándose en que Benedicto XIV en su célebre constitucion dirigida al Rey de Portugal, que es la 54, no solamente borró del martirologio romano el nombre de Clemente, sino que tambien alega muchas y poderosas razones que le movieron á ejecutarlo. No hemos visto esta constitucion del papa Benedicto XIV, y así lo único que podemos decir es que la mayor parte de los historiadores le dan el título de mártir (1).

Son muchas y á cual más excelentes las obras que produjo este fecundo ingenio, de las cuales se conservan la *Exhortacion á los gentiles*, *El Pedagogo*, *Los estromas* y un breve tratado sobre las cualidades que debe tener el rico si desea conseguir la salvacion eterna. En la primera de estas obras trata de persuadir á los gentiles de la falsedad y extravagancia de la idolatría y las tristes consecuencias que de ella se derivan; es la segunda un compendio de moral cristiana que se dedica á la instruccion de los que abrazan la enseñanza católica, pero es indudablemente más profunda su tercera obra *Los estromas*. En ella da la más completa idea de la perfeccion del cristianismo. He aquí de que modo habla de los gnósticos: «El gnóstico ó sabio parece que no está sujeto á otras pasiones que á las necesarias para la conservacion de la vida. Tiene sujetas las que pueden turbar su alma, como la ira y el temor; y no es gobernador de las que parecen buenas, como el esfuerzo y la alegría. Disfruta de una igualdad casi inalterable, y jamás su espíritu se abandona á la tristeza, persuadido de que todo cuanto es digno de interesarle sucede bien. Tampoco se deja arrebatar del odio ó de la venganza, porque ama á Dios y no aborrece á ninguna de sus criaturas. A nadie envidia,

(1) Véase á Marchetti, tomo I de la crítica de Fleury.

porque de nada carece; ni ansía cosa alguna de la tierra, porque está ya unido en cuanto es posible con el objeto de sus deseos: y así el verdadero gnóstico, el cristiano perfecto como lo fueron Pedro, Pablo y los demas apóstoles, está más frecuentemente libre de las pasiones que ocupado en reprimirlas. Los bienes celestiales que goza por medio de la contemplacion le hacen insensible á los deleites de la tierra; y su espíritu habita con el Señor, aunque su cuerpo esté detenido en el mundo. No se quita la vida, porque no debe desamparar el sitio que su dueño soberano le ha señalado; pero usa de las cosas necesarias sólo para vivir, y sustenta su cuerpo con los frutos de la tierra, sin que su alma ni sus afectos contraigan la corrupcion de ella.»

Por este mismo tiempo suscitó Dios otros ilustres varones que edificaban la Iglesia, entre los que ocupa un lugar distinguido San Narciso, obispo de Jerusalen. Era un hombre de raras virtudes, lo que le hacia ser respetado y venerado de cuantos le trataban, y por su medio hizo Dios muchos prodigios, contándose entre ellos el que habiendo faltado el aceite de las lámparas del templo en la víspera de la Pascua, oró y en el momento fue convertida en aceite el agua de un pozo que estaba allí cercano. El historiador Eusebio afirma que en los tiempos que él escribia se conservaba aun parte de aquel aceite de orígen prodigioso. Sin embargo de la notoria santidad de San Narciso, no faltaron enemigos que, queriendo eclipsar la gloria de sus virtudes, le calumniasen miserablemente; tres de estos enemigos le acusaron de un pecado vergonzoso, confirmando la calumnia con juramentos y aun con imprecaciones. El primero de ellos dijo: «Devórenme las llamas si no es verdad lo que afirmo;» el segundo, «que así fuera presa de terribles enfermedades,» y el tercero, «pierda la vista, dijo, si no es verdad lo que digo. Era muy conocida, como hemos dicho, la virtud del santo prelado, para que el pueblo diese crédito á aquellas viles calumnias; pero San Narciso, que hacia mucho tiempo llevaba sobre sus hombros el peso del cargo episcopal, y que era muy amante de la soledad, se retiró con esta ocasion á un desierto, confiando á Dios el cuidado de volver por su honra, sin embargo que, lleno de caridad, léjos de desear mal alguno á sus calumniadores, rogaba continuamente por ellos, cumpliendo de este modo el precepto evangélico por el que nos manda Jesucristo amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen y rogar por los que nos persiguen y calumnian. Esto no obstante, quiso Dios castigar terriblemente á aquellos pérfidos calumniadores, y así al primero se le incendió la

casa y pereció dentro de ella con toda su familia; el segundo se cubrió de lepra de los piés á la cabeza, y el tercero á vista de tan ejemplar castigo se arrepintió de corazon de su pecado, y volviéndose á Dios lloró tan amargamente que llegó á perder la vista. De este modo volvió Dios por la honra de su amado siervo.

El pueblo que, como hemos dicho, amaba tan extraordinariamente á su Pastor por el buen olor de sus virtudes, lloraba continuamente su pérdida, en términos que no se resolvieron á elegir otro obispo hasta tanto que los prelados inmediatos les obligaron á ello, lo cual efectuaron despues que habiendo hecho toda clase de pesquisas perdieron la esperanza de encontrarle, y San Narciso no se dejó ver en Jerusalen hasta los últimos dias de su vida. Apénas vió el pueblo á su anciano venerable y antiguo prelado, le instaron con las mayores súplicas á que volviese á tomar el gobierno de su Iglesia, y no pudiendo resistirse accedió á los comunes deseos con tal de que se le diese por coadjutor (1) á un obispo

---

(1) Este es el primer ejemplo que encontramos en la Historia de la Iglesia de un obispo coadjutor. Creemos oportuno por lo tanto consignar aquí la doctrina de los canonistas y disciplina de la Iglesia, acerca de los obispos propios, de los coadjutores y auxiliares. Necesario era que la Iglesia destinada á vivir hasta la consumacion de los siglos, haya tenido siempre pastores encargados de continuar la mision que Jesucristo dió á los Apóstoles; estos fueron los primeros obispos, los cuales tuvieron por necesidad que nombrar sucesores para que continuasen la obra de la edificacion de la Iglesia, cuyos cimientos ellos habian puesto. Son, pues, los obispos indudablemente los sucesores de los Apóstoles y los que constituyen el primer grado de la jerarquia eclesiástica, como se definió en el Santo Concilio de Trento. Todo el poder que Jesucristo dió á los Apóstoles fue trasmitido á sus sucesores, á excepcion del que les era personal, como el don de profecía, el de lenguas y el de hacer milagros. Contiénense, pues, en el episcopado la plenitud del sacerdocio y todas las facultades necesarias al cumplimiento de la mision divina y todo el poder indispensable para el gobierno de la Iglesia; pero este poder no puede subsistir de manera alguna sin estar subordinado al gran principio de la *unidad* y sujeto á sufrir en su ejercicio todas las limitaciones que son precisas para conservarlo, razon por la cual los cánones en determinados casos coartan sus facultades. Por esta causa podemos establecer como principio general de gran enseñanza que *los obispos puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios, pueden hacer en cumplimiento de su divina mision todo cuanto no les esté prohibido por las leyes generales de la Iglesia ó por decretos especiales de los romanos Pontífices.* Reconócense dos jerarquías de órden y de jurisdiccion, y por consiguiente la division de las dos potestades. Ambas tienen su fundamento en la naturaleza del sacerdocio cristiano, cuyo objeto no es sólo la santificacion del hombre por medio de los sacramentos, sino tambien el regimen y gobierno de la Iglesia. No creemos sea de este lugar el dar una explicacion de la division que el derecho canónico reconoce, como igualmente el derecho civil de la jurisdiccion en voluntaria y contenciosa. En cuanto á la creacion de diócesis diremos que Jesucristo no dió á los Apóstoles autoridad limitada á ningun particular; al contrario, su mision fue universal, como se desprende de estas palabras: *ite in universum mundum, predicate Evangelium omni creaturæ.* Sin embargo, esta potestad tan ámplia

de Capadocia llamado Alejandro, cuyas excelentes cualidades habia sabido tal vez por modo sobrenatural.

---

se comprende muy bien en los tiempos apostólicos, pero no se concibe despues que el Cristianismo se hubo extendido y fue necesario pensar en la organizacion de la Iglesia. Entónces se señaló á cada obispo un territorio particular, que en los primeros siglos se llamó *parroquia*, y despues que se establecieron las parroquias en el sentido que actualmente tiene esta palabra, se llamó *diócesis*. De este modo el obispo como pastor propio gobernaba con exclusion de todos los demas, evitándose de este modo, por una parte, la confusion que podria originarse y los choques de autoridad, y por otra el que algunos territorios quedasen abandonados al tiempo mismo que en otros se reuniesen varios obispos, de suerte que la creacion de las diócesis produjo dos efectos: 1.° sujetar á todos los fieles de ella á la autoridad del obispo, y 2.° impedir á los demas que se entrometan en lo concerniente á su direccion y al libre ejercicio de sus derechos ordinarios. Ya tendremos ocasion de ocuparnos de las excepciones. En cuanto á los auxiliares y coadjutores no deben confundirse, y las mismas palabras denotan el oficio de cada uno. El obispo coadjutor, cuyo primer ejemplo en la Iglesia, como hemos dicho, fue el de Alejandro, que sirvió en este oficio á San Narciso, es el que se nombra para que desempeñe el gobierno de la diócesis, cuando el obispo propio se halle imposibilitado de hacerlo por su avanzada edad ó por algun otro impedimento físico. El obispo auxiliar, que es propuesto segun la actual disciplina de la Iglesia por el obispo propio, tiene por objeto ayudar á este en sus funciones, y se nombra cuando no es suficiente por la extension de territorio el obispo propio para llenar por sí mismo todas las funciones de su cargo.


CEFERINO.
CALIXTO. I.
URBANO. I.
PONCIANO
ANTEROS
FABIAN.
CORNELIO
LUCIO.
ESTEBAN. I.
SIXTO. II.
DIONISIO.
FELIX. I.
EUTIQUIANO
CAYO
MARCELINO

SIGLO TERCERO.

DESDE EL PONTIFICADO DE SAN CEFERINO HASTA LA PERSECUCION DE DIOCLESIANO.

CAPITULO PRIMERO.

San Ceferino, papa.—Natalis, hereje.—Apuntes biográficos.—Muerte de Tertuliano.—Sus escritos.—Mártires de Egipto.—Santa Potamiena.—San Basílides.—Mártires en Cártago.—Santa Perpétua y Felicitas.—Santos Saturnino, Revocato y Saturio.—Las Galias y España.—San Ireneo, obispo de Lyon.

Despues de nueve años de un glorioso pontificado bajó al sepulcro el papa Victor I, sucediéndole en la Silla Apostólica San Ceferino, creado el año 202. Fue este papa hijo de Abondio, natural de Roma, y fue el que condenó á los montanistas, á los frigios, catafrigios, encratitas, y á los cátaros; todos ellos ramificaciones de una misma herejía, la cual atacaba las nupcias y muy especialmente el bautismo que, segun la doctrina de Montano, administraban á los muertos. Aplicóse San Ceferino con notorio celo durante los diez y siete años que gobernó la Iglesia á mantener la fe en toda su pureza y la disciplina eclesiástica, cuya institucion, como asegura Minucio Félix, adquirió en su tiempo un grado de esplendor hasta entónces desconocido. Natalis, que profesaba la herejía de Teodoro el curtidor, oyó con tal eficacia las prudentes manifestaciones de Ceferino, que pudo ser recibido en la comunion de los fieles y eximido de las penas canónicas. Acerca de este Natalis el abate Bodiche, uno de los colaboradores de M. Michaud en la *Biografía Universal*, da las siguientes noticias: «Vivia Natalis santamente en Roma y habia sufrido

persecuciones por la fe; mas dejóse alucinar por Ascleopodioto y Teodoto el banquero, discípulos ambos de Teodoro el curtidor, cuya herejía, semejante á la de Ebion, consistia en predicar que Jesucristo no era mas que un hombre, aunque profeta. Natalis se dejó seducir por ambos herejes, quienes le ordenaron obispo de su secta, obligándose á darle mensualmente una renta de 150 dineros, hasta que Natalis cedió al impulso de la gracia que le empujaba hácia la unidad. Anastasio, que escribió la vida del papa San Ceferino, afirma haber él mismo ordenado que todos los presbíteros que habitasen con un obispo se encontrasen presentes cuando este oficiase; que los patriarcas, primados ni arzobispos pudiesen dar sentencia contra un obispo sin consentimiento del Soberano Pontífice; que todos los fieles, llegados que fuesen á la edad de la pubertad, estuviesen obligados á comulgar por el tiempo pascual, y que los cálices y patenas fuesen de vidrio y no de madera, como se habian usado hasta entónces. Sobre esta disposicion acerca de los cálices y patenas se han ocupado varios escritores, alguno de los cuales si bien está conforme en esta determinacion de San Ceferino en cuanto á las patenas, dice que ordenó que los cálices fuesen de plata ú oro. Novaes, que cita todas estas opiniones, no se decide por ninguna.»

Gobernando la Iglesia San Ceferino, murió Tertuliano, presbítero de Cártago, el cual dejó varias obras, unas que escribió ántes de su caida y otras despues. Habia nacido en Cártago, hijo de un centurion ó capitan de las tropas proconsulares. Educado en las doctrinas del paganismo, se habia entregado en su juventud á toda clase de excesos, como él mismo refiere. Sus escritos son una demostracion de los grandes progresos que hizo en las ciencias, especialmente en la jurisprudencia y en la literatura griega. Poco despues de haber estallado la quinta persecucion de la que vamos á ocuparnos escribió su apología en favor de los cristianos, en la cual pinta con vivos colores así la inocencia de los fieles como los inícuos procedimientos de los infieles contra ellos. Es una obra de un mérito indisputable, de la cual presentaremos aquí como muestra de su elocuencia, verdad y profundidad de conceptos una pequeña parte: «No rogamos por él, dice, á dioses que no existen, á difuntos ni á estátuas sin poder alguno; sino que invocamos para su salvacion al Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo; con los ojos levantados al cielo, las manos extendidas y descubierta la cabeza, oramos todos por los emperadores, y pedimos para ellos una larga vida, un tranquilo reinado, la seguridad en sus casas, el valor en las tropas, la fidelidad en el senado, la

probidad en el pueblo y la paz para todo el mundo. Cuanto puede desear un hombre y un emperador, sólo puedo pedirlo al que puede concederlo, á aquel á quien ofrezco la víctima que él mismo ha mandado, la oracion proveniente de un corazon casto, de un alma inocente y del Espíritu Santo, y no algunos granos de incienso, un poco de goma, algunas gotas de vino ó de la sangre de un mezquino animal, y lo que es peor aun, de una conciencia infecta...

Oramos, no por el genio del César, sino por su salud, más preciosa que el genio; ¿acaso ignorais que los genios son demonios? Tampoco llamamos al emperador Dios, porque no sabemos mentir, y le respetamos demasiado para burlarnos de él; dámosle sí el nombre de señor, y esto cuando no se toma la palabra señor por la de Dios, pues sólo tenemos un *Señor Dios* omnipotente y eterno, que es tambien el suyo.

Así pues los cristianos son enemigos públicos, sólo porque no tributan á los emperadores honores falsos y vanos; porque profesando la verdadera religion, celebran todos los dias regocijos públicos, más que por medios disolutos, dando expansion á los sentimientos de su alma. ¿Quién no ve que se deshonra á los príncipes aderezando mesas y festines en público, *comiendo en las calles* (1), *convirtiendo á la* ciudad *en un figon*, mezclando el vino con el fango, reuniéndose en bandas para cometer mil insolencias? ¿Acaso no puede expresarse la alegría pública sino con la vergüenza pública? Nosotros cumplimos nuestros votos por los emperadores con castidad, sobriedad y modestia (2)...»

«...Infinitas son las crueldades que cometeis contra los cristianos, ya por obedecer las leyes, y muchas veces el pueblo sin esperar vuestras órdenes nos arroja piedras é incendia nuestras casas... ¿Qué hemos hecho para vengarnos de tantas injusticias y de vuestra animosidad en perseguirnos hasta la muerte? Una sola noche y algunas antorchas nos bastarian para devolver el mal por el mal, y si quisiéramos declararnos vuestros enemigos, no nos habian de faltar tropas ni fuerza. ¿Los moros, los marcomanes, los partos, ó una nacion cualquiera es acaso más numerosa que todas las del mundo? *Nacimos ayer y lo llenamos ya todo,*

---

(1) Los hombres de 1794 *comian tambien por las calles*, pero no por iguales motivos que los romanos; los revolucionarios obligaron á los habitantes de Paris á comer en su puerta con sus criados, á fin de reconocer á los *aristócratas* y de conducirlos desde la mesa al cadalso.

(2) Fleury, t. II, p. 28.

vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras aldeas, vuestros campamentos, vuestras tribus, el palacio, el senado, la plaza, y sólo os abandonamos vuestros templos.»

No es ménos enérgica y elocuente al rechazar las calumnias con que se atacaba á los cristianos: «Una de las acusaciones que se lanzan contra nosotros es que no honramos á los emperadores con sacrificios; empero, si es verdad que nosotros no ofrecemos víctimas, rogamos por la salud de los emperadores al solo Dios verdadero. Nosotros los respetamos como es debido, pero no los llamamos dioses, porque no sabemos mentir. Aparte de esto, nuestra fidelidad no puede parecer sospechosa, y una prueba de esta verdad es la paciencia con que sufrimos todas las persecuciones. Con frecuencia el pueblo nos arroja piedras, quema nuestras casas, y aun no respetando ni á nuestros muertos, se los saca de sus sepulcros y se los hace pedazos. A través de tantas injurias ¿qué hemos hecho para tomar venganza? ¿Qué teneis que exponer contra nosotros? ¿De qué medios nos hemos valido para tomar nuestra propia defensa? ¿Cómo hemos respondido á las miles de calumnias con que se nos ha ultrajado? Ya comprendeis que seríamos muy á propósito para la guerra, aunque fuese con fuerzas desiguales, pues que no tememos la muerte; pero una de nuestras máximas es el sufrirla ántes que darla. Tambien seria suficiente, para vengarnos, abandonaros y retirarnos léjos del imperio, porque quedariais entónces en la más espantosa soledad, pues es tan grande nuestro número que sin nosotros el trono careceria de vasallos y de ciudadanos la patria.» Ya hemos hablado en otro lugar de las groseras calumnias que se levantaban contra los cristianos, de los cuales se decia qne en sus reuniones se entregaban á los placeres sensuales y aun se alimentaban con carne humana. Tertuliano sale al frente de todas estas calumnias con esta enérgica protesta: «Nosotros formamos, dice, un solo cuerpo porque tenemos una misma religion, una misma moral é idénticas esperanzas; nos reunimos para dirigir á Dios nuestras oraciones en comun, como para forzarle á conceder el objeto de nuestras peticiones. Nuestras sesiones son presididas por ancianos venerables y de gran virtud, los que han llegado á adquirir este honor, no por el dinero, sino por la reputacion que han sabido adquirir por sus bellas prendas. Si hay entre nosotros alguna especie de tesoro, este de ningun modo puede avergonzar ni ofender á la religion: cada uno de nosotros contribuye á él segun su posibilidad, y lo que se reune es como un depósito sagrado

que nosotros no disipamos en festines ni banquetes, pero sirve para atender al sostenimiento y educacion de los huérfanos y al socorro de toda clase de infelicidades. Es por lo tanto extraño que nuestra caridad sea para algunos objeto de vituperio. Ved, dicen ellos, cómo se aman entre sí y cómo están prontos á morir. Nuestra caridad, el amor que mútuamente nos profesamos les asombra porque ellos no saben sino aborrecerse. Como quiera que entre nosotros no haya mas que un alma y un espíritu, no encontramos dificultad alguna en dispensar los beneficios, y no hay de qué sorprenderse si una tal amistad nos hace comer en comun. Estas comidas se llaman *agapes*, cuyo nombre quiere decir caridad. En estas comidas es admitido lo mismo el pobre que el rico, y ántes de ponernos á la mesa hacemos oracion sin perder jamás de vista que Dios está presente, y concluimos nuestra comida orando lo mismo que la empezamos.» Otra de las acusaciones que se dirigia contra los cristianos era su inutilidad para el comercio y para los negocios de la vida. Tambien sale Tertuliano al frente de esta acusacion: «En qué se fundan los que aseguran que somos inútiles al comercio y al trato de la vida? Vivimos con vosotros, hacemos uso de los mismos alimentos, de iguales vestidos, y sin despreciar nada de lo que Dios ha criado de todo usamos, pero siempre con moderacion, dando gracias á Aquel que es dueño de todo cuanto existe. Con vosotros cultivamos la tierra, navegamos y nos empleamos en todas las cosas de la vida; ¿por qué, pues, merecemos la persecucion y la muerte? Vosotros, que juzgais á los criminales, decid si entre ellos habeis encontrado alguno que fuese cristiano. Para nosotros es una necesidad la inocencia; la conocemos perfectamente, puesto que de Dios la hemos aprendido y la guardamos fielmente como ordenada por este Señor, que no puede ser engañado por nadie.»

Vamos á ocuparnos de los mártires más notables que produjo la quinta persecucion de Séptimo Severo, la cual fue en extremo violenta, principalmente en Egipto, donde fue muy distinguida una jóven esclava llamada Potamiena. Era esta una fervorosa cristiana, y el dueño á quien pertenecia trató repetidas ocasiones de conducirla por el camino del mal, deseando profanar su pureza. Nada pudo conseguir, viéndose continuamente rechazado por la jóven. Entónces aquel hombre, que no pudo ver satisfechos sus impuros deseos, determinó perderla, y presentándose al gobernador de Alejandría la denunció como cristiana, induciendo al mismo tiempo á este gobernador á que le secundase en sus deseos, ofreciéndole una respetable cantidad si conseguia el que Potamiena se

rindiese á sus deseos, haciéndole saber que era el único medio por el cual podia librarse de la muerte. Una vez en el tribunal del gobernador, este empleó cuantos medios son imaginables para seducirla; pero ni los halagos, ni las promesas, ni las amenazas fueron suficientes para aminorar un punto la firmeza de la generosa cristiana. Irritado el gobernador, y conociendo que era inútil hacer nuevos esfuerzos, la condenó á ser arrojada á una caldera de pez hirviendo. Cuando los verdugos se apoderaron de ella para dar cumplimiento á la órden del gobernador, les suplicó la santa que no la quitasen sus vestidos, y en cambio de este favor, que pedia por su pudor, consintió en que la fuesen descendiendo lentamente á la tina, á fin de que se prolongase más la duracion del martirio y que su fortaleza fuese una prueba del gran poder de Jesucristo y del amor que ella le profesaba. De tal modo la complacieron aquellos verdugos, que hicieron durar su suplicio por espacio de tres horas, no pudiendo ménos de reconocer en lo apacible de su semblante y en la fortaleza que demostraba cuán poderosa es la gracia de Jesucristo. Uno de los que asistieron á su ejecucion, llamado Basílides, se mostraba compadecido y evitaba que el populacho la insultase. La santa, que conoció sus sentimientos, le ofreció interesarse por él en la presencia del Señor, y no tardó en manifestarse el benéfico influjo de los ruegos de la santa, pues que algun tiempo despues, convencido Basílides de la verdad de la religion cristiana, no solamente se convirtió á ella, sino que á mas, deseoso de la corona del martirio, se manifestó públicamente como tal cristiano. En los primeros momentos tomaron esta confesion como una burla, mas como viesen despues que persistia en ella le presentaron ante el juez, el cual mandó ponerle en prision. Los fieles le visitaron en la cárcel con el objeto de consolarle y exhortarle á la fortaleza, y allí mismo le administraron el bautismo. Pero al dia siguiente recibió el de sangre, pues que por sentencia del juez le fue cortada la cabeza.

Esta persecucion no fue ménos terrible en Cártago, donde tambien produjo gran número de mártires, entre los cuales ocupan un lugar distinguido las santas Perpétua y Felicitas. He aquí de qué modo refiere la misma santa Perpétua los grandes combates que tuvo que experimentar en esta persecucion ántes de recibir la palma del martirio. «Despues que nos arrestaron nos tuvieron guardadas algun tiempo antes de llevarnos á la prision. Mi padre, que era el único de mi familia que no fue cristiano, acudió en seguida, y se esforzó cuanto pudo para hacerme cambiar de resolucion. Como me apuraba mucho para que no me confesase cristia-

na, le enseñé un vaso que por casualidad habia allí.—Padre mio, le dije, ¿puede darse á este vaso otro nombre que el que le conviene?—No, respondió él.—Pues bien, yo tampoco puedo darme otro que el de cristiana, que me pertenece.—A estas palabras se arrojó sobre mí como para arrancarme los ojos; mas despues se retiró confuso de su arrebato: pasó algunos dias sin volver, y yo disfruté algun reposo. Durante este intervalo fuimos bautizados; y el Espíritu Santo me inspiró entónces no pedir otra cosa que la constancia en los tormentos. Poco tiempo despues fuimos conducidos á la prision. Al entrar quedé sobrecogida, porque yo nunca habia visto esta clase de sitios. ¡Qué dia tan penoso! ¡qué calor! nos ahogábamos; ¡tanto era lo que estábamos oprimidos! Añadid á esto la brutalidad de los soldados que nos guardaban. Pero lo que más me inquietaba era el que yo no tenia allí á mi niño. En fin, me lo trajeron, y dos diáconos, Festino y Pomponio, lograron á fuerza de dinero que se nos pusiese por algunas horas en otro sitio ménos incómodo. Cada uno tenia el pensamiento ocupado en lo que más le interesaba: en cuanto á mí, no tenia entónces cosa más urgente que el dar de mamar á mi hijo, que se moria de hambre. Lo recomendé con instancia á mi madre, que habia venido á verme. Me afligia en extremo ver á mi familia sumida en amargo dolor por causa mia, y esta pena me duró muchos dias; pero se disipó en seguida, y aun la cárcel se me convirtió en una mansion agradable. Un dia mi hermano me dijo: «Tú tienes bastante crédito con Dios; pídele que te haga conocer si sufrirás la muerte ó si te devolverán la libertad.» Como yo habia experimentado ya la bondad de mi Dios, prometí á mi hermano que le instruiria de mi suerte al dia siguiente. En efecto, despues de mi oracion ví una escala de oro que se elevaba hasta el cielo, pero tan estrecha que no podia subir por ella mas que una persona á la vez: de los dos lados estaba guarnecida de espadas, de puñales, de lanzas, de manera que sin una grande atencion y sin mirar á lo alto el que subiere no podia dejar de recibir muchas heridas en todo su cuerpo. Al pié de la escala estaba un dragon terrible, pronto á lanzarse sobre el que subiese en ella. Mi hermano Saturio la habia salvado ya, y desde lo alto me decia: «Perpétua, te aguardo; pero ten cuidado con el dragon.» Yo le respondí: «Espero en Nuestro Señor Todopoderoso que no me hará ningun mal.» Me acerqué en efecto, y en seguida el dragon se volvió dulcemente como si me hubiese tenido miedo: puse entónces mi pié sobre su cabeza, que me sirvió de primer escalon: llegada á lo alto de la escala descubrí un jardin inmenso, y en medio de

él á un hombre venerable bajo la figura de pastor, rodeado de una multitud de personas vestidas de blanco. Al verme me dijo con dulzura: «Bien venida seas, hija mia;» y me puso en la boca un delicioso alimento, que recibí juntando las manos. Toda su comitiva respondió, Amen; lo que me despertó y percibí que mascaba una cierta cosa de una dulzura maravillosa. Al otro dia conté este sueño á mi hermano, y deducimos de él que debíamos bien pronto sufrir ambos el martirio. Empezamos á desprendernos enteramente de las cosas de la tierra, para dirigir todos nuestros pensamientos á la eternidad.—Pocos dias despues se esparció el rumor de que íbamos á ser interrogados. Mi padre vino de nuevo á la prision, y lleno de tristeza me dijo. «Hija mia, ten piedad de mis canas; ten compasion de tu padre. Si yo te he educado con tanto esmero y cuidado; si te he profesado más cariño y mirado con más ternura que á mis demas hijos, no cubras de oprobio mi vejez. Mira á tu madre tambien; piensa en tu hijo, que no puede vivir sin ti, y desecha esta obstinacion que nos perderá á todos.» Sus instancias me partian el corazon, y le compadecia, porque sólo él de entre mi familia se afligia de mi martirio. Cuando me hablaba de aquel modo me tomaba las manos, las besaba y las regaba con sus lágrimas. Con todo, sin dejarme vencer le dije: «Sucederá en el interrogatorio lo que será del agrado de Dios; porque nosotros, padre mio, no estamos en nuestro poder, sino en el suyo;» y con esto se retiró. Al dia siguiente, miéntras estábamos comiendo, vinieron de repente á prendernos para conducirnos ante el juez: toda la ciudad lo supo y encontramos la plaza llena de un gentío inmenso. Se nos hizo subir al tablado; y primero interrogaron á mis compañeros, quienes confesaron valerosamente á Jesucristo. Llegó por último mi vez, y al instante mi padre, apareciendo con mi niño en brazos, me arrancó de mi puesto, y me rogó que negase con más instancia que nunca: el juez se unió á él. «Conservad, me dijo, conservad la vejez de vuestro padre y la infancia de vuestro hijo, sacrificando por la salud de los emperadores.—Yo no sacrifico, le respondí.—¿Vos sois, pues, cristiana? —Sí; si lo soy.»—Como mi padre se esforzaba en sacarme del tablado, el juez ordenó que le quitasen de allí y hasta llegaron á pegarle para hacerle obedecer. Sentí el golpe que le dieron lo mismo que si yo lo hubiese recibido, y mi corazon estaba despedazado viendo á mi padre maltratado en su vejez. Entónces el juez pronunció nuestra sentencia y nos condenó á todos á ser expuestos á las fieras. Nos volvimos llenos de alegría á la prision; pero esta alegría era turbada por el estado de

Felicitas, que se hallaba en el octavo mes de su preñez; temia extraordinariamente que se difiriese su martirio; por lo que nos pusimos todos á orar con fervor para obtener de Dios que Felicitas alumbrase ántes del dia del combate. Apénas habíamos acabado la oracion cuando nuestra tierna y afligida compañera sintió los dolores del parto, y como era prematuro, porque no habia llegado á su término el embarazo, los dolores eran muy vivos: sufria mucho y la violencia del mal la obligaba de vez en cuando á dejar escapar algunos gemidos. Uno de sus guardas tomó de aquí ocasion para decirla: «Si os quejais ahora, ¿qué será cuando os veais despedazada por las fieras?» A lo que esta mujer generosa respondió: «Ahora soy yo quien sufro y por esto me quejo; pero entónces habrá otro en mí, que sufrirá por mí, porque sufriré yo por él.» Dió á luz una niña que una mujer cristiana vino á recoger, á la que cuidó y educó con el mismo esmero que si fuese su propia hija. Entre tanto el conserje de la prision, llamado Pudente, habiendo observado que Dios nos otorgaba muchos favores, tenia con nosotros bastante consideracion, y dejaba entrar libremente á todos los que venian á vernos. Pocos dias ántes de los espectáculos ví entrar á mi padre, que venia á darme el último asalto. Se hallaba tan decaido que no podia expresarse: se arrancaba la barba, se revolcaba por el suelo, y permanecia en él vuelto el rostro contra el polvo, dando gritos y maldiciendo su vejez. Viéndole así desesperarse, yo moria de dolor; pero Dios me sostuvo una vez más contra la violencia de este ataque.»—Hasta aquí la relacion de la santa (1).

En el dia determinado para los espectáculos sacaron de las prisiones á cuatro jóvenes acusados de ser cristianos, llamados Saturnino, Revocato, Secúndulo y Saturio, y con ellos á las santas Felicitas y Perpétua, marchando esta la postrera. Saturnino y Saturio aprovecharon el tiempo predicando por el camino del suplicio á Jesucristo crucificado, y amenazando á los idólatras que les rodeaban con los castigos del cielo. Cuando llegaron al lugar donde se hallaba el juez, le dijeron: «Vos nos condenais hoy, pero dentro de poco vos mismo sereis juzgado por Dios.» Irritado el juez por estas palabras, mandó que fuesen azotados, castigo que sufrieron con el mayor regocijo. En seguida fueron conducidos al anfiteatro. Ambos fueron atados, soltando un jabalí contra Saturio, pero

(1) La narracion que acabamos de insertar la tomamos de la *Historia de la Iglesia* del abate Postel, traduccion de D. Manuel Solá y Forondona. Barcelona, 1863.

el animal se volvió contra el que lo conducia, hiriéndole de muerte; en seguida les expusieron á un oso, que no quiso salir de su jaula, por lo cual no recibió por entónces herida alguna. Las santas Perpétua y Felicitas fueron expuestas metidas dentro de una red á una vaca furiosa. El animal acometió primeramente á Perpétua, arrojándola al aire con violencia, dejándola caer sobre sus espaldas. La santa se levantó, y advirtiendo que Felicitas, á quien la vaca habia tambien atacado, se hallaba en el suelo toda estropeada, se llegó á ella para ayudarla á levantar, y llamando á Saturio, exhortó á ambos á la constancia en la fe. Pasados algunos momentos, fue expuesto el mismo Saturio á un leopardo, el cual le hirió mortalmente. Al verse bañado en su propia sangre pidió al carcelero la sortija que llevaba en el dedo, y bañándola en ella se la dió como una prenda de su fe y su amistad, quedando muerto en seguida.

Los demás fueron degollados, siendo el martirio de Santa Perpetua el más prolongado, pues que cayendo en manos de un gladiador muy torpe, le hizo sufrir mucho tiempo hasta que ella misma tuvo que señalar el lugar donde debia de herirla. De este modo tan heróico dieron testimonio de la fe que profesaban.

La persecucion que experimentaba la Iglesia se extendió rápidamente hasta los últimos confines del imperio, y en ella las Galias y aun la España dieron al cielo gran número de mártires. Era el año 211 cuando San Ireneo, obispo de Lyon, dió su sangre en testimonio de la fe. Digno discípulo de San Policarpo, fue en sus dias una lumbrera de la Iglesia; la estimacion que hacia de las virtudes y estimables prendas que adornaban á su maestro se revela por estas palabras del mismo San Ireneo: «Yo escuchaba, dice, con profunda atencion todas las instrucciones que me daban, y las cuales grababa, no solamente en tablillas, sino aun en mi mismo corazon. Presente tengo la gravedad de sus pasos, la majestad que se advertia en su rostro, la pureza de sus costumbres, las santas exhortaciones que dirigia á su pueblo; aun me parece oirle referir sus santas conversaciones con San Juan y con otros muchos que vieron á Jesucristo; las palabras que habia oido de su boca, todas las particularidades que ellos le habian explicado acerca de la doctrina y los milagros del Salvador, y todo lo que decia estaba muy conforme con las Sagradas Escrituras.»

Fue San Ireneo un prelado celosísimo, adornado de todas las cualidades que deben resplandecer en un obispo, y habia procurado reparar las pérdidas que habia sufrido la Iglesia de Lyon. Dícese que habiendo tenido

noticias Severo del modo tan rápido como se multiplicaban los fieles en Lyon, tomó una resolucion la más cruel, mandando que la ciudad fuese cercada y que pasaran á cuchillo á todos los que declarasen ser cristianos; la mortandad fue numerosa, y San Ireneo fue conducido á la presencia del tirano, el cual le hizo morir, jactándose de que habia concluido con el pastor y con las ovejas. Segun una inscripcion antigua que aun hoy dia se conserva en Lyon, sin contar las mujeres y los niños el número de mártires llegó á diez y nueve mil, cifra que no se debe tener por exagerada, si se atiende á la notoria crueldad del emperador Severo. Los santos Padres han tributado grandes y magníficos elogios á la memoria de este santo obispo. De aquel devorador incendio quedó tan solamente una chispa, que Dios quiso conservar para que volviese á encender en la Iglesia de Lyon el fuego sagrado que acababa de purificar tantas víctimas aceptables, pues que un piadoso sacerdote llamado Zacarías, que milagrosamente escapó de la matanza y que dió sepultura al santo obispo Ireneo, fue, segun se cree generalmente, su sucesor en aquella silla.

CAPITULO II.

San Calixto I, papa.—Alejandro Severo, emperador.—Orígenes.—Sus obras.—Sus errores.—San Gregorio Taumaturgo.—Martirio de Calixto I.—Su Iglesia en Roma.—San Urbano I.—Santa Cecilia, vírgen y mártir romana.—Santos Valeriano, Tiburcio y Máximo, mártires.

El papa San Ceferino, que creó en cuatro ordenaciones trece obispos, trece presbíteros y siete diáconos, gobernó la Iglesia por espacio de diez y siete años y fue sepultado en el cementerio que del nombre de San Calixto, su sucesor, fue llamado de Calixto, en la via Appia, siendo ocupada despues la sede apostólica por San Calixto I, que fue creado el año 219. Pertenecia este papa á la familia Domicia: durante su reinado no puede decirse propiamente que hubo persecucion, no obstante que hubo algunos mártires. El emperador Alejandro Severo, si bien era gentil, estaba adornado de bellos sentimientos, y fue, como dice un historiador, uno de los príncipes que más honraron la historia romana y la humanidad. Dícese que admiraba las santas máximas de los cristianos y aun que hizo grabar en su palacio con caractéres visibles este principio, que habia aprendido de los cristianos: «No desees para otro lo que no quieras para ti.»

Cesarotti, hablando de este emperador, dice que veneraba á Jesucristo, al que creia digno de los honores divinos, y cuya imágen conservaba en el templo de sus lares, y que, en suma, le hubiese elevado un templo en el año 222, más de un siglo ántes de Constantino, si no hubiese sido porque los gentiles le hicieron presente que de obrar de aquel modo se verian desiertos los templos de los dioses.

Así pues, San Calixto I pudo gobernar la Iglesia con tranquilidad, sin

embargo que, como veremos á su tiempo, sufrió una muerte violenta. Créese que este papa estableció expresamente que los presbíteros, hiciesen voto de continencia al recibir las órdenes sagradas, y que no pudiesen jamás contraer matrimonio, y tambien que este no pudiese celebrarse entre parientes, y que se guardase escrupulosamente el ayuno de las *Témporas*. Restableció en la via Appia el cementerio que, como dijimos hablando del papa anterior, tomó el nombre de San Calixto, y que recibió despues los cuerpos de ciento setenta y cuatro mil mártires y de cuarenta y seis Pontífices; de aquí puede deducirse cuántos contendrian los otros cuarenta y dos cementerios que existian en Roma (1).

Aquí debemos ocuparnos de Orígenes. Era este un varon esclarecido que gozaba de gran reputacion por los extraordinarios progresos que habia hecho en las ciencias. Tuvo muchos discípulos, de los cuales no pocos padecieron el martirio por su constancia en la fe, y habia contribuido á colocar muchos prelados insignes en las sillas de más importancia. Impulsado por su caridad, cuando algunos de sus discípulos se hallaban presos acusados por ser cristianos, los visitaba, exhortándoles á la fortaleza, por lo que más de una vez estuvo á punto de ser apedreado, habiendo recibido muchas injurias. Creciendo la persecucion que suscitó su celo, y no teniendo donde esconderse, se vió obligado á andar errante por diversas provincias, convirtiendo su viaje en una contínua mision, enseñando por todas partes la verdad evangélica y ganando de este modo almas para Jesucristo. Era rigoroso en la práctica de las virtudes, y llegó á tal punto su amor á la castidad, que no satisfecho con evitar todo lo que era contrario á esta virtud pretendió librarse hasta de las misma tentaciones. Arrebatado por su celo, y más que nada por su poca experiencia, pues que era todavía jóven, tomó á la letra lo que dice el Evangelio de los que se hicieron eunucos para alcanzar el reino de los cielos, y con sus propias manos realizó el mal entendido consejo. Procuró con el mayor cuidado guardar el secreto de aquella accion, la cual sin embargo llegó á noticia de su obispo Demetrio, el cual juzgó digna de indulgencia por la sencillez que la habia ocasionado aquella accion.

Más tarde, cuando Orígenes fue ordenado sacerdote en Palestina, el obispo de Alejandría, que se habia indispuesto con él, delató en un conci-

(1) Artaud de Montor: Historia de los Soberanos Pontífices.

lio algunos errores que habia encontrado en sus obras, le excomulgó, y no contento con esto le obligó á salir de Alejandría.

He aquí de qué modo habla de Orígenes uno de los más ilustrados historiadores de la Iglesia: «Hubiérase dicho que la presencia de este doctor incomparable era necesaria para cualquier obra buena que se hubiese de practicar en la Iglesia, á lo ménos en el Oriente. Descarrióse en sus ideas, y cayó en la herejía un célebre obispo de Arabia, llamado Berilo de Bostra, que habia gobernado durante algun tiempo su Iglesia con edificacion, y se habia granjeado mucho renombre con varias obras muy sabidas. Hablaba del misterio de la Encarnacion de un modo tan peligroso como nuevo, aunque en términos oscuros (1): mas el fondo de su doctrina era que Jesucristo no habia existido con una diferencia personal ántes de la Encarnacion; que no empezó á ser Dios hasta nacer de la Vírgen; y que no era Dios sino porque el Padre moraba en él como en los profetas. De este modo destruia á un mismo tiempo la Trinidad de las divinas Personas y la divinidad de Jesucristo. Congregáronse en concilio varios obispos celosos para precaver las consecuencias de un escándalo semejante; y aunque disputaron con Berilo, no pudieron reducirle. Llamaron á Orígenes, el cual ante todo quiso hablarle en particular y sondear la profundidad de su llaga ántes de proceder á la curacion; pero tardó poco en conocer que no se trataba de expresiones aventuradas sin malicia, sino que su autor, más que indiscreto, adheria verdaderamente á la pestilente doctrina que presentaba el sentido de sus escritos. Usando, pues, Orígenes de todo el posible miramiento, no sólo refutó los errores del obispo árabe, sino que sazonó sus razonamientos con una dulzura y una caridad tan admirables, que le hizo conocer la verdad y profesar con nuevo esplendor la fe pura que habia abandonado (2):»

Muchas y á cual más elocuentes son las obras de este ingenio privilegiado. Entre ellas se cuenta un gran número de cartas muy bien escritas, y más de mil sermones que escribió á ruegos de sus amigos. No conocia el amor propio ni la vanidad, tan comun en los sabios del mundo, y así se resistió á que copiasen sus homilias hasta que hubo llegado á una edad avanzada.

Ganosos sus discípulos de que los fieles se aprovechasen de sus lumi-

---

(1) Euseb., lib. 6 histor., c. 33.
(2) Berault Bercastel: Historia de la Iglesia, lib. IV, n. 10.

nosos escritos, le hicieron ver el deber en que estaban de comunicar á los demas las luces que del cielo habia recibido, y entónces vencido por lo que miró ya como una obligacion de conciencia, se determinó á hacer frente á esta necesidad, pues que los herejes reducian gran número de fieles con sus falsas interpretaciones de la Sagrada Escritura.

Hizo, pues, una edicion en seis columnas de la Sagrada Escritura, dándole el nombre de *Exaplas*, en esta forma:

1.ª columna: En ella colocó el texto hebreo en caractéres hebraicos.

2.ª id. El mismo texto en caractéres griegos para los que, no obstante entender el hebreo, no supiesen leerlo con facilidad.

3.ª id. La version de Aquila, el cual de pagano se hizo primeramente cristiano, luego judío, vertiendo entónces la Biblia en Griego, con el designio de desacreditar la traduccion de los Setenta, y debilitar todos aquellos pasajes que decian órden á Jesucristo.

4.ª id. La traduccion de Simaco, el cual la compuso por los años de 60 del siglo anterior.

5.ª id. La version de los Setenta, esto es, de los setenta y dos intérpretes, aunque sólo se cuentan setenta, por ser número redondo y completo, cuya version se hizo en tiempo de Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto, más de 1200 años ántes de la venida de Jesucristo.

6.ª id. La version de Teodocion, quien se habia hecho marcionita y luego judío.

Opinaba Orígenes que la version de los Setenta era la mejor de todas, y si añadió las otras tres fue tan solamente para hacer más inteligibles ciertos pasajes oscuros. En cuanto la version de Teodocion, á pesar de ser obra de un pagano tenia su mérito, y la Iglesia la seguia en lo tocante al libro de Daniel.

Tambien es objeto de alabanza Orígenes por el ímprobo trabajo que llevó á cabo, haciendo la confrontacion de los Setenta con el texto hebreo. Este trabajo es de un mérito incomparable y de una gran paciencia, demostrando al mismo tiempo los más profundos conocimientos. Puede esto comprenderse fácilmente al ver que mezcló con interlineas los Setenta con el hebreo, señalando con estrellitas todo lo que en hebreo tenia de más que los Setenta, y con unas rayitas pequeñas lo que los Setenta añadian al hebreo.

Orígenes es sin duda uno de los talentos más sublimes que ha tenido la Iglesia, y que más han trabajado para depurar toda la pureza de los Libros Santos.

Como quiera que en su tiempo las doctrinas heréticas pululaban en gran manera, tambien puso empeño en combatirlas y escribió contra ellas, y muy especialmente contra los marcionitas y los valentinianos. Su contestacion á la obra de Celso es una verdadera apologia de la religion, que en nada desmerece de la de San Justino por su erudicion, la pureza de su estilo, la solidez de sus argumentos y la valentía con que confunde los errores. Eusebio, que escribió en el siglo cuarto, le tributa los mayores elogios, conviniendo en que basta leer esta obra maestra de Orígenes para que en el momento se disipe cualquier duda que pueda abrigarse con respecto á la divinidad de la Religion cristiana.

Parece increible que un solo hombre pudiese trabajar tanto, ni escribir tan gran número de obras, todas á cual más importantes. Entre todas ellas destaca admirablemente la titulada *Comentarios sobre las Escrituras*, pues sólo el Evangelio de San Mateo ocupa veinte y cinco tomos. En todas estas obras se observa un gran fondo de piedad y de doctrina, pero tambien en algunas de ellas se encuentran algunos errores. He aquí de qué modo explica estos errores de Orígenes el historiador Berault Bercastel: «Habiase propuesto Orígenes establecer en esta obra (*Tratado de los principios*) los principios bajo los cuales se debia caminar en materia de religion, y al mismo tiempo destruir fundamentalmente los sistemas heréticos de Valentino, de Marcion y de todos los sectarios; mas dió en el escollo, tan comun en aquel tiempo, de las ideas platónicas. Ménos adicto de lo que debiera á la tradicion apostólica, y confiando demasiado en el humano razonamiento, cuanto más eminente se halla en él esta facultad nobilísima del entendimiento, tanta mayor osadía le inspiró en sus extravíos. Para refutar la doctrina de los dos principios, ó de dos autores, uno del bien y otro del mal, estableció como fundamento el libre albedrío en las criaturas, y lo sostuvo con pruebas sólidas; mas luego llevó muy léjos las consecuencias, porque sostenia que la desigualdad de las criaturas no es mas que el efecto de su mérito. De manera que, segun esta doctrina, el Criador empezó por producir iguales todos los espíritus; pero cayó en el pecado el mayor número de ellos, y á proporcion de la gravedad de sus faltas fueron encerrados en varios cuerpos más ó ménos groseros, creados expresamente para servirles de prision. De aquí dimanaban los diversos destinos de las almas de los

hombres, de la de los ángeles y de la de los astros; porque Orígenes creia que los astros estaban animados, y los ángeles revestidos de cuerpos muy sutiles. El alma de Jesucristo, añade tambien, es entre todos los espíritus el que se unió más á Dios por medio de la más perfecta caridad, y que por esto mereció unirse con él de la manera mas íntima para no desunirse jamás, estando sujetos todos los demas espíritus á pasar desde el bien al mal, y desde el mal al bien. Seducido Orígenes por aquel principio de Platon, de que no pueden dejar de ser medicinales las penas decretadas por un Dios bueno, llega hasta decir que los condenados y los demonios dejarán algun dia de ser los enemigos del supremo vengador y el objeto de sus rigores.

«Tales son los errores principales de este hombre extraordinario, que á la verdad no los propone sino á manera de opinion, sin sostenerlos decididamente; por el contrario, los distingue de la fe recibida universalmente en la Iglesia, á la cual mostró siempre una sumision profunda, lo que quizá le disculpa en cuanto á los sentimientos de que es autor, porque es de advertir que, ademas de sus errores propios, se habian deslizado en sus inmensas obras otros más groseros y verdaderamente impíos; de lo cual se queja él amargamente en una de sus cartas, y acusa de estas falsificaciones á los sectarios de su tiempo. Es necesario, en efecto, toda la reputacion de Orígenes para exponerse á ver alterados sus escritos por manos de semejantes impostores; y hasta sus mismos discípulos, que fueron innumerables, le atribuyeron sus propias opiniones: de suerte que la copiosa miés de gloria que habia recogido por medio de sus innumerables escritos, fue para Orígenes un manantial de pesadumbres en los últimos años de su vida y causó las más sérias turbulencias en lo sucesivo (1).»

Entre los muchos discípulos de Orígenes debemos hacer mencion de San Gregorio Taumaturgo, natural de Neocesarea del Ponto, hijo de una distinguidísima familia, muy diferente en todo de aquellos otros discípulos falsarios. Dedicado desde su juventud á los estudios, hizo rapidísimos adelantos, adquiriendo en poco tiempo gran reputacion como excelente literato, admirando todos cuantos le conocian su profunda elocuencia. Orígenes se propuso ganarle para Jesucristo, pero trató primero de conseguir su amistad, pues conocia muy bien su carácter orgulloso. Instruyóle primero en las ciencias, dándole grandes conocimientos

(1) Berault Bercastel: obra citada, lib. IV, n. 14.

en la geometría y en la astronomía, y despues de haberle hecho leer todos los antiguos poetas ó filósofos, así griegos como extranjeros, y paso tras paso, casi insensiblemente, le fue instruyendo en la religion cristiana. Abrazóla Gregorio con alegría, y despues que hubo recibido el bautismo escribió en loor de su maestro un bellísimo discurso.

Si hasta entónces habia brillado Gregorio por su gran talento, por la pureza de su estilo y su superior ingenio, á partir desde el momento en que se alistó en las banderas de Jesucristo lució más, por haber sido un exacto observador no sólo de los preceptos sino aun tambien de los consejos evangélicos; bien que debe consignarse en su alabanza que aun ántes de su conversion fue de sencillas y puras costumbres, en tal término que desde su juventud habia adquirido gran reputacion por este concepto entre cuantos le conocian. ¡Fruto digno del celo de Orígenes!

Para hablar de Orígenes dejamos interrumpida la historia del Papa San Calixto I, del que debemos ocuparnos nuevamente. Con permiso del Emperador construyó en Roma una Iglesia, y esta fue la primera concesion de esta naturaleza que hicieron los Césares: era esta Iglesia de pequeñas dimensiones y fue edificada en el lugar que ocupaba la casa de Ponciano. Más tarde esta Iglesia, que llevaba el nombre de San Calixto, fue renovada por San Gregorio III en el año 740, uno ántes de su muerte. Despues fue concedida á los Monjes Benedictinos junto con el palacio edificado por el cardenal Morone, en cambio del monasterio que aquellos poseian en el Quirinal, donde hoy se halla el palacio pontificio conocido con el mismo nombre de Quirinal ó Monte Cavallo.

No obstante que el Emperador Alejandro Severo dejó en paz á los cristianos, segun que ántes hemos manifestado, es indudable que San Calixto I fue mártir. Se cree que, alejado de Roma el Emperador, no tuvo conocimiento de la persecucion de que fue objeto este Santo Pontífice. Las memorias eclesiásticas dicen que pereció en una insurreccion popular, siendo precipitado desde una ventana á un pozo, no habiendo muerto en el acto, asegurándose que á aquella estrecha prision bajaban cada dia sus enemigos, los cuales azotaban al santo Pontífice, el cual sufria esta repetida injuria y tormento, gozándose en sufrir por la gloria de Aquel cuyas veces hacia sobre la tierra. Aun hoy se conserva el pozo en la Iglesia que lleva su nombre y de la que hemos hablado más arriba. En suma, este ilustre mártir de Jesucristo, que durante los cuatro años de su Pontificado habia creado en cinco ordenaciones ocho obispos,

diez y seis presbíteros y cuatro diáconos, terminó gloriosamente su vida en manos de los enemigos de la Iglesia, sucediéndole en la Sede Apostólica

SAN URBANO I, que fue elegido Papa el año 223. No fue ménos celoso que su antecesor, pues que trabajó con celo infatigable por el aumento del rebaño del Supremo Pastor, habiendo bautizado una multitud de personas de la nobleza romana, y entre ellas á Santa Cecilia y á su esposo Valeriano.

Dispuso Urbano que los cristianos bautizados recibiesen el Santo Crisma de mano de los obispos tan solamente. Los herejes, que de todo sacan partido para combatir los dogmas, deducen de esto que San Urbano fue el que instituyó el Sacramento de la Confirmacion; pero esta disposicion, que podria motivarla algun abuso cometido, no quiere decir que él fuese el autor del Sacramento, pues es indudable que todos fueron establecidos por Jesucristo, y ya vimos en la historia del siglo I que los Apóstoles se reservaron la administracion de la Confirmacion. Dícese tambien que el mismo San Urbano dispuso que los tronos de los obispos fuesen algo elevados para júzgar á los fieles, y de esto, dice Artaud de Montor, provino el que se les diese el nombre de tribunales.

Haríamos una obra dilatadísima si hubiésemos de ofrecer á los lectores la historia detallada de cada uno de los valerosos cristianos que dieron su vida en defensa de la fe, ó hubiésemos al ménos de consignar todas las noticias que se conservan en los fastos de la Iglesia, en nuestros Breviarios y Crónicas; pero, en nuestro deseo de no dejar pasar desapercibidos los hechos principales y aquellos de más enseñanza, nos detendremos aquí en hablar con alguna extension de la ilustre Santa Cecilia, vírgen romana é intrépida mártir del cristianismo, que, segun hemos dicho, recibió el agua regeneradora del Bautismo de mano del Papa San Urbano.

La gloriosa Santa Cecilia habia nacido en Roma, de padres nobles é ilustres, y Dios, que la habia llamado para sí, la concedió muchas gracias, y ella, encendida en el amor divino, no pensaba en otra cosa que en agradar al Señor. Su lectura cotidiana era el libro de los Evangelios, procurando observar no solamente sus preceptos sino aun tambien sus consejos. Aunque deseaba permanecer en el estado de la virginidad, conociendo cuán aceptable es este estado á la divinidad, sus padres la obligaron á casarse, contra su voluntad, con un caballero mozo llamado Valeriano.

El dia destinado para las bodas de la virtuosa doncella, miéntras tanto los individuos de ambas familias se hallaban llenos de regocijo y alegría, sólo Cecilia aparecia triste y llorosa. Habia sido adornada con ricas vestiduras de seda y oro, ostentando toda la grandeza propia de su esclarecido linaje: sin embargo, su alma se hallaba elevada á Dios: bajo aquellos ricos adornos ásperos cilicios mortificaban sus virginales carnes, y habiéndose preparado con rigorosos ayunos, impetraba al Señor que la conservase pura, pues que no queria otro dueño ni esposo que á Jesucristo á quien se habia consagrado, y para que Dios se dignase escuchar sus súplicas, tomaba por intercesora á la Reina de las vírgenes, María Santísima. Poniendo, pues, toda su confianza en Dios, obedeció la órden de sus padres, creyendo que Dios, habiendo oido sus súplicas, haria de modo que no padeciese detrimento su virginidad.

En efecto: la Providencia Divina lo arregló todo á medida de los santos deseos de la ilustre doncella, la cual hallándose la primera vez sola con su esposo en su aposento, inspirada de Dios, le habló de esta manera: «Esposo mio, yo te comunicaria de buena gana un secreto, si supiera que lo habias de guardar.» Y como Valeriano, no sólo le ofreciese guardarlo sino aun lo juró, ella continuó hablando de este modo: «Yo te hago saber que tengo en mi compañía un ángel de mi Dios que con gran cuidado y celo guarda mi cuerpo, y si tú quisieses allegarte á mí con amor carnal, tengo que te costaria la vida; y si viese que tú me amas con puro y casto amor, te amará como á mí me ama y te hará grandes mercedes como á mí me las hace.» Naturalmente las palabras de Cecilia llenaron de turbacion á Valeriano, el cual, despues de quedarse como suspenso por algun corto tiempo, al fin le respondió: «Si tú, esposa mia muy querida, quieres que yo dé fe á tus palabras, hazme ver á ese ángel que tú dices está en tu compañía, porque si no lo veo, pensaré que estás aficionada á otro hombre, y no á mí, y lo llevaré tan á mal que á ti y á él quitaré la vida.»

Animada más y más Cecilia, hizo conocer á Valeriano la necesidad de creer en Jesucristo y recibir el bautismo para que sus deseos fuesen satisfechos, y él por satisfacer sus deseos de ver al ángel, accedió á la demanda de su esposa, la cual le envió á San Urbano, papa, que á la sazon se hallaba escondido á distancia de tres millas de Roma, dándole las señas para que pudiese hallarle.

Apénas el santo Pontífice fue informado por Valeriano de cuanto le habia ocurrido con su esposa Cecilia, arrodillóse é hizo una fervorosa

plegaria en estos términos: «Gloriosísimo Señor, Dios mio, sembrador de consejos castos, recoged ahora el fruto de aquella semilla que sembrasteis en Cecilia, vuestra esposa. Porque he aquí á Valeriano, su esposo, que ántes era como un bravo leon, ahora os lo envia como un manso cordero; y no viniera él á mí con tan gran afecto si no fuera para abrazar vuestra santa ley. Por tanto, Señor, alumbrad su corazon, y descubrios á él para que, conociéndoos más claramente, se aparte de la vanidad y desventura de esta miserable vida.» En el momento que el Santo Pontífice habia concluido esta plegaria, apareció allí un anciano de rostro venerable, vestido todo de blanco y teniendo en sus manos un libro escrito con letras de oro. Asombrado Valeriano, cayó casi sin sentido en tierra. Urbano le levantó, mandándole que leyese lo que en aquel libro estaba escrito: Valeriano leyó estas palabras: «Uno es el Dios verdadero, una la verdadera fe, y uno el verdadero bautismo.» Valeriano confesó que creia firmemente lo que acababa de leer, y el anciano, que era un ángel en tal forma, desapareció. Permaneció algun tiempo al lado del Pontífice, el cual habiéndole instruido suficientemente le administró el sacramento del bautismo, volviéndose despues lleno de gozo al lado de su esposa.

Entónces, plugo á Dios en premio de su docilidad satisfacer sus deseos haciendo que viese á su ángel. Hállabase Cecilia entregada en un apartado lugar á las delicias de la oracion, y á su lado en forma de un jóven hermosísimo el ángel del Señor, despidiendo de su rostro grandes resplandores.

Quedó Valeriano atónito y confuso con la vista del ángel, el cual tenia en las manos dos guirnaldas de extrema belleza de rosas y azucenas traidas del cielo. El ángel entregó una guirnalda á Cecilia y otra á Valeriano, diciendo: «Estas guirnaldas que os he dado están tejidas de las «flores que en los prados amenos y olorosos del cielo se cogen, las cua«les os envia Jesucristo para que de aquí adelante os ameis con puro y «casto amor. No se marchitarán jamás estas flores, ni perderán la sua«vidad de su agradable olor; mas no podrán verlas sino aquellos que «amaren la castidad de la manera que vosotros la amais. Y porque tú, «Valeriano, has creido á las palabras de tu esposa, Dios me ha enviado á «ti porque te ama tiernamente, y está preparado para concederte cual«quiera cosa que le pidieres.» El corazon de Valeriano rebosaba ya en las más dulces expansiones, é inflamado por el amor divino, deseó que un hermano que tenia disfrutase de su misma suerte de conocer al ver-

dadero Dios, apartándose de los caminos del error: así pues, su contestacion al ángel estuvo concebida en estos términos: «Ninguna cosa en esta vida más deseo que ver á un hermano que tengo, llamado Tiburcio, convertido á la santa fe de mi Señor Jesucristo, porque le quiero como á mi propia vida, y querria verle participante de la gracia que yo he recibido.»

El ángel ofreció á Valeriano de parte de Dios que su hermano Tiburcio abriria sus ojos á la luz de la fe, añadiéndole que ambos derramarian su sangre en defensa de Jesucristo, lo que llenó de gran gozo y consuelo al nuevo cristiano, y en el momento desapareció de la vista de tan felices esposos.

A poco llegó Tiburcio, y entrando en el aposento donde estaban su hermano y Cecilia, sintió una fragancia extraordinaria y suavísima, que exhalaban aquellas guirnaldas que habia dejado el ángel. Admirado de aquel olor porque no era tiempo de flores, preguntó á los esposos de donde provenia, y ellos le explicaron el gran favor que de Dios habian recibido; y de tan eficaces palabras se sirvieron para hacerle conocer la falsedad de los dioses del imperio y la necesidad de reconocer y adorar un solo Dios verdadero, que Tiburcio cedió á la fuerza de sus argumentos y razones; y detestando desde aquel momento el sacrílego culto pagano se convirtió al verdadero Dios. Arrojóse á los piés de Cecilia ofreciendo obedecerla en todo y suplicándola le dijese lo que debia hacer. Ella le aconsejó que sin pérdida de momento se fuese á ver con el santo Pontífice Urbano, y él lo hizo. El Vicario de Jesucristo en la tierra le recibió con el mayor amor y por su misma mano le administró el santo Sacramento del Bautismo, como habia hecho con Valeriano y ántes con Cecilia.

Desde entónces los dos hermanos, gloriándose de ser contados en el número de los discípulos de Jesucristo, se dedicaron á las prácticas religiosas y obras de piedad, y conociendo el espíritu de la nueva religion que habian abrazado, eran misericordiosos para con los pobres, entre los cuales distribuian abundantes limosnas. Iban continuamente á visitar á los cristianos que se hallaban encarcelados, y procuraban recoger los cuerpos de los mártires para darles sepultura por sus mismas manos.

El prefecto de Roma Turcio Almaquio tuvo noticia de las obras en que se ocupaban aquellos dos virtuosos hermanos. Hízolos comparecer á su presencia, afeándoles el que siendo mozos tan nobles é ilustres se abatiesen á la vileza y estado ignominioso de los cristianos, y disipasen

sus haciendas locamente, al tiempo mismo que se privaban de los deleites y placeres que podian disfrutar tranquilamente en el seno de la sociedad: que en adelante viviesen como habian vivido sus padres y abuelos, que adorasen á los dioses, como el Emperador mandaba, y que renunciasen de una vez y para siempre á las prácticas y creencias de los cristianos.

La contestacion de los dos hermanos fue digna de cristianos fervorosos, de hombres de fe, que saben que no hay delicias verdaderas ni estables más que las que se disfrutan en el cielo. No temieron en decir al prefecto que ellos tenian en más ser cristianos que patricios romanos, y apreciaban mucho más la gracia del Emperador del cielo que la del emperador de la tierra, y que dispuestos se hallaban á observar las leyes de Dios y no las de los hombres, cuando les eran contrarias.

Enfurecido Almaquio al oir aquellas palabras, mandólos azotar y pronunció en seguida la sentencia de muerte. Máximo, uno de los principales de la casa del prefecto, fue el encargado de hacer ejecutar la injusta sentencia, y se apoderó de los dos hermanos. No pudo ménos de condolerse al ver dos jóvenes ilustres, ricos y poderosos ir á la muerte en la primavera de su vida, y trató de persuadirles con suaves palabras á fin de que se retractasen de la confesion pública que habian hecho de ser cristianos y que adorasen á los dioses, pues que aun se hallaban á tiempo de alcanzar la revocacion de la sentencia. De tal modo le hablaron los santos, de la nada de la vida presente y de la felicidad de la gloria, que él los llevó á su casa, y siendo instruido de ellos se convirtiéron á la fe de Cristo él y toda su familia, á la cual acudió santa Cecilia con algunos sacerdotes que bautizaron á Máximo y á todos los de su casa. En suma, Almaquio mandó que fuesen degollados los dos santos hermanos, y les cortaron la cabeza delante de un templo de Júpiter, fuera de la ciudad, estando presente Máximo, que á grandes voces decia pue habia visto dos ángeles, más resplandecientes que el sol, que llevaban las almas de los dos santos hermanos, lo que dió lugar á que algunos gentiles se convirtiesen. Cuando Almaquio fue sabedor del suceso, mandó azotar tan terriblemente en su casa á Máximo, que en este tormento dió su bendita alma á Dios.

Luego que los santos hermanos Valeriano y Tiburcio recibieron la palma y la corona del martirio, el prefecto Almaquio, que habia sido el que pronunció la sentencia de muerte contra estos esforzados atletas del cristianismo, mandó prender á la vírgen Cecilia con el objeto de pre-

guntarle dónde estaban los tesoros de los mártires, á lo cual contestó la santa que estaban en paraje seguro, pues que los habia repartido á los pobres. Esta contestacion turbó en gran manera al prefecto, el cual irritado le habló de este modo: «Si no quieres ¡oh Cecilia! que te quite aquí luego la vida, sacrifica á nuestros dioses.» Ningun efecto causaron estas palabras en la santa, ni que tampoco Almaquio intentase persuadirla á que obedeciese su mandato. En suma, mandó que fuese llevada á un templo para que allí ofreciese sacrificio ó se le quitase al punto la vida si á ello se negaba. Condujéronla en efecto al templo, y movidos por una falsa compasion los impíos ministros al verla tan noble, tan rica y adornada de tan extremada belleza, la rogaron que no se privase de los placeres de esta vida por una vana supersticion, pues que prestándose á sacrificar á los dioses podia conservar su vida y con ella su nobleza y riquezas, á todo lo cual contestó la santa con semblante tranquilo: «No penseis, hermanos, que el morir por Cristo será daño para mí, sino inestimable ganancia. Porque confío en mi Señor, y tengo por cierto que con esta vida frágil y caduca alcanzaré otra bienaventurada y perdurable. ¿No os parece que es bien dejar una cosa vil por ganar otra preciosa y de infinito valor? ¿Dejar el lodo por el oro, la enfermedad por la salud, la muerte por la vida y lo transitorio por lo eterno? ¿Por qué no quereis que yo entregue mi cuerpo á los tormentos que tan presto pasan, y á la misma muerte, pues por ella tengo de entrar en el palacio de mi dulce esposo, tan rico y lleno de tan grandes bienes y de una felicidad que nunca se acaba?» ¡Qué uncion tan admirable dió el Señor á las palabras de su sierva! Apénas las habia pronunciado, cuantos presentes se hallaban empezaron á grandes voces á confesar que creian en Jesucristo, y llena de regocijo la santa los llevó á su casa, donde hizo llamar secretamente al Papa Urbano, el cual los instruyó en las cosas tocantes á la fe, bautizándolos despues con otros muchos hasta el número de cuatrocientas personas, siendo una de ellas Gordiano, que gozaba de gran autoridad y reputacion en Roma.

No tardó Almaquio en ser informado de cuanto habia acontecido. Encendióse en ira, y haciendo conducir á su presencia á la santa vírgen, procuró ablandarla y reducirla á que adorase á los dioses; mas siendo inútiles todos sus esfuerzos, mandó encerrarla en un baño seco de la misma casa de la santa, haciendo poner fuego debajo para que respirando aquel aire caliente muriese sofocada. Sin embargo, Dios que se hace admirable en sus escogidos, efectuó un prodigio guardándola todo un dia

y una noche sin que experimentase detrimento alguno y sin que saliese de su rostro una gota de sudor; ántes por el contrario le parecia estar en un baño delicioso. En suma, Almaquio, cada vez más irritado contra la santa, mandó que allí mismo le cortasen la cabeza. Por tres veces la hirió el verdugo sin podérsela cortar, y los que presentes estaban recogian la sangre que vertia por sus heridas con esponjas y lienzos para guardarla como reliquias. Tres dias vivió Cecilia de este modo, siendo visitada durante ellos por muchos fieles y tambien por el mismo Pontífice Urbano, á los cuales ella consolaba con las más dulces palabras. Díjole al Pontífice que le habia pedido á Dios conservase su vida tres dias para entregarle su hacienda y que la repartiese entre los pobres, encargándole al mismo tiempo consagrase su casa en iglesia. Pasados los tres dias, y en ocasion en que se hallaba la bendita vírgen en oracion, voló su alma al cielo, el veinte y dos de noviembre, dia en que la Iglesia católica celebra su fiesta; habiendo ocurrido este martirio el año del Señor de 229. Su cuerpo fue sepultado por el Papa Urbano en el cementerio de Calixto, y consagró su casa en Iglesia. Más tarde su cuerpo, como asimismo los de los Pontífices Urbano y Lucio, y los de Tiburcio, Valeriano y Máximo, fueron por el Papa Pascual en el siglo VIII trasladados dentro de la misma Iglesia que hoy dia se llama de Santa Cecilia. En el año 1599, cavando por órden del cardenal Sfondrato, titular de la misma Iglesia de Santa Cecilia, se halló debajo del altar mayor el cuerpo de esta ilustre vírgen y mártir dentro de una caja de ciprés, tan entera y lustrosa como si se acabara de hacer. Estaba el cuerpo envuelto en un velo de oro, y junto á él los otros santos que hemos nombrado; y viéronse los lienzos en que ántes habia sido envuelto el cuerpo de Santa Cecilia llenos de sangre. Este suceso causó en Roma una extraordinaria alegría, y el Papa Clemente XIII celebró misa de pontifical, colocando de nuevo con gran solemnidad en la misma Iglesia el cuerpo de la santa y de los otros mártires (1).

---

(1) Las lecciones del Breviario Romano y el P. Ribadeneira nos han suministrado las extensas noticias que sobre estos santos mártires hemos consignado.

CAPITULO III.

San Ponciano, papa.—Su decreto sobre el canto de los Salmos.—San Antero, papa.—Sexta persecucion por Maximino.—San Fabian, papa.—El emperador Filipo se convierte al cristianismo.—Orígen de los cardenales diáconos.—Penitencias públicas en los primeros siglos.—Sus diversos grados.—Mártires de Alejandría.—Santa Apolonia.—Imperio de Decio.—Séptima persecucion por Decio.

El papa San Urbano sufrió el martirio el año 230. Habia creado en cinco ordenaciones ocho obispos, cinco presbíteros y nueve diáconos. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Pretextato en la via Appia, cerca de la puerta de San Sebastian. Consérvase la cabeza de este Pontífice en la Iglesia de Santa María de *Trastevere*, en la capilla de la Madona de Strada Cupa, ricamente adornada y consagrada por el cardenal duque de Yorck, comendador de aquella basílica, en noviembre de 1792.

En el mismo año de la muerte del santo Pontífice Urbano, es decir, el 26 de junio del 230 fue electo

San Ponciano, hijo de Calpusnio. Pocas noticias nos han quedado de este Pontífice, al que se atribuye la institucion del canto de los Salmos de David en la Iglesia. Algunos escritores afirman que esta costumbre es mucho más antigua, pero ambas opiniones en nuestro concepto pueden conciliarse admitiendo que fuese como quieren los últimos, y que San Ponciano publicase un decreto para arreglar este punto de disciplina eclesiástica, á lo que se inclina Sangallo. Gobernó la Iglesia por espacio de cinco años, durante los cuales y en diez ordenaciones creó seis obispos, seis presbíteros y cinco diáconos. Sufrió el martirio en la isla de *Tavoloto*, cerca de Cerdeña, y más tarde su bendito cuerpo fue trasladado á Roma y sepultado en el cementerio de Calixto. Sucedióle en la Sede Pontificia

San Antero, creado el 9 de diciembre del año 235, el cual gobernó la Iglesia un solo mes. Habia nacido en Petilia, en la Calabria, como quieren unos escritores, ó en Policastro, como afirman otros. Durante los breves dias de su Pontificado creó un obispo para la ciudad de Fondó. Impulsado por su celo mandó buscar escrupulosamente las actas de los mártires, que recogian los notarios establecidos por el Papa San Clemente I con este objeto, segun dijimos al historiar su Pontificado. Esta fue la causa de su martirio. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Calixto en la via Appia, y más tarde, en 1595, fueron sus cenizas trasladadas por Clemente VIII á la Iglesia de San Silvestre, en *Campo Marzo*, que fue reedificada por el mismo Clemente.

En el mismo año 235 subió á ocupar el trono imperial Maximino, sucesor de Septimo Severo, empezando la

Sexta persecucion, que duró tan solamente tres años, porque este emperador, que por sus crueldades y exagerado despotismo habia llegado á hacerse odioso, fue asesinado por sus propios soldados. Maximino no ordenó la pena de muerte sino contra los que gobernaban la Iglesia y enseñaban á otros, creido que de este modo concluiria completamente con los cristianos. Afirman los historiadores que Maximino era de estatura gigantesca, pues que tenia más de ocho piés, y de una fuerza proporcionada á su estatura. Su primera ocupacion habia sido de pastor, luego fue simple soldado, y por su denuedo llegó hasta la más alta jerarquía de la milicia. Créese que fue el jefe de los que se conjuraron contra el último Emperador, y le asesinaron en su deseo de verse señor del imperio.

Casi todos los historiadores convienen en que la causa que dió motivo á su sangrienta persecucion contra los cristianos fue la siguiente: Cuando fue proclamado Emperador hizo á las tropas algunos regalos, segun la costumbre establecida. Cada soldado debia pasar por delante del Emperador, con una corona de laurel en la cabeza. Pasó uno con la cabeza desnuda y la corona en la mano. Un oficial, que se apercibió de ello, preguntó al soldado por qué no la llevaba como los demás en la cabeza. «La causa es, respondió el soldado, porque soy cristiano, y mi religion no me permite llevar vuestras coronas.» El soldado fue inmediatamente entresacado de las filas, despojado del uniforme militar y reducido á prision. Irritado por este hecho el Emperador dió principio á su sangrienta persecucion, aunque mandando, como ántes hemos dicho, que sólo los que gobernaban las Iglesias y enseñaban fuesen castigados con la pena de muerte.

Esta persecucion, que produjo gran número de mártires, se dejó tambien sentir en España, pero á nuestros mártires del tercer siglo que sellaron con su sangre la fe del Crucificado dedicaremos oportunamente un capítulo. Sigamos ahora la sucesion de los Romanos Pontífices.

Por muerte de San Antero fue creado Sumo Pontífice

San Fabian, cuya eleccion tuvo lugar el 13 de enero de 236. Era hijo de Fabia y canónico regular; y segun el historiador Eusebio su eleccion fue debida á que una paloma que durante la eleccion volara por encima de las cabezas de los asistentes se paró sobre la de Fabian. Por más que hubiese diversos pareceres sobre la persona que se habia de encargar de la suprema dignidad de la Iglesia, el suceso de la paloma fue interpretado como una manifestacion de la voluntad divina, y todos de un mismo consentimiento eligieron á Fabian por Papa y le sentaron en la silla de San Pedro. Durante su pontificado se convirtió á la fe de Jesucristo el emperador Filipo, que fue el primer emperador cristiano, el cual le tuvo tanto respeto y obediencia que en una ocasion, queriendo entrar en la Iglesia para hacer oracion en compañía de los demas cristianos y recibir la sagrada comunion, no lo consintió el Santo Pontífice si ántes no hacia penitencia pública de algunos pecados que habia cometido; y el emperador la hizo, obedeciendo con gran humildad al jefe supremo de la Iglesia.

La conversion del emperador Filipo (1) dió por feliz resultado el que Fabian pudiese gobernar la Iglesia con paz y quietud, reparando algunos santuarios derribados en las anteriores persecuciones y edificando cementerios para los santos mártires. Dividió la ciudad de Roma en siete cuarteles ó barrios, encargándolos á igual número de diáconos, señalando tambien siete subdiáconos para cuidar de los pobres de los siete cuarteles y tambien para que ayudasen á los siete diáconos encargados de redactar las actas de los santos mártires. Esto, segun se dice, dió orígen á los títulos de cardenales diáconos llamados al principio de su institucion regionarios. Escribió algunas epístolas, que se hallan en el primer tomo de los concilios, aunque la primera de ellas es tenida por apócrifa. Entre las varias cosas que decretó fue una que se consagrase el crisma el juéves santo de cada año y se quemase el que hubiese sobrado del

(1) De algunos Emperadores romanos no hacemos mencion por no creerlo importante, pero todos irán registrados en las tablas cronológicas que daremos al fin de la obra.

año anterior (1). Preténdese tambien haber dispuesto este pontífice que nadie pudiese ser ordenado de presbítero hasta haber cumplido treinta años de edad; que los jueces seglares no pudiesen intervenir en las causas de los eclesiásticos; que los fieles comulgasen tres veces al año; que los presbíteros idiotas á causa de enfermedades se abstuviesen de celebrar el santo sacrificio; y que fiel alguno no pudiese contraer matrimonio dentro del cuarto grado de afinidad (2), dando tambien otras disposiciones que se hallan contenidas en el libro de los decretos. En cuanto á decretales, Novaes, á quien se deben tantas investigaciones, dice de este modo en sus instituciones de derecho canónico: «Esto no obstante, creo y no cesaré de repetir que si bien los pontífices de los primeros siglos debieron establecer instituciones para el buen gobierno de la Iglesia, son apócrifas todas las decretales atribuidas á los papas ántes de san Siricio, es decir, ántes del año 385, exceptuando cuatro de los tres primeros siglos, á saber: una de San Clemente y tres de San Cornelio, junto con algunos fragmentos de otros documentos, como son de dos decretales de San Estéban (253), de una de San Dionisio (255), de una de San Félix I (269), estos en el siglo cuarto; de dos de San Julio (337), de las doce de San Siberio (352), y de ocho de San Dámaso (366), indicadas todas por monseñor Bartoli (3).»

De San Fabian habla San Cipriano, calificándole de *excelente hombre*, y demuestra cuán grande era la pureza de su vida y la integridad de sus costumbres, por lo que su gloriosa muerte, de la que más adelante hablaremos, correspondió á su santa vida.

Hemos dicho que San Fabian gobernó la Iglesia con paz y quietud por haber el Emperador Filipo abrazado el cristianismo, pero estamos en el caso de hacer una declaracion de la mayor importancia, toda vez que á Constantino se cree pertenecer esta gloria. Verdad es que Filipo fue el primer emperador cristiano, pero no se atrevió á proclamar su conversion, miéntras que el gran Constantino fue el primero que públicamente confesó á Jesucristo y proclamó el imperio de la Cruz. De este modo resuelven varios autores esta cuestion.

---

(1) Tratan de demostrar algunos autores que esta costumbre no empezó hasta principios del siglo VII.

(2) El P. Rivadeneira en la historia de este Pontífice dice que esta prohibicion fue hecha dentro del quinto grado, y que si se hubiesen casado en el cuarto no los separasen. Creemos más cierto lo que decimos arriba.

(3) Novaes, *Jur. canon. inst.* cap. 18, citado por Artaud de Montor.

Tambien hemos visto que en una ocasion prohibió San Fabian al emperador Filipo la entrada en la Iglesia hasta tanto que hubiese hecho penitencia pública de algunos pecados que habia cometido, á lo que humildemente se resignó el Emperador. No estará pues demás dar aquí algunas noticias sobre la Disciplina de la Iglesia acerca de la penitencia.

Ademas de la que hacen los fieles como parte integrante del Sacramento de la Penitencia, la cual puede ser impuesta por cualquier sacerdote que tenga jurisdiccion en el fuero interno para la absolucion de los pecados, y cuyo objeto es el bien particular de los cristianos, que consiste en la salvacion del alma, hay otra penitencia en la que se ve en primer término el bien público eclesiástico, la cual solamente puede imponerse por los que tienen jurisdiccion en el fuero externo. Esta penitencia puede ser general ó particular, ordinaria ó extraordinaria. Es general la que se hace por todos en comun, como cuando se practican ayunos generales ú otras obras piadosas y es particular la que hacen individualmente los fieles, la cual puede ser de dos maneras: *voluntaria* ó por *sentencia judicial;* la primera para expiacion de sus pecados y la segunda para satisfacer á la Iglesia y á la sociedad cristiana por algun crímen que se haya cometido. *Ordinaria* es la que se practica en época determinada, como los ayunos de cuaresma, témporas, etc., y *extraordinaria* la que se practica cuando se implora por todo el pueblo la misericordia divina en las grandes calamidades.

La penitencia pública es la que se hace pública é individualmente por los cristianos á la vista de todo el pueblo. Fue muy comun en los primeros siglos del cristianismo la imposicion de penitencias públicas. Unos escritores dicen que se imponia por los pecados y delitos públicos, y otros afirman que tambien se imponia por algunos delitos ocultos de los más graves, como la idolatría, el homicidio, el adulterio y otros semejantes. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que los Santos Padres, los cánones de los Concilios y los escritores eclesiásticos nos dan testimonios de que existieron las penitencias públicas, y San Agustin se expresa de este modo: «Los pecados cometidos á la vista de todos deben ser reprendidos y castigados á la vista de todos; y los cometidos secretamente, séanlo secretamente (1).» Es indudable que tanto en Oriente como en Occidente las penitencias públicas fueron muy comunes en los primeros siglos del cristianismo. Veamos los diferentes grados en que estaba

(1) S. Agustin. Ser. 82, c. 7.

dividida la penitencia pública. Estos grados eran cuatro, y los pecadores que estaban en ellos se llamaban flentes, audientes, substracti y consistentes. Los *flentes* (1.er grado) estaban fuera de la Iglesia en el atrio, vestidos de negro, rasgadas sus vestiduras, el cabello y la barba descompuestos, cubiertos de ceniza, y prosternados en el pavimento confesaban públicamente sus pecados y rogaban á los fieles que entraban en el templo dirigiesen á Dios oraciones en favor de ellos. Los *audientes* (2.º grado) entraban dentro del templo, oian leer las Sagradas Escrituras y la predicacion, concluido lo cual se les mandaba salir como á los gentiles y á los catecúmenos. Los *substracti* (3.er grado) entraban dentro de la nave hasta el púlpito, puestos de rodillas, por lo cual se les llamaba tambien *genuflectentes*, recibian la imposicion de manos acompañada de ciertas preces, y despues salian de la Iglesia sin poder presenciar el Santo Sacrificio. En suma, los *consistentes* (4.º grado) eran llamados así, porque cuando hacian salir á los demás penitenciados y á los catecúmenos, ellos permanecian en el templo con los demás fieles y oraban con ellos, pero sin poder recibir la Sagrada Eucaristía, ni tampoco la Iglesia recibia sus oblaciones hasta tanto que se hubiesen reconciliado. Antes de dar principio á estos grados de penitencia se presentaban los penitentes con todas las señales de penitencia á las puertas de la Iglesia, se les mandaba entrar, y recibidos que eran por el obispo, este les ponia ceniza en la cabeza y les entregaba los cilicios para que castigasen su carne: despues les exhortaba á hacer penitencia, y diciéndoles que los iba á arrojar temporalmente de la Iglesia como arrojó Dios á Adan del Paraiso, cerraba las puertas en seguida que ellos salian.

Créese que durante los tres primeros siglos no se habian establecido estos tres grados de penitencias públicas, y que entónces estaba reducida á no admitir en la Iglesia á los que se encontrasen sujetos á ella, con la obligacion de practicar las obras expiatorias prescritas por los cánones, y el obispo segun su prudencia imponia las penitencias y señalaba el tiempo que habian de durar. Cuando á mitad del siglo III, Novaciano y otros herejes afirmaban que no habia en la Iglesia potestad de perdonar los pecados, fue necesario imponer penitencias más severas y establecer los grados que hemos explicado.

Para completar esta explicacion debemos añadir que no todos los cristianos estaban sujetos á hacer penitencias públicas, aunque hubiesen cometido pecados graves. Estaban exceptuados: 1.º los jóvenes por la fragilidad de la edad; 2.º las mujeres adúlteras para que no se hiciese

público el delito y no dar ocasion á que la penitencia fuese causa de su muerte; 3.º los casados sin consentimiento de su cónyuge, para que el inocente no se privase del uso del matrimonio; 4.º los clérigos de órden sagrado, por lo ménos en los siglos IV y V, segun el testimonio del Concilio V de Cártago y de San Leon el Grande.

La penitencia pública fue abolida en Oriente á fines del siglo IV. En la Iglesia latina subsistió por más largo tiempo, hasta que se introdujo en el siglo VII que por los crímenes públicos se impusiesen penitencias públicas, y por los ocultos ocultas, pero con arreglo á los cánones penitenciales que introdujo del Oriente el monje Teodoro, obispo que fue de Cantorbery. La Iglesia ha mitigado su rigor, y la penitencia pública se impone en muy pocos casos y por motivos muy graves á juicio del obispo, el cual podrá conmutar esta penitencia pública en una secreta cuando lo considere más conveniente, como enseña el Santo Concilio de Trento (1).

Continuemos nuestra interrumpida narracion. A pesar de la proteccion del Emperador Filipo en favor de la Iglesia, hubo en Alejandría muchos mártires en el año 258. Los idólatras conjurados contra los cristianos entraron en sus casas, las cuales saquearon, poniéndoles fuego despues, y despues de los más crueles tratamientos hicieron morir una multitud de ellos á palos y pedradas. Una de las ilustres víctimas del furor de aquellos enemigos del nombre cristiano fue Santa Apolonia, que manifestó una fortaleza admirable. La hirieron brutalmente en las mejillas hasta hacerle caer todos los dientes y despues la llevaron arrastrando hasta un arrabal de la ciudad, y encendiendo á su vista una hoguera la amenazaron con arrojarla á ella si resistia en renegar de Jesucristo. La santa vírgen pidió le concediesen algunos instantes, como para resolver lo que debia hacer; y como accediesen y la dejasen libre, ella por sí misma se arrojó á la hoguera, á cuya accion dió motivo el temor no infundado de que hicieran ántes de quitarle la vida ultrajes á su virtud, que ella hubiera sentido más que todos los tormentos.

Por última vez tenemos que ocuparnos del emperador Filipo, y no será para elogiarle. Verdad es que dejó en paz á la Iglesia, y que, como hemos visto, se hizo cristiano. Sin embargo, su ascension al trono del imperio habia sido por medios los más viles, que habia coronado con el

---

(1) Concilio de Trento, ses. 24, cap. 8, *de Reformat.*

parricidio. Creemos se arrepentiria de estas maldades, cuando le vemos abrazar la fe de Jesucristo y ser benéfico en su gobierno: sin embargo, Dios no permitió que disfrutase mucho tiempo de la dignidad imperial. Hacia sólo cinco años que ocupaba el trono, cuando las provincias se rebelaron, de tal modo que no le era posible sosegar por sí solo tan grandes desórdenes. Valióse, pues, de Decio, en el que reconocia las mejores cualidades militares, y le envió á Panonia, en cuya provincia habia nacido este general. Temerosos los soldados que se habian rebelado contra el emperador de que Decio les castigase con rigor, pensaron que el mejor medio de evitar el castigo era proclamarle emperador, y así lo hicieron. Aceptó Decio, y puesto al frente de aquellas tropas se dirigió á Italia. Filipo le salió al encuentro, pero fue vencido y muerto por sus mismas tropas el año 249.

Entre tanto el papa San Fabian trabajaba con incansable celo por la propagacion de la doctrina evangélica, y queriendo atender á todas partes y á las necesidades de los fieles de todas las localidades, consagró varios obispos que destinó á diferentes Iglesias. Difieren los autores en el número de obispos creados por San Fabian, pues unos dicen que fueron siete, otros once, y algun otro que catorce; ordenó asimismo veinte y dos presbíteros y siete ú ocho diáconos. Despues de una paz la más duradera que habia disfrutado la Iglesia desde su establecimiento, se suscitó la

SÉPTIMA PERSECUCION por Decio, que se mostró encarnizado enemigo de los cristianos desde el momento de su ascension al trono imperial. Su primer cuidado fue publicar un edicto que mandó á los gobernadores de las provincias á fin de que se hiciesen las mas minuciosas pesquisas para buscar los cristianos y se les hiciese morir en los más crueles tormentos. Cuanto de más terrible pudo inventar el infierno se puso en juego: azotes, hogueras, fieras y otra infinidad de tormentos, que los cristianos fieles á Jesucristo y su religion adorable se prepararon á sufrir, siendo una de las primeras y principales víctimas de tan terrible persecucion el papa San Fabian, cuyas grandes virtudes fueron coronadas por el martirio el año 250, despues de catorce de Pontificado, siendo sepultado su cuerpo en el cementerio de Calixto.

CAPITULO IV.

San Cornelio, papa.—Novaciano, antipapa.—Concilio de Roma.—Novaciano y sus sectarios son excomulgados.—Martirio de San Pionio en Esmirna.—Santa Agueda virgen y mártir.—Muerte desastrosa del procónsul Quinciano.

Por muerte de San Fabian permaneció la Santa Sede vacante durante diez y seis meses, pues que habiendo empezado con tanto rigor la persecucion de Decio, hizo por el pronto imposible la eleccion. Durante este interregno aparece en la Iglesia el primer antipapa, llamado Novaciano, el cual falleció en Roma en tiempo de Sixto II, teniendo sucesores hasta el pontificado de Celestino I, y este fue el primer cisma.

Por fin, el año 251 pudo hacerse la eleccion de sucesor de San Fabian, recayendo en San Cornelio, presbítero romano, de la noble familia de los Octavios. Varon de eminentes virtudes, se resistió por humildad á aceptar la suprema dignidad de la Iglesia, pero hubo de aceptarla conociendo ser tal la voluntad de Dios. A su eleccion asistieron diez y seis obispos, el clero y el pueblo.

En tiempo de este Santo Pontífice, y á pesar de la cruelísima persecucion de Decio, habia en Roma, segun una carta citada por el historiador Eusebio, cuarenta y seis presbíteros al cuidado de igual número de parroquias, siete diáconos, siete subdiáconos, otros muchos ministros inferiores, mil quinientas viudas, y gran número de cristianos de toda edad y de todos los estados.

Tuvo San Cornelio un Concilio romano compuesto de sesenta obispos, y en él excomulgó al antipapa Novaciano, del que ya hemos hablado. Era este usurpador de la dignidad pontificia, presbítero romano, gentil de nacion, cristiano por miras de interés y hereje por su soberbia y ambicion. Cornelio, pues, no sólo excomulgó á Novaciano, como hemos dicho,

sino que tambien á todos sus sectarios, que entre otros errores enseñaban que la Iglesia no podia admitir en su seno á los *lapsos* ó *caidos*, ni concederles el perdon. Se conocia con este nombre de *lapsos* á los que por temor á los tormentos abandonaban la religion cristiana aunque sólo exteriormente. La Iglesia, cuya base es la caridad, no podia negar el perdon ni reputar para siempre como gentil al que hubiese cometido una falta, siquiera esta fuese la apostasía. El pecador arrepentido siempre halla misericordia, pues que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva. Así pues la decision del Pontífice fue confirmada por el Concilio.

Entre tanto la persecucion tomaba las mayores proporciones, pues que todos los gobernadores que habian recibido el edicto de persecucion trataron de desplegar aun mayor rigor que el que se les ordenaba, en su deseo de adquirir méritos para con el implacable tirano. El cielo abrió sus puertas á una multitud de mártires, que llenos de valor y de fortaleza salpicaron con su bendita sangre las vestiduras de la Esposa Inmaculada del Cordero.

Para comprender cuán furiosa fue esta séptima persecucion y las grandes perfidias que se cometieron contra los cristianos, pues no solamente se propusieron quitarles la vida, sino hacer muy duraderos sus tormentos, bástanos fijar la consideracion en algunos de los hechos que encontramos consignados en diversos historiadores. Sea uno un mártir al que despues de haberle despedazado sus carnes con uñas de hierro y planchas hechas ascuas, le hicieron untar de miel, y atándole las manos á la espalda, le colocaron echado boca abajo á los rayos del sol, entregándole á las picaduras insoportables de las moscas y otros insectos. Un jóven acusado de ser cristiano, y que confesó y no negó, mostrando una heroicidad superior á su edad, mandó el juez que fuese conducido á un delicioso jardin, donde le colocaron sobre un lecho de pluma, al que le aprisionaron con ligaduras de seda. Buscaron en seguida una jóven dotada de hermosura y hábil en el arte de seducir, la cual se presentó al valeroso cristiano, valiéndose de todos los medios imaginables para sacar partido. No tenia aquel medio alguno de defensa, y siendo demasiado violenta la tentacion se cortó la lengua con los dientes y la escupió á la cara de aquella infame mujer, que se retiró al punto sobrecogida de espanto.

Daremos aquí una sucinta noticia de algunos de los mártires de esta persecucion.

Uno de los más ilustres fue San Pionio, sacerdote de Esmirna. Dios quiso premiar sus grandes virtudes, revelándole un dia, en ocasion en que se hallaba dulcemente entretenido en el santo ejercicio de la oracion, que al dia siguiente seria preso. Llenóse de regocijo el santo confesor de Jesucristo, que no deseaba otra cosa que padecer y morir por Aquel que padeció y dió su vida por nosotros; é inmediatamente se puso por sí mismo una cadena al cuello, para demostrar de este modo á los que viniesen á prenderle que estaba dispuesto para el sacrificio.

Cumplióse la revelacion. Al dia siguiente presentóse á él un oficial, que le arrestó y le preguntó si sabia las órdenes del Emperador. La respuesta de Pionio fue digna de un esforzado cristiano: «Nosotros no ignoramos que hay un mandamiento, y es el que nos obliga á adorar á un solo Dios.» El oficial por única contestacion le dijo: «Venid conmigo á la plaza, y vereis el edicto del Emperador que manda sacrificar á los dioses.» El santo siguió al oficial, mas como se reuniese una multitud de gente así pagana como judía, aprovechó la ocasion el santo sacerdote dirigiendo en alta voz un discurso, el cual terminó declarando que él no adoraba á los dioses ni á sus estátuas, pues que este homenaje era sólo debido al verdadero Dios. Entónces, como era generalmente apreciado por su sabiduría y recomendables prendas, empeñáronse en persuadirle que mudara de propósito y adorase los dioses, para de este modo librar su vida, que irremisiblemente perderia si se obstinaba en no sacrificar á los dioses, añadiéndole cuán gran bien es la vida. A estas palabras, con que trataban de persuadirle, replicó el santo de este modo: «Es verdad «que la vida es un bien, y un cristiano nunca la menosprecia: pero nos«otros deseamos otra vida que es preferible á esta. Os estimo sobrema«nera el afecto que me manifestais, pero me temo que hay en él alguna «astucia. El odio declarado es ménos terrible y nocivo que los halagos «engañosos.» En seguida volviéndose al juez le habló de esta manera: «Si vuestra comision es persuadirme ó castigarme, podeis cuando os «plazca hacer lo segundo, en la inteligencia de que jamás llegareis á per«suadirme.» A vista de esta firmeza, el juez dió principio al proceso, el cual tuvo concluido á los pocos dias, cuando llegó á Esmirna el procónsul. Este le hizo comparecer en su presencia, interrogándole para ver si se afirmaba en las declaraciones que habia hecho ante el juez inferior. Pionio se rectificó en ellas, añadiendo que jamás cambiaria de resolucion. Inmediatamente mandó el magistrado que fuese aplicado al tormento, el que sufrió el mártir con la mayor resignacion sin exhalar una queja.

Concluido el tormento, le ofreció el procónsul el tiempo suficiente para que se resolviese; mas como el santo replicase que era inútil toda dilacion, pues que jamás variaria en sus propósitos, el juez pronunció la sentencia, que estaba concebida en estos términos: *Mandamos que Pionio, sacrílego, que se ha declarado y confesado cristiano, sea quemado vivo para vengar á los dioses y atemorizar á los hombres.* En cumplimiento de esta órden fue conducido al lugar de la ejecucion, donde le sujetaron á un poste con clavos, dejándose clavar sin resistencia. Entónces se dió el último ataque á su firmeza: «Dejad vuestro error, le dijo el ejecutor; aun es tiempo: prometedme que hareis lo que se os pide y en el momento os quitaré los clavos.»—«¡Oh, no! no es posible, contestó el mártir: yo me doy prisa á morir para resucitar despues.» Dios le tenia ya destinado un asiento en el coro de los mártires, y los ángeles tenian ya preparada la palma y la corona. Pionio fue levantado en el poste, al que estaba clavado, y le volvieron de cara al Oriente; y en seguida colocaron al rededor del poste gran cantidad de leña, y le pusieron fuego. El mártir, en cuyo rostro brillaba una alegría celestial, cerró los ojos y los espectadores creyeron que habia muerto, pero era que oraba: á imitacion del divino Redentor, que pendiente del árbol de la Cruz oró al Eterno Padre por los mismos que le quitaban la vida, así este su digno ministro y fiel imitador oraba tambien por los que le quitaban la suya en una hoguera. Luego que hubo terminado su oracion, abrió de nuevo los ojos y vió que la llama empezaba á levantarse; la miró con alegre semblante, y pronunciando esta palabra: «*Amen:* Señor, recibe mi alma,» cerró por última vez sus ojos á la luz del mundo para abrirlos á la hermosa claridad del cielo.

Tal fue el martirio de este ilustre confesor de Jesucristo. Luego que el fuego se hubo extinguido, los fieles que se hallaron presentes al sacrificio buscaron su cuerpo entre las cenizas y le hallaron todo entero, como cuando estaba en perfecta salud, siendo lo más maravilloso que hubiesen quedado intactos los cabellos de su cabeza, así como los de su barba, prodigio que confirmó más y más en la fe á los fieles y que llenó de espanto á los infieles.

En nuestro deseo de dar noticias detalladas de los principales y más notables mártires que fueron sacrificados en las persecuciones de los primeros siglos, vamos á ocuparnos de la nobilísima vírgen Santa Águeda, que padeció durante la persecucion de Decio, de la que nos venimos ocupando. Goza esta santa mártir de mucha celebridad en la Igle-

sia, á la que contribuyó no poco un himno compuesto en honra suya por el papa San Dámaso y un prefacio por San Gregorio.

Presidente de Sicilia era Quinciano, el cual tuvo noticia de que en Catania existia una jóven cristiana muy ilustre por su cuna, de una gran fortuna y de una hermosura encantadora. Era esta Agueda, que segun algunos escritores habia nacido en la ciudad de Palermo: su amor á la virginidad era extraordinario, y se habia consagrado á Jesucristo rehusando contraer matrimonio. Estando pues Quinciano en Catania, la hizo comparecer á su presencia. Ella se preparó para el combate con la oracion y el ayuno, armas poderosas en virtud de las cuales se han conseguido siempre las mayores victorias; y puesta toda su confianza en Aquel Dios que era el único objeto de su amor, se presentó en los estrados del presidente. Apénas la vió este quedó prendado de su rara belleza, y olvidado del oficio que desempeñaba y de sus deberes de juez, como se hubiese encendido en su pecho la llama de la sensualidad, se propuso valerse de todos los medios posibles para gozar de la virtuosa doncella. Ignoraba que estaba guardada por Aquel contra el que nada sirven todas las astucias de los hombres. Sin interrogatorio, pues, de ninguna clase, mandó prenderla, y por disimular su intento la hizo entregar á una vieja astuta llamada Alfrodisia, la que tenia cinco hijas hermosas y lascivas, para que con el trato de ellas, Agueda fuese perdiendo el amor que tenia á la castidad. La vieja Alfrodisia, que esperaria una gran recompensa si conseguia reducir á la jóven cristiana, empezó por halagarla diciéndole que en aquella casa no habia hombre alguno y sí sólo sus hijas, con las cuales podia libremente comunicarse y hablar, añadiéndole que si no fuese cristiana podria ser la señora de Quinciano, y de consiguiente del presidente y de toda la Sicilia. Miéntras aquella mujer infernal le dirigia la palabra, Agueda tenia fijo su pensamiento en el cielo y rogaba á Dios libertase su inocencia de aquellos terribles lazos con que era amenazada. Alfrodisia le repetia á menudo las mismas palabras, hasta que cansada de oirla la jóven cristiana le habló de esta manera: «Bien entiendo ¡oh Alfrodisia! tus mañas y las razones con que piensas persuadirme que yo deje á mi Cristo, y deshonre mi linaje, y venda mi virginidad; mas no pienses que tienes tanta elocuencia, ni tanto artificio en tus palabras, que yo me deje vencer de ellas. Yo no oigo tu lengua como lengua de mujer, sino como lengua del demonio que habla por ti; y como huyo de él, huyo tambien de ti, y no he querido advertir á lo que me dices. Yo te aviso, como cristiana que está obligada á querer

bien á los que nos quieren mal, que mires por ti y dejes el oficio infame y maldito que usas con afrenta tuya y daño de la república, y mal ejemplo de tus hijas: no enredes con tus lazos esta ciudad, ni pongas fuego en los corazones de las doncellas inocentes y puras, porque haces más daño, y eres más perjudicial á la república, que si la pegares fuego por las cuatro partes de la ciudad, ó si inficionases las fuentes públicas de que ella bebe. Y aunque Quinciano disimule contigo, Dios del cielo te castigará; y si no quieres dejar esta empresa que has tomado conmigo, por tu honra y por tu bien, déjala á lo ménos por no perder tiempo y derramar palabras al viento; porque yo te hago saber que estoy tan fundada y firme en el amor de mi Señor Jesucristo, y tan constante en el voto que he hecho de virginidad, que con el favor de mi Dios espero que ántes el sol perderá su claridad, y el fuego su calor, y la nieve su blancura, que yo me mude de este propósito y voluntad. Afile Quinciano sus navajas, apareje sus leones, encienda el fuego, arme sus lazos, abra, si puede, las puertas del infierno, y quite las cadenas de todos los demonios contra mí, que yo morir tengo vírgen y cristiana, y no temo que Quinciano me haga fuerza, porque Dios, á quien he entregado mi alma y mi cuerpo, me defenderá. Tú eres vieja ¡oh Alfrodisia! y ya la muerte está á la puerta, y tú lo muestras con tu mal color: mira por ti, reconoce á tu Criador, ten vergüenza del mal ejemplo que has dado á tus hijas y á toda la ciudad. Llóra tu vida pasada, conviértete á Dios y haz penitencia, confesándole y adorándole para que no te castigue.»

Un mes duraron los infructuosos ataques de Alfrodisia, al cabo de los cuales creyó prudente dar cuenta al presidente del mal resultado que habian dado sus esfuerzos para convencer á la jóven cristiana: le dijo que habia apurado todos los medios imaginables, que la habia ofrecido riquezas, honores, piedras preciosas, pero que habia sido inútil para hacerla resolver, para inclinarla á su voluntad, pues que al fin se hallaba persuadida que estaba tan firme en ser cristiana y en guardar su virginidad que no habria tormento alguno suficiente á hacerla variar en sus propósitos. Al oir esto Quinciano mandó hacerla comparecer en su presencia y la mandó le diese cuenta de su linaje y casa á que pertenecia. «Noble soy y de ilustre sangre, dijo la santa, y mis deudos dan testimonio de ello, como es notorio en toda Sicilia.—¿Pues cómo, replicó el presidente, siendo noble, sigues la costumbre de la gente vil y despreciable?—Es que aunque soy noble, respondió la santa, soy esclava de Jesucristo, y esto en manera alguna deshonra mi linaje, pues que no hay grandeza mayor

que servir con puro corazon á Jesucristo.» Al escuchar esta contestacion, irritado sobremanera Quinciano, le repuso: «¿Luego nosotros no somos nobles, que menospreciamos á vuestro Crucificado?—De tal manera, dijo la santa, eres esclavo del demonio, que adoras las piedras: ¿dónde está pues tu nobleza?» Mandó el tirano que la diesen una bofetada para que aprendiese á respetar á los señores, y ella sufrió con la mayor alegría esta injuria por el nombre de Jesucristo. En seguida la hizo conducir á la cárcel, diciéndole que pensase la resolucion que habia de tomar, pues no le quedaba otro medio que renegar de Jesucristo ó acabar su vida en los más crueles tormentos.

No tan lleno de regocijo entra en su patria el conquistador que ha recogido laureles en el campo de batalla, como entró Agueda en aquella prision donde veia dar principio á su martirio, por el que ya suspiraba. Al dia siguiente fue presentada otra vez delante del presidente, el cual tentó de nuevo el persuadirla valiéndose de amenazas. Entónces se mostró admirable el valor y la serenidad de la ilustre vírgen, pues exitó al presidente á que cuanto ántes consumara su obra que era lo que ella esperaba, para disfrutar de la felicidad eterna. El tirano mandó que nuevamente fuese encerrada en un calabozo de la cárcel, sin que le diesen alimento alguno, para que de este modo muriese consumida de hambre y de dolor, y así se hizo despues de haberle cortado un pecho por órden del tirano.

En la oscura prision se le apareció el Apóstol San Pedro, el cual la curó restituyéndole el pecho á su lugar, como asimismo los cabellos que le habian cortado. De nuevo fue presentada al tirano, el cual se maravilló al verla sana y oirla confesar que Jesucristo la habia curado; pero pudiendo en él más la indignacion, la hizo extender y revolver sobre ascuas de fuego y menudos pedazos de tejas; mas cuando estaba sufriendo este tormento sobrevino un espantoso terremoto, y toda la poblacion creyó que era castigo del cielo por la injusta crueldad que contra Agueda se usaba, y dando grandes voces se dirigieron á la casa del presidente. Este temió se la arrebatasen de sus manos, y la mandó de nuevo conducir á la cárcel. Allí entre las delicias de la oracion espiró la ilustre vírgen y martir, volando su bendita alma al cielo, donde goza de una felicidad que no tiene término.

El presidente Quinciano recibió bien prontamente el justo castigo de haber querido arrebatar su inocencia á esta pura vírgen, pues que al dirigirse á Catania, para apoderarse de las riquezas de Agueda, el caballo le arrojó al rio, donde pereció sin que despues pudiese ser encontrado su cadáver.

CAPITULO V.

Otros mártires.—Los siete Durmientes.—Brillante interrogatorio entre Marciano y San Acacio.—San Dionisio y San Gregorio Taumaturgo.—Fundamento de la vida monástica.—San Pablo, primer ermitaño, y San Antonio Abad.

Ademas de los mártires de que hemos hecho mencion en el capítulo anterior produjo la persecucion de Decio otros muchos, entre ellos los Santos Trifon y Respicio en Nicea, San Cristóbal en Licia, San Mercurio en Cesarea de Capadocia, el cual era militar, y en Efeso los siete hermanos llamados *Durmientes*, porque habiendo confesado públicamente á Jesucristo, fueron encerrados vivos en una caverna y privados de todo humano socorro, donde durmieron en el Señor, es decir, murieron. Cerca de doscientos años despues fueron hallados sus cuerpos, pretendiendo algunos griegos que despertaron entónces delante de una multitud de gente, y que habiéndose arrodillado todos juntos entregaron nuevamente su espíritu al Criador. Entónces se les dió el nombre de los siete Durmientes.

No fue menor el rigor de la persecucion en Alejandría, entre cuyos mártires se cuentan Juliano y Euno. El primero era un hombre de avanzada edad, enfermo y tan molestado de la gota que apénas podia moverse. Habiendo confesado públicamente la fe de Cristo le prendieron juntamente con Euno, y colocando á cada uno de ellos en un camello los azotaron con la mayor crueldad. Sufrido este tormento, los arrojaron en una hoguera que habian preparado. El pueblo aplaudia aquella bárbara inhumanidad, regocijándose con tan terrible espectáculo. Sin embargo, entre aquella multitud entusiasmada habia algunos cristianos que fueron descubiertos por no tomar parte en la comun alegría, y como no negasen al ser interrogados que profesaban la fe de Jesucristo, fueron sin otra forma de proceso condenados y arrojados á la misma hoguera donde acaba-

ban de ser sacrificados aquellos dos valerosos atletas. Entre estos se encontraban cuatro mujeres llamadas Melania y Dionisia, y otras dos que tenian el mismo nombre de Amonari, las cuales dieron pruebas admirables de la fortaleza de que se hallaban revestidas, y llenas de celestiales consuelos dieron su vida en defensa y testimonio de su fe.

Es muy notable la confesion de Acacio, obispo de una ciudad llamada Antioquía, pero distante de la Antioquía de Siria, ignorándose hácia qué parte de Oriente se hallaba. Las actas de los mártires han conservado el interrogatorio que con este Santo Confesor sostuvo el cónsul Marciano, y del que no pudo ménos de dar cuenta al Emperador. Vamos á transcribir este importante interrogatorio.

—Vosotros, dijo Marciano, debeis amar á nuestros príncipes ya que vivis bajo las leyes romanas.

—¿Y quién, respondió Acacio, los ama más que nosotros? Contínuamente pedimos á Dios por ellos, por la prosperidad de su reinado, por la gloria de sus armas y por todo lo que les interesa.

—Sacrificad pues al Emperador, dijo Marciano, para darle de este modo una prueba del afecto que le profesais.

—Nosotros damos de corazon al Emperador todo lo que le debemos: pero no tiene derecho á exigir de nosotros sacrificios: porque ¿quién sacrificará á un hombre mortal, reflexionando que hoy manda y mañana tal vez morirá? El Emperador está como nosotros sujeto á Dios, y no es permitido tributar honores debidos sino al Señor inmutable y soberano del cielo y de la tierra, ante el cual deben temblar todos los demas potentados.

—¿Quién es ese Dios, repuso Marciano, pues deseo conocerle?

—Ojalá, respondió Acacio, que le conocierais efectivamente, pero de modo que este conocimiento os fuese provechoso y saludable.

Marciano, que gustaba de las discusiones, continuó:

—Decid ya, pues, quién es.

—El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, contestó Acacio.

—¿Son tambien dioses esos que nombrais?

—No: mas el que se dignó mostrarse á estos varones santos es el verdadero Dios á quien debemos temer.

—¿Cuál es, pues, su nombre? prosiguió Marciano.

Acacio, siguiendo la regla dada por Orígenes, citó los nombres que Dios toma en las Sagradas Escrituras.

El interrogatorio se hizo importante y continuó del modo siguiente:

—¿Qué quimeras os tienen preocupados? Dejad las cosas invisibles y honrad más bien á los dioses que podeis ver con vuestros propios ojos.

A lo que contestó Acacio:

—¿Qué dioses son los que me proponeis?

—Sacrificad, instó Marciano, á Apolo que nos libra de las epidemias y del hambre, y gobierna y conserva todo el mundo.

—¿A quién has dicho? ¿á ese Apolo que abrasado de amor impuro persiguió al sencillo objeto de su amor sin conocer que no habia de conseguir sus designios? ¿Adoraria yo á aquel á quien me avergonzaria de imitar?

—Esto es, dijo Marciano, lo que todos los cristianos acostumbrais á responder: pero venid conmigo, pues es necesario sacrificar al gran Júpiter y á la divina Juno, para celebrar despues con alegría el solemne convite.

—¿Y por qué he de honrar yo como á Dios á aquel cuyo sepulcro está constantemente en Creta? ¿Ha resucitado por ventura?

—No hableis más, replicó Marciano: es necesario sacrificar ó morir.

—Este es un buen argumento, dijo Acacio: es el mismo que usan los bandidos cuando encontrándose con los viajeros les mandan entregarle la bolsa ó la vida. Hasta ahora miéntras hemos discutido no habeis mostrado tan poca equidad y razon. Podeis en buen hora quitarme la vida, pero no creais que podreis jamás convencerme ni hacerme apartar de mis propósitos. Jamás adoraré ni sacrificaré más que al verdadero Dios. La ley condena al adúltero, al homicida, al ladron: si encontrais que he incurrido en alguno de estos crímenes, yo mismo me entregaré al castigo. Pero hacerme quitar la vida por adorar al verdadero Dios, no lo manda la ley, sino lo hace la arbitrariedad del juez. Advertid, pues, que procediendo así os haceis inexcusable, porque cada uno será juzgado segun juzgare á los otros.

Marciano, no encontrando qué objetar á lo que el santo le decia, tan sólo le dirigió por única respuesta estas palabras:

—Yo no tengo órden para examinar tantas cosas sino sólo para reduciros á la obediencia ó castigaros.

—Y á mí, dijo Acacio, me está prohibido y á más me horroriza renegar de mi Dios. Si vos os creeis obligado á seguir en un todo la voluntad de un hombre que presto morirá como todos los demás, y como todos será pasto de gusanos, ¿con cuánta más razon deberé yo obedecer á un Dios Todopoderoso é infinitamente sabio, que á los que le niegan

delante de los hombres amenaza desconocerlos cuando venga con gran pompa y majestad á juzgar á los vivos y á los muertos?

De estas palabras quiso sacar partido Marciano para demostrar que era errónea y extravagante la doctrina de los cristianos, y dió otro giro á su argumentacion;

—Bien insensatas son por cierto las ideas de vuestra secta. ¿Con que Dios tiene un Hijo, segun decís?

—Sí, respondió Acacio.

—¿Quién es? preguntó Marciano.

—El Verbo de verdad, la palabra de gracia, dijo el santo.

—¿Es ese su nombre?

—Hasta ahora no me lo habeis preguntado.

—Nombradle, pues.

—Llámase Jesucristo.

—¿De qué mujer lo tuvo Dios?

—No debemos discurrir de Dios como de los mortales: él formó el cuerpo del primer hombre, y despues le dió la vida y el espíritu: así engendró á su Hijo de un modo enteramente espiritual, pero necesario, produciéndole de su entendimiento, como lo enseñan nuestras divinas Escrituras.

—¿Luego Dios es corpóreo? replicó Marciano.

—¿De donde lo infieres, dijo Acacio, pues nosotros le reconocemos invisible? El solo se conoce con toda perfeccion: pero no por eso estamos nosotros ménos seguros de su virtud y de su poder.

—Si carece de cuerpo, replicó Marciano, tampoco tendrá corazon é inteligencia, porque esta y el pensamiento no pueden hallarse donde no hay sentidos.

—La inteligencia, repuso Acacio, no toma su orígen en nuestros miembros; Dios es quien nos la da, y el cuerpo y el espíritu nada tienen de comun sino por la omnipotente voluntad del Criador.

Viendo Marciano que no adelantaba un paso tomó otro partido, y así le dijo:—Volved los ojos á los catafrigios, que eran cristianos y hoy sacrifican con nosotros: imitadlos pues; juntad todos los cristianos y persuadidles á que abracen la religion del imperio.

—No mando yo en ellos, dijo Acacio; quien manda es Dios. Ellos oyen mi voz porque los dirijo por el camino de la justicia; mas si los indujera al pecado, poniéndolos en camino de condenacion, entónces me volverian las espaldas y justamente me despreciarian.

—Bien, pues decidme todos sus nombres, dijo Marciano.

—Escritos están en el libro celestial.

—¿Dónde están, prosiguió Marciano, vuestros magos ó doctores de ese error tan artificioso?

—Otras faltas podremos tener, dijo Acacio, de que acusarnos y dolernos delante de Dios: mas por lo tocante á observaciones ridículas de magia, las hemos mirado siempre con el mayor horror: las maravillas de gracia y beneficencia que nos ves obrar sólo provienen de Dios.

—Pues yo os digo, replicó Marciano, que es necesario que seais unos magos muy hábiles, cuando habeis logrado infestar todo el imperio con esa religion supersticiosa.

—Lo que hacemos nosotros, dijo Acacio, es desengañar á los hombres acerca de esos fantasmas de divinidades, á los que teneis la debilidad de reverenciar y aun de temer, sin tener en cuenta que son obras de vuestras mismas manos.

—Decid los nombres que os he preguntado, si quereis libertaros del castigo.

La contestacion de Acacio encierra un mundo de ideas.

—¿Pensais vencernos si somos muchos, cuando no podeis vencerme á mí solo? Si es mi nombre el que deseais saber, yo os lo diré sin ninguna dificultad: mi nombre propio es Agatangio, aunque comunmente me llaman Acacio, y mis compañeros que veis aquí son Pison, obispo de Troya, y el sacerdote Menandro: no me interrogueis más y haced desde luego lo que os plazca y sea vuestra voluntad.

Determinado, pues, Marciano á dar cuenta al Emperador, le remitió el proceso, haciendo que esperasen en la cárcel la resolucion imperial.

Decio se informó minuciosamente de todo, y no pudo ménos de admirar las respuestas de Acacio, y mandó que fuese puesto en libertad, trasladando á Marciano al gobierno de Pamfilia. El santo y valeroso confesor de Jesucristo, apénas se vió libre de la prision, empezó á trabajar con celo infatigable en la conversion de los infieles, logrando con tan laudables esfuerzos aumentar el rebaño de Jesucristo. Terminó sus dias, descansando en paz, sin haber pasado por el martirio.

De San Dionisio, que ocupaba la silla episcopal de Alejandría, y del doctor San Cipriano, nos da las siguientes noticias un erudito escritor que varias veces hemos citado: «Habiendo sabido de antemano San Dionisio que el prefecto Sabino le habia de citar, esperó cuatro dias el aviso en su habitacion ordinaria; pero anduvieron buscándole por otras partes,

creyendo que no tendria valor para permanecer en su casa en un peligro tan inminente. Retiróse al fin el santo Pastor, temiendo tentar á Dios, y le acompañaron sus domésticos y muchos cristianos; pero en el mismo dia cayeron en manos de los soldados y ministros de la justicia (1). El sacerdote Timoteo, que no se habia hallado con los demas é ignoraba lo ocurrido, quiso ir á la casa episcopal; pero hallándola toda ocupada por los soldados, juzgó que Dionisio habia sido preso, y huyó con precipitacion. Un cristiano del campo, que le encontró y supo el motivo de su terror, llevó corriendo la noticia á una casa allí cercana, en donde se celebraba á la sazon una boda: levantáronse de la mesa todos los convidados, fueron al sitio en donde estaba San Dionisio con sus compañeros y entraron gritando é intimidando á los soldados, que huyeron sin oponer la menor resistencia. Como era de noche y el obispo estaba ya acostado pacificamente, creyó que sus libertadores eran otros tantos ladrones, y les presentó sus vestidos. *Diferente es nuestro intento,* le dijeron; *levantaos pronto y venid con nosotros.* Comprendiendo entónces su designio y reconociéndoles bien, les respondió: *Retiraos si quereis darme gusto, ó si pretendeis hacer alguna violencia, quitadme la vida, y dejad en paz á los que nos llevan.* Hiciéronle sin embargo levantar por fuerza, y como se asía de cuanto hallaba, lo cogieron por los piés y las manos, y á pesar de sus razones lo llevaron consigo; montáronle luego en un asno, y le escoltaron hasta que estuvo fuera de todo peligro. El santo prelado retiróse á un lugar solitario de la Marmarica, donde se quedó con dos cristianos solamente.

«San Cipriano, como uno de los mas ilustres doctores de los cristianos, y por lo mismo más odiado de los celosos defensores del paganismo, vióse precisado á ceder á las circunstancias del tiempo, pues conservan en sus corazones un grande odio contra él, porque habiendo nacido pagano como ellos, y dándoles su ingenio las esperanzas más lisonjeras, los habia defraudado de estas ventajas en favor del cristianismo. Subió de punto este odio por la actividad del celo del Santo, que se mostró más eficaz durante la persecucion, pues con sus palabras y con sus continuas cartas animaba á su numerosa grey, guiaba todo un pueblo por las sendas de la penitencia y les manifestaba los designios y la voluntad del cielo, que queria distinguir con pruebas muy difíciles el buen grado de la cizaña, y hacer revivir el espíritu de desinterés y santidad en

(1) Euseb., lib. 7, histor., c. 11.

la Iglesia. Esta conducta, tan propia de un buen pastor, irritó muy presto á los infieles: repetidas veces se habia ya conmovido el pueblo idólatra estando reunido en el circo, y en el anfiteatro se habian oido con mucha frecuencia estos clamores y amenazas:

Cipriano á los leones, á los leones Cipriano (1).»

Retiróse el santo obispo, no por huir de las persecuciones, sino por no exasperar más á los idólatras, y se ocupó en su retiro en escribir cartas llenas de celestial doctrina á los sacerdotes y á los que por confesar el nombre de Jesucristo se hallaban presos en las cárceles. A estos últimos les decia que para él no podria haber mayor dicha que besar sus manos cargadas de cadenas por la confesion gloriosa del nombre adorable de Jesucristo, salvador del linaje humano, y los exhortaba á que no perdiesen de vista la palma y la corona que les estaba preparada.

El santo obispo de Neocesarea, San Gregorio Taumaturgo, tambien se retiró para dirigir á su grey, y de tal modo bendijo Dios su celo extraordinario, que á pesar de ser tan terrible la persecucion de Decio, permitió la divina Providencia que no hubiera ni un solo apóstata.

Las ovejas de Gregorio tuvieron mucho que padecer, y el santo obispo elevaba continuamente sus oraciones al cielo en favor de ellos, para que no se intimidasen á vista de los suplicios. ¡Qué espectáculo tan admirable presentaban aquellas asambleas de cristianos! Encendidos en la viva llama del amor divino, miraban con desprecio todas las cosas de la tierra, en su afan por ganar á Jesucristo. Mirando las cosas de la vida presente sin afecto, nada les importaba la muerte, pues su vista estaba fija en la verdadera y dichosa vida del cielo.

El rigor de las persecuciones hizo que muchos cristianos huyesen de las ciudades y se retirasen á los desiertos para practicar, libres del comercio de los hombres, los consejos evangelicos. La vida monástica tiene su fundamento en el Evangélio. En él y en las Epístolas que escribieron los Apóstoles está contenido el conjunto de la doctrina que Jesucristo anunció á sus discípulos y al pueblo. Esta doctrina salvadora contiene preceptos y consejos: los preceptos son obligatorios para conseguir la salvacion (2); los consejos únicamente se recomiendan como medios de llegar á la perfeccion cristiana. Nos explicaremos con mayor

(1) Berault Bercastel, obra citada, Lib. IV, n. 58 y 59.

(2) S. Mateo, cap. XIX, v. 17.

claridad. Hay una santidad que se llama esencial y consiste en la observancia exacta de los preceptos del Evangelio, y sin esta santidad es imposible conseguir la salvacion; pero hay otra santidad que se llama heróica y consiste en la observancia no sólo de los preceptos sino tambien de los consejos evangélicos. *Si quieres ser perfecto*, dice Jesucristo, *vende cuanto posees, dalo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo* (1). A esta santidad heróica llama el Señor á ciertas y determinadas almas para que sean espectáculos admirables en el mundo, á los ángeles y á los hombres.

Reconoce la Iglesia á San Pablo por primer ermitaño, el cual fue encontrado en el yermo por San Antonio Abad, que tanta celebridad goza en la Iglesia; y por más que este último santo muriese lleno de merecimientos por los años del Señor de 361 ó de 358, como quiere Baronio, á la avanzada edad de ciento cinco años, vamos á trazar en este lugar y á grandes rasgos la vida de este santo eremita unida con la de San Pablo, el que fue uno de los que huyendo de la persecucion se retiró á pasar una vida de contemplacion en el desierto. Pablo y Antonio fueron dos estrellas brillantes de la militante Jerusalen, destinadas á alumbrar una multitud de almas, conduciéndolas por las hermosas sendas de las virtudes heróicas á la patria feliz de los bienaventurados. No es posible trazar la historia de la Iglesia sin ocuparse de estos ejemplarísimos varones, que se encontraron y comunicaron en el desierto.

Nació San Antonio en Egipto, en un pueblo llamado Coma, de nobles y ricos padres. Desde su más tierna edad manifestó una extraordinaria inclinacion á la virtud, siendo muy aficionado á las prácticas piadosas, y huyendo de los entretenimientos propios de la edad infantil.

Diez y ocho años contaba de edad cuando murieron sus padres, como asegura San Anastasio, que escribió la historia de su vida. Tuvo, pues, necesidad de encargarse de su hacienda. Al cabo de seis meses comenzó á pensar en la heroicidad y desprendimiento de los primitivos cristianos, que vendian sus bienes y ponian el precio á los piés de los Apóstoles. Con este pensamiento entró en la Iglesia al tiempo en que se leia aquel trozo del Evangelio que ya hemos citado: *Si quieres ser perfecto, vé y vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y sígueme, y así hallarás un trono en el cielo.* De tal modo le impusieron estas palabras que creyó que se decian para él, y así volviendo á su casa dió á su her-

(1) Id., v. 21.

mano la parte que le pertenecia, y encomendándole al cuidado de unas mujeres virtuosas, repartió entre los pobres la parte de hacienda que á él pertenecia, y dedicándose á practicar ásperas penitencias, ocupaba algun tiempo en hacer espuertas para proporcionarse el preciso alimento. De aquellos varones encanecidos, que retirados del bullicio tenian su habitacion en los yermos, se propuso aprender la perfeccion, y fueron tan rápidos los adelantos que en poco tiempo llegó á adquirir una fama general. La historia de su vida nos demuestra que no ha habido un santo que haya sido tan tenaz y porfiadamente tentado del demonio, el cual se propuso á todo trance hacerle caer de la altura de la virtud al abismo del pecado. Bien sabia el enemigo de los hombres cuantos habian de ser guiados por esta estrella del desierto á la felicidad de los justos. Un dia se le dirigió el tentador maligno con estas expresiones: «¿Qué harás «aquí apartado del trato de las gentes? Tú has dejado con poco discerni«miento tu hacienda por hacer espuertas y ganar con el sudor de tu «rostro un pedazo de pan para alimentarte. ¿Cuánto mejor fuera gozar «de lo que Dios te habia dado y tus padres te dejaron, y vivir con los «otros caballeros tus iguales, que estar solitario en esta cueva hedionda «con peligro de tu salud y de tu vida? ¿Piensas tal vez que has hecho «una cosa laudable con dejar á tu pobre hermano, sin comprender de «que cualquier daño que le sobrevenga será por tu causa y Dios te «exigirá cuenta de ello? Sus lágrimas subirán al cielo y darán voces con«tra ti. Vuelve á tomar el cuidado de aquella casa, y hazlo pronto porque, «si tardas, lo que ahora se atribuirá á tu poca edad y experiencia des«pues se achacará á locura, á más que tu complexion delicada no ha de «poder resistir carga tan pesada como la que has echado sobre tus hom«bros, y de consiguiente morirás vencido del trabajo de esta vida, la cual «dejarás con escarnio de las gentes.»

Despreció el santo mozo estas falsas razones, y para no dejarse vencer acudia al remedio más eficaz para vencer toda clase de tentaciones, cual es la vigilancia y la oracion. Elevando su corazon á Dios le pedia con el mayor fervor le asistiese con su divina gracia y le concediese la fortaleza necesaria para conseguir la victoria por que anhelaba. Conocia que el hombre nada puede por sí mismo, porque es pobre y miserable; pero sabia muy bien que todo lo puede con el auxilio del Señor, como decia el Apóstol San Pablo.

Nuevas batallas tuvo que experimentar. El demonio despertó en el santo mancebo el fuego de la concupiscencia, haciendo aparecer en él con la

llama de los apetitos sensuales un incendio infernal; pero él supo apagar aquel incendio con el agua de la gracia que el Señor le comunicaba con la mayor abundancia. Tanta fue su fortaleza, que el mismo demonio hubo de confesarse vencido, pues que un dia en el que se presentó al Santo este le preguntó: «¿Quién eres?» Y él respondió: «Yo soy amigo de la deshonestidad: yo soy el que atizo el fuego de la concupiscencia, é inflamo los corazones de los jóvenes y de los viejos, de los hombres y de las mujeres, á toda clase de torpezas, y por esto me llamo espíritu de fornicacion. ¿Cuántos que hicieron propósito de vivir santamente no lo hicieron por persuasion mia? ¿Cuántos que comenzaron bien acabaron mal, y despues de muchas victorias que ganaron al fin fueron vencidos por mi astucia? Yo soy el que siempre te he tentado y siempre he quedado vencido.» Enternecióse Antonio considerando la flaqueza humana y el gran beneficio que debia á Dios por la fortaleza que se dignaba comunicarle, y lleno de alegría despues empezó á cantar este verso de los Salmos: *El Señor es en mi favor, y yo me burlaré de mis enemigos.* Pasábase las noches enteras en oracion: dormia muy poco, y eran tan rigorosísimos sus ayunos que se pasaba dos y hasta tres dias sin probar cosa alguna.

La detenida historia de todas las grandes tentaciones de San Antonio es mas propia del *Año cristiano* ó vidas de los santos, que de esta obra, en la que tenemos que narrar una gran série de acontecimientos de todas clases, y así sólo nos concretaremos á lo más esencial, como haremos siempre que tengamos que reseñar la vida de algun santo.

Un dia encontró en su camino el siervo de Dios una gran cantidad de oro, y dice San Atanasio que fue verdadero, y que no se sabe si el demonio se lo habia arrojado para tentarle ó Dios para probarle. Mas de cualquier manera que fuese, es lo cierto que Antonio en viendo aquel oro echó á huir precipitadamente al monte, donde habia un castillo antiguo solo y abandonado, en el que habia gran copia de serpientes y fieras. Aquí eligió Antonio su morada, y apénas hubo entrado le abandonaron las serpientes y fieras. Por espacio de veinte años permaneció en una cueva de este castillo sin ver persona alguna, pues una persona que acostumbraba á llevarle de vez en cuando pan y agua, se lo echaba por una lumbrera. Muchas eran las personas que acudian, ya llevadas de la fama de sus virtudes, ya para buscar remedio á sus males. A todos consolaba el santo, pero sin dejarse ver. Por fin, tanto le importunaron para que saliese de aquella cueva, que al cabo de veinte años lo hizo

dejándose ver de todos. Era natural que un hombre que por espacio de tantos años habia permanecido encerrado, sin ver la luz del sol, y entregado á las más rigorosas penitencias, saliese pálido y casi muerto; pero fue general la admiracion al verle alegre, con vivos colores y un semblante hermoso.

Como quiera que la fama de este siervo de Dios habíase extendido por todas partes, acudieron muchos, impulsados por el amor de Dios, de España, Francia, Italia y otros paises, para ponerse bajo su direccion. De modo que aquellos desiertos se poblaron de tal suerte, que parecian ciudades populosas habitadas por ciudadanos del cielo. San Antonio tomó la direccion de todas aquellas almas escogidas, dándoles los más importantes documentos y las lecciones más sublimes de perfeccion. A tan alto grado de perfeccion llegó esta escuela que ya veremos, cuando de San Agustin nos ocupemos, que con sólo haber oido referir algunas cosas de ella, se volvió á Alipio, su gran amigo, y le dijo: «¿Qué es esto que padecemos? ¿Qué es esto que hemos oido? Levántanse los indoctos y arrebatan el reino de los cielos, y nosotros con nuestras doctrinas, faltos de corazon, andamos sumidos debajo de las ondas de nuestra carne y sangre. ¿Por ventura, porque ellos van delante, tenemos vergüenza de seguirlos, y no tenemos vergüenza siquiera de no seguirlos?» Estas son palabras textuales del mismo Padre San Agustin.

El principal cuidado de Antonio era inflamarlos al desprecio de todas las cosas de la tierra y al amor de Dios, y como los corazones de todos ellos era una tierra bien preparada, tan hermosa simiente producia los más opimos y sazonados frutos. Entre aquellos santos varones no existia emulacion ni envidia; allí no era conocida la murmuracion ni ninguna de esas miserias de que nos vemos rodeados en la tierra.

Un deseo se apoderó de Antonio, y era el de morir por Jesucristo. La corona del martirio hubiera sido para aquel ángel del desierto el bien más inestimable. Impulsado por este deseo, abandonó el desierto y se fué á Alejandría, donde la persecucion era muy terrible, y por consiguiente eran muchos los que morian en testimonio de la fe. Su primer cuidado fue el dirigirse á las cárceles para consolar á los que estaban destinados á los suplicios. Por mucho tiempo permaneció en tan piadoso oficio, pero el juez no se atrevió á prenderle. Pasado el rigor de la persecucion, en la que no permitió Dios que muriera, pues le tenia destinado para que siguiese siendo maestro de perfeccion en el desierto, se volvió á su retiro, y como si entónces diese comienzo á la vida espiritual, se

entregó á la maceracion de la carne, al ayuno y demas obras penales. Dios empezó á hacer por su ministerio grandes y extraordinarios milagros, pero Antonio, miéntras más se veia por Dios enaltecido, más se humillaba, refiriendo á Dios toda la gloria y reputándose á sí mismo por un grande pecador. Temiendo que á vista de aquellos prodigios que por disposicion divina habia efectuado le honrasen más de lo que él merecia, determinó huir á la Tebaida superior, donde ninguno le conociera, y proveyéndose de un poco de pan únicamente, se partió. Mas estando á la orilla de un rio esperando la barca para pasar, oyó una voz clara é inteligible que le dijo: «Antonio, ¿á dónde vas y por qué?» Y él respondió:—«Voy á la superior Tebaida, porque la gente me quita mi quietud y me pide cosas superiores á mi fuerza.» Entónces por aviso de la misma voz dejó el camino que pensaba emprender, y se entró por aquel desierto, camino de tres dias, hasta llegar á la falda de un monte donde habia una fuente y algunas palmas. Allí permaneció, pero no tardaron los otros solitarios en saber su paradero, y como hijos cariñosos le enviaban de comer, aunque con mucho trabajo de los que se lo llevaban. Deseoso San Antonio de quitarles este cuidado, sembró en aquel campo y comia del fruto que recogia con gran contentamiento, porque de este modo podia vivir sin que nadie tuviese que pasar cuidados por él.

Cuando la herejía arriana hacia grandes estragos, San Atanasio llamó á Antonio á Alejandría, y obediente el santo fué á aquella poblacion, siendo maravilloso, como escribe el mismo San Atanasio, el fruto que por su fervorosa predicacion sacó la verdadera doctrina de la Iglesia. Antonio no habia estudiado los libros de los filósofos, no habia concurrido á las academias de los sabios, pero habia sido instruido interiormente por Dios, cuyo temor es el principio de la verdadera sabiduría. A los piés de Jesucristo crucificado, de ese libro escrito por dentro y fuera, bebió los raudales de una sabiduría celestial y divina, con la que supo echar por tierra todas las argucias de los herejes, haciéndose un centinela avanzado de la verdad católica.

Apénas Antonio se hubo presentado en Alejandría por mandato de San Atanasio, segun hemos dicho, fué á visitarle Didimo, que era un varon sapientísimo, como escribe San Gerónimo, el cual no obstante ser ciego habia aprendido aquella ciencia, que entra más por los ojos del alma que por los del cuerpo. Preguntóle Antonio, despues de haber tratado ambos sobre puntos de la Sagrada Escritura, si le causaba pena el carecer de la vista; y como él, despues de repetirle la pregunta, dijese que en efecto

le afligia su ceguera, Antonio le contestó que debia darse por contento, porque si carecia de los ojos que tienen hasta los insectos, tenia los de los santos y amigos de Dios, con lo que llenó su alma de consuelo.

Los príncipes y reyes de la tierra tuvieron en gran estima al santo anacoreta, y el mismo Emperador Constantino, luego que hubo abierto los ojos á la luz de la verdad abrazando el cristianismo, le escribió una carta pidiéndole humildemente consejo, á la cual contestó el santo con otra, en la que se los daba muy saludables, diciéndole que se regocijaba de que se hubiese hecho cristiano, y que no se vanagloriase por su dignidad imperial, ántes bien que temblase sabiendo que habia de dar cuenta estrecha de todos sus actos al Rey de los reyes, que guardase justicia y clemencia para con sus vasallos, y misericordia para con los pobres y miserables. El Emperador Constantino conservó en la mayor estima este documento de la mano de Antonio, procurando observar como preceptos aquellos santos consejos.

Llegó San Antonio á la ancianidad colmado de merecimientos. Cuando contaba noventa años de edad comenzó á pensar si habria otro hombre que hubiese vivido tanto tiempo como él en el desierto, ó que le igualara en la austeridad de su vida. Permitió Dios en sus altos juicios que le viniera este pensamiento por el resultado benéfico que habia de tener. A la siguiente noche le reveló el Señor que habia otro mejor que él, al cual debia buscar y visitar. La inspiracion divina hizo que apénas la claridad del monarca de los astros se presentó á disipar las tinieblas de la noche, el santo anciano, sustentándose sobre su báculo, abandonó su morada poniéndose en camino sin saber dónde debia dirigirse, y puesta toda su confianza en Dios, de quien esperaba dirigiese sus pasos. En efecto, el Señor se valió de medios extraordinarios para que pudiese encontrar á San Pablo, primer ermitaño, que era á quien la vision se habia referido. Era el tercer dia de caminar por bosques y atravesar áridas montañas, cuando vió de léjos una loba fatigada de sed que se dirigia á la falda de un monte. Siguióla el santo, y despues que la loba hubo desaparecido acercóse á una cueva que allí habia y comenzó á mirar con curiosidad lo que habia dentro, sin que pudiese distinguir otra cosa que una grande oscuridad. Sentia una voz interior que le decia que allí habia de encontrar lo que deseaba, y así se fue internando en la cueva, con el oido atento por si apercibia alguna cosa. Por fin vió una luz en el interior, y llenándose de alegría quiso andar más de prisa, pero como tropezara en una piedra hizo ruido. Apercibióse San Pa-

blo, que no era otro el que estaba en lo más interior de la cueva, y en el momento cerró una puerta que daba paso á aquel rincon, sujetándola fuertemente por dentro. Al ver esto San Antonio, arrojóse en tierra delante de la puerta, donde permaneció por espacio de algunas horas suplicando con gran instancia que le abriese, exclamando de este modo: «Bien sé que sabeis quién soy yo, de dónde y á qué vengo, y tambien sé que no merezco veros; mas tened por cierto que hasta tanto que os vea no me apartaré de aquí. ¿Recibís las bestias y desechareis al hombre? Yo os he buscado y os he hallado, y llamo á vuestra puerta para que me abrais. Si esta merced no puedo alcanzar de vos, aquí moriré; y á lo ménos enterrareis mi cuerpo muerto cuando en ella le hallareis.» A estas palabras, que pronunció entre sollozos y gemidos, respondió San Pablo de esta manera: «Ninguno pide gracia con amenazas; ni con lágrimas hace agravio ni injuria. ¿Si vienes para morir, de qué te maravillas que no te reciba?» Dicho esto abrió la puerta y frente á frente se encontraron aquellos dos ángeles del desierto, aquellos dos varones justos, elegidos por Dios para que fuesen espectáculos admirables al mundo, á los ángeles y á los hombres, prueba tangible de que no son impracticables los consejos del Evangelio. Abrazáronse los dos siervos de Dios, llamándose por sus respectivos nombres como si de antemano se hubiesen conocido. La revelacion divina les habia hecho conocerse y penetrar á cada uno el corazon del otro.

Despues que los dos ermitaños, pasmo de abnegacion y de penitencia, se hubieron dado el ósculo de paz, se sentaron, y Pablo fue el primero á tomar la palabra, el cual dijo á su santo huésped de este modo: «Ya ves aquí al que has buscado con tanto trabajo: ves aquí ya los miembros casi podridos por la vejez; vesme aquí desgreñado y cubierto de canas; ves aquí al hombre que brevemente se convertirá en polvo: y porque la caridad sufre todas las cosas, demas del trabajo que has tomado en buscarme, quiero que tomes otro en contarme lo que pasa en el mundo. ¿Quién lo señorea? ¿En qué estado está el linaje humano? ¿Hay todavía gente ciega que adora á los demonios?» De todo le dió cuenta San Antonio por extenso, y despues quiso saber de San Pablo cuántos años habia vivido en el desierto, cuántos tenia de edad y con qué manera de vida habia pasado tantos años en el desierto. Quiso Pablo satisfacer el deseo de Antonio, y así le dijo: que en el tiempo de la persecucion de Decio, cuando la Iglesia tanto habia tenido que padecer en el Egipto y en la Tebaida, donde él habia nacido, muriendo sus padres,

él quedó como de quince años de edad, bien instruido en las letras griegas y egipcias, y en compañía de una hermana ya casada, y que para huir del peligro en aquella persecucion se habia retirado á una casa de campo, en la cual se halló ménos seguro porque el marido de su hermana, codicioso de hacerse dueño de sus bienes, quiso venderle entregándole en manos de la justicia. Por todo lo cual y cada vez más atemorizado de la cruel persecucion, en la que tanta sangre cristiana se vertia, se determinó huir hasta que pasase aquel peligro. Entónces se retiró al desierto, donde á la falda de aquel monte halló una cueva grande donde poderse esconder y la cual habia facilidad de cerrarla con una piedra. En ella entró y halló una palmera y una fuente de agua, y creyendo que Dios le ofrecia aquel lugar para que en él pasase el resto de su vida, habia quedado allí vistiéndose de las hojas de la palma, y comiendo de su fruto, y bebiendo del agua de la fuente, y que allí habia vivido desde entónces apartado del trato de los hombres y recibiendo de Dios muchas y grandes mercedes.

Cuando en este grado de conversacion estaban los dos anacoretas, llegó un cuervo, el cual poniéndose delante de los dos les dejó un pan y se fué. Dieron gracias á Dios, y Pablo comunicó á su compañero que aquel cuervo hacia sesenta años que le llevaba medio pan cada dia y que aquel dia le traia uno entero para que comiesen ambos. La noche siguiente la pasaron ambos en oracion, y al otro dia Pablo habló á su compañero de este modo: «Dias hace, hermano Antonio, que sé que habitas por estos desiertos y Dios me habia ofrecido que te me daria por compañero; mas como ya haya venido el tiempo para mí tan deseado en que libre de la cárcel de mi cuerpo he de ver á mi Señor Jesucristo, él te ha enviado para mi consuelo, para que des sepultura á este mi miserable cuerpo escondiendo la tierra en tierra.»

Un extremado sentimiento causó á Antonio la noticia de la próxima muerte de San Pablo, y vertiendo un raudal de copiosisimas lágrimas empezó á suplicarle que pidiese á Dios le llevase en su compañia. San Pablo le exhortó á que se conformara con la voluntad divina, pues que si bueno era para él dejar esta vida mortal para disfrutar del cielo, debia considerar que hacia falta á sus hermanos para dirigirlos y enseñarlos en la vida eremítica, acabando por rogarle que fuese luego y le trajese el manto que le habia dado Atanasio para que envolviese en él su cuerpo y lo enterrase. Esto dijo Pablo con el objeto de que estando ausente Antonio en el momento de su partida del mundo, no experimenta-

se tanta pena, y tambien para demostrar que moria en la fe católica que profesaba Atanasio, que entónces era tenazmente combatida por los arrianos, como diremos á su tiempo. Al oir San Antonio la súplica de San Pablo, comprendió que estaba adornado del don de profecía, porque no de otro modo pudiera haberle hablado del manto de Atanasio. Esto fue causa de que redoblase la reverencia que le habia manifestado desde el momento en que habia tenido la dicha de verle.

Ganoso de complacerle, Antonio le besó las manos y se volvió á su morada, á la que á pesar de sus muchos años y trabajos llegó en brevísimo tiempo. Cuando le vieron los discípulos le preguntaron dónde habia estado tanto tiempo; pero él, vertiendo lágrimas, tan sólo contestó: «¡Ay de mí, pecador, que solamente tengo nombre de religioso! He visto á Elías; he visto á Juan Bautista en el desierto, y verdaderamente á Pablo en el Paraiso.»

No quiso hablar más, entró en su celda, y tomando el manto, sin detenerse á tomar el menor alimento, se dirigió de nuevo por el mismo camino que habia tomado. El deseo le prestaba ánimo, de suerte que cuando habia andado en el espacio de tres horas el camino, providencialmente vió entre coros de ángeles, profetas y apóstoles, el alma de Pablo que subia á los cielos, blanca como la nieve y con una admirable claridad.

Esta vision, léjos de hacerle detener, le hizo apresurarse de tal modo que, como el mismo San Antonio contaba despues, le parecia que no andaba sino que volaba.

Apénas hubo entrado en la cueva vió el cuerpo de San Pablo, hincado de rodillas y como en actitud de orar. A pesar de la vision de que acabamos de hablar, le creyó vivo y se arrodilló á su lado para orar con él, hasta que al fin pudo convencerse de que era difunto. Despues que hubo regado aquel cuerpo santo con sus lágrimas, le envolvió en el manto de Atanasio y pensó en cumplir lo que le habia ordenado dándole sepultura despues de haber rezado los salmos y otras preces. Se presentaban dificultades para poder sepultar aquel cuerpo por carecer de medios para abrir sepultura. No sabia qué hacer, si volver á su morada para volver en compañía de algunos de sus discípulos ó esperar que Dios le proporcionase los medios necesarios al efecto. Entónces salieron del interior del desierto dos leones, los cuales se fueron derechos al cuerpo de San Pablo y se echaron á sus piés como si fueran dos mansos corderos. Luego comenzaron á cavar la tierra con las garras hasta que hi-

cieron un hoyo suficiente para que pudiese servir de sepultura. En seguida se alejaron internándose nuevamente en el yermo, y San Antonio tomó el santo cuerpo, y colocándole en el hoyo le cubrió de tierra, habiéndole ántes quitado la túnica que de las hojas de la palma el mismo Pablo habíase formado, para conservarla como preciosa reliquia. Volvióse despues á su monasterio, donde refirió á sus discípulos cuanto le habia acontecido, y de tanta fe y crédito, dice el Padre Ribadeneira, fue el testimonio de San Antonio, no sólo para con sus discípulos, sino aun para la Iglesia católica, que esta por su testimonio le contó en el número de los santos y celebra su fiesta. San Gerónimo escribió la vida de San Pablo, primer ermitaño, y dice al terminarla: «Yo ruego á quien esto leyere, que se acuerde de Gerónimo pecador, á quien si Dios le diera á escoger, más querria la túnica de Pablo con sus merecimientos, que la púrpura de los reyes con sus penas.»

En suma, como quiera que el retiro de San Pablo al desierto fue en tiempo de la persecucion de Decio, segun hemos manifestado, hemos creido oportuno ocuparnos de él en este lugar, como igualmente de San Antonio Abad, á quienes se reconoce por fundadores y maestros de la vida eremítica.

CAPITULO VI.

Muerte de San Cornelio.—San Lucio I, papa.—San Estéban I, papa.—San Gregorio con ocasion de una peste aumenta considerablemente el número de los cristianos.—Muerte del emperador Decio.—Emiliano.—Cuestion sobre la renovacion del bautismo.—San Sixto II, papa.—Octava persecucion.—Martirio de Sixto y de San Lorenzo.

Tan sólo un año, tres meses y diez dias gobernó el Papa San Cornelio la Iglesia, en cuyo tiempo y en dos ordenaciones creó siete ú ocho obispos, tres ó cuatro presbíteros, y otros tantos diáconos. Fue un perfecto modelo de caridad, y dedicóse con esmero á enseñar la santa doctrina del Crucificado en toda su pureza, haciendo comprender que podian alcanzar misericordia y debian ser tratados con amor los que, habiendo amado á Jesucristo, habian despues caido en algunas faltas, siempre que se arrepintiesen de sus pecados. En ocasion en que sobrevino en Roma una peste desoladora, que fue atribuida por los idólatras á un castigo por el desprecio con que los cristianos miraban á los dioses, Cornelio fue desterrado á Civita-Vechia, desde donde Dios le llamó para concederle el premio de sus virtudes y los méritos que habia contraido gobernando con tanto celo la Santa Iglesia. Despues de un mes y cinco dias que estuvo vacante la Santa Sede, fue elegido, segun se cree, en Civita-Vechia

San Lucio I, presbítero romano y uno de los que habian acompañado en su destierro á San Cornelio. Tuvo lugar esta eleccion el año 252. Amantísimo de la pureza, y conociendo que esta virtud debia resplandecer en los ministros del santuario, mandó que estos fuesen escogidos entre aquellos cristianos más notables por su amor á esta virtud, y en cuanto á los obispos determinó que dos presbíteros y tres diáconos le acompañasen constantemente á fin de que fuesen testigos de todos sus actos, evitando de este modo el que la maledicencia pudiese calumniarlos. San Lucio fue tambien desterrado en los primeros meses de su

Pontificado, mas luego fue de nuevo llamado, no por efecto de arrepentimiento, como dice un escritor (1), sino por capricho de la persecucion. Creó en dos ordenaciones siete obispos, cuatro presbíteros y cuatro diáconos, y cuando aun no llevaba seis meses de gobernar la Iglesia recibió la corona del martirio, el dia cinco de marzo del año del Señor 253, siendo sepultado en el cementerio de Calixto. Tan sólo seis dias permaneció vacante la Santa Sede, siendo elegido Pontífice

San Esteban I, en el año 253. Era este Pontífice natural de Roma, arcediano de su Iglesia en los tiempos de San Cornelio y de San Lucio, y gozaba de una gran reputacion por sus grandes y austeras virtudes.

Hemos hablado de la peste que se habia presentado en Roma y que fue generalmente atribuida á un castigo de los dioses por el desprecio que les hacian los cristianos, lo que motivó que arreciase la persecucion. Tan terrible azote, que se extendió á otras provincias, duró unos diez años, pereciendo los infieles en mucho mayor número que cristianos, habian perecido á impulsos de su odio y deseo de venganza. Cuando Dios en su altísima providencia envia calamidades de tal género á los pueblos, siempre es en castigo de sus maldades y para que sirva de motivo de conversion á los que viven envueltos en el error. En un dia en que en Neocesarea se celebraba una fiesta en honor de las falsas divinidades, apareció allí la peste que tantos estragos venia ya causando en Roma y en otras provincias. De este azote sacó partido San Gregorio para aumentar de un modo muy considerable el número de los afiliados á las salvadoras banderas de Jesucristo. Cuando el pueblo se hallaba congregado para presenciar la fiesta de que acabamos de hablar, viendo que mucha gente se quedaba fuera por no tener suficiente cabida aquel lugar para las muchas personas que de otros pueblos comarcanos habian asistido al espectáculo, empezaron á pedir á grandes voces á los dioses que ensanchase el sitio: lo que sabido por San Gregorio Taumaturgo, dijo que no tardarian en estar más anchos, y en el instante empezó la peste (2). Sabido es el espectáculo triste é imponente que presenta siempre una poblacion sobre la que pesa el azote de una epidemia. La muerte arrebatando víctimas lo mismo en los palacios de los grandes que en la choza del pastor: ayes y lamentos que entristecen el corazon: infelices que carecen de lo necesario para atender á sus necesidades y que

(1) Cesarotti, p. 48.
(2) Gregor. Niss. in vit. Taum.

se ven privados de poder proporcionarse el sustento. Si triste y desconsolador es este espectáculo en los pueblos cristianos, donde tantos esfuerzos hace la caridad proporcionando recursos á los pobres, estableciendo hospitales y sirviéndose de otros mil medios para hacer ménos numerosas las víctimas y más llevadera la desgracia, puede comprenderse cuál seria el aspecto de Neocesarea, pueblo casi en su totalidad idólatra, pues que era allí muy corto todavía el número de los cristianos. La más terrible desolacion reinaba en todas partes, y no solamente las casas, sino hasta las calles estaban llenas de muertos insepultos, cuya fetidez contribuia no poco á aumentar la peste, y por consiguiente sus estragos. No habia remedio alguno en lo humano, y los que aun vivian esperaban desalentados la muerte. Hombres hubo, dice un historiador, que no sintiendo tanto la muerte como el quedar insepultos, se iban casi arrastrando á los sepulcros, apénas se veian invadidos, para morir en ellos.

Por último, viendo que eran ineficaces los ruegos que se dirigian á sus divinidades, y que léjos de cesar el mal tomaba á cada momento nuevas y más terribles proporciones, pensaron si el castigo provendria del Dios de los cristianos por la grande persecucion que á ellos hacian. Entónces reuniéndose en gran número los idólatras, y sabiendo que en algunas casas habia cesado el mal con sólo la presencia del obispo cristiano, fueron á él ofreciéndole que abrazarian su religion, si alcanzaba la terminacion de la peste. San Gregorio, que los vió con tan buenas disposiciones, oró al cielo y en el momento quedaron libres. Agradecidos aquellos idólatras al gran beneficio que acababan de recibir, y conociendo la ridiculez de sus ídolos y la verdad de la doctrina evangélica, recibieron el bautismo en tan gran número que toda la ciudad puede decirse que se hizo cristiana, pues que, como dice un historiador de la Iglesia, San Gregorio no dejó en Neocesarea más que diez y siete idólatras, siendo igual el número de cristianos que encontró en ella cuando fue nombrado obispo.

Muy celebrado es este santo obispo por los Santos Padres, y de él se conserva una carta dirigida á otro obispo que consultaba sobre los grados de la penitencia pública que más arriba hemos expuesto.

Entre tanto el emperador Decio, despues de un reinado de poco más de dos años, murió de una manera funesta, siendo reemplazado por Galo, el cual, miéntras la epidemia de la peste hacia los mayores estragos, pasaba el tiempo lo mismo que su hijo Volusiano, entregado á los goces sensuales y demas placeres, sin parar mientes en los grandes padecimien-

tos y aflicciones del pueblo. Emiliano mandaba en jefe el ejército de Panomia, y proponiéndose derrotar á los godos, marchó contra ellos consiguiendo fácilmente su objeto. Este triunfo despertó su ambicion, y poniendo su vista y su deseo en el trono imperial, y valiéndose del influjo que gozaba con las tropas, se hizo proclamar emperador. Galo, que por su conducta era aborrecido de todos, fue asesinado por sus mismas tropas, que uniéndose al ejército mandado por Emiliano reconocieron á este como emperador.

Miéntras esto acontecia, Valeriano, que se hallaba en las Galias por órden de Galo, tuvo noticia de todo, y como quiera que disponia de numerosas fuerzas se hizo proclamar emperador y se dirigió á Italia. Emiliano trató de defenderse, pero recibió el premio que merecia: habia subido al trono por gradas ensangrentadas, y bajó bien pronto, en el mismo año de su ascension, perdiendo al mismo tiempo el trono y la vida, pues murió asesinado por los mismos que le habian proclamado asesinando á su antecesor.

Hasta entónces Valeriano se habia captado el amor y el aprecio, no solamente del pueblo sino tambien de los mismos emperadores. Su honradez, su probidad, su amor á la justicia le habian hecho acreedor á que se le confiriesen los empleos más distinguidos. Así, pues, en el principio de su reinado se mostró muy benigno para con los cristianos, hasta el extremo de servirse de ellos para ocupar los destinos más elevados y distinguidos. Nadie hubiera previsto lo que sucedió despues, cuando se convirtió en un verdugo de los mismos cristianos.

Empero ocupémonos ántes en hablar de la gran cuestion suscitada durante el Pontificado de San Evaristo sobre si debia renovarse el bautismo administrado por los herejes, en caso de que volviesen á la fe, los que le hubiesen recibido. En esto tenia opinion diferente el Papa, Jefe Supremo de la Iglesia, y San Cipriano, obispo primado de Africa. Venia siendo una tradicion constante en la Iglesia que el bautismo administrado por los herejes conservaba sus caractéres de Sacramento, con tal de que al conferirle hubiesen observado las fórmulas evangélicas, de suerte que no se reiteraba el bautismo cuando algun hereje apartándose de sus errores volvia á entrar en el gremio de la verdadera Iglesia. En Cártago venia de antiguo el tener por nulo el bautismo de los herejes. San Cipriano, que alegaba ciertas razones para no tener por válido el bautismo conferido fuera de la Iglesia, reunió los obispos de la provincia proconsular de Africa en número de treinta y uno, y todos de conformi

dad con las razones expuestas por San Cipriano, convinieron en la necesidad de volver á conferir el bautismo á los herejes que volviesen al gremio de la Iglesia.

Gran disgusto causó esta decision al Vicario de Jesucristo, y San Cipriano por su parte convocó de nuevo á los obispos hasta tres veces, cada una en mayor número, y siempre se ratificaron en su opinion. Uno de los que la seguian fue Firmiliano de Cesarea, obispo de Capadocia. Algunos quieren encontrar una falta grave en San Cipriano y en Firmiliano, al que la Iglesia, al ménos la griega, reconoce por Santo, por esta falta de conformidad con la cabeza de la Iglesia. Es lo cierto que el Papa San Estéban dió un decreto que decia textualmente de este modo: *Que no se haga innovacion alguna, sino lo que la tradicion enseñare* que debe innovarse, conviene á saber, la *imposicion de las manos para la penitencia.* Tal vez aquellos santos prelados en esta cuestion de tanta importancia, por ser el bautismo el primero de los Sacramentos y el que abre al hombre las puertas de los cielos, se sostuvo mas fuerte que lo que debiera al sostener su opinion contraria á la del Jefe Supremo de la Iglesia; pero esto no debe influir bajo ningun concepto en amenguar la devocion de los fieles á este gran santo, primero porque se trataba de un punto que no estaba todavía definido, y segundo porque es indudable que se retractaria, por mas que no haya noticia de esta retractacion, pues que la Iglesia, que encomia sus virtudes, le ha colocado en el número de los santos, honor que no tributa á los que no han reconocido los derechos del Vicario de Jesucristo.

El Padre San Agustin se ocupa de este asunto en varios pasajes de sus obras, y dice que el santo obispo ó se retractó ántes de su muerte, ó que expió con el martirio esta especie de falta, que no tenia otro orígen que la debilidad del género humano, pero que no dejaba de echar una mancha en una alma tan cándida y tan pura.

Es indudable que al fin se retractaron tanto los africanos como los orientales, y el uso de rebaptizar fue totalmente abolido en la Iglesia universal por el Concilio de Arlés, cincuenta años despues del Papa San Estéban I, ó lo más tarde por el Concilio general de Nicea.

En suma, el santo Pontífice Estéban, despues de haber gobernado la Iglesia cuatro años y medio, recibió la corona del martirio, siendo asesinado en el momento en que celebraba el santo sacrificio de la Misa en las catacumbas. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Calixto, mas en el año 762, bajo el Pontificado de Paulo I, fue trasladado á la

Iglesia de los Santos Estéban y Silvestre, que el Papa mandó construir, y que es hoy conocida con el nombre de San Silvestre *in capite*, por conservarse en ella con gran veneracion la cabeza del Bautista.

La Santa Sede estuvo vacante veinte y dos dias, siendo el sucesor de San Estéban

San Sixto II, que era natural de Aténas y que fue creado el año 257.

Ya hemos dicho que Valeriano al principio de su reinado se habia mostrado benigno para con los cristianos, pero no habia de durar mucho tiempo esta benignidad, y en efecto fue muy poco duradero el reposo de los fieles. «El suplicio del Papa San Estéban, dice un historiador, anunciaba la suerte de Sixto.» Existia en Roma un hombre que gozaba de mucho crédito y que poseia el secreto de ganar el corazon de los emperadores. Propúsose mudar el carácter de Valeriano, haciéndole enemigo encarnizado de los cristianos, y lo consiguió haciéndole creer que si habia de disfrutar un reinado feliz era necesario que exterminase á los cristianos. Macrino, que así se llamaba aquel pérfido instrumento del infierno, se valió de todos los medios imaginables para persuadir á Valeriano, el cual dándole entero crédito se propuso empezar su obra por sacrificar á los obispos y sacerdotes. Esta fue la

Octava persecucion, que no cedió en vigorosa á ninguna de las anteriores, ó mejor dicho, fue la más sangrienta que hasta entónces habia experimentado la Iglesia desde su establecimiento. Macrino, que odiaba implacablemente á los cristianos y que habia ganado por completo el inconstante corazon del Emperador, dirigia todos los asuntos concernientes á la persecucion de los fieles.

Sólo en una fundacion todo divina podia verse un resultado tan maravilloso como el que vamos observando. Miéntras más encarnizadas eran las persecuciones, miéntras mayor número de víctimas eran sacrificadas, mayor aumento tomaba el rebaño de Jesucristo, pues que de las cenizas de las hogueras parecian salir nuevos discípulos de la divina Víctima del Gólgota. Uno de los primeros que fueron presos en esta persecucion fue el santo Pontífice San Sixto; mas como quiera que su historia está tan intimamente enlazada con la de San Lorenzo, ilustre mártir español, vamos á trasladar aquí ambas, prefiriendo á la narracion de Fleury la que nos presenta el Padre Ribadeneira, cuya vida y martirio del ilustre español consigna del modo siguiente:

Fue San Lorenzo español de nacion, natural de Huesca (1), ciudad en

(1) No consigna el Padre Rivadeneira lo disputada que ha sido la patria de San Loren-

el reino de Aragon. Su padre se llamó Orencio, su madre Paciencia, fueron santos y de ellos reza y celebra la fiesta la iglesia de Huesca. De su niñez, juventud y de cómo haya ido á Roma no se sabe; solamente sabemos que fue arcediano de la santa Iglesia de Roma, y que el santo Papa Sixto, segundo de este nombre, le dió en guarda los tesoros de la Iglesia, que debian ser algunos dineros para sustento de los ministros de ella y para hacer limosna á los pobres, y algunos vasos ricos de oro y plata, y vestimentos y aderezos preciosos para el servicio del altar. Andaba la persecucion en tiempo del emperador Valeriano contra los cristianos muy brava: en ella fue preso el pontífice Sixto, y llevándole á la cárcel, Lorenzo, deseoso de acompañarle en aquel sacrificio, como diácono á su sacerdote, y como hijo á su dulcísimo padre, le salió al camino, y con muchas y tiernas lágrimas, salidas de un entrañable y abrasado afecto de morir por Cristo, le rogó que no le dejase, sino que le llevase en su compañía, pues la muerte temporal, seria vida bienaventurada para él, alegando muchas razones. Enternecióse San Sixto con las palabras de Lorenzo: consolóle, animóle, dióle esperanza que presto moriria por el Señor, y con espíritu profético le anunció que sus tormentos serian más rigorosos y la victoria más gloriosa que por ellos del tirano alcanzaria. Encomendóle que repartiese á los pobres los tesoros de la Iglesia, y con eso se despidió de él. Lorenzo por cumplir el mandato del sumo pastor, y porque aquellos tesoros temporales no le fuesen estorbo para alcanzar el tesoro inestimable de la corona del martirio que él tanto deseaba, luego con gran diligencia salió á buscar todos los pobres cristianos y personas miserables que estaban escondidas, para socorrerlas conforme á su necesidad. Entró en casa de una viuda, llamada Ciriaca, que padecia un fortísimo dolor de cabeza, y tenia en su casa muchos clérigos y cristianos escondidos. Y la primera cosa que hizo fue echarse á los piés de ellos, y postrado en el suelo lavárselos con una profundísima humildad. Y despues con aquellas mismas manos con que los habia lavado, haciendo la señal de la cruz, y poniéndolas sobre la cabeza de Ciriaca, le quitó el dolor

---

zo, y nosotros creemos deber hacerlo en este lugar. Está fuera de toda duda su calidad de español. En cuanto al lugar de su nacimiento lo han pretendido Huesca, Zaragoza, Valencia, la villa de Loret y Córdoba, pero Huesca tiene á su favor una tradicion constante y general, como asimismo fundamentos los más probables, como puede verse en el tomo V del *Teatro eclesiástico de Aragon*, cap. XXI. El motivo que le condujera á Roma es ignorado: la idea de que le llevara allí el Papa San Sixto, en ocasion de venir á España, no le es aceptable al erudito Dr. D. Vicente La Fuente. Véase su Historia de la Iglesia de España, tom. I, pág. 51.

que padecia, le dió entera salud y repartió largas limosnas á los pobres que allí estaban. De esta casa pasó á otra de un cristiano llamado Narciso, donde halló gran número de cristianos, angustiados, temerosos y afligidos: consolólos, esforzólos, lavólos asimismo los piés, dióles limosna y vista á un ciego llamado Crescencio, haciendo la señal de la cruz sobre sus ojos. De allí fué á una cueva de Nepociano, donde estaban encerrados como sesenta y tres cristianos, entre hombres y mujeres. Entró el santo á ellos, dándoles ósculo de paz, con muchas lágrimas; lavó los piés á los hombres, y repartió á todos de los tesoros que llevaba. Y viendo allí á un santo presbítero, llamado Justino, que habia sido ordenado de San Sixto, Lorenzo se arrojó á sus piés para besarlos, teniendo respeto al grado de sacerdote que tenia Justino, superior al suyo de diácono. Justino tambien se echó en el suelo para besar los piés á San Lorenzo, y los dos estuvieron postrados en tierra con una santa y religiosa contienda sobre quién los besaria á quién. Al fin venció Lorenzo, y Justino se dejó lavar los piés, entendiendo que aquella era la voluntad de Dios, y que no era bien ir á la mano á San Lorenzo, que por aquella humildad se aparejaba para el martirio. En estas obras gastó el santo diácono toda aquella noche, cumpliendo enteramente la voluntad de San Sixto, al cual el dia siguiente llevaron á degollar; y como Lorenzo le viese corrió á él, y con voz alta y llorosa le dijo: «No me desampares, padre santo; ya cumplí tu mandato y distribuí á los pobres los tesoros que me encargaste.»

Oyeron los ministros de justicia estas palabras, y á la voz de los tesoros echaron mano á Lorenzo y prendiéronle. Dieron noticia de lo que habian oido al emperador, y él se holgó mucho con aquella nueva, esperando hartar su codicia, y haber grandes riquezas y tesoros de la Iglesia y despojar á San Lorenzo del tesoro preciosísimo de la fe, haciéndole adorar sus dioses, y con su ejemplo mover á los demas. Dieron al santo en guardia á un caballero, llamado Hipólito, y él le echó en la cárcel con otros muchos presos, entre los cuales habia uno, llamado Lucillo, que habia estado mucho tiempo en aquella cárcel, y llorado tanto su desventura que habia perdido la vista y del todo quedado ciego. Persuadióle el santo diácono que creyese en Jesucristo, y él lo hizo, y se bautizó, y Dios le alumbró los ojos del alma y del cuerpo, y le restituyó la vista. Divulgóse este milagro por la ciudad, y por la fama de él concurrieron muchos ciegos á la cárcel donde estaba San Lorenzo, pidiéndole remedio para su ceguedad, y él los sanó á todos haciendo sobre ellos la señal de

la cruz. Ablandóse Hipólito con los milagros que veia obrar á San Lorenzo: comenzó á trabar pláticas con él y á rogarle que descubriese los tesoros que tenia escondidos. De aquí tomó ocasion el santo para predicar á Jesucristo y para decirle: «¡Oh Hipólito! si crees en Dios Padre todopoderoso, y en Jesucristo su Hijo, yo te prometo demostrarte los tesoros, y lo que es más, la vida eterna, de la cual serás particionero.» Y poco á poco le fué dando mayor noticia de la verdad de nuestra santa fe, y de los tesoros inestimables que tiene Dios en el cielo para sus siervos. Y entrando el rayo de la divina luz en Hipólito se convirtió y recibió el bautismo él y toda su familia, que eran diez y nueve personas. Fue tanto lo que el Señor regaló á Hipólito, que afirmaba ver las ánimas de los que se bautizaban muy alegres y hermosísimas. Mandó Valeriano traer el santo mártir á su audiencia; díjoselo Hipólito ya cristiano, y el santo respondió con grande alegría: «Vamos, que á ti y á mí se nos apareja corona de gloria.» Preguntóle el tirano por los tesoros de la Iglesia, y él con una sabiduría y sagacidad divina le respondió que si tenia tanta ansia por los tesoros de la Iglesia le diese dos ó tres dias de tiempo para recogerlos, que él se los traeria. Túvolo por bien Valeriano, y mandó á Hipólito que anduviese siempre á su lado y no le perdiese de vista en aquellos tres dias: en los cuales San Lorenzo juntó todos los ciegos, cojos, mancos y pobres que pudo hallar, y poniéndolos (como dice Metafrastes) en los camellos y carros que le habian enviado para que trajese los tesoros, se vino con ellos al emperador, y díjole: «Estos son los tesoros de la Iglesia.» Porque (como dice san Ambrosio) verdaderamente son tesoros aquellos en quien mora Dios, aquellos que están adornados de la fe de Cristo, aquellos por cuyas manos nuestras limosnas suben al cielo y alcanzamos los tesoros eternos. No se puede fácilmente creer la saña que recibió el tirano viéndose engañado de San Lorenzo y burladas sus esperanzas, y el furor con que mandó luego desnudar delante de sí al santo levita y rasgar sus carnes con escorpiones; y para más espantarle hizo traer todos los instrumentos con que atormentaban á los mártires para que entendiese que por todos ellos habia de pasar si no se rendia á su voluntad. Mas el esforzado caballero de Cristo no se espantó por ver aquellos horribles instrumentos, porque estaba su corazon tan encendido en el amor de su Señor, que todas las penas que le podian dar le parecian pocas y más blandas que las que él deseaba padecer, y así dijo al tirano: «Hombre desventurado, ¿piensas atemorizarme con tus tormentos? Pues quiero que entiendas que para

ti son tormentos y para mí regalos, y que yo nunca he deseado sino comer á esta mesa y hartarme de estos manjares.» De allí le llevaron cargado de cadenas al palacio, y despues de haberle mandado el tirano dar los tesoros y sacrificar á los ídolos, y que no confiase en los tesoros que tenia escondidos porque no le podrian librar de los tormentos que le estaban aparejados, respondió el santo con mucho sosiego y alegría de su alma: «En los tesoros del cielo confio yo, que son la misericordia y piedad de Dios con que me ha de favorecer para que mi alma quede libre, aunque el cuerpo sienta los tormentos.» Azotáronle crudamente con varas, colgáronle en el aire y quemáronle los costados con planchas de hierro encendidas; y el bendito mártir por una parte se reia del tirano, diciéndole que no sentia sus tormentos, y por otra hacia gracias á Dios y decia: «Señor mio Jesucristo, Dios verdadero é Hijo de Dios, ten misericordia de tu siervo, pues siendo acusado no te negué y siendo preguntado te confesé.» Cuanta mayor paciencia y gozo mostraba el santo mártir, tanto más se embravecía el tirano, y atribuyendo la gracia y favor del cielo á arte mágica, le dijo: «Tú eres mago y por arte mágica haces burla de mis tormentos: pues yo te juro por los dioses inmortales que has de sacrificar ó padecer tantas y tan graves penas que ningun hombre hasta hoy las padeció.»

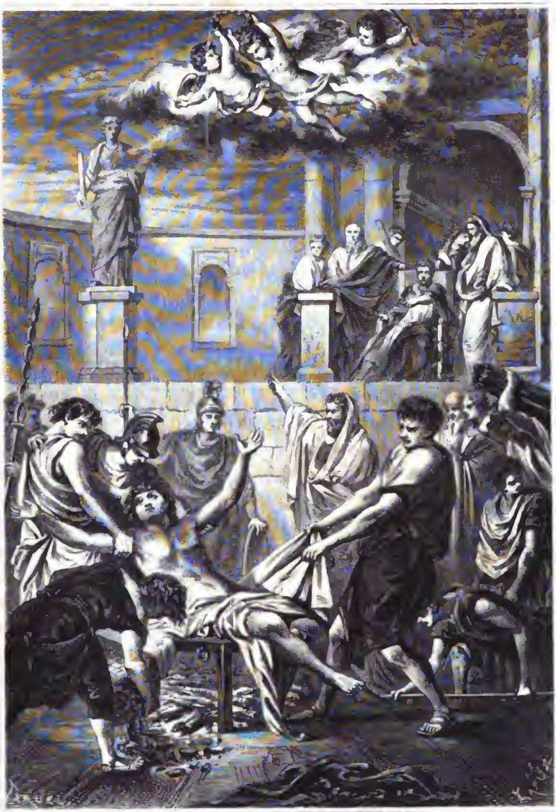
Hasta aquí es narracion del Padre Ribadeneira, no pareciéndonos oportuno continuarla por demasiado difusa. Resumiremos pues el martirio del ilustre español. Lorenzo contestó con toda la firmeza del valor cristiano, manifestando que estaba dispuesto á sufrir cuantos tormentos quisiesen hacerle padecer por la gloria de Jesucristo. Vista, pues, su firme resolucion de no sacrificar á los dioses, ordenó el juez que fuera de nuevo azotado, y lo hicieron con el mayor rigor poniendo plomos en las cuerdas para mejor destrozarle sus benditas carnes. Entónces, y al tiempo que el santo Levita hacia fervorosa oracion, se oyó una voz que le dijo que aun le quedaba mucho que padecer. Quiso Dios que esta voz fuese de todos oida, y el juez exclamó: «¿Veis, varones romanos, cómo los demonios favorecen á este sacrílego que ni á los dioses teme, ni á los príncipes ni á los tormentos?» Y enfurecido y lleno de rabia, mandó que le tendiesen sobre una catasta y allí descoyuntasen su huesos y despedazasen su carne. Ejecutóse al punto el mandato del juez. Cuando Lorenzo sufria este cruel martirio un ángel del cielo descendió, y acercándose al santo confesor de Jesucristo le confortó y le limpió el sudor con un lienzo. Fue visto el ángel por uno de los soldados que allí se halla-

ban, llamado Roman, el cual iluminado por luz divina pidió á Lorenzo el bautismo, y el santo se lo confirió con alegría celestial, y despues derramó tambien su sangre en defensa de la fe.

No satisfecho el tirano con haber atormentado tan rigurosamente al santo Levita, le hizo de nuevo conducir á su presencia diciéndole que si no se resolvia á sacrificar á los dioses, toda aquella noche gastaria en atormentarle. «Si así es, contestó Lorenzo, esta noche será para mí clara y llena de alegría.» No aguardó más el inhumano juez: mandó preparar un lecho de hierro á manera de parrillas, tan grande que pudiese sustentar su cuerpo y debajo colocar fuego lento para que el martirio fuese más duradero y cruel. A presencia, pues, del mismo juez fue colocado en las parrillas, encontrando Lorenzo más dulzuras que si hubiese sido una cama de plumas. Despues de algun tiempo, el invicto mártir, dirigiéndose al tirano, le dijo de este modo: «Mira, miserable, ya está asada una parte de mi cuerpo; vuélvela para que se ase la otra, y puedas comer de mis carnes sazonadas, pero no de las riquezas de la Iglesia, que ya están guardadas en el tesoro del cielo, donde las llevaron las manos de los pobres.»

Que un hombre, despues de haber sufrido sin exhalar una queja martirio tan cruel, tenga valor y fortaleza para hablar con tanta energía, da á comprender suficientemente que aquel valor es sobrenatural y demuestra la verdad de la causa por la que se deja sacrificar. Esta constancia admirable de los mártires de la Religon es una prueba tangible de que ella es santa y divina. Por último, exclamando el santo Levita: «Gracias te doy, Señor y Dios mio, que ya he merecido entrar por las puertas de tu bienaventuranza,» entregó su bendita alma en manos del Criador. He aquí ahora de qué modo se expresa San Ambrosio, hablando del martirio de San Lorenzo: «Ardia el bienaventurado mártir exteriormente con las llamas del cruel tirano; mas mucho mayor era la llama del amor de Cristo que interiormente le abrasaba su corazon. Y puesto caso que el rey malvado mandaba añadir leña y acrecentar el fuego, San Lorenzo, abrasado de otro mayor incendio de la fe, no sentia aquellas llamas, y pensando en lo que Dios mandaba, todos los tormentos que padecia eran refrigerio y regalo para él.» Casi del mismo modo se expresa el Padre San Agustin.

Consérvase el cuerpo de San Lorenzo al lado del bendito del protomártir San Estéban en su Basílica *extramuros* de Roma, y su cabeza en una capilla del palacio Pontificio del Quirinal conocido con el nombre



Martirio de San Lorenzo.

de Monte Caballo. Allí la hemos venerado en su dia propio, en el cual es pública la entrada á dicha capilla. En Roma es muy general la devocion de este ilustre mártir de Jesucristo, y ademas de la Basílica que le está dedicada hay otros varios templos de su advocacion en los que se conservan, bien hierros de las parrillas, bien algunas reliquias de su cuerpo, que se exponen á la veneracion pública el dia de su festividad y los de su octava. Muchas catedrales de Italia, entre ellas las de Génova y Tívoli, les están dedicadas. En Constantinopla le fue dedicado otro suntuoso templo donde se conservan parte de sus reliquias: Francia tambien se los ha erigido con profusion, y España, que tiene la dicha de contarle entre sus hijos más ilustres, le ha ofrecido tambien un gigantesco monumento gloria de la religion y de las artes, elevado por el rey Felipe II en el Escorial, templo que puede competir con los más magníficos y suntuosos del mundo cristiano; y ademas son muchos los templos que en todo el ámbito de nuestra península están dedicados á este ilustre mártir, el que tal vez sufrió mayores tormentos por la fe de Aquel que siendo la santidad por esencia, quiso morir por el rescate de la humanidad en un patíbulo de afrenta.

De no haber sufrido San Lorenzo tan pronto el martirio tal vez hubiera sido elegido sucesor de San Sixto. La pureza de sus costumbres, la santidad de su vida, su notoria caridad, que le hacia hacerse todo para todos, y las demás bellas cualidades que le adornaban, le habian hecho ser, generalmente hablando, muy estimadísimo de todos los fieles de Roma. Y que no se equivocaron en el concepto que tenian formado del santo Levita, lo demostró despues su heroicidad en el martirio.

CAPITULO VII.

San Dionisio, papa.—San Dionisio de Alejandría.—Martirio de San Cipriano, obispo de Cartago.—Mártires llamados de la masa blanca.—Persecucion de las Galias.—San Montano y sus compañeros.—El santo niño Cirilo.—Prisco, Mateo y Alejandro.—El sacerdote Sapricio y el lego Nicéforo.

Al pontífice San Sixto II sucedió en la Sede Apostólica SAN DIONISIO, nacido en Calabria, presbítero de la Iglesia romana durante el pontificado de San Estéban, que fue elegido en 12 de setiembre del año 259. Dió nueva distribucion á las parroquias de Roma, restableciendo varias instituciones alteradas á causa de la persecucion de Valeriano. Fue verdaderamente un gran Pontífice San Dionisio, así por la integridad de su fe, como por las grandes y extraordinarias virtudes de que se hallaba adornado. San Basilio le colma de elogios y le aplaude por su prudencia y las demas bellas prendas que le adornaban.

Durante su Pontificado se suscitó un conflicto, por habérsele imputado á Dionisio de Alejandría una grave falta, suponiendo que habia caido en el error de creer que el Hijo en su sustancia era distinto del Padre, en la refutacion que él mismo habia hecho de la herejía de Sabelio, que no reconocia en Dios distincion de personas. El papa Dionisio hizo reunir con este motivo un concilio en Roma, pero ántes de proceder á nada ni tomar medida alguna le escribió, y de las explicaciones dadas por Dionisio el obispo de Alejandría resultó que el papa quedó suficientemente satisfecho, haciendo pública la declaracion de aquel obispo que estaba en todo conforme con la doctrina de la fe.

Continuaba con gran rigor la persecucion de Valeriano, siendo otra de las ilustres víctimas que derramaron en ella su sangre por la fe San Cipriano, obispo de Cartago, del que ya nos hemos ocupado. Habia nacido en Africa,

y desde su juventud se habia hecho notable por su amor á las ciencias y los grandes adelantos que habia hecho en ellas. Antes de abrazar el cristianismo estuvo dedicado á enseñar retórica en Cartago. No fue su conversion obra de un dia: habia conocido la verdad de la doctrina evangélica, pero no se resolvia á abrazar la religion cristiana, temiendo que estando ya en edad madura, y acostumbrado á los regalos de la vida y á una mesa abundante y delicada, no habia de poderse acostumbrar á la frugalidad de los cristianos y á su género de vida. Pero al fin la gracia obró, y abandonando sus errores se hizo cristiano. El mismo San Cipriano refiere aquellos sus temores y añade estas notables palabras: «Pero cuando el agua «de la regeneracion hubo lavado las manchas de mi vida pasada, y mi «corazon purificado hubo recibido la luz celestial, todas mis dificultades «se desvanecieron: encontraba fácil lo que me habia parecido imposible.»

Teniendo en cuenta la Iglesia la sabiduría de Cipriano y el modo con que se habia aplicado al ejercicio de todas las virtudes desde el momento de su conversion, le fue ascendiendo por grados hasta constituirle obispo de Cartago. Por órden del procónsul Paterno fue presentado ante el tribunal, donde aquel magistrado le hizo saber la órden vigente que mandaba á todos los que no seguian la religion del imperio que la observasen en lo sucesivo. Preguntóle en seguida qué pensaba él hacer, á lo que contestó: «Yo no solamente soy cristiano sino obispo: yo no conozco á otro Dios que al verdadero que hizo el cielo y la tierra, con todo lo que en ellos se contiene.» Entónces el procónsul le mandó que le dijese cuántos y quiénes eran los sacerdotes cristianos de Cartago, á lo que Cipriano contestó: «No creo que podeis exigir de mí que contravenga á vuestras mismas leyes que condenan á los delatores: fácilmente podeis hallar á los que buscais: pues que si nos está prohibido que nosotros mismos nos entreguemos, no somos tan cobardes que el temor nos haga abandonar nuestros puestos.» En virtud de esto el procónsul hizo salir desterrado á San Cipriano á una poblacion distante cincuenta millas de Cartago.

Cerca de once meses pasó Cipriano en su destierro, al cabo de los cuales Máximo, sucesor del procónsul Paterno, le hizo volver á Cartago, y el santo, que ya habia predicho la época en que seria martirizado, se retiró á unos jardines que tenia en aquella ciudad para esperar el cumplimiento de su prediccion. Allí iban á visitarle multitud de personas y hasta algunos senadores, suplicándole que pusiese en salvo su vida: pero el santo, á quien no intimidaban los tormentos ni la muerte, atendia con so-

licitud pastoral al cuidado de sus ovejas. Mas al fin cediendo á las grandes instancias que se le hacian se retiró á otro paraje más oculto; mas si hizo esto fue porque el procónsul se hallaba fuera de Cartago y temia lo llevasen para sacrificarle fuera de la ciudad, siendo así que él queria morir en ella, para dar ejemplo á sus ovejas y que estas se confirmasen en la fe. Así fue que, apénas el procónsul volvió á Cartago, Cipriano salió de su retiro y volvió á sus jardines, donde fue preso, llevándole á presencia de Máximo, que se hallaba en una casa de campo, en donde detuvieron toda una noche al ilustre obispo. Los fieles que tuvieron conocimiento del hecho rodearon la casa y pasaron toda la noche en la mayor ansiedad por su amantísimo Padre y solícito Pastor.

Al dia siguiente fue presentado ante Máximo: este sabia que hubiera sido inútil el tratar de persuadirle, y así habiéndole interrogado, y mostrándose él firme en su declaracion y confesion de cristiano, mandó que le fuese cortada la cabeza. Oyó con la mayor tranquilidad San Cipriano su sentencia, y dió gracias al Señor porque le dejaba conseguir la hermosa corona de los mártires, y con una serenidad admirable se entregó en manos del verdugo, volando su espíritu al cielo.

Al tiempo mismo que San Cipriano, fueron desterrados otros muchos obispos del Africa, á los cuales consoló y animó aquel con cartas llenas de reflexiones santas que derramaban celestiales delicias en sus corazones, conservándose aun algunas de estas cartas, como asimismo otros escritos suyos. Para comprender á dónde llegó el rigor de esta persecucion en el África, baste saber que solamente en Utica fue tan extraordinario el número de los confesores, que faltando verdugos, se mandó llenar de cal viva un hoyo profundo, y dirigiendo la palabra el gobernador á los cristianos, les dijo: «Escoged en el instante: ó sacrificar á los dioses ó ser enterrados en este hoyo.» Apénas hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando los cristianos se arrojáron inmediatamente en el hoyo y quedaron consumidos. No se sabe á punto fijo cuál fue el número de los cristianos que fueron de este modo sacrificados, pero algunos escritores dicen que pasaron de ciento cincuenta. Los fieles sacaron más tarde sus huesos, y como formaban una especie de masa con la cal, de aquí el que fuesen conocidos con el nombre de los *mártires de la masa blanca.*

Dejando para el último capítulo de este siglo, segun ya hemos indicado, el hablar de los mártires que padecieron en España, entre los que haremos mencion de San Fructuoso, obispo de Tarragona, continuare-

mos ahora observando los progresos de la persecucion en otras partes.

Las Galias no fueron privilegiadas en este punto, y tambien dieron al cielo multitud de mártires, refiriéndose comunmente á esta época el martirio de San Dionisio de Paris, de San Saturnino de Tolosa y otros muchos héroes no ménos ilustres.

Voviendo de nuevo nuestra vista á Cartago, podemos admirar entre otra multitud de mártires á San Montano y sus compañeros hasta el número de ocho. La relacion de su martirio empezada por ellos mismos en su prision y continuada despues por un testigo ocular es de este modo: «Cuando nos hubieron arrestado, supimos que el gobernador debia con«denarnos á ser quemados vivos, y que la ejecucion debia de tener lugar «el dia siguiente; pero Dios, que tiene en su mano el corazon de los «jueces, no permitió que nos hiciesen sufrir este género de suplicio. El «gobernador mudó de resolucion, y nos envió á la cárcel. Este sitio no «tuvo para nosotros nada de horrible; su oscuridad fue reemplazada por «una claridad enteramente celestial: un rayo del Espíritu Santo alumbró «esta negra mansion, é hizo nacer la luz en las tinieblas. Al dia siguien«te por la tarde fuimos de repente sacados por los soldados y conduci«dos al palacio para ser interrogados. ¡Oh dia feliz! ¡Cuán ligeras nos «parecieron las cadenas de que allí nos cargáron! El gobernador nos «hizo muchas preguntas, á las cuales mezcló amenazas y promesas. Nues«tras respuestas fueron modestas, pero firmes, generosas y cristianas: «en fin, salimos del interrogatorio vencedores del demonio. Se nos vol«vió á la prision, y en ella nos preparamos á un nuevo combate. El más «rudo que tuvimos que aguantar fue el hambre y la sed; porque, des«pues de habernos hecho trabajar el dia entero, se nos rehusaba todo, «hasta un poco de agua. Dios por sí mismo nos consoló, haciéndonos «conocer en una vision que nos quedaban pocos dias que sufrir, y que «no nos abandonaria; nos procuró tambien algunos refrigerios por el «ministerio de dos cristianos que cuidaron de hacerlos llegar hasta noso«tros. Este socorro nos alivió un poco; muchos enfermos se restablecie«ron: olvidamos bien pronto nuestras fatigas, y nos entregamos á la ora«cion y á bendecir la misericordia divina que se habia dignado endulzar «nuestras penas. Lo que contribuye mucho á sostenernos y consolarnos «es la íntima union que reina entre nosotros; porque no tenemos todos «sino un mismo espíritu, que se nos incorpora en la oracion y en nues«tras conversaciones. Vosotros lo sabeis, nada es más dulce que esta «caridad fraternal, tan agradable á Dios, y con la cual se obtiene de él

«todo lo que se le pide, segun esta palabra consoladora de Jesucristo: «*Si dos personas se juntaren en la tierra para pedir alguna cosa á mi «Padre la obtendrán infaliblemente.*» Hasta aquí la relacion de los santos mártires.

De nuevo fueron presentados al tribunal, donde todos declararon que persistian y se ratificaban en cuanto habian ántes manifestado. Entónces fueron sentenciados á ser degollados, cuya sentencia se ejecutó á presencia de muchos fieles que se confundieron con los paganos, para ser testigos de esta inmolacion.

Ni fueron tan solamente varones esforzados los que durante las grandes persecuciones de la Iglesia vertieron su sangre en defensa de la fe. Ya hemos visto delicadas doncellas, que llenas de un valor é intrepidez superior á la debilidad de su sexo, sufrieron con alegría y regocijo los más crueles martirios. Cual si esto no fuere suficiente, tambien niños de corta edad dieron testimonio de la fe de Cristo, dejándose conducir á los martirios. Esto debió haber sido suficiente para que aquellos obcecados paganos se convenciesen de la verdad y dejasen caer de sus ojos la tupida venda que los cubria. Pero ya hemos visto que todos estos prodigios los atribuian á arte mágica y no al poder de Dios. Uno de los niños de que nos hablan los fastos de la historia es Cirilo, que vivia en Capadocia, y el cual informado de la religion verdadera, tenia siempre en sus labios el nombre santísimo de Jesús. Su padre era idólatra, pero jamás habia podido conseguir de él que invocase los falsos dioses. Así, pues, irritado contra él y no contento con haberle maltratado de un modo el más cruel, le arrojó de su casa, y él lo sufrió todo sin quejarse ni mostrar la menor impaciencia. Nada de extraño tuviera esto en un hombre dotado de valor, pero fue muy notable en una criatura de tan corta edad.

No tardó el juez de la ciudad en tener noticias de este hecho, y en el momento mandó sus soldados en busca del niño Cirilo, haciéndole comparecer á su presencia. Empezó por hablarle con la mayor dulzura, creyendo que con facilidad podria hacerle disuadir de sus propósitos, atendida la poca firmeza de la edad; pero no contaba ciertamente con los prodigios que el verdadero Dios sabe hacer, cuando es su voluntad, para hacerse admirable en sus escogidos. «Hijo mio, dijo con la mayor dulzura á Cirilo, quiero generosamente perdonarte las faltas que has cometido, en consideracion á tu poca edad; sólo depende de ti el que vuelvas á gozar del cariño de tus padres y de sus bienes; sé prudente y renuncia en el momento á tu supersticion.» La contestacion del santo niño de-

mostraba la inspiracion divina. «Contento soy, dijo, en sufrir reprensiones por mi modo de obrar. Dios me recogerá, y seguramente mejor estaré con él que con mi padre: me regocijo en gran manera de haber sido echado de la casa paterna: yo habitaré otra que es mucho más grande y mas hermosa: renuncio voluntariamente á los bienes de la tierra por conseguir los del cielo, y tan léjos estoy de temer á la muerte, cuanto que sé que de ella he de pasar á otra vida mejor. Maravillado quedó sobremanera el juez y mudando el tono de dulce en áspero le amenazó con que le quitaria la vida. Por su mandado le ataron con cuerdas y encendieron á su vista una hoguera. El juez dió ordenes secretas de que sólo le intimidasen haciéndole creer que iban á quemarle vivo, pero que no lo hiciesen. En efecto aproximaron al santo niño á la hoguera, amenazándole con que le iban á precipitar en ella, pero sin que por esto vertiese una sola lágrima y ántes por el contrario mostraba un semblante alegre y tranquilo. Viendo esto, le presentaron de nuevo al juez el cual le dijo: «Ya has visto el fuego y la cuchilla: ¿serás ahora prudente? ¿Merecerás ahora por tu sumision y obediencia que yo te dé libertad y que tu padre te devuelva su amor?» A estas palabras contestó impávido y sereno el santo niño:—«No sabeis el daño que me habeis hecho con hacerme volver aquí: yo no temo el fuego ni la espada: anhelo ir á otra casa mucho más deseable y hermosa y suspiro tambien por unas riquezas infinitamente más sólidas que las de mi padre. Dios es quien debe recibirme y recompensarme: apresuraos pues á hacerme morir para que de este modo yo vaya á él más pronto.» Al oir estas expresiones que denotaban su grandeza de alma, los que presente se hallaban no podian contener las lágrimas porque comprendian que á ellas habia de seguirse irremediablemente la sentencia de su muerte. El santo niño se volvió á ellos diciéndoles: «Vosotros deberiais más bien llenaros de regocijo en vez de llorar: en lugar de enternecerme con vuestras lágrimas, os valdria más animarme y esforzarme á sufrirlo todo. Ignorais cuánta es la gloria que me aguarda y cuan grande es mi esperanza: dejad pues que acabe cuanto ántes mi vida temporal.» Estas valerosas confesiones le llevaron al sacrificio, donde terminó una vida corta pero llena de merecimientos recibiendo la preciosa aureola del martirio. A este santo niño pueden muy oportunamente aplicarse las siguientes palabras del Sagrado Libro de la Sabiduría: *Consumó en breve tiempo la carrera de largos años* (1). Ya

(1) Sabid. cap. IV. v. 13.

tendremos ocasion de ocuparnos de nuestros niños españoles Justo y Pastor que padecieron á principios del siglo IV en la antigua Compluto, hoy Alcalá de Henáres, que no cedieron en valor y heroismo al santo niño Cirilo.

Todos los tormentos parecian poco á los tiranos para exterminar á los cristianos, y miéntras unos morian en las hogueras, otros eran degollados, tan pronto eran aprisionados en prensas, como despedazados por garfios de hierro. Tres varones de distincion llamados Prisco, Mateo y Alejandro fueron destinados á ser pasto de las fieras.

Vamos ahora á ocuparnos de dos cristianos, el uno sacerdote y el otro lego, que habiéndose profesado una tierna y estrecha amistad llegaron á malquistarse de tal modo que trocaron todo su cariño en un ódio implacable. Llamábase el sacerdote Sapricio y el otro, Nicéforo. Este reflexionó lo mal que hacia en sostener aquella enemistad y trató de reconciliarse con Sapricio; pero fueron inútiles sus ruegos y la influencia de sus amigos. El sacerdote se negó obstinadamente en no perdonarle. En este tiempo Sapricio fue preso por cristiano y negándose á sacrificar á los dioses del imperio, confesó con el mayor valor á Jesucristo, por lo cual le hicieron sufrir crueles tormentos. Mas como quiera que perseverase en confesar el nombre de Jesucristo, fue sentenciado á muerte. Apénas lo supo Nicéforo cuando corrió á él y echándose á sus piés le pedia que le perdonase por el Señor por quien tan valerosamente iba á derramar su sangre. Pero por repetidas que fueron estas súplicas, Sapricio le volvia el rostro sin querer concederle el perdon. El verdugo mandó al sacerdote que se arrodillase para degollarle: más en aquel instante temió á la muerte, y negó á Jesucristo, ofreciendo que sacrificaria á los ídolos. Era natural aquella apostasia por las malas disposiciones que llevaba al martirio. El se negó á perdonar, y Dios le negó á él la gracia de la fortaleza. Apenas Nicéforo oyó las cobardes expresiones de Sapricio, empezó á gritarle que no perdiese la palma y la corona que Jesucristo le ofrecia; pero viendo que todo era inútil, exclamó á grandes voces: «Yo tambien soy cristiano y confieso lo que el sacerdote Sapricio acaba de adjurar; permítaseme reparar el escándalo que acaba de dar y morir en lugar suyo.» Dieron cuenta de todo esto al gobernador el cual mandó que Sapricio fuese puesto en libertad y que Nicéforo fuese degollado. Cumplióse en el momento la sentencia, recibiendo Nicéfero la corona que en el cielo estaba destinada para aquel malaventurado sacerdote que tan mal supo corresponder á sus deberes.

Felizmente fueron muy raros los ejemplos de apostasía que por temor se dieron durante las persecuciones. El amor de Dios ardia en los corazones y se cuentan por miles los que despreciando los tormentos y la muerte, se gloriaban en confesar públicamente á Jesucristo.

CAPITULO VIII.

Galieno restituye la paz á la Iglesia.—Humillacion y muerte de Valeriano.—San Marin, mártir.—Vida licenciosa de Galieno.—Fin desastroso de la raza infame de Valeriano.—Muerte de San Dionisio, papa.—Le sucede San Felix I.—Pablo de Samosata, condenado en el concilio de Antioquía,—Aureliano, emperador.—Novena persecucion.—San Eutiquiano, papa.—Comon de Licaonia.—Es asesinado el emperador Aureliano.—Tacito.—Probo.—Herejía de Manés.—Muerte de San Eutiquiano.

En el año 260 el emperador Galieno, que habia sucedido á Valeriano, restituyó la paz á la Iglesia, pues que revocó todos los decretos promulgados en el anterior reinado contra los cristianos. Es muy notable el edicto publicado por el nuevo emperador, que decia de este modo: «El emperador César Publio—Lucinio—Galieno, pio, feliz, y augusto, á Dionisio, á Pinas, á Demetrio y á los demás obispos. Es mi voluntad que os dejen libres y espeditos los lugares consagrados á la religion, y que, sin recelo de ser perturbados, volvais á entrar en posesion de ellos, en virtud de la gracia que os tengo concedida. El intendente general Aurelio.—Cirenio observará puntualmente este rescripto. Tambien he mandado, añade el emperador, que los efectos de mi benevolencia se extiendan por todo el mundo.

Fijando la atencion en los sucesos que tuvieron lugar durante el reinado de su padre Valeriano y el trájico fin de este tirano, podremos creer que Galieno temió seguir la persecucion, creyendo que todas las desgracias de su padre habian sido un castigo del cielo por tanta sangre como habia vertido en su implacable odio contra los cristianos. Diremos pues, siquiera sea cuatro palabras sobre la caida y muerte de Valeriano. Despues de la pérdida de una batalla, cayó en manos de Sapor rey de los persas. Orgulloso el Persa mandó que le cargasen de cadenas, dejándole para mayor humillacion sus vestidos imperiales. No contento con esto, cada vez que Sapor montaba á caballo, le obligaba á arrodi-

llarse, y le ponia el pié al cuello en vez de estribo. Por último, despues de haberle hecho sufrir las mayores humillaciones, le hizo desollar vivo y que salasen su cuerpo, y conservó su pellejo tinto en sangre para oprobio de los romanos.

Muchos fueron los que pretendieron ser entónces proclamados emperador, pero venció Galieno, el cual, segun ántes hemos dicho, hizo cesar la persecucion que pesaba sobre la Iglesia.

Esto no obstante durante el reinado de Galieno, hubo un mártir que ha gozado de una gran celebridad. Llamábase Marin, era militar y le correspondia ascender un grado en su carrera: más el oficial que seguia á él en órden de antigüedad, alegó que era cristiano y que por esta cualidad no debia ascender. Inmediatamente el gobernador, hízole comparecer á su presencia, y el generoso cristiano, confesó sin vacilar un momento, que profesaba la fe de Cristo. El gobernador le concedió tres horas de tiempo para que se resolviese. Durante ellas fue visitado por el obispo Teóctenes y presentándole á la vez el libro de los Evangelios y una espada le dijo: «Escoge entre estas dos cosas tan diferentes.» Marin por única contestacion puso la mano derecha sobre los Evangelios. Lleno de gozo el obispo le dijo: «Anda pues, que Dios te llenará de fortaleza, y nadie será capaz de quitarte lo que has elegido.» Presentado de nuevo ante el gobernador, y ratificándose en su anterior declaracion, fue muerto en el instante. Su cadáver fue recogido y sepultado por Asturo, patricio piadosísimo, testigo de su martirio, y que gozaba de gran crédito y reputacion.

El emperador Galieno, si bien no pensaba en perseguir á los cristianos, pasaba su vida entregado á los placeres y deleites mas vergonzosos. Dominado completamente por la sensualidad, tenia abandonados todos los asuntos del imperio, de tal modo que llegó á hacerse odioso, por lo que acabó su vida bajo la mano de asesinos, y como no hubiese ya de su sangre más que un hijo y un hermano del mismo Galieno, los precipitaron desde lo alto del Capitolio, terminando de este modo la raza del infame Valeriano. Claudio, general de las tropas de Galieno, y á quien se atribuye su muerte, fue proclamado emperador. Tuvieron lugar estos sucesos el año 268.

En el año siguiente 269 llamó Dios á si al Sumo Pontífice, San Dionisio, el cual habiendo gobernado la Iglesia por espacio de diez años, cinco meses y algunos dias, durante los cuales creó siete obispos, doce presbíteros y seis diáconos, murió santa y tranquilamente. Solo cuatro

dias estuvo vacante la Santa Sede, siendo al cabo de ellos elegido para sucederle en la suprema dignidad de la Iglesia

San Felix I, hijo de Constancio. Estuvo este Pontífice animado de un gran celo por la extension de la doctrina evangélica y trabajó con empeño por acabar de extirpar los corazones de los innovadores que trataban de alterar la pureza de la fe. El concilio de Antioquía habia depuesto y condenado al obispo de aquella misma poblacion, Pablo de Samosata, que pasaba una vida disipada, entregado al lujo y á los deleites y que entre otros errores, empezó á enseñar que Jesucristo no era por su naturaleza más que un hombre ordinario, aunque concediendo que tenia en si virtud divina, tan solamente operante, pero no esencialmente unida é inseparable.

El concilio de Antioquía, no solo dió conocimiento de su sentencia á todas las Iglesias, sino que envió una carta al Papa San Dionisio como Gefe Supremo de la Iglesia universal, pidiéndole su aprobacion. El Papa San Dionisio habia ya muerto y San Felix I recibió aquella carta. No solamente aprobó la decision del concilio, sino que lleno de celo envió á Máximo, obispo de Alejandría, una célebre sinodal que fue citada en el concilio de Efeso, en la que condenó con su autoridad suprema aquella herejía de Pablo, así como tambien los groseros errores de Sabellio.

Cuando tuvo lugar este suceso, ya habia muerto de la peste el emperador Claudio II y su hermano Quintilio, el que no suele ser contado en el número de los emperadores, porque si bien fue ensalzado á esta dignidad por sus soldados, estos mismos viendo su carácter severo le obligaron á los quince dias á abrirse las venas.

Era entónces el año 270, y fue proclamado emperador Aureliano, natural de Panonia, que si bien era perteneciente á una familia oscura, estaba adornado de grandes prendas, y habiendo entrado de soldado en el ejército imperial, por su valor y méritos, fue sucesivamente ascendiendo hasta sentarse en el trono.

Volviendo ahora á la condenacion de Pablo, cúmplenos decir que en su lugar fue elegido Domno: mas el hereje encolerizado no permitió abandonar la morada episcopal, hasta que el emperador Aureliano, que en los primeros tiempos de su reinado se mostró muy favorable á los cristianos, á peticion de las Iglesias de Oriente, mandó expulsar al obispo hereje de la casa episcopal y dar á Domno posesion de ella, reconocido como verdadero y propio obispo de Antioquía por la Iglesia de Roma.

Poco tiempo duró el mostrarse Aúreliano propício á los cristianos. No sabemos las causas que le movieron á trocar su corazon, pero ello es que concibiendo un gran odio á los profesores de la doctrina de Jesucristo, ordenó la

Novena persecucion, que si no fue muy duradera, no dejó de producir un crecido número de mártires. Créese que el deseo de captarse la voluntad y el aprecio del Senado romano, fue lo que le movió á hacerse perseguidor de los enemigos de los dioses. Iba á firmar el terrible decreto cuando cayó á sus pies un rayo. Llenóse de temor y se detuvo, no atreviéndose por entónces á llevar á cabo sus propósitos. Lo que sucedió despues nos lo dice Lactancio: «Algun tiempo despues habién«dose entregado á la corrupcion de su corazon, Aureliano publicó contra «nosotros algunos edictos sangrientos y encarnizados; pero afortunada«mente sucedia esto casi al fin de su reinado, el que fue tan corto que «los edictos no habian aun llegado á las provincias lejanas cuando mu«rió. Así hizo ver el Señor que no deja á las potestades del siglo la li«bertad de perseguir á sus siervos, mas que en proporcion á los desig«nios de su justicia ó de su misericordia para con ellos.»

Una de las ilustres víctimas de esta persecucion fue el Papa San Félix I, el cual habiendo gobernado la Iglesia por espacio de cinco años, durante los cuales creó cinco obispos, nueve presbíteros y cinco diáconos, consumó su vida en el martirio, siendo sepultado su cuerpo en el cementerio de la via Aurelia, en el mismo sitio donde mas tarde se consagró una Iglesia por Félix II.

A los cuatro dias de la gloriosa muerte de San Félix fue creado

San Eutiquiano, natural de Luni, ciudad en el dia destruida por completo. Su eleccion tuvo lugar el año 273. Este Papa, segun Bury, instituyó el ofertorio de la Misa, y segun Artaud de Montor, «ordenó tambien la bendicion, en ciertas circunstancias de los ramos de los árboles y de los frutos; y quiso que los fieles que hubiesen tomado por esposa á una mujer antes de ser bautizada, gozasen del derecho de separarse de ella, ó de retenerla á su lado, segun mejor les pareciese, en lo que no hizo más que conformarse con las leyes romanas de la época, y finalmente dispuso que los que se daban al vicio de la embriaguez, fuesen separados de la comunion hasta tanto que hubiesen renunciado á él.»

A esta persecucion atribuyen algunos el martirio de San Dionisio de Paris. No están conformes los autores en la época, ni es á nuestro propósito investigarla.

Entre los esforzados cristianos que derramaron su sangre en defensa de la fe, haremos mencion de Comon, que vivia en Licaonia, y que se habia hecho notable por la austeridad de su vida y por sus grandes virtudes. Burlábase el juez de esto, y él con la mayor tranquilidad le contestó: «La cruz hace todas mis delicias; no creais intimidarme con el aparato de los tormentos, conozco su importancia y sé cuánto contribuyen á la eterna felicidad; los más rudos y más duraderos forman el objeto de mis deseos.» Deseaba el juez reducirle á que abjurase de su religion, y así para enternecerle le preguntó si tenia hijos: el santo contestó: «Tengo uno solamente y desearia que participase de mi suerte y felicidad.» El juez mandó llamar al hijo, y como este confesase tambien con valor y generosidad, los condenó á ambos á que les cortasen las manos y despues los hizo arrojar en una caldera de aceite hirviendo, donde espiraron alabando y bendiciendo al Señor.

Sin detenernos ahora en hablar de otros muchos mártires que en esta misma persecucion dieron la vida en defensa de la fe, pasaremos á ocuparnos de Aureliano, el cual recibió el justo castigo á que se habia hecho acreedor por sus grandes crueldades. Tal vez cuando proyectaba nuevas tiranías fue asesinado por sus mismos soldados, á principios del año 275. Cerca de siete meses estuvo vacante el trono, hasta que el Senado y el ejército de comun acuerdo nombraron para suceder á Aureliano, á Tacito, el cual era de un carácter benigno y adornado de bellas cualidades, que hicieron concebir grandes esperanzas: pero á los seis meses de su reinado fue muerto en Oriente por sus soldados, lo que causó un vivo sentimiento al Senado y al pueblo romano.

Despues fue nombrado Probo, que era hijo de un tribuno militar. A los dos años empezó á aparecer la herejía de Manés, que ha sido una de las mas duraderas y monstruosas que han afligido á la Iglesia. Era este hereje de una condicion la más humilde, pues que habia nacido en la esclavitud: una viuda que poseia muchos bienes de fortuna, y carecia de sucesion le adoptó, declarándole despues heredero de cuanto poseia. Para ocultar su orígen, mudó su verdadero nombre que era *Curbico*, por el de *Manés*.

Merced á la adopcion de que hemos hablado y que fue hecha cuando se hallaba aun en la niñez, habia recibido una educacion brillante, y como se hallase versado en las ciencias, se expresaba con la mayor facilidad. Aparentando gran veneracion á Jesucristo, esparcia con mas facilidad los grandes errores de que se hizo corifeo. De Persia, que era su

patria, tuvo que huir porque habiendo afirmado que curaria al hijo del rey, que se hallaba gravemente enfermo, aquel murió, y de resultas de esto fue encarcelado. Encontró los medios de librarse de la prision y se refugió en Mesopotamia, donde hizo un gran número de discípulos. Vencido en diversas discusiones que sostuvo con el obispo de Cesarea y otras personas, persistió todavía en sus errores, y como el pueblo escandalizado quisiera hacerle morir, se volvió á la Persia, creyendo que ya no correria allí peligro. Pero se equivocó. El rey, apénas tuvo noticia de su regreso, le hizo prender, y en virtud de su sentencia fue desollado vivo, y despues de echar su cuerpo para pasto á las fieras, su pellejo fue clavado en una de las puertas de la ciudad.

Los sectarios de Manés, conocidos con el nombre de maniqueos, se multiplicaron con la mayor rapidez. El principal error de los maniqueos entre los muchos que propagaban era que, no pudiendo ser Dios autor del mal, habia necesariamente dos dioses ó dos principios, uno que era autor del bien y otro del mal. Negaban el libre albedrío; decian que el hombre tenia dos almas, una buena y otra mala, y en virtud de esto no se creian culpables por las malas acciones que practicasen, aunque fuesen las más criminales, pues decian que eran producidas por el alma mala. Desechaban los artículos de la fe que no eran conformes á sus máximas, y en suma, reunian las más perversas doctrinas de todas las herejías antiguas y aun de las que han aparecido despues en la série de los siglos.

Estaban divididos los maniqueos en dos clases, la de los *oyentes* y la de los *escogidos*. Estos últimos eran los que estaban en todos los secretos de la secta. Entre los *escogidos* habia doce que se titulaban maestros, y uno que era tenido por Jefe, por considerársele como sucesor directo de Manés.

Aparentando el maniqueismo austeridad y espiritualidad, consiguió reunir un gran número de prosélitos. Pero al fin un concilio celebrado en Mesopotamia el año 277 condenó esta herejía, que tantas ovejas habia arrebatado del verdadero redil de Jesucristo.

San Eutiquiano trabajó con gran celo por que la herejía de los maniqueos no se propagase en Occidente. Este Pontífice, que dió sepultura con sus mismas manos á más de 342 mártires, mandó que ninguno fuese enterrado sin *colobrio* ó dalmática de color rojo. Creó nueve obispos, diez y seis presbíteros y cinco diáconos, y despues de haber gobernado la Iglesia ocho años, once meses y algunos dias, murió el 8 de di-

ciembre del año 283. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Calixto y luego trasladado á Luny, su patria. Cuando esta ciudad fue destruida, fue su cuerpo depositado en Sabone, á donde se trasladó la silla episcopal.

CAPITULO IX.

San Cayo, papa.—Sabacio, mártir.—Caro, emperador.—Diocleciano, emperador.—Asesina á Aper.—Reflexiones sobre el reinado de Jesucristo sobre las almas.—Legion Tebana.—San Marcelino, papa.—Falsedad de la caida de Marcelino.

Despues de una vacante de siete dias subió á ocupar la Santa Sede SAN CAYO, presbítero de Spalatro, en la Dalmacia, sobrino del emperador Diocleciano (1). Su eleccion tuvo lugar el 16 de diciembre del año 283, y uno de sus primeros actos fue confirmar la costumbre que permitia á los clérigos pasar por las siete órdenes inferiores de la Iglesia durante un tiempo determinado, ántes de poder ser instituidos obispos, costumbre que existia ya en tiempo de San Cornelio.

Probo habia sido asesinado por los soldados del ejército de Iliria, despues de seis años de reinado, durante los cuales no hubo persecucion declarada, sin embargo que muchos magistrados y jueces que odiaban á los cristianos, escudados con los antiguos edictos sacrificaban á muchos de ellos. Mártir de este odio fue Sabacio, acusado ante el juez de Antioquía de ser cristiano. Él, léjos de acobardarse, confesó resueltamente y con el mayor valor á Jesucristo, perdiendo la vida en los más crueles tormentos.

Por muerte de Probo, tuvo tres jefes el estado romano, pues elegido Caro por las tropas emperador, este hizo aclamar Césares á sus hijos Carin y Numeriano. Pero muerto Caro por un rayo ántes de cumplir año y medio de su reinado, siguieron gobernando sus dos hijos; mas Numeriano fue asesinado por órden de Aper, suegro suyo, y las tropas no queriendo reconocer á Carin, eligieron emperador á Diocles, el cual tomó el nombre de Diocleciano. Tuvo lugar esta eleccion, que tan dolo-

(1) Artaud de Montor. Historia de los Pontífices Romanos.

rosa habia de ser á la Iglesia, el año 281, cuando todavía era Pontífice San Eutiquiano. No se conformó Carin con su desgracia, y contando con algunas tropas que aun le eran fieles entró en batalla con Diocleciano, al que ganó una victoria; pero en seguida y cuando iba á darle alcance, fue muerto por un tribuno, tomando de este modo venganza del agravio que le habia hecho quitándole su propia mujer.

Entre tanto reinaba en Occidente un hijo de Caro, y Diocleciano, tan pérfido como sagaz político, le hizo arrojar del trono, eligiendo para ocuparle á Maximiano, su más íntimo y confidencial amigo.

Debemos hacer notar un hecho curioso. En el momento de ser Diocleciano proclamado emperador, y estando á la presencia de las tropas desnudó su espada y protestó que no habia tenido parte alguna en la muerte de su antecesor: «El feroz Aper, prosiguió Diocleciano, es el que ha derramado la sangre de su propia familia; y yo he de vengarla.» Diciendo esto, y como Aper estuviese presente, le atravesó el corazon. Fue generalmente aplaudido este acto de justicia, pero es lo cierto que revelaba su instinto feroz y sanguinario.

Tres siglos hacia que el imperio romano luchaba valiéndose de todos los medios imaginables por destruir el cristianismo. A Diocleciano estaba reservado llevar á cabo la persecucion mas sangrienta de las que hasta entónces y desde el establecimiento de la Iglesia habia sufrido la Esposa sin mancilla del divino Cordero: pero esta persecucion estaba decretado por Dios que habia de servir para el gran triunfo, y que la Iglesia tan perseguida apareciese á la faz del mundo coronada de triunfos y victorias.

La narracion que hemos venido haciendo forma una demostracion clara á todas luces de la verdad de la Religion cristiana y de la divinidad de su fundador Jesucristo.

Justo es que hagamos aquí algunas reflexiones sobre la extension y propagacion de la religion salvadora. Jesucristo se mostró al mundo como Dios: vivió como Dios efectuando prodigios admirables, haciéndose obedecer hasta por los elementos. Pero era necesario no sólo que viviese como Dios sino que tambien sobreviviese como Dios. Era necesario que su fe llegase á ser la norma y guia de una multitud de almas. Era necesario que los hombres que abrazasen esta fe se desnudasen por completo de todas sus pasiones y, si así podemos decirlo, hasta de su misma carne, á fin de poder decir como San Pablo: «Vivo yo, mas vive Cristo en mí.» No es el sacrificio de la razon el que Jesucristo ha

pedido á sus seguidores: ni esto podia ser porque Él es el que nos concede la que poseemos, haciendo reflejar en nosotros la suya, como dice oportunamente el Evangelista San Juan. Lo que constituye el reinado de Jesucristo sobre las almas es que los que abrazan su fe consientan en hacerse pequeños para gozar luego la verdadera grandeza: en que sepan ser fuertes para sufrir toda clase de infortunios; en que no teman á los que pueden matar el cuerpo sino sólo á Aquel que puede á un mismo tiempo mandar el alma y el cuerpo á los infiernos. Jesucristo ha reinado y reina por el amor desde que se dió á conocer al mundo en un gran número de almas.

La historia de la humanidad nos habla de grandes hombres que admiraron al mundo. ¿Cuál de ellos es amado en el mundo? ¿Cuál reina en algunos corazones? Ninguno. Se habla de Alejandro, se celebran sus conquistas; pero ¿se le ama? Los musulmanes veneran á Mahoma, pero es indudable que no aman á Mahoma. Verdad que exclaman: «Dios es Dios y Mahoma es su profeta.» No es empero el sentimiento del amor el que les hace prorumpir en estas expresiones. ¿Dónde está el hombre que despues de su muerte y á través de la sucesion de los siglos es objeto de veneracion y de amor? Sólo Jesucristo: pendiente de un madero le vienen contemplando diez y nueve siglos y millares de adoradores se postran en su presencia y besan sus piés y le colman de bendiciones.

¡Cuántas maravillas venimos contemplando en los tres primeros siglos de la Iglesia! No hemos hablado de todos los mártires, pues no es posible tener de todos conocimiento, ni habria libros suficientes para citar tan solamente sus nombres. Hemos hablado tan solamente de los más notables, y hemos observado el modo maravilloso cómo Jesucristo reinaba en aquellas almas. Hemos visto correr presurosos á las hogueras, al circo y á los demás lugares destinados al sacrificio de los cristianos una inmensa multitud de héroes admirables de toda edad, sexo y condiciones, que perdian su vida sin temor alguno, y ántes por el contrario con el mayor regocijo por la defensa de Jesucristo y de su doctrina. Es un hecho constante que cualquiera que exige y obtiene adoracion es precipitado tarde ó temprano por el mismo pueblo que le eleva, haciéndole usurpar la adoracion á la majestad divina. Bien claramente se ve demostrada esta verdad en la historia de los emperadores romanos, elevados en su mayor parte por la mano popular; venerados y adorados como dioses y despues miserablemente asesinados por los mismos que contribuyeron

á su elevacion. Sólo Jesucristo, que como hombre sufrió la muerte, supo conquistar el imperio de los corazones. No ha habido en el mundo imperio más perseguido que el suyo, y sin embargo, miéntras tanto han sido demolidas las estatuas de los emperadores y más celebrados conquistadores; miéntras aquellas turbas de dioses creadas por la adulacion y la lisonja han desaparecido por completo, no existiendo de sus imágenes y templos ni aun el polvo, conservándose su memoria para que las generaciones admiren por una parte la extravagancia de los hombres, y por otra la justicia de Dios, Jesucristo á través de todo el poder del imperio romano, de rios de inocente sangre que en crueles tormentos derramaban á manos de los tiranos los profesores de su doctrina, ha sabido permanecer sobre sus altares, que pronto vamos á ver salir de las catacumbas para manifestarse en toda la tierra, en todas las naciones más célebres del mundo. Su trono será una Cruz, pero esta Cruz, signo de la Redencion humana, se elevará sobre la cumbre del Capitolio y será al mismo tiempo el adorno más honroso en la diadema de los monarcas de la tierra. La preparacion de este triunfo admirable que ha de demostrar el poder de Dios y la inutilidad de las fuerzas humanas para contrarestar sus obras, tuvo por preparacion la última y más cruel de las persecuciones suscitada por Diocleciano. Era necesario que se apurasen todos los esfuerzos imaginables, que segun los cálculos humanos no hubiese salvacion para la Iglesia, para que su triunfo sirviese al mundo de una prueba de su orígen divino.

Mas ántes de explicar esta última persecucion de Diocleciano, de la que nos ocuparemos más adelante, continuaremos aquí la sucesion de los Romanos Pontífices.

San Cayo gobernó la Iglesia doce años, cuatro meses y diez y siete dias, y murió en 22 de abril del año 296, despues de haber creado en cinco ordenaciones cinco obispos, veinte y cinco presbíteros y ocho diáconos.

Bajo este Pontificado, dice Artaud de Montor en su *Historia de los Soberanos Pontífices*, deseando Maximiano pasar á las Galias, mandó venir de Oriente una numerosa legion llamada Tebana, compuesta enteramente de cristianos, y como quisiese servirse de ella para perseguir á otros cristianos, los tebanos se negaron á obedecer. Irritado Maximiano por esta desobediencia, mandó que la legion fuese diezmada, pero apénas aquellos intrépidos soldados fueron sabedores de la órden, dijeron que estaban prontos á sufrir toda clase de tormentos y aun la muerte

ántes que emprender cosa alguna contra la legion cristiana (1). Maximiano mandó entónces que fuesen diezmados la segunda vez, pero este inaudito terror no hizo otra cosa que fortalecer más y más en la fe á los que habian quedado. Tres de los principales oficiales trataban de intimidarlos con el ejemplo de sus compañeros, pero ellos enviaron al emperador una exposicion concebida en estos términos: «Señor, somos sol«dados vuestros, mas confesores del verdadero Dios, le confesamos «libremente. A vos os debemos el servicio de la guerra y á él el de la «inocencia; de vos recibimos el sueldo, de él la vida; así es que no nos «es dable obedeceros, renunciando á Dios, Criador y Señor nuestro y «vuestro, aunque no querais. Si nos pedís algo que no le ofenda, estamos «pronto á obedeceros como hasta aquí lo hemos hecho, pero de otro «modo acataremos ántes su voluntad que la vuestra. Vuestras manos «están dispuestas á pelear contra cualquier enemigo, mas nosotros no «creemos que es lícito mancharlas en sangre de inocentes; ántes de «prestaros el correspondiente juramento, lo habiamos prestado á Dios, «y poco podriais fiaros en el segundo si violáramos el primero. Nos man«dais buscar los cristianos y castigarlos; inútil es que los busquemos, «pues nosotros confesamos á Dios Padre, autor de todo lo criado y á «su Hijo Jesucristo. Hemos visto asesinar á nuestros compañeros sin «proferir una queja, regocijándonos por el honor que les cabia al dar la «vida por su Dios; ni aquel espectáculo, ni la desesperacion, han podido «excitarnos á proferir un grito rebelde; nuestras manos empuñan las «armas, y no oponemos resistencia, prefiriendo morir inocentes á vivir «culpables.» Irritado Maximiano al leer tal exposicion, mandó que el resto del ejército fuese sobre ellos y los pasasen á cuchillo. No hicieron resistencia alguna los individuos de aquella legion, compuesta exclusivamente de egipcios reclutados en la Tebaida, y todos murieron, dejando el campo cubierto de cadáveres, creyendo algunos escritores que fueron los mártires en número de seis mil, que era el ordinario de las legiones.

A San Cayo sucedió en el supremo Pontificado

San Marcelino, romano, el cual fue elegido Pontífice el año 296. Este Papa ha sido calumniado por algunos escritores, que han afirmado que el temor le hizo rehuir el martirio, y que presentándose despues en clase de suplicante ante el concilio de 300 obispos reunidos, pidió de-

(1) Artaud se refiere á Fleury, II, 403, y á Baronio, *ad Martyr*, 22 de setiembre.

clarando su falta que le impusiesen la pena que creyesen justa, y que el concilio le dijo que él mismo pronunciase su sentencia, en cuanto que la primera dignidad de la Iglesia no podia ser juzgada sino por sí misma. ¡Calumnia vil! Dios no ha permitido que ningun sucesor de San Pedro cometa error alguno en materias de fe, ni que haya retrocedido, ante los peligros ni la muerte, de confesar á Jesucristo. Esta es una de las muchas fábulas que se han inventado por los enemigos de la Iglesia para el descrédito del Pontificado, de esa institucion que está á más altura que lo que puede alcanzar el odio de los hombres. El autor de esta falsedad fue un tal Petilio, y hablando de él San Agustin se expresa de este modo: «Llama á Marcelino sacrílego y malvado, y yo le declaro inocente, no siendo necesario que me canse en probar mi acierto, en cuanto el mismo Petilio no se atreve á probar su acusacion.» Lambertini, ántes de ser papa, declaró tambien la falsedad del hecho, fundándose así en el silencio que sobre este particular han guardado los escritores antiguos, como en la inutilidad de las imposturas de los donatistas que jamás pudieron probar la verdad de su dicho.

Artaud de Montor cita lòs escritores que niegan la caida de Marcelino, y son estos Schelstrate, Roccaberti, Pedro de Marco, Pedro Caustant, papebroch, Navidad, Alejandro, Pagi, Aguirre, Sangallo y Javier de Marco, jesuita, añadiendo que este último ha consignado su opinion en una obra muy importante titulada: *Difesa di alcuni pontefici acusati di errori.* Para nosotros, á más de otras razones, bástanos ver que la Iglesia le califique como santo para que miremos algo más que con prevencion la citada acusacion, es decir, como una notoria falsedad. Podrá objetarse que se arrepintió y confesó su falta ante el concilio de obispos que hemos citado; pero aun conociendo que el arrepentimiento puede hacer un gran santo de un gran pecador, y vemos el ejemplo en San Pedro, que por cobardía negó á Jesucristo, pecado que lloró amarguísimamente todo el resto de su vida, hemos de comprender que entónces todavía los Apóstoles eran hombres carnales, y que no fueron fortalecidos hasta que, segun la promesa del Salvador, vino sobre ellos el Espíritu Santo. Así tuvo luego valor para confesar á Jesucristo en todas partes y morir en su defensa como Él crucificado.

Segun hemos dicho ántes, se han inventado muchas fábulas ridículas en descrédito de los Pontífices, y creemos que lo más prudente sea el hacerlas olvidar, y así, aun cuando hemos citado esta de la que acabamos de ocuparnos, en adelante seguiremos el método de pasarlas por alto,

sin tomarnos el trabajo de refutar lo que tan brillantemente y con tanta repeticion ha sido ya refutado por plumas mejor cortadas que la nuestra.

Vamos á terminar la historia del siglo III, haciendo una reseña de los mártires que en el mismo padecieron en España, y demas acontecimientos de la Iglesia española, dignos de que fijemos en ellos nuestra atencion.

CAPITULO X.

Gran número de mártires en España.—Testimonios de Tertuliano y de Arnobio.—San Magin.—San Fructuoso, obispo de Tarragona, y sus diáconos Augurio y Elogio.—Apostasía de los obispos Marcial y Basílides.—Félix de Tarragona.—Falsificacion de actas en España.

Parece impropio de una historia general de la Iglesia el detenerse en reseñar la vida y martirios de los Santos, y mucho más cuando se hallan consignados en otras obras como el *Año cristiano*. Sin embargo, por creerlo así oportuno, nosotros hemos consignado los pormenores de algunos célebres martirios, y ahora como españoles no podemos ménos de recordar con placer el valor, la serenidad y más que todo la fe de los hijos de esta nacion privilegiada, que durante las persecuciones vertieron su sangre en defensa de las creencias católicas.

Sensible es, y lo deploramos, que se hayan perdido gran número de actas de mártires españoles, aunque se conservan felizmente algunas.

Es indudable que el número de los cristianos era muy considerable en España. Ya en el siglo II Tertuliano, que como dijimos á su tiempo afirmaba en su Apología que en todas partes dentro de Roma se encontraban cristianos, ménos en los templos paganos, decia tambien en su libro contra los judíos, capítulo VII, que la fe se hallaba extendida por todos los confines de España. Y á fines del siglo III el retórico Arnobio llamaba innumerables á los cristianos que habia en España. Si las persecuciones se extendieron á todas las provincias del imperio romano, ¿cómo no habian de producir víctimas en España, donde tan considerable era el número de los cristianos?

Hemos dicho que felizmente se conservan algunas actas y noticias de nuestros mártires de aquella época, y entre otras podemos hacer re-

cuerdo de San Magin, que oculto en una cueva de los montes de Bufragañas fue descubierto, y por confesar valerosamente á Jesucristo fue degollado por órden del presidente de la provincia Tarraconense. La Iglesia de Tarragona celebra su memoria. Tambien son dignos de recuerdo los santos Luciano y Marciano, cuya fiesta se celebra en el Obispado de Vich, que los reconoce por patronos, el 26 de Octubre.

San Fructuoso, obispo de Tarragona, y sus diáconos Augurio y Eulogio son dignos de ocupar una página en la historia de la Iglesia de España por el valor y denuedo que mostraron al dar su vida por la fe de Cristo. Fue preso San Fructuoso en union de sus compañeros, que constantemente acompañaban á su Prelado, por unos soldados de los llamados *beneficiados*, de órden del presidente Emiliano, á cuya presencia fueron conducidos los tres. Interrogólos el presidente acerca de su religion, y ellos confesaron con valor y denuedo á Jesucristo. El sumario fue de muy corta duracion. Reducidos á prision, á poco fueron sacados para conducirlos al anfiteatro, donde debia ejecutarse la sentencia, en virtud de la cual debian ser quemados vivos. Antes de salir para el suplicio ofrecieron á Fructuoso una bebida para confortarle, pero él la rehusó por ser dia de ayuno. Llegado que hubieron al anfiteatro, no pudieron impedir los soldados que algunos cristianos llegasen hasta el santo obispo para ayudarle y encomendarse á sus oraciones. Formaron la hoguera y el cielo recibió las almas de aquellos tres esforzados atletas de la fe cristiana. Segun el P. Florez en su España Sagrada, el martirio de San Fructuoso y de sus compañeros ocurrió el viernes 21 de enero de año 259.

Dedicaremos ahora algunas líneas á hablar de la jerarquía eclesiástica en España. Ya veremos, cuando del concilio de Elvira nos ocupemos, como aparecen en él perfectamente establecidas. Pero ahora diremos que á mediados del siglo III la jerarquía eclesiástica constaba ya en España de Obispos, Presbíteros, Diáconos y Ministros inferiores. Se lee en las actas del martirio de San Fructuoso, que como hemos visto fue con sus *diáconos* al suplicio, que un lector suyo llamado Augustal se acercó á descalzarle, y el mismo santo obispo avisa á sus ovejas que ya no les faltará pastor. Aquí vemos ya todo el órden jerárquico. A esta profecía de perpetuidad añade el invicto Prelado su asentimiento á la unidad católica: cuando uno de los fieles se encomienda á sus oraciones el invicto mártir le contesta: «Necesario es que yo tenga presente á la Iglesia católica, esparcida desde Levante hasta Poniente.»

Tambien se desprende de las actas del martirio de San Fructuoso la severidad con que era observada la ley del ayuno. Ya hemos visto que rehusó tomar la bebida que le ofrecian por la razon del ayuno, de lo que puede deducirse que la abstinencia no solamente comprendia los manjares sino tambien los licores, vinos y aun el agua, absteniéndose de toda clase de comida y bebida, aun en corta cantidad, hasta pasado el mediodía.

San Cipriano, del que á su tiempo nos hemos ocupado, se lamentaba de que ya en sus dias habia malos cristianos que por sus depravadas costumbres atraian las iras del cielo, manifestadas por frecuentes persecuciones. Tenia mucha razon el santo obispo, y la España por entónces presentó un ejemplo de esta verdad, una defeccion cuya memoria se conserva en una epístola del mismo San Cipriano. Este triste y lamentable ejemplo lo dieron Marcial, obispo de Mérida, y Basílides, que lo era de Astorga. Ambos apostataron de la fe. Basílides cayó enfermo y renegó de Dios, segun confesó despues. Marcial frecuentó los impuros convites de los gentiles, enterró sus hijos entre los de ellos, haciendo uso de los ritos de los infieles, abjurando por último de la fe en presencia del procurador Ducenario. Basílides reconociendo su pecado abdicó de la dignidad episcopal y se redujo á penitencia, aspirando despues tan solamente á la comunion laical. Empero, depuestos ambos de sus respectivas sillas, fueron elegidos para sucederles los sacerdotes Félix y Sabino, que gozaban de gran reputacion por sus virtudes. Basílides, al que duró poco su arrepentimiento, se unió á Marcial y ambos se dirigieron á Roma. Ocupaba entónces la Silla de San Pedro el papa San Estéban, al cual consiguieron engañar, abusando de su buena fe, manifestándole que se infringieron los cánones haciendo ocupar sus sedes por nuevos obispos estando ellos vivos, pero se infiere que callarian el motivo por el cual habian sido depuestos por todos los obispos comprovinciales. El Papa dando crédito á lo que exponian los repuso, y ellos se presentaron escudados con la órden del Sumo Pontífice. Gran sorpresa y sentimiento causó á la Iglesia española la facilidad con que aquellos dos Prelados ruines habian conseguido engañar al Papa, promoviéndose un conflicto, pues que al paso que unos se reducian á su obediencia otros se la negaban. Para asegurar el acierto en opiniones tan encontradas fueron enviados á la Iglesia de Africa los dos electos Félix y Sabino con cartas de sus respectivas Iglesias, en las que se consultaba á San Cipriano sobre lo que debian resolver. Aquel santo doctor reunió un concilio de treinta y seis

obispos, y de acuerdo con ellos escribió á Félix, presbítero, á los fieles de Leon y de Astorga, como asimismo á Lelio, diácono, y al pueblo de Mérida, exhortándoles á separarse de la comunion de Marcial y Basílides, sacerdotes profanos y contaminados, y que conservasen con religioso temor la constancia y pureza en la fe.

En dicha carta hace San Cipriano honrosa memoria de Félix de Zaragoza, del cual no existen noticias particulares. En una *Historia de la Iglesia de España*, que no tiene nombre de autor, y sí sólo que está escrita bajo la inmediata direccion del Rdo. P. Lector Buldú, religioso franciscano, se cree muy aventurado el afirmar que Félix fuese obispo de Zaragoza, fundándose en la razon de que no parece probable que el santo doctor hubiese omitido esta circunstancia en su carta, cuando consigna que Lelio de Mérida era diácono y Félix de Leon y Astorga era presbítero. Tambien Risco lo duda, pero el hábil y excelente crítico Don Vicente de La Fuente dice muy oportunamente que á quien conozca cómo suscribian en aquel tiempo y se designaban los obispos, parecerá este escrúpulo demasiado liviano para negar esta tradicion de la Iglesia de Zaragoza (1). Abundamos en las mismas ideas del señor La Fuente. Para nosotros son muy respetables estas tradiciones de las Iglesias, pues no vemos la ocasion en que puedan haber sido inventadas.

Sensible es la defeccion de los dos Prelados Marcial y Basílides, pero esto en nada puede oscurecer las glorias de la Iglesia de España. Acerca de esto dice el mismo San Cipriano en la citada carta: «Si estos dos «Prelados ruines escandalizan á la Iglesia, otra multitud de sacerdotes «sostienen el honor de la Majestad divina y de la dignidad sacerdotal, y «la caida de ellos excita su celo y fervor.»

Desgraciadamente nuestra Iglesia de España tiene que lamentar algunas falsificaciones en las actas de los santos. La mayor parte de ellas fueron forjadas en la Edad Media y despues algunas en el siglo XVII por los autores de los falsos cronicones. El Padre Florez en el tomo VII de la *España Sagrada* se lamenta de la osadía con que algunos fingiendo actas tuvieron la osadía de profanar el martirologio. Como una muestra de esta falsedad cita el mismo Padre Florez las actas de San Justo y San Abundio, que para que fuesen considerados mártires de Baeza no faltó

(1) Tenemos á la vista la carta de San Cipriano, y estas son sus palabras: *Utque alius Felix de Cæsaraugusta fidei cultor atque defensor veritatis litteris suis significat*, etc. No pueden ser más honrosas para el interesado estas expresiones.

quien raspase de un códice de la catedral de Toledo la palabra *Hierosolina*, patria de dichos santos ó lugar de su martirio, sustituyéndola con la palabra *Beacia*. Sin embargo puede decirse que en España por punto general las falsificaciones de actas no han tenido por objeto fingir santos, sino las circunstancias ó lugar de sus martirios.

Hemos hasta ahora descrito nueve persecuciones sufridas por la Iglesia en el espacio de los tres siglos de su infancia: hemos visto correr con abundancia la sangre de una multitud de cristianos: pero todo esto no era más que un preludio de lo que habia de ser la décima y última persecucion. En ella, como veremos, la España dió tambien al cielo un gran número de mártires. Esta nacion privilegiada estaba destinada por Dios para ser modelo de catolicismo, y necesariamente tambien en ella la religion salvadora de Jesucristo habia de ser regada en su infancia y para su completo desarrollo con sangre abundante de los confesores de la doctrina evangélica. Entremos ya en la historia del siglo IV.


MARCELO. I.
SIGLO
IV
EUSEBIO.
MELCHIADES.
SILVESTRE.
MARCOS.
JULIO. I.
LIBERIO.
FELIX. II.
DAMASO
SIRICIO.
ANASTASIO. I.

SIGLO CUARTO.

DESDE LA DÉCIMA Y ÚLTIMA PERSECUCION POR DIOCLECIANO HASTA EL PRIMER CONCILIO DE TOLEDO, CELEBRADO EL AÑO 400.

CAPITULO PRIMERO.

Carácter de Diocleciano y Maximiano.—Tiburcio, mártir.—Crueles edictos de los Emperadores.—Vida y martirio de San Vicente, diácono.—Santos Justo y Pastor.—Santos Servando y German.—Mártires en Avila, Lisboa, Zaragoza, Gerona, Córdoba, Búrgos, Mataró y Mérida.—Santa Eulalia de Barcelona.—Hechos y martirio del glorioso San Sebastian.

El carácter de Diocleciano y Maximiano eran muy semejantes, pues que ambos eran crueles. Ambos oriundos de familias oscuras, y soldados aventureros, habian llegado por su osadía y tal vez por su valor á verse señores del imperio. Por lo comun el hombre que desde una humilde cuna llega á ocupar puestos elevados en la jerarquía social suele ser un tirano, porque el orgullo y la vanidad suelen con facilidad tomar posesion de su corazon. Por fortuna hay en esto algunas excepciones, y la historia recuerda los gratos nombres de algunos hombres que habiendo sido elevados desde la ínfima clase del pueblo á los más elevados puestos del Estado, han sido humildes y benéficos, captándose el aprecio de sus conciudadanos. No pueden ser incluidos en esta excepcion Diocleciano y Maximiano, que fueron el azote de sus vasallos.

Ya hemos insinuado que en los primeros años de estos emperadores no se declaró por parte de ellos persecucion á los cristianos: sin embargo, los encargados en el gobierno de las provincias obraban á su

voluntad y sin temor de desagradar á los emperadores. Segun era mayor ó menor el odio que profesaban á los cristianos, así los perseguian más ó ménos encarnizadamente. Uno de los que más hostiles se mostraron al cristianismo fue Lisias, gobernador de Cilicia. San Cosme y San Damian hermanos, y ambos de profesion médicos, como asimismo los tres hermanos Claudio, Astero y Neon y dos mujeres llamadas Domnina y Teonila, consiguieron por este tirano la palma y la corona del martirio.

Notable es tambien el martirio de un hombre llamado Tiburcio, el cual fue presentado al prefecto Fabiano, acusado de ser cristiano. Aquel juez le presentó un brasero con incienso y le ordenó que en el momento escogiese entre ofrecer aquel incienso á los dioses ó andar por encima del brasero. Tiburcio sin contestar palabra alguna hizo la señal de la Cruz, y empezó á andar sobre las ascuas, sin experimentar daño alguno. Entónces, parándose en medio de ellas, dijo á Fabiano: *Adorador de Júpiter*: ¿te atreverias siquiera á meter la mano en agua hirviendo, en nombre *del mayor de tus dioses?* A lo que contestó Fabiano: *Ya sé que tu Cristo es un gran obrador de mágia*. El santo confesor de Jesucristo no pudo sufrir que de tal modo ultrajasen al que es la santidad por esencia y lleno de celo santo le replicó: *Calla, insolente, y no blasfemes de lo que ignoras*. No hubo mas interrogatorio, pues que en el momento mandó que le cortaran la cabeza. Con el mayor regocijo cerró sus ojos á la luz del mundo para abrirlos á la claridad del cielo y disfrutar por siempre la felicidad que Jesucristo tiene ofrecida á los que le confiesan delante de los hombres.

Tanto Diocleciano, Emperador del Oriente, como Maximiano, que lo era en Occidente, propusiéronse á todo trance concluir con el cristianismo, y el primero que como hemos dicho se mostró benigno en los primeros tiempos de su reinado, mudó de propósito y publicó en Nicodemia el año 303 un edicto por el que mandaba demoler las Iglesias y quemar las Santas Escrituras. Tras este edicto publicó otros muchos á cuál más crueles que hicieron correr con abundancia en todas partes rios de sangre cristiana. Por su parte Maximiano imitó su ejemplo, que era muy conforme á su carácter feroz y sanguinario.

Cuanto en su odio pudiera inventar el infierno de más cruel otro tanto se puso en juego para exterminar á los profesores de la doctrina del Crucificado del Gólgota. No contentos con quitarles la vida les hacian sufrir los tormentos más crueles. Con sólo leer la descripcion de ellos se resiente la naturaleza. Sólo unas criaturas en cuyos pechos ardia la lla-

ma del amor divino, pudieran resistirlos. Solo Dios podia fortalecerlos. En Siria los asaban en grandes parrillas. En Mesopotamia los colgaban cabeza abajo y ponian debajo fuego lento para que se ahogasen con el humo y se quemasen al mismo tiempo. En el Ponto les introducian cañas aguzadas por entre las uñas y despues echaban sobre ellos plomo derretido. En suma, no terminariamos si hubiésemos de referir todas las crueldades que con los cristianos se ejercian. Los crueles emperadores enviaron á España por presidente á Daciano, que tan feroz como ellos, desempeñó fielmente su comision ejerciendo las mayores crueldades con los cristianos. Una de las primeras víctimas de Daciano fué el invicto San Vicente, diácono, aprisionado en Zaragoza y que padeció el martirio en Valencia, donde se celebra con la mayor pompa su fiesta cada año. De los mártires de esta persecucion así en España como en otras partes haremos breves reseñas; pero creemos oportuno hacer una excepcion reproduciendo aquí la vida y martirio de San Vicente, tanto por las particularidades que encierra, como por ser tan celebrado en el reino de Valencia. Hemos preferido la narracion escrita por el P. Ribadeneira, que es de este modo:

El ilustrísimo mártir San Vicente nació en la ciudad de Huesca, y crióse en la de Zaragoza del reino de Aragon. Su padre se llamó Enriquio y su madre Enola. Desde niño se inclinó á las obras de piedad y virtud, se dió á las letras, y finalmente fue ordenado de diácono por San Valerio, obispo de Zaragoza, el cual, por ser ya viejo é impedido de la lengua, encomendó á San Vicente el oficio de predicar. Eran emperadores en este tiempo Diocleciano y Maximiano, tan crueles tiranos y fieros enemigos de Jesucristo, que nunca se vieron hartos de sangre de cristianos, pensando por este camino tener gratos á sus falsos dioses y establecer con el favor de ellos más su imperio. Enviaron los emperadores á España por presidente y ministro de su impiedad á Daciano, tan ciego en la supersticion de sus dioses, y tan bravo y furioso en la fiereza como ellos. Llegó este mónstruo á Zaragoza, hizo grande estrago en la Iglesia de Dios, atormentó y mató á muchos cristianos, prendió á otros, y entre ellos á San Valerio, obispo, y á San Vicente, diácono suyo, que eran los dos que más se podian resistir, y en quienes todos los otros cristianos tenian puestos los ojos, y cuyo ejemplo y gran fortaleza más los podia esforzar. Pero queriendo el presidente tratar más despacio la causa de estos dos santos, los mandó llevar á la ciudad de Valencia á pié y cargados de hierro: y ellos fueron con mucha pobreza y mal trata-

miento de los ministros, que por esta crueldad pensaban ganar la gracia de su amo. Llegados á Valencia, les echaron en una cárcel oscura, hedionda y penosa, donde estuvieron muchos dias apretados de hambre y de sed, de cadenas y prisiones, pero muy regalados del Señor, porque padecian por su amor. Pensaba el presidente que con el tiempo y mal tratamiento ablandaria aquellos corazones esforzados; mas sucedióle tan al contrario, que cuanto más los afligia, tanto más se alentaban, y con el fuego de la tribulacion resplandecia más el oro de su caridad, y sus mismos cuerpos de carne, y flacos, cobraban fuerza con las penas. Mandólos Daciano traer delante de sí, y como los vió sanos, robustos y alegres, pensando que con el hamdre, sed y los trabajos de la dura cárcel estarian marchitos, desmayados y consumidos, enojóse sobremanera contra el carcelero, creyendo que los habia regalado, y díjole: «¿Esto es lo que te he mandado? ¿Así han de salir de la cárcel fuertes y lucidos los enemigos del imperio?» Y volviéndose á los santos mártires dijo: «¿Qué me dices, Valerio? ¿Quieres obedecer á los emperadores y adorar á los dioses que ellos adoran?» Y como el santo viejo respondiese mansamente y quedo, y por el impedimento de su lengua no se entendiese bien su respuesta, tomó la mano San Vicente, y con grande espíritu y fervor dijo á Valerio: «¿Qué es esto, padre mio? ¿Por qué hablas entre dientes como si tuvieses temor de este perro? Levanta la voz, para que todos te oigan, y la cabeza de esta serpiente infernal quede quebrantada; y si por tu mucha edad y flaqueza no puedes, dame licencia, que yo le responderé.» Y habida la licencia, dijo á Daciano: «Esos tus dioses, Daciano, sean para ti; ofréceles tú incienso y sacrificio de animales, y adóralos como defensores de vuestro imperio, que nosotros los cristianos sabemos que son obras de los que las fabricaron, y que no sienten ni se pueden mover, ni oir á quien los invoca. Nosotros reconocemos aquel sumo artífice que crió el cielo y la tierra por sola su voluntad, y con su singular providencia rige y gobierna esta máquina del mundo. A este solo Señor tenemos por Dios, á él adoramos, á él reverenciamos, y á su benditísimo Hijo Jesucristo, que vestido de nuestra carne humana murió por nosotros en la Cruz, y para pagarle, de la manera que podemos, aquel infinito amor y aquella muerte con nuestra muerte, deseamos padecer muchos tormentos, y derramar la sangre, y dar la vida por su santísima fe.»

Con estas palabras cobraron grandes esfuerzos los cristianos que estaban presentes, y el presidente grande indignacion. Mandó que el santo

obispo fuese desterrado, y San Vicente cruelmente atormentado. Desnudándole los sayones, cuélganle de un alto madero, estíranle con cuerdas de los piés, y descoyuntan sus sagrados miembros; y en el mismo tormento le hablaba Daciano y le decia: «¿No ves, cuitado, cómo está despedazado tu cuerpo?» Al cual el valeroso mártir con rostro alegre y risueño respondió: «Esto es lo que siempre deseé, créeme, Daciano, que ningun hombre me podia hacer mayor beneficio que el que tú me haces, aunque sin voluntad de hacerle. Mayor tormento padeces tú viendo que tus tormentos no me pueden vencer, que el que yo padezco. Por tanto yo te ruego que no te amanses, ni aflojes un punto el arco que contra mí tienes flechado; porque cuanto más crueles fuesen tus saetas tanto más gloriosa será mi corona y yo cumpliré mejor con el deseo que tengo de morir por aquel Señor que por mí murió en la Cruz.» Salió de sí con estas palabras el fiero tirano, y con los ojos turbados, echando espumarajos por la boca y dando bramidos como un leon, arrebató los azotes sangrientos de manos de los verdugos, y comenzó á dar con ellos, no al santo mártir, sino á los mismos verdugos, llamándolos flojos, mujeres y gallinas. Entónces Vicente miró á Daciano blandamente, y díjole: «Mucho te debo, Daciano, pues haces oficio de amigo y me defiendes: hieres á los que me hieren; azotas á los que me azotan, y maltratas á los que me maltratan.» Todo esto era echar aceite en el fuego, y encender más el ánimo del tirano, viendo hacer burla de sus tormentos. Padecia la carne del santo levita, y hablaba su espíritu, y con lo que el espíritu hablaba la impiedad del tirano quedaba convencida, y el mártir cobraba fuerzas. Mandó Daciano á aquellos sayones que continuasen sus tormentos, y con garfios y uñas de hierro rasgasen el santo cuerpo, y ellos lo hicieron con extraño furor; mas el santo, como si no fuera de carne, ni sintiera sus dolores, así hacia escarnio de aquellos crueles atormentadores, y les decia: «¡Qué flacos sois! ¡Qué pocas fuerzas teneis! Por más valientes os tenia.» Estaban los verdugos cansados de atormentar al santo, y él no lo estaba de ser atormentado. Ellos habian perdido el aliento, y no podian pasar adelante en su trabajo, y nuestro Vicente estaba muy alentado y gozoso, y cobraba nuevas fuerzas de sus penas, para que, como dice San Agustin, consideremos en esta pasion la paciencia del hombre, y la fortaleza de Dios. Si miramos la paciencia del hombre, parece increible; si miramos el poder de Dios, no tenemos de qué maravillarnos. Vistióse Dios de la flaqueza del hombre, y por eso sudó sangre cuando oró en el huerto, por la terribilidad de los tor-

mentos que se le representaban, y vistió al hombre de la virtud de su deidad, para que pase las suyas con fortaleza y alegría, y el hombre quede obligado á hacer gracias al Señor, por lo que tomó de su flaqueza y le comunicó de su virtud. Así lo vemos en San Vicente, á quien Dios armó de tan diversa fortaleza y constancia que los tormentos le parecian regalos, las espinas flores, el fuego refrigerio, la muerte vida; y parece que á porfía peleaban la rabia y furor de Daciano y el ánimo y fervor del santo mártir, el uno en darle penas y el otro en sufrirlas; pero ántes se cansó Daciano en atormentarle que Vicente en reirse de sus tormentos. Pusiéronle en una cruz, extendiéronle en una como cama de hierro ardiendo, abrasáronle los costados con planchas encendidas, corrian los rios de sangre que salian de sus entrañas, con tanta abundancia que apagaban el fuego; la carne estaba consumida, y sólo los huesos quedaban ya, denegridos y requemados. Mandaba el prefecto echar gruesos granos de sal en el fuego, para que saltando le hiriesen; y el valeroso soldado de Cristo, como si estuviera en una cama de rosas y flores, así hacia burla á los que le atormentaban, y más de Daciano, el cual, viéndose vencido del santo mozo, mandó que de nuevo le echasen en una cárcel muy oscura, y que lo sembrasen de agudos pedazos de tejas, y le arrastrasen sobre ellas, para que no quedase parte de su cuerpo sin nuevo y agudo dolor; aunque, como dice San Isidoro, no buscó Daciano el secreto y oscuridad de la cárcel tanto por atormentar con ella á San Vicente, cuanto por encubrir su tormento y la pena que tenia de verse vencido de él. Estaba el valeroso levita sobre aquella cama dura y dolorosa, con el cuerpo muerto y el espíritu vivo aparejándose para nuevos martirios y nuevas penas, cuando el Señor, mirando á su soldado desde el cielo, tuvo por bien de darle nuevo favor, y mostrar que nunca desampara á los que confian en él. Habíale regalado con la constancia y alegría en los tormentos, y con el fervoroso deseo de sufrir más, y con la victoria tan gloriosa de sus penas; ahora quiso hacerle otro regalo mayor, librándole de ellos con espanto de sus mismos enemigos.

Descubrióse en aquella cárcel sucia y tenebrosa una luz venida del cielo, sintióse una fragancia suavísima, bajaron ángeles á visitar al santo mártir, el cual, en un mismo tiempo vió la luz, sintió el olor y oyó los ángeles que con celestial armonía le recreaban. Turbáronse las guardias creyendo que San Vicente se habia huido de la cárcel, mas el santo, viéndolos así turbados, les dijo: «No he huido, no, aquí estoy, aquí es-

taré; entrad, hermanos, y gustad parte del consuelo que Dios me ha enviado, que por aquí conoceréis cuán grande es el Rey á quien yo sirvo y por quien yo tanto padezco; y despues de haberos enterado de esta verdad, decidle á Daciano de mi parte que apareje nuevos tormentos, porque yo ya estoy sano y aparejado á sufrir otros mayores.» Fueron los soldados á Daciano y dijéronle lo que pasaba, y quedó como muerto y fuera de sí; y entretanto que pensaba lo que habia de hacer, estaban los ángeles dando suavísima música al santo mártir, y haciéndole dulcísima compañía, y como dice Prudencio, hablando de esta manera: «Ea, mártir invicto, no temas, que ya los tormentos te temen á ti, y para contigo han perdido toda su fuerza. Nuestro Señor Jesucristo, que ha visto tus batallas gloriosas, te quiere ya como á vencedor coronar: deja ya el despojo de esta flaca carne, y vente con nosotros á gozar de la gloria del paraiso.

Pasada aquella noche mandó Daciano que trajesen el santo mártir á su presencia, y viendo que la crueldad y fiereza que habia usado contra él le habia salido vana, quiso con astucia y blandura tentar aquel pecho invencible que á tantos tormentos habia resistido, y comenzóle á regalar con dulces palabras, y á decirle: «Muy largos y muy atroces han sido tus tormentos; razon será que descanses en una cama blanda y olorosa, y que busquemos medios con que cobres la salud.» No era esto celo, ni caridad, ni arrepentimiento del tirano, sino una sed insaciable de sangre del mártir. Queríale sanar para atormentarle de nuevo, y darle fuerzas para que pudiese más sufrir. Estas son las artes, como dice San Agustin, que el mundo usa contra los soldados de Cristo; halaga para engañar, espanta para derribar. Pero con dos cosas se vence al mundo: con no dejarnos llevar de nuestro apetito y propia voluntad, y con no dejarnos de la crueldad ajena. Mas el glorioso mártir de Cristo, Vicente, en viéndose tendido en aquella cama blanda y regalada, aborreciendo más las delicias que las penas, y el regalo que el tormento, dió su espíritu, el cual, acompañado de los espíritus celestiales, subió al cielo y fue presentado delante del acatamiento del Señor, por quien tanto habia padecido. Embravecióse sobremanera Daciano, y dejando aquella máscara de vulpeja, que habia tomado, volvióse luego á la suya de leon, y propuso vengarse del cuerpo del santo muerto, pues que no habia podido vencerle vivo. Mandó echar el sagrado cuerpo á los perros y á las fieras, para que fuese despedazado y comido de ellas, y los cristianos no lo pudiesen honrar. Pero ¿qué puede toda la potencia y maldad de los hom-

triunfador de la muerte, del demonio y del infierno; para que siendo particioneros de sus merecimientos, lo seamos de sus coronas y triunfos.

Murió San Vicente á los 22 de enero del año del Señor 303. Escribió San Agustin dos sermones de este glorioso santo, y San Bernardo otro. Hacen honorífica mencion de él San Leon papa, Prudencio, Isidoro, Metafrastes y los demas que escriben martirologios.

Tal es la narracion histórica de la vida y martirio de este ilustre español que hemos creido oportuno, como dijimos al principio, presentar á la consideracion del lector tal como la escribió el P. Ribadeneira, sin añadirle ni quitarle por ser tenido en la mayor estima.

El riguroso órden cronológico nos haria ahora detenernos á dar cuenta de un suceso de la mayor importancia para formarse una idea del estado que al principio del siglo IV presentaba la Iglesia de España. Este suceso no es otro que el Concilio nacional de Elvira ó de Granada, celebrado el año de 300 á 301. Sin embargo, vamos á continuar la reseña de nuestros mártires, y despues fijaremos nuestra atencion en aquel importante asunto.

Deciamos que Daciano habia cumplido con la mayor exactitud y fidelidad las órdenes de los Emperadores. Presidente de las tres provincias Tarraconense, Bética y Lusitania, impulsado por su falso celo, ó mejor dicho por el implacable odio que profesaba á los cristianos, corria de una en otra parte pronunciando en todas las más crueles sentencias.

En la antigua Compluto, hoy Alcalá de Henares, fue muy notable el martirio de los santos niños Justo y Pastor, de edad de siete años el uno y de nueve el otro. Cuando Daciano llegó á Alcalá se publicó un decreto suyo, por el cual se mandaba que todos sacrificasen á los dioses protectores del imperio romano, y que los que rehusasen obedecer la órden fuesen muertos en los más crueles tormentos. Los cristianos que en gran número habia en aquella ciudad se afligieron, y Dios quiso por medio de dos niños animarlos á padecer por su nombre. Estos fueron Justo y Pastor, que salieron al campo para burlarse del tirano enemigo de Cristo: eran hermanos y de la edad que hemos dicho. Hijos de padres cristianos, habian aprendido la doctrina cristiana y eran educados en el santo temor de Dios. Apénas supieron lo que se mandaba en el edicto, se vieron animados por el deseo de padecer por Jesucristo, y arrojando las cartillas se marcharon de la escuela, dirigiéndose á casa de Daciano para confesar en su presencia á Jesucristo.

Cuando el cruel Daciano vió á aquellos niños y supo que se presen-

taban espontáneamente y sin ser enviados por nádie, no pudo ménos de sorprenderse; pero juzgando que aquello era cosa de niños, mandó azotarlos en secreto, creyendo que esto seria suficiente para que se arrepintiesen. Justo, que era el mayor, animaba á su hermano diciéndole que no temiera á los tormentos, pues que ellos habian de abrirles las puertas de los cielos. San Isidoro refiere por extenso las exhortaciones que el menor recibia del mayor y que omitimos por no dilatarnos. Presentados de nuevo á Daciano despues de sufrir los azotes, confesaron con valor y denuedo á Jesucristo, negándose resueltamente á sacrificar á los dioses; y viendo el presidente que se ofrecian á la muerte, mandó que los degollasen en un lugar apartado fuera del pueblo. Sacáronlos á un campo llamado Loable, y allí les cortaron la cabeza sobre una piedra en la cual quedaron impresas las señales de sus rodillas y manos, señales que aun hoy dia se conservan. Los cristianos recogieron con veneracion las cabezas y cuerpecitos de los santos, que hoy se veneran en la Iglesia colegiata de Alcalá de Henares. La devocion de estos santos niños es muy general en España, y Madrid, Barcelona y otras capitales y pueblos tienen templos de su advocacion en los que reciben culto continuo.

En Cádiz padecieron tambien San Servando y San German. Eran hermanos, y presentados que fueron delante de un juez, confesaron valerosamente á Jesucristo, pero salieron libres. Desde entónces eran venerados como Confesores, y Dios empezó á hacer por ellos muchos milagros, concediendo salud á los enfermos á quienes ellos visitaban. Aconteció esto en Mérida, donde desde entónces se ocupaban en combatir los errores y en animar á los fieles para que sin temor á los tormentos ni á la muerte confesasen á Jesucristo. Fueron de nuevo presos y presentados á un vicario de un prefecto llamado Viator, el cual, como dice Isidoro, los mandó atormentar con azotes y peines de hierro. Como Viator tuviese que partir á Tánger, mandó que los dos santos le siguiesen á pié y cargados de cadenas, haciéndoles pasar por el camino el rigor del hambre y de los malos tratamientos, trabajos que aquellos soldados de Cristo sufrian con la mayor alegria. Luego que Viator hubo llegado á Cádiz, donde debia embarcarse para Tánger, los mandó degollar en una heredad que llaman Urroniano, teniendo lugar este martirio el 23 de octubre, en cuyo dia hacen mencion de ellos los martirologios romanos y en el *Breviario toledano* se cantan sus alabanzas. Mérida y Cádiz reconocen á San Servando y San German por sus especiales patronos, la primera por haber sido el lugar de su nacimiento, y la segunda por haberlo sido de su

martirio. Cuando en el año 1755 un espantoso terremoto hizo los mayores estragos en Europa, Cádiz, isla que solo tiene una lengua de tierra, estuvo á punto de ser sumergida por las aguas. La mayor parte de sus habitantes buscaban la salvacion huyendo por aquella lengua de tierra que condúce á la ciudad de San Feruando, pero encontraban la muerte por haberse juntado ambos mares. Entónces dos jóvenes de singular hermosura cerraron las puertas de Cádiz para impedir la salida, con lo que se evitaron multitud de víctimas. Aquellos jóvenes, que desaparecieron y á quienes nádie pudo impedir el que llevasen á cabo su obra, créese que fueron Servando y German, patronos y protectores de la ciudad. La indicacion de este hecho es un recuerdo patrio que consignamos con placer.

Llenaríamos muchos pliegos con solo querer consignar los nombres y hechos principales de los innumerables mártires que en España recibieron la corona del martirio durante esta última persecucion. Así, pues, diremos tan sólo que en Avila padecieron Vicente, Cristeta, y Sabina; en Lisboa (entónces perteneciente á España) los hermanos Verisimo, Máxima y Julia; en Zaragoza la vírgen Engracia, Cayo y Cremenio y otros muchos en verdad innumerables. Gerona presenció ademas del martirio de su obispo San Narciso, el del diácono Víctor y sus padres; Córdoba, el de los santos Fausto, Januario y Marcial, Acisclo, Victoria, Zoilo y sus veinte compañeros y los santos Emeterio y Celedonio; Búrgos, el de las vírgenes Centola y Elena; Mataró, el de las santas hermanas Juliana y Semproniana; Mérida el de las santas Eulalia y Julia, y Barcelona cuenta entre sus mártires á San Cucufate y á la tierna vírgen Eulalia.

Escribiendo esta obra en Barcelona, que tanto amor profesa á su esclarecida patrona, la santa vírgen Eulalia, no nos creemos dispensados de dedicar algunas líneas á tan ilustre mártir.

Entró Daciano en Barcelona y publicó un edicto concebido en los mismos términos del que dijimos habia publicado en Alcalá, empezando á derramar en seguida la sangre de los cristianos. Vivia entónces en Barcelona una santa doncella, nacida de nobles padres, llamada Eulalia, la cual era cristiana y residia en una heredad fuera de la ciudad y donde hoy es el pueblo de Sarriá. Tenia catorce años de edad, y estaba adornada de grandes virtudes, siendo amantísima de la castidad. Al saber el edicto de Daciano su corazon experimentó dos afectos contrarios, de tristeza y de alegría. Causaba su tristeza el pensar si habria algunos cristianos tímidos y cobardes que por miedo á los tormentos y á la muerte

abjuraran de Jesucristo y su religion, ofreciendo sacrificios á los ídolos. La alegría era motivada porque deseaba vivamente padecer por Jesucristo y veia que era llegada la ocasion más oportuna. Sin consultar con sus padres, salióse secretamente de su casa y se dirigió á la de Daciano, y con la mayor gravedad y libertad le reprendió por las crueldades que usaba con los cristianos. El tirano no pudo ménos de quedar asombrado al ver una jóven de tan poca edad y adornada de tanta belleza hablar con tanta libertad y reprenderle por lo que hacia por órden de los emperadores. Preguntóle quién era y por qué hablaba con tan poco respeto de la majestad imperial en cuya representacion él obraba. Eulalia le contestó que era cristiana y sierva de Jesucristo. Irritóse sobremanera el tribuno y mandó que en el momento fuese azotada. Hiciéronlo con la mayor crueldad hasta destrozarle sus benditas carnes; más ella llena de regocijo decia: «Porque mi Dios me conforta, no siento vuestros tormentos.» Léjos de ablandarse el corazon de Daciano, se encendió más en furia. Mandóla atar en el ecúleo y herirla con uñas de hierro, y abrasar sus costados con hachas ardiendo, y queriendo atormentarla aun más, la envolvieron en cal viva. Echaron sobre su cabeza aceite hirviendo y plomo derretido y hasta llegaron á abrasarle los ojos. En suma, viendo que cada vez mostraba mayor fe y fortaleza, el tirano la hizo degollar, teniendo lugar su martirio el dia 12 de Febrero. El *Martirologio romano* y el cardenal Baronio dicen que murió en cruz y que su bendita alma fue vista en forma de paloma subir al cielo. Su cuerpo fue sepultado por los cristianos en la oscuridad de la noche. Por espacio de muchos años estuvo oculto hasta que Dios permitió que fuese descubierto el año 878, siendo obispo de Barcelona Frodoyno, el cual hizo las mayores diligencias para encontrarla, y entendiendo que habia sido sepultada fuera de la ciudad en la Iglesia de Santa Maria del Mar, la hizo buscar en ella con la mayor solicitud, y no habiéndola hallado mandó que todo el pueblo de la ciudad y su comarca ayunasen por espacio de tres dias, y concurriesen á aquella Iglesia con recogimiento y devocion para pedir al Señor les manifestase aquel tesoro que allí se hallaba oculto. Así lo hicieron, celebrándose una devotísima y solemne procesion, y acabada la misa, el obispo tocó con su báculo en el rincon del altar y sintió que estaba hueco. Mandó cavar y hallóse una arca de mármol y en ella el cuerpo de la santa, que llenó de una fragancia celestial el ámbito del templo. Sacado que fue le cubrieron con un rico paño y se paseó procesionalmente por toda la ciudad. Un suceso notable tuvo lugar en esta procesion, y fue

que llegada que hubo á las puertas de la ciudad se hizo inmovible el cuerpo de la Santa, de tal modo que los que la conducian no pudieron moverla ni otros que se agregaron. Entónces el Prelado se postró en oracion mandando que los demas hiciesen lo mismo, y terminada la oracion se levantó el obispo vertiendo lágrimas y asió de las andas ayudado de los principales de la clerecía, y entónces el santo cuerpo se dejó mover y llevar á la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, que tenia la advocacion de Santa Cruz, y donde por espacio de algunos dias permaneció en el altar mayor, siendo colocado despues en lugar conveniente. Más tarde se trasladó á una suntuosa capilla que se labró á su nombre y advocacion en la misma Iglesia, estando presente el rey D. Jaime de Aragon, el primero, con los infantes sus hijos y toda la corte, cuyo rey murió el año 1276. La Iglesia de Barcelona celebra la fiesta de la invencion de Santa Eulalia el 23 de Octubre y dedica otra fiesta á su traslacion el segundo domingo de Julio.

No hemos hecho otra cosa que indicar algunos entre la multitud de mártires que produjo nuestra España en la última persecucion, en la imposibilidad de consignarlos todos segun fuera nuestro deseo.

Los crueles edictos de Diocleciano llegaron á Occidente, y Maximiano, que sin necesidad de esperarlos ya habia empezado á derramar la sangre cristiana, redobló su crueldad de modo que ni aun las provincias inmediatas sujetas á la autoridad de Constancio dejaron de experimentar los efectos de su crueldad. Era Constancio un príncipe benéfico y de buenos sentimientos. Fingiéndose cumplidor de los mandatos de Maximiano, ordenó que todos los empleados de su palacio, si querian conservar sus destinos, habian de sacrificar á los dioses. Algunos en los que pudo más la ambicion que el deber, tuvieron la cobardía de sacrificar, pero quedaron despues llenos de confusion. El príncipe despidió á aquellos apóstatas, de sus empleos, diciendo que si habian sido infieles á su Dios, tambien lo serian con él, y colmó de distinciones á los que se mantuvieron firmes. De ellos se rodeó para que custodiasen su persona y le sirviesen más inmediatamente.

Tal era la fe que animaba á los cristianos, que entónces, como dice Sulpicio Severo, se ambicionaba la palma del martirio. A proporcion que se aumentaban los suplicios y los rigores, se acrecentaba no sólo el valor de los cristianos sino que tambien su deseo de padecer y morir por la causa de la verdad y de la justicia. No ménos valerosos se mostraban los fieles legos, las mujeres y aun los niños que los sacerdotes y

obispos. Las parrillas, los toros de bronce, las hogueras y cuantos instrumentos puede inventar el infierno en su rabia y desesperacion eran mirados por los intrépidos atletas del cristianismo como blandos y regalados lechos.

Se acercaba el gran triunfo de la Iglesia, el dia feliz en que habia de mostrarse á la faz del mundo coronada de triunfos y victorias para demostracion de que son inútiles todos los esfuerzos humanos para contrarestar las obras de Dios; pero el Señor permitió que pasara ántes por la última y más terrible de las pruebas, y tanto es así que seria pálido cuanto quisiéramos decir para hacer comprender todos los horrores y crueldades que en tan gran número se llevaron á cabo por los pérfidos tiranos Diocleciano y Maximiano, abortos miserables del infierno, suscitados para verdugos implacables de la humanidad.

Ocupaba un puesto distinguido en las tropas de Italia Sebastian, que era natural de Narbona, y se cree que era capitan de guardias del Emperador: empleaba toda su autoridad y valimiento en favor de los cristianos. El lo era aunque lo disimulaba, pues creia que por entónces era más del servicio y agrado de Dios el que se emplease en la ayuda de los que se entregaban á los tormentos por confesar la fe de Jesucristo; pero siempre con el propósito de descubrirse en tiempo oportuno para dar tambien su vida por la más justa y santa de todas las causas. Más que soldado del emperador lo era de Cristo, pues que todo el tiempo que le dejaban libre sus deberes lo empleaba en visitar á los cristianos que estaban encarcelados, socorriéndolos en su pobreza y animándolos para padecer. Márcos y Marceliano, hermanos gemelos, casados y con hijos, estaban presos acusados por cristianos. Sebastian los visitó en su lóbrega prision y les animó, causando en ellos tales efectos sus palabras, que llenos de regocijo aceptaron los tormentos y la muerte recibiendo la corona de los mártires. Es notabilísimo este hecho por las circunstancias que le acompañaron, y por esta causa lo más compendiadamente que nos sea dado lo explicaremos.

Márcos y Marceliano eran personas nobles y ricas, y sobre ellos recayó sentencia de muerte de no prestarse á ofrecer sacrificios á los ídolos. Mas como quiera que sus padres y deudos dijeran al prefecto, Cromacio, que ellos se encargaban de reducirlos á la obediencia, aquel les concedió un plazo de treinta dias, cumplidos los cuales serian ejecutados si perseveraban en la resistencia que habian mostrado hasta entónces. Los padres de los santos confesores, sus amigos y otras muchas personas que les tenian

en grande estimacion por sus relevantes cualidades, les importunaban de continuo tratando de persuadirlos á que abandonasen la religion cristiana. Quien más esfuerzo hacia era la madre, llamada Marcia, la cual vertiendo un torrente de amargas lágrimas les recordaba los grandes dolores con que los habia dado á luz á ambos en un parto, los trabajos que habia sufrido para criarlos y la muerte que á ella le esperaba, pues que no podria sobrevivir á la de ellos. Sus mujeres les presentaban sus hijos á fin de que se compadeciesen de ellos, pero todo era inútil. Tenian los santos confesores por prision la casa de Nicostrato. Un dia en que mayores eran los esfuerzos de los parientes y amigos de los santos por persuadirlos á sacrificar á los ídolos, y el padre de ellos, cargado de años y de dolores de gota, por lo que apénas podia hablar, pero sí llorar amargamente, se hallaba presente, Sebastian, que disfrazado como solia hacerlo habia penetrado en la casa, y temiendo no fuesen á flaquear en la fe á fuerza de tantas instancias, volvióse á los dos hermanos, y á presencia de todos cuantos presente se hallaban pronunció un largo y profundo discurso dirigido á probar la verdad de la religion cristiana y la felicidad de perder esta vida miserable en su defensa, toda vez que el martirio era la puerta del cielo, donde por toda la eternidad podia gozarse de una dicha perdurable.

Fueron tales sus razones y los argumentos que presentó que no hubo quien se atreviese á presentarle objecion alguna. Y Dios quiso dar un público testimonio de cuán agradable le habia sido la defensa de la verdadera religion pronunciada por aquel valeroso soldado de la fe. Una luz resplandeciente apareció en medio del aposento, que dejó á todos admirados y confusos. En medio de ella aparecieron siete ángeles y el Señor á quién ellos reverenciaban, el cual acercándose á Sebastian le dió un ósculo de paz y le dijo: *Tú serás siempre conmigo.* De esto resultó no solamente el que los dos hermanos Márcos y Marceliano adquiriesen nueva fuerza y vigor para sufrir el martirio, sino tambien el que abriesen sus ojos á la luz de la verdad todos los circunstantes. Zoa, mujer de Nicostrato, hacia seis años que de resultas de una grave enfermedad habia perdido el habla, aunque no estaba sorda. Habiendo oido el discurso de Sebastian, se arrojó á sus piés y por señas pidió el bautismo. Entónces el santo soldado exclamó: «Si yo soy siervo de Jesucristo y es verdad lo que he dicho, el mismo señor Jesucristo te sane, y desate tu lengua y te haga hablar.» Diciendo esto hizo la señal de la cruz sobre la boca de Zoa, la que en el momento empezó á hablar, quedando

perfectamente sana. Nicostrato, lleno de admiracion por cuanto veia, se arrojó á los piés de los santos confesores de Cristo, y les dijo que ya estaban libres y podian marchar con Dios donde mejor les pareciese, pidiéndoles perdon por haberlos tenido presos á causa de haber estado ciego y sin conocimiento de la verdad.

Tranquilino y Marcia, padres de Márcos y Marceliano, las mujeres, cuñadas, hijos y sobrinos de los santos, todos abrieron los ojos al conocimiento de la verdad y lloraban, no como ántes por temor de que á ellos quitasen la vida, sino por haber estado tanto tiempo ciegos á la luz de la verdad. Inflamados todos por el mismo espíritu de caridad, deseaban derramar la sangre en defensa de Jesucristo y su doctrina celestial y divina, siendo el número de los que se convirtieron esta vez por San Sebastian setenta y cuatro personas, contándose entre ellas á Nicostrato, su mujer y familia, que eran treinta y tres personas, y diez y seis malhechores que estaban presos en la cárcel. A todos bautizó el sacerdote Policarpo, siendo padrino de todos ellos San Sebastian.

Pasados los treinta dias de plazo señalados por Cromacio, compareció en su presencia Tranquilino, al que el prefecto preguntó qué habian determinado sus hijos. Contestó Tranquilino que sus hijos eran dichosos y él tambien porque habia abierto sus ojos á la luz de la verdad. El prefecto le dijo que se explicase ofreciéndose á oirle con atencion, y de tal modo lo hizo que acabó por convertirle, y despues el sacerdote Policarpo y Sebastian concluyeron de fortalecerle en la fe. Con Cromacio se convirtió toda su familia, en la cual habia mil cuatrocientos esclavos, á los que dió libertad diciendo que los que empezaban á temer á Dios no debian ser esclavos de los hombres.

Más tarde, arreciando la persecucion, un nuevo prefecto llamado Fabian hizo ejecutar la sentencia de los santos hermanos Márcos y Marceliano, los cuales fueron atados á un palo y les clavaron los piés, y en aquel tormento cantaban las alabanzas del Señor hasta que con lanzas les atravesaron los costados, dando su espíritu al Criador, y sus cuerpos fueron enterrados en un arenal, á dos millas de Roma.

Sabiendo el emperador que Sebastian predicaba á Jesucristo crucificado, le hizo llamar á su presencia, y le reconvino severamente, pero el santo confesó con valor á Jesucristo. Mandó pues el emperador que, con una tablilla al cuello que declarase que era cristiano, le atasen y le asaeteasen los flecheros y tiradores de su guardia. Con tal furia cumplieron la órden los tiradores, que destrozaron su bendito cuerpo, miéntras el

santo daba gracias á Dios por el favor que le dispensaba en dejarle morir en defensa de su verdad, hasta que teniéndole por muerto le abandonaron sin desatarle.

A la noche siguiente fué á buscarle la mujer que habia sido del santo mártir Cástulo llamada Irene, con objeto de darle sepultura; pero habiéndole hallado vivo lo llevó á su casa, donde le asistió hasta que curó de todas sus heridas, siendo allí visitado por muchos cristianos. Una vez curado se presentó delante de los emperadores, á quienes dijo que los pontífices y sacerdotes de sus templos los engañaban, fingiendo muchas cosas contra los cristianos, siendo así que si el imperio se conservaba era por sus oraciones. Enfurecióse Diocleciano, y reconociendo que era Sebastian al que él habia mandado matar, mandó que le prendiesen y que le azotasen hasta tanto que espirase. Así se ejecutó, y su cuerpo fue arrojado en un albañal donde se echaban las inmundicias de la ciudad; mas el santo apareció en sueños á una mujer llamada Lucina, y le reveló donde estaba su cuerpo, que habia quedado colgado de un gancho sin caer al lugar inmundo donde le habian arrojado, mandándole que le enterrase en las catacumbas á los piés de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Hízolo así aquella buena mujer, y despues, cuando Dios concedió la paz á su Iglesia, dejó todos sus bienes para que le edificasen un templo.

En el siglo VII se libró Roma por intercesion de San Sebastian de una epidemia espantosa, y desde entónces se acude en tales calamidades á la intercesion de este glorioso mártir de Jesucristo.

CAPITULO II.

Concilio de Elvira.—Qué sedes episcopales existian en España.—Explicacion de varios cánones del Concilio.—Si se celebraron ántes del de Elvira algunos otros Concilios. —Se explica la disciplina antigua y moderna sobre los Metropolitanos.—Metrópolis y obispados sufragáneos que existen hoy en España en virtud del último Concordato.—Castigos á los perseguidores.—Abdicacion de Diocleciano y Maximiano.—Galerio y Constancio Cloro.—Constantino.

Cúmplenos al presente ocuparnos de un asunto de la mayor importancia, el cual nos revela el estado de la Iglesia en España á principios del siglo IV. Hablamos de la celebracion del concilio de Elvira. Atravesábase la última de las diez persecuciones que hubo de experimentar la Iglesia universal en su dilatada infancia. Por todas las provincias sujetas al imperio romano eran innumerables las víctimas sacrificadas, y ya hemos visto que España fue fecunda en mártires. Es indudable que en la época á que nos referimos aun contaban los ídolos gran número de adoradores. Diez y nueve obispos se reunieron en Eliberis á las inmediaciones de Granada (1) : en su mayor parte pertenecian á la Bética, habiendo tenido cinco representantes la provincia Tarraconense y tres la Lusitania. En cuanto á la fecha de la celebracion de este Concilio han andado discordes los escritores, no faltando quien haya querido ponerlo en el

(1) Mendoza cita un códice en el que se ponen cuarenta y tres obispos en vez de diez y nueve. Es indudable que en aquella época habia más de diez y nueve sedes episcopales en España. Por esto han creido algunos escritores que fue más numerosa la asistencia de Prelados y que los copistas por brevedad omitieron algunos nombres, ó que así lo hicieron por pensar en trasladar todas las firmas al final de los cánones. No tienen fuerza estas opiniones. Lo que sí es cierto que los obispos que no pudieron asistir enviaron en representacion suya algunos presbíteros.

año 324 ó 25 por el mismo tiempo en que se celebró el Concilio general Niceno. Pero hoy los más afamados críticos están conformes en que tuvo lugar por los años de 300 ó cuando más de 301.

El concilio de Elvira es considerado como nacional, por haber asistido obispos de diversas provincias, por más que entónces no fueran conocidas estas denominaciones de concilios.

Dividíase entónces la España en tres provincias, Tarraconense, Bética y Lusitania. Vamos á presentar pues un cuadro que dé á conocer las iglesias episcopales consignadas en el concilio de Elvira y la provincia á que cada una correspondia en el órden civil:

Felix. . . .	Accitanus.. .	de Guadix.. . . .	Tarraconense. .	hoy Granada.
Sabinus. . .	Spalensis. . .	de Sevilla.	Bética. . . .	Sevilla.
Sinagius. . .	Evagrensis. .	de Cabra.	Bética. . . .	Córdoba.
Pardus. . .	Montesanus. .	de la Guardia junto á Jaen.	Bética. . . .	Jaen.
Cantonius.. .	Urcitanus.. .	de la ciudad del Garbanzo cerca de Mujacar.	Tarraconense. .	Murcia.
Valerius. . .	Cæsaraugustanus.. . .	de Zaragoza. . . .	Tarraconense. .	Zaragoza.
Melanthius. .	Toletanus.. .	de Toledo.	Tarraconense. .	Toledo.
Vicentius.. .	Ossonobensis..	de Estoy junto á Faro.	Lusitania. . .	Portugal.
Succesus. . .	Eliverotensis..	de Lorca.	Bética. . . .	Murcia.
Patritius. . .	Malacitanus. .	de Málaga. . . . , .	Bética. . . .	Málaga.
Osius. . . .	Cordubensis. .	de Córdoba. . . .	Bética. . . .	Córdoba.
Camerinus. .	Tuccitanus. .	de Mártos.	Bética. . . .	Jaen.
Secundinus. .	Castulonensis.	de Cazlona. . . .	Bética. . . .	Jaen.
Flavianus.. .	Eliberitanus. .	de Granada. . . .	Bética. . . .	Granada.
Liberius. . .	Emeritanus. .	de Mérida.	Lusitania. . .	Badajoz.
Decentius.. .	Legionensis. .	de Leon.	Lusitania. . .	Leon.
Januarius.. .	Salariensis. .	(se ignora) (1). . .	Bética. . . .	
Quintianus. .	Eborensis.. .	de Ebora.	Lusitania. . .	Jaen.
Eutychianus..	Bastitanus. .	de Baza.	Bética. . . .	Granada.

Los presbíteros que asistieron al concilio y que firmaron, puede conjeturarse que unos irian en representacion de sus obispos, y otros acompañando á sus Prelados. Los demas, hasta el número de treinta y seis, tal vez pertenecian á Iglesias cuyos nombres ignoramos. Hemos señalado

(1) Ambrosio Morales fijó esta silla episcopal en *Alcacerdo sal;* pero el P. Florez le rebate, aunque no nos saca de la duda, pues teniéndola él por su parte se excusa de señalar punto fijo.

los nombres de los obispos, y vamos á hacerlo de los presbíteros que firmaron, y que se hallan consignados en los manuscritos Urgelense y Gerundense, y son los siguientes: Restituto, Natal, Mauro, Lamponiano, Barbato, Felicísimo, Leon, Liberal, Januario, otro del mismo nombre Januario, Victorino, Tito, Eucario, Silvano, Victor, Famiano, Leon, Tunino, Luxurio, Emerito, Cumantio ó Eumancio, Clemencio ó Clemenciano, Eutices y Juliano, que pertenecian respectivamente á los siguientes pueblos: Epora, Aipora ó Ipora, en la Bética, actualmente Montoro, perteneciente á la provincia de Córdoba; Ursona Gemina, actualmente Osuna; Illiturgis, hoy Andújar; Carúla; Adonigi; Ateva ó Ategna (Teba la vieja en la provincia de Sevilla); Accinipo, hoy Fregenal, en la provincia de Badajoz; Lorca, Lauro (tal vez Laurona) y Edeta (Liria, en la provincia de Valencia); Barba; Cabra; Avine, Municipio; Segalbina (Salobreña, en la provincia de Granada); Ulía, hoy Montemayor, provincia de Córdoba; Urci (San Juan de las Aguilas); Gemela (Mártos, provincia de Jaen); Caslelona (probablemente Cazlona); Drona; Baria ó Barea, cerca de Mujacar, en los confines de la Bética; Solia ó Solluco (Sanlúcar); Osigi; Cartagena y Córdoba.

Empero no eran solas las citadas diez y nueve sedes episcopales las que habia ya en España. Tenemos unos versos de Prudencio, por los que consta que las habia en Tarragona, Barcelona, Gerona y Calahorra, no obstante que no las veamos representadas en el concilio de Elvira ni por sus obispos ni por sus presbíteros (1).

Tampoco encontramos incluidas en este cómputo las iglesias apostólicas de Vergi, Avila y Carcesa, que no se nombran, y como dice opor-

---

(1) He aquí los versos de Prudencio por lo que respecta á Gerona, Calahorra y Barcelona:

> Parva Felicis decus exhibebit
> Artubus sanctis locuples Gerunda;
> Nostra præstabit Calagurris ambos
> Quos veneramur.
> Barcbinon claro Cucufate freta
> Surget. . . . . . .

En cuanto á Tarragona, ademas de las actas del martirio de San Fructuoso y de sus dos diáconos, consta por estos versos del mismo himno de Prudencio:

> Tu tribus gemmis diadema pulchrum
> Offeres Christo genitrix piorum
> Tarraco, intexit cui Fructuosus
> Sutile vinctum.

tunamente el doctor La Fuente, no es probable les faltase obispo siendo fundadas por los varones apostólicos.

Véase ahora cómo el mismo Sr. La Fuente deduce que á principios del siglo IV estaba ya hecha completamente la division eclesiástica de la Península. «Unidas á estas (las que acabamos de nombrar) las de Com-«postela, Itálica, Pamplona, Ebora, Braga, Astorga y Ecija, cuyas sedes «nos constan por buenos monumentos; computadas tambien las iglesias «cuyos obispos suscribieron en el concilio de Elvira y las representadas «por presbíteros, que constan ser de iglesias episcopales, juntamente con «las fundadas por los apostólicos y las citadas por Prudencio, cuyos obis-«pos no asistieron al concilio, resultan treinta y dos iglesias episcopales «en la Península á principios del siglo IV, y en la época misma de las «persecuciones, probadas con documentos irrecusables. Si á esto se aña-«de que de la parte septentrional de España, Galicia, Astúrias, Navarra, «Aragon, Cataluña y Castilla la Vieja, no asistieron más obispos que los «de Zaragoza y Leon, á pesar de haber allí multitud de sedes que cons-«tan por documentos fehacientes, cuyas fundaciones están apoyadas en «buenos documentos, podrá conjeturarse que las iglesias episcopales de «España eran ya muy numerosas, lo cual no parecerá extraño atendida la «proximidad de muchas de las Iglesias citadas, especialmente en la Béti-«ca, y la disciplina de la época, que hacia necesario mayor número «de obispos. En vista de estos datos puede asegurarse que la division «eclesiástica de la Península estaba ya hecha completamente á principios «del siglo IV, y que el número era probablemente mucho mayor que el «actual de las Iglesias reunidas de España y Portugal (1).»

Ya hemos dicho algo acerca de la jerarquía eclesiástica en España al hablar de San Fructuoso, que fué al suplicio con sus dos *diáconos*, y que fue descalzado por un *lector*. Esto manifiesta, como dijimos entónces, que en España constaba ya de obispos, presbíteros y ministros. No eran conocidas las iglesias metropolitanas, pero es indudable que en alguna de ellas habia cierta eminencia, como se ve por el cánon 58 del concilio de Elvira (2): y en suma, que la jerarquía era completa se deduce tambien por el cánon 33 del mismo concilio (3): hacíase distincion entre clérigos

(1) Dr. D. Vicente La Fuente. Historia eclesiástica de España. Tom. I, pág. 61 y 62. Barcelona 1855.

(2) Placuit, ubique, et maxime in eo loco, in quo *prima cathedra* constituta etc.

(3) Cánon 33 del concilio de Elvira.

y legos (1), entre bautizados y catecúmenos (2), y eran conocidas las vírgenes consagradas á Dios (3).

La disposicion del cánon 51 del mismo concilio de Elvira para que no sean promovidos á órdenes sagradas los herejes: *De hæreticis ut ad clerum non promoveantur*, no quiere decir que se hubiesen resfriado en España las creencias católicas, ó que en ella hubiesen penetrado las herejías. Creemos, sí, que fuese una disposicion preventiva tan solamente.

Muy importantísimos son los cánones del concilio de Elvira, y ellos nos dan muchas luces para conocer casi con exactitud las prácticas todas de la Iglesia de España, así como hemos podido comprender la jerarquía.

En el cánon 21 se señalan penas á los que pasen tres domingos sin asistir á la Iglesia: luego es indudable que ya se celebraban los domingos y habia señaladas fiestas particulares, porque á más de los preceptos en el cánon citado, en el señalado con el número 43 se hace mencion expresa de la celebracion de las dos Páscuas, la de Resurreccion y la de Pentecostes, previniendo que esta última se celebre no á los cuarenta, sino á los cincuenta dias de la otra, añadiendo que el que no se sujete á esta disposicion sea notado de herejía. *Qui non fecerit, novam hæresim induxisse notetur.*

La unidad de la fe ha hecho siempre que en toda la Iglesia universal haya habido los mismos sacramentos y que sea igual la creencia en lo relativo á ellos, como igualmente en todo lo que pertenece al Dogma. Ningun concilio general ni particular ha hecho la menor variacion. Esto no obstante, el concilio de Elvira, que no tocó ni podia tocar á la esencia ni al número de los Sacramentos, adoptó algunas disposiciones en cuanto á la liturgia ó disciplina que acompaña á la administracion de los Sacramentos. Segun el cánon 22, *Eos, qui ad fidem*, etc., debian pasar dos años instruyéndose y dando pruebas de una conducta irreprensible ántes de recibir el Sacramento del Bautismo. Por el cánon 77, *Si quis diaconus*, etc., se ordena que si en ausencia del obispo ó del presbítero conferia el bautismo un diácono, el bautizado debia ser despues presentado

(1) Cánon 20 idem.

(2) Cánones 68 y 77.

(3) Cánones 13 y 27.

ante el Prelado para la imposicion de las manos. Otros varios cánones de mucha importancia encontramos tambien en el mismo concilio de Elvira, siendo notables los que dicen órden al sacramento del Matrimonio. Los cánones 8.º, 9.º, 15 y 16 castigan severamente con la privacion de la comunion el adulterio, las segundas nupcias viviendo aun el primer marido, y prohiben el matrimonio entre una doncella cristiana y un hombre gentil, hereje ó judío, haciendo responsable á los padres de la doncella que contraviniese á este mandato. Por otros cánones se prohibe ser promovidos al sacerdocio á los que en su juventud hubiesen cometido adulterio ú otro pecado semejante, á los herejes, homicidas y libertos.

En la época de la celebracion del concilio de Elvira es indudable que el clero, al ménos en España, no estaba aun sujeto á la ley del celibato, toda vez que en el cánon 19, que empieza: *Episcopi, Presbyteri, et Diaconi*, se priva de la comunion por toda su vida á los obispos, presbíteros y diáconos que hayan sido incontinentes en el tiempo en que celebraban su ministerio, *in ministerio positi;* y en el 65, *Si cujus clerici*, etc., se les obliga con severas penas á separarse de sus mujeres si hubiesen incurrido en adulterio.

Explicado ya el concilio de Elvira, réstanos saber si fue este el primero que se celebró en España. No cabe duda que los hubo ántes, como se ve por la deposicion de Marcial y Basílides, de la que ya nos hemos ocupado. Segun vimos, los obispos se reunieron para llevar á cabo esta determinacion, pero de este concilio han desaparecido las actas.

Las reuniones de los obispos con su clero tomaban el nombre de *conventus clericorum:* tratábanse en ellos los negocios de cada provincia y se juzgaban tambien los casos de entidad (1). Es probable que no habia reglas fijas para la celebracion de los concilios, teniendo en cuenta solamente las necesidades que se iban presentando. En ellos se juzgaba á los obispos delincuentes, y aun en casos graves á los demas sacerdotes (2).

Cenni acusa á España por la escasez de concilios provinciales, pero el erudito La Fuente le combate, diciendo muy oportunamente que de no haber llegado á nosotros sus actas, ni aun su noticia, no se ha de inferir que no se celebrasen, y aduce el hecho de que en el cánon 53 del con-

---

(1) La Fuente: obra citada, tom. I, pág. 67.
(2) Masdeu, tom. VIII, pág. 265, § 161.

cilio de Elvira se indica que las reuniones eran frecuentes, pues de otro modo hubiera sido ilusoria la disposicion para juzgar á los Obispos fáciles en tratar con excomulgados (1).

(1) Hablando del concilio de Elvira hemos dicho que entónces no eran conocidas las iglesias Metropolitanas, pero que es indudable que en alguna de ellas habia cierta eminencia, y hemos aducido en su confirmacion el cánon 58 del mismo concilio. Conviene ahora á nuestro propósito dar aquí algunas noticias canónicas acerca de los Metropolitanos, su orígen histórico y derechos que le competen. Se entiende por Metropolitano *el que preside á todos los obispos de una provincia eclesiástica*, al cual se le da tambien el nombre de *Arzobispo*, y á los demas el de *Sufragáneos*, nombre que se deriva del voto ó sufragio que debian dar en el concilio provincial. En cuanto á su antigüedad, algunos quieren hacerla subir á los tiempos apostólicos, pero lo que sí podemos decir es que en los cánones 4, 6 y 7 del Concilio de Nicea se habla ya de los Metropolitanos como de autoridades que estaban establecidas y funcionaban en sus respectivas provincias. Así, pues, sin atrevernos á señalar época fija, tan sólo diremos que el desarrollo completo de estas autoridades fue obra del tiempo y que despues el derecho positivo lo que ha hecho es reconocer y aceptar esta institucion arraigada. Algun autor de Instituciones canónicas, pretende ver el orígen de los Metropolitanos en los tiempos apostólicos. No creemos tenga fundamento esta suposicion, puesto que en las Epístolas y demas libros revelados no encontramos disposicion alguna respecto á esto. Las causas que pudieron motivar la institucion de los Metropolitanos es fácil comprenderlas. Luego que la sociedad cristiana se hubo extendido por todas partes, y el número de los fieles se habia hecho considerable, necesariamente habia de haber más de un Pastor en cada provincia, y no siendo fácil acudir para todos los asuntos y mucho ménos para los urgentes al Romano Pontífice, Jefe supremo de toda la Iglesia, se hizo necesario que el Prelado de la capital fuese el Presidente de todos los demas, para marchar de acuerdo con él en todos los negocios y evitar de este modo la anarquía que hubiera podido sobrevenir. Lo que es indudable que la institucion es emanada de la Silla apostólica, donde reside la plenitud de todo el poder de la Iglesia.

Cual sea la extension de los derechos de los Metropolitanos los comprenderemos teniendo presente tres grandes épocas que se hallan enlazadas con la historia y desarrollo del Pontificado, á saber: 1.ª tiempos antiguos: 2.ª legislacion de las Decretales: y 3.ª derecho actual.

En la primera época, ó sea los tiempos antiguos, el Metropolitano tenia el derecho de convocar y presidir los concilios provinciales; publicar y hacer que se observasen en toda la provincia cuanto en ellos se decretaba; vigilar la conducta de los Sufragáneos en el desempeño de sus sagradas funciones; visitar las Iglesias de la Provincia; nombrar cuando era preciso á uno de los Sufragáneos para el gobierno de una Iglesia sufragánea vacante; expedir las letras cuando necesitaban ausentarse de sus Iglesias y corregir los defectos de los inferiores. Todo esto es considerando al Metropolitano en particular. Considerándole como formando un cuerpo con los Sufragáneos, del cual es cabeza, como el Romano Pontífice lo es de toda la Iglesia universal, conocia por punto general de todas las causas relativas á los obispos, como confirmacion, consagracion, traslacion, etc. Devoti, que tan estimado es y con justicia por los canonistas, y con él otros escritores creen que el sostener que los concilios provinciales conocieron de las causas mayores segun la antigua disciplina, es desconocer los derechos del Primado. Mucho respetamos la autoridad de Devoti y siempre le hemos estudiado con placer, pero en este punto pensamos de diversa manera. Los derechos del Primado no podemos desconocerlos ni los desconoce ningun canonista de buena fe. Mas al tratar ciertas cuestiones es necesario fijarse en la época. El Primado Romano está establecido en las bases más sólidas. A él compete exclusivamente cuidar de las ovejas y de los

Quedan consignadas todas las noticias que existen sobre el concilio de Elvira, primero del que se conservan las actas. Justo es que sigamos ahora la historia general de la Iglesia.

---

mismos Pastores, es decir, de todo el rebaño de Jesucristo. En los tiempos á que nos referimos habia una gran imposibilidad de que el Primado Romano se ocupase de todos los negocios, ni pudiese tener conocimiento de ellos, y esto se comprenderá á primera vista si se atiende á lo difícil que, como es sabido, eran entónces las comunicaciones de los pueblos, y por consiguiente se hallaban algunos países aislados casi por completo. De aquí el tener los Metropolitanos que atender á las causas mayores que se reservaron despues al Sumo Pontífice, por más que á la primera ocasion diesen cuenta al Primado de todas las decisiones tomadas. Un solo hecho recordaremos ahora en favor de lo que decimos y es la deposicion de Marcial y Basilides, de la que nos hemos ocupado detenidamente.

Segunda época llamamos á aquella en la que, estrechándose los vínculos de la unidad, la Iglesia se fue desentendiendo, digámoslo así, del antiguo régimen de los concilios provinciales, que ya no satisfacian á las nuevas necesidades, empezando á decaer el poder de los Metropolitanos á proporcion que se aumentaba el de los Romanos Pontífices, y esto se ve realizado ya en la legislacion de las Decretales, en las cuales la mayor parte de las causas llamadas mayores quedan reservadas exclusivamente al conocimiento del Sumo Pontífice, Primado no solamente de honor, sí que tambien de jurisdiccion en toda la Iglesia universal.

Segun la actual disciplina ó legislacion vigente, el Metropolitano conserva todas aquellas facultades y atribuciones que no le fueron quitadas por las Decretales y cánones posteriores. Por lo cual tiene el derecho de *suplir los defectos y corregir los excesos de los Sufragáneos*. Suple los defectos en aquellos casos en que las leyes eclesiásticas fijan al inferior tiempo determinado para obrar y no lo hace, como por ejemplo el conferir los beneficios dentro del término de seis meses y nombrar el cabildo catedral Vicario Capitular dentro de los ocho dias despues de vacar la Silla episcopal, en cuyo caso de omision lo hace el Metropolitano. Conoce ademas de las justas causas para ausentarse de la diócesis algun Sufragáneo. En cuanto á las causas mayores ó que pueden merecer pena de deposicion el concilio de Trento las reserva al Romano Pontífice; las menores al concilio provincial, el cual puede autorizar al Metropolitano (Conc. Trid., sess. 24, de Reform., cap. 3) prévia justa causa para visitar las Iglesias de los Sufragáneos.

En cuanto á la actual division de Metrópolis en España, tan solamente diremos que de las antiguas metrópolis sólo las de Toledo y Sevilla continuaron la série de sus arzobispos durante la dominacion sarracena: las demás ó fueron destruidas ó carecieron de Prelados durante aquella triste época. He aquí en suma las actuales Metrópolis y obispados sufragáneos que existen en España en virtud del Novísimo Concordato de 1851.

METRÓPOLIS.	OBISPADOS SUFRAGÁNEOS.
Toledo. . . .	Ciudad Real, Coria, Madrid (1), Plasencia, Sigüenza.
Sevilla. . . .	Badajoz, Cádiz, Córdoba, Islas Canarias.
Tarragona. . .	Barcelona, Gerona, Lérida, Tortosa, Urgel, Vich.
Santiago. . .	Lugo, Mondoñedo, Orense, Oviedo, Tuy.
Valencia. . .	Mallorca, Menorca, Orihuela ó *Alicante*, Segorbe ó *Castellon de la Plana*.
Zaragoza. . .	Huesca, Jaca, Pamplona, Tarazona, Teruel.
Granada. . .	Almería, Cartagena ó *Murcia*, Guadix, Jaen, Málaga.
Búrgos. . . .	Calahorra ó *Logroño*, Leon, Osma, Palencia, Santander, Vitoria.
Valladolid. . .	Astorga, Avila, Salamanca, Segovia, Zamora.

(1) Aun no se ha erigido la Silla episcopal de Madrid y sigue unida á la diócesis de Toledo.

A proporcion, pues, que Diocleciano hacia mayores esfuerzos por destruir el cristianismo, haciendo correr á torrentes la sangre de los fieles, Dios que preparaba y disponia el gran triunfo de la Iglesia, le iba castigando, humillando toda su soberbia y altanería. Preso de terribles enfermedades, su cerebro se alteró de tal manera, que casi perdió la razon, no quedándole mas que la precisa, como dice un historiador, para conocer su triste y lamentable estado. El pueblo, que generalmente se hallaba descontento de él, ó por mejor decir que le odiaba, llegó á echarle públicamente en cara sus grandes defectos. Retiróse amedrentado á Nicomedia, que era su habitual residencia, donde le acometió una hipocondría que no le dejaba vivir. Tomó entónces el partido de ocultarse á las miradas de todos é hizo que se dijese que habia muerto.

Hallábase entónces Galerio en Antioquía, y sabedor de lo que acontecia se trasladó á Nicomedia, y presentándose á Diocleciano le manifestó que era necesario que abandonase el imperio. Por más que esta proposicion irritase el ánimo de aquel soberbio príncipe, no tuvo otro remedio que conformarse rindiéndose á su voluntad. Maximiano tuvo tambien que abandonar el imperio, y el 1.° de mayo del año 305 fueron proclamados Galerio y Constancio, y por más que Diocleciano al abdicar manifestase su deseo de que se nombrasen césares á Majencio y Constantino, fuę despreciada su propuesta y el nuevo emperador Galerio nombró para aquella dignidad á Severo, hombre desacreditado por sus vicios, pero muy amigo suyo, y á un sobrino suyo llamado Maximiano, muy pobre por cuna y por fortuna, pues hacia poco tiempo se ocupaba en guardar ovejas. Galerio queria hacer un baluarte de su poder con estos dos césares, porque temia que Constantino, jóven aventajadísimo por su talento y de las más relevantes prendas, que era hijo de Constancio Cloro, aspirase algun dia al imperio. Este temor hacia que le diese continuamente las comisiones más peligrosas con el criminal deseo de que perdiese la vida. Conocido esto por Constancio Cloro, reclamaba continuamente á su hijo, al que profesaba extraordinario amor, sin que diesen resultado alguno sus gestiones.

En suma, deseando Constantino libertarse de tantos peligros y reunirse con su padre, una noche huyó, teniendo la precaucion de matar los caballos cada vez que los mudaba para evitar el que se sirviesen de ellos para darle alcance. Gracias á esta precaucion logró su objeto, pues apénas supo Galerio que habia partido mandó gente en su busca. Constancio Cloro, que se hallaba gravemente enfermo, murió tranquilo en brazos de su hijo.

Precísanos decir cuatro palabras acerca de Constancio Cloro y de la emperatriz Santa Elena. Cuando eran emperadores Diocleciano y Maximiano Hercúleo, fue enviado Constancio á la isla de Bretaña por gobernador. Allí conoció á Elena, hermosísima y honesta doncella, que era hija de un caballero principal de aquella isla, llamado Coel. Enamorado más que de su natural belleza de las hermosas prendas que la adornaban, pidió su mano y se casó con ella. Cuando por abdicacion de Diocleciano y Maximiano, fueron creados emperadores Galerio y Constancio Cloro, pusieron á este por condicion que repudiase á Elena su legítima mujer y se casase con Teodora, hija de la mujer de Maximiano, y Constancio Cloro aunque con el mayor sentimiento lo hizo, pues que amaba mucho á Elena, siendo su deseo asegurar el imperio para evitar mayores males. Empero á su muerte dejó por heredero del imperio á Constantino, hijo de Elena, no obstante tener otros hijos de Teodora.

Ya nos ocuparemos más adelante de Santa Elena, á la que se debió, como demostraremos, el haberse descubierto la Cruz donde Jesucristo Señor nuestro consumó la obra de la Redencion humana.

Respetando, pues, el ejército la última voluntad de Constancio Cloro, que se habia hecho amar de sus vasallos por su prudencia y discrecion, proclamó por emperador á Constantino en Yorck de Inglaterra apénas habia muerto su padre, en el dia 25 de julio del año 306. Él aceptó el título de César, pero no el de Augusto, hasta tanto que en el año siguiente de 307 se lo confirió Maximiano Hercúleo, que habia vuelto á gobernar el imperio, tomando entónces por esposa á Fausta, hija de aquel emperador.

A Constantino estaba reservado por Dios el dar la paz general á la Iglesia, haciendo que esta consiguiese un admirable triunfo. Tres siglos llevaba de continuas luchas: durante ellos habia disfrutado muy cortas treguas y la sangre de los mártires habia corrido en abundancia. Pero Dios quiso, cuando más horrorosa y terrible era la última persecucion, mandar los más terribles castigos sobre todo el imperio y sobre los mismos perseguidores. Una invasion de los bárbaros arruinó las ciudades más populosas; la peste arrebataba las víctimas á millares, y el hambre, esa plaga desoladora, no dejaba de hacer iguales estragos. Los emperadores por su parte recibieron tambien lo que merecian en justicia. Recordemos aquí bajo un solo punto de vista el fin desastroso que tuvieron todos los que abusaron de su autoridad para perseguir la Iglesia. El soberbio *Neron*, príncipe el más cruel que conocieron los siglos, y que fue el autor

de la primera persecucion, fue aprisionado por sus mismos vasallos, y condenado por el senado á hacerle azotar hasta que espirase, él mismo se atravesó el corazon para librarse á un mismo tiempo del tormento y de la infamia. *Domiciano*, autor de la segunda persecucion, fue asesinado por su misma mujer y algunos oficiales que queria inmolar. *Séptimo Severo* murió á fuerza del pesar que le causó la ingratitud del mayor de sus hijos, que proyectaba el asesinarle. *Maximino* fue asesinado por sus propios soldados. *Decio* pereció de un modo miserable. *Valeriano*, que suscitó la octava persecucion y que del modo más cruel hizo sacrificar al invicto diácono San Lorenzo, vió humillada su altaneria cuando cayó en poder de Sapor, rey de Persia, el cual le cargó de cadenas, y segun dijimos al ocuparnos de él, le hacia arrodillar y ponia el pié sobre su cuello cuando queria montar á caballo. *Aureliano* perdió tambien la vida bajo un puñal asesino. *Diocleciano y Maximiano*, autores de la más terrible y sangrienta de todas las persecuciones, no tuvieron mejor fin. Diocleciano se habia asociado á Galerio. Este sufrió más de un año cruelísimos dolores á causa de una llaga resultado de sus asquerosos vicios, que hacia caer su carne en pedazos, despidiendo una fetidez insoportable, espirando, por fin, en medio de la mayor desesperacion. Diocleciano no fue asesinado, pero tuvo mucho que padecer, y al saber los primeros triunfos de los cristianos, se golpeaba á sí mismo y se revolcaba por la tierra: vióse despreciado de todos en su vejez, lo que á un genio tan despótico y altanero le hacia sufrir más que todos los tormentos. Maximiano, en suma, fue ejecutado por Constantino, el cual convencido de que queria asesinarle, y tanto que lo hizo con un eunuco creyendo que era él, le dió á escoger el género de muerte que quisiese, y escogió la soga, que era el más vil é infamante entre los romanos.

Decíamos que sobre el imperio habian venido las mayores calamidades, castigos visibles de la Providencia, y hemos notado que la invasion de los bárbaros, la peste, y el hambre dejaron casi desiertas las ciudades. Añadiremos ahora que el último año de la persecucion, como si no fueran suficientes tantas y tan terribles plagas, se cerraron las nubes y una sequía espantosa vino á hacer más triste y lamentable el estado el imperio. Parecia que la Providencia queria vengar tanta sangre inocente como se habia vertido en odio á la Religion verdadera, y no habia quien se viese libre de tantos males, que eran comunes á los ricos como á los pobres. Miéntras los pobres morian por las calles víctimas del hambre y de la sed, los poderosos vendian sus fincas y cuanto poseian, y al fin

despues de ver desaparecer todos sus bienes sucumbian tambien en la miseria.

Muerto por este tiempo el papa San Marcelino, fue creado

San Marcelo I, presbítero romano, hijo de Benedicto, que fue elegido Pontífice el año 308. Este santo Papa, que solo gobernó la Iglesia un año, siete meses y veinte dias, sufrió los mayores ultrajes y humillaciones. Apénas subió á ocupar la Sede de San Pedro, estableció en Roma veinte títulos ó parroquias, encargando de ellas á algunos presbíteros para que administrasen el Bautismo y la Penitencia á los gentiles que se convirtiesen á la religion, así como para dar sepultura á los santos mártires. Creó veinte y un obispos, veinte y cinco presbíteros y dos diáconos, y encarcelado por órden de Majencio, que queria obligarle á sacrificar á los ídolos, le obligaron á cuidar de los caballos del tirano: nueve meses despues fue libertado por su clero, y hospedado por Lucina, matrona romana, cuya casa convirtió en Iglesia. Lleno de furor Majencio, hizo convertir aquella Iglesia en caballeriza, y continuó esclavizando al santo Pontífice, que coronó su breve reinado con el martirio. Fue sepultado su cadáver en el cementerio de Priscilla y despues trasladado á la Iglesia de San Marcelo, que él mismo habia construido.

CAPITULO III.

Sucesion de Soberanos Pontífices.—San Silvestre; su historia.—Triunfo de la Religion cristiana en la conversion de Constantino.—Este se dispone á pelear contra Majencio.—Aparicion de la Santa Cruz á Constantino.—Derrota de Majencio.—Su muerte.—Manda el vencedor que le erijan una estatua con la Cruz en la mano.—Edicto de Constantino y de Licinio en favor del cristianismo.

Luego que el papa San Marcelo I hubo coronado su laboriosa vida con el martirio, fue creado para sucederle

San Eusebio, que subió á tan alta dignidad el año 310. Dícese que habia profesado la medicina. Fue muy breve este Pontificado, pues que sólo tuvo de duracion cuatro meses y algunos dias. Era griego de nacion, y habiendo pasado á Roma para tratar de asuntos eclesiásticos, las recomendables circunstancias que le adornaban hicieron que en él se fijasen las miradas para hacerle sucesor de San Marcelo. Procuró mantener en todo su vigor la práctica de las penitencias canónicas, y muy especialmente respecto de los que habian flaqueado durante las persecuciones. Novaes dice que los críticos modernos rechazan como apócrifas tres epístolas que se atribuyen á este Papa, la primera dirigida á los obispos de Francia, la segunda á los fieles de Alejandría y la última á los obispos de Toscana. Poco tiempo despues de su elevacion fue desterrado por el tirano Majencio á Sicilia, donde acabó su vida santamente el dia 26 de setiembre del mismo año 310 en que habia sido creado Papa, siendo su sucesor

San Melquiades ó Milciades, africano de nacion, que fue creado Papa el año 311. Este varon santo colocado por Dios al frente de su Iglesia padeció grandes trabajos y fatigas por la gloria del Señor. Lleno de celo, trabajó con la mayor asiduidad por reducir al camino de la verdad la multitud de herejes maniqueos que en sus dias existian en Roma. Escri-

bió una epístola á los obispos de España, en la que enseña que todos los Apóstoles reconocieron la supremacía de Pedro, y que el sacramento del Bautismo es más necesario que el de la Confirmacion, porque sin él no puede conseguirse la salvacion, pero que el de la Confirmacion es de mayor dignidad por parte del ministro, porque no puede conferirlo sino sólo el obispo. Despues explica los efectos de uno y otro sacramento, y más adelante trata de los efectos que la venida del Espíritu Santo obró sobre los Apóstoles y los que reciben los cristianos en el santo Bautismo y la Confirmacion. Mandó que los cristianos no ayunasen el domingo ni el juéves por no imitar á los paganos, que lo hacian en dichos dias y tenian este ayuno como sagrado.

En una ordenacion hecha en el mes de diciembre creó once obispos, seis presbíteros y cinco diáconos. Y habiendo regido santamente la Iglesia poco más de dos años, entregó su alma á Dios lleno de regocijo porque dejaba la Iglesia libre de las persecuciones de los tiranos, y quieta y pacífica con el imperio de Constantino, ocurriendo su muerte el 10 de diciembre del año del Señor de 313. Los antiguos martirologios le llaman mártir en atencion á lo mucho que padeció durante la última persecucion. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Calixto en la via Appia, y más tarde fue trasladado á la Iglesia de San Silvestre *in capite*, por disposicion de San Paulo I. Su sagrada cabeza se conserva en la Iglesia de la casa profesa de la Compañía de Jesús en Roma. El Padre San Bernardo escribió la historia de San Melquiades y su manuscrito se conservaba en Cambridy, en Iglaterra, en la biblioteca del colegio de San Benito. Despues de una vacante de un mes y veinte dias, fue creado

San Silvestre I, en 31 de enero del año 314. Era presbítero romano y habia sido ordenado por San Marcelino, y fue hijo de Rufino y de Santa Justa. Justo es que de este Pontífice demos noticias lo más detalladas que nos sea posible, toda vez que en sus dias, y ocupando él la cátedra de San Pedro, dió Constantino la paz á la Iglesia, logrando esta que el signo augusto de la Redencion humana ondease sobre la cúspide del Capitolio. Hijo de madre cristiana y muy piadosa, fue Silvestre educado en la verdadera religion, siendo su maestro Cirino, presbítero, el cual le instruyó, formando su corazon desde su más tierna edad, y haciéndole adquirir costumbres honestas y arregladas en un todo á la moral santa del Evangelio. Él era de un natural dulce y agradable, en extremo compasivo para con los necesitados, y aun en los dias de su juventud no

encontraba ocupacion que le fuese más agradable que la de hospedar y servir á los cristianos. Uno de los huéspedes que recogió y al que prestó sus servicios fue San Timoteo, mártir, el cual habiendo ido en romería de Antioquía á Roma, fue como decimos hospedado en la casa de Silvestre, y como se hubiese dedicado á predicar la fe de Cristo con gran celo y constancia, fue conducido á una prision, donde Silvestre le visitaba y consolaba. Cuando San Timoteo fue martirizado, el mismo Silvestre fue de noche secretamente y en compañía de otros cristianos, y recogiendo el cuerpo le enterró, cantando salmos é himnos como era costumbre por aquellos tiempos. Bien pronto tuvo conocimiento de esto el prefecto, el cual deseando apoderarse de los bienes de Timoteo, y creyendo que estaban en poder de Silvestre, le redujo á prision. Tal vez entónces hubiera recibido la corona de los mártires, si Dios no le hubiese tenido reservado para que fuese un dia Jefe Supremo de la católica Iglesia. Apénas entró en la cárcel, anunció proféticamente que su prision no duraria. En efecto, al dia siguiente, estando cenando el prefecto, se le atravesó una espina de un pez en la garganta, de manera que le ahogó y quitó la vida en pocos minutos. Con este motivo al dia siguiente fue Silvestre puesto en libertad. Siguió dedicándose á los ejercicios de caridad, y San Marcelino, segun dijimos ántes, teniendo en cuenta sus virtudes y relevantes méritos, le ordenó de presbítero. Desde entónces empezó á resplandecer más y más por su piedad y sólidas virtudes, de tal suerte que se granjeó la estimacion y el aprecio no solamente del clero sí que tambien de todos los cristianos de Roma. Esto fue causa de que no se vacilase en la eleccion y fuese elegido con general contentamiento para el Supremo Pontificado, despues de la muerte de San Melquiades. Vamos á ocuparnos del gran acontecimiento que tuvo lugar durante su Pontificado, que fue el

TRIUNFO DE LA RELIGION CRISTIANA EN LA CONVERSION DE CONSTANTINO.

Habia sonado la hora señalada en los consejos eternos para que terminasen aquellas terribles persecuciones que, durante una dilatada infancia de tres siglos, habia experimentado la Iglesia. El primer instrumento de que se valió el Señor para el triunfo de la Iglesia habia sido Constancio Cloro, padre de Constantino. Habia sido amante de la Religion cristiana, y aun quiere demostrar Eusebio que era cristiano, y aun que

lo declaró públicamente. Este historiador presenta pruebas que casi no dan lugar á la duda, pero sin embargo, el punto no ha sido suficientemente aclarado, habiendo quedado en la duda. Lo cierto es que teniendo á su cargo el gobierno de las Galias, de España y de la Gran Bretaña, no sólo no persiguió á los cristianos, sino que les dispensó su proteccion, permitiendo erigir iglesias en todas partes y contribuyendo á que fuesen ocupadas las sillas episcopales vacantes por el martirio de sus pastores. Su hijo Constantino, que á la sazon ocupaba el trono, se mostró tambien favorable á los cristianos. Reunia este príncipe las más bellas cualidades, una sabiduría poco comun y una imaginacion muy viva. Majencio, hijo de Maximiano, ocupaba á Roma y pretendia hacerse señor de todo el imperio. Constantino habia sostenido con él varios encuentros en los cuales las ventajas estuvieron de parte de Majencio. Esto no obstante, Constantino, que se habia propuesto librar á Roma de la tiranía de Majencio, tomó la resolucion de llegar á una batalla decisiva, sin parar mientes en que eran muy superiores á las suyas las fuerzas con que contaba el enemigo.

Arreglados todos sus asuntos y puesto al frente de sus tropas, se dirigió hácia Italia. El conocimiento que tenia de la posibilidad de ser vencido, pues que apénas contaba con veinte y cuatro mil hombres, le hizo recurrir al cielo suplicando auxilios divinos, arrodillóse y oró fervorosamente al Dios de los cristianos, suplicándole le ayudase á conseguir el triunfo. Levantóse despues y lleno de confianza siguió con sus tropas la marcha para Italia, cuando vió en medio del cielo una Cruz resplandeciente y al rededor de la cual con caracteres brillantes estas palabras: IN HOC SIGNO VINCES: *con esta señal vencerás*. Todos los soldados que componian su ejército vieron tambien esta señal maravillosa sin saberse dar cuenta de su significado. Por su parte Constantino pasó el resto del dia en discurrir lo que podia significar aquella señal, no quedándole duda de que era un aviso del cielo. A la noche siguiente se le apareció Jesucristo con una señal igual á la que habia visto en el cielo, ordenándole hiciese un estandarte segun el modelo de aquella Cruz y que le llevase como una salvaguardia ó escudo de defensa contra todos sus enemigos. Al dia siguiente el emperador hizo llamar á los artífices y les trazó el diseño de aquel estandarte, que consistia en una especie de pica de oro con un travesaño en forma de Cruz, del que pendia un velo de tisú de oro. Diósele á este estandarte el nombre de *Lábaro*. Esta palabra, cuyo significado se ha ignorado completamente y por muchos siglos, por

ser su etimología extraña al idioma latino, ha sido encontrada recientemente, segun dice un escritor, en una inscripcion y significa *victoria, suceso*. La palabra encontrada es *labar*, de donde sin duda vino la etimología de *Lábarum*, que seria introducida en Roma por los astrólogos caldeos ó por los emperadores llegados de Oriente (1).

Contra este suceso milagroso no hay objeciones posibles, pues que es uno de los más auténticos. Cuando aun vivian muchos de los soldados que fueron testigos oculares del prodigio, Eusebio, que lo refiere minuciosamente, se expresaba de este modo: «Si otro que no fuese Constantino nos lo hubiese referido, hubiésemos tenido dificultad en creerlo; pero confirmándolo él mismo formalmente y aun con juramento, ¿ podrémos dudarlo, especialmente cuando los acontecimientos han justificado la verdad del hecho? Constantino, pues, escogió de entre sus soldados cincuenta, los de más valor y piedad para que le llevasen alternando.

En virtud del suceso llenóse de una gran confianza, no vacilando un momento en presentar la batalla á su enemigo. Las tropas se hallaban igualmente animadas, y Majencio fue vencido en las orillas del Tíber, en cuyo rio cayó el tirano pereciendo al querer huir. En su consecuencia Constantino entró victorioso en Roma. Al dia siguiente fue encontrado el cuerpo de Majencio á bastante distancia del sitio donde habia caido: cortáronle la cabeza y la pasearon en la punta de una pica, con lo cual el pueblo, que en gran manera habia deseado el triunfo de Constantino y que hasta entónces se habia hallado consternado, llenóse de regocijo aclamando y ofreciendo al libertador las más entusiastas ovaciones.

Conseguido este triunfo dedicó toda su solicitud al triunfo de la verdadera fe, ordenando que se le erigiese una estatua en la capital del imperio, representándole con una Cruz en la mano y se le pusiese esta inscripcion: «*En virtud de esta saludable señal he librado de la tiranía á vuestra ciudad, y restituido al senado y al pueblo romano su libertad y antiguo esplendor.*»

Terminaron de una vez las persecuciones de la Iglesia, y esto justamente cuando habiéndose extendido por todas partes la idolatría, esta hacia poco tiempo habia levantado cerca de las columnas de Hércules un templo á Diocleciano y Maximiano por haber logrado concluir con la su-

---

(1) Postel. Historia de la Iglesia.

persticion cristiana. ¡Cuán poco pueden los esfuerzos de los hombres contra las obras de Dios!

A poco tiempo de estos acontecimientos llegó Licinio desde Oriente á Italia, y ambos de comun acuerdo publicaron un edicto notable en favor de la Iglesia. No dejaremos de darlo á conocer á los lectores, como han hecho por la importancia del asunto todos los que han escrito la Historia de la Iglesia. Decia de este modo: «Nos Constantino Augusto, Licinio Augusto, felizmente reunidos en Milan y tratando de todo lo concerniente á la seguridad y utilidad pública, hemos creido que una de nuestras principales obligaciones, era arreglar lo respectivo al culto de la Divinidad, y dejar á los cristianos, como tambien á todos los demas súbditos nuestros, en plena libertad de seguir su religion, para que descienda sobre nosotros y sobre todo el imperio la bendicion del cielo. Por tanto, hemos resuelto no rehusar á cualquiera que lo desee los medios de abrazar y seguir con el corazon y el afecto las observancias de los cristianos, como igualmente practicar la religion que tenga por más conveniente; todo con el fin de que el Supremo Dios, á quien veneramos, no cese de colmarnos de bendiciones.» Se comprende que estas cláusulas tenian por objeto el conservar el amor de todos sus súbditos, lo que no hubiera sucedido si hubiesen hecho exclusiva en el imperio la religion cristiana. Hé aquí cómo se siguen expresando al hablar con los jefes y gobernadores á quienes principalmente se dirigia el edicto: «Sabed que, á pesar de cualquiera otra órden que hayais recibido contraria á esta, es nuestra voluntad mandar ahora pura y sencillamente que todo el que tenga voluntad de profesar la religion cristiana puede hacerlo sin que por ello sea molestado ni inquietado en manera alguna: todo lo cual os declaramos, advirtiéndoos que hemos concedido generalmente á los cristianos facultad ámplia para ejercer su religion. Hemos dispuesto ademas, que si los lugares en que estos se reunian antiguamente (respecto de los cuales habeis recibido en otro tiempo órdenes contrarias) hubiesen sido comprados por particulares, sean restituidos á los cristianos sin que ni el fisco ni ninguna otra persona puedan reclamar el precio, sin demora ni dificultad alguna. Que los que los hubieren habido por gracia, los devuelvan del mismo modo cuanto ántes: y que así los que los hubieren comprado como los que los habian recibido por gracia, acudan al vicario de la provincia á recibir de su mano lo que de nuestra bondad pueden prometerse. Por tanto, volvereis á poner inmediatamente á la sociedad de los cristianos en posesion de todos los susodichos lugares:

y siendo notorio que poseian ademas otros bienes pertenecientes á su comunidad, es decir, á las Iglesias y no á los particulares, hareis restituir á estas comunidades ó corporaciones todos aquellos bienes, sin la menor oposicion ni dificultad, reservando á los que los devuelvan sin reintegrarse del valor el derecho de recurrir á Nos para su indemnizacion. En cuanto va mandado queremos que os valgais de toda la autoridad de vuestro ministerio y del modo más pronto y eficaz, á fin de que la bondad divina, cuyos beneficios hemos ya experimentado en tantas y tan importantes ocasiones, no cese de colmarnos de prosperidades, como tambien á todos nuestros pueblos. Y para que este edicto llegue á noticia de todos, lo mandareis fijar en los parajes públicos, para que nádie pueda alegar ignorancia.»

Conocido que fue este edicto en todas las provincias del imperio, la Iglesia disfrutó del gran beneficio de la paz, podemos decir, que por primera vez, siendo así que las treguas que habia disfrutado hasta entónces, á través de las persecuciones tan sangrientas que habia experimentado, habian sido tan solamente momentáneas. La verdad triunfó del error de un modo maravilloso, y á quien estudie las luchas de los tres primeros siglos y este triunfo maravilloso, no le quedará la menor duda de la verdad de la Religion cristiana y de la Divinidad de su Autor, Jesucristo Señor nuestro.

CAPITULO IV.

Reflexiones sobre el establecimiento de la Iglesia.—Penetra el cristianismo en el santuario de las leyes.—Recibe Constantino el Bautismo.—Recibe en él con la salud del alma la del cuerpo.—Su celo en edificar templos al verdadero Dios.—Hallazgo de la Santa Cruz y del sepulcro de Jesucristo por la Emperatriz Santa Elena.—Su piedad. —Su muerte.

La Iglesia es verdaderamente el grano de mostaza de que nos habla el Evangelio, el cual llegó á convertirse en árbol corpulento. Hemos llegado en nuestra narracion histórica á los dias en que la Iglesia, en virtud de la conversion del emperador Constantino, consiguió una gran victoria sobre el paganismo. Justo es que despues de haber atravesado un dilatado período regado de sangre; despues de haber contemplado los grandes esfuerzos que por espacio de tres siglos hicieron los Césares romanos por concluir con lo que llamaban en su ceguedad la supersticion del Galileo; despues de haber visto caminar á los suplicios una multitud de héroes admirables, esforzados atletas de Jesucristo, que con semblante tranquilo y alegría en el corazon entregaron su vida entre crueles tormentos en defensa de Jesucristo y de su doctrina, volvamos la vista atrás y hagamos algunas reflexiones acerca del establecimiento de la Iglesia y de su maravillosa propagacion, recreándonos santamente en la contemplacion de los medios de que se vale la Providencia para burlar los designios de los hombres cuando van dirigidos á contrarestar sus obras.

Necesariamente la Religion cristiana, cuya predicacion y propagacion encargó el Salvador á sus Apóstoles, tenia que entrar en combate con los grandes errores que por aquel tiempo eran objeto de las creencias de la mayor parte de los hombres: tenia que luchar con los sofismas de los filósofos: tenia que destruir los vicios á los cuales se erigian altares, publicar y enseñar virtudes hasta entónces desconocidas, y sin apo-

yo alguno de príncipes y de magnates estaba destinada á trastornar todo el órden social, llevando á cabo una revolucion moral la más extraordinaria que vieron los siglos. Proyectos ménos vastos, y que tienen por objeto tan solamente variar en algun tanto las leyes de un pueblo, necesitan de hombres sabios, de varones fuertes é intrépidos, versados en el arte de dirigir revoluciones: necesitan proteccion de altos personajes é intereses materiales con que seducir al pueblo, que sin saber lo que pide ni por qué se mueve, es siempre el instrumento de los que llenos de comodidades esperan sin exponerse el resultado de sus planes. Empero la verdad, que siempre se abre paso por medio del error, no necesita valerse de estos medios: sus defensores no necesitan tomar las armas para aterrorizar á los pueblos. Establecióse el cristianismo cuando más errores pululaban en el mundo, cuando la sociedad humana, semejante al enfermo desahuciado que lucha con los últimos embates de la muerte, parecia tocar á su próximo aniquilamiento, pues por sus venas corria el gérmen envenenado de las más erróneas y funestas doctrinas. El poder de los emperadores romanos se mantenia en todo su vigor. No buscó Jesucristo hombres de gran reputacion, ricos en ciencia y en fortuna, y que por su posicion social gozaran de grande ascendiente entre las masas populares. Doce pobres pescadores le son suficientes para llevar á cabo la grande obra de la regeneracion del mundo. No poseian más bienes que sus pobres barquillas; eran iliteratos y al parecer idiotas; no tenian más trato que con los compañeros de su pobre oficio. ¿Quién hubiera creido que aquellos hombres se hubiesen atrevido á luchar con la fuerza de los emperadores, y ser capaces de hacer prosélitos y extender una nueva doctrina contraria en un todo á la que seguian la mayor parte de los hombres? Pues fue así, y no se valieron de otras armas para sus grandes conquistas que de su palabra, que era la palabra de Dios. Con ella penetran por todas partes y hacen más conquistas que Alejandro y los otros célebres conquistadores que aplaude la historia. Para aquellos hombres, elegidos por Jesucristo é iluminados por el Espíritu Santo, no habia idioma desconocido, y los milagros confirmaban su predicacion. Convencidos de las verdades que enseñaban, pues que habian visto á Jesucristo resucitado, dieron testimonio de su fe, vertiendo su sangre en los más crueles martirios. ¿Qué duda podrá presentarse? Yo creo, dice un sabio escritor, á unos testigos que se dejan degollar. Cuando mueren dejan ya el cristianismo extendido por todas partes. Roma teme que aquellos ídolos, apoteosis de todos los vicios, á los que llamaban

dioses, queden sin adoradores, y pone en juego todos los medios imaginables para concluir de una vez y para siempre con los cristianos. Ya lo hemos visto en la historia de los tres primeros siglos de la Iglesia: á proporcion que se multiplicaban las catastas, los ecúleos, las hogueras y los demas martirios, se aumentaba del modo más considerable el número de los cristianos. Recordará el lector que en el siglo II decia Tertuliano á los Césares que si llegaban á exterminar por completo á los cristianos, el trono careceria de vasallos y de ciudadanos la patria.

Las obras de Dios no se parecen en nada á las de los hombres: cuando la idolatría parecia dominar el mundo; cuando la persecucion de Diocleciano y Maximiano, la más terrible que habia experimentado la Iglesia, hizo derramar rios de sangre cristiana, entónces permitió Aquel que todo lo gobierna en peso, número y medida que la Iglesia se coronase de triunfo y consiguiese una admirable victoria contra todos sus enemigos: la Cruz, sol hermoso destinado á iluminar el mundo, se elevó en el Capitolio, extendiendo desde allí los rayos de su claridad divina para iluminar á la familia humana y que pudiese dirigirse por las sendas del cielo. En vano se nos hablará de la extension del imperio del falso profeta de la Meca, pues que esto, como dice un sabio escritor (1), es una prueba convincente de lo que puede el ingenio auxiliado por la astucia, las pasiones y la fuerza de las armas. Pero, como observa Pascal, respondiendo muy oportunamente á una objecion que muchas veces se ha repetido con descaro: «Jesucristo y Mahoma tomaron rumbos y medios tan «contrarios, que supuesto el triunfo de Mahoma debió frustrarse el plan «de Jesucristo y perecer el cristianismo, á no haber sido sostenido por «un poder totalmente divino (2).» Los hombres idólatras estaban acostumbrados á no tener regla de costumbres, siendo las suyas las más absurdas. No podian, pues, ser atraidos por la hermosura y brillantez de la doctrina evangélica. ¿Podrian recibir gustosos una doctrina que morigeraba sus pasiones, que enseñaba la humildad hasta el desprecio de sí mismo, el amor de Dios por la práctica de las virtudes, el amor del prójimo hasta el extremo de amar á los enemigos, y el perdon de las injurias? ¿Podrian aceptar sin convencimientos una religion que predicando la castidad y la pureza de costumbres condenaba los ilícitos placeres que tanto les halagaba? ¿Cuáles eran los objetos de sus distracciones?

---

(1) Frayssinous. Defensa del cristianismo.
(2) Pascal. *Pensées*, chap. XVII.

El asistir á las fiestas licenciosas de Baco ó á las reuniones donde la diosa Vénus presidia. El grande Bossuet no puede ménos de reconocer la verdad de la religion cristiana, al contemplar la trasformacion que causó en los corazones paganos, y exclama: «La Cruz ha triunfado de «los corazones, y tengo por más glorioso haber conseguido tan hermo-«sa victoria, que haber cambiado el órden del universo, porque nada veo «en el mundo más indócil, más fiero ni abominable que el corazon del «hombre (1).»

Volvamos por última vez la vista y fijemos la atencion en los tiempos de los Apóstoles. No fue ciertamente una época de ignorancia y de barbarie, como nota oportunamente el sabio autor de la *Defensa del cristianismo* (2). Nació el cristianismo en la época de Augusto, en aquellos mismos tiempos en que las luces ilustraban la Europa, y principalmente el imperio romano: por esto no tendria fuerza el argumento que pretendiese probar que la ignorancia de los pueblos atrajo seguidores al Evangelio. La herencia que recibió la Iglesia de su Divino Autor fue la persecucion, y por esto en todos los siglos ha sido objeto de rudos combates. La hemos visto conseguir un triunfo admirable sobre el paganismo y entrar á disfrutar las delicias de la paz. Pero no por esto terminaron sus luchas. Vamos á continuar nuestra tarea, y veremos el exacto cumplimiento á través de los siglos de dos vaticinios de Jesucristo, que siendo la verdad por esencia no puede engañarse ni engañarnos. Es el uno la promesa que hizo á Pedro de que no faltaria su fe sobre la tierra (3), y el segundo la de que las puertas del infierno, es decir, las persecuciones, los cismas, las herejías ni todo el poder humano seria suficiente para prevalecer contra la Iglesia (4). Vamos á contemplar multitud de acontecimientos á cual más admirables: veremos sucederse las herejías, suscitarse cismas, y en suma á la hija del cielo, la religion santa del Crucificado rodeada por todas partes y en todo tiempo de enemigos, pero atravesando los siglos de triunfo en triunfo, de victoria en victoria, humillando siempre la altivez de sus enemigos y demostrando con su perpetuidad que no es obra de los hombres, sino de Aquel que tiene su asiento en lo más elevado del cielo.

---

(1) Bossuet. Serm. pour l' Exalt. de la Croix.
(2) Frayssinous.
(3) San Lúcas, cap. XIII, v. 32.
(4) San Mateo, cap. XVI, v. 18.

Continuando nuestra interrumpida narracion, dirémos que Constantino con el edicto que publicó en compañia de Licinio á favor de los cristianos abrió las prisiones y volvieron al senado los miembros ilustres de aquella corporacion, que acusados del delito de ser cristianos tal vez esperaban el momento de salir para sellar con su sangre las creencias que profesaban. El cristianismo penetró, pues, en el templo de las leyes, y como la Cruz era ya mirada como objeto de triunfo, se abolió el que pudiese servir de suplicio: fueron tambien abolidos los combates de los gladiadores y todos aquellos actos públicos que chocaban directamente con la santa religion de Jesucristo, aunque dejando á los paganos la libertad de predicar su culto.

El Papa San Silvestre empezó á predicar públicamente y con el mayor celo á Jesucristo, enseñando los misterios de la religion, y se encargó de instruir al Emperador en todo lo concerniente á la religion cristiana. Aquel príncipe le oia con la mayor atencion y el respeto que es debido á la cabeza de la Iglesia; y se preparó para recibir el sacramento del Bautismo, dejando la púrpura y la diadema imperial y vistiéndose de saco y de ceniza, ayunando y haciendo penitencia. Luego que estuvo suficientemente instruido, San Silvestre derramó sobre su cabeza el agua saludable de la regeneracion.

Con la salud del alma recibió en la pila bautismal la del cuerpo. Cuando el Señor se disponia para dar la paz á la Iglesia habia enviado á Constantino una lepra incurable, llamada elefancia. Dice Plinio que esta enfermedad solia ser muy comun en el Egipto y que á veces aconsejaban á los monarcas que la padecian que se diesen un baño de sangre humana, lo que necesariamente originaba siempre una grande mortandad. Aconsejaron esto mismo á Constantino, cuando aun no habia abierto los ojos á la clara y resplandeciente luz de la fe cristiana, y determinado á lavarse con la sangre de tres mil niños, los hizo buscar de muchas partes. Llegaron hasta él los ayes y lamentos de las afligidas madres, y cuando ya estaban á punto de sacrificar aquellas inocentes víctimas, como era de buena índole y compasivo, rehusó la salud á tal precio, resolviendo quedarse enfermo ó buscar otras medicinas para curar de la lepra, y con gran contentamiento de las madres las despidió repartiendo entre ellas una crecida cantidad de dinero.

Dice un historiador de San Silvestre que en la noche siguiente al dia en que tuvo lugar este suceso se aparecieron á Constantino San Pedro y San Pablo, agradeciéndole la misericordia que habia usado con los ni-

ños y con las madres, y dijéronle que enviase á buscar al Pontífice de los cristianos, que se llamaba Silvestre, al que encontrarian en el monte Soracte, y que este le diria el baño que habia de sanarle de la lepra del cuerpo y del alma. Al dia siguiente Constantino envió á buscar al Pontífice, el cual se habia refugiado secretamente en el monte citado, temiendo ser preso y maltratado y juzgando que era más del servicio de Dios guardarse para otro mejor tiempo. El monte distaba como unas siete leguas de Roma. Cuando vió á los enviados del emperador creyó que le buscaban para martirizarle y se presentó sin temor: mas luego que oyó hablar á Constantino, conoció que Dios le elegia para que diese la paz á la Iglesia. El emperador le refirió la vision que habia tenido, y entendiendo por las señas que le daba que los dos varones que se le habian aparecido eran San Pedro y San Pablo, le mostró las imágenes de ellos que él tenia, y el emperador se confirmó en que eran los mismos, por parecerse á aquellos retratos los varones que habia visto. Este fue el principio de la conversion del gran Constantino. Volviendo pues ahora á lo que deciamos, salió de la pila bautismal con la carne blanca, sana y pura como de un niño, dejando el agua llena de aquella lepra á manera de escamas de peces y que eran resultas de la lepra que habia padecido.

Este inestimable beneficio de la salud, tan repentinamente recibido, hizo que Constantino se afirmase más en la fe que acababa de recibir en el santo bautismo. Empero su piedad, y su deseo de levantar templos al verdadero Dios destruyendo todas las preocupaciones de los paganos, se hizo aun más vehemente un dia en el cual San Silvestre en su presencia confundió á unos sacerdotes y escribas de los judíos, que reprendian al emperador por haber abrazado la religion de un hombre á quien sus antepasados habian quitado la vida en un patíbulo de afrenta. El santo Pontífice tomó la palabra y pronunció un elocuente discurso en defensa de Jesucristo y de su religion santa y adorable, usando de tales argumentos, que aquellos sacerdotes y escribas no tuvieron objecion alguna que presentar y quedaron avergonzados en presencia del Emperador. Este por su parte escuchó con el mayor placer el razonamiento de San Silvestre, que como deciamos contribuyó muy poderosamente á aumentar su celo, proponiéndose desde aquel momento desplegar todo su poder, riquezas y magnificencias para levantar templos á Jesucristo, contribuyendo en cuanto le fuese posible á extender su religion salvadora, y á que á imitacion suya abriesen sus vasallos los ojos á la luz hermosa de la fe cristiana.

Vamos á ocuparnos de un asunto de la mayor importancia, que tuvo lugar durante el Pontificado de San Silvestre y en los primeros años despues de la conversion de Constantino. Ya hemos hablado de la gloriosa Santa Elena, madre de aquel emperador, y en ella debemos fijar de nuevo nuestra atencion. Dice San Paulino que fue cristiana ántes que su hijo, y que ella ayudó por su parte para que con tanta magnificencia se edificasen suntuosos templos al verdadero Dios. Constantino habia formado el proyecto de levantar un templo suntuoso en Jerusalen. Su madre Santa Elena tenia tambien una extraordinaria devocion á aquellos lugares santificados con la presencia y la muerte del Redentor. No obstante ser de edad bastante avanzada, pues que segun dicen los historiadores de su vida se acercaba á los ochenta años, se dirigió á la Palestina, llevando el proyecto de buscar la Cruz donde Jesucristo habia dado su vida por salvarnos. Muchas fueron las dificultades que se le presentaron para ello, pero Dios las allanó todas para que pudiese conseguir sus santos deseos y que la Iglesia, que ya gozaba del beneficio de la paz, poseyese aquella preciosísima joya. Los idólatras habian hecho los mayores esfuerzos por ocultar el prodigio de la resurreccion del Salvador, y así el santo sepulcro se hallaba escondido bajo enormes montes de ruinas que habian convertido en una masa sólida apisonando tierras y escombros: á más, sobre esta base habian levantado un templo á la impúdica Vénus. La emperatriz mandó demoler aquel templo impuro, y despues hizo excavar con perseverancia, hasta que por fin no solamente se halló el sepulcro, sino tres cruces enterradas bajo las ruinas. Era costumbre de los judíos enterrar junto al cadáver los instrumentos que habian servido para la ejecucion, cuando una persona habia sido condenada á muerte. En el mismo sitio se halló la inscripcion que habian puesto á la cabeza de la Cruz de Jesucristo. No cabia duda que una de aquellas tres cruces era la que se buscaba: pero ¿cómo poderla distinguir? San Macario, obispo de Jerusalen, de acuerdo con la Emperatriz hizo llevar las tres cruces á casa de una mujer que padecia una enfermedad incurable. Aplicaron sucesivamente á su cuerpo cada una de ellas pidiendo al Señor que por medio de una curacion milagrosa se dignase dar á conocer cuál de ellas era en la que se habia obrado la Redencion de la humanidad. Hallábase presente la Emperatriz y un gran número de fieles de Jerusalen. Se aplicó á la enferma una de las cruces sin resultado alguno. Lo mismo sucedió con la segunda. Pero habiéndole aplicado la tercera, se levantó en el momento la enferma,

encontrándose enteramente sana. Algunos escritores antiguos, y entre ellos Soromeno y San Paulino, afirman que la prueba se repitió, aplicando despues la Cruz á un cuerpo difunto que resucitó en el momento (1). Llena de gozo la Emperatriz Elena, envió á su hijo Constantino una parte de aquel leño sacrosanto y lo restante lo colocó en una gran caja de plata para depositarla en el suntuoso templo que desde entónces se empezó á edificar y que se concluyó seis años despues. La descripcion que los antignos nos han dejado de aquella iglesia, erigida con el título de la Resurreccion, la traen algunos historiadores, y por ella se ve que la Santa Emperatriz y el gran Emperador su hijo desplegaron toda la magnificencia imperial en la edificacion de aquel santuario erigido á Jesucristo en el mismo sitio donde fue depositado su cuerpo difunto y permaneció por tres dias hasta tanto que en cumplimiento de lo que habia predicho resucitó de entre los muertos. Este magnífico templo fue destruido por los musulmanes á principios del siglo XI de la era cristiana. Despues ha sido reedificado suntuosamente, y al sostenimiento del culto y de los religiosos franciscanos que le cuidan acuden con sus limosnas todas las naciones cristianas y muy particularmente la España.

No contenta con esto Santa Elena, satisfizo aun más su devocion y piedad mandando edificar un templo en Belen donde se habia verificado el nacimiento del Salvador y otro en el monte de las Olivas, edificándose casi por el mismo tiempo en Nicomedia una suntuosa Basílica digna de esta ciudad imperial.

Mas no se limitó la piedad de la Santa emperatriz á los templos, sino que llena del espíritu de caridad socorria abundantemente á los pobres de los lugares por donde pasaba, atendiendo con particularidad á los huérfanos y á las viudas. Volvióse á Roma llena de merecimientos, y á poco entregó su espíritu en manos del Criador para recibir en el cielo la recompensa que Dios tiene reservada para los que practican en la tierra la justicia.

(1) La Iglesia celebra cada año el 3 de mayo una fiesta en memoria de la invencion ó hallazgo de la Santa Cruz.

CAPITULO V.

Arrio.—Su herejía.—Alejandro reune un concilio en Alejandría.—Son condenadas las novedades del heresiarca.—Eusebio de Berito y Eusebio de Cesarea.—Obras del último.—Estado de la literatura religiosa en España en el siglo IV.—Primer concilio general en Nicea.—Apertura del Concilio.—Discurso del Emperador Constantino.—Es condenado Arrio en su persona y doctrina.—Símbolo de fe del Concilio.—Diversos asuntos que se trataron.—Carta sinodal que escribieron los Padres.—Nuevas turbulencias de los arrianos.—Su persecucion contra San Atanasio.—Muerte del Papa San Silvestre.

Hallábase la Iglesia católica en gran quietud, y la santa religion muy floreciente, por la proteccion que la dispensaba el emperador Constantino y el celo del infatigable Pontífice San Silvestre: mas, como estaba anunciado por Jesucristo, habia de sostener terribles luchas en la série de los siglos. El demonio habia quedado vencido con la terminacion de las persecuciones de los emperadores paganos, pero suscitó un perverso ministro suyo, llamado Arrio, que se propuso esparcir en el campo de la Iglesia los más groseros errores. Era Arrio presbítero de Alejandría de Egipto, y léjos de estar revestido del espíritu de humildad enseñado por el Evangelio, y que tanto debe distinguir á los ministros de la religion de Aquel Dios-Hombre que se humilló desde el establo hasta la Cruz, era por el contrario ambicioso y aspiraba á ocupar los puestos más distinguidos. Guiado por su vanidad trabajó por hacerse nombrar obispo de Alejandría, lo que no pudo conseguir á pesar de sus esfuerzos, y viendo humillada su soberbia, empezó á vomitar las más asquerosas blasfemias contra Cristo Redentor de la humanidad, enseñando que no era consustancial é igual en todo con el Padre, logrando hacer discípulos que seguian su doctrina con grave daño de sus almas y escándalo de la Iglesia católica.

Aquella chispa nacida en Alejandría llegó á producir un voraz incendio que casi abrasó á toda la Iglesia, pues que por todas partes se extendió la herejía. Hasta entónces ninguna de las herejías que habian aparecido pudieron causar daño notable, pues con facilidad se habian extirpado. Al impío Arrio estaba reservado el conmover el majestuoso edificio del Dogma católico arrastrando tras sus groseros errores á un gran número de cristianos que se dejaron seducir con facilidad por un impostor tan sagaz. San Epifanio hace el retrato de este hereje, diciendo que introducia agradablemente en los ánimos el más activo veneno. Su carácter particular, su tacto en presentar los argumentos, su aspecto grave, su rostro simpático, y su exterior estudiadamente recogido y aun penitente, todo predisponia en favor suyo á los incautos que le escuchaban y se dejaban aprisionar en sus inmundas redes. Añádase á esto que era ya anciano, circunstancia que contribuia á dar más autoridad á sus palabras, y no se extrañará el que supiera ganar no solamente un gran número de personas legas, hombres y mujeres, sino tambien á eclesiásticos.

Alejandro, obispo de Alejandría, que estaba horrorizado de la conducta y del descaro de este tránsfuga del santuario, y que con razon temia los grandes estragos que habia de producir la herejía, convocó á su clero, citando á Arrio para que en presencia de todos expusiera su doctrina con toda libertad. Ni en esta conferencia ni en una segunda que se tuvo despues pudo conseguirse cosa alguna. Mal podia convencerse al que no enseñaba guiado de la conviccion sino del espíritu de venganza y de odio. Viendo pues el celoso obispo de Alejandría cuán inútiles habian sido todos los medios empleados hasta entónces para atraer esta oveja descarriada, convocó un concilio á que asistieron cerca de cien obispos del Egipto y de la Libia. En esta santa asamblea fueron condenadas las novedades de Arrio, siendo él excomulgado, como asimismo nueve diáconos que eran sus principales partidarios y que más contribuian á extender su anticatólica enseñanza. Creyó conveniente y aun necesario el obispo de Alejandría dar cuenta al Sumo Pontífice en primer lugar, como cabeza de toda la Iglesia, y despues á todos los demas obispos de la cristiandad que eran más visibles por la situacion de sus respectivas sillas, de la providencia que se acababa de tomar en aquel concilio. Una sola carta se conserva de las que con este motivo envió á diferentes partes, y es la dirigida al obispo de Bizancio, de la que nos habla Teodoreto, en la que se leen estas frases: «Sentenciad al modo que nosotros lo hemos hecho, y á ejemplo de nuestros hermanos, cuyas respuestas ya hemos

recibido, los cuales han firmado el manifiesto que vereis adjunto á sus cartas y os entregará nuestro muy querido hijo, el diácono Apion. Los hay de todo el Egipto y de la Tebaida, de la Libia y de Pentápolis, de la Siria, de Panfilia, de la Asia proconsular, de Capadocia y de las provincias circunvecinas. Por tanto espero merecer de vosotros igual aceptacion; porque despues de haber aplicado otros muchos remedios he pensado que esta creencia uniforme de nuestros hermanos seria el más eficaz y perfeccionaria la curacion de los espíritus pusilánimes que se han dejado corromper (1).» Veamos ahora lo que dice en otra carta dirigida despues del concilio á todos los obispos de la Iglesia universal: «Hubiera querido atajar el mal en su raiz en la persona de los apóstatas: pero ya que Eusebio se arroga el derecho de dirigir despóticamente los negocios de toda la Iglesia; ya que ha abandonado escandalosamente la Iglesia de Berito para usurpar la silla de Nicomedia; ya que se pone al frente de los refractarios y publica escritos en su favor, no puedo cortar ni precaver la seduccion sino rompiendo un silencio que seria tan favorable al error que se va propagando (2).» El Eusebio de quien se habla en esta carta, varon de ilustre cuna, emparentado con Juliano el Apóstata, y que se hizo tan famoso en los asuntos de los arrianos que estos se honraban llevando su nombre, no debe confundirse con otro Eusebio que era obispo en Cesarea de Palestina, y de quien se dice que fue tambien protector de Arrio. Este se granjeó gran fama y estimacion por sus muchos escritos, en los que manifestaba la sabiduría de que se hallaba adornado. Fueron sus producciones una *Historia de la Iglesia*, que le mereció el dictado de padre de la Historia Eclesiástica; la titulada *Preparacion y Demostracion Evangélica*, cuyo objeto es demostrar que los cristianos no recibieron la fe precipitadamente sino despues de un maduro y detenido exámen. La primera parte de la obra ó sea la *Preparacion*, está dividida en quince libros, dedicados los seis primeros á hacer la refutacion del paganismo y los nueve restantes á demostrar la excelencia de los principios religiosos del más antiguo de los pueblos. Con esta obra hizo una guerra á muerte á los filósofos mitologistas y muy particularmente á Porfirio. Otros libros produjo tambien su pluma, cuales son su *Crónica*, traducida por San Jerónimo, la *Vida del Emperador Constantino*, la del mártir *Panfilio*, la *Historia de los*

---

(1) Beraul-Bercastel, refiriéndose á Teodoreto, lib I., cap. 3.
(2) Ibid. c. 4.

mártires de su tiempo, *Comentarios sobre las Escrituras* y algunos *Tratados polémicos.*

Como nos hemos propuesto no perder ocasion en el curso de nuestra obra de ocuparnos de todo lo perteneciente á la Iglesia de España, cúmplenos ahora hablar de los escritores religiosos que por la misma época florecieron en nuestra nacion. Conténtase el erudito traductor y anotador de la *Historia de la Iglesia* de Beraul-Bercastel con citar á uno de nuestros escritores del siglo IV, que seguramente fue el que más sobresalió en la poesía religiosa. He aquí lo que de él dice en una nota: «Por esta misma época, 329, en que Eusebio de Cesarea, floreció el ilustre escritor y presbítero español llamado Cayo Veccio Juvenco Aquilino. Fue de familia noble, y el primero de los poetas latinos que consagró la poesía á los asuntos de la religion cristiana; pues siguiendo en cuanto le fue posible el texto de los evangelistas, escribió en verso exámetro ó heróico la *Vida de Jesucristo*, obra que dedicó al emperador Constantino. Tambien escribió en verso acerca de los sacramentos, aunque no ha llegado á nosotros esta obra, así como tampoco varias otras en que sin duda ejercitó su talento ántes de emprender la *Historia Evangélica.* De él hablan S. Jerónimo en el libro de los *Escritores Eclesiásticos,* núm. 95, en la *Carta á Magno* y en el *Cronicon;* Venancio Fortunato en el principio de los libros de la *Vida de San Martin,* y Don Nicolás Antonio en el libro segundo de su *Biblioteca,* cap. 4.» Muy justo y merecido es este elogio tributado al primero de nuestros poetas religiosos; pero ¿es el único de quien debe hacerse mencion? Creemos que no, y por esto citaremos á otros que florecieron en el siglo IV. San Panciano de Barcelona fue un escritor tan piadoso como correcto y castizo. Su hijo Flavio Dextro, natural tambien de Barcelona y Prefecto del Pretorio (1), muy docto en la historia, cuyo estilo dice el señor La Fuente es muy parecido al de Ciceron, en cuya lectura estaba muy versado. Es digno tambien de mencionarse el célebre Olimpio de Barcelona, teólogo elocuente, designado por el Emperador para pasar á Africa en compañía del obispo Eunomio, á fin de oir á los Donatistas, á quienes condenaron despues de haber estado allí cuarenta dias para oir las partes (2).

---

(1) Masdeu, citado por La Fuente, prueba contra Florez que el Flavio Dextro, hijo de San Panciano, es el mismo Dextro prefecto del Pretorio.

(2) San Optato Milevitano: *De schismate Donatistarum*, lib. I, *ex edit.* Du Pin: París 1700.

Pero sobre todos bastaba para ilustrar no sólo la provincia Bética sino toda la España el nombre del grande Ocio, obispo de Córdoba, que tan importante papel desempeña en nuestra Historia Eclesiástica, y que ocupa un lugar muy distinguido entre los escritores de su siglo. Tambien este Prelado mereció la confianza de Constantino, quien le eligió para que llevase á Alejandría las cartas que escribió.

Al Padre San Jerónimo son debidas en su mayor parte las noticias de estos escritores, siendo él el que hace mencion de Latroniano, poeta muy elegante en su estilo, y de Acilio Severo, que escribió en verso su vida y conversion á Dios. Lucilio Bético fue tan amante de la literatura religiosa que empleó sus riquezas en enviar seis escribientes para que copiasen las obras de San Jerónimo. A otro escritor zaragozano, Prudencio (Aurelio Prudencio Clemente), dedica gratos recuerdos su paisano el señor La Fuente, que nos proporciona tan abundantes noticias. Le llama el poeta más elevado y sublime que en aquellos siglos y los posteriores consagró su númen á la religion cristiana. El despues de haber seguido la carrera de la toga y haberse distinguido en la milicia, se dedicó á cantar las glorias de la religion cristiana y los triunfos de sus mártires. No renunciamos al placer de dar á conocer al lector un trozo del elogio que á este entusiasmado vate hace el escritor nombrado: «A la muerte de Teodocio, dice, Simaco creyó buena aquella ocasion para alcanzar sus conatos, prevaliéndose de los pocos años é inexperiencia del emperador Honorio, á quien pidió nuevamente la rehabilitacion del culto idolátrico, y poniendo como causa del hambre que se padecia el haber dejado los Emperadores de pagar sus consignaciones á las vestales. San Ambrosio contestó con un vigoroso discurso. Prudencio tuvo la feliz ocurrencia de rebatir las razones de Simaco en un poema dividido en dos libros, que reunen la belleza del poeta á la energía del filósofo. Amarga y sarcástica en alto grado es la descripcion que hace de la virginidad de las vestales, que asistian con sus *sagrados ojos* á las feroces luchas de los gladiadores, palpitando *su tierno y misericordioso corazon* al ver sus heridas, y mandando con el dedo pólice concluir de matarlos, cuando caian en tierra:

.... pectusque jacentis
Virgo *modesta* jubet converso pollice rumpi,

Justamente indignado el poeta contra tan degradante espectáculo, introduce la buena memoria de Teodosio, aconsejando á su hijo que ejecutase lo que él dejó por hacer.

Ille urbem vetuit taurorum sanguine tingi
Tu mortes miserorum hominum prohibeto litari.

Simaco enmudeció ante tan vigorosa defensa. El decreto prohibiendo las luchas feroces no llegó probablemente á expedirse por contemporizar con la plebe de Roma. No hacia falta; entre las nieblas del Norte se estaban ensayando unos *lamitas* hábiles, que se preparaban para venir á Roma á dar al pueblo-rey un espectáculo parecido al de los gladiadores en que todos deberian tomar parte (1).»

Consignadas estas importantes noticias de la Iglesia de España, continuemos nuestra narracion de la Historia General enlazando los sucesos con el mejor órden que nos sea posible. Debemos pues ocuparnos ahora de un hecho importante, cual es la celebracion del

PRIMER CONCILIO GENERAL de Nicea. La herejía de Arrio, de la que nos hemos ocupado al principio de este capitulo, iba progresando rápidamente sin que fuesen suficientes para extirparla las medidas tomadas por el obispo de Alejandría. Era necesario un remedio proporcionado á la gravedad del mal. El Prelado de Alejandría apoyado por Ocio se dirigió al emperador Constantino, haciéndole conocer que se trataba del punto capital del cristianismo, cual era la Divinidad de Jesucristo; y que el medio que le parecia más oportuno para atajar aquel mal, como tambien la herejía de los cuarto decimanos y donatistas, era celebrar un concilio general compuesto de todos los obispos que pudiesen reunirse de toda la Iglesia universal, y para celebrar tan augusta asamblea fue designada la ciudad de Nicea (2).

---

(1) La Fuente, tom. I, cap. v, § XXXV. *Aurelio Prudencio*.

(2) Al ocuparnos del primer Concilio general creemos oportuno consignar aquí toda la doctrina y enseñanza canónica acerca de estas asambleas. El derecho escrito proviene de los Cánones, de los Concilios, de las Constituciones, de los Romanos Pontífices y de las Sentencias de los Santos Padres. A todos se les da el nombre genérico de cánones. Esto no obstante, segun la nomenclatura adoptada en la jurisprudencia, se llaman cánones las leyes conciliares, y se da el nombre de *Bulas Rescriptos ó Breves* á las pontificias. Por *Concilio* se entiende la reunion de los obispos para tratar de asuntos eclesiásticos. Concilio general es aquel al que han sido convocados por el Romano Pontífice todos los obispos del mundo católico. Los requisitos para que el Concilio sea general y ecuménico, son: 1.° que sea convocado por el Romano Pontífice: 2.° Que sea por él presidido ó por sus legados; y 3.° que las actas sean tambien confirmadas por el mismo Romano Pontífice. Como veremos en la continuacion de esta obra, los ocho primeros concilios generales fueron convocados por los Emperadores, pero no fue porque ellos tomasen la iniciativa, sino de acuerdo con los Romanos Pontífices y como ejecutores de su voluntad. Ellos pues debian señalar el punto donde debia tener lugar una reunion tan numerosa, disponer los medios materiales

El emperador Constantino despachó para todos los obispos cartas respetuosas, invitándoles para que sin pérdida de tiempo asistiesen, facilitándoles todos los medios conducentes para que pudiesen verificar la traslacion desde sus respectivas localidades á la ciudad de Nicea. Hallábase el Papa San Silvestre en edad bastante avanzada, y como no pudiese por esta causa asistir al Concilio, comisionó para que le representase como legado al obispo Ocio, y á los sacerdotes de la Iglesia romana Vito y Vicente. Cierto es que el Concilio fue convocado por el Emperador, pero es indudable que obró de acuerdo con el Romano Pontífice, y de esta verdad tenemos un testimonio en las actas del sexto concilio. Ya consignamos en la nota que va al pié de estas páginas que sólo al Sumo Pontífice compete la convocacion de los concilios, y manifestamos la causa por que los emperadores suscribian en los primitivos tiempos las convocatorias. Que nuestro obispo Ocio con los dos sacerdotes citados presidieron en nombre del Papa el Concilio, es una verdad honrosísima para España y principalmente para la Iglesia de Córdoba. De este céle-

---

para la traslacion de los Padres, tratándose de largas distancias, y proveer de subsistencias la ciudad. De esta manera se declaraba el Emperador protector de las disposiciones tomadas en los concilios, estableciendo penas civiles contra los transgresores. Si el Emperador asistia al Concilio, era sin voz ni voto en los asuntos que se trataban, y únicamente llevando su carácter de protector. El monarca está en su derecho de asistir á estas asambleas por sí ó por delegado, vigilando únicamente si se tratan asuntos que no sean puramente de dogma ó de disciplina, en los que no puede tomar parte alguna. En cuanto al orígen de los Concilios generales no encontramos inconveniente en dar este nombre á los Concilios Apostólicos, de los que nos ocupamos á su tiempo, presididos por San Pedro y que tuvieron lugar en Jerusalen. Esto no obstante empieza á contarse como Concilios generales desde el de Nicea, porque hallándose ya la Iglesia extendida por todas partes, asistieron obispos de todos los países donde habia penetrado la luz del Evangelio. Nádie puede desconocer la utilidad de los Concilios generales, no obstante que es indudable que la Iglesia puede subsistir sin necesidad de convocar todo el episcopado, lo que unas veces seria imposible y otras muy difícil. Su utilidad, decimos, no puede desconocerse, porque con sus decisiones ha sido más fácil poner término á las herejías y grandes cismas que han afligido á la Iglesia. Por *concilio particular* se entiende la reunion de los obispos de una comarca para ocuparse de los negocios pertenecientes á las iglesias de la misma. El derecho de convocacion corresponde al superior respectivo, y segun que sea este ó un Patriarca, ó un Primado, ó un Metropolitano, así tomará el concilio el nombre de *Diocesano* ó *Patriarcal*, *Nacional* y *Provincial*. Deben concurrir todos los obispos del territorio ó excusarse si para ello tuviesen justa causa, enviando un Presbítero que los represente. *Concilio Provincial* es aquel al que son convocados todos los obispos de la provincia eclesiástica, cuya convocacion y presidencia corresponde al Metropolitano, y si estuviese impedido ú vacante su silla, al sufragáneo más antiguo, como enseña el Concilio de Trento, sess. 24, de Reform., cap. 2. No creemos ser de este lugar el hablar del poder legislativo de los Concilios provinciales, ni de los Episcopales ó Diocesanos.

bre Prelado dice San Ambrosio que presidió todos los concilios famosos de su tiempo, y su nombre se encuentra el primero en las firmas del de Nicea.

Fueron los Prelados que se juntaron en el concilio de Nicea trescientos diez y ocho, sin contar muchos sacerdotes. Cuéntanse entre los primeros al santo patriarca Alejandro con el diácono Atanasio, que ya entónces, no obstante hallarse en la juventud, daba á conocer por sus claras luces, ingenio despejado y virtudes, lo que habia de ser en adelante. Del Egipto asistieron Potamion de Heraclea y Pafuncio de la Tebaida alta, personajes ambos venerables y que gozaban de gran reputacion. Ambos habian padecido por causa de la fe, perdiendo cada uno un ojo, y al segundo ademas le habian hecho sufrir otros tormentos. Fue este santo varon discípulo de San Antonio, y se dice que estuvo adornado del don de profecía. El emperador Constantino le miraba con la mayor veneracion, complaciéndose en hablar con él, y dice un historiador que muchas veces trasportado de la fe más viva le besaba respetuosamente la cicatriz que tenia en el rostro, y que habia recibido por defensor de la fe. Entre los demas Prelados asistentes al concilio haremos mencion de Espiridion, obispo de Tremitunta, en Chipre, varon esclarecido y adornado con el don de milagros: Santiago, obispo de Nisibe, en Mesopotamia, que habia adquirido gran celebridad, que por mucho tiempo habia practicado la vida ascética en el desierto, hombre tan penitente que se abstenia de acercarse al fuego ni aun en lo rigoroso del invierno, y que no comia más que lo indispensablemente necesario para sostener su vida. Habia aceptado el episcopado á pesar de su humildad, por haberle obligado á ello sus compatricios, que tenian en gran estima sus virtudes. De este santo obispo refiere Berault-Bercastel que una partida de vagabundos y mendigos le pidió un dia con qué sepultar á uno de los compañeros, que estaba tendido como muerto en el campo por donde pasaba el obispo. Dióles este limosna y pidió á Dios por el fingido difunto; pero el impostor murió al instante, y sus compañeros, que le querian hacer levantar poco despues, advirtieron con el mayor espanto que su juego se habia convertido en realidad. Recurrieron de nuevo al santo, echáronse á sus piés y confesaron su ficcion con sincero arrepentimiento: enternecióse al cabo el santo varon, y la virtud de sus oraciones resucitó al mismo á quien estas acababan de hacer que espirase para servirles de escarmiento.

Contábase tambien entre tan ilustres varones Paulo, obispo de Neo-

cesarea del Eufrates, en las inmediaciones de Nisibe, el que en una de las persecuciones habia perdido el uso de las dos manos, cuyos miembros le quemaron con un hierro ardiendo.

Hasta de la Armenia mayor, que estaba fuera de los límites del imperio romano, acudieron Prelados, como asimismo de las Galias y de la España. De la Armenia vino el obispo de Aróstanes; del reino de los Persas el obispo Juan, y del país de los escitas el obispo Teófilo, metropolitano de los godos, Alejandro de Alejandría, Macario de Jerusalen, Eustaquio de Antioquía, Leoncio, metropolitano de Capadocia, Ceciliano de Cártago, célebre por sus virtudes y por sus grandes triunfos conseguidos contra los donatistas. Tambien del partido de Arrio se presentaron hasta veinte y dos obispos, contándose entre ellos los dos Eusebios, Paulino de Tiro y Aecio de Licla. Este, como asimismo Segundo de Ptolemaida en Libia, Teonas de Marmarica y Teoguis de Nicea, eran los más obstinados en la herejía arriana.

Fueron tambien admitidos al concilio, á más de los obispos y sacerdotes distinguidos, algunos legos considerados como muy versados en las Sagradas letras, pero sin que tuviesen voto en las decisiones, sino para ayudar á los obispos á confundir á los heresiarcas. Era seguramente la reunion más respetable que habia tenido lugar desde principios del mundo: era una asamblea compuesta de muchos santos. Cuando el emperador Constantino supo que ya se hallaban congregados en Nicea todos los obispos, se trasladó á esta ciudad desde Nicomedia. Animado de los más santos deseos, anhelaba el momento de ver aquella reunion de varones esclarecidos, y tambien que terminasen las disensiones por la diversidad de pareceres. Los Padres tambien estaban animados de igual deseo y todos esperaban, confiados en la bondad de Dios, que de aquella reunion habia de resultar gloria para el Señor, engrandecimiento para la Santa Iglesia y confusion para los herejes.

Llegó por fin el dia señalado para la sesion pública y solemne, que fue el 19 de junio del año 325. Ántes de este dia los arrianos habian presentado memoriales al emperador quejándose de sus colegas, pero aquel príncipe cristiano, sin leer ni uno solo, los hizo quemar en presencia de los mismos que los habian entregado, pronunciando estas palabras, que por sí solas forman la apología de aquel monarca: *A Dios solo toca el absolveros ó condenaros: por lo que á mí toca, yo no soy mas que un hombre, sin carácter en el órden de las cosas santas, y por lo tanto no me entrometeré á juzgar á los mismos que él estableció en lugar suyo*

para juzgarnos á nosotros. ¡Palabras dignas de un emperador cristiano, cuyo corazon no estaba poseido de la vanidad y del orgullo! Sabia Constantino que hay un Rey eterno que domina sobre todos los reyes de la tierra, y ante su autoridad y majestad divina inclinaba su cabeza! Digno ejemplo que debieran haber estudiado é imitado ciertos Césares cuyo orgullo les ha hecho entrar con la vara de su poder en terreno vedado para todos aquellos que no pertenecen al número de los que Dios estableció en lugar suyo para juzgar á los demas hombres.

Para que se llevase á cabo con toda la solemnidad debida la celebracion del concilio, el emperador dispuso que fuese magníficamente adornada la sala principal del palacio imperial de Nicea, colocándose los bancos necesarios para que pudiesen todos colocarse con órden, y en un trono que se elevaba al frente fue colocado el libro de las Sagradas Escrituras.

Cuando estuvieron reunidos los Padres, presentóse el emperador cubierto con un manto bordado de oro y adornado con piedras preciosas. No le acompañaban guardias y tan sólo le seguian algunos de sus ministros. El que era señor del mundo se presentó con aspecto humilde y no quiso aceptar puesto de distincion, ocupando una silla colocada en una de las extremidades de la sala y que se distinguia de las demas en que era de oro.

En el momento de presentarse Constantino todos los Padres se pusieron de pié, y cuando se hubo colocado delante de su asiento, no se sentó hasta que los Padres le instaron por señas á que lo hiciese. Despues por su mandado se sentaron todos.

Muy justo era que presentándose allí el emperador, se diese comienzo por felicitarle de haber sido escogido por Dios para dar la paz á su Iglesia, y así se hizo. Uno de los Prelados, cuyo nombre se ignora, y tal vez fuese Ocio, aunque esto no es mas que una suposicion nuestra, fundada en la representacion que tenia en tan augusta asamblea y en la fama de su sabiduría, se levantó y pronunció un discurso, dirigido á felicitar al príncipe por los grandes beneficios que habia dispensado á la Iglesia, suplicándole al mismo tiempo que, como todos lo esperaban, siguiese en adelante dispensándole la misma proteccion, con lo que se haria merecedor de las bendiciones de Dios y de la gratitud de la misma Iglesia.

Constantino oyó aquel discurso con los ojos bajos, y despues de algunos momentos de reflexion contestó que uno de los mayores favores que

Dios le habia dispensado era el poder estar aquel dia entre tantos varones excelsos, y que no tenia duda de que iban por medio de ellos á terminarse las funestas disensiones que habian alentado á los enemigos de la Iglesia.

Dióse principio, apénas concluyó el emperador su discurso, á examinar la cuestion de fe. Interrogóse á Arrio á fin de que manifestase públicamente su doctrina, y el heresiarca con la mayor desvergüenza, sin tener en cuenta lo augusto y venerable de la asamblea, ni la presencia del emperador, empezó á exponer sus doctrinas, blasfemando de la divinidad de Jesucristo. La discusion fue acalorada en el principio. Los eusebianos trataban de disimular las blasfemias de Arrio, vomitando otras más detestables. Contradecíanse los unos á los otros, y al fin ellos mismos venian á quedar confundidos de sus errores. El emperador trataba de templarlos á todos dirigiéndoles su palabra en el idioma griego, que hablaba con suma elegancia. Por último, los ortodoxos expusieron la doctrina de la Iglesia y sus creencias.

Procedióse en seguida á leer la carta de Eusebio de Nicomedia. Su contenido, en el cual se veia claramente declarada la herejía, llenó de indignacion á los Padres, de tal modo que la carta fue hecha pedazos. Los partidarios presentaron una confesion de fe, pero como en ella se advirtiese perfidia y dolo, se les preguntó si reconocian que el Hijo de Dios es la sabiduría eterna del Padre, inmutable, siempre subsistente en él, en suma, si creian que es el mismo Dios, el Dios verdadero.

No supieron por el pronto contestar á aquellas preguntas, que les cogió de improviso, pero al fin convinieron en admitir todos aquellos atributos del Hijo de Dios, aunque dándoles en su interior el sentido que les parecia. El Espíritu Santo inspiró á los Padres una palabra que lo expresase todo, cual es la de *Consubstancial*, en griego *Homonsion*. No hay en efecto, otra palabra que más terminantemente declare la semejanza perfecta que existe entre el Padre y el Hijo. Esta palabra fue la condenacion y confusion de Arrio y de su herejía, y la Iglesia la ha conservado y la repite cada dia.

En vano fue que los herejes se esforzasen por decir que esto era introducir una novedad, puesto que la palabra *Consubstancial* no se encontraba en las Sagradas Escrituras. Se les manifestó que no era enteramente nueva, pues que ya la habian usado San Dionisio, papa, y San Dionisio de Alejandría, á más que el Apóstol prohibe en los términos únicamente las novedades profanas como las que ellos procuraban propagar,

pero no las palabras que se hacen necesarias para confundir nuevos errores.

A continuacion el célebre Ocio formó el Símbolo, escribiéndolo Hermógenes, obispo que fue de Cesarea, en Capadocia. Estaba concebido en los siguientes términos:

«Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Criador de todas las «cosas visibles é invisibles; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de «Dios, engendrado del Padre, es decir, de la substancia del Padre; Dios «de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y «no hecho; consubstancial al Padre, por quien todas las cosas han sido «hechas en el cielo y en la tierra; el cual por nosotros los hombres y «por nuestra salud bajó de los cielos, se encarnó y se hizo hombre; pa«deció, resucitó al tercer dia, subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los «vivos y á los muertos. Tambien creemos en el Espíritu Santo. Por lo «que toca á los que dicen: *Hubo cierto tiempo en que el Hijo de Dios «no existia, y no era ántes de ser engendrado, y ha sido sacado de la «nada*, y los que pretenden que es de otra hipóstasis ó de otra subs«tancia, bien sea mutable, bien sea alterable, la Santa Iglesia Católica y «Apostólica los anatematiza.»

Esta fórmula fue suscrita por todos los Padres á excepcion de diez y siete (1), pero al fin llegaron á convenirse y hasta el mismo Eusebio de Cesarea admitió la palabra *consubstancial*, que con tanto esfuerzo habia ántes combatido, quedando tan solamente dos pertinaces en la herejía, y estos fueron Segundo y Teonas, que eran patrocinados por la princesa Constanza, pero esto no impidió el que fuesen condenados ambos con el hereje y desterrados á Iliria.

Fueron condenados todos los escritos de Arrio, lo mismo que su persona, confirmándose tambien la condenacion de sus partidarios pronunciada en el concilio de Alejandría.

Terminada la cuestion de fe, pasó el concilio á otro asunto de importancia, cual era el tiempo en que debia celebrarse la Páscua, y el decidir esta antigua cuestion habia sido uno de los objetos principales del concilio. Las Iglesias de Siria y Mesopotamia continuaban celebrando esta festividad, conforme al uso de los judíos, el dia catorce de la luna de marzo, bien fuese domingo, bien feria. El resto de la cristiandad la celebraba el domingo más inmediato al dia catorce. Los Padres unánimemente

---

(1) Theodoret. lib. 7, cap. 8.

convinieron en que en adelante y para siempre se celebrase la Páscua en un mismo dia en toda la Iglesia universal y que fuese el domingo despues de la Páscua de los judíos. San Atanasio hace una advertencia muy digna de observacion con respecto á este concilio. Nota que al hacer la profesion de fe, como que era un testimonio de la creencia de la Iglesia, principia: *Esta es la fe de la Iglesia*, y la definicion hecha con motivo de la celebracion de la Páscua, como era un asunto puramente de disciplina, que en adelante habia de obligar á toda la Iglesia, empieza: *Hemos querido.*

No habian concluido con esto los trabajos del concilio. Una vez terminados los asuntos y negocios principales que decian órden á toda la Iglesia universal, la augusta asamblea fijó su atencion en el cisma de Melecio, que hacia más de veinte años tenia agitada á la Iglesia de Alejandría: fue terminado estableciendo el concilio terminantemente que se observasen las costumbres antiguas en Egipto, en la Libia y en Pentápolis, y que el obispo de Alejandría continuase ejerciendo su potestad en todas aquellas provincias, pues este era el uso de Roma, tomándose varias disposiciones con respecto á los clérigos quienes Melecio habia impuesto las manos. Así, pues, con el apoyo de la autoridad civil, tan dispuesta á proteger el catolicismo, todas aquellas Iglesias se restituyeron al Patriarca, sometiéndose los cismáticos, que por entónces permanecieron tranquilos.

Dictáronse hasta veinte cánones para la conservacion de las costumbres antiguas, y se estableció entre otras cosas que se diese la Eucaristía á los que la pidiesen en la hora de la muerte, con tal de que se hallasen en disposicion de recibirla dignamente; que los obispos no pudiesen conferir á los neófitos ni mudar de iglesia, y que se depusiese á los clérigos que hubiesen sido usureros.

Entre los cánones de este concilio encontramos dos de la mayor importancia que dicen órden á las dos clases de herejías, á saber: la de los novadores ó cátaros y la de los paudianistas, que eran los sectarios de Pablo de Samosata. Decidió el concilio que era necesario rebautizar á estos últimos, porque no habian recibido el bautismo bajo la forma de en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. En cuanto á los novacianos, mediante á que no habian variado la forma del bautismo, ni erraban en la fe de la Trinidad, confirmaron los Padres lo que ya habia sido establecido por San Estéban, segun vimos á su tiempo, el cual prohibió rebautizar bien sea á estos sectarios, ó bien á cualquiera

de los que hubiesen conservado el bautismo de la Iglesia católica.

Los griegos conservan en tanto respeto la memoria del concilio de Nicea que cada año renuevan su memoria celebrándole como la fiesta de los santos.

He aquí ahora parte del texto de la carta sinodal que escribieron los Padres ántes de separarse, concluido el Concilio: «Ante todas cosas, dicen, hemos examinado en presencia del emperador la herejía de Arrio y de sus sectarios; y unánimemente hemos resuelto anatematizarle á él, á su doctrina y á sus impíos escritos, por las blasfemias que vomitaba contra el Hijo de Dios, diciendo que fue sacado de la nada, que no era ántes de ser engendrado, y que hubo un tiempo en que no existia; que por su libre albedrío podia abrazar el vicio del mismo modo que la virtud; y por último que es criatura. Por lo que mira á la persona de Arrio ya habreis sabido ó sabreis muy pronto por la voz pública de qué manera se le ha tratado; y no queremos parezca que insultamos á un hombre que, con la sentencia de destierro, ha recibido el digno premio que merecia su crímen. Su impiedad logró perder con él á Teonas de Marmarica y á Segundo de Ptolemaida: por eso le acompañan tambien en el castigo.» A continuacion dan cuenta de todo cuanto se habia hecho y decretado en el Concilio.

El emperador estaba lleno de gozo por el feliz resultado del Concilio, y se sirvió de su autoridad para que fuesen ejecutados sus decretos. He aquí cómo se expresa en la circular que envia á todas las provincias del imperio: «Todo cuanto se hace en los santos Concilios, y tal fue siempre la persuacion de los verdaderos fieles, debe atribuirse á la voluntad de Dios. Por ella me propuse reunir en Nicea el mayor número de obispos que fuese posible, con los cuales yo mismo, como uno de vosotros, porque hago vanagloria de servir al mismo Señor, me apliqué á conocer y á descubrir la verdad. Se examinó, pues, escrupulosamente lo que habia podido ocasionar la division; y quiera Dios perdonarnos, ¡qué horribles blasfemias hemos oido proferir contra nuestro Salvador, que es nuestra esperanza y nuestra vida, por unas gentes de doctrina contraria á las divinas Escrituras y á nuestra santa fe! Mas de trescientos obispos, tan virtuosos como sabios, han convenido en una misma creencia, que es en verdad la de la ley cristiana. Sólo Arrio ha sido convencido de haber sembrado por instigacion del demonio la impiedad primeramente entre los egipcios sus compatriotas, y despues en otros muchos lugares. Por tanto recibamos la fe que el Señor Todopoderoso nos ha enseñado, y cor-

ran á juntarse con nosotros los hermanos separados por las intrigas tenebrosas de un emisario infernal: porque lo que han determinado trescientos obispos no es otra cosa que la sentencia del Hijo único del Eterno, habiendo declarado el Espíritu Santo la voluntad de Dios por el órgano de estos varones eminentes á quienes inspiraba. Y así nadie se detenga; ántes al contrario vuelvan todos con regocijo al camino recto de la verdad (1).»

El Concilio habia durado poco más de dos meses, habiendo terminado el 25 de agosto, y Constantino usó de la mayor severidad para que puntualmente fuesen observadas en todas partes las leyes canónicas que en aquella santa asamblea habian sido dictadas. Despidió á los Padres con las mayores muestras de afecto, haciendo á algunos de ellos espléndidos regalos, y dando á los principales cartas para notificar en todas partes las decisiones del Concilio. De las comisiones formadas con este objeto, muy importantes para conocer la geografía eclesiástica, nos da cuenta Berault-Bercastel, refiriéndose á Gelasio, lib. 2. Es de este modo: «Ocio, obispo de Córdoba, tanto por sí como por los otros dos legados Vito y Vicente, debia comunicar las decisiones del concilio á la ciudad de Roma, á Italia, á España y á las otras naciones que baña el Océano; á saber, á los galos, á los germanos y á los bretones. Alejandro, patriarca de Alejandría, debia intimarlas al Egipto, Pentápolis, á la Libia y á las provincias circunvecinas. Macario de Jerusalen y Eusebio de Cesarea á la Palestina, á la Arabia y á la Fenicia. Eustaquio de Antioquía á la Celesiria, á la Mesopotamia y y á la Cilicia. Juan, obispo de los Persas, á toda la Persia y á las Indias mayores. Leoncio de Cesarea de Capadocia á su provincia de Capadocia, á la Galacia, al Ponto, á la Paflagonia y á la Armenia mayor y menor. Teonas de Cicico á la Asia proconsular, al Helesponto, á la Lidia y á la Caria. Nunequio de Laodicea á la primera y segunda Frigia. Alejandro de Tesalónica á la Macedonia, á la Grecia ó Acaya, á la Tesalia, á la Iliria y á ambas Escitias. Alejandro, entónces sacerdote y despues obispo de Bizancio, á las islas Ciclades. Protógenes de Sárdica á la Dacia, á la Dardania y á los países vecinos. Pisto de Marcianópolis á la Misia y á las regiones limítrofes. Y por último, Ceciliano de Cartago á las provincias de Africa, de Numidia y de Mauritania.»

Por más que los arrianos quedasen confundidos en el Concilio Niceno, no por eso dejaron de suscitar nuevas turbulencias. Escribieron á Cons-

(1) Berault-Bercastel. Lib. VII, n. 56.

tantino, y fingiendo aceptar la fe de Nicea, consiguieron que se les levantase la pena del destierro. Trataron despues por todos los medios que les fue posible de preocupar al Emperador contra los obispos católicos, y muy especialmente contra San Atanasio, sucesor de Alejandro en la silla de Alejandría, y al que miraban como su adversario más terrible. Quisieron hacer creer al Emperador que si Arrio habia sido condenado era porque no se habia explicado con bastante claridad, que aquel estaba en el mejor sentido, y que seria una cosa agradable á los ojos de Dios el que se mandase á Atanasio que lo recibiese en su Iglesia. No ignoraban ellos que aquel Prelado habia de rehusar constantemente el recibirlo, y de aquí se proponian sacar partido para indisponerle con el Emperador. Atanasio recibió la órden de admitir á Arrio bajo pena de deposicion, y al mismo tiempo los arrianos publicaban contra el santo obispo las más groseras calumnias, y acusaciones tales que, habiendo llegado á oidos de Constantino, este se creyó en el deber de examinar si eran fundadas. A este efecto convocó una junta de obispos en la ciudad de Tiro para examinar la conducta de Atanasio, ordenando al acusado que compareciese á ella. No se descuidaron los arrianos, procurando que fuesen nombrados obispos de su partido, y estos trataron de una manera la más indigna á San Atanasio. No dándole asiento en la asamblea, le obligaron á permanecer de pié cual si fuese un criminal que esperase la sentencia. Con la mayor tranquilidad escuchó el Santo Prelado cuantas acusaciones le dirigieron, y contestando á ellas valerosamente confundió á sus adversarios. A falta de razones los arrianos se valieron de amenazas y aun hubieran llegado á maltratarle, y quizás á quitarle la vida, si los comisarios del Emperador no le hubiesen apartado de las manos de ellos. Viendo pues San Atanasio que no estaba allí segura su vida, tomó el partido de marchar á Constantinopla, ciudad á la que Constantino habia trasladado el trono del Imperio, siendo su principal objeto sincerarse ante el Emperador. A pesar de los esfuerzos del santo contra la falsedad de la acusacion, Constantino le juzgó culpable y le desterró á Tréveris, populosa ciudad de la Galia Belga que distaba unas ochocientas leguas de Alejandría. El Santo Prelado lleno de resignacion partió al punto para su destierro, á donde llegó á principios del año 336. Los sentimientos de Constantino no podian ser más excelentes, pero se dejó engañar por los sectarios del error. Los arrianos que consiguieron este triunfo batian palmas de contento y se preparaban para establecer á Arrio en Alejandría.

Empero detengámonos aquí á fijar nuestra consideracion en el Santo Pontífice Silvestre, al que Dios concedió la dicha de dejar la Santa Iglesia disfrutando del beneficio de la paz. Este es el primer Pontífice al que se representa coronado con la Tiara: la que usaba fue llevada á Avignon, y desde allí á Roma y colocada en la Iglesia de los santos Silvestre y Martino *à i Monti*.

Creó este Santo Pontífice en seis ordenaciones, verificadas siempre en los meses de diciembre, sesenta y dos ó sesenta y tres obispos, cuarenta y dos presbíteros y veinte y seis diáconos, habiendo gobernado la Iglesia durante veinte y un años y once meses, y muriendo en el Señor el 31 de diciembre de 335. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Priscilla, en la via Salaraiana, desde donde fue trasladado por Paulo I en 762 á la iglesia que mandó construir en el terreno que ocupaba la casa paterna del santo Pontífice, y que llamó San Silvestre *in Campo Marzo*, y que generalmente es conocida con el nombre de San Silvestre *in Capite*.

Este Santo Pontífice, dice Artaud de Montor, es el único entre todos, exceptuando á San Pedro, en cuyo honor se haya celebrado fiesta de precepto; esta costumbre, que prevaleció cerca de cinco siglos, fue convertida en ley por Gregorio IX en 1240, y despues abolida por Pio VI en mayo de 1798.

Es lo cierto que San Silvestre dejó gran fama por su admirable vida, adornada de las más excelentes virtudes, y por haber convertido y bautizado al Emperador Constantino, y por haber alcanzado la Iglesia en su tiempo la paz y la majestad y grandeza que por su mano se ha derivado á otros Sumos Pontífices, con lo cual, como dice el Padre Ribadeneira, ha podido resistir á los infieles y reprimir á los herejes, y hacer rostro á los príncipes desobedientes y enemigos de la quietud. Digna es pues de conservarse en bendicion la memoria de tan santo Pontífice.

CAPITULO VI.

San Márcos, pontífice.—San Julio I, pontífice.—Entrada de Arrio en Constantinopla.—Miserable y horrorosa muerte del hereje —Efecto que causó en el Emperador.—Muerte del Emperador.—Se divide el imperio entre los tres hijos de Constantino.—Grandes proporciones del cisma de Alejandría.

Para suceder á San Silvestre en la Sede Apostólica fue nombrado

San Márcos en el año 336, á los diez y siete dias de la muerte de su antecesor. Dícese que algun tiempo ántes habia sido nombrado por Constantino como uno de los jueces de Donato, lo que hace creer que era ya célebre por su piedad y sabiduría. Quiere Novaes que ántes de ceñir la tiara habia llevado el título de cardenal y que desde entónces habia empezado á generalizarse este título. Dicen unos autores que San Márcos fue el que mandó que en la Misa se rezase despues del Evangelio el símbolo de Nicea, *Credo in unum Deum* etc., aunque otros atribuyen á San Dámaso I este decreto, lo que afirma Inocencio VIII.

En el corto tiempo que San Márcos ocupó la silla de San Pedro creó en una ordenacion varios obispos, presbíteros y diáconos, en cuyo número no están conformes los escritores.

Despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de nueve meses no completos, murió el 9 de octubre del año 336, siendo sepultado en la via Ardeatina, en el cementerio de Santa Balbina, y trasladado desde allí á la Iglesia de San Márcos, que habian construido, siendo nombrado para sucederle

San Julio I, que fue elegido despues de algunos meses de estar vacante la Santa Sede, en el año 337.

Debemos ocuparnos aquí de la miserable muerte de Arrio, ocurrida probablemente ántes de este Pontificado pero que hemos de enlazar en

nuestra relacion con la del Emperador Constantino, que tuvo lugar en los primeros tiempos del Pontífice San Julio.

Ya hemos insinuado que los arrianos, enardecidos por el buen éxito de su empresa, pensaron en establecer á Arrio en Alejandría. Aprovechándose el heresiarca de la ausencia de San Atanasio pasó á esta ciudad y fué á presentarse en la Iglesia. El pueblo católico no quiso aceptarlo, y hubo con este motivo grandes desórdenes, lo que sabido por Constantino le mandó órden de salir inmediatamente de Alejandría y de dirigirse á Constantinopla. Sus partidarios resolvieron hacerle en esta ciudad un solemne recibimiento. Era entónces obispo de esta ciudad imperial un anciano venerable muy adicto á la fe de Nicea, al que en vano quisieron obligar los arrianos á que le admitiese en su Iglesia. Aquel venerable Prelado rehusó valerosa y constantemente el acceder á tal demanda. Los arrianos le amenazaron con hacerle perder la prelatura y con obtener una órden del Emperador para que por fuerza admitiese á Arrio en su Iglesia. Constantino siguió siendo débil y se dejó arrancar la órden. Entónces el santo Prelado recurrió á Dios, y haciendo fervorosa oracion al pié del altar exclamaba: «Señor, si Arrio ha de ser recibido en la Iglesia, os conjuro á que ántes me saqueis de este mundo; pero si Vos teneis compasion de vuestra Iglesia, como yo no dudo, no permitais que jamás se convierta en objeto de desprecio.» Las fervorosas súplicas del venerable anciano subieron al cielo en olor de suavidad. Al dia siguiente fue recibido Arrio por sus sectarios, los cuales le conducian procesionalmente por las calles de Constantinopla. Cuando se aproximaban á la plaza y divisaron la Iglesia, Arrio palideció á vista de la inmensa concurrencia, y siendo acometido de una necesidad natural, tuvo que separarse del cortejo para entrar en un lugar reservado. Mas como quiera que se detuviese más de lo natural, entraron en él y le encontraron echado en el suelo, muerto, nadando en su sangre y con las entrañas fuera de su cuerpo. Sus mismos secuaces no pudieron ménos de estremecerse de horror y huyeron espantados de aquel sitio, al cual nádie quiso en adelante acercarse, señalándole todos como un lugar de las venganzas divinas. Tal fue la muerte miserable de aquel aborto del infierno, que impulsado por el espíritu de la soberbia fue cayendo de precipicio en precipicio hasta dar con el mayor de todos, que es la condenacion. Cesarotti al hablar del desastroso fin de Arrio añade estas palabras: «Por desgracia, su muerte no abrió los ojos de Constantino, ni humilló tampoco el arrianismo (1).»

(1) Cesarotti, p. 77.

No es cierto. Aquel acontecimiento, guiado por la mano de la Providencia, tenia necesariamente que producir resultados y los produjo. El emperador hizo sobre el acontecimiento las más profundas reflexiones, acabando por reconocer en él la mano de Dios, tomando desde entónces gran aversion á la secta de los arrianos. Sintió vivamente la falta que habia cometido desterrando á San Atanasio, y se disponia á levantarle el destierro cuando fue sobrecogido de la muerte; pero tuvo tiempo ántes de espirar de dar las órdenes oportunas para ello.

De pronto fue acometido el Emperador Constantino de una grave dolencia, y los médicos creyeron no podria encontrar alivio sino con baños calientes. Despues que le hubieron administrado los de Constantinopla, mandó el mismo emperador que le llevasen á las aguas de Helenópoles, hácia Nicomedia: pero el mal fue aumentando con rapidez, impidiéndole el tomar aquellos baños. Entónces fijando la atencion tan solamente en el que juzga á todos los monarcas de la tierra, visitó con la mayor devocion la célebre iglesia del Mártir San Luciano, donde pasó mucho tiempo en oracion. Dicen algunos escritores que entónces conociendo que se acercaba su fin se hizo administrar el bautismo. Podria ser, como quiere alguno, que no lo hubiese recibido ántes por su deseo de ir al Jordan para recibirlo en las mismas aguas que el Salvador. A nosotros no nos parece admisible que esperase á recibir este sacramento en su hora postrera. Constantino desde el momento de su conversion fue fervoroso en la piedad, y conocia precisamente la necesidad del bautismo para conseguir la salvacion. ¿Ignoraba por ventura que podia morir repentinamente? ¿Cómo es pues creible que mirara por tanto tiempo con indiferencia lo que era tan importante? Lo cierto es que este Emperador, instrumento escogido por Dios para dar la paz á su Iglesia, murió siendo llorado vivamente por el pueblo y por sus tropas, pues que para todos habia sido un padre amante y cariñoso. Su cadáver fue trasladado á Constantinopla, y los habitantes de esta populosa ciudad, que tantos beneficios habian recibido de sus manos, manifestaron con sus lágrimas y sollozos el gran sentimiento que les causaba la muerte de su soberano, al que habian amado como á su padre.

Tres hijos dejó el Emperador Constantino, llamados Constantino, Constancio y Constante, entre los cuales repartió el imperio, con el objeto de evitar entre ellos toda clase de discordias. Al mayor, que como acabamos de decir llevaba su nombre, señaló las Galias, la España y la Bretaña; á Constancio habia dejado el Egipto y el Asia, y á Constante, que era el

más jóven, las provincias del centro del imperio, á saber, la Italia, la Iliria y el Africa. El primero de ellos, como señor de las Galias, restableció en su silla episcopal á San Atanasio. Escribió una carta á Alejandría que envió por mano del mismo santo obispo, y en ella decia á aquella Iglesia que en restituirle su Prelado no hacía mas que conformarse con la voluntad de su padre, que tambien lo hubiera hecho de no haberlo arrebatado la muerte. Es notable este párrafo de dicha carta: «Cuando, pues, añadia, habrá llegado Atanasio, conoceréis cuánto le hemos honrado; y no debe sorprenderos, puesto que nos ha inclinado á ello la afliccion que os ha causado su ausencia y el respeto que tenemos á su virtud.»

Grande fue y extraordinario el regocijo de Alejandría por la vuelta de un Prelado al que tanto amaba, y así el clero como el pueblo se esmeraron en hacerle un recibimiento digno de las relevantes prendas que le adornaban. En todas las Iglesias resonaron cánticos de accion de gracias al Señor, y sacerdotes y legos postrados al pié de los altares vertian lágrimas de consuelo por el favor especial que Dios en su misericordia infinita les otorgaba con la vuelta de su santo obispo.

Llenos al mismo tiempo de indignacion los sectarios de Arrio, empezaron á protestar públicamente, teniendo por anticanónico aquel acto, diciendo que no podia ser restablecido sino por la autoridad del concilio. Buscando medios para perderle inventaron contra él nuevas calumnias, y recurrieron al emperador Constancio, al que hicieron creer que Atanasio era un espíritu inquieto, formulando contra él las más negras y pérfidas acusaciones. El santo Prelado se defendió, pero esto no obstante aquel príncipe, que se habia entregado á los arrianos, les dió su permiso para que pudiesen elegir un nuevo patriarca de Alejandría. Escudados con esta órden y mandato imperial depusieron á San Atanasio, colocando en su silla á un clérigo llamado Pisto, el cual lo mismo que el obispo que le consagró habian sido excomulgados en el concilio de Nicea. En el momento que el Papa tuvo conocimiento del hecho negó su comunion al intruso, y todas las Iglesias pronunciaron contra él sus anatemas. Pisto, pues, á pesar de sus esfuerzos no pudo llegar á tomar posesion de aquella dignidad que habia usurpado.

Viéndose San Atanasio tan oprimido y perseguido fué á Roma, donde le recibió con el mayor amor el papa San Julio, el cual reunió un concilio para deliberar sobre este asunto. En este concilio fue justificado San Atanasio y confirmado en su silla. El cisma de Alejandría produjo los más tristes resultados. Léjos de intimidarse los arrianos por la sentencia del

Papa, eligieron un nuevo patriarca, recayendo su eleccion en un clérigo llamado Gregorio, al cual dieron posesion con autoridad del Emperador valiéndose de la violencia de las armas. Los católicos alarmados y afligidos se refugiaron á las Iglesias, y el oficial del Emperador reuniendo la gente perdida y alborotadora les excitó á ir contra ellos, de tal modo que arrojándose sobre los indefensos católicos, no solamente los insultaron sino que hicieron porcion de víctimas, estropeando y quitando la vida á muchos de ellos. Los sacerdotes que se negaban á comunicar con los herejes eran arrastrados al tribunal del gobernador y en presencia del mismo Gregorio eran cruelmente apaleados. A los ministros de la Iglesia se les hacia morir de hambre. Por último, para conocer los fatales efectos de este cisma y la impiedad de Gregorio basta decir que el mismo dia de viernes santo, entró el intruso con una escolta de soldados paganos en una Iglesia de la que se habia propuesto apoderarse, haciendo azotar públicamente y encarcelar á treinta y cuatro personas, en su mayor parte vírgenes y mujeres honradas. De este modo y por medios tan violentos logró apoderarse de todas las Iglesias de Alejandría, de suerte que el clero fiel y los seglares no tenian otro medio que huir ó reconocer al intruso. El Papa en un concilio compuesto de ciento setenta obispos tomó la defensa de San Atanasio y declaró nula la ordenacion de Gregorio. Este murió á poco tiempo, mas no por esto cedieron los sectarios, pues que le designaron sucesor, extendiéndose aquella persecucion por todo el Egipto.

Cada vez más adicto el Emperador á los arrianos dió órden de arrojar á los obispos católicos de las Iglesias, y en vez de ellos fueron colocados jóvenes de mala conduta, que léjos de atender al decoro del santuario llevaban fines puramente humanos.

A tantos desórdenes habia dado causa aquel genio soberbio é indócil, el impío Arrio, á quien como hemos visto ántes castigó Dios con una muerte tan miserable. Como veremos en la continuacion de esta obra, los cismas han producido en todos tiempos á la Santa Iglesia los mismos fatales resultados.

CAPITULO VII.

Persecucion de Sapor II, rey de Persia.—Plaga de mosquitos.—Muerte de Constantino II.—Constante es asesinado.—Son desterrados los obispos que no quieren condenar á San Atanasio.—Muerte del papa San Julio.—San Liberio, papa.—Se niega á presencia del Emperador á condenar á San Atanasio.—Es por esta causa desterrado á Bereo en la Tracia.—Concilio de Sirmium.—Concilio de Rímini, que concluye de un modo deplorable.—Origen de la Basílica Liberiana ó Santa María la Mayor en Roma.—San Hilario.—Asiste al concilio de Seleucia y defiende valerosamente la fe de Nicea.—Memorial que presenta al Emperador en Constantinopla.—Sus obras.—Muerte del papa San Liberio.

Por el mismo tiempo en que acaecieron los sucesos que acabamos de narrar tuvo lugar la cruel persecucion de Sapor II, rey de Persia, que produjo un gran número de mártires. La envidia de los sacerdotes de los falsos dioses dió causa á ella. Fueron tan inauditas las crueldades que en esta persecucion se ejercieron, que su relato, dice un escritor, hace estremecer. Sapor, que se hallaba en guerra con los romanos, puso sitio á la ciudad de *Nisibe* en Mesopotamia. El obispo de aquella ciudad, San Jaime, hizo fervorosa oracion suplicando á Dios que humillase al enemigo de la verdadera Iglesia, y él, que oyó benigno su oracion, hizo que apareciese una nube de mosquitos que cual copiosa lluvia cayó sobre los persas. Introduciéndose aquellos insectos en las trompas de los elefantes y en las narices de los caballos, hacian que se enfureciesen rompiendo los arneses y echando por tierra á los jinetes. No pudo ménos de reconocer Sapor que aquello era castigo de Dios para hacerle comprender su poder, y así huyó avergonzado y confuso. Pero esto no sirvió sino para que hiciese correr á torrentes la sangre cristiana, durando la persecucion hasta su muerte, ocurrida en el año 366.

Constantino II deseaba unir á su herencia el Africa, y trató de conquis-

társela á su hermano Constante, que no contaba con tan numeroso ejército como él: así, pues, bajo el pretexto de dar auxilio á Constancio contra los persas, reunió sus tropas y cayó sobre la Italia. Mucha era su confianza, en términos, dice Berault-Bercastel, que marchaba sin órden y sin precaucion, más como si anduviera por provincias conquistadas, que por estados enemigos y sin conquistar. Constante trató de defenderse, y Constantino pereció con la mayor parte de sus soldados, cuando contaba tan sólo veinte y seis años de edad; y tres despues de la muerte de su padre, en 340.

No obstante que la muerte del jóven Constantino fue una pérdida para la Iglesia, esta quedó protegida por su hermano Constante: pero este no tardó en seguir á aquel al sepulcro, pereciendo bajo el puñal asesino de un bárbaro llamado Maguencio que tenia aspiraciones al imperio.

De este modo Constancio quedó dueño del imperio, lo que fue una verdadera desgracia para el catolicismo, por estar este emperador, segun hemos dicho, muy favorable á los arrianos. A todo trance se habia propuesto perder á San Atanasio, é hizo reunir los obispos de Arlés en Milan para que le condenasen, presentándose él mismo como acusador. Contestaron los Prelados que no podian condenarle sin violar los cánones. A esto repuso el Príncipe: «Que mi voluntad os haga las veces de cánones: obedeced ó disponeos para marchar al destierro.» Los obispos, léjos de acobardarse por las palabras de Constancio, le manifestaron con la mayor firmeza que el imperio no era suyo sino de Dios, y que estaba obligado á obrar no segun su capricho, sino con arreglo á la justicia y á la equidad, que debia temer los juicios del que reina sobre los reyes de la tierra y no confundir ni amalgamar el gobierno de la Iglesia con el del Estado. Irritóse sobremanera Constancio con esta valerosa respuesta, de tal modo que mandó quitar la vida á algunos obispos; mas cuando los ministros de su justicia iban á apoderarse de ellos para cumplir sus órdenes mudó de propósito, contentándose con imponerles la pena del destierro.

Por este tiempo llamó Dios á sí al Papa San Julio, el cual habia trabajado infatigablemente por el esplendor de la Religion. Se dice de este Pontífice que fue el que ordenó que la fiesta de Navidad se celebrase el 25 de diciembre: sin embargo tenemos fundados motivos para creer con otros escritores que la institucion de aquella fiesta es posterior á este pontificado.

Murió San Julio el 12 de abril de 352, despues de gobernar la Iglesia

por espacio de quince años, dos meses y quince dias, siendo sepultado en el cementerio de Calepode, en la via Aurelia, y trasladado despues á la Iglesia de Santa María *in Trastevere*. Despues de una vacante de veinte y cinco dias, fue elegido

San Liberio, el dia 8 de mayo del mismo año 352. Unos dan á este Papa el título de santo, y entre ellos Novaes, y otros lo suprimen. Sea como quiera, este Pontífice fue creado por San Silvestre cardenal diácono, y era romano, perteneciente, segun se dice, á la familia Savelli. Dice Artaud de Montor que una de sus disposiciones fue suspender el curso de las causas durante los dias de ayuno, reprendiendo al mismo tiempo á los fieles que en la cuaresma ejercian sus derechos contra sus deudores, y que él fue el que introdujo la costumbre de no contraer matrimonio durante la cuaresma.

Fue Liberio un constante defensor de San Atanasio, enérgico partidario de las doctrinas del concilio de Nicea, segun ántes hemos manifestado, lo que le produjo tantos sinsabores, que sufrió con la mayor mansedumbre y espíritu verdaderamente evangélico. En vano los partidarios del error trataron de incitarle para que condenase á aquel santo Prelado. Conducido á Milan á presencia del emperador Constancio, fue por este terriblemente amenazado. Pero Liberio, como dice un escritor, mostró en esta ocasion ser la verdadera piedra de la Iglesia. La condenacion de Atanasio hubiera sido un golpe de muerte para el concilio de Nicea y un triunfo para los arrianos, y así á las amenazas de destierro que el emperador le hizo contestó resueltamente: «Nos hemos despedido ya de nuestros hermanos de Roma; pues tenemos en más las leyes eclesiásticas que la permanencia en aquella ciudad.» Respuesta digna del que hacia las veces de Jesucristo sobre la tierra, siendo la cabeza de la universal Iglesia. Así en la série de los siglos han contestado siempre los sucesores de Pedro á los príncipes de la tierra cuando de ellos han exigido que falten á sus sagrados deberes. Ya veremos en el curso de esta obra la firmeza con que han sabido arrostrar siempre las persecuciones y exponer la vida gustosos á sacrificarla ántes de transigir con lo que es opuesto á las leyes divinas y á las eclesiásticas.

Liberio fue desterrado á Bereo en la Tracia: cuando se disponia á partir, un oficial del emperador le ofreció de parte de este una suma de dinero para que pudiese hacer el viaje con comodidad, pero el Pontífice rechazó aquella oferta, diciendo: «Podeis decir al emperador que guarde ese dinero para pagar á sus soldados y para satisfacer la codicia de sus

ministros.» La emperatriz por su parte tambien quiso hacerle recibir una suma de dinero, pero la rehusó igualmente.

Duró el destierro del Papa Liberio como dos años, y durante este tiempo tuvo lugar un concilio en Sirmium, ciudad de la Baja Hungría, al que asistieron como trescientos obispos para condenar á Josin, obispo de aquella ciudad, el cual como Pablo de Samosata, su maestro, sostenia que Jesucristo no era Dios, sino un hombre como los demas, nacido de uno y otro sexo.

Desde luego rechazamos la suposicion de que el Papa Liberio, acosado por los trabajos é intimidado por las amenazas de muerte que se le hacian, consintió en condenar á San Atanasio entrando en comunicacion con los arrianos. El abate Gorgue, en su disertacion crítica sobre el Papa Liberio, el cardenal Oris y otros muchos críticos antiguos y modernos, defienden de esta acusacion á un Pontífice que ha merecido en varios martirologios el título de Santo, por la ejemplar conducta que observara.

Las grandes instancias que los fieles de Roma hicieron al emperador movió á este á levantarle el destierro, y volvió de nuevo á Roma, y en 359 reunió un concilio en Rímini, al que asistieron más de cuatrocientos obispos, entre los cuales habia ochenta arrianos. San Ambrosio, hablando de este concilio, dice que empezó felizmente pero que concluyó de un modo deplorable. Sostúvose libre y espontáneamente la verdad católica, rehusándose admitir nueva profesion de fe, declarando que era preciso atenerse al Símbolo de Nicea, sin añadir ni cercenar nada. Fueron anatematizados los arrianos, y los obispos en número de trescientos y veinte suscribieron este decreto, y los arrianos que se opusieron fueron reprobados y depuestos. El emperador estaba prevenido por los arrianos, y así envió al prefecto Tauro con órden expresa de no dejar separar el concilio hasta que los obispos hubiesen firmado una formula capciosa en la cual no se encontraba la palabra *consubstancial*, y desterrar á los que se obstinasen en rechazarla. Muchos de los Padres, que deseaban volver al cuidado de sus Iglesias, creyendo que la palabra *consubstancial*, al ménos en su sentido, estaba en distintos términos, suscribieron esta fórmula sin comprender el veneno que encerraba.

Empero pronto los Padres llegaron á comprender el fraude y rechazaron lo mismo que habian firmado, llenos de indignacion y de pena, declarando su adhesion á la fe de Nicea. De aquí tuvo orígen aquel dicho célebre de San Jerónimo: «*El mundo se asombró de hallarse arriano.*» Prueba, dice oportunamente un escritor, de que no lo era, pues

que nádie se asombra de lo que es realmente. Así, pues, si erraron los Padres del concilio de Rímini fue tan solamente por engaño y sorpresa, siendo causa involuntaria del triunfo del arrianismo. Los demas obispos esparcidos por el mundo, con el Papa á la cabeza, protestaron contra aquel escándalo y desaprobaron las actas del concilio de Rímini. Hé aquí de qué modo se expresaba dos años despues San Atanasio dirigiéndose al emperador Joviano: «La fe de Nicea, que nosotros confesamos, ha «sido la de todos tiempos: todas las Iglesias la siguen: las de España, «Gran Bretaña, Galia, Italia, Dalmacia, Dacia, Miria, Macedonia; las de «toda la Grecia, de toda el África; de las islas de Cerdeña, Creta, Chi- «pre; de la Panfilia, de la Licia, de la Isauria, del Egipto, de la Libia, «del Ponto, de la Capadocia, tienen la misma fe, y todas las del Oriente, «á excepcion de un número muy pequeño.» Así se ve que ni las astu- cias de los arrianos, ni el engaño en que cayeron los Padres del concilio de Rímini, pudieron alterar la fe católica, por más que el emperador Constancio hiciese por su parte los mayores esfuerzos por el completo triunfo del error, persiguiendo tenazmente á los ortodoxos.

Hemos de ocuparnos ahora de un hecho notable ocurrido en tiempo del Papa Liberio y que dió orígen á la edificacion del magnífico templo de Santa María la Mayor de Roma, una de las tres principales Basílicas de aquella capital del mundo cristiano. Existia en aquella ciudad un patricio romano llamado Juan, el cual estaba casado con una señora de igual nobleza, hacia muchos años, sin que el cielo hubiese otorgado hijos al piadoso matrimonio. Por más que ellos deseasen tener sucesion, principalmente á causa de las grandes riquezas que poseian, temerosos de Dios como eran, se conformaban con la voluntad divina. Ambos cónyuges eran muy amantes de la Santísima Vírgen María, y como no tuviesen herederos forzosos, determinaron de comun acuerdo elegirla por heredera. Una vez tomada esta determinacion, recurrieron á la oracion y á las más fervorosas plegarias á fin de que la Señora les hiciese conocer su voluntad, mostrándoles qué obras le serian más agradables. Dignóse prestar oido atento á tales súplicas la Reina de los cielos, y una noche, que fue la precedente al 5 de agosto, cuando los calores son en Roma muy excesivos, aparecióse en sueños á ambos esposos separadamente, diciéndoles que á la mañana siguiente fuesen al collado Ezquilino, y que en la parte de él que hallasen cubierta de nieve le edificasen un templo donde fuese honrada de los fieles cristianos, y que haciendo esto se tendria por heredera de ellos y bien servida.



Basilica de Santa María la Mayor en Roma.

Luego que hubo amanecido el siguiente dia, se comunicaron los esposos el sueño que habian tenido, y creyéndolo una verdadera revelacion, fue su primera diligencia acudir al Sumo Pontífice Liberio para darle cuenta de lo acaecido. El Papa por su parte habia tenido igual revelacion, y así convocó al clero y ordenó una devota procesion que se dirigió al referido collado, en el cual hallaron cubierto de nieve un espacio que daba lugar á la edificacion de una Iglesia de grandes proporciones. Inmediatamente dióse principio á su fábrica á expensas del caudal de aquel piadoso matrimonio, y el templo se acabó con la mayor suntuosidad y grandeza, siendo esta la primera Iglesia que se edificó en Roma con título y advocacion de nuestra Señora. El milagro de la nieve fue causa de que tomase por título esta Iglesia en un principio el nombre de *Nuestra Señora de las Nieves*, y tambien *Basílica Liberania*, por haber tenido lugar el suceso, segun hemos dicho, en tiempo del Papa Liberio. Tambien ha sido conocida con el nombre de Basílica de Sixto, por haber el Papa Sixto III renovado y reedificado tan suntuoso templo, adornándole con cuadros y pinturas de gran valor y mérito artístico. Consérvase en la misma Basílica y en una de sus capillas el pesebre donde fue reclinado en el establo de Belen Cristo Señor nuestro, por lo que tambien ha sido conocida por Santa María del Pesebre. Mas como quiera que en la série de los tiempos se hayan ido edificando en Roma muchas Iglesias en honra de la Madre de Dios, vino á dársele á esta de las Nieves el título de Santa María la Mayor, para diferenciarla de todas las demas.

No dejaremos de notar, á propósito de esto, la gran devocion que los romanos profesan á la sacratísima Vírgen María y el esmero que siempre y en todo tiempo han puesto en servirla y venerarla. No haciendo aquí mencion de cada uno de los templos, congregaciones y hermandades que á su nombre existen en la capital del orbe católico, y sí tan sólo de las más principales, recordamos Santa María in Transtiberin, la Rotunda Santa María in via Lata, que son colegiatas de canónigos regulares; Santa María de la Estrada, que pertenece á los Padres de la Compañía de Jesús; el nuevo y bello templo de Santa María de los Angeles, que pertenece á los Cartujos; el de Nuestra Señora de la Minerva, de Padres dominicos; Nuestra Señora de Ara Cœli, de franciscanos; Nuestra Señora del Pópulo, en la Plaza del mismo nombre á la entrada del Corso, de Padres agustinos, Nuestra Señora de la Paz, de la misma órden, y otros muchos que seria prolijo el enumerar. Todos estos templos, productos del amor cristiano, son visitados continuamente por multitud de naciona-

les y extranjeros que en ellos dirigen fervorosas plegarias á la inmaculada Reina de los cielos y de la tierra. Ademas de tantos templos y capillas, por todas partes se encuentran en Roma monumentos erigidos en su honor, sobresaliendo entre todos la magnífica columna erigida por nuestro actual y bondadoso Pontífice Pio IX, en la Plaza llamada de España, en memoria de la declaracion Dogmática del Misterio de su Concepcion Inmaculada, que ha tenido lugar en nuestros dias. Sobre esta columna descansa una preciosa Imágen de la Señora, que fue coronada por el mismo santo Pontífice.

El templo Basílica de Santa María la Mayor es no solamente el mayor y más suntuoso de cuantos en Roma están dedicados á la Vírgen Madre, sino tambien en todo el universo, y parece que la Señora lo ha escogido para teatro de sus bondades y misericordias para con las criaturas. En las grandes calamidades públicas los Sumos Pontífices han dispuesto que á esta Basílica se dirijan las procesiones de rogativas y siempre con los más felices resultados. Cuando una peste desoladora parecia querer acabar con los habitantes de Roma en tiempo de San Gregorio el Magno, este Pontífice mandó hacer una solemne procesion que se dirigió á esta Basílica. Tambien el Papa Estéban II mandó salir del mismo otra solemne procesion para aplacar la ira del Señor, y en tiempo de otra espantosa calamidad Leon IV ordenó otra procesion que saliendo de la Iglesia de San Adrian se dirigió á la de Santa María la Mayor, donde fueron escuchadas del Señor las súplicas de los que imploraban la proteccion de la Santísima Vírgen. Muchos son los milagros obrados por Dios en este magnífico y suntuoso palacio que lleva el nombre de su bendita Madre, siendo uno de los más notables el acaecido en tiempo del Papa San Martin, y del que hablaremos al ocuparnos de su pontificado.

Con el hecho prodigioso de la edificacion de este templo se nos demuestra cuán del agrado de Dios es el emplear los bienes de fortuna en edificar y adornar los templos y cómo remunera el Señor estas obras de verdadera piedad.

Continuando ahora nuestra interrumpida narracion, y siguiendo el curso de nuestra Historia, debemos hacer aqui un justo y debido elogio de San Hilario de Poitiers, que en Occidente trabajó en favor de la doctrina de Nicea con un celo tan incansable como el que demostró San Atanasio en Oriente. Él fue el escogido por la Providencia para que librase á su patria del contagio de la herejía, manteniéndola en la firmeza de verdadera fe de la Iglesia católica. Como quiera que el emperador Constancio

estuviese cada vez más empeñado en extender el arrianismo, Hilario, con libertad evangélica, se dirigió á él suplicándole que hiciese poner término á las injustas persecuciones que sufrian la mayor parte de las Iglesias, que se hallaban privadas de sus legítimos pastores, y entregadas á falsos obispos que se habian valido del poder de las armas para apoderarse de ellas; y con el valor que da siempre la conviccion de la defensa de una causa justa, se opuso á las intrigas de Saturnino, obispo de Arles, hombre vicioso al que los arrianos dispensaban una decidida proteccion. Saturnino pudo conseguir que el emperador desterrase á San Hilario á la Frigia. Era tenaz el empeño de Constancio por el triunfo del arrianismo, y mandó que se reuniese un concilio en Seleucia, convocado cási por los mismos dias que el de Rímini, con el objeto de que en él se echasen por tierra los cánones de Nicea. Los herejes estaban divididos en dos partidos, y uno de ellos invitó á San Hilario para que asistiese al concilio en la creencia de que lo habian de hacer adicto y les ayudaria á conseguir el triunfo sobre el bando contrario. El santo Prelado no se negó á asistir á aquella asamblea, creyendo que debia en ella dar un solemne testimonio de la verdad. Presentóse, en efecto, y con una firmeza admirable defendió la fe de Nicea, en tal término que aterró á los sectarios del error. Sin detenerse pasó á Constantinopla, y presentándose á Constancio le suplicó le permitiese tener una conferencia pública con los herejes en su misma presencia para demostrar la falsedad de sus doctrinas. He aquí las palabras que dirigió al Príncipe: «Acerca de mi des«tierro ya me oireis: ahora debo hablaros de un asunto de la mayor «importancia. Viendo el peligro en que se halla el mundo cristiano, y «temblando al mismo tiempo por mi propia salvacion; temiendo los cas«tigos del cielo que merece el culpable silencio de un obispo, y mucho «más aun por vuestra salvacion y la del imperio entero, vengo á anun«ciaros la fe que quereis aprender de los obispos, y en la cual nádie tie«ne valor para instruiros. Porque no se debe tomar por doctrina inva«riable de la Iglesia la multiplicidad de esas fórmulas que varian todos «los dias. Estas variaciones prueban invenciblemente que no es esa la «verdadera fe (1). Esta es, Príncipe, la fe de las circunstancias y de la «política: no la del Evangelio. Desde el santo concilio de Nicea, aquellos

(1) Magnífico é incontestable argumento, del que se sirvió despues con el mayor lucimiento el sabio obispo Bossuet para demostrar la falsedad del protestantismo, en su obra: *Variaciones de las Iglesias protestantes*.

«á quienes dispensais vuestra confianza no hacen otra cosa mas que com-«poner símbolos. Su fe no es la fe del Evangelio, sino la de las conjetu-«ras; el año último han cambiado cuatro veces su símbolo: entre ellos «la fe varía como las voluntades, y la doctrina como las costumbres. To-«dos los años, y aun todos los meses, forman nuevos símbolos: destru-«yen lo que el dia ántes habian hecho: anatematizan lo que ántes «habian defendido. No hablan de Santa Escritura y de fe apostólica con «otro objeto que el de engañar á los débiles é incautos, y para atentar «con más seguridad á la doctrina de la Iglesia: es indudable que cási «todos han perdido la fe y la caridad de Jesucristo (1).» Con tanta energía el santo Doctor supo confundir las tristes novedades de Rímini y de Seleucia.

La conferencia pública no tuvo efecto. Los arrianos le temieron y consiguieron de Constancio que le hiciese restituirse á su Iglesia. Así lo hizo, y su viaje, en el cual atravesó la Iliria y la Italia, fue ciertamente fecundo para la verdadera fe, pues por todas partes predicaba animando á los débiles y exhortando á todos á que no dieran oidos á los partidarios del error. En cuanto hubo llegado á las Galias fue su primer cuidado remediar los males que habia experimentado la Iglesia. Saturnino fue excomulgado y depuesto como culpable de herejía y de otros muchos crímenes. La fe quedó restablecida en toda su pureza: la disciplina de la Iglesia recobró su antiguo vigor; y, cesando los escándalos, á tantas perturbaciones y desórdenes sucedió la paz.

Por este mismo tiempo San Hilario compuso un tratado contra el emperador Constancio, que aunque escrito con el objeto de presentárselo, se cree no se publicó hasta despues de la muerte de aquel Príncipe. Está dividida esta obra en tres libros, de los cuales los dos primeros están dirigidos al mismo Constancio y el tercero á los obispos de las Galias. Los críticos encuentran en este último excesiva dureza por parte del santo Doctor. He aquí el principio de este libro, segun la traduccion, que creemos fiel, de Berault-Bercastel: «Tiempo es ya de hablar, pues ha pasado el de callar. Clamen y en alta voz los verdaderos pastores, ya que los mercenarios huyen. Ofrezcamos nuestras vidas, muramos por la salvacion de nuestras ovejas, toda vez que han entrado los ladrones y que el leon quiere devorarlo todo. Preparémonos para el martirio, haciendo oir por todas partes nuestros gritos... Constancio, yo os digo lo

(1) Lib. I, á Const.

que tambien habria dicho á Neron, á Decio y á Maximiano: vos habeis empeñado un combate contra Dios, una persecucion contra los santos, y vais á destruir la religion. Pretendeis ser cristiano, y sois un nuevo enemigo de Jesucristo. Os entrometeis en acordar artículos de fe, vos cuya vida es contraria á las máximas de la fe. La echais de doctor, para introducir novedades profanas, cuando ni aun sois discípulo para aprender la piedad. Dais obispos á los de vuestro partido, y quitais los buenos pastores, para poner otros escandalosos... Neron, Decio, Maximiano, os tributamos gracias por vuestra crueldad, pues, por ella obtuvieron gloria nuestros mártires. Pero vos, Constancio, nos haceis mucho más daño que aquellos, y sin embargo nos privais del consuelo de obtener la misma corona. El demonio, que sabe el arte de hacer morir á los hombres, os ha enseñado á vencer cási sin pelear, á degollar sin espada á los hombres, á ser perseguidor sin llevar el nombre de tal, á hacer falsas profesiones de fe sin tener fe. Si lo que yo digo es falso, vos sois una oveja de Jesucristo; pero si yo no digo sino lo que vos habeis hecho, y lo que todo el mundo sabe, entónces sois un lobo y un Anticristo.»

Fijemos ahora nuestra atencion en el Pontífice San Liberio, del cual se dice que oponiéndose con firmeza á las exigencias de Constancio, y habiendo excomulgado á los signatarios, fue de nuevo arrojado de Roma, ocultándose en los cementerios sagrados, donde permaneció hasta el fin de sus dias.

Este Pontífice creó en dos ordenaciones diez y nueve obispos, diez y ocho presbíteros y cinco diáconos, habiendo gobernado la Iglesia catorce años, cuatro meses y dos dias, y murió en nueve de setiembre de 366, siendo sepultado en el cementerio de Priscilla en la via Salaria.

En la fecha que vamos á señalar á la creacion del sucesor de Liberio, echará de ver el lector una falta en las reglas de la cronología, pero ya daremos las explicaciones oportunas.

CAPITULO VIII.

San Félix II, papa.—San Martin, obispo de Tours.—Herejía de Macedonio.—Melecio. —Euzoyo.—Juliano es aclamado emperador.—Constancio recibe el bautismo de mano del hereje Euzoyo.—Su muerte.—Conducta de Juliano el apóstata para con los fieles.—Se restituye San Atanasio á su Iglesia.—Violencias de Juliano.—Se propone reedificar el templo de Jerusalen.—Modo prodigioso con que Dios destruye sus proyectos.—Muerte del apóstata.—Obras que dejó escritas.—Joviano, emperador.—San Atanasio, que habia sido de nuevo desterrado, vuelve á su silla por órden de Joviano. —Buenas disposiciones de este emperador.—Su muerte.—Valentiniano y Valente, emperadores.—San Dámaso I, papa.—Ursicino, anti-papa.—Grandes violencias de Valente.—Nuevos mártires.—San Basilio, obispo de Cesarea.—Admirable valor de una mujer cristiana.

A San Liberio sucedió en la cátedra de San Pedro SAN FÉLIX II, el que segun el *Diario de Roma* y otras cronologías fue creado el año 359. Causa de grandes cuestiones entre los críticos ha sido este punto de historia. Si Liberio murió en 366, ¿cómo gobernó su sucesor la Iglesia desde el 359? No es nuestro ánimo ocupar algunas páginas exponiendo las diversas opiniones que sobre esto encontramos en diversos escritores. Dirémos únicamente que la opinion más generalmente seguida es que San Félix II ejerció el poder pontificio durante los dos años del destierro de Liberio, bien como vicario suyo, bien creado pontífice con autoridad del desterrado, que querria de este modo que fuesen atendidas las necesidades de la Iglesia. No faltan tampoco autores que opinan que gobernó ilegítimamente. Es lo cierto que cuando Liberio volvió á Roma San Félix se retiró á la vida privada. Durante el pontificado de Gregorio XIII se agitó entre los cardenales Baronio y Santurio, la cuestion de si debia conservarse el nombre de Félix II en el Martirologio romano como Pontífice y como mártir. Santurio opinaba

por que se conservase con ambos títulos, cuando el dia 22 de julio de 1582, víspera de su fiesta, fue hallado su cuerpo en la Iglesia de San Cosme y San Damian con una inscripcion declarando que Félix habia sido pontífice y mártir. Esto fue suficiente para concluir toda cuestion, por más que algun crítico moderno le elimine de la lista de los pontífices, creyendo que no era auténtica aquella inscripcion. Belarmino compuso en honor de San Félix una disertacion apologética: y el cardenal Borgia; acerca de esta cuestion dice: «La legitimidad de Félix queda demostrada, supuesta la caida de Liberio.» He aquí ahora cómo se expresa Novaes: «Atendido á que para nosotros no está probada la *caida* de Libe- «rio, creemos que no puede considerarse legítimo el pontificado de Fé- «lix, sólo porque Liberio no fue degradado por Dios ni por los hombres. «¿Cómo pudo Félix ser pontífice legítimo en tiempo de Liberio? Y si «Félix fue legítimo, dígasenos: ¿por qué se le arrebató el pontificado?» Pero queriendo conciliar todas las opiniones, añade al anterior razonamiento: «A pesar de esto, no me atrevo á negar la santidad ni el mar- «tirio de Félix, puesto que pudo suceder que, despojado de su *antipa- «pado* al regresar Liberio á Roma, se retirase á Corig donde hiciese san- «ta vida y terminase sus dias en el martirio.» Atendido, pues, á cuanto sobre este asunto hemos leido, y principalmente al ver su nombre consignado en el *Diario*, creemos, valga lo que quiera nuestra opinion, que si ocurrió la muerte del papa Liberio, en cuya *caida* de ningun modo creemos, el 9 de setiembre del año 366, y San Dámaso, como veremos á continuacion, fue creado el 15 del mismo mes y año, Félix ó gobernó, como ántes hemos dicho, con consentimiento de Liberio, ó si fue ilegítimo, borró esta mancha con el martirio; pues, segun consignan algunos escritores, habia condenado á Constancio como arriano, y este Príncipe despues de la vuelta de Liberio se vengó desterrándole á la ciudad de Cori, en la via Aurelia, á diez y siete millas de Roma, donde sufrió el martirio con gran valor, no debiendo extrañar el lector que hubiese mártires despues de las persecuciones, pues por más que el Jefe del Estado fuese cristiano, los herejes arrianos perseguian á los ortodoxos con el mismo encarnizamiento que lo habian hecho anteriormente los gentiles.

Justo es que dediquemos una página á la buena memoria de San Martin, obispo de Tours, ilustre y digno discípulo de San Hilario, del que nos hemos ocupado. Sus combates por la fe fueron admirables. Habia nacido en Sabaria, ciudad de la Panonia, de padres idólatras. Dios, que

le habia escogido en sus altos é incomprensibles juicios para que fuese una lumbrera de su Iglesia, le favoreció de un modo admirable con su gracia, de tal modo, que siendo de edad tan solamente de diez años, se presentó en la Iglesia de los cristianos solicitando el ser admitido en el número de los catecúmenos. Obligado por sus padres siguió la profesion de la milicia, aprendiendo en ella el denuedo y valor que más tarde habia de demostrar en defensa de la más justa y santa de las causas. La llama hermosa de la caridad, de esa virtud por la que Jesucristo quiere que sean reconocidos en el mundo sus discípulos, ardia en su corazon, y los pobres eran sus mayores amigos, entre los cuales repartia todo lo que le restaba de su paga despues de atender á su sustento y sin malversar la más mínima cantidad. Le ha hecho muy célebre el hecho siguiente, sabido de todos los cristianos. Un dia en el que el frio era muy riguroso encontró en la puerta de Amiens á un mendigo desnudo sufriendo el rigor de la intemperie. Su corazon compasivo no pudo resistir el presenciar aquella miseria. Quiso socorrer á aquel necesitado, pero nada llevaba, sino sólo sus armas y el traje militar. La caridad es ingeniosa: saca el sable, corta la mitad de su capa y la da al mendigo para que cubra sus carnes y se abrigue. Dios, que no deja sin recompensa un vaso de agua dado á un pobre en su nombre, no tardó en premiar á Martin aquella obra de misericordia. La noche siguiente vió en sueños á Jesucristo vestido con la mitad de la capa que habia dado al pobre, y oyó decir á los ángeles que le rodeaban: «Martin, el catecúmeno, cubrió mi desnudez con este manto.» En virtud de esta vision se afirmó más y más en la fe y pidió con instancia el bautismo, el que le fue otorgado. Entónces dejó las armas y se hizo discípulo de San Hilario, aprovechando tanto la doctrina y enseñanza de este santo obispo que á poco tiempo hizo levantar un monasterio á dos leguas de Poitiers, al que se retiró con algunos discípulos. Su caridad le hacia salir de su retiro frecuentemente para predicar el Evangelio á los idólatras, consiguiendo muchos triunfos á favor de la fe católica. Sus grandes virtudes, su celo por la Religion, le hicieron adquirir tanta estimacion que el pueblo de Tours le solicitó por su pastor. Negóse Martin á aceptar esta dignidad, de la que no se creia merecedor; pero al fin fueron tantas las violencias que le hicieron, que se vió obligado á admitir el Episcopado. Los honores no mudaron en nada sus costumbres, y ántes por el contrario se creyó más obligado á dar buen ejemplo y redobló la austeridad de su vida, sus penitencias y buenas obras, de tal modo que era un claro espejo en el que se miraba su cle-

ro y el pueblo, que estaba edificado de tantas virtudes. Propúsose destruir la idolatría, y á esto se aplicó con el más constante empeño. Recorrió repetidas veces la Turena, y su fervorosa predicacion y los milagros que Dios se dignaba obrar por ministerio de este su amado siervo fueron causa de la conversion á la fe de Jesucristo de todos los idólatras. Uno de los grandes milagros que, como acabamos de decir, confirmaron su predicacion fue que estando un dia en el mercado de una villa que estaba lleno de paganos, despues de haberles exhortado con gran celo á que abandonasen sus supersticiones les excitó á que echasen por tierra un árbol viejo que era para ellos un objeto de idolatría. Consintieron los paganos, mas con la condicion de que se pondria del lado del árbol por donde debia caer, para recibir el golpe. Lleno de confianza en Dios, accedió el santo á la condicion propuesta, y ellos dieron principio á su obra. El árbol fue cortado, pero el santo obispo cuando le vió venir sobre él hizo la señal de la Cruz, y todos pudieron ver con admiracion que el árbol se enderezó para caer por el lado contrario. Este prodigio fue causa de que todos aquellos paganos se convirtiesen y pidiesen el bautismo. Este y otros hechos no ménos notables son los que tanta celebridad han dado á San Martin en toda la Iglesia universal.

Tenemos que ocuparnos de un nuevo heresiarca, Macedonio, que habiendo sido arriano se hizo despues jefe de una nueva secta. Asegúrase que llegó á sostener la doctrina de la Consubstancialidad, pero continuó negando, como los arrianos, la divinidad del Espíritu Santo, sosteniendo que sólo era una criatura semejante á los ángeles, aunque de un órden más elevado. Los semi-arrianos, que fueron depuestos en Constantinopla, abrazaron esta nueva opinion, en la que se dice fueron inficionados algunos obispos.

Vacante la silla de Antioquía por traslacion de Eudosio á Constantinopla, y despues por muerte de San Eustasio, acaecida en Filipos de Macedonia, donde se hallaba confinado, tanto los ortodoxos como los arrianos eligieron á Melecio, hombre de grandes virtudes, de afable genio y muy generalmente estimado. Habian creido los arrianos que les seria fácil atraherle á su secta por su gran docilidad, y de aquí su empeño en nombrarle. Los ortodoxos por su parte, conociendo perfectamente á Melecio, tambien contribuyeron á lo mismo, siendo unánime el consentimiento.

Bien pronto hubieron todos de conocer quién era el santo obispo, pues que llamado por el Emperador, que se hallaba en Antioquía, sa-

lieron á recibirle con el mayor contento todos los obispos allí congregados y el resto del clero con el pueblo. Entre la multitud que le aclamaba habia arrianos, eustacianos, y hasta judíos é idólatras. Apénas entró en Antioquía empezó á predicar con gran celo, pronunciando un notable discurso, cuya conservacion se debe á San Epifanio, y que es un verdadero modelo de elocuencia. En este discurso manifestó claramente su fe, aunque tal vez por evitar discusiones se abstuvo de nombrar los términos *substancia* y *consubstancial*. En vano Eudosio, que estaba presente, hizo los mayores esfuerzos para obligar á Melecio á retractarse. Este permaneció firme en lo que habia declarado, lo que le valió el ser desterrado á Militina, de donde era natural. Poco más de un mes gobernó el rebaño que la Providencia le habia confiado, y en tan poco tiempo fue tal el amor que hácia él concibieron, que no habia familia que no tuviese su retrato con gran estima, el que esculpian hasta en los sellos y en los muebles, habiéndose afianzado en toda aquella cristiandad la verdadera fe de Jesucristo.

A poco la Iglesia de Antioquía se vió dividida en tres partidos, pues habiendo sido Euzoyo puesto en el lugar de Melecio, los ortodoxos se negaron á reconocerle por ser arriano, no queriendo tener comunicacion alguna con el que miraban, con razon, como hereje, y los eustacianos, que tampoco querian comunicar con Euzoyo.

Miéntras tenian lugar estos sucesos (361), el César Juliano, que tenia fija su vista en el trono imperial ganaba terreno, captándose por todos los medios posibles la estimacion general. Dispuestas las cosas con seguridad para conseguir los apetecidos resultados, llegó el dia en que las tropas se amotinaron aclamándole emperador, haciendo él por su parte una fingida resistencia para serlo más pronto.

Constancio, que ya tenia fundadas sospechas de las intenciones de Juliano, no pudo sorprenderse, pero en el momento que tuvo conocimiento del hecho abandonó las fronteras de Persia, donde se hallaba; mas no bien hubo llegado á Cecilia se sintió gravemente enfermo. Entónces pidió el bautismo á Euzoyo, recibiéndolo de manos de este hereje. Así, pues, el que habia abandonado todos los intereses del Estado por atender á los de la Religion, acabó su vida en manos de un enemigo de la verdadera fe. Cierto es que mostró un gran arrepentimiento, pero á ménos que su engaño no fuera de buena fe, hay mucho que temer por su suerte. Ocurrió su muerte el 3 de noviembre de 361, cuando contaba cuarenta y cinco años de edad. Su manía por dogmatizar, dice oportunamente un

historiador, fue causa de que hiciese á la verdadera Religion más daño que los perseguidores infieles.

Era Juliano, apellidado despues el *Apóstata*, primo de Constancio, al que sucedió en el imperio inmediatamente despues de la muerte de este débil Príncipe. Habia sido educado por los arrianos y luego por los filósofos paganos, y se habia dedicado en su juventud con ardor al estudio de las ciencias. Gozaba generalmente de buena reputacion y creian los católicos que les seria propicio su gobierno. El difunto Constancio, que le habia conocido más á fondo, habia dicho de él un dia: «Este es un mónstruo que el imperio nutre en su seno.» Los hechos declararon más tarde la razon que al expresarse de tal modo tuvo Constancio.

La hija del cielo, la Religion divina que por espacio de tres siglos habia resistido los duros golpes de las persecuciones paganas, y contra la cual se venian estrellando las más groseras herejías, tenia que sufrir tambien por Juliano las más terribles pruebas. Los arrianos se hallaban vencidos, pues que habian recibido con la muerte de Constancio el último golpe, pero no por esto se habian concluido las batallas.

Juliano se propuso, así que se vió poseedor de la suprema dignidad del Estado, destruir el cristianismo, y tales fueron los esfuerzos que hizo para ello, que indudablemente lo hubiera conseguido á ser obra de los hombres; pero las obras de Dios no están al alcance de los tiros de las criaturas.

Una de sus primeras determinaciones fue el asegurar á cada uno el ejercicio libre de su religion, levantando todos los destierros impuestos por su antecesor. De este modo al tiempo que hacia odiosa la memoria de Constancio trataba de atraerse la voluntad y simpatía de los pueblos para asegurarse en su trono. En seguida publicó edictos mandando abrir los templos, restableciendo todos los sacrificios y observancias de la idolatría. Renegando del bautismo, que habia recibido, quiso que le fuese borrado, sirviéndose para ello de las más extravagantes ceremonias idolátricas, y se hizo iniciar sacerdote de Apolo, que era su dios predilecto. ¿Qué podian ya esperar los católicos de este Príncipe? ¿Qué podria aguardar la Iglesia del que habiendo sido recibido en su seno habia de tal modo apostatado echándose en brazos del gentilismo? Lloraban amargamente los ortodoxos, pero llenos de fe, sacerdotes y legos estaban dispuestos á luchar en buena lid en defensa de la causa de la justicia y á aumentar con sus nombres el catálogo del número de los mártires.

En su deseo de exterminar el cristianismo Juliano tomó diverso camino del que habian seguido los emperadores que le habian perseguido. Creyó que el mejor medio que podia tomar era dejar á los fieles abandonados á las diferentes sectas que los dividian, para que ellos mismos se destruyesen. Tal fue la causa de su decreto levantando el destierro á los obispos y sacerdotes que sufrian la pena impuesta por Constancio.

Dios, cuyos juicios son incomprensibles á la menguada razon humana, dispone los sucesos de tal modo que contribuyen á la realizacion de sus adorables planes, y sabe cuando es su voluntad sacar el bien aun de los mismos males. En virtud del decreto de Juliano restituyéronse á sus Iglesias Lucifero de Cagliari, Eusebio de Vercelis, Cirilo de Jerusalen y con todos los demas ortodoxos el célebre San Atanasio, esforzado campeon de la verdad católica, por la que hubo de sufrir las mayores angustias y penalidades, á las que podemos calificar de martirio perpétuo. Este, sin embargo, no pudo verificar tan pronto su regreso y lo efectuó inmediatamente despues de la muerte de Jorge, que tenia usurpada su silla. La entrada de este santo Prelado en Alejandría fue una continuada ovacion. Era extraordinario el amor que le profesaban los ortodoxos, los cuales habian elevado al cielo las más fervorosas súplicas por su regreso. Así, pues, rebosando sus corazones en las más dulces expansiones, salieron á recibirle á los caminos en tan gran número que parecia se habia trasladado al campo toda la ciudad, y siendo tanta la aglomeracion de las gentes se subian á los árboles y á los tejados disputándose la preferencia de verle y de saludarle. Hombres y mujeres, sacerdotes y legos, todos se daban el parabien por el regreso del santo obispo, mirándole como una bendicion del cielo. Pero sus trabajos no habian terminado, y como quiera que su santidad y celo eran un antemural á la maldad, apénas habia tomado nuevamente posesion de su Iglesia, fue de nuevo desterrado por el emperador, que veia en él un estorbo para el restablecimiento de la idolatría en el Egipto. El pérfido apóstata Juliano no dió ningun decreto público contra la vida de los cristianos, pero no fueron ménos terribles las medidas que tomó para saciar su odio contra ellos. Hizo todo cuanto le fue posible por envilecer al clero y hacerlo despreciable, quitándole sus privilegios y suprimiendo todas las subvenciones destinadas á su manutencion y la de las vírgenes consagradas al Señor. Miéntras que se prodigaban toda clase de favores á los idólatras, los cristianos no experimentaban otra cosa que desprecios y vejaciones. A las Iglesias despojó de todas sus riquezas, que hizo trasladar á los templos

idólatras. Y como si no fuesen bastantes tan gran número de ultrajes añadia á ellos la burla más sacrílega, pues decia con mofa que obraba de tal modo para reducir á los cristianos á la perfeccion de su estado, haciéndoles practicar la pobreza evangélica.

Imposible es referir todas las violencias que los cristianos tuvieron que sufrir. Cuando los comisionados de Juliano para apoderarse de los bienes de las iglesias creian que habia alguna ocultacion, aplicaban los sacerdotes al tormento para que declarasen dónde habian ocultado los vasos sagrados, y públicamente, con el mayor descaro, eran apedreadas las iglesias, profanadas y saqueadas. Si algunos por temor á los tormentos se dejaban vencer y se declaraban idólatras, eran colmados de honores y tratados con el mayor miramiento y consideracion. Por más que los que tuviesen la desgracia de obrar tan criminalmente fuesen hombres que carecian de talento y de mérito, su apostasía suplia á todo y los elevaba y engrandecia. ¿Qué más podia hacerse contra los fieles? El apóstata, apurando todos los recursos, hizo una ley que excluia á los cristianos de todo destino en la magistratura, á pretexto de que á los cristianos les estaba prohibido hacer uso de la espada. Ni aun se les permitia defenderse ante los tribunales. ¿Y por qué esta excepcion odiosa? ¿Por qué privarles de este modo de los derechos que disfrutaban los demas ciudadanos? La verdadera razon ya la hemos visto. No habia otra que la voluntad soberana de Juliano. Dios por los altos fines de su Providencia permite á veces que semejantes tiranos ocupen los tronos para gobernar con cetro de hierro. ¡Qué burla tan sacrílega! «La Religion que profesais, decia Juliano á los cristianos, os prohibe los procesos, los pleitos y toda clase de querellas.» Ni aun se les concedia el derecho de peticion. Un pueblo idólatra alcanzaba cuanto deseaba obtener; un pueblo cristiano, injustas exacciones, impuestos onerosos y vejaciones de todas clases. Como, segun acabamos de decir, no tenian medio alguno de defensa, los favorecidos idólatras podian libremente perseguirlos, insultarlos, robarlos y aun matarlos. Todos estos crímenes eran méritos que los enaltecia á los ojos del tirano. No hay duda que este nuevo género de persecucion hubiera dado más funestos resultados para la Iglesia que la crueldad de los Nerones, Decios y Diocleciarios, si Dios á tiempo no hubiese cortado el hilo de la vida de tan miserable apóstata.

Veamos su último esfuerzo para destruir el majestuoso edificio fundado y sostenido por el que es más antiguo que los dias. Conocedor de las profecías que anunciaban la destruccion del templo de Jerusalen, y

de que Jesucristo habia asegurado que no quedaria sobre él piedra sobre piedra, se propuso reedificarle no porque amase á los judíos más que á los cristianos, sino para hacer ver despues que Jesucristo habia sido un impostor, toda vez que el templo habia vuelto á ser reedificado. Pero sin querer suministró al mundo una nueva prueba de la verdad de la Iglesia y de la divinidad de su Fundador. Tenia prisa en desmentir el testimonio de las Escrituras y las palabras del Salvador, y así apénas hubo concebido el proyecto, invitó á los judíos á que cooperasen á la reedificacion, y él facilitó al efecto sumas considerables, enviando á la ciudad deicida á uno de sus oficiales llamado Alipio, para que apresurase las obras y se pusiese al frente de ellas.

No podia comunicarse una nueva más grata á los judíos, que permanecian obstinados en su ley. Así, pues, acudieron de todas partes en gran número, reuniéndose al rededor del templo para cooperar en cuanto fuese posible á cada uno de ellos á las grandes obras de reedificacion que iban á emprenderse. Dióse principio con general contentamiento de los israelitas, limpiando el sitio, apartando todos los restos de la antigua fábrica y abriendo al rededor grandes zanjas para hacer sólidos cimientos. Todos se disputaban la gloria del trabajo, y así no solamente los hombres robustos, sino hasta las mujeres, los ancianos y los niños, se empleaban en conducir piedras y otros materiales. Los que entre los judíos poseian bienes de fortuna, bien fuese por respeto, bien por ostentacion ó vanidad, usaban palas y piquetes de plata. Y tantos hombres abyectos que por espacio de más de tres siglos habian vivido en el oprobio, aquellos seres desgraciados sobre cuyas cabezas habia caido la sangre del Justo, segun pidieron sus mayores, animados por la proteccion imperial insultaban de mil maneras á los cristianos. El que habita en los cielos se burlaba de ellos, y el obispo San Cirilo, riéndose de sus esfuerzos, decia en alta voz que habia llegado el tiempo en que la palabra del Señor iba á tener entero cumplimiento, pues que de tan vasto edificio no iba á quedar ni una piedra. Así fue, en efecto: luego que hubieron quedado completamente demolidos los cimientos del antiguo templo, y se hubieron hecho las zanjas para sentar los del nuevo que se pretendia levantar, tuvo lugar un terrible temblor de tierra que no solamente dispersó los materiales que se hallaban hacinados, sino que rellenó de tierra, piedras y cascotes las zanjas abiertas, viniendo por tierra los edificios contiguos é hiriendo y quitando la vida á muchas personas. Aquello fue tomado por un acontecimiento casual, motivo por el cual, no obstante haber quedado perdidos todos los

trabajos, los judíos permanecieron en su incredulidad y obstinacion. Pasada que fue aquella catástrofe, que tantas víctimas causara, y repuestos del susto y terror que era consiguiente, empezaron de nuevo la obra. Pero del centro de la tierra salieron globos de fuego que se lanzaron sobre los mismos trabajadores y abrasaron las herramientas y demas utensilios del trabajo, prodigio que se repitió tantas veces cuantas se propusieron emprender la obra. Al tiempo que esto sucedia apareció en el aire una Cruz de brillantes resplandores que se extendian desde el Calvario hasta el monte Olivete. Causa fue todo esto de que muchos de aquellos judíos, hasta entónces obstinados, y un gran número de idólatras, reconociesen la Divinidad de Jesucristo y pidiesen el bautismo. El emperador por su parte quedó confuso y aterrado, mas no por esto abrió sus ojos á la luz de la verdad. Hecho es el que acabamos de referir de cuya veracidad nádie puede dudar, toda vez que no solamente lo refieren escritores eclesiásticos tales como San Gregorio Nacianceno, San Ambrosio y San Juan Crisóstomo, sino tambien los mismos paganos, y entre ellos Ammiano Marcelino. Puede verse tambien á Filostrato, libro 7.º capítulo 14.

Se acercaba la hora en la que Juliano el *Apóstata* perdiera el trono y la vida al mismo tiempo, para dar cuenta á la divina Justicia del criminal uso que habia hecho de su poder.

Variando de medios, aunque siempre buscando el mismo fin, se decidió á hacer la guerra á los persas, habiéndole asegurado los oráculos que conseguiria sobre ellos el triunfo, alcanzando los más gloriosos trofeos. Pero á pesar de estas seguridades murió miserablemente en esta guerra, siendo su muerte mirada como un castigo de la Justicia del cielo sobre el *apóstata* y una providencia de Dios en favor de la Iglesia.

Despues de su muerte se supo cuán grandes habian sido sus crímenes, pues, que en su palacio de Antioquía se encontraron grandes arcas llenas de cabezas humanas y cuevas llenas de cadáveres de personas de ambos sexos y aun niños que habia sacrificado á los ídolos. Su odio contra el cristianismo habia llegado á tal extremo que en sus últimos años blasfemaba continuamente contra Jesucristo, creyendo de este modo tener propicio á los dioses. Lo que retrata más al vivo el carácter feroz de este segundo Neron es el hecho de que dirigiéndose por las cercanías de Ciro vió mucha gente reunida á la entrada de una cueva, y como preguntase qué motivaba aquella reunion, le contestaron que en el interior de aquella cueva estaba retirado el santo solitario Domicio, á quien acu-

dian para edificarse con sus virtudes y alcanzar por sus ruegos la curacion de sus enfermedades. Entónces Juliano con cruel ironía contestó: «Su estado es vivir solo: á mí me toca hacer que cumpla con él;» é inmediatamente mandó tapiar la entrada de la cueva, muriendo dentro de hambre y falta de aire el santo solitario, al que la Iglesia venera en sus altares.

Varias obras dejó escritas este Príncipe retórico y sofista, pero todas ellas respiran vanidad y pedantería, siendo su mayor parte sátiras groseras contra la religion cristiana. Una de ellas, á la que dió por título «Discurso de los Césares,» tuvo por principal objeto ridiculizar al gran Constantino, ese emperador suscitado por la Providencia divina para dar la paz á la Iglesia.

Con la muerte de Juliano la Iglesia entró en una nueva era de felicidad. El trono imperial que dejara vacante el miserable apóstata fue ocupado por Joviano, que tan solamente era comandante de las guardias imperiales. Si deseamos investigar las causas del por qué de esta eleccion, siendo así que su grado en la milicia distaba tanto del trono, tendremos que convenir en que se habia captado por sus prendas personales la estimacion general. Su valor y denuedo eran de todos conocidos, así como tambien su prudencia y discrecion. Esto sin duda dió lugar á la unanimidad de pareceres para aclamarle y reconocerle como Jefe Supremo del Estado. Su fe pura y el acendrado amor que profesaba á la Religion cristiana lo prueba suficientemente el hecho, que tanto honra su memoria, de que cuando el emperador Juliano se disponia á combatir á los Persas, confiando en el valor de Joviano, le llamó á sí y con tono severo le dijo: *sacrifica á los dioses ó entrégame la espada.* Joviano, incapaz de hacer traicion á la fe que profesaba, por única respuesta sacó la espada y se la entregó. Sin embargo de esto y á pesar del género altivo de Juliano, se la hizo entregar de nuevo, no queriéndose privar de sus servicios en la guerra que emprendia, en la cual, segun dijimos, perdió la vida.

El dia que tuvo lugar su eleccion levantaron un trono al frente del ejército, y subiendo á él revestido de púrpura en el momento en que le aclamaron augusto y césar á un mismo tiempo, él exclamó con la franqueza propia de su carácter: «*Yo soy cristiano, señores, y no puedo mandar á los soldados de Juliano si permanecen en sus errores. Un ejército abandonado del solo Dios verdadero y poderoso no podrá ménos de ser vencido por los bárbaros.*» Entónces los soldados, que le

amaban y que con tanto regocijo le acababan de proclamar, le dijeron: «*Nada temais, señor, porque habeis de saber que estais al frente de soldados cristianos. Los más viejos de nosotros fueron instruidos por el gran Constantino y los demas por sus hijos. Juliano reinó muy poco tiempo para arraigar la incredulidad.*

Tales palabras llenaron de contento á Joviano, el cual se puso inmediatamente en marcha al frente de las tropas, á las que condujo en pocos dias sobre el territorio del imperio, siendo su primer cuidado y el objeto de todos sus desvelos el remediar los grandes males que Juliano habia causado á la Iglesia, demostrando que estaba animado por la fe más pura y la caridad más ardiente.

Uno de sus primeros cuidados fue el de hacer volver á San Atanasio á su silla. Esto irritó sobremanera á los arrianos, que quisieron influir en en el ánimo de Joviano para que revocase su decreto. Pero todo fue en vano. El emperador no se dejó seducir, y ántes por el contrario colmó de honores y de las mayores distinciones al santo Prelado que tanto habia padecido por la defensa de la verdadera fe. Ganoso el emperador de no dejarse sorprender, escribió á San Atanasio suplicándole le enviase una exposicion clara y terminante de la doctrina católica. El santo obispo cumplió en el momento este superior mandato, enviándole una explicacion de la fe de Nicea, no perdiendo la ocasion de manifestarle que el único medio de hacer terminar de una vez los males que afligian á la Iglesia era hacer que todos se sometiesen á las decisiones de este santo Concilio.

¡Qué dias tan felices para la Iglesia! Joviano dió órdenes expresas á los gobernadores de las provincias para que coadyuvasen al esplendor del culto divino. Se devolvió á las Iglesias cuanto se les habia usurpado; los cristianos, despojados de toda clase de derechos por Juliano, volvieron á ser reconocidos como ciudadanos, siendo protegidos en toda la extension del imperio, y los pueblos eran instruidos en la doctrina de la verdadera Religion. Sin embargo, este estado de quietud no fue duradero por haber sorprendido la muerte á Joviano cuando sólo contaba treinta y dos años de edad. En la noche del 16 al 17 de febrero se le encontró muerto en su cama, creyendo la mayor parte de los escritores que tan prematura y sensible pérdida fue ocasionada por el vapor del carbon que habia encendido en su aposento para calentarle, y que sin duda le asfixió. No llegó, por lo tanto, á un año de duracion en el trono.

Para suceder al excelente Príncipe que tan jóven habia bajado al se-

pulcro fue elegido Valentiniano, hijo de Graciano, nacido en la Panonia en 321, y que durante el imperio de Juliano habia sufrido la pena de destierro por haber confesado generosamente la fe de Jesucristo. Su elevacion sobre el trono imperial fue saludada con el mayor regocijo por parte de los cristianos, que veian en él un digno sucesor del llorado Joviano. Y en efecto, la Iglesia hubiese seguido disfrutando de total tranquilidad si Valentiniano, que era muy adicto á la verdadera fe, hubiese conservado el imperio en toda su integridad. Pero hombre que no conocia la ambicion, le dividió con su hermano Valente, quedándose él con toda la parte de Occidente, dejando al hermano el Oriente. Si bien, como acabamos de decir, Valentiniano era sinceramente adicto á la verdadera fe, Valente por el contrario empezó á ejercer una violenta y cruel persecucion contra los cristianos en todo el territorio de su mando. Una de sus primeras providencias fue desterrar á San Atanasio, al que, segun hemos dicho, profesaban tan mala voluntad los arrianos. Esta violencia cometida contra aquel santo Prelado fue el anuncio ó principio de la nueva persecucion que se levantaba contra la Iglesia. Renováronse aun con exceso los ultrajes, los desprecios y las afrentas del tiempo de Juliano. Valente podemos decir á vista de sus hechos que fue otro Neron. En confirmacion de esta verdad citaremos un solo caso que demuestra toda la crueldad de su corazon. Cuando empezaron en Constantinopla las violencias contra los cristianos, estos creyeron que todo aquello se hacia sin autorizacion del emperador, y así nombraron una comision de ochenta sacerdotes para que acercándose al trono le pidiesen remedio á tales males. El emperador los escuchó, y el resultado de aquella peticion fue el mandar al prefecto Modesto que les hiciese á todos quitar la vida. Temió el prefecto que la ejecucion pública de todos aquellos sacerdotes hubiese podido dar lugar á una sublevacion en el pueblo, y pronunció la órden de destierro. Les hicieron, pues, embarcar, recibiendo órden los marineros que tripulaban el navío de pegarle fuego cuando se hallasen en alta mar. Así se ejecutó, y aquellos ochenta ministros de Dios perecieron unos quemados y otros ahogados, sin que se salvase ni uno solo.

Por este tiempo fue elevado á la Santa Sede Apostólica

SAN DÁMASO I, elegido en 16 de setiembre del año 366. Es este el primer Papa español, aunque no podemos señalar á punto fijo el lugar de su nacimiento, pues que le disputan Tarragona en Cataluña, y Guimarans en Portugal, que entónces formaba parte de la España; empero,

las mayores probabilidades están por que era hijo de Madrid, lo que se dedujo de una lápida hallada en una de sus Iglesias. Su padre, llamado Antonio, se estableció en Roma llevando consigo á sus hijos pequeños, Dámaso el uno é Irene la otra, que era más pequeña. Habiendo enviudado el padre se hizo clérigo, ordenándose de lector, subiendo por todos los grados de la jerarquía eclesiástica hasta el presbiterado, agregándose á una parroquia que tenia el título de San Lorenzo. Dámaso fue educado é instruido por su padre en la escuela de la verdadera piedad, dedicándose al estudio de las ciencias. Desde muy niño empezó á subir la hermosa escala de las virtudes evangélicas, siendo muy puro en sus costumbres, mostrando al mismo tiempo un genio muy dulce que le hacia ser amado de cuantos le conocian ó trataban. Sintiéndose llamado al estado eclesiástico, fue con general contentamiento admitido en el clero, sirviendo en la misma Iglesia que su padre y siendo por su recogimiento, prudencia, virtudes y demas bellas prendas objeto y causa de la general edificacion. Cuando el papa Liberio fue arrojado de Roma por el emperador Constancio por su firmeza en la verdadera fe, Dámaso, que era diácono de la Iglesia romana, le siguió en su destierro, teniendo el valor y la firmeza de jurar solemnemente á la presencia del pueblo que no reconoceria otro papa miéntras viviese Liberio. Este Pontífice habia tenido en mucho las virtudes y la ciencia del jóven diácono, que era su consuelo en medio de sus grandes aflicciones, y despues de su regreso á Roma, por más que los arrianos se valiesen de todos los medios imaginables para ganarle, nada pudieron conseguir, pues que permaneció firme en la fe de Nicea.

Por estas razones fue creido el más digno de ocupar la Santa Sede, siendo elegido para esta suprema dignidad por la mayor parte del clero romano cuando contaba la edad de sesenta y dos años. Revestido como se hallaba del espíritu de humildad, se resistió á aceptar, pero al fin tuvo que conformarse cediendo á las grandes instancias que para ello se le hicieron, y fue solemnemente consagrado.

Los partidarios del error no se conformaron con esta eleccion, y un diácono turbulento y ambicioso llamado Ursicino, que miró con envidia la exaltacion de Dámaso, se rodeó de una multitud de gente despreciable y seduciendo y sobornando á Pablo, obispo de Tívoli, hombre ignorante que no sabemos á qué debiera su dignidad, hizo que le consagrara obispo de Roma. Nádie podia dejar de conocer cuán irregular y anticanónica era esta ordenacion, pero esto no obstante, el antipapa logró hacer un

numeroso partido, que paró en un tumulto tal que perecieron en él ciento treinta y siete personas. Ninguna parte tuvo en ello el santo Pontífice Dámaso, y aun se ofreció generosamente á renunciar el pontificado si se creia necesario para que se restableciese el órden por completo. Los verdaderos ministros de la Iglesia, los que han sabido comprender el espíritu del Evangelio, jamás han ambicionado las dignidades que han recibido tan solamente por obediencia á la voluntad divina. El prefecto de Roma desterró á Ursicino y con él á los diáconos Amancio y Lupo, sus principales partidarios y favorecedores, con cuya prudente medida quedó Su Santidad en paz y con tranquilidad en su silla pontificia.

Los partidarios del antipapa pudieron arrancar de Valentiniano una órden levantando el destierro de Ursicino, pero apénas éste se vió de nuevo en Roma, no queriendo ceder en sus pretendidos derechos, volvió á armar nuevas sediciones, motivo por el cual el emperador deseando la tranquilidad de la Iglesia y del Estado le desterró de nuevo á las Galias, juntamente con todos aquellos que le favorecian en sus planes, negándose á reconocer á San Dámaso como legítimo sucesor de San Pedro.

El santo Pontífice Dámaso quiso hacer guardar la disciplina eclesiástica con la mayor rigidez y tomó para ello cuantas medidas creyó oportunas. Una de estas fue el prohibir á todos los eclesiásticos entrometerse en casa de las viudas ni recibir cosa alguna de las mujeres cuyas conciencias dirigian, ni por donacion actual ni por testamento. Esto dicen algunos escritores; pero, segun Baronio, la ley no decia nada de las mujeres cuyas conciencias dirigian, sino *mulieres cui se privatim sub prætextu religionis adjunxerant*, que como se ve era cosa muy diversa. Lo cierto es que el emperador autorizó esta ley por medio de un edicto, dando al mismo tiempo órdenes necesarias para que fielmente se observase. De este modo Valentiniano trató de cortar de raíz algunos abusos que tal vez se habian introducido. San Jerónimo al hablar de esta ley manifiesta su dolor de que pueda haber devocion interesada y dice: «No me lamento de la ley que humilla al clero, obligándole al desinteres eclesiástico; pero me duele mucho de que haya quien la merezca, y de que sea preciso obligarnos á pesar nuestro á juntar más bien tesoros para el cielo que para esta vida perecedera.»

Por esta época llegaron á lo sumo adquiriendo las mayores proporciones las violencias por parte de Valente. Habia alcanzado grandes ventajas sobre los godos. Al marchar contra ellos, llevado de una falsa piedad que léjos de salvar su alma la ponia en camino de condenacion, se hizo ad-

ministrar el bautismo de manos de Eudosio, hereje, que tanto daño venia causando á la Iglesia. Aprovechóse de la ocasion aquel pérfido enemigo de la verdad católica, y en el acto de bautizar al emperador arriano le hizo jurar que seguiria inviolablemente su doctrina, persiguiendo con rigor á todo el que fuese contrario á ella. A San Jerónimo debemos estas noticias. Así, pues, queriendo Valente ser fiel al juramento que habia prestado, se entregó desde el momento al más duro y descarado arrianismo.

Créese que por este tiempo (368), aprovechando la ocasion de la ausencia de Valente, que se hallaba en Mursa, cerca del país de los godos, se celebró el concilio de Laodicea, en Frigia. En él se hicieron sesenta y siete cánones que han gozado de gran celebridad, y en su mayor parte se extienden sobre ritos eclesiásticos y sobre la vida clerical, observándose en ellos la diferencia que se hacia entre las órdenes menores y mayores. Entre sus disposiciones se encuentra la de que no se establezcan obispos en aldeas y lugares, lo que nos demuestra el gran número de obispos que entónces habia, el promover al sacerdocio á los nuevos bautizados y el que los subdiáconos no tocasen los vasos sagrados ni pudiesen usar el *orarium*, que era un lienzo colocado al rededor del cuello, de lo que tuvo orígen la estola. Tambien se prohibió el que los clérigos pudiesen entrar en tabernas, ni asistir á bailes y otras clases de diversiones ajenas de los que por su ministerio están dedicados al servicio de Dios y del santuario, y que deben ser por su pureza semejantes á los ángeles del cielo. En suma, entre otras sábias disposiciones se estableció el que los fieles no pudiesen judaizar celebrando como fiesta el dia del sábado, ordenando que trabajasen este dia y santificasen el domingo. Concluyó sus cánones el concilio de Laodicea formando un catálogo de los libros sagrados, que es igual al que hoy tenemos si se exceptua en el Antiguo Testamento los libros de Judith, Tobías, de la Sabiduría, del Eclesiástico y los Macabeos, y del Nuevo el Apocalípsis de San Juan, libros que despues la Iglesia ha reconocido como canónicos incluyéndolos en las Sagradas Escrituras.

No nos detendremos en consignar todas las violencias á que se entregó por este tiempo el emperador Valente. Dios dispuso que fuese humillado su orgullo con una afrenta, pues que hallándose en Tomi, capital de la Escitia, se obstinó en hacer á Bretanion, obispo de los escitas, que comunicase con los arrianos: pero aquel ilustre Prelado defendió con el mayor valor la fe de Nicea, y anatematizando cuanto habian hecho los

arrianos, salió repentinamente de la Iglesia donde se hallaba con Eudo-sio de Constantinopla, y se fué á otra seguido de todas sus ovejas y quedando solo el emperador con su comitiva. Aquella afrenta le irritó sobre manera y mandó inmediatamente desterrar al obispo, mas temiendo que esta determinacion pudiese producir algun tumulto, levantó la órden haciendo que se restituyera á su Iglesia.

Elogia un escritor la conducta de un oficial que habiendo prestado grandes servicios al Estado, presentó á Valente un memorial en el cual le pedia que en recompensa de ellos concediese una Iglesia á los católicos. Valente por toda contestacion hizo pedazos el memorial, y el oficial cristiano recogiendo del suelo todos los fragmentos, dijo: «Señor, estoy contento, pues no dejaré de recibir mi recompensa y estos pedazos la recomendarán á nuestro comun soberano.

Poco despues de estos sucesos el cielo abrió sus puertas á nuevos mártires. La persecucion contra los ortodoxos tomó las mayores proporciones en Constantinopla, siendo una de las ilustres víctimas San Eulogio, al que con sus compañeros de martirio celebra la Iglesia el 3 de julio de cada año. Tal vez entónces tuvo lugar el martirio de los ochenta sacerdotes de que hemos hablado ántes, que perecieron en medio del mar, unos quemados y ahogados otros.

No contento Valente con haber dado las órdenes más crueles á fin de que fuesen perseguidos los católicos, él mismo se propuso recorrer las provincias para arrojar de ellas á los obispos que no eran arrianos; pero encontró celosos defensores de la verdadera fe, entre los que merece una distincion honrosísima San Basilio, obispo de Cesarea. Ya tenia Valente noticias del carácter de este santo Prelado y con razon temia que no le seria fácil ganarle, y así mandó á Modesto delante de él para que tratase de convencerle. Todo fue en vano. No solamente permaneció firme este ilustre obispo, sino que con su ejemplo sostuvo firmes á sus ovejas, librándolas de las garras del feroz lobo de la herejía. Por órden del Prefecto se presentó en su tribunal, siendo recibido con afabilidad por aquel magistrado, que se habia rodeado de toda la pompa propia de su dignidad, creyendo que este seria el medio mejor de atraerle. No se intimidó el celoso defensor de la verdad católica al ver á Modesto rodeado de tanta grandeza, sentado en su tribunal en medio de los lictores que permanecian de pié. El santo obispo revelaba toda la tranquilidad de su alma y aquella serenidad que se advierte tan solamente en los que se presentan ante los tribunales con el testimonio de una conciencia tranquila.

Sin titubear negóse resueltamente á tener comunicacion con los arrianos, y en vista de esto el Prefecto trató de intimidarle con amenazas, y con aire colérico le dijo: «¿Pensais por ventura oponeros á un tan grande «emperador, á cuya voluntad obedece todo el mundo? ¿No temeis sen«tir los efectos de su indignacion? ¿No está en su mano despojaros de «vuestros bienes, desterraros y aun quitaros la vida?» La contestacion de San Basilio fue la que siempre han dado los obispos y sacerdotes católicos cuando los tiranos de la tierra han pretendido que falten á sus sa_ grados deberes.—«Nada me afectan, le dice, las amenazas que me ha- «ceis: el que nada posee, nada puede perder, á ménos que no quisie«rais quitarme estos miserables vestidos que me cubren, y unos cuantos «libros que forman toda mi riqueza. En cuanto al destierro, como quie«ra que no tengo país fijo no conozco ninguno. Toda la tierra es de «Dios; donde quiera que me dirija será mi patria, ó más bien el país de «mi peregrinacion. Por lo que hace á la muerte, no la temo, pues esto «no seria otra cosa que un favor, porque me haria pasar á la verdadera «vida. Mucho tiempo hace que he muerto para esta vida miserable y «transitoria, y los tormentos no serán capaces de inmutarme, ni de alterar «la tranquilidad de mi alma: tan débil y extenuado se halla mi cuerpo «que con el primer golpe terminarán con mi vida mis penas.» Admirado quedó el Prefecto al escuchar este lenguaje, al que no estaba acostumbrado, por lo que no pudo ménos de exclamar:—«Jamás se ha atrevido nádie á hablarme con tanta libertad y atrevimiento.»—«Esto será, con testó el santo, porque seguramente no habreis tratado asuntos de esta clase con ningun obispo.» Cada vez más admirado el Prefecto de esta gran firmeza, no supo qué hacer, y mandándole salir de su presencia determinó dar cuenta al emperador de todo lo ocurrido para que resolviese segun su voluntad. Lo hizo con estas palabras: «Príncipe, somos vencidos por un solo hombre: no espereis asustarle con amenazas, ni ganarle por medio de la afabilidad; el único medio que os queda es la violencia.» Sin embargo, el emperador aunque ofendido de la resistencia del ilustre obispo, no creyó prudente seguir los consejos del Prefecto, pues que á pesar suyo se sentia inclinado á un profundo respeto hácia él.

El ejemplo de tan santo Prelado influyó en mucho no sólo en el clero sino tambien en el pueblo, pues que hombres, mujeres y aun niños demostraron igual firmeza que él en la defensa de la verdad católica. No dejaremos de consignar por notable el ejemplo de una mujer cristiana,

que refieren algunos historiadores. Valente habia desterrado al obispo de Edesa, ciudad de Mesopotamia, por su decidida adhesion á la fe de Nicea, y en su lugar habia colocado á un obispo arriano, dando órden á Modesto de que obligase á los sacerdotes y diáconos á reconocerle y á comunicar con él, desterrando á las extremidades del imperio á todo el que rehusase cumplir su mandato. Modesto fue ejecutor de las órdenes del emperador, los reunió haciéndoles presente lo dispuesto por aquel, pero sin conseguir ningun resultado. Entre ellos hubo uno que dijo: «Tenemos un pastor legítimo y no reconoceremos á otro.» En virtud de esto, todos fueron enviados al destierro. El pueblo se negó resueltamente á comunicar con el hereje, y á la hora de los Divinos Oficios, en vez de congregarse en el templo salieron de la ciudad, reuniéndose en el campo, donde se entregaron á la oracion. Luego que el emperador tuvo conocimiento de este hecho irritóse contra el Prefecto, que no se habia opuesto á estas asambleas disipándolas, y le reprendió con gran aspereza. Por su parte este funcionario, que si no era adicto á los católicos tampoco queria tomar con ellos medidas rigurosas, les pasó una comunicacion secreta advirtiéndoles que al dia siguiente no repitiesen su salida al campo para orar, porque habia recibido órden del emperador para castigarles rigurosamente. ¡Qué valor tan extraordinario da la verdadera fe! A pesar del aviso secreto del Prefecto, al siguiente dia ya estaban reunidos muy de mañana en el mismo sitio y en mucho mayor número que la vez anterior. Titubeó el Prefecto en el partido que debia tomar: por una parte no queria usar con ellos de rigor y por otra temia la ira de Valente. Por último tomó una resolucion, reunió bastante tropa y se dirigió con ella al lugar donde los católicos se hallaban reunidos, haciendo un gran ruido con las armas para que atemorizados se dispersasen y huyesen. Cuando atravesaba la ciudad, una mujer saliendo precipitadamente de su casa con un niño en los brazos atravesó muy de prisa por entre las filas de los soldados. Modesto, que iba á la cabeza, le preguntó adónde iba y ella le contestó: «—Voy al campo á reunirme con los fieles.—¿Pues no sabes, la dijo el Prefecto, que hay órden de hacer morir á todos los que encontremos?—Bien lo sé, repuso la mujer, y esta es la causa de apresurarme, pues si llego tarde perderé la ocasion del martirio.—¿Pero por qué llevas contigo á ese niño?—Lo llevo, dijo la mujer, con el objeto de que tenga participacion de la misma gloria.» Este hecho forma el mejor panegírico no solamente de aquella mujer, cuya fe era tan admirable, sino de todos los fieles de los primitivos tiempos del cristianismo. El es-

píritu de la caridad divina ardia en los corazones y su mayor gloria consistia en derramar su sangre en defensa de la verdad y de la justicia sin que cosa alguna pudiese intimidarlos.

Hemos visto todos los medios de que se valió el emperador Valente para que la herejía se sobrepusiese á la verdad católica: pero Jesucristo no se habia olvidado ni podia olvidarse de la promesa hecha á su Iglesia, y así todas estas persecuciones como las que despues ha venido experimentando en la série de los siglos, no han sido otra cosa que la realizacion de sus vaticinios, y han servido para que el mundo conozca por sus triunfos la verdad de la Religion cristiana y la divinidad de su Fundador. Vamos á ver al soberbio enemigo de la fe de Nicea temblar ante la presencia de San Basilio.

CAPITULO IX.

Tiembla el emperador Valente delante de San Basilio.—Cura San Basilio al hijo de Valente.—Ocupaciones del santo Doctor.—Su íntima amistad con San Gregorio Nacianceno.—Elevado este al episcopado combate con gran celo el arrianismo.—Perseguido por enemigos envidiosos huye al retiro.—Caridad y demas virtudes de San Gregorio.

Encontrándose el emperador Valente en Cesarea el dia de la Epifanía, quiso asistir á la Iglesia á la celebracion de los divinos oficios. Rodeóse para ello de todo el aparato de su majestad imperial, y seguido de todos los oficiales de su casa y de numerosa guardia se presentó en el templo. De este modo trataba de intimidar y hacer temblar al santo obispo. Dios habia determinado que fuese él el que temblase á la presencia de su fiel ministro. El espectáculo que se presentó ante su vista no pudo ménos de hacerle estremecer. San Basilio rodeado de los ministros sagrados estaba en pié delante del santuario, con el cuerpo inmóvil y el espíritu elevado á Dios. Los ministros á su imitacion estaban profundamente recogidos, y un pueblo inmenso que llenaba los ámbitos del templo y sus avenidas manifestaba un exterior devoto y modesto, miéntras tanto elevaban á Dios fervorosas súplicas y oraciones olvidados de todo lo terreno. Luego que Valente se hubo sosegado de la sorpresa que aquel espectáculo habia producido en su espíritu, se acercó al altar y quiso presentar su ofrenda. Ninguno de los ministros se acercó á recibirla, segun la práctica establecida, porque ignoraban cuál fuese la voluntad de San Basilio. Entónces el emperador empezó á desfallecer, apoderándose de todos sus miembros un temblor repentino que hubiera dado con él en tierra, á no haberle sostenido un sacerdote que se apercibió del peligro. Entónces San Basilio creyó debia usar de prudencia, y cediendo de su rigor se acercó al emperador y recibió su ofrenda.

Esto contribuyó á que Valente se suavizase en su rigor, pero no saliendo de su obstinacion se valió de todos los medios posibles por atraer al santo Prelado. En su nombre fueron á hablarle magistrados, altos dignatarios del Estado y oficiales de su ejército, que nada consiguieron. Quiso él por sí mismo hablarle y le hizo comparecer en su presencia. El santo Prelado obedeció, y en aquella audiencia sin faltar en lo más mínimo al respeto debido al Jefe del Estado, habló con la mayor energía en defensa de la verdad. Un cortesano adulador que se hallaba presente osó amenazarle por la libertad con que hablaba al Príncipe, mas el santo le impuso silencio. La firmeza de este celoso Pastor le fue benéfica, pues en vez de irritarse más contra él el emperador le concedió tierras para que pudiese fundar un hospital en Cesaréa.

Los arrianos creyeron que iban á perder la proteccion de Valente y se propusieron hacerle mudar de propósito, lo que consiguieron con facilidad por su caractér veleidoso. Empero, cuando dando oido á los herejes se preparaba á firmar el decreto de destierro para San Basilio, fue atacado de una fiebre violenta su hijo, de tal modo que los médicos desesperaron de poderle salvar. Esto causó gran afliccion á Valente, y creyendo que era castigo del cielo por la resolucion que habia tomado de desterrar á San Basilio, le hizo buscar, dando órden de que compareciese en su presencia. Apénas hubo penetrado el santo en el palacio imperial, el jóven Príncipe experimentó alivio, y San Basilio aseguró á su padre que no moriria si prometia educarle en los principios de la fe católica. Valente aceptó en el momento la condicion y el santo se puso en oracion. Su plegaria subió hasta el trono de Aquel que tiene en sus manos los bienes y los males, la vida y la muerte, y el jóven quedó completamente sano. Sin embargo, este prodigio no fue suficiente para que Valente abriese los ojos á la luz de la verdad, y prontamente se olvidó así del beneficio recibido como de la solemne promesa que habia hecho. Su hijo fue bautizado por un obispo arriano, pero al poco tiempo fue víctima de otra enfermedad. Justo castigo que recibió del cielo aquel padre criminal. Despues quiso de nuevo desterrar al santo Prelado, pero la pluma se rompió hasta tres veces en su mano, apoderándose de él tal temor que no le era posible trazar una sola letra.

De este modo quiso Dios hacer patente la santidad de este su ministro, que con tanto valor y denuedo supo ser un campeon y atleta esforzado de la verdad católica.

Justo es que nos ocupemos ahora de las particularidades de este san-

to Doctor, que tanta y tan justa celebridad goza en todo el mundo cristiano. Impulsado para todas sus obras por el espíritu de la caridad, su ocupacion diaria era instruir á los fieles, destruir toda clase de divisiones, asistir á los pobres y á los enfermos, y en suma, hacerse todo para todos, como sabe siempre hacerlo el que comprende el verdadero espíritu del cristianismo. Hallábase unido con san Gregorio Nacianceno, que era arzobispo de Constantinopla, y que no le cedia en el celo por la pureza de la fe. De esta estrecha y santa amistad nos da cuenta el mismo San Gregorio por estas palabras: «Nos animaba á los dos el mismo ob«jeto; buscábamos el mismo tesoro, la virtud; pensábamos en hacer «nuestra union eterna, preparándonos á la bienaventurada inmortalidad; «nos servíamos el uno al otro de maestros y de vigilantes, exhortándonos «mútuamente á la piedad. No teniamos trato alguno con los que, no obs«tante ser nuestros condiscípulos, eran desarreglados en sus costum«bres, y sólo conservábamos relaciones con aquellos que por su modes«tia y sabiduría podian sostenernos en la práctica del bien, sabiendo «que los malos ejemplos, lo mismo que las enfermedades contagiosas, «se comunican y se contraen con facilidad: en Aténas tan sólo conocia«mos dos caminos, el de la Iglesia y el de la escuela; los que conducen «á las fiestas mundanas, á los espectáculos, á las reuniones, eran para «nosotros absolutamente desconocidos.» San Gregorio por su parte fue desde niño muy amante de la soledad, y pasó la mayor parte de su vida en el retiro, del que salió contra su voluntad para entregarse á la de Dios, que le llamó al Episcopado.

Era el año 379 cuando se hizo cargo del gobierno de la Iglesia de Constantinopla, empleando su ciencia, su virtud y su elocuencia en atacar frente á frente el arrianismo, que tantos progresos habia logrado hacer en aquella populosa ciudad. La austeridad de su vida, la caridad con que procuraba atender al alivio de toda clase de necesidades y de aflicciones, su celo por la conservacion de la fe en toda su pureza, su continua predicacion para atajar los progresos de la herejía, le merecieron el más acendrado cariño, al par que el respeto y veneracion más profunda por parte de los habitantes de Constantinopla. Esto no obstante, su misma virtud, la sabiduría que destilaban sus labios, su poca contemplacion para con los grandes, fueron causas que le crearon enemigos, los cuales le persiguieron de tal modo que el santo tomó la determinacion de abandonar aquella ciudad, volviéndose nuevamente al retiro. Para conprender el temple de alma de este siervo de Dios, llamado por la subli-

midad de su ingenio *Teólogo por excelencia*, basta leer las palabras que escribe á un amigo suyo luego que ha abandonado á Constantinopla: «No puedo, dice, estimar en lo que vale la felicidad que me han proporcionado mis enemigos con su envidia: me han sacado del incendio, librándome de los peligros del episcopado.»

Detengámonos ante estas dos figuras que destacan majestuosamente en la historia de la Iglesia. Basilio y Gregorio son dos astros brillantes del cielo de la militante Jerusalen, elevados ambos, á pesar de la profunda humildad de que se hallaban adornados, á los trabajos del episcopado. Oigamos hablar al segundo: «Sólo un objeto en el mundo ha poseido mi corazon: la gloria de la elocuencia. La he buscado por toda la tierra, por Occidente y Oriente, y más que en otra parte en Aténas, joya de la Grecia; por ella he trabajado años y años; pero tambien la he depuesto á los piés de Jesucristo al impulso de la palabra divina que borra y sepulta entre sombras la forma perecedera y mutable del pensamiento humano (1).» Al lado de Basilio habia disfrutado la tranquilidad del retiro: ambos habian gozado el embeleso y encanto de la vida monástica, desconocidos por los mundanos. Así cuando Gregorio se hallaba al frente de su Iglesia, cuando se contemplaba revestido de la dignidad episcopal, se complacia en recordar aquellos dias felices, en los que cultivaban juntos el huerto de su monasterio. «¿Quién podrá devolvernos, le escribia á Basilio, aquellos dias en que el uno al lado del otro trabajábamos desde la mañana hasta la noche, en que ora cortábamos leña, ora labrábamos piedras, ya plantábamos y regábamos los árboles, ya tirábamos los dos de aquella pesada carreta, de la que conservábamos por tanto tiempo señales en las manos (2)?» La caridad del Nacianceno se descubre y manifiesta claramente en lo dispuesto que estaba siempre para perdonar. Ya le veremos más adelante elevado á la dignidad patriarcal por la voluntad de Teodosio y los votos del segundo concilio general, del que vamos á ocuparnos con prontitud porque nos acercamos á los dias de su celebracion. Adelantemos ahora algunas palabras que nos demostrarán toda su grandeza de alma. Cuando elevado á la silla patriarcal consintió en dirigir contra los arrianos las armas de la persuasion, decia: «No nos mostremos insolentes en la prosperidad ni crueles

(1) *Carmina*, p. 636, trad. (francesa) de M. de Broglie.
(2) S. Greg. Nazianz., Ep. 9 y 13.

con aquellos que nos han ofendido; no hagamos aquello que en los otros hemos condenado. Alegrémonos de habernos librado del peligro, pero detestemos cuanto se asemeja á represalias... No pensemos en destierros y proscripciones; no llevemos á nádie ante los jueces; no chasquée el látigo en nuestra mano, y en una palabra, no practiquemos cosa alguna de las que por nosotros han pasado con tanto padecimiento nuestro (1).»

Ya hemos dicho las causas por que abandonó su silla episcopal retirándose nuevamente á la vida monástica, en la que encontraba todas sus delicias. Las grandes dignidades no deslumbran jamás á aquellos varones que se hallan revestidos del espíritu de Jesucristo.

Es inmensa la série de acontecimientos que se presentan delante de nuestra vista, y algunos de ellos son de tal importancia que no nos perdonariamos el dejarnos de detener en ellos. Vamos á hacer una nueva interrupcion en la Historia general de la Iglesia, porque habiéndonos ocupado de San Basilio y de San Gregorio hemos de fijar nuestra atencion en la vida monástica. Creemos que los lectores nos agradecerán esta importante digresion.

---

(1) El conde de Montalembert cita tambien este pasaje: Non odium significando et conviciando sollicite et anxie verba faciebam, dolens, non plagas infigens... Leniter verbis et convenienter compellabam, ut verbi defensor misericordis et mansueti, AC NEMINEM CONTERENTIS... Hæc meis inscripta erant tabulis... *Oper.*, ed. Caillan., tom. II, p. 737.

CAPITULO X.

Cuál sea el fondo de la vida monástica.—Propagacion de la vida monástica por Oriente y Occidente.—De las antiguas reglas monásticas.—Regla de San Benito.—Decadencia de la vida monástica.—Creacion de las órdenes de Cluny, Camaldulenses, Cartujos y del Cister.

Ya hemos dicho al reseñar la historia de San Antonio (1) que la vida monástica tiene su fundamento en el Evangelio, y explicamos la diferencia que existe entre los preceptos y los consejos evangélicos. Vamos, pues, á dedicar un capítulo á hablar de los monjes y á dar á conocer al lector la propagacion de la vida monástica por Oriente y por Occidente y sus antiguas reglas. El fondo de la vida monástica se encuentra en el ascetismo á que muchos de los primeros cristianos se entregaron, ya individual, ya colectivamente, para practicar los consejos evangélicos. Cuando ocurrió la furiosa persecucion de Decio á mitad del siglo III, muchos cristianos huyendo del Egipto se retiraron á los montes de la Tebaida, y allí continuaron disfrutando las delicias de la vida solitaria, aun despues que Constantino hubo dado la paz á la Iglesia. Entre ellos se distinguieron por la austeridad de su vida San Pablo y San Antonio, de los que nos hemos ocupado detenidamente. Miéntras duraron las persecuciones anduvieron dispersos, mas despues que hubieron terminado, San Pacomio los reunió en monasterios que edificó al intento (2). El ejemplo de lo que este santo hizo en la Tebaida sirvió de estímulo á otros virtuosos varones para hacer lo mismo en otras regiones. San Hilarion, discípulo de San Antonio, estableció la vida monástica en la Palestina;

(1) Véase la pág. 205.

(2) Act. Pachomii, cap. 77, ap. Papebroch., die 14 maii.

un obispo de Sebastia, llamado Eustasio, en la Armenia, y San Basilio en el Ponto y Capadocia. Por todo el Occidente se extendia la fama de los monjes de Oriente, y cuando San Atanasio vino á Roma á implorar la proteccion del Sumo Pontífice contra la tiranía de los arrianos que le habian arrojado de su silla, traia escrita la vida del anacoreta San Antonio, en la cual se realzaban las virtudes del Santo y la excelencia de la vida ascética y contemplativa. San Eusebio, arzobispo de Vercelli, en el Piamonte, que habia vivido entre los monjes, la estableció en el clero de su Iglesia: lo mismo hizo San Ambrosio en Milan, San Paulino en Nola, San Martin en Tours, San Agustin en Hipona, y otros varios obispos siguieron su ejemplo en todo el Occidente. San Gregorio de Tours la propagó en Francia, despues de haber fundado un monasterio en Italia, cerca de Milan. Por lo que respecta á España el documento legislativo más antiguo en que se habla de monjes es el cánon 6.º de un concilio celebrado en Zaragoza el año 381.

San Gregorio pintó con los más vivos colores la vida religiosa en su «Discurso sobre la muerte de Juliano el apóstata» en aquel pasaje en que apostrofando al encarnizado enemigo del catolicismo, compara con él «á los hombres que están en la tierra y en las regiones superiores á ella... dotados de dos existencias, una de las cuales desprecian, otra que llena por completo todos sus pensamientos; inmortales por la penitencia, ajenos á los deseos y poseidos de la paz del divino amor: hombres que beben en la fuente de luz y reflejan ya sus rayos; que llenan con sus angélicas salmodías las horas todas de la noche, y cuya alma trasportada emigra ya hácia el cielo... solitarios y confundidos en los conciertos de otra vida, verdugos de todo placer sensual y entregados á inefables delicias; hombres cuyas lágrimas anegan al pecado y purifican el mundo, cuyas manos extendidas sofocan las llamas, amansan las fieras, embotan los aceros, dispersan los batallones, y se disponen ahora, sábelo, para aterrar tu impiedad, aun cuando pudieras evitar tu suerte por algunos dias y dar comienzo á tu farsa con los espíritus malignos (1)»

Un siglo era trascurrido desde que San Antonio habia inaugurado la vida cenobítica en los desiertos del Egipto, cuando se encontraba establecida en el Ásia Menor y propagada hasta las playas del Ponto Euxino por Basilio y su preclaro amigo San Gregorio.

(1) Orat. IV, traduccion francesa de M. de Broglie.

«Desde este momento, dice el conde de Montalembert, no hubo provincia en la Iglesia Oriental que careciese de monjes, y Constantinopla, plantel de las herejías que desolaron en el siglo IV á la esposa de Jesucristo, vióles establecer tiendas en sus puertas y en sus plazas como una guarnicion ortodoxa. Adquiriendo en la soledad y el trabajo la fuerza que perdiera la sociedad contemporánea, subyugada y degradada por el régimen imperial, los monjes y las religiosas formaban ya todo un pueblo con la regla de Basilio por código, pueblo distinto del clero y de los simples fieles, pueblo reciente, valeroso, por todas partes preparado, siempre en progresivo aumento, en el cual así los amantes como los adversarios de la verdad habian de mirar el principal sosten de la Iglesia.»

Veamos ahora de qué modo pinta el mismo escritor las violencias que se llevaron á cabo contra el monacato: «Sus adversarios en especial lo conocieron desde el primer momento, y de ahí su constante y encarnizada enemiga contra la nueva institucion, enemiga que si tenia diferentes orígenes (1), se manifestaba con esfuerzos y resultados idénticos. Los gentiles y arrianos, que formaban juntos la mayor parte de la poblacion del imperio, mostraban igual violencia, y entre los primeros todos los sabios, filósofos y letrados se deshacian en protestas. La ardorosa actividad de los monjes contra la idolatría, sus diligencias de cada dia más afortunadas para extirparla del corazon de las poblaciones rurales, era natural que exasperasen á los últimos defensores de los ídolos; ademas la abstinencia voluntaria que predicaban y ponian en práctica, el yugo á que sujetaban su cuerpo, la guerra que á la naturaleza declaraban, eran precisamente el polo opuesto de la sabiduría helénica, y en ellos se ensañó todo el ingenio que restaba á aquella sociedad decrépita. El retórico Libanio (2) hizolos blanco de sus burlas, acusólos de cifrar la virtud en vestirse de luto, y pensó injuriarlos llamándolos *hombres negros* (3). El sofista Eunapio se lamenta tambien de que bastase (segun él) presentarse en público con un hábito negro para ejercer impunemente una autoridad tiránica, y pinta á los monjes como hombres de vida no sólo abyecta, sino criminal (4). Semejantes cargos y sarcasmos despertaban

---

(1) Moehler, p. 201.

(2) *Oratio pro templis*, p. 10, 13, 28, 30, 49; ed. 1639.

(3) Esto no obstante, en la época en que escribia Libanio los monjes no habian adoptado aun exclusivamente el color negro, y se cree que San Antonio y muchos religiosos contemporáneos suyos vestian de blanco.

(4) *Eunap.*, in Adesio. Vit. philos., c. 4.

prolongado eco en medio de la corrupcion de las dos Romas, protestas vanas de un mundo vencido, entre las cuales descollaban la ira y el odio de los ricos y padres de familia, que veian ápartarse de su lado sus hijos y herederos para abismarse en la soledad y penitencia, pues entónces como siempre tales sacrificios se consumaban por lo regular en las familias más opulentas (1).»

Ya hemos visto como los arrianos trabajaron por destruir la verdadera fe católica llevando á todas partes los más groseros errores. Enemigos declarados de la divinidad de Jesucristo, querian degradar el espíritu del cristianismo, y como este resplandecia de un modo admirable en los monjes, de aquí que fuesen tambien sus más tenaces adversarios. Durante el reinado de Constancio, con cuya proteccion contaban, segun ya hemos visto ántes, fueron ellos los que en el Egipto entregaron los monasterios á las llamas hallándose dentro los monjes. Ellos fueron los que persuadieron al emperador Valente para la publicacion de un decreto mandando al conde de Oriente registrar los desiertos de la Tebaida y arrancar de allí aquellos hombres, á quienes califica de viles desertores, para volverlos á su yugo (2). En cumplimiento de las órdenes imperiales los magistrados se constituyeron perseguidores de los monjes, que eran arrebatados de sus retiros, perseguidos, azotados, encarcelados y víctimas, en suma, de las vejaciones más viles y tiránicas (3).

No era esto lo extraño, pues no otra cosa podia esperarse de los arrianos, que se complacian en destrozar las entrañas de su madre, de la que se habian separado; sino que hasta entre los mismos ortodoxos habia quienes censurasen el nuevo instituto porque separaba de la vida pública á aquellos que le abrazaban, pues que, decian, podian ser útiles á la sociedad y dejaban de serlo en el hecho de retirarse de ella.

Dios suscitó defensores denodados á estos santos varones, siendo el

---

(1) Montalembert. *Los monjes de Occidente;* trad. (española) tom. 1.° pág. 73, Barcelona, 1865.

(2) He aquí el texto de esta ley, dada en 373.—Quidam ignaviæ sectatores, desertis civitatum numeribus, captant solitudines ac secreta, et specie religionis cum cœtibus monazontum congregantur. Hos igitur atque hujus modi *intra Ægyptum* deprehensos *per comitem Orientis* erui e latebris consulta præceptione mandavimus, atque ad munia patriarum sabeunda revocari. Leg. *Quidam.*, 63; Cod. Theod., l. 12, t. 1, *de Decur.*—Cfr. Raynouard, Hist. del derecho municipal, t. I, c. 11.

(3) Cum monachi publica magistratuum auctoritate extrema paterentur. Montfaucon, *in edit. S. Juan. Chrysost.*

más notable entre todos San Juan Crisóstomo. Basta leer su brillante apología sobre la vida monástica para desechar todos los vanos sofismas de sus enemigos. En lo más crudo de la persecucion de Valente, en el año 376, escribió sus tres libros *Contra los adversarios de la vida monástica*. Da principio á esta sublime obra, en la que muestra su profundo ingenio, demostrando en el ejemplo de los judíos y emperadores paganos los terribles castigos en que incurren los perseguidores de los santos y siervos de Dios. A continuacion se dirige á los padres de familia, quienes como fuera de sí por la conversion de sus hijos exclamaban: «me abraso, me desespero, nos ahoga la cólera,» y les explica con hechos tomados de la historia sagrada y la profana toda la grandeza y fecundidad de la abnegacion, del trabajo y de la soledad. Hace una pintura de un arrogante mancebo, vestido pobremente más que el último de sus esclavos, descalzo y cavando, demudado su semblante por el ayuno y la penitencia, durmiendo sobre el duro suelo, y despues pregunta en tono de triunfo si pudo haber jamás tan noble é ilustre victoria del esfuerzo humano como esa inmolacion de todos los bienes terrenos para alcanzar el cielo. Despues se dirige á los padres cristianos, y les exhorta con las más vivas palabras á confiar la educacion de sus hijos á los solitarios, á los *hombres de la montaña*, de donde podrian volver al siglo instruidos en la virtud cristiana, puesto que los monasterios son refugios destinados á cegar el abismo que separa la idealidad de la ley de Jesucristo de la realidad de las costumbres de los cristianos.

No nos detendremos en hablar extensamente de las obras de este ilustre Doctor, las cuales á través de quince siglos vienen siendo el embeleso de los sabios. La elocuente voz del Crisóstomo no ha dejado ni dejará de ser oportuna, porque siempre ha habido y habrá partidarios, enemigos declarados del instituto monástico. Fue tan extraordinario el amor que siempre profesó á los monjes, que no contento con la admirable defensa de que nos hemos ocupado, lo deja manifestar bien claramente en todos sus escritos y muy especialmente en las noventa Homilías que escribió sobre el Evangelio de San Mateo. Ademas, presenta un excelente cuadro de la vida interior en los monasterios y una comparacion de la existencia monástica con la secular en las Homilias sobre la primera Epístola de San Pablo á Timoteo, pronunciadas durante el tiempo que permaneció en Antioquía.

Hablemos ahora de las antiguas reglas monásticas. Llámase *regla mónástica* la reunion de preceptos que ademas de los que son comunes á

todos los cristianos tienen que observar los monjes en virtud de su profesion religiosa. El nombre de *regulares* con que comunmente son conocidos es por su sujecion á la regla. En los primeros tiempos los monasterios estaban independientes entre sí, y cada uno tenia un superior particular: tampoco habia ninguna regla de observancia general, y la que habia no era de tal modo fija é inmutable que no sufriese variacion. Todos se dirigian á un mismo fin, que era la perfeccion evangélica, pero habia distintas prácticas y diversas clases de penitencia, segun á cada superior parecia conveniente, segun las circunstancias, los tiempos y la índole de las personas.

El no haber, como decimos, una regla fija, era causa de que el monje no supiese de antemano el número y la naturaleza de sus obligaciones. La facilidad de trasladarse á otro monasterio era muy peligrosa, porque despertaba el deseo de mudanzas inmotivadas y caprichosas por el solo placer de la novedad. San Benito salió al frente de todos estos inconvenientes escribiendo el primero una regla para los monjes del monte Casino, compuesta de ochenta capítulos, y la cual fue admitida despues por los monasterios que se iban fundando, y haciéndose famosa en toda la cristiandad. En esta regla se prescribe la profesion solemne de la vida monástica, con lo cual se fijó la situacion de los monjes, quitándoles la facultad de trasladarse en adelante á otros monasterios sin una causa razonable. La regla de San Benito goza de una gran celebridad, como asimismo las de San Basilio, San Agustin y San Francisco, que son las cuatro fundamentales, á las que se refieren todas las demas, que vienen á ser modificaciones de las mismas. Advertiremos de paso que no deben confundirse las reglas con las constituciones monásticas, pues que si bien antiguamente no habia diferencia, hoy existen las siguientes: primera, que las reglas son las leyes que fueron dadas por los fundadores de las órdenes, y las constituciones son los estatutos hechos en diversos tiempos por los capítulos generales ó por las congregaciones de las órdenes religiosas: segunda, que la regla no varía y las constituciones pueden alterarse segun las necesidades y circunstancias de los tiempos y localidades; y tercera, que la regla obliga más estrechamente que las constituciones.

Ya que en este terreno nos hemos colocado, daremos otras noticias no ménos importantes para los aficionados al estudio del Derecho Canónico y Disciplina de la Iglesia. Veamos, pues, las causas de la decadencia de la vida monástica y la creacion de las órdenes de Cluny, Camaldulenses, Cartujos y del Cister.

Sabidos son los desórdenes que trajo el régimen feudal: ellos fueron á no dudarlo la causa de que se relajase tambien en algun tanto la vida monástica, cesando el trabajo de manos con que atendian los monjes á su sostenimiento. Los Abades, algunos de ellos legos, obtuvieron feudos de los Reyes, y se vieron, por lo tanto, obligados en la paz y en la guerra á dar cumplimiento á las obligaciones que imponian las leyes feudales. Añádase á esto que en virtud de privilegios pontificios quedaron exentos de la jurisdiccion episcopal, y sobre todo la debilidad humana, y se encontrarán los motivos de haberse algun tanto relajado la disciplina de los claustros, no teniendo entónces todavía la organizacion jerárquica que se les dió despues.

Si el poseer riquezas por una parte y por otra el estar los monasterios establecidos en las poblaciones habian sido las causas de la decadencia de la vida monástica, era necesario hacer su restablecimiento á su primitiva pureza bajo las bases de la más absoluta pobreza, y de que los monasterios estuviesen establecidos en los desiertos, y esto es lo que hicieron en los siglos X y XI los fundadores de las órdenes de *Cluny*, *Camaldulenses*, *Cartujos* y el *Cister*. En esta época á que nos referimos se introdujo la diversidad de órdenes y su organizacion por congregaciones bajo la dependencia de sus respectivos superiores.

He aquí la explicacion que de cada una de las cuatro órdenes citadas da un canonista:

«*Cluny*, aldea antigua, 15 leguas al norte de Lyon, en Francia: es hoy una pequeña ciudad, famosa por la abadía fundada por un duque de Aquitania el año 910; uno de sus abades la cercó despues de muy fuertes murallas. Los monjes profesan la *regla* de San Benito, y están exentos de la jurisdiccion episcopal y sujetos inmediatamente al Romano Pontífice por cláusula expresa de la fundacion. El abad es el jefe de los monasterios de la órden en toda la cristiandad. La historia ha conservado particularidades muy notables de esta abadía dignas de mencionarse. Son entre otras el haber dado á la Iglesia cuatro Pontífices, uno de ellos Gregorio VII, y ademas muchos Obispos, Arzobispos, Cardenales é infinidad de personas ilustres por su virtud y santidad. De allí vinieron tambien á España los famosos monjes D. Bernardo y D. Rodrigo, Arzobispos de Toledo y de Santiago, los cuales tan funesta influencia ejercieron sobre las cosas de España, al decir de algunos escritores, aunque á nuestro juicio con muy poco fundamento. Allí murió el Papa Gelasio II, donde se habia refugiado huyendo de las perse-

cuciones de Enrique IV, y allí fue elegido tambien su sucesor Calixto II. Despues de terminado el Concilio general I de Lyon, marchó á la abadía en 1245 una ilustre comitiva movida de la fama que ya tenia por toda Europa. Iba en ella el Papa Inocencio IV, los dos Patriarcas de Antioquía y Constantinopla, doce Cardenales, tres Arzobispos, quince Obispos, San Luis, rey de Francia, su madre, su hermano el duque de Artois y su hermana, el emperador de Constantinopla, los hijos del rey de Aragon y de Castilla, varios condes y gran número de señores. Los monjes parece que no tuvieron necesidad de abandonar sus celdas para hospedar á un número de huéspedes tan considerable como distinguido. Lo más sorprendente al tratar de esta abadía es el saber, segun consta en un catálogo antiguo, que llegó á tener en su biblioteca, copiados por los monjes, 1,800 volúmenes (1).

«La órden de los Camaldulenses tomó el nombre de *Camaldoli*, aldea de la Toscana, á diez leguas de Florencia. Fue su fundador el año 1009 San Romualdo, natural de Ravena y descendiente de una familia ilustre. Tambien profesan la regla de San Benito, y se prescribe en uno de sus estatutos que los monasterios de esta órden estén situados por lo ménos á cinco leguas de las grandes ciudades. Esta abadía es cabeza de todos los monasterios de la órden.

«Chartrese ó *Cartuja* es un célebre monasterio en Francia en el Delfinado, á cuatro leguas de Grenoble; fue fundado en 1086 por San Bruno, natural de Colonia y canónigo de Reims. Está situado entre dos fragosas montañas, donde al principio no habia más que seis humildes cabañas para los seis compañeros que llevó consigo el austero fundador. La abadía es cabeza de la órden, en la cual reside el General, y en ella tiene habitacion el Rey, y el obispo de Grenoble.

«Cisteaux ó *Cister*, abadía cabeza de la órden de San Bernardo, en la Borgoña, diócesis de Chalons, fue edificada en un desierto por los duques en 1089, siendo su fundador el abad de Moleme San Roberto. El arzobispo de Lyon aprobó el instituto como delegado del Romano Pontífice: en ella estuvo San Bernardo, y dió cuatro Papas á la Iglesia, ademas de un considerable número de Obispos y Cardenales. El abad del Cister es el General de toda la órden (2).»

A su tiempo nos ocuparemos del nuevo aspecto que tomaron las ór-

(1) Diccionario Geográfico de Mr. Corneille de la Academia Francesa y de la de inscripciones y medallas.

(2) Golmayo: Instituciones de Derecho Canónico, tom. I, cap. XXIII.

denes monásticas desde el siglo XII, como asimismo de las órdenes militares de Oriente y las que existen en España.

Bien quisiéramos detenernos ahora en recordar los inmensos beneficios que la sociedad ha recibido de los monjes, que por espacio de muchos siglos han trabajado con incansable celo y sobrehumanos esfuerzso pacificando y civilizando á pueblos bárbaros, cultivando terrenos inaccesibles, allanando montes, cultivando el trabajo, y guardando al mismo tiempo las ciencias para comunicarlas como precioso tesoro á sus semejantes. Ya llegaremos con el favor de Dios á fijar nuestra atencion en las famosas Cruzadas que llenas de fe marcharon al Oriente para arrancar los Santos Lugares del poder de los sectarios del falso profeta de la Meca, y veremos asociados á ella estos hombres tan benéficos como odiados por los amantes de las modernas ideas, que se han propuesto con loco orgullo concluir con cuanto de bueno existia en las sociedades cristianas. La Europa con suma ingratitud relega al olvido hechos que debia conservar en sus fastos con letras de oro, al perseguir á los que tanto han hecho por su civilizacion y prosperidad. Sin embargo, las órdenes religiosas, proscritas ó vilipendiadas por todas partes en el siglo XVIII, tambien por todas partes se levantan de nuevo en el siglo XIX, de modo que, como dice oportunamente Montalembert, nuestra época habrá asistido á su sepultura y á su renacimiento.

Tiempo es ya de que reanudemos el hilo de nuestra interrumpida Historia de la Iglesia.

CAPITULO XI.

Macedonio.—Símbolo de San Atanasio.—Teodosio, emperador.—Su decreto á favor de la Iglesia.—Relaciones entre la Igleeia y el Estado en tiempo de Teodosio.—San Gregorio Nacianceno ocupa la silla episcopal de Constantinopla.—Es cruelmente perseguido por los arrianos.—Su predicacion.—Muerte de San Basilio.—San Efren, diácono de Edesa.—Su elogio de San Basilio.—Su muerte.—Santa Macrina.—Maquinaciones del antipapa Urcisino.—Concilios romano y de Gangres.—Prisciliano.—Concilio I. de Zaragoza.

Con la muerte de Valente murió tambien el arrianismo, que tantos estragos habia causado en la Iglesia en todo el Oriente, pero bien pronto vino á extenderse la nueva herejía de Macedonio, no menos contraria al Dogma de la Santísima Trinidad, pues que atacaba la divinidad del Espíritu Santo. San Atanasio, que como hemos visto era un centinela avanzado de la verdad católica, habia conocido con tiempo las extravagantes ideas de Macedonio y habia compuesto expresamente un tratado para combatirlas. En él prueba el Santo Doctor que la Iglesia ha creido y enseñado siempre que hay en Dios una Trinidad, y que la Santísima Trinidad no tiene mas que una sola naturaleza, que es un solo y mismo Dios. Por medio de las Santas Escrituras demuestra que el Espíritu Santo es Dios, y que lo que se le atribuye, á saber, el Ser santificante, vivificante, inmutable, inmenso, no puede convenir sino á Dios, y por último al terminar el tratado protesta que nada ha dicho que no haya aprendido como doctrina de los Apóstoles. Los macedonianos estaban revestidos de un carácter de verdadera hipocresía, pues que presentaban un exterior devoto y austero. A proporcion que se desacreditaban los arrianos, ellos empezaban á hacer prosélitos, principalmente en

Constantinopla, extendiéndose la herejía por la Tracia, la Bitinia y el Helesponto.

Valente habia muerto miserablemente en una batalla sin que pudiese ser hallado su cuerpo, y le sucedió en el trono imperial Teodosio, español, varon de grandes virtudes y que desde el momento de su elevacion trabajó con incansable celo por la extirpacion del error. Su piedad y el amor que profesaba á la Iglesia le hicieron adquirir el nombre de *Grande*. Poco despues de su bautismo publicó una ley en la que se leen estas palabras: «Queremos, dice, que todos los pueblos sometidos á nuestra obediencia sigan la Religion que el Príncipe de los Apóstoles ha enseñado á los romanos, y que en el dia vemos seguir al Pontífice Dámaso, su sucesor, de modo que, segun la doctrina del Evangelio y las instrucciones apostólicas, creemos una sola divinidad en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, con una igual majestad, y en una adorable Trinidad: ordenamos que los que profesan pura esta doctrina lleven el nombre de *católicos*, y que los demas, cuya insensata y temeraria impiedad reprobamos, sean conocidos con el ignominioso nombre de herejes, y que sus asambleas nunca sean honradas con el título de *iglesias*, miéntras esperan que llegue el tiempo de experimentar los efectos de la venganza divina.»

No pasaremos adelante sin consignar un justo elogio al emperador Teodosio, que de tal modo favorece á la Iglesia, ilustre español, el mejor de los emperadores cristianos, destinado por la Providencia para afianzar la obra todavía vacilante de Constantino. De acuerdo entónces los españoles que simbolizaban en las personas de San Dámaso y el gran Teodosio, dice el señor La Fuente, los dos poderes que rigen el mundo, vióse marchar al sacerdocio enlazadas sus manos con el imperio. Vióse á Teodosio legislar en materias de religion y disciplina con una latitud tal que apénas podríamos explicarla, si no tuviéramos en cuenta su gran piedad, la rectitud de sus intenciones, el acierto en sus medidas y sobre todo la condescendencia de la Iglesia y su Jefe para con aquel hijo predilecto. Teodosio, de acuerdo con sus colegas Graciano y Valentiniano, habia dado la ley *Cunctos quos*, etc., que acabamos de citar (28 de marzo de 380), proscribiendo la herejía... Las relaciones entre la Iglesia y el Estado eran íntimas, y grandes las concesiones que mútuamente se hacian. Las disposiciones religiosas de Teodosio llevan implícitamente la aquiescencia de San Dámaso. Por acuerdo de ambos se reunió tambien el concilio I de Constantinopla (381) para condenar los

errores de varios heresiarcas. Ademas de este Concilio celebró otros cinco en Roma aquel santo Pontífice, que se mostró muy celoso en esta parte (1).

Antes de ocuparnos del concilio ecuménico de Constantinopla tenemos que fijar la atencion en otros acontecimientos, por exigirlo así el riguroso órden cronológico. La Iglesia de Oriente, que tan desolada se hallaba por la tiranía de Valente, empezó á recobrar todo su esplendor bajo el mando de Teodosio, suscitado por la Providencia para reparar los grandes males que aquel tirano habia causado. Este emperador del Oriente estaba destinado para gobernar más tarde todo el mundo cristiano, siendo como un ángel de paz enviado por Dios para la defensa de la santa Iglesia.

Merced á los esfuerzos de los arrianos, que por tantos años se habian visto favorecidos por dos emperadores herejes, la Iglesia de Constantinopla se hallaba reducida al estado más lamentable. Una infinidad de sectarios talaban el redil del verdadero Pastor, siendo como feroces lobos que sembraban el espanto y la desolacion entre las sencillas ovejas. Entre tanto los fieles no tenian quien les gobernase.

San Gregorio Nacianceno vivia retirado en Seleucia, cerca del sepulcro donde reposaban los restos de Santa Tecla, primera mujer mártir, de la que hablamos á su tiempo, y á la que profesaba una extraordinaria devocion. Las grandes virtudes de este santo obispo le habian hecho adquirir una extraordinaria reputacion y justa fama, segun que ya hemos ántes manifestado. Los fieles de Constantinopla manifestaron el deseo de que fuese obispo de aquella Iglesia, cuyo deseo fue aprobado y apoyado por todo el clero. San Gregorio era, en verdad, una gran adquisicion para cualquier Iglesia. El santo Prelado, que tanto amor profesaba al retiro, se resistió cuanto le fue posible á aceptar la silla de la ciudad imperial. Pero se le hizo presente cuán expuesta estaba aquella Iglesia por carecer de Pastor y la posibilidad en que él estaba de favorecerla y librarla de tantos peligros, y conociendo entónces que era voluntad de Dios, aceptó su gobierno. Esta aceptacion fue verdaderamente un sacrificio para el santo Prelado, puesto que, como él mismo dice, se hallaba en la ancianidad, debilitado por las austeridades de sus penitencias, y su cuerpo, inclinado hácia la tierra, parecia sólo aspirar á ella:

---

(1) La Fuente, obra citada, cap. IV, § XXV.

su cuerpo y su rostro se hallaban tan descarnados como los de los cadáveres (1).

El nombramiento de San Gregorio para la silla episcopal de la ciudad imperial irritó sobremanera á los arrianos, que querian sostener á todo trance los pretendidos derechos de su obispo Deucófilo, hombre sagaz y perverso. Valiéronse, pues, de los más inícuos recursos y no hubo medio á que no acudiesen, incluso las más pérfidas calumnias, para desacreditarle, de tal modo que el santo se vió á veces perseguido á pedradas, y aun conducido ante los tribunales: pero de todo triunfó su paciencia heróica y demas grandes virtudes de que se hallaba adornado. Su vida recogida, su mansedumbre, la caridad con que atendia á toda clase de necesidades, su vigilancia, en suma, por la pureza de la fe, hizo que el pueblo se convenciese de la verdad y llegó á amarle y venerarle.

Eran necesarias una grande energía y una sabiduría celestial para resucitar la verdadera fe, allí donde tantos estragos habia causado el arrianismo, y nádie hubiese creido que un anciano agobiado bajo el peso de los años hubiese sido suficiente á reedificar los destruidos muros de aquella Iglesia. Pero fue así: Dios le concedió la fortaleza que le negaban los años para que pudiese llevar á cabo aquella obra tan grata á los divinos ojos. Los ortodoxos carecian de Iglesias donde reunirse porque todas habian sido usurpadas por los arrianos. San Gregorio, pues, empezó á reunir los fieles en la casa donde se hallaba hospedado, que despues vino á ser Iglesia llamada de la Resurreccion, y en ella empezó á predicarles con el mayor celo. Desde el primer dia todos quedaron maravillados de la sabiduría que destilaban los labios del santo Doctor y de la fuerza de sus argumentos. Así es que si acudian los ortodoxos por su deseo de instruccion cristiana, tambien se presentaban á formar parte del auditorio los herejes y aun algunos paganos movidos por la curiosidad y el deseo de oirle. El local no podia contener la multitud que se apiñaba: sus discursos eran frecuentemente interrumpidos con aclamaciones y aplausos, y muchos eran los copiantes que se ocupaban en transcribir sus inspirados discursos.

Sin temor de ninguna clase combatia con el mayor valor y denuedo todos los errores, explicaba las Escrituras, y tal era su fuerza de persuasion, los grandes conocimientos que demostraba, y su grande inge-

(1) Greg. Nazianz. Orat. 25.

nio que desde entónces se le conoció con el nombre de *teólogo*, que le ha sido dado en la antigüedad para diferenciarle de otros Padres que llevaron el mismo nombre de Gregorio.

Ya hemos hablado de la íntima amistad que le ligaba con San Basilio. Pues bien, cuando San Gregorio se hallaba tan santamente ocupado, tuvo que sufrir un gran dolor, en la pérdida de su amigo y colega San Basilio, á quien Dios llamó para sí en el año 379, despues de haber sufrido grandes persecuciones por parte de los herejes, que jamás le perdonaron el haber defendido tan valerosamente la doctrina ortodoxa de la Iglesia.

Quisieron los fieles honrar la memoria del gran Basilio de Cesarea, cuya muerte arrancó abundantes lágrimas, y así se apresuraron á asistir á sus funerales en tan gran número, que muchos, como dice San Gregorio, quedaron sofocados á causa de las apreturas (1).

He aquí de qué modo un erudito escritor nos hace comprender el sentimiento que causó la muerte de San Basilio y el aprecio en que se tuvo su memoria. «Todos á porfía, dice, querian tocar el borde de su ropa ó la cama en que se le habia llevado á la sepultura. Los gemidos interrumpian á lo léjos el canto de los salmos: los paganos y los judíos se mezclaban con los fieles y lloraban á este padre comun de todos los menesterosos. Sus discípulos y hasta sus domésticos contaban sus acciones y sus discursos edificativos; y haciendo la dignidad de la materia olvidar á todos la humilde condicion de esta especie de panegiristas, los oian con una respetuosa atencion hasta las personas más distinguidas. En suma, no hay ejemplar de que á otra persona alguna se haya mostrado tal amor ó tal veneracion. Muchos llegaron hasta imitar al santo en las cosas más indiferentes, en su modo de andar, de comer, de vestirse, y hasta en los defectos exteriores, como su lentitud en hablar. Pero en breve se le tributaron honores de un órden mucho más elevado, pues por el panegírico que hizo poco despues su hermano San Gregorio, obispo de Nisa, vemos que el mismo dia de su muerte fue convertido en un dia de fiesta con las brillantes solemnidades que en él se celebraron. Ejercitáronse como á porfía los más distinguidos oradores en tan bello campo, en el cual la amistad renovó en los talentos superiores de Gregorio Nacianceno toda la sublimidad y fuego de sus primeros años (2).»

(1) Greg. Nazianz. Orat. 20.
(2) Berault Barcastel, obra citada, lib. X. n. 3.

No fueron tan sólo despues de su muerte cuando se tributaron grandes elogios á San Basilio. San Efren, diácono de Edesa, nos hace del modo siguiente la relacion de los afectos que le produjo una visita que le hizo estando en Cesarea. «Hallábame, dice, en una ciudad donde yo creia beber en las puras fuentes de la caridad, cuando quedé asombrado al oir estas palabras:—Levántate, Efren, y susténtate con el verdadero alimento que nutre las almas.—¿Y dónde le buscaré, Señor? respondí con sinceridad.—Hé aquí, siguió la voz (aludiendo al nombre de Basilio que significa rey), hé aquí en mi casa un vaso régio que te suministrará este precioso alimento. Me levanto en seguida, me dirijo al templo del Altísimo, entro en los pórticos con el mayor respeto, miro con viveza en lo interior del edificio sagrado, y veo en el *Sancta sanctorum* el vaso de eleccion, de donde salian las palabras de vida, expuesto majestuosamente delante de las puras ovejas, cuyos ojos estaban fijos en él. Ví por todas partes el inmenso rebaño apacentarse con ardor del alimento celestial: ví correr al rededor rios de lágrimas, en tanto que él hacia subir hácia el cielo las más fervorosas oraciones, como un incienso de suave olor, y ví al mismo tiempo descender del cielo torrentes de bendiciones. Ví por fin los coros de estos ángeles terrestres brillar con resplandores de gracia: y no pudiendo resistir más el espíritu que se apoderó de todos mis sentidos, alabé en alta voz la sabiduría y bondad del Eterno, que de tal modo honra á los que le honran (1)»

Tal es el elogio que de un santo hace otro santo. San Efren sobrevivió muy pocos dias à San Basilio, y ordenó, dando una prueba de la profunda humildad de que se hallaba adornado, que despues de su muerte no se le tributasen los honores y obsequios que se acostumbraban tributar á los santos, que no se recogiesen y guardasen como reliquia sus vestidos y que su cadáver no se depositase debajo de ningun altar en la Iglesia, sino en un rincon del cementerio, y que en su nombre se diesen limosnas y se ofreciesen sacrificios al Señor.

Por el mismo tiempo ocurrió la muerte de Santa Macrina, en el monasterio que estaba edificado junto á la ciudad de Ibora, en la provincia del Ponto, siendo asistida de su hermano San Gregorio Niseno, que se hallaba en aquella ciudad despues de una ausencia de ocho años, en cuyo tiempo no la habia visto.

Entre tanto el anti-papa Urcisino, no obstante estar desterrado de

(1) Cot. Mon. Gr., tom. 3, p. 58.

Roma, maquinaba con los clérigos que le eran adictos en contra de San Dámaso, fomentando la division y procurando que hubiera alborotos en diferentes partes, culpando despues á los católicos. El obispo de Parma, que habia sido condenado por San Dámaso, no se descuidaba en allegar prosélitos á la perdida causa del anti-papa. Era necesario poner término á estos desórdenes y para ello se celebró en Roma un concilio compuesto de obispos de los diferentes puntos de Italia, los cuales reconociendo que los emperadores Graciano y Valentiniano habian contribuido á destruir el cisma del anti-papa, le enviaron una carta dándoles un voto de gracias por este beneficio que habian dispensado á la Iglesia. En el concilio romano, lo mismo que en otro celebrado en Gangres, metrópoli de la provincia de Paflagonia, fue condenado Urcisino, y con él todos los que le reconocian como verdadero Papa, prestándole obediencia.

Debemos ahora fijar nuestra atencion á los asuntos eclesiásticos en España por la época á que nos venimos refiriendo. Tambien en nuestro privilegiado suelo apareció la herejía con sus negros colores á presentarse en lucha con la verdad católica. Prisciliano era un varon adornado de bellas cualidades que le hicieron recomendable ántes de su funesta caida. En Galicia, su patria, brillaba no sólo por la nobleza de su cuna, sino tambien por sus grandes conocimientos, y se habia hecho notable por su erudicion, bien que así por la elegancia con que sabia expresar sus conceptos. Severo Sulpicio hace de él grandes elogios. Su misma sabiduría fue la causa de su lamentable caida. El orgullo se apoderó de su corazon y esto fue suficiente para perderlo. Un impostor llamado Márcos que profesaba los errores del maniqueismo llevó del Egipto á la Francia su perniciosa doctrina y funestas novedades y desde allí las introdujo en España, logrando aunque pocos algunos adeptos, los cuales iniciaron en tales novedades á Prisciliano, el cual se hizo jefe de ellos de tal modo que aquellos heresiarcas, tanto en España como en Francia, tomaron desde entónces la denominacion de Priscilianistas. Este desgraciado, que ántes se distinguia por la austeridad de su vida y la pureza de sus costumbres, se dió bien pronto á las mujeres, con las que tenia secretos conciliábulos en los que habia ritos que el pudor, como dice oportunamente el señor La Fuente, no permite referir. No faltaron prosélitos y entre ellos se contaron los obispos Instancio y Salviano. Masdeu prueba que Prisciliano no era obispo de Mérida, ni tampoco metropolitano, como opinaba el Padre Florez.

El obispo Higinio de Córdoba (Adygimus) fue el primero que levantó el grito de alarma contra el Priscilianismo, y á él siguieron otros obispos, los cuales formaron un concilio en Zaragoza, en el cual se reunieron los obispos católicos y algunos de la parte meridional de Francia, donde el error habia hecho los mayores estragos.

Los heresiarcas fueron anatematizados en este concilio, cuyas sentencias definitivas fueron leidas el dia 4 de octubre de 380, escritas por los doce obispos que se hallaron presentes, y redactadas en ocho cánones.

Itacio, obispo de Estoy (*Ossonobensis*), fue el comisionado para publicar la condenacion de Prisciliano, de los obispos Instancio y Salviano y del infortunado Higinio de Córdoba, que habiendo sido como hemos dicho el primero en levantar el grito contra el error, tuvo la desgracia de caer despues en él.

CAPITULO XII.

Simphosio y Dictinio incurren en el error.—Los herejes acuden á Roma para apelar de la sentencia del Concilio.—Son rechazados por San Dámaso.—Sorprenden á San Ambrosio en Milan.—Ofrecen explicar sus doctrinas y anular las ordenaciones que habian hecho malamente.—Léjos de cumplir su oferta prosiguen en sus errores.—Vicisitudes del Priscilianismo dentro y fuera de España.—Los itacianos.—Turbulencias de la Iglesia de Constantinopla.

El error de los priscilianistas á pesar de la condenacion del Concilio de Zaragoza no quedó sofocado. El orgullo es siempre tenaz. Bien pronto otro de los Padres del mismo Concilio llamado Simphosio cayó tambien en la herejía, y un hijo suyo llamado Dictinio se hizo tan entusiasta por la mala causa que llegó á escribir algunos tratados en su defensa. en premio de lo cual le hicieron obispo de Astorga al tiempo mismo que á Prisciliano le elevaban á la silla episcopal de Ávila.

No conformándose los herejes con la sentencia del Concilio de Zaragoza, se presentaron en Roma para apelar contra ella. No se dejó sorprender San Dámaso, el que se negó á recibir á los heresiarcas. Dirigiéronse entónces á Milan con el objeto de sorprender á San Ambrosio, al cual hallaron más asequible, pues que este sin comunicar con ellos creyó que podria conciliar los ánimos y dar la paz á la Iglesia de España. Ellos ofrecieron espontáneamente explicar sus doctrinas en sentido católico, y al mismo tiempo anular las ordenaciones que habian hecho, y muy especialmente la de Dictinio, el que debia quedar en el grado de presbítero. A pesar de estos ofrecimientos, todo lo hicieron al contrario, pues que no solamente no anularon las ordenaciones que malamente habian hecho, sino que hicieron otras nuevas, continuando en sus errores. Entre los nuevamente ordenados se contaba Paterno, al que colocaron en la silla

episcopal de Braga, sin que San Ambrosio, á pesar de su celo, ni su sucesor San Simpliciano lograsen ver terminado aquel negocio (1).

Vamos á consignar compendiadas las importantes noticias que sobre las vicisitudes del priscilianismo dentro y fuera de España y sobre los itacianos ha reunido La Fuente: «El recurso al poder temporal fue harto funesto en esta causa. Desechados Prisciliano y los dos obispos contumaces por San Dámaso, hallaron más sencillo ganarse el favor del emperador sobornando al cortesano Macedonio, jefe de palacio, y obteniendo la revocacion de lo que se habia actuado contra ellos, y órden para que se les repusiera en sus sillas. Al regresar triunfantes á España, Itacio se vió en la precision de huir á las Galias, y en vano el prefecto Gregorio trató de hacer ver al emperador los males que esto acarreaba en la Península. Todo era venal en la corte; Macedonio volvió á ser sobornado y perseguidos los católicos. El mismo Itacio apénas pudo escapar á fuerza de astucias de manos de los oficiales de Macedonio. Mas no escarmentando todavía á vista de las funestas resultas de poner las cuestiones religiosas en manos del poder temporal, incurrió nuevamente en la temeridad de acudir al usurpador Clemente Máximo, que venia de Bretaña á conquistar el imperio. Al observar los progresos de sus armas y que entraba vencedor en Tréveris, trató de ganarle contra Prisciliano. El mismo emperador mandó por escrito al Prefecto de las Galias y al vicario de España que se citase á los sectarios para el concilio que iba á celebrar en Burdeos. A vista de la condenacion de Instancio, hecha por aquellos Padres, temióse Prisciliano igual suerte, y sin responder á los cargos que se le hacian apeló al emperador. San Martin de Tours se opuso, como era justo á que el Gobierno conociera de causas de fe, y habló al emperador con gran energía, manifestándole que no era de su incumbencia aquella causa y sobre todo que no se debia castigar á los herejes con penas sangrientas. Por el pronto las palabras de San Martin contuvieron al emperador, pero más tarde este fue pervertido por dos obispos llamados Magno y Rufo, que le persuadieron de que aquellos sectarios eran reos de grandes crímenes á más de su herejía. La causa tomó un aspecto sério, y entónces Itacio se retiró de la acusacion sustituyéndole el fiscal Patricio. Los herejes fueron condenados á pena capital. Este fue el resultado de haber apelado al poder temporal. Ciertamen-

(1) La Fuente, obra citada, cap. v. §. XXIX.

te, dice La Fuente, de quien es esta narracion, el Concilio de Burdeos no hubiese derramado su sangre. En virtud, pues, del decreto imperial Prisciliano fue decapitado en Tréveris, como igualmente Latroniano y la disoluta Eucrocia y los clérigos Felicísimo y Armenio, que poco ántes habian apostatado, y la misma suerte cupo despues al llamado Asarino y al diácono Aurelio.

La persecucion contra los priscilianistas fue rigurosísima. El obispo de Córdoba Higinio, fue conducido al destierro con la mayor inhumanidad y cási desnudo. Vióle San Ambrosio y compadecido de aquel anciano á pesar de sus errores reconvino á los que le conducian. Otros fueron deportados á diversos lugares.

Los buenos se horrorizaron á vista de aquellas sangrientas escenas llevadas á cabo por causas dogmáticas: la Iglesia, que habia prodigado su sangre en defensa de la fe verdadera, no podia ni aun remotamente querer que se derramara la de sus enemigos: ni podia tolerar la agresion, cuando ni aun consentia la defensa.

Por evitar nuevas violencias consintió el santo obispo de Tours en comunicar con los itacianos y asistió á la consagracion de un Prelado virtuoso llamado Félix; mas aun esta condescendencia la lloró despues como una debilidad.

No se abatieron los priscilianistas, y ántes por el contrario empezaron á venerar á su corifeo como santo y trajeron sus restos á España, donde fueron recibidos con triunfo y como reliquias. La deposicion de Itacio fue celebrada como una victoria, y las discordias que estallaron contra los católicos concluyeron de afianzarlos en su error, que se perpetuó en Galicia por muchos años.»

Tales son las importantes noticias que nos demuestran el estado de la Iglesia de España á fines del siglo IV y los males que causó esa secta de los priscilianistas, hija como todas ellas del orgullo humano.

Vamos á volver de nuevo nuestra vista á la Historia general de la Iglesia.

Miéntras tanto ocurrian en España los sucesos de que nos acabamos de ocupar, veíase turbada tambien de nuevo la Iglesia de Constantinopla. Hablábamos en el capítulo XI de la predicacion de San Gregorio Nacianceno y de los efectos que producia, predicacion que se hacia en una casa particular por estar los lugares santos bajo el poder y dominio de los herejes.

Las grandes turbulencias que tuvieron lugar á causa de Maximiano,

consagrado por unos obispos egipcios y que se propuso usurpar la silla de Constantinopla, fue causa de que San Gregorio juntase á su pueblo para despedirse, queriendo abandonar un puesto que nunca habia tenido atractivo para él. El pueblo oyó sus palabras, y prorumpiendo en llanto le suplicaron que no tomase aquella determinacion de abandonarles.

A fines del año 380, el emperador Teodosio pasó á Constantinopla y su primer cuidado fue arrojar de allí á los herejes, con tanta prontitud que al tercer dia los lugares santos quedaron todos en poder de los católicos. Teodosio, reconocedor de las virtudes de Gregorio, le tributó los mayores honores, y el pueblo para demostrarle el amor que le profesaba pidió que se le confiriese la dignidad de Patriarca. El humildísimo Prelado se resistia, diciendo que no deseaba elevaciones ni honores, y por no violentarle no se le confirió en aquel dia, pero sí despues, para bien y felicidad de aquella Iglesia.

CAPITULO XIII.

Segundo Concilio general.—Los macedonianos rechazan la fe de Nicea y son declarados herejes.—Es declarada nula la ordenacion de Máximo.—San Gregorio es nombrado Patriarca y confirmado en la silla de Constantinopla.—Palabras que se añadieron al Símbolo de Nicea.—Por muerte de San Melecio preside la continuacion del Concilio San Gregorio Nacianceno.—Revolucion en Antioquía.—Clemencia de Teodosio.—Observaciones sobre el Concilio de Constantinopla.—Graciano se opone á que se levante la estatua de la Victoria.—Íntima amistad entre San Dámaso y San Jerónimo.—Muerte de San Dámaso.—Su elogio.—Últimas tentativas de Ursicino.

Desde el advenimiento de Teodosio al trono imperial pensó este gran emperador en la necesidad que habia de reunir un Concilio general, para asegurar la tranquilidad de los espíritus y acabar de extirpar las herejías que tantos estragos venian causando en el rebaño de Jesucristo. Fue, pues, su primer cuidado ántes de realizar su idea el procurar por todos los medios posibles que reinase la paz en todo el imperio, como medida que miraba necesaria á la consecucion de su objeto. Luego que con sus acertadas providencias lo hubo conseguido, escribió á todos los obispos del Oriente á fin de que se reuniesen en Constantinopla, que era la ciudad que habia elegido para la celebracion del Concilio, en su deseo de asistir á él. Si el emperador Constantino demostró no sólo una gran piedad, sino toda la magnificencia imperial para procurar á los Padres de Nicea comodidad en su viaje y decoroso alojamiento, no le cedió en este punto Teodosio en su prodigalidad para con los Padres de Constantinopla. A aquella ciudad acudieron los obispos en número de ciento cincuenta, encontrándose entre ellos Melecio, obispo de Antioquía, que debia presidir el Concilio; Heladio, que lo era de Cesarea, en cuya silla habia sucedido á San Basilio, y los dos hermanos Gregorio de Nisa, y Pedro de Sebaste.

No conocia personalmente el emperador Teodosio al obispo Melecio; empero le profesaba una extraordinaria estimacion, tanto por la justa reputacion que gozaba como por haberle visto en un sueño, presentándole la púrpura en una mano y la corona en la otra. Apénas los obispos hubieron llegado á Constantinopla determinaron presentarse todos reunidos al emperador para saludarle y ofrecerle el homenaje de respeto que era debido al Jefe Supremo del Estado. Teodosio ordenó que no se le dijese cuál de ellos era Melecio, pues que teniendo presente sus facciones tal como en sueños le habia visto creia que le seria fácil distinguirle entre todos. Así fue, en efecto: distinguióle en el momento entre la multitud, y corrió á él abrazándole tiernamente, aunque con el mayor respeto y besando su mano. En seguida dirigió su voz á todos los Padres exhortándoles á que procurasen con sábias y prudentes determinaciones el consolidar la paz en la Iglesia.

Segundo concilio general en Constantinopla, siendo el año del Señor 381. Teodosio hizo que fuesen admitidos á él los obispos macedonianos ó semi-arrianos, á los cuales habia ántes exhortado á fin de que entrasen de nuevo en la fe y en la comunion de la Iglesia. Esperábase que cederian en su obstinacion, pero bien pronto dieron pruebas de lo contrario, pues que declararon públicamente que no aceptaban bajo concepto alguno la fe de Nicea, y que de mejor grado admitirian el arrianismo puro que la doctrina de la consubstancialidad. Eran en número de treinta y seis, y todos despues de su declaracion se retiraron del Concilio, el cual inmediatamente los declaró herejes.

Empezó el Concilio por ocuparse de los asuntos pertenecientes á la Iglesia de Constantinopla, y examinada la ordenacion de Máximo fue declarada nula, y en consecuencia fue confirmado San Gregorio como verdadero obispo de aquella silla. El santo, que sólo aspiraba al retiro rehusaba admitir, pero San Melecio y los demas Padres miéntras más se humillaba más procuraban engrandecerle y ensalzarle, y le confirieron el título de Patriarca. Al fin tuvo que rendirse á la voluntad del Concilio y á las instancias del emperador, y en su virtud tomó despues posesion con gran solemnidad de la silla episcopal de la ciudad imperial.

Confirmáronse todos los decretos del Concilio de Nicea, añadiéndose algunas palabras. En aquel se dijo al hablar de la Encarnacion del Divino Verbo: *Bajó de los cielos, encarnó, se hizo hombre, padeció, resucitó al tercero dia, subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos*. En el Concilio de Constantinopla se dijo: *Que bajó de los cie-*

los, y encarnó por obra del Espíritu Santo en las entrañas de María Virgen, y se hizo hombre; que padeció, fue sepultado y resucitó al tercero dia, segun las Escrituras; subió á los cielos y está sentado á la diestra del Padre; que vendrá de nuevo á juzgar con majestad á los vivos y á los muertos; y que su reino no tendrá fin. En cuanto á la tercera Persona de la Santísima Trinidad, el símbolo de Nicea decia únicamente: *Creo en el Espíritu Santo.* El de Constantinopla, á causa del error de los macedonianos, añade: *Creemos en el Espíritu Santo que es tambien Señor y Vivificador; que procede del Padre; que con el Padre y el Hijo recibe las mismas adoraciones y una misma gloria; el que ha hablado por los Profetas.*

San Melecio murió cuando aun no se habia terminado el Concilio, y por eso su continuacion fue presidida por San Gregorio Nacianceno. Luego que la santa asamblea hubo terminado sus tareas, el emperador Teodosio, que habia recibido sus decisiones como emanadas del cielo, publicó una ley ordenando la ejecucion de todas ellas.

Vamos á ocuparnos de un hecho notable que nos demuestra toda la clemencia del emperador Teodosio. A consecuencia de unos impuestos que se acababan de establecer estalló en Antioquía una revolucion popular que tomó grandes proporciones. Amotinado el pueblo echó por tierra las estatuas del emperador y de la emperatriz, sin tener en cuenta los funestos resultados que estos excesos criminales podrian traer para ellos. Luego que la noticia de aquel motin llegó á oidos de Teodosio se irritó sobremanera, siendo su primer pensamiento el arruinar la ciudad, haciendo perecer en ella á sus habitantes. Empero su corazon compasivo le hizo desistir de este propósito, y nombró dos comisionados dándoles poder de vida y muerte y haciendo que pasasen á Antioquía para que juzgasen en justicia, con conocimiento de cada uno. Pasada la primera efervescencia comprendieron los antioquianos la magnitud de la falta que habian cometido y quedaron aterrados, sin atreverse á salir de sus casas esperando por momentos el castigo. Mas Flaviano, obispo de aquella ciudad, al que tales sucesos habia llenado de amargura, pasaba los dias y las noches en la más fervorosa oracion, suplicando al Señor que se dignase ablandar el corazon del emperador y atraerle á piedad y misericordia. Por último tomó la resolucion de presentarse á Teodosio para interceder con él en favor de su pueblo. Así lo hizo; mas al verse en sú presencia quedó parado y confuso sin atreverse á levantar la vista de la tierra. Entónces el emperador, viéndole en aquel estado, fue el

primero á hablar. Se acercó á él, y recordándole los beneficios que habia dispensado á Antioquía desde que ocupaba el trono, le dijo de este modo: «¿Y es esta la causa de que yo haya merecido tantos ultrajes?» Flaviano, conociendo la razon que para quejarse de aquel modo tenia el emperador, le contestó de esta manera: «Príncipe: en verdad, nosotros merecemos todos los suplicios: destruid á Antioquía hasta sus cimientos, pues aunque la reduzcais á pavesas no seremos suficientemente castigados. Esto no obstante, queda aun un remedio á nuestros males: Vos podeis imitar la bondad de Dios, que ultrajado por sus criaturas les ha concedido su perdon y les ha abierto las puertas de los cielos. Si vos nos perdonais, os deberemos nuestra salvacion, y vuestra clemencia añadirá un nuevo resplandor á vuestra gloria. Los infieles no podrán ménos de exclamar: *¡Cuán grande es el Dios de los cristianos! Él eleva á los hombres sobre su naturaleza y sabe convertirlos en Ángeles.* No tengais temor de que la impunidad sea causa de que se corrompan otras ciudades. Nuestra suerte no puede sino horrorizarles: la consternacion en que nos hallamos abismados es el más cruel de los suplicios. No os avergonceis, oh Príncipe, de acceder á los ruegos y súplicas de un pobre anciano, porque esto será ceder á Dios mismo, pues él es el que me envía á presentaros el Evangelio y á deciros de su parte que si no perdonais las ofensas hechas contra vos, vuestro Padre celestial no os perdonará las vuestras. Fijad vuestra vista en aquel dia terrible en que los príncipes y los vasallos comparecerán ante el tribunal de la Justicia Suprema, y reflexionad que vuestras faltas serán entónces lavadas por el perdon que vos habreis concedido.» Este discurso no pudo ménos que enternecer el piadoso corazon de Teodosio, que le habia escuchado con profunda atencion y sin interrumpirle en lo más mínimo. Las lágrimas que bañaban sus mejillas testimoniaban los sentimientos de su alma y el resultado de los esfuerzos del obispo. Cuando este hubo concluido, el emperador le contestó de este modo: «¿Podria yo rehusar el perdon á hombres semejantes á mí, cuando el que es Señor y dueño absoluto del mundo, habiéndose reducido por nosotros á la condicion de esclavo, quiso pedir á su Padre perdon para los autores de su suplicio, á quienes habia colmado de beneficios? Id, Padre mio; apresuraos á presentaros á vuestras ovejas: volved la tranquilidad á la ciudad de Antioquía: ella no estará perfectamente sosegada y tranquila, despues de tan violenta tempestad, sino cuando vuelva á ver al piloto que la rige. Yo los perdono á todos.» Flaviano, lleno de regocijo y bendiciendo á Dios

que de tal modo habia inclinado á la piedad el ánimo del emperador, partió para Antioquía á comunicar á sus ovejas la grata nueva y exhortarlos á que mostrasen su gratitud.

Vamos á hacer ahora algunas observaciones sobre el Concilio de Constantinopla, del que nos hemos ocupado en este capítulo.

No obstante que á dicha asamblea sólo asistieron obispos de Oriente, es señalado como ecuménico ó universal por haber sido aprobado por el Papa San Dámaso y por todos los obispos de Occidente.

Ya dijimos de qué modo se expresaron los Padres al hablar de la Encarnacion y del Espíritu Santo. Respecto á todos los herejes en general añadieron: *Creemos en una sola Iglesia santa, católica y apostólica: confesamos un solo bautismo para la remision de los pecados: esperamos la resurreccion de los muertos y la vida del siglo futuro.*

Formáronse tambien cánones de disciplina, en los cuales se nota la distincion de las provincias eclesiásticas y los privilegios de las principales iglesias. Determinóse que los asuntos particulares de cada Iglesia se determinasen en el concilio de aquella misma provincia, y cuando esto no fuese suficiente se acudiese á un concilio mayor formado de todas las diócesis. «Este cánon, dice un escritor, no hace mencion de apelacion al Papa: hallábase ya esto suficientemente arreglado en los estatutos generales de Sárdica, á los cuales no puede creerse que este Concilio de Constantinopla, que al principio sólo era particular, quisiese derogar con su silencio, por más que digan los que fundados únicamente en esta prueba puramente negativa aventuran una conjetura de tanta trascendencia. Pero esta se halla evidentemente desmentida por los hechos posteriores, y especialmente por el de San Juan Crisóstomo, obispo de la misma Constantinopla. Lo que se queria impedir con el cánon sexto era el recurrir en materia incompetente al emperador ó á sus oficiales, *con desprecio de todos los obispos de la diócesis*, segun las palabras del concilio (1)»

Como dice oportunamente el mismo escritor, por estos principios del régimen eclesiástico se ve toda la constitucion de la Iglesia Oriental; primeramente, los dos patriarcados primitivos de Alejandría y Antioquía con derechos muy diferentes; el obispo de Alejandría tenia el gobierno de todas las Iglesias de Egipto, de la Libia y de la Pentápolis, y el de Antioquía no disfrutaba sino de algunos privilegios de jurisdiccion y de honor,

---

(1) Berault Bercastel. Lib. X, n. 28.

los mismos puntualmente que se habian reconocido en Nicea, porque el Concilio de Constantinopla nada pretendia establecer de nuevo, sino únicamente confirmar las costumbres antiguas (1).

Ya hemos dicho que Teodosio publicó decretos para que en todas partes fuesen observadas las decisiones del Concilio de Constantinopla. El mismo emperador mandó que sin dilacion fuesen entregadas todas las Iglesias á los ortodoxos; y en cuanto á los que no lo eran, decia el decreto que fuesen arrojados de sus Iglesias, sin que pudieran devolvérseles en lo sucesivo, para que la fe de Nicea se conservase inalterable. Otras muchas leyes vinieron á confirmar los piadosos sentimientos del Príncipe y su deseo por el esplendor y engrandecimiento de la Iglesia. A los maniqueos se les declaró incapaces de hacer legacion alguna por medio de testamento y de cualquier otra manera, prohibiéndoles el poder tener juntas ó reuniones bajo ningun pretexto.

El paganismo desde el tiempo del emperador Constancio no habia sido perseguido en el Oriente, y justamente miéntras tanto se trataba por todos los medios posibles asegurar la paz á la Iglesia destruyendo todas las herejías, las supersticiones iban en aumento en algunos lugares con escándalo de los fieles. En el año 381 Teodosio publicó un edicto prohibiendo bajo pena de proscripcion los sacrificios de dia y de noche, y á todos los cristianos que se hiciesen paganos quitó tambien la facultad de testar.

En Roma intentaron algunos senadores restablecer el gentilismo, tratando de elevar en el Senado el altar de la Victoria para ofrecer en él sacrificios; altar que en otro reinado habia sido hecho derribar, y que Juliano, apóstata, habia reedificado. Graciano no solamente se opuso á este proyecto del Senado, sino que en toda la parte del imperio sujeta á su dominio confiscó las tierras y demas bienes pertenecientes á los templos de los falsos dioses, aboliendo al mismo tiempo todos los privilegios de las Vestales. San Ambrosio, celosísimo defensor de la fe, y que obraba con poderes del Papa San Dámaso, se opuso á los deseos del Senado romano obrando con gran actividad cerca del emperador Graciano.

Por aquel mismo tiempo convocó San Dámaso un nuevo concilio cuyas actas se han perdido.

En el año 383 el mismo Pontífice escribió una epístola á los obispos

---

(1) Ibid., n. 29.

orientales contra los partidarios de Apollinario, y en 384 dirigió otra al emperador en favor de Simmaco, acusado de haber demostrado odio contra los cristianos.

Dícese que este santo Pontífice introdujo la costumbre de cantar los Salmos de dia y de noche, si bien es cierto que semejante costumbre se hallaba ya en vigor en la Iglesia, siendo posible que así como San Ambrosio introdujo en Occidente el canto de los Salmos por dos coros alternados, San Dámaso confirmase por medio de un decreto esta práctica.

San Dámaso hizo un aprecio extraordinario del Santo Doctor San Jerónimo, al que hizo venir á su lado para que le sirviese de secretario y contestase las cartas que el Santo Padre recibia de los concilios y de las iglesias. Varios de los utilísimos trabajos que hizo el santo Doctor fueron por órden expresa del Sumo Pontífice, que conocia el claro ingenio, talento poco comun y profundos conocimientos de que se hallaba adornado, y que creyó justo utilizar en bien de la Iglesia universal.

Creó San Dámaso en cinco ordenaciones sesenta y dos obispos, treinta y un presbíteros y once diáconos, y despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de diez y ocho años y dos meses, murió ya de edad octogenaria, en diciembre del año del Señor 384, siendo enterrado en la Basílica que habia mandado construir en la via Ardeatina, y más tarde trasladáronse sus restos á la Iglesia de su fundacion, conocida por esta circunstancia con el nombre de San Lorenzo *in Dámaso*.

He aquí ahora el elogio que á este ilustre y santo Pontífice dedica el historiador Artaud de Montor: «Admirable por su virtud, verdaderamente sabio en la ciencia de las Sagradas Escrituras, ilustre por sus escritos, célebre por la excelente y constante organizacion de los actos de su pontificado, con disposiciones para el cultivo de la poesía, aunque no tan sobresaliente en este género de estudios, mereció que San Jeronimo elogiando su continencia le llamara: El Doctor vírgen de una Iglesia vírgen. Tolerante con toda suerte de injurias personales, San Dámaso jamas consintió que la Iglesia fuese injuriada, y con exquisito tacto supo distinguir perfectamente las ofensas dirigidas contra su persona, que siempre perdonó cuando no ofendian al dogma de que era representante.

«Las verdaderas obras del papa San Dámaso se imprimieron en Paris en 1672. Esta edicion en octavo francés va precedida de la vida del Pontífice, que se encuentra asimismó en la *Biblioteca de los Santos Padres* y en las *Epístolas de los Romanos Pontífices*, por Constant. Otra edicion

se habia hecho anteriormente por Federico Ubaldini, que la publicó en 1630. En 1638 salió otra edicion en Roma, y finalmente en 1754 publicó la suya el canónigo Antonio María Merenda. Muchos otros autores han hablado asimismo y examinado las obras de San Dámaso.

Este Pontífice y el emperador Teodosio son dos figuras nobilísimas que se destacan majestuosamente en el teatro de la Iglesia y que honran á la España, su patria, á esta nacion venturosa que, como iremos viendo en el curso de esta obra, ha sido fecunda en todos los siglos en héroes que han causado la admiracion del mundo, y que ha excitado la envidia de las demas naciones. ¡Bendigamos á la Providencia, que de tal modo ha querido fecundizar esta tierra clásica del catolicismo!

El Concilio de Calcedonia llamó á este Papa ornamento y gloria de Roma, y como uno de los más bellos actos de su pontificado se cita la amistad íntima que medió entre él y San Jerónimo. Con efecto, el hombre que se hace interpretar por otro hombre de un talento tan brillante, de una nombradía tan superior, da una admirable prueba de la modestia que le adorna; y á esta circunstancia debióse sin duda el grande ascendiente que por aquel entónces adquirió la influencia moral del Papado. Cuando un Jefe de la Religion tan grande por sí mismo, dotado de tan especial sabiduría y de las más eminentes cualidades literarias, llamó á su lado y en su ayuda al varon elocuente, enérgico, ardiente, de arrebatador estilo, pacífico, en todo erudito, al más eminente doctor de la Iglesia latina, dió una prueba de que queria ser doblemente grande por su ilimitada confianza en San Jerónimo que tan digno era de ella (1).

Unos diez años ántes de la muerte del papa San Dámaso habia muerto San Atanasio, ese varon eminente que por espacio de cuarenta y seis años habia ocupado la silla episcopal de Alejandría, y que con tanto valor sufrió las grandes persecuciones suscitadas contra él por los arrianos, segun hemos tenido ocasion de ver en los anteriores capítulos. Este santo Doctor de la Iglesia griega, cuya estatua es una de las que sostienen la cátedra pontificia en la Basílica de San Pedro de Roma, ocupa un lugar distinguido en la Historia de la Iglesia.

Durante todo el reinado de San Dámaso renovó Ursicino sus tentativas de entrar en Roma y apoderarse del Pontificado, mas nunca pudo lograr su intento de expulsar al legítimo sucesor de San Pedro. Tambien hizo esfuerzos por oponerse á la eleccion de San Siricio, sucesor de San

(1) Artaud de Montor. Obra citada, tomo I, pág. 148.

Dámaso, pero entónces fue definitivamente expulsado de Roma, donde creemos no pudo de nuevo penetrar.

Nos hallamos en el siglo de los insignes varones San Jerónimo, el amigo de San Dámaso, como acabamos de notar, y el gran Padre San Agustin, lumbreras resplandecientes de la Iglesia y astros brillantes en su cielo místico .Vamos, pues, á dedicar un capítulo al primero, y á su tiempo haremos lo mismo con el segundo. Ambos son dignos de que fijemos en ellos detenidamente nuestra atencion.

CAPITULO XIV.

Narracion histórica de la vida de San Jerónimo.

En lo que llevamos recorrido de la Historia general de la Iglesia no hemos podido ménos de admirar el órden de la Providencia en los medios de que se ha servido para que la fundacion Divina triunfara de todos los esfuerzos del poder humano por destruirla. A los rios de sangre con que la idolatría inundara por espacio de tres siglos el mundo cristiano, sucediéronse despues los no ménos terribles combates de las doctrinas heréticas que por todas partes amenazaban, cual impetuoso torrente, ahogar la verdad católica. Tras las luchas del hierro homicida venian las de la inteligencia viciada y la malicia. Dios, que durante las luchas del paganismo habia suscitado tanta multitud de atletas esforzados, que llenos de valor salpicaron con su sangre los vestidos de la Esposa inmaculada del Cordero, suscitó despues para que luchasen en buena lid con los enemigos de la verdad católica, é hicieran frente á todos los errores, varones dotados de gran sabiduría, que fuesen suficientes á destruir á los atrevidos herejes y sus perniciosas doctrinas.

A este número pertenece el máximo entre los Doctores San Jerónimo, el que por su vastísima sabiduría y profundos conocimientos resplandeció por su erudicion prodigiosa en el cielo místico de la militante Jerusalen, al modo que el sol brilla y resplandece sobre todos los astros que adornan la bóveda celeste. Jerónimo reunió en su persona cuanto de más extraordinario podemos encontrar en los demas héroes de la Religion, ora los contemplemos con respecto á su santidad, ora á su sabiduría. Austero en sus costumbres, asombroso en su penitencia, fuerte

para hacer triunfar en él la ley del espíritu sobre los combates de la ley de la carne, perseverante en su laboriosidad, profundo en sus estudios que le hicieron ser universal en sus conocimientos, animoso en el manejo de las armas de la persuacion para destruir las herejías, fue sin duda un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

Justo es que nos detengamos en la contemplacion de este genio extraordinario, considerándole primero en el retiro fortificando su alma con el ayuno y la rigurosa penitencia, y despues fuera del retiro blandiendo las armas de la sabiduría en defensa de la más justa y santa de todas las causas.

Vió la luz del mundo en un lugar de los confines de Dalmacia, siendo hijo de padres cristianos. Al tiempo de su nacimiento imperaba Constancio, hijo de Constantino Magno. Fue educado en Roma por Donato comentador de Terencio y Virgilio, y por el retórico Victorino, al lado de los cuales hizo rápidos adelantos en las letras y contrajo los hábitos cultos. Dedicóse muy particularmente al arte oratorio, ejercitándose en componer y recitar declamaciones y controversias. Ávido de adelantos recorrió las escuelas de la Grecia, escuchó á los hombres más eminentes de Aténas, y formóse por su propia mano una biblioteca de conocimientos útiles, copiando cuanto oia de más importante. Estudió las obras de Platon, Aristóteles y los demas filósofos, sacando de todas ellas lo que pudiese serle de provecho. Dios le destinaba para que ilustrase más tarde á la Santa Iglesia con su doctrina y le proporcionaba todos los medios para que adquiriese grandes conocimientos.

El genio extraordinario con que Dios le habia favorecido, los grandes conocimientos que habia adquirido, la fama que justamente iba adquiriendo, no le sirvió para infatuarse ni enorgullecerse, como suele suceder á los sabios segun el espíritu del mundo. Por el contrario, él conocia muy bien que el hombre nada tiene que se lo deba á sí mismo y que todo proviene de Dios. Así, pues, si hacia adelantos en las ciencias procuraba hacerlos aun mayores en la piedad. Los domingos y demas dias dedicados al Señor los empleaba en ejercitarse en actos de piedad y de religion, en visitar las reliquias de los mártires, y empleando muchas horas en el trato con Dios por medio de la oracion fervorosa. El estudio de la teología fue al que más se aplicó en sus deseos de utilizarse de esta ciencia para la defensa de la verdad católica.

En sus frecuentes viajes hizo amistad íntima con hombres eminentes

por su virtud y sabiduría, tales como los Cromanios, Eusebios, Nicetas, Crisógonos y otros no ménos ilustres.

Su alma grande y favorecida de Dios con tantos dones debia formarse, digámoslo así, en la soledad del desierto. La vista de los santos monjes que habia en la provincia de la Siria, y tambien el consejo de Teodosio, anacoreta, varon de grandes virtudes, le hizo resolver á abandonar el mundo y buscar el reposo y la tranquilidad en el desierto para entregarse allí apartado de los encantos del mundo á las delicias de la oracion y contemplacion de las cosas celestiales. Allí mortificó y maceró su carne, haciendo asombrosa penitencia, ocupando el tiempo entre estas obras de santificacion y el estudio. Aquella soledad, decia el mismo San Jerónimo, estaba embellecida por las flores de Cristo, léjos de la ahumada cárcel de las ciudades. Su lecho de descanso era el duro suelo, su alimento las amargas raíces que brotaban al rededor de su cueva.

Entónces, envidioso el infierno, le presentó los más rudos combates, teniendo que experimentar luchas semejantes á las de San Antonio. El mismo San Jerónimo las explica en una de sus cartas de este modo: «¡Cuántas veces en medio de unas soledades abrasadas por el sol creí «que asistia á las fiestas de Roma! Sentado en mi retiro, con el alma «inundada de amargura, debilitada la carne á fuerza de los ayunos y peni«tencias, cubierto con un saco, tostado el rostro como un etíope, lloré «y gemí todo el dia: la tierra desnuda era el lugar de mi descanso cuan«do el sueño me rendia. A pesar de esto, yo que por miedo al infierno «me habia sepultado en aquella cárcel, donde no tenia más trato que «con los escorpiones y los osos, donde golpeaba mi pecho con la piedra, «sentíame trasladado mentalmente al seno de las danzas de las donce«llas romanas. Mi carne, muerta ántes de tiempo por el rigor del trato «que la daba, se inflamaba todavía al soplo de las pasiones. Privado de «todo socorro, me prosternaba á los piés de Jesucristo, bañándolos con «mis lágrimas. Creia á mi gruta cómplice en las pasiones que asaltaban «mi alma y salia de ella presuroso corriendo por los bosques. Allí donde «veia un valle más profundo, una roca más escarpada, me postraba para «orar. Frecuentemente, y á Dios pongo por testigo, despues de haber «vertido abundante llanto por espacio de mucho tiempo, despues de «haber levantado mis ojos al cielo, me hallaba trasladado al coro de los «ángeles, y exclamaba: ¡Subimos hácia Ti atraidos por el incienso de la «oracion!» Despues que San Jerónimo ha explicado de este modo sus tentaciones, continua: «Pues si tanta guerra hace la carne al que la cas-

tiga y atormenta, ¿qué piensas que padecerá el que con deleites la entretiene y regala? Posible es que este no tenga tan vehementes tentaciones; mas en tal caso no pienso que pueda haber mayor tentacion que no ser tentado.»

Terribles fueron en verdad estos recuerdos del mundo que agitaran á Jerónimo en el desierto, pero no fueron estas solas sus batallas. Tenia una aficion grandísima á las letras profanas, y pasaba horas enteras leyendo á Platon y Ciceron. Despues tomaba en sus manos los libros proféticos, que le parecian áridos y descuidados de aquella sublimidad que no se para en ornamentos artificiales. Vamos á trascribir unas palabras del mismo máximo Doctor: «Siendo mozo y estando cercado de soledad en el desierto, no podia resistir los estímulos de los vicios y el ardor y fuego de mi carne, y aunque yo la quebrantaba con ayunos continuos y rigurosos, todavía el alma se abrasaba con malos pensamientos. Para vencer, pues, mi carne y sujetarla á la ley del espíritu, me entregué á un hermano monje (que judío se habia convertido) para aprender de él las palabras duras y ásperas de los hebreos, despues de haber estudiado con el mayor cuidado los libros del agudo Quintiliano y del elocuentísimo Ciceron, y del grave Fronton y del suave Plinio. El trabajo que esto me costó, las dificultades que se me presentaron, las veces que perdia la esperanza de salir adelante con mi propósito, y las que lo dejé y torné á comenzar por el deseo y ansia de aprender, yo que los pasé soy buen testigo y los que lo vieron y viven conmigo lo pueden ser; y hago gracias á mi Dios que me deje coger los frutos de las letras de raíz tan amarga.» Cuando era mayor su aficion á las letras profanas que á las sagradas, cayó enfermo, y creyó verse trasladado al tribunal de Jesucristo, el cual le reprendió por mostrarse más ciceroniano que cristiano.

Dios en sus altos juicios habia determinado que aquella luz brillante no permaneciese por siempre escondida en la soledad, y que saliese de ella para iluminar el mundo. Los hombres de la talla de un San Jerónimo, los varones á quienes el Señor ha adornado y enriquecido con el don precioso de la sabiduría, son necesarios en la Iglesia, principalmente en tiempo de errores. Jerónimo estaba destinado para prestar eminentes servicios á la causa de la Religion, de la Iglesia, y aun de la civilizacion.

Cuatro años de permanencia llevaba en el desierto, entregado al estudio y á la penitencia, cuando salió de él para dirigirse á Jerusalen, ganoso de reverenciar aquellos santos lugares, en los que se obró la re-

dencion de la humanidad. Llevaba tambien por objeto perfeccionarse en la lengua hebrea, para mejor comprender las sagradas Escrituras y ver todos aquellos lugares en ella mencionados. Una vez en Jerusalen, tuvo el inefable consuelo de orar en el mismo huerto de las Olivas donde Jesucristo aceptó el cáliz de nuestras culpas, y se entregó en manos de sus enemigos que allí se presentaron, capitaneados por el pérfido y traidor discípulo Júdas. Postróse ante aquel pretorio, donde atado á la columna habia sufrido el cruel tormento de la flagelacion. Visitó con lágrimas en los ojos aquella galería desde la cual un juez venal y esclavizado á los caprichos de un pueblo bárbaro le mostrara al pueblo, con el objeto de que se compadeciese de la Víctima. El calvario, aquel monte santificado con la sangre de un Dios-Hombre, y en cuya cresta se verificara el gran sacrificio en virtud del cual la justicia y la paz se dieron su ósculo fraternal y amoroso, fue regado con las abundantes lágrimas de Jerónimo, que meditaba allí, ora la gran misericordia de Dios para con las miserables criaturas, ora la ingratitud del hombre para con su Redentor. Tambien visitó la gruta de Belen, donde Jesucristo habia verificado su nacimiento segun la carne.

No creia por cierto San Jerónimo volver á Roma, y tal vez pensaba pasar el resto de sus dias en aquella tierra Santa, cuando fue llamado á Roma por el Sumo Pontífice San Dámaso, que quiso valerse de sus luces y profundos conocimientos en las Sagradas Escrituras para llevar á cabo trabajos de la más alta importancia. Ya hemos dicho en el capítulo anterior, al ocuparnos de los últimos tiempos del Papa San Dámaso, el gran aprecio que profesaba á San Jerónimo.

Soldado esforzado de la milicia cristiana, y deseando hacer frente á las herejías que asolaban la Iglesia, se dirige á Roma luego que, á su pesar y sólo por obediencia, ha recibido el sacerdocio de manos de Paulino en Antioquía. Llénase de regocijo el vicario de Jesucristo por tener á su lado varon tan esclarecido, así por sus virtudes como por su sabiduría, y apénas en Roma se aperciben de su llegada corren á él de todas partes deseosos de oir su sabiduría. Unos le preguntan, otros le consultan en sus dudas, quién le informa de los sofismas que presentan los enemigos del dogma católico, y el sumo Pontífice pone á su cuidado los más importantes y delicados asuntos. Las grandes mujeres de su siglo, aquellas que más importante papel desempeñaban en la sociedad romana, le buscan para ponerse bajo su sábia direccion y que las conduzca con sus consejos y enseñanza por las sendas del cielo. Las Fabiolas, Melanias, Marcelinas,

Paula, Felicitas y otras semejantes se hacen sus discípulas. Son en verdad dignos de mencion los consejos que dirige á la ilustre Leta cuando le consultaba acerca de la educacion que debia dar á su hijo. Era Leta hija del pontífice de los dioses, Albino, y San Jerónimo la decia: «Enseñad á vuestro hijo á arrojarse en los brazos de su abuelo, cantando el «Alleluya, para que el anciano se sonria á este sencillo cántico y se prepare de este modo para convertirse á Cristo. El puede decirse que es «ya un candidato de la fe cristiana, pues se halla rodeado de una multitud de hijos y de nietos cristianos. El hombre no nace tal, sino que «llega á serlo. El capitolio cubierto de oro se empaña bajo el polvo; la «araña cubre con sus telas los templos de Roma; la ciudad sale de sus «cimientos; un pueblo numeroso pasa por delante de los derruidos edificios consagrados en otro tiempo á los dioses, dirigiéndose á los sepulcros de los mártires (1).»

Seríamos interminables si hubiésemos de detenernos en explicar todos los negocios y trabajos á que tuvo que dedicarse en Roma. El era el que tenia que proponer la profesion de la fe que habian de hacer, y enseñarla á los que se convertian de la herejía, llevando al mismo tiempo gran parte del peso del gobierno de la Iglesia, pues que en su sabiduría y cuidados descansaba el papa San Dámaso. El procuró, como escribe San Gregorio Papa, que en la Iglesia romana se cantase el *Alleluya* no solamente en el tiempo de Páscua, como ántes se usaba, sino tambien en el resto del año, el tiempo que media desde Septuagésima hasta la Páscua de Resurreccion, como lo hacia ya la Iglesia de Jerusalen, y que al fin de los Salmos se cantase el Gloria Patri, al modo que era costumbre en la Iglesia de Antioquía. El enmendó ó arregló en Roma los Salmos, segun la interpretacion de los setenta, que la Iglesia lee y canta, y tambien por órden de San Dámaso el Nuevo Testamento, pues en aquellos dias corrian traducciones que no eran muy correctas. El dispuso asimismo las lecciones que se habian de rezar en el oficio divino y las epístolas y evangelios que se habian de leer en la Misa. El fue el primero que con brevedad escribió los martirios de los cristianos que en la Iglesia se leen.

Un hombre adornado de tantas virtudes, un sábio que hacia frente á todos los errores, necesariamente tuvo que tener enemigos. La calumnia

---

(1) Lit. ad. Letam. De inst. filiæ.

de unos, la envidia de otros y las persecuciones de los que no podian resistir los esplendentes rayos de su doctrina, le hicieron de nuevo sepultarse en el desierto de Belen. Pero no llevaba tan sólo el objeto de su propia santificacion, sino tambien el de trabajar más y más en la extirpacion de las herejías. A nádie con más razon que á San Jerónimo podemos aplicar estas palabras de los Sagrados libros: «Mirad que no solamente he trabajado para mí, sino para todos aquellos que procuran la enseñanza.»

Una vez en Belen, piensa en organizar una falange de heróes animados por su espíritu, que puedan despues de sus dias proseguir la guerra por él empezada contra los enemigos de la verdad católica. A este fin pone los fundamentos al órden ilustre que lleva su nombre, enseñando á sus individuos á armonizar la vida monástica con el cultivo de las letras. ¡Orden ilustre que ha producido desde entónces innumerables héroes que han prestado grandes y utilísimos servicios á la Iglesia y á la humanidad! Era esto aun poco para su incansable celo, y queriendo tambien ser útil al otro sexo, en compañía de la ilustre Santa Paula da principio á la fundacion de esos monasterios, donde recogidas como en seguro nido multitud de doncellas que han seguido su espíritu y su regla, se han hecho espectáculos admirables al mundo, á los ángeles y á los hombres.

¿Y quién podrá enumerar los intrépidos campeones que ha producido el órden ilustre de San Jerónimo, los sabios escritores que han empleado su vida en defender el Dogma católico, en perseguir los errores, en dispensar beneficios de todo género á la humanidad? ¿Y los trabajos literarios que llevó á cabo en esta época de su vida, durante su permanencia en el desierto de Belen? Basta decir que tales fueron en este punto sus trabajos, que llegó á escribir hasta mil renglones por dia (1), sin que esto le sirviese de rémora para dedicarse á otros entretenidos trabajos, tales como enseñar á los pequeños los rudimentos de la ciencia, explicar á sus monjes las Sagradas Escrituras y componer para uso de ellos una obra de gramática y dirigir á todos sermones elocuentísimos para aficionarles en el amor á las virtudes cristianas. Imposible parece que un solo hombre, tan débil por sus penitencias, pudiese llevar á cabo trabajos de tanta consideracion. Es necesario comprender que Dios le dotaba de fuerzas extraordinarias. Para comprender á dónde llegó en su sabiduría y la justa fama que por todas partes gozaba, basta decir que el mismo San

(1) Pref. al segundo Coment. en Efeso.

Agustin, del que más adelante nos ocuparemos y al que nádie se atreverá á disputar el talento, el ingenio y la profundidad de sus conocimientos, no se desdeñaba de consultar con él, tomándole parecer en diferentes ocasiones y consignando en sus escritos que lo que ignoró Jerónimo ningun hombre llegó jamás á penetrarlo (1). Este elogio que un sabio como San Agustin hace de San Jerónimo es el más elocuente panegírico que puede hacerse del máximo entre los Doctores. Pálido seria despues cuanto quisiéramos decir. El elogio de un verdadero sabio sólo sabe, sólo debe hacerlo otro sabio que le sea semejante. No pudo, pues, Jerónimo tener mejor panegirista que Agustin.

En alas de su deseo de prestar servicios á la Iglesia y á la humanidad entera, recorre la Tracia, la Bitinia, el Ponto, Galacia, Capadocia y otras no ménos importantes poblaciones, en todas las cuales se relaciona con todos aquellos varones que pudiesen contribuir á su más sólida instruccion. No era un vano deseo de saber para arrancar aplausos de la multitud el que le animaba; era, sí, el deseo de proveerse de armas de buena ley para luchar con los enemigos de la verdad católica, pudiendo destruir los vanos sofismas con que trataban de defender sus erróneas doctrinas. Para esto le habia suscitado el cielo y él supo corresponder á los designios del Señor.

Con el indicado objeto en Tarso se pone bajo la direccion de un helenista, para instruirse suficientemente en los idiotismos de la lengua del Apóstol San Pablo. El sabio ciego Didimo en Alejandría, y el obispo Valerio en Aquileya, son por él escuchados en sus lecciones con la mayor atencion, y en Salamina recibe los consejos de San Epifanio.

Nada importa ya que los atrevidos heresiarcas, que aquellos hombres indóciles y perversos presenten batallas de inteligencia á la Esposa Inmaculada del Cordero: nada importa que se propongan hacer que la verdad sirva de escabel al error y á la mentira. La Iglesia cuenta ya con un sabio segun el Espíritu de Jesucristo: el estudio constante y la oracion continua y fervorosa le han puesto ya en disposicion de hacer frente á toda aquella falange de enemigos, y si todos pretenden venir sobre él para confundirle, él sabrá ir sobre todos y hacerles enmudecer con sus sábias explicaciones de las Santas Escrituras, con sus sólidos argumentos é incontestables razones. Jerónimo está ya dispuesto para la pelea, y no teme salir en defensa de los derechos de Dios y de la Iglesia.

---

(1) S. Aug. Ep. 205, ad Cir.

Esta clase de varones, como iremos viendo en el curso de esta obra, los suscita el Señor cuando son necesarios á la Iglesia por haberse levantado contra ella perniciosas herejías.

Con razon se dice del gran Doctor San Jerónimo que fue martillo de los herejes y contraveneno de todos sus errores. Si Elvidio hace blanco de sus tiros la inmunidad de la Madre del divino Verbo, Jerónimo destila de sus labios un torrente de sabiduría y hace enmudecer al atrevido y miserable enemigo de la Protectora benéfica de los humanos. Si Vigilancio se propone condenar el culto de los Santos queriendo hacerle aparecer como idolátrico, Jerónimo se presenta en la lid y el hereje queda avergonzado y confundido. ¿Y quién sino Jerónimo arrancó la máscara al pérfido Pelagio, que enseñaba que la gracia no es necesaria al hombre para conseguir la salvacion? Verdad es que San Agustin, á quien primero logró sorprender el hereje, defendió contra él valerosamente el dogma de la gracia, por lo que adquirió el hermoso título de *defensor magnífico de la gracia*; pero Jerónimo fue el primero que descubrió sus errores y le confundió. El fue verdaderamente el martillo de Rufino, de Celestino, de Lucífero y entre otros de Juan de Jerusalen. Con este último especialmente tuvo que trabajar mucho. Juan habia sido monje y hereje macedoniano, pero deseando ser obispo abjuró de la herejía. Se valió de todos los medios posibles, y disfrazado de una virtud aparente consiguió el obispado de Jerusalen: pero en seguida se declaró origenista defendiendo los errores de la secta. Apercibido de esto San Jerónimo se opuso á él, lo que Juan llevó á mal, irritándole el que siendo él obispo se viese combatido por un presbítero; pero San Jerónimo tuvo en más la verdad de la fe que la dignidad del obispo extraviado. Juan le excomulgó, como igualmente á sus monjes, prohibiéndoles el que pudiesen entrar en el Santo Sepulcro, siendo así que hasta los mismos herejes entraban. Hablando de las violencias que con él usó aquel obispo dice el mismo San Jerónimo: «Pluguiera á Dios que así como á él se le cuenta la voluntad por obra, así nosotros no sólo con la voluntad, sino con el efecto alcanzáramos la corona del destierro. Derramando sangre y padeciendo, y no haciendo agravios ni afrentas, se fundó la Iglesia de Jesucristo, con las persecuciones creció y con los martirios fue coronada.» Despues, quejándose amargamente de que Juan siendo monje obrase de tal modo, exclama: «¿El monje amenaza á los monjes ¡oh dolor! é impetra que sean desterrados, y monje que se jacta de tener la cátedra apostólica? No saben los monjes rendirse por temores y espantos, y

al golpe de la espada ántes darán el cuello que las manos. ¿Qué monje hay que, desterrado de su patria, no se tenga por desterrado del mundo? ¿Para qué es menester autoridad pública, y rescriptos, y provisiones, y discurrir por todo el mundo contra nosotros? Tóquenos con su dedo más pequeño y de buena gana nos iremos. De Dios es la tierra y toda su redondez.»

Hemos dicho que fue tambien el martillo de Rufino, y vamos á observar un rasgo de la caridad del santo Doctor. Rufino habia sido su grande amigo, pero despues se le hizo adversario y enemigo, porque instruido de Didimo habia caido en los errores de Orígenes y habia traducido del griego al latin un libro suyo llamado *Petriarchon* en griego, y en latin *De principibus*, publicándolo en Roma, como doctrina sana no obstante estar plagado de errores. Causó esto gran escándalo á Roma, motivo por el cual fueron muchos los que escribieron á San Jerónimo, que entónces se hallaba en Jerusalen, advirtiéndole de lo que pasaba y suplicándole les dijese lo que habian de creer. Atendió el Santo á tales súplicas y tradujo fielmente el libro de Orígenes, que Rufino habia traducido con poca fidelidad, y lo envió. Empero ántes de escribir, como creyó prudentemente hacerlo, á Rufino, quiso cumplir con la antigua amistad que con él le habia unido, y así le avisó que procurara quitar aquel escándalo que en Roma habia puesto á los fieles, y le dice de este modo: «Pongo por testigo á Jesucristo que de mala gana y por fuerza vengo á hablar, y que siempre hubiera callado si tú no me provocaras y obligaras á hablar. No me acuses, y no me defenderé. Dejemos de defender á los herejes y no habrá contienda alguna entre nosotros. Deja la espada y yo dejaré el broquel. En una sola cosa no podré consentir jamás contigo, que perdone á los herejes y que no me muestre en todo católico. Si esta es la causa de nuestra discordia, podré morir, mas no callar. Haya entre nosotros fe, que luego habrá paz.»

Estas prudentes reflexiones de San Jerónimo no fueron suficientes para que Rufino reconociese su error y se enmendase, pero las diligencias del mismo santo Doctor, y las que hicieron tambien Marcelo y otros discípulos del santo, hicieron que el papa San Anastasio, que como más adelante veremos sucedió á Siricio, sucesor de San Dámaso, en la Silla de San Pedro, condenase los errores de Orígenes, consiguiendo la verdad y San Jerónimo la victoria contra el error, quedando confundidos y avergonzados Rufino, Juan Jerosolimitano y los demas partidarios.

Sin detenernos en hablar de otras victorias conseguidas por su celo y

sabiduría contra otros diversos partidarios del error, nos fijarémos en un hecho que nos demuestra toda la confianza en Dios y ardentísima caridad para con sus prójimos que resplandecian en el santo Doctor. Por los años 395 los hunos, que esa gente bárbara y fiera entraron por todo el Oriente causando los mayores destrozos, y sembrando la desolacion y estragos consiguientes, mataron multitud de monjes, cautivaron muchos cristianos é hicieron otros daños de la mayor consideracion. Díjose que se dirigian á Jerusalen, y esta noticia llenó naturalmente de temor y espanto á cuantos cristianos allí se encontraban; de suerte que todos los peregrinos y extranjeros, y entre ellos Fabiola, matrona romana principal, partieron de Jerusalen. Tambien San Jerónimo y sus monjes determinaron huir de Jerusalen; mas cuando estaban ya para embarcarse, Dios, que oyó las fervorosas plegarias de su siervo, dispuso que los bárbaros no llegasen á la Tierra Santa. Ellos suspendieron, pues, la partida y todos los moradores de Jerusalen quedaron tranquilos y llenos del mayor consuelo.

Cási por el mismo tiempo los godos destruyeron muchas ciudades de la Grecia, y más tarde entrando por Italia pusieron cerco á Roma y la tomaron y saquearon el año 410, siendo emperador Honorio, hijo del gran Teodosio, y gobernando la Iglesia el Sumo Pontífice Inocencio I. Anticipadamente habia profetizado San Jerónimo esta toma y saqueo de Roma, por lo cual sus enemigos le calumniaron y persiguieron; mas cuando vieron la realizacion del vaticinio, lloraron amargamente y reconocieron el superior espíritu del Santo, el cual da cuenta de este suceso del modo siguiente: «No se ha de lisonjear á los príncipes de manera que se deje la verdad de las Escrituras sagradas, ni es injuria de una persona particular cuando en general se disputa de las cosas. Y aunque yo haya tenido cuidado de esto en lo que escribí, la calumnia que se me habia impuesto con el juicio de Dios se ha quitado, para que se echara de ver el amor que me tienen mis amigos y las asechanzas y embustes de mis enemigos.» Lo que tuvo el santo que padecer y llorar en aquella destruccion de Roma se comprende perfectamente por el siguiente razonamiento, debido á su misma pluma: «Verdadera es aquella sentencia: que todas las cosas que nacen se acaban, y las que crecen se envejecen, y que no hay cosa hecha por mano y obra de hombres que al fin no se acabe y consuma con el tiempo. ¿Quién creyera que Roma, edificada con las victorias y despojos de todo el mundo, habia de caer y ser juntamente madre y sepultura de sus hijos; y que todas las casas del Oriente, de Egipto y África se habian de llenar de los cautivos y esclavos de

aquella ciudad que fue señora de tantas gentes; y que Belen santa cada dia habia de recibir y acoger en sí, como pobres y mendigos, á hombres y mujeres nobles, que en otro tiempo fueron tan ricos y abundantes? A los cuales, porque no podemos remediar, les tenemos gran compasion y juntamos nuestras lágrimas con las suyas; y ocupados con la carga de tan santa obra, no pudiendo ver sin sollozos y gemidos á los muchos que vienen, habemos dejado la interpretacion sobre el profeta Ezequiel, y cási todo el estudio. Porque deseamos poner por obra las palabras de la Escritura, y no decir cosas santas, sino hacerlas.»

Extendida por todas partes la fama de la sabiduría de San Jerónimo, era continuamente consultado por medio de cartas por los obispos y demas personas doctas le pedian que satisfaciese sus dudas y las ilustrase en ciertos y determinados negocios de importancia, y principalmente en cuestiones de Escritura, en la que era tan entendido. Podemos decir, aplicando á San Jerónimo el elogio que de Salomon hacia la reina de Sabá, que era aun mayor su sabiduría que cuanto cantaba la fama. En confirmacion de esta verdad, y de que en todas partes era mirado como un oráculo del cielo, citaremos entre los que le consultaron y se sirvieron de su sabiduría, á más del Papa San Dámaso, y de una multitud de varones ilustres de Siria, Palestina, Egipto y de todo el Oriente, Pamaquio, Occéano, Heliodoro y otros muchos de la Italia: San Paulino, Exuperio, Alejandro y otros de la Francia, de cuyos últimos confines Rústico el monje, Hedibia y Algasia les enviaron un mensajero á Belen para que les ilustrase en cuestiones de difícil resolucion. De Alemania le enviaron á Sunia y Fretesa á fin de obtener de él sus varias trasluciones del Salterio. Lesciano Batico le envió á preguntar desde Andalucia su opinion sobre cuestiones morales, y á más tenía en Belen seis escribientes á su costa para que copiasen todo lo que iba el santo escribiendo y se le remitiesen. Pero aun hay algo más notable que todo esto. Sabido es de cuán profundos conocimientos se hallaba adornado San Agustin, que es otra lumbrera de la Iglesia no ménos notable que San Jerónimo. Pues bien: la verdadera sabiduría no hincha ni infatua como sucede con la sabiduría del siglo. Los sabios cortados á medida del corazon de Jesucristo son siempre humildes, y léjos de buscar la propia gloria y estimacion buscan tan sólo la de Dios, dador de todo don perfecto. Así lo vemos en San Agustin, que desde el África enviaba á Jerónimo los libros que escribia para que los censurase y le adviertiese si encontraba en ellos alguna cosa que debiera corregir, preguntándole al mismo tiem-

po su parecer sobre ciertas cuestiones que él decia no sabia resolver.

En la imposibilidad de trasladarse á Belen para visitar personalmente á San Jerónimo, segun sus deseos, le envió á Alipio, con Paulo Orosio y Profuturo, para que oyesen de sus labios las resoluciones que daba en aquellos en que San Agustin deseaba mayor ilustracion. El aprecio y estimacion que el santo obispo de Hipona profesaba al máximo entre los Doctores se manifiesta claramente de los siguientes conceptos que se encuentran en una de las Epístolas de San Agustin, que es la XV, y en la cual dirigiéndose á San Jerónimo le habla de este modo: «He leido dos escritos tuyos que han venido á mis manos, y he hallado en ellos cosas tan celestiales, que mejor que aprovecharme de mis estudios desearia estar á tu lado: pero no siendo esto posible, he determinado enviarte algunos de mis hijos para que los enseñes; porque yo conozco que no hay en mí ciencia alguna de las sagradas Letras, como veo que hay en ti.» Para comprender ahora cuán grande era el número de cartas que en consulta le enviaban de todas partes basta leer las siguientes palabras, que son del mismo San Jerónimo escribiendo á Paulino: «Para decir llanamente la verdad á vuestra santa caridad, al tiempo que estoy para navegar á Occidente, son tantas las cartas que en un mismo punto se me piden, que no es posible que yo las pueda escribir, ni satisfacer á los que me las piden.» Lo que es más admirable, dice un historiador del santo (1), que escribiendo el Santo Doctor á tanta variedad de personas, á Papas, obispos, monjes, clérigos, señores y señoras principales, vírgenes, casadas y viudas, de tal manera escribe, que se mide con el estado de cada uno, y guarda el decoro y la propiedad que le conviene, y le desenvuelve, explica y enseña lo que debe hacer en él, como si en aquel sólo y no en otro se hubiera ejercitado. Lo cual, añade el mismo escritor, aunque en algunos otros santos se echa de ver, en ninguno más que en San Jerónimo, porque Dios, nuestro Señor, especialmente le habia escogido para doctor y maestro del mundo.

La Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, ha dicho que Jerónimo habia sido elegido por el cielo para ser el intérprete de las divinas Escrituras (2). Y fue así, pues nadie le ha excedido en conocimientos acerca de los sagrados libros. Haríamos interminable el capítulo si hubiésemos

---

(1) El Padre Rivadeneira.
(2) Eccles. in orat. huj. fest.

de hablar detenidamente de todas y cada una de sus obras. Su Catálogo de escritores eclesiásticos es un perfecto modelo de biografía, en el que con la mayor justicia é imparcialidad juzga todos los escritos eclesiásticos que hasta su tiempo eran conocidos. Su continuacion de la Crónica de Eusebio, sus Cartas sobre cuestiones profundísimas de exégesis y de moral; su version latina del Nuevo Testamento, hecha en vista del original hebreo; su traduccion de los libros de Judith y Tobías, del original caldeo; su correccion del Salterio latino, de la antigua version itálica, sobre la edicion de los setenta intérpretes hecha por Luciano; el tino y sabiduría con que supo expurgar de errores la version griega y sus comentarios sobre toda la Sagrada Escritura, obras son que vienen atravesando los siglos, siendo leidas con avidez y consultadas por los sabios de todas las edades. No hay materia sobre la cual San Jerónimo no haya discurrido con la mayor lucidez; no hay punto por difícil que sea sobre el que no haya hablado dando las más claras explicaciones. Él supo resolver con admirable facilidad cuantas controversias se le presentaron y escribió con erudicion asombrosa sobre los altísimos misterios de la Religion. Todo esto lo confirma el elogio pronunciado en su favor por el mismo vicario de Jesucristo en el Concilio de Roma, que ciertamente es muy elocuente aunque está reducido á estas lacónicas expresiones: «Nosotros sentimos acerca de la fe lo que sabemos piensa y defiende el gran Jerónimo (1).» Pálido seria ya cuanto quisiéramos decir, una vez oido el elogio que acabamos de consignar. No se ha pronunciado otro ni más autorizado ni más bien merecido.

Con razon, pues, el gran Jerónimo lleva el sobrenombre de Máximo entre los Doctores católicos. Él personificó en su persona á los grandes héroes que hasta entónces habian sido lumbreras de la Iglesia; poseyó la dialéctica de Aristóteles, tuvo un profundo conocimiento de las sentencias de Plinio, de las abstracciones de Porfirio, y le eran familiares las divisiones de Sócrates; consultó á Platon, leyó á Pitágoras, explicó á Virgilio, poseia las lenguas sábias y nada le era desconocido en la literatura profunda. Pero todo esto tan solamente le hubiese hecho sabio á los ojos del mundo, y él lo fue tambien á los de Dios, porque profundizó cuanto es posible á un hombre dotado de tanta sabiduría la ciencia sagrada en los diversos ramos que abraza, siendo una lumbrera brillante

(1) Illa sentimus quæ B. Hieronimum sentire cognoscimus. Cap. *Sancta Romana Ecclesia*.

de la Iglesia y llevando á todas partes las puras aguas de la más celestial doctrina, y á la manera que el monarca de los astros difunde los rayos de su luz por todas partes para dar vida á la naturaleza, así Jerónimo desde su retiro de Belen extendió los rayos de su sabiduría por todos los pueblos, instruyendo á los ministros de la Iglesia, humillando á los príncipes soberbios, confundiendo á los herejes y haciendo al cristianismo otra multitud de servicios que jamás serán borrados de los fastos de la Iglesia.

No obstante que tengamos aun que ocuparnos de este santo Doctor en la continuacion de esta obra, nos parece oportuno cerrar estos apuntes biográficos dando algunas noticias acerca de sus últimos dias sobre la tierra.

Una vez cumplida la altísima mision á que le destinara el cielo; despues que hubo enriquecido á la Iglesia con los tesoros de la Sagrada Escritura; despues de tantos y tan provechosos trabajos, de haber formado con su órden religioso una nueva generacion de héroes, una falange de esforzados atletas dispuestos á seguir sus huellas, y enseñado á los hombres el camino del cielo, Dios nuestro Señor le llamó á sí para que entrase en el cielo á disfrutar la eterna recompensa que habia sabido conseguir con sus grandes virtudes, y el recto uso que habia hecho de la sabiduría con que plugo á Dios adornarle y enriquecerle. Habia llegado á la ancianidad, y más que el peso de los años el de sus grandes trabajos le habia postrado de tal modo que no podia moverse de su lecho sino asiéndose á una cuerda que á este fin tenia colgada del techo. Cuando se hallaba en este estado le sobrevino una récia calentura, conociendo en el momento que era llegada la hora de su partida de este mundo. Este conocimiento fue para él un bálsamo de consuelo. Su vida entera habia sido una preparacion para la muerte. La terrible trompeta del juicio resonaba continuamente en su oido y mil veces le habia hecho estremecer. Tema en buen hora la muerte el pecador; pero el justo ve en ella el principio de la verdadera vida y la recibe con confianza. Así sucedió á San Jerónimo. Armado con los Santos Sacramentos se preparó para la última batalla. Consoló y dió los más saludables consejos á sus monjes y á las demas personas que habian acudido á hallarse presente á su muerte, y luego con la mayor tranquilidad entregó su espíritu en manos del Criador, á los treinta dias del mes de Setiembre del año 422 segun dice Próspero en su *Cronicon*, y el 420 segun el cardenal Baronio. Sobre la edad que tenia cuando ocurrió su muerte hay diversidad de opiniones

entre los escritores, pero lo que es indudable es que habia llegado á la edad decrépita, como asegura San Agustin.

Su sagrado cuerpo fue enterrado con gran solemnidad en la cueva de Belen, y más tarde fue trasladado á Roma y colocado en la Iglesia de Santa María la Mayor, inmediato á la capilla donde se conserva el pesebre en que el Verbo encarnado fue reclinado despues de su nacimiento.

Acerca de si San Jerónimo fue ó no Cardenal, hay diversidad de opiniones, y no pretendiendo resolver la cuestion nos limitaremos á reproducir las noticias que sobre este punto trae el Padre Ribadeneira en la vida del Santo, y con ella cerraremos nuestra biografía para continuar la interrumpida *Historia de la Iglesia.*

«El haber sido San Jerónimo cardenal lo dicen muchos y graves autores que refieren el padre maestro fray Alonso Chacon, de la órden de Santo Domingo, en un tratado que hizo para probar que San Jerónimo fue cardenal, y el padre fray José de Sigüenza en su *Vida*, y la misma pintura y tradicion de la Iglesia tiene fuerza para persuadirlo. Y sin duda que en Roma tuvo con San Dámaso, papa, oficio de mayor importancia, que en aquel tiempo era ser cardenal ó cura de algun título de Roma. Los cardenales Baronio y Belarmino lo niegan, fundándose, principalmente el cardenal Baronio, en una Epístola del mismo San Jerónimo, en la cual, escribiendo á Pamaquio, claramente dice que cuando Paulino, obispo de Antioquía, le ordenó de presbítero, él se dejó ordenar y dió su consentimiento con condicion que no habia de estar atado á alguna Iglesia; porque de tal manera queria ser clérigo, que no dejase de ser monje ni perdiese la libertad para estar donde quisiese; y Belarmino por otra razon, sacada de la misma Epístola, como más particularmente lo podrá ver el curioso lector en el cuarto tomo de los *Anales* del cardenal Baronio, y en el primero de las *Controversias* del cardenal Belarmino. Lo que á mi me parece es que los que hacen cardenal á San Jerónimo no le añaden grandeza alguna, y ni los que le niegan se la quitan. Porque aunque la dignidad de un cardenal es de tanta reverencia y majestad como vemos, pero es tan grande en sí este gloriosísimo Doctor, que ni ella ni otra alguna le puede levantar ni hacer más ilustre por haberla tenido, ni quitarle un pelo de sus excelencias la falta de ellas. Mas toca esto al colegio de los ilustrísimos cardenales, porque si San Jerónimo lo fue (aunque haya habido tantos cardenales muy insignes en santidad, letras y prudencia), todos ellos se pueden gloriar de haber tenido tal colega, que fue luz de la Iglesia católica y gloria del siglo en

que vivió y de todos los que despues han sucedido, y será ornamento perpétuo de todos los venideros hasta el fin del mundo.»

Muchos son los templos que en toda la extension del mundo cristiano llevan la advocacion del máximo entre los Doctores San Jerónimo. El magnífico y suntuoso del Escorial, cuya fábrica, que causa la admiracion de propios y extraños, fue debida al genio de Felipe II, está dedicado al mártir español San Lorenzo, pero á los hijos de Jerónimo ha estado siempre encomendado su culto y el cuidado de su conservacion.

CAPITULO XV.

San Siricio, papa.—Su decretal al obispo de Tarragona.—Disposiciones de esta decretal.—Acusaciones que se han hecho á este Pontífice por la frialdad de sus relaciones con San Jerónimo.—Significacion de la palabra Papa.—El emperador Teodosio excluido del Presbiterio.—Cólera de Teodosio contra los habitantes de Tesalónica.—Caida y penitencia de Teodosio.

Trascurridos tan sólo ocho ó diez dias de la muerte del santo Pontífice Dámaso, que honró la silla de San Pedro y nuestra España con sus grandes virtudes y sus escritos, fue elegido para sucederle

San Siricio, hijo de Tiburcio, cardenal de la órden de presbíteros del título de Santa Prudenciana *in pastore*, ó segun quieren otros autores, cardenal del órden de diáconos, elevado á esta dignidad por San Dámaso. Su eleccion tuvo lugar el año de 384. Dícese que este papa fue el autor del *communicantes* de la Misa.

Himerio ó Llimerio, obispo de Tarragona, habia consultado á Roma ántes de la elevacion de San Siricio sobre algunos puntos y lo primero á que atendió despues de su eleccion fue el contestarle á los puntos que habia consultado. Su carta es la primera de las más auténticas en este género, llamadas comunmente decretales, porque tienen fuerza de decreto ó de ley canónica. Prohibió la ordenacion de los bigamos y de aquellos que hubieren casado con viuda, prescribiendo al mismo tiempo el celibato de los presbíteros y los diáconos. Créese que ántes de Siricio no existia ley alguna eclesiástica prescribiendo el celibato, pero algunos escritores y entre ellos Constant pretenden que el hecho era considerado como obligatorio, como decreto de ley divina, intimado por el Apóstol. En la decretal citada se habla de la edad de las personas que se han de admitir á las órdenes sagradas y de los intersticios de estas mismas órdenes. Siricio requirió la edad de treinta años para recibir el subdiaconado, que despues se pasen cinco en el diaconado ántes de recibir el sacerdocio, y

dos en este por lo ménos para recibir el episcopado. En cuanto al tiempo que ha de mediar en el subdiaconado y el diaconado, nada dice, y sí que el subdiácono pueda pasar el diaconado cuando fuere juzgado digno de este honor, y despues que hubiese ofrecido guardar continencia. Condenó tambien este santo Pontífice á los maniqueos, como asimismo á los Priscilianistas.

El cardenal Baronio acusó á este Pontífice por la frialdad de sus relaciones con San Jerónimo, y por no haberle dispensado la misma ilimitada confianza que San Dámaso. El gran Pontífice Benedicto XIV le defiende, como asimismo de la falta que otros autores quieren ver en él por no haber rechazado prontamente los ponzoñosos errores de Rufino, monje de Aquilea. El Pontífice que acabamos de citar en una carta dirigida á Juan V, rey de Portugal, le vindica y ordenó que el nombre de San Siricio, fuese continuado en el calendario romano. Tambien el escritor Berault-Bercastel parece querer encontrar motivo de acusacion en San Siricio por no haber continuado en íntima amistad con San Jerónimo. Vamos á reproducir el razonamiento de este autor, para consignar despues nuestra humilde opinion sobre este asunto. Dice de este modo:

«San Jerónimo vivió poco tiempo en Roma en este nuevo pontificado. Habia muerto su protector, y su crédito habia excitado la envidia, aunque jamas usó de él sino para continuar los progresos de la virtud; pero el ardor mismo de su celo era lo que ménos le perdonaban. Este Doctor, enemigo de todo desórden, incapaz de respetos humanos, y de un carácter firme, censuraba los vicios con una vehemencia y rigor que le adquirieron muchos enemigos. Durante su última residencia en Roma habia compuesto un pequeño tratado sobre el modo de guardar la virginidad, dirigido á la vírgen Eustoquia, hija de Santa Paula, para preservarla contra los peligros que podia tener aun en el trato de los eclesiásticos.» Los hay, decia este Padre tan versado en el conocimiento del mundo como en las ciencias; los hay que pretenden las órdenes sagradas para tener entrada más libre con las personas del otro sexo. Así todos sus cuidados se limitan al exterior; gustan de un calzado muy delicado y elegante; cuando se acercan lo anuncia el suave olor de los perfumes; vereis sus cabellos dispuestos con afectacion, las piedras más preciosas brillan en sus dedos, andan sobre las puntas de los piés, y temen imprimir sus huellas en el polvo de que son formados; en una palabra, más bien que clérigos os parecerán jóvenes desposados.» Y hablando de otra

pasion que no es ménos escandalosa en unos hombres que tomaron al Señor por herencia, añade: «Hay otros que ponen todo su estudio en saber el nombre y casa de las mujeres de distincion, y en conocer y lisonjear sus inclinaciones. Estos tales se dedican sobre todo á obsequiar las señoras ancianas y sin hijos, las acompañan en todas partes, apénas las dejan solas en las horas de descanso, las sirven en los oficios más bajos, y viven en la más social dependencia de las que ellos debian gobernar.»

A continuacion de las lineas que acabamos de reproducir se explica de este modo: «Esta libertad del santo Doctor ofendió á una multitud de clérigos, aplicando cada uno á sí mismo lo que reprendia en general. No hubo medio alguno que no inventaran para satisfacer su resentimiento, primero ridiculizando y reprendiendo hasta su aspecto y sus modales, su mirar, su reir y su andar: despues intentaron hacer sospechosa su fe y su virtud, precisamente á causa de su exterior simple, desaliñado y tan opuesto á la vanidad que censuraba. Acusáronle ya de tener mucha familiaridad con las señoras romanas, ya de tomar demasiado imperio sobre el espiritu de las jóvenes, que segun ellos se explicaban, las hacia víctimas de su humor triste, formándolas en una devocion y erudicion llenas de peligros. Mas el santo tomó el camino de ceder á la tempestad, dejó á Roma y regresó á la Palestina (1).

De esto no puede inferirse, segun nuestro juicio, que San Siricio no hiciese de San Jerónimo tanto aprecio como habia hecho su antecesor San Dámaso. El santo Doctor fue siempre muy amante del retiro, como hemos dicho al trazar su biografía en el capítulo anterior, y si se retiró de Roma seria porque el Jefe supremo de la Iglesia accederia á los deseos del santo, que por una parte querria huir de los que le calumniaban y por otro suspiraria por su desierto de Belen. No podemos creer que San Siricio dejase de apreciar en su justo valor los grandes dones que resplandecian en San Jerónimo, que tanto habia trabajado por el bien de la Iglesia y la conservacion en toda su pureza del dogma cotólico. Siricio resplandecia por su justicia: en sus escritos brilla con toda dignidad la autoridad pontificia; encuéntrase en ellos la mano del príncipe de la Iglesia, del *lugar-teniente* de Dios (2).

San Siricio fue el primer Pontífice que se hizo dar el dictado de *Papa* (3).

---

(1) Berault-Bercastel, Lib. X, n. 57.

(2) Cesarotti, pág. 91.

(3) Véase la obra *Etimologia de las palabras Papa y Pontifice*. Roma 1830.

Por curiosas daremos aquí las noticias que sobre el orígen de esta palabra trae Novaes. «Este nombre, dice, es derivado del título de *P. Ater, P. Atrae:* otros le hacen derivatorio de *P. Ater, P. Atrum,* ó de *P. Ater, P. Astórum.* Algunos son de opinion de que este nombre proviene de las letras iniciales Petri Apostoli Potestatem Accipiens. Todas estas interpretaciones son aplicables á un nombre de suyo tan misterioso.

«Este calificativo fue en un principio aplicado á todos los sacerdotes, de donde viene la costumbre de llamar *padres* á los sacerdotes regulares; más tarde fue exclusivo á los obispos; y Papebrock (*in conat. chrom-histor. ad Siricium,* p. 117, n.º 9.) dice que San Siricio fue el primero que se hizo llamar *papa,* titulándose así en muchas cartas que escribió á las provincias. San Leon Magno, electo en 440, siguió este ejemplo, y en su epístola 17 se intitula: «Leo papa universis per Siciliam constitutis, salutem.» A la conclusion del siglo IX este nombre era peculiar tan sólo de los Soberanos Pontífices de Roma. A fines del siglo X, lo usó Arnolfo, segundo, arzobispo de Milan, de lo cual se quejó en 998 Gregorio V, y el concilio de Pavía (Muratori, *anales de Italia,* año 998) decretó que Arnolfo debia desistir de su empeño de llamarse papa.

«Tambien los cismáticos se dieron á sí mismos el nombre de papa, por lo cual Gregorio VII en el concilio de Roma, celebrado el año de 1076, ordenó bajo rigurosas penas que el título de papa fuera único en el mundo católico, prohibiendo á todos llevar este nombre ó darle á otra persona (Baronio, Martirol. 10 de enero y 25 de junio).

«Cenni escribió una disertacion sobre la validez de este decreto de San Gregorio VII (tom. I de sus obras, pág. 152). Esta disertacion está escrita en italiano, aunque su epígrafe es latino.» (1)

Vamos á ocuparnos de luchas de la mayor importancia que tuvieron lugar durante el pontificado de San Siricio. El emperador Teodosio habia demostrado gran clemencia concediendo indulto, segun ántes hemos dicho, á los que se habian sublevado contra su autoridad en Antioquía, realzando sobre todo la grandeza de su alma el hecho de haber devuelto á Valentiniano todo cuanto le habia sido usurpado por Máximo y ademas el floreciente estado de Graciano, las Galias, la Bretaña y la España, es decir, todo el imperio de Occidente.

Luego que Teodosio hubo conseguido la victoria sobre Máximo, el cual fue decapitado sin que para ello hubiese precedido órden de Teodosio,

---

(1) Artaud de Montor, refiriéndose á Novaes. Tom. I, págs. 153 y 154.

éste pasó á Milan, donde permaneció por algun tiempo. Un dia de fiesta en que asistió al templo presentó su ofrenda al altar, permaneciendo en el presbiterio durante el ofertorio. Era arzobispo de aquella Iglesia San Ambrosio, y viendo que el emperador no se retiraba del lugar de los sacerdotes, le preguntó qué era lo que esperaba. A lo cual Teodosio contestó con la mayor modestia que aguardaba allí para recibir la sagrada comunion. La contestacion de San Ambrosio fue digna de un tan gran Prelado, al que para cumplir con sus sagrados deberes no servian de rémora respetos humanos. «Señor, le dijo, sólo á los ministros del altar es permitido ocupar el lugar en que estais. Dejadle al clero; y pues la púrpura distingue á los príncipes y no á los sacerdotes, ocupad en pié al frente del pueblo el lugar que pertenece al que es su cabeza.» Léjos de mostrar el emperador la menor incomodidad por el razonamiento del santo obispo, le dió las gracias por haberle advertido lo que ignoraba, diciéndole que si habia permanecido en aquel lugar era porque así se acostumbraba en Constantinopla. En seguida se le señaló fuera del presbiterio un lugar distinguido al frente de todos los fieles, lo que quedó desde entónces establecido en Occidente, por haberse siempre conformado los emperadores con esta disciplina. Aun llegó más allá el emperador Teodosio en su humildad y obediencia á las santas prácticas de la Iglesia, pues que habiendo regresado á Constantinopla, en la primera ocasion que asistió al templo hizo la ofrenda y se retiró del altar. El obispo Nectario manifestó su extrañeza de verle obrar de este modo, y Teodosio suspirando exclamó: «¡Ay de mí! ¡Cuán dificilmente llega la verdad á oidos de los príncipes! Apénas he podido hallar un doctor que me advirtiese la distancia que hay entre el imperio y el sacerdocio. No conozco más que á Ambrosio que tenga justamente el título de obispo (1).»

Desgraciadamente Teodosio olvidó pronto aquella compasion que habia demostrado con los de Antioquía, y la humildad con que habia aceptado la reprension de San Ambrosio por ocupar el lugar que no le pertenecia. La ciudad de Tesalónica, capital de la Iliria, se habia revolucionado contra su gobernador Botérico, el que perdió la vida en esta sedicion. Apénas Teodosio tuvo conocimiento del hecho se irritó sobremanera y mandó que los habitantes de aquella ciudad fuesen pasados á cuchillo sin distincion de inocentes y culpables, hasta un número determinado de víctimas. La carnicería fue horrosa, pues que su órden se cumplió con la mayor

(1) Theodor. lib. 5, cap. 18



San Ambrosio a las puertas de la Iglesia de Milan impide la entrada al emperador Teodósio el grande.

exactitud. Hallábase á la sazon en Milan el Emperador. San Ambrosio quedó penetrado del más vivo dolor, y le escribió una carta en la cual le manifestaba la enormidad de la falta que habia cometido. He aquí lo más importante de esta carta: «Señor, nádie puede poner en duda que teneis un gran celo por la Religion y que el temor del supremo Juez está profundamente grabado en vuestra alma; pero tambien teneis una sensibilidad natural que con facilidad os hace inclinar á la compasion, cuando se la mitiga y suaviza; mas cuando la irritan, apénas teneis tiempo para volver al partido de la moderacion y de la dulzura. Plugiese á Dios que nádie inflamare jamás ese humor, si nádie ha de apagarlo. No quisiera más que veros entregado á vos mismo. Por grande que sea el valor que os distingue en los combates, ni por más elogios que merezcais en las demas acciones, la bondad ha sobresalido siempre entre todas vuestras cualidades tan dignas de admiracion: pero el enemigo de todo bien os envidió esta cualidad divina: vencedle miéntras que podeis hacerlo todavía, y no añadais á vuestra caida la impenitencia y la obstinacion: este género de manchas tan sólo se lavan con lágrimas. Ni vuestra grandeza ni vuestro poder pueden borrar de otro modo el pecado, de que os acusa la rectitud de vuestra alma en lo interior de vuestra conciencia.» Por último concluia con advertirle que hasta tanto que no hubiese expiado su culpa por medio de la penitencia no podia asistir á los santos misterios. Sin embargo, Teodosio á pesar de esta advertencia se dirigió al templo; pero San Ambrosio le salió al encuentro é impidiéndole la entrada le dijo: «Deteneos, príncipe, vos no conoceis aun la enormidad de vuestro pecado; reflexionadlo bien: ¿con qué ojos vereis el templo santo? ¿Cómo entrareis en el santuario del Dios terrible? Vuestras manos aun humean con la sangre inocente: ¿os atreveriais á recibir con ellas el cuerpo del Señor? Retiraos, príncipe, y no añadais el sacrilegio á tantos homicidios.» Trató el emperador de excusar su falta con el ejemplo de David, que se habia hecho culpable de los crímenes de adulterio y homicidio; pero San Ambrosio le contestó: «Ya pues que le habeis imitado en el pecado, imitadle en la penitencia.» Las lágrimas arrasaron los ojos del príncipe, y se volvió á su palacio, donde estuvo encerrado por espacio de ocho meses. Al aproximarse las fiestas de Navidad sentia aumentarse su dolor, y con el más profundo pesar exclamaba: «¡Ay de mí! el templo del Señor está abierto al último de mis vasallos, y á mí está prohibida su entrada (1).» Marchó á una sala inmediata á la Iglesia y allí rogó al

(1) Theodor. lib. 5, hist. cap. 18.

santo obispo que le absolviese desatándole de las ligaduras del pecado. San Ambrosio le hizo presente la necesidad en que estaba de someterse á la penitencia pública, y el emperador aceptó la propuesta. Exigióle tambien que hiciese una ley suspendiendo por espacio de treinta dias la ejecucion de las sentencias de muerte, y Teodosio en el momento la hizo escribir y la firmó prometiendo observarla. En vista, pues, de su humildad y arrepentimiento San Ambrosio le levantó la excomunion y le admitió al templo, pero tan solamente como penitente en la clase de *postrado*. El emperador se despojó voluntariamente de las vestiduras imperiales, postróse en tierra y golpeándose el pecho empezó á repetir aquellas palabras de David: *Permanecí postrado sobre el pavimento, oh Dios mio, restituidme la vida segun vuestras promesas.* El pueblo todo enternecido á la vista de tan sublime ejemplo de humildad dirigia al cielo fervorosas plegarias por el emperador, y todos lloraban inconsolables. A vista, pues, de tales muestras de arrepentimiento, San Ambrosio creyó podia mitigar la disciplina y le absolvió reconciliándole con la Iglesia, no obstante que segun la severidad de la disciplina sólo á la hora de la muerte se concedia la reconciliacion á los que habian cometido homicidio. El dolor de su pecado fue en Teodosio tan duradero como su vida.

CAPITULO XVI.

Fin de San Gregorio Nacianceno.—El arrianismo en Occidente.—Teodosio queda dueño de todo el imperio.—Proceso del paganismo.—Última destruccion del altar de la Victoria.—Cisma de los donatistas.—Recurso de los obispos católicos al Emperador.—Decreto de este contra los sectarios.

Debemos fijar de nuevo nuestra vista en San Gregorio Nacianceno, el cual miraba con el mayor interes la Iglesia en la que le habia sucedido Nectavio. Alma toda de Dios no recordaba para nada los agravios que habia recibido, y deseoso del mayor bien y de la salvacion de los que habian sido sus ovejas, ayudaba á su sucesor en su espinoso cargo con los más saludables y oportunos consejos. Los sectarios y principalmente los apolinaristas trabajaban por extender sus perniciosas doctrinas, y Gregorio escribió á Nectavio animando su celo y excitándole á estar prevenido para atajar el mal que causaban los enemigos del dogma católico. Así obraba desde el fondo de su retiro, donde vivia contento y tranquilo, pero no pasando una vida sencilla é infecunda, sino como un verdadero penitente. No usaba otra vestidura que una pobre y sencilla túnica: su lecho de descanso era una estera. Jamás encendia lumbre y su ejercicio más contínuo era la oracion. En aquella soledad tan sólo una cosa le molestaba, y era la lucha que á pesar de su edad sostenia en él la ley de la carne contra la del espíritu. De esto se lamentaba en las poesías piadosas á que dedicaba sus momentos de ocio. Su contínua penitencia, su espíritu de oracion y la confianza en Dios le sostuvieron fuerte contra las sugestiones del enemigo. Tan amante era de su soledad y de la abstraccion de todo lo terreno, que fue suficiente el que uno de sus parientes, llamado Valentiniano, fuese á vivir con unas señoras frente á su morada para que él abandonase por esta vecindad una tierra que cultivaba por sus ma-

nos. Dedicó sus últimos dias á hacer composiciones poéticas para contrarestar los versos impíos del hereje Apolinar y de otros poetas del paganismo, en su deseo de que el vicio no ofreciese á las musas un campo más favorable que la virtud (1). Siendo pues de edad de más de noventa años acabó sus dias con la tranquilidad del justo, siendo el año del Señor de 391. No solamente en muerte sino aun en vida le concedió el Omnipotente el don de milagros, principalmente para curar toda clase de enfermedades.

No obstante que el arrianismo habia sido proscripto en Oriente por el emperador Teodosio, aun en Occidente dominaba merced á la proteccion que le dispensaba la emperatriz Justina, madre de Valentiniano II. Gracias al celo infatigable de San Ambrosio, no pudo aquella protectora del error, á pesar de sus esfuerzos, concederles iglesias. Dios quiso velar por su Iglesia, y Justina, que se convirtió en perseguidora de San Ambrosio, fue prontamente castigada. Su hijo fue ahogado por un usurpador llamado Arbogasto que trató de ocultar su crímen para hacer evidente las sospechas demasiado vehementes.

Por aquellos mismos dias el paganismo se propuso levantar la cabeza en Roma, pero fue el último esfuerzo del moribundo para dejar de existir. El cristianismo y la idolatría se presentaron á defender su causa respectiva ante el Senado de Roma. Fue el proceso más celebre que se haya llevado jamás á tribunal alguno, dice oportunamente un escritor. Simaco habló en contra del cristianismo, y San Ambrosio tomó la defensa. Teodosio sentó esta cuestion: «¿A qué Dios adorarán los romanos, á Cristo ó á Júpiter?» La mayoría del Senado condenó á Júpiter aclamando á Jesucristo, y el altar consagrado á la Victoria cayó para no volverse á levantar. Así quedó consumada para siempre la ruina de la idolatría.

La Iglesia bajo el reinado de un príncipe tan piadoso como Teodosio gozaba de una gran tranquilidad, pero bien pronto vino á turbar su reposo una nueva herejía, un cisma que por espacio de doscientos años asoló la Iglesia de Africa. Este cisma, que fue el de los donatistas, habia tenido principio en tiempo de Constantino, pero hasta ahora habia permanecido oculto como el fuego bajo la ceniza.

Parece increible que una institucion pueda resistir tan terribles pruebas, y salir victoriosa de todas ellas. Si alguna vez hubiéramos tenido la desgracia de dudar de la verdad de la Iglesia católica, y de consiguiente

(1) Greg. Naz. Carm. 59.

de la divinidad de su Fundador, hubiera bastado para conocer nuestro error el leer la Historia de la Iglesia, el fijar la vista en las maravillas que acompañaron á su establecimiento, en los rios de sangre cristiana que corrió en los tres primeros siglos, y finalmente en las innumerables victorias que ha venido consiguiendo á través de las edades de tantos cismas y herejías, de luchas las más terribles y encarnizadas, del espíritu filosófico y de todo el poder humano. Sólo una institucion que no es terrenal sino divina, sólo una fundacion sostenida por el dedo de Dios podia permanecer firme, estable y gloriosa, combatida por tan encrespadas olas, que son movidas por el odio y la soberbia humana. ¡Sin embargo, y aun despues de cerca de diez y nueve siglos aun hay ilusos que esperan su destruccion! Apénas se ve agitada, sus enemigos baten palmas creyendo neciamente que ha llegado la hora de su exterminio! ¡Desgraciados! Semejantes á los ingratos hijos de Israel tienen ojos y no ven, oidos y no saben oir. Continuemos nuestra narracion admirando las obras del Señor, contra las que nada podrán jamás los hombres en su pequeñez y su miseria.

El principio del cisma de los donatistas fue de esta manera. Tratábase al principio (en tiempo de Constantino) de saber si Ceciliano, obispo de Cartago, habia sido ordenado legítimamente. Algunos obispos, á cuya cabeza se hallaba Donato, pretendieron que esta ordenacion habia sido ilegítima, por lo que se separaron de su comunion. El asunto fue elevado en consulta al Sumo Pontífice Romano, el cual decidió en favor de Ceciliano, reconociendo su inocencia, y Constantino apoyó este juicio por medio de un decreto. He aquí el cisma: Donato y sus partidarios no quisieron conformarse con la decision del Jefe supremo de la Iglesia y establecieron otro obispo en Cartago, escribiendo al mismo tiempo á todas las Iglesias del Africa para que los fieles se separasen de la comunion de Ceciliano.

El partido cismático, aunque por mucho tiempo apareció como muerto, se iba acrecentando insensiblemente, y causó en Africa males de gran tamaño. Llenos de furor los donatistas se entregaron á toda clase de excesos; se apoderaban á mano armada de las Iglesias, destrozaban los altares, arrojaban de sus sillas á los legítimos pastores, llegando su impiedad hasta el extremo de volver á bautizar de nuevo á los que habian recibido el bautismo fuera de su comunion. Los obispos católicos opusieron tan solamente la dulzura, creyendo que por este medio podrian atraer á aquellos hombres obstinados á la unidad de la Iglesia. Con este

objeto trabajó con incansable celo el Padre San Agustin, obispo de Hepona, que tan gran celebridad llegó á adquirir despues en la Iglesia. Ultimamente los obispos resolvieron acudir á implorar la proteccion del Emperador, y este, que deseaba la paz de la Iglesia, publicó contra los sectarios una ley severa, en la cual prohibia bajo pena de muerte el que puedieran tener públicas reuniones. El cisma, como veremos á su tiempo, no tuvo término hasta el año 411, en que tuvieron lugar las conferencias de Cartago.

Hemos nombrado á San Agustin, y en cumplimiento de lo que hemos ofrecido vamos á hacer de esta lumbrera de la Iglesia una distincion semejante á la que hicimos con San Jerónimo, dedicando un capítulo á trazar á grandes rasgos su vida y hechos admirables.

CAPITULO XVII.

Narracion histórica de la vida de San Agustin.

El hombre que á una virtud á toda prueba reune la verdadera sabiduría, es acreedor al agradecimiento del género humano, que recibe una gran instruccion con su doctrina. Por más que los orgullosos charlatanes huyan del talento porque le temen, la religion levanta imperecederos monumentos que trasmitan á través de las edades los nombres dignos de bendicion de aquellos ilustres varones que emplearon su sabiduría en beneficio de sus semejantes, haciéndose útiles no sólo al siglo que los vió nacer, sino tambien á las futuras edades. Moisés, el caudillo del pueblo de Israel, fue uno de estos genios, que ha merecido el amor y la veneracion de todas las generaciones que le han sucedido. Cuando se hallaba en la más tierna edad fué arrojado al Nilo, y fluctuaba sobre las aguas dentro de una cestita de juncos. Allí luchaba entre la muerte y la vida: un pequeño movimiento de la cesta hubiera concluido con su existencia: pero la Providencia le libertó de un modo maravilloso porque estaba destinado para brillar en la corte de Faraon, confundiendo á los mismos sabios; para ser el caudillo del escogido pueblo; para escribir, y que se trasmitiesen hasta la consumacion de los siglos, de generacion en generacion, esos libros famosos, los primeros y más antiguos del mundo, donde se admira con la historia de la creacion la teología más sublime y el cuerpo de legislacion más completo: rasgos admirables que elevan á Moisés á más altura que los demás hombres. Creemos natural recordar la sabiduría del caudillo de Israel al proponernos hablar extensamente del gran Padre de la Iglesia San Agustin, que la ilustró con su sabiduría superior, y que fue por sus profundos conocimientos, vasta erudicion y energía de carácter un denodado campeon de la milicia cristiana, defensor del dogma católico y terror de los enemigos de la verdad. No fluctuó como

Moisés sobre las aguas del Nilo; pero estuvo á punto de naufragar en el terrible golfo del error, del que le libró el Señor para que realizase los grandes designios á que estaba destinado en los consejos eternos. No escribió la historia de la creacion; pero su fecunda pluma guiada por la sabiduría con que plugo á Dios adornarle produjo las más admirables obras que son y serán siempre consultadas por los sabios de todas las edades. No sacó un pueblo de la cautividad para dirigirlo á una tierra de promision; pero ha sido el maestro y guia de muchas almas, que abrazaron su regla retirándose á los claustros y huyendo de la babilonia del mundo. No recibió, en suma, como el Legislador del pueblo hebreo las tablas de la Ley de manos de Jhowah; pero explicó la misma Ley con la mayor claridad é hizo admirables y profundas Exposiciones de los Libros de la Sagrada Escritura. ¿Podremos llamarle el Moisés de la Ley de gracia? Empero justo es que demos aquí á conocer á este varon eminente, á esta estrella brillante que resplandeció en el cielo de la militante Jerusalen y que fue una de sus columnas y más firmes sustentáculos.

Fue San Agustin africano y nació en una ciudad llamada Tagaste, el 13 de noviembre del año del Señor 355, siendo hijo de una familia noble, pero no muy abundante en bienes de fortuna. Su padre era gentil y se llamaba Patricio, y su madre Mónica, cristiana que por sus grandes virtudes ha merecido que la Iglesia la eleve al honor de los altares. Bien podemos llamar á santa Mónica mujer fuerte, si atendemos á las señales con que á la mujer fuerte distingue el Sagrado Libro de los Proverbios: lo es, dice, la que de tal modo se comporta que labra la felicidad de su marido y familia; la mujer misericordiosa en la que el huérfano y el desvalido, el triste y el afligido encuentran el consuelo y el alimento de que ántes carecieran. Las que de tal modo obran reciben de Dios el premio, segun explica el sagrado texto por estas palabras: «Su memoria será en bendicion: se levantarán sus hijos y la llamarán bienaventurada, y oirá estas consoladoras palabras: Ha habido muchas mujeres virtuosas y fuertes; pero tú las has aventajado á todas ellas, porque las prendas de tu ánimo han sido muy superiores á las de las demás (1).»

Tal fue santa Mónica, madre de San Agustin: á su prudencia, á su discrecion, fervorosa oracion, abundantes lágrimas y extraordinarias virtudes fue debido el que su esposo Patricio se bautizase y muriese cristianamente, y más tarde, segun explicaremos, el que su hijo abriese tambien

(1) Proverb. cap. XXXI.

sus ojos al conocimiento de la verdad, siendo despues un esclarecido siervo de Dios, maestro de la verdadera piedad y obispo distinguidísimo por su celo y sabiduría.

No manifestó Agustin en su infancia el claro talento que habia de descubrir en adelante, ni al parecer revelaba disposiciones naturales para las letras. Esto mismo ha sucedido á muchos de los grandes ingenios que se han hecho notables y se han distinguido, ora en las ciencias sagradas, ora en las profanas. Tal vez podria venirse en conocimiento de este fenómeno por otro hecho de la naturaleza. Vemos cierta clase de árboles que á los pocos meses de plantados se hallan corpulentos, producen hojas y se acopan de modo que presentan una vista agradable, y bajo su sombra puede proporcionarse descanso y reposo el fatigado caminante. Hay por el contrario otros árboles que prestan mucha más utilidad por diversos conceptos, que no son de una vida breve como aquellos, ni tan precoces, pues que ven pasar muchas generaciones, pero tienen una infancia dilatada, un desarrollo lento, no manifestando en muchos años lo que han de ser en adelante; y un ejemplo de esto tenemos en la palmera, cuyo fruto no coge nunca la mano que la plantó. Así se nos figura que sucede con los grandes genios llamados á ilustrar su siglo y los que les suceden. Sin embargo hemos de advertir que si Agustin no dió en un principio muestras de lo que habia de ser más tarde, no fue porque le faltase ingenio y excelente memoria, sino por su inclinacion á holgar y entretenerse con otros niños de su edad.

Posteriormente y despues de haber sufrido una enfermedad mortal, se aplicó al estudio de las letras latinas y griegas y habiéndose apoderado de él un gran deseo de saber y de brillar en el mundo, adquiriendo reputacion de sabio, hizo tan rápidos adelantos, principalmente en las letras latinas y en la retórica, que en breve pudo el mundo reconocerlo como maestro. Pronto consiguió su deseo de ser reputado por sabio: sus conocimientos fueron generales en todos los ramos del saber humano: físico profundo estudia la naturaleza, la observa y procura sorprender sus secretos; dialéctico sutil, vence siempre á sus contrarios con la fuerza de sus argumentos; humanista agradable, posee lo más selecto de la erudicion y lo más encantador de la poesía y de la música; orador elocuente, sabia hacerse dueño de todos los corazones.

En esta época de su vida su sabiduría era puramente terrena; navegaba sin brújula por el anchuroso mar de las pasiones, pues su mala inclinacion y fogoso genio le arrastraba á los placeres y deleites. Un buen

amigo es un tesoro, y tanto es así que en las sagradas páginas se llama feliz y dichoso al que lo encuentra. Empero tanto cuanto es más útil un amigo verdadero, porque es para el hombre un consuelo en sus aflicciones, una guia en sus dudas, un consejero leal al que puede llamarse un *alter ego*, tanto más perjudicial es un amigo falso y desleal, al que se tiene propicio cuando puede sacar propio provecho de su falsa amistad, y al que se pierda fácilmente en el dia de la tribulacion y la desgracia; ¡Cuántos han debido su perdicion á la falsa amistad! ¡Cuántos han labrado su ruina por dar oidos á desleales consejeros que hipócritamente se vendieran por amigos! A esta clase por desgracia tan abundante en todos tiempos pertenecian los que rodeaban á Agustin y se decian amigos suyos. Jóvenes disipados que no conocian más Dios que los placeres, más gloria que la que puede adquirirse en el mundo por las ciencias, ni más reglas de conducta que los caprichos del corazon y las veleidades de la fantasia, le arrastraban á placeres sensuales, á centros de disipacion y á todos aquellos lugares de donde huyen precipitadamente el pudor y la vergüenza. Refiere minuciosamente el santo todos estos extravíos de su juventud, y culpándose á sí mismo, culpa tambien en parte á su padre, que siendo gentil, no puso cuidado en criarle en la virtud, no teniendo otro deseo sino que su hijo estudiase y con gran ingenio alcanzase riquezas falsas y honras afrentosas, y que dejase sucesion en su casa. Pero lo que más le perjudicó fue la compañía y continuo trato de aquellos jóvenes libertinos, á los que daba, profanándolo, el dulce título de amigo. He aquí cómo se expresa el santo al hablar con Dios, recordando esta primera época de su vida: «¿En dónde estaba yo y cuán léjos andaba desterrado de los deleites de vuestra casa el año diez y seis de mi edad, cuando tomó señorío sobre mí, y yo me sujeté y rendí al apetito libidinoso y loco? Que aunque los hombres disimulan, y no le tienen por deshonesto, es prohibido, Señor, por vuestras santas leyes.»

En efecto: el único deseo de Agustin, su pensamiento constante, su idea acariciada era tan sólo apurar toda clase de deleites, y aun más que esto adquirir el título de sabio, pues que el amor de su propia gloria y la ambicion de distinguirse le dominaban sobre todas las demás pasiones. Adornado ya con los extensos conocimientos de que ántes hemos hablado, su fama voló por todas partes siendo la admiracion de los sabios por su perfecta comprension de todos los libros de Aristóteles, y cuando sólo contaba veinte años de edad enseñó la retórica en Cartago,

mereciendo aplausos de los sabios, que necesariamente producian en su corazon los perniciosos efectos de aumentar su vanidad y soberbia, y Roma y Milan admiradas quedaron tambien á vista de la sabiduría de Agustin. Y ¿cómo no habian de admirarse cuando veian en él una profundidad de conocimientos que le colocaban en la clase de aquellos hombres de los que uno sólo es suficiente para hacer famoso el siglo que los ve nacer? Maestro á la edad en que otros sabios apénas han empezado á ser discípulos, consulta los astros, penetra los tiempos futuros, rompe el velo de los pasados siglos, se corona de laureles en certámenes públicos, entra en relaciones con los hombres más notables, y su nombre resuena en todas partes, siendo reconocido aun en su misma juventud como el hombre más sabio de su siglo.

Si para ser dichoso bastasen las ciencias, nádie en felicidad hubiera igualado á Agustin: empero los laureles del mundo se marchitan; las glorias de la tierra no pasan del sepulcro, y cosas tan pasajeras no pueden formar la dicha ni llenar el corazon del hombre. ¡En qué aberraciones da el entendimiento humano cuando el hombre vive separado de Dios! No solamente no paraba mientes en los repetidos consejos de su santa madre, sino que viendo que otros jóvenes eran más libertinos que él se abochornaba de serlo ménos. Hé aquí cómo se explica el mismo santo hablando de esto: «Yo, dice, me deleitaba en mis males, no sólo por el gusto de la mala obra, sino tambien por alabarme de ellos. ¿Qué cosa hay digna de vituperio sino el vicio? Y yo, desventurado, por no ser vituperado, me hacia más vicioso, y cuando no habia hecho el mal que otros habian hecho, ni era en esto tan perdido como ellos, fingia haberlo hecho, para que no me tuvieran en ménos por ser más inocente, ó por ser casto me despreciasen más. Con tales compañeros, Señor, paseaba yo las plazas de Babilonia, y me revolvia en el cieno como si fuere bálsamo y ungüento precioso; y en medio de ella, para que me enlodase más, el enemigo invisible me hollaba y engañaba, por que yo era engañadizo.»

Como quiera que un abismo llama y conduce á otro abismo, segun la frase de la Escritura Santa, de las torpezas y deshonestidades que turban el entendimiento vino Agustin á caer en la herejía de los maniqueos. «Caí, dice en sus *Confesiones*, en manos de aquella mujer atrevida y de prudencia pobre (significada por el enigma de Salomon) asentada en una silla á su puerta, la cual decia: «Comed alegremente del pan escondido, y bebed del agua dulce hurtada.» Esta mujer me enga-

ñó, porque me halló fuera de mí, y que habitaba en los ojos de mi carne, y rumiaba dentro de mí las mismas cosas que por su consejo habia tragado.» La lectura de las Sagradas Escrituras no le satisfacia, pues no creia que su estilo podia compararse con el majestuoso de Tulio, y mucho más cuando su espíritu se hallaba disipado con los delirios del maniqueismo que tanto le halagaban.

Las almas grandes en nada son medianas, ora se dediquen á la virtud, ora al vicio: hácense en el primer caso lumbreras de la Iglesia, y en el segundo mónstruos terribles que, arrastrando tras sí á innumerables criaturas, las hacen tan desgraciadas como ellos. Grande, extraordinario fue en Agustin pecador el deseo de fama y de inmortalizar su nombre en los anales profanos. Ya veremos á Agustin convertido, inflamado por la llama del amor divino, procurando la mayor gloria de Dios y emprendiendo y llevando á cabo trabajosas y difíciles tareas por combatir unas herejías en las cuales por espacio de algunos años se vió envuelto.

Los juicios de Dios son incomprensibles á la menguada inteligencia humana. ¿Es posible la conversion de un hombre á los treinta y tres años de su edad, cuando merced á sus grandes talentos, á sus superiores conocimientos, ve sus sienes ceñidas de laureles, extendida su fama por todas partes, aplaudido por los sabios, honrado por los grandes y admirado de todos? Milagros de tal naturaleza sabe obrar la gracia. En Agustin lo veremos.

Mónica, que ántes lloraba al ver á su hijo entregado á los vicios, llora más inconsolablemente cuando le ve matriculado en la escuela del error. Se estremecia de espanto al verle asociado con los herejes, vertia torrentes de amargas lágrimas y rogaba á Dios hasta hacerse importuna, con más constancia que la Cananea, de la que nos habla el Evangelio, suplicaba á Jesucristo por su hija, diciendo: «Señor, mi hija se halla malamente poseida del demonio.» Asi Mónica suplica á Dios fervorosamente haciéndole presente que el hijo á quien tanto amaba se veia malamente poseido del demonio de la herejía: y así como la Cananea repetia su súplica creyendo con fe viva y verdadera que sus ruegos habian de ser escuchados, Mónica no cesa de orar de dia y de noche, pidiendo por su hijo oportuna é inoportunamente, confiada en que Dios se apiadaria de su afliccion y le concederia la conversion de aquel fruto de sus entraañs, que tanto deseaba.

Mucho vale la deprecacion del justo siendo asidua, y en los felices re-

sultados de los ruegos de santa Mónica vemos confirmada esta sentencia de los Libros Santos. Desde entónces una lucha constante entre la gracia y el error empezó á experimentar Agustin en su corazon. Su madre habia sido favorecida con una revelacion en la que se le habia manifestado que su hijo se convertiria y llegaria á tener tanta fe como ella. Esto llenó de consuelo el lacerado corazon de aquella madre, que por tanto tiempo habia llorado viendo á su hijo en el camino del infierno. Varios fueron los recursos de que se sirvió la gracia para trocar aquel corazon tan entregado á las cosas del mundo, y volver al bien aquella inteligencia nublada por una multitud de groseros errores.

Permitió el Señor que Pablo se instruyera en las tradiciones del judaismo, para que despues pudiese con todo conocimiento defender la doctrina evangélica, llegado que fuese el dia señalado para constituirle vaso de eleccion, Maestro y Apóstol de las naciones. A este modo permitió que Agustin destinado para destruir los errores con el arma poderosa de su palabra, estuviese algun tiempo envuelto en los mismos errores, para que conociéndolos pudiese mejor combatirlos y destruirlos, explicando al mundo con la mayor claridad al mismo tiempo la doctrina salvadora de Jesucristo.

Decíamos que fueron diversos los medios de que se valió la Providencia para trocar su corazon y convertirlo. Insensiblemente fue perdiendo su aficion al maniqueismo, que tanto ántes le halagaba, y que tan constantemente habia defendido. Contribuyó á esto primeramente el que habiendo llegado á Cartago un obispo de aquella secta, llamado Fausto, Agustin habló con él detenidamente, y comprendió en su superior ilustracion que no era tan docto como decian los maniqueos, y que no entendia una sola palabra de lo mismo que enseñaba, no siendo más que un verdadero charlatan que sólo habia estudiado la gramática, pero que tenia facilidad para expresarse y seducir á los indoctos. Con esto Agustin empezó á desconfiar de los maniqueos, y perdió la aficion que ántes tenia á estudiar en la secta.

Más tarde, y á pesar de los ruegos de su madre, que á ello se oponia, se marchó á Roma, donde Dios le afligió con una penosa enfermedad, de la que pudo verse libre gracias á las oraciones y repetidas súplicas que por él hacia al cielo su santa madre Mónica. Leyó en aquella ciudad una disputa que con los maniqueos habia sostenido un católico, llamado Elpidio, y entónces acabó de convencerse de la falsedad de aquella secta, á la que desde aquel momento miró con absoluto desprecio. Dedicóse en

Roma á leer retórica, y bien pronto corrió por toda aquella populosa ciudad la fama de su sabiduría. Dios iba ordenando todos los sucesos conforme á sus altísimos designios. Por órden del emperador escribieron de Milan á Simaco, que era el prefecto de Roma, á fin de que enviase á aquella ciudad un buen maestro de retórica. Simaco, ganoso de cumplimentar fielmente las órdenes que se le habian comunicado, fijó desde luego su vista en Agustin, y le envió á Milan. En aquella ciudad estaba de Arzobispo San Ambrosio, conocido en todo el mundo por su sabiduría y el celo con que defendia la verdadera doctrina de la Iglesia. Dios tenia determinado en sus altos é incomprensibles juicios que San Ambrosio fuese el instrumento de la conversion de Agustin, por lo que el mismo Santo hablando con Dios dice: «Vos me llevabais á él, sin yo saberlo, para que él sabiéndolo me llevase á vos. Aficionóse Agustin bien pronto al santo Prelado, y empezó á amarle, no como á doctor de la verdad, sino como á un hombre sabio y benigno que le habia recibido con un amor verdaderamente paternal. Cuando hablaba el santo Prelado, Agustin estaba como pendiente de sus labios, pues deseaba averiguar si era justa la tama que disfrutaba por todas partes. Hé aquí del modo que un historiador notable, el Padre Ribadeneira, explica su conversion:

«Al mismo tiempo, dice, que San Agustin andaba vacilando, y comenzaba á abrir los ojos para ver la verdad, vino Santa Mónica, su madre, en busca de él á Milan, siguiéndole por mar y por tierra, y muy segura en Dios entre todos sus peligros, y fuerte por su gran piedad. Porque el amor de madre no la dejaba reposar, y el deseo de que su hijo se salvase la traia atravesada de dolor. Y para esto, además de las copiosas lágrimas que continuamente derramaba, y de las oraciones que de dia y de noche ofrecia con grande instancia al Señor, suplicándole que socorriese y alumbrase presto á su hijo, le encomendaba con entrañable afecto á San Ambrosio, porque conoció que por sus palabras habia ya vencido aquella duda y perplejidad en que estaba, y esperaba que por su medio habia de alcanzar entera salud. Oíale predicar Agustin cada domingo, y tratar la palabra del Señor admirablemente, é íbase confirmando más en que se podian deshacer aquellos lazos engañosos, que los enemigos de la verdad y engañadores verdaderos armaban contra los libros sagrados y misterios de nuestra santa religion. De esta manera se iban deshaciendo las tinieblas y errores que oscurecian el entendimiento de Agustin; pero el afecto todavía estaba enfermo, y llagado y preso del amor deshonesto. Porque tenia una amiga, y de ella un hijo, que se llamó Adeo-

dato, de raro y excelente ingenio; y estaba tan ciego y encadenado en las prisiones del amor, que no le parecia posible vivir sin mujer. En tanto grado que, teniendo intencion de casarse, y habiendo despedido la amiga primera, y ella ídose á África, de donde habia venido con él, tomó otra, entre tanto que la que habia de ser su mujer tuviese edad suficiente para poderlo ser, para con ella (como él dice) cebar y entretener en su punto la enfermedad de su alma con la mala costumbre, hasta que llegase el tiempo de casarse. Estaba tan encarnizado y tan fuerte en esta falsa opinion, que admirándose de San Ambrosio, y teniéndole por varon dichoso y bienaventurado, segun el siglo, porque era honrado y estimado de personas grandes y poderosas, no sabia como podia vivir sin mujer, y esto le parecia muy duro y trabajoso.

«La fuerza de la mala costumbre era grande, y la flaqueza de Agustin era mucha; mas el Médico soberano era poderoso para poder dar vigor al enfermo y sanarle, por más que pareciese desahuciado, aunque el principio de la salud habia de ser (despues del toque de la gracia) el querer él dejarse curar, y desear sanar. Para esto le ayudó y alentó mucho el haber tratado en Milan con un santo y venerable monje, llamado Simpliciano, á quien por su anciana edad y admirables virtudes el mismo San Ambrosio amaba y respetaba como á padre espiritual. Porque Simpliciano contó á Agustin la conversion á nuestra santa fe de Victorino, que habia enseñado retórica en Roma, y alcanzado en ella que se le pusiese públicamente estatua; y siendo ya viejo, y en todas las ciencias sapientísimo, habia dejado la gentilidad, y vuelto los ojos y el corazon al Señor: y con este ejemplo se encendió San Agustin con deseo de imitarle. Tambien le esforzó el haberle referido un caballero principal, africano, y de su tierra, llamado Poticiano, la vida de San Antonio Abad (de la cual hasta aquella hora no habia tenido noticia alguna), y que dos caballeros, criados del Emperador, leyéndola en la ciudad de Tréveris, habian renunciado todas las cosas del siglo, héchose religiosos, y entregádose enteramente al servicio del Señor. Con esta narracion quedó tan compungido que, volviéndose á Alipio (que era su fidelísimo compañero) con el rostro y con la mente turbada, le comenzó á decir á gritos: «¿Qué es esto que padecemos? ¿Qué es esto que habeis oido? Levántanse los indoctos, y arrebatan el cielo, y nosotros faltos de corazon con doctrina, andamos sumidos debajo de las ondas de nuestra carne y nuestra sangre. ¿Por ventura porque ellos van delante tenemos vergüenza de seguirlos? Y ¿no tenemos vergüenza siquiera de no seguirlos?» Pero

no bastan estos toques é inspiraciones de Dios para desatar á quien estaba tan atado, no con hierro ajeno, sino con la dura cadena de su propia voluntad, como el mismo Santo dice por estas palabras: «El enemigo tenia mi voluntad, y de ella habia hecho una cadena con la cual me tenia aprisionado. Porque de la mala voluntad nació el mal apetito, y entregándose á este apetito, se hizo la costumbre, y no resistiendo á la costumbre, se hace la necesidad, y con estos como eslabones trabados entre sí, se hizo aquella cadena que dije, en la cual debajo de una muy dura servidumbre estaba aherrojado y encadenado. Y aquella voluntad nueva de serviros y gozar de vos, Señor, que comenzaba á tener sér en mi corazon, aun no tenia fuerzas para vencer la otra voluntad, que con la vieja costumbre se habia hecho fuerte y poderosa. Aunque por mejor decir, no estaba yo tanto en lo que estaba cuanto era llevado á ello, en gran parte contra mi voluntad. Pero aquella costumbre que habia nacido de mí, tenia mayores fuerzas contra mí; y queriendo yo, me habia llevado á lo que yo no queria. Mas como estaba asido y abrazado con la tierra, rehusaba seguir vuestra bandera; y temia tanto el verme desembarazado de todos los estorbos que me impedian, cuanto fuera justo temer ser de ellos embarazado. Andaba suavemente cargado con esta carga del siglo, como suele el hombre con el sueño; y los pensamientos que tenia de vos eran semejantes á los desperezos y meneos de los que duermen y quieren despertar, que con la profundidad del sueño se vuelven del otro lado y tornan á dormir.» Todo esto es de San Agustin. El cual en otro lugar pinta la lucha de su espíritu con su carne, y el favor de la gracia del Señor con que la venció; que por ser cosa tan inferior y tan importante, y por la cual comunmente pasan los que desean salir del cieno de sus inmundicias en que están atascados, y les parece que no pueden por su mal y envejecida costumbre, aunque sea algo largo me ha parecido poner aquí. Dice, pues, San Agustin: «De esta manera estaba enfermo y atormentado, acusándome á mí mismo más gravemente de lo que solia, volviéndome y revolviéndome en aquella cadena que traia, hasta que se acabase de romper aquella parte que quedaba: la cual aunque era pequeña, todavía era bastante para tenerme. Decia yo en mi interior: Ea, hágase luego, ahora sea; y diciendo esto cási me iba tras lo que decia, y cási lo hacia, y con todo eso lo dejaba de hacer. No tornaba á las cosas pasadas si no estaban cerca, y respiraba. Volvia otra vez á alentarme y cobrar nuevas fuerzas, y cási allegaba, y tocaba y tenia; mas era tanta mi flaqueza, que en realidad de verdad,

ni yo llegaba, ni tocaba, ni tenia, dudando morir á la muerte y vivir á la vida; y más podia conmigo el mal acostumbrado, que el bien no usado; y cuanto más cerca se allegaba aquel punto de tiempo en que yo habia de mejorar, tanto más ponia mayor horror y espanto, no haciéndome volver atrás, ni mudar propósito, mas teniéndome suspenso las liviandades y lazos, y aquellas vanidades vanísimas de mi antigua amistad me detenian, y tiraban de la vestidura de mi carne, y como susurrando decian: Cómo qué, ¿nos has de dejar? Y qué, ¿desde aquel momento jamás estaremos contigo? Y qué, ¿de aquí adelante no te será lícito esto, ni aquello? Yo las oia como de léjos, y no yo todo yo, sino la menor parte de mí, y no me hacian guerra poniéndoseme delante, sino como viniendo tras de mí, y siguiendo mis pasos me asian y murmuraban, para que volviese los ojos atrás y las mirase.»

Aquí ponemos punto á la narracion del Padre Ribadeneira, y con ella á la que hace el mismo San Agustin en el precioso libro de sus *Confesiones*. Aun mucho más dice para hacer comprender la terrible lucha que sostuvo con la gracia, y la fuerza de la gracia que obró en él. En obsequio á la brevedad no continuamos el relato, bien conocido de todos los que han leido las *Confesiones de San Agustin*.

Llegó por fin la hora en que habia de caer de sus ojos la tupida venda que le cegaba, conociendo despues de tantos y tan contínuos combates que la sabiduría de la carne es tan sutil é indomable como enemiga de Dios (1). ¡Ojalá que como él supiesen comprenderlo muchos hombres científicos que pudieran emplear su sabiduría en beneficio de los pueblos, procurando algun remedio á los terribles males causados por las enseñanzas anticristianas! Agustin poseyó todas las ciencias: no ha habido quien se atreva á disputarle el talento, ni los conocimientos, ni la firmeza que tuvo ántes de su conversion en las opiniones del error y la filosofía. En medio de su ciencia, á través de los aplausos del siglo, no encontró la paz, el reposo, la persuasion de la verdad, buscándola en la Academia y el Gimnasio, sino únicamente en la doctrina de la Iglesia católica (2).

San Ambrosio fue el que tuvo la dicha de derramar sobre su cabeza el agua regeneradora del bautismo. Desde entónces murió para él la soberbia y vanidad del mundo, y el amor á los deleites de la carne. Cubierto con la blanca estola de la inocencia que recibe en la sagrada fuente

(1) D. Paul. ad Rom., cap. VIII, v. 7.
(2) Confes., lib. IX, c 4.

busca el retiro, entregándose á un contínuo y rigoroso ayuno y á las más ásperas penitencias, y empieza á escribir esas obras que son buscadas, y leidas por los sabios de todas las edades, y que vivirán hasta la consumacion del tiempo.

Los pasos de Agustin eran guiados por la Providencia, la cual le condujo á Hipona, que era la ciudad que Dios tenia reservada para que fuese el teatro de sus mayores triunfos. Fue allí reconocida su sabiduría como fueron patentes las virtudes que ya le adornaban, y á pesar de la resistencia que manifestó fue elevado á la dignidad del sacerdocio. La Iglesia, que ve siempre en el sacerdote sabio y virtuoso una columna firmísima que sostiene su doctrina, sus virtudes y su gloria (1), llenóse de regocijo al ver subir al altar á este santo ministro, que de tanta utilidad habia de ser en el santuario. Agustin, á quien Dios habia concedido luces tan superiores, conoce lo encumbrado de su ministerio y los deberes que impone: sabe que el poder que le da su nueva dignidad es superior al de Josué, á quien obedecieron los astros: contempla que en la antigua ley, sombra y figura del sacrificio, y sacerdocio de la ley de gracia, se encargaba con esmero á los levitas se purificasen para tocar los vasos del Señor (2), y esto le hace comprender la santidad y pureza de que debe estar adornado el dispensador del cuerpo de Jesucristo; que si á aquellos se les decia que fuesen santos porque lo era el Dios á quien servian (3), grande, extraordinaria debia ser la santidad del que continuamente tiene á su Dios en las manos y en el pecho. Estas consideraciones le hicieron exclamar en una de sus obras: «¡Que hombre habrá tan impío que se atreva á tocar con manos encenagadas este Sacramento terrible! (4).»

No tuvo por objeto Agustin buscar comodidades á la sombra del santuario: ántes por el contrario apénas se ve investido del sacerdocio empieza á trabajar con celo infatigable en bien de la religion, persiguiendo el error hasta en sus últimas guaridas.

Ganoso de la mayor perfeccion funda un monasterio, al cual acuden en seguida gran número de sujetos recomendables por sus buenas costumbres, y él escribe la regla de su órden para el arreglo de aquella naciente órden religiosa, madre y maestra de tantas como habian de poblar el mundo cristiano, instituto que tan venerado habia de ser en todos los

(1) S. Prosp. Lib. 2, de vit. contemp. sacerd., cap. 3.
(2) Isaías, cap. LII, v. 11.
(3) Sancti estote quoniam ego sanctus sum.
(4) D. Aug. S. 244, de temp.

siglos, por el gran número de sabios y de santos que estaba llamado á producir.

Empresa difícil de llevar á cabo seria el querer ahora referir el modo como se entregó dentro del claustro á la práctica de la virtud, los triunfos que consiguió para la Iglesia con su ardiente y celosa predicacion, el modo heróico con que hizo frente á todas las herejías. Fue uno de los sabios más humildes que han existido sobre la tierra, y esto nos lo manifiesta claramente su resolucion en escribir el libro de sus *Confesiones*. Natural parece que un pecador convertido trate de ocultar al mundo sus pasados delitos; pero Agustin sabe que su fama se extiende por todas partes, y se propone con la mayor humildad ahogarla con la pública manifestacion de sus pecados; y pasan los siglos, y vienen á tierra convertidas en polvo las estatuas de los monarcas, y aun cuando el tiempo hace desaparecer las inscripciones grabadas para perpetuar algun hecho notable en el mármol ó en el bronce, las caidas y flaquezas de Agustin pasan de una en otra generacion sabidas, y todo porque él escribe no sólo sus pecados públicos, sino hasta las culpas más secretas que habia cometido.

Cuarenta y un años de edad contaba San Agustin cuando fue consagrado obispo coadjutor de Bona, con derecho de suceder á San Valerio. Mucha repugnancia experimentó y no pocos esfuerzos hizo por evitar su elevacion: pero estaba escrita en el libro de los consejos eternos, y conociendo cuál era la voluntad divina tuvo por fin que conformarse. El clero y el pueblo, conocedores de la sabiduría y grandes virtudes que le adornaban, celebraron con el mayor regocijo su exaltacion al Obispado. Dentro de la Iglesia edificó un monasterio de clérigos, á los que dió regla, y despues edificó además monasterios de monjas, dándoles tambien su correspondiente regla por la que habian de gobernarse.

¿Quién habia de creer la trasformacion de Agustin? ¿Quién, al verle iniciado en la secta maniquea, hubiese creido que estaba llamado á ser un obispo celosísimo defensor de la fe católica, astro luminoso de la verdadera Iglesia de Jesucristo? Tales prodigios sabe obrar la divina gracia. Las oraciones y continuos ruegos de su madre Santa Mónica tuvieron una gran parte en esta prodigiosa conversion. Ya es Agustin el antemural de bronce contra el que se han de estrellar los impetuosos embates del error. En vano los enemigos de la Iglesia pretenderán ya minar sus cimientos y presentarle toda suerte de batallas y contradicciones. Nada importa. Agustin revestido con la armadura de una invencible

fortaleza, adornado con una sabiduría superior, sabedor de todos los secretos de las sectas, destruirá los planes homicidas de los perversos. Si tratan de combatir los dogmas, Agustin será el defensor valeroso que hará resplandecer la verdad católica, disipando con la elocuencia de su palabra las tinieblas del error. Si en África muchos de sus compatriotas se hallan contaminados con las doctrinas heréticas, él los reducirá con su sabiduría al conocimiento de la verdad. Si en Roma hay quién se atreva á negar la infalibilidad del sucesor de Pedro, allí se presenta Agustin destruyendo victoriosamente los sofismas que presentan los enemigos de la autoridad pontificia. Si en Cartago los donatistas promueven un cisma con motivo de la eleccion de Celiciano, asunto de que ya nos hemos ocupado, allí se presenta Agustin, el denodado campeon de la fe, que persigue hasta en sus últimas trincheras á los heresiarcas que escandalizaban la Iglesia con la propagacion de funestas novedades. Sabido es que en Hipona logró destruir el pelagianismo, promoviendo conferencias públicas, asistiendo á los Concilios, donde hace escuchar su autorizada voz, y predicando con el mayor celo, hasta lograr el santo objeto que se propusiera.

Para conocer mejor que Dios tenia elegido á Agustin para que fuese un astro luminoso en el cielo de la militante Jerusalen, bástenos recordar una coincidencia que notan algunos escritores, en la que vemos un efecto de la Providencia. El mismo dia que Pelagio nació en Inglaterra, nació en África San Agustin, proveyendo el Señor de este modo á la Iglesia de un héroe que la defendiese de los ataques que habia de darle la funesta enseñanza de aquel hereje.

Entre los muchos escritos que produjo la fecunda pluma de este Doctor incansable es admirable su tratado sobre la Gracia, escrito para combatir los errores funestos de los pelagianos, que aseguraban que el hombre no necesita del auxilio de la gracia para conseguir la salvacion. Trató, pues, el santo este punto con el mayor acierto, demostrando la necesidad que tenemos de este poderoso auxilio, tratando igualmente del pecado original y de la corrupcion de nuestra naturaleza, de la libertad de nuestro libre albedrío, y de cuán flacos y miserables son los hombres sin la gracia, que los mueve, y los ayuda, y obra por ellos, y todo lo demás concerniente á estos puntos teológicos de tanta importancia, manejando de un modo admirable los sagrados libros, con tal fuerza de argumento, con una elocuencia tan arrebatadora y tan á propósito para destruir los errores de Pelagio, que desde entónces acá

cuantos han escrito de la gracia han tenido necesidad de acudir á las puras fuentes de las obras de San Agustin, que son un rico venero de doctrina. Y tal era la reputacion del santo, que en dos concilios que se celebraron en África, que fueron uno el cartaginense, y el otro el milevitano, le encargaron declarar y explicar la verdad católica sobre las mismas materias. Y los demás concilios en sus definiciones han tomado por regla su doctrina. Basta decir, en elogio de la doctrina de San Agustin, que el Doctor Angélico Santo Tomás la estudió, llegando, digámoslo así, á identificarse con ella. Si pues tan sublime es el discípulo, inferirse puede con facilidad cuál seria la sabiduría del maestro.

CAPITULO XVIII.

Concluye la narracion histórica de la vida de San Agustin.

Aunque ofrecimos dedicar un capítulo á exponer los hechos de la vida del gran Padre San Agustin, presentan aquellos un campo tan dilatado y tan ameno, que deseando no privar al lector del conocimiento que podemos darle de este tan ilustre Prelado, que es una de las glorias del catolicismo, hemos dividido la narracion en dos capítulos para no fatigar la atencion del lector.

Hemos hablado ya de la sabiduría con que plugo al Omnipotente adornar á este su siervo, para que empleándola en defensa de la verdad católica hiciese resaltar y hacer patente al mundo entero las glorias de la Iglesia. Ahora podremos preguntar: ¿vió el mundo jamás un espíritu tan claro, un talento tan privilegiado, unos conocimientos tan profundos y universales? Hemos dicho que el Angélico Doctor estudió la doctrina de Agustin. Pues bien, su pluma trazó con pocas pero elocuentísimas palabras el más completo elogio del santo obispo de Hipona. «Desde la altura de los cielos, dice, á donde se remonta á los primeros pasos de su carrera, para beber en el seno de la divinidad los inagotables raudales de la ciencia increada, desciende Agustin á la tierra como un océano que atesora las aguas de todos los rios, para esparcirlas en todas direcciones y fecundizar con ellas la mística ciudad de Dios.»

Siendo tantas y tan excelentes las obras de San Agustin, siempre han sido leidas y consultadas por los varones más eminentes que despues de él han florecido en la Iglesia de Dios, pues conformes todos con el pensamiento de Santo Tomás, han confesado que es imposible ir más allá en conocimientos de las letras sagradas y profanas. No hay misterio en la Religion que él no profundice; no hay dogma que no desenvuelva con

una facilidad extraordinaria. La indivisibilidad de la esencia divina, la Trinidad de las Personas, la Encarnacion del Verbo en el seno de María Vírgen, la autenticidad de las Sagradas Escrituras, la unidad y verdad de la Iglesia, la santidad de su moral, todas las verdades, en fin, de labios de Agustin aparecen hermosas, victoriosas de cuantos errores pudieran presentar los herejes. En su libro *De moribus maniqueorum* descubre cuantos misterios de iniquidad envuelve aquella secta, que tanto daba que hacer á la Iglesia. Es admirable la profundidad de conocimientos que revela, dando con su explicacion de la consustancialidad del Verbo con el Padre un golpe certero y de muerte al arrianismo, resucitado en mal hora por Constancio. Los sectarios de Manes tambien quedan heridos de muerte con la fuerza de sus argumentos, al defender victoriosamente la doctrina de la libertad humana. En vano es que el semipelagianismo se presente como enmascarado, para hacer nuevos prosélitos. Agustin es un centinela avanzado de la verdad católica; sus labios están prontos para defenderla, y su pluma dispuesta para desenmascarar los errores, do quiera que se presentan. Él da el grito de alarma, se apresta á la pelea, lucha en buena lid y el error queda vencido. A él estuvo reservado el apagar las últimas chispas de la superstición pagana, que aun á pesar de los grandes y laudables esfuerzos de San Cipriano no habia podido extinguirse del todo. Él fue en África el antemural que hizo que la herejía quedase destruida á sus piés, y no saliese para inficionar al mundo entero. Formando un dilatado catálogo sus obras, renunciamos aun á enumerarlas. Por lo que hace á quererlas examinar, no haríamos otra cosa que profanarlas. Parece en verdad que no ha muerto este grande hombre, pues que los rayos de su doctrina vienen á través de los siglos iluminando las inteligencias, y no hay apologista ni predicador que no acuda á las cristalinas fuentes de las obras de Agustin á beber su enseñanza, para comunicarla á los demás. ¿Por qué hemos de extrañar que el máximo entre los Doctores San Jerónimo desde su desierto de Belen, felicitase al grande Agustin, segun digimos al trazar su narracion histórica, confesando que nada hay que añadir á lo dicho por él? ¿Porqué hemos de extrañar tampoco que los sabios y santos distingan á Agustin con gloriosos títulos y renombre? De este santo podemos muy bien decir lo que de Salomon, el sabio hijo de David, la reina de Sabá: «Mayor es tu sabiduría y mayores tus obras que cuanto canta la fama.» Todos convienen en llamarle pozo de sabiduría, flor de los grandes ingenios, maestro consumado de teolo-

gía, columna de la Iglesia, ornamento de las escuelas, escudo de la fe católica, martillo de los herejes y ejemplar de todas las virtudes cristianas. En darle todos estos dictados, ni en llamarle espejo de Prelados, doctor de los doctores, luz de los predicadores, guia de las almas y maestro universal, no han hecho otra cosa los Sumos Pontífices, los concilios y muchos escritores, que darle lo que justamente tiene merecido. Bien quisiéramos reproducir aquí todo cuanto se ha dicho de este santo Doctor en la série de los tiempos, pero no siéndonos esto posible, nos habremos de contentar con citar algunos entre los más honrosos. Hé aquí cómo se expresa San Jerónimo, escribiendo al mismo San Agustin: «En todo tiempo he reverenciado á vuestra beatitud con aquella honra que debo, y amado á nuestro Salvador que habita en ella. Pero ahora ha crecido más (si crecer pudiese) esta mi reverencia, y la medida de amor que estaba llena ahora se ha colmado de manera, que no se nos pasa hora sin hacer mencion de vos, porque habeis estado fuerte con el ardor de la fe, y resistido á los furiosos y contrarios tiempos, queriendo ántes salir solo libre de Sodoma, que morir entre los que habian de perecer. Bien sabe vuestra prudencia lo que digo. En todo el mundo se celebra vuestra virtud. Los católicos os veneran, y os admiran como á reparador y restaurador de su antigua fe. Y lo que es señal de mayor gloria, todos los herejes os aborrecen: y á mí me persiguen con el mismo odio para matar con el deseo á los que no pueden quitar la vida con el cuchillo.» No es ménos notable el elogio que hace San Paulino, obispo de Nola, varon elocuentísimo y muy afecto á San Agustin. En una epístola habla de este modo: «¡Oh verdadera sal de la tierra, con la cual se salan nuestros corazones, para que no se corrompan con la vanidad del siglo! ¡Oh antorcha colocada sobre el candelero de la Iglesia, que comunica su luz resplandeciente á todos los católicos, y deshace las tinieblas de los herejes, y con la claridad de sus palabras purifica la verdad, y la libra de la confusion y oscuridad de ellos! Con razon puedo decir que vuestra boca es un canal de agua viva, y una vena de la fuente eterna. Porque Cristo se ha hecho fuente de agua viva, que sube hasta la vida eterna, por cuyo deseo mi alma tiene sed, y codicia esta mi tierra ser regada con la abundancia de vuestras corrientes.» Hilario, obispo de Arlés, habla de este modo: «El excelentísimo doctor San Agustin, defensor de nuestra fe, meditando contínuamente en Dios, y no temiendo por su amor la muerte, destruyó á los sacrílegos y venció á los herejes.» San Bernardo le llama, martillo fortísimo de los herejes:

Ruperto Abad, columna y firmamento de la verdad. El concilio VIII de Toledo, hablando del santo, dice que fue agudo en investigar las cosas, singular en hallarlas, en explicarlas copioso, elocuente y sapientísimo. Por último, el gran Pontífice y Doctor de la Iglesia San Gregorio, se expresa de este modo: «Si deseais sustentaros con un manjar regalado, leed los libros del bienaventurado San Agustin, y hallareis que su pan es de la flor de la harina, y el nuestro de salvado.

Ya que tanto hemos hablado de su sabiduría, justo es que digamos alguna cosa acerca de sus grandes virtudes. Léjos de engreirse por la sabiduría con que Dios le habia adornado, la humildad fue su norte. No se contentó con llorar toda su vida los extravíos de su juventud, sino que, como hemos ya insinuado en el capítulo anterior, quiso consignarlos para perpétua memoria en el libro de sus *Confesiones*. Tuvo un grande amor á la santa pobreza, y fue en esto tan escrupuloso, que jamás quiso tener en su poder la llave del arca donde se custodiaban los bienes de la Iglesia. Su idea acariciada y deseo constante era hacer bien á los necesitados, y así distribuia cuantiosas limosnas entre ellos, sin reservarse nada para sí. Tal era su espíritu de caridad para con los pobres, que cuando absolutamente no tenia que dar vendia alhajas de la Iglesia, con cuyo precio hacia nuevas limosnas. Nádie salia desconsolado de su presencia, llegando hasta vender las vestiduras preciosas que le regalaban, y que no queria usar por no ser pobres, para socorrer con el valor de ellas nuevos necesitados. No es oficio del obispo guardar el oro y desechar de sí la mano del pobre que le pide limosna. Desde que salió felizmente de las liviandades de la juventud y se convirtió á Dios, recibiendo las aguas regeneradoras del Bautismo, resplandeció en el don de castidad, guardándose de todas las ocasiones, y pidiendo al Señor diariamente y con el mayor fervor le ayudase para conservarla hasta el último momento de su vida, siendo en esto tan vigilante que no hablaba á solas con ninguna mujer, ni aun visitaba sus monasterios de monjas sino en urgentes necesidades.

Sobre todo lo que es admirable en este santo doctor es su espíritu de oracion. Si se leen sus meditaciones y soliloquios, se comprende al ver tantas dulzuras que su alma estaba siempre elevada á Dios, pudiendo decir, cual el Apóstol de las gentes: «Vivo yo, mas vive Cristo en mí.»

Todo lo dicho era efecto del amor divino, que abrasaba su corazon y le tenia continuamente inflamado: «Señor, exclamaba, en uno de sus

55

soliloquios, en gran manera se alegra mi alma pensando que vos sois Dios; mas si por imposible pudiera ser que Agustin fuera Dios, y que vos fuerades Agustin, más quisiera que vos fuerades Dios que no que lo fuera Agustino.» ¿Puede crecer más el amor divino en el pecho de un mísero mortal?

No es, pues, extraño que Dios de este varon tan eminente haya querido hacer patriarca y gloriosísimo de su Iglesia, padre y legislador de tantas religiones, pues que su regla siguen muchas órdenes religiosas, á más de las que él fundó, siendo una de ellas la del gran patriarca Santo Domingo de Guzman, conocida por la órden de predicadores, pues Santo Domingo, que habia sido canónigo reglar de San Agustin, quiso darles su misma regla.

Tiempo es ya, despues de tanta detencion, que nos fijemos en la última época de este santo Prelado. Habiendo llegado á la edad de setenta y dos años, y habiendo gobernado su Iglesia treinta y dos, como se encontrase por una parte agobiado no solamente por el peso de los años, sino aun más por el de sus contínuas y apostólicas tareas, y deseando por otra disponerse libre de cuidados al viaje de la eternidad, nombró á Eradío, presbítero, por obispo, como era práctica en la disciplina de aquellos tiempos, para que le sucediese en su silla despues de sus dias, y que desde entónces recayesen sobre él todos los negocios de su Iglesia. Como quiera, pues, que así el clero como el pueblo venerasen tanto á San Agustin y respetasen sus disposiciones, recibieron con el mayor contento al nuevo obispo.

Desde entónces y por espacio de cuatro años, que tardó aun en dejar esta vida mortal por la feliz y eterna de la gloria, el santo Prelado vivió entregado á las delicias de la oracion, pidiendo en ella al Señor le concediese morir en su santo ósculo. Cuáles eran en este tiempo sus amorosos deliquios, podemos comprenderlo por las siguientes palabras, que encontramos en una de sus meditaciones. «Ea, señor, ea ya, apareced y quedaré consolado; volveos á mi, y cumplirse ha mi deseo; descubridme vuestra gloria, y mi gozo será colmado, porque mi alma tiene sed de vos, y mi carne os desea. Mi alma sedienta corre á las fuentes de aguas vivas, y dice: ¿Cuando llegaré y pareceré delante de la cara de mi Señor? ¿Cuándo vendreis, Consolador mio? ¿Para cuándo os aguardaré? Oh! ¿Si tengo de ver algun dia el gozo que deseo? Oh! ¿si me tengo de hartar de aquella gloria, cuya hambre me fatiga? ¡Oh! ¿si me tengo de embriagar de aquel vino oloroso y suave por el cual suspiro? ¿Si ten-

go de beber aquel rio de deleites de que tengo sed? Entre tanto, Señor, las lágrimas sean mi pan, y mi sustento de dia y de noche, hasta que se diga á mi alma: He aquí á tu Esposo. Miéntras que viene esta hora, apacentadme, Señor, con mis sollozos y recreadme con mis dolores.»

Cumpliéronse los santos deseos de Agustin. Una aguda enfermedad le postró en cama. Conociendo que era llegada la hora de su salida del mundo, se preparó convenientemente por repetidos actos de amor de Dios, y rodeado de sus hijos, que lloraban amargamente, entregó su espíritu al Criador el 28 de Agosto en que la santa Iglesia celebra su fiesta, siendo de edad de setenta y seis años. Segun San Próspero, que fue su discípulo, fue el año 433, y segun el cardenal Baronio el 430. Fue sepultado en la Iglesia de San Estéban que habia fundado. Algun tiempo despues, cuando la ciudad de Bona fue destruida por los vándalos, los cristianos trasladaron su cuerpo junto con su mitra y báculo pastoral á la isla de Cerdeña, la cual andando el tiempo cayó en poder de los sarracenos, y entónces Luitprando, rey de los longobardos, alcanzó de los moros por una crecida suma que le entregasen los restos mortales de este santo Doctor, y los trasladó á Pavía, y allí fueron depositados en una Iglesia que edificó, llamada Cella aurea, de cuya traslacion hace memoria el *Breviario romano* en el 28 de Febrero. Allí existe hoy un monasterio de religiosos agustinos, y en otra parte del mismo edificio habitan los canónigos reglares, gloriándose todos en poseer las reliquias de su amado padre.

Hallóse San Agustin en siete concilios, que se celebraron en África, poniendo su firma en las actas de todos ellos, y cuando ocurrió su muerte se convocaba el concilio de Efeso, al cual le llamó el emperador Teodosio el Menor; mas cuando llegaron sus cartas ya el santo era difunto.

Concluyamos. Nada importa que la herejía alce su erguida cabeza, que el protestantismo presente nuevas luchas, y que el espíritu racionalista quiera echar un velo sobre la verdad católica. Agustin vive, porque viven sus escritos, y en ellos hallarán siempre los defensores del catolicismo abundante doctrina y fuerza de argumentos que oponer á la audacia de los enemigos de la Iglesia. ¿Nos perdonará el lector la digresion que hemos hecho en la *Historia de la Iglesia* para reseñar la vida de este ilustre Doctor, que con tanto valor y denuedo supo defenderla, haciendo frente á todos los errores? Creemos que sí, porque tal distincion le es merecida.

Si los reyes y gobernantes de la tierra leyeran las obras de Agustin,

aprenderian á dirigir los pueblos por el camino de la felicidad. Los trastornadores del órden público estudien su *Combate cristiano*, que escribió contra los donatistas, y en él verán señalados con exactitud los justos límites entre el sacerdocio y el imperio, y concluirán de una vez sus disputas, ó al ménos aprenderán á discutir sin lastimar la caridad. En suma, en las obras de este Santo Doctor encuentran instruccion el Pontífice, el magistrado, el hombre de cualquier estado y condicion. Pasarán los siglos, y á traves de las generaciones el nombre del grande Agustin se conservará y repetirá con gloria, pues su pluma fue el rayo exterminador que destrozó los errores de sus dias, y aun cuantas herejías puedan aparecer en los venideros tiempos.

CAPITULO XIX.

Herejes mesalianos ó euchitas.—Fin del cisma de Antioquía.—Carta de San Ambrosio á Teófilo de Alejandría.—Templo de Sérapis destruido.—Leyes contra la idolatría y la apostasía.—Muerte del jóven Valentiniano.—Victoria de Teodosio.—Desastroso fin de Eugenio y Arbogasto.—San Ambrosio escribe al emperador y este se muestra clemente.—Divide Teodosio el imperio entre sus dos hijos.—Muerte de Teodosio.

Reanudando nuestra interrumpida narracion, que dejamos al hablar del cisma de los donatistas para ocuparnos exclusivamente del gran Padre y Doctor de la Iglesia Latina San Agustin, debemos fijar nuestra atencion en unos nuevos errores que aparecieron por el mismo tiempo. Bajo el nombre de monjes se ocultaban unos herejes, llamados *mesalianos*, en lengua siriaca, y en griego *euchitas*. Más que por herejes, debian reputarse por paganos, toda vez que reconocian muchos dioses, y que con muy rara excepcion no se sujetaban á los usos de la Iglesia. Toda su religion la hacian consistir tan solamente en la oracion. La Penitencia, la Eucaristía y los demas Sacramentos eran para ellos cosas indiferentes, Acerca del orígen de esta secta no sabemos mas que lo que nos dice San Epifanio (1), el cual lo atribuye á la simplicidad grosera de algunas personas, que tomaban al pié de la letra el precepto de abandonarlo todo por seguir á Jesucristo. Así es que reprobaban el trabajo de mano, teniendo una vida ociosa y vagamunda, pidiendo limosna y viviendo mezclados hombres y mujeres, sin reparo ni pudor alguno. Estos herejes fueron condenados, primero en Antioquia por el obispo Elaviano, y despues en Iconio.

He aquí ahora de qué modo explica uno de los más eruditos historiadores el fin del cisma de Antioquia: «Continuaba, dice, no obstante el

(1) Epif., hær., 80, n.° 1.

cisma en Antioquia; ó para hablar con más propiedad, la division de los fieles en dos rebaños, cada uno con su Pastor y sumisos ambos tanto á la verdadera fe como á la autoridad de la cabeza universal de la Iglesia, de la cual no habian sido separados con excomunion. Aparece esto evidentemente del concilio general de Constantinopla, donde vimos que los Padres de los dos partidos comunicaban juntos sin ninguna dificultad. Habiendo muerto Paulino, los fieles de su partido no quisieron reconocer á Flaviano; y sólo entónces, si hemos de dar más crédito á Sócrates y Sozomeno que á Teodoreto, acusado de prevencion por Baronio, eligieron un nuevo Pastor en la persona de Evagrio, que era amigo de San Jerónimo y de una familia ilustre en Siria. Los partidarios de Flaviano clamaron diciendo, que se habian quebrantado las leyes de la union, y concordia; pero los de Evagrio contestaron que su rival no habia temido violar el juramento hecho, segun afirmaban, ántes de su eleccion, de no dar sucesor á Melecio en vida de Paulino. Aunque Flaviano tenia á su favor un concilio, recibido despues como ecuménico, no obstante, unos y otros se apoyaban sobre los defectos verdaderos ó supuestos de la ordenacion de su concurrente, mucho más que sobre la regularidad de la suya propia (1). Dice tambien Teodoreto que los occidentales, á quienes agrega á los egipcios, reconocieron á Evagrio interinamente: pero Sócrates y Sozomeno no hablan aquí ni de los de Egipto ni de los de Occidente; y San Ambrosio testifica terminantemente la neutralidad de los egipcios. En efecto, se ve que unos y otros no tenian mas objeto que la paz, á la cual esta parcialidad hubiera puesto los mayores obstáculos. En el año 391 se convocó un concilio en Capua, adonde fue citado Flaviano, y halló medio de no concurrir, con pretextos que no se tuvieron por suficientes. No obstante, los Padres del concilio, temiendo sobre todo causar un cisma y añadir la realidad á la apariencia, resolvieron no rehusar la comunion con ninguno de los orientales que profesase la fe católica, aunque los unos estuviesen por Flaviano y los otros por Evagrio (2); pero por no omitir cosa alguna que pudiese finalizar estas discusiones, sometieron su conocimiento á Teófilo, sucesor de Timoteo en la silla de Alejandría, ya fuese por la dignidad de su Iglesia, ó ya por su imparcialidad, que le hacia uno de los más propios para este arbitraje (3).

(1) Ambr., Epist. 56., n. 6.
(2) Ibid., n. 2.
(3) Ambr., Epist. 56., n. 7.

Se trataba de juzgar con los sufragáneos, pero de tal modo que su sentencia debia ser confirmada por el Pontífice de la Silla apostólica: disposiciones que admitieron todos unánimemente, porque el respeto á esta Silla estaba hondamente grabado en el espíritu de los primeros prelados, así de Oriente como de Occidente; pero Flaviano evitó el juicio de Teófilo lo mismo que el del concilio de Capua, lo cual escandelizó á algunos de los más santos y más sabios obispos, indispuso á muchos y descontentó vivamente al emperador (1).

He aquí ahora una parte de la importante carta que San Ambrosio escribió con este motivo al patriarca de Alejandría: «Nosotros creemos sin duda que es indispensable referir vuestro juicio á nuestro santo hermano el obispo de la Iglesia romana; porque presumimos que las disposiciones serán tales que no podrán desagradarle. Así conseguireis que vuestra sentencia tenga un resultado feliz; así asegurareis el reposo y la paz, pronunciando un decreto que no ocasione inquietud en vuestra comunion. Por lo que respecta á nosotros, cuando recibamos las actas de vuestra dicision, y llegue á nuestro conocimiento que la Iglesia romana ha aprobado lo que se haya hecho, recogeremos con alegría los frutos de vuestros trabajos (2).»

El papa juzgó como San Ambrosio á Flaviano y escribió al emperador para que redujese á este obispo á fin de que prestare docilidad. La muerte de Evagrio produjo la decision de este asunto, pues aunque los de su partido no reconocieron á Flaviano, este hizo que no se nombrase nuevo obispo.

Un nuevo conflicto vino por este tiempo á afligir al Egipto, y por cierto que produjo nuevos mártires al cielo. El patriarca de Alejandría hizo pasear públicamente, para confusion y vergüenza de los idólatras, algunas figuras infames que se encontraron en ciertos subterráneos donde sólo entraban los iniciados. Si era allí grande el número de los fieles, no era pequeño el de los idólatras. Estos se irritaron sobremanera por la disposicion dictada por el patriarca, y queriendo tomar venganza se levantaron contra los fieles, sacrificando un gran número de ellos. No satisfechos con esto se retiraron al templo de Sérapis, haciendo de él un fuerte; desde allí salian para sorprender á los cristianos que encontraban, á los cuales conducian á aquel lugar, crucificando y dando otros tormentos á cuál más crueles á los que se negaban á sacrificar.

(1) Berault-Bercastel.—Lib. X, n. 91.
(2) Traduccion de Berault-Bercastel.

De este templo de Sérapis, el más famoso que tuvo el paganismo, se ocupa un autor de gran reputacion (1). Segun sus noticias estaba situado sobre un terraplen, y á él se subia por una gradería de más de cien escalones. Todo el templo era de mármol blanco y estaba sostenido por soberbias columnas de jaspe y de pórfido. Todo el estaba en su interior revestido de planchas de cobre, y aun se dice que debajo habia otras de plata. Era la figura del dios Sérapis, ridícula deidad que ocupaba tan hermoso palacio, la de un hombre venerable de luenga barba, y de estatura tan gigantesca que con sus dos manos tocaba las dos paredes colaterales del templo. Inmediato al ídolo se veia otra figura monstruosa con tres cabezas, una de leon, que era la del centro, otra de un perro y la tercera de un lobo. El tronco comun de estos tres animales era cubierto por un dragon de grandes dimensiones, que reposaba su cabeza en la mano del ídolo. Todas estas figuras estaban cubiertas de piedras preciosas.

Era tradicion constante, y muy creida entre los egipcios, que el dia que una mano atrevida tocase al ídolo del gran Sérapis el mundo seria en el instante destruido, y todo volveria al antiguo caos. Empero se acercaba la hora en la que el ídolo y el templo serian destruidos, sin que el cielo ni la tierra mostrasen el menor sentimiento, de lo que habian de resultar muchas conversiones de las idolatrías, que necesariamente se convencerian de su error y abririan sus ojos á la clara y refulgente luz de la verdad. El emperador Teodosio, al que habia consultado el prefecto del Egipto en tanto que tenia bloqueado el templo, ordenó que él y el ídolo fuesen destruidos, pero advirtiendo que no derramasen sangre alguna de los rebeldes. Un soldado tomó el hacha y descargó un fuerte golpe en la mandíbula del corpulento dios. Un grito de terror resonó en el templo, pues que todos creyeron que era llegada la hora postrera del mundo, pero el mundo siguió en el mismo estado. Un segundo golpe dado en una rodilla hizo venir el ídolo á tierra, haciéndose mil pedazos, y de su cabeza salieron una multitud de ratones, lo que causó una gran hilaridad en los circunstantes, que convirtieron en desprecio su antigua veneracion. En cumplimiento de la órden expresa del emperador se dió principio en seguida á la demolicion del templo, lo que se llevó á cabo en poco tiempo, y sobre sus ruinas se edificaron despues dos Iglesias, una de las cuales se dedicó á San Juan Bautista, y adonde se depositaron

---

(1) Rufin., lib. 2, hinst. cap. 23.

las reliquias del santo Precursor de Jesucristo, que San Atanasio habia ocultado en el hueco de una pared cuando la persecucion de Juliano el apóstata.

Publicóse una ley en virtud de la cual se prohibia el sacrificar á los ídolos, ni tributar culto alguno á los falsos dioses. Asimismo se publicó otra contra los apóstatas que profanasen el bautismo volviéndose de nuevo al paganismo. Estos tales quedaban privados de todo empleo, dignidad, y aun de los derechos de ciudadanía.

Arbogasto, que como dijimos en el capítulo XVI, fue el asesino del jóven Valentiniano, no se atrevió á ocupar su trono, pero colocó en él á Eugenio, que era un profesor de bellas letras, sin otro mérito que le hiciera acreedor á aquella dignidad. Apénas, pues, Eugenio se vió en el trono, envió á Teodosio una embajada, queriendo tratar con él como de igual á igual. El emperador se irritó sobremanera, y preparándose para la guerra, no obstante que los enemigos contaban con numerosas fuerzas, se propuso hacerse dueño de todo el imperio. Un célebre anacoreta, San Juan de Egipto, anunció á Teodosio que conseguiria la victoria contra su rival, que este moriria, pero que poco despues moriria él tambien, dejando á su hijo segundo el imperio de Occidente, quedando el de Oriente para el primero.

No nos detendremos en exponer detalles de esta guerra, y sí diremos que Eugenio era cristiano y Arbogasto pagano. Cuando más formidables y numerosas se presentaban las tropas enemigas, Teodosio se apeó de su caballo, y marchando á pié, á la cabeza de sus tropas, exclamaba: *¿dónde está el Dios Todopoderoso?* Voz que de línea en línea iba repitiéndose por los soldados.

De repente se levantó un fuerte viento que, dando de cara á los enemigos, los cegaba, haciéndoles caer las armas de las manos, y siendo al mismo tiempo favorable á las tropas de Teodosio, pues que dándoles de espalda, les empujaba contra los enemigos, doblando la fuerza de sus flechas. Muchos escritores religiosos han querido ver en esto un milagro, y aun el poeta Claudiano, no obstante ser gentil, dice que el cielo estuvo de parte de Teodosio. Los soldados de Eugenio corrieron al emperador Teodosio, el cual les concedió gracia con la condicion de que le presentasen su rival. Así lo hicieron, y cuando Teodosio le reprendia por la muerte de Valentiniano él cayó en tierra, pidiéndole gracia por la vida, pero un soldado le cortó allí mismo la cabeza. Arbogasto, que habia huido cobardemente á los montes, como viese á los dos dias que le

era imposible dejar de caer en manos de las tropas de Teodosio, se atravesó el cuerpo con su espada.

Poco despues San Ambrosio escribió al emperador para obtener el perdon de los hijos de Eugenio, lo que alcanzó al punto, y llevando aun más léjos su bondad, Teodosio les concedió empleos importantes.

Teniendo presente el Emperador el vaticinio de San Juan de Egipto, de su próxima muerte, arregló todas las cosas pertenecientes al imperio, y este lo repartió entre sus hijos, quedando en el Oriente con Rufino, que debia ayudarle en el gobierno, y dando á Honorio el Occidente, es decir, la Italia, la España, las Galias, las Islas Británicas, el Africa y la Iliria occidental, eligiendo para regente de este punto del imperio, durante la menor edad de su hijo segundo, á Stilicon, al que profesaba una cordial amistad, y en quien reconocia las más bellas prendas.

Dedicóse el emperador Teodosio á consolidar el bien del Estado y de la Religion, esperando con tranquilidad cristiana el cumplimiento de la profecía de su próxima muerte. De resulta de la fatiga de la última guerra le atacó una hidropesía, y comprendiendo que esta enfermedad le llevaria al sepulcro, se propuso arreglar todo lo concerniente al imperio. Dispuso el enlace de la hija de Stilicon con el jóven emperador Honorio; señaló los límites del dominio respectivo de ambos augustos, é hizo su testamento, en el cual les da los más saludables consejos, recordándoles las ideas que siempre habia procurado inculcarles, para que fuesen temerosos de Dios y procurasen el bien del Estado y el esplendor de la Religion. Les advertia que la verdadera grandeza más que en la sangre consistia en el corazon, y que para gobernar y mandar á los hombres era primero necesario ser obedientes á Dios. Hallábase presente San Ambrosio cuando Teodosio exhortaba á sus hijos de un modo tan piadoso, y dice que volviéndose á él le dijo: «Estas son las verdades que me habeis enseñado, y que la experiencia me ha hecho guardar preciosamente; y os encargo encarecidamente que instruyais á los hijos como habeis instruido al padre.» La contestacion del Santo Arzobispo fue de este modo: «Señor, espero que Dios les dará como á vos un espíritu recto y un corazon docil: con estas condiciones recibo gustoso el cargo que me imponeis, y os respondo no sólo de la instruccion de estos queridos hijos, sino tambien de su salvacion.»

Queriendo el gran emperador ser benéfico con sus vasallos hasta el último momento de su vida, mandó extender cartas de gracia, por las cuales otorgaba el perdon á todos aquellos que habian tomado las armas

contra él, y otras disminuyendo los impuestos. El que iba á presentarse ante el tribunal de Dios quiso hacerse acreedor á su misericordia infinita, y prepararse para el perdon, perdonando. Merced á la enseñanza de San Ambrosio comprendia suficientemente el espíritu del cristianismo.

En suma, preparado de tal modo, espiró en Milan el dia 17 de Enero del año 395, despues de un reinado de diez y seis años, contando cincuenta de edad. A los cuarenta dias de su muerte tuvieron lugar sus funerales, en los que San Ambrosio pronunció una excelente oracion fúnebre, en la cual habla de su piedad, de la clemencia que habia usado para con todos y principalmente de su penitencia, con la cual lavó la mancha de su caida.

Nádie duda que el emperador Teodosio se hizo acreedor á los elogios del mundo, por haber sido un príncipe modelo, benéfico en harto grado para sus vasallos, que miró por el engrandecimiento del imperio y por el mayor lustre y esplendor de la Religion. En esto convienen todos los escritores, no sólo cristianos sino aun gentiles, siendo Zósimo el único que le atribuye vicios infames, acusándole de haber sido voluptuoso y amante del dinero. Pero este pagano fue seducido por su falsa religion, y habló lo que no sentia ni podia sentir. Símaco era tambien pagano, contemporáneo del emperador, y sin embargo que tuvo contra él motivos de descontento le colma de elogios, celebrando su desinterés, en una carta escrita á otro pagano (1). El sofista Temistio tambien ensalza á Teodosio sobre los hombres más insignes de toda la antigüedad (2).

En suma, todos los escritores convienen en que sus cualidades eran las más excelentes, y que se hizo amar de sus vasallos. Para comprender hasta dónde llegó su pudor basta decir que por medio de una ley dispuso que fuesen excluidos de los bailes todos aquellos que se presentasen á ellos de un modo inmodesto. Verdad es que era propenso á la ira, pero con facilidad se templaba, encontrándose dispuesto á perdonar; y nádie niega que reunió en su persona las virtudes políticas, militares y religiosas, siendo en el interior de su familia tambien excelente como buen padre, fiel esposo y buen amigo. Despues de Teodosio ningun otro emperador poseyó toda la extension de la dominacion romana en Oriente y Occidente, que quedaron separados para no volverse á unir.

(1) Sim., 11, ep. 13.
(2) Tem. Orat. 15 et 29.

La España puede gloriarse en verdad por haber producido dos varones tan eminentes como San Dámaso y Teodosio. Las disposiciones religiosas de este llevan siempre implícitamente la aquiescencia del papa San Dámaso, dice el señor La Fuente. A los esfuerzos de ambos se debió el que la Iglesia se elevase á un alto grado de esplendor, y el que entre ella y el Estado hubiese íntimas relaciones. Comprendiendo ambos sus grandes deberes supieron llenarlos cumplidamente para honra de Dios y bien de su Iglesia.

CAPITULO XX.

Particion del imperio.—Catálogo de los autores eclesiásticos por San Jerónimo y sus libros contra Joviano.—San Paulino, obispo de Nola.—Retiro al desierto de San Arsenio.—Su vida en la soledad.—Solitarios de Egipto y de Ojirinco.—Discípulos de San Pacomio en la alta Tebaida.—Últimos hechos de San Ambrosio.—Muerte de San Ambrosio.—Sus funerales.

Cumplióse la voluntad de Teodosio y cada uno de sus hijos tomó posesion de la parte del imperio que le pertenecia. Arcadio tenia tan sólo diez y ocho años de edad, y Honorio solamente diez. El primero se quedó con el Oriente, y al segundo fue dado el Occidente. Estos jóvenes emperadores, ó los que durante su menor edad gobernaban en su nombre, siguieron fielmente el ejemplo del gran Teodosio, demostrando un gran celo por la Religion; sucesivamente dieron varias leyes que fueron confirmacion, de las que habia dado su padre en favor de la Iglesia y contra la idolatría. Sin embargo, esperaban nuevas pruebas á la Esposa inmaculada del Cordero, pues que la herejía habia de presentar nuevas batallas. A los errores de los donatistas habian de seguir los de Pelagio, no ménos funestos que aquellos. Empero reservándonos hablar de esta nueva herejía en la historia del siglo v, toda vez que apareció por los años de 412, nos ocuparemos al presente de los demas acontecimientos que tuvieron lugar hasta la terminacion de siglo iv.

Por este tiempo, es decir, cuando el imperio fue dividido á causa de la muerte de Teodosio, empezó á darse á conocer el gran Doctor San Agustin, cuya biografía hemos reseñado, y en ella hablamos detenidamente sobre sus obras, monumentos cristianos que vienen atravesando los siglos, y que serán siempre consultadas por los hombres entendidos. Agustin hizo una gran amistad con San Jerónimo, y estos dos grandes

hombres emplearon en la defensa de la Iglesia y en combatir las herejías la sabiduría con que el cielo los habia adornado. San Jerónimo al tiempo de conocer á Agustin, concluia su catálogo de los autores eclesiásticos, con el objeto de demostrar los muchos santos y sabios que desde el establecimiento de la Religion habian empleado su pluma en la defensa de la Iglesia. En este catálogo llega hasta sus mismas obras, de las cuales las últimas que menciona son los libros contra Joviano, con su apología dirigida á Pamaquio.

San Paulino, que despues fue obispo de Nola, fue tambien un gran amigo de San Agustin. Era San Paulino perteneciente á una familia noble y distinguida, y poseia una fortuna considerable; empero, empapado en el espíritu del Evangelio, empleaba sus bienes en el culto de Dios y el socorro de los pobres, de tal modo que, como dice un escritor, siendo uno de los más poderosos patricios de Roma se hizo un pobre de Jesucristo. Estaba adornado de buen talento, y el mismo San Jerónimo elogia el panegírico que habia hecho del emperador Teodosio. Llegó Paulino hasta el cargo de cónsul, y su esposa Teresa, ó Terasa, era mujer de grandes virtudes y de iguales sentimientos que su marido. Vivian pues en santa paz, y tan solamente pedian al cielo que les concediese hijos que pudiesen heredar su fortuna. Dios quiso otorgarles esta gracia dándoles un niño, pero se lo llevó para sí á los pocos dias de nacido. Habla de esto San Ildefonso, y dice que el niño de Paulino murió en Alcalá de Henares, adonde habian ido sus padres á visitar los cuerpos de los santos mártires Justo y Pastor, que poco ántes habian sido descubiertos por revelacion del cielo, y expuestos á la pública veneracion por Asturio, arzobispo de Toledo, siendo tantos los milagros que Dios obraba por intercesion de aquellos santos niños, que el mismo Asturio, atraido por ellos renunció la silla de Toledo y fijó su residencia en Alcalá, consagrando el resto de sus dias á honrar aquellas preciosas reliquias. La piedad que distinguia á ambos consortes, Paulino y Teresa, hizo que de comun acuerdo renunciasen al mundo, consagrándose enteramente al servicio de Dios, mirándose desde aquel punto más como hermanos que como esposos. Acerca de la mujer de Paulino se expresa el P. Florez de este modo: «Muratori ofrece el pensamiento de que fuese natural de Alcalá de Henares, porque allí nació el hijo, que subió al cielo á los ocho dias, mereciendo esta ilustre española tener por panegiristas á los doctores de la Iglesia Ambrosio, Agustin y Jerónimo.

Grande era la nombradía que por sus virtudes habia adquirido Paulino,

y esto de tal modo que hallándose en Barcelona, tal vez de regreso á Italia despues que en Alcalá de Henares hubo perdido á su hijo, el pueblo con un movimiento de veneracion le cogió, obligándole á que se hiciese sacerdote, para lo cual le presentaron al obispo de dicha ciudad, que segun el P. Florez era Lampio, sucesor de San Paciano. Paulino tenia determinado pasar el resto de sus dias en Nola, que era una ciudad de Italia donde estaba el sepulcro de San Félix, y así hizo la mayor resistencia, pero al fin hubo de acceder con la condicion de que no le fijasen Iglesia. Dícese que recibió la ordenacion sacerdotal sin haber pasado por las órdenes inferiores, por lo que se añade que el Papa y el clero romano no le hicieron la mejor acogida. Sea de esto lo que quiera, ello es que Paulino se retiró segun tenia determinado á Nola, donde edificó fuera de la ciudad una pequeña habitacion en la que vivia, como igualmente su esposa, cerca del sepulcro de San Félix, pasando una vida toda entregada á los ejercicios de piedad. En aquel retiro compuso el santo varios poemas en honra de San Félix, al que tanta devocion profesaba. Despues llegó á ser con júbilo general obispo de Nola, y la Iglesia le numera entre los santos.

Por aquel mismo tiempo se hizo tambien notable Arsenio, que habiendo ocupado los puestos más distinguidos del Estado, vino á sepultarse en un desierto, para entregarse á la contemplacion de las cosas del cielo y á la práctica de la penitencia. Era romano de nacion, y el Sumo Pontífice le habia enviado al emperador Teodosio para que fuese maestro y ayo de los príncipes sus hijos. Hízose Arsenio diácono, y el emperador quiso distinguirle haciendo que al título de preceptor de sus hijos añadiese el de padrino. Uno de los príncipes, el mayor, llamado Arcadio, hizo pocos adelantos, porque era de una complexion débil, y no manifestaba disposiciones para lo bueno, aunque tampoco manifestaba propension al vicio. Un dia Arsenio le reprendió, y el príncipe creyéndose humillado tomó odio contra su preceptor y resolvió su muerte. Súpolo Arsenio, y como mirase con tédio los honores creyó encontrar una ocasion oportuna para huir de ellos, y embarcándose secretamente para Alejandría, pasó desde allí a desierto de Esceta y abrazó con el mayor consuelo de su alma la vida eremítica. Por mucho tiempo se ignoró el lugar de su retiro, hasta que despues de la muerte de Teodosio lo supo Arcadio, é inmediatamente le escribió pidiéndole que le perdonase del mal designio que habia formado contra él, encomendándose al mismo tiempo á sus oraciones. Queriéndole dar una prueba del aprecio que profesaba á sus reconocidas vir

tudes, decíale tambien que dispusiese de todos los tributos del Egipto para atender con ellos á los monasterios y al sustento de los pobres. Arsenio habia muerto para el mundo, y no queria más relaciones que con Dios. No contestó por escrito al emperador, sino que le mandó decir que rogaba al Señor que á ambos perdonase sus pecados, y que por lo que hacia á negocios temporales habia muerto para el mundo, y no podia por esta causa complacerle.

Abstraido en su soledad Arsenio de todas las cosas de la tierra, y su imaginacion fija tan sólo en las del cielo, llegó hasta la avanzada edad de noventa y cinco años, en la que murió despues de haber permanecido cincuenta y cinco en el retiro, pues que tenia tan sólo cuarenta cuando abandonó las grandezas de la corte. Era tal su pobreza que no habia monje alguno que le igualase, y en una ocasion que se hallaba enfermo, necesitando un lienzo con que cubrirse, le dieron de limosna para que le comprase. Glorióse el santo eremita en ello, de tal modo que no pudo ménos de exclamar: «Bendito seais, Dios mio, hecho pobre por nosotros, por haberme admitido á la participacion de vuestra gloriosa pobreza.» Su ocupacion hasta el mediodia era hacer esteras de palma, pasando el resto del tiempo y principalmente las noches en el ejercicio de la oracion, sin concederle á su cuerpo sino unos momentos de descanso, y aun esto quejándose de la debilidad de la humana naturaleza. Su alimento era el más frugal, y no salia de su pequeña celdilla á ménos que la necesidad le obligase á ello. El patriarca de Alejandría, que tenia conocimiento de sus bellas prendas y grande austeridad y virtudes, fué á buscarle un dia acompañado de uno de los principales magistrados para suplicarle se dejase ver y le admitiese en sus conversaciones. «¿Y observareis, dijo Arsenio, lo que yo os diga?» Así se lo prometió el patriarca, y él le dijo: «Pues retiraos y olvidad para siempre la habitacion del pecador Arsenio.» Es notable y merece consignarse el hecho siguiente: La austeridad en que vivia hizo que algunos otros solitarios le preguntasen la causa de tan rigoroso retiro, á lo que él contestó de esta manera: «Miéntras tanto una doncella permanece encerrada en la casa paterna todos hablan bien de ella y le demuestran estimacion y aprecio, buscándola con cuidado; pero desde que vive en el mundo cada uno la juzga segun su manera, y es cosa muy rara el que no pierda algo de su buena opinion. Así el solitario que se comunica, léjos de edificar á las personas del mundo, se pierde muchas veces con ellas.»

Aquel desierto estaba poblado de solitarios que edificaban con su con-

ducta y modo de vivir. Vamos á aprovecharnos de las investigaciones hechas sobre ellos por un célebre escritor: «El pan y agua eran su alimento ordinario: despues de largas experiencias le habian preferido al de las legumbres y frutos que comian ántes sin pan. El suyo era bizcocho, es decir, pan dos veces cocido; no lo que comunmente suele llamarse bizcocho, y que se hace con harina, huevos y azúcar; y cada dia consumian sólo una libra romana, es decir, doce onzas en dos pequeños panes iguales, uno de los cuales comian á nona, ó á las tres, y el otro por la noche. Los dias que no eran de ayuno, como los domingos, y en tiempo pascual, hacian la primera comida á mediodía, pero sin exceder jamás la medida de pan prescripta para cada dia. En ciertas solemnidades, ó al recibir huéspedes, añadian al pan lo que llamaban regalos; pero he aquí en lo que consistian, segun refiere el abad Casiano, que habia recorrido todas estas escuelas evangélicas ántes de establecerlas á su imitacion en las Galias. Refiere que hallándose en la laura de las celdas, entre Nitria y Esceta, el abad Sereno, alabado por su pureza angelical, le convidó un domingo con los hermanos, y le dió una salsa con un poco de sal y aceite frito, tres aceitunas á cada uno, cinco garbanzos, dos ciruelas y un higo. Observa, no obstante, que no se prescribian las mismas austeridades á todos, sino que se atendia con prudencia á la edad, al sexo y á la fuerza de cada uno, y aun se reprobaba la abstinencia de todo alimento durante dos ó tres dias.

«Tampoco aprobaban entre ellos el uso del cilicio, porque era extraordinario, y evitaban cuidadosamente todo lo que tenia visos de singularidad y afectacion. Su vestido ordinario consistia en una túnica de lino con una pequeña capilla que bajaba hasta los hombros, y no lo dejaban ni de dia ni de noche. La túnica no pasaba de las rodillas sino un poco, y las mangas no excedian de los codos, para dejar más facilidad para el trabajo. Era ancha, y para ajustársela usaban del ceñidor ó de un cordon de lana, que desde el cuello pasaba por debajo del manto ó capa, ataba las dos extremidades y dejaba entera libertad á los brazos. Sobre la túnica, á excepcion de las horas de trabajo, llevaban un manto tambien de lino que cubria el cuello y las espaldas, y sobre el manto la piel de carnero, llamada melota. Aunque andaban cási siempre descalzos, se ponian algunas veces una especie de botines para librarse de las arenas abrasadas en los dias del estío, y de los frios excesivos de las mañanas del invierno, y caminaban con un báculo en la mano.

«La misma simplicidad reinaba en su oficio ó en la oracion comun

que hacian dos veces, la primera por la tarde y la segunda por la noche, rezando doce salmos en cada una: observancia que respetaban como recibida de un ángel que, segun la tradicion de sus antepasados, vino á cantar este número de salmos en medio de ellos, con una oracion despues de cada uno de los once primeros y alleluya al fin del doce. A estos añadieron dos lecciones para los que deseaban aprender la Escritura, una del antiguo y otra del nuevo Testamento, á excepcion del sábado, domingo y tiempo pascual, en que las dos eran del nuevo Testamento; la primera de las Epístolas ó hechos de los Apóstoles, y la segunda del Evangelio. Despues de cada salmo meditaban algunos momentos de pié y con las manos extendidas para no dejarse dominar por el sueño se postraban y se levantaban inmediatamente, segun los movimientos del que presidia la oracion. No se oia allí sino la voz del cantor que pronunciaba el salmo, ó del sacerdote que decia la oracion. El que cantaba estaba de pié, y todos los demas sentados, á causa de sus ayunos y trabajos contínuos. Dividian los salmos cuando eran largos, porque no atendian á rezar muchos sino á rezarlos bien. No tenian ni campanas ni relojes; el que cuidaba de despertar á los demas para los oficios de la noche, observaba las horas por las estrellas, siempre visibles en el cielo del Egipto, y despues anunciaba la oracion con un caracol ó concha á manera de trompa.

«Todos los muebles de sus celdillas consistian en una estera para acostarse, y un paquete de hojas grandes que les servia de almohada por la noche, y de silla por el dia en la Iglesia y en la celda. No tenian oracion comun durante el dia sino el sábado y el domingo, á causa de la comunion, que se hacia á la hora de tercia, es decir, á las nueve de la mañana: los demas dias permanecian solos orando y trabajando sin cesar aun por la noche, cuando estaban despiertos, habiendo conocido estos grandes maestros de la vida interior, que léjos de distraernos, ninguna cosa es más propia que el trabajo para fijar nuestros pensamientos: pero escogian obras sedentarias y fáciles, como tejer esteras y hacer cestas. Así no sólo proveian á su subsistencia sin ser gravosos á nádie, sino que se ponian en estado de ejercitar la hospitalidad, y aun de distribuir limosnas copiosas en las aldeas y en las ciudades. Estaba prohibido que los hermanos recibiesen cosa alguna de nádie para su subsistencia; y si hallamos ejemplos de las liberalidades hechas en su favor, sólo se deben entender de los casos de necesidad que dispensaban de la regla general.

«En diferentes partes de Egipto habia un número cási infinito de cenobitas y anacoretas; pero sobretodo en la Tebaida inferior y en las extremidades septentrionales del mar Rojo por el lado de la Palestina, en la ribera oriental del Nilo, cerca de la ciudad de Hermópolis, donde se creia que el Niño Jesus habia llegado huyendo del furor de Heródes. Contábanse cerca de quinientos solitarios sólo en el lugar llamado Matarea. Iban estos siempre con sus vestidos muy blancos, observaban la mayor limpieza y practicaban la comunion cotidiana. En la otra parte del rio el santo abad Póstumo gobernaba hasta cinco mil, todos herederos y religiosos observadores de la regla de San Antonio. Pero la gran maravilla de la vida ascética en la Tebaida inferior era la ciudad de Ojirinco, en donde habia más terreno ocupado por los monasterios que por las demas casas, y muchos más monjes que ciudadanos. De dia y de noche se oian resonar por todas partes las alabanzas divinas en esta ciudad, que era muy considerable. Habitaban en ella veinte mil vírgenes y diez mil monjes; por mucho tiempo no habitó en ella hereje ni pagano, sino que todos eran cristianos católicos y dignos de su creencia. Habia allí por autoridad pública centinelas á las puertas para reconocer á los pobres y los huéspedes, disputándose despues quién seria el primero en hospedarlos, en tenerlos más tiempo y en ejercer con ellos la caridad más tierna (1).»

Tales son las noticias que de los solitarios del Egipto y de Ojirinco nos da el autor citado, suficientes para ilustrar esta materia, de suyo importante. En cuanto á los discípulos de San Pacomio que poblaban la alta Tebaida llegaban, segun el testimonio de San Agustin, hasta el número de cincuenta mil. Separado de Tabena por el Nilo, estaba el monasterio de la hermana de San Pacomio, en el que habia hasta cuatrocientas vírgenes.

Una de las grandes lumbreras de la Iglesia, San Ambrosio, que por espacio de más de veinte años habia trabajado con celo infatigable en la silla arzobispal de Milan, no contaba más que cincuenta y cinco de edad, pero cuando se hallaba cercano al sepulcro parece que Dios le aumentaba las fuerzas y el celo para que siguiese siendo campeon denodado de la Iglesia. Dirimió muchas contiendas, dió muchas disposiciones encaminadas á conservar la paz entre sus diocesanos, y aseguró en cuanto le

---

(1) Berault-Bercastel. Tomo I, n. 13 y 14.

fue posible los intereses de la Iglesia que le estaba encomendada. Así se preparaba para el viaje de la eternidad.

Este no se hizo esperar. Cayó gravemente enfermo y permaneció por espacio de muchos dias en el lecho. Sus mejores amigos le rodearon, y viendo que su muerte era una verdadera desgracia para el imperio le suplicaron que obtuviese del Señor el que por algun tiempo más le conservase la vida. «No deseo vivir, respondió el santo, ni temo morir; mi vida y mi muerte están en manos del Señor; disponga lo que sea más de su agrado segun su misericordia.» La enfermedad era mortal, y todos veian que la muerte se acercaba por momentos. En otra pieza diferente de aquella en que estaba el enfermo conferenciaban sus diáconos sobre el sucesor que se podria dar, pero hablaban tan bajo que apénas se oian; esto no obstante, como nombrasen á Simpliciano, San Ambrosio alzando la voz respondió como si estuviese tomando parte en la conversacion: *Es viejo, pero es bueno.* Ellos quedaron sorprendidos y se retiraron, siendo en efecto Simpliciano su sucesor en aquella silla. Tuvo el consuelo de ser visitado en sus últimos dias por el mismo Jesucristo, y por fin en el momento de recibir la Sagrada Eucaristía entregó su espíritu en manos del Criador.

Quiso Dios manifestar con claras señales toda la gloria de este su fiel y prudente siervo, que durante su pontificado habia trabajado con tanto celo á favor de la santa Iglesia. Aparecióse en el mismo dia de su muerte en el Oriente á varias personas virtuosas. Su cuerpo fue llevado á la Iglesia, donde estuvo expuesto dos dias, y el último de ellos se administró el bautismo solemne (1), siendo notable que muchos niños, que acababan de recobrar la inocencia por el santo Sacramento, apénas salian de la pila veian al santo obispo, y le señalaban ya en medio de la Iglesia, ya en la cátedra episcopal, esforzándose aunque en vano porque le viesen los padres. Tan solamente á los inocentes fue concedido aquel privilegio. Tal era la reputacion de santidad que gozaba el ilustre Prelado, que una multitud, no solamente de cristianos sino hasta de judíos y paganos, se disputaban la dicha de tocar pañuelos á su cuerpo difunto, con los cuales se obraron despues muchas curaciones, siendo celebrados sus funerales con la mayor pompa y una concurrencia numerosísima. La Iglesia conservará siempre en sus fastos el nombre de este insigne Obispo, que fue una columna firme del catolicismo. El recuerdo de los grandes héroes

(1) Pág. an. 397, n. 49.

de la Religion pasma la orgullosa y necia sabiduría del siglo, que sólo sabe encomiar aquellos hombres cuya memoria pereció con el ruido mismo de sus empresas. Los sabios y los conquistadores, los grandes y poderosos, desaparecen á la presencia de los que no fueron deslumbrados por el falso brillo de los honores ni constituyeron en ellos su esperanza; de estos hombres, en suma, admirables, que no acercando jamás á sus labios la copa de los placeres, emplearon su vida en procurar la gloria de Dios y el bien de sus semejantes.

CAPITULO XXI.

Muerte del Papa San Siricio.—San Anastasio I sucede á Siricio.—San Juan Crisóstomo es elevado á la silla de Constantinopla.—Apuntes biográficos de este santo Doctor.—Herejes de Constantinopla.—Leyes contra los sectarios.—Conferencias de San Agustin con los donatistas.—Concilios africanos.

Todos los grandes acontecimientos que acabamos de narrar tuvieron lugar durante el Pontificado de San Siricio, el cual despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de catorce años murió el de 398 á los 74 de edad, siendo enterrado en el cementerio de la via Salaria, desde donde fue trasladado por Pascual I á la Iglesia de Santa Praxedes. A fin del mismo año 398 fue nombrado por sucesor de San Siricio

San Anastasio I, romano, hijo de Máximo, varon de grandes virtudes y al que San Jerónimo califica de *riquísima pobreza y solicitud apostólica*. Hablando Inocencio I de este Santo Pontífice, dice que gobernó la Iglesia con ejemplar pureza de costumbres, abundante copia de doctrina y extremado rigor en materias que se relacionasen con el ejercicio de la autoridad eclesiástica.

Por este mismo tiempo fue elevado á la silla de Constantinopla, ciudad imperial de Oriente, San Juan, llamado por su grande elocuencia Crisóstomo, que quiere decir *boca de oro*. Daremos aquí por la importancia del sujeto algunos breves apuntes biográficos. Fue hijo de padres gentiles, pero Melecio, obispo de Antioquía, su patria, le ganó para Cristo, convirtiéndole á la fe, y juzgando que por sus bellas prendas, claro y despejado ingenio, seria valeroso capitan de la milicia cristiana. Sus padres se convirtieron tambien por él. Comprendiendo perfectamente y con prontitud el espíritu del Evangelio, era humildísimo y huia de todo aquello que era vanidad. Siendo todavía jóven perdió á su padre, y desde entónces

la madre, que determinó guardar continencia vidual y dedicarse á la educacion de su hijo para que fuese despues el báculo de su vejez, le aplicó á los estudios. Hizo Juan rápidos adelantos aprendiendo con perfeccion la gramática y retórica, la dialéctica, la filosofía y las matemáticas, teniendo por maestros á Libanio y Audragario, varones muy estimados por su ciencia. Envióle despues á la universidad de Aténas, para que siguiese los estudios bajo la direccion de los excelentes maestros de aquella escuela. Tales fueron allí sus adelantos que empezó á resplandecer con notable ejemplo de modestia y fama de sabiduría, no solamente en Aténas, sino aun por toda la Grecia, siendo celebrado su nombre por todos los sabios de aquel tiempo, de tal modo que, como hubiese de hacer el rector de la universidad una oracion pública, convidó á todos los oradores y hombres célebres de Aténas, y entre ellos á Juan Crisóstomo, al cual para distinguirle le envió su propio coche. Crisóstomo no quiso usar de él, y fué por sus piés á la universidad, donde fue recibido con las mayores muestras de respeto, pues que al presentarse todos se levantaron ofreciéndole el primer lugar, distincion que se acostumbraba hacer tan solamente con aquellos varones que más se señalaban por su sabiduría. Un famoso orador llamado Artemio, que se hallaba entre ellos, llevó muy á mal la distincion hecha con Crisóstomo, tan sólo porque era jóven, y manifestó públicamente su desagrado diciendo que no era acreedor á tales muestras de afecto respetuoso, no sólo por ser mozo, sino á más extranjero y cristiano. Tomó la defensa del santo jóven el rector, haciendo ver que era digno de aquellos respetos por su sabiduría y modestia y por ser bien nacido, por lo que no se le podia hacer ninguna honra que no mereciese otra mayor. Léjos de irritarse el Crisóstomo por las palabras de Artemio respondió con tranquilidad, diciendo á su adversario que el demasiado apetito de la honra era indigno de un hombre filósofo, y que léjos de ser de provecho era de mucho daño. En cuanto á la tacha que le habia puesto de ser cristiano, dijo que era su mayor honra, que él no adoraba á los ídolos, ni conocia á otro Dios sino á Jesucristo, al cual con el Padre Eterno y el Espíritu Santo los cristianos conocian y adoraban por un solo y verdadero Dios; y que este Dios habia criado el cielo y la tierra, y gobernaba el mundo con mudanzas y variedad de tiempos, y enviaba la lluvia y la serenidad, para que la tierra produjera los mantenimientos necesarios á la vida de los hombres y los sustentase. A lo que respondió Artemio: «No hace esto vuestro Cristo, sino los elementos y el movimiento de los cielos gobernado por

la providencia de los dioses.» Apénas habia pronunciado estas palabras, cuando comenzó á revolcarse presa de los más crueles dolores, con admiracion y espanto de cuantos presente se hallaban. De este modo aquel gentil abrió los ojos del alma reconociendo la verdad, con lo que recobró al mismo tiempo la salud del cuerpo: y no solamente él se hizo cristiano sino que tambien á su ejemplo abrazaron la santa fe de Cristo otros muchos que se dispusieron para recibir el bautismo. Tuvo conocimiento de este suceso el obispo de Aténas, y manifestó al Crisóstomo su deseo de que se hiciese clérigo, para que le sucediese en el obispado. No quiso por entónces acceder á tal demanda y se volvió á Antioquía, donde se dedicó á impulsos de su caridad á defender las causas de los pobres.

En tan caritativa ocupacion se ejercitaba, y en las prácticas de piedad, cuando conociendo la vanidad del siglo, y los peligros que el mundo presenta para malograr la salvacion, determinó abandonar el mundo y retirarse á un monasterio. El conocimiento de esta determinacion causó viva afliccion en su madre, la cual se valió de las más sentidas palabras para disuadirle de su propósito, haciéndole presente los muchos trabajos que habia padecido hasta la muerte de su esposo, concluyendo su maternal amonestacion de este modo: «He procurado conservar tu hacienda entera y ponerte en el estado en que estás. No te digo esto para encarecer lo que he hecho por ti, sino para rogarte que en recompensa de ello no me dejes ni me hagas viuda segunda vez. Yo ya estoy en la ancianidad; aguarda un poco, que no puede ser mucho lo que puedo vivir, y despues que vieres cerrados mis ojos y hubieres dado sepultura á mi cuerpo, entónces podrás hacer libremente lo que te estuviere bien, que yo no te lo estorbo; mas ahora no quiero que te apartes de mí, ni que ofendas á Dios abandonándome, pues yo jamás te ofendí, ántes de dia no pienso y de noche no sueño sino en tu acrecentamiento y felicidad.»

Crisóstomo, que amaba tiernamente á su madre, se enterneció al oir su razonamiento, y si no desistió de su propósito al ménos lo aplazó para ir disponiendo las cosas de modo que no experimentase aquella anciana tan vehemente pesar.

Así, pues, dejó pasar algun tiempo, pero al fin se resolvió, y siendo más poderoso en él el amor de Dios que el de su madre, lo abandonó todo, y con el mayor fervor tomó el hábito de monje en un monasterio donde se vivia con la mayor aspereza. Cuatro años estuvo en este monasterio, entregado á la oracion y á la penitencia, siendo tan rígido en ella que ni aun para dar el preciso descanso á su cuerpo usaba de

cama alguna, ni aun del suelo. Sobre la mesa donde trabajaba, tenia colgada una soga, y cuando el sueño le rendia se asia de ella con las manos y reclinaba la cabeza, de modo que dormia y no dormia. Su alimento era el más frugal y estudiaba contínuamente para declarar los lugares de la Sagrada Escritura que le parecian más á propósito para que los que la leyesen se moviesen á sentimientos de piedad. Durante este tiempo escribió aquellos libros admirables de la dignidad sacerdotal, y el libro de la virginidad y dos de la compuncion, y otras muchas homilías y tratados de varias materias piadosas.

Hízose notable en el monasterio por su espíritu de caridad, encontrando su mayor gozo y consuelo en asistir á los enfermos, dándoles el socorro y consuelos que podia. Dios quiso empezar á dar á conocer cuán agradables le eran las virtudes de este su siervo, y así un dia en que Esiquio que era otro monje de grandes virtudes, se hallaba en oracion, vió que dos hombres vestidos de blanco y de aspecto celestial se acercaban al Crisóstomo, que tambien se hallaba con el rostro pegado al suelo en oracion, y le regalaron un libro, diciéndole que con él entenderia fácilmente la Sagrada Escritura, y le manifestaron ser el uno San Juan apóstol y evangelista, y el otro San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles.

Tambien le favoreció el Señor con el don de milagros, de tal suerte que su fama se extendió bien pronto por todas partes: lo que conocido por el santo, y ganoso en huir de las alabanzas mundanas, determinó, como lo hizo, huir al interior del desierto, donde permaneció por espacio de dos años, sin cama, mesa, ni mueble alguno, y sin comer más que un poco de pan que unos hombres piadosos le llevaban, hasta que habiendo caido enfermo volvió á la ciudad para curarse. Entónces Melecio, obispo de Antioquía, le ordenó de diácono, y permaneció por cinco años sirviendo á la Iglesia, mas despues de este tiempo se volvió á la soledad. En este tiempo, muerto Melecio, le sucedió Flaviano, el cual estando una mañana en oracion, vió un ángel que le dijo que enviase al desierto en busca de Juan, y le trajese á la Iglesia, y le ordenase de presbítero, porque habia de ser otro vaso de eleccion como San Pablo. Tuvo el Crisóstomo igual revelacion, y así hallándose turbado y confuso, oyó una voz que le dijo: *¿Quién puede estorbar que no se haga lo que Dios tiene determinado?* Fué Flaviano al monasterio: conferenciaron ambos, y habiéndole dado la comunion como á los demas monjes, se lo llevó consigo y le ordenó de sacerdote. Al tiempo de la orde-

nacion, bajando el Crisóstomo la cabeza, vino una hermosa y blanca paloma y se posó sobre su cabeza, con lo que todos pudieron comprender que Dios aprobaba aquella eleccion.

Dedicóse desde luego á la predicacion, consiguiendo con su elocuencia y fuerza de persuasion los más saludables frutos, contribuyendo á ello tambien el que muchos enfermos recobraban la salud por sus oraciones. Hizo echar por tierra en el monte Casio un templo en el cual cada dia se sacrificaba á los demonios, reduciendo á mucha gente engañada al conocimiento del verdadero Dios.

Ocupado se hallaba el santo en tales ejercicios, de los que tanto bien reportaba la Iglesia, cuando fue sorprendido con el nombramiento que de él hizo el emperador para la silla patriarcal de Constantinopla, vacante por fallecimiento del patriarca Nectario. Mucho le afligió la noticia por su carácter particular y su humildad, que le hacia huir de toda clase de honores y dignidades. Tal era el mérito y tal la buena fama de San Juan Crisóstomo, que habiendo eclesiásticos ambiciosos que mendigaban los votos, luego que oyeron su nombre, todos se unieron para aclamarle, conociendo la utilidad que de tal nombramiento habia de reportar la Iglesia. Mucho temian todos, y con razon, que se presentasen grandes dificultades para sacarle de Antioquía, por el amor extraordinario que allí le profesaban, y así el prefecto por órden expresa del emperador le sacó con un pretexto cualquiera fuera de la ciudad, y una vez allí lo entregó á los oficiales que habian ido por él desde Constantinopla.

Fue pues consagrado el nuevo prelado de la ciudad imperial el dia 26 de Febrero del año 398 con júbilo general del clero y pueblo de Constantinopla. No habia podido verse libre de herejes aquella capital, y no solamente habia en ella arrianos, sino que tambien pululaban marcionitas, maniqueos y valentinianos. Desplegó el Crisóstomo todo su celo en combatirlos, trabajando incansablemente á fin de que las sencillas ovejas no cayesen en las garras de los feroces lobos. El pueblo se mostró fervoroso, y se aprovechó de la predicacion del santo prelado. El mismo Crisóstomo alaba por esto á sus diocesanos con estas palabras: «¡Quién no admirará, les dice, vuestro celo, vuestra fe y vuestra caridad sincera! Una sola vez os he hablado, y experimento ya los mismos sentimientos que si hubiera nacido entre vosotros. No, no puedo ménos de amaros tanto como á la Iglesia en donde nací y me crié. Hermana es de la vuestra como lo mostrais por la conformidad de vuestras obras, en las que la igualais en el amor que teneis á los que os instruyen; y si

aquella Iglesia es más antigua, esta está más expuesta al fuego de la herejía (1).»

Gran celo desplegó por extirpar las herejías, y tuvo una gran parte en las leyes que se publicaron en sus dias contra los sectarios, á los cuales se les prohibió juntarse ni aun en el campo, bajo la pena de confiscacion de la casa donde se reuniesen, y de muerte al que se la proporcionase. El mayor rigor se usó con los apolinaristas y eunomianos, cuyos clérigos fueron arrojados de todas las ciudades.

Por este mismo tiempo los donatistas se hallaban extendidos por el África. San Agustin predicaba continuamente combatiendo las doctrinas de estos sectarios, y á sus discursos no sólo asistian multitud de fieles, sino aun los mismos donatistas, que prestaban gran atencion. Despues de oirlos iban á sus obispos y les daban cuenta de los argumentos y razones del santo Doctor, al que volvian despues para decirle las contestaciones que habian recibido de aquellos falsos doctores. En su deseo de que todos se convirtiesen, San Agustin les trataba con la mayor dulzura y amabilidad, y aun los invitaba para conferenciar con ellos, diciéndoles que le presentasen todas las dificultades que tuvieran, estando al pronto por su parte á allanarlas. Fueron varias las conferencias que tuvo con los sectarios, pero no produjeron un gran fruto. Pretendieron que el concilio de Sárdica habia comunicado con los de su partido, y como prueba de ello presentaron un ejemplar de dicho concilio, el cual fue tomado por Agustin, y advirtió que en él se condenaba al Papa Julio y á San Atanasio, por lo cual el santo Doctor demostró que aquel ejemplar era necesariamente de algun concilio arriano, muy pobablemente el de Filipópolis, que se habia arrogado en efecto el nombre de concilio de Sárdica.

No por esto se convencieron los donatistas, y se negaron á dejar en manos de San Agustin aquel ejemplar, por más que el santo les dijese que deseaba examinarlo con detenimiento. Sin embargo, estas conferencias no dejaron de ser útiles á la Iglesia, bien que ningun efecto produjesen en aquellos obcecados sectarios. El caso es que dieron motivo á la celebracion de varios concilios que tuvieron lugar en dos años consecutivos, y en los cuales se formaron muchos reglamentos de disciplina que han sido constantemente observados. Uno de ellos, celebrado en el año 397, fue compuesto de cuarenta y ocho obispos, y en él se prohibe á todos los clérigos el entrar en tabernas para comer y beber, á no ser

(1) Chrysost. Homil. I. contra Anon., tom. VI.

en caso de urgente necesidad ó yendo de viaje. Tambien se les prohibe el tener en sus casas mujer alguna extraña, sino sólo su madre, su abuela, tia, sobrina ú otras de cercano parentesco. A los obispos y clérigos se prohibe todo trato sórdido, y establece que si los que no tienen bienes raíces al tiempo de su ordenacion los adquieren despues, sean tenidos y considerados como usurpadores de los bienes sagrados, si no los daban á la Iglesia, á ménos que no los hubieran adquirido por sucesion ó donacion. Que la edad de la consagracion de las vírgenes sea por lo ménos la de veinte y cinco años. Por uno de sus cánones se reprime el abuso de dar la Eucaristía á los cuerpos muertos. Los demas cánones trataban del tiempo en que se habian de celebrar órdenes, y de otros puntos no ménos importantes, entre ellos el quitar la costumbre que habia de dar títulos pomposos al obispo de la mayor silla de la provincia, tales como los de soberano sacerdote, ó príncipe de los sacerdotes, queriendo que simplemente se le llame obispo de la primera silla.

Por este mismo tiempo se celebró un concilio nacional en Cártago bastante numeroso, pues que asistieron á él doscientos y catorce obispos, y se establecieron ciento cuatro cánones, la mayor parte de ellos referentes á las obligaciones del clero.

En la misma ciudad y bajo el pontificado de Aurelio se celebró más tarde otro concilio que es contado comunmente por el quinto de los de aquella iglesia. Prohíbese en él que los clérigos sean testigos en justicia, y se dan otras disposiciones concernientes al clero. Es digno de notarse el cánon sexto de este concilio, porque prescribe bautizar sin escrúpulo á los niños cuyo bautismo no constase de un modo cierto; lo que muestra, como dice oportunamente un historiador, el descrédito en que habia caido entre los católicos el error de los rebaptizantes.

CAPITULO XXII.

Ley injusta de Arcadio contra los asilos.—Cae Eutropio en desgracia.—Se refugia en la Iglesia.—Discurso de San Juan Crisóstomo sobre las grandezas humanas.—Su celo por la perfeccion de su pueblo.—Castigo de una comunion indigna.—San Porfirio de Gaza hace demoler el templo de Marnas.—Honorio aboliendo enteramente la idolatría, haciendo echar por tierra el templo de Juno en Cartago.—Muerte de San Martin de Tours.

Arcadio, en cuyo ánimo influia grandemente el eunuco, promulgó una ley contra los asilos, la cual disgustó en alta manera al clero por ver en esta disposicion una violencia injusta. Habia tenido Eutropio la habilidad de ir escalando los puestos más elevados del Estado, llegándose á ver en él lo que jamás se habia visto, á saber, que un eunuco llegase al consulado. Ignoraba de todo punto, cuando influyó en el ánimo de Arcadio para que publicase la ley contra los asilos, que él mismo en la transgresion de esta ley habia de buscar su salvacion contra el furor de sus enemigos. La emperatriz Eudosia, que ántes le habia protegido y á la que el atrevido eunuco habia amenazado con hacerla echar de su propio palacio, se coligó con los grandes y los militares de mayor graduacion, y todos de consuno determinaron perderle.

No obstante que Eutropio era pagano, buscó un refugio en la iglesia. Sus enemigos trataron de sacarle del lugar sagrado, pero San Juan Crisóstomo se opuso á ello resueltamente, y aprovechando la ocasion del gran concurso de gente que habia acudido con tal objeto, habla elocuentemente contra las grandezas humanas: «¿Dónde están ahora, dice á Eutropio (1), vuestros aduladores y esclavos? ¿dónde esas tropas que

(1) Chrysost. Orat. in Eutrop., tom. IV. alias VIII.

corrian delante de vos para hacer que cuando pasaseis se retirasen ó postrasen los ciudadanos como si fuerais una divinidad? ¡Oh! Ahora están ocultos, abjuran una amistad peligrosa ó estéril, y fundan su fortuna sobre las ruinas de la vuestra. No lo hacemos así nosotros: la Iglesia, á quien habiais declarado la guerra, abre su seno para recibiros; y el teatro que protegiais, que tanto os costó y que pretendiais que reverenciásemos nosotros, nada puede y os vende con su indiferencia y su impotencia. No lo digo para insultar vuestra desgracia, ¡no lo permita Dios! sino para instruir á esta multitud que apénas cree la revolucion que está viendo. Todos vosotros, hermanos mios, lo sabeis como yo, y lo visteis con vuestros propios ojos, cuando vinieron del palacio para llevarle de aquí, cómo corrió á los vasos sagrados, trémulo, con un semblante más muerto que vivo, y suplicando á los ministros santos con voz mal articulada y entrecortada por el temor. Jamás pareció el altar tan majestuoso como desde que tiene este leon encadenado.»

Entre tanto San Juan Crisóstomo trabajaba con incansable celo por dirigir á la perfeccion el pueblo que estaba encargado de gobernar. Siendo la caridad su norte exhortaba á los hombres pudientes de Constantinopla á erigir en sus propias casas una especie de hospitales donde pudiesen albergar á los pobres desvalidos que carecian de toda clase de recursos, llegando en su celo y caridad hasta querer restablecer la comunidad de bienes que existia entre los cristianos de la primitiva Iglesia. Gran fruto consiguió entre aquellos fieles, pues que, miéntras tanto los espectáculos públicos carecian de espectadores, los templos se veian continuamente henchidos de fieles, que asistian á la celebracion de los divinos oficios, y esto á pesar de celebrarse parte de ellos por las noches durante las cuales explicaba con gran sabiduría las Sagradas Escrituras y muy principalmente las Epístolas de San Pablo.

Sozomeno nos da cuenta del castigo que recibió una mujer por haber profanado el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Es el caso que un macedoniano habia abjurado su error entrando en el seno de la religion católica. Una vez verificada su conversion instó á su mujer, para que obrase del mismo modo y asegurase por este medio su salvacion. Prometió ella hacerlo y concurrió á la iglesia, donde recibió la comunion: mas en vez de consumir la sagrada forma la ocultó, y en su lugar, inclinando la cabeza en actitud de orar, puso en su boca un pedazo de pan ordinario que con astucia le dió una criada de su confianza que la acompañaba: pero el pan, mudando de naturaleza al entrar en su boca, se con-

virtió en una piedra. Conociendo entónces la gravedad del delito que acababa de cometer, fué en busca del obispo, al que confesó su pecado con muestras de un sincero y verdadero arrepentimiento. El mismo historiador dice que esta piedra, en la que estaban señalados los dientes de aquella mujer, se conservaba en el tesoro de la Iglesia de Constantinopla, donde habia sido depositada (1).

No se concretaba el celo del Crisóstomo tan solamente á los fieles, sino que lo extendia hasta á los mismos bárbaros, pues que habiendo sabido que habia ciertos escitas vagabundos que deseaban instruirse en la religion cristiana, les envió sacerdotes y catequistas y aun él mismo se presentó entre ellos para hablarles é instruirles por medio de intérprete.

He aquí de qué modo nos refiere el historiador Berault-Bercastel los últimos sucesos que tuvieron lugar en el siglo IV. «San Porfirio, arrancado á pesar suyo de la soledad para ser colocado en la silla episcopal de Gaza, se lamentaba de ver su diócesis llena de idólatras, no ménos furiosos contra su rebaño que contra el mismo Santo. Habia todavía hasta ocho templos de los falsos dioses en aquella ciudad, y sólo el ídolo de Marnas era suficiente para eternizar allí la idolatría. Acudió Porfirio á solicitar del emperador la ruina de la supersticion, y primero se dirigió al patriarca, el cual ademas de su crédito se valió del eunuco Amancio, gran siervo de Dios y muy poderoso con la emperatriz. Con su recomendacion recibió muy bien la princesa al obispo de Gaza y le ofreció hablar al emperador. Recordando entónces Porfirio una profecía que habia oido á un Santo anacoreta al pasar por la isla de Ródas, dijo á la emperatriz (que estaba en cinta y deseaba con ansia tener un hijo): «Trabajad por la causa de Jesucristo, y tendreis un hijo que vestirá la púrpura.» Cumplióse al pié de la letra esta profecía poco tiempo despues, dando á luz Eudosia un hijo que se llamó Teodosio, como su abuelo, y á quien pusieron la púrpura desde que nació, con el título de césar. La madre llena de alegría no olvidó al Santo obispo de Gaza: envióle á llamar siete dias despues de su parto, y á su llegada, levantándose prontamente de su silla, salió á recibirle á la puerta de su cuarto con el tierno príncipe que tenia en sus brazos. «Padre mio, le dijo, dadnos vuestra bendicion á mí y á este niño que tengo por vuestras oraciones.» Invocó el obispo al Señor, y les echó su bendicion. Escribió despues su memorial, buscó el

(1) Sozom. lib., VIII. hist., c. V.

momento en que llevaban el tierno césar al palacio y se le presentó. El que tenia el niño y conocia las disposiciones de la madre, recibió el memorial sonriéndose, y despues haciendo inclinar un poco la cabeza al príncipe, dijo en voz alta: *Hágase como se pide*. La emperatriz contó el caso al emperador: alegróse todo el palacio y agradóles el ardid. «Ciertamente que es un negocio de grande importancia, dijo Arcadio; pero ¿cómo hemos de resistir al primer acto de autoridad de nuestro hijo?» Inmediatamente se expidió la órden para demoler los templos de Gaza y particularmente el de Marnas, de cuyas ruinas hizo construir la emperatriz una iglesia magnífica y un hospital para los forasteros (1).

«Entre tanto esparcian los gentiles por todo el imperio el rumor de un falso oráculo, segun el cual la idolatría debia recobrar por este tiempo su primitivo esplendor y levantarse sobre las ruinas del cristianismo. Mas léjos de verificarse asi, vieron por el contrario los idólatras que hasta las extremidades del Occidente caian todos sus ídolos por un edicto expreso del emperador Honorio, y venian á tierra todos los monumentos de la supersticion; pues si algunos quedaban en pié eran sólo para el adorno profano de las ciudades; y por último, que eran consagrados al culto cristiano todos los templos de los falsos dioses.

«Entónces fue cuando estableciendo Aurelio, obispo de Cartago, la silla de su primacía en el famoso templo de Juno, llamado celestial, oyéronse los oráculos de la Verdad increada, en el mismo lugar en donde se habian oido los del padre de la mentira por espacio de tantos siglos. No se vió ni apareció mónstruo alguno ni dragon horrible de los que, segun la amenaza de los paganos, debian defender á la madre de sus dioses. Los oráculos de las Sibilas hallados en Roma, y que tan venerados habian sido allí, fueron pábulo de las llamas á que Estilicon los condenó.

«Con el mismo buen éxito trabajaron en el fondo de las Galias pastores celosos en la ruina de la idolatría. Con este objeto hizo el gran San Martin terribles esfuerzos durante mucho tiempo con la más infatigable perseverancia, y la destronó cási enteramente de su diócesis; pero ya tantos trabajos le habian consumido, y se acercaba el momento de obtener el merecido premio. Tenia más de ochenta años, y sabiendo que se acercaba su muerte, él mismo avisó de ello á sus discípulos. Mas como hubiese sabido que habia alguna divison en el arrabal de Canda, en

(1) Teodor., lib. V., hist. c. XXIX.

en la confluencia del Loira y del Viena, en la extremidad de su diócesis, partió volando á restablecer la concordia y la caridad que su sólo aspecto inspiraba. No fue necesario en efecto más que presentarse, y cuando pensaba ya en regresar á su monasterio, faltándole repentinamente las fuerzas avisó á sus clérigos, que por respeto y ternura formaban una comitiva numerosa por donde quiera que iba. Cuando estos advirtieron el estado de debilidad y decaimiento en que se hallaba, exclamaron todos á una voz: «¡Oh Padre! ¿Con que nos dejais? ¿No veis cuán necesario nos sois todavía, y que los lobos devoradores invadirán vuestro rebaño luego que deje de teneros por defensor? Vos volais á la felicidad suprema; pero ¿no os interesan las calamidades ni los peligros en que nos dejais (1)?»

Pero era llegada la hora en que debia recibir el premio de sus virtudes y dejó esta vida mortal, en la que tanto habia trabajado por la vida feliz del cielo.

Hemos llegado á la época en que tuvo lugar en España la celebracion del Concilio I de Toledo, del cual nos ocuparemos como primer asunto en la Historia del siglo v.

---

(1) Berault—Bercastel. Lib. XI.

DISERTACION

SOBRE

LA EDAD PRIMITIVA DE LA IGLESIA.

Al modo que el fatigado caminante se sienta sobre un punto elevado y contempla con placer la parte del camino que lleva recorrido, séanos lícito tomar reposo en este punto, y despues de haber recorrido la historia de cuatro siglos, de haber visto el establecimiento de la Iglesia, su maravillosa extension por el mundo, sus grandes luchas con el poder pagano y sus combates interiores con la herejía, echar una mirada retrospectiva por medio de los tiempos y reunir bajo un solo punto de vista los grandes acontecimientos que hasta el presente hemos narrado, haciendo al mismo tiempo algunas reflexiones sobre el establecimiento, propagacion, doctrina y Disciplina de esta Iglesia que vemos atravesar los siglos, coronada de triunfos y victorias, miéntras tanto caen por tierra y desaparecen los imperios más florecientes, las más antiguas dinastías, los tronos mejor cimentados. Cuando las naciones son agitadas por la tempestad de las revoluciones, años y tal vez siglos no son suficientes para restablecer sólidamente los tronos, ordenar las naciones, pacificar los pueblos y unir los ánimos. La Iglesia por el contrario es rudamente combatida, ora por los poderes humanos, ora por el mónstruo de la herejía, ya tambien por las miserables pasiones de los hombres; y á través de tantas luchas, suficientes para echar por tierra cualquier institucion humana, se eleva, se engrandece, se ensalza, apareciendo siempre firme, poderosa y divina. Si existe tan robusta, no obstante tantos conatos hostiles y batallas tan formidables, ¿no estará sostenida por un poder superior á los esfuerzos humanos? ¿No será la hija del cielo? ¿Su Fundador no seria un Dios? Vamos á discurrir sobre puntos de tanta importancia. Para mejor claridad en el órden de las materias, dividiremos en partes nuestro trabajo.

§ I.

Necesidad de la venida de Jesucristo.

Es necesario que baje un maestro del cielo para instruir a la humanidad.
Plato, Alcibiad.

Un filósofo pagano, Platon, pronunció las palabras con que hemos encabezado este párrafo, y ellas prueban cuán ineficaz sea la razon humana para determinar el culto que debe tributarse á la divinidad. Antes de la venida de Jesucristo, las altísimas nociones de Dios y de sus atributos eran un cáos de confusion, si se exceptua aquel rincon de la Judea donde era reconocido y adorado el Dios verdadero. El culto fue llevado al mayor grado de extravagancia posible, aun en aquellas naciones que se tuvieron por más cultas. El caldeo adoraba los astros, el egipcio ofrecia incienso al buey Apis, á los mónstruos del Nilo y á los frutos de sus jardines; el griego hincaba su rodilla ante las estatuas de Fílis, y el romano, modelo de política y de ilustracion, reconocia cincuenta mil dioses diferentes, á los cuales el Senado concedia el derecho de ciudadanía y un título para participar de los honores supremos. A tan humillante degradacion cayeron por haber seguido el instinto de su razon. No hay escuela filosófica que no haya emitido opiniones diversas, sin que puedan encontrarse dos que estén en verdadero acuerdo. Vamos á citar la autoridad no de un Santo Padre, ni aun siquiera de un católico, sino de uno de esos filósofos que despues de la promulgacion del Evangelio se han hecho notables por su incredulidad. «He consultado, dice J. J. Rousseau, los filósofos, he ojeado sus libros, he examinado sus diversas opiniones y los he encontrado á todos ufanos, afirmativos, dogmáticos aun en su pretendido excepticismo, no ignorando nada, no probando nada, burlándose los unos de los otros, y me ha parecido que este último punto comun á todos es el único sobre el cual todos tienen razon: si examinais sus razones, no las tienen sino para destruir; si contais sus votos, cada uno está reducido al suyo, y no están de acuerdo sino para disputar.» Y en otra parte añade : «Yo tenia á todos estos graves escritores en el concepto de hombres modestos, sabios, virtuosos é irreprensibles. Me habia formado ideas muy elevadas sobre su trato mútuo y no habria osa-

do entrar en la habitacion de uno de los mismos, sino con el respeto que se observa en un santuario. Finalmente los he visto y este temor pueril se me ha disipado, y es el solo error que ellos me han desvanecido (1).»

El mismo convencimiento fue el que hizo decir á Platon, para manifestar que la razon abandonada á sus incertidumbres y á sus variaciones no era suficiente para guiarnos en la senda de nuestros deberes hácia Dios y hácia la sociedad: «En medio de nuestra incertidumbre, el partido que nos conviene tomar es aguardar con resignacion que venga alguno á instruirnos acerca del modo con que debemos portarnos hácia los dioses y los hombres. El que os enseñe esto tomará un verdadero interes á favor vuestro.» Y Alcibiades contestaba : «Que venga pues inmediatamente ; yo estoy dispuesto á hacer todo lo que él me prescriba.»

Concluiremos con un testimonio de un Padre de la Iglesia, San Juan Crisóstomo, el que por su elocuencia mereció ser conocido con el sobrenombre de *boca de oro*. «La experiencia habia probado, dice, que la conciencia no era un freno bastante poderoso para contener los desórdenes particulares : la luz de la ley natural y de la conciencia tenian, pues, necesidad de ser suplidas ó robustecidas por una llama más resplandeciente. Dios, que habia hecho tanto por el hombre, ¿habria podido abandonar su más perfecta obra? Esta duda, combatida por todas las ideas que tenemos de las perfecciones divinas, desaparece á presencia de la historia. Los hombres más esclarecidos de la antigüedad han confesado su incapacidad, y la necesidad de una revelacion divina.»

La verdadera religion consiste en la nocion de un Dios criador, legislador y Salvador, y en una vida y costumbres conformes con esta idea; y desde principios del mundo, desde Adan á Noé, desde Noé á Abraham, desde Abraham á Moisés, y desde Moisés á Jesucristo, ha habido hombres que han vivido conforme á la nocion de Dios. Pero aquellos pueblos, que ó bien carecieron de revelacion ó la dejaron disipar, cayeron en los groseros errores que ántes hemos enumerado,

Cuando tan negro velo envolvia al mundo de la inteligencia; cuando la familia humana habia llegado al mayor grado de abyeccion posible, apareció entre los hombres Aquel cuya venida era, segun Platon, necesaria para instruir á la humanidad. Dios de Dios, luz de luz, engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas fueron he-

(1) J. J. Rousseau. Œuvres diverses, t. I.

chas; Jesucristo, que descendió del cielo por nosotros y nuestra salud. ¿A qué vino? A restaurar todas las cosas, en los cielos y en la tierra, nos dice el Apóstol (1). Aquel por quien fueron hechas todas las cosas viene á restaurarlas todas, siendo la realizacion de la promesa de Dios hecha en el Paraíso. Era la bendicion prometida á Abraham en su descendencia (2), porque sólo en un Dios-hombre podian ser benditas las generaciones. La humanidad esperaba este libertador, que siendo Dios, fuese al mismo tiempo hombre. Los Profetas le anuncian y le llaman Dios, Admirable, Fuerte, Príncipe de la paz (3).

Esta esperanza de la humanidad tiende á la rehabilitacion del hombre, en los derechos de que quedara privado á causa del pecado: porque sólo un Dios-hombre podia llevar á cabo la union de la criatura con el Criador, tomando á su cargo la expiacion de la culpa.

Vino Jesucristo, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, cuando más necesidad tenia el mundo de su venida, cuando mayores errores dominaban en la sociedad humana, cuando la mayor parte de la humanidad se hallaba aprisionada al carro de los césares romanos y servia de sangrienta pira al fuego de las vestales.

Considerémosle en su vida pública y veremos, no un filósofo que presenta ideas abstractas envueltas en frases ininteligibles. Jesucristo es la verdad que se comunica á los hombres, que habla á los hombres, que los dirige al cielo. Sus discursos, su enseñanza, sus razonamientos llenos están de sublime sencillez, y pasa derramando beneficios á manos llenas (4), instruyendo á los pueblos, bendiciendo á los niños, socorriendo á los pobres, consolando á todos, y ántes de consumar la gran mision de la Redencion humana, «os he dado ejemplo, dice, para que hagais lo que yo he hecho (5): aprended de mí que soy manso y humilde de corazon (6), sed perfectos como el Padre celestial (7), hablad siempre la verdad (8), amad á Dios sobre todas las cosas (9), amaos los unos á los otros al modo que yo os he amado (10).

(1) Ad Ephes. I, 9 y 10.
(2) Gén. cap. XXII, v. 18.
(3) Isai. cap. IX, v. 6.
(4) Act. Apost. X, 38.
(5) Joan. XIII, 15.
(6) Math. XI, 30.
(7) Math. V. 48.
(8) Ibid. V, 37.
(9) Ibid. XXII, 37.
(10) Colos. II, 2.

Esta doctrina santa, esta enseñanza sublime regenera el mundo, haciendo que aparezca sobre las ruinas del egoismo el majestuoso edificio de la caridad, y el poderoso llama hermano al mendigo, y uno y otro por las sendas de la rectitud se dirigen al cielo. ¿Qué hubiera sido de la sociedad humana sin la venida de Jesucristo? Hubiera muerto, puesto que luchaba con la enfermedad mortal de los más negros errores. ¡Gloria á Jesucristo, Salvador y bienhechor del linaje humano!

§ II.

Establecimiento de la Iglesia.

Figura de la Iglesia fue el arca dentro de la cual Noé y los de su familia se libertaron del universal diluvio que hiciera perecer á toda carne; porque la Iglesia es la verdadera arca dentro de la cual únicamente puede el hombre conseguir la salvacion: ella nos lleva por medio del proceloso mar de los peligros del mundo para hacernos descansar un dia en los altos montes de la gloria. Fijémos la vista en su establecimiento, que es por demas maravilloso. Hemos dicho que Jesucristo enseñó por los pueblos de la Judea una doctrina santa, divina, hasta entónces desconocida, doctrina que habia de regenerar los pueblos y naciones: era necesario que fuesen abolidas ciertas leyes y costumbres brutales, y formar sobre sus ruinas el reino del amor. La religion cristiana, llamada á dispensar beneficio tan inestimable á la sociedad humana, y cuya predicacion encargó el Salvador á sus Apóstoles, tenia precisamente que entrar en combate con los grandes errores que, como ántes hemos insinuado, eran objeto de la creencia de la mayor parte de los hombres: tenia que luchar con los sofismas de los filósofos, habia de destruir los vicios á los cuales se levantaban altares, publicar y enseñar virtudes hasta entónces desconocidas, y sin apoyo alguno de príncipes y magnates habia de trastornar todo el órden social, llevando á cabo una revolucion moral cual no la han conocido los siglos. Proyectos ménos vastos y que propenden tan solamente á variar en algun tanto las leyes de un pueblo, necesitan el apoyo de hombres sabios, de varones fuertes é intrépidos, versados en el arte de dirigir revoluciones; necesitan indispensablemente la proteccion de altos personajes é intereses materiales con que atraer al pueblo, que sin saber lo que pide ni por qué se mueve, es siempre el instrumento de los que rodeados de comodidades esperan el resultado de sus planes. La verdad no necesita valerse de estos medios,

ni sus defensores necesitan tomar las armas para aterrorizar á los pueblos. Así lo vemos en la fundacion del cristianismo, llevada á cabo á través de mil contrarios elementos.

No se dirige Jesucristo al Areópago, al Pórtico ó al Liceo para buscar esos hombres que habian de continuar la obra por él iniciada de la regeneracion social: unos pobres pescadores le bastan para verificar esa obra asombrosa de su poder: pobres, sin más bienes que las barquillas y las redes; sin otra reputacion ni conocimientos científicos que los que podian haber adquirido entre los compañeros de su humilde oficio, son escogidos para llevar la luz del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra. ¿Y es posible que unos hombres rústicos, que no conocen la literatura, y al parecer idiotas, puedan luchar con la fuerza y el poder de los emperadores, siendo capaces por sí solos de hacer prosélitos y extender una nueva doctrina contraria en un todo á la que seguian los hombres? ¿Y cuáles fueron las armas de que se valieron para sus conquistas? Unicamente su palabra, que era la palabra de Dios; con ella penetraban lo mismo en la morada del poderoso que en el hogar del pobre, consiguiendo en todas partes las más admirables conquistas.

Tal es la primera maravilla que resplandece en el establecimiento de la religion, el ser sus propagadores hombres pobres, sin reputacion y sin proteccion de persona alguna. ¿Quién no ve en esto algo superior á cuanto puede concebir la humana inteligencia? Los milagros confirmaron la doctrina de los Apóstoles, y esto fue un gran apoyo para que fuesen recibidos y escuchados. No habia para ellos idioma desconocido á pesar de su rusticidad, pues que habian sido iluminados por el Espíritu Santo para que pudiesen llenar cumplidamente su ministerio. Todo esto es sobrenatural; toda la proteccion es del cielo; en la tierra sólo pueden esperar odios y persecuciones, como les habia anunciado su Maestro. En vano querrá alguno poner en paralelo la extension del imperio del falso profeta de la Meca; pero esto, como dice el sabio Frayssinous, es una prueba convincente de lo que puede el ingenio auxiliado por la astucia, las pasiones y la fuerza de las armas. Mas como observa Pascal, respondiendo muy exactamente á una objecion reproducida mil veces por los enemigos del cristianismo, «Jesucristo y Mahoma tomaron rumbos y medios tan contrarios, que supuesto el triunfo de Mahoma, debió frustrarse el plan de Jesucristo y perecer el cristianismo á no haber sido sostenido por un poder totalmente divino (1).»

(1) Pascal. Pensées. chap. XVII.

Tampoco podria decir que la brillantez y hermosura de la doctrina pudo hacerle partidarios y seguidores. Es constante que los judíos, que acomodaban á sus caprichos las profecías de la Escritura, esperaban un Mesías, cuyo nacimiento hubiese estado rodeado de fausto y de grandeza: ¿cómo, pues, dar fe y crédito á los que les anunciaban un Mesías que nació pobre, que creció en el hogar de una familia desvalida y que murió pendiente de un patíbulo de afrenta? Con respecto á los gentiles, estaban acostumbrados á no tener regla de costumbres: las suyas eran las más absurdas y hacian dioses de los vicios: ¿cómo, pues, recibian gustosos una nueva doctrina que morigeraba las pasiones, que enseñaba la humildad hasta el desprecio de sí mismo, el amor de Dios por la práctica de las virtudes, el amor del prójimo hasta el extremo de hacer bien á los mismos enemigos; una doctrina que, enseñando la castidad y la pureza de costumbres, condenaba los planes sensuales que tanto les halagaban? «La cruz, dice á este propósito un eminente escritor, ha triunfado de los corazones, y tengo por más glorioso haber conseguido tan hermosa victoria, que haber cambiado el órden del universo, porque nada veo en el mundo más indócil, más fiero ni abominable que el corazon del hombre (1).»

Ya vimos en los primeros capítulos de esta obra los grandes triunfos que consiguieron los Apóstoles sin más armas que la persuasion. Prueba innegable de que habian visto á Jesucristo resucitado, y de que habian recibido segun su promesa el Espíritu Santo, las palabras que con tanta energía pronuncia San Pedro para abrir su primer sermon, que dió por resultado la conversion de tres mil personas: *A este Jesus, á quien habeis hecho morir, resucitó Dios, de lo cual somos testigos todos nosotros. Así fue ensalzado por la diestra de Dios, que habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado sobre nosotros á este á quien vosotros veis y ois.* De otro modo no seria fácil concebir que una docena de hombres desconocidos, pobres y sin reputacion alguna, pudiesen por sólo su palabra mudar las costumbres, los usos, las inclinaciones y hasta las leyes de los pueblos. Esto sólo se hace con la asistencia de Dios, y como quiera que Dios no puede asistir á obras falsas, resulta como consecuencia lógica ser verdadera la Iglesia, cuyo establecimiento es tan maravilloso.

Hay aun más: la época de la predicacion de los Apóstoles, como nota

(1) Bossuet, Serm. pour l'Exalt. de la Croix.

oportunamente un escritor eminente (1), no fue ciertamente una época de ignorancia y de barbarie: nació en la época de Augusto, en aquellos tiempos en que las luces ilustraban la Europa y principalmente el imperio romano; por esto no tendria fuerza el argumento que pretendiese probar que la ignorancia de los pueblos atrajo seguidores al Evangelio.

La Iglesia verdadera se distingue de las sectas por un signo admirable, comprendido en estas cuatro notas: *unidad, santidad, catolicidad* y *apostolicidad*. Es *una* en la fe y en la doctrina, en tener unos mismos sacramentos, un mismo culto, los mismos preceptos morales con sujecion á un solo Jefe que preside todo el cuerpo de sacerdotes y de creyentes: siendo tambien uno el fin y los medios, y una es la gracia y caridad que vivifica todos los medios. Es *santa* porque lo es Jesucristo su cabeza, y tambien fueron santos los Apóstoles, y sus sucesores los Santos Padres que la defendieron contra los herejes, como asimismo esa multitud de mártires que la sellaron con su sangre. Es *santa* tambien por razon de su fin, que es el culto del verdadero Dios, por razon de sus sacramentos, de sus preceptos y ceremonias, en los cuales todo respira santidad, y en suma, por su doctrina, que no propone creer sino lo que está contenido en la Sagrada Escritura ó en la tradicion. Es *católica* ó universal, no en un sentido metafórico de manera que esté extendida por todas partes, sino moralmente, porque lo está en las principales é indudablemente lo está más que ninguna de las sectas conocidas. Ademas porque segun el sentido de la Escritura el Evangelio se ha de anunciar á todos los pueblos, como constantemente se verifica por medio de los misioneros, que con la luz de la verdad llevan la civilizacion á las más apartadas regiones. En esta nota de la Iglesia debemos detenernos porque es una señal tan refulgente y clara como el sol, que no tiene ni podrá tener jamás ninguna de las religiones ó sectas: la catolicidad, la universalidad es signo propio y exclusivo de la verdadera Iglesia de Jesucristo. He aquí el raciocinio de uno de los hombres más ilustres del presente siglo: «Si hay alguna cosa notable en el mundo, es que ninguna autoridad humana ha podido ser católica, es decir, traspasar los límites de cierta clase de hombres ó sea los de la nacionalidad. De tres especies son las autoridades humanas: autoridades filosóficas, religiones no cristianas, sectas cristianas. En cuanto á las autoridades filosóficas, jamás han alcanzado al pueblo, jamás han reunido tampoco en una sola

(1) Frayssinous, Defensa del cristianismo.

escuela á los hombres ilustrados; ántes bien, divididas hasta lo infinito, han dado al mundo en todos los tiempos un espectáculo en que no era óbice el aprecio que merecieron al reconocimiento de sus lamentables extravíos. ¿Dónde se halla hoy en el universo la autoridad filosófica dominante? Las religiones no cristianas nunca han sido más que nacionales, y la que más se ha acercado al cristianismo, la que hasta cierto punto podria considerarse como una secta cristiana, el mahometismo, no ha aspirado á la universalidad sino esperando someter el universo al califato por la fuerza de las armas. Desde que el imperio musulman se ha dividido hánse visto tantas sectas como reinos; testigos son los de Turquia y la Persia, los adoradores de Alí y los de Omar. ¿Dónde existe una religion no cristiana que tenga una enseñanza universal? El mismo fenómeno se reproduce respecto de las sectas cristianas, y tenemos de ello un notable ejemplo en los dos grandes cismas que viven, el cisma griego y el cisma protestante. Los griegos han estado sometidos al patriarca de Constantinopla, miéntras Constantinopla ha sido el centro único de Oriente; cuando se formó el imperio ruso, los griegos rusos constituyeron una Iglesia aparte, rompiendo los postreros vínculos que en la infancia de su imperio los ligaban aun á la sede primitiva del cisma. En cuanto á las Iglesias protestantes, se han dividido en tantas fracciones como reinos: Iglesia episcopal de Inglaterra, Iglesia presbiteriana de Escocia, Iglesia calvinista de Holanda, Iglesia actual evangélica de Prusia; y los protestantes, no reunidos por un reino ni por la unidad nacional, como los de los Estados Unidos, han formado millares de sectas que no tienen nombre por los muchos con que se les señala (1).»

En efecto, sólo la Iglesia verdadera instituida por Dios es y puede ser universal ó católica: sólo ella ha podido penetrar en todas partes, y despues de traspasar el imperio romano penetrar en la Persia, en la Ethiopia, en las Indias y en la Escitia. Sólo ella ha podido extender su unidad y su universalidad de un modo tan culminable, y á pesar de tantos elementos contrarios con que ha tenido y tiene continuamente que luchar.

Ultimamente la Iglesia romana es *apostólica* por razon de su doctrina, que es derivada de los Apóstoles, sin que haya habido jamás la menor innovacion. No nos detendremos ahora en demostrar, por ser demasiado patente, que bajo ningun concepto pueden aplicarse estas notas á las sectas protestantes.

---

(1) Lacordaire, Serm. 1, año 1835.

§ III.

Persecuciones.—Mártires.

La perpetuidad de la victoria obtenida por Jesucristo en el Calvario está asegurada por estas palabras: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1). Tal es la grande obra que debia vencer para siempre al infierno y al mundo, que debia renovar diariamente el sacrificio del Salvador, conservar y difundir por todas partes su palabra y distribuir su gracia. No podia ser de otro modo, porque la Iglesia es *columna y firmamento de la verdad* (2). Empero el mismo que le vaticinó que nada podrian contra ella los poderes del infierno, le previno tambien las luchas que estaba destinada á sostener en el mundo, las tormentas que estallarian sobre su cabeza, los grandes progresos que haria el error, y los peligros á que se veria expuesta esa frágil navecilla en el borrascoso mar de las pasiones humanas. Cuantos acontecimientos tuvieron lugar en los primeros siglos de la Iglesia, y cuyo relato hemos hecho, habian sido previstos y anunciados por el Salvador á sus Apóstoles: «Como á mí me han perseguido, os perseguirán tambien á vosotros (3). Por causa mia sereis aborrecidos de los hombres (4): ellos os arrastrarán á los tribunales y ante los magistrados, y estos creerán hacer un servicio á Dios y á la humanidad atormentándoos del modo más cruel (5). Os envio como ovejas en medio de los lobos, mas no os desanimeis porque yo he determinado daros el reino celestial (6). El mundo entero os declarará una guerra implacable, pero no temais, porque yo he vencido al mundo (7).

¿No lo hemos visto así cumplido con la mayor exactitud en la historia de los primeros siglos que hemos narrado? ¿No hemos visto levantarse desde Neron hasta Diocleciano las más encrespadas tempestades contra la débil barquilla de Pedro? ¿No hemos visto correr á torrentes la sangre cristiana? ¿No hemos contemplado una multitud de fieles de toda edad,

(1) Math. cap. XVI, 18.
(2) I ad Tim. cap. III, 15.
(3) Joan. XV, 20.
(4) Luc. XXI, 17.
(5) Joan. XVI, 2.
(6) Luc. XII, 32.
(7) Joan. XVI, 33.

clase y condiciones, siendo conducidos como ovejas en medio de los lobos, siendo inhumanamente sacrificados y sirviendo de espectáculo á pueblos ávidos de su muerte? Y sin embargo, ¿háse sumergido la barca? No: bien así como se realizaron al pié de la letra las predicciones del Salvador en cuanto á las persecuciones de su Iglesia, háse tambien cumplido con la mayor exactitud la promesa de estabilidad y perpetuidad. Las puertas del infierno, es decir, los poderes humanos, nada han podido contra la fundacion divina: impotentes han sido todos los esfuerzos de los hombres.

Minuciosamente hemos detallado las grandes luchas de la Iglesia con el paganismo, ó sea contra el poder del imperio romano, y tambien sus primeros combates con las herejías. Hemos visto á la Iglesia de Jesucristo pobre, débil y sin fuerza alguna material, empeñada en una lucha de trescientos años con todo el poder romano. El mundo todo rendia vasallaje á aquel imperio que embriagado de placeres, oprimido por el peso de sus laureles, arrastraba tras sí el resto de la humanidad, reyes, príncipes, ejércitos y naciones. ¡Cosa maravillosa! Cuando todo el poder de los Césares, la autoridad del Senado, la influencia de los pontífices, el arte de los filósofos, el aparato imponente de los ejércitos y el odio del paganismo se conjuran contra aquel pueblo pobre que lleva por enseña una cruz, y por único título para sus conquistas un libro que llama divino, y una fe extraordinaria en el que les habia ordenado predicar el Evangelio á toda criatura, estos se manifiestan poderosos en su palabra, y no saben más que confesar á su Cristo y morir alegres en su defensa.

Durante las diez persecuciones que tuvieron lugar en los tiempos de Neron, Domiciano, Trajano, los Antoninos, Severo, Máximo, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano, ¿quién podrá numerar las víctimas que fueron sacrificadas? Nosotros tan solamente hemos fijado la atencion en las principales, porque nos hubiera sido imposible numerarlas todas.

Los mismos obstáculos que encontró el cristianismo hicieron aun más maravillosa su rápida propagacion. Despues del incendio de Roma en tiempo de Neron la persecucion fue cruelísima, y duró por espacio de algunos años: durante ella los cristianos fueron despedazados en los circos por las bestias feroces, precipitados al Tiber, y untados de pez y encendidos como antorchas para iluminar los jardines del emperador, segun dijimos á su tiempo, ó bien los barrios de la ciudad (1). Por su

(1) *Tacit.* Ann. XV, . *S* [illegible] eron. c. 16. *T* [illegible] *l.* Apol. c. 5. habla ya de las

parte los judíos habian mostrado una obstinacion violenta, y fue notable la oposicion de los paganos contra Pablo en Aténas y en Efeso.

A través de persecuciones tan violentas, de contradicciones tan terribles, el cristianismo se propagó con rapidez en el Asia, por la Palestina, la Siria, el Asia Menor, Damasco y Antioquía, Mesopotamia y Edeso; en Europa, y muy especialmente por Grecia, Italia y España; en Africa con particularidad por el Egipto. Si consideramos los grandes obstáculos que fue necesario vencer, y se tienen en cuenta todas las medidas que fueron necesarias para fundar y organizar todas estas iglesias nacientes, se comprenderá la asistencia de Dios, y á más se concebirá una idea consoladora, dice Alzog, del favor con que desde su orígen fue acogido universalmente el cristianismo. He aquí ahora la reflexion que hace sobre esto el escritor que acabamos de citar: «No se crea que eran gentes pobres y groseras todas las que componian las comunidades primitivas. Ténganse presentes las numerosas remesas de dinero de que hacen mencion las epístolas de los Apóstoles (1), la conversion del procónsul Sergio Paulo en Chipre (2), y las del eunuco de Etiopia, del centurion Cornelio (3) y de Dionisio el Areopagita (4): recuérdense asimismo las relaciones de Pablo con los moradores del palacio de los Césares (5): ¿Flavio Clemente, tio de Vespasiano, Domitila su mujer, y otros romanos distinguidos, no pertenecian ya al cristianismo en los últimos tiempos de la vida de San Juan? Ademas, ¿las frecuentes advertencias de los Apóstoles contra los que introdujesen en el cristianismo errores sacados de los sistemas de filosofía y teología paganos (6) no prueban que los sabios del mundo habian entrado en la Iglesia, y amenazaban con introducir en ella las peligrosas especulaciones en que estaban imbuidos (7)?»

Justo es que nos ocupemos ya de esos valerosos mártires que en tan gran número salpicaron con su sangre las vestiduras de la esposa inmaculada del Cordero, y que llenos de heroicidad miraron como blandos lechos los potros, las hogueras y los demas suplicios inventados por el

---

leyes fulminadas por Neron y Domiciano contra los cristianos, aunque en parte derogadas por Trajano (*quas Trajanus ex parte frustratus est*).

(1) Act. XIII; Filip III, 24
(2) Act. XIII.
(3) Act. VIII, 9.
(4) Act. XVII, 34.
(5) Filip. IV, 22.
(6) Col. II, 8; I. Tim. I, 20.
(7) Alzog. Historia universal de la Iglesia: 1.er período, 1.a parte, cap. II. § I.

odio pagano. Basta considerar la conducta observada con los cristianos por Neron, Maximino, Decio, Diocleciano y Galerio, y el uso de las torturas espantosas inventadas contra los fieles de Cristo para comprender los crueles y numerosos padecimientos que necesariamente tuvieron que soportar. En vano Dodwell trata de echar un velo sobre los crueles padecimientos de los mártires, y de aminorar su número (1): no hay cosa mas probada, y tampoco puede decirse que el móvil de la conducta de los mártires fuese el ciego fanatismo ó una vana ostentacion. Los Doctores más esclarecidos de la Iglesia motejaban frecuentemente á aquellos que se ofrecian al martirio impulsados por un celo inmoderado.

Es indudable que los mártires entregándose con tanto denuedo á la muerte, contribuyeron á la propagacion de la Iglesia, pues parece que sus cenizas se reanimaban para reproducir nuevos cristianos. Por esto decia Tertuliano que la sangre de los mártires era una semilla de cristianos, la que de tal modo fructificó que el mismo Tertuliano no temió decir al César que si llegaba á exterminar por completo á los discípulos y seguidores de Cristo, serian señores de vastas regiones, pues que el trono careceria de vasallos y de ciudades la patria.

Los mártires han sido siempre objeto de gran veneracion por parte de los fieles, que han visto en ellos verdaderos discípulos del crucificado del Gólgota, que como decíamos ántes han contribuido en gran manera á la propagacion de la Religion. La Iglesia de Esmirna, en la carta que escribió sobre el martirio de su santo obispo Policarpo, dice con entusiasmo: «Reconocemos á Jesucristo como hijo de Dios, y veneramos á los mártires como dignos discípulos del Señor, admirando su divina caridad y deseando imitar su heróica abnegacion (2)»

Tan generosos atletas del cristianismo tan sólo oponian su paciencia al furor de los tiranos, y esta paciencia les hacia conseguir una admirable victoria contra sus perseguidores. Firmes en la fe, corrian al suplicio con más ardor que los paganos á sus fiestas licenciosas, y no solamente hombres esforzados sino tambien, como hemos visto en la historia de los tres primeros siglos, ancianos, delicadas vírgenes, y hasta niños como los santos Justo y Pastor de los que detenidamente nos ocupamos, se entregaban con alegría á los tormentos. Muy raros son los ejemplos de hom-

---

(1) *Dodwell*, de Paucitate martyr. (Diss. Cyprianica XII), refutado por *Ruinart* en el Prefac. ad Act. martyr. Cf. *Iren.* Contra hær. IV, 33.—*Euseb.* de Martyr. Palaestinæ.

(2) Hállase esta carta en *Euseb.* IV. 15.

bres obstinados que hayan sacrificado la vida por el error. Los cismáticos y los herejes rara vez sucumben en el martirio (1). ¿Y por qué? ¿Porque les falta el conocimiento que da la fuerza necesaria para soportar los tormentos. Ellos son, como les llama oportunamente Alzog, ramas secas del árbol de la Cruz: guiados por sus pasiones, se han apartado de la verdad convirtiéndose en campeones de la mentira; y siendo así, ¿como han de tener ánimo ni valor para morir en defensa de la causa que defienden? Miraban cosa inútil confesar la fe delante de los hombres, diciendo que bastaba la confesion interior, y calificaban el martirio de suicidio. Pero la Iglesia católica al anatematizarlas decia que tales razones eran sofismas de la cobardía (2).

¿Y quién no ve en la constancia de nuestros mártires, en la reproduccion, en consecuencia de ello, de los cristianos, la mano de Dios? Mil veces los mismos paganos pasmados de la constancia y de la paciencia de los mártires, así como de sus milagros, exclamaban. «¡Cuán grande es el Dios de los cristianos!» La inutilidad de los grandes esfuerzos del poder romano conjurado para exterminar á los cristianos, á esos hombres que no sabian sino sufrir y morir por su Dios y por su religion, es una demostracion palpable de que el cristianismo es obra esencialmente de Dios, y que jamás podrán destruir los hombres lo que no han establecido. La Iglesia de Jesucristo ha atravesado la série de los siglos, no sólo sin el apoyo, sino aun á pesar de la oposicion de los poderes de la tierra. ¡Y hay todavía quien la combata! ¡Y hay quien la contradiga!.. Los que aun en pleno siglo XIX pretenden destruirla pueden estudiar su historia, y se convencerán de que jamás podrán prevalecer contra ella las puertas del infierno.

§ IV.

Combates interiores de la Iglesia contra las herejías.

Terminados que fueron los combates de las armas, dieron principio los de la inteligencia. A las luchas exteriores siguieron otras más temibles y peligrosas en lo interior. Las herejías y los cismas continuan la guerra comenzada por la idolatría. Muchas fueron las sectas que apare-

---

(1) *Ignat.* ep. ad Trallian. c. 11.

(2) *Justin.* Apolog. I, c. 26. *Tertull.* Scorpiace, c. I.

cieron en el mundo bajo los emperadores cristianos. Estas sectas encarnizadas las unas contra las otras estaban animadas de un mismo espíritu, formando causa comun para desgarrar el seno de la Iglesia católica. Ya vimos á su tiempo lo pertinaz de la lucha del arrianismo, que se propuso echar por tierra la fe de Nicea. No fueron ménos terribles los embates de los nestorianos, donatistas y pelagianos.

Partiendo de Simon Mago, que fue el primer hereje, encontramos muchos errores en la sucesion de los tiempos. De unos sectarios nos hemos ocupado detenidamente, de otros hemos hecho algunas indicaciones y tal vez no hayamos parado mientes en algunos ménos importantes. Cumplénos ahora hablar por extenso del gnosticismo, su orígen y principales caracteres, punto que es el foco de donde han brotado mil diversas sectas contrarias á la verdad católica.

He aquí la explicacion que da un historiador : «El Nuevo Testamento opone al *gnosticismo* un conocimiento profundo de las Escrituras (1), el cual no se satisface con los hechos históricos y la simple exposicion de los dogmas, sino que desarrolla las ideas, se remonta hasta los principios y procura sondear la filosofía religiosa del cristianismo.

«Empero á imitacion de Filon, no tardaron en considerarse como los únicos sabios los partidarios del gnosticismo, y poseedores de la ciencia más recóndita, oculta bajo la letra é inaccesible para la multitud. De aquí la necesidad de una vivísima lucha entre los que admitian simplemente el cristianismo histórico y tradicional, y los que afectando una ciencia más profunda mezclaban ideas humanas con la palabra revelada, y querian constituir en el seno de la Iglesia cristiana una especie de doctrina misteriosa ó exotérica, que por otra parte no debia turbar la fe en la autoridad de aquellos á quienes llamaban *psychicos*. Y desde entónces se manifestó el carácter de la herejía, siempre vario y mudable en sus opiniones, al paso que la doctrina trasmitida por los Apóstoles, y conservada por el Espíritu Santo en la Iglesia católica, es inmutable en su unidad. El gnosticismo no se ocupa solamente, como se cree de ordinario, del orígen del mal, sino tambien de la lucha del bien y del mal en el universo, y del poder extraordinario del principio no divino, combatido y definitivamente domado por el invisible poder del divino. Asimismo presenta en todas partes el paralelismo del mundo superior de los espíritus y del mundo inferior de los cuerpos, que no es más que una

(1) Cor. VIII, 7; XII, 8; Pet. III. 18; Act. XVI, 3, *gnoses*.

imágen desfigurada del primero (1), siendo el objeto que asigna á la creacion y á todas las manifestaciones divinas la destruccion del mal moral por medio de la emancipacion del espíritu de los lazos terrestres, y de su vuelta al mundo superior.

«El error fundamental del gnosticismo consiste, pues, en ver el orígen del mal en la *materia*, y no en el abuso de la libertad, como lo enseña la Iglesia católica. Dios, dice el gnosticismo, espíritu invisible y sobrenatural, no puede manifestarse sino por medio de la emanacion de una larga série de espíritus divinos (oeones); y sólo por medio de un espíritu de este género, que obra con potencias espirituales, físicas y materiales, han sido creados el mundo y el hombre. Así, pues, un *oeon* superior es el que debe librar al espíritu de sus cadenas terrestres, y separar al espíritu de la materia. Pero los esfuerzos del hombre deben corresponder á esta accion libertadora del *oeon*. Los gnósticos justificaban sus doctrinas apoyándose, no ya en la fe de la autoridad y de la palabra viviente y divina de la Iglesia, sino en las Escrituras, explicadas por una especie de doctrina secreta, confiada por los Apóstoles á algunos elegidos, únicos que han conservado pura la verdad, alterada en la Iglesia con el trascurso de los tiempos. Asimismo, ya rechazaban libros enteros de las Santas Escrituras, ya los pasajes que no se acomodaban á su doctrina, sustituyéndoles Evangelios y actos de los Apóstoles apócrifos (2). Tan arbitraria era su exegésis alegórica y tan desvergonzada, que San Ireneo (3) nota que los gnósticos eran capaces de hacer de la descripcion más brillante de un rey de la tierra la imágen de un perro ó de un zorro, sin dejar por eso de sostener que era la verdadera imágen del rey.

«Las fuentes del gnosticismo son á la vez psicológicas, históricas y materiales. Bajo el punto de vista psicológico, el gnosticismo ha nacido del orgullo del espíritu humano, que en la investigacion de la verdad no tiene el valor de renunciar á sí mismo, á sus miras propias, á sus ideas y á sus especulaciones particulares, cuando son contrarias á la revelacion divina. Históricamente considerado, el gnosticismo encuentra su gérmen

---

(1) Cf. *Iren.* Contr. hær. II, 7, n. 1: «Quæ (*sophia*) emittit similitudines et imagines eorum, quæ sursum sunt.

(2) *Tertull.* de Præscr. hæret. Ista hæresis non recipit quasdam Scripturas (sacras); et si quas recipit, non recipit integras; adjectionibus et detractionibus ad dispositionem instituti sui intervertit: et si aliquatenus integras præstat, nihilominus diversas expositiones commentata convertit. C. 17, p. 237.

(3) *Iren.* Contr. hær. I, 8, n. 1.

en la filosofía religiosa del alejandrino Filon, cuyo parentesco con el gnosticismo no es muy arduo señalar (1). Ahora por lo que toca á los elementos materiales, extraños al cristianismo, y que se han mezclado con él para formar la doctrina gnóstica, han sido suministrados por el platonismo de Filon y por los sistemas de Zoroastro y de Buddha. Con el reconocimiento de estos tres sistemas se completa y explica el gnosticismo.

«Su rápida propagacion se debe probablemente, segun la opinion de Mœhler (2) al trabajo general de los espíritus y la fermentacion de las opiniones religiosas, excitada con la aparicion del cristianismo. Y como esta fermentacion existia ya de mucho tiempo en la Siria y el Egipto, el gnosticismo se propagó allí, tomando la forma sistemática predominante en dichas regiones, cual era la de la emanacion y del platonismo en Egipto, y la del dualismo y el docetismo en Siria (3).

«Se encuentran ya gérmenes del docetismo en las ideas de Filon, cuyo Dios supremo, así como su Dios secundario, espíritus puros, no pueden manifestarse en el mundo sino tomando una apariencia vacía y fantástica, y no una forma real y sustancial. A la primera clase de los gnósticos pertenece Carpócrates, Basílides, Valentino y los ofitas; se colocan en la segunda, Saturnino, Bardesano, Taciano y los Encratitas (4).»

Hemos trasladado íntegro el razonamiento de Alzog porque da mucha luz sobre la materia, y ahora aunque con rapidez daremos algunas noticias de cada uno de los sectarios que acabamos de nombrar, por más que de algunos nos hayamos ocupado en el cuerpo de la obra. Las

---

(1) *Staudenmaier* ha demostrado que la doctrina de los herejes de los primeros siglos, de la edad media y de la filosofía moderna sobre el *Logos* divino, no es más que el desarrollo lógico de la *Contemplacion* de *Filon*, y que aun Strauss en su vida de Jesus no ha hecho más que reproducir palabra por palabra las frases de *Filon*, l. c. p. 483.

(2) Con tanta energía levantó el cristianismo hácia el mundo espiritual al espíritu humano, que por mucho tiempo habia vegetado en la region de los sentidos y de las pasiones terrestres, que muchos cristianos sobrepujaron los límites de lo verdadero y cayeron en un extremo contrario: se disgustaron del *mundo visible*, que llegó á ser para ellos el *mal mismo*. Para resolver las dificultades doctrinales que surgieron en gran número, se dirigieron á los antiguos sistemas de filosofía, de teosofía y de mitología.

(3) *Saturnino*, *Basilides*, *Valentino*, *Cerdon y Marcion* enseñaron el *docetismo*, siguiendo á *Simon Mago y Menandro*. Los principales puntos del docetismo conformes á los del gnosticismo, son: 1.º El Cristo, el *Oeon*, que liberta de la materia ó del mal, no tenia más que la apariencia de un cuerpo, presentándose á los Apóstoles por medio de una especie de ilusion óptica; 2.º su cuerpo estaba formado de una sustancia etéreo-celeste; 3.º podia servirse de un cuerpo extraño, como un órgano que se apropiaba.

(4) Alzog. Hist. univers. de la Iglesia. Tomo I. 2.ª parte, c. II.

más claras fuentes son San Ireneo, San Clemente Alejandrino, San Agustin, Teodoreto, Eusebio y otros no ménos célebres escritores.

Carpócrates. No creemos debia ser considerado como perteneciente á las sectas cristianas este alejandrino, que vivió por los tiempos de Aelviceno, y que no era otra cosa que un platónico. Su enseñanza es esta:

El Espíritu Santo no se ha manifestado más en Jesucristo que fuera de Cristo y ántes de Cristo.

La doctrina de Cristo no era otra cosa que el helenismo bien entendido, el pitaronismo y el platogismo acomodados á un nuevo modo de revelacion.

Jesucristo no es más que un filósofo como Pitágoras y Platon, y el cristianismo tradicional no es una religion más verdadera que cualquier otro sistema filosófico ó religion popular.

Tales, reunido con otros no ménos elocuentes absurdos, el sistema de Carpócrates, que llegó á reunir muchos adeptos en el Egipto y aun en Roma. Un hijo suyo llamado Epifanio, imbuido en los errores de su padre, trabajó mucho por extenderlos, y enseñaba, á imitacion de Platon, la comunidad de las mujeres y de los bienes, como medio único de honrar la Divinidad. Es decir que esta divinidad no podia ser honrada sino con los vicios y el crímen.

Basílides. Pertenece este heresiarca á mediados del siglo II. Su sistema presenta los principales caracteres del maniqueismo. La moral de los basilidianos se fundó en un principio en un ascetismo por demas severo y rigoroso, que despues se fue relajando. El sistema de Basílides no es ménos extraño que el de Carpócrates. Se apoya en la *tradicion secreta* que tuvo orígen de Cam, hijo de Noé, trasmitida á los sabios orientales de Barkoph y Barchoz. De Dios, sér primordial, incomprensible, inefable, brotan siete potencias, las cuales forman el primer cielo, ó sea el reino de los espíritus. De este cielo emana un segundo, de este un tercero, y así hasta el número de trescientos sesenta y cinco. Quiso Dios emancipar al hombre de los lazos del mundo impuro, y para esto envió á la tierra al *oeon*, primer nacido que enseñó á los hombres el conocimiento del verdadero Dios, y los unió al reino de la luz. Este espíritu, dicen, se unió al hombre Jesus en su bautismo, por lo cual su conmemoracion la celebraban con toda solemnidad los basilidianos. Jesus, abandonado durante su pasion por *noûs*, primera de las siete potencias que brotan de Dios, sufrió solo. El hombre puede renegar exteriormente y

en presencia de la persecucion de la doctrina del Libertador, con tal que sea creida y conservada en el corazon. Para aceptar esta doctrina seria necesario borrar del Evangelio estas palabras terminantes de Jesucristo: «El que me negare delante de los hombres, lo negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos (1).» Consiste, pues, esta doctrina en el voluntario desposeimiento de todo lo que es físico y corporal, de modo que el alma se eleve en la contemplacion inmediata, á la evidencia divina, y que emancipada y libre la voluntad, practique el bien sin ser obligada por ley alguna exterior.

VALENTINO. Contemporáneo del anterior, del que se diferencia en muy poca cosa su doctrina, aunque es aun más fantástica. San Ireneo (2) y Tertuliano (3) explican con minuciosidad el sistema de los valentinianos, modificado de diversos modos por los discípulos de Valentino, Heracleon, Tolemao, Segundo, Colorbaso y Marco. Creemos poco importante el detenernos en la especie de mitología, que no otra cosa vemos en esta secta.

LOS OFITAS. La doctrina de éstos es aun más simple que las anteriores. Héla aquí: De *Bythos* emanan primeramente el *Primero* y el *Segundo Anthrôpos*, ó *hyios Anthropou*: de la union de estos es emanacion *Pneuma*, madre de toda la vida: y de la union de estos con los dos primeros nacieron la imperfecta *Sophia Achamoth* y *Ano Christos*, que es el principio de la creacion y emancipacion. *Sophia*, habiendo partido su virtud divina con la materia, dió existencia á *Jaldabaoth*, hijo del *Cas*, el cual produjo espíritus, unido á los cuales creó las plantas, el mundo y el hombre, y fue al mismo tiempo *Dios de los judíos*. Sin embargo, su virtud se fue debilitando, y lanzando una mirada al fondo de los mares creó un *espíritu serpiente*, absolutamente malo y enemigo de *Jaldabaoth*, y de los hombres que este creara. Su oficio es separar de él á los hombres. *Achamoth*, que apareció despues, tomó á su cargo la empresa de libertar á los hombres. Lo consiguió, pero tan solamente en un número reducido de hombres. En suma, el *Cristo celeste* se unió á Jesus, Mesías de *Taldabaoth*, el cual fue crucificado por el odio del Dios de los judíos, pero logró libertar á los hombres de este Dios y de la serpiente, es decir, del judaismo y del paganismo. Estaban

(1) Qui negaverit me coram hominibus, negabo et eum coram Patre meo qui in cœlis est. Math. X., v. 33.

(2) *Iren.*, I., 12, n. 13.

(3) *Tertull.*, adv. Valent., c. 4.

divididos los ofitas en diversas sectas; unos vivian en la austeridad y en el celibato; otros se entregaban á los más asquerosos vicios, y otros, principalmente en el Egipto, dice Orígenes, obligaban á los iniciados á maldecir á Jesucristo. El llamarse ofitas provino de que algunos de ellos veneraban á la serpiente. A las sectas gnósticas pertenecian los *sethianinitas* y los *cainitas*. Aquellos veneraban á Seth como jefe de los pneumáticos, y los cainitas tomaban por modelo no sólo á Cain, sino á Cam, á los sodomitas y á todos los demás personajes infames de los que habla la Escritura, sin excluir al pérfido Júdas Iscariote, del que decian que habia vendido á Cristo porque sabia que con su muerte habia de ser vencido el Dios de los judíos.

Veamos ahora los sistemas de los gnósticos siriacos.

Saturnino. San Ireneo nos da cuenta de los puntos principales de su doctrina. El sér primordial creó jerarquías de ángeles y de arcángeles: los ángeles cayeron de tan alto poder, encontrándose en el último grado de su caida los espíritus de los siete planetas, los cuales crearon el mundo y el hombre. Criado de este modo el hombre carecia de lenguaje y marchaba inclinado hácia la tierra. Compadecido de su miserable estado el Padre Supremo le animó con una chispa de la vida divina, y entre aquellos ángeles creadores se halló el Dios de los judios. Queriendo, pues, el Padre emancipar á los hombres de la dominacion del Dios de los judíos, y evitar que se extinguiese en ellos la chispa de la luz divina, envió al primero de los *oeones* el Cristo *noûs* increado, incorporal, con apariencia tan sólo de forma humana. El mal principio se opone al Dios desconocido, y así estos sectarios, deseando evitar toda clase de relaciones con el mal principio, se abstenian del matrimonio y tambien de ciertas viandas que consideraban como fruto de Satanás.

Bardesano. Vivió en el siglo II: abandonó la fe y abrazó el gnosticismo. Negaba la resurreccion de los cuerpos, que llamaba prisiones del alma. Satanás, decia, no puede proceder de Dios. Defendia la existencia de los dos principios, el malo y el bueno, á los cuales corresponden en el mundo físico y moral la luz y las tinieblas. De Cristo decia que tenia un cuerpo celestial y que logró hacer gran número de partidarios por medio del encantamiento de sus himnos. Escribió un libro titulado *Dialogus de recta in Deum fide*, donde se encuentran sus proposiciones gnósticas. El Padre San Jerónimo habla de Bardesano y celebra su elocuencia y talento poético. Tal vez el deseo de nombre le hizo abandonar la fe de Jesucristo para caer tan de lleno en el gnosticismo.

No dejó de hacer prosélitos su sistema, y tanto que en el siglo IV San Efren de Siria escribió un libro para combatirle.

FACIANO. Discípulo del célebre apologista San Rufino, fue en un principio acérrimo defensor del cristianismo. Despues abandonó la fe, cayendo en el gnosticismo y formando un partido en Antioquía. Muy semejante su doctrina sobre los *oeones* á la de Valentino, detiénese particularmente en suponer grandes contradicciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Apoyándose en un texto de San Pablo, que tergiversaba á su manera, condenaba el matrimonio como cosa impura. No sabemos cómo pudo caer en tal aberracion, porque una vez abolido el matrimonio, ó la generacion habia de continuar por medios verdaderamente impuros ó el mundo habia de concluir. A Cristo le señalaba como el tipo ideal de la vida virginal. Llamáronse sus partidarios *encratitas*, *hydroparastes*, *severianos*, *acuarianos*. Se abstenian de toda clase de bebidas espirituosas, usando tan sólo el agua, aun en la misa, como los gnósticos. Segun su principio de docetismo, se abstenian de la Eucaristía, dice San Ignacio, aunque más tarde la acomodaron á su propio sistema. Muy diferente era el sistema de

MARCION, el cual formuló el gnosticismo de una manera muy singular. Estando en Roma, á mediados del siglo II, se adhirió á Cerdon, poniéndose de acuerdo con él para formular su sistema, segun el cual la revelacion divina comienza sólo en el cristianismo, manifestándose en él repentinamente de una manera perfecta. Distingue tres principios, á saber: *Archas, Dios fuerte.—Creador, demiourgós, justo.—Hyle Materia*, con el *maligno* y *diablo*.

Apoya su sistema en varios pasajes de San Pablo, que entiende mal y aplica peor. He aquí cómo explica Alzog el sistema de Marcion: «Para libertar á la humanidad de la arbitraria y cruel dominacion del Dios de los judíos, el *Dios fuerte*, el buen Dios, aunque desconocido, se manifestó por medio de Cristo, descendido á Cafarnaum en un cuerpo aparente. En un principio se limitó prudentemente á pasar por el Mesías del demiurgo (el Dios creador); pero, habiendo querido dar á conocer el Dios oculto á los hombres, fue crucificado por los judíos á instigacion de su Dios. Todo aquel que cree en Cristo, y practica la verdad, tiene participacion en el reino de Dios, permaneciendo el infiel bajo el yugo del Dios de los judíos. Marcion imponia á los creyentes, á los cuales no admitia sino despues de tenerlos largo tiempo entre los catecúmenos, una conducta moral muy severa, la abstinencia del matrimonio y de todo

placer, diversion y alimento que no fuese indispensable, apoyándose en un Evangelio adulterado de San Lúcas y en algunas falsas epístolas de San Pablo. La Iglesia, segun él, habia caido ya en el judaismo (1). Con todo, es fama que en el momento supremo manifestó deseos de volver á su seno, lo cual no pudo conseguir. Los discípulos más importantes de Marcion fueron Marco y Apéles, quienes llenaron las lagunas de su sistema con varias proposiciones sacadas de otros gnósticos. De aquí las formas múltiples de esta doctrina, muchas de las cuales, habiéndose organizado de una manera eclesiástica, duraron hasta el siglo XVI.

«Tambien Hermógenes, combatido por Tertuliano en su libro *adversus Hermogenem*, se cuenta entre los gnósticos. Tomando su punto de partida de la doctrina platónica sobre la materia, decia Hermógenes: *Ab initio* habia dos principios; Dios, principio creador y activo, y la materia, principio conceptor y pasivo. Dios dió una forma á la materia, á lo cual la materia resistió: esta resistencia es la fuente y orígen del mal. Hermógenes asimismo combatió á un tiempo la doctrina católica de la creacion de la nada y el emanantismo de los gnósticos, por cuanto, en sentir suyo, ambos sistemas contenian ideas indignas de Dios. (Conf. *Bœhmer*, Hermogenes africanus, 1832).»

Para explicar todos los sistemas de que nos hemos hecho cargo consultamos á Alzog que los refiere de las fuentes *Iren.*, *Tertull.*, *Epiphan.*, *Euseb. Theodor*, *Tillemont*, *Clement. Alex.*, etc., etc. No creemos pueda dudarse de las purezas de estas aguas, y por esto hemos bebido en ellas, para ilustracion de la materia.

EL MANIQUEISMO. En el cuerpo de la obra hemos hecho saber las imposturas de Manés y su castigo. Esto no obstante, por convenir al órden que venimos guardando en esta disertacion, hemos de decir aquí algo de esta secta, la cual despues de la caida del gnosticismo trató de levantarse heredando su autoridad. Manés fue un impostor, esclavo segun la tradicion griega, y que se habia hecho de un gran número de libros de filosofía, así griega como oriental. Esforzóse por restaurar la religion de Zoroastro, la cual bajo los Arsácidas se habia convertido en un grosero dualismo, en un culto totalmente externo. Manés tuvo la loca pretencion de hacerse pasar por el Paráclito prometido, queriendo convertir

(1) *Hahn*. El Evang. de Marcion y su forma primitiva. Leipz. 1824; *Thilo*, Codex apocryphus (Nov. Test. Leipz. 1832, t. I, pág. 403—86); id. de Canone Marcion. Ibid., 1824; id. de Gnos. Marcion antinomi. Regiom. 1820.

en religion universal el culto popular. Sostuvo una conferencia pública con Arquelao, obispo de Cesarea, y despues otra con un sacerdote llamado Trifon, quedando en ambas cubierto de oprobio. Suscitáronse contra él odios y persecuciones, y el rey de Persia, en cuyo poder cayó, le hizo desollar vivo, arrojando su cuerpo á las fieras y clavando su pellejo á las puertas de la ciudad, segun que explicamos á su tiempo. No sirvió esto de escarmiento á sus discípulos, los cuales trabajaron por extender la doctrina de su maestro, que reunia en sí todo el veneno de las antiguas herejías y todas las extravagancias é impiedades de que puede ser capaz el hombre. Los maniqueos se multiplicaron extraordinariamente, y aun en el siglo XII los albigenses adoptaron muchos de sus errores. El maniqueismo nada tenia de comun con el cristianismo si se exceptuan algunos nombres, pues no era otra cosa que una extraña mezcla de las doctrinas de Zoroastro, de Budda y de Basílides. San Agustin, valeroso y sapientísimo campeon de la fe, combatió victoriosamente la secta de los maniqueos, que llegó á tomar tales proporciones que amenazaba arrastrar á sí á la sociedad entera. Los emperadores Valentiniano I y Teodosio I los persiguieron severamente, y más tarde Valentiniano III y San Leon el *Magno* redoblaron las persecuciones, y los sectarios por fin se resolvieron, y entraron en el gremio de la Iglesia católica. Esto no obstante algo debió quedar de tan venenosa simiente, cuando le vemos querer levantar de nuevo la cabeza en Occidente por la edad media.

Cuatro palabras dedicaremos tan sólo á la *secta iluminada, fantástica y ascética de los montanistas*. Era esta diametralmente opuesta al gnosticismo. Su fundador *Montano* habia sido admitido en la Iglesia y tuvo la pretension de querer hacerse aparecer desde el principio como un hombre iluminado ó inspirado del Espíritu Santo, y como órgano poderoso del Paráclito. Cuando queria enseñar decia: «He aquí á Dios, he aquí al Espíritu Santo que habla.» Consistia principalmente el objeto de sus revelaciones en preceptos muy rígidos de moral que debian conducir á la Iglesia á su completo desarrollo, á su madurez. «Era necesario renunciar «á toda actividad científica, huir las alegrías terrestres y buscar el marti«rio. La impureza, el asesinato y las segundas nupcias excluian para «siempre de la Iglesia. El espíritu de profecía debia ser permanente en «la verdadera Iglesia del Nuevo Testamento, como lo habia sido en el «Antiguo, siendo los discípulos de Montano sus depositarios y sus órga«nos. Este don habia pasado de los Apóstoles á Agabo, Silas, Judas, las «hijas del apóstol Filipo de Hierápolis, Ananias de Filadelfia, Cuadrato,

«Montano y dos santas mujeres llamadas Priscila y Maximila.» Decia Montano que queria sostener la doctrina de la Iglesia católica; pero ello es que sostenia que «la moral debe perfeccionarse y crecer en vigor: el «mismo Dios ha probado y demostrado de antemano esta gradacion, pa- «sando del Antiguo al Nuevo Testamento, al través de las instituciones «y de los medios de salvacion progresivos de una y otra ley.»

La doctrina de los montanistas fue combatida por los obispos católicos reunidos en varios sínodos: de esta secta se originan otras varias á cual más extravagantes.

Vengamos ya á nuestro propósito sin necesidad de detenernos más en el exámen de todos los absurdos sistemas de las antiguas herejías. ¿Cómo pudo la Iglesia resistir tantos y tan encontrados sistemas? ¿Cómo pudo conseguir el triunfo sobre tantos y tan encarnizados enemigos? ¿Cómo es que á través de tantas contradicciones atraviesa los siglos coronada de victoria? He aquí el dedo de Dios que la sostiene. Estúdiese sin preocupacion de ninguna clase la historia de los triunfos y victorias conseguidos por la Iglesia, y el hombre imparcial no podrá ménos de reconocer la verdad y divinidad de la religion que tenemos la dicha de profesar. Aquí deberiamos ahora observar los pasos de la impiedad para conocer su debilidad é inconsecuencia, y de este modo podria el lector hacer un cotejo y ver claramente á qué parte le inclinaba el impulso del corazon. No abordamos este trabajo, por haberlo desempeñado ya otro historiador de la Iglesia con suma maestría (Berault-Bercastel). Continuemos, pues, la marcha que nos hemos propuesto seguir en nuestra disertacion en favor de la Iglesia católica nuestra Madre.

§ V.

Doctrina universal de la Iglesia católica opuesta á las doctrinas de los herejes.

Hemos recorrido las más principales herejías y contemplado á cuántas aberraciones arrastra el orgullo y la soberbia humana al hombre que se deja arrastrar de tan funestas pasiones. La herejía rompe la unidad de la Iglesia, y tambien la unidad y la armonía de las potencias intelectuales del hombre. Decimos que rompe la unidad de la Iglesia, porque divide la gran familia cristiana en diversas y diferentes sectas, cada una de las cuales enseña contrarias doctrinas que las demas. La unidad es la pri-

mera de las notas de la verdadera Iglesia, en virtud de la cual los individuos que la componen se hallan estrechados con los vínculos de una misma fe, formando una sola sociedad compacta, armónica, libre de toda division, pensando del mismo modo, profesando los mismos dogmas, recibiendo los mismos sacramentos, observando las mismas leyes, por más que vivan separados por idiomas diversos é inmensas distancias. Sujetos todos á la voz de un solo Supremo Pastor, le oyen, le acatan y reverencian, recibiendo sus mandatos y declaraciones por el conducto de los demas pastores cuya autoridad emana de la de aquel. Las miradas de todos los católicos están fijas en Roma, en aquella ciudad reina y señora de toda la Iglesia, piedra angular de todo el edificio espiritual fundado por el divino Salvador, siendo el Romano Pontífice, sucesor de San Pedro, el signo de union que reune á los fieles desde los más apartados confines del universo en un mismo centro, de suerte que en la Iglesia católica fundada por Jesucristo no hay mas que un Padre,. que es Dios; un Pastor universal, que es el Soberano Pontífice, cuyas ovejas aunque distantes entre sí, forman un solo aprisco y tienen unos mismos misterios, una misma moral, un mismo sacrificio y un mismo camino, por el que todos sus hijos caminan para dirigirse á la Iglesia triunfante de la gloria.

Tan hermoso vínculo rompen los atrevidos heresiarcas, porque bien desconociendo la autoridad del Romano Pontífice, bien combatiendo alguno de los dogmas de nuestra religion sacrosanta, forman sectas aparte dando al traste con la unidad.

Ahora bien: así como las persecuciones de los tres primeros siglos sirvieron á la Iglesia para consolidarse más y más, amasándose sus cimientos, por decirlo así, con la sangre de los mártires que en tan gran número fueron sacrificados, así tambien las herejías redundaron en beneficio de la Iglesia (1), pues que atacada en sus dogmas, tuvo ocasion de ir exponiendo con claridad y precision su carácter esencial y la unidad de su principio. Al frente de sus luchas y combates contra el espíritu de las herejías, ó sea de separacion, los Padres de la Iglesia ponen el aislamiento y las concepciones parciales de las mismas herejías. Vamos á presentar el resúmen de San Ireneo y Tertuliano sobre la doctrina de la Iglesia bajo este aspecto (2).

(1) I, Cor. XI, 19.
(2) Tomamos este resúmen del historiador Alzog.

1.° Todo debe considerarse en su orígen. Así, pues, la verdadera doctrina de Cristo debe ser examinada segun sus fuentes, á saber: la enseñanza de los Apóstoles, órganos escogidos por el mismo Cristo. Ellos solos han conocido por completo la verdad, y han confiado su rico depósito á la Iglesia fundada por ellos (1).

2.° Los Apóstoles murieron; pero continuan viviendo y enseñando por medio de sus sucesores los obispos, quienes conservan, como el más precioso de los depósitos, la tradicion apostólica y las Santas Escrituras. Hasta los tiempos actuales (2) puede seguirse en las Iglesias apostólicas la série no interrumpida de los sucesores de los Apóstoles.

3.° Todas las Iglesias fundadas por los Apóstoles en el Asia Menor, la Grecia y la Italia se hallan tan perfectamente acordes en su doctrina como si hubieran residido en una *misma casa*, y no hubiesen tenido más que *un corazon y un alma*, lo cual es una prueba irrecusable de su fidelidad en conservar la verdad apostólica. Y si no, ¿cómo hubiera sido posible esta unidad entre pueblos tan diversos y en tan diferentes lugares, á haberse extraviado alguna de las Iglesias en los caminos del error? La paz, la fraternal comunion que reina entre todas las Iglesias apostólicas, son una prueba manifiesta de esta unidad de doctrinas (3).

4.° Si surge alguna duda sobre cualquier punto de doctrina, hay que remontarse á las Iglesias madres, á las Iglesias apostólicas, y especialmente á la gloriosa Iglesia de Roma, con la cual todas deben estar conformes (4). Todas las otras Iglesias, aun las posteriores á los Apóstoles ó que no tienen un orígen apostólico, deben considerarse como *apostólicas* desde el momento en que se ponen de acuerdo entre sí y con Roma respecto de una misma fe apostólica (5).

5.° Hay más todavía: unida la Iglesia entera á la de Roma, tiene una más segura y elevada garantía de la pureza de la tradicion apostólica, atento que, segun la promesa del Salvador, la Iglesia de Roma está asistida perpétuamente por el Espíritu Santo, por el Espíritu de la Verdad.

---

(1) *Tertull.*, de Præscr., c. 20 y 27. *Iren.*, Contr. hær., III, 4, n. 1.

(2) *Iren.*, Contr. hær., III, 3, n. 2 y 3. *Tertull.*, l. I, c. 32.

(3) *Iren.*, Contr. hær., I, 10, n. 2. *Tertull.*, l. I, c. 20, 28.

(4) *Iren.*, Contr. hær., III, 4, n. 1, et III, 3, n. 2. Ad hanc enim Ecclesiam propter potiorem (potentiorem) principalitatem necesse est omnem convenire Ecclesiam, hoc est, eos qui sunt undique fideles, etc.

(5) *Tertull.*, l. I, c. 32. Ut multo posteriores (Ecclesiæ), quæ quotidie instituuntur, tamen in eadem fide conspirantes, non minus apostólicæ deputantur pro consanguinitate doctrinæ. P. 243.

Ella es una creacion siempre nueva, que no envejece ni desfallece jamás. Columna y base de la verdad, segun el lenguaje del Apóstol, la Iglesia es la sola regla infalible de la vida religiosa, el único preservativo contra las concepciones arbitrarias, y desordenadas imaginaciones del espíritu humano. La union con la Iglesia es la condicion indispensable para la salvacion prometida por el cristianismo (1). «El que no tiene á la Iglesia por madre, dice San Cipriano, no puede tener á Dios por Padre (2).»

Miéntras que por una parte se explicaba de este modo el orígen celeste de la doctrina católica, haciéndola partir de Jesucristo, invariable hasta entónces, y unánime en todas partes, al paso que se hacia depender esta indefectibilidad de una causa completamente divina, por otra se notaba:

6.º Que siempre se puede señalar su orígen posterior á las doctrinas heréticas, las cuales por lo mismo son invenciones humanas, opuestas desde su aparicion á la doctrina única de la Iglesia (3).

7.º Que no se puede admitir la apelacion que hacen los herejes á las Santas Escrituras al rechazar la tradicion y la autoridad de la Iglesia (4), porque:

A. La palabra viva, la tradicion, es más antigua y más general que las Escrituras, compuestas en circunstancias especiales:

B. Las Escrituras no pertenecen á los herejes.

C. No pueden ser comprendidas sin la tradicion, que es la que las explica y la única que presenta completa la doctrina de Cristo. La letra muerta no puede pasar sin la palabra viva que la explica: por lo demás, sólo la Iglesia conserva intacta la Sagrada Escritura, porque la considera, al igual de la doctrina oralmente revelada, como la expresion del Espíritu Santo que ha inspirado la una y la otra, y la única que puede explicar su inteligencia verdadera (5), al paso que los herejes mutilan ciertos pasajes, rechazan otros, y no explican el conjunto sino de una manera subjetiva y arbitraria.

Con todo esta tradicion no permaneció simplemente oral; pues fue fijada de diversas maneras por la Escritura, y especialmente por los

---

(1) *Iren.*, Contr. hær., III, 24, n. I. *Tertull.*, l. I, c. 19.

(2) *Cypr.*, de Unit. Eccl. Habere jam non potest Deum patrem, qui Ecclesiam non habet matrem. (Opp. p. 397). Cf. *Ignat.*, ep. ad Policarp., c. 6.

(3) *Iren.*, Cont. hær., III, 4, n. 3., *Tertull*, l. I, c. 29 y 30. *Idem.* adv. Prax., c. 2.

(4) *Tertull.*, l. I, c. 17, 19, 38. Cf. *Iren.*, l. I, IV, 23, n. 8.

(5) *Clem. Alex.*, Strom. VII, 16, p. 894.—*Orig.*, Prolog. in Caut. Cant. (t. III, p. 36). *Ignat.*, ep. ad Philad., c. 5.—*Tertull.*, adv. Prax., c. 15.—*Iren.*, Cont. hær., I, 3, n. 6.

símbolos de la fe. Además, el antiguo *símbolo de los Apóstoles,* los de *Roma* (1), *Aquileya* (2), *Oriente* (3), *Antioquía* (4), y muchos otros símbolos particulares que se encuentran en Ireneo (5), Tertuliano (6), Orígenes (7) y Gregorio Taumaturgo (8) tuvieron todos su significacion, su objeto y su forma especial, segun los errores particulares de los herejes á los cuales iban opuestos.

No creemos pueda acudirse á mejores fuentes, ni explicar con mayor claridad la doctrina de la Iglesia opuesta á las concepciones parciales de la herejía, que la que se encuentra en el anterior relato de San Ireneo y Tertuliano, que con tanta precision hemos encontrado consignado en el citado historiador Alzog, al cual remitimos al lector que desee ver explicada por partes la doctrina de la Iglesia católica sobre Dios, sobre Jesucristo como Redentor, su Divinidad y su humanidad. No nos parece necesario detenernos en tal demostracion, y mucho más cuando tan por extenso lo hemos hecho en la obra (9) que dedicamos exclusivamente á la defensa de Jesucristo, cuya divinidad ha sido combatida por un moderno escritor francés. Pasemos, pues, á ocuparnos de la constitucion de la Iglesia.

§ VI.

De la constitucion de la Iglesia.

Al hablar en el segundo miembro de esta disertacion del establecimiento de la Iglesia, fijamos la atencion en los Apóstoles elegidos por Jesucristo para que continuasen en el mundo la obra comenzada por él, alumbrando á los pueblos y naciones con la luz hermosa y vivificante de la verdad evangélica. De nuevo tenemos que ocuparnos de la mision de estos hombres escogidos, que son las columnas sobre las cuales se sos-

---

(1) *Rufin.*, Expos. in Symb. App. (Opp. *Cypr.*, supp. p. CLXXXV).
(2) *Maria de Rubeis*, Monum. Eccl. Aquil., p. 67.
(3) *Rufin.* compara el *Simb.* de *Aquil.* con el de Roma y el de Oriente. (Opp. Cypr., suppl. CLXXXIV).
(4) *Ludov. Ruelius.* Concilior. illustrat., t. I, p. 904.
(5) *Iren.*, Contr. hær., I, 10. n. I, p. 48.
(6) *Tertull.*, de Virginib. veland., c. I; Adv. Prax., c. 2; de Præscr., c. 13.
(7) *Orig.*, de Princip., præfat., n. 4. sq. (Opp., t. I, p. 47 sq).
(8) *Gregor. Thaumat.*, Exposit. fid. (Opp. Par. 1622, *Galland.* Bibl. t. III, p. 385 sq.
(9) *La Virgen Maria y el Redentor de la humanidad.*

tiene el majestuoso edificio fundado por Jesucristo, contra el cual, jamás podrán prevalecer las puertas del infierno. Los grandes filósofos del paganismo no hacian pública su enseñanza; ántes por el contrario la encerraban en el interior de sus escuelas, y la distribuian á los que creian dignos del honor de ser admitidos á escuchar su palabra. Todo lo contrario hace Jesucristo, el cual miraba con más predileccion á los pobres y á los ignorantes. Su enseñanza divina habia de ser, y de hecho queria que fuese comunicada á los hombres de todos los climas y de toda clase y condicion: por eso á los depositarios de su Verbo increado no les dice que evangelicen á los que crean dignos, ni que aguarden á ser preguntados por aquellos que deseen ser por ellos instruidos, sino que terminantemente les dice: *Id y enseñad á todas las naciones* (1). Nada os detenga ni os arredre; no penseis en los peligros á que necesariamente habreis de exponeros: no temais ni las dificultades, ni los idiomas, ni la persecucion que pueden presentaros los poderes de la tierra. Id y anunciad en todas partes, hasta los últimos confines de la tierra, la palabra de verdad y de vida.

Ya dijimos que los hombres á quienes encomendara mision tan sublime no fueron escogidos entre las altas categorías del mundo, ni entresacados de las academias, sino de entre los pobres y sencillos. El llamamiento fue hecho de este modo: *Seguidme y haré de vosotros pescadores de hombres* (2).

¿Estaba ya con esto constituida la Iglesia? No: aun faltaba más. Todavía no tenia los elementos necesarios para la universalidad. Los Apóstoles habian de separarse á grandes distancias, y habian de formar diversas cristiandades en países separados muchas leguas unos de otros. Era posible que con el tiempo llegasen á ser diversas y opuestas las doctrinas. Pero Jesucristo no podia hacer nada que no llevase impreso el carácter de la perfectibilidad. Era necesaria la unidad si habia de existir la universalidad, y por lo tanto era necesario un jefe para todo el apostolado, para todos los obispos sus sucesores, y en una palabra para todos los pastores y las ovejas, para toda la Iglesia universal. Pensamiento atrevido segun la prudencia humana, pero muy fácil de realizar para aquel que no conoce imposibles, y á cuya voluntad nada resiste. Un anciano venerable establece su cátedra no distante del lugar donde residian

---

(1) S. Mateo, c. IV, v. 19.
(2) Id., c. XXVIII, v. 19.

los que por la fuerza de las armas dominaban el mundo, y su voz es escuchada aquende y allende de los mares, obedecida y respetada hasta en los últimos confines de la tierra: es como un sol cuyos rayos sin perder nada de su brillantez y claridad iluminan el mundo entero. Contra esta cátedra infalible de la verdad se han levantado las más encrespadas olas de terribles persecuciones, cismas, herejías, poderes humanos, pero ha atrevesado los siglos y las generaciones, sin que nada haya sido bastante á conmoverla. La garantía de ella está en estas memorables palabras: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.*

Aquí vemos ya la jerarquía fundada ó establecida por Jesucristo. ¿Y qué poder fue dado á la Iglesia? ¿Tal vez el de las armas? De ningun modo. Un dia los Apóstoles estaban reunidos en el cenáculo esperando la realizacion de una promesa, cuando de pronto, y precediendo un ruido como de un viento impetuoso, aparecieron lenguas de fuego sobre la cabeza de cada uno de ellos, y fueron llenos del Espíritu Santo, de suerte que hablaban en todas las lenguas. El jefe del apostolado se dirige á la muchedumbre, diciendo: *Varones de Judea, escuchad: no están ebrios los que os hablan, sino que se ha cumplido la palabra del Profeta; el espíritu de Dios se derramará sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños* (1). El poder, pues, del espíritu fue el que Jesucristo dió á su Iglesia. Este era el poder invisible, y el visible de que habia de usar el de la persuacion y la palabra. Por esto no les dice á los Apóstoles:—Tomad armas, conquistad pueblos,—sino que su mandato está concebido en estos términos: *Id y enseñad á todas las naciones.*

La Iglesia, pues, está ya constituida: tiene establecida su jerarquía, porque tiene una cabeza, que es Pedro, el que nunca muere en el órden moral: se llamará Clemente, Gregorio, Pio, pero siempre es Pedro, siempre el representante de Jesucristo en la tierra, siempre el que reasume todos los poderes, centro de autoridad de donde emanan todas las demas autoridades. La Iglesia tiene tambien un poder social, que es el más alto de todos los poderes. Toda sociedad bien organizada debe estar fundada sobre el respeto mútuo del pueblo hácia el poder, y de este hácia el pueblo. La Iglesia católica predica y enseña el respeto á la autoridad constituida, y enseña al mismo tiempo á los poderes á ser benéficos para con los pueblos, de tal modo que el señor sea padre, y

(1) Hechos de los Apóst., c. II.

que si este se extravía, el pueblo, como los hijos de Noé, cubra sus faltas con el manto del respeto más profundo. Y para que no se dejen los grandes dominar por el orgullo y la vanidad les recuerda y hace practicar dentro de sus moradas esta frase del Evangelio: *El que entre vosotros quiera ser el primero que sea vuestro siervo* (1). Estos hermosos vínculos, estas prácticas, tan sublimes cuanto útiles á la familia humana, nacen de la caridad, que es la virtud característica del cristiano, y por el ejercicio de la cual quiere Jesucristo que sean reconocidos en el mundo los que son sus discípulos (2). Si la Iglesia es dejada en libertad por los poderes de la tierra, ¡oh! entónces despliega sus alas y gana continuamente almas para el cielo. Si es perseguida, no por esto se eclipsa su gloria ni deja de manifestarse poderosa. Buena prueba de esta verdad tenemos en la época de los mártires. «Libre, amparada ó perseguida, nada pierde la Iglesia, dice Lacordaire, bajo ninguno de estos sistemas. En toda la redondez de la tierra se ha despojado á la Iglesia de su patrimonio, lentamente adquirido por sus virtudes; la autoridad civil se ha retirado de ella; un nuevo poder, el de la prensa, ha conspirado en su ruina: pues bien, en medio de este cambio universal la Iglesia todavía persuade, y sus enemigos asombrados, no pudiendo comprender que viva, se entretienen en profetizar su muerte. Semejante al polvo que insulta al viajero á su paso, este siglo de ruinas ultraja á la eternidad de la Iglesia, sin advertir que su misma inmovilidad es la prueba de su fuerza. Establecida en el mundo por una persuasion de diez y ocho siglos, la Iglesia católica es invencible, porque siempre se puede lo que se ha podido en todas partes y en todas ocasiones. Lo universal es perpétuo, así como lo infinito es eterno; y nada puede ser universal en la humanidad sino lo que tiene una relacion necesaria con la naturaleza del hombre, y no cambiando la naturaleza del hombre, tampoco puede cambiar lo que tiene relacion necesaria con ella.»

Los mismos adversarios de la Iglesia, los que se muestran más hostiles para con ella, estudian su establecimiento, su jerarquía, su constitucion admirable, su fuerza basada en la persuasion, y no pueden ménos de exclamar: «Es preciso no dejar obrar á la Iglesia, porque llegaria á dominarlo todo; es preciso sofocar su persuasion, que indudablemente nos avasallaria.» ¿Puede confesarse mejor la divinidad de la

(1) Math., XX, 26.
(2) Joan., XIII, 35.

Iglesia? ¡Qué maravilla! Hasta los mismos herejes se han convertido en sus apologistas.

§ VII.

Culto.—Disciplina.—Vida religiosa de los primeros cristianos.

No puede el hombre prescindir de la religion. De la familia de Dios, como decia Ciceron (1), imágen de Dios, como se lee en el Génesis (2), se siente atraido por él, y en su corazon, aun sin conocerle, erige un altar, como en la plaza de Aténas, *ignoto Deo*. Por esto dicen Ciceron y Aristóteles que si el hombre es un sér racional, es tambien un sér religioso (3), siendo indudable que todos los hombres, todos los pueblos han tenido una religion, ó sea un sistema de relaciones con la Divinidad. Más fácil es, decia Plutarco, encontrar una república sin leyes, ó una ciudad edificada en el aire, que un pueblo sin religion (4). Mil errores se han conocido en el mundo, y los pueblos que han carecido de revelacion, ó que la han dejado sofocar, han caido en punto á creencias religiosas en los más groseros absurdos, pero han buscado siempre la religion como verdadero alimento del espíritu. Felizmente sabemos nosotros cuál es la verdad en este punto. La revelacion ha venido en nuestro auxilio, y así no caemos en los errores de los idólatras. Dagon ni Bel son objeto de nuestro culto. Reconocemos el verdadero Dios Trino y Uno, y le ofrecemos el culto que le es debido: y como quiera que constituyen nuestro sér racional alma y cuerpo, con ambas partes nos dirigimos al Señor; con aquella en espíritu y verdad; con este, con homenajes sensibles. El cristianismo, cumpliendo la voluntad de su Fundador divino, ha tenido desde los tiempos apostólicos su rito y sus ceremonias. El culto externo que combaten los que dicen que basta el culto interno, ó sea la elevacion del corazon á Dios, es de necesidad, porque enfervoriza el espíritu, eleva el alma y le hace gustar de las delicias de la religion. Nádie ha podido negar la majestad del culto católico, lo imponente de las ceremonias de la Iglesia, no habiendo faltado quien deponga sus errores y se convierta al verdadero Dios, por haber

(1) Cic., de Leg., lib. I, § 7 et 8.
(2) Gén., I, 27.
(3) Cic., de Leg., loc. cit.
(4) Plutarch., advers. Colotem. Epic.

asistido á alguna de las grandes fiestas que se celebran en nuestros templos. Sin el culto externo, el hombre, distraido con los negocios de la tierra, caeria en el olvido de Dios y llegaria á perder la religion por completo. Así vemos resplandecer este culto exterior en la Iglesia desde sus primitivos tiempos, y que se usaban ritos para administrar los sacramentos, para pasar por los grados de la penitencia, etc. No vamos á detenernos en explicar estos ritos y ceremonias, porque nos dilatariamos con exceso en esta disertacion, que debemos terminar para continuar nuestra interrumpida historia de la Iglesia. En cuanto á la disciplina de la Iglesia, ha variado segun las circunstancias y las necesidades de los tiempos, como iremos viendo en el curso de la obra.

Ocupémonos, pues, para terminar, de la vida religiosa de los primeros cristianos. Los paganos vivian envueltos en los más asquerosos vicios, sin que se conociese entre ellos regla alguna de moral: mútuamente se odiaban y tan sólo se unian en amistad cuando de ella habian de sacar algun provecho. No existian, pues, entre ellos costumbres con pudor, leyes justas, vínculos en las familias, ni dignidad en los individuos, siendo completamente desconocido el hermoso principio de la caridad. El cristianismo vino á inaugurar otro órden de cosas, á hacer que los hombres se amasen como hermanos, que se dispensasen beneficios y que se perdonasen las respectivas ofensas que pudiesen causarse. La vida de los primeros cristianos era un espectáculo admirable. «Los cristianos, dice el autor de la carta á *Diognetes*, viven en su patria como peregrinos en una tierra extranjera: como ciudadanos, lo parten todo con sus hermanos; como extranjeros, soportan con paciencia todas las adversidades: donde quiera encuentran su patria, pero toda patria terrestre es para ellos un destierro. Se casan como los otros, pero no abandonan sus hijos como el resto de los hombres; viven en la carne, pero no segun los deseos de la carne. Habitan en la tierra, pero su verdadera morada está en el cielo, obedecen á las leyes, pero con la pureza de su conducta se ponen al abrigo de toda ley. Aman á todos los hombres, y todos los hombres los persiguen; se les entrega á la muerte, y la muerte es para ellos su completa libertad (1).»

Orígenes, sobre lo mismo, se expresa de este modo: « La obra de Cristo resplandece en toda la humanidad. No existe una sola comunidad cristiana cuyos miembros no hayan sido libertados de multitud de vi-

(1) Epist. ad Diognet, c. 5.

cios y pasiones, engendrando cada dia el nombre de Jesus una maravillosa dulzura é incomparable caridad en los corazones de aquellos que admiten francamente el Evangelio, no impulsados por miras egoistas (1).»

¡Qué espectáculo tan admirable presentaban aquellas asambleas de los primeros cristianos! El egoismo era entre ellos desconocido: unidos por los vínculos de la fe y los hermosos lazos de la caridad divina, miraban como propias las ajenas necesidades, socorriéndose mútuamente y dándose parte hasta en sus mismas oraciones, pues rogaban los unos por los otros: si advertian una cualquier falta en un hermano, léjos de hacerla objeto de murmuracion, se corregian secretamente y se cubrian con el manto de la caridad. Si agregamos á esto el valor de los mártires, no podemos ménos de exclamar con San Cipriano: «¡Oh bienaventurada Iglesia, iluminada por la gloria del Señor y glorificada en nuestros dias por el valor de los mártires! ¡Los lirios y las rosas resplandecen en tu corona, porque eres blanca como la inocencia, pura como el amor, y la sangre de los mártires hace que seas más brillante que la púrpura! (2)»

La fe de aquellos cristianos era extraordinaria y tenia sus raíces en el corazon: era una fe práctica, operativa, que unida á la caridad hacia de cada uno de ellos un héroe. En vano les hubieran ofrecido los mayores tesoros porque hubiesen cometido un solo pecado de infidelidad. Cuando acusados por ser cristianos eran presentados ante los tribunales, hubiérales bastado doblar la rodilla ante los ídolos y haberlos adorado aparentemente, sin renegar en su corazon, volviendo despues á sus prácticas religiosas: pero ¿cómo habian de cometer tal infidelidad los que estaban inflamados por la fe de Cristo? Llenos de valor, no se intimidaban á la presencia de los tormentos por crueles que fuesen, y entregaban su vida con la mayor alegría, segun dijimos al tratar de las persecuciones y los mártires.

Es necesario á la vez consignar aquí que si esta conducta tan edificante se observaba en los que de buena fe, abrazaban el cristianismo, no se veia en otros que entraban en el gremio de la Iglesia por miras puramente mundanas, y de esto se quejaban los Doctores de la Iglesia. Si se veia algun ejemplo de cristianos que por miedo á los tormentos

---

(1) Orígen., Contr. Cels., I, 67; III, 29.
(2) *Cyprian.*, ep. VIII (ad martyres et confessores).

renegasen la fe y ofreciesen sacrificios á los dioses, eran aquellos que por tales medios y no por verdadera conviccion habian abrazado la doctrina evangélica.

Al hablar, en el cuerpo de la obra, de San Antonio y de San Pablo, primer ermitaño, hemos explicado la vida que observaban en los desiertos aquellos varones que suspiraban por la perfeccion. Hay en el Evangelio dos escuelas: la escuela de los preceptos y la de los consejos. Cumpliendo exactamente la enseñanza de la primera se alcanza la salvacion: matriculándose en la segunda se puede llegar á la perfeccion, ó sea á la santidad heróica. Ambas escuelas no pueden faltar en la Iglesia, y ya tendremos ocasiones de ver practicada la perfeccion no solamente en los desiertos y en los claustros, sino tambien en los tronos y en todos los estados de la vida, pues no ha habido uno que no haya producido santos.

§ VIII.

Cronologia de los Emperadores romanos.

Vamos á terminar presentando una cronología de los emperadores romanos, que reinaron durante el tiempo de las persecuciones hasta la paz de Constantino. Hemos hablado detenidamente de los que suscitaron las persecuciones; más rapidamente de otros que han sido de ménos importancia para nuestro relato. Aquí los presentamos con órden á la vista del lector, empezando por Neron, el primer perseguidor.

Neron nació el año 37 de Jesucristo; sucedió á su suegro Claudio el año 54, y se degolló el 68.

Galba fue declarado *Augusto* por el Senado el año 68 de nuestra era, y fue asesinado por los soldados pretorianos el año 69.

Oton, que nació en Roma el año 32 de Jesucristo, fue proclamado emperador el 69, y se suicidó en el mismo año.

Vitelio fue proclamado emperador el año 69, y le quitaron la vida en diciembre del mismo año.

Vespasiano, proclamado emperador el año 69, y murió en el 79.

Tito, hijo de Vespasiano, al que sucedió el año 79, y murió el 81.

Domiciano sucedió á su hermano Tito el año 81, y fue asesinado el 96.

Nerva nació el año 32 de Jesucristo: fue declarado emperador el año 96, y murió el 98.

Trajano sucedió á Nerva el año 98, y murió el 117.

Adriano nació el año 76, sucedió á Trajano el 117, y murió el 138.

Antonino Pio nació el año 86: fue proclamado emperador en julio del mismo año, y murió en el de 161.

Marco-Aurelio nació el año 121; fue adoptado por Antonino, y proclamado emperador el año 161, y murió en el 180: y

Lucio-Vero, adoptado tambien por Antonino el 138, asociado al imperio, y hecho Augusto por su primo Marco-Aurelio el 161, murió en 169.

Comodo nació el año 161; Marco-Aurelio, su padre, lo declaró Augusto el 177; le sucedió el 180, y murió envenenado y ahogado el último dia del año 192.

Pertinaz fue proclamado emperador por los pretorianos en el mismo dia que mataron á Comodo; fue reconocido el 1.º de enero de 193 por el ejército y el Senado, y fue asesinado el 28 de marzo del mismo año.

Didier-Juliano-Severo nació el 133; fue proclamado emperador el 193, y condenado á muerte por el Senado en el mismo año.

Niger, Albino y Septimio Severo reinaron cási al mismo tiempo hasta el año 217, en cuyos últimos años tambien fue emperador el siguiente.

Caracalla, hijo de Septimio Severo, por quien fue declarado César el año 196, y Augusto el 198, fue proclamado emperador juntamente con su hermano Geta por el ejército el año 211, y asesinado el 217.

Geta, reconocido por su hermano, fue degollado por órden suya.

Macrino sucedió á Caracalla el 217, y murió asesinado el año siguiente.

Eliogábalo fue proclamado emperador el año 218, y muerto por los soldados el 222.

Alejandro Severo, primo de Eliogábalo, al que sucedió en 222, y fue asesinado el 235.

Maximino fue proclamado emperador el 235, y asesinado el 238.

Los dos Gordianos. El primero fue proclamado Augusto el año 237, siendo de edad de 80 años, y el mismo año se le asoció su hijo. Este perdió la vida en un combate, y el padre terminó la suya ahogándose.

Máximo Balbino. El Senado los proclama emperadores el año 237, y ambos son asesinados por los pretorianos el 238.

Gordiano III, llamado el Jóven. A la edad de 12 años fue creado César por el Senado en 237, declarado Augusto por los pretorianos en 238, y asesinado en Zaithe en 244.

Felipe. Despues que habia hecho asesinar á Gordiano empeñó á los

soldados á elegirle emperador en 10 de marzo de 244, y vencido por Decio, fue muerto el año 249.

Decio. Sucedió al anterior en 249, y pereció en una batalla contra los godos el año 251.

Galo y Volusiano. Fue el primero proclamado emperador inmediatamente despues de la muerte de Decio: creó César á su hijo Volusiano, y despues Augusto, asociándolo al imperio, y ambos fueron asesinados por sus mismos soldados el año 253.

Emiliano. Se hizo proclamar emperador, y fue reconocido por el Senado despues de la muerte de Galo. Murió asesinado por los soldados en 253.

Valeriano, proclamado el 253. Vencido por Sapor, rey de Persia, fue condenado á muerte y desollado el año 263.

Galieno. Asociado por su padre Valeriano al imperio, reinó con él siete años, y ocho sólo, y fue asesinado en 268.

Claudio. Fue proclamado en 268, y murió de peste el 270.

Quintilio tomó el título de emperador por muerte de su hermano Claudio: pero desesperado por no poder sostenerse contra Aureliano, proclamado al mismo tiempo por el ejército en Sirmich, se suicidó á los veinte dias de reinado.

Aureliano. Proclamado emperador el 270, y asesinado el 275.

Tácito. Proclamado el 275, y asesinado el 276.

Floriano, hermano uterino del anterior, tomó el título despues de la muerte de aquel, y vencido dos veces por Probo, se abrió las venas y se dejó morir de desesperacion.

Probo, elevado á pesar suyo al imperio en 276, fue asesinado por los soldados el año 282.

Caro, proclamado el 282, y muerto el 283.

Carino, primogénito del anterior, sucedió á su padre en 284, y fue asesinado por un tribuno en 285.

Numeriano, hijo segundo de Caro, fue proclamado emperador con Carino su hermano en 284, y muerto en el mismo año por la perfidia de Apro, su padrastro.

Divídese el imperio entre cuatro emperadores, los dos Augustos, y otros dos Césares.

Diocleciano, elegido emperador el 184. Fue el que dividió el imperio que abdicó en 305, muriendo de desesperacion y miseria el 313.

Hercúleo, asociado por Diocleciano al imperio el 286, se suicidió ahogándose en 310.

Constancio Cloro. Sucedió en 305 con Galerio á Diocleciano y á Hercúleo, y murió en 306.

Galerio. Creado César por Diocleciano en 292, hecho Augusto en 305, murió en 311.

Severo fue declarado César por Hercúleo el año 305, y Augusto por Galerio el 306, siendo mandado asesinar por el mismo Hercúleo en 307.

Maximino fue creado César por Diocleciano el año 305, se hizo proclamar emperador el año 308, y murió violentamente el año 313.

Constantino, llamado el Magno, nació el año 274; fue proclamado Augusto el 306, y quedó dueño absoluto de todo el imperio el año 323, y murió el 337, despues de haber dado la paz á la Iglesia.


SIGLO.V.

SIGLO QUINTO.

DESDE EL CONCILIO I DE TOLEDO, HASTA EL CISMA DEL ANTIPAPA LORENZO RIVAL DE SAN SIMACO.

CAPITULO PRIMERO.

Concilio I de Toledo —Disputas entre San Jerónimo y Rufino con motivo del origenismo.—Carácter de esta herejía segun Teófilo.—Antropomorfitas.—Causa de la indisposicion de Teófilo contra San Isidoro.—Persecucion de los solitarios de Nitria.—Los grandes hermanos son injuriados de palabras y de obras por Teófilo.—Pasan á Constantinopla.—San Juan Crisóstomo confunde á Gainas á presencia del emperador Arcadio.

Con el objeto de poner remedio á los males que el priscilianismo habia causado en España, y de reformar la disciplina un tanto relajada, se celebró un concilio en Toledo el año 400, y es el primero de esta Iglesia (1). Reuniéronse en esta asamblea diez y nueve obispos, contándose entre ellos el de Toledo, Sevilla y Lugo. Una de sus primeras determinaciones fue el condenar canónicamente los errores de Prisciliano, y proclamando la fe de Nicea se estableció un símbolo de fe, que con razon dice La Fuente podemos llamar el símbolo de la *Iglesia española*. En

(1) Inclínase á creer el P. Flores que hácia el año 396 se habia celebrado otro concilio en Toledo, en el que Simphosio y Dictinio se negaron á responder. El P. Villanuño censura la disertacion de Flores sobre tal concilio y el del año 400. Véase Flores, tomo VI de la *España Sagrada*, tratado 6.°, disert. 1.ª, y Villanuño, tom. I, pág. 68, nota 1.ª Siguiendo pues á este último escritor, á La Fuente y otros cristianos, tenemos por incierto el concilio del año 396, y por I de Toledo el del año 400.

64

él se consignó por primera vez la palabra *Filioque* (1). Despues de establecido el símbolo, se formularon diez y ocho anatemas, por los cuales se condenan todos los errores de los Priscilianistas sobre el dogma de la Santísima Trinidad, Divinidad de Jesucristo, Sagrada Escritura, creacion del mundo, astrologia judiciaria y otras supersticiones de aquellos tiempos.

En este concilio Simplosio y Dictinio, padre é hijo, obispos priscilianistas, abjuraron explícitamente sus errores, mostrándose arrepentidos del pecado de haberse separado de la verdadera fe. Alegó el primero que la ordenacion de su hijo se habia hecho por haberlo exigido el pueblo. Tambien se humillaron, abjurando los errores, los obispos Isonio y Vegetino, como igualmente otro llamado Rufino, no cabiendo la menor duda de que la conversion de estos priscilianistas fue verdadera y sincera; y los Padres, que así lo comprendieron, se dejaron llevar de la generosidad y los repusieron en sus sillas, aunque esta reposicion no fue generalmente bien vista. Empero esta discordia fue terminada por Inocencio I, que guiado por sus ideas de templanza y prudencia sostuvo la reposicion.

Ademas de los diez y ocho anatemas pronunciados en este concilio, se establecieron veinte cánones relativos á la disciplina y mejoramiento de las costumbres (2).

---

(1) He aquí las palabras de este Símbolo: *Credimus....* spiritum quoque paraclitum esse, qui nec pater sit ipse, nec filius, sed à patre filioque procedens. La fe de este concilio es exactamente la misma de Nicea, ampliada por la necesidad de oponerse á nuevos errores. Por esta razon, dice La Fuente, si bien el concilio de Nicea habia prohibido la redaccion de nuevos símbolos, la Iglesia nunca ha rehusado esta.

(2) He aqui los veinte cánones del concilio:

1.° Que no ascienda á presbítero el diácono incontinente aun ántes de la prohibicion decretada por los obispos lusitanos; y que no sea elevado á dignidad episcopal el presbítero que incurrió en la misma incontinencia ántes de la mencionada prohibicion.

2.° Que los penitentes (los que despues de bautizados cometian algun crímen ó pecado gravísimo, por el cual hacian penitencia pública) no sean admitidos á las órdenes, sino de ostiarios ó lectores; y esto en caso de necesidad, con tal que no lean la Epístola ni el Evangelio: y si eran ántes diáconos, se reduzcan á subdiáconos, con tal que no hagan la imposicion de manos, ni toquen las cosas sagradas.

3.° Que el lector que se case con viuda, no ascienda de lector, sino á lo más á subdiácono.

4.° Si enviudando el subdiácono se casa de nuevo, sea reducido á ostiario ó lector; y si por tercera vez se casase, se abstendrá por dos años, y luego comulgará entre los legos, reconciliándose por la penitencia.

5.° El clérigo que no acuda á la Iglesia al sacrificio cotidiano, sea depuesto si no mereciere el perdon del obispo por la satisfaccion.

6.° La doncella consagrada á Dios no tenga familiaridad con varones.

Por este mismo tiempo se extendian por el Occidente las novedades de Orígenes, y Rufino en sus escritos mezclaba á San Jerónimo en estos errores. Santa Marcela y otras personas que profesaban al santo grande estimacion, y que se hallaban en Roma, le escribieron para que se justificase, lo que con efecto hizo, diciendo que si ántes habia elogiado á Orígenes, era porque apreciaba su talento y vasta erudicion, pero sin aprobar su doctrina, que conocia era errónea por más que sus costumbres hubiesen sido puras y grandes sus trabajos, y que siendo así que sus dogmas estaban envenenados, no podia ser, bajo ningun concepto, alabado como un apóstol que en nada se engañó. Esta manifestacion de San Jerónimo puede verse en su Epístola 65. Mas como quiera que habia sido amigo de Rufino durante el tiempo de su permanencia en Palestina, y esto era público, le escribió directamente suplicándole que se abstuviese de tributarle elogios aparentes que le hacian aparecer como envuelto en los errores de Orígenes, y para contener el escánda-

---

7.° Si pecaren las mujeres de los clérigos, puedan castigarlas los maridos gravemente, excepto con lo que ocasione la muerte; y no deben ni aun comer con ellas; á no ser que, hecha penitencia, se vuelvan al temor de Dios.

8.° El que despues de recibido el bautismo se haga soldado, no ascienda al diaconado, si fuere admitido en la clerecía.

9.° Ninguna profesa ni viuda rece en su casa con el clérigo.

10. El que tenga obligacion legal no pueda ser ordenado sin consentimiento del patrono, y con la condicion de buena conducta.

11. Si algun poderoso despojare á otro, y no hiciere caso de la amonestacion del obispo, sea excomulgado hasta que restituya lo ajeno.

12. Que ningun clérigo se aparte de su obispo para irse con otro.

13. Que sea excomulgado el que nunca comulga.

14. Que sea excomulgado el que no sume la forma administrada por el sacerdote.

15. Que nadie trate con el excomulgado, y si lo hiciere se tenga tambien por excomulgado.

16. Si la consagrada á Dios faltase á la castidad, no entre en la Iglesia si no hace penitencia por dos años, y tampoco el otro cómplice en este delito. Si se casó, no sea admitida á la penitencia sino despues de vivir castamente por muerte del marido, ó aunque viva.

17. Que sea excomulgado el casado que tenga concubina.

18. Si la viuda del obispo, ú otro clérigo, se casase, ningun clérigo ni religioso trate con ella, ni comulgue sino en la hora de la muerte.

Debe tenerse en cuenta para la inteligencia del cánon anterior que cuando el marido se ordenó con aprobacion de la mujer, ambos hicieron voto de castidad.

19. Si la hija del obispo consagrada á Dios faltase á la pureza ó se casase, no sea admitida á la comunion, si no hiciese penitencia, muerto el marido; y si viviendo él, se apartase, y penitente pidiese la comunion, se le dará en el artículo de la muerte.

20. Que sólo el obispo haga el crisma, y nádie lo administre sino el presbítero en ausencia del obispo, ó de su órden si está presente.

lo de su traduccion el mismo San Jerónimo tradujo los libros de los *Principios*. Esta traduccion fue muy fiel, de modo que dejaba conocer todas las impiedades é inspiraba la debida desconfianza para que los fieles no se dejasen sorprender de los errores de este escritor. Esto indignó grandemente á Rufino, que desde entónces se separó por completo de San Jerónimo y escribió contra él tres libros que fueron censurados por el papa Anastasio. Por último, Orígenes fue condenado, siéndolo su doctrina no solamente en Roma sino tambien en Milan, por Venerio, discípulo y sucesor de San Ambrosio, y en Aquileya, por Cromacio, de quien Rufino era diocesano, y en suma, por todo el Occidente, que justamente se hallaba indignado por tales escándalos.

Teófilo explica de este modo los errores de Orígenes. En primer lugar se reducen á insinuar que el reino de Jesucristo debe tener fin. Si bien esta impiedad no se halla manifestada de un modo terminante en los escritos de Orígenes, se sigue natural y lógicamente de sus principios, porque si todos los cuerpos, como dice, serán destruidos al fin de los tiempos, como que no fueron hechos sino para castigar á los espíritus, se sigue que Jesucristo no tendrá ya cuerpo, ni será verdaderamente hombre, ni por consiguiente será nuestro rey, á lo ménos bajo tal concepto. El segundo error es que los demonios se salvarán despues de haber sido purificados con grandes suplicios, de donde deducia Orígenes el principio de que Jesucristo debia ser el Salvador de todas las criaturas racionales. El tercero, que los cuerpos no resucitarán enteramente incorruptibles, sino que conservarán la raíz de la corrupcion, ó el principio de la destruccion que deben experimentar al fin de los siglos; lo cual es tambien una consecuencia de la singularidad de Orígenes, que consideraba los cuerpos como únicamente destinados á castigar las almas que ellos encierran. Estos cuerpos serán ya inútiles cuando las almas se hallen enteramente purificadas (1).

Cayeron algunos monjes sencillos en el error de creer que Dios, en cuanto Dios, tenia cuerpo, lo que los hizo herejes antropomorfitas; error que fue victoriosamente refutado por Teófilo, el cual demostró que Dios era incorpóreo; pero aquellos monjes, léjos de convencerse, se escandalizaron de la doctrina de aquel obispo, afligiéndose como si se les hubiera quitado á su Dios con el fantasma que de él se formaban.

Todo esto dió lugar á grandes escándalos, pues que muchos de aque-

(1) Cita esta condenacion hecha por el obispo Teófilo Berault-Bercastel. Lib. XI, n. 47.

llos monjes, mostrándose indóciles, trataron públicamente de impío al obispo, llegando con sus amenazas é insolencias hasta la casa patriarcal. No es de nuestro propósito y nos haria dilatar con exceso el explicar minuciosamente los grandes escándalos movidos por los antropomorfitas. Sólo diremos, que Teófilo por su parte se resbaló tambien por la pendiente del mal, y hé aquí la causa principal. Una señora viuda muy rica habia entregado al santo sacerdote Isidoro, que gobernaba un hospital de Alejandría y que ántes habia sido solitario de Nitra, una gran cantidad de dinero despues de haberle exigido juramento de que la emplearia en comprar vestidos para las mujeres más pobres y necesitadas, sin dar cuenta de ello al patriarca, temiendo que lo emplease en labrar edificios, á lo que era muy aficionado. Cumplió exactamente Isidoro la voluntad de la donante; pero Teófilo, que tenia sus espías, llegó á apercibirse del caso, por lo que concibió mala voluntad contra él y resolvió perderle. Habiendo reunido su clero, le acusó fundándose en una memoria que decia habia recibido contra él hacia diez y ocho años. El clero encontró sospechosa esta acusacion y no se atrevió á pronunciar fallo alguno; pero Teófilo se valió de otros medios, y al fin pretextando un crímen vergonzoso le echó, aunque ocultamente, de la Iglesia, y San Isidoro se vió obligado á ocultarse en los montes de Nitra, donde los santos monjes le dieron generosamente asilo, mucho más cuando conocian sus virtudes y su inocencia. Irritóse grandemente Teófilo al saberlo, y cometió una nueva y mayor injusticia, arrojando inmediatamente de aquellos desiertos á aquellos solitarios, que se habian hecho célebres por la austeridad de su vida y sus intachables costumbres. Habia entre estos solitarios cuatro que gozaban de una gran reputacion y eran conocidos generalmente con el nombre de los *Grandes hermanos*, porque eran de una talla muy elevada y pertenecian á una misma familia. Llamábanse Dióscoro, Ammonio, Eusebio y Eutimio, y el primero de ellos habia sido electo obispo de Hermópolis. Trataron de saber el motivo de aquella injustificada persecucion que experimentaban y todos cuatro se presentaron en Alejandría y se dirigieron á la residencia de Teófilo, el cual los recibió con el mayor desagrado colmándolos de injurias no solamente de palabras, sino de obras, pues que, arrojando su pálio á la cabeza de Ammonio, que era un anciano venerable, le abofeteó además, hasta hacerle arrojar sangre por las narices, gritando al mismo tiempo como fuera de sí: «*Malvado, hereje, hipócrita, anatematiza á Orígenes.*»

En aquel momento dieron pruebas los grandes hermanos de ser verdadèros cristianos, pues que, léjos de rebelarse contra el obispo, sufrieron con la mayor resignacion tan grandes afrentas, y se volvieron á su soledad con el testimonio de una conciencia tranquila, sin que haya motivo para sospechar que defendiesen los errores de Orígenes, y ántes por el contrario hay grandes testimonios de la pureza de su fe. Sin embargo, el Patriarca, que se habia propuesto á todo trance el perderlos, convocó un concilio sin hacer comparecer á los solitarios para quitarles todo medio de defensa, y no atreviéndose á condenarlos á todos condenó á los principales, y entre ellos á Ammonio y Dióscoro. Veamos de qué medios se valió en su perfidia para lograr el expeler á los monjes de todo el Egipto, segun lo refiere un historiador: «Hizo venir del mismo desierto á cinco monjes extranjeros, y llenos de aquel espíritu de emulacion que degenera fácilmente en envidia entre los de diferente nacion: ordenó obispo á uno de ellos, al otro de sacerdote y á los tres restantes de diáconos, y les mandó presentar memoriales contra los otros tres solitarios excomulgados; memoriales que estos falsos hermanos no tuvieron más trabajo que firmarlos, porque el mismo Teófilo los habia dictado y mandado escribir. Habiendo recibido estos memoriales en la Iglesia con un aparato afectado, pasó á ver al prefecto de Egipto y le presentó una nueva súplica en su nombre, acompañando la de los monjes acusadores y pidiendo que los monjes fuesen expelidos de todo el Egipto. Obtuvo una órden con soldados, y semejante más bien á un jefe de una expedicion militar que á un obispo, corrió de noche á sorprender los monasterios.

«Dióscoro, obispo de la montaña, fue el primero á quien arrojaron, despues de haberle sacado violentamente de su silla una patrulla de etíopes. Saquearon luego las celdas, abandonando los pocos muebles de los pobres de Jesucristo á una multitud de criados y al populacho. Buscaron por largo tiempo á los otros tres hermanos, Eutimio, Eusebio y Ammonio; pero se habian ocultado en un pozo, sobre el cual habian puesto una estera, y así no pudieron descubrirlos. Lleno de despecho y de furor mandó Teófilo quemar sus celdillas particulares, y con ellas ardieron al mismo tiempo las divinas Escrituras y un jóven que no tuvo tiempo para huir.

«Luego que se retiraron los perseguidores, huyeron los tres grandes hermanos á Jerusalen, seguidos de los sacerdotes y de los diáconos de la montaña y de unos trescientos monjes, dispersándose los restantes

por diversos lugares. Este destierro voluntario no calmó el resentimiento del Patriarca; ántes bien persiguió á los fugitivos en la Palestina con cartas que no respiraban sino venganza. La compasion de aquella provincia para con los desgraciados fue á sus ojos un delito que no les perdonó sino con la condicion de que en adelante no les darian asilo, ni aun en las Iglesias. Así, pues, los solitarios se vieron precisados á huir de retiro en retiro, hasta llegar á Constantinopla á pedir justicia (1).»

Nos hemos ocupado detenidamente en el capítulo XXI, siglo IV, de San Juan Crisóstomo, llamado segun dijimos *boca de oro*, que es lo que significa Crisóstomo, por su mucha elocuencia, que tanta y tan justa fama le habia hecho adquirir. Lleno de virtudes, y trabajando con incansable celo por el bien de la Iglesia, agobiado por los sufrimientos de sus repetidos destierros, debidos á su constante enemiga la emperatriz Eudosia, fue llamado en consulta por el emperador, que se sentia inclinado á acceder á los ruegos de Gainas, que despues de las desgracias de Rufino y Eutropio se habia hecho poderoso, y como era arriano, pretendia que se concediese á los de su comunion una Iglesia en la ciudad imperial. Opúsose tenazmente el Crisóstomo y habló con la mayor energía al emperador, y como este manifestase algun temor por creer que Gainas tuviese aspiraciones al imperio, y no quisiere disgustarle, el santo le dijo: «No temais, señor, á ese bárbaro; yo quiero ponerle en razon: haced que nos veamos juntos, y yo le haré reconocer la injusticia de su peticion.» Accedió Arcadio con alegría á la peticion del Crisóstomo, y les hizo comparecer al dia siguiente á su presencia. El arriano empezó por exigir del emperador que cumpliese la palabra que le habia dado. Tomó la palabra el Crisóstomo, é hizo ver que el emperador cristiano era protector de la religion, y no su opresor: que no habia prometido ni podia prometer una cosa que no estaba á su disposicion, por absoluto que fuese su poder con respecto á los negocios del mundo, y que por otra parte era injusto hacer que sirviesen á la division de los fieles las iglesias instituidas para reunirlos: que todas las de Constantinopla estaban abiertas á todo cristiano, y que él podia ir á hacer allí sus oraciones. Gainas, no teniendo que contestar á las razones expuestas por el Crisóstomo, alegó los servicios que tenia hechos al imperio, y que le hacian acreedor á tener un lugar particular de oracion. A esto contestó el santo patriarca: «¿Qué clase de servicios son los que exigen por recompensa la profa-

(1) Berault-Bercastel, Lib. XI, n. 51 y 52.

nacion de los templos y el desprecio de las leyes? Estas prohiben terminantemente que los herejes se junten en las ciudades, é hicisteis juramento de guardar estas leyes santas y sábias. ¿Y habeis esperado hasta ahora para recibir la recompensa de vuestros servicios?» No contento con esto le recordó su antigua posicion, de la que se le habia sacado, pues que habia sido simple soldado, y volviéndose al emperador le hizo ver las consecuencias que podria traer su condescendencia para con los herejes, manifestándole que en la seguridad de la religion se cifraba la del imperio, y que valia más perder la corona del universo ántes que la de la religion (1).

La virtud y la verdad se abren paso á través de los errores, y los varones que unen á una vida intachable el don de la sabiduría se hacen respetables hasta de los hombres protervos. Así lo vemos en el caso presente. Gainas no pudo resistir á la elocuencia del Crisóstomo, y ni manifestó irritarse por escuchar sus palabras y profundas razones: y si más tarde se rebeló, no influyó en ello la humillacion que habia recibido del santo Patriarca. Escribe Teodoreto (2) que como el godo rebelde asolaba la Tracia, y nádie se oponia á los esfuerzos de la rebelion, se encargó de la diputacion el generoso pastor, y Gainas acompañado de sus hijos salió á recibirle, dándole todas las señales posibles de respeto y benevolencia.

(1) Sozom. lib. 8, c. 1.
(2) Lib. 3. hist., cap. 33.

CAPITULO II.

Fin del pontificado de San Anastasio I.—Nota explicativa acerca de las irregularidades.—San Inocencio I, papa.—Sus principales disposiciones.—Furor recíproco entre los ortodoxos y arrianos.—Llegada de los grandes hermanos á Constantinopla.—El Crisóstomo escribe en favor de ellos á Teófilo.—Altiva contestacion del patriarca de Alejandría.—San Epifanio en Constantinopla.—Muerte de San Epifanio.—Teófilo es llamado á Constantinopla por Arcadio.—Sus maquinaciones contra San Juan Crisóstomo.—Conciliábulo de la Encina.

Durante los acontecimientos de que nos hemos ocupado en el capítulo anterior seguia gobernando la Iglesia San Anastasio I, varon de gran prudencia, al que se deben varias disposiciones de importancia, siendo una de ellas la prohibicion de ordenar á persona alguna que tuviera deformidad corporal (1), disponiendo al mismo tiempo que los peregrinos

(1) Al recordar esta disposicion de San Anastasio I nos parece oportuno dar aquí algunas explicaciones acerca de las irregularidades. La Iglesia ha exigido siempre de sus ministros ciertas cualidades y antecendetes de que prescinde en la generalidad de los fieles. Para recibir las órdenes es necesario que se observen las leyes ó reglas que para esto tiene establecidas la Iglesia. En los tiempos primitivos los que no tenian las cualidades que estas reglas ó cánones prescribian, se llamaban *alienus à regula, alienus à canone*, no pudiendo ser ordenado, ó si despues de haber recibido las órdenes incurria en alguno de los casos anotados en las reglas, se le dejaba suspenso del ejercicio de las órdenes recibidas. Es, pues, la irregularidad *un impedimento canónico perpétuo establecido por la Iglesia que impide recibir lícitamente las órdenes ó ejercerlas despues de haberlas recibido.* Es indudable que el orígen de las irregularidades está en la ley canónica, y el fundamento de la ley en las consideraciones que la Iglesia ha tenido presente para hacer resaltar la dignidad de sus ministros, y que ejerzan con más fruto las funciones del santo ministerio. La irregularidad puede proceder *ex defectu*, ó bien *ex delicto*, y puede ser total y parcial. La irregularidad *ex defectu* es de nueve especies, á saber, *ex defectu animæ, corporis, natalium famæ, ætatis, obligationis, Sacramenti, lenitatis et libertatis*, y todas ellas están comprendidas en los siguientes versos:

Ortus, libertas, ratio, mens, corpus et ætas,
Non bigamus, lenis, nec mala fama notet.

Las explicaciones de cada una de estas irregularidades, así como de las *ex delicto*, se hallan

no fueran recibidos á las órdenes á ménos que no presentasen una carta firmada por el propio obispo, y de aquí seguramente tomaron su orígen las letras llamadas dimisorias. Ordenó tambien que cuando durante la misa leyesen los diáconos el Evangelio, se levantasen los sacerdotes é inclinaran la cabeza en demostracion de que eran unos servidores dispuestos siempre á ejecutar lo que manda el Evangelio. Dícese que esta disposicion fue motivada por una cuestion que tuvo lugar en Roma entre los presbíteros y los diáconos. Segun Baronio, los últimos, por su calidad de administradores de los bienes de la Iglesia, miraban con algun desprecio á los presbíteros, los cuales se resintieron y se negaron á levantarse en presencia de los diáconos, por cuanto era antigua costumbre en la Iglesia Romana que cuando los presbíteros estaban sentados los diáconos permanecian de pié. Llegó á tal extremo esto, que cuando los diáconos leian á los fieles el Evangelio rehusaban los presbíteros levantarse de sus sillas, para humillar la arrogancia de aquellos. San Anastasio quiso terminar este asunto, y lo hizo con la publicacion del mencionado edicto, que fue registrado en el libro pontifical. Cesarotti da detalles sobre esto, y Artaud de Montor sobre esta fuente.

Duró el pontificado de San Anastasio tres años y diez dias, y en este tiempo creó en dos ordenaciones diez ú once obispos, ocho ó nueve presbíteros y cinco diáconos, falleciendo el año 401, despues de haber gobernado la Iglesia, en expresion de su santo sucesor, con ejemplar pureza de costumbres, abundante copia de doctrina y extremado rigor

en los autores de teología moral y en el derecho canónico, y no creemos ser de este lugar el detenernos en ellas, bastándonos el indicar los medios de terminar las irregularidades y el manifestar quién puede dispensar de ellas y por qué causas. Las irregularidades que provienen de un vicio ó defecto temporal cesan *ipso facto* cuando cesa la causa que las motiva, como es el defecto de edad, de libertad, ciencia y otras. Las que provienen de defecto permanente pueden ser dispensadas, pero no todas, porque nunca puede haber causa suficiente para dispensar la falta de ciencia, ni varios defectos del cuerpo que enteramente incapaciten al sujeto para desempeñar el ministerio, ni los que tienen relacion con los intereses de un tercero, como la falta de libertad en los casados y en los esclavos. Otras se dispensan con más ó menos dificultad, segun la causa de que proceden. La facultad de dispensar las irregularidades corresponde al obispo ó al cabildo *sede vacante* en los casos expresos en el derecho, que son en las procedentes de delito oculto todas, excepto el homicidio voluntario y las que se agitan en juicio contencioso; y en las de defecto únicamente en el de legitimidad para las órdenes menores y beneficios simples. La dispensa de las demas corresponde al Romano Pontífice. Necesario es para dispensar que haya verdadera causa, en la cual para nada entra el interes personal, sino el bien y utilidad de la Iglesia, no debiendo confundirse las irregularidades con las censuras, y la absolucion de estas con la dispensa de aquellas.

en materias que se relacionasen con el ejercicio de la autoridad eclesiástica. Fue sepultado en el cementerio de *Orso Pileato*, en el Esquilino, y más tarde fue trasportado por Sergio I á la Iglesia de los Santos Silvestre y Martin, *in Monti*. Estuvo vacante la Santa Sede por espacio de veinte dias, al cabo de los cuales fue elegido

San Inocencio I, que habia sido creado cardenal por San Dámaso. Fue ciertamente un gran Pontífice, en quien todos los historiadores han reconocido un talento muy distinguido, y una consumada prudencia. Una de sus máximas, que debian tener presente todos los gobiernos, era la de que no debia hacerse cambio en el personal de los ministros de su antecesor. «Los recien venidos, decia, embrollan los negocios ántes que se hayan enterado de ellos.» Tuvo este Pontífice la suficiente energía para condenar todos los errores, y defendió con valor la causa de San Juan Crisóstomo, cuando indignamente fue despojado por la faccion de Teófilo de la Sede de Constantinopla y arrojado de aquella Iglesia, segun que veremos más adelante. Anatematizó á Pelagio y Celestino, que continuaban extendiendo sus erróneas doctrinas acerca del pecado original y el libre arbitrio de la divina gracia, siendo una de sus disposiciones que las causas de mayor cuantía se remitieran á Roma despues que el obispo hubiese pronunciado sentencia, en cuya disposicion, decia, seguia una religiosa práctica. Con los productos de un legado hecho á la Iglesia por la matrona Vestina construyó y erigió en título cardenalicio la Iglesia de los Santos Vital, Gervasio y Protasio; título que despues fue trasladado por Clemente VIII á la Iglesia de San Cesáreo, cuando destinó la de San Vital á noviciado de los jesuitas.

Por este tiempo (401) los arrianos habitaban en número considerable en Constantinopla, sin poder tener sus reuniones más que fuera de la ciudad, pero para ello se juntaban en el interior y salian procesionalmente, cantando coros llenos de impiedades y alusiones ofensivas á la doctrina católica. Por su parte los ortodoxos hicieron tambien cánticos satíricos contra los arrianos, de lo que provino que ambos partidos se ensañasen, llegando de las palabras á las obras, de suerte que hubo efusion de sangre. Los herejes culparon al Crisóstomo, creyendo que era la causa que habia movido á los católicos, y de aquí la gran persecucion que levantaron contra el santo Patriarca.

Dijimos en el capítulo anterior que los grandes hermanos, en virtud de las persecuciones de Teófilo, se habian refugiado en Constantinopla. Cuando hubieron llegado se presentaron al santo Patriarca,

refiriéndole todo lo que les habia ocurrido en Nitria, añadiendo que no pedian satisfaccion ninguna por las injurias de que habian sido objeto, ni querian quejarse al tribunal secular; que lo único que deseaban era que se les concediese la gracia de volver á sus soledades, para consumar en ellas el sacrificio que de sus personas habian hecho al Señor. Los grandes hermanos iban acompañados de otros muchos de aquellos santos solitarios, y todos ellos permanecian postrados á los piés del Crisóstomo miéntras uno de aquellos hacia su peticion. El santo fijó sobre ellos su vista, y al contemplar aquellos ancianos, en cuyos rostros se advertia la huella de sus mortificaciones y penitencias, se enterneció hasta el punto de verter lágrimas, y les ofreció sinceramente su proteccion, en la creencia de que le seria fácil ablandar á Teófilo, al que desde luego escribió con la mayor dulzura interesándose por ellos, á fin de que les admitiese de nuevo, haciéndole ver que los solitarios eran un ornamento de la Iglesia. Teófilo se irritó y contestó al Crisóstomo con la mayor altivez y aun con insultos, pues que le decia que el obispo de la ciudad imperial debia saber los cánones de Nicea, segun los cuales ningun obispo debia mezclarse en los negocios que no eran de su incumbencia, y que si él habia de ser juzgado por sus actos, habia de serlo por los egipcios, y no á setenta y cinco jornadas de distancia.

El obispo de Salamina, San Epifanio, que se hallaba en la ancianidad, gozaba gran prestigio y reputacion entre los doctores más jóvenes, y generalmente entre toda clase de personas: Teófilo le habia más de una vez ridiculizado por su ardor contra el origenismo; pero en esta ocasion creyó que le seria de utilidad contar con él, y así le previno con sus cartas, y engañado por las astucias de Teófilo, partió para Constantinopla, no obstante su avanzada edad.

No ignoraba San Juan Crisóstomo que San Epifanio habia caido en el lazo que le tendiera el patriarca de Alejandría; pero este, no obstante, envió á su clero á recibirle y le invitó para que se hospedase en su palacio episcopal. Preocupado contra él San Epifanio, se negó á aceptar la oferta, y aun á comunicarse con él ínterin no condenase á Orígenes y echase de Constantinopla á los grandes hermanos. A punto estuvo el venerable y anciano obispo de Salamina de caer en la mayor imprudencia, pues trataron de persuadirle de que presentándose en medio de la Iglesia á presencia de todo el pueblo, condenase en voz alta los libros de Orígenes, y como origenistas á los monjes que habian ido de Egipto, y al patriarca de Constantinopla como favorecedor de ellos. Empero

personas sensatas le hicieron conocer que este paso imprudente podria traer grandes conflictos, en los que él seria el que más habria de padecer, porque el obispo Juan Crisóstomo era extraordinariamente amado del pueblo.

Dios preparó el triunfo de la inocencia, haciendo que la emperatriz Eudosia se declarase á favor de los grandes hermanos. Estos, por su intimacion, se presentaron al obispo Epifanio, el cual los recibió con aspereza y al verlos en su presencia les habló de esta manera:

—¿Quiénes sois vosotros para tener la osadía de presentaros aquí?

—Padre mio, respondió respetuosamente uno de ellos: somos aquellos grandes hermanos que os han pintado con tan negros colores: mas yo desearia saber si oisteis alguna vez á nuestros discípulos, ó visteis nuestros escritos.

—Nunca, respondió Epifanio.

—¿Cómo, pues, nos teneis por herejes, no teniendo prueba alguna de nuestro modo de pensar? dijo Ammonio.

—Todos me dijeron que lo erais.

—De muy diverso modo hemos procedido nosotros con vos, replicó el solitario: muchas veces hemos leido vuestros escritos, y entre ellos vuestro Ancorato, y como le hubiésemos oido censurar á muchas personas que os acusaban de herejía, hemos tomado vuestra defensa. Vos, pues, no debierais condenar por vagos rumores á los que sólo tienen para vos palabras de alabanza.

No pudo ménos San Epifanio de convencerse de que se habia dejado engañar, y reconoció la inocencia de aquellos hombres tan injustamente perseguidos, y se arrepintió de haber obrado con tanta precipitacion en el asunto. El justo, dicen las Sagradas Letras ha de ser probado en la tribulacion como el oro en el crisol. Dios permitiria, pues, todo esto para probar más y más la virtud y la paciencia de aquellos santos solitarios. Créese que el santo obispo de Salamina tuvo entónces revelacion de su próxima muerte, pues que al tiempo de embarcarse dijo á los obispos y otras muchas personas que le acompañaban hasta el mar: «Os dejo la ciudad, el palacio y todo este gran teatro: por lo que á mí toca me retiro, pues se me insta en demasía.» En efecto murió en el mar ántes de llegar á Chipre, despues de haber gobernado por espacio de treinta y seis años la Iglesia de Salamina ó Constanza, capital de esta isla.

Quisieron con razon justificarse los solitarios de Nitria de las grandes calumnias que Teófilo habia levantado contra ellos; y así, apoyados en el

favor de la emperatriz Eudosia, se presentaron al emperador, suplicándole hiciese comparecer al mismo Teófilo, para que presentase su acusacion en forma, y pudieran ellos defenderse. Consintió en ello Arcadio, y envió á Alejandría uno de sus oficiales para que le condujesen. Entre tanto el emperador examinó las acusaciones presentadas por los falsos hermanos que habian sido sobornados por Teófilo. Nada pudieron probar los acusadores, y así se vieron precisados á confesar que todo habia sido una trama urdida por Teófilo. El caso era muy grave y Arcadio los hizo prender, muriendo varios de ellos en la prision ántes que llegase el pérfido prelado. La órden que este habia recibido era de que marchase solo; pero él, que estaba muy léjos de practicar la humildad evangélica, y que por el contrario se hallaba enorgullecido, hizo su viaje acompañado de treinta y seis obispos. Llevaba formado un plan inícuo, cual era el de hacer expulsar de su silla al Crisóstomo para de este modo poder con más facilidad continuar su persecucion contra los santos solitarios. Increible parece que á tal grado de corrupcion pueda llegar un hombre constituido en tan elevada dignidad eclesiástica, que debia conocer perfectamente sus deberes, como asimismo el espíritu del Evangelio. El Crisóstomo, animado de un espíritu de conciliacion y usando de la mansedumbre que le era tan natural, le instó á fin que explicase las causas que le movian á sostener aquella guerra injusta; pero el altanero Teófilo no se dignó contestar ni ménos presentarse en la Iglesia durante las tres semanas que permaneció en Constantinopla. Mandó el emperador al Crisóstomo que fuese á la habitacion de Teófilo á informarse jurídicamente contra él acerca de los delitos que le habian sido imputados. El Crisóstomo, que conocia y respetaba profundamente los cánones, se negó á ello, fundado en que aquellos prohibian á los obispos juzgar las causas eclesiásticas fuera de sus provincias, siendo esto reservado únicamente al Sumo Pontífice.

¡Qué diferencia de conducta tan notable advertimos entre el Crisóstomo y Teófilo! Miéntras tanto aquel se sujeta en un todo á las leyes eclesiásticas, y deja resplandecer en su modo de obrar la mansedumbre y la caridad que le eran tan características, Teófilo se ponia de acuerdo con los contrarios de aquel virtuoso prelado, buscando los medios más á propósito para perderle. El espíritu de Dios hablaba por el uno al paso que el de Satanás animaba al otro. Con Teófilo pusiéronse de acuerdo Acacio de Berea, Antíoco de Tolemaida y un abad descontento, como asimismo Severo de Gabalas, y enviaron á Antioquía algunas personas que se informasen minuciosamente de los antecedentes de la juventud de

Crisóstomo. Es adonde puede llegar la malicia humana. Podia el santo prelado haber sido turbulento y aun malo en su juventud, y esto no implicaba para que despues fuese una lumbrera de la Iglesia, y un ejemplo de esto tenemos en San Agustin, cuya historia hemos narrado. Pero ni aun esto se encontraba en el Crisóstomo, puesto que su juventud habia sido pura y santa; nada por consiguiente pudieron hallar que les favoreciese, y volvieron á Constantinopla sin resultado alguno. Allí era necesario buscar los elementos necesarios para conseguir el objeto que se proponian.

La calumnia se sostiene las más veces por el oro, que se prodiga en abundancia entre los que se prestan por el vil interes al odioso oficio de testigos falsos. Bien lo sabia Teófilo; y así, como concurriera la circunstancia de ser naturalmente opulento, derramó el oro á manos llenas y se rodeó de clérigos ambiciosos, á los cuales ofreció hacerles mejorar de fortuna (1). Para comprender qué clase de eclesiásticos eran estos que se unian para hacer la guerra á su legítimo Prelado basta saber que uno de ellos era reo de homicidio, y el otro en crímen de adulterio. Ambos eran por lo tanto reos de muerte, segun las leyes civiles; á estos y otros semejantes, y no ménos protervos que ellos obligó Teófilo á que, presentasen sus quejas y acusaciones contra el santo prelado. Todas las puertas se abrieron ante el oro de Teófilo, el cual no pudiendo evitar una condenacion canónica, tomó la resolucion de que se juzgase al Crisóstomo en un Concilio.

Siendo tan extraordinario como ántes hemos dicho el amor que en Constantinopla profesaban los fieles á San Juan Crisóstomo, se temió el reunir el conciliábulo en la ciudad imperial, y se eligió para el efecto un pueblo pequeño, que era un arrabal de la Encina, cuyos vecinos eran enemigos declarados del santo que iba á ser juzgado por aquellos impíos. Citaron al santo, pero se negó á comparecer. Recordará el lector que cuando el Crisóstomo escribió con gran dulzura á Teófilo para que admitiese de nuevo á los grandes hermanos y demas solitarios en el desierto del Egipto, le contestó que los cánones prohibian terminantemente á los obispos mezclarse en los asuntos de otras provincias que las suyas. Pues bien: cuarenta obispos que se hallaban ahora en Constantinopla, y que se maravillaban de la astucia y perversidad de Teófilo, le recordaron lo que entónces habia dicho, añadiendo que si no respetasen más que él

(1) Pallad. Dial. p. 5.

los cánones de Nicea, ya se habrian reunido en concilio, y le hubiesen condenado, pues que conservaban muchas pruebas de los delitos que habia cometido. Débil el emperador al que logró ganar Teófilo, quiso obligar al Crisóstomo á que compareciese ante el conciliábulo, pero se negó con firmeza de carácter, diciendo que caso de ser culpable no disputaria sobre el lugar del juicio, pero toda vez que se excluyesen algunos de los jueces que habian sido nombrados, pues que eran recusables por todas las razones del derecho. Las cartas del santo Patriarca fueron llevadas por unos obispos que le eran adictos; pero los del bando de Teófilo ejercieron con ellos las mayores violencias, y aprisionando con las cadenas que tenian preparadas para el santo á uno de ellos le embarcaron, trasladándole á un lugar lejano. Estremece en verdad el contemplar tanta perfidia.

CAPITULO III.

Acusaciones que contra el Crisóstomo se presentaron en el conciliábulo.—Es el santo Patriarca condenado y expelido.—Se le llama de nuevo, temiendo el castigo del cielo.—Estatua levantada á la Emperatriz.—Predicacion del Crisóstomo con motivo de las supersticiones mezcladas en las fiestas de la inauguracion de la estatua.—Nuevas persecuciones contra el santo Patriarca.—Atentados contra su vida.—Rasgo admirable de su caridad.

Reunido el consejo de iniquidad, ó sea el conciliábulo de la Encina, y visto que el Crisóstomo se negaba á presentarse ante aquella anticanónica asamblea, diéronse como probadas todas las acusaciones que contra el santo Patriarca se habian formulado. Veinte y dos fueron los acusadores que habian vendido miserablemente la conciencia y hasta la dignidad de hombre al oro de Teófilo. Era San Juan Crisóstomo, y no podia ocultarse ni aun á sus mismos enemigos, amante de los pobres, y se complacia en ser benéfico para toda clase de necesitados. No aficionado al despilfarro que traen consigo los convites y banquetes, comia de ordinario solo, guardando una gran frugalidad propia de un ministro de la Religion de Jesucristo, que conocia perfectamente sus deberes y obligaciones y el buen ejemplo que estaba en el caso de dar á los fieles que estaban sujetos á su autoridad episcopal. Esto no obstante, una de las acusaciones era la de que era poco amigo de la hospitalidad, y el demostrar la circunstancia que acabamos de indicar de comer frugalmente y siempre solo, les sirvió para acusarle de egoismo, no faltando quien añadiese que el no querer compañía á la mesa era para mejor regalarse. A nádie podia hacer efecto tan ridícula acusacion, siendo así que era á todos notorio que el virtuoso Patriarca se hallaba en un estado delicadísimo de salud, en términos que arrojaba cuanto caia en su estómago, y que tenia que privarse por lo tanto de todo alimento que no fuese por demas

suave, no pudiendo gustar el vino ni ninguna otra clase de bebidas espirituosas.

En una palabra, podemos decir que todas las acusaciones se convertian á pesar de ellos, en verdaderas alabanzas. Decíase que á nádie daba cuenta de los tesoros de la Iglesia. ¿A quién debia dar esta cuenta? ¿Tal vez á sus enemigos? ¿Á aquellos que hubieran querido aplicarlos á levantar templos para las reuniones y uso de los herejes? Tan solamente hay sobre los obispos la Santa Sede Apostólica. Que habia vendido los mármoles preparados por su antecesor para adornar una iglesia y tambien varias cosas sagradas, era otra de las acusaciones. Nada probaba más su espíritu de caridad. En fin, se le acusó de otras mil cosas á cual más absurdas. No habia quien dejase de conocer las calumnias, porque sabido era de todos la pureza de su vida, la rigidez de sus costumbres y su celo por el decoro del santuario. El Crisóstomo no tenia de qué arrepentirse, y nada podia echársele en cara que hiciese asomar á su rostro la vergüenza. ¡Qué jueces tan inicuos! No se tomaron ni aun el trabajo de averiguar si era cierto lo que se decia, y si aquellas acusaciones se fundaban en alguna cosa que tuviese visos de verdad. Se escucharon á los falsos testigos y se le condenó simplemente por contumacia, y escribieron una carta al emperador concebida en estos términos: «Como Juan, acusado de muchos delitos, no ha querido presentarse porque se conocia culpable, ha sido depuesto segun las leyes; mas porque los libelos contienen tambien una acusacion de lesa majestad, dejamos á vuestra piedad el cuidado de castigarle por este delito particular, porque no nos corresponde á nosotros el conocer de él.» De este modo añadieron á la maldad la hipocresía. El delito de lesa majestad que se le imputaba era el haber proferido, segun decian, algunas palabras injuriosas contra la emperatriz en los sermones que predicó en la Encina durante la celebracion del conciliábulo.

Pronto se supo por toda la ciudad imperial la sentencia que habia recaido contra el Crisóstomo, lo que no pudo ménos de afligir á los ortodoxos que, como ántes hemos dicho, tan extraordinariamente le amaban. Se añadió más, á saber: que debia ser degollado. Pero cuando esto llegó á oidos del santo, contestó con energía á los obispos ortodoxos: «Pronto estoy á ser sacrificado: conozco la conjuracion de Satanás, que no puede sufrir más la guerra que le hacen los discursos del que llamais el Crisóstomo. Acordaos de mí en vuestras oraciones, y nádie abandone por miedo los intereses de la Iglesia.» Tal debia ser el lenguaje de un

verdadero obispo, de un digno sucesor de los Apóstoles, que no debe olvidar jamás que su destino sobre la tierra es luchar, y que Jesucristo les ha dicho que los envía como ovejas en medio de los lobos. Quédese el temor para aquellos que defienden causas injustas, ó que tienen el corazon apegado á los bienes de la tierra. Los verdaderos fieles de Jesucristo, y muy especialmente los escogidos para el desempeño de las sagradas funciones sacerdotales, jamás temen; en padecer encuentran su gloria, y los martirios más crueles no son suficientes á hacerles faltar á sus deberes. Mil pruebas de esta verdad hemos visto en la historia de los primeros siglos de la Iglesia, durante las grandes persecuciones de los emperadores paganos. El Crisóstomo fue un digno sucesor de los esforzados Apóstoles, que luchando con mil elementos contrarios, trabajaron hasta perder la vida en defensa del Evangelio, que llevaron con gran celo hasta los últimos confines de la tierra.

Hemos citado las palabras que dirigió el santo Patriarca á los obispos de su partido. Pues bien, estos, apénas le escucharon, no pudieron contener el llanto y se abrazaban con el mayor amor, no faltando quienes se salieran fuera, por no serles posible resistir la impresion y el dolor que les habian causado sus expresiones. Empero el santo los hizo entrar de nuevo, y dirigiéndoles otra vez la palabra, les habló de esta manera: «Sentaos, hermanos mios, y no lloreis por lo que me trae un verdadero bien y una positiva felicidad: Jesucristo es mi vida y mucho gano con la muerte. ¿Somos por ventura mejores que los profetas y Apóstoles, para estar ménos expuestos á los tiros de la envidia y para permanecer más tiempo que ellos en esta vida?» Uno de los asistentes, contestó, interpretando justamente los sentimientos de los demas: «¿Cómo no hemos de llorar cuando vamos á quedar huérfanos, viuda la Iglesia, despreciadas sus leyes, abandonados los pobres, y el pueblo fiel privado de alimentos y de luces?» Aquella conversacion la terminó el santo Patriarca diciendo: «Basta, hermano mio, no digas más: la luz del Evangelio no comenzó por mí, y por lo tanto no acabará conmigo (1).

No era el ánimo de Teófilo hacer quitar la vida al santo, y sólo deseaba que fuese desterrado para apartarle de los fieles de la ciudad imperial y quedar él dueño del campo. ¿Debió consentirlo Arcadio? ¿Ignoraba este emperador lo que sabian todos sus vasallos, á saber, que el Crisóstomo era un varon lleno de virtudes? ¿No tenia ni sospechas

(1) Pallad., Dial., págs. 67 y 68.

de que todo aquello era una trama infernal, un ardid fraguado por Teófilo, en el que cayeron cuantos asistieron al conciliábulo de la Encina? Su propia conciencia le diria lo que habia de cierto; pero era un principe débil y se dejó arrastrar por las decisiones de la asamblea, ó mejor por la perfidia de Teófilo, el cual, como dijimos, habia derramado el oro con prodigalidad, formando de aquel metal la llave que abrió la boca á los miserables acusadores á quienes el vil interes les hizo pronunciar las calumnias, bien así como ántes habia hecho á Júdas entregar su Divino Maestro en manos de sus enemigos para que le crucificasen. Consiguió lo que tanto deseaba, y el emperador Arcadio confirmó la sentencia de destierro para San Juan Crisóstomo. Protestó el santo Patriarca de la sentencia, pero fue sacado violentamente de la Iglesia por medio de una multitud de fieles que vertiendo lágrimas de desconsuelo exclamaban á voz en grito: *¡Ay! mejor seria quitarle al sol el resplandor de su luz, que condenar al silencio la boca de Juan.* Inmediatamente le sacaron fuera de la ciudad y le embarcaron en un buque que debia aquella noche partir para el Asia.

Dios quiso entónces por medio de un prodigio manifestar así la inocencia y santidad de su siervo, como la perfidia de sus calumniadores. Aquella noche tuvo lugar un horroroso temblor de tierra que amenazaba echar por tierra todos los edificios, y especialmente el palacio del Emperador. La ciudad presentaba un aspecto desolador, y los habitantes de Constantinopla corrian desatentados por las calles, gritando á voz en grito que aquello era castigo del cielo por la injusta persecucion que se habia hecho al santo obispo, y hasta la misma emperatriz atemorizada rogó á su esposo que diera la órden para que inmediatamente volviera á la ciudad. Como si esto hubiese sido poco, sus mismos enemigos, los que habian tomado parte en su proceso en el conciliábulo, confesaban públicamente que era inocente y que le habian calumniado por las persuasiones de Teófilo. Este dió las órdenes oportunas para su regreso, y en el momento toda la ciudad se dirigió al mar, apoderándose de cuantos buques encontraron para ir en busca del santo, el cual entre las mayores aclamaciones, y ovaciones tan entusiastas cuales nunca las oyeron los más célebres conquistadores, entró de nuevo en la ciudad rodeado de una inmensidad de personas notables, entre las que habia más de treinta obispos, segun refiere el historiador Teodoreto. En el momento en que el santo hizo su entrada en la ciudad cesó el temporal y temblor de tierra, quedando un tiempo hermoso. He aquí lo que por lo comun sucede

con la calumnia. Dios permite que sea reconocida la inocencia y descubierto el crímen. Por esto el que vive bajo el testimonio de una conciencia serena, si bien trata de defenderse como es justo cuando se ve calumniado, pues que el Señor manda mirar por la propia estimacion y buen nombre, está tranquilo confiando en la Providencia, que siempre obra con justicia.

El entusiasmo de los fieles no podia subir á mayor grado. Por más que el santo manifestase no querer volver á tomar su jurisdiccion hasta tanto que fuese restablecido por un concilio más numeroso que el que le habia depuesto, la multitud que le rodeaba con hachas encendidas le condujo á la Iglesia y le hizo ocupar su cátedra. Sus labios se abrieron para derramar un rico venero de celestial enseñanza, y su discurso era á cada paso interrumpido por los entusiastas aplausos en que prorumpia la multitud de sus oyentes, y esto en tales términos que no le dejaron concluir. Teófilo deberia entónces haber muerto de vergüenza, decimos mal, deberia haber reconocido su maldad, y postrado á los piés del santo Patriarca haberle pedido perdon de tantas injurias y de la injusta persecucion que habia levantado contra él: y como Dios es un Padre de misericordia que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva, le hubiese perdonado atendida su bondad. Pero no fue esta desgraciadamente su conducta. El santo insistió en que se reuniese un concilio, y el emperador, que ya se habia hecho favorable á él, escribió á todas las provincias para que acudiesen á la ciudad imperial los obispos; pero atemorizados principalmente los que eran del partido de Teófilo, se escondieron ó huyeron secretamente, y el mismo Teófilo temiendo le quitasen la vida se embarcó secretamente en la mitad de la noche, dirigiéndose al Egipto.

El Crisóstomo quedó entónces tranquilo cuidando del rebaño que le habia sido confiado por Dios, y recibiendo de su pueblo cada dia mayores y más reiteradas pruebas del grande afecto que le profesaban, siendo oida su palabra con el mayor respeto y la más profunda veneracion.

Sin embargo, no habian terminado los trabajos de este dignísimo ministro del Santuario. Aun le restaban grandes tribulaciones que sufrir y grandes persecuciones que padecer por la justicia. Dos meses tan sólo pudo gozar de tranquilidad y de paz, durante cuyo corto tiempo predicó sin descanso para sostener la fe de sus diocesanos y atraer al camino de la verdad á los que se habian dejado seducir y engañar por los herejes.

Al terminar dichos dos meses se levantó una estatua á la emperatriz en una plaza pública, y para su inauguracion se prepararon espléndidas fiestas, pero envueltas en supersticiones, reminiscencias verdaderas del paganismo, que fueron preparadas por el prefecto de la ciudad imperial, que era maniqueo ó más bien pagano. El que estaba constituido por Dios al frente de aquella cristiandad; el que estaba colocado como la luz sobre el candelero para iluminar á las gentes y disipar las tinieblas de los errores, ¿qué debia hacer al tener conocimiento de que se iban á renovar en las inmediaciones de la Iglesia las supersticiones paganas? ¿Tal vez callar por respetos humanos? Esto no saben hacerlo los ministros de la Religion que comprenden sus deberes, y á los que se les ha de tomar estrecha cuenta de todos y cada uno de sus actos. A los que de tal modo obrasen diria el Juez Eterno en el tremendo juicio, como á las vírgenes fátuas de las que nos habla el Evangelio: *Nescio vos:* No os conozco; y habrian labrado su perdicion eterna. No podia obrar de este modo el Crisóstomo: lleno de celo, sin parar mientes en que aquellas fiestas eran en honor de la emperatriz, ocupó su cátedra, y con la mayor energía declamó contra aquellas supersticiones. Esto fue suficiente para que de nuevo estallara contra él la persecucion.

La emperatriz, que lloró é intercedió con el emperador para el regreso del santo Patriarca cuando conoció el castigo del cielo y creyó que la ciudad iba á quedar hecha un monton de escombros á causa del temblor de tierra, se olvidó bien pronto de aquello, y sintiéndose herida en su orgullo volvió nuevamente á declararse contraria del santo, arrastrando tras sí la voluntad de su esposo. Recibió el Crisóstomo la órden de salir de la Iglesia, y se le puso su mismo palacio por cárcel. En vano la víspera de la Páscua más de cincuenta obispos se presentaron en el templo, y postrándose en presencia del emperador le suplicaron que dejase en libertad al Pastor de aquella Iglesia para que pudiesen celebrar la gran solemnidad. Nada consiguieron. El emperador y la emperatriz no se dignaron atender á sus súplicas.

El pueblo manifestó su sentimiento, y los templos permanecieron desiertos, pues no quisieron acudir las ovejas faltas del Pastor. ¿Cómo en esta ocasion no le desterraron en el momento, y se contentaron con no permitirle salir de su morada? Son inconcebibles las aberraciones del entendimiento humano. Tenian temor de que se repitiera el temblor de tierra ó alguna otra catástrofe por el estilo. O era el Crisóstomo culpable ó inocente. Si lo primero, ¿qué debian temer al castigarle? Si era inocen-

te, ¿por qué perseguirle de aquel modo? Ello es que si temian el castigo del cielo, conocian que obraban mal, y eran impulsados tan solamente por sus malas pasiones, por el odio que le profesaban. Lo que más á nosotros nos admira, es la conducta de los emperadores. Si sabian que los mismos que habian formado el conciliábulo de la Encina, asustados por el castigo visible del cielo, habian confesado públicamente que le habian calumniado por complacer á Teófilo, ¿cómo ahora vuelven á declararse enemigos suyos? No hay cosa más terrible que una mujer herida en su orgullo, y Eudosia no podia olvidar que el Crisóstomo habia combatido parte de los festejos que en su honor dedicara el pueblo: empero no reflexionaba que el santo Patriarca respetaba profundamente el principio de autoridad, y que no eran las fiestas las que combatia, sino las supersticiones que en ellas iban mezcladas, y que eran totalmente opuestas al espíritu y enseñanza del Evangelio.

En los dias que mediaron desde la Páscua de Resurreccion hasta la otra de Pentecostés se atentó muchas veces contra la vida del santo, y esto dió ocasion á que el santo demostrase con su conducta que estaba animado del Espíritu de Dios, y que era verdadero discípulo, y digno ministro del Salvador de la humanidad que pendiente del árbol de la Cruz pidió á su Eterno Padre perdon para los mismos que le habian crucificado. Sorprendido un hombre que levantaba el puñal para clavarle en su pecho, fue presentado ante el tribunal del prefecto; pero el santo mandó algunos obispos suplicando que no le hicieron mal alguno, y que le perdonaba de todo corazon el asesinato que habia querido hacer en su persona. En el siguiente capítulo acabaremos de exponer los padecimientos, y la preciosa muerte de esta brillante lumbrera de la Iglesia de Jesucristo.

CAPITULO IV.

Destierro del Crisóstomo.—Es colocado Arsacio en la silla patriarcal.—Viaje del Crisóstomo enfermo á Cúcusa.—Su celo en el destierro.—Ulinas, obispo de los godos.—El sacerdote Rufino.—El Crisóstomo en la fortaleza de Arabisa.—Castigo del cielo contra los perseguidores del Crisóstomo.—San Nilo.—Vigilancio, hereje.—Atico sucede á Arsacio en la sede de Constantinopla.—El papa Inocencio toma la defensa de San Juan Crisóstomo.—Los griegos tratan indignamente á los enviados del Papa y del Emperador Honorio.—Última enfermedad y muerte del Crisóstomo.

Instigado el emperador por los obispos herejes, consintió en desterrar al Crisóstomo contra lo que le dictaba su propia conciencia, y mandó que inmediatamente saliese de Constantinopla. Esta órden causó efectos diversos. Los ortodoxos, que formaban la mayoría de la poblacion, vertian lágrimas amargas, y no encontraban consuelo al ver que iban á quedar huérfanos de un padre tan amante, al que debian tan pura enseñanza y consejos los más saludables: los partidarios de Teófilo, no cabian en si de gozo viendo que habian conseguido el objeto que tanto deseaban. El santo desterrado, por su parte, cuando le fue comunicada la órden respondió tan sólo con esta palabra: «Toda la tierra es del Señor; en todas partes le hallaré, y no temo el destierro.» No temia el santo Patriarca los nuevos padecimientos á que habia de sujetarse, ni los trabajos que le esperaban: en padecer encontraba sus delicias, y mayores alegrías; sentia si lloraba amargamente la desolacion de su Iglesia, el extravío de las ovejas que iban á verse privadas de su legítimo Pastor, y expuestas por consiguiente á ser devoradas por los temibles lobos de la herejía. El pueblo se hallaba agitado y con facilidad hubiera estallado un motin. El Crisóstomo trató de evitarlo, y á este efecto miéntras el gentío que habia acudido á verle le esperaba delante de la Iglesia por la parte del Occidente, salió ocultamente por la de Oriente embarcándose inmediatamente para Bitinia.

¿A quién no admira semejante comportamiento? Cualquier hombre que por razones políticas ú otras de diversa naturaleza es condenado á la amarga pena del destierro, si el pueblo se agita en su favor, trata si le es posible de ser visto para mejor excitar los ánimos, pues que en un motin ó revolucion puede encontrar su salvacion. No así sucede á los que son perseguidos por la causa santa de la Religion: estos viven con el cuerpo en la tierra y el alma en el cielo; como la caridad es el norte que los guia tratan de evitar todo aquello que no esté conforme con lo que Dios manda, y resignados ellos con las disposiciones de la Providencia, obran como acabamos de ver que obró el santo obispo y Patriarca de Constantinopla.

Para ocupar la silla arzobispal de Constantinopla, luego que fue desterrado el Crisóstomo, fue nombrado el sacerdote Arsacio, hombre muy anciano de buena reputacion. Sin embargo, era de carácter débil, y esto mismo hizo que fijaran en él su vista, para poder disponer de su voluntad, y así cometieron durante su tiempo las más crueles violencias.

El Crisóstomo, entre tanto, lleno de resignacion y gloriándose de padecer por Jesucristo, seguia tranquilo su viaje, dirigiéndose á Cúcusa, ciudad de poca importancia en la Armenia, en los confines de la Cilicia, lugar de destierro que le habia sido señalado. Aquella provincia estaba sobresaltada de contínuo por las frecuentes correrías de los isauros, bárbaros de una ferocidad espantosa, que en diversas ocasiones habian penetrado por aquellos pueblos sembrando en todos ellos la desolacion y el espanto. El viaje del santo Patriarca estuvo lleno de sinsabores: sus guardias, sin respetar su dignidad ni tener en cuenta para nada su avanzada edad, le hacian caminar dia y noche por aquellos caminos llenos de asperezas, y escaso de recursos: así es que por más que disfrutase de salud á su salida de la ciudad imperial, enfermó en aquellos caminos, siendo acometido de una fiebre violenta. Esto no obstante, ántes que él llegaba su fama á los pueblos por donde habia de salir, y de todas partes corrian á verle, se postraban en su presencia y proveian á sus necesidades.

Así ha permitido siempre el Señor que suceda para confusion de los enemigos de su Iglesia, cuando los Sumos Pontífices y esclarecidos prelados han sido arrojados de sus sillas por la maldad y la perfidia. Ya veremos, cuando nos ocupemos de la historia del presente siglo y hablemos de las persecuciones que experimentara Pio VII, de feliz memo-

ria, las grandes ovaciones de que este Pontífice fue objeto, cuando rodeado de bayonetas francesas salió de Roma para el lugar que le habia sido señalado por el dominador de la Europa, el soberbio y arrogante Napoleon. Dios permite que los pueblos conozcan con superior instinto quiénes son sus verdaderos amigos, y que colmen de bendiciones, aunque los vean sumergidos en la desgracia, á aquellos que son dignos de respeto.

Por fin terminó el santo Patriarca su viaje, y cuando sus fuerzas se hallaban más debilitadas por lo tenaz de la fiebre llegó á Cesarea de Capadocia, donde fue recibido en medio de las más copiosas bendiciones de un pueblo que se consideraba feliz con hospedar al que ya conocian por la justa fama que le habia precedido. Sacerdotes, legos, monjes, religiosos, en fin, todos los habitantes salieron á recibirle y todos derramaron lágrimas, ora por la pena que les causaba la persecucion de que era objeto el santo Prelado, ora por el gozo con que le recibian entre ellos.

Corta fue la permanencia del santo Patriarca en Cesarea. Los guardas le obligaron á continuar sin darle tiempo á que se restableciera de las pasadas fatigas ni á que atendiese á su curacion. Ni aun tuvieron en cuenta que en aquellos dias los isauros ejecutaban las mayores violencias por aquellos caminos, saqueando y matando á los que encontraban. Empero Dios le protegió, y sin que nada le ocurriese llegó á Cúcusa, despues de dos meses de su salida de Constantinopla y de un viaje tan lleno de incomodidades y de sinsabores agravados por su enfermedad. El ilustre y venerable Prelado fue recibido en aquel pueblo con las muestras del mayor entusiasmo por parte de todas las personas de distincion, que con el obispo salieron á recibirle. Muchas personas notables, y entre ellas las más distinguidas señoras, le visitaron y se encargaron de proveer generosamente á todas sus necesidades, haciéndole grato el destierro. Un año duró su permanencia en aquel punto; pero durante este tiempo no pasó una vida infecunda. Antes por el contrario, y cual si se hallase en la flor de su vida y con una gran robustez, ocupóse en escribir varios tratados y cartas de gran consuelo y utilidad. Entre estas obras se distingue su discurso manifestando que nuestra felicidad ó nuestra desgracia no depende sino de nosotros mismos. Solamente á Olimpiades dirigió diez y siete cartas, llenas de uncion y de saludables enseñanzas. Ni fue esta tan solamente su ocupacion: verdadero apóstol de Jesucristo, se dedicó con gran celo á predicar el Evangelio, instruyendo en la

doctrina católica á los habitantes de aquellos pueblos circunvecinos de la frontera de los persas. He aquí de qué modo este varon admirable escribia á Olimpiades (1). «Servid en cuanto os sea posible al obispo Marutas, porque necesito mucho de él para los negocios de la religion en Persia. Mucho me agradaria verle á su paso, para ser por él informado de los frutos de salud que ha obrado. Pero os encargo que os informeis si recibió mis dos cartas, y si se digna contestarme le escribiré nuevamente; mas si no lo juzga á propósito, procurad saber de él y decirme el estado actual de la Iglesia en esas regiones. Expresadme tambien si piensa evangelizar allí segunda vez.» Es necesario tener en cuenta que el obispo Marutas era uno de los que habian asistido al conciliábulo de la Encina, preocupado contra el Crisóstomo, pero que despues habia conocido su error y se le habia hecho muy adicto. El conservar rencor por pasadas injurias, quédese en buen hora para los que desconocen el espíritu del Evangelio, que es todo caridad, pero no para aquellos que tienen presente el precepto expreso de Jesucristo: *Amad á vuestros enemigos, haced bien á aquellos que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian* (2), y que saben á todo interes personal sobreponer los intereses de la Religion.

Manifestaba el Crisóstomo una fortaleza superior á sus años, que no podia ménos de admirar á cuantos veian y contemplaban sus asiduos trabajos y aquel celo que extendia á todas partes: bien que él hubiera querido poder multiplicarse para ser útil á toda la cristiandad. El habia provisto de un excelente obispo á los godos en la persona de Oulinas, que murió despues de haber trabajado entre ellos con celo evangélico. El rey de los godos le instó para que le propusiese un nuevo obispo, pero el santo, temiendo que en el estado en que habia quedado la Iglesia de Constantinopla hiciese un nombramiento, poco conveniente tomó la resolucion de dilatar el negocio, escribiendo al mismo tiempo á los godos á fin de que procurasen atender á las necesidades de la Iglesia de Gotia.

El cristianismo puede decirse que por entónces iba naciendo en la Fenicia, donde muchos operarios evangélicos habian sido sacrificados por el furor y odio de los paganos. A aquellas Iglesias tan necesitadas se extendia tambien el celo del ilustre emigrado. Uno de los sacerdotes que con mayor asiduidad trabajaban en aquella cristiandad era Rufino, que

---

(1) Crysost., Epist. 13. ad. Olymp.
(2) Math., c. V, 44.

gozaba de gran reputacion por sus virtudes y reconocido celo. Escribióle el Crisóstomo, prometiéndole ayudarle con cuantos socorros estuvieran en su mano y diciéndole que le comunicase los adelantos que se hacian. He aquí algunas frases de aquella carta: «Daos priesa á terminar ántes del invierno las Iglesias que aun no están cubiertas. Por lo que respecta á las reliquias de los santos mártires, no paseis cuidado, pues acabo de escribir al obispo Arabisa, que tiene muchas y muy auténticas: dentro de poco las enviaré á Fenicia.» Se expresaba así porque ya se habia establecido la costumbre de colocar reliquias de los mártires en la consagracion de los altares.

Como quiera que los isauros hubiesen hecho una irrupcion de las más terribles, el Crisóstomo se refugió en la fortaleza de Arabisa, donde tuvo mucho que padecer, porque el invierno, que siempre es rigoroso en la Armenia, lo fue mucho más aquel año, y el santo estaba muy debilitado por los grandes trabajos y no pocas fatigas que habia sufrido, como asi mismo por la tenacidad de la fiebre que tanto le habia molestado. Sin embargo temia ménos á la enfermedad que á la ferocidad de los isauros. Así se explica de este modo en algunas de sus cartas: «Adonde quiera «que vuelva la vista, no se ve otra cosa que casas arruinadas, campos «sembrados de cadáveres, arroyuelos convertidos en rios de sangre, «ruinas y estragos. La fortaleza en donde nos hallamos es más segura «que las otras; pero no estamos más tranquilos, porque estos bárbaros «osados insultan á las mejores plazas, y el menor inconveniente de sus «ataques es tenernos encerrados como en una triste prision. Continua«mente tenemos la muerte á nuestras puertas; la espada ó el fuego nada «perdonan, y el hambre nos hace temblar á causa de la multitud que se «refugia sin cesar á un lugar tan estrecho; porque el terror echa á los «vecinos de las poblaciones grandes; las ciudades no son más que tris«tes montones de casas desiertas y taciturnas; las florestas y las cavernas «han venido á ser la habitacion de los ciudadanos, y los armenios, redu«cidos á la condicion de las bestias salvajes, no hallan su seguridad sino «en los desiertos. Aquí se muda todos los dias de habitacion, como los «escitas y los nómadas; pero más afeminados que los de estos pueblos, «los niños tiernos, llevados de noche con precipitacion, quedan muchas «veces sin vida y yertos de frio en medio de las nieves (1).»

Cuán gratas eran á Dios las virtudes del Crisóstomo, de este varon at-

(1) Berault-Bercastel cita este fragmento de carta.

leta esforzado de la verdad católica, al que ni las más terribles persecuciones pudieron desviarle una sola línea del camino de sus deberes, demostrado lo vimos en la calamidad que experimentara Constantinopla con aquel terremoto que hiciera conocer que su destierro era á todas luces injusto. Israel sufrió el castigo que aun pesa sobre aquel desventurado pueblo por haber perseguido á los profetas y dado muerte al Hombre-Dios que vino á salvarle: la sangre del justo cayó, segun ellos pidieron, sobre su cabeza. Constantinopla se declaró enemiga de aquel que en nombre y con la autoridad del Hijo de Dios le daba el alimento de la doctrina y enseñanza católica, y debia sufrir el justo castigo de tal maldad. Estando el Crisóstomo sufriendo su destierro, vinieron nuevas calamidades sobre la ciudad imperial: entre los muchos accidentes que sobrevinieron y que fueron considerados como castigo del cielo por las persecuciones del Crisóstomo, se cuentan una tempestad horrible en la que cayó en abundancia el granizo del tamaño de nueces, que causó daños de grandes consecuencias en las personas y en las haciendas; la muerte de la emperatriz Eudosia, al dar á luz un niño, y la del obispo de Calcedonia, que continuamente calumniaba al santo y publicaba contra él las mayores invectivas. La muerte de este injusto prelado fue acaecida por un accidente muy particular y extraño. Cuando se hallaba en el conciliábulo de la Encina, San Marutas le habia pisado un pié, de cuyas resultas se le hizo una herida, que si bien en un principio pareció cosa leve y de poca importancia, despues se le gangrenó, por cuya causa hubo necesidad de cortarle el pié, y aun más tarde la pierna; pero el mal se comunicó á la otra pierna y despues á todo el cuerpo, por lo que el mal se hizo incurable, y murió entre los mayores dolores y las más crueles angustias. Los demas que habian tomado una parte principal en la trama que llevó á cabo el conciliábulo, todos murieron del modo más desastroso, y de esto nos dan cuenta varios autores, que cita un historiador de la Iglesia, por estas palabras: «Uno cayó de una escalera y se quedó muerto, y otro murió de repente exhalando un hedor insoportable. A otro se le quemaron las entrañas, se le llagó el vientre, y le royeron los gusanos todo el cuerpo con una infeccion horrible: á otro se le hinchó de tal modo la lengua, que le tapó la respiracion y le sofocó; pero ántes de espirar hizo por escrito su confesion pública. Parece que el cielo no queria perdonar á ninguno de los culpados, pues hubo quien padeció la gota en el mismo dedo con que habia firmado la proscripcion inicua; y quien por haber dado libre curso á su lengua des-

enfrenada quedó de repente mudo y estuvo ocho meses en una cama sin poder llevar la mano á su boca. Hubo quien se rompió una pierna cayendo del caballo, y espiró en el momento. Muchos, finalmente, padecieron accesos de frenesí, en los que creyendo ver bestias feroces, bárbaros armados, abismos abrasados abiertos bajo sus piés, daban de dia y noche gritos espantosos (1).»

Existia por aquellos dias un famoso solitario, San Nilo, el cual, comprendiendo que tan gran número de calamidades eran un justo castigo, del cielo, escribió por dos veces al emperador, manifestándole que Constantinopla no se veria libre de tantos azotes si no terminaba la injusta persecucion del santo obispo Juan, y que el mismo emperador debia empezar por hacer penitencia. En el mismo sentido se interesaron otras muchas personas importantes, y entre ellas cuatro obispos, que pasaron á Roma é informaron minuciosamente al Sumo Pontífice San Inocencio de todo lo que habia acontecido.

Entre tanto murió Arsacio, siendo de más de ochenta años de edad, sucediendo en la silla de la ciudad imperial Atico, sin que por esto mudase en nada la suerte del santo Patriarca, continuando su destierro y opresion á pesar de las defensas que de él hacian los más ilustres prelados.

El Papa, á quien llegaban cada dia nuevas noticias de la infernal trama tejida contra el Crisóstomo, escribió al emperador Honorio acerca de este negocio, é interesándose este por la tranquilidad de la Iglesia, fueron enviados cinco obispos con dos presbíteros y un diácono al otro emperador, Arcadio, con cartas enérgicas del Papa, de Honorio y de los obispos de Occidente. Empero aquellos enviados cuando dirigian su rumbo sobre la costa de Aténas fueron presos y tratados con el mayor rigor en prisiones, donde por un tribuno les fueron arrancadas las cartas con la mayor violencia, y en poco estuvo que no les arrojasen al mar.

Los grandes trabajos del santo Patriarca debian terminar en breve: en el cielo le estaba preparada la inmortal corona que habia sabido conquistar con sus grandes virtudes y resignacion en los trabajos. No contentos aun sus implacables enemigos, solicitaron y obtuvieron nueva órden de Arcadio para trasladarle á Pitionta, lugar desierto sobre las costas septentrionales del Ponto Euxino. Durante los tres meses que duró este viaje fue objeto de la burla y de los sarcasmos de uno de

---

(1) Berault Bercastel, Lib. XI, v. 18.

los dos soldados pretorianos que le acompañaban, no dejándole momento de descanso, riéndose y mofándose de su venerable calva, y no dejándole tomar descanso alguno, en los pueblos por donde pasaban.

Cuando hubieron llegado á Comana no se le permitió alojarse en la ciudad, sino á cinco ó seis millas de distancia, en un acueducto dependiente de una Iglesia dedicada á San Basilisco, antiguo obispo de este lugar, que habia sido martirizado en otro tiempo con San Luciano de Antioquía. Por medio del santo mártir tuvo revelacion de que habia llegado el término de sus trabajos. Rogó pues el Crisóstomo á sus conductores que retardasen un poco la partida, pero nada pudo conseguir. Sin embargo, habian andado poco más de una legua, cuando el santo enfermó gravemente, y se vieron precisados á volver. Repartió el santo lo poco que tenia entre los pobres, recibió con el mayor consuelo la Santísima Eucaristía, y haciendo oracion, que terminó con estas palabras: *Por todo sea Dios alabado,* entregó su espíritu en manos del Criador, el dia 14 de setiembre del año 407, siendo de edad de cerca de sesenta años, y habiendo ocupado la cátedra de Constantinopla nueve años, y ocho meses, incluyendo en ellos los tres años y medio de su destierro. Enterráronle cerca de San Basilisco, y sus funerales, dicen los autores contemporáneos, tuvieron toda la gloria del primer dia de fiesta de un mártir, asistiendo una multitud de personas de diversas localidades, no solo de las inmediaciones, sino hasta de la Siria, del Ponto y de la Armenia, como si hubieran convenido en juntarse, dice Sozomeno.

Daremos aquí algunas otras noticias que encontramos en algunos autores que han escrito sobre la vida y muerte de este santo Doctor.

Siendo ya emperador Teodosio el Menor, hijo de Arcadio, que era de mucha piedad, quiso satisfacer por una parte la culpa de sus padres, y por otro dar gusto al pueblo de Constantinopla, que deseaba vivamente poseer las reliquias del santo; dispuso que su cuerpo fuese trasladado del lugar donde habia muerto á la ciudad imperial, y con este objeto comisionó á algunos senadores y otras personas notabilísimas para que con la mayor pompa y solemnidad verificasen la traslacion, disponiendo que en todos los pueblos por donde pasasen se verificasen procesiones y fiestas. No era esto extraño toda vez que Teodosio era como hijo del Crisóstomo, que le habia bautizado y enseñado los primeros rudimentos de la doctrina cristiana. Puede decirse, por lo tanto, que habia formado su corazon. Sucedió entónces un prodigio que refieren varios escritores, y que es del modo siguiente: «Cuando los diputados

por el emperador hubieron llegado al lugar donde se hallaba el sepulcro del santo, entregaron la carta que llevaban del emperador para el obispo de la localidad, en la que mandaba les fuese entregado el cuerpo del Crisóstomo; mas como hubiesen tratado de dar cumplimiento al imperial mandato, vieron no sin admiracion que fuerzas humanas no bastaban á mover la caja que le contenia. Inmediatamente pusieron en conocimiento del emperador aquel notable acontecimiento, y él, impulsado por su piedad, escribió al santo, como si estuviese vivo, una carta del tenor siguiente: « Al Doctor de todo el mundo y padre mio espiritual, San Juan Crisóstomo, Teodosio emperador. Pensando ¡ oh padre venerando! que vuestro cuerpo estaba como el de los difuntos, y deseando como buenos hijos que aman á sus padres, tenerle presente, mandamos que os sacasen de donde estais y os trajesen á esta ciudad, y dimos órden con la mayor humildad y modestia que pudimos de que esto se ejecutase con la honra, acatamiento y autoridad debida á vuestra santa persona; mas no habemos alcanzado lo que deseábamos, por ventura por este fausto imperial con el cual gobernamos las cosas del siglo y habemos presumido tratar las espirituales y divinas. Por lo cual ¡ oh santo padre, padre digno de toda reverencia, á quien yo hablo como si estuviese vivo! os suplico que condescendais á nuestro deseo, y que, pues habeis enseñado á otros á hacer penitencia, os digneis perdonar á los penitentes, y os deis á los que con grande ansia os desean y con humilde confesion acusan sus pecados, y no atormenteis más nuestros corazones con largas dilaciones. En esto hareis cosa digna de vuestra benignidad, y de nuestro amor, y de la confianza que tenemos de vos; porque no solamente deseamos ver y honrar vuestro cuerpo y vuestras sagradas cenizas, sino vuestra sombra, para nuestro aprovechamiento y regalo.»

Tal fue la piadosa carta del emperador Teodosio, que revela sus sentimientos religiosos y el deseo que le animaba de reparar en cuanto le era ya posible las culpas de sus padres, que tan injustamente habian perseguido á aquella lumbrera brillante de la Iglesia de Jesucristo. Apénas fue recibida la carta la pusieron sobre el pecho del santo, suplicándole todos los circunstantes que se dejase vencer por los ruegos del emperador, permitiendo que se verificase la ansiada traslacion. En seguida la caja se dejó mover con gran contento de todos los circunstantes, que colmaban de alabanzas á aquel Dios que sabe hacerse admirable en sus escogidos, y efectuar prodigios con los cuales quedan confundidos los

impíos y hombres libertinos. Condújose aquel precioso depósito con la mayor solemnidad, y los pueblos por donde pasaba se despoblaban por salir á recibirle y venerarle, dignándose el Señor hacer por él muchos milagros que testimoniaban que se hallaba contado en el número de los bienaventurados. Detúvose en Calcedonia, ciudad frontera de Constantinopla, miéntras tanto en la ciudad imperial se preparaba todo lo necesario para un recibimiento digno de la santidad del que habia ocupado aquella sede patriarcal. Toda Constantinopla salió á recibir á su santo Pastor, pasando aquel estrecho de mar con multitud de barcas, estando el tiempo bonancible y el mar en completa tranquilidad. El emperador en su galera tomó el santo cuerpo, pero de pronto se levantó una gran tempestad y esparció por diversas partes las barcas, ménos la en que iba el santo con el emperador, la cual como protegida de Dios siguió su rumbo con la misma serenidad que si el mar hubiese estado tranquilo. Sosegóse en seguida la tempestad y las barcas volvieron á juntarse, y saltando todos en tierra condujeron el santo cuerpo en procesion triunfal por las calles de la ciudad, siendo despues colocado en el templo de los santos Apóstoles. Entónces el emperador dió un grande ejemplo de humildad á vista de todo el pueblo, pues que postrándose con humildad y deponiendo toda su grandeza ante el que poseia la grandeza de la bienaventuranza, pidió perdon para las almas de sus padres, y muy particularmente por la de su madre, suplicándole que cesase ya el ruido que por espacio de muchos años se sentia en la tumba donde estaba su cuerpo, que era tan grande que hacia temblar toda la iglesia. La oracion del emperador fue oida, toda vez que en adelante no volvió á sentirse tal ruido. Otro nuevo prodigio tuvo lugar en el mismo dia. El pueblo se hallaba entusiasmado y todos se disputaban la preferencia de llegar al lugar donde habia sido colocado el cuerpo del santo, y cuando la multitud le alababa á grandes voces, contestó como si estuviera vivo: *Pax vobis*, la paz sea con vosotros. Tuvo lugar este suceso el dia 27 de enero del año del Señor 438, á los treinta y cinco despues que el Crisóstomo habia sido la primera vez privado de su silla, y en este dia celebra la Iglesia la fiesta de su traslacion. Posteriormente fue trasladado de nuevo á Roma, donde se conserva en la Iglesia de San Pedro.

Hemos querido consignar estos hechos porque son una demostracion tangible del modo como el Señor suele honrar á aquellos sus siervos fieles y prudentes que no se apartaron un solo momento del camino de la rectitud y de la justicia.

CAPITULO V.

Escritos de San Juan Crisóstomo.—Muerte del emperador Arcadio.—Le sucede su hijo Teodosio el jóven.—Se da cuenta en una nota de los viajes hechos por los Sumos Pontífices en la série de los siglos.—Pulqueria y Antemio cuidan de la educacion del emperador.—Conducta ambiciosa de Estilicon.—Irrupcion de los bárbaros en las Galias.—Alarico conduce á los godos contra Roma y la entrega al saqueo.—La Iglesia del Vaticano es exceptuada del saqueo.—Efecto de la religion en el espíritu de los bárbaros.

Habiéndonos ocupado en el anterior capítulo de la muerte y sepelio de San Juan Crisóstomo, justo es que digamos siquiera sea cuatro palabras acerca de sus muchos y utilísimos escritos. Mucho nos extenderíamos si hubiésemos de consignar aquí los grandes elogios que por sus obras han sido pronunciados en favor de este ilustre y santo Doctor. Aun no habia ascendido al sacerdocio católico y ya se habia dado á conocer por varias obras admirables, entre las que se destacan sus libros sobre el sacerdocio, tan apreciados por la Iglesia. Son dignos tambien de honorífica mencion entre sus tratados, sus *Consejos á las viudas*, su *Apología de la vida monástica*, su *Exhortacion al monje Teodoro*, que habia caido en la apostasía, y el sublime *Paralelo* en el que forma el elogio del verdadero solitario, ensalzándole sobre los príncipes del mundo, y el *Tratado de la compuncion*, dedicado á hacer conocer con cuánta facilidad se alcanza la misericordia divina, por más que sean grandes los pecados, si hay una verdadera compuncion de todos ellos.

Sobre todos sus homilías, que escribió cási en su totalidad cuando tenia treinta y ocho años de edad, despues de haber recibido el sacerdocio en Antioquía, son un rico venero de celestial doctrina, cuya lectura enfervoriza al justo, hace estremecer al pecador disponiéndole á la penitencia, y hace rebosar el corazon en dulces expansiones, reconocien-

do el hombre cuán poco apreciable es todo lo que existe sobre la tierra y cuán inestimables son las delicias de la virtud. De estas homilías sacó el santo gran fruto, pues fueron innumerables los que dejando caer de sus ojos la venda de los errores, los abrieron á la clara y refulgente luz de la verdad. Las *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo* y sus *Panegíricos y Sermones* son obras tan sublimes, que cualquier elogio que de ellas quisiéramos hacer desvirtuaria su mérito, porque á solo un sabio es concedido hablar de las obras de otro santo, y nuestra inteligencia es más limitada para poder analizar escritos de los que tanto tenemos que aprender y que tomamos en nuestras manos con la mayor veneracion. Su interpretacion de las Sagradas Escrituras es tan sublime, y de tal modo penetró los divinos arcanos de aquellos libros de oro, que basta con decir que San Juan Crisóstomo ocupa entre los padres griegos el mismo lugar que San Gerónimo entre los latinos. En cuanto á su doctrina y máximas de perfeccion, parece otro San Pablo, bien que algunos escritores afirman que cuando escribia tenia delante su retrato y parecia preguntarle con los ojos, por lo que concluye oportunamente un sabio historiador que el más elocuente de los Apóstoles formó al más elocuente de los Padres de la Iglesia.

Poco tiempo despues de la muerte del Crisóstomo tuvo lugar la del emperador Arcadio (408), príncipe débil que tantos males habia causado ó habia permitido que otros causasen, por su falta de energía y aquel carácter veleidoso tan fácil á toda clase de mudanzas. Su reinado habia tenido trece años de duracion, pero puede decirse que imperó en el nombre, pues que entregado totalmente á la emperatriz Eudosia, no se hizo otra cosa que la voluntad de esta.

Sucedióle en el trono su hijo Teodosio, llamado el jóven porque sólo tenia ocho años de edad cuando murió su padre, y su carácter particular, su espíritu piadoso lo habrá comprendido el lector por la narracion que anticipadamente hemos hecho de su conducta y modo de obrar cuando la traslacion del cuerpo de San Juan Crisóstomo. Los príncipes forman su corazon segun la enseñanza que reciben en sus primeros años, y Teodosio tuvo la suerte de que le guiase como maestro Antemio, varon de mucha capacidad y excelente prudencia, íntimo amigo que habia sido del Crisóstomo, y el que supo dirigir sus pasos por las sendas de la justicia y de la rectitud.

Por este tiempo seguia gobernando la Iglesia San Inocencio I, y con el mayor celo extendia su solicitud á todo el rebaño de Jesucristo, es-

parcido por toda la tierra. En el año 409 hizo un viaje á Rávena (1) con el objeto de conferenciar con el emperador Honorio, á fin de obtener su confirmacion para la capitulacion terminada entre el Senado de Roma y el rey Alarico, que sitiaba aquella ciudad.

Inocencio I fue ciertamente un gran Pontífice adornado de relevantes prendas, y entre ellas de una gran energía para condenar toda clase de

---

(1) En una obra que tiene por título *Viajes de los Papas*, escrita por el abate Francisco Giusta, impresa en Florencia en 1782, se da cuenta de todos los viajes efectuados por los Sumos Pontífices con objeto de alcanzar ventajosos resultados para la Iglesia. Por lo curioso de estas noticias vamos á trasladarlas á este lugar, añadiéndoles los viajes posteriores á aquel escritor.

Inocencio fue el primero que el año 409 se trasladó á Rávena, donde residia entónces el emperador Honorio, viaje que fue motivado por las causas que arriba indicamos.

San Leon en 452 fué al campamento de Atila, en el Mantouan.

Ormisdas fué á Rávena en 518 para avistarse con Teodorico, rey de los godos.

Juan I en 525 hizo un viaje á Constantinopla para avistarse con el emperador Justino.

Agapito hizo otro tambien á Constantinopla en 535 para conferenciar con el emperador Justiniano.

Vigilio, con el mismo objeto, fué tambien á Constantinopla en 546.

En 652 Martin I fue separado de Roma por órden expresa del emperador y por las causas que diremos al escribir la historia de su pontificado.

Durante el siglo VIII el papa Constantino fué á Constantinopla, para avistarse con el emperador Justiniano II, en el año 710, y despues San Zacarías fué á Turin, á Rávena, á Pavía y á Perugia, en los años 742, 743 y 750.

San Estéban III fué á Francia en el año 754 para avistarse con el rey Pepino. San Estéban V fué á Reims en 816 para avistarse con el emperador Luis I. Gregorio IV fué á Francia en 832 y Juan VIII á Paris para conferenciar con el emperador Cárlos el Calvo.

Durante el siglo X ningun Papa se ausentó de Roma.

En 1049, San Leon IX fue á Francia y despues en 1053 á Alemania.

Víctor II en 1057 fué á Alemania para avistarse con el emperador Enrique, y en 1077 San Gregorio VII se trasladó al castillo de Canosa. Un siglo despues, en 1177, Alejandro III pasó á Venecia para tratar con el emperador Federico asuntos concernientes á la paz.

Durante el siglo XII no tuvo lugar viaje de Pontífice alguno.

En el siglo XIII Honorio III asistió á un congreso en conferencia del emperador Federico II, en 1223, y Gregorio X fué á Lion en 1274.

Clemente V en 1306 trasladó la silla á Francia, y en 1363 Urbano V pasó de Avignon á Italia. Gregorio XI en 1376 restableció de nuevo la silla en Roma. Pio II fué á Mántua en 1459, y Julio II en 1511 asistió personalmente al sitio de Mirándola. Leon X en 1515 fué á Bolonia para avistarse con el rey Francisco I. Paulo III fué á Savona en 1538, á Lucques en 1541, y á Busseto en 1543. Clemente VIII fue á Ferrara en 1598.

Durante el siglo XVII ningun Papa se ausentó de Roma.

En el siglo XVIII, Pio VI fué á Viena en 1782. Pio VII á Paris en 1804, y en 1809 fue detenido en Savona. En 1815 fué á Génova. Gregorio XVI visitó á Ancona en 1841, y finalmente, en el siglo XIX, Pio IX, que felizmente gobierna la Iglesia, fué á Gaeta en 1848 cuando estalló en Roma la revolucion republicana.

errores y defender asíduamente la verdadera fe de la Iglesia de Jesucristo, como hemos de ver en la continuacion de la historia del tiempo que duró su feliz Pontificado.

Miéntras tanto las provincias de Occidente eran desoladas por los más crueles azotes bajo el gobierno del emperador Honorio, las del Oriente experimentaban las dulzuras de la tranquilidad y bienestar, gracias al talento poco comun, y á la piedad de que se hallaba adornada la princesa Pulqueria, hermana de Arcadio, que gobernó por la menor edad y en nombre de Teodosio el jóven. Ella fue la que en compañía de Antemio cuidó de la educacion del tierno emperador, y la que formó el corazon de sus más jóvenes hermanas Arcadia y Macrina, que como ella guardaron la virginidad y fueron un modelo de piedad y de religiosidad en la corte que no pudo menos de admirar en ellas prendas que las realzaba más que la nobleza de su orígen, porque la belleza del alma es superior á todo, y la grandeza de la virtud superior á la de la cuna.

Es indudable que la ambicion ha sido siempre la causa de la mayor parte de las guerras que han asolado los reinos, de los trastornos políticos que han hecho bambolear los tronos y han sembrado por do quier la confusion y el espanto, empobreciendo á los pueblos. Si registramos la historia de la humanidad, veremos que las guerras justas han sido en muy corto número, comparada con las que no han tenido otro móvil que la ambicion y la soberbia. Si los hombres se contentasen con disfrutar aquello que la Providencia les ha concedido, parando mientes en lo poco duradero de las grandezas humanas y en la cuenta que han de rendir ante el tribunal del que domina sobre los reyes de la tierra, la humanidad no lamentaria multitud de desgracias, de sangrientas guerras donde se vierten rios de inocente sangre, ni subirian al cielo los lamentos de tantas madres, que atraen siempre las iras del Eterno sobre los promovedores de tales trastornos. Escribimos en el siglo XIX, y cuando la Sede de San Pedro se halla ocupada por el augusto Pontífice Pio IX, que está siendo un espectáculo admirable al mundo todo por sus relevantes virtudes, grandeza de alma, serenidad en los peligros y energía para contrarestar los esfuerzos de los enemigos de la Iglesia. Si Dios se digna concedernos la vida para poder llevar á feliz término nuestro trabajo, entónces expondremos detenidamente al ocuparnos del actual pontificado las causas que han contribuido á que la Italia, ese bello país llamado con justicia jardin de la Europa, haya venido á retrogradar hasta los últimos lindes de la impiedad, si no en una gran parte de sus habitan-

tes, al ménos en la masa de los pueblos engañados por las vanas y deslumbrantes teorías de hombres ambiciosos, que no la felicidad de los pueblos, sino la propia fortuna, han procurado buscar en los trastornos públicos. Triste es consignarlo, pero ante todo está la verdad, y el historiador ántes que separarse de ella debe romper la pluma en mil pedazos: la miseria más espantosa reina hoy en la mayor parte de la Italia, que sufre el peso de un justo castigo; y tan solamente en la ciudad codiciada, en la señora del mundo, en Roma, donde guardado por la Providencia, el santo anciano Pio IX dirige con mano tranquila el timon de la nave de la Iglesia y ruega por la Italia, que le es tan amada y cuyas desgracias lamenta, se disfruta de completa paz y tranquilidad, y si se quiere de abundancia, pues doscientos millones de católicos contribuyen con sus donativos á sostener las necesidades que han venido sobre aquellos Estados desde que el Papa fue despojado por la revolucion de una considerable parte de sus pueblos. Hasta protestantes, y aun judíos, allegan al rededor de la cátedra pontificia considerables sumas, con que se hace frente á las nuevas necesidades, porque todos conocen que la causa de Roma es la causa de la civilizacion, que en pos de aquel trono caerian todos los demas, arrastrando en pos de sí reyes, ejércitos, príncipes y naciones.

Perdónenos el lector que hayamos hecho esta digresion en nuestra narracion histórica, y que nuestra impaciencia nos haya hecho adelantar sucesos de los cuales tendremos que ocuparnos con detencion: pero este desahogo al corazon nos será permitido en unos dias en que las miradas de todos los católicos esparcidos en el mundo están fijas en los acontecimientos de Roma, y no hay quien deje de esperar con impaciencia el desenlace del drama cuya representacion venimos presenciando.

Cúmplenos ahora reanudar el hilo de nuestra interrumpida historia. Estilicon habia sido nombrado para regentar el imperio, y gozaba por tanto las preeminencias que eran consiguientes á su elevado puesto y al poder extraordinario que disfrutaba. Desde que se vió en posicion tan elevada fijó sus miradas en el trono y formó el proyecto de destronar al emperador para colocar la púrpura sobre los hombros de su propio hijo; y para conseguir su objeto, dicen los historiadores, procuró que hubiese grandes turbulencias, trayendo los bárbaros al imperio. Valióse para el efecto de todos los medios imaginables, y hubo por consiguiente irrupciones espantosas de bárbaros en las Galias, hablando de las cuales el Padre San Gerónimo se expresa de este modo: «Si excep-

tuamos algunas ciudades, todo fue asolado: las provincias más fertiles y más opulentas fueron por espacio de más tiempo teatro de la crueldad y de los últimos horrores: las mujeres de la primera distincion y las vírgenes consagradas á Dios eran el juguete de la brutalidad de los soldados: los obispos fueron llevados en cautiverio; degollados los sacerdotes y los monjes; desenterradas y pisadas las reliquias; las Iglesias echadas por tierra ó convertidas en caballerizas, y los caballos atados á los altares (1).» Un autor contemporáneo añade: «Yo vi por mis propios ojos cuerpos de uno y otro sexo desnudos vergonzosamente en medio de las ciudades, comidos por los perros ó podridos, inficionar á los vivos (2).» Aquellos paganos, cuya supersticion rayaba en el más alto grado, hicieron multitud de mártires, contándose entre ellos San Nicasio, arzobispo de Reims, y su hermana la vírgen Eutropia. Estilicon fue separado por Pulqueria, y murió despues de haber originado tan gran número de desgracias. Si los paganos hicieron tantos estragos como hemos dicho, los godos no se hicieron ménos odiosos, y así despues de la muerte de Estilicon fueron maltratados sin piedad en las provincias romanas. Viendo, pues que eran víctimas de una cruel persecucion, que se les robaba cuantos bienes poseian, y que quitaban la vida á sus mujeres y á sus hijos, se reunieron bajo Alarico, gran guerrero que habia servido útilmente á Teodosio el grande, y el cual marchó á Roma con objeto de arreglar todas las diferencias que existian. Estrechó de tal modo la ciudad, que el hambre y la peste empezaron prontamente á causar grandes estragos, por lo cual, y deseando apaciguar al terrible godo, entraron con él en negociaciones, y mediante crecidas sumas lograron que levantase el sitio.

A pesar de todo esto los negociadores faltaron á las condiciones estipuladas y Alarico encolerizado cayó sobre la ciudad, que fue presa de los bárbaros en el dia 24 de agosto del año 1164 de su fundacion, y el 410 de Jesucristo. Dió órden Alarico para que la ciudad fuese saqueada, exceptuando la Iglesia del Vaticano por respeto á San Pedro, y sus vastas dependencias, en las cuales se refugiaron una multitud de personas. La sangre se hiela en las venas al leer la historia de los acontecimientos que entónces tuvieron lugar en Roma. No contentos los bárbaros con el saqueo y la destruccion de cuanto les venia á las manos, destruyeron los

(1) Hierom., Epist. ad Heliod.
(2) Sal., de Gubern., lib. 6.

más bellos edificios y cometieron innumerables asesinatos en personas indefensas, y hasta en inocentes niños. Tal vez esto era un castigo del cielo, pues que aun muchos grandes, y aun senadores de aquella capital, mostraban su pasion, que no podian ocultar, por el paganismo, y en los momentos en que mayores estragos causaban los bárbaros tuvieron la audacia de ofrecer á los dioses impuros víctimas en el Capitolio y otros templos.

El santo Pontífice Inocencio I se hallaba fuera de Roma cuando tuvieron lugar estos tristes acontecimientos, pues habia ido á Rávena para verse con el emperador Honorio, segun hemos dicho al principiar el presente capítulo. Todo sirvió para bien de la religion, como se ve claramente por el siguiente párrafo del historiador Berault-Bercastel:

«A la verdad los fieles se veian expuestos á las mismas calamidades que los paganos; sin embargo todo se convirtió en bien para los adoradores sinceros del verdadero Dios, en quienes las más peligrosas ocasiones de caer sirvieron para dar mayor realce á sus méritos y al esplendor de sus coronas. Por ejemplo: una mujer católica de una hermosura extraordinaria cayó en manos de un jóven godo arriano, que sacó su espada para asustarla y hacerla condescender con sus deseos, y aun la hirió y ensangrentó todo el cuello; pero ella, léjos de intimidarse, presentó intrépidamente la cabeza, hasta que el bárbaro, convertido de repente, la tomó bajo su proteccion, proveyó á su subsistencia é hizo buscar á su marido para entregársela (1). Otro godo de los principales del ejército halló en una Iglesia una vírgen, ya de mayor edad, que cuidaba del adorno de los lugares santos: le preguntó con bastante dulzura qué riquezas podia tener; y al punto con una confianza que el resultado hizo creer inspirada, le llevó á un lugar en donde quedó admirado de la multitud de vasos de oro y plata que vió allí. «Estos son, le dijo, los vasos del apóstol San Pedro: como yo no puedo defenderlos, tú serás responsable de ellos.» Avisó de esto el oficial á Alarico, quien mandó inmediatamente trasladar estas riquezas á la basílica del santo Apóstol, y conducir al mismo tiempo con seguridad la vírgen que las habia guardado con todos los cristianos que se uniesen á ella (2). Así la desolacion pública fue el triunfo de la religion. Los vasos eran llevados respetuosamente, y descubiertos, entre soldados que marchaban con espada en mano. Los

(1) Prosp., Chron. 411, ad finem.
(2) Oros., lib. 7., hist., cap. 39.

espectadores romanos y bárbaros mostraban la mayor emulacion sobre quién los habia de venerar más, entonando himnos en alabanza de Dios. Los fieles se agrupaban en rededor de esta salvaguardia sagrada, y á vista de la gloria de la religion protegida tan maravillosamente muchos paganos parecian cristianos, no haciendo los godos distincion en medio de su fervor. La multitud obstinada en la idolatría, desterrándose por sí misma abandonó la ciudad de Roma, dejándola limpia de idólatras: los bárbaros dejaban salir á cuantos querian, y aun les daban escolta y les ayudaban á llevar sus bienes mediante una leve contribucion (1).»

(1) Berault-Bercastel, lib XII, n. 7.

CAPITULO VI.

Muerte de Santa Marcela.—San Paulino de Nola.—Historia de la esclavitud del hijo de San Nilo.—Atalo, emperador rival de Honorio.—Trabajos de San Agustin contra el maniqueismo.—Sus conferencias con Félix.—Conversion de este maniqueo.—Edicto del emperador Honorio para contener á los donatistas.—Marcha Marcelino á Cártago para disponer los ánimos de los sectarios.

Tristes son en verdad los acontecimientos que tuvieron lugar durante el saqueo de Roma ordenado por Alarico, el cual duró por espacio de tres dias, en cuyo tiempo los bárbaros cometieron toda clase de excesos. Algunos de ellos penetraron en la casa de Santa Marcela, que era una señora ilustre y noble, de la que habla San Jerónimo con el mayor elogio; pero esta mujer cristiana se habia despojado de todo cuanto poseia, que habia entregado generosamente para el culto de las iglesias, sin reservarse nada para sí. Los bárbaros le exigieron que les entregase todas sus riquezas, y ella con el acento de la mayor sinceridad les hizo ver que absolutamente nada poseia ya; pero sus palabras no fueron creidas en un principio, y no contentos con amenazarla la insultaron, colmándola de las mayores injurias, y aun llegaron á herirla. Dios, sin embargo, tocó el corazon de aquellos bárbaros para que no la sacrificasen, y al fin, reconociendo la verdad de sus palabras, convirtieron en veneracion su furor primitivo y la llevaron á la Iglesia de San Pablo, que era, así como la del Vaticano, lugar de refugio. Allí fue acompañada de su hija Principia, de la que no se separó un momento por temor de que cometiesen en ella algun exceso, y á los pocos dias murió en sus brazos, subiendo al cielo á recibir el premio de sus virtudes.

La irrupcion de los bárbaros no se limitó á Italia: tambien la expe-

rimentó España, donde entraron á sangre y fuego haciendo frecuentes correrías por Castilla, Astúrias, Galicia, Portugal, Extremadura y Andalucía. Do quiera que penetraban, talaban los campos, violaban las doncellas, incendiaban los mejores edificios, sembrando con tantos excesos el luto y la desolacion. Sin embargo, en España se avinieron luego á condiciones, y Walia, que sucedió á Ataulfo, asesinado en Barcelona, logró sujetarlos por completo. El Padre Mariana y demas historiadores de España nos dan cuenta detallada de los efectos de las irrupciones de los bárbaros en nuestra patria. A nosotros no nos es dado separarnos de lo que tiene inmediata relacion con la historia de la Iglesia.

En el saqueo de la ciudad de Nola hay que notar un hecho digno de admiracion, porque demuestra de cuanto es capaz la caridad cristiana. Era obispo de aquella ciudad San Paulino, en quien resplandecian las más grandes y extraordinarias virtudes, y sobre todo una caridad que le movia á hacerse todo para todos. Aunque por efecto de su misma caridad carecia de bienes de fortuna, se ingenió para favorecer en aquella calamidad á un gran número de personas, y se asegura que no teniendo dinero con que rescatar al hijo de una pobre viuda, que los bárbaros se llevaban cautivo, se entregó á sí mismo para libertarle. De diferente modo explican los autores este hecho, á todas luces histórico, no estando de acuerdo sobre quién fue el amo que tocó al santo; pero sea como quiera, ello es que el hecho es incontestable y revela toda la grandeza de alma de aquel ilustre Prelado, que despues ha tenido muchos imitadores en los individuos del esclarecido órden de Nuestra Señora de las Mercedes, que siguiendo el espíritu de su fundador San Pedro Nolasco, han sabido quedarse cautivos por que otros recobren su libertad. ¿Dónde sino en el catolicismo pudiéramos encontrar tan admirables ejemplos de abnegacion y heróica caridad? Tan solamente los que están formados por el espíritu del Evangelio, los que son dignos discípulos del Dios-Hombre que dió su vida por el rescate de la humanidad, son capaces de hacer actos como el que efectuara el santo obispo de Nola, el glorioso San Paulino, que tan célebre se ha hecho en el mundo cristiano.

Nos vemos precisados á pasar en silencio muchos acontecimientos que tuvieron lugar en los pocos años que mediaron desde los hechos que dejamos consignados hasta el término del pontificado de San Inocencio I. Nos hemos propuesto huir de la brevedad de los compendios y al mismo tiempo hacer una obra en extremo dilatada; y como sea nuestro

principal objeto exponer las biografías de los Sumos Pontífices, y la historia de los Concilios generales y los particulares de la historia de España, de aquí el que pasando, la vista con rapidez por los acontecimientos que no nos parezcan de la mayor importancia para nuestro objeto, nos detengamos más en aquellos de que no puede prescindirse en una Historia general de la Iglesia, si no ha de ser incompleta.

Digna es de figurar en este lugar la historia de San Nilo, descrita del modo siguiente por un historiador:

«Aunque el imperio de Oriente estuviese ménos expuesto que el de Occidente á las irrupciones de los bárbaros, húbolas tambien que causaron muchos estragos en la Siria, el Egipto y la Arabia. Aquellos sarracenos vagabundos, que no vivian sino de latrocinios, entraron en el desierto de Sinaí, poblado de fervorosos solitarios, los despojaron de las cosas más necesarias á la vida, é hicieron una multitud de mártires. Los que no fueron víctimas de su furor huyeron del modo que pudieron léjos de su santo retiro, en donde se les quedaba el corazon y el alma. Uno de ellos fue San Nilo; pero la vida en este estado vino á serle cási insufrible, habiendo quedado su hijo en manos de los bárbaros. Hallándose en la más cruel incertidumbre sobre este particular, hé aquí que llega un nuevo fugitivo que, segun le refirió sin conocerle, habia tenido la dicha de escaparse al tiempo que iba á ser sacrificado con el hijo de Nilo al astro de Vénus, que adoran los árabes, añadiendo que este infeliz compañero habia quedado expuesto á su sanguinaria superstición. Al oir esta relacion no duda Nilo que su hijo hubiese muerto; no obstante, algun tiempo despues se le aseguró que vivia y estaba cautivo en Elusa. Partió inmediatamente á esta ciudad, y en el camino supo que su hijo se habia hecho clérigo, habiéndole rescatado el obispo, y ordenándole despues por la buena opinion que habia formado de él como por inspiracion. Nilo reconoció el primero su sangre ántes que el hijo, y se conmovió de tal modo que cayó desmayado: estrechóle el hijo entre sus brazos, hízole volver de su desmayo, y despues le refirió la historia tierna de su libertad en estos términos:

«Cuando se salvó mi compañero de esclavitud todo estaba preparado para sacrificarnos: el altar, el incienso, las libaciones y la espada desnuda para degollarnos al rayar la aurora del dia siguiente. Estaba yo postrado en tierra y oraba con todo el ardor que inspiran semejantes peligros, y decia: *no permitais, Señor, que mi sangre sea ofrecida á los demonios, ni que mi cuerpo sea víctima de los espíritus te-*

nebrosos: volvedme á manos de mi padre, vuestro siervo, que me enseñó á esperar en vos. Aun estaba pronunciando esta oracion cuando se despertaron los bárbaros admirados de ver pasado el tiempo del sacrificio; porque habia desaparecido la estrella de Vénus, y el sol doraba ya todo el horizonte. Preguntáronme por el otro cautivo, y diciéndoles yo que ignoraba su destino permanecieron tranquilos sin manifestarme descontento. Entónces comenzó á renacer la esperanza en mi corazon: algunos momentos despues me presentaron carnes sacrificadas y me convidaron á sus licenciosas diversiones con mujeres: invoqué de nuevo al Señor, y me dió vigor para resistirles. En el primer pueblo adonde llegaron me pusieron en venta; pero como era cortísima la suma que les ofrecieron, despues de haberme expuesto en público muchos dias, me ataron, finalmente, desnudo á la entrada del pueblo con una espada al cuello para manifestar que si no se me compraba iban á cortarme la cabeza. Extendia yo las manos á cuantos se me presentaban, rogándoles diesen á mis robadores el precio que pedian por mí, y prometiéndoles que no sólo les volveria esta suma sino que quedaria á su servicio despues de haberla satisfecho. Moví por último á compasion; y vos sabeis cómo obtuve despues mucho más de lo que esperaba.

«El obispo de Elusa trató al padre y al hijo con mucha generosidad; los retuvo por algun tiempo en su compañía para que descansasen de sus fatigas, y cuando se despidieron de él les dió lo necesario para su viaje. Ignórase el resto de la vida de San Nilo, que á la sazon tenia cincuenta años, y segun se cree vivió todavía otros cuarenta. Conservamos de él muchos tratados de piedad y más de mil cartas, la mayor parte sucintas, pero con un estilo vivo y sentencioso. El mismo refiere la historia de la cautividad de su hijo del modo que la acabamos de reproducir (1). Leemos tambien en sus obras (2) que San Juan Crisóstomo veia muchas veces los ángeles en el lugar santo, sobre todo durante el sacrificio adorable del cuerpo y sangre de Jesucristo, y que desde el momento en que el sacerdote comenzaba la oblacion rodeaban el altar hasta la consumacion de los sagrados misterios. Sus expresiones acerca de la presencia real del Salvador en la Eucaristía son claras y concisas. «Despues de la invocacion, dice (3), y venida del Espíritu Santificador, lo que queda sobre la mesa santa no es ya simple pan ni vino comun, sino el cuer-

(1) Narr. 2.
(2) Lib. 2, Epist. 294.
(3) Ib., lib. 1., Epist. 44.

po y sangre preciosa de Jesucristo nuestro Dios, que purifica de toda mancha á los que le reciben con su santo temor y confianza (1).»

Precisamente todos estos sucesos tenian que traer en pos de sí trastornos políticos que hiciesen más desventurada la suerte del imperio, y causasen por consiguiente males de gran tamaño á la religion. Alarico dió á Honorio un rival en la persona de Atalo, prefecto de Roma, el cual trató en seguida de apoderarse del África, que tan necesaria le era si se habia de sostener en el trono que habia usurpado. Mas el conde Heracliano no quiso hacer traicion á sus deberes como gobernador que era del África en nombre del emperador Honorio, y defendió valerosamente los derechos de su señor. Sin embargo los donatistas eran muy temibles por su gran número, y tuvo que usar con ellos algunas condescendencias permitiendo á estos cismáticos el uso libre de su religion. Esto necesariamente habia de contribuir á grandes males, no sólo en el órden religioso sino en el político, porque es indudable que no es el poder material sino la vida moral la que da fuerza á los pueblos. Véanse sino dos pueblos uno en frente de otro, el primero rico é inteligente y el segundo religioso, y se verá que más fuerte y vigoroso es el segundo, porque los pueblos miéntras son ménos religiosos, miéntras tienen ménos unidad en sus creencias son necesariamente más volubles, más flacos, ménos resistentes. La historia de la humanidad nos enseña con mil y mil hechos que los pueblos no religiosos si son ilustrados se convierten en blasfemos, y si no lo son en focos de los más denigrantes vicios.

Escudados los donatistas con las concesiones que les habian sido otorgadas, practicaban públicamente su culto y no perdian ocasion para insultar á los ortodoxos, lo que motivó muchos y graves disgustos. Crispin, uno de sus obispos, que con mil evasivas se habia excusado de tener una conferencia con Posidio, obispo católico de Calama, de donde tambien era el cismático, levantó una emboscada de gente armada contra Posidio, al que Dios milagrosamente conservó la vida, por haber tenido aviso de los planes de su enemigo, el que cayó despues en desgracia de sus mismos partidarios.

Entre tanto San Agustin seguia trabajando con gran celo por la Iglesia, y conseguia atraer diariamente á muchos extraviados al seno de esta santa Madre. Pero esto mismo hacia que los donatistas le odiasen de muerte y le preparasen tambien emboscadas, de las que milagrosamente se vió

(1) Berault-Bercastel., lib. XII., n. 12.

libre, pues hubo ocasion en que varió el camino por donde debia dirigirse á algun punto, por una inspiracion secreta que experimentaba.

Entónces fue cuando este sublime Doctor escribió algunas de sus obras, que ya nombramos cuando hicimos la narracion histórica de su vida, siendo notables entre todas el *Tratado de la fe*, sus *Confesiones*, y sus treinta y tres libros contra *Fausto*, obispo maniqueo.

A pesar de todos estos trabajos del santo Doctor Agustino, los donatistas, que seguian firmes en sus errores por más que el santo consiguiese convertir algunos, se extendian con rapidez por todo el África, que habia sido verdaderamente la cuna del mismo cisma. No solamente escribia San Agustin tantos y tan luminosos libros para combatirlos, sino que tambien á los principales de ellos los citaba para tener conferencias, que por lo regular eran infructuosas, pues que estaban apegados á sus errores de tal modo que cerraban sus oidos para no oir los claros y terminantes argumentos que les presentaba, y con los cuales pulverizaba sus sofismas miserables.

Fueron notables entre estas conferencias las que sostuvo con el maniqueo Félix, que era del número de los que la secta llamaba electos y uno de sus principales doctores. No era versado en las letras humanas, pero suplia este defecto con una gran astucia y el artificio que usaba para hablar y defender sus errores. Con la mayor paciencia y mansedumbre fue replicando el santo Doctor á presencia de muchos testigos á cuantas proposiciones presentaba el sectario, hasta que este no encontrando recursos alegó que no podia ménos de contenerle el respeto que tenia al órden episcopal. Miserable subterfugio en el doctor de una secta que era entre todas la que ménos respetaba á los obispos. San Agustin le contestó diciendo: «¿Cómo puedes temer nuestra autoridad? Bien ves con qué tranquilidad disputamos: este pueblo léjos de dar señal alguna de agitacion, escucha con la atencion más pacífica y, como su pastor, no quiere sacar partido sino de la bondad de su causa.

Es indudable que la gran paciencia del santo Doctor motivó la conversion de Félix. Este que, aun permanecia en sus errores, pidió tres dias de término para prepararse y poder responder á los argumentos del santo obispo de Hipona. Al cabo de los tres dias alegó que no habia podido prepararse porque no le habian enviado sus libros que habia pedido. Solicitó un nuevo plazo, y le fue concedido, pero al cabo de él alegó la misma causa. Entónces le instó San Agustin á que pidiese los libros que necesitase, ofreciéndole que le serian entregados. Pidió en efecto la

Epístola del *Fundamento*, y el santo Doctor le recordó entónces toda su sustancia. Empezó la conferencia, y Félix herido por los rayos de la doctrina de Agustin se enredaba en sus mismas palabras, de tal suerte que excitaba lástima y compasion en cuantos estaban presentes. Pero entónces la gracia obró en el sectario, y á imitacion de Saulo cuando en el camino de Damasco oyó la voz de Jesucristo, exclamó cayendo postrado á los piés del grande Agustino: «¿Qué quereis que haga?»—A lo que le contestó el santo: «Que anatematices al autor de estas blasfemias.—Condenadle vos primero, dijo Félix, y yo lo haré despues.» Inmediatamente el obispo tomó papel y escribió estas palabras: *Yo Agustin, obispo de la Iglesia católica, anatematizo á Manes, su doctrina y el espíritu que profirió por su órgano tan execrables blasfemias.* En seguida pasó el papel á Félix, el cual escribió las mismas expresiones, y aun aumentando su fuerza, como dice un antiguo historiador de la vida de San Agustin.

Tales fueron los excesos de aquellos sectarios que al fin los obispos católicos determinaron enviar algunos diputados al emperador Honorio para obtener la revocacion del edicto de libertad que, como ántes dijimos, habian alcanzado. Así, pues, el 25 de agosto del año 410 firmó Honorio una ley anulando la que les permitia á los donatistas el libre uso de su religion. En cuanto á los obispos de la secta, se resolvió no oprimirlos sino tratar por todos los medios posibles de convertirlos, y así se publicó un rescripto para que pasados que fuesen cuatro meses se reuniesen en Cártago para conferenciar con los obispos católicos, advirtiéndose en el mismo rescripto que si no acudian despues de ser llamados por tres veces, serian despojados de sus Iglesias. Todas las personas que se interesaban por el bien de la religion y la tranquilidad de la Iglesia concibieron desde luego grandes esperanzas de que aquellas discusiones habian de ser causa de una avenencia, en la cual los sectarios abjuraran de sus errores.

Encargado Marcelino de comunicar la órden del emperador Honorio á todos los obispos, así católicos como donatistas, pasó á Cártago y les avisó que debian reunirse á los cuatro meses justos de firmado y publicado el rescripto imperial, advirtiendo á los donatistas y ofreciéndoles que á los que fueren dóciles se les devolverian sus iglesias, de las que se les habia despojado en virtud del último edicto, y trabajó mucho á fin de darles todas las seguridades posibles para que no dejasen de acudir á las conferencias.

En el siguiente capítulo veremos el resultado de estas medidas.

CAPITULO VII.

Resultados de las diligencias de Marcelino.—Generosidad de los Prelados católicos.—Varias sesiones que se celebraron.—Condenacion y caida de los donatistas.—Herejía de Pelagio.—Sus errores.—Libros de San Agustin y su doctrina sobre la gracia y el libre albedrío.—María Santísima exenta de todo pecado.—Concilios africanos.—Ultimos tiempos del Papa San Inocencio I.—Sus decretales.—Nuevos mártires.—Muerte de San Inocencio I.

Las diligencias de Marcelino dieron un resultado satisfactorio, puesto que los donatistas no se negaron á asistir á la conferencia para la que eran citados, y se dispusieron en gran número para cumplimentar el rescripto de Honorio. Por su parte los primados de los ortodoxos enviaron cartas á sus sufragáneos, en las cuales les manifestaban la necesidad de que todos asistiesen porque en ello estaba interesado el explendor de la religion y el triunfo de la santa causa. Así, pues, les advertian que suspendiesen todos los negocios que pudiesen ocuparles, por graves é intesantes que fueran, y que en tiempo oportuno se presentasen en Cartago. Interesados todos en la justicia de la causa que eran llamados á defender, no perdieron momento, de suerte que el 18 de mayo entraron en aquella ciudad en número de doscientos ochenta y seis obispos (1).

Fue Marcelino el encargado de publicar el reglamento para el órden que debia guardarse, y el órden que debia observarse en las juntas, teniendo especial cuidado de dictar todas las órdenes oportunas á fin de evitar toda clase de tumultos, siendo uno el que no pudiesen ser inter-

(1) No hay que extrañar el gran número de obispos que para asuntos de esta naturaleza se reunian en aquella época. Entónces los obispados no eran tan dilatados como al presente, y no solamente habia obispo en las grandes capitales, sino aun en las poblaciones de alguna importancia.

rumpidos los oradores, y el que no se permitiese la entrada en las conferencias á ningun extranjero, aunque fuese obispo. He aquí cómo habla el mismo Marcelino acerca de la conducta que se propone seguir: «Yo, dice, publicaré mi sentencia y la expondré al juicio público, y aun publicaré todas las actas de la conferencia despues de haber firmado mi resolucion, y despues que los comisarios firmen tambien lo que hayan dicho para que no puedan desdecirse. Para redactar las actas habrá de cada parte cuatro notarios eclesiásticos que se relevarán sucesivamente; y para mayor seguridad se elegirán de cada partido cuatro obispos con órden de velar sobre los escribientes y notarios. Los obispos de una y otra parte me harán saber ántes del dia del concilio, que se conforman con esta órden, y bastará que sus primados formen estas cartas.» Adónde llegó la generosidad de los ortodoxos, y cuál era el espíritu de que se veian animados, se deduce de las siguientes palabras de San Agustin: «Si nuestros adversarios, declararon ellos de viva voz y por escrito, salen con la ventaja, les cederemos nuestras sillas; pero si los árbitros nos adjudican á nosotros la palma, convenimos en que nuestros hermanos separados, reuniéndose con nosotros, conserven el honor del Episcopado; y para convencer á todos de que no aborrecemos en ellos sino sus errores, en las sillas provistas de dos prelados, ó bien presidirá cada uno de ellos por su órden, teniendo consigo á su compañero, como un obispo extranjero, ó los dos presidirán á un mismo tiempo en dos diferentes iglesias de la misma silla, hasta que muerto uno no haya mas que uno, segun el derecho comun y la costumbre. La excepcion tiene algunos ejemplos, y se ha acostumbrado así desde el principio á favor de los cismáticos reunidos. Si los pueblos no quieren tener dos obispos juntamente, contra la práctica comun, cederemos la plaza los católicos: bástanos vivir como sencillos y fervorosos cristianos: supuesto que nos ordenaron para servir al pueblo, usemos del episcopado segun conviene para la paz y edificacion de la Iglesia (1).» Esta resolucion fue del agrado de cerca de trescientos prelados que se habian reunido.

La primera sesion tuvo lugar el 1.º de junio de 411, y en ella nada se adelantó por haber pasado el tiempo con subterfugios los cismáticos. El dia 3 se verificó la segunda conferencia. Esta y la tercera las explica con minuciosidad Berault-Bercastel, fundado en las narraciones que hace el Padre San Agustin. No creemos, podríamos beber en mejo-

(1) Aug. Epist. 128.

res y más puras fuentes. He aquí, pues, cómo nos da cuenta de ello: «Para la segunda conferencia juntáronse en el mismo lugar y número que la primera vez, el comisario Marcelino con sus adjuntos ú oficiales, y los diputados de los dos partidos. Habíanse ya inutilizado en la primera sesion los principales ardides, pero aun no estaban del todo agotados. Pidió el comisario á los obispos que se sentasen, pensando proceder finalmente con seriedad, y los católicos lo hicieron sin dificultad alguna; pero los donatistas, sosteniendo siempre su injuriosa severidad, dijeron que las divinas Escrituras les prohibian sentarse en compañía de los malos. Tuvo Marcelino la condescendencia de permanecer en pié, y los católicos insultados se levantaron al punto de sus sillas; lo que dió lugar á otras muchas peticiones, que no tenian otro objeto que dilatar el negocio: se les otorgó cuanto fue posible, y este dia se pasó tambien en preámbulos.

«Finalmente el tercero y último de la conferencia, que fue el 8 de junio, se trató no sin dificultad el fondo del asunto: tan inagotable es el espíritu de falacia. Dos veces se desmintieron á sí mismos los donatistas, quejándose de que insensiblemente se les empeñaba en el fondo de la cuestion, como si se hubiera de tratar de otra cosa; pero la paciencia triunfó de la doblez y de la obstinacion. Conocian los cismáticos todo el interes que tenian en multiplicar los preliminares y en defender bien, si podemos explicarnos así, las cercanías de una plaza cuya debilidad conocian, y que iba á sufrir tan fuertes asaltos. En efecto, cási tan pronto fueron vencidos como atacados. Se dió principio por la cuestion de derecho; y San Agustin demostró que en la Iglesia católica, extendida por toda la tierra, los malos, tolerados por espíritu de paz, ó porque no son conocidos, no dañan á los buenos que los toleran sin aprobarlos (1). Para conciliar los pasajes de la Escritura alegados por una y otra parte, distinguió la Iglesia en dos estados, el de la militante, es decir, de la vida presente, en el cual está compuesta de buenos y malos, y el de la Iglesia triunfante, en que sus hijos no estarán sujetos al pecado ni á la muerte. Despues de la cuestion de derecho se trató como medio de supererogacion la cuestion de hecho, es decir, se examinó la causa particular y primordial del cisma de Donato, y se probó de un modo incontestable, particularmente por la antigua relacion del procónsul Annulino al emperador Constantino, que Ceciliano no habia sido ordenado

(1) Brevic. Coll, 3., 9. et seq.

por un traidor: que Félix de Aptungia se habia justificado perfectamente de esta imputacion calumniosa: y que Segundo y muchos cismáticos opuestos á Ceciliano eran por el contrario otros tantos traidores. Leyóse despues la sentencia de Constantino, contenida en su carta al vicario de África, por la cual declaraba inocente á Ceciliano y calumniadores á los donatistas (1).»

Tales son las noticias que de estas sesiones nos da el escritor citado, que son por cierto bien importantes, por cuya causa las hemos reproducido con fidelidad. Ahora añadiremos que los cismáticos queriendo defenderse lo hicieron leyendo documentos que en vez de favorecerlos les condenaban, por lo que provocaron la hilaridad de los asistentes. Viendo, pues, Marcelino, que no presentaban una sola razon que les fuera favorable, se dirigió á ellos diciéndoles que podian retirarse si no tenian más que exponer, pues que era llegado el caso de pronunciar la sentencia. Era ya entrada la noche, y la sesion habia comenzado con el dia. Luego que se hubieron retirado se pronunció la sentencia, que fue despues leida en presencia de todos. Estas actas se han perdido cási por completo y solamente San Agustin nos da algunas aunque escasas noticias de ellas. He aquí lo que nos refiere:

Que Ceciliano no habia podido causar perjuicio á la Iglesia universal aunque pudiera probarse su crímen, porque no debia condenarse á nadie por la falta de otro.

Que Donato habia sido convencido de ser el autor del cisma.

Que el obispo Ceciliano y Félix de Aptungia, por quien habia sido ordenado, habian sido plenamente justificados.

Ordenábase despues que no se permitiese por los magistrados ni por nádie la reunion de los donatistas, los cuales habian de dar á los católicos las Iglesias que Marcelino les habia concedido durante su comision: que los donatistas que rehusasen reunirse á la Iglesia quedaban sujetos á las penas promulgadas por las leyes, y que para este efecto sus obstinados obispos deberian retirarse inmediatamente cada uno á su morada. En suma, que serian confiscadas las tierras ó lugares donde se diese asilo á las tropas de circunceliones. Aquellas actas, que se publicaron con la mayor solemnidad, se leian despues cada año en las iglesias de Cartago, Hipona y otras varias.

La muerte definitiva de la secta podemos fijarla en el mes de enero

(1) Berault-Bercastel. Lib. XII., n. 29.

de 412, en virtud de una ley promulgada por el emperador, por la cual mandaba castigos corporales y crecidas multas contra todo el que se manifestase donatista, ordenando que inmediatamente volviesen á los católicos todas las iglesias. Gracias, pues, al celo reconocido de San Agustin y de otros santos prelados sucesivamente fueron volviendo los donatistas al gremio de la Iglesia católica, siendo muy contados los que murieron obstinados en su lamentable error.

Como quiera que las luchas y contradicciones de todo género habian de servir á la Iglesia para que se coronase de triunfos y de victorias, y que de este modo se multiplicasen las pruebas de su verdad y de la divinidad de su Autor, dispuso Dios que jamás le faltasen combates, y así estaba anunciado por el mismo Jesucristo, segun que demostramos en la disertacion con que pusimos término á la historia de los cuatro primeros siglos de la Iglesia. De consiguiente estos combates no han sido ni son otra cosa que la realizacion de los vaticinios del Salvador.

Apénas, pues, los donatistas recibieron el golpe de muerte, y desaparecieron despues de haber dado tanto que hacer á la Iglesia, segun hemos visto en el anterior relato, cuando apareció el pelagianismo á presentar nuevas batallas y no ménos peligrosas. Aunque no pensamos detenernos demasiado con esta secta impía, porque tenemos muchos asuntos de que ocuparnos y la obra avanza con rapidez, daremos las noticias más necesarias para conocimiento del lector, y veremos el gran triunfo que sobre estos sectarios consiguió San Agustin, esa hermosa lumbrera de la Iglesia, que iluminó al mundo con su doctrina.

Fue Pelagio natural de la Gran Bretaña, país que tantos santos ha dado al cielo, y que hoy desgraciadamente duerme el sueño del cisma por haberse apartado de la Iglesia católica y haberse echado en brazos de la gran herejía del siglo XVI, conocida por el protestantismo.

Pertenecia Pelagio á una humilde familia que por carecer de bienes de fortuna no pudo darle una educacion distinguida. Sin embargo él estaba dotado de un vivo ingenio y talento poco comun, y no tardó en formar en su imaginacion proyectos ambiciosos. Abrazó en su país natal la profesion monástica, en la cual fue lego. Más tarde pasó á Roma, donde adquirió gran reputacion por sus virtudes, no sabemos si verdaderas ó fingidas con el objeto de hacerse notable, aunque nos inclinamos á creer que seguia lealmente por entónces el buen camino, toda vez que adquirió amistad con hombres tan eminentes como San Agustin y que escribió algunas obras buenas y útiles.

Valióse de su talento y disposiciones Rufino para hacerle instrumento de los errores que profesaba, y que segun es fama traian su orígen ó principio de los de Orígenes. Otro de los que se asociaron y lo decidieron á seguir tan impía senda fue Celestio, acérrimo dogmatizador. Este fue delatado al obispo Aurelio por Paulino, diácono de Milan, que habia escrito la vida de San Ambrosio, de quien habia sido secretario. Con este motivo se reunió un concilio donde fueron pulverizados sus errores, de los cuales era el principal que negaba el pecado original, con lo que dicho está que negaba la redencion y de consiguiente todo el sistema religioso. Por otra parte, incurriendo en una monstruosa contradiccion, decia que los niños necesitaban de redencion y que se les debia bautizar para que pudiesen alcanzar el reino de los cielos. Tales son las aberraciones del entendimiento humano cuando se aparta de la revelacion. Por una parte niega el pecado original y por otra confiesa la necesidad del bautismo para los niños.

Acerca del bautismo de los niños, San Agustin, que fue consultado por Marcelino, contestó enviándole sus libros de la remision de los pecados, los primeros que compuso contra los pelagianos. Dice en ellos que el hombre está sujeto á la muerte, no por la primera institucion del Criador, sino por el demérito del pecado: que el pecado de Adan contaminó á toda su posteridad, y que para obtener la remision de este pecado de orígen se da á los niños el bautismo. Ultimamente, ya que de este punto tan tratado por los autores eclesiásticos nos ocupamos, diremos que el mismo San Agustin se expresa en una de sus obras de este modo: «No, no digo que los niños muertos sin bautismo deban sufrir una pena tan grande que les hubiera sido mejor no haber nacido. No me atreveré á decir que les hubiera sido mejor no existir que estar donde están.»

Muy respetable es para nosotros la autoridad del Padre San Agustin, á quien seguramente nádie se atreverá á disputar el ingenio ni su profundidad en las sagradas letras. Que no puede entrar en el cielo el que no ha sido regenerado por el bautismo está fuera de toda duda, porque así lo ha dicho el que es la verdad por esencia. Pero es tal la bondad y la misericordia de Dios que podemos esperar, como dice el Padre San Agustin en las palabras citadas, que á los niños que sin culpa propia mueren sin el bautismo no les hará sufrir tormentos semejantes á los de los condenados, ó tal vez, y esto no pasa de una suposicion que enviará un ángel para que los bautice y puedan entrar en el gozo del Se-

ñor (1). A los que de esta opinion puedan reirse contestaremos con las mismas palabras de que se sirvió el arcángel San Gabriel para acabar de disipar las dudas de la Vírgen María al anunciarle el gran misterio de la Encarnacion del divino Verbo en sus purísimas entrañas, á saber: *Quia non erit impossibile apud Deum, omne Verbum.*

Consistia el error principal de los pelagianos en la no necesidad de la gracia, que deducian del falso principio de que la naturaleza no habia sido inficionada en su orígen: que sin necesidad del poderoso auxilio de la gracia, el hombre podia cumplir los preceptos divinos y conseguir la salvacion. San Agustin rebatió victoriosamente tan funesta doctrina, y conviniendo en que el hombre puede durante esta vida pasar sin pecado por la gracia de Dios y cooperacion del libre albedrío, afirma que nádie se halla realmente en este estado, porque nádie lo quiere del modo que es necesario, y que excepto Jesucristo, que es Dios verdadero al tiempo que verdadero Hombre, ningun otro hombre vivió ni vivirá sin mancha. Con respecto á la Madre de Dios, siempre la exceptúa San Agustin cuando habla del pecado. Oigamos sus palabras: «Cuando se trata de pecado, dice, no hablo de la Vírgen.» Examinando la humanidad en la ley natural, en la escrita y en la de gracia, no encuentra sin pecado mas que á María Santísima, por honor al Redentor. Pensaba con mucha razon este iluminado Doctor que el Tabernáculo donde reposó el Santo de los Santos no debió estar inficionado ni por un solo instante. Tal ha sido el pensamiento constante de los Padres y Doctores de todos los siglos. Séanos permitido recordar aquí las expresiones de un célebre cantor de las glorias de la Madre de Dios: «Lo que á María ensalza sobre todos los bienaventurados y le da una preeminencia especialmente suya, es el haber sido predestinada de un modo tan privilegiado y admirable, que entra en cierta manera á dividir todas las cosas con el Eterno Padre y con su Hijo en la obra sublime de la predestinacion de los Santos. Ella por su único Hijo y en Él es uno de los principios que concurren á la predestinacion de los elegidos: pues como es imposible que Jesucristo lleve á cabo la predestinacion de un solo hombre sin el concurso de su Eterno Padre, porque sin él no seria Dios, cási es igualmente imposible el que la lleve á cabo sin el concurso de su Madre, porque sin ella no seria hombre (2)». Todo esto es lo mismo que

(1) Recordamos haber leido esta opinion, no pudiendo asegurar si en Frassinous, Pascal ú otro autor de igual celebridad.

(2) Argentan. Grandezas de la Vírgen, cap. I.

ha confirmado la Iglesia al declarar dogma de fe el misterio de la Concepcion en gracia de María, por estas palabras: *La Beatísima Virgen María, en el primer instante de su Concepcion, fue preservada de toda mancha de culpa original por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, atendidos los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano* (1).

Continuemos. Marcelino se admiró de que el santo Doctor dijese que el hombre puede vivir sin pecado, pero que ninguno vivió ni vivirá jamás sin él. Así, pues, le escribió diciéndole: « ¿Cómo creeis posible una cosa de la cual suponeis que no hay ni habrá jamás ejemplo? » Tales dudas fueron resueltas por el santo Doctor, en un libro que escribió y que tituló *Libro del Espíritu y de la Letra*, que es una explicacion del pasaje de San Pablo en que dice que *la letra mata y el espíritu vivifica.* En esta obra, admirable como todas las suyas, resplandece el profundo ingenio del santo obispo de Hipona. Es sublime cuanto dice con respecto al libre albedrío y á la gracia, y muy digno de notarse cuanto explica en el capítulo XXXIII, por el modo como establece á un tiempo no sólo la voluntad sincera que tiene el Señor de salvar á todos los hombres, y por consiguiente la gracia suficiente con la que todos pueden salvarse, sino tambien el poder de Dios, y la compatibilidad con este poder ó con la gracia. No creemos oportuno detenernos en todas las explicaciones teológicas del santo sobre puntos de tanta importancia, por no ser este el objeto principal de nuestra obra. Basta á nuestro propósito decir que el pelagianismo fue victoriosamente combatido por San Agustin y tambien por San Jerónimo, dando esta herejía lugar á la celebracion de varios concilios africanos, entre los que citaremos los de Dióspolis, Cartago y el Milevitano.

El pelagianismo quedó vencido, pero los sectarios no dejaron de injuriar á San Jerónimo, que les habia hecho tan cruda guerra. Las actas de los concilios en que habia sido condenado Pelagio y su doctrina, se enviaron al Sumo Pontífice, segun era costumbre. El papa Inocencio les dió su aprobacion, y escribió una carta al obispo de Cartago en la cual se quejaba de ver que ordenasen de sacerdotes sin consideracion de ninguna clase ni exámen á ciertos hombres que estaban entregados por completo á los negocios temporales, y cuyas costumbres estaban muy léjos de ser segun conviene á los ministros del santuario, doliéndose á

(1) Bula de la Declaracion Dogmática del Misterio de la Concepcion.

sí mismo de que hubiese poco cuidado en la eleccion de los que habian de ser elevados al Episcopado.

Hemos llegado á los últimos tiempos de este santo Pontífice, que por su energía en condenar dos concilios irregularmente celebrados, y por haber anatematizado á Pelagio y Celestino, mereció bien de la Iglesia. Su más célebre decretal es la que dirigió á Decencio, obispo de Eugubio, en la Umbría, en la que, afirmando como un hecho notorio que no hay en Italia, ni en España, ni en las Galias, ni en África, ni en Sicilia é islas adyacentes, iglesias que no hayan sido fundadas por los obispos instituidos por San Pedro ó sus sucesores, se lamenta de que se descuiden las tradiciones que muchas iglesias recibieron del Príncipe de los Apóstoles. Hé aquí de qué modo se expresa al hablar de los Sacramentos de la Confirmacion y de la Extremauncion. Despues de decir que pertenece tan solamente al obispo imprimir á los niños el carácter sagrado que los hace perfectos cristianos, esto es, la Confirmacion, sigue expresándose de este modo: «Así nos consta, tanto por la constante costumbre de las Iglesias como por la Sagrada Escritura, en especial por lo que se dice de San Pedro y de San Juan en los «Hechos de los Apóstoles.» Los sacerdotes pueden, en verdad, ungir con el crisma á los bautizados, con tal que esté consagrado por el obispo; pero no signar su frente, lo que sólo es permitido á los obispos cuando dan el Espíritu Santo. Respecto á la uncion de los enfermos, tambien la pueden hacer los sacerdotes, segun la Epístola del apóstol Santiago; pero siempre es preciso que el óleo de esta uncion esté consagrado por los obispos. No se da á los penitentes (es decir, á los penitentes que no han recibido la absolucion sacramental, pues no se les administra la Extremauncion, á no ser en caso de urgente necesidad), porque es un sacramento. En cuanto á las palabras de que es necesario usar, no las confio al papel, por no exponer al insulto los sagrados misterios: cuando vengais acá diré lo que no puedo ni me atrevo á escribir.»

Durante el reinado de Inocencio I tuvieron lugar varios martirios. Entre ellos notaremos el de Eutropia que tuvo lugar en Constantinopla, de cuyo hecho se lee lo siguiente en el tomo V, libro 21 de las obras de Fleury: «El prefecto, pagano y enemigo de los cristianos, hizo padecer varios tormentos á los amigos de San Crisóstomo. Eutropia, que era lector y chantre, fue otra de las víctimas: se le aplicó á la lumbre de un fuego ardiente, azotáronle luego con correas y palos, desgarráronle la carne con uñas de hierro, hicieron lo propio en sus costillas, carri-

llos y frente, hasta arrancarle las cejas, aplicándole antorchas encendidas en ambos costados, precisamente allí donde la carne habia sido arrancada hasta el hueso, y últimamente espiró en el caballete. El sacerdote Tigrio fue asimismo desnudado, azotado en la espalda y agarrotado de piés y manos con tanta violencia que le dislocaron todos los huesos.»

Artaud de Montor nos da cuenta de otros martirios que por el mismo tiempo tuvieron lugar en Francia, verificados por los bárbaros. En Reims padeció San Nicasio con su hermana la vírgen Eutropia: en Arras San Diógenes: en Axene, San Paterno: en Langres, San Diocloro, y otros muchos.

El Papa San Inocencio I, cargado de merecimientos y despues de haber gobernado la Iglesia con el mayor celo cerca de quince años, murió en el de 417, el 12 de marzo segun unos historiadores, ó el 28 de julio como quieren otros. En cuanto al año, no cabe la menor duda. Durante el tiempo de su pontificado y en cuatro ordenaciones creó cincuenta y cuatro obispos, treinta presbíteros y quince diáconos.

CAPITULO VIII.

San Zósimo, papa.—Planes de Pelagio y Celestio.—Profesion de fe de Celestio.—Prudencia de San Zósimo.—Profesion de fe de Pelagio enviada á Roma.—Sorpresa de la Iglesia romana.—Pátroclo de Arlés favorecido por el Papa.—Carta de los africanos á Zósimo.—Pelagio y Celestio son condenados por la Silla Apostólica.—Concilio llamado plenario por San Agustin.—Reglamentos de disciplina.—Edicto de Honorio contra los pelagianos.

A San Inocencio I, cuyo cadáver fue enterrado en el cementerio del *Orso Pelato*, de donde fue más tarde trasladado á la Iglesia de los santos Silvestre y Martin *in Monti*, sucedió en la cátedra pontificia

San Zósimo, que habia sido ordenado sacerdote por su antecesor, y que era segun unos griego y natural de Cesarea en Capadocia, y segun otros habia nacido en Rieti, ó más bien en Reazio, hoy Mesuraca, en Calabria. Su eleccion tuvo lugar el dia 19 de agosto de 417. Segun Novaes fue el primer Pontífice que á su título de obispo ó papa añadió *de Roma*, y á él se debió la disposicion de que ingresaran en el estado eclesiástico hombres impuros, y que los clérigos no pudiesen frecuentar las tabernas.

Pelagio y Celestio, así que se vieron condenados no sólo por los obispos de una de las tres partes del mundo, sino á más por el mismo Soberano Pontífice Inocencio I, léjos de deponer sus errores se irritaron más y más. El primero tuvo el atrevimiento de escribir una carta al Jefe supremo de la Iglesia haciendo su propio panegírico, y el segundo determinó pasar á Roma, bajo el pretexto de seguir una apelacion que habia interpuesto hacia cinco años. Cuando llegó á Roma, ya habia muerto Inocencio y ocupaba San Zósimo la Sede Pontificia, y á este Papa presentó su profesion de fe, obra maestra del artificio y de la malicia, como dice el Padre San Agustin. Aparentando sumision y modestia, y respi-

rando una piedad aparente, exponia su creencia sobre los dogmas, acerca de los cuales no se le reprendia, y manifestando odio y aversion á las antiguas herejías, se explica del modo siguiente sobre los puntos críticos de que se trataba: «Si se suscitaron, dice, algunas cuestiones sobre objetos todavía no decididos, no pretendí yo decidir ni hacerme autor de un dogma nuevo. Os presento y sujeto á vuestro exámen lo que bebí en las fuentes de los Profetas y de los Apóstoles, para que rectifiqueis lo que haya podido deslizarse ménos conforme á las reglas de la verdadera ciencia y sabiduría.» Y como quiera que el error capital de su secta estribaba en el pecado original, procuraba evadirse reconociendo la obligacion de bautizar á los niños para que obtuviesen la remision de sus pecados, «que provienen, decia, de la voluntad y no de la naturaleza, porque seria indigno de la santidad y justicia del Criador que pasasen ó fuesen trasmitidos de padres á hijos.»

San Zósimo demostró en esta ocasion estar adornado de la mayor prudencia, conociendo que de tratar con rigor á Celestio seria precipitarlo en el abismo de los errores, y que podria ser muy perjudicial á la Iglesia, tanto por su fogoso genio como por su talento y sagacidad. Creyó pues oportuno tratarle con suavidad, no obstante que en las últimas palabras que hemos reproducido de su profesion de fe estaba muy marcada su herejía, lo que no podia ocultarse al Santo Padre. No aprobó por lo tanto su doctrina; pero le preguntó por sus sentimientos é hizo leer su profesion de fe. Le hizo de nuevo comparecer á su presencia y le preguntó si estaba pronto á condenar todos los errores que en su nombre se habian publicado, á lo que manifestando una gran sumision respondió que todos los condenaba segun la mente del papa Inocencio, haciendo formal promesa de que desecharia todo aquello que la Santa Sede desechase.

A vista de estas humildes protestas ¿quién no hubiese creido en la sinceridad de su conversion? Pero todo aquello era fingimiento y no otra cosa. Así es que cuando el Papa le pregunta precisando la cuestion si condenaba aquello de que Paulino le acusaba, elude la cuestion con la mayor sagacidad no respondiendo afirmativa ni negativamente, y concretándose á lamentarse de las injuriosas acusaciones que se le hacian tan injustamente. Si Zósimo hubiese visto en él un verdadero arrepentimiento y sincera detestacion de sus errores, le hubiese absuelto en el momento, con el mayor consuelo de su alma, pues que, como Aquel á quien representaba en la tierra, no queria la muerte del pecador sino su conversion y su vida.

Debemos, pues, creer que están en un error los que opinan que Zósimo se dejó engañar en un principio por Celestio, pues nosotros no vemos en su conducta otra cosa que un destello de la gran prudencia de que se hallaba adornado, y medios de que se valió con el fin de atraerle si le era posible al verdadero camino. Lo repetimos: no convenimos con Artaud de Montor, á quien seguimos en otros puntos, en que Zósimo fuese desde el principio engañado por las astucias de los culpables, hasta el punto de no considerarlos como herejes, por más que el mismo historiador reconozca despues debidamente que llevó la justicia hasta los confines más reconditos del África conocida.

Por su parte Pelagio tambien siguió el mismo camino de Celestio, y envió á Roma otra profesion de fe muy semejante á la de aquel, sin saber todavía que el Pontífice Inocencio era muerto, por lo que cayó en manos del papa Zósimo. Hizo el heresiarca todos los esfuerzos imaginables por disipar toda clase de sospechas, y así despues de mil maliciosas protestas terminaba su profesion de fe de la manera siguiente: «Tal es, bienaventurado Papa, la fe que hemos creido deber conservar preciosamente; si contiene algo que no esté explicado con la profundidad y exactitud debida, por vos, heredero de la silla y fe de Pedro, debemos y queremos ser dirigidos.»

Como se ve, era idéntico el lenguaje de Pelagio en Palestina, donde se hallaba, que el de Celestio en Roma. La profesion de fe del heresiarca fue leida públicamente y produjo muy buen efecto en el ánimo de los católicos, que creyeron ver en ella el lenguaje del corazon, habiendo muchos que lloraban de placer y daban gracias á Dios porque habia traido á aquellos sectarios al conocimiento de la verdad y al redil de Pedro. Con razon dice San Agustin que esta confesion de Pelagio sorprendió á la Iglesia romana, aunque sólo por algun tiempo. Con respecto al papa Zósimo, seguimos en la misma opinion, es decir, que no se dejó sorprender, y prueba de esto que no pronunció la absolucion de los herejes, lo que, como deciamos con respecto á Celestio, hubiera hecho con la mayor alegría y gozo de su alma.

El mismo papa Zósimo, que pensó muy desventajosamente de Héros y le depuso del episcopado igualmente que á Lázaro, juzgó muy favorablemente de Pátroclo, sucesor de Héros en la Silla de Arlés. Concedióle los derechos de metropolitano, sometiendo á su autoridad la provincia Vienense y la primera y segunda Narbonense, tanto para las funciones episcopales como para la jurisdiccion contenciosa, ménos cuando la im-

portancia de los asuntos exigiese que la Silla Apostólica entendiese en ellos, en cuya condicion expresa en la carta del Papa que se conserva tenemos un ejemplo de las causas mayores reservadas al Papa. Esta autoridad que concede á la Silla de Arlés la funda en la dignidad de San Trófimo, el cual fue enviado allí por primer obispo por la Santa Sede, y fue por consiguiente como la fuente de la fe en las Galias.

Conocieron los africanos que los pelagianos habian sorprendido á la Iglesia romana, y por la carta del papa Zósimo comprendieron que si este no habia pronunciado una sentencia de condenacion habia sido por creer buena fé en ellos, y así le escribieron suplicando que quedasen las cosas en el estado en que se encontraban, hasta que ellos enviasen instrucciones. Con este motivo renuieron en África un Concilio que fue muy numeroso, pues asistieron obispos en número de doscientos catorce. Tuvo lugar este Concilio en Cartago, y en él se establecieron cánones dogmáticos, los cuales fueron remitidos á Roma con una carta en la que se leian estas palabras: «Hemos acordado que la sentencia que dió Inocencio contra Celestio y Pelagio no tenga su efecto hasta que confiesen claramente que la gracia de Jesucristo debe ayudarnos, no sólo para conocer sino tambien para seguir las reglas de la justicia en cada accion; de suerte que sin su auxilio nada podemos tener, pensar, decir ó hacer que pertenezca á la verdadera piedad. No basta que Celestio se haya sometido vagamente á las cartas de Inocencio, sino que para quitar todo escándalo, y desengañar aun á los sencillos, se le debe obligar á que anatematice terminantemente lo que se halla sospechoso en su obra, no sea que piensen muchos, no que el sectario dejó sus errores, sino que la Silla Apostólica los ha confirmado.» No se puede dejar de advertir aquí el gran celo de los obispos africanos por la pureza de la fe, el que les hizo al mismo tiempo recordar en la misma carta al papa Zósimo el juicio de su antecesor San Inocencio sobre el Concilio de Dióspolis, dándole una sucinta explicacion de cuanto habia pasado entre ellos acerca de este asunto, respondiendo al mismo tiempo á la queja que les habia dado este mismo Pontífice sobre haber creido con ligereza á los acusadores de Celestio, y que por el contrario él era el que casi habia creido que los sectarios abjuraban de buena fe sus errores, aparentando hipócritamente que se sometian enteramente á la decision de la Iglesia romana, y empleando palabras que parecian á primera vista católicas.

San Zósimo, varon de gran prudencia, recibió la carta de los obispos africanos y examinó el asunto con toda la atencion que requeria, y no

pudo ménos de convencerse de una vez de la mala fe de los sectarios. Quiso que Celestio compareciese en su presencia y que se explicase de una manera clara y terminante, de suerte que no dejase duda alguna de que se sujetaba en todo y por todo á las decisiones de la Iglesia, renunciando y abjurando sus errores, ó que hiciese pública manifestacion de ellos. Celestio temió y no atreviéndose á resistir esta prueba huyó secretamente de Roma. Entónces no quedó ya duda alguna al Sumo Pontífice y pronunció conformándose con el juicio de San Inocencio la condenacion de Pelagio y Celestio, notificando esta su decision á todos los obispos del mundo católico (1). Esta carta de notificacion de sentencia es muy notable, pues que en ella el Papa da cuenta muy detenidamente de las acusaciones hechas por Paulino sobre los errores de Celestio, y hace notar los de Pelagio en sus comentarios sobre San Pablo, donde se veia claramente el veneno de la nueva herejía. Habla extensamente del dogma del pecado original, condenando á los novadores que concedian una felicidad verdadera á los niños que mueren sin haber recibido el bautismo, defendiendo y estableciendo por último, como se habia hecho en varios concilios africanos, que el hombre necesita del auxilio de la gracia en todas sus acciones, pues que todo lo debemos esperar no de nuestras propias fuerzas sino de la divina asistencia.

De nuevo volvieron á reunirse los obispos africanos, y por ser tan próximas ambas asambleas muchos escritores miran como un solo concilio ambas reuniones, á las que el Padre San Agustin les da el título de *Concilio plenario.* En esta á que llamaremos segunda sesion del Concilio general de África, de Numidia y de Mauritania, asistieron tambien algunos obispos españoles, y se establecieron algunos artículos de doctrina contra los errores de los pelagianos, pronunciándose anatemas contra los que afirmasen que el primer hombre debió morir, sea que pecase ó no pecase; contra los que dijesen que los niños no reciben de Adan pecado alguno original que deba ser borrado por el bautismo; contra los que dijesen que la gracia de Dios, que nos justifica por Jesucristo, no sirve sino para perdonar los pecados ya cometidos, y no para ayudarnos á no cometer otros nuevos, y otros hasta el número de ocho, ó tal vez nueve como quieren algunos escritores. Tambien hicieron los Padres de este Concilio algunos reglamentos para impedir el abuso de las apelaciones sino en ciertos casos, estableciendo un decreto por el cual se permitia

(1) August., Epist. 205. ad Valent.

dar el velo á las vírgenes en ciertos y determinados casos ántes de la edad de veinte y cinco años, que era la ordinaria.

San Agustin trabajó mucho en este Concilio, cuyo principal objeto fueron los errores de Pelagio, y al mismo Padre se atribuye la redaccion de sus cánones. Creemos haber dicho en la biografía de este Doctor admirable que se hizo acreedor á la denominacion de *defensor magnífico de la gracia*. Nádie puede dejar de conocer cuán útiles fueron á la Iglesia estos Concilios africanos y cuánto contribuyó el santo obispo de Hipona al triunfo de la buena fe y á la extirpacion de las herejías con su celo extraordinario, sus profundos conocimientos en las ciencias sagradas y la energía de su carácter.

Luego que el emperador Honorio tuvo conocimiento de las decisiones del Concilio de África se propuso apoyarlas con su autoridad imperial, y para ello publicó un edicto mandando que Celestio y Pelagio no fuesen admitidos ni tolerados en Roma bajo pretexto alguno, advirtiendo que cualquiera persona que conociese á alguno de sus secuaces estaba obligada á delatarlo á los magistrados para que estos inmediatamente le impusiesen la pena del destierro.

El edicto del emperador fue dado en Ravena en 30 de abril de 418, y en consecuencia de él los prefectos de las provincias, así orientales como occidentales, expidieron órdenes por las cuales se desterraban y confiscaban todos sus bienes á cuantos fuesen convencidos de los errores condenados por el Concilio general africano y por el papa San Zósimo.

Ahora bien: ¿qué efecto produjo en Pelagio su condenacion? ¿Fue suficiente para que conociendo su lamentable estado aborreciese sus errores haciendo de ellos penitencia? No: ántes por el contrario proyectó nuevas imposturas, como veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO IX.

Frutos que produjeron las luces de San Agustin y la conducta de Sixto.—Sentimiento de San Agustin sobre la infalibilidad del Romano Pontífice.—Vanos esfuerzos de Pelagio para sorprender á Piniano y su familia.—Libros de San Agustin sobre la Gracia y el Pecado original.—Temeridad de Julian de Eclana.—Humildad y modestia de San Agustin.—Sus libros de Trinidad y la Ciudad de Dios.—Males temporales.—Pruebas de la resurreccion de Jesucristo.—Muerte del papa San Zósimo.—Le sucede San Bonifacio I.

Sixto, sacerdote de la Iglesia romana, que fue más tarde Sumo Pontífice, habia reclamado tambien la proteccion imperial contra los sectarios, que habian llegado neciamente á prometerse su favor, y no contento con esto trabajó asíduamente para desengañar á todos los que sencillamente se hubiesen dejado sorprender y hubiesen aceptado como verdades los errores, los cuales condenaba públicamente para volver por su honra mancillada, puesto que los pelagianos habian propalado que él aprobaba sus doctrinas. Esta laudable conducta le hizo acreedor á las sinceras felicitaciones de San Agustin, el cual le dirigió una afectuosa carta que es la ciento y cinco de las de este santo Doctor, y en la cual consigna grandes y profundas instrucciones sobre la Gracia. Merced, pues, al celo de estos dos esclarecidos varones, muchos de los fieles que habian tenido la desgracia de dejarse engañar, renunciaron al error, volviendo al seno de la verdadera Iglesia, y los pocos que permanecieron obstinados fueron arrojados de la Italia en virtud del decreto del emperador Honorio.

Los pelagianos tomaron el subterfugio de decir que apelarian de su condenacion á un concilio universal. La Iglesia miró esto como una nueva prueba de mala fe por parte de los sectarios, y el papa Zósimo condenó tambien á Julian y otros cómplices suyos que manifestaban el mismo

deseo de apelacion. Hemos de notar aquí unas magníficas palabras del Padre San Agustin, que son una declaracion de sus sentimientos acerca de la infalibilidad del Romano Pontífice. Manifestó clara y terminantemente que el asunto habia quedado completamente terminado desde que el Sumo Pontífice habia confirmado las actas de los concilios Africanos. Hé aquí sus últimas palabras: *Roma locuta est, causa finita est.* Habló ya Roma: la causa está concluida. Es decir, no hay ya necesidad de más exámen ni de nuevas discusiones. Condenada la doctrina de los pelagianos, sus defensores deben ser considerados como enemigos declarados de la Iglesia, y es necesario perseguirlos hasta en sus últimas trincheras.

Desde entónces no hubo ya momento de descanso para el santo Doctor. Convencido de la necesidad de perseguir á los partidarios del error y de trabajar asíduamente por el triunfo de la santa causa de la fe, escribió parte de esas magníficas obras donde se halla consignada la más pura doctrina, y que son leidas con placer por los varones entendidos de todos los siglos.

Decíamos al terminar el anterior capítulo que Pelagio, léjos de conocer su lamentable estado y abjurar de sus errores, proyectó nuevas imposturas. Así fue en efecto. Hallábase el heresiarca en Palestina, adonde acudieron Piniano, su mujer Melania y la madre de esta, llamada Albina. Eran personas nobles y distinguidas de Roma y de una gran piedad. Habian huido de Roma por libertarse del furor de los bárbaros y se habian retirado al África, donde el clero de Hipona, sabedor de las virtudes y bellas prendas que adornaban á Piniano, le habia querido obligar á recibir el órden sacerdotal, conociendo lo útil que podia ser á la Iglesia. Piniano, que dedicado á las prácticas de la piedad hacia con su consorte vida de hermanos, huyó de esta dignidad, y el evitar instancias sobre este punto motivó su traslacion con su familia á la Palestina. Allí los conoció y trató Pelagio, el cual se valió de todos los medios posibles para hacerle partidario de sus errores, valiéndose de las mayores imposturas y de la más refinada hipocresía. Aquella piadosa familia no se dejó sorprender y recurrió al gran doctor San Agustin, que se hallaba en Cartago, para que les dijese cómo debian obrar. No obstante que el santo Doctor estaba rodeado de los mayores cuidados y tenia que aplicar su atencion á asuntos de gravedad y de importancia, no demoró el contestar á Piniano y su familia, pues que le habian escrito en comun. La respuesta que les envió forma dos libros tan apreciables y llenos de instrucciones como todos los del santo, uno de los cuales trata de la

Gracia de Jesucristo y el otro del *Pecado original*, en los cuales se combaten del modo más admirable los groseros errores de Celestio, que eran los mismos que se descubrian en los escritos de Pelagio.

No es nuestro ánimo examinar aquí estas dos producciones de ese genio extraordinario, ni aun nos consideramos suficientes para ello, pues que las obras de los sabios deben ser examinadas tan solamente por otros sabios. Baste decir que no creemos puede escribirse más profundamente sobre tales asuntos y que basta leer el primero de estos tratados para comprender cuán justamente se le ha dado al santo Doctor, segun ya tenemos dicho, el hermoso título de *defensor magnífico de la gracia*.

En el jóven obispo de Eclana, Julian, encontró un defensor el pelagianismo. Aquel Prelado temerario, sin parar mientes en la gran superioridad de San Agustin por su edad y profundos conocimientos, así como por la reputacion que se habia conquistado á causa de su reconocida sabiduría, quiso entrar en lid con tan esforzado atleta, creyendo que podria triunfar del grande obispo de Hipona. Llegó su orgullo á tal extremo que aun ántes de presentar sus argumentos llamaba ya á San Agustin Goliat, y á sí mismo se daba el nombre de nuevo David. Escribió, pues, y en todas sus producciones derramó el más fino veneno, llegando á acusar á la Iglesia de ignorancia y hasta de injusticia en la condenacion de las doctrinas de Pelagio. Como quiera, pues, que la humildad es compañera inseparable de la verdadera sabiduría, el santo Doctor se portó con la mayor mansedumbre, y á escritos que demostraban tanta altanería y soberbia respondió con una humildísima refutacion, pero tan llena de vigor y con tanta copia de razones que acabó de pulverizar aquellos errores, que tanto habian agitado á la Iglesia y que á tantos cristianos habia arrancado la fe, dejando confundido al orgulloso y atrevido obispo de Eclana.

Ya que de las obras de San Agustin tratamos, diremos que una de las más apreciables de ellas, segun los hombres más entendidos, es la de *Trinidad*, en la que se contiene lo más sublime y sólido de la metafísica y las explicaciones más profundas. Tambien es digna de nombrarse su *Ciudad de Dios*, riquísimo arsenal de doctrina, que bastaria por sí sola para haberle hecho adquirir una reputacion universal. El objeto principal de la *Ciudad de Dios* es defender la Iglesia católica contra el paganismo. La primera parte de la obra la forman diez libros, en los cuales refuta admirablemente las preocupaciones de los paganos, y en la segunda parte, compuesta de doce libros, defiende las verdades católicas.

Como quiera que una de las mayores preocupaciones de los paganos era que la prosperidad del imperio romano habia sido debida á la proteccion y al favor de los dioses, y sus desventuras eran motivadas por el establecimiento del cristianismo, habla detenidamente de las revoluciones, de las guerras púnicas y sobre las guerras civiles de Mario y Sila, demostrando que estos azotes habian sido mucho más terribles que las invasiones de los godos, é insta sobre el particular expresándose de este modo: «Tambien hubo otros grandes estados que por mucho tiempo sufrieron grandes calamidades y vinieron al estado de decadencia, pudiéndose contar entre otros los famosos reinos de los asirios, de los persas y egipcios: luego ó los dioses no tuvieron parte en su suerte ó fueron impotentes estas divinidades para darles proteccion.» Estas palabras, ó mejor dicho este argumento, no tiene contestacion posible. Pero sigamos la narracion del santo: «Por otra parte, los judíos, adoradores de un solo Dios, tuvieron sus dias de gloria y de prosperidad. Con todo, la grandeza de los imperios no es efecto del acaso ni de un destino ciego y sin poder alguno. Luego es obra de la Providencia ó del Sér Supremo, que disponiendo de las mayores y más grandes cosas, basta por su inmensidad para el cuidado aun de las más pequeñas. Plúgole recompensar con las prosperidades temporales las virtudes humanas de los antiguos romanos, su frugalidad, su moderacion, su desinteres personal, su celo por el bien público y la generosidad de su valor, aunque estas laudables cualidades fuesen las más veces obras del amor propio, que reprimia los demas vicios que eran más criminales que la vanidad. Así el Remunerador todopoderoso y magnífico, que honra hasta los menores vestigios de virtud, y que la corona hasta en el mismo cieno en que es desfigurada, dió á los romanos el poder y dominacion en que ellos creian que consistia la verdadera felicidad: mas para que no se creyese necesario el culto de los dioses para reinar, concedió el Dios de los dioses un reinado feliz y dilatado al gran Constantino, enemigo de los ídolos; y por una conducta contraria, aunque igualmente sábia y santa, para que los emperadores no fuesen cristianos precisamente por gozar los bienes temporales, sacó de este mundo al religioso Joviano más pronto que á Juliano apóstata; y como árbitro absoluto así de las causas como de los efectos, hizo triunfar las armas del piadoso Teodosio, permitiendo que la virtud de Graciano fuese víctima de un tirano.»

Trata en seguida de demostrar que las aflicciones de la vida presente y todos los males temporales no son siempre penas del pecado, y que

muchas veces los envía Dios para probar la virtud. Aduce el ejemplo de Job, á quien el Señor envió las mayores tribulaciones para prueba de su virtud. «Independientemente, dice, de las faltas que cometen los hombres más justos y de las penas temporales que por esto merecen, el Señor quiso que los bienes y males de esta vida fuesen comunes á los buenos y á los malos; porque preparó para lo futuro bienes y males que harán separadamente la felicidad ó la desgracia de unos y otros: economía sábia, que nos enseña al mismo tiempo el desprecio que Dios hace y se debe hacer de los bienes de esta vida por la indignidad de aquellos á quienes los abandona. De este modo no quiso dar lugar á los hombres á que se precipitasen en una desgracia sin medida y sin fin, por el temor de los que llaman males y que él distribuye ordinariamente á sus amigos como sus más preciosos favores. Si aquí no castigase de un modo sensible ningun pecado, podria el hombre creer que no hay Providencia; y si todos fueran castigados en este mundo, se persuadiria de que nada se reserva para el último juicio. Lo propio acontece con los bienes aparentes de esta vida; si Dios no los diese á ninguno de sus siervos, pareceria que estos bienes no dependen de él; y si los diese á todos sus adoradores fieles, creeriamos no deber servirle sino por este género de recompensas. Así la piedad no tendria otro estímulo que la codicia, ó por lo ménos el espíritu bajo y carnal de la ley de servidumbre ocuparia el lugar de la ley del espíritu y del amor de los bienes invisibles (1).»

Dígasenos si el anterior razonamiento no predispone al lector para amar la virtud y aborrecer el vicio, y para llevar con la mayor resignacion los trabajos de la vida, mirándolos como regalos de la Providencia. ¡Oh! Si esos hombres que á sí mismos se tienen por ilustrados, y que corrompen á cada paso la literatura negando todas las verdades que no están al alcance de la menguada inteligencia humana, leyesen con detenimiento las obras de San Agustin, y muy especialmente su *Ciudad de Dios*, acabarian por someter su entendimiento á las verdades reveladas, mirarian las cosas de la tierra como pasajeras y fijarian su atencion en las eternas, como las más importantes.

No terminaremos este punto sin decir dos palabras citando algunas de las del santo Doctor al hablar sobre la resurreccion de Jesucristo. No hay un testimonio más evidente de la divinidad de Jesus, y de la verdad de nues-

(1) August., de Civit. Dei, lib. I, cap. 8. Traduccion de Berault-Bercastel.

tra religion santa, que la verdad de su resurreccion, por lo que decia el apóstol San Pablo: «Si Cristo no hubiese resucitado de entre los muertos el tercer dia de su inmolacion en la Cruz, como él mismo habia predicho, nada habriamos adelantado con su muerte y serian vanas nuestra predicacion y nuestra fe (1).» Pues bien: hé aquí de qué modo se explica sobre este punto el inspirado Doctor: «Veamos tres cosas inconcebibles, á saber, que Jesucristo resucitó, que el mundo ha creido una cosa tan increible, y que un corto número de hombres groseros é ignorantes la persuadieron á los mismos sabios. Nuestros contrarios no quieren creer la primera: ven y confiesan la segunda; y son incapaces de decir cómo sucedió, si no es por la tercera. Efectivamente, aquellos hombres despreciables que decian haber visto á Jesucristo subir al cielo, no sólo lo afirmaban sino que lo confirmaban con los más grandes milagros; y esto en el siglo más ilustrado y ménos accesible á ficciones y supercherías. ¿Por qué pues, dirá alguno, no se hacen ya semejantes milagros? Porque no son de la misma necesidad desde que la fe del mundo entero nos suministra un milagro siempre subsistente. Sin embargo, todavía se obran por más que no tengan la misma celebridad y sean poco conocidos fuera de los lugares donde se hacen.» Queriendo probar esta última prueba cita hasta más de veinte milagros de los que él mismo dice haber sido testigo ocular ó haberlos oido á personas de la mayor fe y crédito, á las que conocia y trataba, acabando por afirmar que omitia otros muchos.

El papa San Zósimo tenia el consuelo de ver defendida la Iglesia por un varon tan lleno de sabiduría como Agustin, y veia en él un centinela avanzado de la verdad católica. Eran los últimos tiempos de su pontificado, y se acercaba la hora en la que debia subir al cielo á recibir el premio de sus grandes virtudes y extraordinario celo por la conservacion de la fe y la extirpacion de los errores. Bajo su pontificado, dice Baluze, empezáronse á mandar vicarios á las Galias, y segun se refiere en el Martirologio, este Papa mandó que los diáconos llevasen *pallas* ó servilletas, de donde se infiere que estableció el manípulo, que es el ornamento que lleva el sacerdote en el brazo izquierdo, y que usan tambien el diácono y subdiácono cuando sirven al altar.

Hizo tan solamente una ordenacion en el mes de Diciembre, y creó en ella ocho obispos, diez presbíteros y tres diáconos. Gobernó la Igle-

---

(1) *Si Christus non resurrexit, inanis est ergo prædicatio nostra, inanis est fides nostra.*

sia un año, nueve meses y nueve dias, dejando de existir el dia 26 de Diciembre de 1418, y fue enterrado en la Basílica de San Lorenzo en la via Tiburtina.

Tan sólo un dia permaneció vacante la Santa Sede, pues que fue elegido para sucederde en la suprema dignidad de la Iglesia

SAN BONIFACIO I, romano, ordenado presbítero y elevado á la dignidad de Cardenal por el papa San Dámaso. Era varon de grandes virtudes y bellísimas prendas, por lo que su eleccion para suceder á San Zósimo llenó de alegría y regocijo á los verdaderos fieles.

Hemos llegado á los tiempos de otro cisma, pues que el papa San Bonifacio tuvo un rival en el atrevido Eulalio, que por fuerza quiso sentarse en la Silla de San Pedro. De este cisma nos ocuparemos en el capítulo inmediato. Terminemos este bendiciendo á Dios, que de medios tan extraordinarios se sirve para proteger su Iglesia, y que hace sabiamente que las herejías, las persecuciones, los cismas, todo, en una palabra, lo que tiene por objeto destruirla, sirva para que consiga nuevos triunfos, que son demostraciones claras é innegables de que en ella está tan solamente la verdad.

CAPITULO X.

Eulalio, antipapa.—Primer decreto de Honorio contra San Bonifacio.—Sabedor el emperador de la verdad, dispone que ambos rivales comparezcan en Ravena.—Expulsion del antipapa.—Concilio nacional de África.—Cánones de Sárdica llamados de Nicea.—Última carta de San Gerónimo á San Agustin.—Muerte de San Gerónimo.—Sus obras.—Carta de San Agustin sobre el fin del mundo.—Otras obras del mismo santo Doctor.

Bonifacio, que era un varon humildísimo, habia resistido aceptar el Sumo Pontificado, no creyéndose digno de suceder en tan alta dignidad á los santos sacerdotes que hasta entónces se habian sentado en la Silla de San Pedro, y si al fin accedió fue por conocer en su eleccion la voluntad de Dios. El arcediano Eulalio, impulsado por su ambicion, habia formado el proyecto de suceder al papa Zósimo, y durante la dilatada enfermedad de este pontífice habia conseguido formar un partido á su favor. Algunos diáconos y unos cuantos presbíteros, oponiéndose al voto de la mayoría de los electores, nombraron Papa á Eulalio, que habia sido ordenado arcediano-cardenal por Inocencio I. El prefecto Simaco se declaró partidario del antipapa, y con su influencia aumentó considerablemente su partido. Bonifacio, cuya eleccion habia sido canónica, fue ordenado con toda solemnidad por nueve obispos de diferentes provincias, asistidos de más de setenta sacerdotes, todos los cuales firmaron el acta de ordenacion. Luego de concluidas las ceremonias fue conducido á la Basílica de San Pedro. Eulalio fue ordenado por el obispo de Ostia. Era este Prelado de edad avanzada, y le obligaron á ir á Roma para la ordenacion, porque era antigua costumbre de que el obispo de Ostia ordenase los Papas, y así creyeron los cismáticos dar más fuerza y valor al acto. Entre tanto Simaco predispuso al emperador Honorio en fa-

vor del antipapa, haciéndole creer que su eleccion habia sido la legítima y no la de Bonifacio.

Surtieron por de pronto sus efectos las maquinaciones de Simaco, y Honorio mandó que Bonifacio saliese al punto de Roma; pero sus partidarios hicieron que la verdad llegase á oidos del emperador, al cual persuadieron que llamase á los dos rivales con sus principales partidarios. Simaco recibió órden de no poner en ejecucion el destierro de Bonifacio, y que á este y á Eulalio les hiciese saber la órden imperial de que compareciesen en Ravena el 8 de Febrero acompañados de los autores de sus ordenaciones, bajo la pena al que no compareciese de declararse nula su dignidad. Quiso Honorio decidir un asunto tan delicado y de tal importancia con el mejor acierto posible, y para esto envió á llamar á varios obispos de diferentes provincias, á los cuales consultó; pero no llegaron á ponerse de acuerdo, y entónces el emperador suspendió por algunos dias el resolver. Entre tanto y de acuerdo con los obispos, mediante á que se acercaba la festividad de la Páscua, para evitar toda clase de disgustos y cualquier tumulto que pudiera sobrevenir, dispuso que ni Bonifacio ni Eulalio pudieran permanecer en Roma, y que Aquiles, obispo de Espoleto, que se habia mantenido neutral no declarándose por uno ni otro partido, celebrase allí los santos misterios. Bonifacio fue obediente á la órden del emperador, pero Eulalio entró furtivamente en Roma sin que de ello tuviera conocimiento el Prefecto. A la llegada del obispo Aquiles hubo alguna conmocion en Roma, siendo los principales trastornadores los partidarios del antipapa.

Luego que Simaco tuvo conocimiento del regreso de Eulalio y de los planes de tumultos que ambos partidos proyectaban, notició á Honorio todo lo que ocurria, y este dispuso que se diese cumplimiento á la órden que habia dado y que en virtud de ella fuese Eulalio hecho salir inmediatamente de Roma, advirtiéndole que de no obedecer seria privado no sólo de su dignidad sino aun más de su misma libertad; y tan vigorosa fue esta nueva órden que á los oficiales encargados de cumplimentarla se les amenazó con grandes multas, y aun hasta con pena de la vida, si cedian en su punto.

Eulalio cuando la órden le fue intimada se resistió á obedecer, y reuniéndose con algunos de sus partidarios se apoderó de la Basílica Lateranense, donde al dia siguiente administró el bautismo. Fue necesario valerse de fuerza armada, y por último Eulalio fue por órden de Simaco desterrado de Roma. Aprobó este procedimiento el emperador Hono-

rio, y convencido de la nulidad de la eleccion del antipapa, y de la legitimidad de Bonifacio, firmó en Ravena un decreto por el cual mandaba que volviese á Roma Bonifacio, siendo reconocido como verdadero y legítimo Pontífice, pudiendo por lo tanto tomar posesion de la Iglesia. En virtud de este edicto ó mandato imperial volvió el Papa á Roma, donde fue recibido en medio de las mayores aclamaciones y con grandes muestras de regocijo por parte del clero y del pueblo. Así terminó aquel cisma.

Mostróse desde luego el papa San Bonifacio I muy celoso por la fe y por los derechos de la Iglesia, atendiendo tambien con exquisito cuidado á la disciplina. Una de sus primeras disposiciones fue el que no se ordenase presbítero ningun clérigo que no hubiese llegado á la edad de treinta años, como queria San Fabian: prohibiendo absolutamente el honor del sacerdocio á los impuros y á los esclavos, conformándose en estas disposiciones con lo que ya habia sido ántes dispuesto por su antecesor San Zósimo. Dícese tambien que él introdujo la costumbre de cantar el dia del Jueves Santo el himno de *Gloria in excelsis Deo.*

«Este Papa, dice Artaud de Montor, suprimió las *vigilias* de los santos, que consistian en una reunion junto á la tumba de aquellos, donde se pasaban las noches que precedian á la fiesta en fervientes oraciones; pero considerando que las tales noches empezaban á convertirse, fuerza es decirlo, en reuniones de canto y danza, dispuso el Papa que las reuniones se verificaran el dia de la fiesta, sin suprimir por esto el nombre de vigilias y el ayuno prescripto (1).»

El 25 de Mayo del año 419 los africanos, viendo el buen aspecto que tomaban los negocios, celebraron un concilio nacional, al cual asistieron los legados que aun se hallaban en África y que habian sido enviados por el papa San Zósimo con motivo de las quejas de Apiario, sacerdote de la Iglesia de Sica, en Mauritania, que habia sido excomulgado por su obispo. Tuvo lugar este concilio en Cartago, entre cuyos concilios se cuenta por el sexto, y fue presidido por Aurelio con Valentiniano, primado de Numidia, siendo doscientos diez y siete el número de obispos que se reunieron, por cierto bastante excesivo para un concilio nacional. Algunos creen inverosímil que asistiese tan gran número de obispos, y creen que van incluidas las firmas de los ausentes. Pero Be-

---

(1) Artaud de Montor: Historia de los Soberanos Pontífices.

rault-Bercastel combate esta opinion con calor y con copia de razones: «es conjetura, dice, no sólo imaginaria, sino tambien de una consecuencia peligrosa contra los concilios. Para desvanecerla bastaba seguir con un poco más de atencion la historia de este concilio, que si bien principió con veinte y dos diputados, se continuó por los obispos convocados, segun costumbre, de toda el África.»

No nos detendremos en la explicacion de este concilio, y sólo diremos que en él se leyó la instruccion que Faustino traia de Roma y que contenia dos puntos de reglamento muy delicados todavía para el África, á saber, las apelaciones de los obispos al Papa, y los recursos de los sacerdotes ó diáconos excomulgados por su propio obispo á los obispos inmediatos. Estos decretos, que eran del Concilio de Sárdica, se tenian como por de Nicea. Es que como el de Sárdica habia sido como una continuacion ó suplemento del general de Nicea, se les citaba indistintamente uno por otro, como se sabe por la carta del papa Inocencio al Concilio de Toledo; y aun el papa Siricio, advierte el historiador últimamente nombrado, nos manifiesta que desde él hasta Gelasio se llamaban cánones de Nicea en la Iglesia romana todos los que estaban recibidos allí. Muchos de los obispos africanos habian asistido al Concilio de Sárdica, y todos ellos lo tenian por ecuménico. Lo que acerca de esto se originó en este Concilio de Cartago lo refiere del modo siguiente el historiador citado: «A consecuencia de la cita de los cánones de Nicea, hecha por los legados, acudieron los Padres á las copias de aquel concilio que el primado Ceciliano habia depositado antiguamente en Cartago. No se halló en ellos lo que se buscaba, ni se pudo buscar en los cánones de Sárdica, que la desgracia extrema de los tiempos y los ardides de los cismáticos habian impedido llegasen al conocimiento de los prelados aun los más ilustrados. Resolvióse, pues, que para informarse exactamente de los cánones alegados se preguntaria sobre el particular á las primeras Sillas de Oriente. Interinamente, y hasta ver de cierto lo contrario en las actas originales, convinieron los Padres en sujetarse á las apelaciones y demas reglamentos prescriptos, como se habia hecho ya viviendo Zósimo. Lo que al parecer se temia en extremo, á lo ménos con relacion á algunos particulares, es que en el ejercicio de un derecho, bien que legítimo, se tratase por ventura al África de otro modo que á las demas Iglesias, y se la sometiese á las leyes de que la Italia estuviese exenta. «Porque si estas cosas (dijeron poco tiempo despues los Padres de Cartago, escribiendo al papa Bonifacio) se contienen en el Concilio de Ni-

cea, y las observais vosotros en Italia, entónces ya no pretendemos reclamar ni resistirnos á cumplirlas (1). Lo demas que se resolvió en nuestro concilio, lo sabreis por nuestros hermanos el obispo Faustino y los sacerdotes Felipe y Aselo, quienes os presentarán sus actas.» Estos legados, enviados por Zósimo y confirmados en su comision por Bonifacio, le llevaron esta respuesta apénas se concluyó este concilio, que es el último de África de que conservamos actas. Como hubo segunda sesion en 30 de Mayo, muchos cuentan dos concilios, á saber, sexto y séptimo de Cartago. Treinta y tres cánones se le atribuyen, que no hacen mas que renovar los de los concilios precedentes: era bastante comun dar el nombre de un concilio á los cánones formados en otro. Así los cánones de Milevi é Hipona se atribuyen á los concilios de Cartago, como los de Sárdica al Concilio Niceno (2).»

Inocencio, que era uno de los diputados de la Iglesia de África en el Oriente, pasó por la Palestina y aprovechó tan favorable ocasion de ver y hablar á San Jerónimo que residia allí. Alegróse mucho de escuchar á aquel varon tan espiritual como elocuente en defender la pura doctrina del Evangelio, y á su vez no desperdició Jerónimo la que se le presentaba para escribir á San Agustin, enviándole la carta por mano de Inocencio. Hé aquí parte de lo contenido en tan notable documento: «Dios es testigo del grande regocijo que he experimentado en mi corazon por el triunfo que habeis conseguido contra la herejía de Celestio. ¡Ay! ¡quién me diera alas de palomo para ir á abrazaros y alegrarme en vuestra compañía! Sé que deseais saber si respondí á los libros de Aniano: pero habeis de saber que desde el momento en que llegaron á mis manos me he visto tan oprimido de enfermedades y afligido con la muerte de nuestra santa hija Eustoquia, que he estado á punto de olvidarlos. Esto no obstante, responderé si como espero confiadamente en Dios me da fuerzas: pero vosotros lo hariais mucho mejor y con más propiedad que yo; porque parecerá que alabo mis propias obras defendiendo la verdad que contienen. Nuestros santos hijos Albina, Piniano y Melania os saludan con grande alegría de su corazon, así como tambien la jóven Paula, que encarecidamente os ruega que os acordeis de ella delante de Dios.» Esta carta es la última que escribió San Jeró-

(1) Vers. Grec., pág. 403.
(2) Berault-Bercastel, lib. XIII, n. 81.

nimo, pues que murió en el mes de Setiembre del año siguiente, cási á los noventa de su edad (1).

No nos detendremos ahora en hablar de lo mucho que este santo Doctor hizo en favor de la Iglesia, de su acreditado celo, extraordinarios trabajos, virtudes heróicas y obras admirables, porque ya lo hemos hecho en el capítulo que dedicamos á formar su biografía, y no hemos de repetir lo que entónces dijimos. Nádie le aventajó en las ciencias de las Santas Escrituras, siendo profundísimo en las lenguas hebrea y griega.

No ha faltado quien haya querido ver una mancha en la historia de su vida, tachándole de genio fogoso y de duro y áspero en el reprender. Es necesario tener presente que el santo Doctor vivió siempre rodeado no sólo de enemigos visibles sino tambien invisibles; lo primero lo hemos visto en sus combates con el error, al paso que testimonian lo segundo aquellas contínuas luchas que con sus mismas pasiones experimentó en el desierto, siendo más terribles cuanto era mayor el rigor de sus penitencias y austeridades. Todo esto podia contribuir, sin rebajar en nada su humildad, á hacerle un poco áspero en su genio, que á veces, como dice un escritor, «es defecto del temperamento y una de esas imperfecciones naturales que Dios, para conservar á sus escogidos en la humildad, no destruye muchas veces en ellos sino despues de los mayores esfuerzos.»

Por este mismo tiempo hubo un eclipse extraordinario de sol que hizo se viesen las estrellas á las dos de la tarde, apareciéndose al mismo tiempo en el cielo un luminoso metéoro, el cual no terminó con el eclipse, sino que brilló muchos dias despues. Como siempre que se dejan ver estos fenómenos de la naturaleza, se hicieron sobre el hecho muchos comentarios: al año siguiente hubo en Palestina un temblor de tierra que arruinó muchos pueblos. Jesucristo se dejó ver sobre el monte de las Olivas, rodeado de una nube, dejándose ver en sus vestidos cruces luminosas. Esto fue causa de que muchos paganos que le vieron se convirtiesen al cristianismo, recibiendo el agua del bautismo. Como decíamos ántes, todos estos sucesos dieron lugar á diversas interpretaciones, siendo la más comun la de que habia llegado el fin del mundo,

(1) Acerca del año en que murió, véase lo que decimos en la narracion histórica de su vida, página 401 de este tomo.

de cuya opinion fue Hesiquio, obispo de Salona, en Dalmacia, el cual se dió prisa á escribir á San Agustin, manifestándole su opinion y consultando la suya.

Hé aquí la notable contestacion del Doctor Africano: «No seré yo el que fije el momento en el cual Jesucristo hará su segunda venída: me atengo religiosamente á lo que dice el Señor: *Nádie puede conocer los tiempos que el Padre puso en su potestad.* Segun la palabra del Señor, ántes del fin del mundo se ha de predicar el Evangelio en toda la tierra; ¿y cuántos pueblos hay, no obstante, á los cuales aun no ha sido predicado? Sin necesidad de que hagamos referencia de los más remotos, en el Africa misma hay una infinidad de bárbaros á quienes aun no ha iluminado la luz de la fe, como sabemos por nuestros esclavos: y no tienen comparacion en número los que de algun tiempo á esta parte se convirtieron de las inmediaciones de las provincias romanas, con los que aun permanecen en las tinieblas. Por esta causa, pues, aunque veamos verificarse prodigios de los que vaticinó Nuestro Señor Jesucristo, no por esto debemos pensar que sean señales decisivas, pues que aun pueden acaecer otras más espantosas y terribles. El mundo se halla en su última hora, segun el modo de hablar del evangelista San Juan; pero esta última hora significa muchos siglos. Esto es lo único que puedo responderos: bien quisiera satisfacer vuestras esperanzas, explicándoos claramente lo que deseais saber; pero mejor quiero manifestar mi ignorancia, que hacer ostentacion de una ciencia que no poseo. Lo que ciertamente nos interesa es que cuando llegue el término de nuestra vida estemos prontos para recibir al Señor, pues que nos ha de juzgar al fin de los tiempos segun el estado en que nos halle en el momento de la muerte. Si fijando el dia de su venida nos engañamos, temible es que los sencillos crean que no vendrá y que los infieles insulten nuestra creencia.» Este razonamiento del santo Doctor nos demuestra cuán diferente es la ciencia que se funda en el sólido cimiento del temor santo de Dios, de la ciencia vana y presuntuosa de los amadores del mundo. Agustin era un sabio universal: tenia un profundo conocimiento de las sagradas ciencias, comprendia el sentido de las Escrituras, era un controvertista inimitable, habia adquirido justa fama y celebridad por las excelentes obras que produjera su fecunda pluma, y sin embargo, como carece de amor propio, como no desea su propia gloria sino la de Dios, se humilla y aun se reputa por ignorante, sólo porque no le es dado explicar aquellos misterios que Dios no se ha dignado revelar al

hombre. Ejemplo que deben tener presente esos sabios segun el espíritu del mundo, que poseyendo tal vez una ciencia de perdicion, viven enorgullecidos, aspiran al aplauso y á las alabanzas de la multitud, creyéndose suficientes para todo y viviendo olvidados de que el hombre por sí mismo es pobre y miserable, y que nada tiene que no le haya sido concedido por la Providencia.

CAPITULO XI.

San Simeon, llamado Estilita.—Su juventud.—Su vida en la columna.—Su penitencia y predicacion.—Sus milagros.—San Zósimo abad encuentra á la penitente santa María Egipcíaca.—Esta le refiere su vida, conversion y penitencias.—Recibe la comunion de manos de San Zósimo.—Su muerte.

Antes de pasar adelante en la historia del siglo V de la Iglesia hemos de hablar con alguna detencion de dos héroes del cristianismo que por esta misma época existieron, y cuyos hechos son verdaderamente admirables y dignos de ser sabidos. Nos referimos á San Simeon, llamado Estilita, ó de la columna, y á Santa María Egipcíaca. Ocupémonos del primero, y despues hablaremos de la segunda. Tan admirables son los hechos de San Simeon, que con facilidad muchos podrán tenerlos por fabulosos, y por esta causa Teodoreto, obispo de Cireuse, primero que escribió su vida, la comienza con estas palabras, que tambien reproducen los demas historiadores del santo: «Todos los que están sujetos al imperio romano, los persas, indios, medos, y los pueblos de Etiopia, saben bien quién fue Simeon, varon ilustre en santidad y grandísimo milagro de todo el mundo. Pero yo confieso, á la verdad, que con tener tantos testigos de sus hazañas, temo mucho de contarlas, por que las cosas que son sobre nuestra naturaleza no se creen, ántes se tienen por fabulosas, y los hombres solemos medir á los otros por nuestra medida, y creer que otro hizo lo que nos parece que nosotros podemos hacer, y tenemos por falso y fingido lo que excede y pasa de esto, porque no podemos llegar á ello. Mas porque esto acontece á los hombres flacos, y no á los que ponen los ojos en el poder y virtud de la divina gracia, por la cual los santos son santos, y obran cosas mara-

villosas y que sobrepujan nuestra capacidad, quiero escribir aquí, sin recelo de no ser creido, todas las cosas que se de este notable varon.» A nosotros nos ha parecido oportuno repetir este mismo exordio para prevenir á los lectores, recordándoles al mismo tiempo que cuando Teodoreto escribió la vida de este gran siervo de Dios existian, como él mismo dice en las palabras que acabamos de citar, muchos testigos de las mismas cosas que refiere.

Fue Simeon natural de Sisan, pueblo situado en los confines de Cilicia: en su niñez le dedicaron sus padres á guardar ganado; mas un dia que entró en el templo oyó aquellas palabras del Evangelio donde se dice, que son bienaventurados los que lloran, y desventurados los que rien, y le hicieron tal impresion, que deseando ganar la bienaventuranza, preguntó á una persona piadosa de qué modo podia alcanzarse aquel llanto y aquella bienaventuranza que se ofrecia en el Evangelio, á lo cual le contestó que abandonando todas las cosas de la tierra y abrazando la perfeccion que practicaban los monjes. Fuése inmediatamente á otro templo de los santos Mártires, que estaba en aquellas inmediaciones, y postrado en tierra, vertiendo un raudal de lágrimas, suplicó al Señor se dignase inspirarle de qué modo habia de obrar para conseguir la salvacion eterna. Dios, que le tenia escogido para que fuese un espectáculo admirable al mundo y confundiese con su vida penitente y sus rigorosísimas penitencias á los que son flojos y tibios en su servicio, hizo que se quedase dormido despues de haber orado largo tiempo, y tuvo un sueño ó vision de esta manera: creyó que estaba cavando y poniendo un cimiento, y oyó una voz que le dijo: *más es menester aun cavar;* siguió trabajando con afan y volvió á oir las mismas palabras, y así se repitió por espacio de tres ó cuatro veces, y que siguiendo cavando para obedecer, oyó de nuevo la misma voz que le dijo: *Si quieres hacer edificio duradero, conviene que trabajes sin cansarte, porque no se puede hacer cosa grande, sin grande y contínuo trabajo.*

Despertó Simeon y quedaron como grabadas en su alma las palabras que habia escuchado en el sueño, y resuelto á consagrarse al servicio de Dios, volviendo para siempre las espaldas á los encantos del mundo, se fué á un monasterio de monjes, cuyo abad se llamaba Heliodoro, varon de grandes virtudes, el cual tenia setenta y cinco años de edad, y de ellos habia pasado sesenta y dos en el monasterio. Admitido entre aquellos siervos fieles y prudentes de Jesucristo, permaneció allí por espacio de diez años, haciéndose notable por lo rigoroso de sus ayunos,

y por sus asperísimas penitencias, en tanto grado que aventajaba á todos sus compañeros: tenia su cuerpo cubierto de un cilicio formado de una cuerda que le oprimia y cuyos nudos penetraban en su cuerpo de tal modo que se le hicieron porcion de llagas. Las penitencias y maceraciones acostumbradas en el monasterio, no obstante ser rigorosas, eran para él como un regalo, y por eso, creyendo que no satisfacian á lo que él deseaba, les añadia nuevas, y de tal naturaleza, que los ancianos monjes se maravillaban, y no pudiendo contenerle en su ímpetu, bendecian al Señor que le habia dotado de tan admirable fortaleza.

Todo esto no era otra cosa que un preludio de lo que más tarde habia de practicar. Tantas oraciones, tantas penitencias, la humildad que le acompañaba, su mansedumbre y sus rigores del monasterio formaban como un débil boceto del magnífico cuadro que habia de presentar en adelante, de la gran penitencia que habia de practicar, más propia de admiracion que de imitacion.

Deseando más aspereza de la que permitia el monasterio, se fué un dia á un monte, y hallando una pequeña ermita, se encerró y permaneció en ella por espacio de tres años. Entónces concibió la idea de ayunar cuarenta dias, sin comer durante ellos ni beber cosa alguna, á imitacion de Cristo, Señor nuestro, y de Moisés y Elías. Para esto y con el objeto de evitar toda clase de distracciones y pasar aquella cuaresma entregado al ayuno y á la penitencia, rogó á un amigo suyo, presbítero, llamado Basso, que cerrase con piedras la puerta de la cueva ó ermita, y que le dejase aquellos cuarenta dias sin mantenimiento de ninguna clase. Mas como el presbítero le dijese que aquello era tentar á Dios, entónces le pidió que le dejase diez panes y un cántaro de agua para los casos de gravísima necesidad. Ganoso de complacerle Basso, despues de haberle dejado aquellas provisiones tapió la puerta con piedras y se retiró. Cumplidos que fueron los cuarenta dias, volvió, y apartando las piedras entró y halló los panes y el agua conforme los habia dejado, y á Simeon tendido en el suelo, sin movimiento y como muerto. Tomó una esponja, mojóle los labios y le hizo despues comer, con lo que recobró las fuerzas el santo penitente.

Duró su permanencia en la ermita como tres años, al cabo de los cuales se subió á lo alto del monte, donde hizo un cercado, y haciéndose de una cadena de veinte codos de largo, hizo que por una parte la sujetasen á una piedra y por la otra á su pié derecho para que aunque quisiere no pudiese salir de aquel término que se habia señalado. Allí

fué á visitarle Melecio, obispo de Antioquía, varon de grandes virtudes, el cual viéndole atado de aquella manera, le preguntó cuál era la causa por que se habia encadenado. Y como Simeon le respondiese que por hacerse fuerza y no poder salir de aquel cercado, el santo obispo le dijo que las bestias fieras se domaban de aquella manera, pero que á los hombres, á quienes Dios habia concedido el don de la razon, la misma razon ha de servirles de prisiones y de cadenas, y dócil y sumiso el santo penitente á las reflexiones de aquel Prelado, hizo que le quitasen la cadena, aunque permaneció viviendo en aquel cercado.

Bien pronto se divulgó por todas partes la fama de las grandes virtudes de este siervo de Dios, al cual llamaban el santo, y así venia á él mucha gente, unos con enfermedades corporales, otros con espirituales, buscando aquellos salud para sus cuerpos y estos para sus almas, y Dios quiso hacerse admirable en la persona de su siervo, concediéndole el don de milagros, de suerte que todos encontraban en él el remedio de sus males, saliendo de allí llenos de consuelo y celestial alegría. Los que de tal modo eran socorridos y veian palpablemente los milagros que Dios obraba por la mediacion de su siervo, eran otros tantos pregoneros de estas maravillas. Así es que ya no era sólo de los lugares comarcanos de donde acudia la gente á visitarle, sino de países lejanos, tales como España, Francia é Inglaterra.

Siendo, pues, tan extraordinario el concurso de los que se presentaban en su pobre cercado para recibir su bendicion y contemplarle, quiso el santo huir de esta honra y colocarse en un lugar donde sin distracciones de ninguna clase pudiese dedicarse exclusivamente á la oracion y penitencia. Entónces imaginó una manera nueva de vivir, eligiendo por habitacion lo alto de una columna de más de treinta codos de alto. Allí refugiado, padeció por espacio de treinta y seis años el excesivo calor de la Siria ó el frio intenso y húmedo de sus noches, así como los aires y tempestades. Formósele una úlcera en un muslo, de la cual salian multitud de gusanos que corrian por la columna. Ya en pié, ya postrado en la columna, de dia como de noche, tenia oracion, y cuando oraba de pié, hacia muchas reverencias. Una vez un criado de Teodoreto que le observaba quiso contarlas estas reverencias, y llegó á numerar mil doscientos cuarenta y cuatro, y de cansado no contó más. Desde aquella columna, convertida por él en cátedra de las verdades evangélicas, predicaba tanto con el ejemplo como con la palabra á la multitud que continuamente rodeaba la columna, y que era compuesta no sola-

mente de cristianos, sino tambien de paganos, recibiendo todos grandes beneficios así para sus cuerpos como para sus almas. Al don de milagros juntó el de profecía, de suerte que anunció varias calamidades que se verificaron exactamente para la época que él señalaba.

Parecia á todos imposible que se pudiese vivir de aquella manera, y así no hacian mas que bendecir á Dios y admirarse: mas un extranjero, hombre principal que fué á visitarle, llegó al monte donde estaba la columna, y considerando de la manera que allí vivia, en lugar alto, tan angosto, y sin defensa para el sol, aire y frio, y comprendiendo que no comia, ni bebia, ni dormia, le dijo: Dime por el Señor que por nosotros se hizo hombre, ¿eres hombre: ó alguna naturaleza y criatura que parece cuerpo humano y no le tiene, pues no estás sujeto á las miserias del cuerpo? Mandó entónces el santo que le pusiesen una escalera y que subiese á la columna, y luego que hubiese subido, le hizo lugar para que por entre el cilicio que le cubria tocase sus piés, que estaban hechos una viva llaga. Cuando aquel extranjero tocó su carne se convenció de que era criatura humana como las demás, y no pudo ménos de llenarse de admiracion al ver y considerar que pudiese vivir de aquella manera, y mucho más cuando vió que no se alimentaba. ¡Cuán admirable se hace Dios con sus escogidos!

Es indudable que estaba ilustrado con luz celestial, pues que predicaba dos veces cada dia, demostrando los más profundos conocimientos cuando no tenia ni un libro, ni podia hacer otro estudio que el de la oracion. Ni podia acudir á mejor fuente: los más elocuentes predicadores del Evangelio, aquellos en quienes no la elocuencia del tiempo sino la de la eternidad ha resplandecido, hicieron siempre su principal estudio al pié del Crucifijo, y de allí se levantaron para luchar denodados con la espada de la divina palabra contra los errores, atrayendo á los pecadores á las sendas de la rectitud.

A San Simeon Estilita no solamente le visitaron en su columna los padres del desierto sino aun los mismos emperadores, que le consultaron sobre asuntos gravísimos del Estado. Digno es de que su nombre ocupe un lugar distinguido en los fastos de la Iglesia, y que se perpetúe en bendicion á través de las generaciones.

Asegura el cardenal Baronio que vivió más de ochenta años en la columna, y lo prueba porque subió en ella siendo obispo de Antioquía Melecio, el cual murió el año de 381, y Simeon murió el 5 de enero de 460, de donde se infiere que vivió más de un siglo, cosa que no puede

ménos de causar admiracion en una vida tan austera y tan penitente. En la misma columna en que habia vivido murió, quedando su cuerpo inmóvil como cuando hacia oracion. Así permaneció algunos dias, siendo custodiado y velado por multitud de gentes, que temian les fuese robado aquel cuerpo que miraban como precioso tesoro. Despues fue trasladado á la ciudad de Antioquía, de donde el emperador Leon quiso trasladarlo á otra parte: pero aquella ciudad le suplicó encarecidamente le concediese el que permaneciese allí para que fuese su defensa, lo que otorgó. En el monte donde habia vivido en la columna edificóse un templo á honra suya, y el Señor hizo glorioso su sepulcro por multitud de milagros.

De la vida y hechos maravillosos de este siervo de Dios escribieron Teodoreto, segun dijimos al principio, que fue contemporáneo suyo; Evagrio Escolástico, Nicéforo, Suidas y otros. Tambien hace mencion del Santo, Gregorio Euronense; hallándose tambien la historia de su vida en la de los santos Padres, asegurando Nicéforo que tambien la escribió el Metafrastes, aunque debe haberse perdido. En suma, el padre Ribadeneira la extracta de los autores citados, y los que han escrito la historia de la Iglesia en su mayor parte se detienen á hablar de la admirable vida de San Simeon, al que Berault-Bercastel cita tambien con el mayor elogio. Terminaremos el que nosotros le hemos tributado, con las siguientes reflexiones del citado padre Ribadeneira: «¿Quién no se espantará, leyendo esta vida, considerando que un hombre mortal, flaco y vestido de carne, y compuesto de barro como los demas, haya podido hacer lo que este santo hizo en su vida? ¿Que haya vivido más de ochenta años en una columna, expuesto á los ardores del sol, y á los hielos del invierno, y á las furias de los vientos, sin comer cási, ni dormir, como si no tuviese cuerpo, orando y contemplando contínuamente de dia y de noche, haciendo tantas y tan profundas inclinaciones, por adorar y reverenciar al Señor? Maravillámonos, y con razon, cuando leemos en las divinas Letras que Moisés y Elías, por la comunicacion que tuvieron con el Señor en el monte, estuvieron sin comer cuarenta dias; porque el Señor, con quien conversaban, milagrosamente los sustentaba. Pues ¿cuánto más nos debemos maravillar que San Simeon haya hecho esto, no una vez, como Elías, ni dos como Moisés, sino veinte y ocho veces, veinte y ocho años, cada año una vez, como lo afirma Teodoreto? ¿Quién no se admirará que se pasase por cási toda la vida las semanas enteras sin desayunarse? ¿que siendo un hombre rústico, fuese tan alumbrado y vestido de la luz del cielo? ¿Y que de un pobre y vil pas-

tor, Dios le haya levantado, y sublimado, y hecho predicador de su Evangelio y defensor de su Iglesia, y Maestro de tantas gentes como á él concurrian, y armádole de tal manera de su espíritu, que alumbrase al gentil, y confundiese al judío, y rindiese al hereje, y enderezase y enseñase al cristiano? ¿Quién no alabará al Señor, pensando sus secretos juicios, y los medios que toma para manifestar lo que puede nuestra flaqueza, sustentada con su brazo poderoso? ¿Quién desmayará en el camino de la virtud, por áspero y fragoso que parezca, viendo lo que hizo en el suyo este santo varon? Porque aunque es verdad que su vida es más admirable que imitable, porque excede el curso de nuestra naturaleza, y el comun y ordinario uso de los hombres; pero quiso nuestro Señor ponerle en su Iglesia por un retrato de perfecta santidad, para que los que leyeren los ejemplos tan extraordinarios de su vida más que humana, se admiren del poder de Dios, que le dió fuerzas para vivir como vivió, y no desmayen ni desconfien tanto de su flaqueza que vuelvan atrás y dejen el estudio de la virtud, ántes animados con este ejemplo, y confiados en el mismo Señor, esperen que si no faltan por ellos, les dará el esfuerzo que habrán menester para pelear y vencer las dificultades de su propio estado, y despues les dará la corona y premio eterno, como lo hizo con este glorioso santo y admirable prodigio del mundo.»

No es ménos admirable ni ménos cierta la vida de Santa María Egipcíaca, que nos refieren entre otros autores los Bolasdistas (1). Hubo en un monasterio de la Paslestina un monje de raras virtudes, cuyo nombre era Zósimo, ó Zósimas como quieren otros autores. Este siervo de Dios habia recibido señalados dones, y un dia salió del monasterio, donde habia permanecido muchos años, y se internó en el desierto, porque era el principio de la cuaresma, y segun la costumbre de aquellos religiosos, para darse más de veras á la penitencia, oracion y contemplacion de las cosas espirituales, sin que pudiese distraerle ninguna cosa de la tierra, y como inspirado de Dios llevaba la confianza de encontrar algun ermitaño que le enseñase los caminos de la perfeccion, pues que aunque él se hallaba á gran altura, su humildad le hacia creer que habia aun adelantado muy poco. Despues que habia permanecido veinte dias en aquella soledad, cada vez internándose más, un dia al hacer la oracion de sexta vió cerca de sí una como sombra de cuerpo humano. Turbóse

(1) Bolland. 2. April.

al principio creyendo que era una fantasma ó ilusion diabólica. Más despues, fijando la vista en el objeto que le habia llamado la atencion, vió una persona que le parecia estar desnuda y que corria velozmente hácia el Occidente. Aquella persona era María Egipciaca, ilustre penitente, cuyas carnes estaban ennegrecidas por los rayos del sol, aunque sus cabellos estaban blancos como los copos de la nieve.

Zósimo creyó que era un hombre, y corriendo tras ella le daba grandes voces, diciéndola: «¿Por qué huis de mí, siervo de Dios? Mirad que soy un pobre viejo que quiere edificarse y recibir vuestra bendicion.» Oyendo estas palabras dijo la mujer penitente: «Abad Zósimo, soy mujer, y estoy tan desnuda que no puedo ponerme en tu presencia. Si quieres que me detenga échame tu manto para que pueda cubrirme y pueda presentarme ante tus ojos. Admiróse el monje de oirse llamar por su nombre, y arrojó su manto sin mirarla hasta tanto que ella se cubrió. Entónces Zósimo le rogó que le manifestase quién era, el motivo por que hacia tan austera penitencia, y el tiempo que llevaba de permanecer en aquel desierto. «Por último, le dijo, nada me ocultes de todos los prodigios que te conciernen, y que deben servir para dar gracias al Altísimo. No tengas por más tiempo la luz escondida, ni el temor de la vanidad te haga encubrir tantos motivos de edificacion en un silencio infructuoso. Pongo por testigo á Dios, á quien ambos servimos y por quien vivimos, que en el estado de vejez y enfermedad en que me hallo no es posible que se me haya conducido á lo interior de estos desiertos sino con el designo de manifestarme el Señor por este medio lo que hicisteis por su gloria.» A todo esto contestó la penitente: «¡Qué lejos estoy de temer el orgullo y la ostentacion! dijo suspirando la penitente, ¡Oh! ¡cuántos más motivos tengo para temblar que te llenes de horror dándome yo á conocer! Tus oidos no podrán escuchar los enormes excesos de que debo acusarme; y si presento á tus ojos el cuadro horrible de mis iniquidades, huirás de los ecos de mi voz como del hálito mortal de un mónstruo venenoso. Te lo diré no obstante todo con tanto candor como confusion; pero intercede por la suerte eterna de esta miserable pecadora, y nunca dejes de pedir al Señor que me juzgue en su misericordia.»

Refirióle despues minuciosamente toda su vida, haciéndole saber que era natural del Egipto, y que á los doce años de su edad habia huido de la casa paterna, yendo á la ciudad de Alejandría, donde habia perdido la modestia y vergüenza propia de las mujeres, entregándose á la sensualidad de la carne y á toda clase de deleites, y que habia vivido el

largo espacio de diez y siete años abrasada con el fuego de la lujuria ofendiendo á Dios con los más detestables pecados. Despues continuó su relato de esta manera: «Viendo un dia que se embarcaba mucha gente en Alejandría en una nave para ir á Jerusalen, y hallarse en aquellos santos lugares el dia de la Exaltacion de la Santa Cruz, me dió deseos de pasar tambien en aquella nave, y no teniendo dineros para pagar el flete, hice un tráfico vergonzoso de mi cuerpo, siendo la ruina y perdicion de muchos hombres de los que iban en la nave, tanto que yo misma temia y temblaba cómo el mar no me habia tragado, y el Señor no me habia arrojado en lo más profundo del infierno.» El dia de la Exaltacion de la Cruz, yendo todos al templo para verla y adorarla, añadió la penitente que quiso ella tambien entrar, y juntándose con la muchedumbre que iba al templo, cuando llegaba á la puerta de él, no podia en manera alguna entrar, entrando los demas sin impedimento alguno, porque le parecia que la detenian y le hacian resistencia para que no entrase. Y habiendo probado á entrar tres ó cuatro veces con gran fuerza, visto que todas eran inútiles, comenzó á pensar qué podia ser la causa, que entrando todos los otros tan fácilmente en el templo, ella sólo no pudiese entrar. Pensando en esto fue iluminada por un rayo de luz divina, y abriendo sus ojos á la verdad, conociendo que estando su alma tan manchada por abominables culpas no debia entrar en la casa del Señor. En seguida sintió una gran compuncion y dolor de sus pecados, y viendo una imágen de la gloriosísima Vírgen María, se volvió á ella, y vertiendo un torrente de amargas lágrimas, la dijo con ternura: «Vírgen gloriosa, que engendraste segun la carne á Dios verdadero, bien sé que no soy digna de mirarte ni de que tú me mires, porque tú siempre fuiste castísima y purísima, y yo en el alma, y en el cuerpo soy un albañal de inmundicias; más pues Dios se hizo hombre para salvar á los pecadores, no me deseches, Señora, porque estoy sola y no tengo otra ayuda ni refugio sino á tí. Dame licencia para que entre en el templo, y vea el salutífero madero de nuestra redencion, que yo te prometo de no ensuciar más mi cuerpo con deleite carnal, y que en viendo la Santa Cruz, daré de mano á todas las cosas del siglo, y entraré por aquella estrecha senda de salud que tú me mostrares.» Tal fue la oracion de la arrepentida pecadora, la cual, confortada por su esperanza en la Santísima Vírgen María, se reunió con otras muchas personas, y probando si podia entrar en el templo vió que no se le puso como ántes resistencia alguna. Dentro del santuario contempló la Santa Cruz, y fijó su consideracion en la pa-

sion y muerte del Salvador, y en la enormidad de sus pecados. Adoró el sagrado leño, y despues que hubo salido del lugar santo se dirigió de nuevo á la imágen de la Santísima Vírgen, cuyo favor y amparo habia ántes demandado, y le dijo: «Ya es tiempo, Señora, que yo cumpla lo que he prometido: enseñadme y mostradme el lugar donde quereis que esté, y lo que tengo que hacer.» Y en habiendo dicho tales palabras oyó una voz que le dijo: «Si pasares el Jordan allí hallarás reposo.» Y entendiendo que á ella era dirigida volvió á suplicar á la Santísima Vírgen que la acogiese bajo su proteccion y se puso en camino hácia el Jordan con sólo tres pequeños panes que habia comprado con una limosna que habia recibido. En una Iglesia de San Juan Bautista, que habia á orillas del rio, hizo una confesion general de toda su vida, y recibió con la mayor devocion y ternura el pan sagrado de la Eucaristía. Despues penetró en aquellas soledades tan desiertas, donde empezó á practicar rigorosas penitencias á fin de alcanzar de la misericordia del Señor el perdon de sus grandes culpas.

Admirado quedó el santo monje al oir le relacion de aquella mujer, pasmo de penitencia, y la preguntó qué cuántos años hacia que estaba en aquel desierto y con que manjares se habia alimentado. Respondió la penitente que hacia cuarenta y siete años que estaba en aquel yermo, y que aquellos pequeños panes que llevaba consigo cuando pasó el Jordan se habian endurecido como una piedra, y que comiendo un poquito de ellos le habia bastado para algunos años. Preguntóle en seguida Zósimo si le habia costado mucha dificultad acostumbrarse á aquel género de vida: á lo que ella contestó que sólo el pensar en las batallas que habia pasado y los combates que habia sufrido le hacia estremecer, porque por espacio de diez y siete años habia padecido tentaciones tan terribles, que si Dios no la hubiera favorecido, muchas veces la vencieran y la hubiesen hecho volver á su vida anterior. «Mis pasiones, continuó, como otras tantas bestias feroces, me atormentaron tantos años cuantos yo habia empleado en satisfacerlas. Mis vestidos se cayeron, por último, hechos pedazos, y tuve que padecer el rigor del frio y el del calor, segun las estaciones, de suerte que muchas veces me desmayé y quedé como muerta. Entónces heria mi pecho con una piedra, me arrojaba en el suelo y derramaba muchas lágrimas, é invocaba con el mayor fervor á la Reina de la pureza María Santísima, la cual me favorecia y hacia triunfar de mis enemigos. La divina misericordia sustentaba mi alma y mi cuerpo con su divina palabra, y me vistió con su gracia, y así mi comi-

da, bebida y vestido eran la palabra del Señor, porque el hombre no con sólo pan vive, sino con toda palabra que procede de la boca de Dios.»

Admiróse Zósimo al oirla citar palabras de la Escritura, y le preguntó si habia estudiado, á lo cual respondió que desde que habia pasado el Jordan no habia hablado con persona alguna ni habia aprendido letras, pero que el Señor las enseñaba á quien era servido. Despues añadió estas palabras: «No me preguntes ya ninguna otra cosa, y acerca de cuanto acabo de revelarte, te ruego por la cruz de nuestro adorable Redentor que nada digas á persona alguna hasta que Dios, nuestro Señor, sea servido de sacarme de este mundo. Al año siguiente no pretendas pasar el Jordan, al mismo tiempo que los demas solitarios del monasterio donde habitas: aunque quisieras pasarlo no podrias ántes del dia de la Cena del Señor. Tráeme entónces el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, que deseo vivamente recibir, y espérame sobre las orillas del rio que están al lado de la tierra habitada.»

Luego que María hubo pronunciado las palabras que hemos reproducido, pidió la bendicion á Zósimo, y suplicándole que rogase al Señor le perdonase sus pecados, se despidió de él y se internó por aquella soledad. El santo anciano, deshaciéndose en lágrimas, bendijo á Dios que hacia obras tan maravillosas, y despues de besar el suelo que habia pisado la que ántes era tan gran pecadora, y entónces un verdadero pasmo de penitencia, se volvió á su monasterio. Cuando llegó el año siguiente no salió como los demas monjes al desierto con ocasion de una leve enfermedad, y llegada la víspera del Jueves Santo, tomó el Santísimo Sacramento secretamente en un cáliz, y poniendo en una cestita algunos higos, dátiles y lentejas, se dirigió al Jordan como ella le habia ordenado. Esperó allí ocupado en su pensamiento si habria venido ya y no hallándole se habria vuelto, y caso de venir cómo pasaria el rio. En suma, la vió llegar á la otra orilla, y que haciendo la señal de la Cruz sobre las aguas, lo pasó á pié enjuto con gran admiracion y espanto del abad, que conoció la gran santidad de aquella mujer penitente. Cuando la vió quiso postrarse en su presencia, y ella le dió voces diciendo que no lo hiciese, y que atendiese no solamente á su dignidad sacerdotal sino á que traia en sus manos á Dios. Despues que ambos hubieron recitado algunas oraciones, entre ellas el Credo y el Pater noster, la comulgó, derramando los dos abundantes lágrimas. Luego que la santa hubo recibido el cuerpo del Señor, repitió llena de gozo las palabras del santo

Simeon: «Ahora, Señor, deja á tu sierva en paz, segun tu palabra, pues han visto mis ojos tu salud.» En seguida rogó al santo abad que volviese al año siguiente, al mismo lugar donde la habia encontrado la primera vez, y donde la hallaria en el estado que el Señor fuese servido. Entónces hizo la señal de la Cruz segunda vez sobre el rio, y volvió como habia venido, caminando sobre las aguas.

Quedó Zósimo muy consolado con lo que habia visto, aunque congojado por no haber preguntado su nombre á la santa, aun que esperaba poderlo saber al año siguiente. Cuando hubo llegado el tiempo señalado, volvió Zósimo al desierto, por el que anduvo muchos dias deseoso de hallarla; y vertiendo abundantes lágrimas, elevaba los ojos al cielo y exclamaba: «Manifestadme, Señor, este tesoro escondido que á este pecador os habeis dignado descubrir. Vea yo á este ángel en cuerpo humano, con quien todo el mundo no se puede comparar.» Llegando, por fin, al lugar donde la habia visto por primera vez, la halló muerta, con el rostro vuelto hácia Oriente y las manos cruzadas, y halló en el suelo unas letras que decian: «Entierra, abad Zósimo, el cuerpo de María, la pecadora, y da á la tierra lo que es suyo, junta el polvo con el polvo, y ruega á Dios por mí, que muero en la noche de la salutífera pasion de Cristo, á los 9 de Abril, despues de haber recibido la Sagrada Comunion.

Grande fue la alegría de Zósimo por saber el nombre de aquella santa, y trató de poner en práctica en el momento el mandato que se le daba de dar sepultura á aquel cuerpo: pensaba de qué medio se valdria para abrir la fosa, por carecer de instrumentos ó herramientas, cuando vió venir un corpulento leon que se puso á lamer los piés de la santa. Entónces, haciendo la señal de la cruz, le dijo al leon: «Rey de los animales, puesto que nuestro Criador te envia para que el cuerpo de su sierva no quede sin sepultura, haz tu oficio, y dame lugar para cumplir el mio.» El leon, valiéndose de sus garras, cavó en la tierra haciendo una honda sepultura, en la cual Zósimo colocó el cuerpo de la santa, quitándole el manto que él le habia dado para que se cubriese la primera vez que la vió, y llevándoselo como preciosa reliquia. Rezó el oficio de difuntos, y ayudado del leon cubrió el cadáver con la misma tierra que se habia extraido, y se volvió á su monasterio bendiciendo y glorificando al Señor. Contó á los religiosos todo lo acontecido y quedaron maravillados al oir su relacion. Vivió despues Zósimo algunos años y murió santamente, celebrando la Iglesia su fiesta el dia 4 de Abril, y la

de Santa María Egipcíaca el 2 del mismo mes. Terminaremos esta narracion de la vida de tan ilustre penitente con las reflexiones oportunísimas que hace el padre Ribadeneira, como hicimos con la vida de San Simeon Estilita.

«Pues ¿quién no se admira de vida tan admirable? ¿Quién en ella no conoce la flaqueza y miseria de nuestra carne, y el poder y eficacia del espíritu del Señor? ¡Qué torpezas y fealdades de una mujer tan pecadora! Y ¡qué bondad y benignidad de Dios, pues de vaso de ignominia la convirtió en vaso de gloria é incorrupcion! ¿A qué abismo de maldad más profundo pudo bajar esta mujer por sí misma, y á qué cumbre de perfeccion y santidad pudo subir más alta, ayudada con la gracia del Señor? El cual le trocó el corazon y le armó de su espíritu, y la confortó para que resistiese á sus malas inclinaciones y envejecidas costumbres, y á las blanduras de su carne y tentaciones de Satanás, y desnuda y sin ningun abrigo padeciese tantos años las injurias del cielo, y sin comer, ni beber, ni ver á nádie, viviese como ángel en cuerpo mortal. Nádie, pues, desespere de sí por verse atascado en algun grande atolladero de innumerables pecados; mas abra los ojos á la divina luz, oiga la voz de Dios que por la tribulacion y malos sucesos le llama, tome á la Vírgen sacratísima por abogada é intercesora, y déjese llevar de ella como lo hizo esta pecadora; siga el camino que Dios le mostrare, que poderoso es Él para sacar de las espinas rosas, miel de la hiel, y de la muerte vida, y para poner por ejemplo de toda santidad en su Iglesia á los que estuvieron en algun tiempo sumidos y anegados debajo de las ondas de sus abominaciones, que así lo hizo con María Egipcíaca, cuya vida acabamos de escribir. Y fue de tan grande eficacia para algunos que la leyeron, que dieron de mano á todas las cosas de la tierra y se entregaron totalmente al servicio del Señor, como lo hizo San Juan Columbino, caballero senes é instituidor de la religion de los jesuatos.»

Segun decíamos al principio, no nos hemos creido dispensados de consignar los hechos principales de estos ilustres santos porque son una demostracion palpable de los triunfos que pueden conseguirse con la gracia del Señor. San Simeon, viviendo por espacio de tantos años en lo alto de una columna, y María Egipcíaca, á la que como á otra Magdalena se le perdonó mucho porque amó mucho, fueron espectáculos admirables al mundo, á los ángeles y á los hombres. Al contemplarlos, no podemos ménos de bendecir á Dios que cosas tan admirables sabe hacer en favor de sus escogidos. ¿Quién no admirará, en efecto, los grandes

triunfos de la gracia? El hombre flaco y miserable, revestido de una naturaleza enferma, fiado en sus propias fuerzas no adelantaria un paso en el camino de la felicidad eterna; pero adquiere fuerzas extraordinarias y todo lo puede con los auxilios divinos, como de sí mismo decia el apóstol San Pablo. San Simeon sostenido por la gracia puede vivir multitud de años sobre la columna, y María Egipcíaca, que ántes no pudiera resistir el ímpetu de sus pasiones y que á ellas viviera esclavizada, correspondiendo fielmente á la gracia que la visita, adquiere tambien esa fortaleza admirable que la hace ser en el desierto un perfecto modelo de penitentes.

CAPITULO XII.

San Eutimio.—Voz del cielo.—Conversion de sarracenos.—Muerte de Bonifacio I.—San Celestino I, papa.—Muerte del emperador Honorio.—Sublevacion de los bárbaros.—Carta de San Agustin al papa Celetinos.—Los obispos de Africa tambien escriben al Papa.—Pablo y Paladia.—San Agustin instruye á los monjes de Adrumeto. Otras obras del santo Doctor.—Juan Casiano.—Sus instituciones monásticas.—San Castor, obispo de Apt.—Carta del papa San Celestino á varios obispos.

Por el tiempo á que nos venimos refiriendo florecia en santidad Eutimio, que era natural de Melitina, ciudad de Armenia, y descendiente de una familia noble y distinguida por su piedad. Fue su nacimiento milagroso, por lo que se concibieron de él las más lisonjeras esperanzas. Su solo nombre era una garantía de su predestinacion. Sus padres oyeron una voz celestial que por dos veces profirió estas palabras: *Euthymeite*, que en castellano quiere decir *tened buen ánimo*, y la misma voz les ordenó que pusiesen tal nombre al niño, porque estaba destinado para ser defensor de la Iglesia. Por esto se le llamó Eutimio y fue consagrado á Dios y educado con el mayor celo en la piedad cristiana (1). San Otreo, obispo de Melitina, le hizo pasar por todos los grados de la clerecía hasta el sacerdocio, y notando en él un espíritu recogido y un extraordinario amor á la soledad, le encomendó el cuidado de los monasterios de su diócesis. Aun en esta ocupacion no se hallaba contento, pues su deseo era aun de mayor retiro, y queria huir de todo trato social para vivir entregado al ejercicio de la oracion y á la meditacion de las cosas eternas. Así pues, impulsado por este deseo, se fijó en una caverna que tenia la entrada sobre el borde escarpado y elevadísimo de un torrente, adonde se llegaba con gran dificultad y con peligro. Allí retirado en

(1) *Vit. Euthim*, in aunal. Græc., pag. 7 et seq.

aquella soledad vivió hasta la edad de noventa y seis años. No dejó de ser útil á la Iglesia en su retiro, pues que tuvo muchos imitadores que, admirados de la santidad de su vida, dejaron el mundo y se hicieron solitarios, practicando una vida de mortificacion y penitencia.

Al pié del monte donde estaba la caverna de Eutimio, su amigo Teoctisto habia fundado el monasterio, pero el santo no habia bajado jamás á visitarlo. Un dia Aspebetes, conduciendo á su hijo y acompañado de una gran multitud de árabes, llegó al pié del monte, con el deseo de conocer al santo solitario. Los monjes se sorprendieron, pero bien pronto se sosegaron cuando ellos descubrieron sus santas disposiciones. Aspebetes ordenó que avisasen al santo, y este sin oponer dificultad alguna bajó prontamente. Terebon se hallaba allí; y ántes habia tenido en sueños una vision en la que habia visto un solitario, cuyas facciones quedaron profundamente grabadas en su memoria; su rostro era redondo, y su aire dulce y agradable, de una estatura regular y una barba venerable que le bajaba hasta la cintura. Este anciano solitario le dijo: «Ven á buscarme á mi soledad y te curaré: soy Eutimio, que habito el desierto Oriente, á diez leguas de Jerusalen.» En el momento en que vió á Eutimio reconoció en él al viejo solitario de la vision, el cual en el momento le curó dejándole completamente sano.

A vista de lo que acabamos de referir los sarracenos se postraron en presencia del santo solitario, y empezaron á grandes voces á pedir el bautismo. Condújoles el santo á su antigua morada, les instruyó en los puntos más esenciales de la religion, y despues les administró el bautismo en unas pilas que habia formado en su caverna. A Aspebetes le puso el nombre de Pedro, y á Maris su cuñado, á Terebon y á los demas otros nombres. Detúvolos consigo por espacio de cuarenta dias, tanto para instruirlos como para afianzarlos en la fe y doctrina de la Iglesia, y luego los despidió. Mas el cuñado de Aspebetes no quiso salir del monasterio, que estaba á los piés de la montaña, donde entregó todos sus bienes para reedificarlo y hacerlo más capaz, y renunciando todas las cosas de la tierra abrazó la vida monástica, haciéndose despues muy célebre por su santidad. La noticia de la curacion maravillosa de Terebon hizo que muchos enfermos acudieran á la cueva de San Eutimio, y Dios que quiso hacerle glorioso en milagros, concedia á todos la salud por las oraciones y bendiciones de su amado siervo.

Entre tanto el papa San Bonifacio I, que habia defendido con firmeza los derechos de la Santa Sede sobre la Iliria, que el patriarca de Cons-

tantinopla queria desmembrarde la jurisdiccion romana, tocaba al término de su vida. En una ordenacion, en el mes de Diciembre, creó San Bonifacio treinta y seis obispos, trece presbíteros y tres diáconos: gobernó la Iglesia tres años, ocho meses y siete dias, y murió en 422, siendo enterrado en el cementerio de Santa Felicia, en la via Appianana. Despues de una vacante de ocho dias, fue elegido para sucederle

San Celestino I. natural de Roma, diácono-cardenal, creado por Inocencio I. Era hijo de Prisco y pariente próximo del emperador Valentiniano. Su eleccion tuvo lugar en el año de 422. Este Pontífice se hizo célebre porque durante su reinado tuvo lugar, segun más adelante diremos, el tercer concilio general, que se reunió para condenar la herejía de Nestorio, que sostenia atrevidamente que la Santísima Vírgen no debia llamarse Madre de Dios.

Siguiendo, pues, el órden cronológico de los sucesos, hemos de ocuparnos ahora de algunos políticos que tienen conexion con los intereses de la Iglesia, y por lo cual no podemos dejar de fijar en ellos nuestra atencion. El imperio romano empezaba á decaer visiblemente, y aquel poderío y grandeza que demostrara en tiempo de los antiguos césares, empezaba á eclipsarse. Roma habia hecho derramar á torrentes la sangre de los mártires hasta el tiempo del gran Constantino, y aun despues más de una vez habia intentado restaurar el culto de los ídolos, y decretado le estaba el castigo que va á experimentar quedando abandonada á manos de las naciones bárbaras y salvajes. Las riendas del gobierno habian pasado á manos de un niño débil, sobrino de Honorio, á quien sucedió Valentiniano III, fue este emperador niño que carecia de fuerzas para hacer frente á los grandes males que amenazaban el imperio. Los bárbaros llegaron á perder el temor que tenian al nombre romano, y se propusieron hacer varias irrupciones por las provincias, con el objeto de entregarlas al saqueo y remediar de este modo la indigencia en que se hallaban sumidos, y tambien de extender los límites de sus países. Sin temor de ninguna clase trataban de llevar á cabo su proyecto, y no habiendo nada que les fuese respetable llevaron la desolacion y el estrago á las más florecientes provincias, y aun al seno mismo del imperio. Los alemanes, dice un escritor, pueblo particular de la Germania, eternizaron en todas estas comarcas su nombre y su poder. Y fue así ciertamente: los francos y los borgoñeses inundaron las Galias; los pietos entraron en la Gran Bretaña; los godos occidentales, los suevos y los vándalos, despues de haber talado las Galias, subyugaron diferentes provincias de Es-

paña (1). Los hérulos y ostrogodos se dirigieron hácia Italia y aun llegaron á hacerse dueños de Roma.

Placidia, mujer de Constancio y madre de Valentiniano, se habia visto precisada á refugiarse con su hijo en Constantinopla, á causa de sus inteligencias en Occidente con los enemigos del imperio, y entónces el gobernador ó primicerio de los notarios, aprovechando esta ausencia, se habia hecho proclamar emperador en Ravena, usurpando los derechos de Valentiniano, y allí se mantuvo por espacio de año y medio. Llamábase este ambicioso Juan, y fue sostenido en Italia por Castino, jefe de las tropas, el cual quiso que tambien fuese reconocido en África, donde mandaba el conde Bonifacio, varon de mucha piedad y gran amigo del padre San Agustin. Naturalmente era fiel á su príncipe y á todos sus deberes, y detestaba por lo tanto la arrogancia de Castino. Así, pues, se declaró vigorosamente á favor de Plácida y de su hijo Valentiniano. Por su parte, Teodosio sostuvo tambien los derechos del jóven emperador, que era su primo hermano.

En este estado, el usurpador trajo á su partido las numerosas tropas de los bárbaros. De suerte que parecia imposible poder resistir á tantos enemigos. Esto no obstante, Dios protegia á los fieles, que quedaron triunfantes por el concurso de una multitud de incidentes que no dudamos atribuir á una providencia particular. Hé aquí de qué modo nos refiere un historiador estos singulares acontecimientos:

«Juan fue derrotado, sorprendido y muerto en Ravena. Para aumentar su partido habia protegido á todos los enemigos de la religion; mas apenas Valentiniano vencedor se vió en posesion del soberano poder, ó más bien Placidia bajo su nombre, expulsaron de las ciudades á todos los herejes y cismáticos, y se confirmaron los privilegios de la Iglesia, especialmente el que tenian los clérigos para no ser demandados, sin distincion de causa, ante los tribunales seculares.

«Restablecida ya la calma en Occidente, se vió llevar de Africa á Roma una causa célebre aun en el dia de hoy por sus consecuencias ó por la diversidad de dictámenes y reflexiones que ha producido. Esta fue la apelacion de Antonio, obispo de Fúsala, á la Santa Sede (2). Era Fúsala una pequeña ciudad situada en las extremidades de la diócesis de

(1) De la invasion de los bárbaros en España nos ocuparemos en el último capítulo de la historia de este siglo v.

(2) August., Epist. 209 alias 261.

Hipona, poblada totalmente en otros tiempos de cismáticos, así como su territorio; pero San Agustin, á fuerza de peligros, trabajos y oraciones, habia logrado convertirlos á la unidad católica. Como distaba más de trece leguas de Hipona, extension notable en aquellos tiempos antiguos para una diócesis, necesitaba de una vigilancia y cuidado muy particular; por eso Agustin hizo que el Patriarca de Numidia ordenase obispo de aquella ciudad á Antonio, de quien acabamos de hablar, y al cual creia capaz de cumplir dignamente con este importante cargo, porque le habia educado desde niño en su monasterio. Pero los más grandes santos y los ingenios más sublimes no están exentos de las inadvertencias que provienen únicamente de la bondad de su corazon.

«Era Antonio todavía muy jóven, y ascendiendo desde el grado de simple lector al de obispo, no tardó en dar á conocer que carecia de aquella virtud sólida y probada por largo tiempo que se requiere para el episcopado. Se condujo tan mal, ejerció un dominio tan insoportable y cometió tantas injusticias, violencias y aun exacciones, que su pueblo le delató á los obispos de la provincia, y léjos de sostenerle San Agustin, este su antiguo protector, fue el más celoso de todos en reparar un mal de que le acusaba la delicadeza de su conciencia. El jóven obispo fue depuesto, pero con ciertas atenciones, despojándole sólo de la administracion de su Iglesia, que ya no podia soportarle, y no de la dignidad y título de obispo.

«Antonio se sometió ó fingió someterse; pero habiendo hallado medio de ganar á su primado, y de que le diese cartas de recomendacion para el papa Bonifacio, que aun vivia, apeló á la Santa Sede. El Sumo Pontífice le volvió á enviar á Africa con cartas en que mandaba se le restableciese en su silla, pero con la cláusula expresa de que fuesen ciertos los hechos que habia expuesto. Así las cosas, murió Bonifacio y habiéndole sucedido Celestino, le pidió San Agustin que sobreseyese en este negocio: y para demostrar que se habia sorprendido á Bonifacio, en la expedicion de sus cartas apostólicas, contra la verdad de los hechos, le remitió todos los documentos del proceso.

«A las pruebas ordinarias añadió una justificacion completa de la sentencia de los africanos, que el culpable representaba como absurda y contradictoria. «Debia yo, decia Antonio, ó conservar mi silla, ó ser absolutamente depuesto del episcopado; y la sentencia pronunciada contra mí se contradice por sí misma.» Sobre este punto demuestra San Agustin que la sentencia que castiga á un obispo puede ser equitativa

y prudente sin que le condene á la deposicion. Sus palabras son notables y prueban claramente que la costumbre de recurrir á Roma no era nueva en el caso de que se trataba. «Podria, dice, citar una infinidad de sentencias dadas ó confirmadas por la Silla Apostólica; pero para no recordar lo que tanto dista de nuestra edad, me limitaré á ejemplos recientes. Ademas de Prisco y Victor, obispos en la provincia Cesariense, que sin perder sus iglesias, fueron privados del derecho de obtener la primacía cuando les tocase su turno segun el uso; Lorenzo, de la misma provincia, se encuentra precisamente en el mismo caso de Antonio, por haber sido privado de su silla sin ser depuesto del episcopado; y esta sentencia, añade, ha sido confirmada por la Silla Apostólica.»

«Hablando en otro lugar de la causa de Ceciliano de Cartago con los donatistas, dice que este obispo hubiera podido despreciar la conspiracion de aquella multitud de enemigos, hallándose en comunion con la Iglesia romana ante la cual, estaba pronto á defenderse si sus enemigos hubiesen intentado hacerle privar de esta comunion. Pero la conducta del santo obispo de Hipona, en la causa de Antonio de Fúsala, muestra hasta la evidencia su deferencia y respeto á la Silla Apostólica, aun en caso de apelacion, á ménos en la deposicion de los obispos, pues él mismo no reprobó la apelacion de Antonio. No impugnaba el derecho de apelacion á Roma considerado en sí mismo; pero se lamentaba de la extension extraordinaria y peligrosa que parecia dársele, y se oponia principalmente á los abusos que se cometian algunas veces en su ejecucion (1).»

El autor que acabamos de citar infiere lo expuesto de la carta del santo Doctor al papa Celestino, en la que se expresa de este modo: «Ruégoos, por la memoria de San Pedro, que amonesteis á los prelados á no usar de una dominacion violenta con sus hermanos: ruégoos, por la sangre de Jesucristo, que eviteis que un pastor culpable y legítimamente depuesto sea restablecido en su silla, y particularmente que lo sea del modo que él amenaza al pobre pueblo de Fúsala, esto es, con mano armada y por el brazo secular. Librad á los fieles fusalianos del terror en que gimen, y que no digan que despues de haber entrado en el seno de la unidad son peor tratados por parte de un obispo católico como ellos, que lo eran en otro tiempo en su cisma por el rigor de las leyes imperiales. Tened compasion de mí mismo y de mi ancianidad,

(1) Berault-Bercastel. Lib. XIV, n. 2-4.

porque abro mi corazon á vuestra Santidad, y me deploro en la amargura de mi corazon: me propongo dejar el episcopado, y ocuparme solamente en llorar mi falta, si veo perecer á un mismo tiempo las ovejas y el pastor que mi imprudencia les ha dado.»

Sensible es por demas que no se conserve la respuesta del papa San Celestino; pero no podemos dudar cuál seria su contenido si atendemos á que honraba á San Agustin sobre todos los obispos de la Iglesia, y á que el santo Doctor siguió gobernando no solamente su obispado, sino tambien el de Fúsala, en el que no volvió á entrar Antonio. Ademas, es sabido que San Celestino ha dado á los escritos de San Agustin la estimacion y aprecio que gozan en la Iglesia.

Los obispos de África, con motivo de la apelacion del sacerdote Apiario, renovaron la causa de las apelaciones. Elevaron representaciones á la Santa Sede, suplicando con la mayor reverencia que la Santa Sede acogiera en adelante con más circunspeccion las quejas de los particulares, no haciendo confianza de descontentos sospechosos, ni debilitando por este medio sábias decisiones. Hé aquí de qué modo se expresaban al dirigirse al Sumo Pontífice: «Despues de tributaros nuestros justísimos respetos, os rogamos encarecidamente que no escucheis con demasiada facilidad á los africanos que recurran á vos, ni admitais á vuestra comunion á los que nosotros hubiésemos excomulgado. Vuestra Santidad notará fácilmente que tal es la definicion del concilio de Nicea, y si en él se toma esta precaucion con los clérigos y legos, con mucha más razon quiere el santo concilio que se observe con los obispos, los cuales, una vez suspensos de la comunion en su provincia, no deben ser restablecidos con precipitacion ó fuera de tiempo.»

Aquí se ve que los prelados de África no pedian la supresion de las apelaciones y que guardaban á la Silla Apostólica toda la veneracion debida, comprendiendo y venerando los derechos pontificios. Esta peticion, dirigida tan sumisamente, es una demostracion de esta verdad. La controversia no versaba sobre la autoridad de la Santa Sede, que ninguno ponia en duda, sino sobre el modo de proceder. Trataban únicamente de evitar el que los descontentos sorprendiesen al Sumo Pontífice.

Tampoco se conserva la respuesta del papa San Celestino á los obispos de África; empero los sucesos posteriores nos demuestran claramente que las apelaciones no fueron abolidas ni podian serlo en absoluto, porque esto hubiese sido rebajar la autoridad de la Santa Sede, bien que, segun acabamos de decir, tampoco fue esta la mente de los

obispos africanos, que tan solamente se propusieron desterrar abusos.

Algunos herejes han querido sacar partido de estas cartas que mediaron entre la Iglesia de África y Roma, para decir que fue interrumpida la comunion, lo que es falso de todo punto, pues que las relaciones con la Silla Apostólica no fueron nunca interrumpidas. ¿Quién puede imputar el haber sido cismáticos á unos obispos que murieron despues á manos de los herejes, y á los que la Iglesia romana venera como mártires? San Agustin era la admiracion del mundo cristiano, el oráculo de la Iglesia en general, y muy especialmente de la de África, y nada se vió en él jamás que no manifestase la gran armonía que existia entre la Iglesia de África y la Santa Sede Apostólica. ¿Quieren hacer aparecer ese soñado cisma, en que establecieron que el que se hallase descontento pudiese apelar al concilio de la provincia ó al concilio universal? Es menester tener en cuenta que cuando esto establecieron no se trataba de sentencias apostólicas, y mucho ménos dogmáticas, y tambien que el nombre de concilio universal ó plenario, como observa Natal Alejandro, significaba segun el estilo de los padres el concilio nacional de África. Si hubiesen establecido que cualquiera que se creyese agraviado por una sentencia de la Silla Apostólica pudiese apelar al concilio provincial, entónces sí que hubiesen caido en el cisma, combatiendo la autoridad del sucesor de Pedro, y la Iglesia romana los hubiese anatematizado como herejes; pero ya hemos dicho que estuvieron muy léjos de pensar de este modo.

San Agustin habia llegado á la ancianidad y todo hacia prever que presto habia de extinguirse esta luz brillante, colocada en el candelero de la Iglesia, cuyos resplandores se extendian por todas partes. Sin embargo, continuaba trabajando como en los tiempos de su mayor robustez, ejercitaba con fervor las obras de piedad, gobernaba con la mayor prudencia su Iglesia y era árbitro en todas las diferencias que se suscitaban en puntos de religion. En su Iglesia se verificó el gran milagro de la curacion repentina de Pablo y de Paladia, el cual refiere el mismo padre San Agustin en su *Ciudad de Dios*, en el capítulo IX del libro XXII, y fue del modo siguiente:

Eran hermanos y habitantes de Cesarea de Capadocia, y padecian una enfermedad dolorosa que consistia en una convulsion en todos sus miembros, que no era interrumpida ni aun cuando se hallaban entregados al sueño. Tuvieron una vision en la que les pareció ver un anciano de aspecto venerable y se les advirtió ser el obispo de Hipona, en Africa,

adonde debian ir para conseguir la curacion de su enfermedad. Alegráronse cuando habiendo despertado y dándose cuenta respectivamente del sueño que habian tenido, vieron que eran en todo iguales: y tanto mayor fue el consuelo, cuanto que habian consultado los medicamentos más costosos. Sin perder tiempo emprendieron su viaje á Hipona, donde llegaron poco ántes de la Páscua, y comenzaron á visitar su Iglesia. En ella se veneraban las reliquias del glorioso mártir San Estéban, que eran objeto de gran veneracion. Los fieles que acudian al templo les miraban con compasion, condoliéndose del contínuo movimiento convulsivo en que estaban.

Llegó el dia de la Páscua, y Pablo despues de haber orado fervorosamente delante de las santas reliquias, se echó repentinamente en el suelo y se quedó dormido, observando todos los que presentes se hallaban, que estaba tranquilo, sin ser presa del movimiento convulsivo. Todos esperaban el resultado, cuando despertándose Pablo, se levantó perfectamente bueno y cual si nunca hubiese experimentado mal alguno. San Agustin se hallaba sentado cerca del altar esperando la hora de dar comienzo al oficio divino, cuando los fieles condujeron á su presencia á Pablo para que le diese cuenta de su repentina y milagrosa curacion. Pablo se arrojó á los piés del santo Prelado y este le levantó y le abrazó, miéntras todos los concurrentes á voz en grito bendecian á Dios, autor de aquella maravilla. San Agustin impuso silencio y dió principio al oficio, y cuando llegó la hora del sermon se expresó en estos términos: «Repetidas veces se nos ha leido la relacion de los milagros del glorioso mártir San Estéban: mas la mejor de todas las leyendas y la más elocuente es este jóven que teneis ante la vista. Su semblante es el mejor libro: vosotros os compadeciais de él al contemplar la penosa enfermedad que padecia, y ahora todos nos llenamos de regocijo al contemplar cómo ha recobrado repentinamente la salud. Suficientemente se explica por este prodigio la elocuencia muda del que es Todopoderoso, y por lo tanto no quiero interrumpir las reflexiones que el hecho que acabais de presenciar produce en vuestro espíritu. Vosotros, sin duda, me dispensareis que no os diga más, conociendo como conoceis mi avanzada edad y mi debilidad.»

Luego que hubo terminado el oficio, el santo Prelado invitó á Pablo á que comiese con él y le suplicó le refiriese la historia de su vida y de su enfermedad, á lo cual accedió gustoso explicándose de esta manera: «Soy hijo de una familia tan numerosa como desgraciada, y soy el sexto

de diez hermanos que éramos, siete varones y tres hembras. Mi hermana Paladia es la séptima. Cuando aun vivíamos en la casa paterna, el mayor de los hermanos, cometió una accion la más indigna que puede cometer un hijo, cual fue el ultrajar á nuestra madre, llegando su atrevimiento hasta el extremo de poner sobre ella sus manos. Todos los hermanos estábamos presentes, pero ninguno pronunciamos ni una palabra de desaprobacion. Llena de dolor nuestra madre, con los cabellos sueltos y derramando lágrimas corrió como desesperada al templo del Señor, donde postrada ante la pila bautismal, sobre la cual tenia extendida la mano, exclamó de este modo: «Dios terrible, Dios vengador de la naturaleza ultrajada, castigad por vuestra misma mano á los hijos desnaturalizados que ha concebido este seno; y haced de modo que andando errantes por el mundo, experimenten un castigo tal que siembre por todas partes el terror y el espanto.» Desde aquel momento acometió á mi hermano mayor un temblor semejante al que yo he padecido, y en el discurso de un año todos mis hermanos y hermanas adolecieron de la misma enfermedad, conforme al órden de su nacimiento, sin que hubiese uno solo que se librase de los efectos de la maldicion demasiado eficaz de una madre furiosa, que no pudiendo soportar por mucho tiempo las reprensiones de todos y las de su propia conciencia, convirtió su venganza contra sí misma ahorcándose por sus propias manos. Nosotros todos, raza maldita y cargada de la execracion pública, abandonamos nuestra patria y nos dispersamos por todas partes, por ocultar, en cuanto nos fuera posible, nuestro crímen y nuestro oprobio. El segundo de nuestros hermanos recobró su salud, orando ante las reliquias del mártir San Lorenzo. Yo, despues de haber andado errante por espacio de mucho tiempo y por diferentes puntos, tuve un sueño en el cual se me apareció un hombre venerable por su grave aspecto y blancos cabellos, y lleno de dulzura, en un todo semejante á vos, oh pontífice del Señor; y este hombre me dijo que dentro de tres meses recobraria la salud. Os aparecisteis tambien á mi hermana; y estas apariciones fueron repetidas en diversas localidades de nuestro tránsito. En suma, llegamos aquí llenos de la mayor confianza, y yo acabo de experimentar el fruto de ella, recobrando instantáneamente mi salud.»

Hecha que fue la anterior relacion por Pablo, mandó el santo obispo que fuese escrita en forma auténtica, para que fuese leida al pueblo; y así el martes de Pascua hizo subir á las gradas del púlpito á Pablo y á su hermana Paladia, agitada aun por su enfermedad. El santo obispo

ocupaba el púlpito desde el que hacia leer la historia de Pablo. Terminada que fue la lectura, los dos hermanos fuéron á orar cerca de las reliquias, y el obispo, tomando ocasion de lo que acababa de leer, empezó á predicar sobre el respeto de los hijos para con sus padres y los deberes recíprocos de estos y de aquellos. Pendiente de sus labios estaba el numeroso auditorio cuando muchas personas, que se hallaban en el lugar donde reposaban las reliquias, empezaron á exclamar: *Gracias á Dios, bendito sea para siempre Jesucristo.* Y de tal modo alzaban la voz que el santo orador no podia hacerse escuchar á pesar de sus esfuerzos. La causa que motivaba aquellas aclamaciones era que Paladia habia recobrado instantáneamente la salud, como ántes le habia sucedido á su hermano. Condujéronla á la presencia del santo obispo, el cual dió gracias al Señor y siguió predicando de los puntos que hemos citado y de los milagros del glorioso mártir San Estéban. Todo esto, segun dijimos al principio, nos refiere minuciosamente el mismo padre San Agustin, como testigo ocular, hablándonos tambien de otros muchos milagros que se verificaron en Hipona durante el tiempo de dos años, y que atribuye á las reliquias de San Estéban.

Hemos dicho que el incansable Doctor habia llegado á una edad bastante avanzada, que le hacia sentir el peso del episcopado: al mismo tiempo deseaba corregir sus obras, y no podia entregarse á este trabajo con las mil atenciones que le rodeaban; así pues, deseaba tener un coadjutor, ejemplo que ya habia tenido lugar cuando San Narciso hizo que se le diese por coadjutor al obispo de Capadocia Alejandro, cuando se encargó segunda vez de su Iglesia (1), y recientemente habia visto otro ejemplo semejante en la Iglesia de Milevi, cuyo obispo se habia nombrado coadjutor con derecho de sucesion. Este prelado, llamado Severo, al nombrar su coadjutor no tuvo en cuenta si la eleccion era ó no grata al pueblo, creyendo suficiente que lo fuese al clero. Pero San Agustin, queriendo evitar dificultades trató de conciliar ambos extremos. Así, pues, reunió al pueblo y al clero, y les habló con su acostumbrada elocuencia de la manera siguiente: «Hermanos mios: todos los hombres estamos sujetos á la muerte: pero si en la juventud podemos morir, en la ancianidad no podemos vivir mucho. Aquella esperanza, aunque tan incierta, que tenemos en las demas edades de la vida, nos falta precisa-

(1) Sobre esto recuerde el lector lo que hemos dicho en la nota de la página 157 de este tomo.

mente en la edad á que yo he llegado. ¡Que diferente soy del que era cuando llegué á esta ciudad, que me es muy amada, para que no me ocupe de evitar en cuanto me es posible las tramas y divisiones que son por desgracia tan frecuentes á la muerte de los obispos! Esto supuesto, y para que nádie tenga el menor motivo de queja, declaro aquí, en presencia de todos vosotros, mi voluntad, que segun creo es conforme á la de Dios. Os ruego, pues, que recibais por sucesor mio á Heraclio (1).» Era tanto el respeto y la veneracion en que por todos era tenido el santo Doctor que sus solas insinuaciones eran para todos preceptos que observaban escrupulosamente. Así, pues, cuando en esta ocasion manifiesta claramente su voluntad, todos la acatan y veneran y no se oye otra voz que esta: *Sea Dios glorificado: viva Agustin: todos aprobamos la eleccion de nuestro pastor y padre amantísimo.* Creyó prudente San Agustin justificar los motivos de la eleccion que acababa de hacer, y así, despues que todos guardaron silencio, continuó hablando de este modo: «No me detendré ahora en las alabanzas de Heraclio; aprecio su mérito y no quiero ofender su modestia. Lo único que deseo es que le respeteis y que estemos de acuerdo: los notarios de la Iglesia extienden el acta en la que ha de constar mi eleccion y vuestra aprobacion, porque quiero dar á este asunto toda la estabilidad que pueda tener. ¡Quiera el Todopoderoso que podamos terminar la obra que nos ha hecho empezar (2)!

---

(1) August. Epist., 213, alias 10.

(2) No obstante que en la página 157 de este tomo hemos dedicado una extensa nota á hablar de obispos coadjutores, aprovechamos la ocasion que se nos presenta para extendernos más sobre la materia y consignar la doctrina de la Iglesia sobre los coadjutores con derecho de sucesion. Generalmente hablando, la Iglesia ha mirado mal las coadjutorías con derecho de sucesion para evitar que el sucesor pudiese desear la muerte al obispo propio, y para que ni aun apareciese la idea de sucesion hereditaria: por esta causa esta clase de coadjutores se debe mirar como una excepcion del derecho comun, y no como una disciplina constante y general. En el decreto de Graciano no encontramos reglas fijas á que atenernos acerca de estos nombramientos. Y en cuanto á las Decretales de Gregorio IX y en el Sexto se habla tan solamente de coadjutores que no son obispos, ni tampoco con derecho de futura sucesion.

El Concilio de Trento dispuso que sólo el Romano Pontífice pudiese nombrarlos bajo los dos conceptos, para las iglesias y monasterios en caso de *evidente utilidad ó urgente necesidad*, concurriendo en los nombrados las cualidades que exige el derecho en los obispos y prelados (Golmayo: Inst. de Der. can.). No debe confundirse la sucesion hereditaria de los beneficios con el nombramiento de coadjutor con derecho de sucesion. Se daria el primer caso cuando el beneficiado dispusiese por testamento ó de cualquier otro modo que le sucediese en el beneficio, muerto él, la persona que designase. Esto seria trasmitir los be-

A estas palabras del santo obispo siguieron las más entusiastas aclamaciones, aprobando todos cuanto disponia su reconocida sabiduría. Ya sabemos que San Agustin habia sido coadjutor de Valerio, y no queriendo que Heraclio lo fuese suyo del mismo modo que él lo habia sido de Valerio, se explicó de este modo:

«Los que entre vosotros sois más ancianos no ignorais que se me confirió el carácter episcopal viviendo aun el obispo Valerio, y que á un mismo tiempo fuimos los dos obispos de una misma sede: lo cual, ni él ni yo sabíamos que estaba prohibido por el concilio de Nicea. No quiero, pues, que se reprenda en mi hijo lo que fue reprensible en mí: tendrá por ahora el carácter sacerdotal hasta que Dios disponga el sacarme de este mundo y hacer que se le ordene obispo; pero sabeis el poco tiempo que me queda por atarearme los cargos que me han im-

---

neficios por herencia, y es lo que está absolutamente prohibido por la Iglesia con el mayor rigor. Empero las coadjutorías con derecho de futura sucesion es cosa enteramente distinta, pues que el obispo no dispone del obispado para despues de su muerte, como en el caso anterior, razon por la cual la Iglesia no las ha prohibido ni las prohibe en el dia, mediando justa causa de utilidad ó necesidad, aunque las haya mirado mal por las causas que ántes hemos indicado. Damos estas explicaciones porque algunos escritores de derecho canónico, al hablar de los coadjutores de los obispos con derecho de futura sucesion, confunden esta con la sucesion hereditaria, lo que es motivo de confusion para los que quieren profundizar estas cuestiones. Al ver al padre San Agustin nombrándose coadjutor con derecho de futura sucesion, hemos de tener presente que en aquellos tiempos hubo tambien un motivo especial y de circunstancias para obrar de aquel modo, y era el de prevenir el caso de una eleccion que pudiese ser tumultuosa por la concurrencia del pueblo, lo cual se evitaba haciéndola durante la vida del obispo propio bajo su influencia y direccion.

Concluyamos consignando aquí la disciplina vigente sobre el nombramiento de coadjutores, y su aplicacion á la Iglesia de España. En la actual disciplina, si ocurre el caso de estar impedido el obispo para ejercer su ministerio por ancianidad ó enfermedad, la práctica constante es nombrar un gobernador eclesiástico ó ampliar la facultad del Vicario general. Mas si, como puede suceder, esto no fuese bastante por hacerse sentir demasiado esta especie de orfandad, y es por lo tanto llegado el caso previsto por el Concilio de Trento, *de utilidad ó urgente necesidad*, de nombrar un obispo coadjutor con derecho de futura sucesion, entónces le corresponde hacerlo al Romano Pontífice, prévia la real presentacion por lo que hace á la disciplina de España conforme al Concordato de 1753, porque á este coadjutor, que no ha de confundirse con el obispo auxiliar, se le tiene que dar en título un obispado *in partibus infidelium*, y muerto el obispo impedido, entra desde luego á gobernar una Iglesia de España como pastor propio, y de aquí la necesidad de la real presentacion para cumplir el artículo del Concordato. Así, pues, el coadjutor no necesita nuevas bulas de confirmacion; mas, para que no sea obispo de dos Iglesias, el Sumo Pontífice le absuelve del vínculo de la que tenia *in partibus infidelium*. En el Consistorio de 17 de Febrero de 1851 fue proclamado coadjutor de la Iglesia Metropolitana de Braga (Portugal), primada ántes del reino, con derecho de futura sucesion, el Arzobispo de Palmira *in partibus infidelium*.

puesto dos concilios. Permitidme, pues, que me descargue del peso de mis ordinarias ocupaciones en el sacerdote Heraclio, que se halla en el vigor de su edad. Así, pues, en vez de acudir á mí, acudid á él, y cuando él tenga necesidad de mis consejos, yo se los daré. Explicaos especialmente sobre este particular, y si convenís en él manifestadlo por aclamacion.» Todos los que presentes se hallaban volvieron á manifestar su conformidad con la voluntad del santo Prelado, colmándole de bendiciones, y terminándose aquel acto con la celebracion del santo Sacrificio de la Misa.

Ya hemos dicho que uno de los motivos que impulsaron á San Agustin para obrar del modo que hemos visto, nombrándose coadjutor, era el revisar sus obras para corregirlas con escrupulosidad; pero aunque se vió desde aquel dia desembarazado del gobierno de su Iglesia, no pudo dedicarse sin interrupcion á aquel trabajo, segun era su deseo.

La fama de su sabiduría se extendia por todas partes, y así eran contínuas las consultas que se le dirigian de diferentes puntos, á ninguna de las cuales dejaba de contestar, pues que hubiese creido faltar á la caridad obrando de otro modo. Tambien tuvo precision de dedicarse á escribir una nueva obra sobre materias que ya habia tratado con bastante extension, pero á ello le obligaron las circunstancias. Esta obra se titula *De la gracia y del libre albedrío*, la cual dirigió á Valentino y sus monjes, para disipar las dudas que en su monasterio se habian suscitado por haber entendido mal algunos de los monjes el sentido del santo Doctor en su carta á Sixto, en la cual creian por ignorancia que destruia el libre albedrío. Esta obra es magnífica, como todas las del santo, y encierra un gran fondo de doctrina. A pesar de su ancianidad y de la debilidad de sus fuerzas se expresa con el mayor vigor y lucidez. Establece el libre albedrío con preceptos claros y terminantes de la Sagrada Escritura: esto es, un poder verdadero, exento no sólo de coaccion, sino tambien de necesidad, capaz de determinarse por una eleccion que le es propia; y no una facultad pasiva, propia únicamente á ser arrastrada por una fuerza extraña. «Las pruebas del libre albedrío, dice el santo Doctor, son tan fuertes que al considerarlas es temible que el hombre ponga en sí mismo su confianza, como hacen los pelagianos. Por eso es preciso juntar á esta consideracion la de una gracia puramente gratuita, sin la cual nada bueno podemos hacer para la salvacion, y que es la raíz ó principio de todo nuestro mérito.» A propósito de esto cita un texto del apóstol San Pablo, tal como lo leemos hoy en la Vul-

gata, á saber: *La gracia de Dios conmigo*, y no *la gracia que está en mí*, segun una leccion adulterada, que no se apoya en ningun ejemplar, y que, como dice Berault Bercastel, habia quedado en la oscuridad que merece hasta el tiempo del jansenismo.

En suma, nos haríamos interminables si hubiésemos de hablar de los contínuos trabajos de este santo Doctor, que empleó los últimos tiempos de su vida en escribir sus *Retractaciones*, escrito que no tardó en publicar, y que estaba dividido en dos libros, de los cuales el primero comprende la revision de los libros que escribió desde su conversion hasta su ascension al Episcopado, y el otro los que escribió desde entónces hasta el tiempo de la revision, que comprenden entre todas noventa y tres obras, divididas en doscientos treinta y dos libros. En sus *Retractaciones* examina y explica hasta las expresiones que le parecian reprensibles, y defiende las que le habian criticado sin razon ni justicia. Lo único que dejó sin corregir fueron sus *Cartas y Sermones*, por faltarle el tiempo para ello.

Una de las personas preocupadas contra el santo obispo de Hipona era el Abad Juan Casiano, de uno de los monasterios de la Galia; habia sido muy afecto á San Juan Crisóstomo, y se habia hecho recomendable por su talento, y habia sido hecho presbítero por el papa Inocencio. Entre los más fervorosos solitarios del Egipto y de la Tebaida, practicó por algun tiempo los ejercicios de la vida perfecta, pero se dejó seducir en las máximas erróneas del Oriente, siendo causa de esto el trato que tuvo con algunas personas piadosas que habian sido seducidas por Celestio y Pelagio: sin embargo, cuando Juan Casiano defendia tales doctrinas, no estaban todavía condenadas por la Iglesia. De suerte que erró, pero sin obstinacion y sin dejar de estar unido de corazon á la doctrina de la Iglesia.

Este sabio cenobita fijó su morada en Marsella, donde fundó dos monasterios, uno de hombres dedicado á San Pedro y San Víctor, y otro de vírgenes dedicado á la Santísima Vírgen María, estableciendo en estos monasterios la disciplina de los cenobitas del Oriente, y se dice que tuvo gran éxito, pues que llegó á reunir bajo su direccion un número considerable de monjes. En muchas iglesias de la Provenza le veneraron como santo, y en el monasterio de San Víctor de Marsella celebraban su fiesta en 23 de Julio de cada año.

Con la publicacion de sus *Instituciones monásticas* hizo un gran servicio á la religion. Es una obra digna de aprecio, en la cual se demues-

tra la gran piedad que le distinguia y el superior ingenio de que se hallaba adornado; así como lo bien que sabia comprender el espíritu del Evangelio. Desea que el hábito de sus monjes sea sencillo, pero aseado, y que en su forma ni color tenga nada de singular. Segun sus disposiciones, los monjes de Marsella sólo tenian en comun el oficio de la tarde y el de la noche, esto es, vísperas y maitines, á excepcion de los sábados y domingos, que se juntaban á la hora de Tercia para la Comunion. En vísperas se cantaban doce salmos y otros tantos en maitines, en los cuales se añadian dos lecciones, una del Antiguo y otra del Nuevo Testamento. No se acostumbraba, como hoy es general en la Iglesia, decir los salmos á dos coros, sino que un solo monje los cantaba y los demas escuchaban con la mayor atencion. Despues de cada salmo hacian un rato de oracion, y concluido el oficio, el superior, en nombre de todos y como recogiendo las oraciones de cada uno, hacia en particular una oracion que llamaban colecta.

En cuanto á la obra que hemos citado *Instituciones monásticas*, estaba dividida en doce libros, de los que los cuatro primeros contienen las prácticas de las lauras de Egipto, Palestina y Mesopotamia, acomodando sábia y prudentemente estas observancias extraordinarias al clima y al temperamento de los occidentales. En los ocho últimos libros trata de los vicios capitales, contando entre ellos la tristeza, que es uno de los más funestos en el camino de la perfeccion. Para combatir el de la pereza habla extensamente de la necesidad de trabajar de manos. En suma, las *Instituciones*, si se exceptúa el libro XII, en el cual, despues de hablar muy ortodoxamente sobre la gracia, deja vislumbrar algunas ideas pelagianas, lo que ha hecho creer que le escribió ántes de la condenacion de Pelagio y su doctrina, es una obra excelente que, como dice el historiador que nos ha facilitado estas noticias, «contribuyó infinito á que refloreciese la regularidad en los antiguos monasterios, y ha suministrado en todas las edades á la vida cenobitica sus mejores observancias.»

El papa Celestino, que desplegaba el mayor celo por el bien de la Iglesia y la conservacion de la disciplina, dirigió una decretal á los obispos de Viena y Narbona (428), en la cual declama con energía contra aquellos que negaban todavía la comunion á los moribundos (1). Son notables las palabras de este Santo Pontífice, y deben tenerlas muy pre-

(1) Cœlest., Epist. 2, tom. 2, concil.

sentes los que son excesivamente rigoristas: «Ha llegado á nuestro conocimiento, dice, que se negaba la penitencia á algunos moribundos, sin atender á los clamores de los pecadores, que al verse en las puertas de la muerte piden este remedio para consuelo de su alma. Declaro, pues, altamente, que no puedo ménos de mirar con horror una impiedad tan cruel, que hace desesperar de la bondad y misericordia de Dios, como si Este no pudiese socorrer al que acude á Él en cualquier tiempo que sea, ni libertar al hombre que está en peligro, del peso de sus pecados, bajo los cuales desea no gemir ya por más tiempo. ¿Qué es esto, decidme, sino añadir una segunda muerte á la primera, y para colmo de crueldad, matar para siempre un alma, rehusando darle la vida?»

Las terminantes expresiones de este santo Pontífice nos demuestran claramente que por graves que sean los delitos de un pecador, no deben rehusársele en la hora de la muerte los socorros espirituales, si da muestras de verdadero arrepentimiento, y los que otra cosa hagan por un excesivo rigor, obran contra el espíritu de la Iglesia, que es todo caridad como su Divino Fundador. Tal es la práctica constante, y así vemos que á los mayores criminales que son conducidos á expiar sus crímenes en un patíbulo de afrenta, no niega la Iglesia sus oraciones ni le rehusa los consuelos de la religion. Si así no lo hiciera, el criminal caeria en la desesperacion que es el más grave y funesto de todos los pecados, porque envuelve la desconfianza de la bondad divina.

En esta misma decretal condena el papa Celestino la novedad introducida en el hábito por algunos monjes procedentes del Oriente, y se expresa de este modo: «¿Qué utilidad trae un nuevo hábito en las Iglesias de la Galia? ¿Y por qué quieren distinguirse de tantos santos obispos? Si en algo debemos distinguirnos del gran número, debe ser en las costumbres y en la ciencia, y no en el modo de vestir.» De esto han inferido algunos autores que los eclesiásticos no usaban entónces vestidos distintos de los legos; sin embargo, esta consecuencia no parece lógica, pues el sentido del Sumo Pontífice es que los eclesiásticos deben distinguirse más por sus costumbres y por la pureza de su alma, que por la forma ó color del hábito que visten. Así lo han comprendido los escritores de mejor criterio. Dió tambien otras importantísimas instrucciones, y últimamente ofrece un nuevo ejemplo de los recursos á Roma, pues que ordena al obispo de Arlés que le envie á un tal Daniel, acusado por unos religiosos que habia dirigido en el Oriente, y que despues era obispo de

la Galia, para juzgarle, declarando que quede Daniel separado del cuerpo episcopal hasta que haya sido juzgado por el tribunal apostólico, adonde necesariamente ha de acudir si está seguro del testimonio de su propia conciencia. Vamos, pues, á ocuparnos de otros asuntos no ménos importantes que los que dejamos narrados.

CAPITULO XIII.

Concilio general de Efeso contra Nestorio.

Al llegar á este punto de nuestra *Historia de la Iglesia* desearíamos que brillaran en nuestro espíritu las claras luces de los peregrinos ingenios que se han dedicado á cantar las glorias de la Vírgen Madre de Dios y de los hombres. La elocuencia de los célebres apologistas de la religion, y la dulzura de un Padre San Bernardo, serian necesarias para tratar dignamente el asunto de que vamos á ocuparnos.

El culto de la Santísima Vírgen María ha pasado por las pruebas del odio, y sin embargo ha llegado hasta nosotros sin mancha y sin mutilaciones de ninguna clase. En el curso de los tiempos, no ha perdido un solo rayo de su belleza primitiva, por lo que es necesario convenir en que hay aquí algo sólido. Este culto es justo y razonable, y es al mismo tiempo aprobado por la Iglesia, y sabemos que la Iglesia es infalible en sus decisiones. San Bernardo inclina su cabeza ante ellas y exclama: *Quod ab illa accepi, securus teneo.* Y en pos del melífluo abad del Claraval, innumerables generaciones de sabios y de héroes manifiestan los mismos sentimientos.

Hemos llegado á una página de la historia en donde este culto recibe quizás el golpe más mortal que pudiera descargar el odio y la tiranía de Satanás, que habiendo sostenido las más terribles luchas contra la Iglesia, llevó sus iras á la humilde María, á la criatura predestinada desde la eternidad, á aquella llena de toda gracia *de la que habia nacido Jesus, llamado el Cristo.* Tal vez creyó en su loco orgullo que aquí habia de triunfar porque atacaba lo que parecia más débil, pero se engañó. El trono de María está sostenido por Dios, y así como el reino de Jesucristo no tendrá fin, tampoco lo tendrá el de su Madre. Propúsose pues

ridiculizar á la que fue coronada por la Trinidad Beatísima, Reina de los ángeles y de los hombres, y así como suscitó atrevidos heresiarcas que martirizasen cuanto habia en la Religion del Crucificado, suscitó otro que dirigiese sus tiros al corazon de la purísima Vírgen de Nazareth.

Es indudable que María habia sido amada en todos tiempos, y que la ingratitud y el olvido jamás habian puesto la mano sobre ese nombre para borrarle del corazon de los cristianos. En otra obra (1) nos hemos ocupado extensamente de este punto, y hemos demostrado que el culto de la Vírgen Madre nació con la Iglesia, que el sepulcro donde momentáneamente descansó su bendito cuerpo fue su primer altar, y que los Apóstoles no pudieron prescindir, al dar á conocer á Jesucristo como Señor del mundo y verdadero Dios, de hablar de la criatura purísima en cuyo seno virginal se revistió de nuestra naturaleza. Tenian que darla á conocer: ¿y quién puede conocer á María sin amarla? ¿Quién puede oir explicar sus grandes virtudes, sus extraordinarios merecimientos, su incomparable dignidad, sin que sienta rebosar el corazon en las más dulces expansiones? Sin embargo, asi como el espíritu del error habia atacado con el mayor descaro el misterio de la Santísima Trinidad, el del pecado original y el de la gracia, segun que ya hemos tenido ocasion de explicar, sin que por esto, y á pesar de sus esfuerzos, pudiera conseguir echar por tierra el majestuoso árbol de la fe, tambien se propuso apagar en el corazon de las generaciones cristianas el amor á la bendita Vírgen de Judá, sofocando el culto de la dulce abogada de la humanidad.

Nestorio, obispo de Constantinopla, ocupaba un dia la cátedra sagrada: la fama que habia alcanzado por su elocuencia le hacia verse rodeado de numeroso auditorio, de turbas de admiradores, que le anunciaban un lugar distinguido entre los genios que se hacen inmortales. El demonio de la soberbia se habia apoderado de su corazon, y ya no era la gloria de Dios, sino la propia, la que buscaba: ansiaba por aumentar su reputacion; queria una corona, pero en vez de inclinar su cabeza y pedirla á Dios, quiso, como ha dicho un escritor contemporáneo, arrancarla de una frente elevadísima. El dia, pues, al que nos referimos, se habia propuesto enseñar que en Jesucristo hay dos personas; pero no atreviéndose á atacar de frente el dogma que enseña que en el Hijo de Dios

(1) La Vírgen María y el Redentor de la humanidad. Refutacion de la *Vida de Jesus* de Mr. Renan.

hay dos naturalezas y una sola persona, lo hizo diciendo á voz en grito que *la jornalera de Nazareth* no debia ser considerada como *Madre de Dios*, sino únicamente como *Madre de Cristo*, distinguiendo de este modo la persona de Cristo y la del Verbo. La horrible blasfemia fue oida con espanto por los fieles que llenaban los ámbitos del templo, y la palabra del sacrílego fue ahogada en el instante por el clamor de los que ántes le escuchaban con respeto y veneracion. Bajó Nestorio de la cátedra sagrada entre los anatemas de los mismos que ántes le ensalzaran, viendo eclipsada su gloria y cubierto de oprobio su nombre. Desde aquel instante el clero y el pueblo no quisieron comunicarse con el impío que habia blasfemado del Redentor y de la Co-Redentora de la humanidad.

Dios habia previsto el mal y habia preparado el remedio, disponiendo que desde el mismo lugar donde habia sido ultrajada la honra de su Madre y menoscabado su culto, se levantase este más puro, más soberano, si así podemos expresarnos. En vano Nestorio acudió al Emperador para que le sostuviese. Existia entónces San Cirilo, obispo de Alejandría, el cual estaba destinado por la Providencia para ser el atleta formidable que se habia de oponer al heresiarca, pulverizando sus groseros errores. Apénas fue sabedor de la funesta novedad, publicó un escrito lleno de energía en el cual se explica de este modo:

«Me admiro de ver que haya quien pueda poner en duda si la Santísi-«ma Vírgen debe ser llamada *Madre de Dios*. Esta es la fe que nos han «enseñado los Apóstoles, esta es la doctrina de nuestros padres: no que «la naturaleza del Verbo ó de la divinidad haya tomado su principio de «María, sino porque en ella ha sido formado y animado de un alma ra-«cional el sagrado cuerpo al cual el Verbo se ha unido hipostáticamen-«te, lo que hace decir que el Verbo ha nacido segun la carne. Así, en «el órden de la naturaleza, aunque las madres no tengan parte alguna «en la creacion del alma, no deja de decirse que son madres del hom-«bre en su totalidad, y no que solamente lo sean de su cuerpo.» El elocuente y fervoroso escrito de San Cirilo se difundió prontamente por todas las Iglesias del Oriente, y su lectura llenó de consuelo á los fieles que en tan gran manera se habian escandalizado con la enseñanza de Nestorio. El mismo San Cirilo escribió al hereje, exhortándole á que reconociese su error y confesase públicamente que la Santísima Vírgen María es verdaderamente Madre de Dios.

Ningun efecto produjo esta carta en el infeliz que se habia declarado

enemigo de las grandes prerogativas de la purísima Vírgen. Mas el santo le decia en la misma carta que estaba dispuesto á sufrirlo todo, la prision y hasta la muerte, por la fe de Jesucristo y la honra de la Santísima Vírgen María. Bien mostró el ilustre obispo de Alejandría la verdad de sus protestas, pues que viendo que no podia sacar partido alguno del hereje, se dirigió al papa Celestino, dándole cuenta de todo lo que habia ocurrido y del estado en que se encontraba la Iglesia de Constantinopla, pidiéndole encarecidamente que remediase tanto mal. El Papa reunió en Roma una asamblea de obispos en la que se examinaron los escritos de Nestorio, y viéndose claramente que su doctrina era contraria á la de los santos Padres, fue condenada unánimemente. Celestino escribió á los obispos de las primeras sillas del Oriente notificándoles el juicio, y en la carta que dirigió al de Alejandría elogia su celo y le dice que aprobaba sus sentimientos y modo de pensar sobre la Encarnacion del divino Verbo, y que si Nestorio continúa en sus errores y en un tiempo determinado no anatematiza su doctrina, seria separado del cuerpo de la Iglesia.

Nestorio no se sometió al juicio de la Santa Sede, y por el contrario continuó con más ardor propagando su doctrina. Tuvo en la corte algunos adictos y protectores; pero el Emperador que era amante de la religion y que vió la sublevacion de los fieles de Constantinopla, en los que tanta indignacion habian causado las blasfemias de Nestorio, se puso de acuerdo con el papa Celestino para convocar un concilio ecuménico en Éfeso. Los fieles se llenaron de regocijo al tener noticia de la convocacion, y doscientos obispos de todos los puntos de la tierra se congregaron en Éfeso, dispuestos á rechazar la negacion enérgicamente y explicar á las turbas lo abominable de la novedad de Nestorio. Llegaron los legados del Papa, y San Cirilo fue nombrado para presidir la augusta asamblea en nombre del Sumo Pontífice. Una vez reunidos todos los obispos, y hallándose en Éfeso Nestorio, que habia ido acompañado del conde Candidiano, á quien el emperador habia encargado que protegiese el concilio, pero que sin embargo se declaró á favor de los sectarios, se abrió el

Tercer concilio general en Éfeso, siendo el año del Señor 431. Por tres veces fue requerido jurídicamente el heresiarca para que se presentase á la asamblea, á lo que se negó pretestando la ausencia de Juan, obispo de Antioquía, y de sus sufragáneos, que aun no habian llegado. Celebróse la primera sesion con la mayor solemnidad. En medio de la iglesia se habia levantado un trono sobre el que estaba colocado el

libro de los Evangelios para representar la asistencia de Jesucristo, que ha prometido hallarse entre los que se congregan en su nombre. Los obispos estaban sentados en ambos lados de la iglesia, segun la dignidad de sus respectivas Sillas. Toda vez que Nestorio habia rehusado presentarse, se examinó detenidamente su doctrina en sus mismos escritos. Mas apénas se habia terminado la lectura, los obispos unánimemente exclamaron: «¡Anatema á estos errores impíos! ¡Anatema á todo el que profesa esta doctrina! Ella es contraria á la Santa Escritura y á la tradicion de los Padres.» Dióse lectura á la carta del papa Celestino á Nestorio y á muchos pasajes de los Padres más reverenciados, como San Cipriano, San Atanasio, San Ambrosio, y San Basilio, á los que se puso en oposicion con la doctrina del heresiarca: despues cada obispo dió testimonio de la fe de su Iglesia, y se pronunció solemnemente la declaracion dogmática de que la Santísima Vírgen María es verdadera *Madre de Dios*, pronunciándose al mismo tiempo la sentencia de deposicion contra el novador.

Al saber el pueblo de Éfeso la decision del concilio prorumpió en frenéticos gritos de alegría, y más cuando oian á San Cirilo de Alejandría, que fue indudablemente el alma de aquella santa asamblea, exclamar en el mayor entusiasmo: «Yo te saludo, María, Madre de Dios, «tesoro venerable del universo mundo, corona de la virginidad, arca de «la verdadera doctrina, templo indestructible en donde se hospedó vo«luntariamente Aquel á quien no pueden contener los espacios incommen«surables!» Para comprender adonde llegó el entusiasmo de Éfeso, de aquel pueblo tan devoto de la Santísima Vírgen, baste decir que los Prelados eran paseados en triunfo por las calles para que repitiesen en todas direcciones las palabras de San Cirilo y la decision del concilio, y así es que por todas partes se repetia á voz en grito: *María Madre de Dios*. Los vientos llevaban á todas las naciones esta voz de la gran victoria evangélica, del nuevo triunfo alcanzado por la humilde Vírgen de Judá.

Hemos dicho que el conde Candidiano se mostraba favorable á los sectarios. Pues bien; cuando los Padres escribieron al Emperador para manifestarle la decision del concilio, Candidiano interceptó las cartas y tomó otras muchas medidas, á fin de que no llegase á oidos de Teodosio II: pero Dios hizo que la verdad no sucumbiese. Un diputado disfrazado de mendigo llevó la verdadera relacion dentro de los nudos de una caña, y penetró en el palacio. Informado el Emperador de cuanto

habia tenido lugar en Éfeso, confinó á Nestorio en un monasterio de Antioquía; y como aun allí continuase predicando sus errores, fue desterrado á Tasis, en Egipto, donde acabó miserablemente su vida.

Séanos permitido ahora hacer algunas reflexiones sobre las consecuencias del concilio general de Éfeso. Puede decirse que desde aquel dia memorable en el que María consiguió el gran triunfo contra sus enemigos por la solemne declaracion de su maternidad divina, todas han sido glorias para esta purísima Criatura: las Iglesias se multiplicaron: en todas partes se solicitaban imágenes suyas: en el mar y en la tierra se le dirigen fervorosas plegarias: las banderas de los ejércitos llevaban á la guerra bordada entre sus pliegues la imágen de la Reina de la paz: en el Oriente se acuñan monedas imperiales con una Mapoyada sobre estrellas, conteniendo una cruz y coronada por esta inscripcion: Theotocos, que quiere decir *Madre de Dios*: y no solamente en Oriente, como hemos dicho, desde Anastasio Dicorus en 491 hasta Romano IV en 1068, se ostentan estas monedas, sino tambien en el Occidente, naciones tan cristianas como Baviera y Portugal, tambien imitan aquel hecho que tanto ensalzara al imperio oriental.

Despues de aquella época memorable la Madre de Dios ha tenido otros enemigos implacables. Las inspiradas expresiones de San Cirilo de Alejandría han sido siempre los sentimientos de Roma, de Oriente, de Occidente, de todo el mundo cristiano, porque en todas partes la *flor de la vida, la estrella de la mañana*, la protectora benéfica de los humanos, ha sido y es objeto de veneracion y de amor por parte de los fieles hijos de la Iglesia. Sin embargo, no han faltado escritores que mojando su pluma en hiel hayan pretendido menoscabar la gloria, eclipsar la grandeza de la que fue llamada por Nestorio por menosprecio *jornalera de Nazareth*, y á la que la Trinidad beatísima ha colocado sobre sus sienes la diadema que la da á conocer por Reina de los cielos y de la tierra. Hubo una época en que se victoreó al autor de la *Historia crítica de Jesucristo*, porque hablando del misterio de la *Anunciacion* vomitó las más execrables blasfemias.

Cuando á la historia del siglo XVI lleguemos veremos los excesos del protestantismo, y observaremos que en aquella catástrofe espantosa que conmovió el mundo, el odio no se olvidó de la humildísima María. Enrique VIII, el Neron de la Inglaterra, el menospreciador de las leyes más santas, el asesino de siete mujeres desgraciadas, se echó en los brazos de la llamada reforma, porque sus doctores le permitian dar rienda suel-

ta á sus miserables pasiones. Quiso encender una hoguera que diera bastante luz, y encendió con una imágen de María hecha astillas, y en esta hoguera vió perecer sin piedad al confesor de la inocente Catalina de Aragon. Si fijamos la atencion en dias más cercanos á nosotros, veremos á Strauss que pretende hacer un mito de Jesus y de María, que es adonde puede llegar en su descaro el filosofismo impío. Hoy mismo en pleno siglo XIX, hemos visto aparecer un nuevo Nestorio que dice como aquel: *la jornalera de Nazareth, no debe ser llamada Madre de Dios.* ¿Por qué? Porque Jesucristo, segun trata de demostrar, no es el Hijo de Dios, sino un hombre osado ansioso de una celebridad efímera. Ya hemos contestado detenidamente en otra obra á todos los sofismas del desgraciado Mr. Renan. No insistiremos ahora en este punto, porque otro es nuestro propósito y nuestro objeto. Sin embargo, no dejaremos de lamentar, al fijar nuestra consideracion en la funesta produccion que acabamos de citar, el que el siglo XIX emplee lastimosamente su vida en reanimar de los pasados aun con más interes que lo bueno lo malo en religion, en filosofía, en artes, en errores, en abominaciones, en suma, en todo aquello que eternamente debia permanecer en la tumba del olvido: de tal modo que ha corrompido la atmósfera que nos rodea, pues que hasta los grandes adelantos de la ciencia y las artes los emplea en el crímen y la abominacion. En cuanto al culto de María, y el amor extraordinario que el cristianismo la profesa, no podemos ménos de llenarnos de consuelo: La piedad cristiana crece cada dia, y las bendiciones del cielo descienden cada dia sobre la humanidad por *María la jornalera de Nazareth*, la ultrajada vilmente por Celso, la sombra para Strauss, la ridiculez para Renan y los demas que se tienen por inteligencias privilegiadas, y el consuelo, la alegría y la esperanza para todos aquellos que conservan en su corazon la viva llama de la fe cristiana, y no pierden de vista ni por un momento su dignidad cási infinita por el respecto que dice al órden hipostático, y la preciosa donacion de Jesucristo al consumar la grande obra de la Redencion humana, cuando nos la dejó por Madre á todos los mortales. La herejía de Nestorio sirvió para que María consiguiese un nuevo y admirable triunfo, y desde entónces las generaciones todas vienen repitiendo con placer las inspiradas expresiones del grande San Cirilo, que ya hemos citado: «Yo te saludo, «María, Madre de Dios, tesoro venerable del universo, corona de la vir«ginidad, arca de la verdadera doctrina, templo indestructible en donde «se hospedó voluntariamente Aquel á quien no pueden contener los es-

«pacios incomensurables!» Digna es la Madre de Dios y de los hombres de recibir las alabanzas de todas las criaturas. ¡Anatema á sus enemigos! La salutacion que un dia la dirigiese el celestial Mensajero al anunciarle el gran misterio de la Encarnacion del divino Verbo, y que fuera repetida despues por la madre del Bautista, es repetida cada dia por el mundo cristiano, que fija su esperanza en la bienaventura *jornalera de Nazareth.*

CAPITULO XIV.

San Hilario sucede á San Honorato en la silla de Arlés.—San Lupo y San German se dirigen á la Gran Bretaña para combatir la herejía de los pelagianos.—Noticias biográficas de San German, obispo de Auxerre.—Santa Genoveva, patrona de Paris.—Trabajos y triunfos de los santos obispos en Inglaterra.—Sucesos que tuvieron lugar hasta la muerte del Padre San Agustin.

Por hablar de la herejía de Nestorio y la celebracion del Concilio general de Éfeso, que tuvo por objeto condenar su doctrina, hemos trastornado el órden de los sucesos, y debemos ocuparnos ahora del último período de la vida del gran Padre y Doctor de la Iglesia San Agustin, que tan brillante lugar ocupa en la historia de esta época de la Iglesia; pero ántes dedicaremos algunas líneas á otros acontecimientos que no dejan de tener importancia.

San Honorato, obispo de Arlés y fundador que habia sido del monasterio de Lerins, viéndose cercano á la muerte eligió por sucesor suyo á San Hilario, que era su discípulo, y al cual sin hacerle saber su pensamiento hizo venir á su lado desde el monasterio de Lerins, donde se hallaba. Las grandes virtudes que adornaban á este monje suplian á su poca edad para sobrellevar el peso del episcopado, toda vez que contaba tan solamente unos veinte y ocho años de edad. En sus primeros años habia estado poseido de las vanidades del mundo, pero San Honorato le habia ganado para Jesucristo, y desde el momento en que habia tenido la dicha de abrir sus ojos á la clara luz de la verdad, habia renunciado á las comodidades que podia disfrutar por ser hijo de una ilustre y noble familia, y en el retiro del claustro se habia dedicado á conquistar el cielo por la práctica de las virtudes, del ejercicio de la mortificacion ó penitencia.

Su celo era grande y su caridad extraordinaria y estaba destinado por Dios para ser con sus palabras y con sus escritos una antorcha de las Galias y una de las más firmes columnas de la verdad. Obediente á la voz de su maestro, al que miraba y respetaba como á padre, salió del monasterio y se dirigió á Arlés; mas apénas tuvo conocimiento del objeto para que era llamado, volvió precipitadamente á ocultarse en su monasterio, pues que su humildad le hacia creerse inútil para tan elevado y espinoso puesto, á mas que sólo deseaba vivir en la oscuridad y apartado por completo de toda clase de distinciones. Sin embargo, Dios lo habia dispuesto, y necesariamente habia de aceptar. Una multitud de ciudadanos le siguieron (1) haciéndole volver á Arlés, donde San Honorato le hizo comprender la necesidad en que estaba de aceptar el episcopado para sucederle en su Silla. Negóse continuamente hasta que Dios, para mostrar su voluntad, dió una prueba de ella haciendo que una paloma blanca se apareciese sobre su cabeza. Viendo, pues, este símbolo del Espíritu Santo, se conformó con la voluntad divina y aceptó la dignidad que tanto habia ántes rehusado.

Fue San Hilario un grande obispo, digno sucesor de San Honorato, de tal modo que aquella dichosa grey no creyó haber mudado de pastor. Tomó desde el principio de su episcopado gran parte en las cuestiones que se promovieron con motivo de los escritos de San Agustin, y su constancia y celo en defender la fe y perseguir á los herejes le acarreó muchos disgustos que le dieron poderosos enemigos, los cuales le hicieron sufrir muchas persecuciones.

Por el mismo tiempo que San Hilario ilustraron la Galia otros célebres obispos que tambien son notables por su celo, la caridad que resplandecia en sus obras y su vigilancia por la fe. Entre ellos ocupan un lugar distinguido San Lupo de Troyes y San German de Auxerre. Conocieron estos dos grandes prelados los estragos que la herejía de los pelagianos causaba en la Gran Bretaña, que era donde habia tenido su orígen, y deploraban mal tan lamentable. Los obispos ortodoxos de la Gran Bretaña invocaron el socorro de sus hermanos los de la Galia contra los herejes, al tiempo mismo que habian enviado tambien diputados á Roma cerca del papa Celestino, para que proveyese de remedio. Celebróse en las Galias un concilio para tratar de este asunto, y todos los Padres que en él se congregaron, vista la necesidad de enviar en

(1) Vit. Hilarii, c. 1 et seq.

auxilio de los hermanos británicos algunos de entre ellos, fijaron su vista en Lupo y German, por las relevantes prendas que á ambos adornaban y enaltecian. Sea, pues, que el concilio los nombrase, ó que, como quiere San Próspero (1), que el papa Celestino á instancias del diácono Paladio ordenase á German ir á la Bretaña, ello es que ambos fuéron con la noble mision de confirmar á los débiles en la fe, y socorrer un pueblo que gemia en medio de una urgentísima necesidad.

Son por demas curiosas las noticias que nos suministra un escritor acerca de San German, obispo de Auxerre y uno de los comisionados para la sublime mision que hemos indicado. Las presentaremos compendiadas á la vista del lector. Habia nacido el santo en la Galia, y era descendiente de una familia noble y distinguida. Empezó los estudios en su patria, pasando despues á Roma con el objeto de perfeccionarse en la jurisprudencia, ciencia á la que se habia dedicado. En aquella capital contrajo matrimonio con una señora distinguida y ascendió á los puestos más honoríficos del imperio. Bien pronto olvidó la educacion que habia recibido en su juventud. Protegido por el emperador Honorio, que le nombró duque de Auxerre, ó lo que era entónces lo mismo, jefe de las tropas que habia en aquella provincia, se hizo el azote del santo obispo Amador, al cual hasta llegó á amenazarle con la muerte cuando el celoso pastor hubo mandado derribar un árbol que habia en medio de la ciudad, en el que el duque German colgaba las cabezas de los animales que mataba, con indignacion del pueblo, que no podia ver con tranquilidad este resto de la supersticion pagana. ¡Cuán incomprensibles son los juicios del Señor! ¡Quién habia de pensar que aquel duque libertino en sus costumbres, perseguidor de un santo obispo, le habia de suceder en su Silla, siendo despues un modelo de Prelados por las grandes virtudes que le habian de adornar! Pues fue así contra todo lo que hubiese podido juzgar la prudencia de los hombres. La inteligencia humana es harto menguada para poder penetrar los designios de la divina Providencia.

Tuvo Amador revelacion de su próxima muerte y de que German ocuparia despues su Silla episcopal; y así, juntando á los principales ciudadanos, á cuyo frente estaba el mismo duque German, les hizo sabedores de la revelacion con que el cielo le habia favorecido. En el mismo instante el clero, que tanta fe y crédito daba á las palabras de Amador, rodea

(1) Chron. ad. ann. 429.

á German, y rogándole que se haga digno del episcopado por la práctica de las virtudes, le cortaron el cabello. Poco despues murió el santo obispo Amador, segun habia anunciado, y German, á pesar de su resistencia, aceptó el episcopado, que conservó por espacio de treinta años, habiendo sido la edificacion de su grey por su sana doctrina, su celo por la conservacion de la fe y sus grandes virtudes. ¡Qué efecto tan admirable produjo en él la consagracion episcopal! El que ántes era altivo y orgulloso, que se alimentaba de exquisitos manjares y se vestia con ricas telas, se hizo pobre voluntariamente por Jesucristo. Su hábito era formado de una tela tosca, y no sólo ayunaba constante y rigorosamente, sino que se abstenia del vino, de la carne, de toda comida condimentada y aun del pan de trigo, alimentándose tan solamente de pan de cebada, y esto una vez cada dia, á la caida de la tarde, excepto algunos dias que hacia el ayuno aun más rigoroso, no comiendo cosa alguna. Así, el que desempeñando un gran papel en el órden social fue un escándalo de la sociedad por su conducta irreligiosa, fue despues, colocado en el candelero de la Iglesia, un espejo de todas las virtudes y un modelo puesto contínuamente ante los ojos de su grey, que no podia ménos de edificarse con el modo de obrar de tan santo Pastor. Él, no sólo con su palabra sino tambien con el ejemplo de su vida, verdaderamente evangélica, confundia la vida muelle é infecunda de una multitud de personas, que al fin conociendo su extravío acudian al redil del que voluntaria y neciamente se habian separado.

Su espíritu de piedad y su deseo de aumentar los lugares de retiro para aquellas almas que quieren entregarse á las prácticas que conducen á la perfeccion, le impulsó á fundar el monasterio de San Cosme y San Damian, en las inmediaciones de Auxerre.

Tal fue uno de los Prelados elegidos para pasar á la Gran Bretaña, y oponerse allí á los progresos de la herejía, y confirmar á los débiles en la verdadera fe de Jesucristo.

A este insigne Prelado fue asociado, segun hemos dicho, San Lupo, el cual en su juventud se habia desposado con una hermana de San Hilario de Arlés, llamada Pimeniola; pero impulsado por su piedad, á la que no cedia la de su esposa, resolvieron guardar virginidad viviendo como hermanos, y despues con su consentimiento se retiró al monasterio de Lerius. No queriendo que el cuidado de los bienes temporales le ocupase su atencion y le impidiese el dedicarse á las obras de piedad, repartió todos sus bienes entre los pobres; pero no disfrutó por mucho

tiempo la tranquilidad del claustro, pues que fue arrebatado de su santo asilo y colocado en la silla episcopal de Troyes, y tan sólo llevaba dos años de episcopado cuando fue elegido para acompañar á San German para combatir los herejes de Bretaña. Es decir que ambos Prelados iban precedidos de una gran fama, no sólo por la sabiduría que les distinguia, sino que tambien por las grandes virtudes de que se hallaban adornados.

Cuando ambos se dirigian á la Gran Bretaña, al pasar por Nauterre, pequeña aldea cerca de Paris, San German dirigió un discurso á sus moradores, los cuales le oyeron con la mayor veneracion y grandes muestras de respeto. Vió el santo obispo entre su auditorio una jovencita como de unos ocho años de edad, en la cual se traslucia alguna cosa como angélica. Era hija de Severo y su madre se llamaba Jerónima, y era notable en su tierna edad por su modestia, su humildad y aficion al retiro. San German fue alumbrado por luz interior, y comprendió que aquella tierna niña era singularmente escogida de Dios, y que habia de ser muy grande sierva suya. Dirigiendo su voz á los felices padres de la niña, que se llamaba Genoveva, les dijo que eran dichosos por tener aquella criatura, que habia de ser una gran santa. Mandó que le llevasen la niña al dia siguiente, y la exhortó para que permaneciese fiel á sus propósitos. Y como ella le dijese que su deseo era consagrarse á Jesucristo, huyendo de las pompas y vanidades del mnndo, el santo le dió una cruz para que la llevase siempre al cuello. Por aquel tiempo existian ya algunos monasterios de vírgenes en la Galia, pero, sin embargo, eran muchas las que retiradas en sus casas se cubrian con el velo de las vírgenes, vestian modestamente y vivian completamente retiradas para precaverse de la corrupcion del siglo. Genoveva fue conducida por San German á la iglesia en medio de un concurso numeroso de fieles. Allí se cantaron los salmos y otras oraciones, y miéntras tanto el obispo tenia la mano extendida sobre la cabeza de la vírgen, que experimentaba el mayor regocijo.

Genoveva fue invitada á comer aquel dia con el Prelado, é hizo las más formales promesas de ser fiel al Señor, conservando su virginidad, y al dia siguiente, como le preguntase el obispo si tenia presente la promesa del dia anterior, ella contestó con vigor: «Espero, santo Padre; no olvidarla nunca, y observarla siempre fielmente con el auxilio del Señor.» Dicho esto, el santo Prelado le dió su bendicion, dirigiéndole palabras del mayor consuelo y los más saludables consejos. Como habia

sido inspirado, segun hemos dicho, por Dios, y habia penetrado por entre el velo de los tiempos el futuro destino de aquella niña, bendijo á Dios que la habia elegido para sí, y acompañado de San Lupo salió de aquel pueblo para seguir su viaje á la Gran Bretaña, donde habia de combatir á los herejes pelagianos.

Quedó complacida la inocente vírgen, pero su madre bien pronto empezó á mortificar la piedad de su hija. Era necesario que sufriese algunas contradicciones: el justo ha de ser probado en la tribulacion como el oro en el crisol, y Genoveva no fue exceptuada de esta regla. Un dia festivo la madre se negó á llevarla á la iglesia, y le suplicó con instancia que le permitiera ir, y como repitiese la súplica, la madre irritada le dió una bofetada, quedando al punto ciega, y permaneciendo en el mismo estado por espacio de dos años (1). Durante este tiempo reflexionó sobre los vaticinios del santo obispo German, y no dejó de conocer que su ceguera era un justo castigo del cielo, por haberse opuesto inoportunamente á la piedad de su hija. Al cabo del tiempo dicho, mandó á Genoveva que le trajese un poco de agua de un pozo y que sobre ella hiciese la señal de la cruz, y lavándose los ojos con aquella agua, recobró en el momento la vista. Tal fue el primer milagro que Dios Nuestro Señor obró por su amada sierva, que fue despues seguido de otros muchos, durante su feliz y dichosa vida.

Siendo ya de más edad, fué con otras dos doncellas mayores que ella para que el obispo las bendijese y consagrase al Señor, lo que hizo aquel prelado con la mayor voluntad, empezando por Genoveva, no sólo por ser la más jóven, sino tambien porque mediante inspiracion divina conoció los grandes tesoros de virtud y de santidad que en ella se encerraban. Luego que murieron sus padres, se fué á Paris por mandato de sus superiores, haciéndose allí notable por su profunda humildad, por su espiritu de caridad y las demas virtudes que en ella resplandecian.

Llegó Santa Genoveva á una edad avanzada, habiéndola Dios favorecido de un modo extraordinario, obrando por ella grandes y repetidos prodigios. Por sus merecimientos y oraciones no llegó á entrar en Paris el ejército de Atila, quedando aquella ciudad exenta y libre del furor del bárbaro enemigo; siendo ella tambien la que en un tiempo de gran ca-

(1) Berault-Bercastel, dice haber sido diez los años que estuvo ciega la madre de nuestra santa. Creemos sea error de imprenta pues todos los demas escritores están conformes en que fueron tan solamente dos.

restía halló modo de proporcionar medios de subsistencia á los habitantes de la capital de Francia.

Todo el pueblo de Paris la honraba y la veneraba como santa, y cuando ocurrió su fallecimiento, que fue á 3 de enero, un inmenso concurso acompañó sus restos mortales hasta que se le dieron honrosa sepultura con gran devocion de todo el pueblo, solemnidad y aparato. Desde entónces Paris la tiene por su especial patrona y protectora, y el rey Clodoveo y la reina Clotilde le edificaron despues un suntuoso templo, que en nuestros dias ha sido restaurado por el actual emperador de los franceses Napoleon III.

Cuál fuese la reputacion de santidad y cuáles los merecimientos de Genoveva nos lo demuestra el hecho de que viviendo en sus dias San Simeon Estilita, que segun dijimos ántes vivia en lo alto de una columna haciendo penitencia, este varon santo tenia costumbre por las personas que venian de Paris, adonde ella estaba, enviarle visitas, suplicándole que rogase á Dios por él; pues que, aunque no la habia visto jamás, conocia perfectamente su espíritu, é iluminado del cielo, comprendia cuán regalada era de Dios, y cuán grandes sus merecimientos, por los que creia poder alcanzar mayor perfeccion y más abundante gracia.

Tiempo es ya de que consideremos los grandes trabajos de los dos santos obispos Lupo y German en Inglaterra. Durante su viaje experimentaron una violenta tempestad, la que fue sosegada por la virtud de San German, el cual bendijo un poco de aceite echándole sobre las encrespadas olas, al tiempo que invocaba á las tres augustas personas de la Santísima Trinidad. Iban precedidos de gran fama, y así tuvieron en la Gran Bretaña muy buen recibimiento, siendo objeto de entusiastas aclamaciones por parte de los católicos, por todos los pueblos por donde transitaban. La herejía se valia de todos los medios posibles para extenderse, y así los santos misioneros convinieron en juntar un concilio en Verulánico, hoy San Albano, por el nombre de uno de los más ilustres mártires de aquella nacion. No rehusaron los pelagianos presentarse al concilio, y ántes por el contrario lo creyeron muy conveniente para defenderse, y se rodearon de grandeza y aparato, queriendo hacer consistir en tales frivolidades la bondad de su causa.

Se preparaba un nuevo y admirable triunfo á la causa de la fe, y Dios inspiró á los dos obispos misioneros, los cuales dijeron á los pelagianos que mediante á que la verdadera fe obra los prodigios, hiciesen la prueba en una muchacha ciega, que era hija de un tribuno que habia venido suplicándoles le alcanzasen la vista.

Los pelagianos confesaron su imposibilidad, y entónces los dos santos se pusieron en oracion, permaneciendo en ella por algun tiempo; y concluida, German invocó el nombre de la Santísima Trinidad, y aplicando un relicario que consigo llevaba á los ojos de la niña, esta recobró en el momento la vista. Efectuado este singular prodigio, se levantaron vivas aclamaciones en favor de German y de la doctrina católica. Y tal fue el efecto que causó el hecho, que aun los mismos pelagianos, abjurando sus errores, confesaron públicamente la fe católica.

Hé aquí otro beneficio que los dos prelados de la Galia disputaron á los bretones, que refiere de este modo un historiador: «Hallábanse estos en guerra con los pictos, que habitaban la parte septentrional de la isla, y se llamaban así porque se pintaban todo el cuerpo de una manera no ménos extravagante que espantosa. Eran tan bárbaros que comian carne humana, y su mayor placer consistia en devorar los pechos palpitantes de las mujeres que caian en sus manos. Unidos á los sajones, que eran otros bárbaros, á quienes habian llamado de la Germania, acometieron juntos á los bretones, los cuales, no pudiendo resistir á tales fuerzas y faltos de todo humano auxilio, imploraron el de los dos santos obispos. No ignoraba German las reglas del arte militar, que en otro tiempo habia ejercitado con mucha gloria; enseñó á las tropas bretonas á valerse de estos recursos para su justa defensa, y aun pareció ponerse á su cabeza para animarlas. Pero, contando mucho más con los socorros del cielo que con los medios naturales, invocó é hizo invocar al Dios de los ejércitos. Un espíritu de terror y de espanto se apoderó inmediatamente de las tropas enemigas, de quienes alcanzaron los fieles una victoria completa, y tanto más satisfactoria cuanto no les habia costado ni una gota de sangre por su parte. Despues de esto regresaron los dos santos á sus diócesis; pero la herejía, más indómita que los bárbaros, comenzó algunos años despues á turbar de nuevo las islas británicas, y San German fue llamado allí por segunda vez.»

Una segunda mision hizo San German en la Bretaña, que no fue ménos feliz que la anterior, pues que muchos pelagianos abjuraron sus errores sometiéndose á la fe católica. Su predicacion fervorosa y elocuente, su humildad, la modestia que demostraba en su semblante, cautivaban generalmente las atenciones y predisponian favorablemente para escucharle con docilidad y con respeto. Al mismo tiempo Dios obró por él muchos milagros, lo que tambien contribuyó poderosamente á los felices resultados que consiguió para la Iglesia.

El santo prelado German se dirigió á Ravena, donde residia el jóven emperador Valentiniano, con el objeto de pedir el perdon para unos pueblos culpables de rebelion; y cuando ejercia esta obra de caridad rogando por los pecadores, Dios, que dispone á su gusto de la vida de las criaturas todas, le llamó á sí, para concederle el premio eterno á que se habia hecho acreedor por sus virtudes y grandes merecimientos. Dispuso el emperador que su cuerpo fuese trasladado con gran pompa y solemnidad desde Rávena á Auxerre, donde fue enterrado en un monasterio que él mismo habia fundado.

Examinando, pues, los hechos admirables de San German de Auxerre; contemplando su sabiduría, su celo en las misiones y la caridad que le adornaba, bien puede aplicársele el elogio que de Salomon se hace en el Libro del Eclesiastes: «Habiendo sido muy sabio, enseñó al pueblo, empleó palabras útiles, y en todos sus razonamientos resplandecia la verdad.» Sus palabras fueron siempre enérgicas contra el vicio y el error; así como eran agradables cuando se dirigian á la virtud y á la indigencia. Fue, en una palabra, un excelente obispo, y tanto él como su compañero de mision, San Lupo, comprendieron perfectamente el espíritu del Evangelio, que es la caridad, y llenaron cumplidamente su santo ministerio sobre la tierra, por lo que merecieron ceñir en su frente la diadema de la inmortalidad.

Por esta misma época hubo grandes y odiosos desórdenes en el Africa, que Salviano, que vivia entónces, nos lo refiere minuciosamente (1). Segun este escritor, los vicios se enseñorearon en gran manera en aquel país, despues de haber inficionado otros adonde habian sido llevados por los enemigos de la Iglesia, que no perdonaban medio alguno para desacreditarla. «Los pueblos que llamamos bárbaros, dice el mismo escritor, tienen cada uno su vicio, pero á lo ménos no los tienen todos juntos. Los godos son traidores, pero castos: los alanos más licenciosos, pero enemigos de toda perfidia: los francos, ligeros, pero benéficos y sociales: los sajones, por el contrario, muy crueles, pero en cambio miran con tanto horror la impureza, que excitan nuestra admiracion. Los vándalos, vencedores del Africa, no son ménos recomendables por su amor á esta virtud; y si son orgullosos, despreciadores y soberbios, lo que ellos desprecian más en sus vencidos, son los ultrajes hechos al pudor, no ménos por las mujeres que por los hombres; es

(1) Salvian., de Gubernat., lib. 7 et 8.

la impudencia de un sexo que se deshonra con sólo la aversion al retiro; es la infamia que está como triunfante en las concurrencias públicas, siendo cierto que si todos estos pueblos de bárbaros tienen algun defecto, se distinguen por alguna cualidad buena. Mas en los Africanos no sé qué cosa les denigra más, si la inhumanidad, la perfidia, la avaricia y el robo, la embriaguez, las blasfemias y los perjurios. No hablo de su impureza, pues cuanto exceden á todos los extranjeros en los demas vicios que acabamos de referir, tanto se exceden á sí mismos por su furor á los torpes deleites. ¿Quién ha mirado jamás al África como una tierra comun, destinada para habitacion de animales dotados de razon, en quienes la carne debe estar sujeta al espíritu, y no más bien como guarida de la obscenidad, ó como un inmenso foco de las pasiones ignominiosas que la han abrasado en todos tiempos?»

De tal modo el citado Salviano hace la triste pintura del cuadro de corrupcion que presentaba el África, aquella tierra regada con el sudor del padre San Agustin, cultivador incansable de la viña del Señor. Pero que á pesar de todo esto no se habia perdido el trabajo del grande Agustino y de los otros celosos ministros de la verdad, nos lo demuestra el mismo escritor con las siguientes reflexiones: «Esto no obstante, si exceptuamos estos siervos sinceros del verdadero Dios, ¿qué vienen á ser todos los demas? ¡Qué fenómeno es un africano casto! Es un prodigio tan extraordinario como una víbora sin veneno y un tigre sin ferocidad: es, en suma, un africano que deja de ser africano. No tanto á la severidad del Señor, como á la enormidad de los pecados del África, debemos atribuir los excesos de crueldad cometidos en ella por sus bárbaros vencedores. Si los vándalos la han devastado, tambien la han purificado y han hecho lo que no han podido las leyes romanas: ellos han reprimido las pasiones vergonzosas, no como los romanos, que se hacen culpables de robo y adulterio al mismo tiempo que los proscriben, sino imponiendo á los esclavos la necesidad de imitar á sus tiranos, y sacrificando á su crueldad á los que no se conformaban con su ejemplo.» La virtud de la gracia habia podido tan sólo convertir á muchos africanos, cambiando sus costumbres é inclinaciones, y haciéndoles sujetar las pasiones al espíritu.

Estamos en la última época de San Agustin. Pasaba ya de los setenta años, y aun trabajaba con la constancia y el fervor con que pudiera hacerlo un jóven. A causa de los grandes desastres del África, una multitud de obispos se habian refugiado en Hipona, cuya ciudad se hallaba

sitiada. Atendia al cuidado de todos San Agustin, socorriéndolos y consolándolos. Empero, por momentos se iba debilitando y dejaba conocer que se acercaba el término de su vida. Esto no le alteraba en nada, y ántes por el contrario le regocijaba, pues que su deseo constante habia sido desde su conversion el ver á Dios en su gloria. Así, en una de sus meditaciones se expresa de este modo, segun dijimos en su biografía y repetimos por lo edificante de las frases: «Ea, Señor, ea ya, apareced y quedaré consolado; volveos á mí, y cumplirse ha mi deseo; descubridme vuestra gloria, y mi gozo será colmado; porque mi alma tiene sed de vos, y mi carne os desea. Mi alma sedienta corre á las fuentes de aguas vivas, y dice: ¿Cuando llegaré y pareceré delante del rostro de mi Señor? ¿Cuándo vendreis, Consolador mio? ¿Para cuándo os aguardaré? Oh! ¿si tengo de ver algun dia el gozo que deseo? Oh! ¿si me tengo de hartar de aquella gloria, cuya hambre me fatiga? Oh! ¿si me tengo de embriagar de aquel vino oloroso y suave por el cual suspiro? ¿Si tengo de beber aquel rio de deleites de que tengo sed? Entre tanto, Señor, las lágrimas sean mi pan y mi sustento de dia y de noche, hasta que se diga á mi alma: He aquí á tu Esposo. Miéntras que viene esta hora, apacentadme, Señor, con mis sollozos y recreadme con mis dolores.» Estos han sido siempre los lamentos de las almas justas, que han mirado la vida presente como cosa pasajera, y han fijado su atencion y sus deseos tan solamente en las cosas del cielo. Cuando Hipona se hallaba sitiada por los vándalos, el padre San Agustin suplicaba humildemente al Señor que aceptase el sacrificio de su persona por el pueblo, ó que si la ciudad habia de caer en poder de los vándalos le sacase ántes del mundo para que no presenciase la horrible catástrofe. El Señor le concedió lo último, y así fue acometido de una enfermedad aguda, que le hizo comprender su pronta partida del mundo. No obstante que siempre estaba preparado para el terrible trance, mandó que le escribiesen los siete salmos penitenciales, y que se los pusiesen en lugar donde él los pudiese leer desde la cama, y ordenó que nádie entrase en su aposento sino los médicos y aquellas otras personas que eran de necesidad para su asistencia, lo que se efectuó tal como lo habia ordenado por espacio de doce dias. Leia con frecuencia los salmos penitenciales, y recibió con la más tierna y edificante devocion los Santos Sacramentos, cerrando sus ojos á la luz del mundo para abrirlos á la hermosa claridad del cielo. De la fecha de su muerte y diversas traslaciones de su cuerpo hemos hablado detenidamente al reseñar la biogra-

fía de este santo Doctor, que nos ocupó los capítulos XVII y XVIII de la historia del siglo v de la Iglesia.

La perfidia y la maledicencia trabajaron despues de la muerte de San Agustin, con el objeto de desacreditarle, empleándose para ello hasta la calumnia. Bajo su nombre se esparcieron los quince artículos llamados las *Objeciones de los Galos;* las que por espacio de algunos años dieron lugar á la herejía de los predestinados.

Segun Berault-Bercastel, los más duros entre estos artículos son los siguientes:

I. Por una triste necesidad que es efecto de la predestinacion, los hombres son violentados á pecar y condenados á la muerte.

II y III. La gracia del bautismo no borra el pecado original en los que no son predestinados á la vida; y de nada les sirve el tener una conducta justa y santa.

VI y XV. El libre albedrío nada hace en los hombres; la predestinacion es la que obra en ellos, sea para el bien ó sea para el mal.

VIII y IX. El Salvador no fue crucificado para la redencion de todo el mundo, y Dios no quiere la salvacion de todos los hombres; sino sólo de algunos que son predestinados.

VII y XII. Dios quita la gracia de la obediencia á los justos que ha llamado, y les niega la perseverancia, únicamente porque no fueron separados de la masa de perdicion por la predestinacion y divina presciencia.

No es necesario justificar al santo Doctor. El que haya leido sus obras, y principalmente su doctrina sobre el pecado original y la predestinacion, conocerá en el momento el fraude y la calumnia. Su honor fue justificado con el mayor celo por su discípulo Próspero, y la Iglesia le venera y respeta como á uno de sus más sabios é ilustres Doctores. Sus sabios escritos serán siempre la copiosa fuente donde acudirán los hombres entendidos que se hallen ganosos de su salvacion, y quieran trabajar en favor de la de sus semejantes.

A la miserable calumnia de que la Santa Sede no hacia caso alguno de San Agustin, se opone el hecho consignado en el siguiente pasaje de Feal (1), de que somos testigos cuantos hemos visitado la suntuosa Basílica de San Pedro en el Vaticano: «En la tribuna llamada *Della cátedra* «se ve en el centro un gran altar, encima del cual está colocado el mo-«numento del *púlpito*, esto es, un asiento de madera con adornos de

(1) Descripcion de Roma, tomo I.

«marfil y oro. Es la Silla de que hicieron uso San Pedro y sus sucesores «en las ceremonias. Este *púlpito* está encerrado en otro gran asiento de «bronce, coronado por dos ángeles que llevan la tiara y las llaves; mag«nífico monumento sostenido por cuatro doctores, á saber, SAN AGUS«TIN, y San Ambrosio, doctores de la Iglesia latina, y San Crisóstomo «y San Atanasio, doctores de la Iglesia griega.» Ya hemos dicho, en suma, en la citada biografía del santo, que ha merecido grandes y extraordinarios elogios de los Soberanos Pontífices y de los Concilios, debiéndose notar el sacrosanto ecuménico florentino, que le llama ilustre doctor entre los latinos, y el VIII Toledano, que le califica de elocuente y sapientísimo.

CAPITULO XV.

Célebres anatematismos de San Cirilo.—Maquinaciones de los herejes despues del Concilio de Efeso.—El clero y los monjes dan noticias de ellas al emperador.—Determinacion del abad Dalmacio.—El emperador, desengañado, se declara á favor del santo Concilio.—Maximiano es electo patriarca en lugar de Nestorio.—Muere el papa Celestino y le sucede Sixto III.

Hemos hablado en el capítulo XIII del Concilio general de Éfeso, celebrado para condenar la herejía de Nestorio, y ántes de pasar á tratar otros asuntos vamos á hacer conocer al lector los célebres anatematismos de San Cirilo y el motivo de ellos, ya que entónces no nos ocupamos de ellos. Antes de la celebracion del Concilio general convocó San Cirilo á todos los obispos que dependian de su Sede y celebró con ellos concilio en Alejandría, y en él se resolvió escribir á Nestorio una carta sinodal, declarándole que si en el término de diez dias (eran los señalados por el Papa en carta que escribió al mismo San Cirilo) no abjuraba sus errores, no se le tendria en adelante por obispo. No se le exigió tan solamente que confesase en general la fe de Nicea, porque él sabia interpretar el símbolo á su modo, como decian los padres en la carta que le escribieron, y le exigian que por escrito y con juramento anatematizase sus dogmas impíos. Y por esto aquel concilio insertó en su carta doce fórmulas, que condenaban otros tantos errores, ó mejor dicho, otros tantos modos de ocultar la herejía, obligando á Nestorio á suscribirlas. Estas doce fórmulas son las que se llaman anatematismos de San Cirilo, y son las siguientes:

«1.° Si alguno no confiesa que el Emmanuel es verdaderamente Dios, y que por consiguiente la Vírgen es Madre de Dios, pues ha engendrado segun la carne al Verbo de Dios encarnado; sea anatema.

2.º Si hay algunos que no confiesan que el Verbo de Dios Padre está unido á la carne, segun la hipóstasis, y que con su carne no hace sino un solo Cristo, que es Dios y Hombre juntamente; sea anatema.

3.º Si despues de la union divide alguno las hipóstasis en Cristo, ó no las junta, sino por una conexion de dignidad, de autoridad ó de poder, y no por una union natural; sea anatema.

4.º Si alguno atribuye á dos personas ó á dos hipóstasis las cosas que en los Evangelios ó en los escritos apostólicos se dicen de Jesucristo por los santos ó por sí mismo, y aplica las unas al Hombre considerado separadamente del Verbo de Dios, y las otras, como propias de la Majestad divina, á sólo el Verbo que procede de Dios Padre; sea anatema.

5.º Si alguno se atreve á decir que Jesucristo es un Hombre, que lleva en sí á Dios, en vez de decir que es Dios en verdad, como Hijo único y por naturaleza, en cuanto el Verbo ha sido hecho carne, y ha participado como nosotros de la carne y de la sangre; sea anatema.

6.º Si alguno dice que el Verbo de Dios Padre es el Dios ó Señor de Jesucristo, y no confiesa que despues que el Verbo encarnó segun las Escrituras, es el mismo Dios y Hombre juntamente; sea anatema.

7.º Si alguno dice que el Verbo divino obró en Jesucristo como en un puro hombre, y que la gloria del Hijo único ha sido comunicada á este Hombre, como á cualquier otro que fuese distinto del Verbo; sea anatema.

8.º Si alguno se atreve á decir que el hombre que se ha unido al Verbo debe ser adorado con él, glorificado con él, llamado Dios con él, como que se contiene el uno en el otro (por que la adicion perpétua y afectada de esta palabra, *con*, indica esta idea); y si no honra más bien á Emmanuel con una sola adoracion y no le da una sola glorificacion, en cuanto el Verbo ha sido hecho carne; sea anatema.

9.º Si alguno dice que Nuestro Señor Jesucristo ha sido glorificado por el Espíritu Santo, como por una virtud que le era extraña, y que habia recibido de él la potestad con que expelia los espíritus inmundos y obraba milagros divinos entre los hombres; y si no dice que el espíritu por el cual los ha obrado es su espíritu propio y natural; sea anatema.

10. Llamando la Escritura á Jesucristo Pontífice y Apóstol de nuestra santa fe, y diciendo que se ofreció por nosotros á Dios Padre en olor de suavidad; si alguno dice, en consecuencia, que nuestro Pontífi-

ce y nuestro Apóstol no es el Verbo mismo de Dios, despues que se hizo carne y hombre como nosotros, sino que es este hombre que nació de mujer, como si fuese distinto del Verbo; ó si alguno dice que Cristo no solamente ofreció su sacrificio por nosotros, sino tambien por sí mismo (porque el que no conoció pecado no necesitaba de sacrificio); sea anatema.

11. Si alguno niega que la carne vivificante del Señor sea la propia carne del Verbo, que procede de Dios Padre; y si dice que es la carne de otro, unido al Verbo en cuanto á la dignidad y en quien la divinidad habita simplemente; y si no confiesa que es vivificante, porque es la propia carne del Verbo, que vivifica todas las cosas; sea anatema.»

Al exponer Berault-Bercastel la fórmula anterior, dice lo siguiente: «No desagradará ver reunido á este artículo otro pasaje de la carta sinodal, en el que, confirmando los Padres del concilio de Alejandría que la carne de Jesucristo es verdaderamente la carne del Verbo, nos han dejado una prueba muy terminante á favor de la presencia real del Hombre-Dios en la Eucaristía. Despues de haber sentado como principio, que se anuncia la muerte y la resurreccion de Jesucristo celebrando en nuestros templos el incruento sacrificio, «nosotros, añaden, somos santificados, participando de la carne sagrada y de la preciosa sangre de Jesucristo; porque no recibimos este alimento como una carne comun, ni como la carne de un hombre santificado, y unido al Verbo solamente en cuanto á la dignidad, ó en quien sólo la divinidad haya habitado, sino como una carne verdaderamente vivificante, y por consiguiente como la carne propia del Verbo, sin lo que no seria vivificante.»

El artículo XII es, en suma, contra cualquiera que se atreva á negar que el Verbo de Dios haya padecido ó sido crucificado segun la carne, y que haya sido el primogénito de entre los muertos, en cuanto como Dios es vida y fuente de la vida.

Tales son los célebres anatematismos de San Cirilo, ó mejor del concilio de Alejandría. El haberse negado á suscribirlos Nestorio, y los subterfugios de que se valieron sus partidarios y algunos que se dejaron engañar por ellos, dió lugar á la celebracion del Concilio general de Éfeso, que segun vimos fue tan glorioso para la Santísima Vírgen María.

La verdad adquiria una nueva luz con la declaracion del Concilio de Éfeso, y los fieles, con el mayor entusiasmo, se complacian en saludar á la bendita Vírgen de Judá con el hermoso título de *María, Madre de Dios*; y se cree que entónces para desagraviar de las blasfemias de Nes-

torio á la Vírgen Madre, añadió la Iglesia á la salutacion angélica estas palabras: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.*

Difícil seria el querer explicar todas las maquinaciones de que se valieron los herejes para denigrar á San Cirilo y á los demas Prelados que habian formado el Concilio, como asimismo para amortiguar la nueva luz que de él habia salido en favor de la verdad católica. Empero, los prelados católicos, en union de Cirilo, trabajaban con laudable celo por el bien general de la Iglesia; pero el conde Juan, que fué á Éfeso enviado por el Emperador, se dejó corromper por el error, y redujo á prision á San Cirilo y á Memnon, haciendo lo mismo con Nestorio, tan sólo por pura fórmula ó ceremonia. Era necesario que el engaño y la perfidia obrasen de consuno, pues no otras armas saben manejar los que se proponen combatir la verdad y establecer sobre ella el reinado de la mentira.

Segun los antiguos historiadores, el conde Juan no habia abrazado las opiniones de Nestorio, y aun se cree que era indiferente á toda materia de religion, ocupándose tan solamente de las cuestiones que atañían á la política. Esto no obstante, obró con mucha parcialidad y con perfidia, pues que despues de las prisiones que acabamos de decir, pintó á todos al jóven emperador con los mismos colores, dándole á entender que Cirilo y Memnon, como Nestorio, habian sido todos tres condenados por el concilio, poniéndose entre tanto el mayor cuidado en interceptar las cartas para que la verdad no llegase á sus oidos. ¡Triste condicion la de los monarcas, que rodeados de adulacion y de lisonja, rara vez escuchan el lenguaje de la verdad!

Tal conducta irritó sobremanera al clero, á los monjes y aun al pueblo, y trataron de hacer saber al Emperador la superchería de los herejes. Hicieron, pues, llegar á sus manos una sentida representacion, en la cual le suplicaban que no permitiese que la Iglesia, que le habia criado como una buena madre y le habia alcanzado tan gloriosos triunfos sobre sus enemigos, fuese oprimida durante su reinado ó que volviesen los siglos de los mártires en tiempo de un emperador tan cristiano. Son notables las últimas palabras de la representacion: «Todos nosotros, decian, sacerdotes y legos de la desgraciada Iglesia de Constantinopla, tristes hijos de una madre inconsolable por el crímen contra ella y su Esposo, no estamos ménos dispuestos que los Padres del concilio para vengar esta afrenta. Si se patrocinan los atentados del cisma y de la herejía, y la deposicion de Cirilo y Memnon, estamos dispuestos á correr los mismos

peligros que ellos y á padecer con todos estos generosos confesores.»

Las obras de Dios no pueden ser derrocadas por el poder humano, y si permite que los justos padezcan tribulaciones y persecuciones, todas ellas redundan en su gloria y sirven para prueba de las almas privilegiadas. Hé aquí, pues, de qué medios se valió el Señor para que la verdad triunfase, y que el jóven emperador se desengañase y se declarase partidario de San Cirilo y del concilio de Éfeso. Habia un abad de grandes y extraordinarias virtudes llamado Dalmacio, el cual era bastante anciano y hacia cuarenta años que vivia completamente retirado en su monasterio sin salir de él, ni aun siquiera para las procesiones, por más que alguna vez se lo hubiese suplicado el mismo emperador. Apercibióse en su retiro del peligro en que se hallaba la fe, y consultó con Dios por medio de la oracion si deberia salir para tomar la defensa de la santa causa de la Iglesia, teniendo el consuelo de oir una voz celestial que le mandó hacerlo así. Reunió, pues, á todos los abades, en calidad de superior de todos ellos, y poniéndose al frente de ellos, seguidos de los monjes de todos los monasterios, se dirigieron procesionalmente hácia el palacio imperial, cantando á dos coros por las calles. Llegados que hubieron á la residencia imperial, Teodosio hizo entrar á los abades, esperando fuera los demas. El abad Dalmacio tomó la palabra, pintando con vivos colores la situacion de la Iglesia y haciéndole conocer la perfidia de los herejes y de sus patrocinadores. El emperador les oyó con benignidad, les aseguró del amor que profesaba á la Iglesia y les ofreció formal y solemnemente su proteccion. Con tal promesa se retiraron llenos de gozo y de consuelo, y entrando todos en la Iglesia, y despues de dar gracias al Señor, Dalmacio subió al púlpito y desde él leyó al pueblo la carta del concilio que daba á conocer la condenacion de Nestorio.

El emperador dispuso que cada uno de los dos partidos enviase una comision de obispos, los que juzgasen más idóneos y capaces de defender su causa, con el objeto de oirlos. El partido de San Cirilo, ó de los católicos, eligió siete obispos, entre los cuales iba Arcadio, que era uno de los legados de la Santa Sede, y tambien el presbítero Felipe, por ser tambien legado y encargado de representar al Papa, lo mismo en Constantinopla que en Éfeso. A estos dió el santo Concilio una instruccion en la que se descubre el espíritu de la Iglesia, y la santa firmeza que deben mostrar sus ministros para la defensa de sus derechos.

Los cismáticos orientales eligieron á su vez una comision compuesta

de ocho obispos, á cuya cabeza iba Juan de Antioquía. Miéntras tanto todos los buenos oraban fervorosamente, suplicando al Señor se dignase iluminar al jóven emperador para que la verdad consiguiese un triunfo sobre el error y la mentira.

En un principio, seducido Teodosio por los amigos poderosos de Nestorio, dictó muchas órdenes perjudiciales á la Iglesia, no obstante las promesas que habia hecho á Dalmacio y demás abades. Empero Pulqueria, que era muy prudente y que se hallaba muy instruida de las cuestiones que se debatian por la carta que en un principio le habia escrito el celoso prelado de Alejandría, fue poco á poco inclinando su ánimo, hasta que haciéndole conocer de una vez la verdad, consiguió de él que aprobase y ratificase la condenacion de Nestorio. Entónces todo varió. Memnon fue sostenido en su Silla, y San Cirilo, el denodado defensor de las prerogativas de la Vírgen Madre, entró triunfante en Alejandría, donde siguió gobernando con prudencia y sabiduría la grey que el Señor le habia encomendado. Nestorio fue sentenciado por el emperador á retirarse á su monasterio para que allí hiciese penitencia por las culpas con que habia escandalizado á la Iglesia, y Candidiano recibió el justo castigo merecido por su réproba conducta, cayendo de la gracia del emperador y siendo desterrado de la corte.

Aun hizo más Teodosio: promulgó una ley por la que prohibia toda reunion ó junta á los Nestorianos, ordenando que sus bienes fuesen confiscados y prohibiendo bajo severas penas que sus libros fuesen conservados, copiados ó leidos. Algun tiempo despues publicó otra ley condenando al fuego todas las obras escritas contra el santo concilio de Éfeso, contra la doctrina de Nicea y contra la de San Cirilo, así como los escritos de Porfirio contra el cristianismo.

Una de las cosas que se hacian más urgentes era el proveer la silla patriarcal de Constantinopla, vacante por deposicion de Nestorio, y á esta necesidad acudieron los diputados del Concilio, eligiendo para esta dignidad á Maximiano, presbítero que gozaba de gran reputacion, tanto por su sabiduría como por su piedad. Los obispos dieron parte inmediatamente al Sumo Pontífice de todo lo ocurrido, y tambien le escribieron el Emperador y el nuevo Patriarca. A todo contestó el Papa, añadiendo una nueva carta dirigida al clero y al pueblo. En la que envió á los obispos aprobaba y confirmaba todo lo hecho, y muy particularmente la deposicion de Nestorio y la eleccion de Maximiano.

Poco tiempo sobrevivió á estos acontecimientos el papa San Celestino.

Lleno de solicitud escribió tambien una carta á los obispos de Francia. Esta carta, llena de sabiduría y prudencia, tenia por objeto aconsejarles la vigilancia que debian desplegar á causa de los progresos que en aquel país hacian los *semipelagianos*, que desde el África se habian trasladado á Marsella para desacreditar la doctrina de San Agustin sobre la predestinacion y la gracia. Tambien envió á Escocia á Paladio, griego, primer obispo de aquella nacion, y á Irlanda á San Patricio, al que hoy los irlandeses reconocen como su Apóstol, y al que aman extraordinariamente.

San Celestino creó en tres ordenaciones cuarenta y seis, y segun otros, sesenta y dos obispos, treinta y dos presbíteros y doce diáconos. Gobernó la Iglesia cerca de diez años, y murió lleno de merecimientos el dia 6 de Abril de 432, siendo sepultado en el cementerio de Priscillo en la via Salaria, y más tarde fue trasladado á la Iglesia de Santa Práxedes.

La Santa Sede estuvo vacante diez y nueve dias, siendo elegido por unanimidad y en presencia de dos obispos orientales por sucesor de San Celestino

SAN SIXTO III, que siendo presbítero de la Iglesia Romana habia manifestado gran celo por la doctrina católica, anatematizando las de los pelagianos, y habiendo recibido en aquella época, de San Agustin, su célebre carta sobre la gracia.

Este Pontífice confirmó el concilio de Éfeso, aprobado ya por su antecesor, y se dedicó con asiduidad á destruir la faccion de Nestorio, que contaba aun entre sus partidarios algunos obispos de Oriente, y deseando erigir un monumento en honor de la Santísima Vírgen por su victoria conseguida contra Nestorio, aumentó y renovó la basílica de Santa María la Mayor, dotándola de rentas considerables y enriqueciéndola con preciosos dones.

CAPITULO XVI.

Desvelos de San Sixto por la reconciliacion de San Cirilo de Alejandría con Juan de Antioquía.—Cirilo por su parte procura la paz.—Pablo de Emesa constituido mediador.—Obstinacion de Alejandro de Hierápolis.—Desgraciado fin de Nestorio.—Proclo, Patriarca de Constantinopla.—Conversion de Volusiano.—Traslacion del cuerpo de San Crisóstomo á Costantinopla.—Los cuarenta coronados.—Viaje de la emperatriz Eudosia á la Palestina.

Desde la elevacion de Sixto III á la cátedra apostólica, la Iglesia victoriosa ya de las herejías de Pelagio y de Nestorio hubiese disfrutado de una paz completa, á no haber sido despedazada por la division de los orientales. Ganoso aquel santo Pontífice de la tranquilidad de la Esposa de Jesus, trabajó cuanto le fue posible hasta conseguir el reconciliar á San Cirilo de Alejandría con Juan de Antioquía, á fin de que cesase esta especie de cisma, consiguiendo al fin que el último confesase que Nestorio habia sido condenado justamente por el Concilio. Cirilo, que estaba adornado de un espíritu verdaderamente evangélico, no paraba mientes en las injurias personales que estaba siempre dispuesto á perdonar, y atendia tan solamente en todos sus actos al bien y al interes de la Iglesia. Así pues, sin dificultad alguna, y en su afan por procurar por todos los medios posibles la paz de la Iglesia, dió los primeros pasos hácia sus enemigos, que eran los únicos culpables que se habian opuesto á la verdadera fe, declarándose partidarios de las herejías. Escribió una carta llena de dulzuras á aquellos en quienes creia encontrar mejores disposiciones (1), protestando que en cuanto habia hecho no le habian guiado otras miras que la gloria de Dios, la honra de

(1) Baluz. Sinodic., c. 55 y 56.

su Madre Santísima y la tranquilidad de la Iglesia, la que dependia de que todos aprobasen la condenacion de Nestorio y anatematizasen sus blasfemias; y les advertia que los ultrajes hechos á su persona por haber defendido la fe católica al frente del Concilio, los perdonaba todos, y los olvidaba completamente, y que á más alcanzaria de su clero, tan sensible á las injurias hechas á su Prelado, que tambien las perdonase y olvidase.

De este modo obran siempre los hombres de verdadera fe, que no pierden de vista un momento aquel precepto del Evangelio: *Amad á vuestros enemigos, haced bien á aquellos que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian* (1); y tienen fija su vista en el Autor y Consumador de nuestra fe, Cristo Jesus, que al consumar el sacrificio de la Cruz pidió perdon á su Eterno Padre para aquellos inicuos verdugos que le habian hecho sufrir tantos ultrajes y tan inhumanamente le habian crucificado.

Justificóse plenamente San Cirilo de las sospechas de apolinarismo y de las demas herejías que habian fingido imputarle, y pronunció formal anatema contra Apolinar, confesando expresamente, que aunque el Hijo único de Dios es el mismo que padeció en su carne, no se hizo en él confusion alguna y que es inmutable é impasible segun su naturaleza eterna.

Al lenguaje de San Cirilo, en el que se revelaba la buena fe de que se hallaba adornado y sus piadosos y caritativos sentimientos, no pudo resistir el patriarca de Antioquía, como así muchos de sus partidarios. Conferenciaron detenidamente entre sí, y por último comisionaron á Pablo, obispo de Emesa, para que pasase al Egipto y conferenciase allí con Cirilo. Este le recibió con la mayor benevolencia, y Pablo le entregó una carta en la cual los orientales confesaban la fe católica en toda su pureza. San Cirilo por su parte le dió una ámplia explicacion de su doctrina sobre la Encarnacion, la cual fue suficiente para que se desvaneciesen todas las sospechas y preocupaciones. Entónces el obispo de Emesa, que aceptó y aprobó las explicaciones de Cirilo, condenó los errores de Nestorio, declarando que le tenia por bien depuesto, así como á Maximiano por obispo legítimo de Constantinopla.

A esto siguió un acto extremadamente tierno. Pablo fue admitido á la comunion y tomó asiento en la Iglesia entre los miembros del clero. Se-

(1) Math., cap. V., v. 44.

gun la costumbre establecida, dirigió su voz al pueblo, y como quiera que era el dia en que se celebraba la fiesta de la Natividad, expuso el Misterio del dia, llamando clara y terminantemente á María, Madre de Dios, añadiendo que habia parido al verdadero Emmanuel, al santo de los santos, digno de nuestras adoraciones, Dios y Hombre juntamente. Entusiasmado el pueblo al oir tales palabras exclamó arrebatado: «Esto es lo que queremos oir: esta es la fe, esta es la verdad, y el que no profese esta creencia sea anatema.» A lo que Pablo, poseido del mismo entusiasmo, contestó: «Anatema al que no hable y piense así; porque es de fe que el concurso de las dos naturalezas perfectas, esto es, de la divinidad y humanidad, ha formado un solo Hijo, un solo Cristo, un solo Señor.» Creció con esto el entusiasmo del pueblo, el cual en voz más elevada aun exclamó: «¡Bien venido seais, obispo ortodoxo, digno compañero del gran Cirilo! ¡Bendito seais del Señor, en cuyo nombre habeis venido!» Pablo terminó en medio de tales aclamaciones.

Todo esto nos revela, ó mejor diremos, nos confirma en una verdad que ya hemos expuesto al hablar del concilio general de Éfeso, á saber, que María ha reinado siempre en los corazones católicos, que su devocion nació con la Iglesia, y que los fieles, entusiasmados siempre por las glorias de tan bendita Madre, han sabido reparar con usura los agravios que en diversas épocas ha recibido de viles instrumentos del infierno. Los pueblos cristianos no han podido oir jamás con tranquilidad la menor proposicion en la que se hayan visto tendencias á oscurecer las prerogativas de la que fue predestinada desde ántes que existiesen los tiempos, para reparadora de la estirpe culpable; de la criatura bienaventurada, que siendo Madre de Dios por un prodigio del amor del Espíritu Santo, es al mismo tiempo Madre de los humanos por otro prodigio del amor de Jesucristo. El que la ama de corazon alcanza por ella la vida eterna.

Tenemos ahora que lamentar la obstinacion en el cisma de Alejandro de Hierápolis, tanto más extraña cuanto que, segun aseguran los historiadores, era un anciano de gran piedad, de gran pureza de vida y de costumbres, y de una caridad elogiada por todos. Se obstinó en creer que la doctrina de Éfeso hacia pasible la divinidad, y fueron inútiles para desengañarle y sacarle de su error los esfuerzos de Teodoreto y de Juan de Antioquía. Cuando vió que estos estaban unidos en comunion con San Cirilo rompió con ellos y escribió al último en estos términos: «Podeis creer que no habeis omitido cosa alguna para salvar mi alma; y vuestra con-

ciencia en este particular debe estar satisfecha. Tranquilizaos, pues, ó dejad al ménos de importunarme y fatigarme. Yo no me entremeto así en lo que hacen los demas; pero aun cuando todos los doctores que ha habido desde el principio del mundo canonizasen la abominacion de Egipto (así trataba la doctrina de San Cirilo), no los creeria con perjuicio de las luces que Dios me ha dado. Me duele mucho, añade, que los santos solitarios se incomoden tan inútilmente por mi causa. Aun cuando fuesen mucho más santos, aun cuando sus milagros fuesen en mayor número y más brillantes, aunque resucitasen todos los muertos que ha habido desde el primer hombre, nada bastaria para persuadirme. Si me condenan, el Soberano Juez se lo perdone, y Dios sea loado por todos. Nuestros adversarios tienen á su favor los concilios, los obispos, los magistrados, los emperadores y la reunion de todas las potestades; y nosotros tenemos por nuestra parte á Dios y la pureza de la fe.»

Teodoreto se movió á compasion y rogó al patriarca Juan que usase de condescendencia con Alejandro, y le escribió diciéndole que á lo que aspiraba era á morir tranquilo. Sin embargo, los oficiales del emperador, cumpliendo las órdenes de aquel, expulsaron á Alejandro de su Silla, por negarse resueltamente á sujetarse al concilio de Éfeso. Alejandro, obediente á la órden que se le comunicaba, abandonó su obispado sin el menor disgusto y con la mayor tranquilidad.

Nada nos parece tan notable é incomprensible como la obstinacion de este Prelado. Si era tan piadoso, si sus costumbres eran tan puras, si la ambicion no le empujaba al error, si en suma siempre habian resplandecido en él la fe y la sumision á la Iglesia, ¿cómo rehusar á someterse á un concilio ecuménico? Son verdaderamente extrañas y admirables las aberraciones del entendimiento humano. Y que eran grandes sus virtudes, notable su caridad, y su amor para con los necesitados, que por las bellas prendas que le adornaban se habia conquistado la estimacion general, lo prueban suficientemente el dolor y la consternacion que por su deposicion experimentaron sus diocesanos, que lloraban amargamente su pérdida. El mismo gobernador no pudo ménos de enternecerse á vista de la desolacion de aquel pueblo y escribió al Patriarca haciéndole una reseña de todo; pero Juan contestó que habia apurado todos los medios de dulzura, y que así el mismo Alejandro era el solo causante de su desgracia: pero que esto no obstante, si aun se decidia á reunirse á la Iglesia, sujetándose á la doctrina de Éfeso, le restableceria en su Silla. Todo fue inútil; Alejandro perseveró en su error y quedó depuesto.

En cuanto á Nestorio, ya hemos dicho que fue sentenciado á vivir retirado en un monasterio para que hiciese en él penitencia, por lo que habia escandalizado á la Iglesia. Cuatro años permaneció en aquel lugar, pero léjos de arrepentirse y pedir á Dios misericordia por sus graves culpas y los ultrajes que habia hecho á la Santísima Vírgen María combatiendo sus grandes prerogativas, se ocupó tan sólo en extender sus impiedades. Desterrósele, por lo tanto, á la ciudad de Oasis, en Egipto, confiscándosele al mismo tiempo todos sus bienes á favor de la que habia sido su Iglesia. El territorio de Oasis, fue saqueado por los blemios, y él anduvo errante por los desiertos, sufriendo las mayores miserias é incomodidades, y por último se dirigió á Panopla, creyendo hallar allí un asilo. El nombre del enemigo de la Madre de Dios era oido con horror en todas partes, y no habia pueblo que quisiese dar hospitalidad al heresiarca, pues todos temian contaminarse con sus infames enseñanzas. Apénas, pues, el gobernador de Panopla se apercibió de su llegada, se valió de fuerza armada y le hizo conducir á regiones remotas.

Dios habia decretado que su blasfemia fuese castigada aun en este mundo para escarmiento de los demas hombres, y así se dice que su cuerpo se pudrió aun estando en vida y que los gusanos royeron su lengua, instrumento de que se habia servido para denigrar á la que, segun la vision maravillosa de San Juan, está vestida del sol, tiene bajo sus piés la luna y su cabeza está rodeada con una corona de doce estrellas. De la vida, ha dicho San Bernardo, pende la muerte, y de la muerte la eternidad. A una vida criminal corresponde una muerte pésima, y tal fue la del miserable que se habia propuesto manchar la honra de la que es pura más que los ángeles del cielo. Nestorio, que como hemos dicho experimentaba las tristes consecuencias de su anticatólica doctrina, que no encontraba albergue en parte alguna, que era de todos objeto de horror, que la corrupcion se habia apoderado de su cuerpo aun viviendo, tuvo un fin verdaderamente desastroso. Un dia, precisado á huir de un pueblo como tenia que hacerlo de todos, perdió la vida, siendo arrojado por el caballo sobre unas piedras (1). Tal fue el fin del escandaloso heresiarca.

Por más que con todos los prelados herejes se usase del mayor rigor, siendo muchos de ellos desterrados, el error echó profundas rai-

(1) Evagr. Hist., 1, c. 7.

ces y dió todavía que hacer á la Iglesia. Diodoro de Tarso, así como Teodoro, habian depositado la impiedad en escritos que no podian parecer sospechosos, porque sus autores habian muerto en la comunion de la Iglesia, dejando una gran reputacion por sus virtudes. Los nestorianos, que veian tan desacreditado el nombre de su maestro, se decidieron á esparcir los escritos de Diodoro de Tarso y de Teodoro, y á este fin los tradujeron en diversos idiomas. De esté modo, y á pesar del celo de San Cirilo, de Acacio de Melitina y de Rabula de Edesa, el contagio inficionó algunas provincias y amenazó al Oriente todo, extendiéndose hasta la India y propagándose tanto en los países entre el Tígris y el Eufrates, que lograron establecer allí un patriarca nestoriano, con multitud de obispos y arzobispos (1).

Sin embargo, donde más trabajaron los novadores por establecer su doctrina fue en la capital del imperio. Constantinopla era el objeto de sus principales miras. El Patriarca Maximiano murió dos años ántes que Nestorio, y los partidarios de este hereje habian pretendido osadamente restituirle á su Silla, lo que les era imposible conseguir, por más que se valieran de amenazas y de armar grandes tumultos, que hicieron temer al mismo Emperador funestas consecuencias. Esto no obstante, Teodosio tuvo la suficiente fuerza de carácter qué era necesaria, é hizo elegir y consagrar inmediatamente á Proclo, aun ántes que se celebrasen los funerales de Maximiano. La eleccion fue del mayor agrado para los católicos, porque Proclo era varon de muchas virtudes y de gran energía, y habia adquirido una extraordinaria reputacion. Mas como quiera que ántes habia sido nombrado para la silla de Cizico, pueblo de mucha ménos importancia que la capital, y que Proclo habia rehusado admitir, quisieron algunos ver en él miras ambiciosas. Pero las cartas del Papa, que desde la deposicion de Nestorio habian manifestado que podia ser trasladado á la Silla de Constantinopla el obispo de otra Iglesia, desvanecieron esta dificultad. A este propósito nota Berault-Bercastel que Sócrates escolástico, es decir, jurisconsulto ó abogado no ménos versado en las materias de derecho que en los negocios de la Iglesia, cuya historia escribió desde Constantino hasta muy entrado el reinado de Teodosio el jóven, cita catorce ejemplos de traslaciones de obispos hechas sin duda igualmente por el bien de la Iglesia, sin lo cual

(1) De las pretensiones del nestorianismo por introducirse en España, hablaremos en el último capítulo de la historia de este siglo v.

hubieran sido poco consiguiente, porque si no es justo que las leyes generales impidan un gran bien, que sólo puede conseguirse con una prudente excepcion de regla, tampoco son legítimas estas excepciones cuando no proporcionan el mayor bien (1).

El principio del episcopado de Proclo se hizo glorioso por una conversion, para la que Dios en sus altos é incomprensibles juicios se sirvió, no de aquel Prelado, sino de una mujer, queriendo dar con esto un nuevo testimonio de que, cuando es su voluntad, sabe escoger las cosas flacas y al parecer ruines del mundo para confundir las fuertes (2). Vamos á trasladar la relacion que de esta conversion hace un célebre escritor, por cuyas luces más de una vez nos hemos guiado: «La jóven Me-

---

(1) Las traslaciones de los obispos fueron vedadas por los antiguos cánones: así se ve en los Concilios Niceno, *can.* XV, Antioqueno, *can.* XXI, Sardicense, *can.* I *et* II, y otros muchos, cuyos cánones reunió Graciano, Caus. VII Quæst. 1. Dos razones de gran peso señalan los antiguos Padres para haberse decretado estos cánones. Primera: la necesidad espiritual de la Iglesia á la que el obispo se unió y por cuyo bien debe velar; Inocencio III, *cap.* 2, et 3 *de translatione*. Segunda: el refrenar la ambicion y la avaricia que pudiera despertarse en los obispos, haciéndoles desear la traslacion por propia comodidad. Hé aquí como se expresa el Concilio de Sardica, cánon I: *Non tam mala consuetudo, quam pernitiosa rerum corruptela est ex ipsis fundamentis penitus exstirpanda, ne qui episcopo liceat á parva civitate in aliam migrare: ejus enim causæ prætextus est manifestus propter quem talia tentantur; nullus enim episcopus adhuc inveniri potuit, qui á majori civitate in minorem transferri studuerit: unde constat eos habendi plura cupiditate succendi et arrogantiæ servire, ut videantur majorem habere potestatem.* Lo que explica de este modo San Jerónimo in Ep. 83 ad Occean: *Et hoc in Nicæna synodo á patribus decretum, ne de alia in aliam Ecclesiam transferatus episcopus, ne virginis pauperculæ societate contempta, ditioris adulteræ quærat amplexus.*

Los Padres de Sardica decretaron gravísimas penas contra los obispos que por ambicion ó avaricia admitiesen la traslacion, pues le privaban de la comunion de los legos, y ni aun en la muerte los reconciliaba con la Iglesia.

Esto no obstante, las traslaciones de obispos han sido admitidas por uso antiquísimo de la Iglesia cuando han sido motivadas por utilidad ó necesidad de la misma Iglesia. Ya hemos dicho que Sócrates, historiador de la Iglesia hasta Teodosio el jóven, cita catorce ejemplos de traslaciones; *Lib.* III, *cap.* 26. En el mismo Concilio de Nicea fue trasladado el obispo Eustasio á la Silla de Antioquía. En España son muchos los ejemplos que tenemos de traslaciones hechas por utilidad ó necesidad de la Iglesia. En los concilios Toletanos X y XVI se decretaron traslaciones. Sea efecto tal vez de que se haya creido que para el gobierno de las diócesis de grande importancia sea necesario más práctica y experiencia que para las ménos importantes, hoy en España son frecuentes las traslaciones que siempre aprueba la Santa Sede. Así rara vez se ve que Sillas de tanta importancia como Toledo, Sevilla, Tarragona, Zaragoza y otras, sean provistas en obispos nuevos. De la renunciacion, y deposicion causas por las cuales tambien quedan vacantes las sedes episcopales, tendremos ocasion de hablar en otras notas. Creemos suficiente lo dicho aquí, para ilustrar al lector con respecto á traslaciones, que es la materia que venimos tratando

(2) I. ad. Cor., cap. I., v. 27.

lania pasó desde su retiro de Belen á Constantinopla, á ruegos de su tio Volusiano, prefecto de Roma y embajador de Valentiniano cerca de Teodosio. Ya en otro tiempo habia exhortado San Agustin á Volusiano con muchas cartas enérgicas, pero sin fruto, á que abrazase la fe cristiana. Cuando llegó el momento de la gracia, pasó Melania á la corte con una facilidad que sólo podia ser efecto del presentimiento que tenia de la fidelidad de su tio en corresponder á ella. En todos los pueblos por donde transitó, los obispos, el clero, los monjes y las vírgenes se esforzaban á porfía en manifestarla con los honores que la tributaban que el sacrificio de las grandezas terrenas hecho á Jesucristo es mucho más honroso que las grandezas mismas. Habiendo llegado á Calcedonia, y separándola sólo el Bósforo de las vanidades humanas, siempre tan terribles á la tímida inocencia, se retiró á la Iglesia de la ilustre mártir Santa Eufemia, para pedir al Autor y Remunerador del triunfo de la Santa que le diese igualmente fuerza para sostenerse á sí misma y triunfar de la infidelidad. Inmediatamente despues de su oracion entró llena de confianza y de alegría en la ciudad imperial, donde halló que Volusiano estaba enfermo de peligro. Cuando este vió á su sobrina tan extenuada por los ayunos y tan pobremente vestida, «¡qué mudanza es esa, exclamó, mi amada Melania, y qué diferente vuelvo á verte de como yo te dejé.»—«No haria yo, respondió Melania, este desprecio de mi cuerpo, no ménos que de todas las pompas del mundo, si no estuviese asegurada de recibir despues de la corta duracion de esta vida un soberano resarcimiento de cuanto he abandonado.» Siempre que se presentaba ocasion favorable le repetia los mismos discursos y no se apartaba apénas de su lado, mostrándose cada vez más convencida y más vivamente penetrada de las máximas del cristianismo.

Tambien hacia venir, pero sin afectacion y como por casualidad, algunos eclesiásticos sabios y celosos, y sobre todo al elocuente patriarca para que le ayudasen. Volusiano cedió finalmente á tantos deseos y esfuerzos reunidos; y renunciando á los vicios, no ménos que á las supersticiones de la idolatría, recibió el bautismo con edificacion de todo el imperio. Su conversion fue tan pura, que sabiendo ántes de haberlo declarado que su sobrina queria valerse tambien del Emperador, léjos de hacer mérito de ella con el príncipe y atribuirle la gloria, publicó ántes su resolucion, temeroso de que se creyese que en su conversion habia influido no ménos el deseo del favor del principe que el conocimiento de la verdad.

«Tuvo Melania muchas conversaciones con el Emperador y la Emperatriz por el bien de la Religion, y especialmente por la defensa de la fe contra las nuevas herejías. Luego que vió cumplidos felizmente sus piadosos designios, como no tenia otro interes en la corte, se restituyó á la humilde soledad de donde solo la caridad le habia hecho salir (1).»

Uno de los hechos que más realzan la memoria de Proclo fue la traslacion del cuerpo de San Juan Crisóstomo á Constantinopla. Deseoso de complacer á su pueblo, que anhelaba poseer las reliquias de aquel santo Prelado, se puso de acuerdo con el Emperador, y se ordenó la traslacion desde Comana en el Ponto, donde el santo habia sido sepultado, hasta la ciudad imperial. Y fue hecha con tanta solemnidad esta traslacion, que con dificultad se habrá visto un triunfo semejante; multitud de buques iluminados y formando calles presentaban en el mar una perspectiva encantadora. Cuando hubo llegado el santo cuerpo fue paseado por las calles y plazas, que tambien se hallaban adornadas é iluminadas profusamente, siendo por último colocado en la basílica de los Santos Apóstoles. Allí bajó el Emperador, el cual besó humildemente la urna que encerraba el sagrado depósito. Tuvo lugar esta ceremonia el 17 de Enero del año 438, y fue ocasion de que se uniesen á la Iglesia muchas personas que de ella se hallaban apartadas. No añadimos más sobre esto, porque ya dimos suficientes noticias de esta solemnidad cuando hablamos de la muerte del santo.

Tambien tuvo lugar en el mismo Pontificado de Proclo la traslacion de las reliquias de los célebres mártires conocidos con el nombre de los cuarenta coronados. Tuvo la princesa Pulqueria revelacion del lugar donde se hallaban, y las hizo conducir con gran solemnidad y aparato á un lugar distinguido de la Iglesia, despues de colocarlas en una arca riquísimamente adornada.

Por este tiempo la emperatriz Eudosia hizo un viaje á la Tierra Santa, para cumplir un voto que habia hecho, aunque algunos escritores lo atribuyen á otra causa. Sea lo que quiera, hizo grandes presentes á la Iglesia de Jerusalen, restableció las murallas en la ciudad santa, edificó muchos monasterios y recogió insignes reliquias, que fueron despues en la capital del imperio objeto de gran veneracion.

Por este mismo tiempo un judío anciano engañó á los de su secta, diciéndoles ser Moisés y prometiéndoles conducirlos á la tierra prome-

(1) Berault-Bercastel. Lib. XV, n. 48.

tida: luego que hubo adquirido gran crédito entre ellos, el dia destinado á emprender la marcha les mandó arrojarse sin temor á las aguas. Así lo hicieron los primeros, pero se abstuvieron los que le seguian, viendo que aquellos perecian. Entónces le persiguieron y no pudieron dar con él; creyeron si seria algun demonio. Con este motivo el Emperador publicó una ley contra ellos, prohibiendo edificar ninguna nueva sinagoga, excluyéndolos de toda participacion en los derechos de ciudadanos.

CAPITULO XVII.

San Pedro Crisólogo.—Nuevos mártires.—Persecucion de Genserico.—San Martiniano y hermanos mártires.—Valor admirable de Saturo.—Martirio del conde Sebastian.—Jurisdiccion de los Papas en la Iliria.—Los planes de Julian de Eclana son descubiertos por Sixto III.

El Papa San Sixto III, obedeciendo á una revelacion con que fue favorecido, colocó á San Pedro Crisólogo en la Silla de Ravena, residencia imperial. Consignaremos unos brevísimos apuntes biográficos de este gran Prelado, apellidado Crisólogo por la gran elocuencia que en él resplandecia. Nació en Imola, ciudad principal de la Romanía, en Italia, y desde muy jóven se habia hecho notable por la piedad que le distinguia, como asimismo por el talento con que Dios le habia adornado. Dedicado al servicio de la Iglesia, fue diácono de Cornelio, obispo de Imola, el cual le llevó consigo yendo á Roma en compañía de algunos embajadores de la ciudad de Ravena, para suplicar al Sumo Pontífice Sixto III que les diese obispo en lugar de Juan, ya difunto, y que se dignase aprobar y confirmar al que el clero y pueblo de Ravena habian ya elegido. Cuando llegó á Roma la comision ó embajada, el Papa habia tenido una revelacion de San Pedro y San Apolinar su discípulo, obispo de Ravena, en la que le mandaron que no confirmase por obispo al que venia nombrado de Ravena, sino á otro que traian consigo los embajadores y se lo mostraron. Luego, pues, que el Papa hubo escuchado la peticion de los de Ravena, en vez de confirmar al que traian nombrado eligió á Pedro, que venia con el obispo de Imola, porque en el momento que le vió conoció que era el mismo que le habian mostrado San Pedro y San Apolinar. Al pronto los embajadores de Ravena mostraron un gran sentimiento viendo que no habia sido aprobada la eleccion que traian hecha; pero luego que fueron informados por el Papa de

que la eleccion era del cielo, se regocijaron en gran manera y le admitieron recibiéndole como un don que el Señor se dignaba concederles.

Tuvo Pedro Crisólogo un entusiasta recibimiento en la ciudad de Ravena, y muy principalmente por parte del emperador Valentiniano III y de Gala Placidia, su madre, que á la sazon se hallaba en Ravena; y el nuevo y humilde Prelado hizo presente á todos que la carga episcopal era superior á sus fuerzas, y que Dios se la habia impuesto contra su voluntad; pero que ya que le era preciso acatar la divina, les suplicaba le ayudasen obedeciendo sus amonestaciones y consejos, procurando guardar con exactitud los preceptos de la ley de Dios, pues que él por su parte procuraria la gloria de Dios, y el bien de las ovejas que habian sido confiadas á su cuidado y solicitud.

Durante su Pontificado trabajó San Pedro Crisólogo por la conservacion y extension de la santa doctrina, y emprendió la edificacion de varias iglesias, algunas de las cuales fueron terminadas despues de su muerte. Mas su principal cuidado estuvo dedicado á desarraigar los vicios de su pueblo, y las supersticiones que todavía quedaban como restos del paganismo, siendo una de ellas los juegos que en el primer dia del año solian hacer delante de un ídolo; y San Pedro con su rara doctrina, acompañada de una singular elocuencia y elegancia y copia de palabras graves, dones de que Dios nuestro Señor le habia adornado, hizo que se desterrase de la ciudad aquel uso sacrílego.

Cuando nos ocupemos del Pontificado de San Leon el *Grande*, sucesor de San Sixto III, veremos el extraordinario aprecio que hizo de Pedro, ordenándole que escribiese al Concilio que mandó celebrar, todo lo que supiese acerca de las materias que en él se habian de tratar. Diremos ahora tan solamente en honor de San Pedro Crisólogo que en más de ciento sesenta homilías que nos han quedado suyas, se advierte un gran fondo de sabiduría, los más profundos conocimientos, siendo lo más notable la profusion de agudezas y los juegos de palabras. Con razon se le ha dado el título de *Crisólogo*, muy semejante al de *Crisóstomo*, atendida su rara elocuencia.

Parece increible, pero todavía por el tiempo á que nos venimos refiriendo (438-440) luchaba el paganismo, haciendo esfuerzos por salir de la tumba en que le habia hundido el cristianismo. En Cartago se habia hecho una mezcla escandalosa entre los misterios de la religion santa de Jesucristo y las prácticas del paganismo, y se adoraba al mismo tiempo á Jesucristo y á la diosa celeste. Los ejércitos estaban mandados por

jefes paganos que con facilidad dejaban de obedecer las órdenes imperiales favorables al cristianismo.

La ciega y necia confianza que Litorio, el hombre más importante y poderoso del imperio despues de Accio en las Galias, tenia en los delirios del paganismo, hizo que fiándose en la promesa que le hicieron de la proteccion y del favor constante de la victoria, no aceptase las proposiciones ventajosas que le hiciera la nacion de los godos que acababa de vencer, quedando derrotado en otro ataque que dió á la desesperada con las tropas auxiliares de los hunos, idólatras tambien, y que habian sido los principales autores de las promesas que le habian sido hechas.

Hablando de este asunto el historiador Berault-Bercastel, dice que el rey de los godos, por el contrario, sólo habia puesto su confianza en el verdadero Dios que adoraba: y que cubriéndose de un cilicio, pasó en oracion la noche anterior al combate, sin interrumpirla hasta entrar en el campo de batalla, en la que alcanzó el más glorioso triunfo. El traductor de esta obra, sin desvirtuar el texto del autor francés, ni negar el triunfo del rey godo Teodoreto, nota con mucha oportunidad que este era todavía arriano, lo mismo que su nacion, cuando ganó esta batalla contra Litorio, no habiendo abjurado los godos este error hasta el año 589, en el reinado de Recaredo. Sobre esto puede verse, entre otros autores, á nuestro historiador Mariana, libro 5.º

Poco tiempo despues, Teodosio perdió la ciudad de Cartago, que le fue quitada por los vándalos, quienes se apoderaron luego de toda el África, que fue teatro de los mayores desmanes y escándalos. Los vándalos, que eran herejes, hicieron arruinar todos los templos y vestigios del paganismo, pero queriendo despues establecer el arrianismo, saquearon todas las iglesias católicas y embarcaron á obispos y clérigos ortodoxos en buques viejos que hacian agua, con objeto de que pereciesen en el mar. Pero Dios los favoreció visiblemente, haciendo que pudiesen arribar á las costas de Nápoles, donde fueron recibidos como confesores de Jesucristo, dispensándoseles las mayores consideraciones.

La primicia de los mártires que produjo esta persecucion vandálica fueron cinco españoles, segun afirma San Próspero en su crónica del año 437. Se llamaban Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulino. Los cuatro primeros, que habian seguido la fortuna de Genserico cuando pasó de España al África, gozaban de gran favor con aquel príncipe bárbaro, el cual quiso obligarles á abrazar el arrianismo. Pero ellos se

resistieron valerosamente, prefiriendo ántes la muerte que abjurar de la fe católica. Irritado sobremanera Genserico por esta negativa, les hizo quitar la vida en los más horrorosos suplicios. Paulino, que era hermano de Pascasio y de Eutiquiano, fue tambien invitado á hacerse arriano, y aunque muy jóven, se negó valerosamente. Hízole azotar cruelmente Genserico, y le condenó despues á la más vergonzosa esclavitud. Sin embargo que este último no fue mártir, no por esto deja de ser venerado como mártir con los otros cuatro por haber padecido por Jesucristo.

Genserico llegó al mayor grado posible de crueldad. Hubo mucho valor por parte de los obispos que defendieron sin temor la santa y verdadera doctrina. Víctor de Cartagena tuvo bastante ánimo para presentar al rey un escrito que acababa de publicar contra el arrianismo; pero todo esto servia para irritar más al enemigo de los católicos. Viéndose dueño de cási toda el África, ménos de algunas islas remotas, distribuyó á su ejército multitud de tierras con el objeto de tenerlo propicio. No queriendo ceder un punto en su persecucion contra los católicos, exigió de sus vasallos de todas las provincias que obligasen á los pastores católicos á que cediesen sus Iglesias y á que los despojasen de cuanto poseyesen, y que si rehusaban los redujesen á la esclavitud. Para muestra de los excesos y violencias que se cometieron para cumplimentar las órdenes del rey impío, bástanos citar el ejemplo de Valeriano, obispo de Abeuza, en la Zeugitana, que era un anciano de más de ochenta años, el cual fue sacado de la ciudad y arrojado al campo, sin permitirse que persona alguna le acompañase ni cuidase de él, y prohibiéndose el que nádie pudiese darle el menor auxilio ni recibirle en pueblo alguno. Así privado de todo humano socorro y cási desnudo, permaneció sufriendo con la mayor resignacion sus trabajos, que terminaron con su preciosa muerte.

Todas las persecuciones que la Iglesia ha experimentado desde su mismo establecimiento, han dado por resultado su mayor gloria y el aumentar á los ojos del mundo las pruebas de su verdad y de la divinidad de su Autor. Durante las diez grandes persecuciones paganas de los tres primeros siglos corrió á torrentes la sangre cristiana, que regó los cimientos de la Iglesia y afianzó este árbol corpulento, bajo cuyas ramas el mundo habia de hallar su salvacion. Al reseñar la historia de aquella época no pudimos ménos de admirar el valor heróico, el denuedo con que no solamente varones esforzados, sino multitud de delicadas don-

cellas, confesaban delante de los tiranos la fe de Jesucristo, y salian de los tribunales para dirigirse al lugar de los tormentos, donde terminaban su carrera bendiciendo á Dios en medio del fuego ó de los otros suplicios á que eran destinados. Estos prodigios de valor sólo puede producirlos la verdadera religion, y en vano los buscaremos fuera de ella. Solamente con auxilios celestiales pueden mirarse como blandos lechos los potros, las parrillas, y los demas tormentos, y estos auxilios jamás los concederia el Señor para testimoniar la falsedad y el error. La sola contemplacion de los mártires de la Iglesia católica, ó la lectura de sus actas, han sido suficiente para que muchos incrédulos hayan abierto los ojos á la clara y refulgente luz de la verdad, convirtiéndose al verdadero Dios. Do quiera que una nueva persecucion se suscite contra el catolicismo, nuevos denodados campeones aumentarán el catálogo de sus mártires, pues jamás faltarán cristianos celosos dispuestos á sellar con su sangre la fe de Jesucristo.

Venimos observando la persecucion de Genserico en el África y el furor que desplega contra los católicos, y hemos visto el valor y la constancia de los cinco españoles citados que aceptan el perder todo el favor que gozan, sus bienes y hasta la vida, que gustosos sacrifican ántes de caer en la infidelidad ni negar á Jesucristo. No fueron estas las solas víctimas que produjo esta persecucion. Cuatro hermanos, de los cuales el mayor se llamaba Martiniano, fueron reducidos á la esclavitud y tocaron á un vándalo, como asimismo una jóven de otra familia católica, modesta, llena de inocencia y adornada de gran prudencia, superior á su tierna edad, y tanto que su señor no dudó al reconocer sus bellas prendas, el encargarle el cuidado y gobierno de su casa, y queriendo asegurarla más, como asimismo á Martiniano, al que tambien amaba, determinó casarlos. Apénas, pues, la virtuosa doncella tuvo conocimiento de la determinacion de su dueño, habló á Martiniano y le hizo saber que ella habia consagrado al Señor su virginidad, y que esperaba de él como hombre de fe, que no solamente respetase los derechos de su celestial Esposo, al que ella debia fidelidad, sino á más que le ayudase para huir de aquella casa y buscar un asilo más seguro donde pudiese entregarse de lleno al solo servicio del dueño de su corazon. Martiniano quedó edificado con las palabras de Máxima, que así se llamaba la jóven, y poniéndose de acuerdo con sus hermanos, prepararon la fuga, que verificaron en la primera ocasion que hallaron oportuna, retirándose á Tabraca, donde los cuatro hermanos se refugiaron en un

monasterio de hombres, y Máxima se agregó á una comunidad de vírgenes que no léjos de allí encontró.

Irritado sobremanera el vándalo, hizo toda clase de pesquisas, hasta que al fin dió con ellos, y cargándolos de cadenas los condujo de nuevo á su casa, queriendo obligarlos á abrazar el arrianismo, y á Martiniano y Máxima á cohabitar. Ellos se negaron resueltamente, y el vándalo autorizado por Genserico, al que habia noticiado el suceso, les hizo padecer un cruel martirio, haciéndolos golpear con palos afilados, de tal suerte que se les veian los huesos y hasta las entrañas: pero Dios, que se hace admirable en sus escogidos, quiso efectuar un prodigio, y á la mañana siguiente los gloriosos confesores de Jesucristo amanecièron perfectamente sanos y cual si nada hubiesen padecido. Pusiéronles grillos, mas se rompieron en el momento á presencia de todos los circunstantes, al tiempo que la mano de Dios hirió de un modo terrible al impío, pues que murió repentinamente, siguiéndole sus hijos, sus esclavos y hasta sus rebaños. Despues su viuda, no pudiendo disponer de otros recursos, vendió los santos esclavos á otro vándalo pariente de Genserico, cuyos hijos y domésticos fueron tambien atormentados de un modo el más horrible. Despues por órden del mismo Genserico fueron á parar á poder de un rey moro llamado Capsur, que era pagano. Entónces los santos confesores pudieron recobrar su libertad, y Máxima, entrando en un monasterio de fervorosas vírgenes, vivió con la mayor edificacion, viniendo á ser superiora. Los cuatro hermanos se convirtieron en otros tantos apóstoles de la religion, y Dios les concedió el don de la palabra, de tal modo que obraron muchas conversiones y edificaron diversos monasterios. Cuando todo esto llegó á noticias de Genserico, hizo perseguir á los santos hasta en los desiertos, y valiéndose de su influjo con el rey moro, los hizo atormentar del modo más cruel. Atáronlos en un carro, tirado por caballos fogosos, que los arrastró por lugares llenos de zarzas y malezas, y de este modo terminaron su vida, alcanzando la diadema de los mártires. Los mismos moros idólatras miraban con horror aquel espectáculo, y fueron tantos y tan repetidos los milagros que Dios obró en el sepulcro de los invictos mártires, que una multitud de aquellos idólatras reconocieron la verdad de la fe cristiana y abandonaron los errores de su secta.

Todo el principal empeño de Genserico era el hacer apóstatas: apuraba todos los medios imaginables por ver á los católicos abjurar de sus creencias, pero no pudo conseguir su objeto. Un hombre de grandes

virtudes, cristiano celoso y gran enemigo del arrianismo, fue delatado al tirano, ante el que le acusaron de disputar contínuamente con los cismáticos. Las amenazas fueron las más terribles. De no abrazar el arrianismo seria despojado de su casa, bienes, esclavos y cuanto poseia, y aun de sus propios hijos. Todo lo sacrificó valerosamente el generoso confesor. Por último, le dijeron que desposarian á su mujer con un conductor de camellos, al que se la entregarian en su misma presencia. Saturo, que tal era el nombre de este valeroso hijo de la Iglesia, amaba extraordinariamente á su esposa. Esta, sabedora de la noticia, se fué á él bañada en lágrimas y seguida de sus hijos, y arrojándose á sus piés en el momento en que Saturo oraba, le suplicó no la abandonase, pues que seria su muerte el verse entregada á otro hombre. El amor conyugal hizo vacilar por un momento al esposo; pero acordándose en el momento de lo que dice Jesucristo en el Evangelio, que no puede ser su discípulo el que no lo abandona todo por él, ó el que no le ama más que á su mujer, á sus hijos y á sus bienes, permaneció firme, y privado de cuanto poseia, incluso su mujer é hijos, vivió mucho tiempo en la práctica de las virtudes, hasta que el Señor le llamó para sí coronándole de gloria. La Iglesia celebra su memoria el 29 de Marzo, junto con la de los santos Armogasto y Mascula. El primero de estos dos era un conde, que por su firmeza en defender la fe católica fue tambien privado de sus bienes y honores, como asimismo de su dignidad en la corte, y fue cruelmente atormentado. Mas apénas los carceleros ponian sobre su cuerpo las cuerdas, estas se rompian por sí mismas en el momento en que el mártir elevaba sus ojos al cielo; maravilla que se repitió muchas veces. Despues le tuvieron mucho tiempo colgado de un pié, con la cabeza enteramente abajo, pero sin que en esta violenta posicion experimentase más tormento que si hubiese estado descansando en mullido lecho, por cuya causa Teodorico, hijo de Genserico, mandó que le cortasen la cabeza; pero uno de los sacerdotes arrianos le disuadió de esta idea, á fin de que los cristianos no le venerasen despues como mártir. Fue, pues, destinado á trabajar en las minas, y poco tiempo despues murió santamente, habiendo ántes participado su próxima muerte á algunos amigos, manifestándoles el dia y la hora en que debia verificarse, y cumpliéndose exactamente la profecía. Mascula, maestro de los representantes, resistió tambien valerosamente á los esfuerzos que se hicieron para que abrazase el arrianismo, y fue condenado á la decapitacion, con la circunstancia de que se le cor-

tase la cabeza lentamente para que fuese más duradero el tormento.

Tambien trabajó Genserico por hacer apostatar á Arquimino ,haciéndole toda clase de promesas; pero tampoco consiguió nada de él. Condenóle á que le cortasen la cabeza, mas dió órden secretamente de que si al tiempo de la ejecucion se desanimaba, se llevase á cabo, pero si se sostenia firme y valeroso le conservasen la vida. Sucedió esto último, porque lleno de fe el valeroso cristiano mostró el mayor valor, por ser su único deseo alcanzar la palma y la corona del martirio.

Nos hariamos interminables si hubiésemos de referir todos los excesos y crueldades que cometieron los vándalos en su odio contra los católicos; pero se comprende muy bien que el móvil principal que los guiaba era el deseo de adquirir riquezas, y de aquí el cuidado que ponian en confiscar cuanto aquellos poseian. Un historiador respetado (1) nos dice que el mismo Genserico ejerció la piratería auxiliado por los moros, y que todas las primaveras hacian desembarcos en Sicilia, en España, en las costas del imperio de Oriente, destruyendo cuanto les venia á las manos, saqueando los pueblos y llevándose muchos esclavos. Arribó al África el conde Sebastian, yerno del famoso conde Bonifacio, buscando un asilo para librarse de las persecuciones que experimentaba, y se unió en intereses con Genserico. Este, ó bien fuera que desconfiase de él, ó bien que le odiase interiormente, formó la determinacion de quitarle la vida, y buscando en la religion un motivo plausible, un dia en presencia de sus obispos y oficiales le dijo que así como ambos tenian unos mismos intereses, creia conveniente que tuviesen tambien una misma fe y un mismo culto. El conde Sebastian apénas oyó esta proposicion pidió que le llevasen un pan de la mesa del rey, y movido seguramente de la gracia, habló de este modo: «Para dar á este pan su sabor y blancura se ha separado el salvado de la harina, y la masa ha pasado por el agua y el fuego. Así tambien, sacándome de la masa corrompida, he sido purificado en el agua del Bautismo y confirmado por el fuego del Espíritu Santo. Príncipe, mandad partir este pan, que se humedezca en agua, que le amasen segunda vez, y que vuelvan á cocerle; y si sale mejor haré lo que me proponeis.» Comprendió Genserico suficientemente el significado de las palabras de Sebastian y guardó silencio por entónces sin atreverse á presentarle argumentos: pero al poco tiempo le hizo quitar

(1) Procop., lib. de Bell. Wandal., cap. 5.

la vida, que el generoso conde entregó gustoso ántes que ser infiel á su Dios y á su religion (1).

Entre tanto que tales hechos tenian lugar en el África, desde donde tantos mártires volaban al cielo, en Europa, y principalmente en Roma, la religion merced al gran celo desplegado por el santo Pontífice Sixto III resplandecia grandemente por la majestad del culto. Valióse de la mayor prudencia para conservar su jurisdiccion sobre la Iliria, oponiéndose con vigor á los atentados de los obispos de Constantinopla, cuyas pretensiones se extendian cada vez más desde el famoso cánon del segundo concilio general, que le atribuia el segundo grado de honor en la Iglesia. Nombró á Anastasio de Tesalónica por vicario de la Santa Sede, dándole potestad de examinar los sugetos propuestos para el episcopado, y la facultad de decidir en las causas mayores. En el espacio de unos ocho años que duró su Pontificado enriqueció la mayor parte de las Iglesias de Roma, no siendo la basílica de San Juan de Letran la que ménos testimonios conserva de su munificencia y generosidad. En cuatro ordenaciones creó cincuenta y dos obispos, cerca de treinta presbíteros y doce diáconos, y murió en 28 de Marzo del año 440, siendo enterrado en las catacumbas (2) de San Lorenzo, extramuros de Roma. Fue este san-

(1) Bolland. ad diem 27 Mart.

(2) Es curiosa la siguiente nota que en la vida de este Pontífice trae Artaud de Montor en su *Historia de los Soberanos Pontífices Romanos*: «Para obtener detalles, dice, de las *Catacumbas* de Roma, conviene leer á Bosio, que escribió en italiano un hermoso libro traducido al latin por el padre Aringhi. Bosio hace una descripcion muy exacta de todos aquellos cementerios antiguos, donde durante las persecuciones fueron enterrados muchos mártires, donde muchos cristianos encontraron á la vez un asilo, la muerte y el sepulcro. Entre otras conócense las *Catacumbas* del Vaticano, las de las vias Aurelia, Cornelia, Portuensis, Ostiensis, Ardentina, Appia, Latina, Labicana, Prænestina, Tiburtina, Salaria y Flaminia.

La etimología de la palabra *catacumbas* justifica plenamente el empleo que de ella se ha hecho. Antes de probarlo es fuerza convenir desde luego en que en otro tiempo no se empleaba la palabra *catacumbas*, sino la de *catatumbas*, derivada de dos palabras griegas que en latin se traducen *circum* ó *juxta tumulus*. En las actas de San Cornelio, en las de San Sebastian, no se emplea más que esta última palabra, y en San Gregorio (lib. III., ep. 30) se emplea por primera vez la palabra *catacumbas*. Baronio piensa con razon que esta segunda palabra deriva de las griegas que en latin se traducen *circum* ó *juxta cavitas*, que significa lugar ahondado y profundo, como eran todos los cementerios de Roma que se abrian en las canteras de puzolana.»

Nosotros hemos visitado estos lugares venerandos, y hemos celebrado el santo Sacrificio de la Misa en una de las catacumbas. ¡Oh! ¡Cuántos recuerdos gloriosos se conservan allí de la primitiva Iglesia! ¡Cuántos cuerpos de gloriosos confesores y mártires duermen allí el sueño de la paz! Continuamente se extraen aquellas preciosas reliquias, que son llevadas

to Pontífice muy extraordinariamente amado del clero y del pueblo, que veian en él tantos motivos de edificacion en su piedad, celo y caridad para con todos. Para sucederle estaba destinado por Dios un varon extraordinario, de cuyo Pontificado vamos á ocuparnos.

á todos los pueblos cristianos. Cuando se extraen de aquellos sepulcros cuerpos que por las inscripciones de sus piedras ó los tubos en que se conserva parte de su sangre se sabe con certeza que son de mártires, y se ignora el nombre que tuvieron, el Sumo Pontífice al regalarlos á alguna Iglesia les impone un nombre.

CAPITULO XVIII.

San Leon I el Grande.—Estabilidad de la Iglesia.—Domno sucede á Juan en el patriarcado de Antioquía.—Escritos de San Cirilo contra los antropomorfitas.—Otras obras de este Padre.—Dioscoro, sucesor de San Cirilo en la Silla de Alejandría.—Flaviano elevado al patriarcado de Constantinopla.—Celo extraordinario de San Leon.—Herejía de Eutiques.—Muerte de Teodosio II.—Le sucede Marciano.

Despues de la muerte de San Sixto III y de una vacante de un mes y once dias, fue elegido para la suprema dignidad de la Iglesia

San Leon I, llamado el *Grande* á causa de su raro y eminente saber. El Señor le colocó como una fuerte columna sobre la piedra fundamental de su Iglesia, para que fuese su apoyo incontrastable en la nueva tempestad en que á poco habia de agitarse la Esposa inmaculada del Cordero. Fue hijo de Quintio. Segun algunos escritores era romano, aunque otros le hacen toscano. Habia sido ordenado cardenal-diácono por San Zósimo, y cuando San Sixto III bajó al sepulcro se hallaba ausente de Roma, porque habia sido enviado á las Galias por el Senado con el objeto de restablecer la concordia entre los generales del ejército romano Aecio y Albino. El emperador Teodosio le conocia por haberle visto y hablado en el concilio de Éfeso, y habia concebido desde entónces una gran idea de sus talentos, así como de la piedad que le distinguia. Antes de su elevacion al sólio Pontificio habia manifestado un celo extraordinario por los intereses de la Iglesia, combatiendo á los herejes, pulverizando con sólidos argumentos sus sofismas y excitando á los escritores más célebres á que empleasen sus plumas en defensa de la verdad católica.

No conoció San Leon la ambicion, ni durante su Pontificado buscó jamás su propia gloria sino la de Aquel á quien representaba en la tierra. Los que habian de dar sucesor á San Sixto fijaron en él su vista, porque ex-

cedia á cualquier otro que pudiera haber sido nombrado, en santidad, doctrina, elocuencia y prudencia, cualidades todas que le hacian digno de la suprema dignidad de la Iglesia, á la que fue elevado con gozo general del clero y del pueblo. Ni el favor, ni negociacion alguna humana, sino sólo sus grandes virtudes le elevaron. Mejor diremos, el Señor, que vela por su Iglesia y mueve la voluntad de los que han de dar sucesores á Pedro, determinó la elevacion de San Leon, porque un varon de sus cualidades era necesario en aquella época para defender los derechos de la Iglesia.

Hecha su eleccion, enviáronle á buscar con una pública embajada, y él conformándose con la voluntad divina se presentó en Roma, donde fue recibido con las más entusiastas aclamaciones y sentado en la cátedra de San Pedro. En su ascension dirigió un elocuentísimo discurso en el cual pronunció estas palabras: «*Domine, audivi auditum tuum, et timui: consideravi opera tua, et expavi. Quid enim tam insolitum, tam pavendum, quam labor fragili, sublimitas humili, dignitas non merenti?*» Que en castellano dicen: Señor, yo oí vuestra voz y temí; consideré vuestras obras y espantéme; porque ¿qué cosa hay tan insólita y nueva, y tanto para temer, como el trabajo al flaco, la altura al bajo y la dignidad al que no la merece?

No fiaba á pesar de su sabiduria en sus propias fuerzas, como se ve por las palabras que acabamos de trascribir, y humilde tanto como sabio se volvió á Dios suplicándole le concediese sus auxilios, con los cuales pudiese llenar cumplidamente el altísimo ministerio á que habia sido elevado, y Dios, como veremos en adelante, se los concedió en abundancia.

Siendo extraordinaria la importancia de este Soberano Pontífice, apreciabilísimos sus escritos y admirables sus virtudes, todo su elogio puede reducirse á estas frases, puestas por Inesuel en una dedicatoria al frente de su edicion de todas las obras de este Papa. Dice así: «San Leon, hombre apostólico, lumbrera de la Iglesia, columna de la fe ortodoxa, intérprete de la voz de Pedro, defensor de los dogmas apostólicos, hombre que igualó á los Apóstoles y que es igual á los ángeles.» Tritemo por su parte, en sus *Escritores Eclesiásticos*, llama á San Leon el Tulio de las facultades eclesiásticas, el Homero de la teología sagrada, el Ariosto de las razones de la fe, el Pedro de la autoridad apostólica y el Pablo de la caridad cristiana. Ya nos ocuparemos de sus obras al hablar del término de su glorioso Pontificado.

De un modo admirable ha ido el Señor proveyendo á todas las necesidades de la Iglesia, preparando con altísima providencia los medios con-

ducentes á fin de que haya podido ostentarse superior á todos los poderes de la tierra, y que contra su firme piedra se estrellen siempre las persecuciones, los cismas y las herejías; en una palabra, para que tenga exacto cumplimiento aquella promesa proferida por los labios del Salvador: *las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia* (1). Así en el tiempo que cuenta de existencia la fundacion divina, el mundo ha visto esta barca misteriosa fluctuar entre las tempestades horrendas que han agitado el mundo, barrenada en el interior por las herejías, batida por fuera por la filosofía, desmantelada por la política, oprimida por la tiranía, aherrojados y perseguidos los pilotos que en su direccion han hecho las veces de Pedro; pero sin que jamás se haya visto en la necesidad de ceder ó sumergirse. ¡Prueba admirable de su verdad y de la divinidad de su Autor! A veces parece que va á sumergirse, pero quienes perecen ignominiosamente son sus enemigos, miéntras que ella sin necesidad de apoyo alguno humano aparece gloriosa. El Señor suscita para su defensa varones esforzados, que llenos de sabiduría son columnas firmes del catolicismo.

Así pues, cuando la Iglesia en el siglo v se preparaba para nuevos combates, la Providencia, que llamó al sabio y docto San Leon á la cátedra de San Pedro, preparó otro intrépido y generoso atleta para la Silla patriarcal de Antioquía, vacante por fallecimiento del patriarca Juan, que fue llamado á mejor vida el mismo año de la elevacion de San Leon al supremo Pontificado. Domno, sobrino del patriarca Juan, fue el elegido para sucederle, con general contentamiento, porque era varon de grandes virtudes, de una fe inquebrantable y extraordinaria pureza de costumbres, educado en los monasterios bajo la direccion de San Eutimio.

Tan sólo dos años sobrevivió San Cirilo á Juan de Antioquía, y en este tiempo, sabedor de que algunos contemplativos habian caido en groseros errores, atribuyendo forma humana á la divinidad, y enseñando que la sagrada Eucaristía perdia toda su virtud, si se conservaba de un dia para otro, y que no servia para la santificacion del hombre, sino en cuanto se hacia uso inmediatamente de ella, escribió un libro contra estos antropomorfitas, tratándolos como visionarios. Todos los escritos de este santo Doctor son luminosísimos y no dejan lugar á los herejes para oponer objecion alguna á los argumentos que presenta para

(1) Math., cap. XVI, v. 18.

confundirlos. Hé aquí cómo se explica, hablando de la Sagrada Eucaristía, para combatir á los sacramentarios: «¿Cuál es el pasto de los rebaños de la Iglesia, y cuál su bebida? Si es el cuerpo de un Dios, luego Jesucristo es verdadero Dios y no un puro hombre. Si es la sangre de un Dios, se sigue que el Hijo de Dios no es solamente Dios, sino el Verbo encarnado. Pero si esta comida y esta bebida son la carne y la sangre del que no es mas que Hijo de María, y por consiguiente puro hombre, ¿cómo se nos enseña que este alimento confiere la vida eterna? ¿Cómo se distribuye en cien lugares distintos, sin que en ninguna parte sea por esto ménos abundante (1)?» No dejaremos ahora de notar otras diferentes frases del mismo santo Doctor sobre la Eucaristía: » Tenemos, dice, á Cristo, no con una union de afecto, no como un amigo en el corazon de otro amigo, sino con una union perfecta y natural: es decir, que el hombre se une á Cristo por la participacion de la Eucaristía, á la manera que dos trozos de cera derretidos al fuego, los cuales se identifican y convierten en una cosa misma (2). Y en otro lugar: «Si amamos la felicidad y la vida eterna; si deseamos alcanzar la dichosa inmortalidad, corramos con frecuencia á la mesa del amor (3).» Son los mismos sentimientos del Crisóstomo cuando poseido del amor divino exclama de este modo: «La Eucaristía hace que resplandezca en nosotros la imágen real de Jesucristo. Ella es la salud del alma, á la que sostiene y alimenta; es su adorno más bello; es llama que abrasa, ilustra el entendimiento y hace que brille todo el hombre. El que arde lléguese á esta fuente y experimentará frescura admirable; el que sufre y padece, lléguese á ella y hallará consuelo (4).»

Otras obras tenemos tambien de San Cirilo, siendo entre ellas muy notables sus *Comentarios sobre el Pentatéuco* y muchas *Epístolas y Homilías*. El estilo de estas obras es algo incorrecto ó poco elegante: sin embargo, prescindiendo de este defecto, propio del mal gusto literario de su época, resplandece en ellas, así como en las de San Leon, una doctrina exacta, profundidad de conocimientos y elocuencia poco comun. En las Homilías, principalmente, se descubre mucho gusto oratorio, y están tan nutridas de doctrina que fueron desde el principio reci-

---

(1) S. Cyrill. Alex., Homil. tom. 5. Concilior. part. 2.
(2) Ibid. Comm. in Joann., lib. 10.
(3) Ibid., Homil. 45 in Joann.
(4) S. Joann. Chrys., Hom. 45 in Joann.

bidas con el mayor aplauso, y aun se dice que los obispos las aprendian de memoria para predicarlas en sus Iglesias, sacando de ellas mucho fruto y edificacion.

Luego que murió San Cirilo, fue nombrado para sucederle en la Silla patriarcal de Alejandría, Dióscoro, que habia sido su archidiácono, «discípulo muy diferente de semejante maestro, dice un historiador, pero bastante diestro para haber sabido burlar constantemente las penetrantes miradas de San Cirilo, y adquirir la reputacion de santo con el disimulo y con todas las inclinaciones de un malvado.» Dos años despues murió Proclo de Constantinopla, siendo reemplazado por Flaviano, presbítero y tesorero de la Iglesia, varon de grandes virtudes, que como veremos en adelante, defendió la fe con la mayor energía, hasta dar su vida en el martirio.

Dos años ántes tuvo lugar la eleccion de Talasio para obispo de Cesarea, hecha de una manera inusitada y extraordinaria, y que sólo puede justificarla el ser obrada por inspiracion divina. De este modo la describe un historiador antiguo (1): «Cuando hubo muerto Firmo, que ocupaba aquella Silla, los ciudadanos acudieron al patriarca de Constantinopla, pidiéndole que les diese un obispo; y estando examinando en la Iglesia á quién elegiria que fuese digno del episcopado, vió entrar al senador Talasio, que gozaba gran reputacion por su probidad y virtudes. Iluminado por Dios, se resolvió el patriarca por él, le impuso las manos y le declaró, á pesar de su resistencia, obispo de Cesarea. El emperador Teodosio, que le profesaba mucha estimacion y le tenia destinado para la prefectura de todo el Oriente, llevó á mal en un principio que se hubiese dispuesto de aquel servidor, pero luego, considerando que habia de ser un bien para la Iglesia, confirmó de buen grado la eleccion.

Entre tanto el gran Pontífice San Leon seguia cultivando el gran campo de la Iglesia, arrancando los vicios y malezas que en ella habia. En aquellos dias muchos herejes maniqueos, donatistas, arrianos y aun priscilianistas inficionaban la Iglesia, y en Oriente todavía la herejía de Nestorio, de Dióscoro y de Eutiques, de la que vamos á hablar, con nuevos errores procuraban oscurecer la fe católica. El santo Pontífice usaba de la mayor vigilancia para destruir tantas y tan perniciosas herejías, y con su incansable celo y vigilancia descubrió en Roma algunos mani-

---

(1) Analect. Grec., c. ult.

queos, y castigándolos mandó quemar sus libros y escribió á los obispos para que usasen tambien de vigilancia y velasen contra ellos. Sus cartas y decretales se extendieron prontamente por toda la Italia, la Campania, el África y todo lo restante del Oriente. Escribió á Santo Toribio, obispo de Astorga en España, y á otros prelados, haciéndoles ver la necesidad de que se reuniesen en concilio, á causa de los priscilianistas, y lo mismo hizo en Francia á causa de los pelagianos, escribiendo á San Próspero Aquitánico que los persiguiese sin descanso.

La herejía de Eutiques, qúe se empezó á propagar en 446, fue originada de la de Nestorio, y no era ménos contraria que esta al dogma de la Encarnacion. Eutiques empezó por combatir á Nestorio y se extravió asimismo. Su principal enseñanza consistia en que no habia en Jesucristo mas que una sola naturaleza despues de la Encarnacion. Esto fue querer evitar un error y caer en otro. Nestorio habia dividido la persona de Jesucristo, y Eutiques confundió las naturalezas. Era Eutiques superior de un monasterio en las inmediaciones de Constantinopla, y habia mostrado un celo extraordinario en sostener la unidad de persona en Jesucristo contra la herejía de Nestorio, pero su oposicion al nestorianismo le llevó á la herejía opuesta, y este error no excitó ménos desórdenes y turbulencias que el de su contrario. Al principio el nuevo heresiarca no se explicó sino con sus amigos más íntimos, y estos trabajaron con el mayor celo por disuadirle de su error, haciendo los mayores esfuerzos por evitar un ruido escandaloso. Todo fue inútil y él permaneció obstinado en la herejía, que ya habia empezado á esparcir por su monasterio. Entónces se creyeron obligados los amigos á denunciarle á Flavio, Patriarca de Constantinopla, como en efecto lo hicieron.

Vivamente sintió el santo Prelado la caida de Eutiques y se propuso apurar todos los medios suaves para desengañarlo y atraerle de nuevo al camino de la verdad; pero cuando vió que todo era inútil y que pasaba el tiempo sin adelantar un paso, miéntras el error se iba extendiendo, reunió los obispos que se hallaban en Constantinopla, citando al novador ante la asamblea; mas Eutiques rehusó por mucho tiempo presentarse. Al fin condenaron su doctrina y se le quitó el gobierno de su monasterio.

Siempre aquellos que el infierno escoge para instrumentos de sus obras de perdicion encuentran quienes les apoyen para que sus errores se extiendan con mayor facilidad. Eutiques encontró este apoyo en la corte, en Crisafo, que era uno de los principales ministros del empe-

rador. Este personaje, que no tenia mérito alguno, y que por el contrario era un hombre avaro y ambicioso, tan cruel como impío, habia sabido ganarse la voluntad del emperador, de suerte que disponia á su arbitrio de todos los asuntos y negocios, por graves que fuesen. Ganoso de que Eutiques saliese triunfante, inclinó la voluntad del emperador, hasta que le hizo disponer que el asunto fuese discutido de nuevo en otra reunion de obispos, de los que hizo nombrar presidente á Dióscoro, que, como dijimos ántes, ocupaba la Silla de Alejandría por muerte de San Cirilo, y que era grande amigo de Eutiques, al tiempo que estaba prevenido contra San Flaviano. En la asamblea se presentó Crisafo, quien todo lo llevó con la mayor violencia, siendo aquello más bien que una asamblea de obispos un conciliábulo de malhechores. Asistieron tambien dos comisarios del Emperador que entraron prevenidos con cadenas, y amenazaron terriblemente á todos aquellos que no se sometiesen á los deseos de Crisafo. El conciliábulo absolvió á Eutiques y condenó á San Flaviano. Verdad es que hubo obispos que se negaron á suscribir las actas, pero se cerraron las puertas y se les violentó á firmar. Los que fieles á su conciencia se resistieron á firmar fueron desterrados, contándose entre ellos San Flaviano, el cual recibió muchos golpes en mitad de la calle, de cuyas resultas falleció al poco tiempo.

No hacemos ahora otra cosa que indicar estos hechos de gran escándalo para toda la Iglesia y de tristes consecuencias, causados por un príncipe sin carácter que se dejaba guiar siempre de los favoritos que le rodeaban. Esta reunion de obispos tiene su nombre propio consignado en la Historia de la Iglesia, y por su importancia nos proponemos ocuparnos con más detencion de cuanto ocurrió en ella, para la inteligencia del lector. Ya veremos, sin embargo, como esto contribuye á un nuevo triunfo para la verdadera fe.

Teodosio II, príncipe débil que se dejó engañar por su inicuo favorito, recibió de Dios el castigo á que se hizo acreedor. Manchó la gloria de su reinado, y tuvo un fin triste, tanto cuanto feliz habia sido en sus principios. Por su muerte subió á ocupar el trono imperial Marciano, príncipe piadosísimo que trabajó mucho en favor de la Iglesia.

Ya hemos dicho cuán grande era el celo de San Leon, y con cuánta asiduidad velaba por la pureza de la fe. Apénas, pues, tuvo conocimiento de estos sucesos, se afligió sobremanera, sintiendo la nueva herida que se habia abierto á la Iglesia, y pensó en proporcionar el remedio á los males que deploraba. Creyó prudente y aun necesaria la

convocacion de un Concilio general, y para ello se puso de acuerdo con el nuevo emperador Marciano, el cual se manifestó propicio, pues que, como hemos dicho, era muy piadoso y por consiguiente favorable á la causa de la Iglesia. Mas ántes de ocuparnos de este concilio consignaremos algunos hechos que tuvieron lugar, y de los que no podemos prescindir para el complemento de la historia de esta época.

CAPITULO XIX.

Maniqueos de Roma.—Priscilianistas en España.—Pretensiones de San Hilario de Arlés. —Carta de San Leon á los obispos de las provincias de Viena.—Eusebio de Dorilea trabaja por convencer á Eutiques.—Viendo la ineficacia de sus esfuerzos lo delata.—Artificios de Eutiques.—Prudencia y moderacion de San Flaviano.—Comparece Eutiques.—Es condenado.—Apela al Papa.

Hemos dicho que San Leon, centinela avanzado de la verdad católica y defensor acérrimo de la fe, descubrió en Roma la existencia de muchos maniqueos, á los que castigó haciendo al mismo tiempo quemar todos sus libros. Añadiremos ahora, como nueva prueba del celo de este Pontífice, que buscó los medios de hacer confesar públicamente á aquellos sectarios los crímenes de que se les acusaba, á fin de que todos los fieles tomasen aversion á sus corruptoras doctrinas y perniciosas enseñanzas, tan contrarias á la verdad católica. Una jóven de solos diez años de edad, dos mujeres que la habian instruido y un obispo maniqueo, confesaron unánimemente y por separado cosas tan abominables, que cuantos las oyeron no pudieron ménos de estremecerse y llenarse de horror. Se procedió contra ellos con todo el rigor que merecian.

El emperador Valentiniano acabó de dar el golpe de muerte á estos sectarios, publicando un rescripto por el cual los declaraba como infames é indignos de trato alguno con las personas honradas. Algunos de ellos abjuraron sus errores y confesaron la fe católica, pero los que permanecieron obstinados huyeron de Roma, quedando de este modo aquella capital libre de la peste de la herejía. Tambien dijimos en el capítulo anterior que el mismo San Leon escribió á Santo Toribio, obispo de Astorga, para que vigilase sobre el priscilianismo, que cuando más muerto parecia, apareció de nuevo, inficionando algunas provincias septen-

trionales de España. En esta carta recuerda primeramente la memoria de los crueles tratamientos ejercidos contra los primeros priscilianistas por el obispo Itacio, que los habia perseguido en otro tiempo hasta derramar su sangre: «lo cual, dice, desaprueba de tal modo la Iglesia, que ha puesto á este sanguinario prelado en el número de los sectarios. Sin embargo, añade, no deja de ser auxiliada por las leyes civiles contra estos enemigos de toda potestad, y el temor de las penas corporales ha hecho recurrir á muchos con fruto á los remedios espirituales. Mas despues que las calamidades públicas han impedido la ejecucion de las leyes y la celebracion de los concilios, el error oculto y fortificado en las tinieblas ha corrompido á algunos pastores despues de las ovejas.» Segun dijimos, ordenaba en la misma carta que se celebrase un concilio, que creia necesario para que con él recibiese el último golpe el priscilianismo en España. Como quiera, sin embargo que la Galicia estaba bajo el dominio de los suevos y las demas provincias estaban sujetas á los godos no fue posible reunir en un mismo punto todos los obispos de lugares dominados por diferentes autoridades. Esto no obstante, congregados en dos diversos puntos, formaron una profesion de fe circunstanciada, exigiendo que todos la suscribiesen, como en efecto lo hicieron. Algunos de los sectarios firmaron cuanto se les exigió, y se sujetaron á las decisiones de los obispos ortodoxos. Esto no obstante, la sujecion de muchos de ellos fue fingida, y al paso que aparentaban sumision, se proponian trabajar por el progreso de la herejía, por lo que fue necesario emplear la mayor vigilancia contra ellos.

La Iglesia de Arlés gozaba de grandes distinciones y de mucha consideracion por su antigüedad, ó bien sea por el esplendor de aquella ciudad, que era comunmente llamada la Roma de las Galias. Desde las grandes concesiones hechas á Patroclo por el papa San Zósimo, el obispo de Arlés era considerado como primer metropolitano de todas las provincias circunvecinas, tanto que sin su consentimiento se tenia por ilegítima la ordenacion de otro metropolitano (1). San Hilario, que ocupaba aquella Silla, era un varon humildísimo: su celo y su caridad no conocian límites, y con sus palabras y sus escritos fue en su tiempo la antorcha de las Galias y una de las más firmes columnas de la Iglesia. Habia sido consagrado obispo en 429, y dió desde el principio de su pontificado pruebas de su gran celo por la gloria de Dios y el esplendor de

(1) Vit. S. Hilar. Arelat. p. 16 y 17.

la Iglesia. Sin embargo, este mismo celo le creó enemigos, que noticiaron al papa San Leon que pretendia usurpar los derechos de sus colegas. No eran tales las pretensiones del santo obispo, sino que tenia formada una gran idea de las prerogativas de su Silla. En el año 444, extendiendo su celo hasta el país de los secuanios y visitando la Iglesia de Besanzon, reunió un concilio de los obispos comarcanos y en él depuso al obispo Celidonio (1), acusado de bigamia y de algunas otras ir-

(1) Hemos ofrecido en otra nota, al hablar de traslaciones, ocuparnos de la deposicion y renuncia, y ahora se nos presenta la ocasion oportuna para llenar este compromiso contraido con el lector. Deposicion propiamente dicha en el lenguaje de la Iglesia, *depositio*, es aquella por la cual en virtud de canónica sentencia el clérigo es privado de ejercer toda clase de funciones eclesiásticas, como asimismo de toda jurisdiccion eclesiástica, beneficios, honores, etc., quedando reducido al estado de los legos. Esta pena la vemos consignada en el concilio de Elvira, canon XXXIII, donde se dice hablando de los clérigos que no guarden continencia: *Placuit ab honore clericatus exterminetur*. Y en el I de Toledo, canón V donde se dice que el clérigo que diariamente no asista á los divinos oficios, *clericus non habeatur*. Si la deposicion se verifica con los ritos y ceremonias establecidas, despojando al clérigo de los ornamentos sacerdotales, entónces se llama *degradacion*, que es la más grave entre las penas eclesiásticas, cuyo origen lo encontramos en el Concilio IV de Toledo donde en los cánones XXVII y XXVIII se lee: *Episcopus, presbyter, aut diaconus, si à gradu suo injuste dejectus, in secunda synodo inocens reperiatur; non potest esse quod fuerat, nisi gradus amissos recipiat coram altario de manu episcoporum. Si episcopus est, orarium, baculum et annulum: si presbyter, orarium et planetam; si diaconus, orarium et albam*, etc. Las ceremonias para la degradacion se hallan descritas en el Pontifical Romano. Para ser degradado el clérigo se presenta revestido con los ornamentos de todas sus órdenes, teniendo en sus manos el misal si es obispo ó presbítero, ó el breviario si es diácono ó subdiácono, y el Prelado que ejerce el triste ministerio, le va desnudando de todas las vestiduras por el órden inverso de aquel como se visten, empezando por la última en órden y acabando por la primera, rayendo la corona clerical de suerte que no quede ningun vestigio de ella. Para causar público terror el obispo pronuncia palabras contrarias de aquellas que usó en la ordenacion. *Cap. 2 de pœnis in VI*, donde Bonifacio VIII escribe: *Solemnis cœlestis militiæ militis id est clerici degradatio, quum ad eam fuerit procedendum, fiet ut exauctorizatio ejus qui militiæ deservit armatæ, cui militaria detrahuntur insignia, sicque à militia remotus castris rejicitur, privatus consortio et privilegio militari*. Novell. LXXXIII in præf. §. 2, leg. II. §. 2. Dig. *de his qui notatur infamia*. Esta degradacion solemne se verifica cuando el clérigo reo ha de ser entregado al brazo secular; mas como la Iglesia mira con disgusto la efusion de sangre, intercede por el reo al entregarle á los jueces civiles, á fin de que procuren evitarla al pronunciar la sentencia. No por esto queda prohibido al juez el inponer la pena capital; mas si de ella fuere libre, queda el reo obligado á hacer penitencia en un claustro ó prision. *Ibid*. En cuanto á la deposicion el derecho de las decretales exige doce obispos para deponer al obispo seis para el presbítero y tres si sólo es diácono el que ha de ser depuesto. Al clérigo inferior sólo el propio obispo puede degradarle. Conc. carthag. II. *can. X*.—Gratian *in can.* VI, *caus.* XV. *quæst.* VII, *indic. cap. 2 de pœnis in* VII. Mas como quiera que principalmente en ciertas regiones se haga muy difícil la reunion de obispos, el Concilio de Trento, *sess* XIII *ref.* cap. 4, establece que el obispo para la degradacion del presbítero pueda convocar á los abades que tienen uso de mitra y báculo, ú otras personas constituidas en digni-

regularidades. Celidonio quiso acudir á la Santa Sede, y con este objeto se dirigió á Roma para defender personalmente su causa. Mas apénas lo supo Hilario, le siguió á pié, no obstante ser la estacion de rigoroso invierno. La causa fue examinada en concilio, y resultó que Hilario habia llevado su celo más allá de los debidos límites; y como no pudiese responder á los testimonios que justificaban á Celidonio, fue anulada la sentencia de deposicion. Hubo de llevar á mal San Hilario que se sospechase de su modo de proceder, y se partió precipitadamente de Roma sin despedirse del Sumo Pontífice, insistiendo en sostener sus pretensiones. Por esto, dice un historiador, San Hilario convenció á los romanos de que con mucha santidad puede haber alguna sin razon. Nosotros creemos como muy cierto que, pasados aquellos primeros momentos, Hilario se sujetaria á la decision de Roma, pues que es indudable que era muy eminente en virtudes y lo habia sido desde su juventud, manifestándolo al preferir el retiro y la pobreza evangélica á las ventajas consiguientes á la nobleza de su cuna y elevada posicion de su familia. Durante el tiempo de su episcopado conservó la mayor abnegacion y toda la austeridad de un solitario. No gastaba calzado ni aun para hacer sus viajes, llevando el mismo vestido así en la estacion del frio como en la del calor. Estaba siempre ocupado, porque era muy enemigo de la ociosidad, y cuando trabajaba de manos leia algun libro. Tambien introdujo en su mesa la costumbre de que se leyese. «Al principio de su episcopado fundó en Arlés, dice un historiador, una comunidad de clérigos regulares: levantó muchas iglesias; pero manifestó mucho más celo por los templos vivos del Espíritu Santo, no teniendo ninguna dificultad en vender hasta los vasos sagrados para el alivio de los pobres y redencion de los cautivos. Poseia un don particular para anunciar la divina palabra. Sabemos por un autor contemporáneo que la fuerza triunfaba especialmente en la administracion del Sacramento de la Penitencia, en el cual pintaba en particular á cada uno de sus penitentes de un modo en ex-

---

dad eclesiástica, de edad madura y hábiles en la ciencia del derecho. El exigir el Concilio de Trento la ciencia del derecho, es como una sombra ó recuerdo del derecho antiguo, porque en los tiempos antiguos no tanto se convocaba á los obispos por la solemnidad de la ceremonia, sino para que pudiesen discutir en el asunto. Así se desprende del can. X del concilio Carthag. II: *Si quis episcopus (quod non optamus) in reatum aliquem incurrerit, et fuerit nimia necessitas non posse plurimos congregare, ne in crimine remaneat, à 12 episcopis audiatur, et presbyter à 6 episcopis cum propio suo episcopo audiatur, et diaconus à tribus.* (Selv. Inst. canonic. lib. III.)

tremo patético el rigor de los juicios de Dios, y el horror de las llagas que el pecado abre en nuestras almas hasta en los senos más ocultos de las conciencias. Aunque se le haya atribuido estar preocupado en favor de los errores semipelagianos ántes de su condenacion auténtica, los novadores enemigos de la Iglesia no pueden sacar ninguna ventaja de su conducta con el Sumo Pontífice en un asunto tan distinto del dogma como el exámen de las prerogativas de una Iglesia particular. Las equivocaciones y el demasiado ardor en este género de cosas son de aquellas faltas en que Dios permite que caigan alguna vez los santos para hacernos más humildes y circunspectos. Tal fue el efecto que produjo en el santo arzobispo de Arlés la firmeza, ó llámese la severidad, que con él usó el papa San Leon, á lo ménos en la nueva ocasion que se presentó despues. Estaba todavía reciente en Roma la idea poco favorable que Hilario habia dejado de su persona, allí donde se hacia ostentacion de más reserva y urbanidad, cuando se examinó la causa del obispo Proyecto, cuya diócesis se ignora. Quejábase de que estando enfermo habia acudido al arzobispo de Arlés, y habia ordenado otro obispo viviendo el primero. Anulóse la ordenacion: se prohibió á Hilario usurpar los derechos ajenos, privándole á él mismo de la autoridad que gozaba su Iglesia sobre la provincia vienense; y fue separado, en fin, de la comunion de la Santa Sede, humillándole hasta declararle que se le hacia favor en no deponerle. Parece que la Iglesia de Arlés queria arrogarse el derecho de primacía hasta más allá de la Narbonense. Propuso el Papa conceder este derecho al obispo más antiguo, segun era costumbre en el África, sin pretender, no obstante, hacer cosa alguna sobre esto á no ser con el consentimiento de los obispos, los cuales no creyeron oportuno admitir este nuevo punto de disciplina; pero la Silla de Arlés quedó privada de la prerogativa concedida por el papa Zósimo al obispo Patroclo (1).»

El autor que acabamos de citar nos habla á continuacion de la carta del papa San Leon á los obispos de las provincias de Viena con el mismo motivo, y cuyas palabras no fueron ménos aflictivas para San Hilario que los efectos de la severidad pontificia. Hé aquí las expresiones de dicha carta à que hace referencia: «Vosotros sabeis como Nos, les dice este gran Papa (2), que los obispos de vuestra provincia han remitido una infini-

(1) Berault-Bercastel. Lib. XVI, n. 12.
(2) S. Leo, epist. 89.

dad de negocios á la Sede Apostólica, y que habiéndose presentado estas causas por apelacion, conforme á la antigua costumbre, ella confirmaba ó anulaba las sentencias que se habian pronunciado. Pero Hilario, turbando el órden establecido en las Iglesias y la paz del episcopado, abandonó este camino que nuestros mayores han seguido siempre, y que con tanta sabiduría ordenaron se siguiese; y en tanto que pretende sujetaros á su potestad, él se sustrae á la de San Pedro. Tal fue, sin embargo, la economía de la religion instituida por el Hijo de Dios: para que la verdad de la salvacion llegase más fácilmente á todos los pueblos, la hizo anunciar por sus diferentes Apóstoles; mas al mismo tiempo que quiso perteneciese este ministerio á todos ellos, hizo su principal depositario á Pedro, el primero de entre ellos; á fin de que los dones de salvacion se esparciesen de este modo desde la cabeza á todo el cuerpo.» De este modo este gran Pontífice recordaba á los demas pastores la union íntima que debe existir entre los diversos sucesores de los apóstoles, bajo la direccion del que lo es del Príncipe de todos ellos. El emperador, por su parte, tambien tuvo por muy extraña la conducta del obispo de Arlés, y así en un rescripto expedido por Valentiniano se le trata de hombre inquieto que habia ofendido la majestad del imperio y la dignidad de la Santa Sede Apostólica. «La sentencia por sí misma, añade Valentiniano, tenia fuerza en las Galias sin la sancion imperial; porque ¿hay derecho alguno que la autoridad de tal Pontífice no tenga sobre las Iglesias? Si á ella añadimos nuestro decreto es únicamente para prohibir, ora á Hilario, á quien sólo la bondad del Pontífice permite se le llame todavía obispo, ora á cualquier otro, mezclar las armas en los negocios eclesiásticos ó resistir á las órdenes del Pontífice Romano. Finalmente, para evitar en las Iglesias aun la menor turbulencia, prohibimos á los obispos, así de las Galias como de las demas provincias, emprender cosa alguna contra la costumbre antigua, sin la autorizacion del venerable Papa de la ciudad eterna; y, por el contrario, todo cuanto la autoridad de la Sede Apostólica haya decretado ó decretare, sea para ellos una ley. Así pues, todo obispo citado á este tribunal, que rehusare comparecer á él, sea obligado á ello por el gobernador de la provincia.»

Como ántes decíamos, Hilario reconoció su sinrazon y procuró aplacar al Sumo Pontífice, encomendando el asunto al prefecto Auxiliario que entónces se hallaba en Roma. Este no podia atribuir á arrogancia la conducta de Hilario, porque conocia á fondo sus grandes virtudes, y así le decia en una carta: «Esta especie de franqueza no agrada á todos los

hombres, y los oidos de los romanos tienen algo de más delicado y más sensibles, que los otros: dadme el gusto de ser más blando y ganareis mucho en ello.» El santo obispo tomó los consejos de su amigo Auxiliario, y desde entónces no pensó en otra cosa que en trabajar con el mayor celo por la gloria de Dios y el bien de la Iglesia, sin que sus pretensiones pasajeras turbasen en lo más mínimo la buena armonía que reinaba en las Galias entre la cabeza y los miembros de la Iglesia. A los pocos años murió santamente, y todos los escritores eclesiásticos le tributaron grandes y merecidos elogios.

Hablamos en el capítulo anterior de los principios de la herejía de Eutiques, á la que dió ocasion la de Nestorio. El nuevo heresiarca habia sabido granjearse la amistad de los más ilustres y venerables prelados, y su reputacion se habia extendido hasta la misma Roma, donde el papa San Leon, viendo el celo con que habia combatido á Nestorio, le miraba como una de las principales columnas de la doctrina ortodoxa en el Oriente (1). Eusebio de Dorilea, en la Frigia, estaba unido con Eutiques con lazos de íntima amistad, porque ambos habian manifestado los mismos sentimientos contra los nestorianos. Pronto conoció que Eutiques se precipitaba por su ardiente amor á la verdad, y trabajó mucho cerca de él por atraerle al buen camino. Pero todos los esfuerzos de Eusebio se estrellaron ante la obstinacion de Eutiques. Entónces le abandonó, y no sólo rompió su antigua amistad con él, sino que en adelante le miró como á un nuevo enemigo de la Iglesia.

En consecuencia de esto, y aprovechando la ocasion de celebrarse un concilio en Constantinopla para terminar algunas controversias suscitadas entre los obispos de Lidia, el obispo de Dorilea denunció á Eutiques como profesor de doctrina herética.

Afligióse en gran manera el santo Patriarca Flaviano, cuyo carácter era en extremo pacífico, y aun censuró la conducta de Eusebio en denunciar á uno de los principales enemigos de Nestorio. A más creia que cuando aun no estaba acabada de cicatrizar la herida abierta por aquel heresiarca á la Iglesia, era peligroso una nueva agitacion, y creia más prudente el desengañarle, lo que creia fácil atendidos sus favorables antecedentes. Entónces Eusebio de Dorilea, queriendo justificar su conducta, hizo presente lo doloroso que le era el paso que acababa de dar, por la íntima amistad que le habia unido á Eutiques, pero que habia pasado

(1) S. Leo, epist. 6.

por todos los grados de la correccion fraterna y habia apurado todos los pacíficos consejos, y que por lo tanto cumplia un deber de conciencia en denunciarle. En consecuencia de esto Eutiques fue citado, pero se negó á comparecer hasta tres veces, alegando frívolas razones, siendo una de ellas que se habia hecho monje y que se habia encerrado en un monasterio para no salir jamás de él. La soberbia que se habia apoderado de este infeliz anciano le hacia hablar de este modo. Prueba de esto que desde el mismo monasterio donde decia haberse encerrado como en un sepulcro, se ocupó en aumentar y consolidar su partido, enviando á todos los monasterios de Constantinopla un escrito para que lo firmaran, el cual contenia sus perniciosas opiniones. A pesar de estos esfuerzos nada pudo conseguir de los monjes, los cuales se negaban á firmar el escrito, contestando muy prudentemente que sólo á los obispos, y no á ellos, tocaba el juzgar sobre puntos de fe.

Diputados del Concilio fueron á buscarle en su retiro, y Eutiques los recibió explicándose con ellos con demasiada franqueza, y demostrando su obstinacion en los errores. Llegó al extremo de decirles, despues de haber afirmado que seguia sinceramente los Concilios de Nicea y de Éfeso y que profesaba lo que habian decidido los Padres, que aun cuando se le hiciese ver en los doctores católicos alguna cosa semejante á lo que él combatia, no por esto lo adoptaria, porque sólo estudiaba las Escrituras, en las que veia más seguridad que en los Concilios.

El Concilio obraba con la mayor moderacion, y volvió á insistir en que se presentara Flaviano, al que ofreció escolta y todas las seguridades necesarias. El al fin accedió á presentarse para el dia señalado, pero despues pidió próroga y envió algunos monjes á que le disculparan, con la excusa de que se hallaba delicadísimo de salud y que la noche anterior se habia visto muy atormentado. Flaviano, que era el presidente del Concilio, varon tan moderado como prudente, le contestó de este modo: «No es nuestro ánimo estrechar al archimandrita más allá de lo que permiten sus fuerzas y debilidad. No somos crueles ni inconsiderados. A Dios solo toca el concederle la salud, y á nosotros cumple el esperar. Cuando venga aquí hallará en nosotros otros tantos padres y hermanos: no nos es desconocido: ¿qué digo? es nuestro amigo. Si en otro tiempo vino para confundir á Nestorio, ¿con cuánta presteza no debe venir para disculparse á sí mismo? Somos hombres, y por lo tanto estamos expuestos á caer en el error; y ¡cuántos hombres grandes se han engañado! No esvergonzoso dejar el mal camino, sino perseverar en él. Venga

pues, con confianza, que nosotros perdonamos lo pasado: yo le he conocido y estimado ántes que vosotros mismos le conociéseis: que nos asegure que en adelante se conformará con los sentimientos de los Padres, sin jamás contradecirlos; este paso es indispensable. ¿Acaso quiero yo su ruina ó su envilecimiento? No lo permita Dios; pero vosotros conoceis el celo de su acusador, en comparacion del cual hasta el mismo fuego puede parecer frio. Dios sabe cuánto he hecho para moderarle; ¿pues qué más podia yo hacer?»

En este escrito vemos demostrada toda la prudencia y moderacion que resplandecian en San Flaviano, que deseaba apurar todos los medios posibles para atraer al extraviado Eutiques.

A vista, pues, de la paciencia y mansedumbre que demostraron los Padres, Eutiques no pudo por más tiempo negarse á comparecer, y lo verificó cuando se celebraba la séptima y última sesion. Colocados en medio de la asamblea el acusado y el acusador, se leyó la relacion de cuanto hasta entónces se habia hecho.

Creyendo Flaviano que lo primero que le cumplia hacer era el procurar la retractacion del hereje de los errores que hasta entónces habia propalado, le preguntó si reconocia en Jesucristo la union de dos naturalezas. «Sí, respondió, de dos naturalezas. Entónces, instando Eusebio, añadió: «¿De dos naturalezas despues de la Encarnacion? ¿lo confesais? ¿y confesais tambien que Jesucristo nos es consubstancial?» Queria el hereje eludir la cuestion, y pretendió hacerlo diciendo, que el no habia acudido allí para discutir sobre la naturaleza divina. «Pero al fin, añadió el patriarca, ¿no creeis que el mismo Jesucristo, Hijo único de Dios, es consubstancial á su Padre segun la Divinidad, y consubstancial á nosotros segun la humanidad? ¿Qué peligro hallais en confesar la misma fe que nosotros? Nosotros no innovamos nada, y seguimos simplemente la doctrina de nuestros Padres.—Hasta ahora, replicó Eutiques, yo no lo he dicho. Como yo creo que el cuerpo de Jesucristo es el cuerpo de un Dios, no sostengo que sea el cuerpo de un hombre, sino un cuerpo humano, habiéndose el Señor encarnado de la Vírgen: pero si es preciso añadir que nos es consubstancial, yo lo repito siguiendo vuestra santidad.—¿Luego por necesidad, dijo Flaviano, confesais la fe, y no segun vuestro sentir?—Esta es, dijo, mi disposicion presente. Antes de ahora, como sé que el Señor es nuestro Dios, temia raciocinar sobre su naturaleza; pero, pues vuestra santidad me lo permite y me lo enseña, digo lo mismo que vos.»

Como quiera que esta aparente modestia ofendiera aun á los mismos protectores del heresiarca, el patricio Florente, que asistia á la asamblea por órden del emperador, le preguntó ¿si creia ó no que nuestro Señor Jesucristo despues de la Encarnacion tuviese dos naturalezas? Eutiques respondió que reconocia dos naturalezas ántes de la union; pero que despues de la union no confesaba mas que una.

Se convenció el concilio de que todo era por parte del hereje artificios para no explicarse claramente, y le dijeron los padres que era preciso anatematizar todo lo que era contrario á la doctrina que se le acababa de proponer. A lo cual contestó: «Ya os acabo de decir que yo no seguia ántes esa doctrina; mas al presente, que vos me la enseñais, sigo á mis Padres; pero no la he visto claramente en la Escritura, y los Padres mismos no todos la han enseñado.» En suma, examinados durante las siete sesiones todos los escritos de Eutiques, vistas las informaciones que se habian hecho de cuanto habia dicho y escuchado á él mismo á presencia de su partido enviado para protegerle, quedó convencido de negar en Jesucristo dos naturalezas, y de insistir en que Jesucristo sólo fue de dos naturalezas ántes de la union, pero que despues de la union no tenia mas que una. En consecuencia de todo esto fue privado de su dignidad y anatematizado (1). Esta sentencia fue pronunciada por Flaviano como presidente del concilio, fue firmada por treinta y dos obispos y veinte y tres abades, sacerdotes los más de ellos, siendo el más memorable de ellos San Marcelo, superior de los acemetas.

Al terminarse el concilio, Eutiques dijo que apelaria al Papa, lo que en efecto hizo, pues que escribió á San Leon una extensa carta en la que se quejaba de su acusador y del modo que el concilio habia tenido de obrar con él, explicándose de este modo: «Querian que yo confesara dos naturalezas y anatematizara á los que la niegan: pero yo sabia que muchos Padres las niegan, é instaba que se diese cuenta á vuestra Santidad, protestando que seguiria en todo vuestro juicio. Pero sin oirme me han depuesto, y hacen firmar mi deposicion á los superiores de los demas monasterios, lo que jamás se ha practicado. Por tanto recurro á vos, que sois el defensor de la religion: yo no hago novedad en la fe: yo anatematizo á Apolinar, á Nestorio y demas herejes; y os suplico que sin atender á lo que se ha hecho contra mí, pronuncieis so-

(1) Conc. Chalc. Act. I., apud Hard., tom. II., c. 110. S. Till. s. Leo, a. 30 á 45.

bre la fe, y no permitais que se separe de los católicos á quien ha vivido setenta años en la continencia y en los ejercicios de piedad (1).»

El emperador Teodosio, por su parte tambien escribió á San Leon, manifestando sus deseos de que se cortasen de una vez aquellas cuestiones y se pusiese paz en Constantinopla. Flaviano creyó tambien cumplir con su deber dando cuenta al Sumo Pontífice de la nueva herejía y de todo lo ocurrido en el concilio. Le habla, pues, lamentándose de que muchos con vestidos de ovejas sean lobos rapaces, y que pareciendo ser de los nuestros no lo son, y añade estas palabras: «Tal se nos ha descubierto ahora Eutiques, presbítero y archimandrita. Hacia como si tuviese la fe pura, fingia mucho celo contra Nestorio, y en defensa del concilio de Nicea y cartas de San Cirilo, y ocultamente renovaba los errores de Valentin y Apolinar. Mas en fin, quitándose con la mayor desvergüenza la piel de oveja que le cubria, en presencia de nuestro sínodo se atrevió á decir que en nuestro Señor Jesucristo despues de la Encarnacion no deben confesarse dos naturalezas en una subsistencia y en una persona (2).» Recibió el Papa las tres cartas, y se ignora si contestó á la de Eutiques, pero al Emperador le dió las gracias por el celo con que procuraba la paz y la tranquilidad de la Iglesia. En la carta que envió á Flaviano se explica de este modo: «Admiro que hayas podido callarme ese escándalo, en vez de procurar ser el primero en informarme. Por lo que dice Eutiques, no veo todavía con qué justicia se le ha excomulgado. Pero como deseo que en las sentencias de los obispos se proceda con madurez, no puedo decidir nada sin conocimiento de causa. Envíame, pues, por mano segura una ámplia relacion de cuanto ha pasado, y dime qué nuevo error se ha suscitado contra la fe, para que yo pueda, conforme desea el Emperador, apagar la division. No será difícil, pues Eutiques declara que está pronto á corregir lo que se le reprenda. En estos asuntos es menester tener gran cuidado de que sin estrépito de disputas y contiendas se guarde la caridad y se defienda la verdad. Por tanto, date priesa á enviarme una plena y clara instruccion de todo lo que ya debias haber hecho ántes. Esta carta es de fecha 18 de Febrero de 449 (3).»

En efecto, obediente Flaviano al mandato del Supremo Pastor, le en-

---

(1) Ap. San Leon. Ep. 21.
(2) Ap. San Leon. Ep. 22.
(3) Ibid. Ep. 23.

vió segunda carta, explicándole extensamente el error de Eutiques, dándole razon del concilio en que fue depuesto, y le envió las actas no obstante haberlas remitido con la primera carta, por si hubiesen padecido extravío; y añadió que Eutiques, en vez de sujetarse á la sentencia, habia movido nuevos disturbios y acudido al Emperador. «Estando las cosas en este estado, añade, recibo por el conde Pansofio la carta de vuestra Santidad, en la que veo que Eutiques ha acudido á vos diciendo que al tiempo de la sentencia presentó á nuestro concilio un recurso de apelacion á vuestra Santidad; pero no lo hizo. Y todo esto, Santísimo Padre, debe excitaros á proceder en este asunto con vuestro vigor acostumbrado. Dignaos con vuestras cartas proteger la deposicion hecha canónicamente, y confirmar la fe del Emperador. El asunto ya no necesita sino vuestro impulso y auxilio. Con vuestras cartas se restablecerá la paz, cesará la herejía y el desórden que ha excitado, y se evitará el sínodo que corre la voz que va á convocarse, el cual incomodaria y trastornaria todas las Iglesias del mundo (1).» Este sínodo de que habla Flaviano era el Concilio ecuménico que efectivamente fue poco despues convocado.

Si Flaviano no estaba por la convocacion del Concilio general era porque conocia la mala disposicion de la corte para ello. Eutiques la tenia á su favor, y procuraba frustrar por todos los medios posibles su deposicion. Sin embargo, el Emperador convoca el Concilio general, mandando que los que habian condenado á Eutiques no asistiesen como jueces sino como partes, y que el objeto principal del Concilio fuese terminar la cuestion de fe movida entre Flaviano y Eutiques, y arrojar de sus Iglesias á los que favoreciesen y protegiesen los errores de Nestorio, y que Dióscoro fuese el presidente del Concilio.

San Leon nombró legados para que asistiesen en su nombre, y escribió diversas cartas para procurar la conservacion de la verdadera fe. Todas estas cartas y las dirigidas al legado Julian y á los abades de Constantinopla son de fecha 13 de Junio de 449, y en todas se refiere á la que escribe á Flaviano, diciendo que en aquella explica completamente lo que cree y enseña la Iglesia católica sobre el misterio de la Encarnacion, para que abolido el nuevo error, sea una misma la fe en todo el mundo, y queden confirmados los ánimos de los sacerdotes y de los legos. En la carta al Emperador le manifiesta que no le es posi-

(1) Berault-Bercastel. Lib. XVI.

ble asistir personalmente al Concilio para el dia señalado, y añade que tampoco hay ejemplares de que ningun Papa haya pasado á Oriente para asistir á algun concilio: que la situacion de Roma y de Italia no le permitia abandonar aquella ciudad, que estaba continuamente llena de terror por las irrupciones de los bárbaros.

A Flaviano le escribe tambien nuevamente, diciéndole que ha recibido sus cartas con las actas del concilio. Examina todas las disputas sobre la Encarnacion, y establece con gran solidez la doctrina católica contra Nestorianos y Eutiquianos. En cuanto á Eutiques, supone que yerra por ignorancia más que por malicia, y pide se le trate con compasion. Por último, dice que envía en su lugar á sus hermanos Julio obispo, Renato presbítero del título de San Clemente, y á Hilario diácono, y ademas envía con ellos á Dulcinio, notario de su confianza, diciendo al mismo tiempo al Emperador y á Pulqueria son enviados *à latere*.

CAPITULO XX.

Látrocinio de Efeso.—En él se absuelve á Eutiques, y se depone á San Flaviano y otros.—El papa San Leon declara nulo todo lo hecho.—Teodoreto apela á la Santa Sede.—El emperador de Occidente escribe al de Oriente.—Muere este y triunfan los católicos.

Vamos á ocuparnos ahora de un hecho verdaderamente escandaloso que tuvo lugar en la ciudad de Éfeso, y fue la celebracion del concilio conocido con el nombre del *latrocinio de Éfeso*. Los obispos en gran número iban acudiendo á Éfeso, y en esta ciudad y en su iglesia de Santa María se reunieron como en el primer concilio de dicha ciudad, que fue el *tercero general* contra Nestorio. Asistieron ciento treinta obispos de las provincias de Egipto, del Oriente, de Asia, del Ponto y de la Tracia, y se tuvo la primera sesion el dia 8 de Agosto. Ocupó la presidencia Dióscoro, y Julio, legado del Papa, el segundo lugar. Lo primero que se hizo fue leer la carta del emperador que convocaba el concilio, y en seguida los legados presentaron las cartas del Papa para que se leyesen. El presidente mandó recibirlas pero no las hizo leer, sin que las repetidas instancias de los legados pudiesen alcanzar el que se leyeran. Entró Eutiques. Leyóse su profesion de fe, y Flaviano dispuso que se hiciese entrar á su acusador Eusebio; pero no lo permitieron bajo el pretexto de que ya habia cumplido con lo que debia en el primer concilio de Constantinopla, y que los que en aquel fueron jueces debian ser ahora acusadores. Leyéronse las actas del concilio en que fue depuesto Eutiques, se le absolvió y restableció en su grado y en el gobierno de su monasterio. En seguida se aprobó todo lo decidido en el anterior concilio de Éfeso respecto á la fe. El presidente entónces dijo que Flaviano de Constantinopla y Eusebio de Dorilea eran nestorianos, y que así habian incurrido en las penas conminadas en aquel concilio contra los fau-

tores de Nestorio, y concluyó con estas palabras: «Por tanto juzgo que dichos Flaviano y Eusebio quedan depuestos de toda dignidad episcopal y sacerdotal. Decid todos vuestro parecer en la inteligencia de que los emperadores quieren ser informados con la mayor exactitud de cuanto ocurra.»

No era extraño que esto sucediese, puesto que el emperador, queriendo patrocinar á Eutiques, pues se habia dejado ganar por la emperatriz Eudosia, que á la vez lo habia sido por el eunuco Crisafio, tan enemigo de Flaviano como amigo de Eutiques, el cual se habia unido con Dióscoro de Alejandría ofreciéndole su favor; persuadido por todos estos, al convocar el concilio habia llamado de cada patriarcado diez metropolitanos y otros diez obispos, escogiendo los que le parecieron habian de ser más favorables y excluyendo á Teodoreto de Ciro, previniendo al mismo tiempo que el archimandrita Barsumas, grande amigo de Eutiques, asistiese solo por todos los monjes, teniendo asiento y voto en el concilio. Ademas, ahora veremos las disposiciones que se habian tomado para que triunfase el hereje, y la libertad que se dejó á los Padres. Aquello no era ni podia ser verdadero concilio desde el momento en que se negaron á leer las cartas del Sumo Pontífice y se despreciaron las instancias de los legados. Donde no está Pedro, no está la Iglesia.

Apénas Dióscoro pronunció las palabras que hemos reproducido, el obispo de Iconio y otros muchos corrieron á echarse á sus piés, y con lágrimas y ruegos le suplicaron que desistiese de aquel propósito y mal intento. Pero Dióscoro no quiso ni escucharlos, y levantando su voz hizo que entrase el procónsul, el cual lo hizo seguido de fuerza armada que llevaban cadenas de prevencion. Encerróse con gran aparato de terror á los obispos, y despues sucesivamente se les fue obligando á firmar un papel en blanco en el cual se debia escribir la sentencia contra San Flaviano y Eusebio, y los que se negaron á suscribir fueron desterrados. Tambien fueron depuestos y desterrados otros obispos que, habiendo firmado por temor, luego se retractaron. Flaviano dió á los legados del Papa un recurso de apelacion á Su Santidad. Mas á los pocos dias murió de resultas de los golpes y malos tratamientos de que fue objeto. El atrevimiento de Dióscoro llegó hasta el extremo de publicar una excomunion contra el Papa, que fue firmada por diez obispos del Egipto (1).

---

(1) Till. S. Leon, a. 60 á 78. Conc. Chalc. Act. 1. apud Hard, tom. II. c. 71 s.

Entre tanto el Sumo Pontífice estaba inquieto porque no tenia noticias de lo que acontecia en el Oriente; pero á poco tiempo llegó á Roma el diácono Hilario, por el cual tuvo noticias exactas de cuanto habia acontecido, y deploró la conducta seguida en aquella asamblea de triste recordacion.

Entre las cartas escritas con este motivo por San Leon es notable la dirigida al emperador, en la que con palabras enérgicas se queja de la violencia usada por Dióscoro no permitiendo que fuesen leidas sus cartas dirigidas á Flaviano y al concilio, en excluir á muchos de los que debian haber asistido, y en haber hecho, en suma, caso omiso de las protestas de sus legados. Hé aquí cómo se explica en este notable documento: «Todo el misterio, dice, de la fe cristiana se destruye, si no se borra este escandalosísimo atentado, que excede á todos los sacrilegios. Por tanto, cristianísimo emperador, mis consacerdotes y yo, temiendo que el silencio nos haga reos en el tribunal de Jesucristo, os conjuramos por la Santísima Trinidad que mandeis que todas las cosas subsistan en el mismo estado en que estaban, hasta que se junte un mayor número de obispos de todo el mundo. Todas las Iglesias de estos países con lágrimas os suplican, que pues que nuestros legados protestaron y Flaviano apeló, mandeis que se junte un concilio general en Italia, en que concurran igualmente los obispos de las provincias de Oriente, para cortar toda duda sobre la fe y toda division contraria á la caridad. Cuán necesario sea el concilio, supuesta la apelacion de Flaviano, lo vereis en los cánones de Nicea, que os acompañamos.» Estos cánones eran los de Sárdica sobre apelaciones que muchas veces se llaman de Nicea.

Apénas Teodoreto fue sabedor de su deposicion por el conciliábulo de Éfeso, apeló al Papa en una sentida carta, en cuyo principio manifiesta la necesidad de acudir á la Silla Apostólica, á la que es debida la primacía en todas las cosas. Alaba al Papa y luego continúa de este modo: «Cuando esperábamos tranquilos que con los legados que vuestra Santidad envió á Éfeso se terminaria completamente la borrasca, nos vemos en otra mayor; pues que el obispo de Alejandría, no contento con la injustísima deposicion de Flaviano, ha dado igual sentencia contra mí, estando ausente, sin haberme oido ni citado.» Hace á continuacion una reseña de sus trabajos sufridos por la paz de la Iglesia y defensa de la verdadera fe, y añade: «Pero yo espero la sentencia de vuestra Silla Apostólica, y ruego y suplico á vuestra Santidad, que cuando apelo á vuestro recto y justo tribunal, me conceda su proteccion, me mande

que me presente á vuestra Santidad, y que haga ver que mi doctrina es conforme á la de los Apóstoles. No quiera vuestra Santidad despreciar mis humildes súplicas, ni abandonar mi desgraciada vejez, cargada de oprobios despues de tantos años de trabajos por la Iglesia. Mas ante todo, deseo saber de vuestra Santidad si conviene que yo me someta á tan injusta sentencia. Espero vuestra decision. Si mandais que yo me allane á lo juzgado, me allanaré.» De este modo manifiesta su sumision á la santa Sede Apostólica, roconociendo su supremacía sobre todas las demas Sillas.

El emperador Valentiniano con Eudosia y Placidia se hallaban en Roma, y el 22 de Febrero (450) asistieron á la iglesia con motivo de celebrarse la fiesta de la Cátedra de San Pedro. Aprovechó San Leon la ocasion, y hallándose rodeado de los obispos que se encontraban en la capital, hizo presente á Valentiniano el gran peligro que corria la fe en Oriente, suplicándole que mediase con el emperador Teodosio á fin de que dispusiese la celebracion de un concilio general en Italia que pusiese remedio á los grandes males que lamentaba. Valentiniano ofreció hacerlo y cumplió fielmente la palabra empeñada en momentos tan solemnes. Escribió á Teodosio, hablándole de este modo: «Nosotros, venerable emperador, debemos defender la fe recibida de nuestros mayores, y mantener en nuestros tiempos íntegra la dignidad y veneracion de San Pedro apóstol: de modo que el beatísimo obispo de Roma, al cual la antigüedad concedió el principado del sacerdocio sobre todos, tenga lugar y facultad de juzgar de la fe y de los sacerdotes. Por este motivo, conformándose con los concilios el obispo de Constantinopla en la disputa suscitada sobre la fe, ha apelado. No he querido, pues, negarme á añadir mis súplicas á las eficaces instancias del obispo de Roma, para que congregando en Italia á los demas obispos de todo el mundo, conozca de esta causa desde el principio, y profiera la sentencia que exige la fe (1).» Tambien le escribieron en el mismo sentido Eudosia y Placidia. El emperador de Oriente contestó las tres cartas de un modo el más atento pero sosteniendo lo hecho por el conciliábulo ó latrocinio de Éfeso. Sin embargo, Dios preparaba las cosas de un modo que la fe consiguiese su admirable triunfo. Recordará el lector que al terminar el capítulo XVIII al adelantar algunas noticias sobre estos acontecimientos dijimos que Teodosio pagó bien pronto su mal proceder para con la Iglesia bajando

(1) Ap. San Leon tom. I. Ep. 55-58.

al sepulcro cuando ménos podia esperarlo por su edad y robustez, sucediéndole Marciano en el trono de Oriente. Este cambio fue muy favorable á los católicos, pues que les sirvió para conseguir el triunfo sobre las herejías. Marciano, que segun indicamos publicó una ley sujetando á las penas de los herejes á los clérigos y monjes que se apartasen un punto de la fe católica, hizo celebrar un Concilio en Constantinopla de los, obispos que habia en la ciudad, de los abades, presbíteros y diáconos con dos obispos y dos presbíteros legados del Papa: en él fueron condenados tanto los errores de Nestorio como los de Eutiques, se leyó y aprobó la carta de San Leon á Flaviano que Dióscoro no habia querido leer en el conciliábulo, y se acordó que los obispos que por temor habian firmado la sentencia contra Flaviano no comunicasen mas que con sus Iglesias; y queriendo Marciano honrar la memoria de Teodosio, mandó que su cuerpo fuera trasladado á Constantinopla á la iglesia de los Apóstoles, donde reposaban los de sus antecesores, dando al mismo tiempo libertad á todos los obispos desterrados.

Queriendo dar testimonio de la pureza de su fe, escribió al Papa San Leon, como cabeza de la Iglesia, proponiéndole la celebracion de un Concilio general, que era, como hemos visto, los deseos manifestados por el mismo Sumo Pontífice. Dispuso San Leon que los obispos que por flaqueza habian suscrito la deposicion de Flaviano quedasen interinamente reducidos á la comunion de sus iglesias, pero añadiendo que con acuerdo de sus legados se dispusiese que los que enteramente condenasen el mal que se habia hecho, fuesen recibidos de nuevo en la comunion general de la Iglesia.

CAPITULO XXI.

Preparativos para el Concilio de Calcedonia.—Carta de San Leon á los Padres del Concilio.—Abrese el cuarto Concilio general de Calcedonia contra Eutiques.—Orden de la asamblea.—Se pide la deposicion de Dióscoro.—Se da lectura de la carta del Papa á Flaviano.—Confesion de fe.—El abad Bársumas es arrojado del Concilio.—El emperador se presenta en el Concilio.—Los Padres informan al Papa de lo acordado y le piden su confirmacion.—Prerogativa de la Silla de Constantinopla.—Carta del Concilio al Papa.—San Leon confirma el Concilio.

Habiendo sido tan extraordinario el escándalo producido por el conciliábulo de Éfeso, se trataba de celebrar el Concilio general con una gran solemnidad: pero no se pensaba tratar qué fe se habia de tener, por que ya, como decia San Leon escribiendo al emperador Marciano, no podia dudarse de lo que se debia de creer. En órden al concilio manifestó Su Santidad que las guerras del Occidente hacian difícil que por entónces los obispos pudiesen abandonar sus iglesias. A Pulqueria manifestó sus deseos de que Eutiques fuese transferido más léjos de Constantinopla y que en su monasterio se pusiese un abad católico, y ordenó que si los que fueron cabezas de partido en el conciliábulo, diesen muestras de arrepentimiento, quedase reservada su reconciliacion al maduro exámen de la Sede Apostólica.

El emperador se hizo cargo de la razon que daba el Sumo Pontífice de la dificultad de viajar los obispos de Occidente, para dilatar la convocacion del concilio, pero le escribió manifestando la más humilde sumision á la autoridad sagrada del sucesor de Pedro, haciéndole ver la necesidad de que se celebrase la augusta asamblea sin pérdida de tiempo, exponiendo los motivos de religion y de política que á ello les impulsaban. Le suplicó al mismo tiempo le dijese si podria acudir en persona al Con-

cilio, y que señalara sin dilacion el lugar adonde habian de concurrir los obispos de Oriente, de Francia y de Italia.

Antes de determinar el lugar adonde habia de celebrarse el Concilio, San Leon volvió á escribir al Emperador exhortándole á perseverar en los buenos sentimientos que demostraba hácia la Iglesia y en sus deseos por que gozara de santa paz, y á los Padres del concilio escribió en los términos siguientes: «Por el honor del sacerdocio, hubiera deseado vivamente que sus diversos miembros sostuviesen la verdadera fe con una constancia uniforme, y que ni el terror, ni el pavor de las potestados del siglo apartase á alguno de los caminos de la verdad. Pero pues la divina misericordia es mayor que nuestras culpas, y el Señor suspende sus venganzas para dar tiempo á nuestro arrepentimiento, debemos favorecer el designio del piadoso emperador, que quiere congregarnos para frustrar las astucias de Satanás, y restablecer la paz de la Iglesia, conservando las prerogativas de honor y potestad del bienaventurado apóstol Simon Pedro. Me ha invitado á que fuése yo mismo al concilio, lo que no me lo permitiria la desgracia de los tiempos, aun cuando por otra parte lo autorizase la costumbre. Creed, no obstante, que en la persona de nuestros hermanos Pascasino y Lucencio, obispos, Bonifacio y Basilio, presbíteros, diputados todos cuatro de la Sede apostólica, presido verdaderamente á vuestro Concilio, y que no podeis mirarme como ausente, cuando ahora estoy presente por mis vicarios, y aun mucho ántes por mis cartas y mi perseverancia en publicar la verdad ortodoxa; de suerte que no es posible que ignoreis lo que la antigua tradicion ha trasmitido á nuestra Iglesia.»

Pensó primeramente el Emperador que el concilio se celebrase en Nicea, tan célebre y respetable desde que se celebró en dicha ciudad el primer Concilio general para proscribir el arrianismo; pero despues, no queriendo alejarse tanto de Constantinopla por razones de política y deseando asistir á él, eligió á Calcedonia, que estaba á las inmediaciones de Constantinopla, donde habia mucha abundancia y podia disfrutarse las mayores comodidades. Fuera de la ciudad y á las inmediaciones del mar se elevaba la magnífica iglesia de Santa Eufemia, cuya descripcion hace de este modo Berault-Bercastel: «La iglesia con sus edificios ane«xos era de una inmensa grandeza. Entraban primero en un vasto peris«tilo, ó en un gran patio rodeado de hermosas columnas, y de allí á «la basílica cási tan grande como el patio, y adornada de columnas mu«cho más preciosas; y finalmente en un clomo ó cúpula sostenida, ó

«más bien suspendida sobre pocos pilares de una delicadeza y altura «prodigiosa, y que al mismo tiempo sostenian en todo el circuito inte«rior una galería desde donde podia oirse cómodamente el oficio divino. «Bajo del clomo ó cúpula, á la parte del oriente, estaba el sepulcro de «la ilustre mártir, frecuentado de contínuo por el concurso del pueblo «y de los grandes, á quienes atraia una infinidad de milagros (1).»

En este magnífico y suntuoso edificio se celebró el

Cuarto Concilio general de Calcedonia contra Eutiques, que se abrió el dia 8 de Octubre del año 451, en el que recibió un golpe de muerte aquella perniciosa herejía. Delante de la balaustrada del altar habia dos sillones para el Emperador y la Emperatriz, é inmediatos á ellos diez y nueve señores de los principales del imperio que asistian por órden del Emperador, para inspirar el buen órden, pero sin tener voz ni voto. Los obispos nombrados en las actas ascienden al número de trescientos sesenta, y estaban colocados en este órden. Al lado izquierdo que era en los concilios el puesto más honroso, estaban los legados del Papa; despues el patriarca de Constantinopla, el de Antioquía, los metropolitanos y los demás obispos de Levante, del Ponto, Asia menor y Tracia. A la derecha estaban Dióscoro de Alejandría, Juvenal de Jerusalen, Quintiliano de Heráclea, ocupando el lugar de Anastasio de Tesalónica, y los demas obispos de Iliria, Egipto y Palestina. En medio de la asamblea se habia levantado un trono sobre el cual descansaba el libro de los Santos Evangelios.

Una de las primeras disposiciones del concilio fue la deposicion de Dióscoro, pedida por el legado Pascasino, en nombre del Papa, al que llama cabeza de todas las Iglesias. Otro de los legados dijo confirmando la peticion de su compañero: «Ha usurpado la autoridad judicial en su Iglesia, y se ha atrevido á congregar un concilio ecuménico sin la autoridad de la Santa Sede, lo que es un atentado y un escándalo sin ejemplo.» Dióscoro obligado á abandonar su puesto, y colocado en medio de la asamblea, usó de mil ardides para defenderse, y por último dijo que nada habia obrado sin el acuerdo de los obispos. Estas palabras produjeron en la asamblea un verdadero tumulto, pues que mil voces se levantaron á la vez para protestar contra ellas, y todos le llamaban perseguidor de los verdaderos obispos y verdugo del mártir Flaviano. Algunos de los que habian tenido la debilidad de hacer traicion á su

(1) Lib. XVI, n. 40.

conciencia, firmando por temor el conciliábulo de Éfeso, quisieron tomar su defensa, pero sus voces fueron en el instante sofocadas. Tuvieron que intervenir los oficiales del Emperador, haciendo presente que aquellos acalorados debates no eran propios de una asamblea de obispos. La sesion terminó sin que Dióscoro fuese aun formalmente depuesto.

En la segunda sesion, que se tuvo dos dias despues, esto es, el 10 de Octubre, se leyó la magnífica carta de San Leon á Flaviano, en la cual se expone clara y sólidamente todo lo tocante al misterio de la Encarnacion, la cual fue aprobada por unanimidad y se tuvo por regla infalible de fe, exclamando por todas partes: «*Así creemos todos, tal es nuestra fe, tal es la fe de los Padres, tal es la fe de los Apóstoles; Pedro mismo ha hablado por boca de Leon: es necesario profesar esta fe para ser ortodoxo: anatema á todo el que así no crea: Leon y Cirilo enseñan una misma cosa: ved aquí lo que Dióscoro ha ocultado. ¿Porqué no se leyó esta epístola divina en Éfeso?*

A la tercera sesion no asistieron los oficiales imperiales, segun el uso sabiamente establecido, porque iba á ser juzgado Dióscoro segun las reglas canónicas. Las acusaciones dirigidas contra él son verdaderamente terribles. Una de ellas decia que habia robado el trigo que el Emperador habia dado para las Iglesias de la Libia, en tiempo de carestía extremada, de suerte que en algun tiempo no pudo celebrarse el santo é incruento sacrificio de la Misa. Dióscoro no habia vuelto á presentarse en el concilio desde la primera sesion, temiendo con fundado motivo lo que habia de suceder. En vano se le citó repetidas veces, pues que siempre se excusó con vanos pretextos, y preguntados los Padres por los legados qué castigo merecia tal obispo, todos respondieron unánimemente que los más graves y severos. Así pues, se pronunció contra él la sentencia, que estaba concebida en estos términos: «El santísimo obispo de Roma, Leon, por nos, y por el presente concilio, con el bienaventurado apóstol San Pedro, base de la Iglesia y fundamento de la fe católica, ha depuesto á Dióscoro de toda dignidad, tanto episcopal como sacerdotal.» A propósito de esto, los padres como á porfía ensalzaron el primado de San Pedro, al cual los herejes habian hecho el ultraje de excomulgar á su sucesor. Fue en seguida intimada la sentencia á Dióscoro y á los individuos de su clero, y tambien se participó á los emperadores Valentiniano y Marciano, como asimismo á Pulqueria, para que la autoridad imperial protegiese el cumplimiento de lo decretado.

A la cuarta sesion volvieron á asistir los oficiales del Emperador, y

pidieron á los Padres que manifestasen lo que el Concilio habia decretado. Contestó el legado Pascasino que los Padres reunidos en Calcedonia seguian puntualmente la definicion de los tres concilios ecuménicos de Nicea en tiempo del gran Constantino, de Constantinopla en el reinado de Teodosio y de Éfeso, presidido por San Cirilo de Alejandría, y de los escritos del papa Leon, órgano é intérprete de la verdadera fe. Esta manifestacion fue hecha en latin é inmediatamente traducida al griego, para que fuese de todos comprendida, y todos confesando que creian la carta de Leon conforme á la fe de los Padres de Nicea y de Constantinopla, dijeron que la recibian, suscribiendo de este modo á la doctrina de la Iglesia madre. Los prelados afirmaron que los cinco obispos que con Dióscoro habian presidido el conciliábulo de Éfeso pensaban de la misma manera y recibian y confesaban la fe de Leon, pidiendo que se les admitiese en el Concilio. Estos obispos eran Juvenal de Jerusalen, Talasio de Cesarea, Eusebio de Ancira, Basilio de Seleucia y Eustaquio de Berito. Conformándose, pues, los Padres con las instrucciones del papa San Leon, que habia aconsejado la suavidad para con los que se arrepintiesen y confesasen la fe, se les perdonó y quedaron admitidos en el Concilio en señal de comunion. La alegría se retrató en todos los semblantes, y muchos padres no podian contener las lágrimas de gozo, prorumpiendo en vivas y aclamaciones en honor del Emperador, protector del Santo Concilio.

El abad siro Bársumas, uno de los que más habian contribuido al martirio de San Flaviano, tuvo el atrevimiento de presentarse en el Concilio, pero en el momento toda la asamblea manifestó su disgusto y pidió que fuese despedido el verdugo de San Flaviano, que era más digno del anfiteatro que del Concilio. En efecto, se le echó con desprecio aunque tratándole con suavidad. á fin de lograr su conversion.

Finalmente en las siguientes sesiones se formuló contra Nestorio y Eutiques la doctrina católica, conforme á los anteriores concilios ecuménicos y á la carta de San Leon, del modo siguiente:

«Decretamos que se debe confesar un solo y mismo Jesucristo Señor nuestro: él mismo verdaderamente Dios y verdaderamente Hombre. perfecto en ambas naturalezas: él mismo compuesto de una alma racional, y de un cuerpo, consubstancial al Padre, segun la Divinidad, y á nosotros segun la humanidad: semejante á nosotros en todas las cosas, á excepcion del pecado: engendrado del Padre autor de los siglos segun la Divinidad, y nacido en el tiempo de la Vírgen María segun la humani.

dad, por nosotros y para nuestra salvacion: un solo y mismo Jesucristo, Hijo único, Señor, en dos naturalezas sin confusion, sin mudanza, sin division, sin separacion, sin que la union quite la diferencia de las dos naturalezas, subsistiendo las propiedades de cada una, y concurriendo á formar una sola persona ó hipóstasis; de suerte que no será dividido ó separado en dos personas, sino que es un solo y mismo Hijo único, Dios, Verbo, nuestro Señor Jesucristo.» A continuacion el santo Concilio prohibe pensar ó creer de otro modo, bajo la pena de deposicion á los clérigos y obispos, y de anatema á los monjes y legos.

Inmediatamente fue comunicada al palacio imperial la noticia del triunfo de la fe, y Marciano se presentó en la asamblea manifestando el regocijo que experimentaba por la feliz terminacion del Concilio, y pronunció un brillante discurso en lengua latina, que inmediatamente fue traducido en griego, para que todos pudiesen comprenderlo. En el momento los Padres allí congregados pedian á grandes voces las bendiciones del cielo para el piadoso Emperador, felicitándole, y deseándole un dilatado reinado para bien de la Iglesia de Jesucristo.

La santa asamblea, que hacia alarde de sumision y respeto á la Santa Sede Apostólica, informó sin detencion al papa San Leon, causa principal de todo el bien que se habia hecho en un concilio presidido por sus legados, rogándole que confirmase los decretos, y señaladamente las prerogativas que por el cánon veinte y ocho se habian concedido al patriarca de Constantinopla; pues hay que advertir que en la sesion quinta se hizo la peticion de prerogativas por parte del patriarca de Constantinopla y su clero. Opusiéronse los legados diciendo que no tenian poderes para ello. No se trataba de igualarle con el Papa, sino de asemejar ambas dignidades; es decir, que así como el Sumo Pontífice es el primero en toda la Iglesia universal, así tambien lo fuese despues de él en todo el Oriente el obispo y patriarca de Constantinopla. Y en este sentido se formuló el cánon, confirmándose por aclamacion.

Al dar cuenta los Padres á San Leon de todo lo ocurrido en el concilio, lo hicieron del modo siguiente: «Os suplicamos, decian, que honreis nuestra decision confirmándola con la vuestra; y como por nuestra parte nos hemos convenido en la unidad de la fe con vos, que sois nuestro padre y nuestra cabeza, la eminencia de vuestra autoridad ponga igualmente el último sello al decreto que vuestros hijos han hecho en honor de la ciudad imperial. Usando, pues, de vuestra solicitud acostumbrada, respecto de la Iglesia de Constantinopla, haced resaltar sobre

ella algun rayo de este vivo conjunto de luces y de esplendor que circunda vuestra cátedra apostólica. Tales son nuestros deseos y nuestra confianza, que se funda en la sábia generosidad de un padre que derramará con gusto su abundancia sobre sus hijos. Vuestros legados á la verdad nos han resistido fuertemente; pero sin duda para reservar á vuestra Santidad el honor de tan loable obra, á fin de que vos ostenteis vuestro celo por el esplendor de la disciplina, del mismo modo que por la seguridad de la fe (1).»

El papa San Leon confirmó el concilio de Calcedonia, *congregado*, dice: *de órden de los Emperadores con el consentimiento de la Sede Apostólica*, en cuanto á la condenacion de la herejía y de los herejes, pero respecto á la prerogativa de la Iglesia de Constantinopla rehusó confirmarla.

Terminarémos diciendo que en la vida del gran pontífice San Leon el Magno encontramos consignado el hecho siguiente: «Pudo tanto el celo, vigilancia y valor del Santo Pontífice, así con el emperador Marciano y con la emperatriz Pulqueria, como con todos los patriarcas, obispos y prelados de la Iglesia, que se concluyó felicísimamente el concilio; y nuestro Señor con un gran milagro, como escribe Zonaras, confirmó todo lo que en él se habia determinado. Porque habiendo los católicos escrito en un papel la confesion de su fe, y en otro los herejes la confesion de la suya, pusieron de comun consentimiento los dos papeles sobre el cuerpo de Santa Eufemia, vírgen y mártir, en cuyo templo se habia celebrado el concilio, y cerrándolo con su losa y sellándolo, hicieron tres dias oracion; y volviendo despues de ellos al sepulcro de la santa vírgen, hallaron la confesion de los herejes arrojada á sus piés, y la de los católicos en su mano, la cual la santa vírgen, allí delante de todos extendiéndola, dió al emperador Marciano y al patriarca de Constantinopla, Anatolio.»

---

(1) Conc. Chalced., p. 82.

CAPITULO XXII.

Cánones de Calcedonia.—Muere Dióscoro.—En su lugar es electo Proterio.—Promuévense grandes turbulencias en el Egipto.—Los herejes eligen por obispo de Jerusalen á Teodosio.—El Concilio de Calcedonia es recibido en Occidente.—Irrupcion de los hunos.—Muerte de Pulqueria.—Asesinato de Valentiniano III.—Encadenamiento de crímenes.—Muerte de Marciano.—Le sucede el procónsul Leon.—El Papa y el emperador consolidan la autoridad del Concilio de Calcedonia.—Otros acontecimientos que tuvieron lugar hasta la muerte de San Leon.—Obras de este santo Pontífice.—Decretales célebres

Fueron varios los cánones formados en el concilio de Calcedonia. Los griegos cuentan hasta treinta, incluyendo en ellos el de las prerogativas de la Iglesia de Constantinopla, que es el veinte y ocho, segun que anteriormente hemos dicho. Sin embargo, los latinos cuentan tan sólo veinte y siete, que son los recibidos por toda la Iglesia.

Los diversos ejemplares de las actas de este Concilio no observan el mismo órden de sesiones y de materias que en ellos se trataron. Esta dificultad se salva con facilidad si se atiende á que los obispos de las Sillas principales llevaban á los concilios sus notarios particulares, y les hacian trasladar ó copiar las actas segun lo que cada uno necesitaba. Atendian principalmente á copiar con el mayor cuidado todo aquello que era de interes de la Iglesia universal, como son los puntos de dogma y de disciplina general; pero en cuanto á los asuntos particulares, recogian lo que les era de interes, y por lo regular no ponian en sus actas lo que no era para ellos de gran importancia.

Dióscoro, acérrimo defensor de la herejía eutiquiana, murió al poco tiempo miserablemente en su destierro de Paflagonia. Para sucederle en la Silla de Alejandría fue elegido Proterio, el cual habia sido nombrado

su vicario por Dióscoro cuando partió al concilio. Estaba dotado de una gran prudencia y resplandecian en él grandes virtudes. Su misma rectitud le causó muchos disgustos por los que estaban acostumbrados á ser gobernados por un Prelado á quien le era indiferente el modo de vivir de cada uno.

Grandes y terribles turbulencias se promovieron en el Egipto á causa de poner el nuevo patriarca en ejecucion los decretos canónicos. El emperador quiso castigar al pueblo de Alejandría y poner coto á sus desórdenes, prohibiendo los espectáculos públicos y los baños, y cortándose la distribucion ordinaria de granos; pero estas medidas, léjos de aplacar la sedicion, le dieron nuevo empuje, por lo que fue necesario suspenderlas. No fueron los monjes los que ménos parte tuvieron en aquellos tumultos que alteraron la paz de la ciudad. Inficionados por los errores, se manifestaron contrarios al nuevo patriarca Proterio, al que más adelante veremos derramar su sangre en defensa de la fe.

Por este mismo tiempo (452) habia en Palestina un monje intrigante y vicioso que habia sido convencido de muchos vicios, y en otro tiempo hasta habia sido arrojado de su monasterio. Llamábase Teodosio. En ocasion en que se hallaba en Egipto se opuso furiosamente á Dióscoro, entónces patriarca, por lo que se le condenó á ser azotado públicamente, haciéndole pasear las calles sobre un camello. Veamos lo que acerca de este hombre turbulento, que despues ocupó la Silla episcopal de Jerusalen, nos dice uno de los más acreditados historiadores de la Iglesia: «La faccion del monje Bársumas vino muy á tiempo para animar las esperanzas de Teodosio en la infamia que acababa de sufrir; pero le era preciso sacrificarse á Dióscoro, autor de aquel ultraje, en lo cual su bajeza de alma no halló tropiezo alguno. Teodosio fué, pues, al concilio de Calcedonia, volvió inmediatamente despues á Palestina, y clamó por todas partes, con una desvergüenza y audacia desenfrenada, que el concilio habia hecho traicion á la fe, restableciendo la herejía de Nestorio, y reconocido en Jesucristo dos personas que era necesario adorar.

«La emperatriz Eudosia, retirada á esta provincia desde su viudez, no habia depuesto aun sus celos contra Pulqueria: así es que fácilmente se preocupó contra un concilio que protegia á su rival, y se declaró á favor de la faccion del monje Teodosio, que por este medio llevó tras sí en poco tiempo la mayor parte de los monjes y del pueblo. Cuando Juvenal de Jerusalen regresó de Calcedonia, donde por último se declaró

generosamente por la buena doctrina, intentaron hacérsela abjurar, pero con tal violencia y con un desórden tan espantoso, que se tuvo por muy feliz en poder regresar á toda prisa á buscar un asilo en Constantinopla. Sobornaron á un malvado para que le asesinase; pero erró el golpe, y queriendo de un modo ó de otro ganar su estipendio, mató á Severiano, obispo de Scitópolis.

«Quedando entónces libre el campo á los cismáticos, se juntaron en Jerusalen y eligieron obispo suyo á Teodosio, el cual ordenó á otros para muchas ciudades de la Palestina, especialmente en las Sillas de los que no habian vuelto aun de Calcedonia (1). El gobernador de la provincia estaba distante y ocupado con sus tropas contra los bárbaros. Durante su ausencia lo trastornaron todo, y tomaron sus medidas para no temerle á su regreso. Para esto no se detuvieron en abrir las cárceles y en dar indistintamente libertad á todos los criminales, los cuales, unidos á la gente de Teodosio y Eudosia, se atrevieron á cerrar las puertas de la ciudad al que tenia en el país toda la potestad del emperador. Ejercióse la más violenta persecucion contra el que no abrazase la comunion de Teodosio; tuvieron la osadía de fulminar anatemas al Concilio de Calcedonia y al papa Leon; saquearon los bienes de unos, quemaron las casas de otros, golpearon y azotaron cruelmente, y maltrataron indignamente á las mujeres más ilustres; y por fin hubo muchos mártires. Así ocupó Teodosio cerca de dos años la Silla episcopal de Jerusalen (2).»

En las provincias del Occidente fueron muy bien recibidas las decisiones del santo Concilio. Los obispos en número de cuarenta y cuatro de una vez manifestaron á San Leon el respeto y veneracion con que habian recibido su carta á Flaviano, que se habia dignado enviarles. Los cisalpinos en su contestacion, que es una carta sinodal como la de los cuarenta y cuatro obispos de la Galia, declaran que han leido en su Concilio la carta á Flaviano, que la han hallado conforme á las santas Escrituras y escritos de los Padres, y que en su consecuencia condenan los nuevos errores suscitados contra el adorable misterio de la Encarnacion.

Como vemos, el santo Pontífice Leon tenia alternativas de dolor y de consuelo: empero lo que vino á abismarle de pesar fue la irrupcion de

---

(1) Niceph., lib. 15, c. 9.
(2) Berault-Bercastel. Lib. XVI, núm. 58.

hunos. Sin embargo, su conducta para con Atila es un hecho que justifica plenamente el título de *Grande*, que se le ha dado, aun á los ojos de los que no quisieran reconocerle como Jefe Supremo de la Iglesia y uno de sus más ilustres Doctores.

Las ciudades de Colonia, Tréveris, Rhems, Besanzon y otras habian sido arruinadas por aquellos bárbaros, que pusieron en el mismo peligro á Paris y Troyes. La primera de estas poblaciones debió su salvacion á Santa Genoveva, que entónces era objeto de grandes persecuciones, y cuya muerte estaba resuelta. Ella la esperaba tranquila, porque el morir por Jesucristo y su religion era la mayor dicha que podia apetecer. Cuando ya iba á ser sacrificada llegó á Paris el archidiácono Auxerre, el cual, reconociendo las grandes virtudes de la ilustre vírgen, tomó su defensa y habló á sus enemigos de este modo: «Nada intenteis contra esta santa vírgen; siempre tendré presente las palabras con que oí muchas veces celebrar sus virtudes al santo obispo German.» Entónces los parisienses pusieron toda su confianza en la vírgen que ántes era objeto de su persecucion, y tomaron sus consejos, quedando firmes en la ciudad, no refugiándose en las plazas vecinas, que por último fueron saqueadas. Viendo, pues, el feliz resultado que tuvieron las precauciones que tomaron por su consejo, empezaron desde entónces á venerarla, tributándole gracias por los favores que á todos habia dispensado en los dias de la calamidad. Hasta los príncipes y reyes hablaban de ella con respeto, siendo muy particularmente honrada por Clodoveo.

La ciudad de Troyes fue salvada igualmente por el valor y la intrepidez del obispo San Lupo, que cuando el formidable ejército de los hunos avanzaba hácia ella, salió al encuentro de Atila, príncipe feroz, cuya pintura hace de este modo Berault-Bercastel: «Era de mediana estatura, pero de espaldas anchas, pecho abultado y cabeza enorme: los ojos pequeños pero penetrantes, la nariz roma, los cabellos desordenados y el color muy oscuro, de manera que su aspecto, unido á la fiereza de su andar y los movimientos convulsivos que le agitaban de contínuo, bastaban para inspirar terror y justificaban el nombre de Azote de Dios, que él se complacia en tomar.» Sin temor de ninguna clase, San Lupo, que deseaba como buen pastor sacrificarse por sus ovejas, salió al encuentro de Atila y le preguntó qué queria ó qué buscaba. «¿Ignoras quién soy? respondió el bárbaro: el azote de Dios vengador cumple su destino.» Entónces el santo Prelado le replicó: «Y yo soy un lobo despojado de su ferocidad, y encargado de guardar el re-



San Leon el grande, sale al encuentro de Atila.

baño del Dios de las misericordias. Perdonad á las débiles ovejas y herid tan solamente al pastor.» El feroz Atila no pudo ménos de admirar tanta grandeza de alma y serenidad tan admirable; y Dios permitió que en el instante se humanizasen sus sentimientos y renunciase á apoderarse de Troyes, que quedó libre de tan terribles enemigos.

Entró en los planes de Atila el tomar á Roma; pero sus mismas tropas, que no se atrevian á desobedecerle, temian emprender esta conquista, porque miraban á Roma como una ciudad santa cuyo ataque seria para los hunos de funestos resultados. Cuando se disponian para entrar en aquella capital, el papa San Leon con el báculo pastoral en la mano y revestido con sus ornamentos pontificales, como celosísimo pastor y jefe supremo de la Iglesia, salió al encuentro de Atila, hablándole con enérgicas palabras. Aquel príncipe feroz tembló ante el gran Pontífice, cuya influencia sostenia sola entónces la grandeza de Roma, más bien que el mismo poder imperial. Atila, segun la tradicion, se retiró aterrado, por haber visto al lado de San Leon á San Pedro, armado de una espada y en actitud amenazante (1), y así hizo cesar las hostilidades y se retiró á la parte del Danubio, prometiendo hacer la paz (2).»

Poco despues de estos sucesos murió la emperatriz Pulqueria, en el año 453, ó como quieren otros en el 454, lo que causó una profunda pena á todas las almas buenas que reconocian las grandes virtudes que la adornaban. Aunque ya nos hemos ocupado diversas ocasiones de esta ilustre princesa, reasumiremos en dos líneas sus hechos principales. Fue hija del emperador Arcadio y hermana de Teodosio el jóven, y habia nacido en Constantinopla el año 398. En 414 fue nombrada Augusta, compartiendo con su hermano el poder imperial; mas en 450, por muerte de Teodosio, se halló sola dueña del trono de los Césares. Entónces se asoció á Marciano, casándose con él, más para que le ayudase á llevar el peso de la corona que para tener un esposo, pues le hizo prometer que guardaria con ella perpétua continencia, lo que cumplió con fidelidad. El concilio de Calcedonia dió á Pulqueria todos los elogios debidos á una mujer tan grande y tan santa como ella; elogios que seguramente habia merecido, pues que en medio del resplandor de las grandezas terrenas, se ofreció al mundo como un acabado modelo de todas las virtudes. Fue durante su vida muy celosa por la gloria de Dios,

(1) Alzog., Hist. univ. de la Iglesia. Primer período, 2.ª época, § CXXX.
(2) Berault-Bercastel. Lib. XVI, núm. 64.

humilde, caritativa y misericordiosa, amante de las ciencias y de la prosperidad de los pueblos, habiendo sido gloriosa en milagros ántes y despues de su muerte. Tenia cuando murió cincuenta y seis años de edad, y la Iglesia la venera con culto público el dia 10 de setiembre. Nunca el imperio se vió más feliz y floreciente que cuando su hermano Teodosio dejó que ella le gobernase por sí misma.

El emperador Valentiniano III murió tambien algun tiempo despues (455); pero su muerte fue bien diferente de la de Pulqueria. Este príncipe descendió bien jóven al sepulcro, pues sólo contaba treinta y seis años cuando pereció, siendo su incontinencia y abominables excesos la causa que acabó con su vida. Se habia enamorado ciegamente de la mujer de Máximo, uno de los primeros señores de Occidente; pero esta mujer, aun más recomendable por su virtud que por sus prendas naturales, resistió fuertemente á la seduccion. Desesperado Valentiniano por tal repulsa, la sorprendió un dia brutalmente, satisfaciendo su pasion y llegando hasta los mayores excesos. Apénas ella se vió libre, corrió presurosa á dar cuenta á su esposo de su deshonra, y murió á las pocas horas.

Máximo, que era descendiente del emperador del mismo nombre que habia reinado algun tiempo en las Galias, determinó quitar la vida al que le habia causado tal ofensa, vengando de este modo el ultraje y la ofensa de su esposa y su propia deshonra; pero al mismo tiempo concibió deseos de suceder á Valentiniano en el imperio, no sin comprender que aunque vacase el trono no podia aspirar á él en tanto que viviese Aecio, que debia suceder á Valentiniano. Con este motivo se siguieron los crímenes. Máximo se presentó al emperador, demostrando la mayor serenidad y no dando á comprender que sabia el oprobio de su mujer. Manifestando un gran celo por los derechos del emperador, trató de persuadirle de que Aecio, que se hallaba enorgullecido por sus victorias, aspiraba al imperio, y que conspiraba para llegar á él. Impulsado por la cólera Valentiniano, mató á puñaladas por sus propias manos á Aecio, uno de los más fieles capitanes de su ejército. Al poco tiempo, y en ocasion en que el emperador se paseaba por el campo de Marte, fue asaltado por asesinos comprados por Máximo, los cuales públicamente le mataron á puñaladas, como él mismo habia muerto á Máximo. Despues de este horrible suceso, Máximo fue reconocido emperador y se desposó con Eudosia, viuda del emperador, que ignoraba que su nuevo esposo habia sido el asesino del primero. ¡Cuán tristes fueron las conse-

cuencias de tales sucesos! Apénas Eudosia hubo descubierto la trama, y prefiriendo el cautiverio de los bárbaros al de un esposo tan infame, invitó á Genserico, rey de los vándalos, á que viniese á apoderarse de Roma. Cuando los bárbaros se aproximaron á la ciudad, Máximo no pensó mas que en huir vergonzosamente, y haciéndose de este modo despreciable, atentaron contra su vida, siendo asesinado por los antiguos criados de Valentiniano, los cuales arrojaron su cadáver al Tíber.

Dios preparaba entre tanto otro nuevo triunfo al gran Pontífice San Leon. Cuando Genserico avanzaba en direccion á Roma, Leon le salió al encuentro hasta seis millas de la ciudad; y si es verdad que no pudo conseguir que la ciudad se libertase del saqueo, logró que no se cometieran hostilidades contra los que hubiesen hallado un asilo en las basílicas de San Pedro, San Pablo y San Juan de Letran, ni aun que fuesen siquiera visitadas por los vándalos. El resto de la ciudad sufrió un saqueo de catorce dias, llevándose los bárbaros inmensas riquezas y hasta los vasos sagrados de oro y plata que Tito trajera en otro tiempo de Jerusalen, que hasta entónces habian sido guardados con el mayor cuidado, pero que nádie se acordó de ocultarlos en ninguna de las tres basílicas respetadas por Genserico. Entre la multitud de cautivos que hicieron se encontraron la emperatriz misma que habia llamado á los vándalos, junto con sus dos hijas Eudosia y Placidia, que fueron conducidas á Cartago.

Estos acontecimientos contribuyeron en gran manera á la conversion de la otra Eudosia, viuda del emperador Teodosio y madre de la emperatriz de Occidente. Aquellos terribles castigos le hicieron conocer que no seguia buen camino profesando la herejía de Eutiques. Consultó, pues, voluntariamente con varones virtuosísimos, y convencida de la verdad, ganosa de asegurar la salvacion de su alma, abjuró públicamente la herejía en Jerusalen y entró en la comunion de la Iglesia, en la que perseveró hasta el fin de su vida.

En el año 457 murió Marciano, y á consecuencia de esto los eutiquianos causaron notables disgustos y grandes trastornos en el Egipto. Timoteo Eluro, monje turbulento que habia sido excomulgado por Proterio de Alejandría, abusando de la sencillez de los monjes sorprendió á muchos, y entrando con ellos en Alejandría acobardó á los católicos y se apoderó de la iglesia principal, é hizo que dos obispos condenados y desterrados le consagrasen obispo de Alejandría. Despues los mismos que le protegian buscaron el viérnes santo al obispo Proterio

en la misma iglesia, y le asesinaron con la más atroz inhumanidad, arrastrando su cuerpo por las calles de la ciudad, quemándole despues y echando sus cenizas al viento. Otros seis más murieron con aquel santo prelado. Desde entónces Timoteo hizo de obispo de Alejandría con entera libertad, anatematizó el concilio de Calcedonia y persiguió á los obispos católicos de Egipto, precisándolos á huir ó esconderse. Todo esto llegó á conocimiento de San Leon por Anatolio, é inmediatamente escribió al emperador Leon á 9 de Junio de 457, á fin de que sostuviera la autoridad del concilio de Calcedonia y procurase sostener la paz de Alejandría, desterrando al usurpador Timoteo y haciendo consagrar un nuevo obispo católico para aquella Silla. Ademas el santo Pontífice escribió otras cartas á los obispos de las Sillas principales (1).

Hallábase el emperador indeciso sin saber qué partido tomar, y por fin escribió una circular á cerca de sesenta obispos de las Sillas principales para que tuviese cada uno un sínodo con sus sufragáneos, y tratasen del Concilio de Calcedonia y de la ordenacion de Timoteo. Consérvase una coleccion de las respuestas dadas al emperador en número de treinta y seis, cada una firmada por muchos obispos, lo que forma una gran autoridad. Entre tanto el Papa escribió por su parte varias cartas á los obispos egipcios, que habian huido á Constantinopla, para consolarlos y alentarlos. El emperador consultó tambien con los solitarios más célebres por sus virtudes y austeridades, y tranquilizado con las unánimes contestaciones no pensó mas que en hacer ejecutar las decisiones del Concilio, y mandó al gobernador de Alejandría expulsase á Timoteo Eluro é hiciese elegir nuevo patriarca.

El Papa, que ya habia escrito á Anatolio avisándole que algunos de sus clérigos favorecian á los herejes, volvió á escribirle nuevamente, y le decia: «Tiempo ha que te escribí que no sufras á ningun eutiquiano en el clero; y ahora sabiendo que Atico ha llegado á la insolencia de disputar en la misma iglesia contra el concilio de Calcedonia, me veo precisado á hablarte con más vehemencia contra tu disimulo, pues lo que debias de hacer sin necesidad de que te se advirtiese, extraño que lo descuides despues de habértelo escrito claramente. Por tanto te amonesto sériamente, y protesto que no disimularé más, si conservas más tiempo en tu comunion á ese hombre pestilencial. Más quiero que se enmiende, que no que perezca; pero si quiere permanecer en la comu-

(1) Amat. Hist. Ecc. T. VI, lib. VI, c. III, art. III.

nion eclesiástica, es menester que en el mismo lugar en que ha disputado contra la fe, claramente la predique, y condene en presencia del pueblo cristiano todas las partes de la herejía de Eutiques; pues tu disimulo te seria de gran nota, si Atico y Andrés, compañeros de su impiedad, ni se corrigiesen ni fuesen separados.»

El Ilmo. Sr. Amat, en cuya Historia Eclesiástica encontramos el documento que acabamos de reproducir, nos da á continuacion los siguientes pormenores é importantes noticias:

«El Papa, conociendo la importancia de este asunto y viendo la flojedad de Anatolio, dió parte al emperador, á quien escribió el mismo dia (1), y despues lo encargaba tambien al clero de Constantinopla. Anatolio respondió al Papa manifestando sentir la eficacia con que le acordaba su obligacion: Atico envió al Papa un escrito para justificarse, en que decia que Eutiques habia sido su enemigo. Y el Papa en Marzo de 458 responde á Anatolio que sus amonestaciones no nacian sino de la caridad y del celo de su buena fama: que en nada ofendia su honor, una vez que le daba comision para examinar lo que se le habia dicho: que el mismo Atico en su escrito confirma las sospechas; pues nada tiene que ver la enemistad particular, que tal vez se halla entre católicos, con la herejía, que la fe condena; é insiste en que Atico haga una pública y clara confesion de fe (2).

«El emperador instaba á San Leon que pasase á Constantinopla para tratar los asuntos de la Iglesia. Pero el Papa le respondió que no era necesario su viaje, porque no era menester nuevo concilio, ni habia asunto nuevo que tratar, sino insistir sériamente en que se cumpliese lo acordado en el de Calcedonia, pues los disturbios de la Iglesia no tendrán fin si las disputas han de renovarse siempre que se les antoje á los herejes. Bajo de este principio se negó tambien despues el Papa á que se diese lugar á conferenciar ó disputar sobre doctrinas, y ofreció enviar unos legados que le pedia el emperador, previniendo expresamente que no irian á disputar de lo hecho en Nicea y Calcedonia, sino únicamente á instruir á los que con docilidad lo deseasen. Esta carta es de 22 de Marzo de 458, y los legados fueron en el Agosto inmediato, y por ellos parece que envió el Papa la célebre carta al emperador Leon,

(1) S. Leon. Ep. 156.
(2) S. Leon. 163.

que puede compararse con la de Flaviano, por contener tambien una completa y sólida instruccion contra la herejía eutiquiana.

«Finalmente el emperador quitó de Alejandría á Timoteo Eluro, y le permitió pasar á Constantinopla, donde se fingió católico. El Papa avisó al emperador que la profesion de Eluro no era sincera, y cuando lo fuese, el horror de sus crímenes le hacia indigno de ocupar tan grande Silla. Algunos años despues un monje expelido de su monasterio por ser eutiquiano, llamado Pedro Fulon el Batanero, por haber ejercido este oficio, movió grandes disturbios en Antioquía. Trataba de nestoriano al obispo Martirio, que estaba ausente. Añadia al Trisagio: *Vos que fuisteis crucificado por nosotros, tened piedad de nosotros*, para atribuir la pasion no al Hijo solo, sino á toda la Trinidad. Con esto empezó á dividirse el pueblo. Cuando volvió Martirio, viendo que el partido contrario iba en aumento, resolvió retirarse, y dijo públicamente en la Iglesia: *Renuncio al clero poco subordinado, al pueblo inobediente y á la Iglesia impura, reservándome sólo la dignidad del sacerdocio.* Con esto Pedro Fulon se apoderó de la Silla vacante: pero luego que el emperador lo supo, le desterró á Oasis, y él se mantuvo escondido hasta el imperio de Basilisco.»

El santo celo, la prudencia y reconocida sabiduría de San Leon consiguieron lograr la calma de la Iglesia, y murió el año 461, sin que se sepa con certeza el dia, aunque Artaud de Montor cita el 11 de Abril. Su pontificado fue de veinte y un años, durante los cuales dió repetidas pruebas de la grandeza de alma de que se hallaba revestido y de las singulares prendas que le adornaban: «Su modo de escribir, dice un historiador, es noble; puro su estilo, para el tiempo en que escribia; su elocuencia digna de los siglos más floridos, en extremo sensible y patética, como se ve en la mayor parte de sus sermones.»

Este santo Pontífice mandó añadir en el cánon de la Misa estas palabras: *Sanctum sacrificium*, *inmaculatam hostiam.* No falta quien asegura que tambien mandó decir: *ite missa est* y *Benedicamus Domino,* pero esto no es cierto.

Segun lo que se infiere de la carta 84, se cree que San Leon es el primero que envió nuncios cerca de los príncipes; y en efecto, en una carta que envió á Marciano, y de la que nos ocupamos á su tiempo, el Papa empieza suplicando al emperador que trate con benevolencia al obispo Juliano, y añade estas palabras: «Os suplico que recibais con afecto á vuestro venerador mi hermano el obispo Juliano; sus deferen-

cias equivaldrán á la imágen de mi presencia. Confio en la sinceridad de su fe; le he delegado mis poderes contra los herejes de nuestra época, y he exigido que con motivo de la guarda que ha de tener de las iglesias y de la paz, no se aleje de vuestra persona. Dignaos escuchar, como procedentes de mí, sus observaciones para la concordia de la unidad católica.»

En cuatro ordenaciones, hechas siempre en el mes de Diciembre, creó ciento ochenta y cinco ó ciento ochenta y seis obispos, ochenta y un presbíteros y doce diáconos, aunque algunos dicen treinta y uno. San Leon fue el primer papa trasladado á San Pedro, pues sus antecesores habian sido sepultados en los subterráneos al lado del santo Apóstol, ó en el pórtico. Su cuerpo ha sido trasladado cuatro veces: la primera en el reinado de Sergio I en 688, que le hizo trasladar del atrio de la antigua basílica al interior. Gregorio XIII por los años de 1580 le hizo trasladar á la capilla que en su honor hizo erigir en la actual basílica. La tercera traslacion se verificó por Paulo V en 1607. Como quiera que en tiempo de este Pontífice fuese encontrado el cuerpo cási entero con las insignias pontificales y el pálio, ordenó que tan preciosa reliquia fuese colocada debajo del altar de la Bienaventurada María *della Colonna*, donde descansaban los cuerpos de los santos Leon II, III y IV. En suma, Clemente XI en 1715, dejando á los tres que acabamos de citar debajo del altar, mandó que se exhumara el cuerpo de San Leon *el Magno* el dia 11 de Abril, en que se celebra su fiesta, y le hizo trasladar en solemne pompa al altar de su nombre, levantado anteriormente por Inocencio X. En este altar admiran los inteligentes el célebre bajo relieve de Alejandro Algandi, que representa al santo saliendo al frente de Atila, en cuyo cuadro se ve la aparicion de San Pedro y San Pablo, que produce un hermoso efecto en aquella composicion; San Leon señala los dos apóstoles á Atila y le amenaza con su cólera. Es seguramente una de las mejores obras de escultura moderna.

Son muchos los autores que hablan detenidamente de San Leon y de sus obras, y su enumeracion y juicios unánimes nos ocuparian algunos pliegos. Así pues, sólo diremos que nos han quedado de este gran Pontífice noventa y seis sermones sobre las principales fiestas del año, cuyos misterios trata con una claridad y uncion admirables. Consérvanse tambien ciento cuarenta y una cartas, entre las que hay algunas decretales, dignas de especial recordacion. En una de ellas, dirigida á Teodosio de Frejus, habla del modo siguiente acerca de la misericordia divina:

«No debemos ser difíciles en la dispensacion de los dones de Dios, ni despreciar las lágrimas de los que se acusan; sino creer por el contrario que es Dios quien les inspira al espíritu de compuncion. Si pierden el uso de la palabra, basta que den señales de una razon libre, ó que algunas personas dignas de fe atestigüen que pidieron la penitencia.»

En cuanto al bautismo, dice en otra de sus cartas que respecto de los que fueron hechos cautivos ántes del uso de la razon, y no conservaran memoria alguna de haber sido bautizados, se debe averiguar con el mayor cuidado si hay alguna prueba de su bautismo; y si no la hay es necesario bautizarlos, sin temor al peligro de reiterar el sacramento, de donde infiere y con razon Berault-Bercastel, que aun no estaba en uso el bautismo bajo condicion.

Hemos visto cómo se ha ido desarrollando la disciplina de la Iglesia sucesivamente, y explicándose los puntos principales del dogma al paso que se iban presentando las ocasiones. San Leon ha sido el primer Papa que ha dejado una coleccion de escritos, y al que se le ha dado el sobrenombre de Grande: lo fue en efecto por su celo en defender la fe católica; por la fundacion y reparacion de muchas iglesias, por la sabiduría con que trabajó por la paz de la Iglesia; por el valor con que se presentó á Atila, y despues á Genserico, y por las demas cualidades que le adornaban. Dios le suscitó en su altísima providencia para que fuese en dias calamitosos el decoro del santuario y un magnífico defensor de la fe católica.

CAPITULO XXIII.

San Hilario, papa.—Celébranse algunos concilios en la Galia.—Sucesos de España.—Hecho prodigioso de San Marcelo, abad.—Leyes del emperador Leon favorables á la Iglesia —Pedro Fulon, intruso en la Silla de Antioquía.—San Simplicio sucede á San Hilario en la Sede Pontificia.—Ruina del imperio de Occidente.—Odeacre, rey de Italia.—Zenon, emperador en Oriente.—Basilisco protege á los herejes.—Zenon y Acacio ocasionan un nuevo cisma.—Célebre Henótico del emperador Zenon.

No hay duda que la Iglesia experimentó una gran pérdida con la muerte de San Leon el Magno, ilustre Pontífice que supo elevarla á un alto grado de esplendor y de gloria, siendo un verdadero sustentáculo de la fe ortodoxa, luz brillante que colocó el Señor sobre el candelero de su Iglesia para que iluminase el mundo con su doctrina, siendo el fiel intérprete de la voz de Pedro. Para sucederle en la Sede Apostólica fue elegido San Hilario, que habia nacido en la isla de Cerdeña y se habia dedicado desde muy jóven á la carrera eclesiástica, en la que habia prestado grandes servicios á la religion. Siendo diácono cardenal nombrado por San Zósimo, fue elevado á la suprema dignidad de la Iglesia en 12 de Noviembre de 461. La alegría que su elevacion produjo en el clero y pueblo romano, como asimismo en todos los obispos del mundo cristiano, dió á comprender que era merecedor de aquella dignidad y que sus grandes virtudes eran generalmente conocidas y estimadas.

Fue muy extraordinario el celo que demostró este santo Pontífice en favor de la Religion y los cuidados con que procuró la exacta observancia de la disciplina eclesiástica. Durante su pontificado se celebraron algunos concilios en la Galia. Uno de estos fue el de Vannes, en el que se trabajó por mantener la pureza de las costumbres del clero. En él se prohibió á los sacerdotes, diáconos y subdiáconos asistir á convites ú otra clase de reuniones donde pudiese oirse algo que ofendiese á la pu-

reza. Tambien se prohibió á los clérigos bajo pena de excomunion el recurrir á los tribunales civiles sin el consentimiento de su respectivo obispo. Confirmóse al mismo tiempo la prohibicion que ya existia para los clérigos de viajar sin licencia de su obispo, y se hizo extensiva á los monjes, á los que se les impone maceraciones y otros castigos si contravinieren.

Dícese que San Hilario prohibió terminantemente que ningun obispo eligiese su sucesor, y mandó que se observase con la mayor exactitud el cánon del concilio de Nicea contra las traslaciones de los obispos de una Silla á otra. Tocante á lo primero sabemos que los obispos de la provincia de Tarragona en España consultaron á la Santa Sede sobre la causa de Ireneo, á quien Nundinario, obispo de Barcelona, al tiempo de morir habia pedido por sucesor suyo, sin embargo de que ya era obispo de otra ciudad. Esta cuestion, así como la causa de Silvano, obispo de Calahorra, el cual habia ordenado un obispo que no pedia el pueblo, y obligado á un presbítero de otra diócesis contra su voluntad, fueron examinadas en Roma en un concilio presidido por el Papa San Hilario, y al que asistieron más de cuarenta obispos. Á Silvano se le perdonó en atencion á las grandes instancias de los principales ciudadanos y magistrados de España, pero apercibiéndole de que en adelante fuese más observador de los cánones, y se prohibieron las traslaciones con la mayor severidad; y á Ireneo se le mandó bajo pena de excomunion que volviese á su obispado, disponiéndose que el clero de Barcelona eligiese nuevo obispo y fuese en seguida consagrado para aquella Sede episcopal (1). En este concilio se formaron cinco cánones, que publicó el Sumo

---

(1) Son curiosas las dos siguientes notas que sobre estos asuntos, encontramos en la *Historia de la Iglesia* de Berault-Bercastel, que reproducimos con gusto por versar sobre asuntos de la Iglesia de España.

La primera, que dice relacion á Silvano, es del tenor siguiente: «Era Silvano de un carácter indócil y temerario, activo y emprendedor, sin que bastasen á hacerle retroceder las reglas de los Padres, ni las ordenaciones de la Silla Apostólica, ni los cánones y decretos de los sínodos, ni los derechos de su metropolitano, que era el arzobispo de Tarragona. Por dos veces se atribuyó la autoridad de ordenar obispos, no sólo sin noticia y consentimiento del metropolitano, sino aun sin que lo pidiese el pueblo y sin la asistencia tan expresamente requerida por los cánones de dos de sus colegas, los cuales rehusaron siempre concurrir á sus ilícitas ordenaciones. Primero consagró á un párroco de otra diócesis, repugnándolo este, ó bien erigiendo su parroquia en Silla episcopal como dicen unos, ó bien segun otros para que sucediese á su propio obispo.

En vista, pues, de la inutilidad de todas las amonestaciones de su metropolitano de Tarragona, y del poco caso que hacia de los saludables consejos de todos los prelados de su

Pontífice y aprobaron por aclamacion todos los obispos. El quinto y último de ellos confirma el derecho de las elecciones, en contra de la temeridad de aquellos obispos que al morir señalaban sucesores para sus Sillas.

La Iglesia se hallaba tranquila y el emperador Leon la protegia, habiendo publicado muchas leyes que le eran favorables. Entre ellas, la

---

provincia, determinaron estos recurrir á la autoridad de San Hilario, y al efecto le escribieron una carta sumamente honrosa á su persona, en la que protestan que adoran la majestad del Señor, á quien él servia de un modo irreprensible, y su dignidad suprema, cuyo principado, dicen, debe ser amado y temido de todos. Despues le piden que les instruya en el modo con que deben proceder contra Silvano y contra los que han sido promovidos por él, y concluyen de esta manera: «Será para vos un nuevo triunfo, si en los tiempos de vuestro apostolado oyere la Iglesia católica lo que cree la Cátedra de San Pedro, y si mediante vuestra autoridad se viesen arrancadas las nuevas semillas de cizaña.»

Pero aun si cabe es más notable todavía, en honor de la Santa Sede y en testimonio de la veneracion y respeto que la Iglesia de España la profesaba, el principio de esta carta, que vamos á copiar en nuestro idioma. Dice así: «Aunque ninguna necesidad concerniente á la disciplina eclesiástica nos obligase á recurrir á vuestra Sede, con todo eso debíamos procurar ser participantes de los saludables efectos de aquel excelente privilegio que le está concedido, por el cual recibidas las llaves del cielo despues de la resurreccion del Salvador, el bienaventurado San Pedro, derramando su doctrina por el mundo, iluminó á los hombres; cuyo sucesor debe ser reverenciado y amado de todos, así como á todos excede por la superioridad de su principado. Por tanto, nosotros adorando en vuestra santidad con el más profundo respeto á Dios, á quien servís sin querella, recurrimos á la fe, alabada por boca del Apóstol, buscando la respuesta en aquella Sede, *de la cual nada sale con error ó presuncion, sino autorizado con la deliberacion pontifical.*»

La segunda nota, que se refiere al citado obispo de Barcelona, es como sigue:

«Nundinario, obispo de Barcelona, habia puesto por obispo en un lugar dentro de su diócesis á un venerable presbítero llamado Ireneo, con aprobacion del metropolitano Ascanio y de los demas obispos comprovinciales; y al mismo tiempo manifestó sus deseos de que fuese su sucesor. La semejanza de sus laudables y santas costumbres habia conciliado entre ellos esta cordial amistad; por manera que no sólo el clero y el pueblo de Barcelona, sino tambien las personas más distinguidas de la provincia, hicieron instancia, para que á un obispo tan digno como Nundinario se sustituyese otro de no ménos mérito, cual era juzgado Ireneo. Ascanio y sus sufragáneos consintieron y formaron el decreto, porque otras veces, como ellos dicen, se habian concedido semejantes dispensaciones, cuando eran justas, ó necesarias, ó muy ventajosas á la Iglesia.

Sin embargo, no quisieron que un hecho de esta naturaleza quedase afirmado solamente con su autoridad, y celosos del mayor bien acudieron de nuevo á la Santa Sede pidiendo instrucciones. No habian recibido aun contestacion á su primera carta sobre el negocio de Silvano; por lo que en esta segunda remitieron al Santo Padre una copia de aquella renovando sus instancias, y le consultaron el hecho de Nundinario é Ireneo. Contestó San Hilario á las referidas cartas del modo que explican nuestros sabios historiadores, expresando le habian escrito á favor de Silvano varias personas distinguidas y propietarios de Tarazona, Cascante, Calahorra, Bribiesca y otros puntos, cuyas excusas no satisfacieron al Papa; y todos los obispos de la Tarraconense se sujetaron á las decisiones del Soberano Pontífice.»

publicada en el último dia de Febrero de 446 debió su orígen al siguiente prodigioso hecho. Un hombre á quien perseguia, no sabemos por qué causa, el patricio Ardaburo, uno de los más poderosos del imperio, se refugió en un monasterio de acemetas, del que era abad San Marcelo; lo que sabido por Ardaburo, mandó que le fuese entregado. El santo abad rehusó, y aquel mandó soldados con órden de llegar hasta la violencia porque les fuese entregado. Llenos de temor los monjes, instaron con el abad á fin de que entregase al refugiado, á lo que se negó permaneciendo firme en su propósito. Los soldados cumpliendo con las órdenes que habian recibido, pusieron mano á la espada y se dispusieron á llevar á cabo la violencia: mas en el instante advirtieron en lo más elevado del monasterio un gran fuego que empezó á arrojar como rayos en direccion á los soldados. Estos á vista del prodigio se contuvieron, depusieron sus armas, y postrándose en tierra, pidieron perdon al Señor. El mismo Ardaburo pasmado del hecho perdonó en seguida á aquel hombre, dejándole en libertad. Con tal motivo el emperador Leon publicó una ley en favor de los asilos (1), prohibiendo sacar á

---

(1) Los lugares de refugio fueron conocidos entre los Egipcios, los Griegos, los Judíos y los Romanos. En Egipto existió un templo consagrado á Hércules que servia de asilo tan solamente á los esclavos perseguidos por sus señores. *Herodoto* dice que cuando Cadmo edificaba la ciudad de Tébas estableció varios lugares de asilo en los cuales se libertaban de toda pena los esclavos ú hombres libres que conseguian refugiarse en ellos. Más tarde se edificaron otros templos en otros diversos puntos de la costa, que tambien servian de lugar de asilo. En cuanto al pueblo judío, durante el tiempo que anduvo por el desierto no tuvo otro lugar de refugio que el Arca Santa. Luego que ocuparon la tierra de promision, fueron señaladas seis ciudades para este efecto entre las cuarenta y ocho poblaciones que se adjudicaron á los levitas. «*Determinad*, dice el Sagrado Texto, *qué ciudades deben servir de asilo para los fugitivos, que sin querer hayan derramado sangre... Tres de la otra parte del Jordan y tres en la tierra de Chanaam.*» (Num. cap. XXXV, v. 11 y 14). Como se ve claramente por el texto, este asilo no era mas que para los que derramasen sangre involuntariamente para evitar la venganza de los parientes, pero tenian que permanecer en la ciudad de refugio hasta la muerte del Sumo Sacerdote. En Roma, Rómulo á la edificacion de la ciudad señaló un lugar para que sirviese de asilo á los que viniesen de las ciudades circunvecinas; pero este privilegio fue despues abolido por el mismo Rómulo á causa de reclamaciones hechas por los Sabinos y otros pueblos, que usando de represalias perjudicaban notablemente el comercio y relaciones de aquellos pueblos entre sí. Este lugar de asilo establecido por Rómulo era un bosque consagrado á los dioses y que se conocia con el nombre de *Quercetum*, ó bosque de encinas, entre el palacio y el capitolio. El templo de Diana edificado por Servio Julio fue tambien lugar de asilo, así como las estatuas de los emperadores en cualquier parte que estuviesen situadas.

Las bases fundamentales del asilo eclesiástico son: 1.° la clemencia para con los desgraciados; 2.° la enmienda de los delincuentes bajo el régimen severo de las penitencias públicas en proporcion á la gravedad de los delitos; y 3.° la reverencia debida á los tem-

ninguno de las Iglesias ni molestar á los obispos por las deudas de los que en ellas se refugiasen. Esta ley fue muy prudente, pues por su contexto se ve que no se dejaban impunes enteramente los delitos de aquellos que se acogian á sagrado, pues que permitia notificarles la sentencia del juez para que nombrasen procurador que les defendiese, y si rehusaban esto se procedia contra ellos en derecho, y se les vendian sus bienes muebles ó raíces, segun las leyes, en cumplimiento de la sentencia.

Otras muchas leyes se publicaron por el mismo tiempo favorables todas á la religion, confirmándose las antiguas publicadas contra los paganos, y se prohibió bajo pena de destierro perpétuo ejercer en los tribunales las funciones de abogado á cualquiera que profesase otra reli-

---

plos consagrados al Señor, bajo cuyo amparo se acogen los que en ellos se refugian. Si bien el derecho de asilo fue introducido por la costumbre por las causas que acabamos de exponer, el derecho positivo civil y eclesiástico lo reconoció y reguló dándole fuerza y estabilidad. El primer documento legislativo que trata de asilos es la ley del emperador Arcadio del año 397, en la cual no se concede este derecho á las iglesias, sino que se reconoce subsistente. Segun el espíritu de aquella ley y de las demas que se hallan en el Código de Justiniano, la concesion del asilo no tenia por objeto librar de la pena á los refugiados, sino proteger á los desvalidos contra la violencia de sus opresores. Puede comprenderse la importancia de esta proteccion teniendo presente los rigores que se usaban con los esclavos y la dureza de la patria potestad. Por lo demas, *templorum cautela non nocentibus, sed læsis datur á lege*, fórmula de que usó Justiniano en la Novela 17, y que expresa bien claramente la corta extension que entónces tenia esta inmunidad, puesto que se excluyen del asilo los homicidas, los adúlteros y los raptores de vírgenes. En la razon de la ley se ven excluidos todos los que hubiesen cometido delitos graves, y si el emperador excluyó solamente los tres referidos, seria porque entónces ó eran los delitos que se cometian con más frecuencia, ó daban lugar á mayores abusos. Es claro que por el espíritu de la legislacion se veian excluidos los reos de graves delitos, como los incendiarios, parricidas, etc. (*Golmayo. Ins. Cánon.*) Pasada la dominacion romana, en la edad media, el espíritu de unidad de la Iglesia no quedaba satisfecho de aquel modo, y la Iglesia deseaba que se diese mayor extension al derecho de asilo, lo que se realizó cuando los pueblos del Norte se establecieron sobre las ruinas del imperio. Desde entónces el derecho de asilo consiste en que á los refugiados no se les pueda castigar ni con la pena de muerte, ni con la pérdida de ningun miembro, viniendo á sustituir á aquellos castigos las penitencias públicas. Empero esta extension que en la edad media se dió al derecho de asilo, conveniente si se atiende á la tiránica opresion que usaban los fuertes contra los débiles, llegó á ser despues perjudicial cuando cayeron en el desuso las penitencias públicas, pues que entónces quedaban los delitos impunes, y es claro que al abrigo de la inmunidad se fomentaban indirectamente los delitos. En atencion á esto fueron excluidos por la legislacion de las Decretales los ladrones públicos y los taladores nocturnos de los campos (*Cap. VI, de immunit. eccles*); los que cometiesen delito de intento y con la esperanza del asilo (*Ib. cap. X*), y los que matasen espontáneamente y con deliberacion (*cap. 1, de homic. volunt.*). Cavalario y otros escritores quieren que el juez competente en las causas de asilo sea la autoridad temporal; empero los mejores canonistas atribuyen la facultad á sólo la autoridad eclesiástica. Cavalario, apoyándose en lo dicho por Van-Espen, se expresa así: «*sed Decretalis ista nullibi christianorum gentium recepta est:*» en lo cual no hay exactitud,

gion que no fuese católica. Nos haríamos demasiado prolijos si hubiésemos de hacernos cargo de todas estas leyes, debidas al celo del emperador por la prosperidad de la Iglesia.

Entre tanto el papa San Hilario continuaba gobernando la Iglesia con el mayor celo, manifestándose en todas sus disposiciones un gran fondo de sabiduría y una piedad extraordinaria. En 463 mandó á Víctor de Aquitania, matemático que gozaba de gran celebridad, que compusiera un cánon pascual para terminar de un modo todavía más positivo, si era posible, la diferencia suscitada entre los orientales y los occidentales relativamente á la celebracion de la Páscua. Confirmó los concilios generales de Nicea, Éfeso y Calcedonia y la célebre carta de San Leon á

---

pues que en varios reinos, entre ellos España, está vigente la Bula de Gregorio XIV en la parte en que se dispone que el juez eclesiástico decida si el refugiado goza ó no del asilo. Dicho Pontífice añadió á los delitos exceptuados en las Decretales los de herejía y lesa majestad. Diremos por último que el asilo en los antiguos tiempos no se limitaba á las iglesias, sino que se extendia á la circunferencia en treinta ó cuarenta pasos. En el Concilio XII de Toledo se señalaron treinta pasos al rededor, para que los reos no tuviesen precision de estar siempre dentro del templo: y más tarde el papa Nicolás, conservando los treinta pasos, fijó cuarenta para las catedrales. Gozaban de igual derecho todas las iglesias con tal que se celebrasen en ellas los divinos misterios, las casas de los obispos y párrocos estando situadas dentro de los atrios, cementerios, hospitales y otros lugares religiosos, las cruces puestas en los caminos públicos y los sacerdotes cuando llevaban el Santísimo Sacramento. En el concordato celebrado en 1737 entre la Santidad de Clemente XII y la Majestad católica de Felipe V, en los artículos III y IV se quitó el derecho de asilo á las iglesias llamadas *frias*, y á las rurales y ermitas en que no se conserva el Santísimo Sacramento, ó en cuya casa contigua no habita un sacerdote para su custodia, con tal que en ellas no se celebre con frecuencia el Santo Sacrificio de la Misa. Más tarde Clemente XIV, en 1772, mandó á los obispos de España é Indias que con la mayor urgencia, y á lo más dentro de un año, señalasen en cada lugar sujeto á su jurisdiccion una ó á lo más dos iglesias ó lugares de asilo, segun la poblacion, en los cuales únicamente se guardare y observare la inmunidad, segun la forma de los sagrados cánones y constituciones apostólicas (*Nota 1 á la ley 5.ª, tit. IV, lib. I de la Novísima Recopilacion*). En los últimos tiempos cási ha llegado á ser inútil el derecho de asilo, porque se han ido excluyendo muchos delitos, siendo muy pocos los que pueden gozarlo. Con arreglo á la legislacion española, la extradicion de los refugiados se hace por el juez real, prévia la vénia del provisor, párroco ó eclesiástico de mayor categoría de aquella iglesia, prometiendo el juez real al eclesiástico de guardarle en clase de detenido á nombre de la Iglesia, no ofendiéndole en su vida ó miembros. «Formado el sumario, dice Golmayo, y recibida la confesion con cargos y sin perjuicio de la continuacion de la causa, remite al eclesiástico un tanto de culpa con oficio en papel simple, pidiendo la consignacion y llana entrega del reo. Si el juez eclesiástico accede á la consignacion lisa y llanamente, el juez ordinario prosigue la causa como si el reo no se hubiese refugiado á sagrado. Si no cede á la consignacion, porque cree que el delito no está bastante probado, ó que es de los exceptuados, en tal caso hay lugar al recurso de fuerza ante la Audiencia del territorio.» El que necesite más datos sobre esto puede consultar la *Novísima Recopilacion*, ley 6.ª, tit. IV, lib. I.

Flaviano, carta en la que se examina y define, segun hemos visto, toda la controversia acerca del misterio de la Encarnacion, en la que se condenan los errores de Nestorio y de Eutiques y se explica con la mayor claridad la doctrina de la Iglesia católica sobre el mismo misterio. Excomulgó de nuevo á los dichos herejes y sus fautores, y mandó establecer dos bibliotecas en la basílica de Letran. Mandó asimismo que los obispos celebraran anualmente concilios, conforme con el de Nicea, aunque este sólo los exigia cada dos años. En pocas palabras hace el más cumplido elogio de este Pontífice, Bury en su *noticia*, pag. 70, donde dice así: *Hilarius opum neglectu et consiliorum magnitudine, inter sublimes pontifices effulsit.* Esto es: Hilario por el desprecio de las riquezas y lo grande de sus empresas, brilló entre los más sublimes pontífices.

Creó en una sola ordenacion veinte y dos obispos, veinte y cinco presbíteros y seis diáconos. Otros dicen ochenta y seis obispos, cincuenta y ocho presbíteros y once diáconos en tres ordenaciones. Despues de haber gobernado la Iglesia cerca de seis años, murió el 10 de Setiembre de 487, y fue enterrado en las catacumbas de San Lorenzo extramuros junto á Sixto III. La Santa Sede estuvo vacante diez dias, al cabo de los cuales fue elevado á ella

San Simplicio, natural de Tívoli, ciudad situada en los Estados romanos. Era hijo de Castino, y fue electo para sucesor de San Hilario en 20 de Setiembre de 467. Era tan grande su sabiduría, y su piedad tan extraordinaria, que con razon era reputado por uno de los hombres más eminentes de su tiempo. Fue muy importunado por el emperador Leon, el cual por instancias de Acacio, obispo de Constantinopla, queria que aprobase el cánon 28 del concilio de Calcedonia, en el cual, como recordará el lector, se habia intentado conceder el primer lugar á la Sede de Constantinopla despues de la de Roma, lo que habia sido desaprobado por el papa San Leon. Negóse tambien á la reintegracion de Pedro Mongo en la Silla de Alejandría, y á la de Pedro el Batanero, que habia usurpado la de Antioquía.

He aquí las noticias que de este santo Pontífice nos da Artaud de Montor: «Dispuso que las limosnas de los fieles fuesen divididas en cuatro partes; la primera para el obispo, la segunda para el clero, y las dos restantes para la fábrica de las iglesias, para los peregrinos y para los pobres; disposicion confirmada más tarde de una manera positiva por Gelasio I, San Gregorio el Magno, otros Pontífices y varios concilios. Estaba establecido desde San Pedro que los Papas confiriesen siempre

órdenes en el mes de Diciembre. Simplicio fue el primero en conferirlas en Febrero, de modo que despues de él, hasta el siglo IX, todos los pontífices confirieron órdenes ó en el mes de Diciembre ó en la primera semana de Cuaresma, si bien debemos exceptuar á Leon II, que administró este sacramento en Mayo y Junio, y á San Gregorio el Magno, una vez en Setiembre. Sin embargo, ningun Papa confirió órdenes el sábado ántes de Páscua.»

Vamos á dar una rápida ojeada á los sucesos que tuvieron lugar durante el glorioso pontificado de San Simplicio.

El imperio de Occidente iba perdiendo rápidamente su antigua grandeza y tocaba á su próximo aniquilamiento. Nunca se ha visto una sucesion tan rápida de monarcas. Poco despues del saqueo de Roma, fue electo emperador Avito, prefecto del pretorio de las Galias, el cual despues fué á Italia, y habiendo sido vencido por Ricimer, le hizo consagrar obispo de Plasencia. Despues de él fue declarado emperador, con beneplácito del emperador Leon, Mayoriano, el que reinó por espacio de cuatro años, sosteniendo con decoro la púrpura imperial: pero Ricimer, dueño en realidad del imperio, cuando se cansó de él, le quitó el trono y luego la vida. En Agosto de 467 fue proclamado emperador el senador Antonio, pariente de Juliano el Apóstata, y fue muerto violentamente por órden de Ricimer, á quien habia dado su hija en casamiento, en 472. Le sucedió Anicio Olibrio, que murió en Octubre del mismo año, siendo reemplazado por Gliserio, que reinó unos quince meses, al cabo de los cuales fue destronado por Julio Nepote, que le hizo consagrar obispo de Salona en Dalmacia. Este emperador nombró jefe de la milicia al patricio Orestes, el cual se mostró con la más negra ingratitud, pues dos meses despues hizo proclamar á su hijo Rómulo, por otro nombre Augústulo, cuyo reinado duró diez meses, concluyendo con él el imperio de Occidente.

De este modo cayó el más poderoso de los imperios del mundo. Odoacre, rey de los turcilingos y de los herulos, llamado por los del partido de Nepote, se apoderó de Roma en 23 de Agosto de 476. Hizo quitar la vida á Orestes, desterró al jóven Augústulo á la Campania, y no queriendo él tomar el título ni las insignias de emperador, se llamó rey de Italia.

En el Oriente sucedió al emperador Leon en 474 su yerno Zenon. El estado de la Iglesia era entónces bastante triste en todas partes, pues que no habia ni un solo soberano que fuese católico. Esto hubiese dado

ocasion á su completa ruina, si Dios como obra suya no la hubiese sostenido con sus soberanos auxilios.

Fácil, pues, fue por lo tanto levantar la cabeza á los enemigos del concilio de Calcedonia, que con el mayor descaro empezaron á impugnarle. Pedro Fulon salió de su retiro, y Timoteo Eluro volvió de su destierro, en el que habia permanecido por espacio de quince años. Los herejes encontraron un decidido protector en Basilisco, el cual publicó una circular por la que mandaba á todos los obispos que anatematizasen la carta de San Leon á Flaviano y el concilio de Calcedonia. Pedro se fué á Antioquía y Timoteo á Alejandría: durante su viaje obligaba á cuantos obispos encontraba á suscribir la carta del emperador. Acacio de Constantinopla, teniendo de su parte á los monjes y á todos los ciudadanos, resistió valerosamente á Basilisco. Vistióse de luto y cubrió el altar y el púlpito con paños negros.

Tuvo el papa San Simplicio conocimiento de todos estos sucesos, y escribió al emperador en 12 de Enero de 476 exhortándole á que siguiese los ejemplos de Marciano y de Leon, á los que debia el puesto que ocupaba. Tambien escribió á Acacio encargándole que como legado suyo hablase al emperador, y le inclinase á defender la Iglesia y á procurar que terminasen de una vez tantos desórdenes y escándalos. En efecto, no duraron más de un año, pues que Basilisco revocó todo cuanto habia ántes hecho.

Zenon volvió al trono imperial, del que habia sido despojado, en 477, y condescendiendo con las instancias del papa San Simplicio y de Acacio de Constantinopla, acabó de disipar la borrasca que se habia levantado durante el breve imperio de Basilisco. Sin embargo, otra nueva borrasca, cuyos estragos no fueron ménos fatales, vino á levantarse por los mismos Zenon y Acacio. Juan Talaya habia sido elegido para ocupar la Silla de Alejandría en 482, y bien fuese por descuido ú otra causa, no dió cuenta al emperador y al obispo de Constantinopla con la puntualidad que era costumbre hacerlo. Acacio lo tuvo por desaire á su persona, y uniéndose á Pedro Mongo, que era el obispo electo por los herejes, empezaron á desacreditar á Talaya, y entre otras cosas dijeron al emperador que habia jurado no pretender ni ocupar aquella Silla, y que por otra parte Pedro Mongo era muy estimado de todo el pueblo, y que manteniéndole de obispo de Alejandría, seria causa de que se reuniese toda la iglesia del Egipto, lo que apoyó el mismo Pedro enviando con este objeto diputados al emperador, que en su nombre le ofrecieron dicha reunion.

Dejóse engañar Zenon, y creyendo todo lo que le decian se puso á favor del hereje, pero no se atrevió á tomar resolucion hasta tanto que lo consultase con el Santo Padre, para cuyo efecto le escribió. A este tiempo el Papa habia recibido ya la carta sinodal de Juan Talaya, y se disponia á confirmarlo en su Silla; mas por respeto al emperador aplazó la confirmacion, lo que manifestó á Zenon: pero en cuanto al restablecimiento de Pedro Mongo, no lo consintió, y le decia entre otras cosas: «Ha sido cómplice, y aun jefe de los herejes: la promesa que hace ahora de abrazar la verdadera fe puede á lo más hacerle entrar en la comunion de la Iglesia, pero no elevarle al episcopado, donde una fingida abjuracion facilitaria la propagacion del error; y esto es muy de temer, pues los que le desean pastor son los mismos que con él se separaron de la Iglesia.» En iguales términos escribió al obispo de Constantinopla.

Léjos de mostrarse sumiso el emperador Zenon á las decisiones de San Simplicio, se irritó sobremanera contra él, y por propia autoridad hizo echar á Juan de Alejandría, colocando en su Silla á Pedro, el cual tomó posesion de ella, y cediendo á las persuasiones de Acacio, el mismo Zenon publicó el famoso edicto de union en griego *Henótico*, dirigido á los obispos y pueblos de Alejandría, Egipto, Libia y Pentápolis, que en sustancia dice así (1): «Para facilitar la union de las Iglesias hacemos saber que no recibimos otro símbolo que el de los Padres de Nicea, confirmado por los de Constantinopla y seguido por los de Éfeso. Recibimos los doce capítulos de Cirilo de feliz memoria, y confesamos que nuestro Señor Jesucristo, Dios, Hijo único de Dios, que en verdad encarnó consubstancial al Padre segun su Divinidad, y consubstancial á nosotros segun su humanidad, es un solo Hijo y no dos. Decimos que el mismo Hijo de Dios es el mismo que hizo milagros, y padeció voluntariamente en su carne. De ningun modo admitimos á aquellos que dividen, ó confunden la naturaleza, ó admiten una simple apariencia de encarnacion. Y anatematizamos á quien crea ó haya creido lo contrario, fuese en Calcedonia ó en cualquiera concilio, en especial á Nestorio, á Eutiques y á sus sectarios. Reunios, pues, á la Iglesia nuestra madre espiritual, abrazando estos nuestros sentimientos.»

Siempre han tenido habilidad los herejes para encubrir sus errores y poder de este modo con más facilidad propagarlos. A primera vista na-

(1) Amat. Hist. de la Ig. Lib. VI, c. III.

da se ve que no parezca ortodoxo en este edicto, en el cual Pedro se adhiere á la doctrina establecida por los Padres de Nicea, confirmada por los de Constantinopla y seguida por los de Éfeso. Pero el venèno está en que no recibe el concilio de Calcedonia como los demas, y ántes por el contrario quiere atribuirle error, como se ve por el final de su razonamiento. Pedro hizo leer en la iglesia el edicto del emperador, anatematizó el concilio de Calcedonia y la carta de San Leon; quitó de las dípticas á los últimos obispos católicos, y puso en su lugar á los eutiquianos Dióscoro y Timoteo Eluro. Entre tanto Juan Talaya con cartas del patriarca de Antioquía se fué á Roma y apeló al Papa. Conociendo San Simplicio la justicia de su causa, escribió en su favor á Acacio de Constantinopla; pero este le contestó que no podia reconocer por obispo de Alejandría á Juan, sino á Pedro, al que admitia á su comunion en virtud de haber firmado el *Henótico* por el bien de la paz y la órden del emperador. El Papa, léjos de quedar satisfecho de la respuesta de Acacio, le volvió á escribir manifestándole su descontento y diciéndole que siendo Pedro un hereje declarado, no bastaba que abrazase la comunion de la Iglesia católica segun el edicto de Zenon, si no admitia el Concilio de Calcedonia y la carta de San Leon. Vamos á ocuparnos de otros sucesos importantes, y despues veremos el desenlace del que dejamos pendiente. Lo hacemos así en nuestro deseo de llevar, en cuanto nos sea posible, rigoroso órden cronológico.

CAPITULO XXIV.

Martirio de Estéfano, patriarca de Antioquía.—Carta de San Simplicio á Zenon, obispo de Sevilla.—Cuestion de primacía.—Escritos de San Simplicio.—Muerte de este santo Pontífice.

No pasaremos adelante en nuestra narracion sin consignar el cruel martirio de Estéfano, patriarca de Antioquía, que, segun el P. Croisset, tuvo lugar en el año 497, pero que colocamos en este lugar porque los historiadores de la Iglesia están conformes en que se verificó en el imperio de Zenon, año 477 ó 78. Fue este prelado tan sabio como prudente y celoso de la pureza de la doctrina católica, por lo que padeció muchas persecuciones por parte de los herejes que impugnaban el concilio de Calcedonia. Desde el momento de su elevacion á la Silla patriarcal de Antioquía dió á conocer su energía y gran celo, por lo que la Iglesia pudo concebir de él grandes y fundadas esperanzas. Los herejes, que vieron en él un adversario tan poderoso, se amotinaron, y apoderándose de su persona le dieron una muerte cruelísima. Entraron en su iglesia y la profanaron con la muerte del santo prelado, al cual le atravesaron con multitud de puntas de cañas afiladas como lanzas, y despues arrastraron su cuerpo por las calles, concluyendo con arrojarle al rio Orontes. El emperador lloró la muerte de este ilustre obispo é hizo castigar con la mayor severidad á los autores del criminal atentado, y tal vez toda la ciudad hubiera perecido, si no hubiera acudido una diputacion de la misma con el objeto de aplacarlo. Para suceder al santo mártir fue elegido por Acacio otro Estéfano, llamado el jóven para distinguirlo de su antecesor.

Vamos á terminar el pontificado de San Simplicio, y tenemos que ocuparnos de una cuestion de importancia canónica. Dice Artaud de Montor en la vida de este Papa: «En 422 Su Santidad nombró primer primado

en España al obispo de Sevilla. Era esto una prerogativa personal puramente, que consistia en un poder otorgado por el Papa para confiar á este obispo el cuidado de hacer observar los cánones. El primado de Sevilla duró hasta la celebracion del concilio de Toledo, que tuvo lugar por los años de 681. Desde 482 á 681, el obispo de Sevilla no fue único en gozar de la preeminencia de vicario ó de legado de la Santa Sede, pues el papa Ormisdas en 517 dió poderes semejantes á Juan, obispo de Tarragona.» Berault-Bercastel, para hacer ver cuán léjos de toda verdad está la opinion de los que pretenden afirmar por la carta de San Simplicio dirigida á Zenon, obispo de Sevilla, que ya por aquel tiempo este prelado tenia la primacía sobre todas las de España, copia dicho documento, que á la letra dice así: «Simplicio, al muy amado hermano Zenon.—Hemos sabido por relacion de muchos, que con vuestra caridad y gran fervor de espíritu, de tal manera os mostrais buen gobernador de la Iglesia, que con la ayuda de Dios no hay por qué temer la furia de ninguna tempestad. Por donde, alegrándonos por tales nuevas, nos ha parecido bien honrar y engrandecer vuestra persona con la autoridad y oficio de vicario de nuestra Sede Apostólica, para que armado con esta fuerza de ningun modo permitais que se quebranten ó traspasen los decretos apostólicos, ó de los santos Padres: que razon es que sea ensalzado con digna remuneracion aquel por quien sabemos haberse aumentado el culto divino en esas regiones. Dios, etc.» Que el obispo de Sevilla fue honrado por la Santa Sede con el título de vicario, es cosa que está patente en la carta que acabamos de reproducir; pero en ella no se ve ni una sola palabra por la que se le pueda atribuir la primacía de todas las Iglesias de España (1).

Aunque nos hemos propuesto tratar en notas las cuestiones de Derecho canónico con que vamos ilustrando nuestra obra, hacemos al presente una excepcion, porque no somos sistemáticos, y aquí nos parece oportuno lo que en otros lugares inconveniente. Hablemos primero de los Primados en general, y despues nos concretaremos á España. La voz *Primado* se encuentra muchas veces en los antiguos cánones para denotar al obispo de la primera Silla, y en este concepto se les llamaba Primados á los Metropolitanos. Pero el Derecho canónico entiende por Primado *una autoridad del órden episcopal intermedia entre los Metropolitanos y el Romano Pontífice, la cual preside á todos los obispos y ar-*

(1) Véase la coleccion de Concilios de Aguirre, tomo 2.º, pág. 232 y sig.

zobispos de una comarca. En la primera época el orígen de los Primados está enlazado con la destruccion del imperio romano y la fundacion de nuevos reinos. Por esto fueron desconocidos en la Iglesia de Oriente; pero en Occidente, á proporcion que la ciudad, residencia de los reyes, crecia en dignidad y esplendor, á proporcion la Silla episcopal se elevaba en rango y jerarquía, sobreponiéndose á las demas. En vano seria querer averiguar las atribuciones de los Primados, pues no están señaladas en los cánones, y faltan documentos históricos; empero una vez establecidos los Primados, parece que se sigue reconocer en ellos, el derecho de convocar los Concilios nacionales, procurar que los cánones se observen con exactitud, y ejercer algun género de inspeccion sobre todos los obispos del territorio. Tambien creemos tengan el derecho de firmar el primero al dirigirse colectivamente á la cabeza de la Iglesia, ó al jefe supremo del Estado.

La segunda época por punto general puede fijarse en el siglo XI, cuando empezándose á centralizar el poder en la Silla apostólica, necesitaba esta delegados en los diversos reinos, con quienes poder enterarse directamente y á los que pudiese cometer el despacho de ciertos y determinados negocios. Es decir que los Primados en esta segunda época pueden considerarse como una institucion que se hizo necesaria para el mejor régimen de la Iglesia. Las Falsas Decretales, dice un escritor canónico, habian ya preparado el camino á la ejecucion de este proyecto, pues, segun ellas, «se habia determinado por las leyes divinas y eclesiásticas que en las ciudades principales se estableciesen Patriarcas ó Primados (1).» Sin embargo, como la institucion de los Primados encontró oposicion por parte de los Metropolitanos, por cuya causa los Papas no se esforzaron por arraigarla, lo que hubiera sido muy útil y de grandes ventajas, vino á ser un mero título de honor que daba derecho á ocupar el primer lugar entre los obispos del territorio.

Los Primados en esta segunda época son, entre otros, el de Lyon, Bourges y Narbona, en Francia; el de Cantorbery, en Inglaterra; el de Braga, en Portugal; el de Toledo, en España; y el de Pisa y Bary en Italia. La primacía de la Iglesia de Lyon sobre las cuatro provincias de Lyon, Rouen, Tours y Sens, fue concedida por el Papa Gregorio VII; la de Bourges, que comprendia la provincia eclesiástica de Burdeos, fue confirmada por Eugenio III.

(1) Golmayo. Inst. de Der. Can. Cap. XVI.

Hemos dicho que los Metropolitanos se opusieron á la institucion de los Primados, y fue así. Ellos no quisieron reconocer la superioridad de los que hasta entónces habian sido sus iguales, y el resultado fue que los Pontífices se valieron de legados para hacer en los reinos en nombre suyo lo que hubieran podido hacer los Primados, con más conocimiento de las cosas y de las personas, que puede tener un obispo extranjero. El arzobispo de Tours fue el único que reconoció la primacia del de Lyon; el de Sens y el de Rouen se opusieron, y con tal obstinacion el primero, que fue causa de que el Papa le privase del uso del pálio en su provincia. Posteriormente se ha observado en Francia una verdadera anarquía respecto á la primacía, pues que el arzobispo de Burdeos se titula *Primado* de Aquitania; el de Sens, de las Galias; el de Reims, de la Galia Bélgica; el de Rouen, de la Normandía; los Arzobispos de Arlés y de Narbona se disputan el título de *Primado de la Galia Narbonense*, y el de Viena toma el título de *Primado de los Primados* (1). Creemos que este último título conviene tan solamente al Sumo Pontífice, cabeza visible de la Santa Iglesia, Católica, Apostólica, Romana.

En cuanto á España, donde es aplicable cuanto hemos expuesto acerca del orígen de los Primados, pueden presentarse dos hechos que manifiestan de una manera indudable la primacía de la Iglesia de Toledo. Es el primero el haber presidido el obispo de esta ciudad todos los concilios nacionales de España desde el décimo inclusive (2); y segundo, el habérsele concedido en el duodécimo la prerogativa singular de confirmar y consagrar todos los obispos y Metropolitanos de la Monarquía Go-

---

(1) Repertoire universel et raisonné de jurisprudence, etc., par Mr. Guyot, dans le mot *Primat*.

(2) Esto mismo nos hace conocer que no puede remontarse la primacía de Toledo á los tiempos apostólicos, como quieren algunos escritores, ó bien sea á la época de su conversion al cristianismo por San Eugenio, que suponen haber sido discípulo de San Dionisio Areopagita, al cual, segun dictámen de otros escritores, confunden con San Dionisio obispo de Paris, que murió martirizado el año 250 de Jesucristo. Puede consultarse la disertacion sobre el Primado de Toledo, escrita por el Arzobispo de la misma ciudad D. García Loaysa, la cual va unida á su coleccion de Concilios; el Primado de España á favor de la Iglesia de Sevilla, con el título de *Memorial á D. Felipe V*, por un autor anónimo, y su impugnacion en la misma época, probando la primacía de Toledo, por el doctor Nicasio Sevillano. De la lectura detenida de todas estas obras, lo que se puede deducir es que no solamente no puede remontarse tan léjos la primacía de Toledo, sino que ni aun era Metropolitana en los cinco primeros siglos. En cuanto á la primacía basta considerar que no presidió los concilios nacionales hasta el décimo, y que los anteriores lo fueron, segun la antigüedad de la ordenacion, por los Prelados de Mérida, Sevilla, Tarragona y Narbona.

da. Careciendo de documentos que nos hagan comprender otra cosa, creemos que el motivo para este engrandecimiento de la Silla de Toledo fue el haberse trasladado á aquella ciudad la corte de los reyes godos.

En confirmacion de lo que llevamos expuesto, presentamos el siguiente cuadro de los concilios de Toledo, reconocido como exacto por el arzobispo García de Loaysa, por el autor del *Memorial* que citamos en la nota, por su impugnador y por otros muchos escritores.

CONCILIOS DE TOLEDO.

Concilios.	Años.	Nacional ó Provincial.	Orden de las suscriciones.
I.	400	Nacional.	El Metropolitano de Mérida.
II.	527	Provincial.	El de Toledo como Metropolitano.
III.	589	Nacional.	Mérida, Toledo, Sevilla, Narbona, Braga.
IV.	633	Idem.	Sevilla, Narbona, Mérida, Braga, Toledo, Tarragona.
V.	636	Provincial.	El de Toledo.
VI.	638	Nacional.	Narbona, Braga, Toledo, Sevilla.
VII.	648	Idem.	Mérida, Sevilla, Toledo, Braga.
VIII.	653	Idem.	Mérida, Sevilla, Toledo, Braga.
IX.	655	Provincial.	Toledo.
X.	655	Nacional.	Toledo, Sevilla, Braga.
XI.	675	Provincial.	Toledo.
XII.	681	Nacional.	Toledo, Sevilla, Braga, Mérida.
XIII.	683	Idem.	Toledo, Braga, Mérida, Sevilla.
XIV.	684	Provincial.	Toledo.
XV.	688	Nacional.	Toledo, Narbona, Sevilla, Braga, Mérida.
XVI.	693	Idem.	Toledo, Sevilla, Mérida, Tarragona, Braga.
XVII.	694	Idem.	No tiene suscriciones.
XVIII.	701	Idem.	No se conservan actas.

Sabido es que á causa de la irrupcion de los mahometanos en España, á principios del siglo VIII, la Iglesia perdió en ella su organizacion jerárquica, y por consiguiente el Primado de Toledo desapareció con la monarquía. Esta ciudad fue reconquistada en 1085 por Alonso VI, y en seguida se dirigió una peticion al papa Urbano II, á fin de que restituyese á su Iglesia su antigua dignidad de Primada, y dicho Pontífice accedió á ello por un Breve expedido en 1088, por el cual concedió el pálio á su primer arzobispo D. Bernardo, restituyéndole al mismo tiempo la dignidad de *Primado* de todas las Iglesias de España y de la Galia Narbonense (1). Como quiera, pues, que esta institucion sufrió contradic-

(1) El Breve de Urbano II es como sigue:—«Urbanus, servus servorum Dei. Reverendissimo Fratri Bernardo Toletano Archiepiscopo, ejusque *succesoribus in perpetuum*. Cunctis

ciones por parte de los Metropolitanos, que no solamente se opusieron al reconocimiento, sino que pretendieron la misma prerogativa para sus respectivas Iglesias, el título de Primado que lleva el arzobispo de Toledo no tuvo nunca aneja jurisdiccion, siendo tan sólo un título de honor.

Uno de los autores de Derecho Canónico que tenemos á la vista, despues de insertar el Breve de Urbano II que reproducimos en nota, hace algunas reflexiones, lamentándose de que á vista de una concesion tan terminante, que fue confirmada despues por catorce Romanos Pontífices, los demas Metropolitanos no desistiesen de sus pretensiones al Primado, pues léjos de ser así, han insistido constantemente, y muy en particular el de Sevilla, con singular pertinacia como consta del citado *Memorial á Felipe V*. Este habia expedido un decreto en 12 de Setiembre de 1721, en el cual concedia al arzobispo de Toledo el título de Excelencia, «que es, dice el decreto, el mayor que se permite á la más elevada esfera de sus Reales dominios, por ser el referido Arzobispo *Primado* de las Españas.» En 15 de Junio de 1722 expidió otro á consulta que le hizo el Consejo pleno, clasificando de grande atentado el cometido por el Vicario de Tarragona, que puso dificultad en admitir una requisitoria del de Madrid, porque entre los títulos del Arzobispo de Toledo ponia el de *Primado*; y añadia el Consejo en su consulta que dicho Vicario debia ser reprendido por poner en duda una materia tan asentada por Bulas Pontificias. Tal era el estado que tenia la cuestion sobre la Primacía cuando principió á circular por toda España en 1723 el referido *Memorial á Felipe V*, presentado por la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla, coincidiendo con este acontecimiento el borrar los vicarios de la Audiencia Arzobispal el título de Primado que llevaban los despachos procedentes de Toledo. Tal conducta incomodó al rey, el

---

decretales scientibus constitutiones liquet, quantæ Toletana Ecclesia dignitatis fuit *ex antiquo*: quantæ in Hispanicis et Gallicis regionibus *auctoritatis* extiterit, quantæ per eam ecclesiasticis negotiis utilitates accesserint... Nos ergo... *auctoritatem pristinam* Toletanæ Ecclesiæ *restituere non negamus, statumque ejusdem urbis* quoad nostras est facultates *stabilire atque augere Deo* adjuvante peroptamus: tum benevolentia igitur Romanensis Ecclesiæ solita, et digna Toletanæ Ecclesiæ reverentia, tum charissimi filii nostri præstantissimi Regis Ildephonsi præcibus invitati... te sicut ejusdem urbis, *antiquitus* constat extitisse Pontifices, in totis *Hispaniarum regnis Primatem privilegii nostri sanctione statuimus: Primatem te universi Hispaniarum Præsules respiciam, ad te inter eos, si quod quæstiones dignum exortum fuerit, referatur* salva tamen Romanensis Ecclesiæ auctoritate, et Metropolitanarum privilegiis.»

cual publicó un tercer decreto en 13 de Noviembre del mismo año, en el cual decide entre otras cosas: «Mando al Consejo haga entender á aquel Arzobispo y á su Iglesia que ha sido de mi desagrado que toleren esta novedad, dando las providencias convenientes para que ni el Arzobispo ni la Iglesia lo permitan ni fomenten.»

He aquí de qué manera continúa hablando sobre esto el autor citado: «Los impugnadores del Primado de Toledo, no pudiendo negar el hecho de la concesion, dicen que este título fue arrancado subrepticiamente á Urbano II, y que este le restituyó la antigua autoridad, *pristinam auctoritatem*, en el supuesto de que ántes la hubiese tenido, lo cual ellos niegan, porque dice el de Sevilla que varios de sus Arzobispos fueron Vicarios Apostólicos desde muy antiguo. Dicen ademas que no pudo concedérsele el Primado sobre Tarragona y Sevilla, puesto que estas ciudades estaban todavía, y la segunda estuvo despues largo tiempo, en poder de los moros; que Tarragona perteneció despues de la reconquista al dominio temporal de los reyes de Aragon, Braga á los de Portugal, y Narbona á los de Francia; y que la primacía de Toledo deberia limitarse en todo caso á las iglesias de Castilla. Tambien desvirtuan el hecho de la concesion, teniendo en cuenta las personas que mediaron en este negocio, que fueron el rey D. Alonso, su mujer D.ª Constanza, el Arzobispo D. Bernardo, San Hugon, abad de Cluny, y el papa Urbano. El rey D. Alonso era muy devoto de los monjes de Cluny, como lo habian sido su padre D. Fernando y su abuelo D. Sancho II de Navarra, los cuales trajeron á España monjes de Cluny para reformar la disciplina monástica en los monasterios de Navarra, Leon y Castilla, como refiere Mariana, lib. VIII, cap. 14, y lib. IX, cap. 6. Doña Constanza era francesa de nacion, y aficionada por consiguiente á las glorias y cosas de su país. D. Bernardo, monje cluniacense, era abad de Sahugun cuando fue nombrado Arzobispo de Toledo; Urbano II era tambien francés, habia sido monje del mismo monasterio y condiscípulo de D. Bernardo, y San Hugon, por fin, era á la sazon el abad, y habia sido maestro y padre espiritual de uno y otro. Es de advertir tambien que D. Bernardo en su viaje á Roma pasó por Cluny y llevó cartas del abad para el papa Urbano, como consta por la contestacion de este, que le dice entre otras cosas: «*antiqua ecclesiæ suæ prout rogasti munimenta concessimus.*» Tambien llevó recomendacion de D. Alonso: Pascual II, inmediato sucesor de Urbano, fue igualmente monje cluniacense; y el siguiente, Calixto II, que confirmó como el anterior el Primado de

Toledo, vivió y murió en la misma abadia, en la cual se habia acogido huyendo de las persecuciones del emperador Enrique V de Alemania. Nosotros no podemos ménos de reconocer la exactitud de estos hechos, pero ellos no destruyen de ningun modo los fundamentos del Primado de Toledo, ni el hecho de la concesion, ni las repetidas confirmaciones á su favor por parte de los Romanos Pontífices en distintos tiempos. En el Concilio de Trento se promovió la cuestion de la primacía para su Iglesia por D. Bartolomé de los Mártires, Arzobispo de Braga; se opusieron los obispos españoles y se formó expediente, que fue remitido á Pio IV. El Pontífice se contentó con determinar que, salvo los derechos y títulos respectivos para la primacía, se sentasen estos Arzobispos por el órden de antigüedad (1).»

Siguiendo nuestra interrumpida narracion, diremos que de San Simplicio se conservan muchas cartas, siendo tres de ellas dignas de una especial mencion. Es la primera la dirigida á Zenon, obispo de Sevilla, de la que ya nos hemos ocupado y que nos ha dado motivo para tratar la cuestion canónica de los Primados. La segunda, escrita á Juan de Ravena, en la que le reprende severamente por haber ordenado á un tal Gregorio contra su voluntad. Por esto el Papa concede al dicho Gregorio el gobierno de la Iglesia de Módena, con la obligacion de no tener trato con Juan de Ravena en cosa alguna, y bajo la sola dependencia de la Santa Sede. Tambien manifiesta á aquel Prelado, que si vuelve á incurrir en una falta semejante, será privado de todas las ordenaciones de su provincia. En la tercera de dichas cartas el Papa privó de la potestad de conferir órdenes á Gaudencio, obispo de Aufinio, á causa de haber hecho ordenaciones ilícitas, y encarga á otro obispo vecino que ejerza estas funciones en la diócesis de aquel. Por último, distribuye de este modo las rentas de aquella Iglesia: «Tenga sólo Gaudecio, dice, la cuarta parte de las rentas, y tambien de las obligaciones de los fieles, de que no sabe hacer uso. Dos partes se emplearán en reparar los edificios, en la hospitalidad y en el alivio de los pobres. La última se distribuirá á los clérigos, segun el mérito de cada uno, teniendo cuidado de que se restituyan estas tres cuartas partes de renta que el obispo se apropió por espacio de tres años.»

En suma, el papa San Simplicio en tres ordenaciones en Diciembre y Febrero creó treinta y seis obispos, cincuenta y ocho presbíteros y on-

---

(1) Corneille. Dictionnaire Universel Geographique, etc.

ce diáconos. Gobernó con el mayor celo la Iglesia por espacio de más de quince años, y murió en 1.º de marzo de 483. Para que se conozca el estado que por aquella época presentaba el cristianismo, y qué talentos, virtudes y grandeza de alma debian adornar á los Jefes supremos de la Iglesia, baste decir que á la muerte de San Simplicio, que vió hundirse el imperio de Occidente, reinaba en el Oriente Zenon, que seguia los errores de Eutiques. En el Occidente reinaba en la Italia Odeacro, que era arriano: en las Galias dominaban los borgoñeses, que tambien eran arrianos; y ademas los godos eran asimismo arrianos y los francos paganos. En la Gran Bretaña los sajones seguian siendo paganos, y en África dominaba el arrianismo. En cuanto á España, sabido es que los godos eran tambien partidarios de la doctrina de Arrio. Es decir que la barca de Pedro fluctuaba entre las encrespadas olas de encontradas persecuciones. Sus enemigos creian que era llegada la época en que habia de sumergirse; pero Dios dirigia sus destinos, y el mundo habia de observar cómo se cumplia á despecho de todos los poderes del mundo, y de la fuerza de todos sus contrarios, la promesa del Salvador: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.» San Simplicio fue enterrado en la Basílica Vaticana, y la Santa Sede quedó vacante por siete dias.

CAPITULO XXV.

San Félix III, papa.—Desaprueba el «Henótico» de Zenon.—Envia legados á Constantinopla.—Son maltratados los legados y faltan escandalosamente á su mision.—Félix, tercer legado, permanece firme y no sale de la cárcel.—Vuelven á Roma los legados y son excomulgados.—Condenacion de Acacio de Constantinopla.—Prevaricacion del legado Tuto.—Crecen los desórdenes en Oriente.—Muerte de Acacio.—Flavita y Eufemio, patriarcas de Constantinopla.—Muerte de Pedro Mongo.—Sucede en la Silla de Antioquía á Pedro Fulon el hereje Paladio.—Virtudes de San Eugenio, obispo de Cartago.—Persecucion de Hunerico.—Obispos oprimidos y muertos—Destierro de San Eugenio y su clero.

San Félix III fue el sucesor de San Simplicio. Era romano, y fue elegido para ocupar la cátedra de San Pedro el 8 de Marzo de 483. Pertenecia á una de las más nobles y opulentas familias de Roma, y era al tiempo de su eleccion, presbítero-cardenal del título de los Santos Nereo y Aquileo. Propúsose este nuevo Jefe de la Iglesia seguir las huellas de su antecesor, y desde el momento de su exaltacion dejó comprender que no toleraria cosa alguna en materia de fe, que no fuese puramente ortodoxa, sin admitir el menor equívoco ó palabra oscura á la que pudiese darse diversa interpretacion. Fue ciertamente digno sucesor de San Simplicio en su celo por la gloria de Dios y esplendor de la Iglesia.

Cúmplenos ahora continuar los sucesos que dejamos pendientes en el capítulo XXIII. Juan Talaya habia acudido á San Simplicio á fin de que ordenase su restablecimiento; pero habiendo muerto aquel Pontífice, su sucesor Félix le dió en vez de su Silla de Alejandría la de Nola en Campania, en la cual acabó sus dias. Tampoco tuvo tiempo San Simplicio de condenar el *Henótico* de Zenon, como habia determinado, y el papa San Félix no lo condenó por un decreto formal, á fin de que aquel

príncipe no se irritase y causase mayores daños á la Iglesia. Sin embargo le desaprobó para impedir sus corruptores efectos. Al mismo tiempo envió legados á Constantinopla, en atencion á que las cartas de su antecesor á Acacio no habian producido efecto alguno, y que aquel Prelado apoyaba á los mismos contra quienes habia escrito á la Santa Sede. Las instrucciones que dió á los legados eran terminantes: *Pedro Mongo debe ser echado de Alejandría. Acacio responda al memorial que Juan Talaya ha presentado contra él, y pronuncie anatema contra Pedro Mongo.* Los legados fueron Vital, obispo de Tronto, Miseno, que lo era de Cumas, y Félix, gran defensor de la Iglesia de Roma, y les dió dos cartas, una para Acacio y la otra para el emperador. En la de Acacio le reconviene por la conducta que observa, y son muy notables estas expresiones que en ella se contienen: «¿En dónde está, mi hermano Acacio, el trabajo que empleaste contra el hereje Basilisco? ¿Quieres ahora perder la recompensa? ¿Sufrirás con tranquilidad que el rebaño del Señor sea destrozado? A vista de las promesas de Jesucristo no hemos de temer por la Iglesia; pero tememos por nosotros mismos, pues nos perdemos si dejamos el timon en medio de la borrasca. Por tanto te amonesto, te aconsejo, te suplico que enmiendes lo pasado, y contengas la audacia de los que se conmueven contra el concilio.» Aquí se ve toda la mansedumbre y bondad de un celoso pastor que trabaja incansable para atraer al redil á la oveja extraviada. ¡Digno representante en la tierra de Aquel que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva. No hace el Soberano Pontífice, gala de la suprema autoridad que le ha sido confiada por Jesucristo de atar y desatar; ántes por el contrario, es un padre cariñoso que usa de la mayor dulzura para persuadir y reprender.

En la carta que dirige al emperador le dice que envía sus legados para darle parte de su eleccion á la suprema dignidad de la Iglesia, y usando tambien del mismo carácter de dulzura se queja de que no hubiese contestado á las cartas de su predecesor de un modo satisfactorio, y muestra sus temores de que se separe de la fe de la Iglesia universal. Le recuerda las disposiciones que ha tomado contra Pedro Mongo y las ordenadas por él, y añade: «¿Cómo, pues, permitís que el rebaño de Jesucristo sea destrozado por ese lobo, que vos mismo ántes ahuyentásteis? Al modo que Dios libró al estado de un tirano hereje, librad vos á la Iglesia de los que enseñan la herejía, y reunid la de San Márcos á la comunion de San Pedro.»

La historia tiene que censurar fuertemente la conducta de los legados enviados por San Félix, que estuvieron muy léjos de imitar la constancia de los antiguos mártires, que prefirieron los tormentos más crueles á cometer una infidelidad contra Jesucristo y su religion. Vital y Miseno fueron detenidos por órden del emperador y de Acacio cuando llegaron á Abido. Les fueron quitadas las cartas de que eran portadores y fueron encerrados en una cárcel, donde se les hizo todo género de promesas, y por último se les amenazó con la muerte, si no se declaraban partidarios de Pedro Mongo. El temor á los sufrimientos y el amor á la vida pudo más en ellos que el deber en que estaban de obedecer ciegamente al Jefe Supremo de la Iglesia. Prometieron hacer lo que les habian propuesto, y siguieron á Constantinopla, en cuya ciudad comunicaron públicamente con Acacio y reconocieron á Pedro Mongo por obispo de Alejandría.

No incurrió en tal infidelidad el tercer legado Félix, el cual habia quedado enfermo en uno de los pueblos del tránsito. Mas al llegar á su destino se le arrebataron tambien sus papeles y se le encerró en una cárcel, de la que no salió por mantenerse firme y no participar de la debilidad de sus compañeros Vital y Miseno. La prevaricacion de estos dos legados fue de fatales consecuencias, pues que se pervirtieron muchos fieles que se hicieron adictos de Pedro Mongo. Escandalizados con esto los buenos católicos, hicieron diferentes protestas contra los legados. Cirilo por su parte escribió al Papa enviándole un monje para que le informase de todo lo ocurrido.

Satisfechos de su obra, así el emperador Zenon como Acacio, despacharon para Roma á Vital y Miseno, entregándoles cartas para el Papa, en las cuales injuriaban en gran manera á Juan Talaya, al tiempo que hacian grandes elogios del hereje Pedro Mongo. El Papa recibió las cartas y juntó concilio con los obispos que habia en Roma. Vital y Miseno fueron convencidos de prevaricacion, y en su consecuencia fueron depuestos y excomulgados: y el concilio declaró que no comunicaba con Pedro Mongo, por haber sido ordenado por los herejes y por otras muchas causas; y en cuanto á Acacio de Constantinopla, le declaró reo por no haber manifestado claramente al emperador quién era Pedro Mongo, al modo como lo habia manifestado en sus cartas dirigidas al papa San Simplicio. Aun hizo San Félix los mayores esfuerzos por la conversion y arrepentimiento de Acacio, al cual despues de la declaracion del concilio escribió diciéndole: *Tú pecaste: no vuelvas á pecar en adelante y*

pide perdon de tus pecados. Desgraciadamente no hicieron efecto alguno en aquel obispo rebelde las amonestaciones del Santo Pontífice, el cual con dolor de su corazon se vió precisado á reunir un nuevo concilio de los obispos de Italia, en el cual pronunció su sentencia, que empieza de este modo: «Estás convencido de muchos excesos. Has usurpado los derechos de otras provincias. Has recibido en tu comunion á herejes usurpadores, condenados ántes por tí mismo, y tambien les has dado el gobierno de otras iglesias.» Despues hácele severos cargos por la proteccion que habia dispensado á Pedro Mongo, por las violencias cometidas contra sus legados, y por el menosprecio que habia hecho de la Santa Sede no contestando á los cargos que contra él habia hecho Juan de Talaya, y por último termina de este modo: «Quédate, pues, con aquellos cuyos intereses abrazas con tanto gusto, y entiende que por la presente sentencia quedas privado del honor del sacerdocio y de la comunion católica, siendo condenado por sentencia del Espíritu Santo y autoridad apostólica, sin poder ser absuelto jamás de este anatema.» Esta sentencia fue firmada en 28 de Julio de 484 por el papa San Félix y sesenta y siete obispos (1).

Inflamado el corazon de San Félix por el fuego de la caridad, denodado defensor de los derechos de la Iglesia y de las prerogativas de la Santa Sede, escribió nuevamente al emperador quejándose de que se hubiese hollado el derecho de gentes, respetado aun en las naciones más bárbaras, dando un trato inícuo á sus legados. Le da cuenta de la condenacion de Acacio y le exhorta á conformarse con ella, como con un decreto del cielo, siendo más propio de un emperador cristiano seguir la autoridad de la Iglesia que darle leyes. Escribió tambien al clero y pueblo de Constantinopla, haciéndoles saber la sentencia pronunciada contra Acacio, y advirtiéndoles que en virtud á ella deben separarse de su comunion. El encargado de llevar estas cartas fue Tuto, defensor de la Iglesia de Roma. Acacio se negó á recibir la que á él iba dirigida, pero Tuto se valió de un ardid, que fue prenderla á sus vestiduras al entrar en la iglesia; para lo que se valió de algunos monjes, por lo que fueron arrestados y maltratados muchos de ellos, y algunos muertos. Sin embargo, Tuto, que tal vez temió la muerte, se dejó vencer como ántes lo habian hecho Vital y Miseno, y comunicó despues con Acacio, motivo por el que á su vuelta á Roma fue excomulgado.

(1) S. Fel. Ep. 6.

Contando el patriarca Acacio con la proteccion del emperador y el favor de muchos poderosos, llegó al exceso en sus desórdenes. Despreció las órdenes y disposiciones del Papa (1): borró su nombre de los sagrados dípticos y atropelló á un gran número de obispos católicos en todo el Oriente, que fueron desterrados, y comunicó abiertamente con los herejes, siendo muchos los que tuvieron que buscar un asilo en el Occidente, donde la Iglesia era ménos atormentada por los arrianos é idólatras que en el Oriente por el sucesor de los Constantinos y Teodosios. Acacio hizo deponer y tratar con rigor á Celendion, legítimo Patriarca de Antioquía, cuyo delito consistia en no haber admitido el *Henótico* de Zenon, volviendo á reponer en aquella Silla á Pedro Fulon ó el Batanero, tantas veces condenado por el mismo Acacio. Entre tanto, Pedro Mongo, en Alejandría, maltrataba y echaba de los monasterios á los abades y monjes que no eran de su comunion. Tales eran los funestos frutos que producia el *Henótico*. Por último, Acacio murió en 489 fuera de la comunion de la Iglesia, sucediéndole Flavita, el cual murió repentinamente á los cuatro meses de su episcopado. Católico débil, no quiso aceptar la Silla sin dar parte al Sumo Pontífice, pero envió al mismo tiempo sus cartas sinodales al falso patriarca de Alejandría Pedro Mongo. Si en lo primero obró como verdadero católico, en lo segundo apareció inficionado en la herejía. Tuvo por sucesor á Eufemio, católico muy ilustrado, que se separó inmediatamente de la comunion de Pedro Mongo: aun hubiera hecho más si aquel infeliz no hubiese muerto poco tiempo despues. La Iglesia de Alejandría tuvo aun la desgracia de tener otro prelado hereje despues de Pedro Mongo, que se llamó Anastasio. Poco tiempo ántes, habiendo muerto Pedro Fulon, le sucedió en la Silla de Antioquía Paladio, hereje como su predecesor.

Fijemos ahora la atencion en la Silla de Cartago. Esta hacia veinte y cuatro años que se hallaba sin obispo, y Zenon, aparentando un celo que estaba muy léjos de tener por la pureza de la fe, intercedió con Hunerico, rey de los vándalos, hijo y sucesor de Genserico, á fin de que permitiese á aquella Iglesia elegir un pastor. A fuerza de sus repetidas instancias accedió Hunerico, y los católicos, muchos de los cuales no habian visto obispo alguno sentado en aquella cátedra, se regocijaron en gran manera cuando vieron que, aunque con condiciones duras, habia sido elegido y ordenado Eugenio, el cual desde su elevacion al episco-

(1) Gesta de num. Acac. in fin.

pado manifestó unas grandes virtudes, haciéndose notable por su dulzura, su humildad profunda, su caridad extraordinaria y su misericordia para con los pobres. Miraba todas las necesidades como si fuesen propias y las atendia con la mayor solicitud. Su Iglesia carecia de bienes porque los bárbaros se habian apoderado de ellos; pero los fieles le entregaban sumas considerables, viendo el recto uso que hacia de ellas, y durante el dia las repartia todas, á ménos que se las entregasen muy tarde, en cuyo caso las reservaba para socorrer á la mañana siguiente las primeras necesidades que se le presentaban. Tantas virtudes le captaron un amor extraordinario, no sólo por parte de los católicos, que le miraban como un santo, sino tambien de los mismos vándalos, que le miraban con el mayor respeto, guardándole toda clase de consideraciones.

Como era natural, el grande amor que todos profesaban á Eugenio y los honores que le tributaban excitaron la envidia de los obispos arrianos, y muy particularmente de Cirilo, el más poderoso entre ellos. Presentáronse al rey, valiéndose de mil calumnias y exagerándole el peligro que corrian todos los de su comunion. Pocos esfuerzos fueron necesarios para que Hunerico se declarase perseguidor del santo Prelado. Prohibió el que los vándalos entrasen en la iglesia católica, y puso á las puertas centinelas, ó más bien verdugos, como dice oportunamente un escritor, que cuando veian á un hombre ó á una mujer en traje de vándalo, les echaban á la cabeza unas sierrecillas de madera con las que se enredaban los cabellos, y tirando despues con fuerza les arrancaban la cabellera con la piel de la cabeza, de suerte que murieron algunos á la violencia del dolor y otros perdieron la vista, y con el objeto de intimidar á los demas pasearon por las calles algunas mujeres con la cabeza desollada, precedidas de un pregonero que decia á grandes voces el motivo de aquel terrible castigo. No contento con esto Hunerico, quitó los empleos á todos los católicos que los desempeñaban, y que habian sido conservados en ellos hasta entónces por sus talentos y disposiciones, y los destinó á segar trigos en la llanura de Utica, en la estacion más rigurosa del calor y en las horas de mayor sol. Pero no pararon en esto las violencias: no eran más que un preludio de lo que habia de suceder. La Iglesia iba á padecer grandes calamidades, de lo que tuvieron revelacion celestial algunas personas de gran virtud.

La persecucion empezó por las personas consagradas á Dios. Dejemos explicarla á uno de los más acreditados historiadores: «Mandó el rey

reunir á las vírgenes católicas, y que fuesen visitadas vergonzosamente por las matronas, y á fuerza de tormentos se las obligase á deponer contra los eclesiásticos. Colgáronlas en alto con enorme peso en los piés: aplicáronles planchas de hierro ardiendo al seno y á los costados; y en este estado se les estrechaba á que acusasen á los sacerdotes y á los obispos de ser sus corruptores. Muchas murieron en estos tormentos, y muchas más quedaron estropeadas; pero ni una siquiera acusó al más ínfimo clérigo.» Es notable el valor que siempre han demostrado las vírgenes del Señor en todas las persecuciones: lo que es más flaco segun la carne, ha manifestado la mayor fortaleza. Esto nos ha hecho recordar al escribir sobre las persecuciones del paganismo, estas palabras del Apóstol, que tantas veces hemos visto cumplidas con exactitud: «Y las cosas flacas del mundo eligió el Señor para confundir las fuertes.» La admirable fortaleza de estas vírgenes escogidas es una prueba entre otras innumerables de la verdad de nuestra religion sacrosanta. Sin especiales auxilios de lo alto, imposible es, atendida la debilidad del sexo, que no hubiesen sido vencidas á vista de los tormentos. ¡Bendigamos á Dios, que tan admirable es en sus escogidos! Sigamos la narracion interrumpida de las terribles violencias de que nos venimos ocupando.

«Viendo el tirano, continúa el escritor citado, que no podia deshonrar al clero con esta indigna estratagema, se llenó de furor sin pretexto y sin comedimiento alguno. De una sola vez desterró al desierto á los ministros eclesiásticos de todas las órdenes con otros fieles de sus familias ó de su compañía, en número de cuatro mil novecientas setenta y seis personas, entre las cuales habia muchos enfermos, y viejos tan decrépitos, que no pocos habian perdido la vista. Félix de Abirita, que contaba cuarenta y cuatro años de episcopado, padecia una parálisis que hasta le impedia el uso de la lengua. No sabiendo los fieles cómo conducirle, hicieron rogar á Hunerico que le dejase en algun paraje retirado cerca de Cartago, donde no podia vivir mucho tiempo. «Si no puede sostenerse á caballo, respondió el bárbaro, que le aten á unos bueyes que le arrastrarán adonde yo disponga que vaya.» Fue pues preciso atarle atravesado sobre un mulo, y llevarle como una masa insensible (1).»

Muchos fueron los mártires que produjo esta bárbara persecucion, así en eclesiásticos como en el resto de los fieles. Despues de tantas violen-

(1) Berault-Bercastel. Lib. XVII, n. 49 y 50.

cias, el rey Hunerico propuso al obispo de Cartago una conferencia con los obispos arrianos. Eugenio contestó que, hallándose interesado todo el mundo cristiano en unas cuestiones en las que se trataban los principios de la fe, lo pondria en conocimiento del Papa, cabeza de la Iglesia universal, á fin de que convocase los obispos de todos los países. No atendió Hunerico á esta representacion del Santo Obispo de Cartago, y acabó de desterrar á los obispos que habian aun quedado, haciendo ántes atormentar á muchos de ellos de diversas maneras. San Eugenio hizo entónces un célebre milagro, que léjos de servir para aplacar la cólera del tirano y hacerle abrir los ojos al conocimiento de la verdad, le enfureció más. Hallábase reunido un gran concurso de fieles para celebrar la solemnidad de la Epifanía, y entre ellos habia uno llamado Félix, que era ciego y muy conocido en la ciudad. Al pasar por delante de él el santo Prelado, le puso la mano en los ojos, y en el momento recobró la vista, con admiracion de todos. No podia negarse el milagro, puesto que, como acabamos de decir, fue hecho á presencia de una multitud de testigos, y el ciego era de todos conocido. Esto no obstante, cuando Hunerico tuvo noticias del suceso, hizo llamar á su presencia á Félix y le hizo referir el caso. El hecho era evidente, y en la imposibilidad de negarlo se recurrió á la ridícula estratagema de decir que aquello habia sido hecho por maleficio, y se persistió en el proyecto de la conferencia, señalándose para que tuviera efecto el 1.º de Febrero de 484. Hunerico, valiéndose de diferentes pretextos, hizo matar á los obispos católicos más sabios; pero quedaban aun muchos para que los arrianos no temiesen entrar en la lid. Miéntras se verificaba la conferencia el príncipe mandó á las provincias un decreto, en virtud del cual, y hallándose los obispos católicos en Cartago, se cerraron todas las iglesias, adjudicándose á los arrianos todos los bienes de estas y los que pertenecian á los pastores, al tiempo mismo que se aplicaban á los católicos las penas impuestas contra los herejes por leyes imperiales.

En la conferencia faltó la buena fe, como no podia ser por ménos, por parte de los herejes. Los católicos usaron la mayor modestia y una gran prudencia al defender sus derechos, pero se hizo decir al emperador que todo lo turbaban para confundir las voces y razonamientos de los contrarios. Esto parece que era cosa convenida entre el emperador y los obispos herejes.

Hunerico, una vez informado de que en las provincias se habia dado cumplimiento á su decreto, echó de Cartago á los obispos católicos

del modo más ignominioso, despojándoles ántes de lo poco que habian llevado consigo y hasta de los caballos y vestidos que tenian prevenidos para mudarse, prohibiendo bajo pena de muerte el darles alojamiento en ninguna parte. Abandonados de este modo de todo poder humano y sin auxilios de ninguna clase, se les vió vagar algunos dias á los alrededores de los muros de la ciudad, sin tener el más miserable albergue y careciendo de toda clase de alimentos, y á los pocos dias murieron hasta ochenta y ocho, siendo el número de ellos de quinientos á seiscientos. Un dia acertó á pasar Hunerico por donde estaban aquellos afligidos pastores, y los que pudieron moverse se acercaron á él rogándole que los mirase con piedad y aplacase su enojo. El príncipe no se dignó contestarles siquiera; echó sobre ellos una mirada de enojo, y llevando la crueldad hasta sus últimos lindes, mandó á los caballeros que le acompañaban que corriesen sobre ellos con sus caballos, lo que hicieron en el momento, pereciendo una multitud de ellos bajo los piés de los cuadrúpedos. En suma, desterró á los que habian quedado, condenándoles á cortar maderas para la construccion de navíos en la isla de Córcega. Los católicos no se intimidaron por estas violencias ni por las amenazas, y cuando vieron á los obispos y sacerdotes tratados tan ignominiosamente, y expulsados de una vez de la ciudad, salieron á ellos con cirios en las manos y las madres con sus hijos en los brazos, diciendo á grandes voces: «¿Cómo nos abandonais para correr al martirio? ¿Quién bautizará á nuestros hijos? ¿Quién nos administrará el Sacramento de la Penitencia y nos librará del peso de nuestros pecados, cuando sólo nos quedan sacerdotes herejes? ¿Quién nos enterrará despues de muertos y ofrecerá por nosotros el divino sacrificio con las ceremonias ordinarias? ¡Qué! ¿No nos será permitido marcharnos en vuestra compañía?» Tales eran los lamentos de los buenos católicos, que tuvieron el sentimiento de ver marchar á sus padres en la fe, quedándose tan solamente en Cartago falsos pastores, de cuyas manos no podian recibir los santos Sacramentos ni con quienes les era lícito el tratar.

El santo obispo de Cartago fue enviado al desierto de Trípoli, donde fue entregado á un arriano que apuró toda clase de tormentos para martirizarle. Mas como quiera que su gloria era padecer por la fe, añadia por sí mismo grandes mortificaciones y obras penales. De resultas de dormir sobre la tierra contrajo una parálisis que le privó hasta del uso de la lengua. Su perseguidor le hizo apurar un dia un veneno por el placer de verle espirar con cruel agonía. Pero Dios hizo que no le causase mal

alguno, y despues fue librado del destierro por el rey Gombod; y desterrado segunda vez por su sucesor Trasanundo á las Galias, vivió en Albi hasta el año 503 ó 505, en el que coronó una vida tan laboriosa y agitada con una muerte preciosa á los ojos del Señor. Aquel Dios Omnipotente que sabe hacerse admirable en sus siervos ha hecho su sepulcro glorioso por multitud de milagros, y su memoria es por lo tanto muy venerada en Albi y pueblos comarcanos. Grande y admirable fue su constancia en defender la verdadera fe de la Iglesia y los derechos de la Santa Sede Apostólica. Esto le acarreó tantos trabajos y padecimientos como hemos visto; pero recibió en premio de tal constancia la recompensa eterna que Dios tiene reservada á los que le sirven con fidelidad en la tierra.

CAPITULO XXVI.

La crueldad de Hunerico es semejante á la de los antiguos emperadores.—Ostrogodos en Italia.—Mártires ilustres y fin desgraciado de Hunerico.—Reune San Félix un concilio en Roma para tratar de los asuntos de la Iglesia de Africa.—Muere el emperador Zenon y es reemplazado por Anastasio.—San Gelasio I sucede á San Félix III.

Ya hemos visto que el fanatismo arriano de los vándalos causó grandes males á la Iglesia y en particular á la africana, la que desde entónces no pudo ya levantarse de su abatimiento. Atendidas las violencias de Genserico, dice Alzog que fue una fortuna para los católicos el advenimiento de su hijo Hunerico, pues que se les presentó más favorable que su padre. No sabemos en verdad en qué se funda el citado historiador para hacer tal afirmacion, pues ya ha visto el lector las terribles matanzas de obispos, sacerdotes y legos católicos que hizo en Cartago, y el resultado de la conferencia religiosa que por órden suya tuvo lugar en la misma ciudad, lo que nos hace conocer que igualó sinó aventajó en crueldad á los antiguos emperadores romanos, desde Neron hasta Diocleciano.

Fijemos ahora la vista en Italia, donde dominaba Odoacro el Hérulo, destructor del imperio de Occidente. No obstante ser arriano, aseguró durante los once años de su reinado la paz á la Iglesia católica, que duró hasta que los ostrogodos, que en 488 habian salido de la Pannonia á las órdenes de Teodorio, conquistaron la Italia, la Sicilia, la Recia, la Noricia la Vindelicia, y la Dalmacia, fundando con estos pueblos su dilatado imperio. Verdad es que Teodorio y su reino se declararon arrianos, pero esto no obstante manifestó con la Iglesia mucha deferencia é impar-

cialidad. Su reinado duró treinta y seis años, y sólo al fin de él se ensañó con los cristianos por sospechas que concibió contra ellos, y habiéndose irritado por una ley de Justino, emperador de Oriente, contra los arrianos, dejó morir en una cárcel al papa Juan I, manchándose con tal atentado un príncipe hasta entónces grande, generoso y clemente. Ya nos ocuparemos de estos asuntos á su debido tiempo.

Hé aquí, fijando de nuevo la atencion en África, la relacion que hace un historiador acerca de algunos mártires ilustres que produjo: «Antes que los obispos fuesen conducidos al destierro, ya habia mandado Hunerico en toda la extension de sus dominios que no se perdonase á ninguno de los que resistiesen sus órdenes impías, de cualquiera edad, sexo ó condicion que fuesen. De esta multitud innumerable, con la cual no se observó ninguna formalidad jurídica, unos fueron ahorcados, otros entregados á las llamas, y otros en considerable número apaleados: desnudaban vergonzosamente á las mujeres, y con preferencia á las más distinguidas, para atormentarlas de la manera que les era más sensible. No eran ya aquellos obscenos y licenciosos africanos, cuya corrupcion causaba horror á los vándalos que los subyugaron, porque los castigos celestiales los habian convertido en hombres enteramente nuevos, en puros y perfectos cristianos.

«Una señora de la mayor distincion y de una rara hermosura, llamada Dionisia, á quien el pudor era mucho más estimable que la vida, dijo á los perseguidores: «Hacedme sufrir cuantos tormentos querais; la sola gracia que os pido es que me libreis de la ignominia de la desnudez.» Esto fue bastante para que la trataran con mayor indignidad que á las otras, levantándola en alto para que sirviese de espectáculo á todos; pero Dionisia, armándose de toda la resolucion que puede inspirar la buena conciencia, les dijo: «Ministros del infierno, lo que haceis para confusion mia me servirá de gloria, pues lo sufro contra mi voluntad.» Y sin atender al estado en que se hallaba, ni á los arroyos de sangre que corrian por todos sus miembros desnudos, exhortó á los demás martires á despreciar unos dolores á los cuales se mostraba ella insensible. Tenia un hijo todavia tierno, llamado Mayorico, que le pareció estar tan consternado como enternecido; y le animó tanto con sus palabras y ejemplos que consumó fielmente su martirio. Entónces su santa madre, á quien los perseguidores dejaron una vida ménos deseada que la muerte, dió gracias á Dios, abrazando el cuerpo de su hijo con mucha más ternura que si estuviese vivo, y le enterró en su casa para orar continua-

mente sobre su sepulcro. Otras muchas personas, tanto de su familia como extrañas á ella, sufrieron por sus exhortaciones una muerte acompañada de crueles tormentos.

«Se ha conservado la memoria de otra heroina llamada Dagila, mujer de un copero del rey, y que habia ya confesado la fe muchas veces en el reinado anterior. No era ménos delicada que Dionisia; sin embargo, despues de haber sufrido los azotes y palos fue desterrada á un sitio áspero y desierto, donde no podia recibir socorro ni consuelo de persona alguna; pero dejando con alegría por tan buena causa sus hijos, su esposo y todo cuanto más amaba, su fe la ensalzó tanto sobre su debilidad natural, que rehusó hasta la oferta que le hicieron de trasladarla á un lugar ménos incómodo.

«Victoriano, gobernador de Cartago, el hombre más afortunado de África, y que gozaba de la mayor confianza del rey, sacrificó todas estas ventajas á la religion. A los que le instaban de parte del príncipe á que se rebautizase, les contestó lo siguiente: «En la Iglesia católica es donde fui regenerado para la vida eterna; pero aun cuando no estuviera seguro de una recompensa tan grande como la que espero despues de esta vida, no quisiera ser ingrato con el Criador, que me ha hecho conocer cuánto debo á su infinita bondad.» Hízole sufrir el rey largos y crueles tormentos, sin que nunca se le pudiese librar de la menor parte de su corona.

«Servancio, hombre distinguido de la ciudad de Suburba, despues de haber sido terriblemente apaleado, sufrió mil invenciones de una crueldad inaudita. Levantábanle en el aire con poleas, dejábanle despues caer de un golpe, para que diese con todo su peso en tierra, y se reiteró mucho tiempo esta maniobra á imitacion de la del ariete. Como aun respiraba, se le arrastró por caminos ásperos, y hasta que exhaló el último aliento, le despedazaron las carnes con piedras agudas; de suerte que la piel le colgaba horriblemente por los costados y el vientre.

«En Tambaida dos hermanos rogaron á los verdugos que los atormentasen juntos: suspendiéronlos durante todo un dia con gruesas piedras en los piés, y uno de ellos desmayó; pero el otro exclamó: «¿Es esto, hermano mio, lo que acabas de jurar conmigo á Jesucristo? Sí, yo seré testigo contra ti mismo, y dentro de pocos momentos yo te acusaré en el tribunal formidable.» Estas palabras le restituyeron su primer valor; y de nuevo comenzaron á atormentarlos con mayor encarnizamiento. Aplicáronseles por mucho tiempo planchas ardiendo, y despedazaron

cada uno de sus miembros con uñas de hierro; pero un instante despues no se veia en ellos vestigio alguno de la tortura. Finalmente, cansados los verdugos, los arrojaron diciendo: «¿De qué sirven nuestros esfuerzos? Léjos de convertirse á nuestra religion, todos envidian la suerte de los que la reprueban (1).»

No nos detendremos en hablar de otra multitud de mártires y confesores ilustres de la persecucion de Hunerico, que nos refieren los escritores: baste decir que por todas partes se encontraban personas con miembros mutilados: unos con las orejas ó nariz cortadas, otros faltos de piés ó manos, y otros muchos contrahechos de un modo horroroso á fuerza de los tormentos. Por último, una larga, penosa y asquerosísima enfermedad vino á poner término á la vida de este mónstruo, feroz instrumento del infierno. Despues de un reinado de ocho años ménos dos meses, murió en el de 485, despues de habérsele corrompido todo el cuerpo, que tenia cubierto de gusanos, y entre las mayores agonías y desesperacion. Con el designio de que el trono quedase á su posteridad habia hecho derramar la sangre de todas aquellas personas ilustres que hubiesen podido aspirar á él; pero no consiguió su objeto, pues que le sucedió Guntamundo, sobrino suyo, pero más humano que él y que hizo cesar la persecucion de los católicos.

Hallábase afligido el espíritu del santo pontífice Félix III por el lamentable estado en que se encontraba la desgraciada Iglesia de África, y deseaba curar sus llagas, valiéndose para ello de todos los medios posibles. Al efecto congregó en Roma un concilio compuesto de cuarenta obispos italianos, cuatro africanos y setenta y seis presbíteros, que por particular privilegio quiso asociar al concilio para oir su parecer. No obstante á pesar de ser muchos los católicos que padecieron con la mayor constancia, no faltaron algunos que por miedo á los tormentos se dejaron rebautizar. He aquí, pues, las reglas que en aquel concilio se establecieron para que reparasen sus faltas: «Los obispos, los presbíteros y los diáconos harán penitencia todo el tiempo de su vida, y sólo al tiempo de la muerte recibirán la comunion laical. En cuanto al resto de los fieles, los clérigos inferiores, los religiosos ó seglares, harán, segun los cánones de Nicea, doce años de penitencia: empero si ántes de cumplir este tiempo se vieren en peligro de muerte se les dará la absolucion. Los impúberes estarán algun tiempo bajo la imposicion

(1) Berault-Bercastel. Lib. XVII, núm. 55.

de manos, esto es, en la humillacion de la penitencia: despues de lo cual se les volverá á la comunion, para que la fragilidad de su edad no los haga recaer en nuevas faltas en el tiempo de una probacion demasiado larga. Si entre tanto recibiesen muy pronto la absolucion con motivo, por ejemplo, de una enfermedad peligrosa, recobrando despues de esto la salud, no comunicarán con los fieles sino en la oracion, hasta que se cumpla el tiempo anteriormente prescripto á su penitencia. Los clérigos inferiores á los legos rebautizados por solo temor, harán tres años de penitencia; pero nunca se admitirá á ninguno de ellos al ministerio eclesiástico, ni generalmente á los que hayan sido bautizados fuera de la Iglesia: lo cual deberá entenderse de los casos en que el temor no excluyó todo grado de voluntad, y en los cuales hay siempre alguna falta espontánea (1).»

En medio de tantas aflicciones el papa San Félix tuvo el consuelo de ver que en Constantinopla tomaban mejor aspecto los asuntos de la Iglesia desde la muerte del patriarca ambicioso que ocupó aquella Silla diez y siete años, pretendiendo siempre, extender su dominio y jurisdiccion más allá de los límites debidos. Ya hemos dicho que á Acaccio sucedió Flavita, que murió á los cuatro meses, siendo reemplazado por Eufemio.

Todos los tiranos que se han empleado en perseguir á la Iglesia, y se han complacido en verter la sangre de sus ministros y demas fieles, han recibido el castigo de una muerte horrorosa, preludio de los eternos tormentos á que han sido destinados despues de ella. Ya vimos en la historia de los tres primeros siglos que la mayor parte de los emperadores cuyos nombres llevan las persecuciones murieron bajo puñales asesinos. Acabamos de decir que Hunerico, cuyo nombre es tan funesto en la historia de la Iglesia, acabó sus dias del modo más cruel y asqueroso. La misma ó peor suerte cupo á Zenon, cuya horrorosa muerte con todas sus circunstancias refieren los antiguos escritores. Dado á todos los vicios, era tambien dominado por la bebida, de modo que se embriagaba con la mayor frecuencia. Cierto dia lo llevaron privado de los sentidos por la embriaguez, ó por un ataque epiléctico, como quieren otros, pues que los padecia á consecuencia de sus muchos excesos. Su mujer Ariadna, que no podia sufrirle, encontró la ocasion de salir de él de una vez y librar al imperio de aquel mónstruo. Divulgó que habia muerto y le hizo enterrar vivo. A poco recobró los sentidos en el se-

(1) Tom. IV. Conc. p. 1075.

pulcro y dió gritos espantosos, que no quisieron oir los que le custodiaban, y murió rabioso y desesperado despues de comerse parte de sus brazos. Reunióse el Senado por órden de Ariadna y proclamó emperador á Anastasio, que era ya de sesenta años de edad, pero que ocupó el trono imperial por espacio de veinte y siete. Tuvo lugar su elevacion el año 491.

El papa San Félix III, agobiado aun más por el peso de sus trabajos que por el de los años, murió el 28 de Febrero del 492, despues de haber gobernado la Iglesia ocho años, once meses y diez y siete dias, durante cuyo tiempo creó treinta y un obispos, veinte y ocho presbíteros y cinco diáconos. Fue sepultado en San Pablo, extramuros de Roma, durando la vacante de la Santa Sede tan sólo cuatro dias. Para sucederle fue elegido

San Gelasio I, romano, y no africano como le hacen Berault-Bercastel y algun otro escritor. Era hijo de Valerio y fue nombrado Sumo Pontífice en 2 de Marzo de 492. Segun varios autores, este Papa fue el que instituyó los canónigos regulares de Letran, como aseguran algunos historiadores.

Entre las disposiciones notables de este Pontífice se encuentra la de haber abolido y hecho desaparecer en Roma las fiestas lupercales, en las que algunos hombres desnudos recorrian las calles de la ciudad, azotando con pieles de cabra á las mujeres estériles, pues que entre las mil supersticiones de los paganos era una la de creer que por aquel medio conseguian que sus esposas fuesen fecundas. Tanto tiempo y tanto trabajo fue necesario emplear para acabar de desarraigar las costumbres paganas en Roma. Veamos los principales sucesos que tuvieron lugar durante el pontificado de San Gelasio.

CAPITULO XXVII.

Mudanza en el gobierno temporal de Roma en el imperio de Oriente.—Notable carta del papa Gelasio á los embajadores enviados á Constantinopla.—Otra carta de San Gelasio á los obispos de Dardania.—Primacía de la Iglesia romana.—Libros sagrados.—Obras de santos Padres.—Otros escritos de Gelasio.—Virtudes y muerte de este Pontífice.

Odoacre, rey de Italia, tuvo un fin desgraciado. Teodorico, rey de los ostrogodos, sostuvo contra él una porfiada guerra hasta que logró despojarle, haciéndole encerrarse en Ravena, y obligándole por último á entregarse despues de un cerco de tres años. Habia Teodorico ofrecido conservarle la vida, pero alegando vanos pretextos se la hizo quitar. En el imperio de Oriente reinaba ya Anastasio, que habia sucedido á Zenon. Creyó prudente Teodorico conservar con él la paz, y á este efecto determinó enviarle embajadores. Los elegidos para este cargo fueron más allá del objeto á que debian de atender, y se presentaron al papa San Gelasio, haciéndole saber que los griegos se hallaban muy quejosos de la Iglesia romana á causa de la condenacion de Acacio, y que tenian por insuficiente la sentencia del Papa para condenar á su patriarca, y que su deseo era que se reuniese un concilio general.

Hé aquí la contestacion de San Gelasio á aquellos embajadores, con la que confundió la pretension de los griegos: «Aunque se quisiera partir del principio de que Acacio no hubiera podido ser juzgado por uno solo, ¿no fue condenado por el concilio general de Calcedonia? ¿Hizo otra cosa mi predecesor que poner en ejecucion el antiguo decreto, sin decidir cosa alguna de nuevo? Cualquiera otro obispo hubiera podido hacerlo, como el de la Sede Apostólica. Pero los que nos oponen los cánones ¿no son ellos mismos los que los quebrantan rehusando obedecer á la primera Silla, que no les exige otra cosa que lo que es realmente justo y razonable? Segun los sagrados, cánones deben dirigirse á nuestra

Sede las apelaciones de toda la Iglesia, de suerte que juzgue de todas las Iglesias, sin que ella pueda ser juzgada por ninguna. Jamás han ordenado los cánones que se juzguen sus decisiones: ántes por el contrario han establecido que léjos de oponerse á ellas, deben todos obedecerlas religiosamente. En este mismo asunto Timoteo de Alejandría, Pedro su sucesor, Pedro de Antioquía y los demas que se llamaban obispos fueron depuestos por sólo la autoridad de la Santa Sede apostólica, y el mismo Acacio fue ejecutor de esta sentencia: luego él mismo ha sido condenado tan legítimamente como lo fueron los otros, pues lo ha sido por la misma potestad y por haberse unido á la comunion de aquellos. ¿En virtud de qué cánones depusieron ellos á Juan de Alejandría, á Calendion de Antioquía y á otros muchos obispos ortodoxos? ¡Cómo! se expulsó con tantos prelados inocentes á los obispos de la segunda y tercera Silla, ¿y el obispo de Constantinopla á quien los antiguos y legítimos cánones no conceden distincion alguna particular, no habrá podido ser depuesto despues que abrazó la comunion de los herejes? ¿O pretenden sus partidarios que se ejerza el juicio que ellos proponen, de tal modo que sean al mismo tiempo jueces, testigos y partes? Cuando se trata de la Religion, la suprema autoridad de juzgar no es debida, segun los cánones, sino á la Silla apostólica. En esta materia las potestades del siglo no pueden sustraerse del juicio de los obispos, especialmente del sucesor de San Pedro. Nádie, por más poderoso que sea, con tal que sea cristiano, se arroga el poder de juzgar de las cosas divinas, á ménos que se haga perseguidor (1).»

Todos los esfuerzos del santo Pontífice no fueron suficientes para que el Patriarca Eufemio, aunque ortodoxo, borrase de los dípticos el nombre de su predecesor Acacio. Opuso mil excusas, siendo una de ellas la veneracion que le tenian en Constantinopla; mas es lo cierto que temió disgustar al emperador, y así buscó los medios de estar bien con la Sede Apostólica y al mismo tiempo con Anastasio. Tal vez su intencion fuese la de evitar males á su Iglesia si el emperador le hacia caer de su gracia. No hay seguramente mision más difícil de llenar ni más delicada que la de los obispos, y muy especialmente cuando la Iglesia no es sinceramente protegida por los poderes temporales. Felizmente vemos en la Historia de la Iglesia que la inmensa mayoría de los Prelados en todos los siglos, en todas las épocas, han obrado con la mayor prudencia,

(1) Gelas. P. Ep. 4. t. IX Concil.

procurando siempre la paz con los príncipes temporales, pero no perdiendo jamás de vista la máxima que primero es obedecer á Dios que á los hombres; y han sufrido la persecucion hasta el martirio ántes que hacer traicion á su propia conciencia, vilipendiando la altísima dignidad del Episcopado. Eufemio fue débil en esta parte, y no obstante ser ortodoxo, como hemos dicho ántes, quiso servir á dos señores, y recibió el justo castigo de su debilidad, pues creyendo complacer á ambos, disgustó á los dos. Anastasio le hizo aparecer como sospechoso por haber favorecido á los isauros, que se rebelaron contra su autoridad, y así hizo que se reuniesen todos los obispos que se hallaban en Constantinopla, á los que obligó á excomulgar y deponer á Eufemio, al que desterró en seguida, siendo elegido para sucederle el presbítero Macedonio, varon muy piadoso y de grande reputacion. Es el fin que siempre han tenido aquellos eclesiásticos que por adular á las potestades de la tierra se han apartado de los deberes de su ministerio.

Muy diferente fue la conducta de los obispos de Dardania, que mostraron la mayor aversion á toda clase de novedades, sosteniendo los derechos de la Iglesia, sin temor de ninguna clase á los que pudiesen perseguirles ni aun quitarles la vida. Ellos comprendian suficientemente la grandeza de su ministerio y respetaron profundamente la autoridad de la Sede Apostólica, sujetándose en todo á sus decisiones. El papa Gelasio les advirtió que tuviesen gran cuidado en evitar la comunion de los herejes, y ellos, que recibieron con el mayor respeto y la más profunda veneracion la amonestacion del Jefe Supremo de la Iglesia, Vicario de Jesucristo sobre la tierra, le respondieron, sin que fuese necesario abrir su carta para conocer que eran verdaderamente ortodoxos, pues que en el sobre ó inscripcion se leian estas palabras: «Al maestro apostólico, al santísimo Padre de los Padres, Gelasio, obispo de la ciudad de Roma, los humildes obispos de Dardania, salud.» En esta carta hacian una protestacion de su sumision á la Sede apostólica, diciendo que habian recibido con la mayor reverencia la amonestacion que se habia dignado dirigirles el sucesor de Pedro, cuyo deseo era obedecerle siempre, segun el ejemplo que habian recibido de sus mayores, y que si hasta entónces habian evitado por sí mismos la comunion de Eutiques, de Pedro, de Acacio y de sus secuaces, con mucha más razon se abstendrian de ella despues de la advertencia de la Santa Sede; y concluyen pidiendo al Sumo Pontífice que les envíe uno de los más excelentes y sabios individuos del clero de Roma, á cuya presencia pudieran arreglar lo concerniente á la fe católica.

Mucho celebró San Gelasio la firmeza de estos obispos, y determinó escribirles una extensa carta explicándoles á fondo todo lo concerniente al asunto de Acacio. Esta carta es digna de fijar en ella la atencion, por lo que vamos á reproducir lo más importante de la misma que encontramos en la obra de Berault-Bercastel (1).

«Recorred, dice el Papa, todo lo que ha pasado despues de los Apóstoles, y vereis que nuestros padres los obispos católicos, habiendo sentenciado una vez contra una herejía, quisieron que su decision fuese irrefragable, sin que se pudiese volver á tratar de ella; pues de otro modo nada habria estable en las decisiones de la Iglesia. Pensaron que bastaba condenar la herejía con el heresiarca, comprendiendo en esta condenacion á cualquiera que comunicase con él ó con sus parciales. Así fue condenado Sabelio, así lo fueron los arrianos en el concilio de Nicea, y así tambien Eunoncio, Macedonio y Nestorio.

«Todo esto bien considerado, continúa Gelasio, os aseguramos que ningun hombre sólidamente cristiano puede ignorar que á la primera Sede toca principalmente hacer ejecutar los decretos de los concilios aprobados por consentimiento de la Iglesia universal, pues está en posesion de confirmarlos con su autoridad, y procurar su observancia, en virtud de su primacía. Ahora bien, habiendo advertido que Acacio se habia separado de la comunion católica, empleó por espacio de tres años todos los medios de suavidad para atraerle á verdadero camino, y le notificó con citacion legal que compareciese ó enviase persona que le defendiese de las graves acusaciones de Juan de Alejandría. Como no habia motivo para tener un nuevo concilio, ningun obispo podia declinar la sentencia de la primera Sede, á la cual habia acudido el de la segunda, que no reconoce otro juez que al sucesor de Pedro. Acacio, pues, fue condenado en la misma forma que Timoteo y Pedro Mongo, que se llamaban obispos de Alejandría, es decir, por la autoridad apostólica sin nuevo concilio. Todo el mundo cristiano sabe que la Silla de Pedro tiene derecho de absolver de las sentencias de cualquier obispo y juzgar á toda la Iglesia, sin que á nádie sea permitido juzgar de su decision ó sentencias; pues los cánones disponen que se recurra á ella de todas las partes del mundo, y que no haya apelacion de este tribunal á otro. Así que, siendo constante que Acacio no tenia potestad alguna para absolver á Pedro de Alejandría, sin participarlo á la Santa

(1) Este autor da la siguiente cita: Ep. 2, t. IV. Conc. p. 1196.

Sede, que le habia condenado, dígasenos, ¿en virtud de qué concilio lo hizo, cuando ni tendria derecho para hacerlo en un concilio sin intervencion de la Silla apostólica? Acuérdese de qué Iglesia es obispo. ¿No lo es de una Silla dependiente de la de Heraclea? Muchas veces se ha visto que aun sin prévio concilio la Santa Sede ha absuelto, conforme á los cánones, á personas condenadas injustamente por un concilio. La misma autoridad, pues, tiene para condenar sin concilio á los que lo merecen.»

Despues de citar el Papa los ejemplos de San Atanasio, San Juan Crisóstomo y San Flaviano, como este último hecho pertenecia directamente al asunto de que se trataba, se detiene más en él, no ménos que en el falso concilio de Éfeso: «el cual, dice, siendo contrario á todo órden y á todos los cánones, y habiendo sido reprobado por todas las Iglesias, principalmente por la Sede Apostólica, pudo y debió ser revocado por un concilio legítimo, aprobado por esta Sede, y recibido por la Iglesia universal; pero un concilio legítimo, añade, de ningun modo puede ser anulado.» Pasa de aquí á hablar de lo que habia servido de motivo á los atentados de Acacio, y dice: «Nos hemos reido de la prerogativa que este ambicioso se arrogaba por su calidad de obispo de la ciudad imperial. ¿Salieron por esto de los límites que la antigüedad les habia prescrito los obispos de Ravena, de Milan y de Tréveris, que fueron mucho tiempo ciudades imperiales? Pero si se quiere apreciar prudentemente la dignidad de las ciudades, más dignidad tienen los obispos de la segunda y tercera Silla, que el de una ciudad que ni aun siquiera tiene el derecho de metrópoli. Una cosa es la potestad imperial, y otra la jurisdiccion eclesiástica: la presencia del emperador no muda el órden de la religion. Oigan, pues, ellos al emperador Marciano, el cual no habiendo podido nada en favor de la elevacion del obispo de Constantinopla, dió grandes alabanzas á mi santo predecesor Leon por haber defendido los cánones. Oigan al obispo Anatolio, que no osando confesar la trama de su ambicion, la atribuia á su pueblo y al clero; reconociendo que el obispo de la primera Sede era árbitro de su decision. El mismo ilustre Leon, aunque confirmó el concilio de Calcedonia, anuló cuanto allí se habia renovado contra los cánones de Nicea, traslimitando los poderes que confió á sus legados. Despues de la muerte de este gran Pontífice, Probo, legado de Simplicio, sostuvo á presencia del emperador Leon que la pretension del obispo Bizancio estaba mal fundada.»

Como quiera que se insistiese en el argumento de que si se admite el concilio de Calcedonia, se le debe recibir íntegro, y por consiguiente lo que concierne á la Silla de Constantinopla, responde Gelasio que toda la Iglesia admite sin dificultad y sin excepcion los decretos de este concilio tocante á la fe, para lo cual habia ordenado la Santa Sede que se congregase, confirmándolo despues. «Pero lo que fue resuelto, añade, sin autoridad y sin órden de Leon, fue contradicho inmediatamente por sus legados, y la Silla Apostólica jamás lo aprobó por más instancias que hizo el emperador Marciano.»

En suma, ya que hemos querido hacer conocer al lector este estimable documento, terminaremos, demostrando de qué modo se expresa Gelasio en el mismo, hablando de las dos potestades, de la del príncipe y de la de la Iglesia: «Aunque ántes de Jesucristo algunos hombres dignos, como Melquisedech, hubiesen sido figurativamente reyes y sacerdotes á un mismo tiempo, luego que vino este Señor incomparable, que sólo es juntamente verdadero Rey y verdadero Pontífice, los emperadores, que por sugestion del infierno usurpaban ántes los títulos del pontificado, cesaron de tomarlos, y los pontífices no se arrogaron ya la dignidad del imperio. Todos los miembros de Jesucristo se llaman por honor estirpe real y sacerdotal; pero en la substancia, conociendo Dios el peligro de semejante reunion de poder para el orgullo humano, y queriendo salvar á sus adoradores, no por el esplendor de la diadema, sino por la humildad de la cruz, separó las funciones de las dos potestades: quiso que los emperadores cristianos necesitasen á los pontífices para conseguir la vida eterna, y que los pontífices dependiesen de los emperadores en las cosas temporales. No debe arrogarse el ministro sagrado la administracion de los negocios seculares, y el que tiene el gobierno de ellos no puede sin atentado entrometerse en los negocios del cielo. Así ambos órdenes están aplicados á los empleos que les convienen, y limitados á la moderacion que los santifica.»

De tal modo, el papa Gelasio demuestra que comete un crímen el príncipe que se entromete en el dominio de la Iglesia. Documento es este que debia ser estudiado por los gobiernos modernos de las naciones católicas, que tanto han pretendido intervenir é intervienen en el gobierno de la Iglesia. Ya demostraremos á su tiempo que este razonamiento de San Gelasio, léjos de poder convertirse en arma de defensa para los que hoy combaten el poder temporal de los Romanos Pontífices, es una demostracion de su conveniencia.

El año 496 tuvo San Gelasio un concilio en Roma de setenta obispos, en el cual se consigna (1) que la Iglesia romana ha sido preferida á todas las demas, y es reconocida por maestra y cabeza de todas las Iglesias del mundo, no por disposicion humana, sino en virtud de aquellas palabras del Salvador: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, etc. A San Pedro, dice este concilio, fue asociado San Pablo.» Pero esta asociacion, como se ve por el mismo texto, no fue para el Supremo Pontificado, sino para el honor del martirio, que ambos padecieron en la ciudad de Roma al mismo tiempo. «La segunda Iglesia, dice este concilio, es la de Alejandría, establecida en nombre de Pedro por su discípulo Márcos. La Silla de Antioquía, ocupada por Pedro ántes que la estableciese en Roma, lleva tambien su nombre y ocupa el tercer lugar, así por esto como porque allí conservó el nombre cristiano.»

Tambien se ocupó este concilio de señalar los libros auténticos, distinguiéndolos de los apócrifos. El catálogo de los libros sagrados es exactamente igual que al presente, con la sola diferencia de que sólo se cuenta un libro de los Macabeos, en algunos ejemplares de este catálogo, pues no todos están conformes. Despues de los libros canónicos recibe los concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, y despues de estos concilios generales los demas autorizados por los Padres: ademas las obras de San Cipriano, San Gregorio Nacianceno, San Basilio, San Atanasio, San Cirilo de Alejandría, San Juan Crisóstomo, Teófilo de Alejandría, San Hilario, San Ambrosio, San Agustin, San Próspero, y la célebre carta de San Leon á Flaviano, y en suma, las obras de todos los Padres que murieron en la comunion de la Iglesia y las decretales de los Papas.

Declaradas dichas obras como auténticas, censuró como apócrifos varios libros que eran por muchos tenidos como verdaderos, haciendo una minuciosa enumeracion de todos los que se han apartado de la doctrina de la Iglesia y han caido en errores, desde Simon Mago hasta Acacio.

San Gelasio, con el objeto de que pudiesen ser conocidos los maniqueos que residian en Roma, que detestaban el vino, al que llamaban *hiel del príncipe de las tinieblas*, mandó que todos los fieles comulgasen bajo las dos especies, cuya práctica estuvo en uso hasta el siglo XII, en que dejó de practicarse este rito, que fue abolido definitivamente por el concilio de Constanza en 1416. A pesar de esto, segun el concilio de

(1) Tom. IV. Conc. p. 1260.

Trento, esta prerogativa de la comunion bajo ambas especies fue concedida á los reyes de Francia el dia de su consagracion, á los diáconos y subdiáconos de San Dionisio, cerca de Paris, en los domingos y dias solemnes, y en suma á los ministros de los altares del monasterio de Cluni en Francia en iguales dias.

Entre las varias obras del papa Gelasio es muy apreciado un tratado contra Eutiques y Nestorio, que fue atribuido por muchos críticos á Gelasio de Cicico. Publicó tambien un *Código ó Misal*, para que las Misas fuesen dispuestas en buen órden, y él fue el primer Papa que fijó las órdenes en las cuatro témporas del año.

Sus virtudes fueron muy extraordinarias: era de rara piedad y ocupaba el tiempo que le dejaban libre las funciones del Supremo Pontificado en el ejercicio de la oracion, al que era muy dado, ó bien en santas conversaciones con los siervos de Dios. Su mano siempre estaba dispuesta para hacer bien, y su mayor gloria consistia en ser un verdadero padre amante y cariñoso de todos los fieles. Ocupando la suprema dignidad de la Iglesia, su humildad contrastaba con su elevacion, así como su modestia con la gran sabiduría que el cielo le habia concedido, y que empleó tan ventajosamente en utilidad de la Iglesia.

En dos ordenaciones creó hasta sesenta y siete obispos, treinta y dos presbíteros y doce diáconos, y gobernó la Iglesia cuatro años, ocho meses y diez y nueve dias. Murió el 21 de Noviembre de 496, y fue enterrado en el Vaticano. Fue muy llorada la muerte de este santo Pontífice por el clero y pueblo de Roma, y aun por toda la cristiandad; pero servia de gran consuelo á los fieles el pensar que si habian perdido tan buen padre en la tierra, intercederia por ellos en el cielo, y confiaron en que Dios, que vela por su Iglesia y que hasta entónces le habia concedido Jefes tan llenos de virtudes, daria á San Gelasio un digno sucesor, como en efecto se verificó, segun veremos.

CAPITULO XXVIII.

San Epifanio de Pavía.—San Anastasio II, papa.—Matrimonio celebrado entre el rey de los francos y Clotilde.—Esfuerzos de esta por la conversion de Clodoveo.—Triunfo de la gracia.—Bautismo de Clodoveo y de muchos francos.—Fin del Pontificado de San Anastasio II.

En el mismo año de la muerte del Papa San Gelasio, coronó con una muerte preciosa una santa vida el célebre obispo de Pavía San Epifanio. Justo es que demos aunque sean unas breves noticias de este excelente Prelado. Habia nacido en la misma ciudad de la que fue pastor, y á la tierna edad de ocho años se dedicó al servicio de la Iglesia, y aplicado al estudio con la mayor asiduidad hizo grandes progresos en poco tiempo, haciéndolos aun más rápidos en las virtudes cristianas. Al cumplir los diez y ocho años, su santo predecesor Crispino le encontró apto para el sagrado ministerio y le confirió el órden del subdiaconado. A los veinte años le ordenó diácono y le confió la administracion de los bienes de la Iglesia, la que desempeñó con la mayor pureza, convirtiéndose en un padre de los pobres y desgraciados, que encontraban en él consuelo y alivio en sus desdichas. Los cuidados de la administracion no le hicieron desatender el estudio de las Sagradas Escrituras, y conservó una pureza angelical no obstante las distracciones consiguientes á su cargo. A los veinte y cinco años fue sublimado al sacerdocio, siendo la admiracion de cuantos le veian, por sus grandes y extraordinarios méritos, y principalmente por su celo y la dulzura y erudicion con que predicaba la palabra de Dios, sin artificio, sino únicamente con el deseo de ganar almas para el cielo. Fue grande su don de persuadir, y por consiguiente muy copiosos los frutos que consiguió do quiera que

anunciaba las verdades evangélicas. Llegó á captarse la estimacion general, y así pudo contribuir á contener el desbordamiento y el torrente de la iniquidad en tiempos de un desórden general en Italia. He aquí el retrato que de este santo ministro de Jesucristo nos hace un escritor: «Tenia la voz hermosa, y en sus palabras y modales era tan suave y persuasivo, que penetraba hasta los corazones más duros y ganaba los ánimos más indóciles. Su obispo, de quien era el consuelo y apoyo en la vejez, acostumbraba emplearle en interceder por los desgraciados, cuando él no habia podido por sí mismo alcanzarles su alivio. Este feliz talento de medianero, que hacia la persona de Epifanio preciosa é infinitamente amable á todos desde su juventud, le constituyó el intercesor público y el patrono de toda la Italia, cuando fue elegido obispo á los veinte y ocho años de edad. Unas veces restablecia la concordia tan necesaria para bien del pueblo entre los grandes y débiles emperadores de su tiempo: otras reconciliaba á los príncipes entre sí mismos: otras obtenia el perdon de los tributos á las ciudades agotadas con las exacciones: muchas veces emprendia largas y peligrosas embajadas para reclamar pueblos enteros de cautivos, llevados de las provincias que habian que dado desiertas é incultas. De este modo obtuvo sin rescate Gundebaldo hasta seis mil súbditos del rey Teodorico, que habian sido llevados como esclavos de Italia á Borgoña. Estimábanle igualmente aun los príncipes mas enemigos entre sí. Cuando el rey de los ostrogodos ó godos orientales le vió por primera vez á su entrada en Italia, exclamó: *Hé aquí un hombre, que en todo el Oriente no tiene semejante*. Por extraordinaria que fuese la enemistad que habia entre este príncipe y Odoacre, rey de los hérulos, el santo obispo tuvo invariablemente la confianza de ambos. Era tal la bondad de su alma, que atento sólo á hacer bien, sin considerar á quien lo hacia, se le vió sustentar en Pavía á los que acababan de robar sus tierras contiguas (1).» La muerte de este gran obispo ocurrió el 21 de Enero del año 496.

Por muerte del Papa San Gelasio fue elevado á la Sede Apostólica

SAN ANASTASIO II, romano, natural del *Vicolo capostoro*, en el Esquilino. Fue nombrado Papa en 28 de Noviembre de 496. Tuvo un reinado breve, pues duró tan sólo dos años ménos seis dias, pero en tan corto tiempo tuvo el consuelo de ver á Clodoveo, rey de Francia, abrazar la comunion católica. La conversion de Clodoveo y su bautismo asuntos son

(1) Berault-Bercastel. Lib. XVII. n. 78.

dignos de ocupar algunas líneas en esta historia. Este príncipe, dotado de gran valor habia extendido las conquistas de sus antepasados, apoderándose de todo cuanto restaba á los romanos en las Galias. Los borgoñeses, que como dice oportunamente un historiador, no tenian de bárbaros mas que el nombre, pues que eran muy amigos de las artes y de la industria, se habian establecido desde principios del siglo y en las provincias inmediatas del Rhin. Apénas conocieron las máximas del cristianismo las abrazaron, y todos ellos fueron bautizados despues de siete dias de ayuno y de la conveniente instruccion por un obispo de las Galias. Recibieron sacerdotes que les envió aquel Prelado, á los cuales respetaban y oian su doctrina y enseñanza con la mayor veneracion. Animados por el espíritu de caridad, que los sacerdotes hicieron nacer en ellos, trataban á los galos no como á vencidos, sino como á hermanos. Mas por desgracia se dejaron inficionar del arrianismo, inclusos los príncipes. Unicamente Clotilde habia sabido preservarse del error, permaneciendo firme en la comunion católica. Clodoveo, rey de los francos, la pidió en matrimonio.

Aquel príncipe era idólatra.

Clotilde por su parte, humildísima como buena cristiana que conocia el espíritu del Evangelio, no apetecia la grandeza y fausto de aquella corte, pues desde su más temprana edad se acostumbró á despreciar el mundo y su falsa gloria, cuyos sentimientos se fortificaron de dia en dia con las obras de piedad. Los encantos de la vanidad mundana no habian logrado sorprender su inocencia y el candor de su espíritu. Hallábase en poder de un tio indigno de su nacimiento, príncipe pérfido y desnaturalizado que habia quitado la vida á Chilperico, rey de los borgoñeses y padre de Clotilde.

Noticioso el rey de los francos de las bellas prendas que adornaban á la ilustre Clotilde, la pidió á su tio, el cual no atreviendo á negarse por temor, se valió de miserables pretextos para evitar tal enlace, pensando que la princesa podria hacer pasar su resentimiento por la muerte de su padre á su esposo, que podia tomar venganza. Esto no obstante y á pesar de sus ardides, el matrimonio se verificó, siendo ella el instrumento de que se valió el Señor para la conversion de Clodoveo. Desde los primeros dias empezó á hablar al esposo de las bellezas de la religion cristiana, y tal fue su fuerza de persuasion, que concibió grande estimacion de la fe de Cristo, pero sin pensar en convertirse. Clotilde por su parte no dejaba pasar ocasion para instarle sobre un asunto de tanta importancia para la salvacion de su alma: pero lo único que consiguió fue el que no

pusiese impedimento en que sus hijos fuesen bautizados. Tuvo Clotilde el primero, mas murió en la misma semana de su bautismo; y el rey, imbuido en las supersticiones paganas, atribuyó aquella desgracia á la cólera de los dioses por haber permitido el bautizar al hijo. Mucho tuvo que padecer con este acontecimiento la piadosa reina, sin embargo que miraba como una felicidad el tener en el cielo un hijo que rogara á Dios por ella y por la conversion de su padre. Al año siguiente dió á luz otro hijo y tambien le hizo bautizar Clotilde, poniéndole por nombre Clodomero. Cayó en seguida enfermo de mucho peligro, y el rey irritado amenazaba echar del reino á todos los cristianos; pero Clotilde rogó á Dios conservase la vida de su hijo, para que se evitasen los males que podian sobrevenir; y como la oracion del justo sube siempre al cielo en olor de suavidad, el niño recobró la salud, con lo que se aplacó la cólera de su padre, disipándose todas sus preocupaciones.

La reina seguia hablándole con frecuencia de la felicidad de abrazar la religion católica, de Dios y de sus inefables atributos, y Clodoveo la escuchaba con atencion, pero sin dar muestras de querer convertirse. Era necesario que obrase la gracia, y obró en efecto.

Un dia se despedia de su amada esposa para ir á hacer la guerra contra los alemanes, y ella le dirigió estas palabras: «Señor y esposo mio: si quereis asegurar la victoria, invocad al Dios de los cristianos, pues que es el Dios de los ejércitos y el árbitro de las victorias y de las derrotas. No olvideis lo que ahora os digo en su nombre: si recurrís á él, nada será capaz de resistiros.» Al empezar la batalla, de todo se cuidó Clodoveo ménos de invocar el nombre del verdadero Dios, segun le habia advertido Clotilde. Empero cuando vió su ejército en derrota, y que sus soldados retrocedian por todas partes, recordó entónces lo que no debia haber olvidado un momento, y postrándose en tierra á vista de todo su ejército exclamó de este modo: «Dios de la virtuosa Clotilde, á vuestro amparo acudo: hacedme vencer, y no adoraré ya otro Dios sino á vos.» Esta plegaria produjo un efecto admirable: los soldados se sintieron reanimados en su valor, al tiempo que un terror pánico se apodera de los alemanes, los cuales viéndose atacados con tanto valor y denuedo por los francos, empiezan á huir por todas partes con grandes pérdidas, entre las que se contaba su rey, que quedó muerto en el campo de batalla, consiguiendo Clodoveo el triunfo y la victoria.

Esto sirvió para que acabase de caer de los ojos del rey de los francos la venda que le cubria, y que reconociendo sus errores y la falsedad de

los dioses del paganismo, se decidiese á abrazar la fe de Jesucristo. Al regresar de la guerra se llevó consigo á un santo y sabio sacerdote de Toul, llamado Vedasto, que más tarde fue obispo de Arras, para que le instruyese y enseñase para poder recibir el bautismo. Tambien se sirvió del celo y de los cuidados de San Remigio, obispo de Reims y una gran lumbrera de la Iglesia, el cual administró al rey el sacramento del bautismo en la iglesia de San Martin de Reims, el dia de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, del año 496, recibiendo tambien las aguas regeneradoras otros altos dignatarios de su corte y otra multitud de francos, hasta el número de tres mil, sin contar las mujeres ni los niños. En esta obra, tan grata á los ojos de Dios y que extendia el reino de Jesucristo, se emplearon los obispos y sacerdotes que al efecto habia congregado San Remigio.

El santo Prelado de Reims quiso dar á esta ceremonia todo el aparato digno de su grandeza. Hizo entapizar todas las calles que conducian del palacio á la iglesia, y adornó esta con gran magnificencia: la iluminacion era espléndida y los más exquisitos perfumes embalsamaban el aire. Los obispos y sacerdotes esperaban formados á los lados del altar con la mayor modestia (1). Aquella actitud humilde de los ministros del Señor, y el aparato majestuoso de las ceremonias, dejó como trasportado de admiracion el rey. Empero un milagro, efectuado á su presencia y la de todos los concurrentes, confirmóle más y más en la verdad de la religion cristiana. Al prepararse San Remigio para bautizarle el primero y que siguiese despues el bautismo de todos los demas, advirtió que era poco el crisma para tanta gente, y que necesariamente le habia de faltar. Entónces el santo obispo elevó sus ojos al cielo y pidió al Señor que remediase aquella necesidad. Al punto apareció en el aire una paloma blanca como la nieve, que traia en el pico una redoma de crisma celestial, la cual puso en manos de San Remigio, desapareciendo en seguida y dejando en el templo una fragancia tan divina, con la que no podia compararse ningun otro olor de la tierra. Lleno de entusiasmo Clodoveo entró, se acercó á la pila del bautismo, y entónces le dijo San Remigio estas palabras: *Mitis depone collar, sicamber.* «Clodoveo, manso ya y humilde, baja el cuello al yugo del Señor, adora al que hasta aquí has perseguido, y persigue á los dioses que has adorado.» En seguida le hizo hacer la protestacion de la fe y le dió por nombre Luis,

---

(1) Hincmaro. vit. S. Remig. ap. Duchen. t. 1, pág. 527.

que fue el primero de este nombre, y el que dió principio á los cristianísimos reyes de Francia. San Remigio fue por esto muy honrado, y los grandes del reino depositaron en sus manos muchos donativos que él empleó en su iglesia de Reims, en la edificacion de otras muchas y en el socorro de los pobres. Algunos años despues el papa San Hormisdas, teniendo en mucha estima su sabiduría y grandes virtudes, le escribió y le hizo legado suyo en todo el reino de Francia, para que con su autoridad ordenase y dispusiese las cosas eclesiásticas de aquel reino del modo que mejor le pareciese, dejándolo todo á su prudencia. Él fue el que alumbró con su doctrina y ejemplo, y los muchos milagros que le hicieron glorioso, aquel reino que despues ha producido tantos santos y otras muchas lumbreras de la Iglesia.

En cuanto á la reina Clotilde, que fue, como dijimos ántes, el instrumento de que se valió el Señor para la conversion de Clodoveo, vivió santamente sin cesar de dar gracias á Dios por el singular favor que le habia dispensado sacando á su esposo de las tinieblas de la idolatría á la clara y refulgente luz de la verdad evangélica. Fue tan buena madre como perfecta esposa, y supo guiar á sus hijos por la hermosa senda de las virtudes. Despues de viuda se retiró á vivir á Tours junto al sepulcro de San Martin, donde pasó el resto de su vida. Murió santamente el dia 3 de Junio del año 513. Dios hizo glorioso su sepulcro por muchos milagros, y la Iglesia venera su memoria celebrando su fiesta en el mismo dia en que ocurrió su dichosa muerte.

Fijando de nuevo la atencion en Clodoveo, sólo nos resta añadir que supo cumplir con exactitud las promesas que á Dios hiciera en el momento de recibir el agua regeneradora del bautismo, siendo un fervoroso cristiano, cuyo ejemplo sirvió para la conversion de otros muchos que en gran número siguieron sus huellas. Un dia que San Remigio leia la Pasion del Salvador, Clodoveo, que le escuchaba con la mayor atencion, exclamó de pronto: «¡Ah! que no hubiera yo estado allí con mis franceses!» Esto revelaba toda la extension de su fe. Mandó publicar unas letras por las cuales exhortaba á todos sus súbditos los que aun permanecian idólatras á que abrazasen la religion de Jesucristo, única en la que podrian alcanzar la salvacion de su alma.

Todo esto sirvió de un gran consuelo al santo Pontífice Anastasio, á quien dolia ver que ningun rey de la tierra era católico, pues los cristianos estaban inficionados en la herejía, y los otros dormian el sueño de la idolatría. Sólo Clodoveo, ya Luis I, rey de la nacion más belicosa

de la tierra, profesaba la verdadera fe, y esto era preludio de grandes y estimables bienes para el mundo.

Para destruir el miserable sofisma del autor del *Libro pontifical*, que quiere manchar la memoria del santo Pontífice Anastasio II, diciendo que tuvo íntimas relaciones con Photin, diácono de Tesalónica, y que quiso llamar á Acacio, por lo que muchos presbíteros y clérigos quisieron apartarse de su comunion, basta tener presente que Acacio murió bajo el reinado de San Félix III, el año 488. Dice tambien que si Anastasio no llegó á restablecer á Acacio fue porque aquel Pontífice murió herido del rayo ántes de haberlo conseguido. Es una calumnia miserable levantada por los partidarios del antipapa Lorenzo, del que pronto hemos de ocuparnos, pues quien murió herido del rayo fue el emperador Anastasio, y no el Pontífice del mismo nombre, lo que con otros escritores asegura Baronio (1).

Una ordenacion tan solamente hizo San Anastasio, y fue en Diciembre. En ella creó diez y seis obispos y doce presbíteros. Gobernó la Iglesia, segun dijimos al hablar de su eleccion, dos años no completos, y murió el 16 de Noviembre de 498, siendo enterrado en el pórtico de San Pedro. La Santa Sede quedó vacante por el espacio de seis dias.

---

(1) Ad. an. 497.

CAPITULO XXIX.

San Simaco, papa.—Cisma del antipapa Lorenzo.—Recurso á Teodomiro, rey de Italia. —Concilio reunido por San Simaco.—Es suscrito por Lorenzo, que cede en sus pretensiones.—Disciplina antigua y moderna sobre le eleccion de los Soberanos Pontífices.—Disposicion de San Simaco sobre el himno Gloria in excelsis Deo.

A la muerte del papa San Anastasio II sobrevino un cisma, que como todos tuvo funestos resultados. Para sucesor de aquel ilustre Pontífice fue elegido

SAN SIMACO, hijo de Fortunato, natural de Simagia en Cerdeña, que habia sido ordenado diácono y creado cardenal por el Papa San Félix III. Su eleccion tuvo lugar el 22 de Noviembre de 498. El patricio Festo, que habia sido corrompido á fuerza de dinero y que deseaba cumplir la promesa que habia hecho de que fuese reconocido el *Henótico*, hizo elegir en el mismo dia de la exaltacion de San Simaco, al diácono Lorenzo, arcipreste del título de Santa Praxedes, creyendo que podria seducirle con más facilidad que á Simaco. Al tiempo que este era ordenado en la Basílica Lateranense, Lorenzo lo fue en la de Santa María. Simaco tuvo de su parte el mayor número de votos, y Lorenzo entre los pocos que contó no dejó de tener algunos votos de importancia. De esta doble eleccion se originaron naturalmente las más violentas y acaloradas disputas, á las que siguieron escenas de sangre y lamentables homicidios: el Senado y el pueblo se dividieron, declarándose parte por un partido y parte por el otro. Despues de los mayores escándalos y las más violentas luchas determinaron de comun acuerdo recurrir al rey Teodorico no obstante que era arriano. Residia este rey en Ravena, y por su propio criterio, como quieren unos ó bien reuniendo un concilio de obispos católicos y oyendo su parecer, como dicen otros determinó que conservase la Silla el primero que habia sido elegido y que habia tenido mayor núme-

ro de votos. En su consecuencia Simaco obtuvo la tranquila posesion de su autoridad.

Natural parece que para evitar los grandes y terribles males que en pos de sí trae un cisma, ambos hubiesen estado prontos á sujetarse á una nueva eleccion, no manifestando miras de ambicion en querer retener la suprema dignidad. Nádie puede poner en duda la santidad de Simaco, de que responden todos sus hechos y acertadas disposiciones que dió durante los quince años de su pontificado. Sin embargo, conocia bien á Lorenzo, sabia el objeto que se llevaban los que le habian elegido, y no dejaria de comprender los males que á la Iglesia hubieran sobrevenido de hacer su renuncia y haberse afirmado el antipapa. Esto necesariamente le haria á pesar de su humildad sostener la defensa de sus legítimos derechos.

Una vez decidida la cuestion por Teodorico, San Simaco pensó en el modo de evitar en adelante cismas semejantes, dando reglas para la eleccion de los Papas. A este objeto reunió un concilio de setenta y tres obispos, incluso el mismo Papa, y despues de hacer algunos reglamentos para evitar intrigas y tramas, se estableció que en adelante seria ordenado Papa aquel que tuviese de su parte el mayor número de votos del clero. Despues de los obispos suscribieron muchos presbíteros, y al frente se encuentra la firma del arcipreste Lorenzo, causante del cisma, y que más tarde fue obispo de Nocera.

No estará demas que demos aquí algunas noticias acerca de la eleccion de los Papas. Es indudable que en los doce primeros siglos tomaban parte en la eleccion de los Romanos Pontífices el clero y el pueblo, y la primera disposicion que encontramos sobre esto es la que acabamos de consignar, dictada por el concilio reunido por San Simaco. Los emperadores y señores de Roma no se mezclaron en las elecciones sino en caso de discordias y para apaciguar disturbios populares, y un ejemplo de esto tenemos en el caso que acabamos de consignar del cisma del antipapa Lorenzo, que sólo tomó parte Teodorico, rey de Italia, cuando sujetaron á él la decision del negocio. Durante los siglos v y vi se procuraba elegir para Pontífices á personas que fuesen del agrado de los Godos, los cuales dominaron en Italia desde el año 493 hasta el 542, y guardándose despues la misma consideracion con los Griegos y Lombardos, que sucedieron á aquellos en la dominacion. Ejemplos de esto tenemos en San Leon el Grande, elegido en 440 y que habia sido legado cerca del rey godo Alarico; en el Papa Hormisdas, elegido en 514 en el concepto de ser agra-

dable al príncipe; en Vigilio (538), por serlo al emperador Justino, y en otros varios que pudiéramos citar, entre los que se cuenta San Gregorio el Grande. Los Lombardos durante su dominacion exigieron un tributo por confirmar la eleccion pontificia, y la Iglesia lo pagaba como medio de redimir una vejacion. Los Lombardos no dominaron como soberanos de Roma mas que 53 años, no obstante haber dominado en el resto de la Italia 206 años. Los Griegos arrojaron de Roma á los Lombardos y gobernaron por medio de los Exarcas de Ravena. Estos por algun tiempo exigieron tambien el tributo, hasta que Constantino Pagonato abdicó este derecho á instancias del papa Agaton, que gobernó la Iglesia desde el año 678 hasta el 682. El tributo fue perdonado en el año 679, y poco despues ofreció el mismo Constantino que sin que se exigiese su consentimiento reconoceria por verdadero Pontífice al que fuese elegido por el clero y por el pueblo. El *cánon* 22 *dist.* 63, segun el cual parece que el papa Adriano concedió á Carlo-Magno el derecho de elegir el Sumo Pontífice, es tenido por falso por los mejores críticos.

A fines del siglo XII se reservó á los cardenales el derecho de la eleccion de los Romanos Pontífices. En las páginas 128 y siguientes de este tomo nos ocupamos extensamente de los cardenales y de la importancia que adquirieron sucesivamente. Por la época que acabamos de citar se hicieron dueños exclusivamente de la eleccion, lo que fue muy conveniente para que terminasen las violentas escisiones y los cismas á que daba lugar la eleccion hecha por el clero con la concurrencia del pueblo y la influencia que á veces ejercian los emperadores. Muerto que fue el papa Pascual II (1118), fue elegido para sucederle Inocencio II, canónicamente; mas los partidarios de Pedro de Leon le eligieron tambien y tomó el nombre de Anacleto, el cual tuvo un sucesor llamado Víctor, y entre los dos sostuvieron un cisma de ocho años. Pero los cardenales estuvieron siempre de parte del legítimo Pontífice, como veremos al ocuparnos de estos Pontificados. Desde entónces se observa que en las elecciones sucesivas sólo toman parte los cardenales, sin que en ellas intervenga para nada el clero de Roma. En el Concilio III de Letran se dispuso que sólo los cardenales fuesen admitidos á la eleccion de Soberano Pontífice; que no se tuviese por canónicamente elegido sino el que obtuviese dos terceras partes de votos, y que si un elegido por ménos número aceptase el Pontificado fuese excomulgado, como así mismo los que le favoreciesen pretendiendo sostenerle. Estas acertadísimas disposiciones reconocen por causa el cisma que siguió á la elec-

cion de Alejandro III, pues que tres solos cardenales, ó cinco como quieren otros autores, eligieron á Octaviano, que tomó el nombre de Víctor, el cual promovió un cisma que duró diez y ocho años y que fue sostenido por tres sucesores suyos, los antipapas Pascual, Calixto é Inocencio, cisma del que con detencion nos ocuparemos á su tiempo. He aquí ahora la reflexion que hace un canonista discurriendo sobre este particular, y que ciertamente merece ser tomada en consideracion. Dice así: «Aparte los muchos cismas que afligieron á la Iglesia en los distintos tiempos, en el trascurso de un solo siglo contado desde 1058 á 1159, en que se hizo la eleccion de Alejandro III, hubo cinco; desde que la eleccion se reservó exclusivamente á los cardenales, á pesar de haber trascurrido un período de 692 años, no ha habido más cismas que el de Aviñon, para cuyo orígen y progresos hubo causas especiales. No contamos tampoco para este efecto el del antipapa Félix V, porque aquella eleccion la hicieron los obispos cismáticos del concilio de Basilea, sin cooperacion alguna por parte de los cardenales. Por no dilatar más esta digresion nos abstenemos de hablar del cónclave y del voto ó exclusiva de cardenales, ofreciendo llenar este vacío al hablar de la eleccion del actual Sumo Pontífice Pio IX.

Volviendo al asunto que dejamos pendiente, ya dijimos que el antipapa Lorenzo, conformándose con lo determinado por el rey Teodorico, asistió al concilio tenido por San Simaco y lo suscribió. Esto no obstante, como veremos al dar principio á la historia del siglo VI, el cisma recobró nuevas fuerzas.

Diremos para terminar que el Santo Pontífice Simaco, entre otras disposiciones, mandó que todos los domingos y demas dias festivos se dijera en la Misa el *Gloria in excelsis Deo*, lo que el papa San Telesforo habia mandado que se efectuase tan sólo en el dia de Navidad. El decreto de San Simaco se extendia á todos los sacerdotes: pero San Gregorio lo restringió más tarde á los obispos, permitiendo que los presbíteros lo dijesen tan sólo el dia de la Páscua.

Vamos á terminar la historia del siglo V de la Iglesia, ocupándonos de asuntos peculiares de la Iglesia de España, segun ofrecimos en la pág. 649 de este tomo.

CAPITULO XXX.

Procedencia de las tribus bárbaras que invadieron la Península española.—Religion de los bárbaros.—Mártires en la persecucion vandálica.—Desaparicion de los vándalos y extincion de los alanos.—Conversion de los suevos al catolicismo.—Invasion de Teodorico en el interior de España.—Persecucion de los católicos.—Tranquilidad de estos en los reinados de Eurico y Alarico II.—Persecucion bajo los mismos reinados en los pueblos del mediodía de la Francia.—Causas que la motivaron.

Al dedicar este capítulo á las cosas que dicen órden á nuestra nacion española, daremos comienzo por dar á conocer á los lectores la procedencia de las tribus bárbaras que invadieron la Península. Ya hemos tenido ocasion de ver los grandes desastres que en diversas naciones causaron los bárbaros y hemos contemplado á las tropas de Genserico, rey de los vándalos, penetrar en Roma, haciendo sufrir á esta ciudad un saqueo de catorce dias, quedando libres únicamente las basílicas de San Juan, San Pedro y San Pablo, gracia que el gran Pontífice San Leon habia obtenido de Genserico cuando lleno de valor le salió al encuentro á seis millas de la ciudad, segun que manifestamos al hablar de los últimos tiempos de aquel ilustre Pontífice.

No habia fuerza humana que contuviera á los invasores, que por todas partes iban sembrando el terror y devastando cuanto hallaban á las manos. Daban leyes en todas partes y no conocian ni respetaban la legislacion de los pueblos que lograban invadir y conquistar. Ellos asolaron la Tracia, la Mesia y la Panonia: despues penetraron en la Tesalia, en Macedonia y en Grecia y sus fronteras fueron la Italia. Fijémonos en España. Su invasion en ella la pinta uno de nuestros más acreditados y respetables escritores de la manera siguiente:

«Los vándalos, los alanos, los suevos y los silingos, mayormente los

godos, los cuales, dejados sus antiguos asientos y moradas, despues que de Levante á Poniente llenaron todas las tierras del miedo de su nombre, de sus proezas y de su fama, y con las armas vencedoras pasearon toda la Italia, finalmente pararon en España, y en ella echados en parte, y en parte sujetas las otras naciones, pusieron y tuvieron por espacio de más de trescientos años la silla de su imperio. No hay duda sino que todas estas naciones y otras semejantes en diversos tiempos bajaron del Septentrion y se derramaron por las provincias del imperio romano por dos causas. La una fue la gran fecundidad que tenian aquellas gentes en multiplicarse por el gran calor de los cuerpos; que ademas de ser los septentrionales más largos en la comida y en la bebida, se encienden con el estremo frio de aquellas regiones y aire: en especial ántes que recibiesen la religon cristiana, y por ella enfrenasen sus apetitos con la ley de un matrimonio, la gente en gran manera se aumentaba. Allegábase á esto la esterilidad de la tierra (que era la segunda causa), por la mayor parte cubierta con nieves y con heladas, y falta de muchas cosas necesarias al sustento de la vida. Por donde la necesidad de sustentarse forzaba á innumerables enjambres de hombres á pasarse y buscar asiento en tierras templadas y más abundantes. Para salir con su intento hacian guerra á los romanos, señores del mundo, destruian y talaban las tierras y campos, si prestamente no se les hacia resistencia.

«Como esto sea cosa averiguada, así bien no es fácil declarar de qué partes del Septentrion y de qué provincias cada una de estas naciones haya venido, qué costumbres, qué ingenios tenian, de qué lengua y leyes usaban; ni faltaria por diligencia, si entre tantas tinieblas de opiniones como hay, se descubriese algun camino para dar en el blanco. Será forzoso contentarnos con conjeturas, pues la antigüedad de las cosas y el descuido de aquellos tiempos no dan lugar á mayor claridad. Plinio pone á los vándalos en aquella parte de Alemaña, cási do al presente están los melburgenses y pomeranos: dado que Dion, las fuentes de que nace el rio Albis, y desde donde comienza á regar los campos de Alemaña, las pone en los montes vandálicos. Los burgundiones se han de contar entre los vándalos como parte suya: tomaron este nombre de burgos, que quiere decir aldeas, en que estaban divididos y derramados: y como hiciesen asiento en los Heduos, pueblos antiguos, fueron causa que aquella parte de la Galia se llamase Burgundia ó Borgoña. Dionisio, el que en elegante verso escribió en griego el asiento de las tierras en particular, pone los alanos cerca de los de Dacia y de los getas. Marceli-

no los puso en la Scythia, y se dice tenian por bienaventurados á los que morian en la guerra: á los que la vejez consumia, ó morian de otra suerte, los denostaban y decian mal de ellos, como hombres que eran de ingenio feroz, é inclinados á crueldad, por caer su tierra muy apartada de las comodidades y humanidad de las otras provincias, y ninguna cosa cási allí aportar de las que suelen ablandar la ferocidad de los corazones y amansarlos.

«Los silingos es cosa averiguada que vinieron á España, y que mezclados con los vándalos, asentaron en la Bética ó Andalucía, sin que tuviesen rey particular de su nacion; pero de qué parte del Septentrion hayan venido, no se averigua con claridad. Algunos ponen los silingos en Baviera, donde antiguamente hubo una ciudad llamada Salingostiado (á lo que parece del nombre de esta gente), á la ribera del Danubio, tres millas distantes de Ingolstadio. No hay duda sino que los francos, que por este tiempo se apoderaron de la Gallia, se llamaban á si mismos salios, del rio Sala, que riega su tierra, como lo dice Marcelino. De estos salios se dijo la muy famosa ley Sálica, que vedó á las mujeres suceder en las herencias de los francos. Así se puede entender que los silingos eran los mismos que los sálicos, francos ó franceses, que todo es uno. Esto cuanto á los silingos. Los suevos, segun que lo testifican autores muy graves, antiguamente tuvieron sus asientos cerca del rio Alvis, si bien Estrabon pone tambien los suevos á las fuentes y nacimiento del Danubio, en la comarca donde al presente se ve la ciudad Augusta (1).»

El historiador que nos ha suministrado las anteriores noticias se detiene despues á hablar con bastante detencion de los godos. De ellos tampoco podemos desentendernos nosotros, toda vez que ellos vencieron á las demas naciones bárbaras en España, dominando en ella desde el año 413 hasta el 711, en que se verificó la invasion de los sarracenos.

Los godos, á quienes podemos llamar los fundadores de la monarquía española, eran un pueblo oriental como los escitas y los hunos. Los escritores romanos, acostumbrados á latinizar los nombres, les llamaban *getas*. No falta quien cree que los getas son diferentes de los godos: pero no creemos del caso detenernos en examinar estas opiniones que en nada interesan al asunto principal de nuestra obra. Al principio aparecen divididos en dos grandes tribus separadas por el Duieper *(Boryshtenes)*, llamados segun la posicion que ocupaban ostrogodos (*Ost-*

(1) Mariana. Hist. de España. Lib. V. cap. I.

Gohts), Godos del Este, y visigodos (*West-Gooths*), godos del Oeste: los segundos se hallaban más próximos que los primeros al orbe romano, y por lo tanto eran más civilizados.

Todo cuanto quiera decirse acerca de las leyes, costumbres y usos de los godos en aquellos tiempos no puede pasar de conjeturas. Sin embargo, y aunque temamos dilatarnos algo más de lo que fuera nuestro deseo, trasladaremos aquí la descripcion que nos ha dejado Ammiano Marcelino de las tribus alanas, raza evidentemente gótica, segun el sentir de muchos historiadores. «Jamás han habitado estos bárbaros, dice aquel historiador, bajo ningun techo; jamás han empuñado sus manos instrumento alguno con que labrar la tierra. La carne y la leche de sus rebaños constituyen todo su alimento, miéntras que sentados en sus carros, que están cubiertos de ramas y cortezas, discurren lentamente por aquellas inmensas soledades. Cuando llegan á un lugar abundante en pastos, forman los carros un círculo y hacen alto para que sus ganados los coman; luego que los han agotado, prosiguen su marcha llevando á otra parte su errante y nómada poblacion. En los carros es donde el varon se une á la hembra, donde nacen y se crian los hijos, donde están colocados los penates, donde fijan y consideran la patria. Llevando delante de sí sus innumerables ganados, puede decirse que se apacientan á sí propios á la par con ellos. Cuidan sobre todo de criar y de tener gran muchedumbre de caballos, acostumbrándose desde la juventud á dirigirlos, y mirando como un desdoro el caminar á pié. Las mujeres y los viejos incapaces de batallar permanecen siempre en los carros, dados á las ocupaciones que su sexo y debilidad les permite. Tampoco hay entre ellos templos ni imágenes; una espada que clavan en tierra es la representacion del dios Marte, y á él prestan adoracion á su modo (1).»

No hemos querido dejar de reproducir esta descripcion, sin embargo que ella, como dice oportunamente un historiador de España, excelente crítico, nos arroja leguas y siglos atrás hácia la época y hácia los lugares donde tuvo su orígen el género humano (2). Los godos eran ordinariamente de cabello y barba roja, de color blanco. Su lengua dice el erudito Mariana, era muy semejante á la de los demas pueblos de Alemaña, y no muy diferente de las demás gentes que por

(1) Libro de los Jueces ó Fuero-Juzgo. Discurso de introd. al cap. III.
(2) Gebhardt. Hist. gen. de España. Part. 2.ª, cap. I.

este tiempo se ha dicho por fuerza de armas entraron en España (1). Uno de nuestros más célebres orientalistas y profundos filólogos (2) dice que la opinion mejor recibida sostiene que los godos, vástagos de la rama de Japhet, hablaban en idioma indo-europeo, y el P. Mariana cita como vocablos que han quedado en España de la lengua de los godos, entre otros los siguientes: tripas, caza, robar, yelmo, moza, bandera, arpa, esgrimidor, canjilon, camisa, sábana (3).

En lo que convienen todos los escritores es en que así los godos como los vándalos, suevos y demas naciones por este tiempo ó despues recibieron y abrazaron la religion cristiana, pues que ántes eran dados á las mayores supersticiones, principalmente los godos.

Cuando ocurrió la muerte de Alarico en Calabria, en el año 410, Ataulfo, nuevo jefe de los visigodos, se casó con Placidia, hermana del emperador Honorio, y este le cedió los países colindantes á ambos lados de los Pirineos, aunque no por completo, puesto que los godos ocuparon tan sólo en parte la Tarraconense y la Galia Narbonense. Tal es el principio del reinado de los visigodos en España y los verdaderos principios de nuestra monarquía.

Hemos dicho ya que los bárbaros dominadores de España fueron muy supersticiosos hasta tanto que abrazaron el cristianismo. Bien quisiéramos poder dar á conocer las creencias religiosas de las diferentes razas que se introdujeron en nuestra patria; pero no nos es posible porque en ello no convienen los historiadores, aunque sí en que debia haber alguna conformidad entre todas ellas. En los autores antiguos encontramos algunas noticias de donde podemos inferir que las costumbres de los alanos, que pertenecian á la raza escítica, eran feroces, que los inclinaban al saqueo, á la destruccion y á las guerras, y á tal llegaba esta ferocidad, que usaban por adorno de sus cabezas los cráneos de los vencidos. Su religion, segun hemos manifestado ántes con el historiador Ammiano Marcelino, consistia en un sable clavado en

---

(1) Es por demás curiosa la siguiente descripcion que de los godos, nuevos dominadores de España, hace el gran Isidoro Arzobispo de Sevilla: «*Gothorum antiquissimum esse regnum certum est, quorum origo de Mogog filio Japheth educitur*; *eruditio autem eos magis getas quàm Gog et Mogog apellare consuevit. Isti sunt quos Alexander vitandos pronuntiavit*, *Pyrrhus*, *Cæsar exhorruit.*

(2) Dr. D. Severo Catalina, de la Real Academia Española.

(3) Hist. de España, Lib. V, cap. I.

la tierra, que era para ellos la representacion del dios Marte al que adoraban. No otra teogonía se encontraba entre aquellos bárbaros.

Los vándalos y los suevos pertenecian á las razas germánicas. Sus costumbres eran sanguinarias y su religion participaba de la teogonía romana, toda vez que adoraban á Marte, Hércules y Mercurio. Cuando estos pueblos invadieron nuestros pueblos, los vándalos eran acaudillados por Genserico y los suevos por Hermerico.

Puede comprenderse por todo lo dicho cuál seria la situacion de la Iglesia de España al tiempo de la invasion de los bárbaros. Por una parte tenia que luchar con la herejía y por otra con las supersticiones paganas. ¿Cuál de estas dos luchas era más terrible? Cada una de ellas era por sí misma suficiente para privarla de la paz, para que los ministros de la religion verdadera fueran objeto de persecuciones, y para que los pueblos experimentasen continuos trastornos. Reunidas ambas, el cuadro era aun más terrible é imponente, pues la idolatría se presentaba acompañada de la barbarie.

Sin embargo, la Iglesia de España se propuso llevar á cabo su doble triunfo, cuales eran la conversion de los arrianos y de los idólatras. Empero para llegar á este feliz resultado hubo que sostener grandes luchas, que produjeron nuevos mártires. Quiénes fueron estos, lo ignoramos, porque no se conservan actas que nos revelen sus nombres ni el género de suplicios en que padecieron. Así lo creen varios autores, y á ser de la misma opinion, en cuanto á que hubo mártires, nos induce el saber que tuvieron lugar en África durante la dominacion de los vándalos, como asegura Florez en su *España Sagrada*, el cual cita los nombres de Arcadio, Probo, Eutiquiano y Pablo como primicias de los mártires que hubo en África en la persecucion vándala (1).

La raza vandálica se habia posesionado de Andalucía, extendiéndose por las costas de Valencia y llegando hasta las islas Baleares. Empero complaciendo gustosos al conde Bonifacio, prefecto del África, que se hallaba ganoso de vengar en el imperio agravios que decia haber recibido, se dirigieron á las provincias romanas abandonando la España. Los alanos fueron tambien extinguidos á causa de las guerras que les hicieron las otras razas; y por consiguiente los suevos y visigodos quedaron únicamente dueños de la España. Los suevos eran belicosos y fero-

(1) Florez. Tom. XIV. p. 295.

ces, pero de carácter ménos devastador que los vándalos. Apénas supieron que los vándalos habian abandonado la Bética, quisieron apoderarse de ella y emprendieron la conquista de aquel territorio, llegando despues de tres años de lucha, y merced al valor de Rechila, rey ó caudillo de ellos, á reunir por fuerza de armas bajo su dominacion, Galicia, Bética y la Lusitania.

A mediados del siglo v se convirtió al cristianismo el caudillo de los suevos Rechila. Esto no obstante, y tal vez á causa del mismo suceso, los suevos se mostraron más belicosos y destructores que ántes, habiendo adelantado tanto que se hicieron respetar de sus contrarios (1). Empero Teodorico se propuso ensanchar sus posesiones de España, lo que dió lugar á funestas consecuencias, cuales fueron incendios, devastaciones y profanaciones de los templos, que no fueron libres del general saqueo. Las vírgenes fueron expulsadas de sus sagrados asilos, no obstante que fueron respetadas en sentir de Itacio, y el clero despojado de cuanto poseia.

La situacion, pues, de la Iglesia de España no podia ser más aflictiva, pues que veia destruir todo, al mismo tiempo que desaparecian las ciencias y las artes, que por todas partes iban en aquella época buscando refugio en los claustros, encargados por la Providencia de conservarlas para trasmitirlas á otras generaciones. En España se unia á las luchas políticas la diferencia de religion entre vencedores y vencidos.

Sin embargo á principios del siglo vi, cuya historia vamos á empezar, reapareció la influencia que ántes habia gozado la Iglesia de España, asegurando la unidad y pureza de sus creencias, y la magnificencia y esplendor del culto católico. Bajo los reinados de Eurico y Alarico II, los católicos pudieron recobrar su grande importancia en la sociedad. Desgraciadamente no sucedió lo mismo en el mediodía de Francia, residencia de los reyes visigodos, donde los católicos fueron obje-

---

(1) He aquí cómo se expresa San Isidoro hablando de esto: «Æra CDXXCVI (año 448,) Recchiarius Recchilanis filius catholicus factus subcedit in regnum annis IX. Hic accepta in conjungium Theuderedi Regis Gothorum filia, initia regni auspicatur Vasconias deprædatur; mox ad Theuderedum socerum suum profectus, Cæsaraugustam regionem remeans Gothis auxiliantibus vastat. Tarraconensem Provinciam, quæ Romano Imperio deserviebat, invadit, irruptaque per dolum Ilerdensi urbe, egit ibi magnam captivitatem, Carthaginenses regiones, quas Recchila pater ejus Romanis reddiderat, in prædam mittit. Ad ultimum, dum Theudericus Rex Gothorum in Hispaniam ingrederetur, inito prælio adversus eum, primo fugatur, deinde captus occiditur. *S. Isid.* Hist. Suevorum.»

to de grandes persecuciones durante los largos reinados de los reyes que acabamos de citar. ¿Cuál fue la causa de esta diferente conducta? No queremos imitar á algunos escritores extranjeros, que no se entretienen cuando se ocupan de los asuntos pertenecientes á la Iglesia de España, que cási los pasan desapercibidos como si careciesen de importancia. Dediquemos, pues, algunas líneas á investigar las causas que motivaron la persecucion de los católicos en Francia, en la época en que nos referimos. «Pisando el cadáver de su hermano Teodorico, dice un historiador, subió en el año 466 al trono de los visigodos el fratricida Eurico. ¿Quién dijera que este fue el monarca godo que llevó la monarquía al apogeo de su grandeza? ¿Quién dijera que el autor de un crímen, como el fratricidio, no habia de imitar en el gobierno á sus antecesores, que pisando el ensangrentado cadáver de su jefe se posesionaban del gobierno supremo? ¿Quién dijera que habia de ser un fratricida el primer rey que daria leyes á un pueblo bárbaro? Así fue sin embargo. Eurico, primer monarca godo que se declaró independiente (Teodorico habia disimulado su ambicion conquistando en nombre del imperio romano nuevas comarcas en España), aprovechóse de la debilidad á que habia venido el imperio romano, para establecer sobre sus ruinas la mayor de las monarquías que llegaron entónces á formarse. Los emperadores se sucedian con notable frecuencia; impotentes y desautorizados todos ellos, dejaron que las hordas bárbaras arrinconadas en Italia dispusiesen de aquel país cuyo dominio alcanzó Odoacro, jefe de los hérulos, reduciendo al niño Augústulo, último sucesor de los emperadores de Occidente, á la humilde condicion de aceptar una pension anual y una habitacion en la Campania.

«En semejantes circunstancias los bárbaros establecidos en Europa no pensaron mas que en dilatar los límites de sus posesiones respectivas. En Francia establecian los francos su monarquía; en España y en las comarcas contiguas á uno y otro lado de los Pirineos ensanchaban su reino los visigodos. Eurico empezó por ocupar definitivamente todas las provincias de España, dejando á los suevos en los montes de Galicia, donde continuaron sin gozar de influencia alguna en los destinos de nuestra patria. Asegurado este país, regresó Eurico á las Galias, donde llevó sus ejércitos y su dominio hasta Marsella, comprendiendo de este modo el imperio visigodo toda la Galia desde el Loire y el Ródano hasta el Océano, y toda la península ibérica, excepto los montes de Galicia. Eurico comenzó su obra dando á su raza un código escrito. Este

código no era coleccion de nuevas leyes; era la simple consignacion de las costumbres godas, que de este modo adquirieron el carácter de leyes ménos difíciles de cumplir, en cuanto estaban fundadas en los hábitos y en el carácter de los que debian obedecerla. Sea cual fuere la imperfeccion de este código, prueba cuando ménos una tendencia no conocida todavía entre los bárbaros. Ya reconocian estos que las armas no eran ni podian ser el único elemento de la grandeza y de la prosperidad de un pueblo, y empezaban por sustituir á la licencia de su vida nómada la regularidad de los hábitos sedentarios.»

Hemos reproducido este razonamiento porque él nos lleva al descubrimiento de las causas que pudieron contribuir á la persecucion de los católicos en Francia.

Los españoles debieron á Eurico el definitivo establecimiento de órden político que hizo que sus fronteras fuesen respetadas, al paso que en el órden religioso, si bien no les concedió una proteccion declarada, tampoco se mostró hostil. Si no sucedió así en Francia, se comprenden las causas. Los visigodos no eran los solos dominadores de las Galias. En sus comarcas septentrionales habian los francos establecido su reino. Clodoveo era el rey: y aunque idólatra al principio de su reinado, segun hemos dicho al ocuparnos de él en el anterior capítulo, no entró en sus ideas el perseguir á los católicos, y ántes por el contrario los hizo respetar. Luego que se hizo católico, entónces se convirtió en un intrépido defensor de la Iglesia. Todo esto tuvo que hacer necesariamente que los católicos sujetos al dominio de los visigodos mirasen con mayor prevencion á los arrianos, y de aquí la irritacion de ellos, las divisiones políticas y las persecuciones de la Iglesia.

[illegible]


SIGLO VI
HORMISDAS
S. JUAN I
S. FELIX IV
BONIFACIO II
JUAN II
AGAPITO I
S. GREGORIO EL MAGNO
S. SILVERIO
VIGILIO
PELAGIO I
JUAN III
BENEDICTO I
PELAGIO II

SIGLO SEXTO.

DESDE LA REAPARICION DEL CISMA DEL ANTIPAPA LORENZO HASTA EL PONTIFICADO DE SAN GREGORIO EL MAGNO.

CAPITULO PRIMERO.

Nueva persecucion de la Iglesia de África, que sucede á una breve paz.—El cisma de Lorenzo recobra nuevas fuerzas.—San Simaco reune un concilio.—Carta de San Avito al Papa.—Es respetada la autoridad de San Simaco.—Dolores de la Iglesia de Oriente.—San Hormisdas, papa.—Carta decretal de este Pontífice á los obispos de España.—Metrópolis en España.—Concilio I de Tarragona.—Cánones que se decretaron en él y obispos que los suscribieron.—Manifestaciones hechas á la Santa Sede por el metropolitano de Tarragona.—Autoridad papal en España.

Al principiar el siglo VI la Iglesia sostenia una nueva guerra en el África. Guntamundo, sucesor de Hunerico, que habia levantado el destierro de todos los católicos y mandado abrir las Iglesias, murió en 496 despues de un reinado de ocho años. Fue su sucesor su hermano Trasamundo, el cual continuó la persecucion no de un modo violento en su principio, ni con derramamiento de sangre. Su plan fue suave, y consistia en dejar morir pacíficamente á los obispos y cuidar de que no se proveyeran las Sillas vacantes. Por algunos años fue obedecido; pero al fin despues que hubieron muerto muchos obispos, los que quedaban, creyendo que no debian obedecer por más tiempo, consagraron otros nuevos para evitar por este medio los males que se originaban á la Iglesia por la falta de pastores. Pensaban que el rey se apaciguaria, y que si la persecucion se renovaba, los nuevos obispos dirigirian y alentarian al

pueblo. Pero sucedió que apénas Trasamundo tuvo conocimiento del hecho, se irritó sobremanera y renovóse con tanta viveza la persecucion, que fueron desterrados muchísimos prelados hasta el número de doscientos veinte, y entre ellos el primado de Bizacena, Víctor. Todos ellos fueron conducidos á Cerdeña. Llevarónse consigo muchas reliquias, y entre ellas las de San Agustin. El papa San Simaco atendió con mucha solicitud al cuidado de estos santos confesores, enviándoles en diversas ocasiones dinero y vestidos. Entre los varios artificios de que se valia Trasamundo era uno el aparentar que deseaba instruirse, y así daba motivo á disputas, previniendo siempre las cosas de tal modo que el éxito de ellas fuese siempre favorable á los arrianos.

Uno de los obispos que en esta ocasion fueron consagrados fue el célebre San Fulgencio, destinado á la Silla de Respe, ciudad de gran importancia en aquella provincia (1). De los grandes hechos de este ilustre Prelado nos ocuparemos más adelante.

En el año 500 el cisma de Lorenzo, del que ya nos hemos ocupado, recobró nuevas fuerzas. San Simaco reunió un concilio con el objeto de que se discutieran los medios de dar la paz á la Iglesia, agitada por el cisma. En esta asamblea se creyó conveniente nombrar al antipapa obispo de Nocera, con tal de que se sometiese al legítimo jefe. Pero en el año 503 Lorenzo, impulsado por su ambicion, y no obstante su anterior sumision y las terminantes disposiciones de Teodorico, se volvió á sublevar, queriendo á todo trance usurpar la autoridad pontificia. Sus partidarios se valieron para el logro de sus deseos de los medios más indignos. Sobornaron testigos falsos y acusaron de graves delitos á San Simaco. No quiso dar Teodorico crédito á tales acusaciones, pero admirado de cuanto le decian, y no obstante que sabia la austeridad de vida y grandes virtudes de Simaco, envió á Roma á Pedro, que era obispo de Altino, en el estado veneciano, á fin de que se enterase minuciosamente de todo y le informase. Pedro se unió con los cismáticos, que le ganaron con facilidad, turbando más que nunca los destinos de la Iglesia y haciendo todo cuanto estuvo de su parte por indisponer al rey con San Simaco.

Con consentimiento del Soberano Pontífice se convocó un concilio, al que asistieron ciento veinte y cinco obispos. El Papa prometió espontáneamente someterse al juicio del concilio, á pesar de que los padres

(1) Boll. ad. I. Jan.

declararon unánimemente que el Papa no debia sujetarse á un exámen delante de obispos inferiores. En este concilio fue altamente reconocida la inocencia del Pontífice.

Cuando los obispos franceses tuvieron conocimiento del decreto de este concilio encargaron á San Avito, obispo de Viena, que escribiera á Roma en nombre de todos, quejándose de que los Padres del concilio se hubiesen arrogado el derecho de juzgar al Papa. «No se concibe, decia Avito, cómo un superior, y principalmente el jefe de la Iglesia, puede ser juzgado por sus inferiores.» Sin embargo elogia á los Padres por haber reconocido la inocencia del Papa. San Avito, dice Artaud de Montor, tenia razon, puesto que los padres habian pronunciado juicio y proclamado la inocencia, pudiendo acontecer que se consideraran facultados para pronunciar una sentencia condenatoria.

Acerca de este santo Pontífice he aquí las últimas noticias que nos suministra el citado Artaud de Montor: «A últimos del reinado de Simaco, su autoridad, no fue atacada como lo habia sido ántes, pues en Oriente mismo el emperador Anastasio, agradecido á la acogida que de él tuvo San Sabas, exarca ó superior general de todos los monasterios de anacoretas cerca de Jerusalen, manifestó deseos de proteger á los católicos; pero los cortesanos procuraban eludir las órdenes bienhechoras dadas por el emperador, y San Sabas, lumbrera de la Palestina, era perseguido y fuertemente amenazado.» Veamos ahora de qué manera explica Fleury los dolores que por este tiempo afligian á la Iglesia de Oriente: «Piden los orientales á San Simaco en una extensa carta que se les restablezca en la comunion romana, sin que se les castigue por la falta de Acacio, pues no toman parte en ella y reciben la carta de Leon á el concilio calcedonense. «No nos rechaceis, dicen, porque comuniquemos con vuestros adversarios, pues los que lo hacen no es por apego á la vida, sino por miedo de dejar sus rebaños presa de los herejes; y todos, ya los que en apariencias comunican con ellos, ya los que de ellos se separan, aguardan despues del de Dios vuestro socorro, y que volvais al Oriente la luz que originariamente habeis recibido de él. Tan grande es el mal, que no podemos ir en busca de remedio; preciso es que vengais á nosotros.» En suma, para atestiguar que son católicos acaban exponiendo su doctrina, en la que condenan sin ambages á Nestorio y á Eutiques, y reconocen en Jesucristo dos naturalezas, la divina y la humana, en una sola persona.» Hasta aquí Fleury.

El santo Pontífice contestó á los orientales exhortándoles á que per-

manezcan firmes en lo decidido ya una vez contra Eutiques, y á estar prontos á defender la fe aun á costa de su vida si necesario es.

San Simaco, en cuatro ordenaciones verificadas en Diciembre y Febrero, creó ciento diez y siete obispos, noventa y dos presbíteros y diez y seis diáconos. Gobernó la Iglesia cerca de diez y seis años, dando en todo este tiempo pruebas innumerables del espíritu de caridad de que se hallaba animado, rescatando cautivos, socorriendo generosa y espléndidamente á los obispos desterrados de sus Sillas, y animándolos con cartas consoladoras. Así pues, lleno de merecimientos murió el 19 de Julio de 514, habiendo sido sepultado en el pórtico de San Pedro. Despues de una vacante de seis dias fue elegido para sucederle

San Hormisdas, cuya elevacion tuvo lugar el 26 de Julio de 514. Habia nacido este santo Pontífice en Frosinona, ciudad del Lacio. Como hemos de ver, este digno sucesor de San Simaco resplandeció por su caridad, por su celo en defensa de la fe, y por una gran modestia que realzaba más la altísima dignidad de que se hallaba revestido. El citado historiador de los Soberanos Pontífices Romanos dice hablando de San Hormisdas: «Este Papa nombró primado ó vicario de España al obispo de Tarragona y confirmó el de Sevilla, que Simplicio habia nombrado primado de Andalucía y de Portugal, dándole la misma prerogativa personal solamente, que consistia en la facultad de ejercer las funciones del Papa (sin usurpar por eso los privilegios de los metropolitanos), en la observancia de los cánones, la conservacion de la integridad de la fe católica, la definicion de las causas y diferencias y el cuidado de la buena armonía entre los clérigos. Por lo que hace á los negocios más difíciles ó de más importancia, debia consultarse á Roma.»

Con respecto á la cuestion de primados ya hemos dicho ántes de ahora lo suficiente, y no creemos por lo tanto necesario detenernos á escribir más sobre el mismo asunto.

Este Pontífice envió á los obispos de España una carta decretal y en la cual mandaba que las órdenes se confiriesen conforme á los cánones, y no por salto (*per saltum*), sino que se guardasen y observasen los intervalos (*instertitium*) que estaban prescriptos: ademas que los penitentes públicos no podian ser consagrados; que un obispado no podia obtenerse por don, ni ser solicitado por medio de lisonjas; en suma, que los sínodos provinciales debian celebrarse dos veces al año ó al ménos una, como medio eficaz y á propósito para conservar la disciplina.

Muchos fueron los concilios que se celebraron en España hasta la in-

vasion de los árabes, lo que es una prueba de que los católicos siguieron disfrutando de tranquilidad, y que la Iglesia podia atender sin ser molestada á sus necesidades, y el carácter de provinciales que algunos tuvieron nos demuestra que ya estaba regularizada la division eclesiástica de España, y por lo tanto designadas las metrópolis. Por los documentos que hemos podido consultar vemos que Tarragona era la metrópoli de la Tarraconense, Mérida de la Lusitania, Sevilla de la Bética y Braga de Galicia. Pretenden algunos que Galicia por su mucha extension tuvo dos metropolitanos: pero es indudable que fue siempre, así en tiempo de los romanos como de los suevos, el obispo de Braga el único metropolitano de Galicia (1), pues que si bien es verdad que pasada la primera mitad del siglo VI se estableció otra metrópoli en Lugo, fue de muy corta duracion y no dejó de estar subordinada á Braga. En cuanto á la Iglesia de Cartagena, hay más fundadas opiniones de que fuese metrópoli. Cartagena fue destruida por los godos, segun la opinion de San Isidoro, y Toledo quedó como la ciudad más importante de la provincia. Luego que fue restaurada Cartagena, sus obispos quisieron recobrar el derecho de metropolitanos, pero no quiso ceder Toledo, de donde se originaron divisiones. En el concilio primero de Tarragona, del que vamos á ocuparnos, suscribió el obispo de Cartagena con el título de metropolitano, y en el concilio II de Toledo celebrado en 527 vemos que Montano, obispo de Toledo, suscribió tambien como metropolitano.

El primer concilio celebrado en el siglo VI fue el de Tarragona, el cual fue tambien el primero de los provinciales, pues ya vimos á su tiempo que el de Elvira (300), el I de Zaragoza (380) y el I de Toledo (400) tuvieron el carácter de nacionales.

Asistieron al concilio Tarraconense el metropolitano Juan, obispo de Tarragona, Paulo de Ampurias, Fortiniano de Gerona, Agricio de Barcelona, Urso de Tortosa, Oroncio de Colibre, Vicente de Zaragoza, Cinidio de Vich, Nebridio de Egarra (hoy Tarrasa) y Héctor de Cartagena, el cual tomó parte en el concilio por hallarse accidentalmente en Tarragona.

He aquí los trece decretos acordados en este concilio:

1.º Que los clérigos, cuando visiten á sus parientes, no se detengan en la visita: ni vayan solos. Que el que así no lo hiciese sea privado de la dignidad que obtenga, si es clérigo, y si fuese religioso ó monje,

(1) Florez, *España Sagrada*, tom. XV, cap. 7.

sea encerrado en una celda á pan y agua bajo la direccion del abad.

2.° Que al clérigo no se le permita comprar para vender más caro.

3.° Que si el clérigo prestó algo, no reciba premio ó aumento por lo que prestó.

4.° Que ni el obispo ni clérigo alguno sentencien causas en domingo, y si son criminales en ningun dia.

5.° Que el obispo no consagrado por el metropolitano debe presentarse á este en el término de dos meses, escribiéndole si por enfermedad no pudiese presentarse. Si no se presentase, sea reprendido por el concilio de los comprovinciales.

6.° Que si el obispo que fuese llamado por el metropolitano á concilio, dejase de concurrir, no siendo por causa de grave enfermedad, sea excomulgado hasta otro concilio.

7.° Que en las iglesias de la diócesis alternen por semanas el presbítero y el diácono, diciendo cada dia vísperas y maitines; pero que el sábado se junten los clérigos á vísperas, para asegurar que el domingo se celebre á presencia de todos.

8.° Que los obispos visiten cada año sus parroquias, y no reciban mas que las tercias.

9.° Que si algun ostiario ó lector no se aparte de la mujer que cometa adulterio, sean separados del clero.

10. Que ni el obispo ni el clérigo puedan recibir, como los seglares, cosa alguna por las sentencias que dieren; y si recibiesen algo que no sea ofrecido por devocion en la iglesia, sean degradados.

11. Que los monjes no ejerzan cargo alguno clerical fuera de su monasterio, como no sea por órden del abad; ni sigan en los tribunales seglares otra causa que la propia del monasterio mandándola el prelado.

12. Que si el obispo muere sin haber hecho testamento, formen inventario los clérigos sin quitar nada, ni aun la cosa más insignificante.

13. Que al tiempo de convocar el metropolitano á concilio, disponga que no sólo concurran presbíteros de las catedrales, sino tambien algunos diocesanos y seglares.

Tales son las únicas disposiciones adoptadas por los Padres del primer concilio de Tarragona. Y es de notar la facilidad con que se reunian, no obstante la poca proteccion que podian esperar de monarcas arrianos, que eran los que gobernaban la España; pero, como decíamos ántes, disfrutaba la Iglesia de más tranquilidad y libertad en nuestra pa-

tria, que la que ha disfrutado en épocas que hemos alcanzado y en las que han regido los destinos de la nacion gobiernos católicos.

El celo del metropolitano de Tarragona Juan no se dió por satisfecho, sino que á más salió para Roma con objeto de presentar al papa Hormisdas algunas reclamaciones relativas á la disciplina eclesiástica: empero no le fue posible continuar su viaje á causa de un impedimento que creen algunos escritores fuese una grave enfermedad. No renunció sin embargo por esto á sus propósitos, sino que instruyó á un diácono llamado Casiano, al cual entregándole una carta para el Papa, le hizo ir á Roma, para que pidiese en su nombre el remedio para algunas necesidades de la Iglesia de España. El Sumo Pontífice atendió á las peticiones que le fueron dirigidas, toda vez que escribió tres cartas diferentes á los obispos españoles, en las cuales hace grandes elogios del metropolitano Juan, y aconseja lo que debe observarse en lo tocante á los puntos que le fueron consultados (1).

---

(1) De estas tres cartas del Sumo Pontífice Hormisdas la una es dirigida al metropolitano de Tarragona y las otras dos á todos los obispos de España. Reproducimos á continuacion la primera, no haciéndolo de las otras por su mucha extension. Dice así:

Ad Joannem Tarraconensem Episcopum.

Dilectissimo fratri Joanni Hormisda.

Fecit dilectio tua rem charitati et Fidei congruentem, ut adventum suum ad Italiam nobis directis literis indicaret, et quæ in te sit summa religiosæ voluntatis ostenderet. Atque utinam ad plenioris affectus satietatem præsentiæ tuæ nobis gaudia contigissent, ut gratularemur nos et colloquio et præsentia frui, quam sumus ante per scripta complexi. Verum'amen probasti, dilectissime frater, quo christianam fidem veneraris affectu, dum ea quæ ad regulas Patrum pertinent, et ad mandata catholica, sine aliqua cupis transgressione servare; sperans, ut prorogatis generalibus ad Hispanienses Ecclesias constitutis, quæ aut irreligiosius fiunt, Ecclesiasticis disciplinis congruentia sanciamus: quod amplexi sumus, captata istius desiderii facultate. Quid enim aut nobis dulcius quam cum fidelibus loqui? aut Deo aptius, quam deviantes ab errore revocare? Salutantes igitur charitatem quam jungimur, per Casianum tuum diaconum significamus, nos direxisse generalia constituta, quibus vel ea quæ juxta Canones servari debeant, competentes ediximus, vel circa eos qui ex clero Græcorum veniunt, quam habere oporteat cautionem, sufficienter instruximus. Sed et causæ ipsius ordinem instructionemque abunde decretis Ecclesiasticis vos docebunt, ut agnoscentes et impiorum transgressionem, et Apostolicæ Sedis curam pro Patrum regulis excubantem, ostendatis vos perosos damnatorum consortia, et amare fidelium. Et quia per insinuationem dilectionis tuæ hujus nobis est viæ patefacta providentia; remuneramus solicitudinem tuam, et servatis privilegiis Metropolitanorum, vices vobis Apostolicæ Sedis eatenus delegamus, ut inspectis istis, sive ea quæ ad Canones pertinent, sive ea quæ á nobis sunt nuper mandata, serventur, sive ea quæ de Ecclesiasticis causis tuæ revelationi contigerint, sub tua nobis insinuatione pandantur. Erit hoc studii ac solicitudinis tuæ ut talem te in his quæ injunguntur exhibeas, ut fidem integritatemque ejus cujus curam suscipis, imiteris. Data IV Nonas Aprilis, Agapito V. C. Consule.

Honra mucho ciertamente á la Iglesia de Tarragona el gran respeto que siempre se tuvo en ella á la autoridad papal, pues que vemos á sus prelados promover las consultas á Roma desde el tiempo de San Damaso. En confirmacion de esto trasladaremos aquí la notabilísima carta que á mediados del siglo v dirigieron al Sumo Pontífice el metropolitano Ascanio y todos los demas obispos de la provincia Tarraconense, para pedirle remedio á ciertos abusos que en la misma se relatan. Dice de este modo: «Aunque no fuéramos movidos á dirigirnos á vuestra Santa Sede por ninguna necesidad concerniente á la disciplina eclesiástica, con todo debíamos procurar ser partícipes de los saludables efectos de aquel excelente privilegio que le está concedido, por el cual recibidas las llaves del cielo despues de la Resurreccion del Salvador, San Pedro derramando su doctrina por el mundo, iluminó á los hombres; cuyo sucesor debe ser reverenciado y amado de todos, así como á todos excede por la superioridad de su principado. Por tanto, nosotros adorando en vuestra Santidad con el más profundo respeto á Dios, á quien servís sin querella, recurrimos á la fe alabada por boca del Apóstol, buscando la respuesta en aquella Sede de la cual nada sale con error ó presuncion, sino autorizado con la deliberacion pontificia.

«Siendo así, nos vemos por ahora en la urgencia de hacer presente á Vuestra Santidad que hay entre nosotros un falso hermano, cuya presuncion no puede ya callarse sin culpa, ántes debe manifestarse por la necesidad en que nos pone el juicio futuro. Este es Silvano, obispo de Calahorra, cuya diócesis está en el confin de nuestra provincia, el cual, usurpando la autoridad para consagraciones que no le tocan, ha llegado á provocar nuestra humildad, poniéndonos en la precision de buscar en vuestra Sede el remedio de que necesita su atentado. Hace, pues, siete ú ocho años que este Silvano, posponiendo las reglas de los Padres y despreciando vuestros decretos, ordenó un obispo, sin que lo pretendiesen algunos pueblos. Creíamos que este hecho precipitado pudiera corregirse con una amonestacion fraternal y pacífica, pero léjos de esto ha ido de mal en peor: porque movido del espíritu de prevencion, y procediendo contra los antiguos cánones y contra los estatutos sinodales, ha hecho obispo á un presbítero de otro hermano nuestro, poniéndole en el mismo lugar que ántes se destinó para aquel á quien contra su propia voluntad habia consagrado, y que ya estaba en nuestra congregacion. De este hecho temerario nos hizo relacion nuestro hermano el obispo de Cesaraugusta, quien puso tambien todos sus esfuerzos en

la enmienda de este desórden, oponiéndose frecuentemente á todos los obispos comarcanos, á fin de que no se juntasen con el cismático; pero este, malamente obstinado, no se avergonzó de hacer él solo todo lo que era ilícito, y lo que no podemos decir sin vergüenza.»

Este y otros muchos documentos semejantes prueban suficientemente cuán unida estuvo siempre la Iglesia de España á la Santa Sede Apostólica, sin que la circunstancia de ser arrianos los monarcas, ni otros muchos y grandes conflictos, pudieran debilitar en lo más mínimo estas justas y debidas relaciones.

No es ménos importante que el Tarraconense el concilio que al año siguiente de celebrarse aquel tuvo lugar en Gerona. De él vamos á ocuparnos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Concilio I de Gerona.—Sus cánones.—San Benito, abad y fundador.—Su nacimiento.—Su retiro al desierto.—Es nombrado abad del monasterio de Sublayo.—Tratan los monjes de envenenarle y se libra milagrosamente.—Vuelve á la soledad.—Instituye su órden monacal.—Reglas y constituciones (Nota.)—Concluye con los restos del paganismo en el monte Casino.—Se rodea de la juventud para instruirla.—Anuncia á Totila su próxima muerte.—Sus milagros.—Su espíritu de profecía.—Hecho curioso de San Benito y de Santa Escolástica.—Muerte del Santo Patriarca.—Institucion de las órdenes militares españolas. (Nota.)—Admirable fecundidad del órden benedictino.

En el año 517 se celebró en España el concilio primero de Gerona. Fue presidido por el metropolitano, suscribiendo despues de él los demas prelados en el órden siguiente: Fortiniano de Gerona, Paulo de Ampurias, Agricio de Barcelona, Cinidio de Ausa ó Vich, Nebridio de Egarra y Oroncio de Colibre. En este concilio se establecieron diez cánones, que tienen por objeto la liturgia, los ayunos, el bautismo y la honestidad del clero. Dichos cánones son los siguientes:

1.° Que en la celebracion de la misa se guarde completa uniformidad con la práctica de la metropolitana en el canto, en la liturgia y en el modo de administrar los santos sacramentos.

2.° Que las letanías que se cantan en la semana siguiente á la de Pentecostés empiecen el juéves y acaben el sábado, observándose abstinencia estos tres dias.

3.° Que las segundas letanías se canten el dia primero de Noviembre, entendiéndose que si uno de los tres dias coincidiere en domingo, se trasladen las letanías á la semana siguiente para principiarlas el dia se-

ñalado, y acabarlas el sábado despues de la misa. Durante estos tres dias guarden abstinencia de vino y de carne.

4.° Que sólo se administre el bautismo á los catecúmenos en las fiestas de Páscua y de Pentecostés, para hacer más solemne su administracion con la solemnidad de la fiesta; y que en las demas festividades sólo se bautice á los catecúmenos enfermos, á los cuales en ningun tiempo conviene negar el bautismo.

5.° Que si los hijos nacen débiles, como suele suceder, y no toman el pecho, sean bautizados el mismo dia en que nacieron, si se los presenta para ello.

6.° Que si se ordenase de subdiácono, diácono, presbítero ú obispo algun casado, se separe de su mujer; y si no quisiese hacerlo, tenga consigo un hermano que pueda responder de su continencia.

7.° Que los ordenados sin casarse tengan en su casa un amigo testigo de su vida honesta, y no introduzcan mujeres extrañas para el gobierno de su casa, sino que lo encarguen á un muchacho ó á un amigo; pero si tienen en casa madre ó hermana, pueden estas cuidar del gobierno de la misma, segun los decretos de los antiguos cánones.

8.° Que de ningun modo sea admitido en el clero el seglar que conociese otra mujer despues de su consorte.

9.° Que si alguno gravemente enfermo recibiese por la comunion la bendicion (que los Padres del concilio califican de viático), y convalecieren despues, no se sujetase en la iglesia á penitencia pública, sino tiene los pecados que estaban sujetos á ella, sea admitido en el clero.

10. Que los sacerdotes terminen cada dia las horas matutinas y vespertinas con la oracion dominical.

Tales son los cánones del concilio I de Gerona. Como se vé, todavía al tiempo de su celebracion se conservaba el matrimonio en el clero; pero la Iglesia tendia en todas sus disposiciones á la continencia clerical, y ya al principio del siglo VI eran en mucho ménos número que ántes los sacerdotes casados. La continencia del clero era hasta entónces el asunto principal de las decretales de los Papas y de los cánones de los concilios. Iba acercándose el tiempo en que se habia de prescribir como ley el celibato clerical.

Vamos á ocuparnos de un acontecimiento de grande importancia y felicísimos resultados, cual es la institucion de la órden de benedictinos, que tuvo lugar por San Benito por los años 520. Ántes de todo daremos aquí algunos apuntes biográficos de este gran patriarca y padre de

tantas religiones, que mereció tener por panegirista de su vida, hechos y milagros, al glorioso Pontífice y doctor de la Iglesia, su hijo, el cual escribió largamente de él en el libro segundo de sus *Diálogos*.

Dios, que es el autor de la santidad, distribuye sus gracias y sus dones segun los altos designios de su Providencia y la dignidad ú objeto á que destina á sus escogidos; y advertimos en esto tan admirable economía, que si á unos concede la palma del martirio, no siempre les da la diadema del magisterio. Así vemos unos santos distinguirse con el espíritu de profecía, sin embargo de no brillar en ellos el honor del apostolado. Muchas veces el que maneja el báculo pastoral no adorna su cabeza con la aureola de las vírgenes. Tal es el órden de la Providencia, que segun la explicacion de San Pablo, estableció en la Iglesia diversas jerarquías, una de apóstoles, otra de profetas, otra de doctores, otra de virtudes.

En Benito, escogido por Dios para que fuese la guia de una multitud de almas, el padre de una familia ilustre de la que habian de salir muchos Pontífices santos, prelados esclarecidos en número de más de quince obispos, escogidas vírgenes, y una dilatada série de bienaventurados, parece que resplandecieron todos los dones del Señor, siendo una excepcion en el órden comun y ordinario de la Providencia. Fue San Benito italiano de nacion, y abrió los ojos á la luz del mundo en la ciudad de Nursia, siendo hijo de padres piadosos y temerosos de Dios, de los que recibió desde su infancia los más edificantes ejemplos y la más cristiana enseñanza. Adornado de una gran modestia, de un carácter angelical, de mucha humildad y del espíritu de obediencia; inclinado al recogimiento y á la virtud, daba á comprender desde su más tierna edad que estaba predestinado para ser un astro brillante de la militante Jerusalen, y uno de los sustentáculos ó columnas de la Iglesia de Jesucristo. Las vanidades del mundo jamás encontraron cabida en su corazon, y su pensamiento estaba fijo en las cosas celestiales.

Ganosos sus padres de aprovechar sus felices disposiciones, le enviaron á Roma con el objeto de que se dedicase al estudio de las ciencias. Obedeció Benito, y una vez en aquella capital se dedicó con buena voluntad al estudio: pero pronto echó de ver que sus compañeros eran disipados, y que pasaban la mayor parte del tiempo en diversiones, en las travesuras de la juventud y aun en vicios, y conoció que habian de trabajar por hacerle perder la inocencia de su alma y la pureza de sus costumbres. ¿Qué hacer en este caso? La más importante de todas las

ciencias es la que enseña al hombre á salvarse, y esta era á la que más aplicaba Benito toda su atencion: y así preferia de mejor grado dejar los estudios y ser ignorante sirviendo á Dios, que ser docto y vicioso al mismo tiempo. Parece que tenia grabada en su corazon esta máxima del Evangelio: «¿Qué aprovecha al hombre si ganase todo el mundo, y perdiese su alma (1).» Así pues, divinamente inspirado, resolvió abandonar el estudio, como asimismo á sus padres, deudos, casa y comodidades de la vida, y buscar un género de vida en la que pudiese ser agradable al Señor, dedicándose enteramente á su santo servicio.

Cuán grande era su virtud siendo aun muy jóven, y cuán amado de Dios, lo demuestra el que el Señor quiso tan pronto hacerlo resplandecer por milagros. El hecho siguiente, consignado en la historia de su vida, es una demostracion de esta verdad.

Cuando Benito salió de Roma, entregado en manos de la Providencia, le siguió de cerca el ama que le habia criado, y que le amaba como á un hijo; y como hubiesen llegado á un pueblo donde se detuvieron, aquella buena mujer pidió un vaso de barro á unas vecinas para beber agua, y por descuido se le quebró. Afligióse sobremanera y lloraba porque no podia volver el vaso entero, y Benito, que se compadeció, rogó á Dios con el mayor fervor que remediase aquella necesidad, y juntando los pedazos, el vaso quedó otra vez sano y la mujer consolada. Esto no era seguramente mas que una sombra ó un anticipado preludio de las muchas maravillas que más adelante habia de obrar el Señor por ministerio de este su amado siervo, al que habia colmado desde su nacimiento de las más copiosas bendiciones. Dice San Gregorio, hablando de este hecho prodigioso, que luego que los vecinos de aquel pueblo tuvieron conocimiento de él, reconocieron y alabaron la gracia de Dios en aquel santo mozo, y para perpétua memoria de aquel milagro colgaron el vaso á la puerta de la iglesia, donde permaneció hasta que los longobardos entraron en Italia.

No deseaba ciertamente Benito honras mundanas, y ántes por el contrario huia de ellas, pues sólo deseaba la gloria del Señor. Así pues, salió velozmente de un pueblo donde hubiese sido objeto de las mayores alabanzas, y abandonando tambien secretamente á su ama, se refugió en un lugar, como á cuarenta millas de Roma, llamado Sublaco, y co-

(1) S. Mateo, cap. XVI, v. 26.

munmente Subdiaco, que era muy solitario y áspero, aunque abundante de aguas. Entendió desde luego que allí vivian santamente algunos ermitaños, entre los que se contaba un monje llamado Romano, con el cual por disposicion divina se encontró. Fijó en él su vista el santo monje, y al verle tan jóven y notar su noble aspecto, le hizo algunas preguntas encaminadas á saber quién era, adónde se dirigia y á quién buscaba por aquellos lugares. Benito le hizo saber su resolucion, diciéndole que buscaba á su Dios, al que habia consagrado su corazon, y que una inspiracion secreta le decia que habia de hallarle en la soledad, motivo por el que habia huido del bullicio de las poblaciones. Admiró Romano tanto juicio y discrecion en tan poca edad, y se ofreció á ayudarle en sus santos propósitos, teniéndole secretamente consigo, y sin pérdida de tiempo le vistió el hábito de monje, acompañándole á una cueva estrecha, donde permaneció por espacio de tres años sin que nádie lo supiese excepto Romano, el cual de vez en cuando le visitaba, llevándole algunos pedazos de pan que á él le daban en el monasterio, y del que se privaba para llevárselo.

La entrada de la cueva donde Benito se hallaba retirado y entregado á las mayores maceraciones era bastante dificultosa, y así cuando Romano le llevaba el pan, lo colgaba de una soga que pendia de un peñasco que estaba sobre la cueva, y con una campanilla hacia señal para que entendiese que habia llegado.

Dios en sus altos juicios tenia determinado que Benito saliese de aquel lugar para que fuese como un sol que iluminase el mundo con los esplendentes rayos de sus virtudes. Vamos á reproducir el razonamiento que sobre los últimos tiempos de su permanencia en la cueva hace un historiador de su vida (1), que se fundaba en lo que habia leido en San Gregorio. «Como el Señor quisiese, dice el dicho historiador, que Romano ya descansase de aquel trabajo, y otros participasen del merecimiento de aquella buena obra; y Benito, que estaba en aquella oscuridad y silencio, se manifestase y saliese á la luz para alumbrar á muchos; habiendo un buen clérigo que vivia en aquella comarca, aunque algo léjos, aparejado una buena comida para el dia de Páscua, le apareció la noche antes el Señor y le dijo: «¿Cómo tú tienes aparejada tu comida para regalarte esta Páscua, y mi siervo Benito está en su cueva

(1) P. Rivadeneira.

muerto de hambre?» No fue menester más para que el clérigo luego se levantase, y tomando su comida se pusiese en camino para buscar al que no conocia; y subiendo montes y bajando valles, finalmente dió en la cueva donde estaba el santo mozo, bien descuidado de saber que era dia de Páscua, y del regalo que Dios le enviaba. Y despues de haberse los dos abrazado y orado, y sentádose y pasado entre sí algunas pláticas de la vida eterna, el clérigo dijo á Benito: «Levántate y comamos, que hoy es dia de Páscua.» Respondió el santo mozo: «Por cierto páscua es hoy para mí, que el Señor me ha consolado con tu vista. Hoy cierto, dijo el clérigo, es el dia de Páscua, en que Cristo Nuestro Señor gloriosamente resucitó, y no conviene que hoy ayunes por ser tal dia y por haberme enviado con este refrigerio, para que comas y tomes algun alivio en la dura hambre que padeces.» Con esto comieron los dos, y despues de haberse abrazado, el santo mozo se quedó en su cueva y el clérigo se volvió á su casa. Otra vez le descubrieron unos pastores, y al principio creyeron que era algun salvaje; mas despues que se llegaron más cerca y conocieron que era hombre, le hablaron y trataron, y le dieron de su pobreza para que comiese, y él les enseñó lo que habian de hacer para salvarse, y con sus dulces y celestiales palabras les domesticó y cultivó en el amor y temor santo de Dios. De aquí poco á poco vino á ser conocido y á derramarse por toda aquella tierra su fama, y muchos, movidos de ello, le traian lo que habia menester para el sustento de su cuerpo, pagándoselo el santo mozo con otro mantenimiento más precioso y provechoso para sus almas.

«Pero como el demonio viese el rigor y aspereza con que vivia y como de dia y de noche aspiraba á la perfeccion, y que ya comenzaba á descubrirse los rayos de la divina luz que resplandecia en su pecho, un dia que Benito estaba solo, trasformándose el tentador en ave pequeña y negra, á la manera de mirlo, comenzó á volar y á dar muchas vueltas al rededor de él: llegábase muchas veces al rostro tan cerca y tan importuna, que pudiera él tomarla si quisiera con sus manos. Hizo la señal de la cruz Benito, y la ave desapareció: mas dejóle una tentacion de carne tan terrible y vehemente, que el honestísimo mozo, como de cosa nueva para él y tan peligrosa, quedó muy congojado y afligido. Habia visto una mujer en Roma, y el demonio se la presentaba tan vivamente, y le incitaba á desearla con tantas llamas de fuego infernal, que se le abrasaban las entrañas, que cási movido ya del ímpetu de aquella tentacion diabólica, estuvo en duda si dejaria el yermo y la iria

á buscar. Mas el Señor al mejor tiempo le socorrió y le dió fuerzas y espíritu para volver en sí, y resistir con el escudo de la fe á tan fiero golpe. Armado, pues, de la virtud del cielo, se desnudó de sus vestidos y se echó en un campo lleno de abrojos y espinas, y comenzó á revolverse en ellos, hasta que todo su cuerpo quedó lastimado y llagado y corriendo sangre, y aquel ardor y fuego que Satanás habia encendido en sus miembros, con la fuerza del excesivo dolor se apagó: que de esta manera suelen los santos algunas veces, inspirados de Dios, pelear con su carne y vencer y triunfar de tan cruel, profundo y doméstico enemigo.»

Veamos ahora de qué modo nos pinta el mismo historiador su salida de la cueva para el primer monasterio donde habitó: «Fue tan grato al Señor este sacrificio que de sí hizo Benito, que de allí adelante (como él mismo lo dijo á sus discípulos) nunca tuvo otra tentacion semejante, ántes comenzó á ser maestro de todas las virtudes y enseñarlas á muchos, que por su ejemplo, dejando todas las cosas transitorias, venian para ser enseñados de él. Habia allí cerca un monasterio de frailes cuyo abad era muerto, y tratando los religiosos de elegir prelado, todos de comun consentimiento pusieron los ojos en Benito, y le rogaron que tomase sobre sí aquella carga, y como padre y maestro los gobernase y enderezase á la perfeccion. Excusóse al principio el santo, y como le importunasen les dijo que no le podrian sufrir, porque las costumbres de ellos y las suyas no eran conformes; pero al fin, como no desistiesen de su peticion y le hiciesen mucha instancia, y se ofreciesen á obedecerle en todo lo que les mandase, se dejó vencer y tomó el cargo de abad, en el cual se puso como espejo de toda virtud y santidad á sus monjes, moviéndoles con su ejemplo á amar la celda, á huir el ocio, á guardar el silencio, á holgarse con el trabajo, el ayuno, vigilias y penitencias, á la continua oracion y meditacion, á la caridad fraternal, huyendo de toda murmuracion y distraccion, á la santa pobreza, siendo todo lo que habia en el convento de todos y nada de ninguno. Servia él mismo á los enfermos, y queria que todos los otros los visitasen y sirviesen. Recibia á los huéspedes con gran caridad, sufria las faltas de sus súbditos con gran mansedumbre, amonestábalos dulcemente, y cuando era menester, castigábalos severamente, haciendo en todo oficio suavísimo de padre y perfectísimo maestro y celosísimo prelado. No pudieron los ojos flacos de aquellos monjes sufrir tan gran resplandor, ni las costumbres torcidas la rectitud y regla tan derecha

de tan santo padre: comenzaron á quejarse de sí mismos por haberle tomado por abad, y como les pareciese cosa dura dejar sus viejas costumbres y amoldarse al nuevo espíritu y disciplina de San Benito, para librarse de él determinaron darle ponzoña y acabarle, y salir de una vez de aquella tan dura y enojosa servidumbre. Diéronle el veneno en un vaso de vidrio lleno de vino, y haciendo el santo la señal de la cruz sobre él, como solia cuando queria beber, luego, como si aquella cruz fuese una piedra, el vaso sin tocarle se hizo pedazos, derramando el vino y el tósigo que en él estaba mezclado. Entendió el amigo de Dios la maldad, y sin turbarse ni mudar el rostro, dijo á los monjes: «Dios os perdone, hermanos, por lo que habeis querido hacer. ¿No os dije yo que vuestras costumbres y las mias no se podrian conformar, y que vosotros y yo no éramos para estar en uno? Buscad otro padre que os gobierne, porque yo no viviré más con vosotros.» Y perdida la esperanza de hacer fruto en aquella casa, donde no habia quien le ayudase y todos le perseguian, dejando los monjes y el monasterio se volvió á su amada soledad, haciendo vida más angélica que humana, y guardando perpétuamente con gran recato y solicitud la preciosa joya de la virginidad, y estando con el cuerpo en el suelo y con el corazon en el cielo, siempre alegre, siempre fuerte y constante, siempre enamorado del Señor y absorto en su altísima contemplacion.»

Seguia gobernando la Iglesia el santo Pontífice Hormisdas, y era por los años 520, cuando se restituyó Benito al desierto despues de haberse visto libre por un milagro de la Providencia de la muerte por envenenamiento, y allí formó una verdadera escuela de perfeccion. Allí puso los cimientos á esa órden ilustre, árbol fecundísimo de sazonados frutos, humildísima familia que tantos servicios de gran valía ha prestado á la religion, á las ciencias y á las artes. Tantos fueron los que acudieron á ponerse bajo su direccion, que llegó á fundar hasta doce monasterios, en el desierto de Sublayo, componiendo la regla por la que se habian de gobernar sus monjes, regla admirable formada de 80 capítulos, la cual fue admitida despues por los monasterios que se iban fundando, y se hizo famosa en toda la cristiandad. En esta regla se prescribe la profesion solemne de la vida monástica, con lo cual se fijó la situacion de los monjes, y se quitó la facultad de trasladarse en adelante á otros monasterios sin causa justa y razonable. Diremos de paso que son tambien muy célebres, como la de San Benito, las reglas de San Basilio, San Agustin y San Francisco, que son las cuatro fundamentales,

en las que pueden refundirse todas las demas, que no vienen á ser otra cosa que modificaciones de aquellas (1).

Continuemos nuestra narracion biográfica del gran Benito de Palermo. En el monte Casino, donde se retiró al ver la imposibilidad de comunicar su espíritu á los monjes de Sublayo, no solamente fundó su regla, sino que adquirió con justicia el título de celoso apóstol de la doctrina evangélica.

En aquel lugar adonde le llevó la Providencia, se conservaban aun las reliquias del paganismo. Cerca de la Roma cristiana aun habia hombres que desconociendo al verdadero Dios se postraban ante la estatua de Apolo, ofreciéndole los homenajes que son debidos tan solamente al verdadero Dios. Pero allí se encuentra Benito, que si no es la luz, está destinado cual otro Bautista á dar testimonio de la luz; y si bien á la voz de los Apóstoles caian por tierra los ídolos, extinguiéndose la hoguera de Saturno, terminando las horribles hecatombes que embriagaban de placer á una sociedad abyecta, y donde la sangre corria en abundancia, así á la voz de Benito, nuevo apóstol de la religion santa, viene por tierra el templo pagano, y sobre sus ruinas se levanta la casa del verdadero Dios. Allí edifica un monasterio, y con sus trabajos, con su ardiente celo, con su predicacion contínua, con el ejemplo de sus grandes virtudes, da vida á una sociedad ántes corrompida y degradada. Su regla, que encierra tesoros de sabiduría, debia de ser el libro de estudio de los que son llamados á legislar ó gobernar los pueblos.

Persuadido se halla el ilustre patriarca de la gran necesidad social de dar á los jóvenes una sólida instruccion, porque de los niños de hoy, han de salir los hombres de mañana, el sacerdote que evangelice, el magisterio que enseñe, los magistrados y jueces que han de administrar justicia, los padres de familia, en suma, que habrán de formar otra

---

(1) No obstante que San Agustin vivió ántes que San Benito, su regla va en el órden cronológico despues de la de San Basilio y San Benito; porque la que lleva su nombre no es la que hizo el santo para el monasterio en que vivió una hermana suya, sino esta misma regla acomodada por San Benito de Aniano en el siglo IX para los monasterios de varones.

Téngase presente al mismo tiempo que no se han de confundir las reglas con las constituciones monásticas, pues que hay las diferencias siguientes: 1.ª que las reglas son las leyes que fueron dadas por los fundadores de las órdenes, y las constituciones son los estatutos hechos posteriormente en diversas épocas por los capítulos generales ó por las congregaciones religiosas: 2.ª que las reglas no varían, y las constituciones se alteran segun las circunstancias de los tiempos y de los lugares: y 3.ª que la regla obliga más estrechamente que las constituciones.

nueva generacion. Por esto llama á sí á la juventud, recibiendo de él una educacion cristiana los hijos de los cónsules y de los nobles patricios de Roma. Y tales fueron sus esfuerzos, tal su caridad por el bien de sus semejantes, que hombres á quienes nádie hubiera sido capaz de contener en la carrera de los crímenes, caian á sus piés detestando sus maldades. Una prueba de esta verdad tenemos en Totila, que tiembla ante la presencia del santo monje, el que divinamente inspirado le predice su próxima muerte.

Escritores de conciencia, no decimos una sola palabra que no podamos justificar. Recurrimos por lo tanto á los hombres de buen criterio, á los que son conocedores de la historia, por más que sean de los que siguiendo la corriente de las modernas ideas se muestren hostiles al monacato. Cuando la Europa llegó á ser un cáos de confusion; cuando parecia que las luces de la ciencia se hábian retirado en precipitada fuga del Occidente y aun del Oriente; cuando el vicio, el desenfreno de las pasiones, la inmoralidad más escandalosa no perdonaba lugar alguno donde no se propusiese extender sus conquistas; cuando la maldad quiso ser reputada por virtud, teniendo á esta por escabel, ¿quién sino Benito y sus hijos supieron contener el mal, poner un fuerte dique al error, haciendo mudar la faz de Europa?

En gran número fueron los milagros que Dios obró por San Benito para enseñanza de los religiosos, admiracion de los fieles y conversion de los pecadores, pero más principalmente para gloria de Aquel que de tal modo quiso magnificarle y engrandecerle sobre la tierra. No nos detendremos á explicarlo, remitiendo al que desee informarse de ello á la historia que de este glorioso santo escribió San Gregorio, segun ya hemos dicho. Empero, para que se conozca de qué modo resplandecieron los dones de Dios en este su escogido siervo, y se vea de qué modo con su espíritu de profecía penetraba hasta los más ocultos secretos de los corazones, referiremos un sólo hecho entre muchos que pudiéramos citar. Tomaba una noche su acostumbrada refaccion y un monje de ilustre cuna le alumbraba con una candela en la mano. Vínole al monje un pensamiento de vanidad y propia estimacion, tanto como de poca estima al santo, y empezó á decir para sí: «¿Quién es este á quien yo alumbro? ¿A quién sirvo y delante de quién estoy? ¿Soy yo hombre que debo de servir á este?» Leyó el santo lo que pasaba en el corazon del monje, y alzando la voz le dijo: «Hermano, haz la señal de la cruz en el corazon. ¿Qué es lo que piensas? ¿Qué es lo que dices? Haz la

señal de la cruz.» En seguida mandóle dejar la vela, sentarse y estarse quieto. Y como despues le preguntasen los otros monjes que era lo que habia pasado por él, confesó su flaqueza y soberbia, con lo qué entendieron todos que hasta lo más íntimo y secreto del corazon veia Benito, alumbrado de luz celestial y divina.

No dejaremos de consignar, por lo curioso, un hecho que por una parte nos demuestra la santidad de los dos hermanos Benito y Escolástica, y por otra nos enseña que el Señor permite que los elementos obedezcan á la oracion de sus siervos. Escolástica habia sido santa desde su niñez y muy amada de Dios, y cada un año solia hacer una visita á su hermano San Benito. Vino un año segun su costumbre, y salió á recibirla el santo abad acompañado de algunos monjes. Hospedóla en una granja que estaba cerca de su monasterio, y permanecieron allí todo aquel dia en santos y dulcísimos coloquios de las cosas del espíritu, y cuando el santo padre quiso volverse á su convento, la santa hermana le rogó con grande instancia que permaneciese en su compañía toda aquella noche para pasarla hablando de las cosas celestiales. Extrañó mucho la peticion San Benito y no quiso acceder á ella. Entónces Escolástica inclinó su cabeza y poniendo el rostro sobre sus manos hizo oracion y suplicó al Señor que detuviese á su hermano. Su oracion fue oida, y el cielo tranquilo y sereno se convirtió instantáneamente en tempestuoso, logrando así de su Dios lo que por no faltar á la observancia monástica no habia querido otorgarle su hermano. Conoció el santo que aquello habia sido efecto de su oracion y le dijo: «¿Qué es esto, hermana? Dios os perdone la mala obra que me haceis.» A lo cual le respondió ella: «Hermano, yo os rogué que os detuviéseis, y no me oísteis: hélo suplicado á nuestro Señor, y él me ha oido.»

La muerte de San Benito tuvo lugar, segun la opinion del cardenal Baronio, el año del Señor de 542, y segun Leon Ostienne el 543 á los 21 de Marzo, en cuyo dia celebra la Iglesia su fiesta. Su cuerpo fue enterrado en la capilla de San Juan Bautista, que el mismo Santo Padre habia edificado en el monte Casino. Mas cuando aquel monasterio fue asolado por los bárbaros, segun el Señor se lo habia revelado anticipadamente, fue trasladado su bendito cuerpo por sus monjes al monasterio Floriacense, en Francia, haciendo Dios en aquella traslacion muchos milagros. Despues, andando el tiempo, volvieron á trasladarle á su antigua casa del monte Casino, cabeza de toda la religion de San Benito, donde se conserva hasta el presente.

Muchos son los duques, príncipes, reyes y aun emperadores que han abandonado sus cetros y coronas por vestir la humilde cogulla de San Benito, viviendo con toda humildad bajo la observancia de esta santa regla, tan alabada de los Sumos Pontífices, y bajo la cual militan muchas y diversas religiones monacales y militares, y entre ellas la española de Calatrava (1).

---

(1) En la página 264 de este tomo ofrecimos ocuparnos de las órdenes militares que existen en España, y se nos presenta ahora la ocasion de cumplir nuestra oferta. Si bien la necesidad imperiosa de hacer frente á los mahometanos dió ocasion á la creacion de las órdenes militares del Oriente, igual fue la causa que motivó las órdenes religiosas de caballeros de Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa. Ocupaban todavía los árabes cási la mitad de la España, cuando los más nobles caballeros de nuestra patria comprendieron la necesidad de hacer grandes esfuerzos para llevar á cabo de una vez la completa expulsion de los moriscos. El celo por la religion no ménos que el amor patrio les impulsó, y asociándose el espíritu guerrero de aquella época al fervor y entusiasmo religioso que inspira la vida monástica, se establecieron las órdenes militares que hemos indicado, cuyos caballeros agrupados al rededor del nuevo estandarte acometieron grandes empresas y hazañas admirables, que han quedado consignadas como páginas de gloria en nuestra historia patria. Las fechas de las confirmaciones de las cuatro órdenes son las siguientes: La de Calatrava en 1164; la de Santiago en 1175 y la de Alcántara en 1177, todas tres por bulas de Alejandro III. La de Montesa fue confirmada por el papa Juan XXII en 1317. Hablemos, pues, de cada una de ellas por su órden. Calatrava se habia ganado de los moros en 1129 y el rey dió su señorío al arzobispo de Toledo, el cual, considerando que era plaza importante, creyó que nádie podria conservarla como los caballeros Templarios, á los cuales la entregó en efecto para que la guardasen. En el año 1158 los moros hacian los mayores esfuerzos por recobrarla, y los Templarios, careciendo de fuerzas con que guardarla, la entregaron al rey D. Enrique III, el que prometió *por juro de heredad* al que se hiciese cargo de defenderla, empresa que acometieron dos monjes del Cister, llamados Fr. Raimundo, abad de Fitero, y Fr. Diego Velazquez, antiguo soldado que habia sido del emperador D. Alonso. Regocijado el rey con tal ofrecimiento, y queriendo recompensar el valor de los que lo hacian, hizo donacion perpétua del señorío de Calatrava y de su tierra á Santa María del órden del Císter, y en su nombre á San Raimundo y sus compañeros. He aquí, pues, explicado en dos palabras por el historiador de España *Mariana* (Lib. XII, cap. 6) la institucion de la órden de Calatrava: «Muchos soldados, dice, siguieron al abad y tomaron el hábito que él les dió, con lo que tuvo principio aquella esclarecida órden confirmada por bula de Alejandro III en 1164.»

Órden de Santiago.—Las peregrinaciones á los Santos Lugares de Jerusalen han sido siempre muy frecuentes; pero en el siglo XI y en los posteriores, cuando los peregrinos no contaban con medios suficientes para emprender tan larga y dificultosa expedicion, se contentaban con venir á España á visitar el cuerpo del apóstol Santiago. Mas como quiera que eran entónces tan frecuentes las correrías de los moros, y no dejaban al mismo tiempo de ser ásperos los caminos, los canónigos de San Eloy, que tenian su convento fuera de Santiago, edificaron varios hospitales en todo el camino que conduce á Francia, con el objeto de hospedar á los peregrinos, siendo el principal de ellos el célebre de San Márcos de Leon. Ademas de esto, unos caballeros impulsados por el espíritu de caridad se obligaron con voto á defender los caminos. Más adelante se unieron canónigos y caballeros,

Son innumerables los santos que ha producido el órden ilustre de San Benito, los Pontífices que ha dado á la Iglesia, y los demas prelados

---

de lo que resultó la órden de *Santiago*, que fue confirmada, como ántes dijimos, en 1175 por Alejandro III bajo la regla de San Agustin, que era la que aquellos canónigos venian profesando.

Órden de Alcántara.—La órden de caballeros llamados de *San Julian de Pereiro*, cuyo instituto era pelear con los sectarios del falso profeta de la Meca, fue confirmada por Alejandro III como órden militar. D. Alfonso, rey de Leon, ganó en 1214 la antigua y fuerte villa de Alcántara y la cedió á los caballeros de Calatrava para que la guardasen y defendiesen, y estos la cedieron á su vez á los caballeros de San Julian, á condicion de que habian de quedar sujetos en todo al maestre de Calatrava. Pasados que fueron cerca de tres siglos, se emanciparon en virtud de bula del papa Julio II. Quedó entónces la órden con el título de Alcántara, profesando la regla de San Bernardo.

Órden de Montesa.—Luego que fue extinguida la órden de los Templarios en el concilio de Viena, pretendió el rey D. Jaime II de Aragon unir las rentas y bienes que aquellos poseian en el reino de Valencia á los Hospitalarios, con el objeto de que continuasen como ántes dedicados á hacer la guerra á los infieles. Negóse á ello por el pronto el Sumo Pontífice; pero en 1317 expidió una bula, por la cual hizo un árreglo con el que quedaron satisfechos los deseos del rey. El arreglo fue de este modo: Fundar una nueva órden de caballería bajo la órden del *Cister*, sujetándola á la de Calatrava, aunque con su maestre particular. Para ello se unian los bienes de los extinguidos *Templarios* con los de los *Hospitalarios*, quedando reducida esta órden á la casa que tenia en Valencia con las rentas y censos á media legua de distancia, y ademas el castillo y villa de Torrent. Fundóse el convento principal de la órden en el castillo de *Montesa*, de donde tomó el nombre (*Mariana, Lib. XV, cap. XXVI*). En 1748 el castillo fue destruido por un torrente, y se trasladaron al antiguo palacio que tenian los Templarios en Valencia, en las inmediaciones de la puerta del Cid, sobre cuyas ruinas se edificó en 1760 el suntuoso monasterio que ha conservado el nombre del *Temple* que se daba al que habitaron los *Templarios* (Nota *b* por el doctor Rodriguez de Cepeda, al cap. XXXVIII, part. 1.ª, de las *Instituciones de Cavalario*).

Entre las cuatro órdenes militares reunian antiguamente más de 400 pueblos gobernados en lo espiritual y temporal por sus respectivos maestres. Despues conservaron tan sólo la jurisdiccion espiritual, y por último, en el novísimo Concordato celebrado en 1851 entre la Santidad de Pio IX y la Majestad Católica de D.ª Isabel II hay un artículo referente á las mismas órdenes, que dice así:

Artículo 9.° Siendo por una parte necesario y urgente acudir con el oportuno remedio á los graves inconvenientes que produce en la administracion eclesiástica el territorio diseminado de las cuatro órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; y debiendo por otra parte conservarse cuidadosamente los gloriosos recuerdos de una institucion que tantos servicios ha hecho á la Iglesia y al Estado, y las prerogativas de los reyes de España, como grandes maestres de las expresadas órdenes por concesion Apostólica, se designará en la nueva demarcacion eclesiástica un determinado número de pueblos que formen coto redondo, para que ejerza en él como hasta aquí el gran maestre la jurisdiccion eclesiástica, con entero arreglo á la expresada concesion y bulas pontificias.—El nuevo territorio se titulará *Priorato de las órdenes militares*, y el prior tendrá el carácter episcopal con título de Iglesia *in partibus*. Los pueblos que actualmente pertenecen á dichas órdenes militares, y no se incluyan en su nuevo territorio, se incorporarán á las diócesis respectivas.»

que han salido de su seno revestidos de santidad y sabiduría, que han sido apoyo de la Iglesia y celosísimos propagadores de la verdad evangélica. El papa Juan XXII, que fue nombrado en 1316, mandó hacer investigaciones exactas en los registros pontificios, y despues de ellas reconoció que la órden de los benedictinos ha producido veinte y cinco pontífices santos, cerca de cuarenta mil santos y bienaventurados, de los cuales cinco mil quinientos salieron del convento de Monte-Casino, cerca de doscientos cardenales, siete mil arzobispos, quince mil obispos, otros tantos abades cuya confirmacion dependia de la Santa Sede, más de doscientos veinte y cuatro hijos de reyes y emperadores. El papa Gregorio XV, en su constitucion VI, n. 1.°, declara que durante una larga série de siglos la Iglesia recibió sus pontífices de la familia benedictina. Mabillon dice que en el siglo XI habia tantos papas benedictinos, que la autoridad pontificia parecia hereditaria en esta órden. Aunque los escritores dan cifras diversas, en lo que no hay disputas es en los veinte y cinco pontífices santos, siendo innumerables los monasterios que de este ilustre y utilísimo órden religioso existen en todo el mundo cristiano, y en gran número los que se contaban en España ántes de la exclaustracion de los regulares que tuvo lugar en 1837 (1).

Por más, pues, que las modernas escuelas filosóficas se hayan propuesto hacer odiosa la vida monacal, pintándola á la nueva generacion con los más negros colores, ello es que han dispensado inmensos bene-

(1) A noventa y uno creemos llegaba en España el número de los monasterios benedictinos que existian al tiempo de la exclaustracion. He aquí una curiosa nota de los fundados en Cataluña.

El de San Cugat del Vallés, por Carlo-Magno en 793.

El célebre de Santa María de Ripoll, por el conde Vifredo II, llamado el Velloso, en 888.

El de Santa María de Camprodon, por Vifredo IV, año 912.

El de Besalú, por D. Miron, conde de Ozona y obispo de Gerona, en 977.

El de Santa María de Amer, en 778 y de San Estéban de Bañolas, en 780, por Carlo-Magno, y por el mismo emperador el de Galligans en Gerona, en 778.

El de San Salvador de Breda, por el conde Cabrera en 1037.

El de Sarrateix, por D. Oliva, llamado Cabreta, conde de Besalú, en 977.

El de Poblet, de la órden del Císter, por D. Ramon Berenguer en 1146.

Otros muchos existieron que por la multitud de sabios que produjeron fueron verdaderamente la honra del Principado. Entre ellos encontraban celosísimos maestros los jóvenes que se dedicaban al estudio de las ciencias, consuelo los afligidos, albergue los desgraciados, y pan innumerables necesitados. Todo ha desaparecido en la época presente, y de unos de estos monasterios no quedan sino ruinas, miéntras que otros se hallan convertidos en suntuosos palacios, viniendo á ser lugares de vida muelle é infecunda aquellos antiguos asilos de oracion y recogimiento.

ficios á la sociedad. Sólo la mala fe puede negarlo: sólo ese odio sistemático de los modernos escépticos á todo aquello que dice órden á la religion puede pretender cubrir con un tupido velo glorias que conservará siempre la historia, llevándolas de una en otra generacion, para la enseñanza de los pueblos.

Vamos ya á ocuparnos de otros asuntos de importancia que no podemos dejar de consignar para hacer nuestra obra lo más completa que nos sea posible.

CAPITULO III.

Conversion de los lacios.—Innumerables mártires de Nagran.—San Aretas.—Conferencia de San Fulgencio con el rey Trasamundo.—Escritos de San Fulgencio.—Terminacion de las persecuciones vandálicas.—San Fulgencio en Ruspe.—Concilio en África.—Diferentes escritos de San Fulgencio.—Su muerte.—Fin del pontificado de San Hormisdas.—San Juan I, papa.

El Pontificado de San Hormisdas fue verdaderamente fecundo. Bastaria á hacerle célebre la institucion del órden de benedictinos, del que nos hemos ocupado en el capítulo anterior. El cielo derramaba con abundancia sus dones sobre las naciones bárbaras, que sucesivamente iban siendo alumbradas con la luz hermosa de la fe. Los lacios (habitantes de la antigua Colchite) entraron en deseos de abrazar el cristianismo; y como hubiese muerto su rey Zamnaxes, su hijo Zates, en vez de acudir al rey de Persia, segun era costumbre, para pedirle la investidura real, fué á Constantinopla con el objeto de obtenerla de Justino. El motivo de esta determinacion no era otro sino que habia resuelto abjurar el paganismo, y sabia que en Persia no seria coronado sin hacerle ántes ofrecer sacrificios á los dioses. Recibióle el emperador con el mayor agrado, y no sólo le hizo bautizar, sino que le reconoció por hijo suyo, dándole al mismo tiempo por mujer á una de las damas más principales de su imperio. Despues de esto le declaró rey de los lacios, colocando en su cabeza una corona á la romana. A la conversion de Zates siguió la de la mayoría de sus vasallos.

Un tal Dunaan, judío, que como todos los de su secta era enemigo implacable del nombre de Jesucristo, puso sitio á la ciudad de Nagran en el año 522. Los habitantes de ella eran todos cristianos, y lo primero que hizo fue pasar á cuchillo á todos los habitantes de las inmedia-

ciones (1). Defendiéronse con el mayor valor los de la ciudad, de suerte que se hicieron inútiles todos los esfuerzos de Dunaan; pero este al fin se valió de falsas promesas y se le entregó la ciudad, obrando en seguida del modo más vil, pues no pudiendo pervertir á sus moradores atrayéndolos al judaismo, mandó desenterrar y quemar el cuerpo del obispo Pablo, y en una inmensa hoguera que hizo encender mandó arrojar á todos los sacerdotes, monjes y vírgenes. Él creyó de este modo sembrar el terror y el espanto; pero Dios auxilió de un modo maravilloso á los fieles concediéndoles el don de la fortaleza, de tal modo que hasta las vírgenes más débiles se disputaban el honor de ser las primeras víctimas sacrificadas en aras de la religion.

Uno de los ilustres mártires que entónces sellaron con su sangre la fe fue Aretas, anciano venerable que gozaba de una gran reputacion entre sus conciudadanos, por las grandes virtudes de que se hallaba adornado. El perseguidor se valió de todos los medios imaginables para hacerle caer en la apostasía, persuadido de que, si lograba su intento, su ejemplo seria seguido de otros muchos ciudadanos. Todos sus esfuerzos se estrellaron contra la firmeza del santo anciano, y lleno de despecho le hizo conducir fuera de la ciudad á la orilla de un torrente, donde le cortaron la cabeza, y con él á trescientos y cuarenta de sus conciudadanos, haciéndose notar entre ellos una mujer que tenia un hijo de cinco años de edad, el cual, cuando vió que llevaban á su madre á una hoguera para quemarla viva, corrió al tribunal del tirano pidiendo que la perdonase. No pudo ménos de conmoverse el perseguidor al ver las lágrimas de aquel inocente, y trató de entretenerlo tomándole sobre sus rodillas y haciéndole halagos y caricias. Pero como viese el niño que arrojaban á su madre á la hoguera, se desprendió de los brazos del tirano y corrió á precipitarse tambien en las llamas, confesando el nombre de Jesucristo. Este caso admirable nos demuestra suficientemente cuánto puede la gracia del Señor. Este tierno mártir no tenia aun la edad en la que la luz de la razon hace distinguir á la criatura racional el bien del mal, y sin embargo obró cual hubiese podido hacerlo un cristiano de mayor edad y experiencia.

La Iglesia de África seguia sufriendo bajo la tiranía de Trasamundo, el cual quiso informarse de quién era el más hábil defensor de la doctrina católica, y le dijeron que Fulgencio, que era uno de los obispos des-

(1) Bolland. ad diem. 24 oct., Niceph. lib. 17, c. 6.

terrados. Hízole en el momento ir á Cartago, con cuya ocasion el santo obispo instruyó á muchos católicos, reconciliando á algunos que habian caido y animando á todos á defender la fe de Jesucristo hasta derramar la sangre. El rey le envió un escrito en el cual le manifestaba todos sus errores, ordenándole que á todos ellos le contestase sin dilacion. El santo Prelado redujo el escrito, que era bastante largo, á algunas objeciones puestas por artículos, y á cada una añadia su respuesta con brevedad y profundos conceptos. Mucho alabó el rey su sabiduría y su humildad, pero sin embargo no trató de apartarse de sus doctrinas erróneas. Otro dia le envió otro escrito con diversas cuestiones, mandando que se lo leyesen una sola vez y que sin dejarle copia contestase. Hízolo el santo en tres libros dirigidos al mismo rey, que comienzan de este modo: «Creo que os acordais, rey piadosísimo, que últimamente me enviásteis un escrito, mandándome responder luego. Como era largo, apénas pude leer muy apriesa el principio; y por esto pedí que me lo dejasen una noche para leerlo todo. Vuestra clemencia no lo tuvo á bien. Entre tanto pasé algunos dias esperando vuestras órdenes. Pero como vos quereis que yo responda sin ver las cuestiones, remito lo poco que yo puedo decir sobre lo que entendí del principio del escrito: pues no quisiera que me acusáseis de un desden nacido de soberbia ó de desconfianza de mi fe.» El santo prosigue tratando al rey con el mayor respeto y le alaba por su aplicacion á instruirse en la religion. «Hasta ahora, dice, era cosa rara ver á un rey bárbaro (1), continuamente ocupado en la direccion del reino, animado de tan vivo deseo de aprender la sabiduría.» Entrando luego el santo en el asunto de las cuestiones, trata de las dos naturalezas de Jesucristo en una persona, de la Divinidad del Hijo de Dios y de su pasion, haciendo ver que la divinidad no padeció. De nuevo admiró el rey su sabiduría y no pensó en proponerle más cuestiones: pero por complacer á los arrianos le envió de nuevo á Cerdeña, haciéndole embarcar de noche por temor al pueblo que tanto le amaba. Mas como quiera que el santo viese la gran afliccion que su partida causaba á Juliateo, que era un varon de grandes virtudes, le dijo que se consolara porque habia de volver en breve, á causa de que estaba próximo el triunfo de la Iglesia; encargándole que conservase el secreto para que no se atribuyese á profecía (2).

---

(1) No hay que extrañar que le diese este nombre, pues los vándalos se llamaban á sí mismos bárbaros para distinguirse de los romanos.

(2) Amat. Hist. de la Ig. Lib. VI, cap. III.

El anuncio de San Fulgencio fue en efecto una verdadera profecía, pues que en Mayo de 523 murió Trasamundo, despues de un reinado de más de veinte y siete años; y por más que habia hecho jurar á su hijo Hilderico que no abriria las iglesias católicas, ni las restableceria en sus privilegios, el nuevo rey, aunque no profesó la religion católica, levantó el destierro á todos los obispos, que fueron recibidos en todas partes con las mayores demostraciones de júbilo, permitió ordenar obispos para las Iglesias vacantes, y la de Cartago recobró el libre ejercicio de la religion católica, de que habia estado privada por espacio de 66 años desde la persecucion de Genserico en 457. De este modo la Iglesia de África volvió á disfrutar de paz.

San Fulgencio volvió á Cartago en compañía de los demas prelados, siendo objeto de las más entusiastas ovaciones, hasta el término de que las madres levantaban á sus hijos para que le viesen y recibiesen su bendicion. Despues de permanecer allí algunos dias, salió en direccion á su diócesis, y no obstante la distancia que hay desde Cartago á Ruspe, encontró por todo el camino multitud de fieles diocesanos suyos, que salian á recibirle y acompañarle con antorchas encendidas entonando salmos é himnos.

El obispo de Cartago, despues de varios concilios particulares, convocó uno de todas las provincias de África, al que asistieron sesenta obispos, y en el que se tomaron varias determinaciones, siendo una de ellas confirmar el derecho de exencion á los monasterios que gozaban de ella, citándose un decreto antiguo en que se ordenaba que los monasterios de uno y otro sexo no estarian sujetos al obispo diocesano como el clero secular; pero que si se formaba comunidad de muchas personas de partes distintas, para sujetarse inmediatamente á la Iglesia de Cartago, por ejemplo, aunque un monasterio estuviese situado en otra diócesis, continuaria dependiendo del obispo de Cartago, y no de aquel en cuya diócesis estaba situado el monasterio (1).

En los últimos años de su vida y en el reposo de la paz San Fulgencio, que siempre fue tan laborioso, escribió en tres libros de la *Predestinacion de la Gracia*, siendo un fiel intérprete de su maestro el gran obispo de Hipona San Agustin. Escribió tambien un tratado sobre la *Fe* para un peregrino que se dirigia á los Santos Lugares, con el objeto de preservarle de las herejías; siendo, en suma, su obra postrera la *Carta*

(1) Berault-Bercastel. Lib. XVIII, n. 73.

al conde Regino, que le habia consultado sobre algunos puntos de la doctrina de unos sectarios llamados *Incorruptibles*, y sobre otros diferentes puntos relativos á la profesion de las armas. Esta obra no pudo concluirla por faltarle la vida.

Cuando el santo obispo de Ruspe comprendió que se acercaba la hora de su muerte, se retiró á su monasterio, donde redobló sus austeridades y penitencias para prepararse al viaje de la eternidad. Despues de dos meses de crueles padecimientos, que sufrió con la mayor resignacion y sin exhalar una queja, llamó á sus monjes, y no obstante que siempre habia sido muy benigno, les pidió humildemente perdon por la severidad con que creia haberlos tratado. Los monjes entre tanto vertían amargas lágrimas, y postrados ante su lecho le pedian su bendicion, que el santo les dió con la mayor ternura: hizo repartir entre los pobres lo poco que tenia, y con la mayor tranquilidad entregó su alma á Dios el 1.º de Enero del año 533, el veinte y cinco de episcopado, y el setenta y cinco de su edad. Su cuerpo fue sepultado en una iglesia de Ruspe, donde él mismo habia colocado las reliquias de los Apóstoles.

A estos acontecimientos habia precedido la muerte del santo pontífice Hormisdas, el cual trabajó con la mayor asiduidad por la conservacion de la pureza de la fe. Reprobó como susceptible de mala interpretacion la proposicion que unos monjes inquietos de la Escitia pretendian erigir en artículo de fe, y que era de este modo: *Uno de la Trinidad fue crucificado*. Sin embargo no impuso censura alguna á los monjes, porque su único objeto, como decimos, fue evitar malas interpretaciones. En el Concilio quinto general fue la proposicion admitida como católica, despues que habia sido enmendada por Juan II y Vigilio.

Fue siempre el papa Hormisdas un modelo de paciencia, humildad y caridad. Han quedado de él ochenta cartas que se hallan inclusas en la gran coleccion de concilios. En una de ellas dirigida al obispo de Sevilla, su vicario en España, se ve, dice Artaud de Montor, cuán poderosa era la autoridad que los Papas ejercian sobre la Iglesia mucho tiempo ántes del pretendido Isidoro Mercator.

Creó el papa Hormisdas en varias ordenaciones cincuenta y cinco obispos, veinte y un presbíteros, diez diáconos, y gobernó la Iglesia nueve años y once dias. Murió el dia 6 de Agosto de 523, cuatro años despues de haber visto extinguido el cisma entre la Iglesia griega y la latina, de la cual aquella se habia separado para conservar en los libros de su Iglesia el nombre de Acacio, que habia sido condenado. Tambien tuvo

la gloria de ver á los borgoñeses abjurar del arrianismo, y á otros muchos sectarios abrazar la doctrina católica, segun que hemos visto en nuestra narracion.

Para la Iglesia de España será siempre muy grata la memoria del pontífice San Hormisdas, por el celo paternal y cariñoso que le manifestó durante el tiempo de su glorioso pontificado. Ademas de las tres cartas que á su tiempo citamos, dirigidas la primera al metropolitano de Tarragona Juan (1), y las otras dos á todos los obispos de España, tenemos una dirigida á Salustio de Sevilla y otra á todos los prelados de Andalucía.

Por muerte de San Hormisdas, y despues de una vacante de siete dias, fue elevado á la cátedra de San Pedro

San Juan I, hijo de Constancio y natural de Toscana, que era presbítero-cardenal del título de los Santos Juan y Pablo *in Pammadico*, que fue nombrado en 13 de Agosto de 523, y de cuyo corto pontificado vamos á ocuparnos en el siguiente capítulo.

---

(1) Hay opiniones sobre si esta carta fue dirigida al metropolitano de Tarragona ó á otro Juan que fue obispo de Elche. La primera opinion la sostiene Florez en varios lugares de su *España Sagrada*. Mayans, en su *Ilici* (Elche) sostiene la contraria, y á esta parece se inclina tambien D. Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona, en el catálogo de los prelados Tarraconenses que insertó Florez en el tomo XXV. Para nosotros es cási indudable la opinion de Florez, y dicha carta, que hemos reproducido al hablar de ella en la pág. 779, la hemos encontrado encabezada, como ha visto el lector, de este modo: *Ad Joannem Tarraconensem Episcopum*.

CAPITULO IV.

El papa Juan es enviado embajador á Constantinopla por Teodorico.—Símaco y Boecio. —Muerte del papa Juan.—Le sucede San Félix IV.—Muerte del rey Teodorico.— Amalarico, rey de los visigodos en España.—Justiniano, emperador.—Concilio II de Toledo.—Celo de Justiniano por la religion.—Reforma de las leyes.—Código, Digesto é Instituto.—Las Novelas.

Poco tiempo despues de su eleccion el papa Juan I fue llamado á Ravena por el rey Teodorico, que era arriano, exigiendo de él que fuese de embajador á Constantinopla para hacer algunas pretensiones al emperador Justino. El rey de Italia Teodorico conservaba la paz entre sus vasallos, sin atender á la diferencia de religiones: y se refiere de él que arrojó de la milicia á un oficial que creyendo contentarle habia abjurado el catolicismo y abrazado el arrianismo. *¿Cómo me será fiel,* dijo el rey, *si no lo ha sido con su Dios?* Tres eran las cosas que deseaba pidiese el Papa al emperador: 1.ª Que los arrianos, obligados anteriormente por César á abrazar la religion católica, quedasen en libertad de volver á su secta. 2.ª Que se restituyeran á los arrianos las iglesias que en Oriente les habian sido quitadas, y 3.ª Que en adelante nádie obedeciera la órden de abjurar el arrianismo. Envió con el Papa otros cuatro embajadores, advirtiéndoles que en adelante su conducta para con los católicos seria semejante á la que se usase en Oriente con los arrianos.

A primera vista, y no fijándose mas que en lo que llamaremos la corteza del asunto, parece que el Papa no debia aceptar la comision que le encomendara el rey de Italia, tanto porque no parece propio del que representa á Jesucristo sobre la tierra servir de embajador á ningun rey, como porque aquellas peticiones tendian á favorecer á una secta herética. ¿Pero qué hacer en el caso en que se hallaba el Santo Pontífi-

ce? De no complacer al rey, este se hubiera irritado contra los católicos, á los cuales, movido de un deseo de venganza, hubiera oprimido en Italia y aun en la misma Roma.

Emprendió, pues, el Sumo Pontífice su viaje á Constantinopla, donde fue recibido con gran regocijo por un inmenso pueblo que salió á su encuentro con hachas encendidas. Dícese que á su entrada en la ciudad imperial dió vista á un ciego, poniéndole la mano sobre los ojos en presencia de todos, lo que aumentó el entusiasmo de las gentes, que le aclamaban no solamente como pontífice, sino como santo. Presentóse al emperador, el cual al verle se arrodilló en su presencia, rindiéndole de este modo el homenaje debido á su altísima dignidad. El dia 30 de Marzo de 525 el Papa celebró la misa solemne en la iglesia principal, en lengua latina y rito romano. El emperador le pidió le coronara, no obstante haberlo sido ya por el patriarca Epifanio. El Papa lo hizo así, y á su vez Justino revistió al Sumo Pontífice con las vestiduras augustales, concediéndole el uso de ellas á él y á sus sucesores.

El emperador se mostró generoso regalando al Papa una patena de oro del peso de veinte libras, enriquecida de joyas, un cáliz de oro de cinco libras, cinco vasos de plata y quince pálios tejidos de oro, cuyos regalos envió inmediatamente San Juan á las iglesias de San Pedro, San Pablo, Santa María y San Lorenzo.

En cuanto á las comisiones que le habian llevado á Oriente, Juan expuso á Justino el peligro que corria la fe en Italia, obteniendo que se dejase tranquilos á los arrianos.

Entre tanto Teodorico, que se habia hecho muy suspicaz con la edad, hizo encarcelar á dos senadores romanos que habian siempre gozado su confianza. Eran estos Simaco y su yerno Boecio. Habíanle acusado al rey de estar en inteligencia secreta con el emperador para restablecer la autoridad del Senado. Sobre Boecio pesaba tambien otro crímen aun mayor á los ojos del rey arriano, cual era su celo por defender la doctrina de la Iglesia, en favor de la que habia escrito y publicado varios libros. Fue preso primero que Simaco, y en los seis meses que duró su prision compuso sus cinco libros de la *Consolacion de la filosofía*, en la que se encuentran verdaderamente todos los motivos de consuelo que en sus adversidades y desgracias puede encontrar un filósofo cristiano. Fue decapitado en el año 524 y su suegro Simaco en el de 525.

Cuando el papa Juan volvió á Ravena no encontró el entusiasta recibimiento que habia tenido en Oriente. Léjos de recibir de Teodorico las

gracias por el desempeño de su mision, le hizo encerrar en una prision juntamente con los senadores que le habian acompañado, y mandó que fuese tratado con rigor. Accion indigna de un príncipe, que hasta entónces habia sido grande y generoso y habia dejado en paz á la Iglesia. Cansado Juan de la fatiga del viaje, y agobiándole los nuevos trabajos de la prision, sucumbió el dia 27 de Mayo de 526, y su cuerpo fue cuatro años despues trasladado á Roma y enterrado en la Basílica de San Pedro.

Por muerte de este ilustre Pontífice, cuya memoria honra la Iglesia como la de un santo mártir, y despues de una vacante de veinte y siete dias, fue elegido

San Félix IV, en 24 de Julio de 526. Era perteneciente á la familia Fimbri de Benavento, y era presbítero-cardenal de los Santos Silvestre y Martin de *Monti*. Esta eleccion fue indicada por Teodorico, que deseaba ejercer una gran influencia en la eleccion de los Papas. El clero romano respetó la voluntad del rey godo, á la que no hubiera podido oponerse. Félix resplandecia por su virtud no ménos que por su ciencia, y así no hubo quien se quejase del elegido, sino del modo de hacer la eleccion. Ya hemos tenido ocasion de hablar de cómo en los siglos v y vi se procuraba elegir para Pontífices á personas que se consideraba habian de ser agradables á los godos, griegos y lombardos, que sucesivamente se hicieron dueños de Italia y de Roma, y presentamos diversos ejemplos, al que ahora añadimos la eleccion de San Félix IV.

Ménos de dos meses sobrevivió Teodorico al papa San Juan I, y tan sólo uno á la elevacion de su sucesor San Félix IV. Un dia que le habian servido de comer un pez grande, creyó ver en el plato la cabeza de Simaco, que le miraba con ojos terribles y aspecto amenazador. Apoderóse de él un gran temblor, ó un acceso de frenesí; lleváronle al lecho y á los pocos dias murió, no mostrando arrepentimiento ni abjurando de sus errores, sino mas bien en desesperacion. Ántes de morir hizo reconocer por rey de Italia á su nieto Atalarico, bajo la tutela de su madre Amalasunta, pues que contaba tan sólo ocho años de edad; y Amalarico, que tambien era nieto de Teodorico, fue declarado rey de los visigodos en España y en la parte meridional de las Galias desde los Pirineos hasta el Ródano. En cuanto á este rey de España, de perversa condicion y que acabó su vida de un bote de lanza de un soldado en Barcelona, dice así el historiador Mariana: «Luego que Amalarico se encargó del reino, lo primero de todo asentó paz con los reyes de Francia, casándose él

con una hermana de ellos, hija de Clodoveo, ya difunto, que se llamaba Clotilde, á la que se le dió en dote el estado de Tolosa, que fue restituirle á los godos, de quienes era ántes. La paz, asentada de esta manera, alteró la locura de Amalarico por esta ocasion. Era Clotilde dotada de una virtud singular: su madre, que el mismo nombre tenia, la habia amaestrado en el culto de la verdadera religion. Esto fue ocasion de exasperar en gran manera el ánimo de su marido, por ser de secta arriano. El vulgo, cuando iba á los templos católicos, le decia afrentas, la ultrajaba y la tiraba cosas sucias: disimulaba el rey en esto, y aun cuando volvia la recibia con gesto torcido y airado: á los denuestos y solturas de la lengua añadia golpes y cardenales, tanto que le hacia muchas veces saltar la sangre (1).» Hemos reproducido este párrafo para muestra, aunque triste, de este infeliz nieto de Teodorico, rey de los visigodos en España.

Volviendo á su padre, reinó en Italia treinta y tres años á contar desde la derrota de Odoacre, teniendo lugar su muerte el 30 de Agosto de 526, dia señalado por él para arrojar de las iglesias á todos los sacerdotes católicos. Si Teodorico hubiese abrazado la religion católica, abjurando de los errores del arrianismo, hubiera sido uno de los más grandes príncipes del mundo, por su grandeza de alma; pero oscureció, como hemos visto, al fin de su reinado con hechos indignos sus buenas cualidades naturales.

El emperador Justino conoció su cercano fin, y declaró Augusto á su sobrino Justiniano, haciéndole coronar con su mujer Teodosia, el dia 1.º de Abril del año 527. Cuatro meses despues murió el anciano emperador, cuando contaba setenta y siete años de edad, de los cuales habia reinado nueve. Justiniano, que tuvo un reinado dilatado, contaba entónces cuarenta y cinco años, era de hermosa estatura, de semblante agradable y frente majestuosa. Era muy piadoso, y el dia mismo de su coronacion vendió todos los bienes de su patrimonio y repartió su producto entre los pobres; comia y dormia poco, y en la cuaresma sólo tomaba alimento de dos en dos dias, y esto en muy corta cantidad, y sólo yerbas compuestas con sal y vinagre, sin otra bebida mas que agua. Este emperador, el más grande que habia habido despues de Teodosio, restituyó á Roma su antigua grandeza. Dios en su infinita misericordia suscitó tan grande emperador para que con mano fuerte contuviera el torrente de

---

(1) Mariana. Lib. V, cap. 7.

las invasiones de los bárbaros, que sin él todo lo hubieran asolado.

Ántes de ocuparnos de los grandes hechos de Justiniano vamos á fijar la atencion en el Concilio II de Toledo, celebrado el año 527, el mismo de la coronacion de aquel emperador.

Es muy probable que por este tiempo se celebraran en España muchos más concilios de los que constan en las crónicas. Sin embargo no podemos hablar de otros que de aquellos que constan sus actas ó hay noticias ciertas.

El principal objeto del Concilio II de Toledo fue el tratar de la educacion del clero. Los obispos que asistieron á él fueron ocho; los cinco eran de la misma provincia y los otros tres eran Nebridio de Egara, Justo de Urgel y Maracino, que se encontraba en Toledo por haber sido desterrado á causa de la fe, y el cual firmó sus actas en estos términos: *Maracinus in Christi nomine Episcopus, ob causam Fidei in Toletana Urbe exilio deputatus Sanctorum Fratrum meorum constitutionibus interfui, relegi et subscripsi, die et anno quo supra.*

Las disposiciones que en este Concilio se tomaron acerca de la educacion del clero, despues de haberse adherido á las sábias disposiciones dictadas por otros concilios anteriores, fueron las siguientes:

1.ª Que los jóvenes dedicados á la carrera eclesiástica y educados bajo la inspeccion y direccion del obispo, sean examinados públicamente al cumplir los diez y ocho años de edad, con el objeto de saber el estado que escogen: si eligen el eclesiástico, prometan guardar castidad, y á los veinte años sean promovidos al subdiaconado; á los veinte y cinco al diaconado, á no ser que fuesen encontrados indignos de uno ó de otro: si se casan ó incurren en incontinencia, sean excomulgados como sacrílegos: pero si escogen el estado seglar y se casan, pueden ser admitidos despues á órdenes sagrados con obligacion de apartarse de su mujer.

2.ª Que el jóven educado en una Iglesia no pueda pasar á otra, ni el obispo recibirle sin prévio consentimiento del propio prelado.

3.ª Que ningun clérigo despues de ordenado subdiácono, tenga familiarmente en su casa mujer alguna.

4.ª Que si algun clérigo plantó viñas en tierra de la Iglesia, ó algun otro fruto para mantenerse, pueda poseerlos miéntras viva; y que despues pase al diocesano de la Iglesia, sin que nádie más pueda heredarlos sino con autorizacion del obispo, en premio de servicios prestados á la Iglesia.

5.ª Que ningun fiel se case con parienta; y si lo hiciere sea casti-

gado, con tanta mayor severidad cuanto más cercano sea el parentesco.

Tales son las principales disposiciones que se tomaron en el segundo Concilio toledano. Volvamos ya á ocuparnos de los asuntos pertenecientes á la Historia general de la Iglesia.

Justiniano mostró desde su elevacion al imperio un celo extraordinario por la religion: prohibió terminantemente que los obispos abandonasen sus Iglesias para pasar á la corte bajo ningun pretexto, á ménos de obtener licencia suya. «La ausencia de los obispos, dice, es causa «de que el servicio divino se desempeñe sin dignidad y sin edificacion; «que se administren malamente los negocios pertenecientes á las Igle«sias, y que sus rentas sean empleadas en gastos no sólo por los prela«dos sino tambien por los clérigos y domésticos que los acompa«ñan (1).»

Tambien prohibió á los obispos, en conformidad con lo prescrito en los Sagrados Cánones, disponer por medio de testamento, por donacion ó por cualquier otro medio, de los bienes que hubiesen recibido desde su elevacion al episcopado, á no ser que los hubiesen adquirido por herencia de sus padres ú otros individuos de su familia: estableciendo tambien Justiniano otras muchas leyes encaminadas á la seguridad general de los bienes de la Iglesia, tales como la cuenta que debe exigirse á los mayordomos ó ecónomos, como asimismo á los administradores de los hospitales, mandó que los clérigos cantasen en cada iglesia los oficios de Maitines, Laudes y Vísperas. Son notables estas palabras de la ley: «No deben contentarse con el nombre de clérigos, consumiendo los bienes de la Iglesia sin ejercer sus funciones, porque es cosa absurda el que pongan ó busquen mercenarios que canten en su lugar, miéntras que muchos legos tienen la devocion de asistir á los divinos oficios. Encargamos que se procure cumplir puntualmente la intencion de los fundadores, y permitimos que cualquiera pueda acusar á los delincuentes.»

No porque de tal modo fijase el nuevo emperador su atencion en las cosas pertenecientes á la Iglesia, desatendia en lo más mínimo los negocios del Estado. No discutiremos acerca de los conocimientos ó de la ignorancia de este príncipe, puesto que hay antiguos escritores que afirman que no sabia ni aun leer. Sin embargo, por más que esto pueda ser cierto, es necesario convenir en que estaba dotado de un talen-

(1) Lib. 13, c. de Episc.

to natural muy despejado, de una suma perspicacia y de un gran conocimiento en las necesidades de su época, y profesó un gran aprecio á los sabios, de los cuales se rodeó para tomar consejo de ellos en los asuntos arduos ó de difícil desempeño, siendo uno de los más distinguidos por él. Triboniano, que era cuestor, digno de grandes elogios por lo que respecta á su ciencia, pero digno al mismo tiempo de vituperio porque guiado por su avaricia procuraba que se atendiese en la publicacion de las leyes y en el reparto de los destinos públicos, no á las necesidades generales, sino al bien particular de aquellos que le sobornaban. ¡Por desgracia Triboniano ha tenido despues muchos imitadores!

Una de las primeras disposiciones de Justiniano fue el hacer componer el *Código* que lleva su nombre, que no es otra cosa que una recopilacion ó resúmen de las leyes publicadas por sus antecesores, desde Adriano, añadidas con algunas leyes nuevas. La *Instituta*, que no es otra cosa que la explicacion metódica de la jurisprudencia romana, sirve como de introduccion al *Código de Justiniano*.

Muchos fueron y á cuál más útiles los reglamentos judiciales publicados por Justiniano durante su reinado. Despues de su muerte se recogieron gran número de sus edictos ó constituciones, las cuales son conocidas con el nombre de *Novelas*. En ellas se encuentran disposiciones de gran importancia y de utilísimas consecuencias para la Iglesia, pues que la mayoría de ellas van dirigidas á la reforma de las costumbres y á la absoluta prohibicion de la enajenacion de los bienes eclesiásticos, siendo notable entre todas ellas la que prohibe la simonía con gran severidad, de donde podemos deducir claramente los abusos que se venian cometiendo en esta parte, y tal vez justifiquen las acusaciones ó censuras que algunos escritores lanzan contra el cuestor Triboniano. Como quiera que el clero de Constantinopla era entónces muy numeroso y aquella Iglesia carecia de los medios necesarios para la decente subsistencia de todos sus ministros, mandó que los prelados no hiciesen nuevas ordenaciones, hasta tanto que el número de eclesiásticos quedase reducido á las necesidades de los fieles, medida por la cual habia de conseguirse necesariamente el que la Iglesia pudiese atender con más desahogo á las necesidades de sus ministros. En cuanto á la iglesia principal de Constantinopla, cuyo clero, segun afirma Novaes, era numerosísimo, ordenó que en adelante no tuviese más de sesenta presbíteros, cien diáconos, cuarenta diaconisas, noventa subdiáconos, ciento y diez rectores

y veinte y cinco cantores, que entre todos hacen cuatrocientos veinte y cinco eclesiásticos, no incluyéndose los porteros, que eran ciento y no se consideraban como eclesiásticos, bien que, como afirma Berault-Bercastel, este clero asistia á otras dos Iglesias á más que á la catedral.

CAPITULO V.

Fin del pontificado de San Félix IV.—Bonifacio II, papa.—Cisma de Dióscoro.—Concilio de Orange en las Galias.—Otros concilios.—Bautismo de Graitis, rey de los hérulos, y de Gordas, rey de los hunos.—San Juan II, papa.—Concilio en Orleans.—San Agapito I, papa.—Su viaje á Constantinopla.—Depone á Antimo, que habia usurpado la Sede de Trévisonda.—Elige en su lugar á Mennas y le consagra.—Muerte de San Agapito.—Excelentes cualidades que le adornaban.—San Silverio, papa mártir.

El Pontificado de San Félix IV, que tan sólo tuvo de duracion cuatro años, dos meses y diez y ocho dias, no dejó de ser glorioso para la Iglesia. No dejó de dar este pontífice desde el momento de su exaltacion á la Sede Apostólica pruebas de la gran humildad de que se hallaba adornado, y una de las que pudiéramos presentar es la de que habiéndose extendido rápidamente por las Galias el funesto error de los semipelagianos, el obispo de Arlés, que era entónces San Cesáreo, se dirigió á Félix, pidiéndole consejo sobre los medios de que se habia de valer para preservar á su rebaño de ser presa de los lobos rapaces: y Félix le contestó que no encontraba otro remedio más proporcionado á aquella necesidad que servirse de los luminosos escritos del grande obispo de Hipona, y el mismo pontífice hizo extraer de las obras de aquel santo doctor los pasajes más profundos sobre la gracia y el libre albedrío, y los trasmitió á Cesáreo para que se sirviese de ellos como armas las más poderosas para combatir el semipelagianismo.

El papa San Félix dedicó en honra de los santos Cosme y Damian el templo que habia sido elevado á Rómulo y Remo en el Foro romano. En dos ordenaciones verificadas en Febrero y Marzo creó veinte y nueve obispos, cincuenta y cinco presbíteros y cuatro diáconos, descansando

en paz el 12 de Octubre de 530, siendo su muerte muy llorada por los pobres de Roma, de quienes fue un verdadero padre por haber estado siempre animado del hermoso espíritu de la caridad cristiana. Fue enterrado en la Basílica de San Pedro, y despues de una vacante de tres dias fue elegido para sucederle

Bonifacio II, romano, presbítero cardenal de Santa Cecilia, y fue creado papa el 16 de Octubre del año 530. El mismo dia de la eleccion de Bonifacio algunos descontentos nombraron Papa á Dióscoro, antiguo legado que fue de Hormisdas cerca de los orientales; pero este cisma desapareció con prontitud, pues que el antipapa murió á los veinte y siete dias de su intrusion, habiendo sido excomulgado en muerte como culpable del crímen de simonía.

El escritor Artaud de Montor formula una acusacion contra el papa Bonifacio, explicándose de la manera siguiente: «En pacífica posesion de la Santa Sede, Bonifacio cometió desde luego una falta grave: so pretexto de remediar las cábalas, y sobre todo las pretensiones de los reyes godos, congregó un Concilio en 531 y designó por sucesor suyo á Vigilio, acto que desaprobó una parte del clero como contrario á los cánones, á los derechos de los electores y peligroso delante de las exigencias de los reyes de Italia. Entónces, arrepintiéndose Bonifacio de haber violado las santas leyes y los cánones, principalmente los de Nicea, y de haber ofendido la libertad de los comicios sagrados, reunió de nuevo el Concilio y quemó el decreto que habia dado sobre esta eleccion.»

En su corto pontificado el papa Bonifacio II no dejó de trabajar en beneficio de la fe. El santo obispo de Arlés, del que hablamos en el capítulo anterior, celebró un concilio en Orange, con el objeto de exterminar de una vez la herejía de los semipelagianos, como lo consiguió en efecto. Bonifacio aprobó las actas de este concilio, con lo que les dió más fuerza, y á la manera que su santo predecesor, tributó los mayores elogios á San Agustin por sus profundos escritos acerca de la gracia y del libre albedrío.

El concilio de Orange produjo, como acabamos de indicar, los más felices resultados, y nunca será suficientemente alabado el celo del obispo San Cesáreo, que lo reunió, en su deseo de concluir con el resto del semipelagianismo, que aun existia en las provincias meridionales de la Galia. Fueron trece los obispos que lo formaron, contando entre ellos á San Cesáreo, que lo presidió. «Hemos sabido, dijeron aquellos Padres, que algunas personas conservan por sencillez sentimientos poco confor-

mes con la fe católica: por lo cual hemos juzgado conveniente establecer ciertos capítulos precisos de doctrina, que aseguren su integridad.» En número de veinte y cinco son estos artículos, de los cuales los ocho primeros en forma de cánones dicen, en resúmen, que el pecado de Adan trasmitido de padres á hijos daña á las almas como á los cuerpos: que la oracion no precede á la gracia, sino que la gracia nos previene para hacernos orar: que ni la remision de los pecados ni el principio de la fe provienen de nosotros, sino de la gracia: en una palabra, que por sólo las fuerzas de la naturaleza nada podemos hacer ni pensar en órden á la salvacion. «Debemos, pues, enseñar y creer, concluye el santo concilio, que por el pecado del primer hombre quedó tan debilitado el libre albedrío, que ningun hombre, ántes del Salvador, ha podido amar á Dios como conviene amarle, creer en él ó hacer el bien por sí solo, sino por la gracia del Salvador, así como despues de la venida del Salvador; hasta el deseo mismo del bautismo viene puramente de la gracia, y nunca de la naturaleza. Del mismo modo creemos, añade el concilio, que debiendo todos los bautizados cumplir lo que se dirige á la salvacion de su alma, pueden conseguirlo con el auxilio y la cooperacion de Jesucristo, si quisieran trabajar fielmente. Mas léjos de creer el que algunos sean predestinados al mal, detestamos á cualquiera que lo crea, y le anatematizamos (1).»

Por el mismo tiempo que este, ó algo ántes, se celebraron otros dos concilios, cuales fueron el de Valencia del Delfinado, en el que se confirmó igualmente la doctrina católica, y el de Vaison, que como dice el autor que nos ha suministrado las actas del de Orange, fue mas bien una junta de caridad y amistad, no obstante que se formaron algunos cánones, de los que nos da cuenta el mismo escritor en estos términos: «Para utilidad del pueblo se encomendó á los presbíteros el cuidado de predicar en las parroquias de los lugares, y tambien en las de las ciudades. Si alguna enfermedad no permite al presbítero el predicar, leerá el diácono una homilía de los padres. A ejemplo de la Santa Sede, del Oriente y de la Italia, se entonará *Kirie eleyson* en nuestras iglesias; y en todas las misas, y aun en las de cuaresma y de difuntos, se dirá tres veces *Sanctus*, del mismo modo que en las misas solemnes. Tambien se recitará en nuestras iglesias el nombre del Papa: y al *Gloria Patri*

---

(1) Berault-Bercastel, lib. XIX. n. 19.

añádase *sicut erat in principio*, como se practica en África y en Italia, á causa de los arrianos (1).»

La Iglesia tuvo por este tiempo un motivo de gozo, cual fue el bautismo de Graitis, rey de los hérulos, y de Gordas, rey de los hunos. El primero habia ido á Constantinopla, donde no pudo ménos de conmoverse al presenciar el espectáculo magnífico del culto católico, lo que le predispuso á convertirse, acabando de decidirse con los discursos del emperador. Convencido de la verdad, pidió el bautismo, y una vez instruido en la religion, le recibió con doce de los más elevados personajes de su nacion. Hízose despues de su conversion bondadoso y humano, y á esto se debió el que su ejemplo fuese imitado por muchos de sus vasallos. Justiniano, que se regocijó en gran manera de la conversion de Graitis, fue padrino en su bautismo, como asimismo lo fue de Gordas, rey de los hunos, que se convirtió por los mismos dias. Este último, animado por el celo cristiano y fiel á su conversion, apénas llegó á su país hizo demoler los templos de los ídolos; pero sus vasallos, que no imitaron la conducta de los de Graitis, le degollaron, eligiendo por rey á su hermano Monagere, que habia tenido parte en el crímen.

Vamos á ocuparnos ahora de la sucesion de Pontífices que hubo por este tiempo. Bonifacio II gobernó la Iglesia por más de dos años, muriendo el dia 16 de Octubre de 532, siendo enterrado en la Basílica de San Pedro. Dos meses y medio estuvo vacante la Santa Sede, hasta que fue elegido sucesor en la persona de

San Juan II, por sobrenombre Mercurio, romano de orígen y de nacimiento, y presbítero del título de San Clemente. Fue creado en la iglesia de San Pedro *in Vincoli* en 31 de Diciembre de 532.

Este Papa aprobó como católica la proposicion de los monjes de Escitia, enmendada de este modo: *Unus de Trinitate passus est in carne*, que como recordará el lector, el papa Hormisdas habia creido fácil de mala interpretacion.

No hay oposicion entre los papas Hormisdas y Juan, aunque lo parezca á primera vista, pues que el primero de estos pontífices no aprobó la proposicion creyendo que podria ser mal interpretada, y si el segundo la aprueba como católica, es añadiéndole la palabra *in carne*, con lo que se evitaba aquel peligro. La proposicion en su orígen decia *Unus de Trinitate passus est*, y aquí no se hablaba de humanidad; añadiendo Juan

---

(1) Ibid. n. 20.

á la proposicion *in carne*, reconocia el Papa un hecho indudable, un artículo de fe, cual es que Jesucristo padeció en cuanto hombre.

Durante el pontificado de San Juan II se verificó en Orleans (533) un concilio que se cuenta por el segundo de esta ciudad, siendo una de sus principales disposiciones la condenacion de la simonía, ordenando que se excluyese del episcopado, como á réprobo, á cualquiera que intentase conseguirlo con dinero, y renovó la prohibicion que ya anteriormente habia sido hecha de ordenar diaconisas, por la fragilidad de su sexo, excomulgándose al mismo tiempo á los abades que no respetasen y observasen las órdenes de los obispos.

A este concilio asistieron veinte y seis obispos, sin contar los diputados de cinco ausentes, y se cree que fue presidido por San Honorato, arzobispo de Bourges. Asistieron ademas de este cinco metropolitanos, á saber: Flavio de Ruan, sucesor de San Gildardo ó Godardo, Leon de Senz, Injurioso de Tours, Julian de Viena, sucesor de San Avito, y Aspasio de Eausa.

El papa San Juan II hizo tan sólo una ordenacion y en ella creó veinte y un obispos y quince presbíteros. Gobernó la Iglesia dos años, cuatro meses y veinte y seis dias, muriendo el 27 de Mayo de 535, y fue enterrado en la Basílica de San Pedro. A los seis dias de estar vacante la Santa Sede fue elegido

San Agapito I, romano, arcediano que era de la Santa Iglesia romana, hijo de Gordiano, cuya elevacion á la cátedra Pontificia tuvo lugar el tres de Junio de 535. El emperador le envió su profesion de fe, y el Pontífice le contestó elogiando su piedad y felicitándole al mismo tiempo por sus victorias. San Agapito reprobó las actas ya revocadas del Concilio, en el cual Bonifacio se habia elegido sucesor.

Este pontífice, como sucedió á Juan I, tuvo que viajar á Constantinopla. A ello le obligó Teodato, rey de los godos, con el objeto de que pidiese al emperador que el ejército que en Sicilia habia recibido órden de pasar á Italia, y que era mandado por Belisario, fuese llamado á Bizancio; el emperador no accedió á ello pretextando los extraordinarios gastos hechos para la leva de tantos soldados. San Agapito se valió de todos los medios posibles para restablecer la paz en las relaciones de los sacerdotes de Oriente. Habia logrado ocupar la Silla de Trevisonda un tal Antimo, oculto hereje eutiquiano, que se habia valido para ello de la proteccion de Teodora, esposa de Justiniano. San Agapito le depuso y nombró para aquella Silla á Mennas, al cual consagró con gran pompa y

solemnidad. Era Mennas varon de grandes virtudes, por lo que mereció la proteccion del santo pontífice Agapito, y fue el primer obispo oriental consagrado por un Papa. Justiniano llevó á mal la deposicion de Antimo, y aun llegó á amenazar al Papa con el destierro: pero este, que habia obrado segun su conciencia y sus deberes, le contestó á su intimacion de este modo: «Creíamos haber hallado un emperador católico: pero á lo que vemos tenemos delante de nosotros á un Diocleciano (1).»

Sin embargo, Justiniano conoció más tarde el engaño, puesto que habiéndose sujetado Antimo á un exámen por propuesta del mismo Justiniano, se negó á confesar las dos naturalezas de Jesucristo. Arrepentido el emperador del modo como habia obrado, se arrojó á los piés del Papa, aprobó la deposicion de Antimo y la eleccion de Mennas é hizo una nueva protestacion de su fe, que firmada de su puño trasmitió al Sumo Pontífice.

Cuando el Papa se disponia para regresar á Roma, acreditó como nuncio suyo cerca del emperador á Pelagio, su diácono, que más tarde fue Sumo Pontífice. Antes de su viaje hizo una ordenacion, creando en ella once obispos y cuatro diáconos; pero en seguida cayó peligrosamente enfermo y murió en Constantinopla el dia 22 de Abril de 536.

Estuvo San Agapito adornado de superior talento, sublime ingenio y gran prudencia. San Gregorio Magno hace su elogio diciendo que fue *vaso apostólico, trompeta del evangelio, heraldo de la justicia*. Merecedor fue, en efecto, de estos elogios pronunciados por uno de los más grandes Pontífices que despues de él han ocupado la cátedra de San Pedro. Su cuerpo fue trasladado á Roma y enterrado con gran solemnidad en la iglesia de San Pedro. Gobernó la Iglesia tan solamente diez meses y diez y nueve dias.

Segun Novaes, la Santa Sede estuvo vacante quince dias: pero Artaud de Montor cree que en esto debe haber algun error, y da una razon de gran fuerza, cual es la de que en aquellos tiempos se necesitaban más de quince dias para que un correo fuese por tierra de Constantinopla á Roma, y todavía más si iba por mar.

Extraordinario en su celo el papa Agapito, habia determinado establecer escuelas públicas para que pudiesen recibir instruccion en ellas los que habian de consagrarse al ministerio eclesiástico: empero su

---

(1) Novaes, dice «un Domiciano;» pero Artaud de Montor, siguiendo á Feller, dice «á un Diocleciano.» Sea como quiera, demostró valentía y serenidad.

muerte le impidió llevar á cabo tan útiles proyectos. A San Agapito sucedió en la Sede Apostólica

SAN SILVERIO, natural de Frosinona y que era hijo del papa Hormisdas, que habia contraido matrimonio legítimo ántes de abrazar el estado eclesiástico. Fue nombrado Papa en 22 de Junio de 536, de suerte que la vacante de la Santa Sede duró un mes y diez y siete dias, lo que ofrece más probabilidades de certeza que la opinion de Novaes que hemos consignado.

Hé aquí las noticias que acerca de este pontífice nos da Artaud de Montor: «Se sabe que Vigilio habia sido acreditado como apocrisario en Constantinopla, y este mismo Vigilio es el que Bonifacio II habia elegido por su sucesor. La emperatriz Teodora procuró, por medio de promesas, ganar á Vigilio, para que consintiera en dejarse llevar á la Santa Sede. No adopto aquí el testimonio de Novaes, que creo ménos seguro que el de Feller, el cual se expresa en estos términos: «Belisario se habia apoderado de Roma; Teodora resolvió aprovechar esta ocasion para extender la secta de los acéfalos, rama del eutiquianismo (1), y trató de unir á sus intereses á San Silverio; pero no pudiendo conseguirlo, resolvió procurar su deposicion. Se le acusó injustamente de tener relaciones con los godos, se produjo una carta dirigida, segun pretendian, al rey enemigo; pero se probó que habia sido forjada por un abogado llamado *Marc*, lo que no impedió que Silverio fuese desterrado á Pataro, en Siria, y que en lugar suyo se nombrara á Vigilio en 22 de Noviembre de 537. El obispo de Pataro, cuyo nombre desgraciadamente se ignora, se encargó resueltamente de la defensa de Silverio; se apersonó con el emperador Justiniano en Constantinopla y le dijo: *Hay muchos reyes en el mundo; pero no hay mas que un Papa en la Iglesia del universo*. Instruido Justiniano del verdadero estado de las cosas, mandó que Silverio fuese restituido á su Sede; pero al volver el Papa á Italia, fue preso de nuevo por Belisario á instancias de su mujer Antonina, que por este medio pretendia ser del agrado de Teodora, y abandonado de todos, fue relegado á la isla de Palmeria, frente á frente de Terracina, donde, segun Liberato, murió de hambre en Junio de 538.»

«Feller piensa que Vigilio no cometió falta alguna ántes ni despues de

(1) Los acéfalos, dice Fleury, levantan altares y baptisterios en las casas particulares de las ciudades y aldeas, y *desprecian á todo el mundo*, á causa de la proteccion que reciben del palacio. Se les habia dado el nombre de acéfalos, que significa *sin cabeza, sin jefe*.

este suceso. Novaes se muestra severo con este Papa y parece que cree en promesas culpables cuando Vigilio habia consentido en recibir la sucesion eventual de la tiara de manos de San Bonifacio II.»

En una sola ordenacion que hizo San Silverio ántes de su destierro creó diez y nueve obispos, trece presbíteros y cinco diáconos. Gobernó la Iglesia dos años y algunos dias, y fue enterrado en la isla donde murió.

Despues de una vacante de seis dias fue elegido

VIGILIO, que era romano y perteneciente á una familia consular. Ya sabemos que el dicho papa Bonifacio le declaró sucesor suyo sin eleccion, aunque, segun dijimos, luego que reunió el Concilio quemó el decreto que habia dado sobre esta eleccion, que tal vez fue hecha con consentimiento del mismo Vigilio, el que habia figurado como antipapa en el pontificado de Silverio. No por esto debe el lector prevenirse contra este Papa, ni dar asenso á las falsas acusaciones que algunos escritores han lanzado contra él. Es indudable que su eleccion habia sido legítima y no dejaba de ser digna, pues que era varon dotado de gran talento, de superior ingenio y de profundos conocimientos en los negocios. Belisario mandaba en Roma y podrá ser cierto que prometiese á Teodora volver á la comunion de los herejes. Si así fue, la gracia le hizo obrar de otro modo, no habiendo permitido Dios en ningun tiempo que los pontífices romanos vicarios de Jesucristo sobre la tierra cometan jamás el menor error en materias de fe. Como hombres están sujetos á errores, como jefes supremos de la Iglesia es indudable que el Señor los ha enriquecido con el don de la infalibilidad. Así los escritores que más hostiles se han mostrado á la santa institucion del pontificado, por más que hayan pretendido encontrar manchas en la vida privada de algunos papas, ni una palabra han podido decir en el asunto que nos ocupa.

A propósito de lo que acabamos de decir, es muy digno de notarse el razonamiento que hace el traductor de la Historia de la Iglesia de Berault-Bercastel, que reproducimos con el mayor gusto por lo importante del asunto. Dice así: «En el cambio de conducta que se observó en Vigilio desde que quedó constituido legítimo Pastor supremo de la Iglesia, no se puede dejar de ver la admirable providencia con que el Señor vela por la Santa Sede, no permitiendo que el error se entronice en la cátedra de San Pedro, y cuidando siempre de que de ella sólo salga la doctrina de la verdad y de salvacion. La conducta que Vigilio observó des-

de que fue legítimo Papa es muy digna de meditacion. Una prueba tenemos del celo de Vigilio, ya legítimo Pontífice, en la Epístola decretal que escribió á Profuturo, arzobispo de Braga, quien le habia consultado acerca de algunos puntos importantes. Era el primero sobre la conducta que observaban los priscilianistas, los cuales se abstenian de carnes, no por espíritu de mortificacion, sino por reputar prohibida su comida. El Papa reprueba esta conducta como errónea y como semejante á la de los maniqueos', apoyándose en varios textos de la Escritura y en la doctrina de los Padres, y concluye diciendo que ni reprueba la abstinencia agradable á Dios, ni puede estarse en comunicacion con los que execran las criaturas del Señor.—El segundo versaba sobre que algunos en vez de decir al fin de los salmos *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*, suprimian la partícula *et* despues del *Filio*, de suerte que daban á entender que el Hijo y el Espíritu Santo eran una misma y sola persona. El Papa condena esto como un error, y prohibe la comunicacion con los que se empeñan en sostenerlo.—El tercer artículo preguntaba cómo se habian de recibir en la Iglesia los que estando bautizados se habian pasado á los arrianos y sido de nuevo bautizados por estos, y que querian luego volver á incorporarse al gremio del catolicismo. Contesta el Papa que sobre el particular le enviaba lo que la Iglesia habia decidido en semejantes casos; añadiendo que la penitencia que se les imponga sea proporcionada al delito y á las disposiciones del penitente, dejando la apreciacion de esto á la prudencia de los prelados, á quienes previene tambien que la reconciliacion no debe efectuarse con aquella imposicion de las manos en que se invoca el Espíritu Santo, sino con aquella otra que se daba á los penitentes para volver á la comunion de la Iglesia.—A la cuarta pregunta sobre el modo de reconciliar las iglesias restauradas por haber sido destruidas, contesta que esto se hará celebrando la santa misa y reponiendo en ella los vasos sagrados.—Responde el Papa á la quinta pregunta sobre el dia en que se debe celebrar la Páscua, y sobre el órden de las colectas y celebracion de la misa.—En el sexto párrafo dice así: «Si algun obispo ó presbítero no bautizare, segun el precepto del Señor, *en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, sino que lo hiciera en nombre de una sola Persona, ó de dos, ó de tres Padres, ó tres Hijos, ó tres Paracletos, sea arrojado de la Iglesia de Dios.» Finalmente, en el séptimo, demuestra el primado de la Iglesia romana, llamándola fundamento, madre y maestra de todas las Iglesias; y dice que se deben llevar á la Silla de Pedro

los juicios de los obispos y todas las causas mayores. Esta epístola tiene la fecha de 1.º de Marzo, y en su inscripcion se leia ántes el nombre de Eleuterio, obispo, pero está demostrado que fue dirigida á Profuturo. Véase el tomo 2.º de la coleccion de Aguirre.» Recomendamos el anterior razonamiento á los enemigos de la institucion divina del Pontificado.

Vamos á ocuparnos de la celebracion de algunos concilios españoles que se reunieron durante el Pontificado de Vigilio, y despues seguiremos la narracion que con este objeto interrumpimos.

CAPITULO VI.

Estado de la Iglesia de España durante el reinado de Teudis.—Concilio I de Barcelona—Cánones decretados en el mismo.—Explicacion de la palabra «penitentes» usada en el cánon VI.—Concilio de Lérida.—Sus cánones.—Concilio de Valencia y cánones que en el mismo se decretaron.

Los católicos españoles disfrutaban de mucha paz y tranquilidad bajo el gobierno de Teudis, así pues aprovecháronse de esta circunstancia los prelados, y celebraron muchos concilios no solamente en las metrópolis sino tambien en las diócesis sufragáneas. En el año 540 se celebró uno en Barcelona. Sus actas no llevan firmas, tal vez por omision de los copiantes, que no creerian necesaria la repeticion de nombres y Sedes ya nombradas en el preámbulo.

En este Concilio provincial se establecieron diez cánones, que son los siguientes, todos ellos relativos á la liturgia ó penitencia:

1.º Que el salmo cincuenta se diga ántes del cántico tomado del capítulo V del libro de los jueces.

2.º Que en los maitines se dé la bendicion al pueblo á la manera que en las vísperas.

3.º Que ningun clérigo use cabellera ni se corte la barba.

4.º Que estando sentado el presbítero no se siente el diácono.

5.º Que estando presente el obispo, los presbíteros pongan las oraciones por el órden con que se han de decir.

6.º Que los penitentes se corten el pelo y usen traje religioso, empleándose durante el tiempo de su penitencia en oraciones y ayunos.

7.º Que los penitentes no asistan á banquetes, ni se entrometan en negocios de cuentas, sino que hagan en sus casas una vida recogida y templada.

8.º Que los que estando enfermos pidieren y recibieren del sacerdote penitencia, si convaleciesen, observen la vida de los penitentes, no comulgando hasta que en vista de su buena conducta lo crea el sacerdote conveniente.

9.º Que si enferman se les conceda la bendicion beatífica.

10. Que se observe lo establecido en el Concilio calcedonense por lo que respecta á los monjes.

Se ha de tener presente que la palabra *penitentes,* de que se hace mencion en el cánon 6.°, advirtiendo que usen trajes religiosos y que se empleen en oraciones y ayunos, se entiende de penitentes públicos. Los prelados que se reunieron en este Concilio fueron siete, á saber: Sergio de Tarragona, que presidió como metropolitano, Nebridio de Barcelona, Casoncio de Ampurias, Andrés de Lérida, Stafilio de Gerona, Juan de Zaragoza y Ascelo de Tortosa.

Otro Concilio se reunió en Lérida seis años despues del de Barcelona, el cual fue tambien presidido por Sergio, metropolitano de Tarragona, por el que sus actas están suscritas, así como tambien por Justo de Urgel, Casoncio de Ampurias, Juan de Zaragoza, Paterno de Barcelona, Maurelio de Tortosa, Tauro de Egara, Februario de Lérida y Grato en nombre de Stafilio de Gerona. Decretáronse en este Concilio diez y seis cánones, los cuales vamos á reproducir por lo importante de sus disposiciones penitenciales. Son del modo siguiente:

1.º Los clérigos que sirven al altar, administran la sangre de Jesucristo ó manejan los vasos sagrados, se abstendrán de derramar sangre humana bajo cualquier pretexto, aunque fuese para defender un pueblo ó una ciudad sitiada. Si no se abstuvieren, se les privará por dos años tanto del ministerio como de la comunion, y en este tiempo expiarán su falta con vigilias, ayunos, oraciones y limosnas, segun el fervor que Dios les conceda. Trascurrido este tiempo volverán á su ministerio y á la comunion, pero no serán promovidos á grados superiores; y si se hubiese advertido descuido en practicar los remedios prescritos para recobrar su salvacion, podrá el obispo alargarles el tiempo de su penitencia.

2.º Cualquiera que de uno ú otro modo procure dar muerte á los niños concebidos de adulterio, ya sea en el vientre de sus madres, ya despues de nacidos, sufrirá siete años de penitencia, no dándosele la comunion hasta haber terminado este período, en la inteligencia que miéntras viva se distinga por su humildad y llanto. Si fuese clérigo no

volverá á su ministerio, si bien habrá de asistir al coro con los cantores en cuanto haya sido admitido á la comunion. A los culpables de envenenamiento, si luego despues hubiesen llorado sus delitos hasta el fin de su vida, á la hora de la muerte se les concederá la comunion.

3.º Obsérvense las disposiciones de los concilios Agatense y Aurelianense, relativas á los monjes; sólo se debe añadir que prévio el consentimiento del abad y exigiéndolo la utilidad de la Iglesia, pueda el obispo ordenar á los que sean aptos, pero se prohibe á los obispos tocar en nada á las donaciones hechas á los monasterios. Si algun seglar desea que se consagre una iglesia edificada por él, no pueda hacerlo con el título de monasterio para sustraerla de la jurisdiccion del obispo, á no ser que haya de servir para comunidad de monjes.

4.º Los que incurran en incesto y continuen en él, no se les admita en la Iglesia mas que hasta la misa de los catecúmenos, y con ellos ni siquiera coma ningun cristiano, como mandó el Apóstol.

5.º Si los que sirven al altar de Dios incurriesen súbitamente en alguna fragilidad carnal, y con el auxilio divino se arrepintiesen dignamente, de suerte que con mortificaciones corporales ofrezcan á Dios el sacrificio de un corazon contrito, déjese á la prudencia del obispo ó no suspender por mucho tiempo á los que estén verdaderamente afligidos, ó separar del cuerpo de la Iglesia por mucho tiempo á los sediciosos; sin embargo, si vuelven á ocupar sus cargos, no podrán ascender á otros superiores. Si empero reincidiesen, como los perros repiten el vómito, no sólo se les privará de su oficio, sino que se les dará la santa comunion únicamente á la hora de la muerte.

6.º El que fuese incontinente con una viuda penitente ó una vírgen religiosa, si rehusara apartarse del crímen, será separado de la comunion y de la compañia de los fieles; y si la violentada volviese á la santa religion, quede subsistente la sentencia contra él tan sólo hasta que haga penitencia pública.

7.º El litigante que se obligase con juramento á no hacer paces con su contrario, sea privado por un año de la comunion del Cuerpo y Sangre del Señor por razon del perjurio; expíe su pecado con limosnas, lágrimas y con los ayunos que le fuesen posibles; y apresúrese á participar cuanto ántes de la caridad que cubre la multitud de los pecados.

8.º Ningun clérigo se atreva á extraer de la Iglesia á que se acogió, al discípulo ó siervo, ni á azotarle: y en caso de que lo hiciese, sea separado del lugar que deshonró hasta que haga penitencia.

9.º Los que sin necesidad ó tormento hubiesen incurrido en la prevaricacion de rebautizarse, estarán sujetos á lo dispuesto con respecto á este particular por el Concilio Niceno, es decir, por espacio de siete años harán oracion entre los catecúmenos, y otros dos entre los católicos; despues de esto la moderacion y la clemencia del obispo dispondrán cuando hayan de comunicar con los fieles en la oblacion y en la Eucaristía.

10. Los que despues de haber cometido alguna culpa se negasen á salir de la Iglesia mandándoselo el obispo, serán recibidos más tarde por razon de la contumacia.

11. Si algunos clérigos se enemistasen ó riñesen hasta el extremo de causarse heridas, serán castigados por el obispo, segun la deshonra que por semejante exceso resulta á la dignidad de sus cargos ú oficios.

12. Perdone Dios ó la santa caridad eclesiástica á los que hasta ahora hubiesen ordenado clérigos indiscretamente, contraviniendo á las disposiciones canónicas. Sin embargo, si en adelante se atreviesen á hacerlo, cúmplase con ellos el decreto de los cánones en que con respecto á este punto se estableció que no se atrevan á ordenar á alguno, y que se deponga á los ordenados en esta conformidad. Pero los que hasta ahora hayan sido ordenados, en ningun tiempo sean promovidos (1).

13. No se admita de modo alguno en la Iglesia la oblacion del que ofreciere sus hijos al bautismo de los herejes.

14. Ni siquiera en la comida participen ó comuniquen los fieles religiosos con los rebautizados.

15. Aunque los santos Padres hayan mandado á los eclesiásticos en sus antiguas disposiciones evitar completamente la familiaridad con las mujeres, nos ha parecido bien disponer que el que haya incurrido en esta falta, si no se enmienda despues de la primera y segunda amonestacion, quede privado de la dignidad de su oficio miéntras persevere en su trato familiar. Si con la gracia de Dios se corrigiese, repóngasele en su oficio.

16. Aunque á la autoridad de antiguos cánones no haya pasado desapercibido lo que vamos á decretar como saludable, sino que al con-

(1) El texto latino dice: *Hi vero qui tales hactenus ordinati sunt, nullo tempore promoveantur*. El P. M. Fr. José de la Canal en el tomo XLVI de la *España Sagrada*, cap. 10, traduce, «no sean removidos en ningun tiempo,» y á continuacion advierte que otra letra dice *promovidos*. Nos parece que el texto latino por una parte y el sentido natural por otra aconsejan sin el menor reparo la traduccion que hemos adoptado.

trario haya mandado expresamente que despues de muerto el obispo de cualquier Iglesia, nádie robe ni se apodere por capricho de lo que dejó al morir, y que reserve cuidadosamente todo lo útil y digno de conservarse el clérigo que asiste á las exequias; no obstante, en atencion á que este decreto es infringido, y lo peor, que lo es aun por los mismos eclesiásticos, de manera que, muerto el obispo (1), se desentienden de la severidad de la disciplina, invaden el palacio episcopal y arrebatan todo lo que encuentran en él, mandamos que muerto el obispo, y aun poco ántes de su muerte, ningun clérigo, sea cual fuese su órden, oficio ó grado, se atreva á sacar del palacio la menor cosa, ni llevarse con violencia ú ocultar nada, mueble ó inmueble, que pueda ser útil en la casa, sino que el encargado de esta, asociado con uno ó dos individuos elegidos por el clero, conservará todas las cosas hasta que tome posesion el nuevo obispo, y mantendrá á todos los clérigos que vivan en el palacio. Cuando haya entrado el sucesor, se cumplirá lo que haya dispuesto el difunto obispo, ó lo que la prudencia le dicte al consabido guarda ó encargado con respecto á los domésticos que sirvieron bien y fielmente al prelado anterior. Si despues de este decreto algun clérigo, sea cual fuere su órden, como se ha dicho ántes, se atreviese bajo cualquier pretexto á sacar alguna cosa del palacio ó casa episcopal, y se probase este delito, sea reo de sacrilegio y condénesele á una excomunion de más tiempo, concediéndosele con dificultad la comunion peregrina. Es repugnante por cierto que se mortifique con desprecios á los que se esmeraron en el servicio de Dios y del difunto, y administraron bien sus negocios (2).

Este fue el único concilio que durante el tiempo de los godos se celebró en Lérida. El P. José de la Canal, en la continuacion de la *España Sagrada*, tomo XLVI, cap. 10, afirma que no tiene fundamento la opinion de algun escritor, de que se celebrase otro concilio en la misma ciudad.

Durante el reinado de Teudis se reunió en Valencia otro concilio en el año 546, y en él se decretaron seis cánones, habiendo asistido seis

(1) Así se debe traducir la palabra *sacerdos* que se emplea en el texto. El incontestable sentido que tiene en este cánon la expresion *occumbente sacerdote* nos ha parecido que dejaba fuera de toda duda la traduccion de las palabras del cánon X. *Qui jubente sacerdote*.

(2) Tomamos la traduccion de estos cánones de la Historia de la Iglesia de España, adicion á la general de la Iglesia, de Berault-Bercastel.

obispos y un vicario. Todos ellos suscribieron las actas, pero omitiendo las Iglesias á que pertenecian. Únicamente de Justino, segundo que aparece en las firmas, se cree con alguna razon que era el Prelado de Valencia. Salustio firmó en calidad de vicario del obispo Marcelo, pero tambien omitió el nombre de la Iglesia.

Dióse principio, segun la costumbre de todos los concilios españoles, por leer los cánones de otros concilios, y despues se establecieron seis, en la forma siguiente:

1.º Que en la misa de los catecúmenos se lea el Evangelio, á fin de que estos, como igualmente los penitentes é infieles, puedan oir el sermon que hace el obispo explicando la palabra de Dios, por cuanto algunos suelen convertirse á la fe con esta predicacion.

2.º A fin de evitar el dispendio de los bienes temporales que pertenecen á la Iglesia, y á los obispos luego que estos han muerto, se manda que en seguida que ocurra el fallecimiento de algun prelado, concurra á su Iglesia el obispo de la Iglesia más cercana, para celebrar sus funerales y hacer un inventario de todos los bienes, el cual remitirá al metropolitano para que nombre un adminisirador.

3.º Dado caso que muera el obispo sin haber hecho testamento, no puedan sus parientes tomar cosa alguna de sus bienes sin conocimiento del metropolitano ó de los prelados comprovinciales, para que no suceda que con pretexto de los bienes hereditarios tomen otros de los que sean pertenecientes á la Iglesia.

4.º Que el obispo más cercano acuda despues de recibir el aviso á casa del prelado que esté enfermo de gravedad, para satisfaccion si recobra la salud, y para cuidar de las exequias y de los bienes si falleciere.

5.º Que sea excomulgado el clérigo vago que no obedeciese á su obispo en lo relativo á la residencia en la Iglesia que se le hubiese encargado.

6.º Que ningun obispo confiera órdenes á clérigos de otras diócesis sin la anuencia de su respectivo prelado, y sin que prometan residencia determinada.

Otros ocho concilios se celebraron en España durante el siglo VI, y de ellos nos iremos ocupando sucesivamente; ahora vamos ántes á fijar nuestra atencion en otros acontecimientos pertenecientes á la Historia general de la Iglesia.

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán el que demos una

preferencia á todo aquello que dice órden á la Iglesia de España, en cuyos asuntos fijan poco la atencion los historiadores extranjeros, desconociendo su grande importancia, y por consiguiente el lugar que deben ocupar en los anales de la Historia general. Hijos de una nacion eminentemente católica, donde Jesucristo ha encontrado siempre tan gran número de adoradores y la fe católica tan denodados defensores, deseamos consignar en nuestra humilde narracion histórica las glorias que tanto la enaltecen.

CAPITULO VII.

Reveses de Belisario.—Justiniano emprende la condenacion de los origenistas.—Division entre los monjes.—Errores de los origenistas.—Guerra entre los monjes de Palestina.—Intrepidez de Teódulo.—El emperador Justiniano publica su juicio dogmático.—Llama á Constantinopla al papa Vigilio.—Sucesos que tuvieron lugar hasta la convocacion del concilio.—Celébrase el quinto concilio general.—No asiste Vigilio. Persecuciones contra el Papa.—Son condenados los «Tres capítulos».—Vigilio aprueba la condenacion.—Son infundados los cargos que se hacen á aquel Pontífice.

El crímen cometido contra el jefe supremo de la Iglesia fue vengado por el Señor en la persona de Belisario, el cual á pesar de sus luces se hizo instrumento de ajenas pasiones, pues miéntras los godos, no obstante ser arrianos, respetaban con religiosidad la Iglesia de San Pedro, él trataba con impiedad y crueldad al sucesor del Príncipe de los Apóstoles. El sitio de la ciudad de Roma fue levantado por el general romano, y aun marchó á sitiar á Vitejes en Ravena: persuadió á este príncipe á que se rindiese, y le envió á Constantinopla, donde fue reducido del estado de rey al de patricio. Pero estos triunfos tan admirables por su importancia y por su rapidez, dice un historiador, sólo se los concedia el Arbitro Supremo de nuestras fortunas y de nuestras desgracias, para que hiciesen un contraste más notorio con la humillacion de sus últimos años (1).

Veamos ahora cuál es el aspecto que presentaban las cosas en Italia. Totila recobró á Ravena cási á la vista de Belisario, y se apoderó de Roma por asalto. Por espacio de cinco años permaneció en Roma sin que le fuesen enviadas tropas ni dinero. Como Belisario fuese acusado de una conspiracion, en la que se hallaba complicado uno de sus domésti-

(1) Procop. Bell. Pers. I, 2.

cos, pasó los últimos cinco años de su vida en la mayor miseria, experimentando en la privacion de todos esos honores y dignidades la inconstancia de la fortuna. Sin embargo no se debe dar crédito, y sí mirarse como una fábula, las relaciones de algunos escritores novelistas que presentan á Belisario ciego y obligado á mendigar el sustento.

Justiniano, tan inclinado á mezclarse en los asuntos pertenecientes á la Religion, hizo la guerra á los origenistas, cuyos dogmas, heréticos tanto como extravagantes, se habian extendido encontrando multitud de seguidores, á cuyos errores daban un aspecto de novedad. Ya en tiempo de San Sabas muchos monjes de los que estaban sujetos á su observancia se habian preocupado con tales novedades; sin embargo se habian contenido por el respeto y veneracion que profesaban al santo abad.

La mayor parte de los errores de los origenistas tenian por punto de partida la negacion absoluta de las penas del infierno, deduciendo de esta errónea creencia multitud de extravagancias y blasfemias horribles acerca de la naturaleza y del poder de Dios, negando la igualdad de las personas divinas y limitando al mismo tiempo la omnipotencia de Dios, de quien decian que no podia criar sin un determinado número de espíritus, así como una cantidad determinada de materia.

Justiniano se propuso exterminar estos errores, y dispuso que el patriarca Mennas reuniese á todos los obispos que se hallaban en Constantinopla, y que formase con ellos un concilio para que anatematizasen por escrito á Orígenes y á sus dogmas, mandando al mismo tiempo que terminado que fuese el concilio se enviase copia de sus actas á todos los demas prelados y superiores de los monasterios, á fin de que las suscribiesen; y en su decreto expedido á este efecto añadia estas palabras: «Ningun obispo ni abad sea ordenado en adelante sin que ántes haya anatematizado á Orígenes con todos los demas herejes.» De esta determinacion dió cuenta Justiniano, no solamente á todos los demas patriarcas, sino al Sumo Pontífice, consiguiendo que todo el Oriente la firmase al modo que los prelados que se hallaban en Constantinopla.

De resultas de esto hubo una gran division entre los monjes de la Palestina. Algunos discípulos herejes del monasterio de San Sabas se separaron de los ortodoxos y huyeron de su monasterio, encontrándose despues sin recursos ni albergue, teniendo que recurrir al amparo y proteccion de Teodoro, arzobispo de Cesarea, el cual, intrigante por demas, protegia á los origenistas, por más que se hubiese cubierto con el velo de la hipocresía para escalar ocultando sus ideas, lo mismo que

un abad su compañero llamado Domicio, puestos distinguidos en la jerarquía eclesiástica, habiendo llegado ambos á ser metropolitanos. Aconsejó, pues, Teodoro á los monjes rebeldes que obrasen con cautela, y que por entónces procurasen obtener del Patriarca de Jerusalen que declarase nulo en general toda clase de anatema que no es agradable á Dios. El patriarca Pedro, á quien iba dirigida la peticion, se negó al principio á acceder á ella, pero al fin fue débil y acabó por concederla, si bien guiado por la esperanza de reconciliar los ánimos y atraerlos á todos al verdadero redil de la doctrina ortodoxa. Pero está comprobado por la experiencia que esta clase de condescendencias nunca tienen buen resultado. Luego que los monjes herejes consiguieron del Patriarca de Jerusalen que hiciese la declaracion que tanto deseaban, empezaron á dogmatizar no solamente entre los otros monjes, sino por todas partes. Presentáronse altivos y soberbios, manifestando un odio implacable contra los ortodoxos, á los cuales llamaban sabaitas, no comprendiendo en su loco orgullo que ningun título podia ser más honroso para ellos que ser llamados hijos ó discípulos del santo abad Sabas, que tan buena memoria habia dejado por las grandes virtudes que en él resplandecieron y por la pureza de su doctrina.

Los monjes ortodoxos formaban un número mucho menor que el de los herejes, pero no por esto desmayaron para luchar contra sus antagonistas, y se propusieron repeler la violencia con la violencia. ¿Les fue lícito abandonar la vida ascética á que se hallaban dedicados por instituto, para entregarse á una lucha más militar que religiosa? ¿No debieron haber estimado más y haber encontrado mayor gloria en sufrir con resignacion, elevando al cielo fervorosas oraciones para que terminasen los trastornos que se lamentaban, en vez de quererlos repeler con la violencia? No es nuestro ánimo formar un capítulo de culpas contra aquellos monjes, ni dar un voto decisivo en la materia, pues que encontraríamos razones en pro y en contra, y no dejamos de conocer que los grandes males requieren grandes remedios. Somos historiadores y así nos concretamos á narrar hechos. Los monjes tracios que moraban cerca del Jordan conservaban el natural duro y áspero propio de su país, y determinados á concluir de una vez con los herejes, creyeron más poderoso remedio valerse del poder de las armas que del de la palabra, á la que aquellos no prestaban atencion. Formaron diferentes destacamentos para perseguirlos, disputándose entre ellos los primeros y más peligrosos puestos. Sin embargo, no fueron los primeros en acometer, y por el contra-

rio esperaron con tranquilidad á sus enemigos, los cuales corrieron en tropel hácia ellos, sobre los cuales arrojaban una nube de piedras. Entre los monjes tracios habia uno llamado Teódulo, el cual provisto de una pala que halló á mano salió contra los enemigos, demostrando tal valor y resolucion que él solo los disipó á todos, no obstante ser cerca de trescientos. Sin embargo, se dice que no hirió á ninguno, pero él recibió una fuerte pedrada de cuyas resultas murió á los pocos dias (1).

Temian los cismáticos que á pesar de la distancia que los separaba de Constantinopla, y de la proteccion que les dispensaba Teodoro de Capadocia, llegarian á oidos de Justiniano las violencias de que ellos sólo habian sido los autores, y procuraron por todos los medios posibles engrosar sus filas, pervirtiendo á todos los demás monjes. En estas circunstancias murió el superior de la laura grande y nombraron por abad á un origenista llamado Jorge, al cual pusieron en posesion del nuevo destino.

Miéntras tanto el obispo hereje de Cesarea continuaba el manejo de sus intrigas para ocultar al emperador tales sucesos, persuadiéndole que condenase á Teodoro de Mopsuesta, proponiéndose de este modo vengar á Orígenes, contra quien Teodoro habia escrito mucho, imaginándose al mismo tiempo dar ese golpe al concilio de Calcedonia, que él decia haber aprobado la conducta y escritos de Teodoro, cosa que no fue así, pues que aquel santo concilio lo único que hizo fue no condenarle. De este modo satisfacia todos sus malos designios, haciendo condenar un muerto, pues que hacia mucho tiempo que Teodoro habia dejado de existir. Contó primero con la proteccion de la emperatriz, que era la gran patrocinadora de los cismáticos, y entrando despues á hablar al emperador, le dijo de este modo: «Señor, nada más fácil que el disipar las preocupaciones de tantas gentes: lo que les disgusta en el concilio de Calcedonia es el elogio de Teodoro de Mopsuesta y el testimonio de catolicismo dado á la carta de Ibas, que es enteramente nestoriana. Haced condenar á Teodoro con esta carta, y no viendo en el concilio cosa que los ofenda, la recibirán en todos sus puntos; y de este modo en poco tiempo vuestra soberanía puede restituir tantos dignos hijos á la Iglesia, y adquirir para sí mismo una gloria inmortal.»

Dejóse Justiniano engañar lastimosamente, cayendo en el lazo que se

(1) Vit. S. Sab. pag. 366.

le tendia, y se hizo juguete de Teodoro y de los acéfalos, que le hicieron caer en mil escollos, y representar el papel de árbitro de la fe y de los concilios, moviéndole á publicar una condenacion dogmática contra los célebres escritos que son conocidos con el nombre de los *Tres capítulos*, que tal es el título que se dió entónces á las obras de Teodoro, antiguo obispo de Mopsuesta, á las de Teodoreto de Ciro contra los doce anatematismos de San Cirilo, y á la carta de Ibas, obispo de Edesa, dirigida á un persa llamado Maris.

Poco despues se obligó á todos los obispos á suscribir un escrito imperial, que venia á ser como un juicio dogmático, en el cual se lanzaban anatemas aun contra personas que habian muerto en el gremio de la santa Iglesia. Muchos tuvieron la debilidad de efectuarlo, y entre ellos el mismo patriarca Mennas, el cual, si bien resistió al principio exponiendo que esto era contravenir á las leyes de la Iglesia, consintió al fin, haciéndose acreedor á que Estéban, legado del Papa en Constantinopla, le reprendiese con la mayor energía, haciéndole ver que era tanto más culpable, cuanto que habia ofrecido solemnemente no hacer nada sin el conocimiento de la Santa Sede. Mennas respondió al legado pontificio que si habia firmado habia sido bajo la promesa que se tendria su firma por nula si no la aprobaba el Sumo Pontífice. Esto no obstante, y á pesar de tal disculpa, el legado como asimismo un gran número de prelados celosos se negaron á comunicar con él en adelante, hasta tanto que no diese una completa satisfaccion de su conducta.

Conocia el emperador Justiniano la necesidad de que el Sumo Pontífice decidiese, para evitar de este modo las dificultades y turbulencias que se aumentaban de dia en dia. El santo padre Vigilio habia desaprobado ya la condenacion del emperador, ejemplo que fue imitado por muchos obispos que valerosamente rechazaron todos los errores opuestos á la fe, pero sin condenar á las personas á quienes estos errores se atribuian, temiendo no ofender los cánones del concilio de Calcedonia. Justiniano escribió al papa Vigilio á fin de que pasase á Constantinopla, bajo el pretexto de que su presencia era necesaria para el bien de toda la Iglesia. El Santo Padre emprendió el viaje con tanto más placer cuanto que pensaba inclinar el ánimo del emperador, á fin de que enviase socorros á la Iglesia contra los godos, que se iban restableciendo en toda la provincia.

En el mes de Enero de 547, llegó Vigilio á Constantinopla, habiendo sido recibido con grandes honras. Por este tiempo habia muerto la em-

peratriz Teodora, y el emperador por impulso propio empezó á importunar al Papa á fin de que condenase los *Tres Capítulos*. Vigilio se negó á complacer á Justiniano, pero este empezó á usar de violencia en tal término, que el Papa exclamó públicamente en una numerosa asamblea: «Sabed que podeis cautivar á Vigilio, pero no á Simon Pedro, y que los temores de hombre jamás me harán abandonar los deberes de pontífice.»

Esto no obstante, Vigilio congregó setenta obispos, cuya opinion quiso oir, y como hubiesen declarado que sin perjudicar el concilio de Calcedonia se podian condenar los *Tres Capítulos*, los condenó y envió á Mennas, obispo de Constantinopla, un decreto llamado *constitutum*, en el que declaraba que no creia con esta condenacion inferir perjuicio ú ofensa á las actas del concilio de Calcedonia.

Creyó Vigilio haber contentado con esta determinacion á ambos partidos, á los griegos condenando los *Tres Capitulos*, y á los latinos haciendo la reserva necesaria en la condenacion para las actas del concilio de Calcedonia; pero bien pronto vió que se habia engañado, no consiguiendo otra cosa que descontentar á griegos y latinos. Los obispos del Oriente se desencadenaron contra él creyéndole violador de aquel concilio, en términos que se atrevieron á separar de su comunion al Pontífice, el cual consternado con estas noticias, de las que tuvo conocimiento durante su larga permanencia en Constantinopla, revocó el mencionado *constitutum*, amenazando con la excomunion á los obispos griegos que consintiesen en algun tratado sobre los *Tres Capítulos* ántes de que la cuestion fuera resuelta por un concilio general: suplicó á este efecto al emperador que congregase los obispos de todas las provincias, á lo ménos cinco ó seis de cada una, con el objeto de que se arreglase de comun consentimiento un asunto de tamaña importancia. «No podré yo resolverme, dijo Vigilio al principio, á decidir por mí solo lo que, segun las preocupaciones de muchos, parece opuesto á la autoridad del santo concilio de Calcedonia y escandaliza en extremo á los débiles.»

Justiniano ofreció solemnemente á Vigilio que, sin consideracion á lo que hasta entónces habia hecho, se decidiria el asunto en un concilio general, en el que el número de los obispos latinos fuera igual al de los obispos griegos: sin embargo, el emperador faltó á su palabra por más que habia revocado su edicto anterior, y Vigilio se vió precisado á convocar el concilio el dia 5 de Mayo de 553, sin esperar la llegada de los obispos latinos. Este fue el

Quinto concilio general, II de Constantinopla, al cual no quiso asistir el papa Vigilio, porque apénas fue convocado, empezaron á exigirle que condenase los *Tres Capítulos* con los obispos de la Grecia, y Teodoro de Cesarea hizo publicar nuevamente el famoso edicto formado por el emperador y por él, y que ya habia sido revocado por Justiniano, llegando á tal extremo su audacia, que le hizo fijar públicamente en la casa donde el Papa se hallaba hospedado, causa por la cual Vigilio no quiso comunicar en adelante con él, por lo que Justiniano concibió tanta indignacion, que el Papa se vió obligado á buscar un asilo en la iglesia de San Pedro. En este lugar sagrado penetraron las tropas con espada desnuda, maltratando á los diáconos y demas eclesiásticos que acompañaban al Pontífice, el cual tambien fue víctima del más inhumano trato, pues que habiéndose refugiado debajo del altar y estando asido á las columnas que le sostenian, los soldados tirándole por los piés, por los cabellos y por la barba, querian obligarle á salir de aquel lugar; pero el Papa resistió con todas sus fuerzas, en términos que se rompieron algunas columnas sin que lograsen hacerle ceder. Estas violencias usadas con la persona más venerable de la tierra indignaron sobremanera al pueblo, que lo presenciaba, y aun á algunos de los mismos soldados, que tomaron la defensa del Pontífice, comenzando á dar gritos y logrando de este modo imponer á sus compañeros y que cesasen en sus malos tratos.

Este hecho escandalizó á toda la corte, y á tan grandes violencias siguieron las negociaciones, obligando al Papa á que volviese á su habitacion ordinaria bajo promesas y juramentos. Aunque con alguna inquietud, el Papa dejó su retiro volviendo á su habitacion ordinaria, pero apénas lo habia verificado, faltando á sus juramentos y palabras los que le habian hecho abandonar la iglesia de San Pedro, empezaron á prodigarle toda clase de insultos y denuestos, maltratándole en su persona, y mucho más á los obispos que le eran adictos. En suma, como advirtiese Vigilio que los soldados custodiaban las entradas y salidas del palacio de Placidia, que era donde se hallaba hospedado, logró fugarse durante la noche: escaló la muralla, huyendo de Constantinopla, experimentando grandes fatigas y trabajos por ser en el rigor del invierno, dos dias ántes de Navidad, y atravesando el Bósforo se refugió en la iglesia de Santa Eugenia de Calcedonia, donde se habia celebrado el concilio que él defendia.

Nuevamente trató el emperador de hacerle volver á Constantinopla, y

al efecto le envió una diputacion de los más ilustres personajes de la corte: pero el Papa no quiso escuchar juramentos tantas veces violados ni promesas que nunca se cumplian, y dirigiendo un discurso á aquellos embajadores les expuso los males que venia experimentando la Iglesia desde que el emperador, dando oidos á un obispo cismático, habia usurpado los derechos del sacerdocio publicando su edicto doctrinal sobre los *Tres Capítulos*, y terminó con estas palabras: «Ministros ilustres y «piadosos, yo os conjuro por el tremendo juicio del Rey Eterno que «vayais y digais de mi parte al que sólo es soberano por algunos mo«mentos: *Reo os haceis de un enorme pecado depositando vuestra con«fianza en los enemigos declarados de la Iglesia, y particularmente en «Teodoro de Cesarea.*» Con el mayor respeto oyeron los embajadores aquellas palabras del Santo Padre, que produjeron el efecto que era de esperar, pues que luego que volvieron á Constantinopla consiguieron que se les enviase una profesion de fe, en la cual, para conservar la unidad eclesiástica, decian ellos, admitian los cuatro concilios generales de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, prometiendo observar inviolablemente todo cuanto en ellos se habia decidido con el consentimiento de los Papas ó de los legados que en su nombre los habian presidido.

Igual profesion de fe envió Mennas de Constantinopla, con lo cual reparó el escándalo que habia dado á la Iglesia admitiendo los artificios de los cismáticos, que aun cuando se explicaban como él, pensaban muy diferentemente. Mennas no habia llevado otro objeto, en lo que tanto escándalo habia causado á la Iglesia, que el evitar mayores males á la misma. Por lo demas su intencion siempre fue recta, siendo respetuoso con la Santa Sede, como lo manifiesta esta su última confesion de fe, poco despues de la cual murió, y la Iglesia atendiendo á sus virtudes le cuenta en el número de los santos.

El concilio general, al que asistieron ciento sesenta y cinco obispos, contándose entre ellos tres patriarcas, condenó los *Tres Capítulos*, y Vigilio despues de examinarlo todo con el mayor interés, ganoso de restablecer la paz, confirmó la condenacion pronunciada por el concilio: condenacion que, sea dicho de paso, fue confirmada despues por los sucesores de Vigilio, Pelagio I, Juan III, Benedicto I, Pelagio II y San Gregorio Magno.

La condenacion y aprobacion alternativa de Vigilio á los *Tres Capítulos* han perjudicado su memoria, atrayéndole muchos enemigos. No se

ha hecho verdadera justicia á este Papa por los escritores que se le presentan hostiles. El P. Coustant, en una disertacion manuscrita muy luminosa y digna de aprecio, ha demostrado que todas las amonestaciones dirigidas contra este Pontífice tienen por fundamento unas cartas fingidas que en su nombre fueron enviadas á Italia por los acéfalos, cuando se negaba en Constantinopla á condenar los *Tres Capitulos*, por temor de atentar contra el concilio de Calcedonia; de estas cartas se habla en la que el clero de Italia dirigió á los embajadores de Francia que se hallaban en Constantinopla, recomendándoles este Papa, detenido entónces en aquella ciudad como prisionero. Tal vez estos documentos falsos hayan inspirado á Liberato, defensor acérrimo de los *Tres Capitulos* desde el quinto concilio, cuanto refiere en contra de Vigilio, siendo una verdad indudable y averiguada que su elevacion al pontificado no excitó queja alguna en Occidente. La condenacion que, como hemos dicho, hizo tambien el sapientísimo pontífice Gregorio Magno explica en sentir de un escritor por qué Vigilio reconoció la necesidad de una conducta que léjos de ser una contradiccion era la prueba de la extremada atencion con que este Papa observaba los acontecimientos, su poder, sus exigencias obstinadas, y acababa siempre por un acto de habilidad despues de haber agotado todas las fases de la determinacion y del valor más exaltado.

«Así acabó la controversia, dice Novaes, que agitaba el espíritu del Pontífice. Tan pronto decidió en un sentido, tan pronto en otro, miéntras fue libre en sus acciones, y siempre sin perjuicio de las verdades apostólicas.»

Si se tiene en cuenta que en esta controversia nada se disputaba sobre la fe, y sí sólo sobre personas, se comprenderá que el haber variado Vigilio, léjos de ser inconstancia de espíritu, fue exceso de prudencia.

Vamos á terminar este capítulo consignando un hecho milagroso tan célebre como bien atestiguado, acaecido en la capital del imperio en tiempo de Justiniano, y cuando era patriarca de aquella Iglesia Mennas, de cuya muerte nos hemos ocupado.

Hé aquí de qué modo nos lo refiere un historiador: «Habia en Constantinopla una costumbre antigua, que se conservó por lo ménos hasta el siglo décimocuarto, de hacer venir á los niños inocentes de las escuelas menores á consumir las partículas del cuerpo de Jesucristo, que quedaban despues de la comunion de los adultos. Con estos niños vino un dia el de un judío, vidriero de profesion, y como volviese á la casa

paterna más tarde de lo que acostumbraba, le preguntaron sus padres la causa, y les refirió ingénuamente lo que habia pasado. Enfurecido el padre ató á su hijo, y esperando el instante en que la madre estuviese ausente, le arrojó al horno (1). La madre, desolada, buscó á su hijo por toda la ciudad: trascurridos tres dias, y desesperada por no saber cosa alguna de él, se entregó al exceso de su dolor y corrió por toda la casa como fuera de sí, llamando con grandes gritos á su hijo por su nombre. Desde la puerta de la vidriera oyó que respondia desde el interior del horno. Dándole fuerzas su ternura, derribó la puerta, y le ve de pié sano y salvo en medio de las llamas. Preguntóle cómo habia sido preservado, y él contestó que una mujer vestida de púrpura vertia muchas veces agua al rededor de él, apagando el fuego, y le daba de comer cuando tenia hambre. Convirtióse la madre, y el emperador, habiéndola hecho bautizar con su hijo, puso á los dos entre el clero: al niño entre los lectores y á la madre entre las diaconisas; mas el padre, que persistió en su ceguedad, fue empalado como parricida.»

(1) Evagr. Lib. 4, c. 26.

CAPITULO VIII.

Pormenores acerca del quinto concilio general.—Explicacion de lo tratado en cada una de sus conferencias.—El concilio condena en la última conferencia los «Tres Capítulos,» así como el «Judicatum.»—El Papa confirma y renueva dicha condenacion.—Feliz resultado del concilio.—Cisma en Occidente.—Indulgencia usada con los occidentales.—Justiniano permite al Papa volver á Roma.—Muerte de Vigilio.

Poco nos hemos detenido en hablar del quinto concilio general, y debemos algunas explicaciones á los lectores de esta obra. Ampliando lo que ya hemos dicho, añadiremos ahora que en la primera y segunda conferencia tomó el concilio sus medidas á fin de que compareciese el Papa Vigilio, y como no pudiesen conseguirlo, dieron principio á las conferencias, que así se llaman las sesiones de este concilio, declarando, segun ya hemos dicho, que confesaban la fe de los cuatro concilios generales, y de los Padres, especialmente de los santos Atanasio, Hilario, Basilio, Gregorio Nacianzeno y Niceno, Agustin, Juan Crisóstomo, Cirilo, Leon, Teófilo y Proclo. Leyóse á continuacion un edicto de Justiniano, en el que encargaba á los Padres el exámen y condenacion de los *Tres Capítulos*, y en el cual edicto se explicaba de este modo:

«Habiendo llegado á esta ciudad Vigilio, Papa de la antigua Roma, le «hemos explicado todo este asunto; y una y muchas veces de palabra y «por escrito ha condenado los *Tres Capítulos*: ha castigado á los diáco«nos suyos que querian defenderlos: ha escrito sobre esto á Valentinia«no, obispo de Escitia, y á Aureliano de Arlés, y para decirlo en una «palabra, ha sido siempre constante en condenarlos. Despues que voso«tros habeis llegado, le he instado para que se junte con vosotros; pero «me ha respondido que dará su dictámen separadamente. Os exhorta«mos para que examineis los *Tres Capítulos* y deis pronto vuestra res-

«puesta: pues quien preguntado sobre la fe tarda en responder, fal-
«ta á la confesion de la verdad, porque en cosas de fe no hay primero
«ni segundo, sino que quien es más pronto en responder, es más del
«agrado de Dios.»

Despues de las dos primeras conferencias los Padres del concilio determinaron invitar nuevamente al Papa, y con esta comision fueron enviados los tres patriarcas y diez y siete entre metropolitanos y obispos, los cuales á su vuelta expusieron: que el Papa les habia respondido que á causa de hallarse indispuesto no podia contestar por entónces, pero que lo haria al siguiente dia. Volvieron aquellos comisionados á buscar la respuesta de Su Santidad, y Vigilio les manifestó su resolucion de no asistir al concilio á causa de que habria muchos orientales y pocos de los suyos, pero que esto no obstante daria su sentencia por escrito y la dirigiria al emperador. Al dar cuenta al concilio los comisionados, se explicaron de este modo: «Nosotros le dijimos: somos todos de vuestra comunion y no es del caso diferir un asunto de tanta importancia por faltar los occidentales, pues que en los concilios anteriores tambien han sido pocos. Ahora sobre estar aquí Vuestra Beatitud hay algunos obispos de Italia, de África y de la Iliria, y podríamos juntos terminar tranquilamente la disputa actual. Pero si Vuestra Beatitud quiere declarar su voluntad sin venir al concilio, nosotros trataremos el punto sinódicamente. Por única respuesta nos prometió que daria su dictámen.»

En la tercera conferencia, ademas de admitirse los cuatro concilios generales, se condenó todo lo que fuese contrario ó injurioso, declarando que debia seguirse la doctrina de los santos Padres y doctores que ya hemos citado.

En la cuarta se empezó el exámen de los *Tres Capítulos*. Leyéronse setenta y un artículos de varias obras de Teodoro de Mopsuesta, en los que se contenian muchos errores, especialmente tratándose del misterio de la Encarnacion.

En la quinta se debatió la gran cuestion, que se tuvo por muy nueva y difícil, de si era lícito condenar á los muertos. Leyéronse varios testimonios, por los cuales se comprobaba que la cuestion no era tan nueva como parecia, demostrándose que muchos herejes habian sido mirados como tales despues de muertos, alegándose muchos ejemplares, en especial el de Orígenes, condenado poco ántes por el mismo Papa y cási por todos los obispos. Tambien se leyeron muchos pasajes de San Agustin que autorizan el anatema contra escritores perversos que durante su

vida habian quedado impunes. En suma, para pulverizar el argumento fundado en que Teodoro habia muerto en la comunion de la Iglesia se leyeron las actas del concilio de Mopsuesta, del cual resultaba haber sido borrado su nombre de los sagrados dípticos.

A continuacion se examinó el segundo de los *Capítulos*. Leyéronse varios extractos de las obras de Teodoreto, viéndose claramente que aquel escritor no solamente impugnaba á San Cirilo, sino que defendia con el mayor descaro á Nestorio, profiriendo varias proposiciones heréticas. Despues de esta lectura dijo el concilio: «Las impiedades que Teodoreto escribió nos hacen admirar la exactitud del concilio de Calcedonia: pues conociendo sus blasfemias, primero hizo muchas exclamaciones contra él y no le recibió hasta tanto que hubo anatematizado á Nestorio y sus errores, que ántes habia defendido.»

La sexta conferencia se consumió en leer y examinar la carta de Ibas, el cual habia sido admitido en el concilio despues de haber anatematizado á Nestorio, al cual defendia en su dicha carta: á continuacion leyéronse las cartas y anatematismos de San Cirilo, la carta de San Leon á Flaviano y la definicion de fe del concilio de Calcedonia, la cual fue cotejada con la carta de Ibas, resultando muy opuesta á aquellos escritos.

Despues de esta sexta conferencia, que tuvo lugar en 19 de Mayo, el papa Vigilio cumplió su promesa de dar voto separado, y dirigió al emperador su decreto ó declaracion, que se llama *Constitutum* para distinguirla de la primera, llamada *Judicatum*. Quéjase en ella de que se haya faltado á lo que se le habia ofrecido, no habiéndose cumplido la palabra que le dieron de congregar igual número de obispos orientales que occidentales, y que por lo tanto tampoco le obligaba su promesa de responder acerca de los *Tres Capítulos*; pero que sin embargo lo hacia á fin de evitar que los obispos violasen la antigua regla, decidiendo ántes que la Sede Apostólica hubiese publicado su juicio sobre un negocio llevado á esta Sede y que interesaba á toda la Iglesia universal (1). Despues de esto alega sesenta y un artículos de Teodoro de Mopsuesta, haciendo ver en qué está el error de cada uno, y pronunciando anatemas contra estos errores, pero no contra su persona. El *Constitutum* fue tambien firmado por diez y seis obispos y por tres diáconos de Roma, uno de los cuales fue Pelagio, sucesor más tarde de Vigilio en la Sede Apostólica.

(1) Tom. V. Concilior. pág. 337.

El 26 de Mayo se reunieron los Padres para la séptima conferencia. Presentóse á ella el cuestor Constantino acusando á Vigilio de no haber querido asistir al concilio, á pesar de las muchas instancias que le habia hecho para ello. Asimismo dijo á los Padres que Justiniano se habia negado á recibir un nuevo decreto del Papa, habiéndole contestado que para condenar los *Tres Capítulos* no habia necesidad de más decretos pontificios que los que ya habian sido publicados, llegando el atrevimiento de Justiniano á proponer que el nombre del Papa fuese borrado de los sagrados dípticos, y añadia estas palabras: «Conservamos nuestra union con la Santa Sede Apostólica y estamos seguros de que vosotros la conservareis del mismo modo;» á lo cual contestó el concilio: «Lo que manda el emperador corresponde á los trabajos que sufre con la unidad de la Iglesia. Conservemos, pues, nuestra union con la Silla Apostólica de la santa Iglesia de Roma, conformándonos con el tenor del edicto imperial.»

La octava conferencia tuvo lugar el dia 2 de Junio y en ella se hizo una profesion de fe muy católica, leyéndose la sentencia que estaba concebida en estos términos: «Viendo que los sectarios de Nestorio procuran inficionar á los fieles con su impiedad, por medio de Teodoro de Mopsuesta y de sus escritos, de los escritos impíos de Teodoreto y de la carta detestable que se supone escrita por Ibas á Maris: nos hemos juntado para contener estos desórdenes, conforme Dios manda y quiere el emperador. Hallándose en esta ciudad el piadosísimo Vigilio, condenó muchas veces los *Tres Capítulos* de palabra y por escrito. Despues convino en que nos juntaríamos, los examinaríamos y haríamos una definicion comun. Habiéndonos pues juntado, instábamos á Vigilio para que viniese á nuestro concilio; pues los Apóstoles, aun que llenos del Espíritu Santo, no quisieron decidir la cuestion de las observancias legales sin juntarse primero; y lo mismo hicieron los santos Padres del tiempo de los cuatro concilios, teniendo por cierto que el juntarse era el mejor medio para terminar las cuestiones de fe. Habiendo, pues, convidado varias veces al Papa, y habiéndole el emperador enviado magistrados, dijo que daria en particular su sentencia sobre los *Tres Capítulos*. Al oir esta respuesta, hemos considerado lo que dice el Apóstol, que cada uno dará á Dios cuenta de sí, y por otra parte hemos temido el juicio con que Dios amenaza á los que escandalizan á sus hermanos.» Refiere despues el concilio lo que hizo para el exámen de los *Tres Capítulos*, refutando brevemente lo que se alegaba á su favor, y concluye:

«Recibimos los santos cuatro concilios, esto es, el de Nicea, el de Constantinopla, el primero de Éfeso y el de Calcedonia: enseñamos lo que ellos han definido sobre la fe, que es la misma en los cuatro, y juzgamos separados de la Iglesia á los que no los reciben.»

«Condenamos á Teodoro de Mopsuesta y sus escritos impíos y las impiedades escritas por Teodoreto contra la fe verdadera, contra los doce capítulos de San Cirilo, contra el concilio de Éfeso y en defensa de Teodoro y Nestorio. Anatematizamos tambien la impía carta que se supone escrita por Ibas á Maris persa, que niega que el Verbo encarnó ó se hizo hombre de la Vírgen María, acusa á San Cirilo de apolinarista, dice que el concilio de Éfeso condenó á Nestorio sin exámen y defiende á Teodoro y á Nestorio con sus escritos. Anatematizamos, pues, estos *Tres Capítulos* y á sus defensores, y á los que pretenden apoyarlos con los santos Padres y con el concilio de Calcedonia (1).»

En las suscriciones del quinto concilio se hallan los nombres de ciento sesenta y cinco Padres, porque sin duda llegaron algunos despues de la primera conferencia, no habiendo duda que la decision de este concilio fue muy ortodoxa, no haciéndose en ella cosa alguna contraria á las decisiones de los anteriores concilios, segun habia temido Vigilio.

El concilio de Calcedonia, despues de haber exigido de los autores de los *Tres Capítulos* una confesion de fe ortodoxa, condenó los escritos perniciosos, dejando sus personas en paz. El quinto concilio condenó con los escritos á los autores de ellos, y con esto dió á comprender que habian desaparecido los motivos de indulgencia que tuvo el concilio de Calcedonia, confirmando solemnemente el mismo concilio, poniéndolos en el mismo grado que los tres primeros.

Seis meses despues de la celebracion del quinto concilio general, escribió el papa Vigilio al patriarca Eutiquio, y en su carta se leen estas notables expresiones: «Notificamos á toda la Iglesia Católica que anatematizamos y ponemos en el catálogo de los demas herejes á Teodoro de Mopsuesta y á sus impíos escritos; así como tambien los escritos de Teodoreto, unos contra San Cirilo y el concilio de Éfeso, y otros á favor de Teodoro y Nestorio, y la carta escrita al persa Maris que se dice ser de Ibas; y anatematizamos del mismo modo á cualquiera que defienda ó insista en que se deben defender estos *Tres Capítulos*, y reco-

(1) Amat. Historia Eclesiástica, lib. VII, cap. I.

nocemos por hermanos y colegas nuestros á todos los que los han condenado.»

Los decretos del quinto concilio léjos de extinguir las divisiones, como habia creido el emperador, contribuyeron á aumentarlas, originándose un nuevo cisma que en más de un siglo no pudo extinguirse á pesar del celo y de los grandes esfuerzos hechos por los Pontífices sucesores de Vigilio y demas prelados ortodoxos. Muchas Iglesias del Occidente se negaron á admitir este concilio, creyéndole opuesto al de Calcedonia, conducta criminal, pues que una vez aprobado el concilio por el Sumo Pontífice era tan válido y obligaban tanto sus decisiones, como las de los cuatro concilios anteriores; empero si bien con los occidentales creyó conveniente la Iglesia usar de alguna indulgencia, no procediendo inmediatamente contra ellos, creyendo atraerlos con prudencia mejor que con un excesivo rigor, no hizo lo mismo con los orientales, los cuales sólo por inspiracion contradecian la autoridad del concilio, y por lo tanto con los rebeldes de Oriente no se usó ningun género de contemplacion, y muchos obispos fueron tratados con el mayor rigor.

Desde el momento en que el papa Vigilio aprobó las decisiones del quinto concilio, el emperador Justiniano le permitió volver á Roma y le colmó de señaladas muestras de benevolencia, concediendo por un edicto muchos privilegios á favor de Italia, y muy particularmente de los romanos; en cuyo edicto imperial mandó tambien que si se llegase á descubrir que algunas vírgenes despues de consagradas á Dios hubiesen contraido matrimonio, se les obligase á romper este nuevo vínculo, obligándolas á pasar nuevamente á sus monasterios para continuar en la vida religiosa á que se habian dedicado por instituto.

El papa Vigilio se dispuso para partir á Roma, y en efecto emprendió el viaje, pero habiendo llegado á la isla de Sicilia se le agravó el mal de piedra que padecia, y murió en Siracusa en 555 despues de haber gobernado la Iglesia diez y seis años y seis meses.

Creó este Pontífice en dos ordenaciones ochenta y un obispos, diez y seis, ó segun otros, cuarenta y seis presbíteros y diez y seis diáconos. Su cuerpo fue trasladado á Roma y enterrado en la iglesia de San Marcelo en la Via Salara. La Santa Sede vacó unos tres meses.

La vida del papa Vigilio fue verdaderamente un encadenamiento de azares y de disgustos: fue el blanco de los tiros de los obispos de Oriente, estuvo continuamente combatido por las fuertes olas de la persecucion, siendo objeto de la maledicencia y del desprecio, así de los bue-

nos como de los malos, por sus repetidas variaciones, siendo su persona indignamente tratada en la dignidad pontificia, y cuando ya se veia tranquilo y se disponia para entrar en Roma, fue arrebatado á la vida por una muerte dolorosa y cruel. Jesucristo, que ha dicho solemnemente que las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia, dirige por su misma mano el timon de esta mística nave, haciendo que contra ella se estrellen las encrespadas olas de las persecuciones, haciendo resaltar la grandeza del Pontificado Católico del modo más admirable. Así veremos ahora que si la Iglesia de Roma sufrió grandes oprobios en la persona de Vigilio, los romanos demostraron un gran celo por la dignidad de la Santa Sede Apostólica al tratar de darle sucesor á este Papa.

CAPITULO IX.

Pelagio I, papa.—Se justifica de las acusaciones que se dirigen contra él.—Su consagracion.—Trata de que los obispos africanos, ilíricos é italianos condenen los «Tres Capítulos.»—El rey Childeberto envía embajadores al papa Pelagio para asegurarse de su fe.—Sapando, arzobispo de Arlés y vicario del Papa en las Galias: varios concilios.—Zaragoza es libertada por la intercesion de San Vicente, mártir.—Iglesia edificada por Childeberto en Paris, en honor de San Vicente.—Muerte del rey Childeberto.—Caridad y celo extraordinario que distinguieron á este rey.—Muerte de Clotario.

En 11 de Abril de 555 fue elegido por el mayor número de votos por sucesor del papa Vigilio

Pelagio I, que habia sido nombrado presbítero cardenal por el papa San Agapito y nuncio cerca del emperador Justiniano. Era natural de Roma é hijo de un prefecto del pretorio.

Una multitud de gentes de las más distinguidas de Roma, al saber la eleccion de Pelagio, declararon que se separaban de su comunion, arrastrando tras sí algunos eclesiásticos, llegando á tal extremo esta sublevacion que no se encontraba un tercer obispo que asistiese á su consagracion. Exponian por causa de esta separacion el rumor que se habia esparcido de que, habiendo ganado la benevolencia de Justiniano en tiempo de Vigilio, habia sido cómplice de los malos tratamientos de que habia sido objeto aquel Papa, y que temian al mismo tiempo que le faltase la fe en el grado que debe resplandecer en el Jefe supremo de la Iglesia, puesto que habia condenado los *Tres Capítulos* despues de haberlos defendido vigorosamente. Pelagio se justificó plenamente de las acusaciones contra él dirigidas, y consiguió desvanecer todas las preocupaciones, manifestando que su conducta siempre habia sido conforme

con la de Vigilio: que si en un principio se habia negado á condenar los *tres Capítulos* fue porque temió como Vigilio oponerse al concilio de Calcedonia, y que despues habia suscrito á la constitucion pontificia, recibiendo con la veneracion debida la última decision de su antecesor Vigilio.

Despues de esto Pelagio fue consagrado por los obispos de Perugia y de Jesentino, y por Andrés, arcipreste de Ostia.

Desvanecidas ya, segun hemos dicho, todas las preocupaciones de los romanos contra Pelagio, y recordando que cuando la ciudad se hallaba sitiada por Totila les habia prestado grandes servicios, proporcionándoles víveres en abundancia, se sujetaron todos con sumision á él. Pelagio aprobó el quinto concilio general á la manera que le habia aprobado su predecesor, y para concluir las cuestiones originadas entre los obispos orientales acerca de los *Tres Capítulos* condenados en el concilio, quiso que fuesen condenados nuevamente por los obispos africanos, ilíricos y aun por los italianos. Fleury dice que á este efecto empleó la autoridad de Narsés, patricio muy piadoso, al cual en una de sus cartas le decia de este modo: «No os detengan los vanos discursos de los que dicen que la Iglesia excita á la persecucion, cuando reprime los crímenes y procura la salvacion de las almas. No se persigue sino cuando se obliga á hacer mal; de otro modo seria preciso abolir todas las leyes divinas y humanas que prescriben el castigo de los delitos. Ahora bien, que el cisma es un mal y que debe ser reprimido por el mismo poder secular, nos lo enseñan la Escritura y los cánones, y cualquiera que se separa de la Sede Apostólica peca y está indudablemente en el cisma.»

Entre los prelados de la Galia hubo muchos que temian que la doctrina del papa Pelagio no fuese muy segura, y manifestaron este temor al rey Childeberto; y este por su parte, queriendo asegurarse, envió á Pelagio una de las personas más distinguidas de la corte con el objeto de pedirle reliquias de los santos Apóstoles, pero más que nada para convencerse de la creencia del Pontífice. Hé aquí la reflexion que hace Feyer con este motivo: «Cuando se atacan los errores dominantes, sucede muy naturalmente que las personas mejor intencionadas parece que dan en un extremo opuesto y se apartan de ese medio tan estrictamente circunscrito que encierra la verdad. Ahora bien, nada más razonable que no confundir los defensores quizás demasiado ardientes de la ortodoxia con los partidarios de un error reconocido, y bajo este pun-

to de vista conviene considerar la conducta á las veces desigual, á veces opuesta, pero siempre consecuente, que los pontífices y concilios han observado con respecto á doctrinas y doctores.»

El enviado de Childeberto, obrando con franqueza, le hizo ver al Sumo Pontífice que el emperador deseaba su confesion de fe; y que en este sentido le habló, se deduce por la respuesta de Pelagio, en la que se expresa de este modo: «En cuanto á este último artículo, hemos co«menzado á satisfacer á él como el más sencillo de los fieles, y hemos «suscrito de nuestra propia mano la declaracion hecha por Nos, de sos«tener con la ayuda del Señor el escrito de nuestro predecesor Leon á «favor de la fe católica. Para no dejar ningun motivo de sospecha he«mos procurado satisfacer tambien el segundo artículo, que el ilustre «Rufino nos ha propuesto. Así, pues, os enviamos la confesion de nues«tra fe, la más clara y la más expresa.» En esta confesion manifiesta su adhesion á los cuatro primeros concilios, dando al mismo tiempo la más cumplida satisfaccion acerca de los puntos en que las preocupaciones contra el quinto concilio podian dejar alguna sombra de temor, «aunque en esta asamblea, dice, (y estas expresiones merecen «particular atencion) no se haya tratado nada que perjudique á la fe. «Pero despues de la muerte de la emperatriz Teodora, añade, no hay «ya disputa alguna ni aun en Oriente sobre la creencia católica (1).»

Poco tiempo ántes de estos sucesos Sapando, arzobispo de Arlés y vicario del Papa en las Galias, habia presidido el quinto concilio de Arlés, cuyos cánones cási en su totalidad se dirigen á la conservacion de los bienes eclesiásticos. Las cronologías nos hablan de otros dos concilios celebrados en Paris, II y III de esta ciudad, que respectivamente tuvieron lugar en los años 555 y 557, y por consiguiente durante el pontificado de Pelagio I, de cuyas actas ninguna noticia hemos adquirido.

No pasaremos adelante sin notar un hecho gloriosísimo para nuestra ciudad de Zaragoza, y que demuestra la proteccion del ilustre mártir San Vicente á la misma. Los reyes Childeberto y Clotario hicieron segunda vez la guerra á España en 542. Despues que hubieron talado la provincia Tarraconense, pusieron cerco sobre Zaragoza, cuyos habitantes recurrieron á la proteccion de San Vicente mártir, patron de la misma ciudad. «Los varones enlutados, dice Mariana, las mujeres, sueltos los

(1) Berault-Bercastel, lib. XX. n. 11.

cabellos y cubiertas con ceniza, andaban en procesion todos los dias al rededor de los muros de la ciudad, en que llevaban la túnica de San Vicente; con lo cual y con lágrimas imploraban la ayuda del cielo. Childeberto creyó al principio que aquel lloro femenil era á propósito de algunas encantaciones y hechicerías que hacian: despues, sabida la verdad por uno que prendieron, y con recelo de algun castigo del cielo si pasaba adelante, templó su saña y cesó de hacerles más agravios (1).

Los ciudadanos de Zaragoza dieron á Childeberto á instancias suyas algunas reliquias de San Vicente, y aquel rey las llevó á Paris, en uno de cuyos arrabales edificó un templo en nombre de este santo. No sólo llegó á tenerse este templo por uno de los más soberbios monumentos de la Francia, pues es de una magnífica construccion hecha en forma de cruz, con un altar en cada uno de sus cuatro extremos, y está adornado por pinturas de gran valor, y su majestuosa bóveda está sostenida por preciosas columnas, sino que, como dice el mismo Mariana, «es á manera de alcázar, con foso y con adarves, sus troneras y traviesas.»

El año 558 ocurrió la muerte de Childeberto, cuyo cuerpo por disposicion suya fue sepultado en el nuevo templo de San Vicente mártir, al que habia profesado mucha devocion desde el suceso de Zaragoza. Aun el templo no se hallaba dedicado, y para que el rey pudiese ser en él sepultado, lo dedicó con toda premura San German, por lo que más tarde tomó su nombre.

Pocos reyes ha habido tan llorados como lo fue en Francia Childeberto, porque con su muerte la Iglesia perdió un protector, la buena moralidad un decidido defensor, el vicio un constante perseguidor, y los pobres un padre, cuya caridad le hacia hacerse todo para todos. En el alto puesto que ocupaba era un bienhechor de los pueblos, y conociendo los deberes que su dignidad de rey le imponian, velaba asíduamente por el bienestar de sus vasallos. Para con la Iglesia fue muy generoso y fundó muchos monasterios, protegió la religion y honró á los obispos.

Por su muerte su hermano Clotario quedó único rey de los franceses, sobreviviéndole tan solamente dos años. No fue tan piadoso como Childeberto, pero al tiempo de su muerte dió pruebas de un sincero arrepentimiento por sus pecados. Despues de su muerte fue sepultado en

(1) Mariana, Hist. de España, lib. V, cap. VIII.

la iglesia de San Medardo de Soisons, que él edificó, aunque fue concluida despues de sus dias por su hijo Sigeberto.

Dejó Clotario cuatro hijos, que dividieron entre sí el reino. El mayor, llamado Chariberto, fijó su residencia en Paris, Gontrano en Lyon, Sigeberto en Metz, y Chilperico en Soisons.

CAPITULO X.

Muerte del papa Pelagio I.—Juan III, papa.—Aprueba el quinto concilio general.—Concilio I de Braga.—Obispos que asistieron á él.—Cánones que se decretaron.—Concilio II de Braga: sus cánones.—Si se celebró otro concilio en Lugo.—Cuadro de los concilios celebrados en España hasta la invasion de los árabes.

Despues de haber gobernado la Iglesia el papa Pelagio I cuatro años, diez meses y ocho dias, durante cuyo tiempo creó unos cuarenta obispos, veinte y cinco presbíteros y nueve diáconos, murió el 28 de Febrero de 560. La Santa Sede permaneció vacante cuatro meses y diez y seis dias, porque en aquella época era necesario esperar de Constantinopla el consentimiento del emperador para la eleccion de los papas, lo que ocasionó en lo sucesivo que las vacantes fuesen más duraderas que ántes. El papa Pelagio habia empezado á construir, cuando ocurrió su fallecimiento, la iglesia de los Doce Santos Apóstoles, que concluyó y dedicó su sucesor

JUAN III, que fue elegido en 18 de Julio de 560. Llamábase este papa Catelino, y era hijo de Anastasio, noble romano. Como hemos dicho, concluyó la iglesia de los Doce Santos Apóstoles, que consagró el dia de San Felipe y Santiago, lo que ha dado lugar al error, así de Feller como de Fleury, de que la iglesia comenzada á edificar por Pelagio y terminada por Juan III es la de los Apóstoles San Felipe y Santiago.

Este pontífice aprobó tambien el quinto concilio general, del que se manifestó celosísimo defensor. Fue tan grande su celo por todo lo perteneciente á la Iglesia, que se dice de él que, habiéndosele dado cuenta de algunas usurpaciones que se hacian contra los legítimos poseedores de los bienes eclesiásticos, mandó que todo usurpador de aquellos bie-

nes fuese obligado á devolver cuatro veces su valor. Aumentó y restableció los cementerios de los mártires: tenia gran veneracion á los lugares donde reposaban los restos mortales de los intrépidos defensores de Jesucristo y su religion santa y adorable, y ordenó que para las misas que se celebrasen en las Catacumbas, la iglesia de San Juan de Letran proveyese de pan, vino y luces.

Durante el pontificado de Juan III se celebraron en España los dos concilios I y II de Braga, de los que vamos á ocuparnos.

La Iglesia de España hacia grandes esfuerzos por regularizar la disciplina y las costumbres, y por esto eran muy frecuentes los concilios que se celebraban.

El dia primero de Mayo de 561 se reunieron en Braga para celebrar concilio el metropolitano Lucrecio, los obispos Andrés, Martin, Cotto, Ilderico, Lucencio, Timoteo y Molioso, con asistencia de los presbíteros y todo el clero. No podemos asegurar las Iglesias á que pertenecian los prelados cuyos nombres acabamos de citar; sin embargo, por las actas del concilio II, celebrado en la misma ciudad de Braga, se deduce que Martin es el Dumiense, Andrés ocupaba la Silla de Iria y Lucencio la de Coimbra; empero, respecto á los otros cuatro, queda la duda, y se cree fuesen los obispos de las ciudades de Astorga, Lugo, Tuy y Orense (1).

El concilio fue abierto con este lacónico discurso, pronunciado por el metropolitano Lucrecio, obispo de Braga: «Ha mucho tiempo, venerables hermanos, que nos animaba el deseo, en conformidad con los sagrados cánones, de reunirnos en concilio, al tenor que lo previenen las disposiciones disciplinarias. Ya, pues, que el glorioso y piadosísimo hijo nuestro nos ha concedido por inspiracion de Dios este dia deseado, debemos atender con preferencia al dogma, si os parece bien, y á todo cuanto guarda relacion con las buenas doctrinas.» Conformáronse todos los Padres con lo dicho por el prelado de Braga, presidente de la santa asamblea, y se decretaron diez y siete cánones, que son los siguientes:

1.° Si alguno no confesase que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas de una misma substancia, virtud y poder, como lo enseña la Iglesia católica y apostólica, y dijese que son una sola persona, de suerte que el mismo sea el Padre que el Hijo, que el Espíritu Paráclito, como afirmaron Sabelio y Prisciliano, sea excomulgado.

---

(1) Florez. *España Sagrada*, tom. XV, cap. XI.

2.° Si ademas de la Santísima Trinidad alguno introduce otros nombres de la Divinidad, diciendo que en el mismo Dios hay Trinidad de Trinidad, como dijeron los gnósticos y priscilianos, sea excomulgado.

3.° Si alguno dice que el Hijo de Dios nuestro Señor no existió ántes que naciese de la Vírgen, como enseñaron Pablo de Samosata, Fotino y los priscilianistas, sea excomulgado.

4.° Si alguno no honra de corazon el dia del nacimiento de Cristo, sino que finge honrarlo, ayunando el mismo dia y el domingo, porque no cree que Cristo naciese con verdadera naturaleza humana, como dijeron Cerdon, Marcion, Maniqueo y Prisciliano, sea excomulgado.

5.° Si alguno cree que ha habido almas ó ángeles de la substancia de Dios, como enseñaron Maniqueo y Prisciliano, sea excomulgado.

6.° Si alguno dice que las almas humanas pecaron primero en el cielo, y que por esto fueron arrojadas á la tierra y colocadas en los cuerpos, como lo dijo Prisciliano, sea excomulgado.

7.° Si alguno dice que el demonio no fue primero un ángel bueno creado por Dios, y que su naturaleza no fue obra de Dios, sino que afirma que salió del cáos y de las tinieblas, que no reconoce autor, y que él mismo es el principio y la substancia del mal, como dijeron Maniqueo y Prisciliano, sea excomulgado.

8.° Si cree que por haber sido el demonio autor de algunas obras en el mundo, lo es tambien de los truenos, de los rayos, de las tempestades y de las sequedades, como dijo Prisciliano, sea excomulgado.

9.° Si alguno cree que las almas y los cuerpos humanos están sujetos á estrellas fatales, como lo enseñaron los paganos y Prisciliano, sea excomulgado.

10. Si algunos creen que los doce signos que los matemáticos acostumbran observar, están dispuestos con cada uno de los miembros del cuerpo ó de las facultades del alma, y los aplican á los nombres de los patriarcas, como dijo Prisciliano, sean excomulgados.

11. Si alguno condena los casamientos y la procreacion de los hijos, como lo hicieron Maniqueo y Prisciliano, sea excomulgado.

12. Si alguno atribuye á obra del demonio la formacion del cuerpo humano en el vientre de la madre, por lo cual no cree en la resurreccion de la carne, como lo enseñaron Maniqueo y Prisciliano, sea excomulgado.

13. Si alguno dice que la creacion de toda carne no fue obra de Dios,

sino de los ángeles malos, como lo dijeron Maniqueo y Prisciliano, sea excomulgado.

14. Si alguno califica de inmunda la comida de carne que Dios concedió para uso del hombre, y no por afligir el cuerpo, y cási calificándola de inmundicia se abstenga de ella, de tal suerte que ni aun quiera gustar la hortaliza que se haya cocido con carne, como lo enseñaron Maniqueo y Prisciliano, sea excomulgado.

15. Si algun clérigo ó monje tiene consigo algunas mujeres, á excepcion de la madre, hermana, tia ó próxima parienta, y cohabita con ellas, como lo enseñó la secta de Prisciliano, sea excomulgado.

16. Si alguno en la quinta feria de la Páscua, que es la cena del Señor, á la hora correspondiente despues de nona, no asiste en ayuno á la misa en la iglesia, sino que, segun la secta de Prisciliano, quebrantado el ayuno, celebra la festividad de dicho dia desde la hora de tercia, asistiendo á las misas de difuntos, sea excomulgado.

17. Si alguno lee las escrituras que Prisciliano depravó en conformidad á sus errores, ó los tratados de Dictinio que este escribió ántes de convertirse, ó cualesquiera otros escritos de los herejes bajo el nombre de patriarcas, profetas y apóstoles, y adopta ó defiende sus impías ficciones, sea excomulgado.

He aquí ahora otros veinte y dos cánones disciplinares que establecieron en su deseo de restablecer la disciplina eclesiástica á su rigurosa observancia, para lo que tuvieron en cuenta los antiguos cánones:

1.º Que todos guarden el mismo rito en los oficios matutinos y vespertinos, sin mezclar con las reglas eclesiásticas prácticas ó costumbres particulares ni de monasterio.

2.º Que todos digan unas mismas lecciones en las vigilias y misas solemnes.

3.º Que los obispos y los presbíteros no saluden al pueblo de distinto modo, sino que lo hagan igualmente con el *Dominus vobiscum* que se lee en el libro de Ruth, respondiendo el pueblo: *Et cum spiritu tuo*, como desde los Apóstoles usa el Oriente, y no con la perversa veleidad de Prisciliano.

4.º Que todos celebren misa segun el órden prescrito por la autoridad de la Sede Apostólica á Profuturo, en otro tiempo obispo de la Iglesia metropolitana de Braga.

5.º Que nádie altere el órden del bautismo que se usa en la metrópoli de Braga, y que para desvanecer la duda de algunos el citado

Profuturo consultó á la Sede Apostólica, y fue aprobado por esta.

6.° Que los obispos, dejando el lugar preferente al metropolitano, se precedan por órden de antigüedad, computándola por el dia de su consagracion.

7.° Que los bienes eclesiásticos se dividan en tres partes, siendo la una para el obispo, otra para los clérigos y otra para las luces y demas atenciones del culto y de la Iglesia. De esta tercera parte dará cuenta al obispo el arcipreste ó arcediano.

8.° Que ningun obispo ordene á clérigo alguno de otra diócesis, como ya lo prohibieron antiguos cánones, á no ser que se presente con dimisorias de su diocesano.

9.° Que los diáconos lleven descubierto el orario ó estola, y no debajo de la túnica ó alba, como se usaba en algunas iglesias de esta provincia, pues de este modo no se diferencian de los subdiáconos.

10. Que únicamente los lectores ordenados de subdiáconos, y no todos los lectores, lleven al altar los vasos sagrados.

11. Que los lectores en la iglesia no tomen parte en las funciones vistiendo traje seglar ó llevando el pelo largo como los gentiles.

12. Que en conformidad á las disposiciones de los santos cánones, no se canten en la iglesia otros versos ó poesías que los salmos y los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

13. Que no se permita á los seglares, sean hombres ó mujeres, entrar á comulgar dentro del santuario del altar, sino únicamente á los clérigos, como estaba dispuesto por antiguos cánones.

14. Que el clérigo que hace abstinencia de carne, pruebe legumbres cocidas con carne, para evitarse la sospecha de priscilianista. Y si se negare á hacerlo, sea privado de su oficio y excomulgado por sospechoso de la citada herejía.

15. Que ninguno comunique con el que sea excomulgado.

16. Que en la oblacion no se haga conmemoracion de los que con veneno, con arma ó de cualquier otro modo se suiciden, ni tampoco se vaya á enterrar sus cadáveres cantando salmos.

17. Que lo mismo se observe con respecto á los catecúmenos que mueran sin recibir el bautismo.

18. Que los cadáveres de ningun modo se entierren en la iglesia, sino á lo más en la parte de afuera junto á la pared del templo. Si en otro tiempo se tuvo á las ciudades la consideracion de no enterrar dentro de ellas los muertos, mucho más debe guardarse este respeto á los venerables mártires.

19. Que ningun presbitero despues de esta prohibicion se atreva á consagrar iglesias ó altares ó á bendecir el crisma. Si así no lo cumpliere, sea depuesto de su oficio.

20. Que ningun seglar ascienda al sacerdocio sin haber pasado un año entero en el lectorado ó subdiaconado la disciplina eclesiástica, y de este modo obtenga sucesivamente todos los grados. Es muy reprensible que ya tenga pretensiones de enseñar el que todavía no ha aprendido.

21. Que las oblaciones que hagan los fieles por las festividades de los mártires, ó para conmemoracion de los difuntos, sean recogidas por uno de los clérigos, y en el tiempo señalado, ó una ó dos veces al año, repártanse entre todos los clérigos; pues si cada uno recoge semanalmente lo que se le hubiere ofrecido, resultan de la misma desigualdad notables discordias.

22. Que nádie se atreva á infringir los antiguos cánones que se han leido en el concilio; si algun contumaz los infringiere, sea degradado de su oficio.

Se ve en los trabajos de este concilio cuán grande era el celo de aquellos Padres por la pureza de la fe y de la doctrina. Despues de fijarse en el dogma, conformándose con lo establecido ó declarado por los concilios generales, se ocupa de la disciplina del modo más luminoso.

Tales fueron las disposiciones del concilio I de Braga. Algunos historiadores nos hablan de otro concilio celebrado en la ciudad de Lugo, durante el mismo reinado de Teodomiro, sobre lo cual hay grandes cuestiones entre los cronistas é historiadores. De esto nos ocuparemos despues que hayamos hablado del II concilio de Braga, celebrado once años despues del primero, es decir en el de 572, cuando todavía gobernaba la Iglesia el Sumo Pontífice Juan III.

El objeto de este concilio fue renovar las sábias disposiciones del primero, y añadir lo que en aquel pudo pasar desapercibido. Cuando tuvo lugar la reunion de este concilio, el rey Miro ó Miron habia sucedido á Teodomiro en el gobierno superior de los suevos.

No se hacia necesario tomar disposiciones algunas acerca del dogma, por no haber ocurrido ninguna disputa ni aparecido ningun nuevo error, y así los Padres se concretaron tan solamente á dictar algunas disposiciones en órden á la disciplina.

Diez fueron los cánones establecidos, y son los siguientes:

1.º Que los obispos al hacer sus visitas se informen del modo con que los clérigos administran el bautismo y celebran el Santo Sacrificio y los demas oficios, dando gracias á Dios si no encuentran cosa que enmendar ó corregir, ó rectificándola en otro caso; manden que los catecúmenos concurran por espacio de veinte dias ántes de recibir el bautismo á la enseñanza de la doctrina, en que aprendan con especialidad el símbolo de la fe. Despues de la visita hecha á los clérigos debe tambien el obispo instruir al pueblo en los puntos más importantes.

2.º Que el obispo no perciba mas que dos sueldos en las visitas, dejando las tercias á favor de la Iglesia, ni emplee á los clérigos en ocupaciones serviles.

3.º Que el obispo no perciba cosa alguna por conferir órdenes.

4.º Que tampooo se perciba nada por el crisma que se distribuya.

5.º Que tampoco pida nada el obispo por la consagracion de alguna iglesia, ni la consagre sin asegurarse ántes de la dotacion de la iglesia y de sus ministros.

6.º Que nádie consagre el templo edificado en tierra propia para convenirse con los clérigos en repartirse las oblaciones.

7.º Que se administre el bautismo sin obligar al pago de la menor cantidad, si bien se puede recibir sin tomar prenda lo que de voluntad propia se ofrezca: esta disposicion la harán publicar los obispos en sus iglesias.

8.º Que si un clérigo acusa de incontinencia á alguno, y no lo prueba con dos ó tres testigos, se aplique al acusador la excomunion que se hubiere de fulminar contra el acusado.

9.º Que el metropolitano publique el dia de la Páscua, y los demas lo anuncien al pueblo por Navidad, para que se sepa la época en que entra la Cuaresma: al principio de esta se solemnizarán las letanías por espacio de tres dias en las iglesias, y en el tercero se anunciarán los ayunos de Cuaresma despues de la misa, advirtiéndose al propio tiempo que despues de veinte dias se presente al exorcismo á los que hayan de ser bautizados.

10. Que se prive de su oficio ó cargo al que celebre misa no estando en ayunas, como á consecuencia de la secta priscilianista lo hacian algunos en la misa de difuntos.

Este fue el último concilio celebrado en tiempo de los suevos, cuya autenticidad está suficientemente demostrada. Asistieron á él dos metropolitanos, y firmaron á un lado el metropolitano San Martin de Braga,

Remisol de Viseo, Lucencio Colimbriense, Adorico Egitaniense, Sandinario de Lamego, y Viator Maguetense. Al otro lado, y precediendo el título *Ex Synodo Lucensi*, firmaron el metropolitano Nitigisio obispo de Lugo, Andrés de Iria, Witimer de Orense, Anila de Tuy, Polemio de Astorga y Mailoch de Britonia. Debemos advertir que en este concilio se ve que habiendo asistido dos metropolitanos con los obispos de sus respectivas jurisdicciones, no firmaron por rigoroso órden de antigüedad, sino por provincias.

Tan solamente añadiremos que si los errores de los priscilianistas se extendieron en la provincia de Galicia, allí hubo varones eminentes que supieron defender la fe católica y pulverizar los errores de los heresiarcas. Ántes de la celebracion del concilio II de Braga se dividió la provincia de Galicia por la ereccion de una nueva metrópoli en Lugo, pero no formaban dos provincias, como observa oportunamente el Padre Florez, sino una dividida en dos conventos ó partidos, division parecida á la de los antiguos romanos, los que habian creado conventos jurídicos.

Ofrecimos ocuparnos del concilio que se dice haber tenido lugar en Lugo, poco tiempo despues de la celebracion del primero de Braga. Hemos visto las cuestiones que sobre este punto se han suscitado entre los cronistas y los historiadores, y lo que únicamente nos da luz para creer que en efecto tuvo lugar su celebracion es un escrito de Loaisa, que es generalmente admitido, y que fielmente traducido dice así: «Durante la dominacion de los suevos, en la era 607, dia primero de Enero, Teodomiro, rey de los suevos, mandó que se reuniese en Lugo un concilio para confirmar la fe católica, ó por diferentes objetos de la Iglesia. Cuando se hubo tratado todo lo que incumbia al concilio, el rey dirigió una carta á los obispos que estaban reunidos, y les decia lo siguiente: Deseo, santísimos Padres, que providencieis con útiles decretos lo conveniente á esa provincia de nuestro reino. En Galicia hay pocos obispos, y las diócesis son muy vastas; de manera que algunas iglesias apénas pueden ser visitadas por su obispo todos los años. Ademas en una provincia tan vasta sólo hay un metropolitano, y es muy pesado acudir todos los años al concilio desde puntos tan remotos. Así que los Padres del concilio hubieron leido esta carta, resolvieron que la Sede de Lugo fuese metropolitana lo mismo que la de Braga, porque aquella ciudad era un punto más cómodo para los obispos de las diócesis distantes. Al mismo tiempo resolvieron que se ordenasen obispos

para las Sedes que se establecieron, haciéndo desde luego una nueva division eclesiástica.

El padre Florez por su parte se empeña en demostrar que son falsas las actas de este concilio, que en verdad no pueden llamarse actas, sino una reseña de lo sucedido en el sínodo. Loaisa trae tambien la division eclesiástica hecha en dicho concilio. Nosotros por muchas razones creemos verídica la relacion de Loaisa, pues que es indudable que entre los dos concilios de Braga se celebró otro, y tambien que el establecimiento de dos metrópolis contribuyó á la ereccion de nuevas Sedes episcopales.

Y ya que de esta cuestion tratamos creemos oportuno para conocimiento del lector poner aquí un estado de los concilios celebrados; únicamente de aquellos en los cuales no hay duda de ninguna especie.

CONCILIOS

CELEBRADOS EN ESPAÑA HASTA LA INVASION DE LOS ÁRABES.

Título.	Carácter.	Año.	Cánones.	Obispos.
De Elvira.	Nacional.	300 ó 301	81	19 y 26 presbíteros.
I de Zaragoza.	Nacional.	380	8	12
I de Toledo.	Nacional.	516	20	19
I de Tarragona.	Provincial.	517	13	10
I de Gerona.	Provincial.	527	10	7
II de Toledo.	Provincial.	540	5	8
I de Barcelona.	Provincial.	546	10	7
De Lérida.	Provincial.	546	16	8 y un vicario.
De Valencia.	Provincial.	561	6	6 y un vicario.
I de Braga.	Provincial.	572	22	8
II de Braga.	Provincial.	572	10	12
III de Toledo.	Nacional.	589	23	62 y 5 vicarios.
De Narbona.	Provincial.	589	15	7
I de Sevilla.	Provincial.	590	3	8
II de Zaragoza.	Provincial.	592	3	12 y 2 vicarios.
De Huesca.	Provincial.	598	2	Se ignoran.
II de Barcelona.	Provincial.	599	4	12
De Toledo (*sub Gundemaro.*)	Provincial.	610	se ignoran	15
De Egara.	Provincial.	614	se ignoran	11
II de Sevilla.	Provincial.	619	12	8
IV de Toledo.	Nacional.	633	75	62 y 7 vicarios.
V de Toledo.	Nacional.	636	8	22 y 2 vicarios.
VI de Toledo.	Nacional.	638	19	48 y 1 vicario.
VII de Toledo.	Nacional.	646	6	30 y 11 vicarios.
VIII de Toledo.	Nacional.	653	12	52 y 11 vicarios.
IX de Toledo.	Nacional.	655	17	16 y 1 vicario.

Título.	Carácter.	Año.	Cánones.	Obispos.
X de Toledo.	Nacional.	656	7	20 y 5 vicarios.
De Mérida.	Provincial.	666	12	12
XI de Toledo.	Provincial.	675	19	17 y 2 vicarios.
III de Braga.	Provincial.	673	9	8
XII de Toledo.	Nacional.	681	13	35 y 3 vicarios.
XIII de Toledo.	Nacional.	683	13	48 y 26 vicarios.
XIV de Toledo.	Nacional.	684	12	17 y 10 vicarios.
XV de Toledo.	Nacional.	688	2	61 y 5 vicarios.
III de Zaragoza.	Nacional.	691	5	se ignoran.
XVI de Toledo.	Nacional.	693	13	60 y 3 vicarios.
XVII de Toledo.	Nacional.	694	8	Se ignoran.
XVIII de Toledo.	Nacional.	702	No se conservan actas.	Se ignoran.

Estos son los únicos concilios que no son dudosos, y que nos ha parecido conveniente presentar al lector bajo un solo golpe de vista; no obstante que al fin de la obra nos prometemos dar tablas generales, así de concilios como de Pontífices, Patriarcas, escritores eclesiásticos y demas que nos parezca oportuno, para el mejor complemento de nuestro trabajo.

CAPITULO XI.

El emperador Justiniano cae en el error de los incorruptibles.—San Anastasio, patriarca de Antioquía.—Muerte de Justiniano.—Sus defectos y bellas cualidades.—Vicios de Justino.—Invasion de los lombardos en Italia.—Concilios celebrados durante el Pontificado del papa Juan.—Benedicto I, papa.—Concilio quinto de Paris contra Pretextato de Ruan.—Asesinato de Chilperico.—El rey Goutrano protege á Fredegunda y á su hijo Clotario.—Muerte de Benedicto I.—Pelagio II, papa.—Conciliábulo de Grado.—Concilios celebrados durante el Pontificado de Pelagio.—Célebre concilio III de Toledo, en el que el rey Recaredo y su esposa Balda dan parte de su conversion.

El emperador Justiniano, á quien hemos visto muy adherido á la fe católica, cayó en opiniones extravagantes cuando se hallaba en la vejez. Su curiosidad en materias de fe y su empeño en evangelizar sin haber recibido mision para ello (1), le arrastraron á la herejía, habiendo sido los causantes de su desgracia los mismos origenistas á los que él ántes habia perseguido. Llegó á creer como ellos que el cuerpo de Jesucristo no era susceptible de alteracion alguna, ni aun por las más inocentes afecciones naturales, tales como el hambre y la sed: de manera que segun estos origenistas, nacidos de la semilla del eutiquianismo, así durante su vida mortal, como despues de su resurreccion, comia y bebia sin tener necesidad alguna de ello. Cuando Justiniano cayó en este error, se valió de su autoridad y de todos los medios que le fue posible para que los obispos aprobasen tan extravagante doctrina.

Los prelados no podian de manera alguna aprobar, y ántes por el contrario se opusieron á una enseñanza que era enteramente contraria á la fe católica. El santo patriarca Eutiquio trató de hacer conocer al empe-

(1) Evagr. lib 7, cap. 39.

rador lo absurdo de sus errores, presentándole las más claras razones para hacerle comprender que el cuerpo del Salvador no podia llamarse incorruptible, sino en cuanto no fue manchado por el pecado, ni padeció corrupcion en el sepulcro. Justiniano no quiso convencerse, y permaneciendo en el error oscureció la gloria de su antiguo celo. De aquí pasó á las violencias, convirtiéndose en perseguidor del santo patriarca que habia querido abrir sus ojos á la clara y refulgente luz de la verdad. Mandó á un tribuno apoderarse de la casa patriarcal, y le hizo prender miéntras celebraba los divinos oficios.

En vano fue que Eutiquio reclamara los cánones: fue condenado y destituido, y se le condujo á Amasea, metrópoli del Ponto, al monasterio del que habia salido para ocupar su Silla patriarcal. En su lugar eligieron á Juan el Escolástico, siro de nacimiento, encargado de los negocios de la Iglesia de Antioquía en Constantinopla. Muy léjos estaba este apocrisario de parecerse en sentimientos á Anastasio, su patriarca, que habia sucedido á Domnino, y que era de una rectitud extraordinaria. Por su elocuencia, su afabilidad y virtudes se habia ganado la estimacion general y muy particularmente la de Justiniano, que trabajó mucho por ganarle sin haber podido conseguir resultado alguno. Así es que los obispos de Oriente mirábanse en Anastasio como en un espejo, y le tenian por su guia, gloriándose de observar exactamente todas sus máximas y consejos.

Justiniano, que era muy tenaz en sus opiniones cuando se trataba de puntos de religion, no pudiendo sufrir la contradiccion de los obispos de Oriente, que le dijeron seguian el ejemplo de Anastasio, se preparaba á desterrar á este patriarca, pero fue arrebatado de la muerte el 14 de Noviembre de 565, afirmando algunos escritores que se arrepintió á la hora de la muerte de los errores en que habia caido en la vejez. Reinó cuarenta años y murió á los ochenta y cuatro de su edad.

No hay que dudar que Justiniano, aparte de los errores en que cayó en sus últimos tiempos, motivo por el que usó como hemos visto algunas violencias con los obispos, fue de excelentes cualidades, y durante su dilatado reinado dispensó grandes bienes á la religion. Los griegos llegaron á colocarle en sus menologios. Edificó un gran número de iglesias en todo el imperio y muchos hospitales, siendo el más notable de los monumentos que dejó la iglesia patriarcal de Constantinopla, templo magnífico que empezó el gran Constantino y que concluyó Constancio, el cual habia sido destruido por un incendio. Justiniano lo reedificó cuando

por segunda vez y á causa de un espantoso terremoto habia sido nuevamente destruido. Es de los templos más admirables del mundo y hoy sirve de gran mezquita á los sectarios del Koran.

Pocos fueron los sucesos importantes que tuvieron lugar durante el Pontificado de Juan III, siendo el más notable la invasion de los lombardos, que duró cerca de trece años. A Justiniano habia sucedido su sobrino Justino, que si se mostró favorable á la Iglesia y manifestó quererla consolar de los males que su tio la habia causado en los últimos tiempos de su reinado, era al mismo tiempo un príncipe indolente, entregado á los vicios y lleno de avaricia, que quiso hacer dinero hasta de la provision de los obispados. Bien pronto este emperador, tan cobarde como vicioso, fue despreciado de todos, y hasta los mismos bárbaros odiándole se propusieron alcanzar la gloria de echar por tierra el poder del que subyugaba á los romanos. Los lombardos, que hacia cuatro siglos vivian en la Panonia sin haber emprendido ninguna clase de conquistas, conducidos por su rey Alboino, entraron en Italia por Venecia y se apoderaron de todas aquellas provincias hasta más allá de la Toscana, á excepcion de Roma, Ravena y algunas otras plazas fuertes (1). Los lombardos, que eran de orígen escandinavos, profesaban el arrianismo; pero con ellos iban muchos bárbaros, panonios, búlgaros y suevos, que en su mayor parte eran paganos.

El papa Juan III, que reinó doce años, once meses y veinte y seis dias, y murió en 13 de Julio de 573, creó en dos ordenaciones sesenta y un obispos, treinta y ocho presbíteros y trece diáconos.

Durante su pontificado se celebraron varios concilios en diferentes puntos, y fueron los siguientes: El de Landaff, en el país de Gales, y en el cual se excomulgó á Murico, rey de Clamorgan, por haber muerto al rey Cinetu, no obstante la paz que habian jurado juntos sobre las santas reliquias. La misma pena se aplicó al rey Morcant, que habia muerto á Frioc, su tio, despues de haberle jurado la paz del mismo modo, y tambien se pronunció sentencia de excomunion contra el rey Guidmerto por haber hecho dar muerte á su hermano disputándole la corona. Estos tres príncipes repararon sus crímenes con una sincera penitencia.

En Saintes se celebró otro por Leoncio, obispo de Burdeos, y en él fue depuesto Emerio, que habia sido colocado por Clotario I en la Silla

(1) Paul. D. 2. c. 31.

episcopal de Saintes, sin conocimiento del metropolitano, poniendo en su lugar á Heraclio. Chereverto, hijo de Clotario I, llevó muy á mal la disposicion de este concilio, y castigó á los obispos que lo celebraron, manteniendo en su Sede á Emerio y condenando á Leoncio á una multa de mil monedas de oro, y á los demas obispos á otras multas proporcionadas á sus respectivas facultades.

En Constantinopla, en 565, se reunió una asamblea de obispos, los cuales para lisonjear al emperador Justiniano condenaron al patriarca Eutiquio, que como hemos dicho ántes se oponia á la falsa doctrina de este príncipe acerca de la pretendida incorruptibilidad de la carne de Jesucristo ántes y despues de la resurreccion. Esta reunion ó asamblea de obispos no fue reconocida por la Iglesia como verdadero concilio.

San Niceto en 566 reunió otro concilio en Lyon, que es el segundo de esta ciudad, al cual asistieron ocho obispos, y seis por medio de diputados, y se decretaron seis cánones.

En Tours se reunió otro el 17 de Noviembre de 567; asistieron nueve obispos y se formaron en él veinte y siete cánones y algunos reglamentos relativos á la disciplina y ceremonias de la Iglesia. El tercer cánon está encabezado con estas palabras: *Ut corpus Domini, non imaginario ordine, sed sub crucis titulo, componatur.* Algunas dudas ha ofrecido el sentido de estas palabras; empero la explicacion más verosímil es que no deben colocarse sobre el altar de un modo arbitrario las hostias ofrecidas por los fieles, sino disponerse en forma de cruz.

Tales fueron los concilios celebrados durante el pontificado del papa Juan III. Por muerte de este la Sede Apostólica estuvo vacante diez meses y veinte dias, dilacion que no nos sorprende atendidas las causas que ya hemos expuesto y los grandes disturbios que por aquella época promovieron los lombardos en la Italia.

Pasado el tiempo dicho fue elegido

Benedicto I, romano de nacimiento, llamado por sobrenombre Bonoso. Tuvo lugar esta eleccion el 3 de Junio de 574.

Durante este pontificado se celebró en Paris un concilio que fue el quinto de esta ciudad. Chilperico hizo reunir esta asamblea, en la cual se constituyó acusador de Pretextato, obispo de Ruan, el cual se habia compadecido de sus desgracias: sin embargo, el rey pretextó para su acusacion que habia favorecido la rebelion de su hijo Meroveo. Presentóse el rey Chilperico en el concilio, que estaba formado por cuarenta y cinco obispos, y á presencia de todos ellos dirigió su voz á Pretextato,

y le habló de este modo: «¿En qué habeis pensado, prelado temerario, cuando casásteis con su tia á Meroveo, mi enemigo más bien que mi hijo? ¿Ignorábais las reglas cánonicas sobre esta materia? Pero no os contentásteis con esto, sino que tratásteis de sobornar á mis súbditos con dinero para que mi corona pasase á la cabeza de otro.» En consecuencia pidió que se pronunciase contra Pretextato las maldiciones contenidas en el salmo 108, ó bien que por sentencia de los obispos fuese para siempre separado de la comunion. Contra la falsedad de tales acusaciones reclamó el prelado acusado, pero sus enemigos dijeron que presentarian inmediatamente las pruebas, y estas se redujeron á mostrar á la asamblea algunos regalos que el obispo habia hecho, en lo cual convino Pretextato, pero negando resueltamente que por tal medio hubiese intentado provocar rebelion de ninguna clase. Los obispos no pudieron dejar de conocer la iniquidad de la trama urdida contra su colega, y un simple arcediano de la iglesia de Paris, llamado Aecio, despues que hubo salido el rey se levantó en la asamblea, y con la mayor energía se expresó de este modo: «Reflexionad bien, ó príncipe de la Iglesia, que del paso que vais á dar en pro ó en contra de vuestro hermano depende vuestra gloria ó vuestro eterno oprobio.» El virtuoso Gregorio, arzobispo de Tours, apoyó lo que acababa de decir el arcediano Aecio, y aun le excedió en el celo para animar el valor de los obispos.

Como quiera que nunca faltan, al rededor de los príncipes, miserables aduladores, no faltó quien dijese al rey Chilperico cuanto habia hecho Gregorio de Tours por evitar la condenacion de Pretextato. Así pues, dicho rey irritado contra Gregorio, le hizo llamar á su presencia y le dijo: «Obispo, si vuestro santo carácter os obliga á hacer justicia á todos, ¿por qué me la negais á mi? Vos justificais harto bien el proverbio de que el ave de rapiña nunca saca los ojos á sus semejantes.» La contestacion de Gregorio fue digna de su nombre y reputacion. «Príncipe, le dijo, si alguno de nosotros se aparta de los caminos de la justicia, teneis en vuestra mano el poder para hacerle volver á ellos; pero si os apartais vos mismo, ¿quién os reducirá? Nosotros no tenemos mas poder que el de la palabra, que vos escuchais si os place; pero si cerrais los oidos á ella, ¿quién os condenará sino Aquel que es la regla y el apoyo de toda justicia?» Al oir estas palabras insistió el rey y hasta llegó á amenazar al prelado, pero este le habló con tanta viveza de los juicios de Dios y de la cuenta que se lo habia de exigir en el tribunal de la di-

vina justicia, que Chilperico, que era de buenos sentimientos y que si obraba de tal modo era porque á ello le arrastraba Fredegunda, procuró aplacar al santo prodigándole mil halagos, sentándole con él á su mesa, pues que era la hora en que acostumbraba comer; en suma, Chilperico llegó á prometerle hasta con juramento que no quitaria la libertad al concilio, ni exigiria cosa alguna que no fuese conforme á los sagrados cánones.

Fredegunda, que no estaba conforme con esta promesa del rey, llegada que fue la noche envió un confidente á Gregorio, ofreciéndole hasta doscientas libras, con tal de que dejase condenar á Pretextato, asegurándole que tenia seguro el voto de los demas obispos: rechazó Gregorio aquella criminal oferta, contestando muy dignamente que aunque le dieran por millares las piezas de oro y plata, nunca haria mas que aquello que fuese conforme á los sagrados cánones y lo que le dictase su conciencia.

La gran debilidad de carácter de Chilperico se deja comprender de las palabras que pronunció en la segunda sesion del concilio, á la que asistió con el objeto de ver si pudiera convencer á Pretextato de alguna de las culpas de que se le acusaba. Viendo que no daban resultado alguno sus esfuerzos, se dirigió á algunos de sus confidentes, á los cuales dijo: «Conozco que el acusado dice verdad; pero ¿qué haré yo para dar gusto á la reina?» Quedó pensativo, y despues de reflexionar algunos momentos, les dijo: «Id y decid á Pretextato, como cosa vuestra, que yo soy de buenos sentimientos y fácil de perdonar; que se humille en mi presencia, confesando lo que se le atribuye, y obtendrá en seguida el perdon.» Así lo dijeron á Pretextato, el cual temeroso de las iras de la reina Fredegunda, cayó en el lazo que se le habia tendido. Al dia siguiente, estando reunidos todos los obispos y presente el rey, se prosternó en tierra y confesó todo aquello de que se le acusaba. Chilperico obró entónces del modo más infame; pidió que se rajasen sus vestiduras y se lanzase sobre él la excomunion. En vano fue que Gregorio, el santo arzobispo de Tours, exigiese al rey el cumplimiento de su palabra, de no pedir nada que fuese contrario á los cánones. Pretextato fue conducido á la cárcel y más tarde desterrado. A consecuencia de un complot tramado por varios particulares fue colocado Milanio en la Sede de Ruan, y de este hecho se valió Fredegunda para sostener que Pretextato habia sido depuesto.

La divina justicia se propuso castigar la impiedad é infamia de aquella

mujer, y en el espacio de pocos meses murieron de contagio sus tres hijos, y creyendo que Clodoveo, su primer hermano de otro matrimonio, los habia envenenado, le hizo asesinar sin demora. El peso de sus desgracias le hizo conocer sus maldades, de tal modo que vertiendo lágrimas de desconsuelo poco tiempo despues de su último crímen, dijo á su marido: «A pesar de nuestras maldades, Dios nos ha dejado hasta el presente sin castigo; pero ved aquí que nos hiere por la parte más sensible quitando la vida á nuestros hijos; procuremos, pues, ser buenos en adelante para cortar su justa cólera, y repartamos en limosnas los grandes tesoros que hemos amontonado con nuestra dureza é insensibilidad (1).» El rey Chilperico, que no pudo ménos de comprender la verdad que encerraba el razonamiento de su esposa, y que al lado de una mujer virtuosa hubiera sido justo y benéfico, disminuyó los impuestos que pesaban sobre su pueblo y repartió abundantes limosnas entre los pobres.

La reina volvió á ser madre, y dió á luz un príncipe que reinó despues sobre todos los franceses con el nombre de Clotario II. Al poco tiempo Chilperico, volviendo un dia de caza, su ejercicio y diversion favorita, fue asesinado sin que pudiese ser descubierto el autor de este crímen espantoso. Con este motivo la autoridad pasó al rey Goutrano, el que se apoderó de la ciudad de Paris, é hizo reconocer al niño Clotario, que sólo contaba cuatro meses de edad, por rey de Soisons y de todas las provincias que habian pertenecido á su padre Chilperico.

Ningun otro acontecimiento de importancia encontramos durante el Pontificado de Benedicto I, que fue el que sacó de un monasterio á Gregorio (despues San Gregorio el Magno), haciéndole cardenal diácono. Benedicto, á imitacion de sus antecesores, confirmó el quinto concilio general, segun asegura Noris. En una ordenacion en Diciembre creó veinte obispos, quince presbíteros y tres diáconos. Gobernó la Iglesia cuatro años, un mes y veinte y ocho dias, y murió el 30 de Julio de 578, siendo enterrado en el Vaticano. Despues de una vacante de cuatro meses fue elegido

PELAGIO II, que era hijo de Virigildo, godo, teniendo lugar su nombramiento para la suprema dignidad de la Iglesia el 30 de Noviembre de 578. Por la circunstancia de que los lombardos sitiaban estrechamen-

(1) G egor. Turon. lib. V Histor, c. 35.

te á Roma, no se aguardó en esta ocasion el consentimiento del emperador.

«A consecuencia de esta desgracia, dice Artaud de Montor, gozó más ámpliamente de su derecho, que el estado de cosas no permitia disputarle; tanto es cierto que las desgracias producen muchas veces ventajas. Roma sitiada no estaba defendida por el exarca, lugarteniente del imperio en Italia, que bastante tenia que hacer defendiéndose asimismo en Ravena: por otra parte, la privacion de un pontífice hubiera sido una nueva afliccion. Sin embargo, despues de las vicisitudes de la guerra, se consagró á Pelagio, hombre distinguido por su prudencia, moderacion y virtudes. Habiendo saqueado los lombardos la abadía de Monte Casino, los hijos de San Benito se vieron precisados á refugiarse en Roma. Para detener la incursion de estos pueblos el Papa dió ámplios poderes á Gregorio, apocrisario en Constantinopla, que empezaba entónces su carrera clerical, y que es el mismo que debia merecer el nombre de grande y santo (1).»

Como quiera que la metrópoli de Aquilea fuese inquietada por los lombardos, Pelagio permitió al arzobispo que trasladara aquella metrópoli á Grado. Para el objeto de esta traslacion, el patriarca Elías congregó un concilio en la isla de Grado en 3 de Noviembre de 579. En esta asamblea, compuesta de obispos cismáticos, figuró el sacerdote Lorenzo, portador de las cartas del papa Pelagio, confirmando la traslacion que ellos no habian pedido y que querian decretar por sí mismos. Los prelados allí reunidos insistieron en su oposicion al quinto concilio general. No hay que decir que este concilio no ha sido aprobado y que por lo tanto no merece otro nombre que el de conciliábulo.

En esta asamblea juraron no admitir jamás el quinto concilio general, llevando por objeto no inferir perjuicio al concilio de Calcedonia. En vano Pelagio les anuncia por medio de legados y cartas que los *Tres Capítulos* estaban justamente condenados, y que en esto no habia recibido ofensa alguna el concilio de Calcedonia. Nada consiguió el Supremo Pastor de la Iglesia, que por último recurrió al exarca, residente en Ravena, para que trabajase á fin de volver á aquellos obispos á su deber. Este recurso extremo tampoco podia dar feliz resultado, porque, como dice un historiador, recurrir á aquel exarca era desgraciadamente recurrir á la impotencia ó al doblez.

---

(1) Artaud de Montor. tom I, pag. 215.

El Pontificado de Pelagio II fue fecundo en concilios, por mas que no se celebrase ninguno general. Hé aquí los que se reunieron segun las crónicas más apreciables:

1.° El de *Berni*, en 580. Esta poblacion estaba situada cerca de Compiegne, y en este concilio Gregorio de Tours fue justificado por su propio juramento de una acusacion que el conde Leudaste habia dirigido contra su persona.

2.° El de *Alejandría*, en 581, por San Eulogio, acerca de la disciplina.

En 581 ó 582 los arrianos hicieron un conciliábulo en Toledo, en el que el rey Euvigildo prohibió que volviesen á bautizarse los católicos que abrazasen el arrianismo.

3.° El I de *Macon*, reunido en 1.° de Noviembre de 582, segun la más comun opinion. Asistieron veinte y un obispos y se decretaron diez y nueve cánones, de los cuales el sexto es el más antiguo monumento, segun Rivet, en el que el título de arzobispo haya sido dado á los metropolitanos. Sin embargo hay que tener en cuenta que San Cesáreo de Arlés, muerto en 542, da en su testamento la propia denominacion á su sucesor (1). Y es ademas indudable que hasta el año 800 no fueron todos los metropolitanos de Occidente condecorados con aquel título. El cánon nono del mismo concilio ordena que se ayune todos los miércoles y viérnes, desde la festividad de San Martin hasta el dia de Navidad, y que durante estos dias se celebre el santo sacrificio de la Misa como se hace en la cuaresma *ordine quadragesimale*. Este concilio lleva la data de XV indiccion.

4.° El III de *Lion*, en Mayo de 583. Asistieron ocho obispos con doce diputados, y se decretaron seis cánones, ordenándose en el último de ellos que en cada ciudad debia haber un lugar separado para los leprosos, alimentados y vestidos á costa de la Iglesia; de lo que se deduce que en Francia reinaba mucho la lepra ántes de la predicacion de las cruzadas.

Algun autor habla de un concilio celebrado en Valencia en 23 de Mayo del 585, al que asistieron diez y siete obispos que confirmaron las donaciones hechas á las Iglesias por el rey Goutran, la reina su esposa y sus dos hijas, que se habian consagrado á Dios. Este concilio no lo hemos incluido en el cuadro de concilios españoles que hemos presentado

(1) Baronio, *ad an.* 508 Le Cointe, *ad an.* 512, y el P. Longueval, tom. III, pág. 173.

en el capítulo anterior por no haberlo encontrado en las colecciones de concilios españoles.

5.º El II de *Macon*, reunido el 23 de Octubre de 585, y presidido por Prisco, obispo de Lion, á quien las actas dan el título de patriarca, conforme se daba entónces á todos los metropolitanos en Occidente. Asistieron cuarenta y tres obispos é hicieron veinte cánones, de los cuales el primero dispone la suspension de toda obra servil y de toda clase de litigios en los dias de domingo. Este cánon fue apoyado por el rey Gontran, que publicó un edicto mandando su observancia. El segundo cánon prohibe bautizar fuera del tiempo de Páscua, á ménos de haber necesidad de ello; y por el quinto se dispone que se paguen los diezmos á la Iglesia, bajo pena de excomunion. En el sexto se ordena que los sacerdotes celebren la misa estando en ayunas, á excepcion del dia de la Cena del Señor. Esta disposicion nos revela la costumbre que existia entónces de celebrar la misa la noche del juéves santo, despues de la cena, para conformarse mejor con la institucion del Santísimo Sacramento. En este concilio fue depuesto Faustino de Dax, que habia sido ordenado obispo por la autoridad de Gondebaud. Entre los nombres de los que suscribieron sus actas se ven los de dos obispos que no tenian Sede. Eran estos Promoto, ordenado obispo de Chateaudun contra las reglas de la Iglesia, y que fue más tarde depuesto por el concilio de París, y Frotino, obispo de Adge, que fue tambien destituido por los godos.

6.º El de *Auxerre*, presidido por Aunacario, y en el que se hicieron cuarenta y cinco cánones, que parece fueron dictados enteramente para la ejecucion del concilio precedente. La primera de sus disposiciones está encabezada con estas palabras: *Non licet kalendis januarii cervulo aut vetula (vitula) facere.* El objeto de este cánon es desterrar la costumbre pagana que autorizaba para disfrazarse de ciervo, toro ú otro animal el dia primero de enero.

7.º El de *Clermont*, en 587 ó inmediatos, en Auvernia, en el que se terminaron las cuestiones suscitadas entre Inocencio de Rodez y Ursicino de Cahors, respecto á unas parroquias que ambos se atribuian.

8.º Uno en *Constantinopla* en Junio de 588, en el que fue justificado Gregorio, patriarca de Antioquía, de los crímenes que se le imputaban, y Juan el Ayunador se hizo dar el título de patriarca ecuménico.

9.º El III de *Toledo*, del que nos ocuparemos más detenidamente al terminar esta reseña.

10. El *Narbonense*, reunido en 1.° de Noviembre de 589. Hiciéronse en él varios reglamentos de disciplina, de los cuales el quinto proscribe un resto del paganismo, que consistia en abstenerse de trabajar el juéves, porque estaba consagrado á Júpiter.

11.. En *Alejandría*, con motivo de dar una explicacion al versículo 15 del cap. XVIII del Deuteronomio, que los judíos aplicaban á Josué y los samaritanos á un cierto Dositeo, contemporáneo de Simon Mago, San Eulogio, patriarca de Alejandría, reunió varios obispos, á la cabeza de los cuales, despues de un maduro y detenido exámen, decidió que el versículo se referia á Jesucristo.

12. Concilio *Pictaviense*, en el año 590, y en el cual Crodiela, hija del rey Quereberto, y Basina, religiosas de Santa Cruz de Poitiers, fueron excomulgadas por haber negado la obediencia á su abadesa.

13. En *Saurci* ó Sourci, á tres leguas de Soisson hácia el norte, en 590. En él se permitió á Droctegisilo, obispo de Soisson, que volviese á ocupar su Silla episcopal, de la que hacia cuatro años le habian obligado á alejarse los obispos de la provincia á causa de ser dado á la embriaguez. (Greg. Turon. I, IX, n. 37.)

14. En *Metz*, en 590. Gil, arzobispo de Reims, fue depuesto y desterrado como culpable de delito de lesa majestad. Crodiela y Basina fueron absueltas de la excomunion que lanzó contra ellas el concilio *Pictaviense* celebrado el mismo año. La primera fue enviada á una tierra que le dió el rey su padre, y la segunda volvió á entrar en su convento.

15. En *Gevodan*, en las inmediaciones del lugar donde hoy se halla la ciudad de Marvejols. Fue condenada Tetradia, esposa de Eulalio, conde de Auvernia, por haber sido concubina del conde Didier, durante la vida de su esposo, imponiéndole por castigo que entregase á su esposo de sus propios bienes cuatro veces tanto como habia aportado al matrimonio, y la nota de bastardos á los hijos que habia tenido del conde Didier. (Vaissete, tom. I, pág. 317.)

Tales fueron los concilios celebrados durante el Pontificado de Pelagio II. Vamos á ocuparnos del III de Toledo, que ya hemos incluido en la anterior cronología.

Pasando por alto importantes acontecimientos de la Historia de España y del reinado de Recaredo, en obsequio de la brevedad, y fijándonos tan sólo en lo que dice órden á los asuntos puramente religiosos, consignaremos que una vez sentado Recaredo con tranquilidad en el trono de su padre, dedicó su atencion preferentemente á los asuntos

de la Iglesia, siendo testimonio de esta verdad la celebracion del concilio III de Toledo, asamblea respetabilísima, no solamente por su objeto y sábias disposiciones, sino tambien por el gran número de obispos que asistieron.

Inauguróse la celebracion de este concilio en los primeros dias del mes de Mayo del año 589, y este sínodo será siempre muy glorioso en los fastos de la Iglesia de España por la circunstancia de haberse declarado en él el catolicismo como religion del Estado. Fue presidido por el anciano Massona, metropolitano de Mérida. Fue reunido á invitacion de Recaredo, y aunque las crónicas no todas están conformes con respecto á los nombres y vicarios que suscribieron las actas, vamos á seguir las explicaciones que encontramos más fundadas. Consignamos los nombres de los prelados y vicarios, poniendo entre paréntesis las anunciadas explicaciones á cada uno de ellos.

Los metropolitanos fueron cinco, á saber: Massona de Mérida, Eufemio de Toledo, Leandro de Sevilla, Migesio ó Misecio de Narbona y Pantardo de Braga. Este suscribió en nombre de Nigisio ó Nitigisio, obispo de Lugo.

Siguen luego las firmas de los obispos en el órden siguiente:

Ugno de Barcelona.

Murila ó Maurila de Palencia.

Audonio ó Abdon. (La suscripcion de este dice así: *Audonius in Christi nomine Ecclesiæ Oretanæ Episcopus, his constitutionibus quibus interfui, annuens subscripsi.* La poblacion donde radicaba esta Sede está destruida; era Oreto, ciudad de la Mancha á dos leguas de Almagro.)

Sedato ó Seducto. (Este era obispo de Beterris en la Galia Narbonense.)

Palmacio. (Era obispo de Pace en la Lusitania.)

Juan de Mentesa. (Mentesa es el pueblo que hoy lleva el nombre de la Guardia, en la provincia de Jaen.)

Mutto de Setabi. (Es Setabi la ciudad que hoy se llama San Felipe de Játiva, perteneciente al reino y arzobispado de Valencia.)

Pedro de Ossonova. (Es la ciudad de Estoy, en el reino de Portugal.)

Estéban de Tarazona.

Gabino de Huesca.

Neufila de Tuy.

Paulo. (*Paulus Olisipponensis Ecclesiæ Episcopus subscripsi*. No nos es fácil señalar el nombre que lleva hoy esta poblacion.)

Sofronio de Tarrassa.

Juan de Egabro. (Es hoy Egabro la poblacion conocida con el nombre de Cabra en la provincia de Córdoba.)

Benenato. (Es muy inseguro señalar la Iglesia Elenense, á que pertenecia Benenato.

Polibio de Lérida.

Juan de Dume. (Dume ó Dumio, en Galicia.)

Próculo de Segorbe.

Ermarico. (La Iglesia Laniobrense, á que pertenecia Ermarico, es inseguro el señalarla ni aun atendiendo á las enmiendas *Lanibrensis*, *Liborensis* y *Lactorensis*.)

Simplicio de Zaragoza.

Constancio. (Este era obispo de Porto. Pero es menester tener presente que entónces se contaban en España tres poblaciones llamadas *Portus*, á saber: *Portus Magnus*, que es Almería; *Portus Menesthei*, que es el Puerto de Santa María, á dos leguas por mar de la ciudad de Cádiz, á cuya provincia pertenece, y en lo religioso al arzobispo de Sevilla, y *Portus Victoriæ*, que es Santoña, en la provincia de Santander. No sabemos, pues, cuál de estas seria la Iglesia de Constancio.)

Simplicio de Urgel.

Asterio de Auca. (Auca era la poblacion que hoy lleva el nombre de Villafranca de Montes de Oca en la provincia de Búrgos.)

Agapio de Córdoba.

Estéban de Elvira.

Pedro. (Dice la suscripcion Pedro Arcavicense, y se cree sea Arcos de la Frontera en la provincia de Cádiz, donde radicaba dicha Sede.)

Wiligísculo ó Ubiligísculo de Valencia.

Juan. (Si bien en la suscripcion se lee el título de *Velense*, el Padre Florez lo interpreta por *Valeriense*, en cuyo caso deberá entenderse relativa á la Iglesia de Valeria, que es Valera de Arriba en la provincia de Cuenca.)

Sunila de Visco.

Felipe de Lamego.

Aquilino de Ausona. (Es hoy la ciudad de Vich en Cataluña.)

Domingo de Iria. (Padron, en la Coruña.)

Sergio de Carcasona.

Basilio de Ilipa. (Ilipa ó Julipa, antiguo municipio romano, hoy Zalamea de la Serena en la provincia de Badajoz.)

Eulalio de Itálica.

Julian de Tortosa.

Froisclo de Tortosa (1).

Teodoro de Basti. (Baza en la provincia de Granada, obispado de Guadix.)

Pedro de Abdera. (Adra en la provincia de Almería.)

Becilla de Lugo.

Pedro de Segovia.

Gardingo de Tuy.

Tigridio. (Obispo Agatense, que corresponde á Agate en la Galia Narbonense.)

Argiovito. (Era tambien obispo de Porto.)

Lilliolo de Acci. (Guadix en la provincia de Granada.)

Celsino de Valencia.

Teuderico de Castulon. (Es la arruinada Cazlona en la provincia de Jaen.)

Velato de Tucci. (Mártos en la provincia de Jaen.)

Protogenes de Sagunto.

Muminio de Calahorra.

Alicio de Gerona.

Possidonio. (Pertenecia Possidonio á la Iglesia Eminiense, cuya situacion nos es desconocida.)

Talasio de Astorga.

Agrippino. (La Iglesia Lutubense, con cuyo título suscribe Agrippino, estaba situada en la Galia Narbonense.)

Liliolo de Pamplona, y

Jacinto de Coria.

---

(1) No debe extrañarse que haya dos obispos que lleven el nombre de una misma Iglesia, puesto que uno de los dos ha de ser arriano convertido. Los prelados que habian formado causa comun con Leovigildo, ocupando las Sedes vacantes por destierro de los obispos católicos, fueron conservados en su dignidad cuando á imitacion de Recaredo abjuraron el arrianismo convirtiéndose al catolicismo. Así se comprende por las suscripciones de este concilio, que se diferencian en sus términos y dejan conocer quienes habian sido los arrianos. Ya ha visto el lector la suscripcion de Andonio, obispo de Oreto. Hé aquí la de otro obispo arriano: *Ugnus in Christi nomine Episcopus, anathematizans hæresis arrianæ dogmata, superius damnata, Fidem hanc Sanctam Catholicam, quam in Ecclesiam Catholicam veniens credidi, manu mea de toto corde subscripsi.* De este modo sabemos que los obispos que habian sido arrianos, y que eran recien convertidos á la fe, fueron Ugno, Murila, Wiligisculo, Sunila, Froisclo, Becilla, Gardingo y Argiovito. Las Sedes que daban título á dos obispos eran las de Tortosa, Porto, Lugo y Valencia.

Tales fueron los prelados asistentes al concilio. Despues de sus suscripciones se encuentran las de los vicarios que se expresan á continuacion: Galano, arcipreste de Ampurias, en nombre de Fructuoso; Servando, diácono de Ecija, en nombre de Pegasio; Hildemiro, arcipreste de Orense, en nombre de Boecio, y Valeriano en nombre de Pelagio, que era obispo de la Iglesia Nemasense, cuya situacion es muy dificultoso el poder señalar.

En el momento, pues, que se hubieron reunido dichos obispos y vicarios, presentóse ante tan numerosa y venerable asamblea el rey Recaredo con su esposa Balda y toda su corte; y ambos consortes, despues de dar cuenta de su conversion al catolicismo, abjuraron nuevamente la herejía arriana, manifestando que reconocian y profesaban la fe católica y el símbolo de Nicea, y el rey pidió en seguida á los Padres que diesen gracias á Dios por la conversion de los visigodos y al mismo tiempo que se dedicasen con asiduidad á restaurar la disciplina eclesiástica, cuya observancia naturalmente se habia resentido á causa de la falta de concilios y de los tristes resultados del anterior reinado. El noble ejemplo de Recaredo fue imitado por los prelados y próceres del reino, que tambien abjuraron la herejía ante la santa asamblea. Grandes fueron las aclamaciones que los Padres dirigieron llenos de regocijo al rey, segun se lee en las actas del concilio, y dispusieron tres dias de ayuno y de oracion como digna preparacion para las tareas á que iban á entregarse. Despues de dichos tres dias se reunieron de nuevo con asistencia de Recaredo, el cual les entregó un escrito en el que exponia la doctrina que profesaba, autorizándola con las decisiones de los cuatro concilios generales de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia. Una vez admitida por el concilio la profesion de fe, así el rey como los obispos arria- y los próceres del reino la repitieron en alta voz, firmándola en seguida. Hé aquí los términos con los cuales el concilio manifestó la satisfaccion que experimentaba: «Gloria á Nuestro Señor Jesucristo, Dios, que por el valor de su preciosísima sangre congregó de todas las naciones su santísima Iglesia. Gloria á Nuestro Señor Jesucristo, Dios, que unió á la verdadera fe á tan ilustre gente de los godos, haciendo de todos un solo rebaño debajo de un pastor. ¿A quién sino al verdaderamente rey católico Recaredo dará Dios eterna corona? Él ha sido el que aumentó nuevos prelados á la Iglesia: merezca mérito verdaderamente apostólico, pues cumplió con el oficio de apóstol; sea amable á Dios y á los hombres, pues tan maravillosamente glorificó á Dios en la tierra, y sea así



El rey Recaredo con su esposa la reina Balda dando parte de su conversion ante el concilio III. de Toledo.

por Nuestro Señor Jesucristo, que con Dios Padre vive y reina en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.»

Admitiéronse en seguida al concilio los obispos que habian abjurado el arrianismo, y el rey suplicó que se mandase en los cánones que habian de decretarse que se cantase el símbolo en la Misa, como en efecto se hizo.

Los veinte y tres cánones que se decretaron fueron los siguientes:

1.° Que se tenga por prohibido todo lo que prohiben los concilios anteriores, y se tenga por mandado todo cuanto aquellos dejaron prescrito.

2.° Que se recite el símbolo en el Santo Sacrificio de la Misa.

3.° Que el obispo no pueda enajenar los bienes de su Iglesia.

4.° Que pueda convertir en monasterio alguna de sus parroquias, aplicándole lo que no haga falta á su Iglesia.

5.° Que los obispos ó clérigos convertidos no cohabiten con sus mujeres, determinando que se redujese al grado de lector al que conociere de nuevo á su mujer; que sean castigados con arreglo á los cánones los antiguos católicos, si viviese con ellos alguna mujer sospechosa, siendo esta vendida por el obispo para repartir su precio entre los pobres.

6.° Que los esclavos libertados por el obispo sean libres, pero sin emanciparse del patrocinio de la Iglesia.

7.° Que en la mesa de los sacerdotes se lea algun libro sagrado, para evitar de este modo conversaciones ociosas.

8.° Que ningun clérigo codicie los donados aplicados por el rey al servicio de la Iglesia. (Este cánon, como dice Florez, es dificultoso de entenderse, aunque él mismo dice que donados eran unos empleados establecidos por el rey para administrar el fisco eclesiástico.)

9.° Que las iglesias de los arrianos ya convertidos pertenezcan junto con sus bienes al obispo de cuya Sede eran parroquias.

10. Que nádie impida el propósito de guardar castidad á las viudas y doncellas; y si quisiesen casarse, lo efectuen con quien ellas quisieren, sin que sean obligadas contra su propia voluntad.

11. Que los penitentes se atengan á las reglas prescritas en los antiguos cánones.

12. Que se corten el cabello ó muden el vestido los que hayan de hacer penitencia.

13. Que no pueda un clérigo pleitear contra otro ante un juez seglar, sino ante su obispo.

14. Que los judíos no tengan mujer, manceba ó esclava cristiana, y si de ellas tuvieran algun hijo, sea bautizado; tampoco obtengan cargos públicos.

15. Que si el siervo del obispo fundare y dotare alguna iglesia, procure el obispo que este acto sea ratificado por la autoridad real.

16. Que el sacerdote, el juez y el señor procuren destruir completamente la idolatría.

17. Que sean castigados los que dieren muerte á sus hijos, como quiera que algunos lo hacian para volverse á casar.

18. Que no pudiendo celebrarse anualmente dos concilios, concurriesen á uno los obispos y jueces.

19. Que las dotaciones y bienes de las iglesias correspondan á la jurisdiccion del obispo y sean administrados por el mismo.

20. Que los obispos, léjos de imponer nuevos cargos ó exacciones á sus parroquias, observen moderacion con ellas, en conformidad á lo dispuesto por los cánones.

21. Que los jueces no molesten con servidumbres á los siervos de las iglesias.

22. Que los cadáveres de los religiosos sean llevados á la sepultura cantándoles salmos, dejando la costumbre de golpearse los pechos y entonar los cánticos que estaban en uso.

23. Que en la celebracion de las fiestas de los santos no se permitan danzas ni cantares obscenos.

Estas fueron las disposiciones del concilio III de Toledo, cuyas actas firmó Recaredo, no para darle validez, que no necesitan para ello los concilios la sancion de los reyes, sino para mostrar su adhesion á cuanto se habia acordado por los Padres.

Las actas de este célebre concilio fueron enviadas á Roma por Recaredo, que hizo ponerlas en manos del Sumo Pontífice, que lo era ya cuando llegaron á aquella capital San Gregorio el Magno, y la acompañó con magníficos regalos, entre ellos un cáliz de oro para la iglesia de San Pedro, y el Papa á su vez envió á Recaredo otros ricos presentes, entre los que se contaba un fragmento del *lignum Crucis*.

Vamos á ocuparnos de la última época del Pontificado del papa Pelagio II. Presentóse en Roma una peste extraordinaria, de las más violentas que se han conocido, y tanto que, como asegura Feller, muchos morian al estornudar, de donde vino la costumbre de decir: *Dios os asista* ó *Dios os ayude*, cuando alguno estornuda, que aun se usa entre nosotros.

El papa Pelagio murió de esta peste en 8 de Febrero del año 590. Segun Artaud de Montor, fue el primer Papa que en los diplomas de su cancillería marcó el tiempo por las indicaciones que Constantino el Grande habia instituido en 24 de Setiembre de 312, y que forman, como es sabido, un curso de quince años, terminados los cuales, se vuelve á empezar contando desde la primera indicacion.

Creó en dos ordenaciones cuarenta y ocho obispos, ochenta y dos presbíteros y ocho diáconos. Gobernó la Iglesia doce años, dos meses y diez dias. Fue tan amante de los pobres, y muy particularmente de los que eran ancianos, que los habia albergado en tan gran número en sus palacios, que como dice el historiador citado, parecian hospicios. Su cuerpo fue enterrado en el Vaticano. La vacante duró seis meses y veinte y cinco dias, siendo nombrado para sucederle

San Gregorio el Magno, verdaderamente grande por su sabiduría, por su caridad, por su modestia y por las demas virtudes que le adornaban, y que le hacen digno de ocupar un distinguidísimo lugar en la Historia de la Iglesia, que le reconoce por uno de sus doctores. Dios le suscitó en tiempos calamitosos, cuando la ciudad eterna recibia insultos de los exarcas que los emperadores de Oriente sostenian en Ravena, única posesion de alguna importancia que les quedaba cerca de Roma, y tambien por parte de los vándalos y de los lombardos. La Iglesia necesitaba un Jefe del temple de alma de San Gregorio, y por esto se lo concedió Jesucristo, para que se cumpliese entónces su promesa, como siempre se ha cumplido, de que las puertas del infierno no prevalecerian contra ella. Vamos á ocuparnos de este gran Pontífice y de los hechos que tuvieron lugar durante el tiempo de su Pontificado.

CAPITULO XII.

Virtudes de San Gregorio el Magno.—Su celo por la conversion de la Inglaterra.—Noticias de su juventud.—Emplea los inmensos bienes que hereda de su padre en la fundacion de seis monasterios.—Se hace monje.—Contra su voluntad es elevado al supremo Pontificado.—Cesacion de la peste que afligia á Roma.—Su Pastoral.—Carta á los patriarcas de Oriente.—Concilio de Sevilla —Concilios romanos.—Id. de Zaragoza.—Id. de Chalons-sur-Saone.—Rectifica San Gregorio algunos ejemplares del concilio de Éfeso.—Escribe á Juan el Ayunador.—Impide que este patriarca se abrogue el título de obispo universal.—Sucesos que tuvieron lugar hasta el fin del siglo VI.—Nuevos concilios.

Para que se comprenda á primera vista toda la grandeza de alma de San Gregorio el Magno, último pontífice del siglo VI y primero del VII, daremos principio por consignar el hecho siguiente, que refieren los cronistas é historiadores. Siendo arcediano de Roma, se habia captado la estimacion general por sus virtudes, su caridad y las luces con que el cielo le habia favorecido. Pasaba un dia por el mercado de Roma y vió unos esclavos ingleses que estaban puestos en venta. Sorprendióse al ver su blancura extraordinaria, así como la hermosura de todos ellos, y dirigiéndose al mercader le preguntó si aquellos esclavos eran por ventura cristianos. Contestóle que no, y el santo arcediano, exhalando un profundo suspiro exclamó: «¡qué lástima que una nacion tan favorecida por la naturaleza viva bajo el poder del demonio!» Sin detenerse fué á ver al Sumo Pontífice, que era entónces Benedicto I, y le manifestó la necesidad de enviar obreros evangélicos á la Gran Bretaña, suplicándole que los enviase y que le mandase á él como uno de ellos para trabajar por iluminar aquella nacion con la luz hermosa del Evangelio. Consintió el Papa en ello, aunque sentia que se ausentase de Roma un varon tan emi-

nente como Gregorio, del que tanto esperaba la religion. Sabedor el pueblo de la noticia, rodeó al Papa un dia que iba á San Pedro, y á grandes voces empezó á exclamar: «Vos ¡ oh Santo Padre ! ofendeis al Príncipe de los Apóstoles, y causais la ruina de Roma, si permitís salir á Gregorio.» El Papa, en el momento de oir los clamores del pueblo, envió prontamente correos extraordinarios para que le detuviesen y le hiciesen regresar; y en efecto le alcanzaron á tres jornadas de la ciudad. Este hecho basta por sí solo para formar su retrato.

Vamos ahora á dar noticias de su nacimiento y juventud.

Nació San Gregorio en Roma por los años 540, gobernando la Iglesia el Papa Vigilio. Era hijo de Gordiano y de Silvia, aquel senador de Roma, y despues diácono-cardenal regionario. Era sobrino del papa Félix III, de la familia Anicia, hoy Conti. Desde sus más tiernos años dió á conocer por su piedad, su mansedumbre y el bello carácter que le adornaba, las virtudes que en él habian de resplandecer. Aplicado al estudio de la ciencia demostró una capacidad extraordinaria y una gran comprension, de suerte que sobresalia entre todos sus compañeros, siendo la admiracion de sus mismos maestros. No por esto dejó de ser humilde, y ántes por el contrario huia de los aplausos sin buscar jamás la propia estimacion.

En 572 era pretor de la ciudad. Despues de la muerte de su padre se encontró dueño de una inmensa fortuna, la cual empleó en fundar seis monasterios, uno de ellos el de San Andrés, que estableció en su misma casa, y que pertenecia á los benedictinos camaldulenses, en el cual él mismo se hizo monje, y era abad de dicho monasterio cuando el papa Pelágio II le nombró uno de los siete diáconos de Roma. De este monasterio era abad Mauro Capellari, llamado despues Gregorio XVI, cuando Leon XII le nombró cardenal de la Iglesia romana.

En el año 579 Pelagio le envió á Constantinopla, cerca del emperador Mauricio, para el arreglo de negocios de importancia, y en dicha capital residió con el título de apocrisario hasta el año 584. Durante su permanencia en Oriente escribió su obra titulada: «Moral sobre Job.» A su regreso fue secretario del papa Pelagio; pero muerto este en 8 de Febrero de 590, segun hemos dicho en el capítulo anterior, clero y pueblo eligieron por unánime consentimiento á Gregorio por sucesor suyo. Nada podia oponerse más á su profundísima humildad que su nombramiento para ocupar la Silla de San Pedro; así pues que hizo los mayores esfuerzos por evitar su exaltacion, hasta huir de Roma y ocultarse.

Temiendo aun en su retiro el que pudiese ser encontrado y obligado á aceptar el Sumo Pontificado, escribió al emperador Mauricio rogándole encarecidamente que no aprobase su eleccion, alegando para ello causas que sólo su humildad podia encontrar. Las súplicas de Gregorio no produjeron los efectos que él se proponia, y el pueblo se derramó en todas direcciones para encontrarle, y fue descubierto por una paloma blanca que brillaba encima de su cabeza. Fue conducido á San Pedro, donde el santo, conociendo la voluntad de Dios, se dejó consagrar el dia 3 de Setiembre de 590. Se quejó de las felicitaciones que le dirigian sus amigos, porque consideraba un peso superior á sus fuerzas el que habian echado sobre sus hombres.

Uno de sus primeros actos fue efectuar una solemnísima procesion en Roma para que cesara la peste, que tantas víctimas habia llevado al sepulcro, y entre ellas á su antecesor Pelagio II. El ángel de la muerte recorria la ciudad y los campos haciendo pesar la cólera divina. De esta procesion general verificada por San Gregorio, se cree que dimana la de San Márcos, llamada de *letanías*. Dios aplacó su enojo, y sobre la mole Adriana apareció visible á todos un ángel en actitud de envainar la espada, en memoria de lo cual existe en el mismo sitio un ángel de bronce, y aquella fortaleza vino á llamarse castillo del Santo Angel, por el que hoy es conocido.

El papa Gregorio compuso su magnífica Pastoral, obra dividida en cuatro partes, en la que trató de las señales de la vocacion del Episcopado, de las obligaciones que impone y de las virtudes que exige. Tambien escribió al principio de su pontificado una carta á los patriarcas de Oriente, en la que, segun el uso de aquella época, insertaba su profesion de fe, de cuyo hecho el mismo Gregorio hace mencion en una de sus cartas, y al mismo tiempo confirmaba los concilios generales de Nicea, I de Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, que queria fuesen considerados como los cuatro Evangelios. Igual confirmacion hizo por lo que respecta al II concilio de Constantinopla, llamado quinto concilio ecuménico, y queria que este concilio fuese altamente reconocido por todos, á fin de que los defensores de los *Tres Capítulos*, que en él habian sido condenados, desistiesen de su culpable obstinacion. (*Artaud de Montor.*)

En el mismo año de la eleccion de San Gregorio, es decir, en 590, dos meses despues de aquel feliz suceso tuvo lugar un concilio en España en la ciudad de Sevilla, que fue reunido en primero de Noviembre.

Viendo San Leandro que no se observaba puntualmente por todos lo mandado en el último concilio nacional, convocó á los obispos de su provincia. Presidió la asamblea el mismo San Leandro, metropolitano de Sevilla, y asistieron Juan, obispo de Cabra, Agapio de Córdoba, Estéban de Elvira ó Granada, Basilio de Niebla ó Elepla, Velato de Tucci, Sinticio de Itálica y Pedro de Abdera. Dos fueron los asuntos de este concilio; uno la consulta de Pegasio, obispo de Ecija, y otro que es desconocido por faltar las actas. Fijándose algunos en los testimonios que nos quedan relativos á la consulta de Pegasio, toman las contestaciones dadas á este por los cánones del primer concilio de Sevilla. Lo único, pues, que podemos decir es que no pudiendo Pegasio asistir al concilio, consultó á sus colegas acerca de lo que su antecesor Gaudencio habia practicado con unos mancipios de la Iglesia. Hé aquí las resoluciones que tomaron los Padres en contestacion: 1.º que la manumision de los esclavos libertados por Gaudencio era nula, si la misma Iglesia no gozaba de los bienes que eran del obispo, en valor suficiente á lo defraudado; pero era válida si sus bienes compensaban completamente ó equivalian; 2.º que lo propio debia entenderse de los esclavos dados á sus parientes por el obispo; pues no es razon que el que vive de los estipendios eclesiásticos, y no aplica sus bienes á la Iglesia, la prive de lo que otros la han dado; 3.º en conformidad á lo dispuesto en el concilio III de Toledo, los clérigos no deben tener familiaridad con mujeres ajenas ni con criadas.

Este fue el último concilio en que figuró el gran arzobispo San Leandro, que murió á fines del siglo VI, despues de haber consumido su vida en trabajar con el más plausible celo en favor de la religion. Habiendo viajado á Oriente tuvo ocasion de tratar á San Gregorio Magno, ántes de ser Sumo Pontífice, y cuando subió á ocupar la cátedra de San Pedro, reconociendo las luces y esclarecido talento de San Leandro, le mandó ir á su lado, para utilizarse de sus consejos. El santo no pudo abandonar su rebaño por las circunstancias que le rodeaban, y mandó á San Isidoro, su hermano, el cual volvió despues, trayendo entre otros varios presentes que le hizo San Gregorio, una imágen de la Vírgen que aquel santo Pontífice tenia en su oratorio, y era la que habia paseado públicamente por las calles de Roma en la procesion de que hemos hablado, y que hizo á causa de la peste; creyéndose que á su intercesion se debió el que cesara el terrible castigo. Sólo añadiremos que aquella imágen es la que hoy se venera en Cáceres, en Extremadura, con

el título de Guadalupe, siendo objeto de una extraordinaria devocion.

En el mes de Diciembre del mismo año tuvo lugar otro concilio en Roma, en el que el papa San Gregorio, sabedor de la recaida del patriarca de Grado, lo citó conforme el parecer de la asamblea, para que diese cuenta de su conducta. (Mausi, *Supl.* tom. I.)

Otros tres concilios tuvieron lugar, que fueron los siguientes: uno en Roma, II de este Pontificado, en 591. Otro en Zaragoza, en Noviembre de 592, II de esta ciudad. Era el año segundo del reinado de Recaredo, y doce obispos y dos diáconos hicieron tres cánones referentes á los arrianos convertidos. Hé aquí los nombres, segun el órden con que firmaron: Artemio, metropolitano de Tarragona, que presidió el concilio, Sofronio de Egara, Estéban de Tarazona, Julian de Tortosa, Simplicio de Urgel, Astero de Oca, Mumio ó Munimio de Calahorra, Liliolo de Pamplona, Magno ó Máximo de Zaragoza, Juan de Gerona, Galano de Ampurias, Julian de Lérida, Antedio diácono, en nombre de Gavino, obispo de Osca (Huesca), y Estéban diácono, en nombre de Aquilino, obispo de Vich. Los tres cánones que hemos dicho fueron decretados, son los siguientes: 1.° Que los presbíteros convertidos del arrianismo puedan ejercer los cargos y oficios inherentes á su órden despues de recibir de nuevo la bendicion, si guardaren pureza y santidad de fe y costumbres; pero en caso contrario continuen privados de ejercer su órden; siendo estas prescripciones extensivas á los diáconos. 2.° Que las reliquias á las cuales prestaron veneracion los arrianos se presentasen, luego de halladas, á los obispos para que estos las examinasen en el fuego; y si alguno fuese convencido de haberlas ocultado, sea excomulgado; que las iglesias consagradas por los obispos arrianos ántes de recibir la bendicion, fuesen consagradas nuevamente por los obispos católicos.

El otro concilio á que haciamos referencia se celebró en Chalons-sur-Saone, en 594, y en él se estableció que en el monasterio de San Marcelo se usase el mismo modo de salmodiar que se seguia en San Martin de Tours, en San Dionisio en Francia, y en San German de los Prados. (Aimoin, lib. 3.)

Dirigiéndose San Gregorio al patricio Narsés, que era tan piadoso como valiente, le dice de este modo: « He examinado con cuidado el concilio de Éfeso, y opino que se ha hecho en él alguna alteracion parecida á la falsificacion inserta por la Iglesia de Constantinopla en un pasaje del concilio de Calcedonia. Buscad, pues, los más antiguos ejemplares de este santo concilio y desconfiad de los nuevos. Los latinos son mucho

más verídicos que los griegos; y si nuestras gentes no se glorían de tanto ingenio, tampoco son tan fecundas en imposturas.»

El patriarca de Constantinopla parece que manifestaba empeño en no desistir en sus ambiciosas pretensiones. El Papa naturalmente estaba disgustado con él y se le quejó porque el monje Atanasio habia sido maltratado á palos en la misma iglesia de Constantinopla. El patriarca respondió con ligereza diciendo que no sabia lo que se le queria decir. A vista de esto, San Gregorio le replicó en estos términos: «Vuestra respuesta me ha admirado sobremanera. Si es cierto, ¿qué cosa hay peor que ver á los siervos de Dios tratados de este modo, sin conocimiento del pastor? Y si lo sabeis, ¿qué respuesta dareis á estas palabras de la Escritura: *la boca que miente, da la muerte al alma?* ¿Es esto en lo que ha venido á parar vuestra grande abstinencia? ¿Y no seria mejor dejar entrar la carne en vuestra boca, que ver salir de ella un discurso contrario á la verdad? ¡Dios me libre, no obstante, de hacer recaer mi juicio sobre vos! Estas cartas tienen vuestro nombre; pero no puedo creer que sean vuestras.»

Hé aquí ahora de qué modo se expresa este gran Pontífice, escandalizado al ver que en una sentencia pronunciada en primera instancia en Constantinopla, y enviada luego á Roma, tomaba Juan el Ayunador varias veces el título de obispo universal: «¿Cómo os habeis hecho tan diferente de lo que érais cuando yo os conocí en otro tiempo y nos tratábamos tan amistosamente? ¡Qué mudanza! Vos, que en otro tiempo no pensabais sino en huir del episcopado, os servís ahora de esta dignidad como si le hubierais buscado con la mayor ambicion. Os reputabais indigno del nombre de obispo, y ahora os lo arrogais á vos solo. Pelagio, mi predecesor, os escribió cartas muy fuertes sobre el particular, anulando las actas del concilio que celebrasteis, contra nuestro hermano el obispo Gregorio; y yo, desde que fuí llamado al gobierno de la Iglesia, os he exhortado por medio de mis nuncios; y por que conviene preparar suavemente las llagas ántes de aplicar el hierro, os ruego en este instante, y os conjuro con todas las instancias y consideraciones posibles, que resistais á los que os lisonjean, atribuyéndoos un título inaudito y tan ridículo como orgulloso. ¿Ignorais que el concilio de Calcedonia concedió este honor á los obispos de Roma, dándoles el nombre de pontífices universales? Mas ninguno de ellos quiso nunca tomarle, para que no pareciese que se atribuian á sí solos el episcopado y que lo quitaban á todos sus hermanos.»

De tal modo escribe este sabio Pontífice al que tenia el atrevimiento de aplicarse un título que desordenaba toda la jerarquía de la Iglesia y que, como él mismo dice, ni aun los obispos de Roma, á quienes les fue concedido por el citado concilio, quisieron nunca usar de él por humildad, y para que no se creyera con perjuicio de la fe que ellos solos eran propiamente obispos y los demas tan solamente vicarios suyos.

Tambien el mismo Pontífice escribió á Eulogio, patriarca de Alejandría, ensalzando no sólo la dignidad de la Silla apostólica, sino tambien la preeminencia de las tres grandes Sillas del Oriente sobre la de Constantinopla. Hé aquí cómo se explica: « Aunque haya habido muchos apóstoles, la Silla de su Príncipe ha prevalecido sola, por la autoridad en virtud de su primado. Esta luminosa guia brilló en tres lugares diferentes, y reside por siempre en la Silla que fijó en Roma, donde terminó su carrera mortal. La de Alejandría recibe su honor del Evangelista San Márcos, su discípulo, enviado por él á aquella ciudad: Pedro consolidó la dignidad de la de Antioquía, ocupándola siete años, aunque para salir de ella despues; así, pues, no hay mas que una Silla del mismo apóstol, en la que, no obstante, presiden hoy tres obispos por la autoridad divina.»

Otras cartas á cual más importantes conservamos de este santo y sabio Pontífice, que tomó el humildísimo título de *Siervo de los siervos de Dios*, que han seguido usando sus sucesores. En el siguiente párrafo de la que dirigió al emperador se demuestra claramente el estado de Roma en aquellos dias: «Toda la Europa, le dice, es presa hoy dia de los bárbaros; las fortalezas están arruinadas, las ciudades destruidas, las provincias asoladas, las tierras incultas, y la vida de los fieles en manos de los idólatras. Roma, en otro tiempo señora del mundo, oprimida hoy de dolores y de oprobios, abandonada por sus ciudadanos, insultada por sus enemigos, no puede ya esperar sino una completa destruccion. ¿Qué se ha hecho la majestad del imperio, del senado, del pueblo romano, de aquellos cuestores y procónsules que se derramaban por las provincias, para traer de ellas el oro y los laureles y los más preciosos y más célebres monumentos? Pero ¿por qué nos detenemos á hablar de los hombres, de suyo frágiles y deleznables? Aquellas murallas y edificios que prometian igualar la duracion de los siglos, no presentan á la vista sino un monton de ruinas. Y sin embargo, los obispos, en vez de llorar cubiertos de ceniza, sólo piensan en añadir nuevos títulos á su vanidad.» Aludiendo despues al exterior mortificado de Juan de

Constantinopla, habla de este modo: «Nosotros destruimos con nuestros ejemplos lo que predicamos de viva voz. Están extenuados nuestros huesos por el ayuno, y nuestro espíritu está lleno de orgullo. Bajo de esos vestidos despreciables tenemos el corazon lleno de soberbia. Acostados en la dura tierra, queremos dominar, y ocultamos la voracidad de lobos bajo el exterior manso de la oveja.» En cuanto á la fe, se expresa de este modo: «No es mi causa la que sostengo, sino la causa de la Iglesia universal. Muchos obispos de Constantinopla han sido no solamente herejes, sino tambien heresiarcas como Nestorio y Macedonio. Si pues el que ocupa esta Silla fuera obispo universal, podria faltar la fe de todo el episcopado en su persona, y caer con él toda la Iglesia. En cuanto á mí, me glorío de ser el siervo de todos los obispos miéntras vivan como obispos; empero si alguno levantare su frente contra Dios, confio que Él no bajará la mia, ni aun con la espada (1).»

San Gregorio presidió en Roma otro concilio, que fue el III celebrado en aquella capital durante su pontificado, y tuvo lugar el 5 de Julio de 595. Veinte y dos obispos, treinta y tres sacerdotes sentados como los obispos, y algunos diáconos en pié, aprobaron seis cánones presentados por el Papa. En este concilio se absolvió á Juan, sacerdote de Calcedonia, que habia apelado al Papa de la condena que le habia impuesto Juan de Constantinopla, llamado el Ayunador, del que ya nos hemos ocupado. Los diputados del patriarca que no se conformaron con aquella apelacion fueron excluidos. Se ve, pues, por este hecho, dice un cronista, que Juan el Ayunador, no obstante haberse dado el título de obispo universal, reconocia la jurisdiccion del Papa.

Algunos cronistas hablan de un concilio celebrado en Toledo en 597, al cual Ferreras le cuenta por el cuarto de esta ciudad; pero la mayoría de los escritores, entre ellos Pagi, no hacen mencion de él, por lo que nosotros no lo incluimos en la cronología de los concilios españoles. Dicen que se reunieron diez y seis obispos y que hicieron dos cánones; pero que no firmaron mas que trece, entre los cuales se halla Migese, arzobispo de Narbona.

En 598 se celebró un concilio en Huesca; pero las únicas noticias que se conservan de él son las que da Ferreras, á saber, que se hicie-

(1) S. Greg. Lib. 4. Ep. 32. Traduccion de Berault-Bercastel.

ron dos cánones, de los cuales el uno ordena el celibato á los sacerdotes diáconos y subdiáconos. No conservándose las actas, nos es imposible señalar el número de prelados que asistieron ni las Iglesias á que pertenecian.

El II concilio de Barcelona se reunió el 1.º de Noviembre de 599. Asistieron á él doce prelados, que fueron los siguientes: Asiático, metropolitano de Tarragona; Ugno, obispo de Barcelona; Simplicio de Urgel, Aquilino de Ausona, Julian de Tortosa, Mumio de Calahorra, Galano de Ampurias, Froisclo de Tortosa, Juan de Gerona, Máximo de Zaragoza, Amelio de Lérida é Ilergio de Egara. Se ve que dos prelados llevan el título de Tortosa: la razon la hemos explicado anteriormente. Uno de ellos debia ser arriano convertido, al que se le conservó como á los demas que estaban en su caso el título de su Iglesia.

Cuatro fueron los cánones que se establecieron en este concilio; los tres primeros tienden á destruir la simonía, y por el cuarto se excomulga á la doncella que despues de hacer voto espontáneo de castidad, contrajere matrimonio, y excomulga tambien á la que habiendo sido violada con violencia, se niegue á apartarse del que pecó con ella.

Terminaremos la historia del siglo VI de la Iglesia, presentando no un acabado cuadro, sino un débil boceto de las grandes y extraordinarias virtudes que resplandecieron en el Sumo Pontífice San Gregorio Magno, varon verdaderamente grande por su nobleza, por su santidad y por sus milagros. Ya hemos hablado de su nacimiento y juventud, como asimismo de sus hechos principales, hasta que Dios le llamó á dirigir el timon de la nave de la Iglesia, justamente en dias calamitosos, cuando la más furiosa tempestad se desencadenaba contra el majestuoso edificio fundado por Jesucristo, y que descansa en la seguridad de su promesa divina. Los primeros actos de su memorable pontificado nos han hecho conocer su grandeza de alma y el celo de que estaba adornado y que le hacia vigilar por la conservacion de la pureza de la fe, por el decoro del santuario y por la disciplina. Él desterró muchos abusos, y ordenó muchas cosas útiles y provechosas para el servicio de Dios y la edificacion del pueblo cristiano. En el libro llamado *Antifonario*, y en el *Sacramentario* que escribió, se ve cuánta cuenta tuvo de ordenar las ceremonias eclesiásticas, las oraciones, Epístolas y Evangelios, que durante el año se cantan en la misa. Él fue el que instituyó las letanías que se llaman mayores, como dicen algunos autores, aunque es lo más cierto que dispuso que las letanías que ya ántes se celebraban, y la proce-

sion solemne que se hacia, de allí adelante fuesen á San Pedro, como se deduce de lo que dice el mismo San Gregorio en el principio del segundo libro del *Registro*, segun leemos en el cardenal Baronio, en las anotaciones del *Martirologio* á 25 de Abril. San Gregorio fue el que reformó el canto eclesiástico que hasta hoy se llama canto Gregoriano, y tal fue el cuidado que tenia en esto, que levantó dos edificios, uno inmediato á San Juan de Letran y el otro cerca de San Pedro, donde estableció escuelas de canto, haciendo que asistiesen á ellas los clérigos y ministros de la Iglesia.

Dios, que aceptaba su devocion y rara solicitud con que se ocupaba de todo aquello que tocaba al culto divino, hizo por él muchos milagros que refieren los historiadores de su vida, Juan diácono, que la escribió en cuatro libros, Metafrastes y otros graves autores. Uno de ellos fue que queriendo consagrar una iglesia de Santa Águeda para uso de los católicos, la cual ántes habia servido á los arrianos, hizo una solemnísima procesion pera llevar á ella las reliquias de San Sebastian y de la misma Santa Águeda para colocarlas en el altar. Miéntras el Pontífice cantaba la misa, vió toda la concurrencia salir de la iglesia un cerdo gruñendo y haciendo grande ruido, el cual desapareció en seguida, y entendieron todos que era el demonio, que habia tenido por suya aquella morada, y que huia de ella luego que entraron las santas reliquias.

Un dia en que Gregorio decia misa se llegó á comulgar una mujer que habia ofrecido el pan que en la misa habia consagrado el santo, y al tiempo de pronunciar aquellas palabras: «El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna,» vió el santo que la mujer se sonreia. Poniendo la forma sobre el altar acabó la misa, y delante de todo el pueblo mandó á la mujer que dijese por qué cuando queria recibir el Cuerpo del Señor se habia reido temerariamente. Y la mujer, despues de haber callado un rato, dijo por fin: «Porque vos dijisteis que el pan que yo habia hecho con mis manos era Cuerpo del Señor.» Apénas San Gregorio oyó la respuesta de la mujer, se postró delante del altar á hacer oracion al Señor y suplicarle que abriese los ojos del alma á aquella pobre criatura, y luego la forma consagrada se convirtió en carne, y él en presencia de cuantos se hallaban delante se la mostró á la mujer incrédula, milagro en virtud del cual ella creyó y los demas se confirmaron en la fe; y despues la hostia volvió á tomar la forma de pan que ántes tenia.

Su caridad para con los pobres fue maravillosa, y por ella recibió singulares dones del Señor. Sentaba á los pobres á su mesa, y una vez que quiso por su humildad dar por sus mismas manos agua á un pobre peregrino, este desapareció, y la noche siguiente Cristo Nuestro Señor le apareció en sueños y le dijo: «Otras veces me has recibido en mis miembros, mas ayer me recibiste en mi persona.» En otra ocasion mandó á uno de sus capellanes que llamase á comer doce pobres, y entrando á verlos el santo notó que eran trece: y diciendo al capellan que por qué habia llamado trece habiéndole él mandado que llamase á doce, respondió el capellan que á doce habia llamado, y que no eran más de doce. Esto no obstante el santo veia trece, y fijando su vista en el tercero, vió que mudaba el semblante del rostro, pareciéndole unas veces mozo y otras viejo. Luego que hubo terminado la comida le llamó aparte y le preguntó quién era y cómo se llamaba, á lo que él respondió: «¿Por qué me preguntas mi nombre, que es admirable? Yo soy, añadió, aquel mercader que toda su hacienda la perdió en el mar, á quien tú diste los doce ducados de limosna y la escudilla de plata de tu madre. Ten por cierto que por aquella obra quiso Dios que tú fueses sucesor de San Pedro, y que se ejecutase en ti lo que eternamente habia determinado, pues que tan fielmente imitas á Pedro y cuidas de los pobres.» A esto dijo San Gregorio: «¿Y cómo sabes tú que Dios habia determinado esto?»—Porque soy ángel, dijo, y Dios me envió para probarte.» Oyendo lo cual el santo Pontífice se postró lleno de confusion, y el ángel le dijo: «No temas, Gregorio, que el Señor me ha enviado á ti para que te asista y te guarde hasta la muerte, y para otorgarte por mi mano todo lo que suplicares.» Entónces San Gregorio, uniendo su frente con el polvo de la tierra con grande reverencia y temor, dijo: «Si por una cosa tan pequeña me ha hecho Dios pastor universal de su Iglesia, ¿cuánto mayores cosas puedo yo esperar de su bendita mano si le sirvo con grande afecto y reparto á los pobres todo lo que es suyo?» De aquí vino á ser el santo tan dadivoso, que nada tenia suyo, pues que cuanto poseia y llegaba á sus manos lo dedicaba á atender á los hospitales, á las iglesias y al remedio y socorro de necesidades particulares. La caridad era su norte.

Ya que aun hemos de ocuparnos de este santo Pontífice al principio de la historia del siglo VII, vamos á terminar la del VI consignando el orígen de las misas llamadas de San Gregorio. Cuando el santo era monje en uno de los monasterios que él habia fundado, y ántes de que

fuese llamado al gobierno de la universal Iglesia, supo que un monje que estaba para morir tenia escondidos tres ducados, y pareciéndole esto un grave delito, mandó al prelado del monasterio que no permitiese que ningun otro monje le visitase ni consolase, para que comprendiendo que era de todos aborrecido, conociese en la hora de su muerte su pecado, se arrepintiese y salvase su alma. Este rigor fue saludable al enfermo, que murió verdaderamente arrepentido. El santo no quiso que el cuerpo de aquel monje fuese enterrado con los demas, sino en un muladar donde fue echado junto con los tres ducados, diciendo todos: *Pecunia tua tecum sit in perditionem*. Al cabo de treinta dias apiadóse San Gregorio del alma de aquel pobre monje, y mandó al prior, que se llamaba Precioso, que por espacio de otros treinta dias sin faltar ninguno dijese cada dia misa en su sufragio, y así lo hizo; y en el postrero de los treinta dias apareció el difunto á otro monje revelándole que hasta aquel dia habia estado purgando sus pecados en el purgatorio, y que iba entónces á la gloria por la misericordia del Señor. Comprendieron todos que aquello habia sido efecto de las treinta misas, y de aquí se originó la costumbre, tan seguida principalmente en España, de decir treinta misas por los difuntos, y llamarlas las misas de San Gregorio.

Hemos terminado la historia de los seis primeros siglos de la Iglesia, y con ella el tomo primero de nuestra obra: hemos trabajado con la mayor voluntad, si no con el mayor acierto, y esperamos en Dios poder llevar á feliz cima nuestra empresa. Segun anunciamos al principio, nos hemos propuesto huir de la brevedad de los compendios, bien así como de la prolijidad de otras obras de esta clase, que no son asequibles á todas las fortunas. En lo que llevamos publicado habrá observado el entendido lector que no nos hemos separado de las fuentes que anunciamos al frente de la obra. Son muy delicados esta clase de trabajos para dejar correr la pluma en apreciaciones de ningun género: una idea mal expresada, una palabra fuera de su lugar, digámoslo así, podria involuntariamente llevarnos á la herejía. Hemos preferido, por lo tanto, utilizar muchas veces razonamientos sobre los cuales ha recaido ya la aprobacion de la Iglesia. Si los hemos trasladado con fidelidad será un mérito para la obra, que no es perfecta, tanto porque nunca lo son las producciones de los hombres, como porque esta clase de trabajos

necesitan muchos años y no poca meditacion, y las circunstancias de los tiempos nos hacen escribir con una velocidad que somos los primeros en lamentar. En suma, hemos procurado sobre todo ir enlazando la vida de los Pontífices Romanos, de modo que resplandezcan sus hechos principales, y en cuanto á concilios, nos hemos detenido más en los españoles, como seguiremos haciéndolo con la ayuda de Dios en el resto de la obra, así como tambien continuaremos introduciendo ya en el texto, ya en las notas, útiles explicaciones del Derecho Canónico y Disciplina general de la Iglesia y particular de España.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

SIGLO PRIMERO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA IGLESIA HASTA LA PERSECUCION DE TRAJANO.

SIGLO SEGUNDO.

DESDE LA PERSECUCION DE TRAJANO HASTA LA DE SEVERO.

SIGLO TERCERO.

DESDE EL PONTIFICADO DE SAN CEFERINO HASTA LA PERSECUCION DE DIOCLECIANO.

SIGLO CUARTO.

DESDE LA DÉCIMA Y ÚLTIMA PERSECUCION POR DIOCLECIANO HASTA EL PRIMER CONCILIO DE TOLEDO, CELEBRADO EL AÑO 400.

Páginas.

SIGLO QUINTO.

DESDE EL CONCILIO PRIMERO DE TOLEDO HASTA EL CISMA DEL ANTIPAPA LORENZO, RIVAL DE SAN SIMACO.

SIGLO SEXTO.

DESDE LA REAPARICION DEL CISMA DEL ANTIPÁPA LORENZO HASTA EL PONTIFICADO DE SAN GREGORIO EL MAGNO.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.